

ALEJANDRO DUMAS

El conde de Montecristo

Título: El conde de Montecristo

Título original: *Le Comte de Monte-Cristo*

© Traducción: Carlos de Arce

© De esta edición: junio 2002, Suma de Letras, S.L.

Juan Bravo, 38. 28006 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 84-663-0738-9

Depósito legal: B-18.399-2004

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de cubierta: Sdl_b

Ilustración superior de cubierta: *Retrato de Alejandro Dumas*. Anónimo (s. XIX).

Ilustración inferior de cubierta: Fotograma de la película *El conde de Montecristo* (1934). © UNITED ARTISTS / Album

Diseño de colección: Suma de Letras

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Segunda edición: junio 2003

Tercera edición: abril 2004

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

357 / 01

ALEJANDRO DUMAS

El conde de Montecristo

Traducción de Carlos de Arce

Marsella — La llegada

El 24 de febrero de 1815, el vigía de Notre Dame de la Garde advirtió la presencia de los tres mástiles del *Faraón*, procedente de Esmirna, Trieste y Nápoles.

Como de costumbre, un práctico partió inmediatamente del puerto y pasó rozando el castillo de If con el propósito de abordar al navío entre el cabo Morgión y la isla de Rión.

Inmediatamente, como de costumbre, la plataforma del fuerte de San Juan se llenó de curiosos; porque en Marsella siempre resulta un gran acontecimiento la llegada de un buque, sobre todo si ese buque, como el *Faraón*, ha sido construido, aparejado y cargado en los astilleros de la antigua Phocia, y pertenece a un armador de la ciudad.

Entretanto, la embarcación avanzaba; atravesó felizmente el estrecho que alguna sacudida volcánica formó entre las islas de Calasareigne y de Jaros; dobló Pomègue y siguió avanzando bajo sus tres gavias, su gran foque y su mesana, pero tan lentamente y con un movimiento tan triste, que los curiosos, con ese instinto que presiente la desgracia, se preguntaban qué accidente pudo ocurrir a bordo. No obstante, los expertos en navegación reconocían que si algo había sucedido no era precisamente al propio buque. Éste avanzaba con toda la apariencia de una embarcación bien gobernada: su ancla estaba a punto de fondear, los obenques del bauprés desenganchados, y cerca del piloto, que se disponía a dirigir el *Faraón* por la angosta entrada del puerto de Marsella, se divisaba a un hombre joven, de gesto rápido y mirada vivaz, que inspeccionaba cada movimiento del navío y repetía las órdenes del piloto.

La vaga inquietud que se había apoderado de la muchedumbre se acentuó particularmente en uno de los espectadores de la explanada de San Juan, de tal forma que no pudo esperar la entrada del

buque en el puerto; saltó impaciente a una lancha y mandó remar hacia el *Faraón*, al que alcanzó frente a la ensenada de la Reserva.

Al ver acercarse a aquel hombre, un joven marino abandonó su puesto junto al piloto, y se dirigió con el sombrero en la mano hasta la borda del buque, donde se apoyó.

Era un joven de dieciocho a veinte años; alto, esbelto, con hermosos ojos negros y cabellos de ébano; tenía el aspecto de calma y de resolución peculiar a los hombres acostumbrados desde su infancia a luchar con los peligros.

—¡Ah, es usted, Dantés! —exclamó el hombre de la lancha—. ¿Qué ha sucedido? ¿A qué obedece ese aire de tristeza que se observa en toda la tripulación?

—Una gran desgracia, señor Morrel —respondió el joven—. Una gran desgracia, y sobre todo para mí; a la altura de Civitavecchia hemos perdido al valiente capitán Leclère.

—¿Y el cargamento? —inquirió con viveza el armador.

—Llega sin ninguna novedad, señor Morrel, y creo que a este respecto estará contento; pero el pobre capitán Leclère...

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó el armador con visible intranquilidad—. ¿Qué le ha pasado a ese valiente capitán?

—Ha muerto.

—¿Se ha caído al mar?

—No, señor; murió de una congestión cerebral, y en medio de horribles sufrimientos.

Después, volviéndose hacia sus hombres, gritó:

—¡Hola! ¡Eh! Cada uno a su puesto para fondear.

La tripulación obedeció. En aquel mismo instante, los ocho o diez marineros que la componían se lanzaron unos sobre las escotas, otros sobre las brazas, otros a las drizas, otros a los foques y, finalmente, otros se dispusieron a cargar velas.

El joven marino echó una descuidada mirada sobre aquel principio de maniobra, y, comprobando que sus órdenes iban a ejecutarse, se volvió hacia su interlocutor.

—¿Y cómo ha podido ocurrir esa desgracia? —prosiguió el armador, reanudando la conversación en donde la dejó interrumpida el joven marino.

—¡Dios mío! Pues de la manera más imprevista. Tras una larga conversación con el comandante del puerto, el capitán Leclère abandonó Nápoles, muy agitado; al cabo de veinticuatro ho-

ras le acometió la fiebre, de tal modo que tres días más tarde falleció... Le hicimos los funerales de ordenanza, y reposa decorosamente envuelto en una hamaca, con una bala de treinta y seis a los pies y otra a la cabeza, a la altura de la isla del Giglio. Traemos a su viuda su cruz de honor y su espada. Es bien triste —prosiguió el joven, con sonrisa melancólica— haber guerreado durante diez años contra los ingleses para acabar muriendo como todo el mundo: en su cama.

—¡Vaya! ¿Y qué quiere usted, señor Edmond? —replicó el armador, que parecía cada vez más consolado—. Todos somos mortales, y es indispensable que los viejos dejen paso a los jóvenes, sin eso no habría progreso; y desde el momento en que usted me asegura que el cargamento...

—Viene en buen estado, señor Morrel; respondo de ello. He aquí un viaje que le aconsejo no ceda ni por veinticinco mil francos de beneficio.

Luego, como acababan de pasar la Torre Redonda, el joven marino gritó a sus hombres:

—¡Cargad las velas de la gavia, el foque y la mesana! ¡Dejad correr!

La orden se ejecutó casi con tanta prontitud como en un buque de guerra.

—¡Amainad y cargad por todas partes!

A esta última orden se plegaron todas las velas, y el navío avanzó de una manera casi insensible, y sólo con el impulso que llevaba.

—Y ahora, si usted quiere subir, señor Morrel —dijo Dantés, viendo la impaciencia del armador—, aquí está su contable, el señor Danglars, que sale de su camarote; él le dará cuantos informes desee usted. Yo debo vigilar las maniobras de atraque y poner el navío de luto.

El armador no dejó que se lo repitiese. Se agarró a un cable que le largó Dantés y, con una destreza que hubiese hecho honor a cualquier marino, subió por los escalones fijos al costado del barco, mientras que Dantés, reintegrándose a su puesto de segundo, cedía la conversación al que había anunciado con el nombre de Danglars, quien, saliendo de su camarote, avanzaba, en efecto, hacia el armador.

El recién llegado era un hombre de veinticinco o veintiséis años, de aspecto bastante sombrío, obsequioso con sus superiores e inso-

lente con sus subordinados; también, además de su título de sobrecargo que siempre es motivo de repulsión entre los marineros, era bastante mal visto por la tripulación de Edmond Dantés, la que, por el contrario, idolatraba a éste.

—¡Y bien, señor Morrel! —saludó Danglars—. Ya sabe usted la desgracia, ¿no es cierto?

—Sí, sí, ¡pobre capitán Leclère! ¡Era un hombre honrado y valiente!

—Y sobre todo un excelente marino; envejeció entre el cielo y el agua, como conviene al hombre encargado de los intereses de una casa tan importante como la de Morrel e Hijos —replicó Danglars.

—Con todo —dijo el armador, siguiendo con la mirada a Dantés, que buscaba su fondeadero—, me parece que no hay necesidad de ser marino viejo, como usted dice, Danglars, para conocer su oficio; ahí tiene a nuestro amigo Edmond que sabe el suyo, y hasta me parece que no necesita consejos de nadie.

—Sí —respondió Danglars, echando sobre Dantés una mirada oblicua, en la que brilló un relámpago de odio—, sí, ese joven lo sabe todo. Apenas murió el capitán, se apoderó del mando sin consultar con nadie, y nos hizo perder día y medio en la isla de Elba en vez de dirigirse directamente a Marsella.

—En cuanto a tomar el mando del buque —objetó el armador—, era su deber como segundo, mas a perder día y medio en la isla de Elba, creo que se ha equivocado, a menos que el buque tuviese alguna avería que reparar.

—El barco se encontraba tan bien como yo, y como deseo que usted se encuentre, señor Morrel; y esa jornada y media se perdió por mero capricho, por el deseo de ir a tierra exclusivamente.

—Dantés —llamó el armador volviéndose hacia el joven—, venga aquí.

—Perdone, señor —respondió Dantés—, estaré con usted al instante —luego se dirigió a la tripulación gritando—: ¡fondo!

Inmediatamente cayó el ancla, y la cadena se deslizó con gran estrépito. Dantés permaneció en su puesto a pesar de la presencia del piloto, hasta que esta última maniobra estuvo terminada; después ordenó:

—¡Bajad la grímpola a medio mastelero, poned el pabellón amorronado, y cruzad las vergas!

—Ve usted —dijo Danglars—. Ya se cree capitán; palabra.

—Y lo es de hecho —respondió el armador.

—Sí, aunque sin su firma ni la de su socio, señor Morrel.

—¡Vaya! ¿Y por qué no habríamos de dejarle en este puesto? —inquirió el armador—. Es joven, ya lo sé, pero me parece a propósito para este cargo, y muy experimentado para su edad.

Una nube oscureció la frente de Danglars.

—Perdone, señor Morrel —dijo Dantés aproximándose—. Ahora que ya hemos fondeado, estoy a sus órdenes. Creo que me ha llamado, ¿no es eso?

Danglars dio un paso hacia atrás.

—Quería preguntarle por qué se ha detenido usted en la isla de Elba.

—Lo ignoro, señor. Sólo fue para cumplir el último deseo del capitán Leclère, quien al morir me entregó un paquete para el gran mariscal Bertrand.

—Entonces, ¿lo ha visto usted, Edmond?

—¿A quién?

—Al gran mariscal.

—Sí.

Morrel echó una mirada a su alrededor y se llevó a Dantés aparte.

—¿Y cómo se encuentra el emperador? —preguntó con viveza.

—Bien, al menos en lo que he podido juzgar por mí mismo.

—Entonces, ¿es que ha visto también al emperador?

—Entró en casa del mariscal mientras me encontraba yo en ella.

—¿Y le ha hablado usted?

—Mejor dicho, fue él quien me habló, señor —respondió Dantés, sonriendo.

—¿Y qué le dijo?

—Me hizo preguntas respecto al buque, sobre la época de su salida de Marsella, acerca de la ruta que había seguido y el cargamento que traía. Creo que si hubiera venido en lastre, y yo hubiese sido el dueño, su intención habría sido comprármelo, pero le dije que no era sino un simple segundo y que el barco pertenecía a la casa Morrel e Hijos. «¡Ah, ah! —exclamó al oír esto—. La conozco. Los Morrel han sido armadores toda su vida, y había un Morrel que servía en el mismo regimiento que yo cuando estábamos en Valence.»

—¡Caramba si es cierto! —exclamó el armador, muy satisfecho—. Ese era Policarpo Morrel, mi tío, que llegó a capitán. Dantés, dígame a mi tío que el emperador se acordó de él, y le verá llorar como a un niño. Vamos, vamos —continuó el armador, dando unos golpecitos amistosos en los hombros del joven—, ha procedido bien, Dantés, siguiendo las instrucciones del capitán Leclère, y deteniéndose en la isla de Elba; aunque si se llegase a saber que entregó un paquete al mariscal y habló con el emperador, tal vez podría comprometerle.

—¿Y en qué habría de comprometerme eso, señor? —dijo Dantés—. Ni siquiera sé lo que llevaba, y el emperador no me hizo más preguntas que a cualquier otro llegado. Pero, perdone —continuó Dantés—, aquí llegan los de Sanidad y Aduana; me permite usted, ¿no es cierto?

—Vaya, vaya, mi querido Dantés.

El joven se alejó, y a medida que lo hacía, Danglars se aproximaba.

—¡Y bien! Parece que le ha dado buenas razones sobre su detención en Portoferraio, ¿no?

—Excelentes, señor Danglars.

—¡Ah! Tanto mejor —respondió éste—, porque siempre es penoso ver a un camarada que no cumple con su deber.

—Dantés ha cumplido con el suyo —afirmó el armador—, y no hay nada más que añadir. Fue el capitán Leclère quien le ordenó esa detención.

—A propósito del capitán Leclère, ¿no le ha entregado a usted una carta suya?

—¿Quién?

—Dantés.

—A mí no. ¿Tenía que darme una?

—Creí que, además del paquete, el capitán Leclère le confió una carta.

—¿De qué paquete me habla usted, Danglars?

—Pues del que Dantés depositó en Portoferraio.

—¿Y cómo sabe usted que Dantés dejó un paquete en Portoferraio?

Danglars enrojeció.

—Casualmente pasaba por delante de la puerta del capitán, que se hallaba entreabierta, y le vi entregar ese paquete y esa carta a Dantés.

—No me ha explicado nada de eso —dijo el armador—, pero si tiene esa carta ya me la entregará. Danglars reflexionó un instante.

—Entonces, señor Morrel, se lo ruego —dijo—, no hable de esto a Dantés. Posiblemente me haya equivocado.

En aquel momento el joven volvió, y Danglars se apartó.

—Y bien, mi querido Dantés, ¿ya está libre? —preguntó el armador.

—Sí, señor.

—La operación no ha sido larga.

—No, he entregado a los aduaneros la lista de nuestras mercancías. La consigna ha enviado a un hombre con el práctico a quien he entregado nuestros papeles.

—Entonces, ¿ya no tiene usted nada que hacer aquí? Dantés echó un rápido vistazo a su alrededor.

—No, todo se halla en orden —respondió.

—Entonces, podrá venir a comer con nosotros, ¿no es cierto?

—Discúlpeme, señor Morrel, discúlpeme, se lo ruego, pero debo mi primera visita a mi padre. No por ello quedo menos reconocido al honor que usted me dispensa.

—Es natural, Dantés; ya sé que es usted un buen hijo.

—Y... —preguntó Dantés con cierta vacilación—. ¿Sabe usted si mi padre se encuentra bien?

—Creo que sí, mi querido Edmond, a pesar de que no lo he visto.

—Sí, se mantendrá encerrado en su habitación.

—Eso prueba, por lo menos, que no le faltó nada durante su ausencia.

Dantés sonrió.

—Mi padre es orgulloso, señor, y, aunque haya carecido de todo, dudo que pida cualquier cosa a nadie excepto a Dios.

—Bien. Después de esa primera visita contamos con usted.

—Discúlpeme una vez más, señor Morrel; pero después de esa primera visita aún me queda una segunda no menos interesante para mi corazón.

—¡Ah, es cierto, Dantés! Olvidaba que en los Catalanes existe una persona que debe aguardarle con tanta impaciencia como su padre: la hermosa Mercedes.

Dantés sonrió.

—¡Ah, ah! —exclamó el armador—. Así ya no me extraña que ella haya venido a preguntarme tres veces por el *Faraón*. ¡Diablos! Edmond, no tiene usted por qué quejarse; ésa sí que es una bonita querida.

—No se trata de mi querida, señor —replicó con gravedad el joven marino—, sino de mi novia.

—A veces es lo mismo —dijo el armador, riendo.

—No para nosotros, señor —respondió Dantés.

—Vamos, vamos, mi querido Edmond —continuó el armador—, no quiero retenerle más tiempo; ha resuelto bastante bien mis asuntos, para que yo le impida ahora que se ocupe de los suyos. ¿Necesita dinero?

—No, señor. Dispongo de todos mis sueldos de viaje, es decir, casi de tres meses de paga.

—Es usted un joven ordenado, Edmond.

—Añada usted que tengo un padre pobre, señor Morrel.

—Sí, sí, me consta que es usted un buen hijo. Vaya, pues, a ver a su padre. Yo también tengo un hijo, y me gustaría mucho que, tras un viaje de tres meses, nada lo retuviese lejos de mí.

—Entonces, ¿me lo permite? —dijo el joven saludándole.

—Sí, si no tiene usted nada más que decirme.

—No.

—¿El capitán Leclère no le dio, antes de morir, alguna carta para mí?

—Le hubiese sido imposible escribir, señor; pero esto me recuerda que tengo que pedirle quince días de permiso.

—¿Para casarse?

—En principio, y luego para ir a París.

—Bien, bien. Puede tomarse el tiempo que quiera, Dantés. Descargar el barco nos llevará seis semanas, y no nos volveremos a hacer a la mar hasta dentro de unos tres meses... Pero dentro de tres meses es preciso que usted esté aquí. El *Faraón* —prosiguió el armador palmeando sobre el hombro del joven marino— no podrá hacerse a la mar sin su capitán.

—¿Sin su capitán? —repitió Dantés con los ojos brillantes de alegría—. Ponga atención en lo que dice, señor, porque acaba de responder a la más secreta de mis esperanzas. ¿Tiene usted la intención de nombrarme capitán del *Faraón*?

—Si estuviese solo, le tendería la mano, mi querido Dantés, y le diría: es cosa hecha. Pero tengo un socio, y usted ya conoce el

proverbio italiano: *Chi ha compagno ha padrone*. Pero, por lo menos, la mitad del camino ya está recorrido, pues de dos votos ya cuenta con uno. Confíe en mí para el otro, y haré todo lo posible para que le sea favorable.

—¡Oh, señor Morrel! —exclamó el joven marino, cogiendo las manos del armador muy emocionado—. Señor Morrel, se lo agradezco, en nombre de mi padre y de Mercedes.

—Está bien, está bien, Edmond. ¡Qué diablos! Siempre hay un Dios que se acuerda de las buenas personas. Vaya a ver a su padre, visite a Mercedes y vuelva a buscarme luego.

—Pero ¿no quiere usted que le conduzca a tierra?

—No, gracias; me quedo a arreglar mis cuentas con Danglars. ¿Ha estado usted satisfecho de él durante el viaje?

—Eso, según el sentido que usted quiera dar a la pregunta, señor. Si se trata de buen camarada, no; porque creo que le desagrado desde el día en que cometí la tontería, a causa de una pequeña discusión que tuvimos, de proponerle una detención de diez minutos en la isla de Montecristo a fin de dirimir nuestra querella; proposición que no debí hacerle y que estaba en su derecho a rechazar. Pero si es como contable, lo que usted inquires, creo que no hay nada que oponer, y usted quedará sumamente satisfecho con el modo de cumplir su misión.

—Pero —preguntó el armador—, veamos, Dantés, si usted fuese el capitán del *Faraón*, ¿conservaría a Danglars con agrado?

—Capitán o segundo, señor Morrel —respondió Dantés—, siempre tendré los mejores miramientos con aquellos que poseen la confianza de mis armadores.

—Bien, Dantés, compruebo que es usted un buen muchacho por todos conceptos. No le retengo más; váyase, porque veo que está usted sobre ascuas.

—Así, pues, ¿me da usted su permiso? —preguntó Dantés.

—Sí, márchese, le digo.

—¿Permite que coja su barca?

—Cójala.

—Hasta la vista, señor Morrel, y de nuevo un millón de gracias.

—¡Hasta la vista, mi querido Edmond, y buena suerte! El joven marino saltó a la lancha, fue a sentarse a popa, y dio la orden de abordar a la Cannebière. Dos marinos se hicieron cargo inmediatamente de los remos y la embarcación se deslizó tan rápidamente

como es posible hacerlo en medio de las infinitas barcas que obstruyen la especie de calle estrecha que conduce, entre las filas de barcos atracados, desde la entrada del puerto al muelle de Orleáns.

El armador le siguió, con mirada sonriente, hasta la orilla, le vio saltar sobre los escalones del muelle y perderse inmediatamente entre la abigarrada multitud que, de cinco de la mañana a nueve de la noche, invade la famosa calle de la Cannebière, de la que tan orgullosos están los modernos phocios que dicen con la mayor seriedad del mundo, y con una entonación que da más carácter a sus palabras: «Si París tuviese la Cannebière, sería una pequeña Marsella».

Al volverse, el armador descubrió tras de sí a Danglars, quien en apariencia parecía esperar sus órdenes, pero que en realidad también seguía con la mirada al joven marino.

Sólo que existía una gran diferencia entre la expresión de estas dos miradas que seguían al mismo hombre.

El padre y el hijo

Dejemos a Danglars, sacudido por el genio del odio e intentando deslizar contra su camarada alguna calumnia en el oído del armador. Sigamos a Dantés, quien después de recorrer la Cannebière en toda su longitud, tomó la calle de Noailles para entrar en una casita situada a la izquierda de las avenidas de Meilhan. Subió precipitadamente los cuatro tramos de una oscura escalera y, sosteniéndose con una mano en la barandilla, comprimió los latidos de su corazón con la otra y se detuvo delante de una puerta entreabierta que dejaba ver hasta el fondo de una pequeña habitación.

En aquel cuarto era donde vivía el padre de Dantés.

La noticia del arribo del *Faraón* aún no había llegado hasta el anciano, que se ocupaba, subido a una silla, en empalizar con mano temblorosa unas capuchinas mezcladas con clemátides que subían trepando a lo largo del emparrado de su ventana.

De pronto se sintió abrazado y una voz muy conocida por él, exclamó a su espalda:

—¡Padre mío! ¡Mi querido padre!

El anciano lanzó un grito y se volvió; luego, viendo a su hijo, se dejó caer en sus brazos, trémulo y pálido.

—¿Qué te ocurre, padre? —exclamó el joven con inquietud—. ¿Estás enfermo?

—No, no, mi querido Edmond; no, hijo mío, mi pequeño, no. Pero no te esperaba, y la alegría, el pasmo de verte tan de improviso... ¡Ah, Dios mío! ¡Me parece que me voy a morir!

— Bien, sositégate, padre mío. ¡Soy yo, nadie más que yo! Siempre se dice que las alegrías no causan mal, y por eso mismo he entrado aquí sin prevenirte. Vamos, sonríeme en vez de mirarme de ese modo, con ojos extraviados. Ya he vuelto y vamos a ser muy dichosos.

—¡Ah! Tanto mejor, hijo mío —replicó el anciano—. Pero ¿cómo vamos a ser dichosos? ¿Ya no me abandonarás más? Veamos, cuéntame tu dicha.

—¡Que el Señor me perdone —dijo el joven— por gozarme con una felicidad producida por el luto de una familia! Pero Dios sabe que yo no hubiese querido esta dicha a semejante precio; mas llega y no tengo fuerzas para afligirme. El valeroso capitán Leclère ha muerto, padre, y es posible que, gracias a la protección del señor Morrel, obtenga su puesto. ¿Comprendes ahora, padre mío? ¡Capitán a los veinte años! ¡Y con cien luses de paga y una parte de los beneficios! ¿No es más de lo que puede esperar realmente un pobre marinero como yo?

—Sí, hijo mío, sí; efectivamente —respondió el anciano—. ¡Es una gran dicha!

—También quiero que con el primer dinero que cobre tengas una casita con un jardín para plantar tus clemátides, tus capuchinas y tus madreselvas... Pero ¿qué te sucede, padre? Cualquiera diría que te encuentras mal.

—Paciencia, paciencia. Esto no es nada.

Y el anciano se cayó hacia atrás al faltarle las fuerzas.

—¡Veamos, veamos! —exclamó el joven—. ¡Un vaso de vino, padre mío! Eso te reanimará. ¿Dónde has puesto el vino?

—No, gracias, no busques; no lo necesito —dijo el anciano tratando de retener a su hijo.

—Sí, sí, es necesario. Indícame dónde está.

Y abrió dos o tres armarios.

—Es inútil —replicó el anciano—. No hay vino.

—¡Cómo!, ¿no tienes vino? —exclamó Dantés al tiempo que palidecía mientras contemplaba alternativamente las flacas y descarnadas mejillas del anciano y los armarios vacíos—. ¡No hay más vino! ¿Has estado necesitado de dinero, padre?

—No me ha faltado nada, ya que te tengo a ti —respondió el anciano.

—Sin embargo —balbució Dantés enjugándose el sudor que corría por su frente—, sin embargo, te dejé doscientos francos hace tres meses, cuando me marché.

—Sí, sí, Edmond, es cierto; pero al marchar olvidaste una pequeña deuda con nuestro vecino Caderousse. Me la recordó, diciéndome que si no pagaba por ti, iría a reclamársela al señor Morrel. Entonces, ¿comprendes?, temí que te perjudicara...

—¿Y bien?

—Pues, que he pagado.

—Pero —exclamó Dantés— ¡eran ciento cuarenta francos los que debía a Caderousse!

—Sí —murmuró el anciano.

—¿Y se los has pagado de los doscientos francos que te dejé?

El anciano hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¡De manera que has estado viviendo tres meses con sesenta francos! —exclamó el joven.

—Ya sabes que no necesito muchas cosas para vivir —respondió el anciano.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! Perdóname —exclamó Edmond echándose de rodillas ante aquel buen hombre.

—¿Qué haces ahora?

—¡Oh! Me has desgarrado el corazón.

—¡Bah! Ya estás aquí —dijo el anciano, sonriendo—. Ahora ya está todo olvidado.

—Sí, ya estoy aquí —replicó el joven—. Heme aquí con un hermoso porvenir y un poco de dinero. Ten, padre —añadió—, cógelo, cógelo y envía a buscar cualquier cosa inmediatamente.

Y vació sobre la mesa sus bolsillos, que contenían una docena de piezas de oro, cinco o seis escudos de cinco francos y moneda suelta.

El rostro del anciano Dantés se quedó atónito.

—¿Para quién es esto? —preguntó.

—Pues, para mí..., para ti..., para nosotros. Toma, cómprate provisiones, sé feliz; mañana habrá más.

—Despacio, despacio —replicó el anciano, sonriendo—; con tu permiso, usaré moderadamente de tu bolsa: creerían, al verme comprar muchas cosas a la vez, que estoy obligado a esperar tu regreso para poder hacerlo.

—Haz lo que quieras; pero, ante todo, toma una sirvienta, padre. No quiero que te quedes solo. Traigo café de contrabando y excelente tabaco en un cofrecillo de la cala; mañana te lo traeré. Pero, ¡calla!, alguien viene.

—Es Caderousse, que se habrá enterado de tu llegada y sin duda viene a saludarte por tu regreso.

—Vaya, siempre habrá labios que digan una cosa mientras el corazón piensa otra —murmuró Edmond—; mas no importa, es un vecino que nos ha prestado favores, y sea bien venido.

En efecto, en el momento que Edmond acababa la frase en voz baja, apareció, encuadrada por la puerta de la escalera, la cabeza negra y barbuda de Caderousse. Este era un hombre de veinticinco a veintiséis años; llevaba en la mano un trozo de paño, que en su calidad de sastre se disponía a convertir en forro de un traje.

—¿Conque ya estás de vuelta, Edmond? —dijo con un acento marsellés de lo más pronunciado, y con una amplia sonrisa que descubría sus dientes blancos como el marfil.

—Ya lo está usted viendo, vecino Caderousse; y dispuesto a servirle en lo que sea —respondió Dantés mal disimulando su frialdad con aquel ofrecimiento.

—Gracias, gracias. Afortunadamente no tengo necesidad de nada y, por el contrario, son los demás quienes me necesitan

—Dantés hizo un movimiento—. No digo esto por ti, muchacho; te presté dinero y me lo has devuelto: eso se hace entre buenos vecinos, y ya estamos pagados.

—Nunca se está pagado con quien nos ha favorecido —replicó Dantés—; porque, aunque no se le deba dinero, sigue debiéndosele el agradecimiento.

—¡No hablemos más de eso! Lo pasado, pasado está. Hablemos de tu feliz regreso, muchacho. Había ido en dirección al puerto para proveerme de paño marrón, cuando me encontré al amigo Danglars.

»—¿Tú en Marsella? —le dije.

»—Pues, claro —me respondió.

»—Te creía en Esmirna.

»—Podría estar, porque de allí vengo.

»—¿Y Edmond? ¿Dónde está el muchacho?

»—En casa de su padre, indudablemente —contestó Danglars.

»Y entonces, en seguida vine corriendo —prosiguió Caderousse— para tener el placer de estrechar la mano a un amigo.

—¡Este buen Caderousse! —exclamó el anciano—. Nos quiere mucho.

—Claro que los quiero y los estimo, en atención a que ya son raras las personas honradas. Pero parece que vuelves rico, muchacho —prosiguió el sastre echando una ojeada al puñado de oro y plata que Dantés había depositado sobre la mesa.

El joven percibió el relámpago de codicia que iluminó los ojos negros de su vecino.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con negligencia—. Este dinero no es mío. Expresé a mi padre el temor de que le hubiese faltado algo durante mi ausencia, y, para convencerme, ha vaciado su bolsa sobre la mesa. Vamos, padre —añadió Dantés—, guarda ese dinero en tu alcancía; a menos que el vecino Caderousse lo necesite a su vez, en cuyo caso está a su disposición.

—No, muchacho —respondió Caderousse—. No tengo necesidad de nada, y, gracias a Dios, el trabajo alimenta al hombre. Guarda tu dinero, guárdalo: nunca se tiene demasiado; esto no impide que te lo agradezca como si hubiera aceptado tu ofrecimiento.

—Se lo ofrecía de corazón —afirmó Dantés.

—No lo dudo. ¡Y bien! Ya sé que eres el favorito del señor Morrel. ¡Zalamero!

—El señor Morrel siempre ha sido muy bondadoso conmigo —respondió Dantés.

—En ese caso, has obrado erróneamente al rechazar su invitación.

—¿Cómo rehusar su invitación? —replicó el viejo Dantés—. ¿Te había invitado a comer?

—Sí, padre mío —repuso Edmond, sonriendo por el asombro que causaba a su padre el excesivo honor de que era objeto.

—¡Hijo! ¿Y por qué has rehusado? —preguntó el anciano.

—Para venir antes a tu lado, padre mío —respondió el joven—. Tenía deseos de verte.

—Eso habrá contrariado al bueno del señor Morrel —replicó Caderousse—. Y cuando se desea ser capitán, es una equivocación contrariar a su armador.

—Ya le expliqué los motivos de mi negativa —repuso Dantés—. Y los ha comprendido, al menos eso espero.

—¡Ah! Mas para ser capitán hace falta adular un poco a sus patronos.

—Confío en ser capitán sin eso —respondió Dantés.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! Eso gustará mucho a tus antiguos amigos, y sé de alguien que vive allá, detrás de la ciudadela de San Nicolás, a la que no le disgustará.

—¿Mercedes? —preguntó el anciano.

—Sí, padre mío —respondió Dantés—. Y ahora, con tu permiso, ya que te he visto; ahora que sé que te encuentras bien y que tienes cuanto necesitas, te pido permiso para ir de visita a los Catalanes.

—Vete, hijo mío —dijo el viejo Dantés—. Y que Dios te bendiga en tu mujer como me ha bendecido en mi hijo.

—¡Su mujer! —exclamó Caderousse—. Si que va usted rápido, tío Dantés; todavía no lo es, al menos eso me parece.

—No; pero, según todas las probabilidades —respondió Edmond—, no tardará en serlo.

—No importa, no importa —dijo Caderousse—. Has hecho bien en apresurarte, muchacho.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Mercedes es una hermosa muchacha, y las chicas guapas no carecen de pretendientes; a ella, sobre todo, la siguen a docenas.

—¿De verdad? —comentó Edmond con una sonrisa bajo la que se percibía cierta nube de inquietud.

—¡Oh, sí! —replicó Caderousse—. E incluso buenos partidos; pero ya comprendes, tú vas a ser capitán, y no tengas cuidado de que te rechacen.

—Eso quiere decir —replicó Dantés con una sonrisa que no lograba ocultar su inquietud—, que si no fuese capitán...

—¡Eh, eh! —exclamó Caderousse.

—¡Vamos, vamos! —replicó el joven—, yo tengo mejor opinión que usted de las mujeres en general, y de Mercedes en particular, y estoy convencido de que siendo capitán o sin serlo, me será fiel.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! —repitió Caderousse—. Siempre es una gran cosa tener fe cuando uno va a casarse; pero no importa. Créeme, muchacho, no pierdas el tiempo y ve a anunciarle tu llegada y a hacerle partícipe de tus esperanzas.

—Ya voy —dijo Edmond.

Abrazó a su padre, saludó con un gesto de cabeza a Caderousse y salió.

Caderousse aún permaneció un instante; después, despidiéndose del viejo Dantés, descendió a su vez y fue a reunirse con Danglars, que le esperaba en la esquina de la calle Senac.

—Y bien —dijo Danglars—, ¿lo has visto?

—Acabo de dejarlo —respondió Caderousse.

—¿Y te ha hablado de sus esperanzas de ser capitán?

—Hablaba como si ya lo fuese.

—Paciencia —replicó Danglars—. Me parece que va muy de prisa.

—¡Diablos! Parece que la cosa le ha sido prometida por el mismo señor Morrel.

—De manera que está muy contento, ¿verdad?

—Es decir, está insolente. Ya me ha ofrecido sus servicios como si se tratase de un gran personaje. Hasta me ha ofrecido prestarme dinero como si fuese un banquero.

—¿Y tú has rehusado?

—Naturalmente; aunque hubiese podido aceptar, ya que fui yo quien le puso en la mano las primeras monedas de plata que ha manejado. Pero ahora, el señor Dantés no tendrá necesidad de nadie porque va a ser capitán.

—¡Bah! —exclamó Danglars—. Aún no lo es.

—A fe mía que le estaría bien que no lo fuese —dijo Caderousse— o, si no, no habrá quien le hable.

—Si nosotros queremos —aseguró Danglars— se quedará en lo que es y quizá sea menos.

—¿Qué dices?

—Nada, hablo para mí. ¿Y sigue enamorado de la hermosa catalana?

—Locamente enamorado. Ha ido a verla; pero, o mucho me engaño o por ese lado tendrá un disgusto.

—Explícate.

—¿Para qué?

—Es más importante de lo que crees. Tú no quieres a Dantés, ¿verdad?

—No me gustan los arrogantes.

—Entonces, ¿qué esperas? Dime lo que sabes respecto a la catalana.

—No sé nada realmente; sólo que he visto cosas que me hacen pensar, como ya te he dicho, que el futuro capitán tendrá un disgusto en las proximidades del camino de las Vieilles Infirmeries.

—¿Qué has visto? ¡Vamos, di!

—Pues bien; he visto que todas las veces que Mercedes viene a la ciudad la acompaña un gran muchacho catalán, de ojos negros, muy moreno, muy ardiente y que ella llama mi primo.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y crees que ese primo la corteja?

—Lo supongo. ¿Qué diablos puede hacer un muchachote de veintiún años alrededor de una hermosa joven de diecisiete?

—¿Y dices que Dantés ha ido a los Catalanes?

—Ha salido delante de mí.

—Si vamos por el mismo lado, podemos detenernos en La Reserva y allí, mientras bebemos un vaso de La Malue, esperaremos alguna noticia.

—¿Y quién nos la proporcionará?

—Estaremos en el camino, y por el semblante de Dantés veremos lo que ha sucedido.

—Vamos —admitió Caderousse—. Pero, ¿pagas tú?

—Desde luego —respondió Danglars.

Y ambos se encaminaron con paso rápido hacia el lugar indicado. Una vez llegaron allí se hicieron servir una botella y dos vasos.

El tío Pánfilo acababa de ver pasar a Dantés no hacía ni diez minutos.

Seguros de que Dantés estaba en los Catalanes, se sentaron bajo el naciente ramaje de los plátanos y de los sicomoros, en las ramas de los cuales una alegre bandada de pájaros cantaba uno de los hermosos primeros días de la primavera.

Los Catalanes

A cien pasos del lugar en que los dos amigos, con las miradas en el horizonte y el oído atento, paladeaban el espumoso vino de La Malue, se elevaba, detrás de un promontorio desnudo y roído por el sol y el mistral, la población de los Catalanes.

Cierto día una colonia misteriosa partió de España y arribó a la lengua de tierra en que aún se encuentra hoy. Llegaba sin saberse de dónde y hablaba un lenguaje desconocido. Uno de los jefes, que entendía el provenzal, solicitó a la municipalidad de Marsella que les cediese aquel árido y desnudo promontorio, sobre el que acababan de dejar sus barcos, como los antiguos marineros. La petición les fue concedida, y tres meses más tarde, alrededor de los doce o quince barcos que habían conducido a aquellos bohemios del mar, se elevaba un pequeño poblado.

Este pueblo, construido de una manera rara y pintoresca, medio moro y medio español, es el mismo que se ve hoy día habitado por los descendientes de aquellos hombres, que hablan la lengua de sus padres. Al cabo de tres o cuatro siglos, todavía permanecen fieles a este pequeño promontorio, sobre el cual dejáronse caer como una bandada de pájaros marinos, sin mezclarse nunca con la población marselesa; casándose entre ellos, y conservando las costumbres y hábitos de su madre patria, del mismo modo que conservaron su idioma.

Es preciso que nuestros lectores nos sigan a través de la única calle de este pueblecillo, y entren con nosotros en una de aquellas casas, a las cuales el sol ha dado exteriormente ese bello color de hoja seca, peculiar a todos los edificios del país, y que, en su interior lucen una capa de cal, esa tinta blanca que constituye el único ornamento de las posadas españolas.

Una hermosa joven de cabellos negros como el azabache, y ojos aterciopelados como los de la gacela, se hallaba de pie, apoyada en

una pared, y frotaba entre sus afilados dedos un inocente brezo del que arrancaba sus flores, algunos de cuyos restos yacían por el suelo; además, sus brazos, desnudos hasta el codo, brazos morenos que parecían modelados como los de la Venus de Arlés, temblaba con una especie de impaciencia febril; a la vez golpeaba la tierra con su pie flexible y arqueado, de manera que se entreveía la forma pura, atrevida y grata de su pierna, aprisionada en una media de algodón encarnado a cuadros grises y azules.

A tres pasos de ella, sentado en una silla que se balanceaba con acompasado movimiento, apoyando su codo en un antiguo y carcomido mueble, un joven de veinte a veintidós años la contemplaba con aire de inquietud y despecho; sus ojos la interrogaban, pero la mirada firme y fija de la muchacha dominaba a su interlocutor.

—Veamos, Mercedes —decía el joven—, ya estamos casi en Pascuas, es el tiempo más apropiado para casarse. ¡Respóndeme!

—Ya te he contestado miles de veces, Fernando, y es preciso que estés a mal contigo mismo para que aún insistas en interrogarme.

—Está bien, repítemelo, te lo ruego; repítemelo una vez más para que llegue a creerlo. Dime por centésima vez que rechazas mi amor, que cuenta con la aprobación de tu madre; hazme comprender que te burlas de mi felicidad, que mi vida y mi muerte no te importan nada. ¡Ah, Dios mío. Dios mío! ¡Haber soñado durante diez años con ser tu esposo, Mercedes, y perder esta esperanza que era el único objeto de mi vida!

—No he sido yo, al menos, quien te haya animado nunca en esa esperanza, Fernando —respondió Mercedes—. No puedes reprocharme ni una sola coquetería a ese respecto. Siempre te he dicho: «Te quiero como a un hermano, pero nunca exijas de mí más que esa amistad fraternal, porque mi corazón pertenece a otro». ¿No es cierto que siempre te he dicho eso, Fernando?

—Sí, ya lo sé, Mercedes —contestó el joven—. Sí, me has mostrado, cara a cara, el cruel mérito de la franqueza; pero ¿olvidas que entre los catalanes existe una ley sagrada de casarse entre ellos?

—Te engañas, Fernando; no es una ley, sino una costumbre: eso es todo; y, créeme, no invoques esa costumbre en tu favor. Tú estás comprendido en quintas, y la libertad de que disfrutas es simple tolerancia; de un momento a otro pueden llamarte a filas. Una vez ya soldado, qué harás de mí, es decir, de una pobre huérfana, triste, sin fortuna y que posee por toda herencia una cabaña casi en

ruinas, en la que cuelgan unas malas redes dejadas por mi padre a mi madre, y por ésta a mí. Hace casi un año que murió mi madre, piensa, pues, Fernando, que casi vivo de la caridad pública. Alguna vez finges que te soy útil, y esto, para tener derecho a compartir tu pesca conmigo; lo acepto, Fernando, porque eres el hijo de un hermano de mi padre, porque hemos crecido juntos, e incluso, porque, a pesar de todo, te causaría mucha pena si lo rechazase. Pero no se me oculta que ese pescado que voy a vender, y con cuyo dinero compro el cáñamo que hilo, es una limosna.

—¿Y qué me importa todo eso, Mercedes? Por pobre y aislada que estés, te prefiero a la hija del armador más audaz o del banquero más rico de Marsella. A mí, ¿qué me hace falta? Una mujer honrada y hacendosa. ¿Dónde encontraría yo algo mejor que tú bajo estos dos aspectos?

—Fernando —respondió Mercedes sacudiendo la cabeza—, difícilmente se es buena ama de casa y mujer honrada cuando se quiere a otro hombre que no es el marido. Conténtate con mi amistad, porque te lo repito, es todo lo que puedo prometerte, y yo no prometo lo que no estoy segura de poder dar.

—Sí, comprendo —dijo Fernando—. Soportas con resignación tu miseria, pero tienes miedo de la mía. Está bien, Mercedes, si me amas, yo intentaré hacer fortuna; tú me darás felicidad y yo seré rico. Todavía puedo abandonar mi oficio de pescador y entrar como dependiente en un comercio. Incluso puedo llegar a ser comerciante.

—Tú no puedes intentar nada de eso, Fernando; recuerda que eres soldado, y si todavía permaneces en los Catalanes es porque no hay guerra. Sigue, pues, de pescador; déjate de ilusiones y sueños que aún te harían más terrible la realidad. Conténtate, repito, con mi amistad, ya que no puedo darte otra cosa.

—De acuerdo; tienes razón, Mercedes, seré marinero; abandonaré el traje de nuestros padres, que tanto desprecias, y vestiré sombrero acharolado, camisa rayada y chaqueta azul con anclas en los botones. ¿No es así como hay que vestirse para agradarte?

—¿Qué pretendes decir? —preguntó Mercedes lanzándole una mirada imperiosa—. ¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Quiero decir, Mercedes, que no serías tan dura y tan cruel conmigo si no esperases a alguien vestido de ese modo. Pero, quizá, ese que esperas es inconstante, y, si él no lo es, el mar lo habrá sido por él.

—Fernando —exclamó Mercedes—, te creía bueno, pero me engañaba, tienes muy mal corazón al apelar a la cólera de Dios en ayuda de tus celos. Está bien, sí, no lo oculto: espero y amo a quien dices, y si no viene, en vez de acusarlo de esa inconstancia que invocas, creeré que ha muerto amándome.

El joven catalán hizo un gesto de rabia.

—Te comprendo, Fernando, querrás vengarte en él porque no te amo; cruzarás tu cuchillo catalán contra su puñal. ¿Y qué te proporcionará eso? Perder mi amistad si eres vencido, y que se cambie mi amistad en odio si eres el vencedor. Créeme, batirse con un hombre para agradar a la mujer que ama a ese hombre, es un mal medio. No, Fernando, tú no te dejarás arrastrar de ese modo por tus malos pensamientos. No pudiendo tenerme por mujer, te contentarás con tenerme por amiga y hermana; y además —añadió con los ojos anegados de lágrimas—, espera, espera, Fernando; lo has dicho hace un instante: el mar es pérfido y ya hace cuatro meses que ha partido. Desde hace cuatro meses no hago más que contar las tempestades.

Fernando permaneció impasible. No trató de enjugar las lágrimas que rodaban por las mejillas de Mercedes; y, sin embargo, por cada una de aquellas lágrimas hubiese dado un vaso de su sangre; pero tales lágrimas se vertían por otro.

Se levantó, dio una vuelta por la cabaña y regresó para detenerse delante de Mercedes, con la mirada sombría y los puños crispados.

—Veamos, Mercedes —dijo—, una vez más, ¿estás completamente resuelta?

—Amo a Edmond Dantés —respondió fríamente la muchacha—, y ningún otro será mi esposo.

—¿Y le querrás siempre?

—Mientras viva.

Fernando bajó la cabeza como un hombre descorazonado, lanzó un suspiro que parecía un gemido; luego, levantando la frente repentinamente, preguntó con los dientes apretados y la nariz dilatada:

—¿Y si ha muerto?

—En ese caso, yo también moriré.

—Pero ¿y si te olvida?

—Mercedes —gritó una voz alegre, fuera de la casa—. ¡Mercedes!

—¡Ah! —exclamó la muchacha sonrojándose de gozo y trémula de amor—. Ya ves que no me ha olvidado, puesto que está ahí. Y se lanzó hacia la puerta, que abrió gritando:

—¡Edmond, Edmond! ¡Aquí estoy!

Fernando pálido y tembloroso, retrocedió como lo hace un viajero a la vista de una serpiente, y, tropezando con su silla, se dejó caer en ella anonadado.

Edmond y Mercedes ya estaban abrazados. El ardiente sol de Marsella que penetraba a través de la puerta abierta, los inundaba con un mar de luz. Al principio no vieron nada de cuanto los rodeaba. Una inmensa felicidad los aislaba del mundo, y no hablaban más que con palabras entrecortadas, que eran la interpretación de una alegría tan viva que semejaban la expresión del dolor.

De repente, Edmond divisó la sombría figura de Fernando, que se destacaba en la sombra, pálida y amenazadora; por un movimiento del que ni se dio cuenta él mismo, el joven catalán puso la mano sobre el cuchillo que llevaba a la cintura.

—¡Ah, perdón! —exclamó Dantés frunciendo las cejas a su vez—. No me había dado cuenta de que éramos tres.

Después se volvió hacia Mercedes.

—¿Quién es este hombre? —le preguntó.

—Este hombre será tu mejor amigo, Dantés, porque lo es mío, es mi primo y es mi hermano. Se trata de Fernando; es decir, el hombre al que, después de ti, Edmond, quiero más en el mundo. ¿No lo reconoces?

—¡Ah, sí! Efectivamente —dijo Edmond.

Y sin abandonar a Mercedes, a quien cogía por una de sus manos, alargó, en un movimiento de cordialidad, su otra mano al catalán.

Pero Fernando, lejos de corresponder a este gesto amistoso, permaneció mudo e inmóvil como una estatua.

Entonces, Edmond paseó su mirada investigadora de Mercedes, conmovida y trémula, a Fernando, sombrío y amenazador.

Aquella única mirada le explicó todo.

La cólera apareció en su semblante.

—No sabía que al apresurarme a venir a tu casa, Mercedes, era para encontrarme con un enemigo.

—¡Un enemigo! —exclamó Mercedes con una mirada de odio dirigida a su primo—. ¡Un enemigo en mi casa! ¿Qué estás dicen-

do, Edmond? Si creyese que es cierto, te cogería del brazo y me iría a Marsella, abandonando esta casa para no volver más.

La mirada de Fernando relampagueó instantáneamente.

—Y si te ocurriese alguna desgracia, Edmond mío —agregó la muchacha, con aquella implacable calma que demostraba a Fernando que conocía hasta lo más profundo su siniestro pensamiento—; si te sucediese alguna desgracia, me subiría sobre el cabo Morgión y me arrojaría de cabeza contra las rocas.

Fernando se puso espantosamente pálido.

—Pero te has engañado, Edmond —prosiguió ella—. Aquí no tienes ningún enemigo, sino Fernando, mi hermano, que te va a estrechar la mano como un amigo fiel.

Y al decir estas palabras, la joven fijó su imperiosa mirada en el catalán, el cual, como si hubiese sido fascinado por ella, se aproximó lentamente a Edmond y le alargó la mano.

Su odio, semejante a una impotente aunque furiosa ola, acababa de estrellarse contra el ascendiente que tal mujer ejercía sobre él.

Pero apenas hubo tocado la mano de Edmond, sintió que había hecho cuanto podía hacer, y en seguida se lanzó fuera de la casa.

—¡Oh! —exclamó corriendo como un insensato mientras se mesaba los cabellos—. ¡Oh! ¿Quién me libertará de este hombre? Desgraciado de mí, desgraciado de mí!

—¡Eh, catalán! ¡Eh, Fernando! ¿Adónde corres? —gritó una voz.

El joven se detuvo de repente, echó un vistazo alrededor suyo y descubrió a Caderousse sentado a una mesa en compañía de Danglars bajo un espeso emparrado.

—¡Eh! —dijo Caderousse—. ¿Por qué no te acercas? ¿Tanta prisa tienes que no te queda tiempo para saludar a los amigos?

—Sobre todo cuando éstos tienen una botella casi llena delante —añadió Danglars.

Fernando miro a los dos hombres con aspecto de imbécil, y no respondió nada.

—Parece que está aturdido —comentó Danglars, dando con la rodilla a Caderousse—. ¿Acaso nos hemos engañado y contra lo previsto Dantés habrá salido triunfante?

—¡Diablos! Vamos a verlo —respondió Caderousse. Y volviéndose hacia el joven, añadió:

—Y bien, catalán, ¿te decides?

Fernando se enjugó el sudor que corría por su frente y entró calmosamente bajo el emparrado, cuya sombra pareció proporcionar un poco de calma a su espíritu, y el fresco un poco de bienestar a su agotado cuerpo.

—Muy buenas —dijo—. Me habéis llamado, ¿no es cierto? Y se dejó caer, más que sentarse, sobre uno de los taburetes que rodeaban la mesa.

—Te llamé porque corrías como un loco, y porque temí que fueses a arrojar te al mar —dijo, riendo, Caderousse—. ¡Qué diablos! Cuando se tienen amigos, no es sólo para ofrecerles un vaso de vino, sino también para impedirles que se beban tres o cuatro pintas de agua.

Fernando lanzó un suspiro semejante a un sollozo, y dejó caer su cabeza sobre sus puños, cruzados encima de la mesa.

—Bueno. ¿Quieres que te diga una cosa, Fernando? —prosiguió Caderousse, empezando la conversación con esa grosera brutalidad que caracteriza a las gentes del pueblo, a las cuales la curiosidad les hace olvidar toda diplomacia—. Pues bien. Tienes todo el aspecto de un amante derrotado.

Y acompañó esta gracia de una estrepitosa carcajada.

—¡Bah! —replicó Danglars—. Un muchacho de su porte no ha nacido para ser desdichado en amores. Tú te burlas, Caderousse.

—No —repuso éste—, escucha cómo suspira. Vamos, vamos, Fernando —añadió Caderousse—, levanta la cabeza y respóndenos. No está bien no responder a los amigos que nos preguntan por nuestra salud.

—Mi salud es buena —contestó Fernando a la vez que crispaba los puños, y sin levantar la cabeza.

—¡Ah! ¿Lo ves, Danglars? —dijo Caderousse guiñando un ojo a su amigo—. Te diré lo que pasa: Fernando, a quien tienes delante, es un valiente y honrado catalán, uno de los mejores pescadores de Marsella, y está enamorado de una preciosa muchacha que se llama Mercedes; pero, desgraciadamente, parece que la joven, por su parte, está enamorada del segundo del *Faraón*; y como el *Faraón* ha entrado hoy mismo en el puerto..., ¿comprendes?

—No, no lo comprendo —contestó Danglars.

—El pobre Fernando habrá sido rechazado —prosiguió Caderousse.

—Bien, ¿y qué más? —dijo Fernando levantando la cabeza y mirando a Caderousse como un hombre que busca en quien desahogar su cólera—. Mercedes no depende de nadie, ¿no es cierto? Pues entonces, es libre de amar a quien quiera.

—¡Ah, ah! Si te lo tomas así —replicó Caderousse—, ya es otra cosa. Yo te creía un catalán; y me habían dicho que los catalanes no eran hombres que se dejasen suplantar por un rival; incluso me aseguraron que Fernando, sobre todo, era terrible a su venganza.

Fernando se sonrió con lástima.

—Un enamorado, jamás es terrible —replicó.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Danglars fingiendo compadecerse profundamente del joven—. ¿Qué quieres? No se esperaba ver volver tan pronto a Dantés; posiblemente lo creía muerto, infiel, ¿quién sabe? Esas cosas son más sensibles cuando nos suceden de golpe.

—A fe mía que sí! —dijo Caderousse, que bebía a medida que hablaba, y sobre quien el famoso vino de La Malue empezaba a surtir efecto—. De todas formas, Fernando no es el único a quien la feliz llegada de Dantés contraría, ¿no es cierto, Danglars?

—No, es verdad, y casi me atrevería a decir que eso ha de ocasionarle alguna desgracia.

—Pero no importa —agregó Caderousse sirviendo un vaso de vino a Fernando, y llenándose el suyo por octava o décima vez, en tanto que Danglars apenas había probado el suyo—. No importa; en este intervalo se casa con Mercedes, la bella Mercedes; al menos ha venido para eso.

Durante este tiempo, Danglars observaba con mirada escudriñadora al joven, sobre el corazón del cual caían las palabras de Caderousse como si fuesen plomo derretido.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó.

—¡Oh! Aún no se ha celebrado —murmuró Fernando.

—No, pero se celebrará —replicó Caderousse—. Tan cierto como que Dantés será el capitán del *Faraón*, ¿no es verdad, Danglars?

Danglars se estremeció ante tan inesperada salida, y se volvió a Caderousse para observar su fisonomía y comprobar si su golpe era premeditado; pero no leyó más que la envidia en un semblante casi idiotizado por la embriaguez.

—Bien —dijo llenando los vasos—. Bebamos, pues, por el capitán Edmond Dantés, marido de la bella catalana.

Caderousse se llevó el vaso a los labios con mano trémula, y lo apuró de un trago. Fernando cogió el suyo y lo arrojó contra el suelo.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó Caderousse—. ¿Qué es lo que veo allá abajo, en lo alto del cerro, en la dirección de los Catalanes? Mira, Fernando, tu tienes mejor vista que yo; me parece que empiezo a ver doble, y ya sabes, el vino es traidor; cualquiera diría que son dos amantes que caminan juntos y cogidos de la mano. ¡Dios me perdone! No saben que los estamos viendo, y mira cómo se abrazan.

Danglars no perdía ni una de las angustias de Fernando, cuyo rostro se descomponía por momentos.

—¿Los conoce usted, señor Fernando? —preguntó.

—Sí —respondió éste con voz sorda—, son el señor Edmond y la señorita Mercedes.

—¡Ah, vaya! —exclamó Caderousse—. ¡Y yo que no los reconocía! ¡Eh, Dantés! ¡Eh, muchacha! Venid por aquí y decidnos cuándo es la boda, porque aquí, el señor Fernando es tan testarudo que no quiere decírnoslo.

—¿Quieres callarte? —le dijo Danglars fingiendo retener a Caderousse, quien, con la tenacidad de los borrachos, se dirigía fuera del emparrado—. Intenta mantenerte en pie y deja que los enamorados se amen tranquilamente. Mira, fíjate en Fernando y toma ejemplo: él sí que es juicioso.

Posiblemente Fernando, aguijoneado a fondo por Danglars como el toro por los banderilleros, al fin iba a lanzarse, porque ya se había levantado y parecía concentrarse para arrojarse sobre su rival; pero Mercedes, risueña y alegre, levantó su linda cabeza y dejó brillar sus refulgentes ojos. Fernando recordó entonces la amenaza que le hiciera de morir si Edmond moría, y volvió a caer totalmente desanimado sobre su asiento.

Danglars contempló alternativamente a aquellos dos hombres: uno embrutecido por la bebida y el otro dominado por el amor.

—No sacaré nada de estos imbéciles —murmuró—, y casi tengo miedo de encontrarme entre un borracho y un cobarde. He aquí un envidioso que se emborracha con vino cuando debía hacerlo con hiel; y un gran necio a quien acaban de quitarle su amante en sus mismas narices y se conforma con llorar y quejarse como un chiquillo. Y, sin embargo, su mirada es torva co-

mo la de los españoles, la de los sicilianos y la de los calabreses, que saben vengarse muy bien; éstos poseen puños capaces de destrozarse una cabeza de buey con tanta seguridad como lo haría una cuchillada de carnicero. Decididamente, la suerte acompaña a Edmond; se casará con la hermosa muchacha, será capitán y se reirá de nosotros, a menos que... —una lívida sonrisa se dibujó en los labios de Danglars antes de añadir—: a menos que me mezcle en el asunto.

—¡Hola! —continuaba gritando Caderousse, medio levantado y con los puños apoyados en la mesa—. ¡Eh, Edmond! ¿No ves a los amigos, o ya te has vuelto demasiado orgulloso para hablarles?

—No, no, mi querido Caderousse —respondió Dantés—. No soy orgulloso, pero sí feliz; y la felicidad me parece que ciega más que el orgullo.

—¡Enhorabuena! ¡Eso sí que es explicarse! —replicó Caderousse—. ¡Hola! Muy buenas, señora Dantés.

Mercedes saludó gravemente.

—Ese aún no es mi nombre —dijo—, y en mi país se considera de mal agüero llamar a las muchachas por el apellido de su prometido antes de que éste sea su marido. Le ruego, pues, que me llame Mercedes.

—Hay que perdonar a este buen vecino —dijo Dantés—. Caderousse se equivoca por muy poco.

—¿Así que la boda se celebrará inmediatamente, señor Dantés? —preguntó Danglars, saludando a los dos jóvenes.

—Lo más pronto posible, señor Danglars. Hoy se harán todos los acuerdos en casa de mi padre, y mañana o pasado mañana, a más tardar, la comida de bodas aquí, en La Reserva. Espero que estén los amigos; es decir, que está usted invitado, señor Danglars; y tú también lo estás, Caderousse.

—¿Y Fernando? —preguntó Caderousse, riendo maliciosamente—. ¿También lo está Fernando?

—El hermano de mi mujer es mi hermano —contestó Edmond—. Mercedes y yo tendríamos un gran disgusto si no nos acompañase en semejante momento.

Fernando abrió la boca para responder, pero la voz expiró en su garganta y no pudo articular una sola palabra.

—Hoy los dichos, y mañana o pasado mañana la boda... ¡Dios! Va muy aprisa, capitán.

—Danglars —replicó Edmond, sonriendo—, le diré como Mercedes dijo hace un instante a Caderousse: no me dé el título que todavía no tengo, eso me traería desgracia.

—Perdón —respondió Danglars—. Decía, simplemente, que parece usted muy impaciente. ¡Qué diablos! Aún tenemos tiempo. El *Faraón* no se hará a la mar hasta dentro de tres meses, por lo menos.

—Siempre se tiene prisa por ser feliz, señor Danglars; cuando se ha sufrido durante mucho tiempo, apenas se puede creer en la dicha. Pero no es sólo el egoísmo lo que me hace actuar: es preciso que vaya a París.

—¡Ah! ¿De veras? A París. ¿Es la primera vez que visita París, Dantés?

—Sí.

—¿Le lleva algún asunto?

—No precisamente mío, sino la última voluntad de nuestro malogrado capitán Leclère. ¿Comprende usted, Danglars? Es sagrada. Además, quédese tranquilo, no invertiré más tiempo que el necesario para ir y venir.

—Sí, sí, comprendo —dijo en voz alta Danglars.

Y en seguida añadió para sí:

«A París, sin duda, para entregar la carta que el gran mariscal le ha dado. ¡Diantre! Esta carta me sugiere una idea, una gran idea. ¡Ah, Dantés, amigo mío! Todavía no estás inscrito en el registro del *Faraón* con el número uno».

Después, volviéndose hacia Edmond, que ya se alejaba, le gritó:

—¡Buen viaje!

—Gracias —respondió Edmond, volviendo la cabeza y acompañando este movimiento con un saludo amistoso.

Luego, ambos enamorados continuaron su camino, tranquilos y felices, como dos elegidos que se elevan al cielo.

El complot

Danglars siguió con la vista a Edmond y Mercedes hasta que desaparecieron por una de las esquinas del fuerte de San Nicolás; después, echando un vistazo a su alrededor, descubrió a Fernando, que había vuelto a caer, pálido y trémulo, sobre su asiento, mientras que Caderousse balbuceaba la letra de una canción báquica.

—¡Vaya, mi querido señor! —dijo Danglars a Fernando—. He ahí un matrimonio que, me parece, no agradará a todos.

—Me desespera —replicó Fernando.

—Así, pues, ¿ama a Mercedes?

—La adoro.

—¿Desde hace mucho?

—Desde que nos conocemos; siempre la he amado.

—¿Y se queda usted ahí, arrancándose los cabellos en vez de poner remedio? ¡Qué diablos! No creía que procediesen así las gentes de su tierra.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Fernando.

—¿Y yo qué sé? ¿Acaso me concierne? No soy yo, creo, el que está enamorado de la señorita Mercedes, sino usted. Buscad, dice el Evangelio, y encontraréis.

—Ya lo había encontrado.

—¿El qué?

—Quería apuñalar al *hombre*, pero Mercedes me aseguró que si le sucedía algo a su prometido, ella se mataría.

—¡Bah! Se dicen muchas cosas, pero no se hacen.

—Usted no conoce a Mercedes, señor. Desde el momento que amenaza, es que lo ejecutará.

«¡Imbécil! —murmuró para sí mismo Danglars—. ¡Qué me importa que ella se mate o no, con tal de que Dantés no sea capitán!»

—Y antes de que Mercedes muera —prosiguió Fernando con acento de inmutable resolución—, moriría yo mismo.

—¡Eso sí que es amar! —exclamó Caderousse con voz cada vez más avinada—. ¡Y amar como no he visto nunca!

—Veamos —añadió Danglars—, me parece que tú eres un buen muchacho, y yo quisiera, ¡qué el diablo me lleve!, sacarte de este atolladero; pero...

—Sí —replicó Caderousse—. Veamos.

—Querido mío —prosiguió Danglars—, estás casi borracho; acaba la botella y lo estarás completamente. Bebe y no te metas en lo que nosotros hacemos; para ello hay que tener la cabeza despejada.

—¿Yo borracho? —chilló Caderousse—. ¡Anda ya! Yo aún me beberé cuatro de tus botellas, que no son más grandes que un frasco de colonia. ¡Tío Pánfilo, trae vino!

Y uniendo el ademán a sus palabras, Caderousse empezó a golpear con su vaso sobre la mesa.

—¿Decía usted, señor? —añadió Fernando, esperando con avidez la continuación de la frase interrumpida.

—¿Decía algo? Ya no me acuerdo. Este borracho de Caderousse me ha hecho perder el hilo.

—Todo lo borracho que quieras; tanto peor para los que temen al vino, porque tienen malos pensamientos y recelan que el vino les tire de la lengua.

Y Caderousse se puso a cantar las dos últimas estrofas de una canción muy en boga en aquella época:

*Todos los malos beben agua,
quedó probado por el Diluvio.*

—Decía usted, señor —repitió Fernando—, que le gustaría sacarme del atolladero; pero, añadió usted...

—Sí, pero añadí... que para sacarte del atolladero basta con que Dantés no se case con la que amas; y el matrimonio no pueda celebrarse, me parece, sin que Dantés muera.

—Sólo los separará la muerte —afirmó Fernando.

—Razonas como un merluzo, amigo mío —dijo Caderousse—, y aquí tienes a Danglars, que es un zorro, un astuto y un tahúr, que va a demostrar que te equivocas. Demuéstralo, Danglars, he respondido por ti. Dile que no hace falta que Dantés muera; además,

sería una lástima que muriese Dantés. Es un buen muchacho, yo le quiero, aprecio a Dantés. A tu salud, Dantés.

Fernando se levantó con impaciencia.

—Déjale hablar —añadió Danglars reteniendo al joven—, además, borracho como está, no hace sino disparatar. La ausencia separa tanto como la muerte; y supón que entre Edmond y Mercedes se alzan las murallas de una prisión; quedarán separados, ni más ni menos, como si fuera la piedra de una tumba.

—Sí, pero se sale de la cárcel —replicó Caderousse, que con los restos de su inteligencia se mezclaba en la conversación—. Y cuando se ha salido de la cárcel y se llama Edmond Dantés, se toma venganza.

—¿Qué importa! —murmuró Fernando.

—Además —prosiguió Caderousse—, ¿por qué se va a encerrar a Dantés? No ha robado, no ha matado ni ha asesinado.

—¿Cállate! —ordenó Danglars.

—No quiero callarme —replicó Caderousse—. Quiero que me digas por qué se metería a Dantés en la cárcel. Yo quiero a Dantés. A tu salud, Dantés.

Y apuró un nuevo vaso de vino.

Danglars siguió en la vista extraviada del sastre los progresos de su borrachera, y volviéndose a Fernando, dijo:

—Y bien. ¿Comprendes que no hay necesidad de matarlo?

—No, si como usted dijo hace un momento, existe el medio de que arresten a Dantés. Pero ¿tiene usted ese medio?

—Buscando bien —dijo Danglars—, podría encontrarse. Pero, ¿qué diablos! ¿Por qué me voy a mezclar en esto? ¿Acaso me importa?

—No sé si el caso le interesará —repuso Fernando, cogiéndole del brazo—, pero de lo que estoy seguro es de que tiene algún motivo de odio particular contra Dantés. El que odia no se engaña en los sentimientos de los demás.

—¿Yo, motivos de odio contra Dantés? Ninguno, palabra de honor. He visto que eras desdichado y tu desgracia me ha interesado, eso es todo; pero si crees que obro por interés personal, adiós, mi querido amigo; ahí te quedas y sal del asunto como puedas.

Danglars hizo ademán de levantarse.

—No —dijo Fernando, reteniéndole—. Quédese. Me importa poco, en fin de cuentas, que quiera o no a Dantés; yo le odio y lo confieso sin rodeos. Encuentre un medio y lo ejecutaré, siempre que

no haya que matar al hombre, porque Mercedes aseguró que se mataría si mataban a Dantés.

Caderousse, que había dejado caer su cabeza sobre la mesa, levantó la frente y, mirando a Fernando y a Danglars con ojos pesados y extraviados, exclamó:

—¡Matar a Dantés! ¿Quién habla aquí de matar a Dantés? No quiero que lo maten, es mi amigo. Me ha ofrecido esta mañana compartir su dinero conmigo, como yo he compartido el mío con él. No quiero que se mate a Dantés.

—¡Y quién habla de matarlo, imbécil! —replicó Danglars—. Se trata solamente de una broma; bebe a su salud —añadió, llenándole el vaso—, y déjanos tranquilos.

—Sí sí, a la salud de Dantés —dijo Caderousse, vaciando su vaso—. A su salud..., a su salud..., a...

—Pero ¿y el medio? ¿El medio? —insistió Fernando.

—¿Todavía no lo has encontrado?

—No, usted se ha encargado de ello.

—Es cierto —replicó Danglars—. Los franceses tienen esa superioridad sobre los españoles; mientras los españoles piensan, los franceses inventan.

—Invente, pues —exigió Fernando, impacientemente.

—¡Mozo! —llamó Danglars—. ¡Una pluma, tinta y papel!

—¡Una pluma, tinta y papel! —murmuró, sorprendido, Fernando.

—Sí, soy agente contable: la pluma, la tinta y el papel son mis instrumentos, y sin mis instrumentos no sé hacer nada.

—¡Una pluma, tinta y papel! —pidió a su vez Fernando.

—Tiene lo que usted desea sobre esta mesa —respondió el camarero, indicando los objetos pedidos.

—Entonces, dámelos.

El mozo cogió el papel, el tintero y la pluma, y los depositó sobre la mesa del emparrado.

—Cuando pienso —dijo Caderousse, dejando caer su mano sobre el papel— que ahí hay más seguridad para matar a un hombre que esperándole en un rincón del bosque para asesinarle... Siempre he tenido más miedo de una pluma, de un tintero y de un papel que de una espada o una pistola.

—El estúpido no está tan borracho como parece —dijo Danglars—. Llénale un vaso de vino para que beba, Fernando.

El aludido llenó el vaso de Caderousse, y éste, como verdadero bebedor que era, levantó la mano de encima del papel y la llevó a su vaso.

El catalán siguió el movimiento hasta que Caderousse, casi vencido por aquel nuevo trago, reposó, o más bien dejó caer el vaso sobre la mesa.

—¿Y bien? —añadió el catalán viendo que la poca razón de Caderousse empezaba a desaparecer con aquel último vaso de vino.

—Pues, bien, te iba a decir —repuso Danglars—, que si después de un viaje como el que acaba de efectuar Dantés, y en el cual ha tocado Nápoles y la isla de Elba, alguien le denunciase al procurador del rey como agente bonapartista...

—¡Yo lo denunciaré! —dijo con viveza el joven.

—Sí, pero entonces te harán firmar tu declaración, y te carearán con él para lo que has denunciado. Yo puedo proporcionarte con qué sostener tu acusación; pero Dantés no puede permanecer eternamente en la cárcel, un día u otro saldrá, y cuando salga, ¡desgraciado del que le hizo entrar!

—¡Oh! Sólo pido una cosa —dijo Fernando—, y es que venga a buscarme pelea.

—Sí, ¿y Mercedes? Mercedes te aborrecerá si tienes la desdicha de tocar un solo pelo de su idolatrado Edmond.

—Es cierto —contestó Fernando.

—No, no —añadió Danglars—, si nos decidimos a hacer una cosa semejante, ¿sabes?, será mejor coger con calma, como acostumbro a hacerlo, esta pluma, mojarla en tinta y escribir con la mano izquierda, a fin de que la escritura no sea reconocida, una sencilla denuncia.

Y Danglars, uniendo la acción a las palabras, escribió con la mano izquierda y con una letra que no guardaba analogía con su escritura habitual, las líneas siguientes, que entregó a Fernando y éste leyó a media voz:

«Se previene al señor procurador del rey, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantés, segundo del navío *Faraón*, llegado esta mañana procedente de Esmirna, después de tocar Nápoles y Portoferraio, ha sido encargado por Murat para que lleve una carta al usurpador, y por éste, para que lleve otra al Comité bonapartista de París.

»Se tendrá la prueba de su crimen arrestándole, porque esa carta se le hallará encima, en casa de su padre o en su camarote a bordo del *Faraón*».

—Perfectamente —prosiguió Danglars—. Así, tu venganza tendrá sentido común, porque de ninguna manera recaería sobre ti, y la cosa marcharía sola. No queda más que doblar la carta, como lo hago, y escribir encima: «Al señor procurador del rey», y todo concluido.

Y Danglars escribió la dirección según lo decía.

—Sí, todo estará dicho —exclamó Caderousse, que en un último esfuerzo de inteligencia había escuchado la lectura y comprendido, por instinto, que semejante denuncia podía acarrear una desgracia—. Sí, todo estará dicho: sólo que sería una infamia.

Y alargó el brazo para coger la carta.

—Por supuesto —dijo Danglars quitando la carta del alcance de su mano—, todo lo que estoy diciendo y hago es pura broma. Y yo sería el primero en sentir que le sucediese algo a Dantés, ¡a ese buen Dantés! Fíjate, toma...

Cogió la carta, la arrugó entre las manos y la arrojó a un rincón del cenador.

—Muy bien —dijo Caderousse—. Dantés es mi amigo y no quiero que le suceda nada malo.

—¡Eh! ¿Quién diablos piensa en hacerle mal? No seré yo, ni Fernando —replicó Danglars levantándose y mirando al joven que continuaba sentado, pero cuya mirada no se apartaba del papel arrojado al suelo.

—En ese caso —prosiguió Caderousse—, que nos traigan más vino. Quiero beber a la salud de Edmond y de la bella Mercedes.

—Ya has bebido demasiado, borracho —replicó Danglars—. Y si continúas así, te verás obligado a dormirla aquí, porque ya no podrás mantenerte sobre las piernas.

—¿Yo? —exclamó Caderousse levantándose con la fatuidad del embriagado—. ¡Que no me podré tener sobre las piernas! Te apuesto a que subo al campanario de las Accoules sin dar un solo traspies.

—Está bien, acepto —dijo Danglars—, pero lo dejaremos para mañana. Ahora ya es tiempo de que regresemos. Dame, pues, el brazo, y volvamos.

—Sí, volvamos —convino Caderousse—, pero no tengo necesidad de tu brazo para eso. ¿Vienes, Fernando? ¿Te vienes con nosotros a Marsella?

—No —respondió Fernando—. Regreso a los Catalanes.

—Haces mal. Ven con nosotros a Marsella. ¿Vienes?

—No tengo nada que hacer en Marsella, y no quiero ir.

—¿Cómo dices eso? No quieres, mi buen amigo, pues haz lo que te parezca; libertad para todo el mundo. Ven, Danglars, y dejemos al señor que regrese a los Catalanes, ya que así lo desea.

Danglars aprovechó este momento de buena voluntad de Caderousse para llevarlo hacia Marsella; sólo que para proporcionar un camino más corto y fácil a Fernando, en lugar de irse por el muelle de la Rive-Neuve tomó por la puerta de San Víctor. Caderousse les seguía, tambaleándose y apoyándose en su brazo.

Cuando habían dado una veintena de pasos, Danglars se volvió y vio a Fernando precipitarse sobre el papel, que guardó en su bolsillo; inmediatamente se lanzó fuera del emparrado y se dirigió del lado del Pillón.

—¿Eh, pero qué hace? —exclamó Caderousse—. Nos ha mentido. Dijo que iba a los Catalanes y ahora se va a la ciudad. ¡Hola, Fernando, te has equivocado! ¡Eh, muchacho!

—Eres tú quien te equivocas —replicó Danglars—. Él sigue derecho el camino de las Vieilles Infirmeries.

—Es verdad —admitió Caderousse—. Mira, hubiese jurado que iba por la derecha. Decididamente, el vino es un traidor.

—Vamos, vamos —murmuró Danglars—, creo que ahora la cosa está bien lanzada y no hay más que dejarla ir por sí sola.

El banquete de bodas

El día siguiente amaneció hermosísimo. El sol apareció puro y refulgente, y sus primeros rayos, de un rojo purpúreo, matizaron con sus rubíes las espumosas cumbres de las olas.

La comida había sido preparada en el primer piso de aquella misma Reserva, con el emparrado de la cual ya hicimos conocimiento. Era una gran sala iluminada por cinco o seis ventanas, encima de cada una de las cuales estaba escrito el nombre de una de las grandes ciudades de Francia.

Una balaustrada de madera las rodeaba en toda su longitud, como al resto del edificio.

Aunque la comida no se serviría hasta el mediodía, desde las once de la mañana aquella balaustrada ya estaba llena de paseantes impacientes. Estos eran los marinos privilegiados del *Faraón* y algunos soldados, amigos de Dantés. Todos, para festejar a los novios, se habían vestido con sus mejores galas.

Circulaba el rumor, entre lo futuros convidados, de que los armadores del *Faraón* debían honrar con su presencia la comida de boda de su segundo; pero esto era, por su parte, un honor tan grande concedido a Dantés, que nadie se atrevía a creerlo.

Sin embargo, Danglars, al llegar con Caderousse, confirmó a su vez esta noticia. Aquella misma mañana había visto al señor Morrel, y éste le había dicho que iría a comer a La Reserva.

En efecto, un instante después de ellos, el señor Morrel hizo su entrada en el salón y fue saludado por los marineros del *Faraón* con una estrepitosa y unánime salva de aplausos. La presencia del armador representaba para ellos la confirmación del rumor que corría ya de que Dantés sería nombrado capitán; y como Dantés era muy apreciado a bordo, aquellas bravas gentes agradecieron así al armador el que por una vez, casualmente, la elección estuviese de acuerdo con

sus deseos. Apenas entró el señor Morrel enviaron, por unanimidad, a Danglars y Caderousse en busca de los novios; tenían la misión de anunciarles la presencia del importante personaje, cuya sola vista había producido tan buena impresión, y decirles que se apresuraran.

Danglars y Caderousse salieron a todo correr, pero aún no habían dado cien pasos cuando, a la altura del polvorín, divisaron a la pequeña comitiva que se acercaba.

Este grupo se componía de cuatro muchachas amigas de Mercedes, catalanas como ella, y que acompañaban a la novia, a quien Edmond daba el brazo. Al lado de la futura esposa caminaba el padre de Dantés, y tras ellos iba Fernando con su maligna sonrisa.

Ni Mercedes ni Edmond advertían tal sonrisa. Los pobres jóvenes eran tan dichosos que no veían nada excepto ellos, y aquel hermoso cielo puro que los bendecía.

Danglars y Caderousse cumplieron su misión de embajadores; luego, tras haber cambiado un fuerte y amistoso apretón de manos con Edmond se fueron a colocar, Danglars al lado de Fernando y Caderousse junto al padre de Dantés, objeto de la atención general.

Este anciano iba vestido con su hermosa casaca de tafetán, adornada con grandes botones de acero tallado. Sus piernas delgadas aunque nerviosas se enfundaban en unas magníficas medias de algodón moteado, que olían a la legua a contrabando inglés. De su sombrero de tres picos colgaba una serie de cintas blancas y azules.

En fin, se apoyaba en un nudoso bastón, curvado por arriba como un antiguo *Pedum*. Se hubiera dicho que era uno de esos petimetres que se pavoneaban en 1796 por los jardines nuevamente abiertos del Luxemburgo y las Tullerías.

Al lado de él, ya se ha indicado que se había colocado Caderousse; Caderousse, a quien la esperanza de una succulenta comida acababa de reconciliarle con los Dantés; Caderousse, a quien le quedaba en la memoria un vago recuerdo de lo que había sucedido la víspera, como cuando al despertarse por la mañana se encuentra en la imaginación la sombra de un sueño que se tuvo durante la noche.

Danglars, aproximándose a Fernando, echó una profunda mirada sobre el amante desdeñado. Fernando caminaba detrás de los futuros esposos, completamente olvidado de Mercedes, quien con ese egoísmo juvenil y encantador del amor no tenía ojos sino para su Edmond. Fernando estaba pálido, después enrojecía con súbitos

soplidos que desaparecían para dejar paso a una palidez más intensa a cada instante. De cuando en cuando miraba de reojo hacia Marsella, y entonces le cogía un temblor nervioso e involuntario que estremecía todos sus miembros. Fernando parecía esperar, o al menos prever, algún acontecimiento grave.

Dantés iba vestido con sencillez. Perteneciendo a la marina mercante, llevaba un traje que constituía lo mejor entre el uniforme militar y la moda de paisano. Junto a este traje aparecía su buen semblante, que realzaba aún más la alegría y la hermosura de su novia.

Mercedes era hermosa como una de esas griegas de Chipre o de Ceos, con ojos de ébano y labios de coral. Caminaba con ese paso libre y franco, peculiar de las arlesianas y andaluzas. Una muchacha de la ciudad, posiblemente hubiese tratado de ocultar su alegría bajo un velo, o cuando menos caminar con la vista baja; pero Mercedes sonreía y miraba a cuantos la rodeaban, y su sonrisa y su mirada eran tan francas que parecía decirles: «Si vosotros sois amigos míos, alegraos conmigo, porque en verdad soy muy feliz».

Desde el momento en que los novios y sus acompañantes fueron divisados desde La Reserva, el señor Morrel descendió y se adelantó a su encuentro, seguido de los marineros y los soldados con quienes se había quedado, y a lo cuales había renovado la promesa hecha a Dantés de que éste sucedería al capitán Leclère.

Al verle venir, Edmond abandonó el brazo de su novia y ésta lo pasó bajo el del señor Morrel. El armador y la joven dieron entonces ejemplo subiendo la escalera de madera que conducía al salón en que se servía la comida; escalera que rechinó durante cinco minutos bajo los pasos de los convidados.

—Padre mío —dijo Mercedes deteniéndose en medio de la mesa—, usted a mi derecha, se lo ruego; a mi izquierda pondré a quien me ha servido de hermano —añadió con una dulzura que penetró en lo más profundo del corazón de Fernando como una puñalada.

Los labios de éste palidecieron, y bajo el color bronceado de su mal rostro todavía pudo verse cómo la sangre, una vez más, se retiraba para afluirle al corazón.

Mientras tanto, Dantés había ejecutado la misma maniobra; a su derecha había colocado al señor Morrel y a su izquierda a Danglars; luego, hizo un gesto, con la mano, para que cada uno se sentase a su gusto.

Ya circulaban alrededor de la mesa los salchichones de Arlés, de carne morena y acentuado ahumado; las langostas de brillantes caparazones, los cangrejos de cascara rosada, los erizos de mar, que parecían castañas envueltas en su cascara de púas, las almejas, que tienen la pretensión de remplazar con superioridad, para los *gourmets* del Midi, a las ostras del norte; en fin, todos esos delicados entremeses que las olas arrojan sobre las arenosas playas, y que los pescadores entendidos designan bajo el nombre genérico de fruto del mar.

—¡Hermoso silencio! —dijo el anciano Dantés saboreando un vaso de vino dorado como el topacio, que el tío Pánfilo en persona acababa de poner delante de Mercedes—. Se diría que aquí hay treinta personas que no piden ni una risa.

—¡Eh! Un marido no siempre está alegre —replicó Caderousse.

—La verdad es —replicó Dantés— que soy demasiado feliz en este momento para estar alegre. Si es así como usted lo entiende vecino, tiene razón. La alegría causa a veces un efecto tan extraño que oprime como un dolor.

Danglars observó a Fernando, cuyo carácter impresionable absorbía y mostraba cada emoción.

—¡Vamos! —dijo—. ¿Acaso teme algo? Me parece que, por el contrario, todo sale según sus deseos.

—Eso es, justamente, lo que me espanta —respondió Dantés—. Me parece que el hombre no está hecho para ser feliz tan fácilmente. La dicha es como esos palacios de las islas encantadas, donde los dragones guardan sus puertas. Hace falta combatir para conquistar, y yo, en realidad, no sé por qué merecí la dicha de ser el marido de Mercedes.

—El marido, el marido —dijo Caderousse, riendo—, todavía no, mi capitán. Intenta hacer un poco el marido y ya verás como serás recibido.

Mercedes enrojeció.

Fernando se atormentaba en su silla, se estremecía al menor ruido, y de vez en cuando enjugaba gruesas gotas del sudor que perlaba su frente, como las primeras gotas de una lluvia tormentosa.

—A fe mía —dijo Dantés—, vecino Caderousse, que no vale la pena desmentirme por tan poco. Mercedes aún no es mi mujer; es cierto... —consultó su reloj—. Pero dentro de hora y media lo será.

Todos lanzaron un grito de sorpresa, a excepción del padre de Dantés, cuya amplia sonrisa mostraba unos dientes bien conservados. Mercedes sonrió sin ruborizarse. Fernando cogió excitado el mango de su cuchillo.

—¿En una hora? —exclamó Danglars, palideciendo—. ¿Y cómo puede ser eso?

—Sí, amigos míos —respondió Dantés—, gracias al crédito del señor Morrel, el hombre a quien, después de mi padre, más debo en el mundo, se allanaron todas las dificultades. Hemos comprado las amonestaciones y a las dos y media el alcalde de Marsella nos espera en el Ayuntamiento. Ahora bien, como acaban de dar la una y cuarto, creo no engañarme mucho al decir que dentro de una hora y media, Mercedes se llamará señora Dantés.

Fernando cerró los ojos: una nube de fuego abrasó sus pupilas. Se apoyó en la mesa para no desmayarse, y, a pesar de todos los esfuerzos, no pudo contener un gemido sordo que se perdió entre el ruido de risas y de felicitaciones de los reunidos.

—Eso sí que se llama actuar bien, ¿eh? —dijo Dantés, padre—. A eso se llama no perder el tiempo, ¿no le parece? Llegar ayer por la mañana y casarse hoy a las tres de la tarde. ¡Hábleme de marinos para ir derechos a su asunto!

—Pero ¿y las demás formalidades? —objetó tímidamente Danglars—. ¿Y el contrato, y las escrituras...?

—¿El contrato? —replicó Dantés, riendo—. El contrato ya está hecho: Mercedes no tiene nada, yo tampoco... Nos casamos bajo el régimen de la comunidad, eso es todo. Ahí no hay mucho que escribir, y tampoco costará gran cosa.

Esta broma produjo una nueva explosión de alegría y de aplausos.

—De manera que lo que consideramos una comida de novios —dijo Danglars—, es nada menos que una comida de bodas.

—No —contestó Dantés—, no perderán nada, esté tranquilo. Mañana por la mañana parto para París. Cuatro días para ir, otros cuatro para volver, un día para cumplir a conciencia el encargo que me dieron, y el primero de marzo estoy de regreso. El día 2, será el verdadero banquete de bodas.

La perspectiva de un nuevo festín aumentó la alegría hasta tal punto, que el padre de Dantés, que al principio de la comida se quejaba del silencio, ahora hacía, en medio de la conversación general,

vanos esfuerzos para expresar sus votos por la prosperidad de los futuros esposos.

Dantés adivinó el pensamiento de su padre y respondió con una sonrisa llena de cariño. Mercedes empezó a observar la hora en el cucú del salón e hizo una seña imperceptible a Edmond. Reinaba alrededor de la mesa la bulliciosa alegría y esa libertad individual que acompañan el fin de las comidas entre las personas de clase inferior. Los que no estaban a gusto en su sitio, se habían levantado de la mesa y habían buscado otros vecinos. Todo el mundo empezaba a hablar a la vez, y nadie se ocupaba en responder a lo que decía su interlocutor, sino solamente a sus pensamientos.

La palidez de Fernando casi se había comunicado por completo a las mejillas de Danglars; el mismo Fernando ya no vivía y parecía condenado a un lago de fuego. Fue uno de los primeros en levantarse y se paseaba de un lado a otro, intentando aislar su oído de la algazara de las canciones y del entrechocar de vasos.

Caderousse se aproximó a él en el momento que Danglars, que parecía huirle, acababa de reunírsele en un ángulo de la sala.

—En verdad —dijo Caderousse, a quien las buenas maneras de Dantés y sobre todo el vino del tío Pánfilo habían borrado todo el odio que la inesperada dicha de su vecino hizo germinar en su pecho—, en verdad que Dantés es un buen muchacho. Cuando lo veo sentado junto a su novia, me digo que hubiese sido una lástima hacerle la mala jugada que intentabais ayer.

—Ya ves —dijo Danglars—, estás viendo que la cosa no ha tenido consecuencias. Ese pobre Fernando estaba tan trastornado, que al principio me daba lástima; pero desde el momento en que se decidió a ser el primer invitado a la boda de su rival, no hay más que decir.

Caderousse miró a Fernando, que estaba lívido.

—El sacrificio es tanto mayor —prosiguió Danglars—, ya que, en realidad, la muchacha es preciosa. ¡Diantre! Dichoso el pillo de mi futuro capitán. Quisiera llamarme Dantés sólo durante doce horas.

—¿Nos vamos? —preguntó la dulce voz de Mercedes—. Ya son las dos y nos esperan a las dos y cuarto.

Sí, sí, vayamos —dijo Dantés levantándose con viveza.

—Partamos —repitieron a coro todos los convidados.

En aquel mismo instante, Danglars, que no perdía de vista a Fernando, sentado en el borde de una de las ventanas, le vio abrir

los ojos desmesuradamente, levantarse como por un movimiento convulsivo, y volver a caer sobre el sitio que ocupaba antes. Casi al mismo tiempo resonó un ruido sordo en la escalera; el sonido de unos pasos pesados, un rumor confuso de voces mezcladas con el tintineo de armas ahogaron las exclamaciones de los convidados, y atraieron la atención general, que se manifestó en el mismo instante por medio de un atemorizado silencio.

El ruido se aproximó; se oyeron tres golpes dados en la puerta, y cada cual miró a su vecino con cara de asombro.

—¡En nombre de la ley! —gritó una voz vibrante, a la que ninguna contestó.

Inmediatamente se abrió la puerta y un comisario, ceñido con su faja, penetró en la sala seguido de cuatro soldados armados que conducía un cabo.

La inquietud dejó paso al terror.

—¿Qué sucede? —preguntó el armador adelantándose hacia el comisario, a quien conocía—. Con seguridad, señor, existe una equivocación.

—Si es así, señor Morrel —respondió el comisario—, créame que pronto será reparada. De momento, soy portador de una orden de arresto; y aunque sea muy lamentable cumplir mi misión, por lo menos debo cumplirla. ¿Quién de ustedes, señores, es Edmond Dantés?

Todas las miradas se volvieron hacia el joven, quien, muy emocionado, pero conservando su dignidad, dio un paso adelante y dijo:

—Soy yo, señor. ¿Qué desea?

—Edmond Dantés —habló el comisario—, en nombre de la ley, le detengo.

—¿Que usted me detiene? —exclamó Edmond con ligera palidez—. Pero ¿y por qué?

—Lo ignoro, señor, pero en su primer interrogatorio lo sabrá.

El señor Morrel comprendió que no podía hacer nada contra la inflexibilidad de la situación: un comisario con su fajín ya no es un hombre, sino la estatua de la ley, fría, sorda y muda.

El señor Dantés, por el contrario, se precipitó hacia el oficial; hay cosas que el corazón de un padre o de una madre no comprenden nunca.

Rogó y suplicó: lágrimas y ruegos no podían nada; sin embargo, su desesperación fue tan grande, que el comisario se conmovió.

—Señor —dijo—, tranquilícese usted. Es posible que su hijo haya olvidado alguna formalidad de la Aduana o de Sanidad, y, según toda probabilidad, cuando se hayan recibido cuantos informes se desean, será puesto en libertad.

—¡Ah, vaya! ¿Qué significa esto? —preguntó, arqueando las cejas, Caderousse a Danglars, que se hacía el sorprendido.

—¿Acaso lo sé? —exclamó Danglars—. Estoy como tú: veo lo que pasa, y no comprendo nada y me quedo confuso.

Caderousse buscó con la vista a Fernando: había desaparecido.

Entonces la escena de la víspera se reprodujo en su mente con una espantosa lucidez.

Se hubiera dicho que la catástrofe acababa de arrancarle el velo que la borrachera de la noche anterior había puesto entre él y su memoria.

—¡Oh, oh! —exclamó con voz ronca—. Será esto la continuación de la broma de que hablabas ayer, ¿Danglars? En ese caso, desdichado de quien la haya hecho, porque es bien triste.

—¡En absoluto! —replicó Danglars—. Bien sabes que rompí en pedazos el papel.

—No lo destruiste —añadió Caderousse—. Solamente lo arrojaste a un rincón, eso es todo.

—¡Cállate! Tú no has visto nada. ¡Estabas borracho!

—¿Dónde está Fernando? —preguntó Caderousse.

—¿Acaso lo sé yo? —contestó Danglars—. Probablemente fue a sus asuntos. Pero en lugar de ocuparnos de esto, vamos a consolar a estos pobres afligidos.

En efecto, durante aquella conversación, Dantés había estrechado la mano sonriendo a sus amigos, y se había entregado a la justicia diciendo:

—Estad tranquilos. El error se aclarará y probablemente ni siquiera llegaré a la cárcel.

—¡Oh, seguramente! Yo respondo —dijo Danglars, que en ese momento se aproximaba al grupo principal.

Dantés descendió la escalera precedido del comisario de policía y rodeado por los soldados. Un coche, cuya puerta estaba abierta, esperaba a la entrada; subió a él, dos soldados y el comisario montaron después; la puerta se cerró y el carruaje emprendió el camino de Marsella.

—¡Adiós, Dantés! ¡Adiós, Edmond! —gritó Mercedes abalanzándose a la balaustrada.

El prisionero escuchó este último grito, salido como un sollozo del desgarrado corazón de su novia; asomó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Adiós, Mercedes!

Y en seguida desapareció por una de las esquinas del fuerte de San Nicolás.

—Esperadme aquí —dijo el armador—. Cojo el primer coche que encuentre y corro a Marsella para traeros noticias.

—¡Vaya! —gritaron todas las voces—. ¡Vaya y vuelva en seguida!

Hubo, después de esta doble partida, un momento de terrible estupor entre todos los que habían quedado.

El anciano padre y Mercedes permanecieron algunos minutos aislados, cada uno sumido en su propio dolor; pero al fin sus ojos se encontraron; se reconocieron como dos víctimas atacadas por el mismo golpe, y se arrojaron uno en brazos de otro.

Durante este tiempo entró Fernando, se sirvió un vaso de agua, que bebió, y fue a sentarse en una silla.

La casualidad hizo que Mercedes, al desprenderse de los brazos del anciano, fuera a sentarse en una silla próxima a la suya.

Fernando, por un movimiento instintivo, retiró su silla hacia atrás.

—Ha sido él —dijo Caderousse a Danglars, que no había perdido de vista al catalán.

—No lo creo —respondió Danglars—. Es demasiado imbécil. En todo caso, que caiga el golpe sobre quien tiene la culpa.

—Tú no hablas de quien le aconsejó —dijo Caderousse.

—¡Ah, vaya! —exclamó Danglars—. Si se fuese a ser responsable de todo lo que se dice.

—Sí, cuando lo que se dice acarrea malas consecuencias.

Durante este tiempo los grupos comentaban el arresto de Dantés de mil maneras.

—Y usted, Danglars —preguntó una voz—, ¿qué piensa acerca de este acontecimiento?

—¿Yo? —replicó Danglars—. Creo que será por haber entrado algunos paquetes de mercancías prohibidas.

—Pero, en ese caso, debería saberlo, Danglars, ya que usted es el contable.

—Sí, es cierto; pero el contable sólo conoce los paquetes que le declaran. Yo únicamente sé que traemos carga de algodón, eso es

todo; que hemos recogido el cargamento de Alejandría, en casa del señor Pastret, y en Esmirna, en casa del señor Pascal. No me pregunten más.

—¡Oh! Ahora me acuerdo —murmuró el pobre padre al oír esto— de que ayer me dijo que traía para mí una caja de café y otra de tabaco.

—¿Ven ustedes? —dijo Danglars—. Eso es. En nuestra ausencia la aduana habrá efectuado una visita a bordo del *Faraón* y habrá descubierto esos botes de orsas.

Mercedes no creía nada de aquello; porque su dolor, contenido hasta aquel instante, se desbordó repentinamente en sollozos.

—¡Vamos, vamos, esperanza! —exclamó, sin saber muy bien lo que decía el padre de Dantés.

—¡Esperanza! —repitió Danglars.

—Esperanza —trató de murmurar Fernando. Pero esta palabra le ahogaba; sus labios se agitaron y no salió ningún sonido de su boca.

—Señores —gritó uno de los convidados que había permanecido en la balaustrada como vigía—. Señores, se acerca un coche. ¡Ah! Es el señor Morrel. ¡Ánimo, ánimo! Sin duda nos traerá buenas noticias.

Mercedes y el anciano padre corrieron hacia el armador, que los encontró a la puerta. El señor Morrel estaba muy pálido.

—¿Qué hay? —exclamaron al mismo tiempo.

—Pues, bien, amigos míos —respondió el armador sacudiendo la cabeza—. La cosa es más grave de lo que pensamos.

—¡Oh, señor! —exclamó Mercedes—. Él es inocente.

—Lo creo —respondió el señor Morrel—, pero se le acusa...

—¿De qué? —preguntó el anciano Dantés.

—De ser un agente bonapartista.

Aquellos de mis lectores que hayan vivido en la época en que se desarrolla esta historia se acordarán qué terrible era entonces la acusación que acababa de lanzar el señor Morrel.

Mercedes lanzó un grito; el señor Dantés se dejó caer sobre una silla.

—¡Ah! —exclamó Caderousse—. Tú me has engañado, Danglars, y la broma se ha llevado a cabo. Pero yo no quiero dejar morir de pena a este anciano y a esta muchacha, y voy a comunicarles todo.

—¡Cállate, desdichado! —exclamó Danglars cogiendo la mano de Caderousse—. O no respondo de ti. ¿Quién dice que Dantés no sea realmente culpable? El barco tocó en la isla de Elba, descendió y permaneció todo un día en Portoferraio. Si le encuentran encima alguna carta que le comprometa, los que le defiendan serán considerados cómplices suyos.

Caderousse, con el rápido instinto del egoísmo, comprendió toda la solidez de este razonamiento; miró a Danglars con ojos estúpidos en los que se mezclaba el temor y el dolor, y por un paso que había avanzado, retrocedió dos.

—Entonces, esperemos —murmuró.

—Sí, esperemos —convino Danglars—. Si es inocente, lo pondrán en libertad; si es culpable, es inútil comprometerse por un conspirador.

—Entonces, vayámonos. No puedo permanecer aquí más tiempo.

—Sí, ven —indicó Danglars encantado de encontrar un compañero de retirada—. Ven y dejémoslos que se las compongan como puedan.

Se marcharon. Fernando se convirtió en el apoyo de la muchacha. Cogió a Mercedes de la mano y la condujo a los Catalanes. Los amigos de Dantés condujeron, por su parte, a la avenida de Meilhan, a aquel anciano medio desmayado.

En seguida, el rumor de que Dantés estaba arrestado como agente bonapartista se extendió por toda la ciudad.

—¿Creería usted eso, mi querido Danglars? —inquirió el señor Morrel uniéndose a su contable y a Caderousse; también él se apresuraba a alcanzar la ciudad para tener noticias directas de Edmond, ya que conocía al sustituto del procurador del rey, el señor de Villefort—. ¿Habría creído usted eso?

—¡Diantre, señor! —respondió Danglars—. Ya le había comunicado a usted que Dantés, sin ningún motivo, recaló en la isla de Elba, y que esa parada, usted lo sabe, me había parecido sospechosa.

—Pero ¿ha comunicado usted sus sospechas a alguien más que a mí?

—Me hubiera guardado muy bien, señor —añadió en voz baja Danglars—. Bien sabe usted que a causa de su tío, el señor Policarpo Morrel, que sirvió bajo el otro y que no oculta sus ideas, se

sospecha que lamenta la caída de Napoleón. Me hubiese disgustado mucho causar un perjuicio a Edmond y, por consiguiente, a usted. Hay cosas que un subordinado debe confesar a su armador y ocultar severamente a los demás.

—Bien, Danglars, bien —dijo el armador—. Es usted un hombre honrado. También yo había pensado en usted en el caso de que el pobre Dantés hubiese llegado a capitán del *Faraón*.

—¿Cómo es eso, señor?

—Sí, ya había preguntado a Dantés lo que pensaba de usted, y si tendría alguna repugnancia a tenerle en su puesto; porque, no sé a santo de qué, me pareció notar cierta frialdad entre ustedes.

—¿Y qué le respondió?

—Que creía, efectivamente, haber tenido, en una circunstancia que no me indicó, algunas diferencias con usted; pero que toda persona que gozaba de la confianza del armador, tenía la suya.

«¡Hipócrita!», murmuró para sí Danglars.

—¡Pobre Dantés! —exclamó Caderousse—. El caso es que se trata de un excelente muchacho.

—Sí, pero mientras tanto —dijo el señor Morrel— tenemos al *Faraón* sin capitán.

—¡Oh! —exclamó Danglars—. Es preciso esperar, ya que no podemos partir hasta dentro de tres meses, que durante ese tiempo Dantés sea puesto en libertad.

—Sin duda, pero hasta entonces...

—Pues hasta entonces, aquí me tiene, señor Morrel —se ofreció Danglars—. Ya sabe usted que yo conozco el manejo de un buque tan bien como el primer capitán; esto le representará, incluso, una ventaja, porque cuando Edmond salga de la cárcel no tendrá que darle las gracias a nadie: él se reintegrará a su puesto y yo al mío, eso es todo.

—Gracias, Danglars —dijo el armador—; eso, en efecto, arregla la cuestión. Tome, pues, el mando, yo se lo autorizo, y vigile el desembarco. Jamás deben entorpecerse los asuntos porque suceda una desgracia a un individuo.

—Esté tranquilo, señor. Pero ¿se podrá ver, por lo menos, a ese bueno de Edmond?

—Ya se lo diré en cuanto lo sepa, Danglars. Voy a intentar hablar con el señor de Villefort para interceder ante él en favor del prisionero. Sé bien que es un realista acérrimo, pero, ¡qué diablos!,

con todo su realismo y procurador del rey, es un hombre, y no creo que sea mala persona.

—No —replicó Danglars—, mas he oído decir que es ambicioso, y eso se le parece mucho.

—En fin —concluyó el señor Morrel, con un suspiro—, veremos. Vaya a bordo, ya le alcanzaré.

Y dejó a los dos amigos para emprender el camino del palacio de justicia.

—Ya ves —dijo Danglars a Caderousse—, el giro que toma el asunto. ¿Aún tienes ganas de ir a defender a Dantés?

—No, sin género de dudas; sin embargo, terrible cosa es que una broma acarree semejantes consecuencias.

—¡Diantre! ¿Quién la ha hecho? No he sido yo, ni tú, ¿no es cierto? Es cosa de Fernando. Tú sabes bien que yo arrojé el papel a un rincón, incluso creí que lo había roto.

—No, no —replicó Caderousse—. ¡Oh! En cuanto a eso, estoy seguro: lo vi en el rincón del emparrado, doblado y arrugado; y hasta quisiera que aún estuviese allí donde lo vi.

—¿Qué quieres? Fernando lo habrá cogido, lo habrá copiado o mandado copiar, y posiblemente Fernando se habrá tomado esa molestia; y ahora que pienso... ¡Dios mío! Quizá haya entregado mi propia carta. Afortunadamente había desfigurado mi letra.

—Pero ¿sabías tú que Dantés conspiraba?

—¿Yo? Yo no sabía nada. Como ya te he dicho, sólo creí hacer una broma, eso es todo. Al parecer, como Arlequín, he dicho la verdad riendo.

—Da lo mismo —replicó Caderousse—. Daría cualquier cosa porque no hubiera sucedido nada de todo esto, o, al menos, por no estar mezclado en ello. Ya verás cómo nos causará alguna desgracia, Danglars.

—Si ha de acarrear alguna desgracia, será al verdadero culpable, y éste es Fernando y no nosotros. ¿Qué desgracia quieres que nos ocurra a nosotros? No tenemos sino permanecer tranquilos, sin soltar una palabra de la cuestión y la tormenta pasará sin que caiga un rayo.

—Amén —dijo Caderousse haciendo un gesto de despedida a Danglars y dirigiéndose hacia la avenida de Meilhan, meneando la cabeza y hablando consigo mismo, como acostumbran hacerlo las personas muy preocupadas.

—¡Bien! —exclamó Danglars—. Las cosas van tomando el cariz que había previsto. Ya estoy convertido en capitán interino, y si ese imbécil de Caderousse puede callarse, en capitán para siempre. Pero ¿y en el caso de que la justicia soltara a Dantés? ¡Oh, no! —añadió con una sonrisa maliciosa—. La justicia es la justicia, y en ella confío.

Y tras esto, saltó a una barca y dio la orden al barquero de conducirlo a bordo del *Faraón*, en donde el armador, como se recordará, le había citado.

El sustituto del procurador del rey

En la calle de Grand-Cours, frente a la fuente de las Medusas, en una de esas antiguas casas de arquitectura aristócrata edificadas por Puget, también se celebraba aquel mismo día y a la misma hora una comida de bodas.

Sin embargo, los actores de esta otra escena no eran gente del pueblo, marineros y soldados, sino personas pertenecientes a la alta sociedad marsellesa. La constituían antiguos magistrados que habían dimitido de su cargo en tiempos del usurpador; antiguos oficiales que habían desertado de sus filas para pasarse a las del ejército de Condé; jóvenes elevados por su familia, todavía en situación poco estable, a pesar de lo que habían sufrido ya por su odio hacia aquel hombre que en cinco años de destierro se convertiría en un mártir, y en quince años de Restauración en un dios.

Estaban sentados a la mesa, y la conversación se desarrollaba ardientemente con todas las pasiones de la época, pasiones tanto más terribles, vivas y encarnizadas en el mediodía de Francia, en donde, al cabo de quinientos años, los odios religiosos se habían unido a los políticos.

El emperador, rey de la isla de Elba tras haber sido soberano de una parte del mundo, reinando sobre una población de cinco o seis mil almas, después de haber oído el grito de: ¡Viva Napoleón! lanzado por ciento veinte millones de individuos y en diez idiomas diferentes, era tratado allí como un hombre perdido totalmente para Francia y para el trono. Los magistrados desempolvaban las equivocaciones políticas; los militares hablaban de Moscú y de Leipzig; las mujeres, de su divorcio con Josefina. Parecía que este mundo realista, todo gozoso y triunfante, no por la caída del hombre, sino por la derrota de unos principios, empezaba una nueva vida y despertaba de un penoso sueño.

Un anciano, condecorado con la cruz de San Luis, se levantó y brindó por la salud del rey Luis XVIII: era el marqués de Saint-Méran.

Ante este brindis, que recordaba a la vez al desterrado Hartwell y al rey pacificador de Francia, aumentó la algazara; se alzaron las copas a la manera inglesa y las mujeres se desprendieron de sus flores y las esparcieron por el mantel. Aquél fue un entusiasmo casi poético.

—Convendrían en ello si estuviesen aquí —dijo la marquesa de Saint-Méran, mujer de mirada seca, labios delgados, continente aristocrático y todavía elegante, pese a sus cincuenta años—; convendrían en ello todos esos revolucionarios que nos han arrojado y nos dejaron a su vez conspirar muy tranquilos en nuestros castillos, que ellos compraron por un pedazo de pan bajo el Terror; convendrían en que la verdadera consagración estaba de nuestra parte, porque nosotros nos uníamos a la monarquía amenazada, en tanto que ellos, por el contrario, saludaban al sol naciente y hacia su fortuna, mientras nosotros perdíamos la nuestra; convendrían en que nuestro rey, el nuestro, era verdaderamente Luis el Bienamado, mientras que su usurpador, el de ellos, no era más que Napoleón el Maldito; ¿no es cierto, Villefort?

—¿Decía usted, señora marquesa?... Perdóneme, no atendía a la conversación.

—¡Ah! Deje en paz a los muchachos, marquesa —replicó el anciano que había brindado—. Esos chicos van a casarse, y, naturalmente, hablan de otras cosas en vez de política.

—Le ruego que me perdone, mamá —dijo una joven y hermosa muchacha de cabellos rubios y ojos oscuros—. Le devuelvo al señor de Villefort a quien acaparé por un instante. Señor de Villefort, mi madre le habla.

—Estoy pronto a responder a la señora, si tiene a bien repetir su pregunta, que no escuché bien antes —dijo el señor de Villefort.

—Estás perdonada, Renée —contestó la marquesa, con una sonrisa de ternura que causaba asombro ver brillar en su áspero rostro; pero el corazón de la mujer está hecho así, y por árido que sea al soplo de los prejuicios y de las exigencias de la etiqueta, siempre dispone de un rincón fértil y risueño: el que Dios ha consagrado al amor maternal—. Estás perdonada... Decía hace un instante, Ville-

fort, que los bonapartistas no tienen ni nuestra convicción, ni nuestro entusiasmo, ni nuestra abnegación.

—¡Oh, señora! Por lo menos poseen algo que reemplaza a todo eso: el fanatismo. Napoleón es el Mahoma de Occidente; para todos esos hombres vulgares, pero con ambiciones supremas, es, no solamente, un legislador y un maestro, sino también un tipo: el tipo de la igualdad.

—¡De la igualdad! —exclamó la marquesa—. ¿Napoleón el tipo de la igualdad? Entonces, ¿qué hará usted con el señor Robespierre? Me parece que usted le despoja de su puesto para entregárselo al Corso. Con todo, ya es bastante con una usurpación, me parece.

—No, señora —replicó Villefort—. Dejo a cada uno en su pedestal. Robespierre en la plaza de Luis XV, sobre su cadalso; a Napoleón, en la plaza Vendôme, sobre su columna; sólo que uno ha forjado la igualdad que abate, y el otro la igualdad que eleva; uno ha puesto los reyes al nivel de la guillotina, y el otro ha elevado al pueblo al nivel del trono. Eso no quiere decir —añadió Villefort, riendo— que ambos no sean unos infames revolucionarios, y que el 9 de Thermidor y el 4 de abril de 1814 no sean dos fechas gloriosas para Francia, y dignas de ser celebradas por los amigos del orden y de la monarquía. Pero esto explica, también, cómo, a pesar de haberse hundido para no levantarse nunca, eso espero, Napoleón ha conservado sus fieles. ¿Qué quiere usted, marquesa? Cromwell, que no era ni la mitad de lo que fue Napoleón, también tuvo sus adictos.

—¿Sabe usted que eso que ha dicho, Villefort, huele a revolución a una legua? Pero se lo perdono: no se puede ser hijo de un girondino y no conservar apego al Terror.

Un vivo sonrojo pasó por la frente de Villefort.

—Mi padre era girondino, señora —respondió—, es cierto; pero mi padre no votó la muerte del rey; mi padre estuvo proscrito por ese mismo Terror que usted proscribía, y poco le faltó para dejar su cabeza en el mismo cadalso en que fue a caer la cabeza de vuestro padre.

—Sí —asintió la marquesa, sin que aquel recuerdo sangriento alterase lo más mínimo sus facciones—, sólo que fue por principios diametralmente opuestos, por los que hubieran subido al cadalso, y la prueba es que toda mi familia ha permanecido unida a los prin-

cipios desterrados, mientras que su padre se apresuró a unirse al nuevo Gobierno, y después de que el ciudadano Noirtier fue girondino, el conde Noirtier se convirtió en senador.

—¡Mamá, mamá! —exclamó Renée—. Ya sabe usted que se convino en que no se hablaría más de tan tristes recuerdos.

—Señora —respondió Villefort—, me adhiero a la señorita de Saint-Méran para suplicarle humildemente que olvide el pasado. ¿A qué recriminar cosas ante las cuales la misma voluntad de Dios es impotente? Dios puede cambiar el porvenir, pero no puede modificar el pasado. Lo que nosotros, los hombres, podemos hacer es cubrirlo con un velo. ¡Pues bien! Yo me he separado, no sólo de la opinión, sino también del apellido de mi padre. Mi padre ha sido, o posiblemente aún lo es, bonapartista, y se llama Noirtier; yo soy realista y me llamo Villefort. Dejé morir en el viejo tronco un resto de savia revolucionaria, y no vea, señora, más que el retoño que se separa de ese tronco, sin poder, y, hasta diría sin querer, desprenderse del todo.

—¡Bravo, Villefort! —aplaudió el marqués—. ¡Bien respondido! Yo también he suplicado siempre a la marquesa que olvidase el pasado, y nunca he podido conseguirlo; espero que usted sea más afortunado.

—Sí, de acuerdo —replicó la marquesa—, olvidemos el pasado, no pido nada mejor, y está convenido; pero que al menos, Villefort, sea inflexible en lo futuro. No olvide, Villefort, que nosotros hemos respondido por usted ante Su Majestad; él también ha querido olvidar, ante nuestra recomendación, como yo olvido ante vuestro ruego. Pero si le cayese algún conspirador entre las manos, piense que hay muchos ojos que lo vigilan, ya que se sabe que pertenece a una familia que puede estar relacionada con los conspiradores.

—¡Ay, señora! —replicó Villefort—. Mi profesión, y, sobre todo, los tiempos que vivimos, me ordenan ser severo. Y lo seré. Ya he tenido algunas acusaciones políticas que sostener, y, en ese aspecto, he dado pruebas de actuar enérgicamente. Por desdichas aún no hemos llegado al fin.

—¿Usted cree? —replicó la marquesa.

—Tengo mis temores. Napoleón, en la isla de Elba, está muy cerca de Francia; su presencia, casi a la vista de nuestras costas, sostiene la esperanza de sus partidarios. Marsella se encuentra llena de

oficiales con media paga, los cuales buscan todos los días, bajo un pretexto cualquiera, discutir con los realistas; de ahí resultan los duelos entre gentes de la clase elevada, así como los asesinatos entre el pueblo.

—Sí —admitió el conde Salvieux, viejo amigo del marqués de Saint-Méran, y chambelán del conde de Artois—. Sí, pero usted sabe que la Santa Alianza le desaloja.

—Sí, de eso se hablaba cuando salimos de París —indicó el marqués de Saint-Méran—. ¿Y adónde le envían?

—A Santa Elena.

—¿A Santa Elena? ¿Dónde está eso? —preguntó la marquesa.

—Una isla situada a dos mil leguas de aquí, más allá del Ecuador —respondió el conde.

—¡Enhorabuena! Como dice Villefort, es una gran locura dejar a semejante hombre entre Córcega, donde ha nacido, y Nápoles, donde aún reina su cuñado, y en frente de esa Italia con la que pretendía formar un reino para su hijo.

—Desgraciadamente —replicó Villefort—, existen los tratados de 1814, y no se puede tocar a Napoleón sin faltar a esos tratados.

—Pues bien, se faltará a ellos —respondió el señor de Salvieux—. ¿Tuvo él tantos reparos cuando intentó hacer fusilar al desventurado duque de Enghien?

—Sí —dijo la marquesa—, ya está convenido; la Santa Alianza libertará a Europa de Napoleón, y Villefort librerá a Marsella de sus partidarios. El rey, reina o no reina; si reina, su Gobierno debe ser fuerte y sus agentes inflexibles; es el medio de prevenir el mal.

—Desgraciadamente, señora —dijo, sonriendo, Villefort—, un sustituto del procurador del rey siempre llega cuando el mal está hecho.

—Entonces, a él le toca repararlo.

—Todavía le podría decir, señora, que nosotros no reparamos el mal, pero sí lo vengamos; eso es todo.

—¡Oh, señor de Villefort! —exclamó una preciosa jovencita, hija del conde de Salvieux y amiga de la señorita de Saint-Méran—. Trate de tener uno de esos bellos procesos mientras estemos nosotros en Marsella. Jamás he asistido a una audiencia, y me han dicho que es muy curiosa.

—Demasiado curiosa, en efecto, señorita —replicó el sustituto—, porque en lugar de una tragedia ficticia se trata de un verda-

dero drama; en vez de dolores aparentes, son dolores reales. El hombre que se presenta allí cuando se corre el telón, en vez de regresar a su casa para cenar en familia y acostarse tranquilamente para empezar al día siguiente, entra en una prisión donde le espera el verdugo. Ya ve usted que para las personas nerviosas que buscan emociones fuertes no hay un espectáculo mejor que éste. Quede tranquila, señorita, si la circunstancia se presenta, se la procuraré.

—Nos hace estremecer... y se ríe —dijo Renée, muy pálida.

—Qué quiere usted..., es un duelo... Ya he pedido cinco o seis veces la pena de muerte contra mis acusados políticos... Pues bien: ¿quién sabe cuántos puñales se afilan ahora en la sombra, o ya están dirigidos contra mí?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Renée cada vez más espantada—. ¿Habla usted seriamente, señor Villefort?

—No puede hablarse más seriamente, señorita —replicó el joven magistrado, con la sonrisa en los labios—. Y con los bellos procesos que desea la señorita para satisfacer su curiosidad, y que yo deseo para satisfacer mi ambición, la situación no hará más que agravarse. Todos esos soldados de Napoleón, acostumbrados a acometer ciegamente al enemigo, ¿cree usted que reflexionan al prender un cartucho o al atacar a la bayoneta? ¿Reflexionarían más para matar a un hombre que consideran su enemigo personal, que para matar a un ruso, un austríaco, o un húngaro, que jamás habían visto? Por otra parte, todo eso es necesario; comprenda usted, sin eso, nuestra profesión no tendría excusa. Yo mismo, cuando veo lucir en el ojo del acusado la luminosidad de la rabia, me siento animado, me exalto: ya no es un proceso, sino un combate; lucho contra él, él responde, yo redoblo, y el combate concluye como todos, con una derrota y una victoria. ¡Eso es lo que se llama acusar! Es el peligro lo que determina la elocuencia. Un acusado que me sonriese después de mi réplica, me haría creer que he hablado mal, que lo dicho es pálido, sin vigor, insuficiente. Piense, pues, en la sensación de orgullo que experimenta un procurador del rey convencido de la culpabilidad del acusado, cuando ve temblar e inclinar a su culpable bajo el peso de sus pruebas, y bajo los azotes de su elocuencia. La cabeza que se inclina caerá irremisiblemente.

Renée lanzó un ligero grito.

—¡Eso sí que es hablar! —exclamó uno de los convidados.

—¡Este es el hombre que necesitamos en tiempos como estos! —señaló un segundo.

—Está bien —replicó un tercero—, estuvo usted soberbio, mi querido Villefort en su último caso. Ya sabe usted, aquel hombre que asesinó a su padre; pues, bien, literalmente, usted lo mató antes de que el verdugo lo tocara.

—¡Oh! Respecto a los parricidas —dijo Renée—, no importa. No existe suplicio suficiente para semejantes hombres; mas para los desdichados acusados políticos...

—Pero aún es peor, Renée, porque el rey es el padre de la nación, y pretender destrozar o matar al rey, es querer matar al padre de treinta y dos millones de personas.

—¡Oh, es igual, señor de Villefort! —replicó Renée—. ¿Me promete usted tener indulgencia con aquellos que yo le recomiende?

—Esté tranquila —prometió Villefort, con su más encantadora sonrisa—. Haremos juntos mis requisitorias.

—Querida —intervino la marquesa—, cuídate de tus colibríes, de tus podencos y de tus trapos, y deja a tu futuro esposo cumplir con su deber. Hoy día las armas descansan y la toga está en alza; hay para esto una frase latina de gran profundidad.

—*Cedant arma togae* —recitó inclinándose Villefort.

—No me atrevía a hablar en latín —indicó la marquesa.

—Creo que hubiese preferido que usted fuese médico —prosiguió Renée—. El ángel exterminador, aunque ángel, siempre me ha causado espanto.

—¡Mi buena Renée! —murmuró Villefort envolviendo a la joven en una mirada amorosa.

—Hija mía —dijo el marqués—, el señor de Villefort será el médico moral y político de esta provincia. Créeme, es un papel muy bonito el que le toca representar.

—Y será un medio para hacer olvidar el que interpretó su padre —añadió la incorregible marquesa.

—Señora —replicó Villefort con triste sonrisa—, ya he tenido el honor de decirle que mi padre, al menos así lo creo, ha abjurado de los errores de su pasado; que se ha convertido en un amigo celoso de la religión y el orden; posiblemente en un mejor realista que yo, porque él lo es con arrepentimiento y yo lo soy con pasión.

Y pronunciada esta frase, Villefort, a fin de juzgar el efecto producido por su elocuencia, miró a los convidados como hu-

biera mirado después de una frase semejante, a su auditorio en la Audiencia.

—Y bien, mi querido Villefort —repuso el conde de Salvieux—, eso es justamente lo que anteayer respondí al ministro del rey en las Tullerías, quien me preguntó algo acerca de esta singular alianza entre el hijo de un girondino y la hija de un oficial del ejército de Condé; y el ministro lo ha comprendido perfectamente. Este sistema de fusión es el de Luis XVIII. También el rey, que sin que nosotros lo supiésemos, escuchaba nuestra conversación, nos interrumpió diciendo: «Villefort —fíjese en que no pronunció el nombre de Noirtier, y por el contrario recalcó el de Villefort—, Villefort —dijo el rey— hará carrera; es un joven experimentado, y es de mi partido. He visto con satisfacción que los marqueses de Saint-Méran lo acepten por yerno, y les hubiese aconsejado esta alianza si no hubieran sido ellos los primeros en solicitarme permiso para verificarla».

—¿Ha dicho eso el rey, conde? —exclamó Villefort, halagado.

—Le repito sus propias palabras, y si el marqués quiere ser franco, le confesará que lo que acabo de decirle concuerda perfectamente con lo que el rey le dijo a él cuando le habló, hace seis meses, de un proyecto de matrimonio entre usted y su hija.

—Es cierto —confirmó el marqués.

—¡Oh! Entonces todo se lo debo a ese digno príncipe. Por lo tanto ¿qué no haré yo por servirle!

—¡Enhorabuena! —exclamó la marquesa—. Así es como yo le quiero. Que venga ahora un conspirador y ya verá como es recibido.

—Y yo, madre mía —replicó Renée—, ruego a Dios que no la escuche, y que no envíe al señor de Villefort sino ladronzuelos, débiles asaltadores y tímidos estafadores; de este modo dormiré tranquila.

—Es como si —dijo, riendo, Villefort— deseara un médico de calenturas, de sarampiones y picaduras de avispa, todas las cosas que no comprometen más que a la epidermis. Si quiere verme procurador del rey, por el contrario, debe desearme terribles enfermedades cuya cura constituyen un honor para el médico.

En aquel momento, y como si el azar hubiese escuchado el deseo de Villefort, entró un criado y le dijo algunas palabras al oído. Entonces Villefort abandonó la mesa, excusándose, y regresó unos minutos después con el rostro lleno de alegría y sonriendo.

Renée le miró con amor; porque, visto así, con sus ojos azules, su tez mate y sus patillas negras encuadrándole el rostro, resultaba verdaderamente un elegante y hermoso joven; también el espíritu de la joven parecía pendiente de sus labios, en espera de que explicase la causa de su momentánea desaparición.

—Bien —dijo Villefort—, hace un momento, señorita, usted ambicionaba tener un médico por marido; yo por lo menos, tengo con los discípulos de Esculapio —aún se hablaba así en 1815— algo en común, que jamás soy dueño de mi tiempo, y que vienen a molestarme incluso a su lado, hasta en la comida de mis bodas.

—¿Y por qué motivo le molestan, caballero? —preguntó con cierta inquietud la bella muchacha.

—¡Ay! Por un enfermo que se halla, hay que creerlo, ya que así me lo han dicho, en el último extremo. Esta vez es un caso grave, y la enfermedad roza el cadalso.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Renée palideciendo.

—¿De veras? —dijo a una toda la asamblea.

—Parece que acaban de descubrir un pequeño complot bonapartista.

—¿Es posible? —dijo la marquesa.

—He aquí la carta de la denuncia.

Y Villefort leyó:

«Se previene al señor procurador del rey, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantés, segundo del navío *Faraón*, llegado esta mañana procedente de Esmirna después de tocar Nápoles y Portoferraio, ha sido encargado por Murat para que lleve una carta al usurpador, y por éste, para que lleve otra al Comité bonapartista de París.

»Se tendrá la prueba de su crimen arrestándole, porque esa carta se le hallará encima, en casa de su padre, o en su camarote a bordo del *Faraón*».

—Pero —objetó Renée—, esa carta, que no es sino un anónimo, está dirigida al procurador del rey, y no a usted.

—Sí, pero el procurador del rey está ausente; en su ausencia, la epístola ha llegado a su secretario, que es el encargado de abrir las cartas; la ha abierto, pues, y me ha buscado, pero al no encontrarme ha dado orden de arresto.

—De manera que el culpable ha sido arrestado —dijo la marquesa.

—Es decir, el acusado —añadió Renée.

—Sí, señora —respondió Villefort—, y como he tenido el honor de decir hace un momento a la señorita Renée, si se encuentra la carta en cuestión, el enfermo se encuentra muy mal.

—¿Y dónde se halla ese desdichado? —preguntó Renée.

—En mi casa.

—Entonces, váyase, amigo mío —le invitó el marqués—, no falte a sus deberes por permanecer con nosotros, cuando el servicio del rey le requiere. Vaya, pues, adónde el servicio del rey le reclama.

—¡Oh, señor de Villefort! —exclamó Renée juntando las manos en súplica—. Sea indulgente, es el día de nuestros esponsales.

Villefort dio la vuelta a la mesa, y, aproximándose a la silla de la joven, se apoyó en el respaldo de ella.

—Para ahorrarle cualquier inquietud —dijo—, haría cuanto pudiese, mi querida Renée; pero si los indicios no mienten, si la acusación es cierta, entonces habrá que cortar esa mala hierba bonapartista.

Renée se estremeció ante la palabra cortar, porque aquella hierba que se trataba de cortar tenía cabeza.

—¡Bah, bah! —exclamó la marquesa—. No escuche a esta chiquilla, Villefort. Ya se acostumbrará.

Y la marquesa alargó a Villefort una mano seca, que éste besó a la vez que miraba a Renée y parecía decirle con los ojos: «Vuestra mano es la que beso, o al menos la que quisiera besar en este instante».

—Tristes auspicios —murmuró Renée.

—En verdad, señorita —dijo la marquesa—, eres de un infantilismo impertinente. Ahora te pregunto, ¿es que el destino del Estado tiene algo que ver con tus caprichos y con tus sentimentalismos?

—¡Oh, madre mía! —murmuró Renée.

—Perdone a la mala realista, señora marquesa —intervino Villefort—. Le prometo cumplir mi papel de sustituto del procurador del rey con plena conciencia, es decir, ser horriblemente severo.

Pero al mismo tiempo que el magistrado dirigía sus palabras a la marquesa, el novio echaba una mirada de reojo a su novia, y aquella mirada le decía:

«Tranquilízate, Renée; seré indulgente en nombre de tu amor».

Renée respondió a aquella mirada con su más dulce sonrisa, y Villefort salió con el paraíso en el corazón.

El interrogatorio

Apenas hubo salido Villefort del comedor, abandonó su risueña máscara para adoptar el grave aspecto del hombre llamado a ejercer aquella suprema función de decidir sobre la suerte de sus semejantes. Ahora bien, a pesar de la movilidad de su fisonomía, movilidad que el sustituto, como lo hace un buen actor, había estudiado más de una vez ante el espejo, esta vez le costó trabajo fruncir el entrecejo e imprimir gravedad a sus facciones. En efecto, a parte el recuerdo de que aquella línea seguida por su padre y que podía, si no se alejaba completamente, deshacer su porvenir, Gérard de Villefort era en aquellos momentos tan feliz como le es dado serlo a un hombre con porvenir; rico ya de por sí, ocupaba a sus veintisiete años un puesto elevado en la magistratura, iba a casarse con una joven y buena muchacha a la que amaba, no con pasión, pero sí razonablemente, como debe hacerlo un sustituto del procurador del rey; y además de su belleza, que era notable, la señorita de Saint-Méran, su novia, pertenecía a una de las familias más distinguidas de aquella época; y, por último, además de la influencia de sus padres, que al no tener más hijos podían transmitirla completamente a su yerno, ella aportaba a su marido una dote de cincuenta mil escudos que, gracias a las esperanzas, esa palabra inventada por los casamenteros, podía convertirse un día en una herencia de medio millón.

Todos estos factores juntos constituían para Villefort un total de felicidad deslumbradora; al punto de que ya le parecía no ver las manchas del sol cuando contemplaba su vida interior con los ojos del alma.

A la puerta encontró esperándole al comisario de policía. La visión de aquel hombre vestido de negro le hizo caer del tercer cielo para caminar por la tierra material; compuso su rostro, como ya se ha indicado, y se aproximó al oficial de justicia.

—Ya estoy aquí, señor —le dijo—. He leído la carta, y ha hecho bien en arrestar a ese hombre. Ahora infórmeme sobre él y la conspiración con todos los detalles que haya recogido.

—De la conspiración, señor, no sabemos nada todavía. Todos los papeles que se le han cogido fueron empaquetados y depositados en vuestro despacho. En cuanto al detenido, ya lo ha visto usted por la carta que lo denuncia, es Edmond Dantés, segundo de a bordo del buque llamado *Faraón*, que se dedica al comercio de algodón con Alejandría y Esmirna, y pertenece a la casa Morrel e Hijos, de Marsella.

—Antes de servir en la marina mercante, ¿había servido en la marina de guerra?

—¡Oh, no, señor! Todavía es muy joven.

—¿Qué edad tiene?

—Diecinueve o veinte años a lo sumo.

En aquel momento, y como Villefort caminaba por la Grandé Rue, al llegar a la esquina de la calle de los Consejos, un hombre que parecía esperarle, le abordó; era el señor Morrel.

—¡Ah, señor de Villefort! —exclamó el buen hombre al ver al sustituto—. ¡Cuánto me alegro de encontrarle! Figúrese que acaban de cometer la equivocación más extraña e inicua: han detenido hace poco al segundo de mi buque, Edmond Dantés.

—Lo sé, señor —dijo Villefort—, y vengo para interrogarle.

—¡Oh, señor! —continuó Morrel, llevado de su amistad hacia el joven—. Usted no conoce al que acusan, pero yo sí que lo conozco. Imagínese al hombre de carácter más apacible, el más honrado y hasta me atrevería a asegurar, el hombre que mejor conoce su oficio en toda la marina mercante. ¡Oh, señor de Villefort! Se lo recomiendo muy particularmente y de todo corazón.

Villefort, como ha podido apreciarse, pertenecía a la clase noble de la ciudad, y Morrel a la del pueblo; el primero era realista extremado y el segundo, sospechoso de bonapartista. Villefort miró desdeñosamente a Morrel y le respondió con frialdad.

—Usted sabe, señor, que se puede ser pacífico en la vida privada, honrado en las relaciones comerciales, sabio en su profesión, y en cambio un gran culpable en política. Lo sabe usted, ¿no es cierto, señor?

Y el magistrado recalcó estas palabras como si hubiera querido aplicárselas al mismo armador; mientras su escrutadora mirada

parecía querer penetrar hasta el fondo del corazón de aquel hombre que se había atrevido a interceder por otro, cuando él mismo debía saber que tenía necesidad de indulgencia.

Morrel enrojeció, porque no se sentía muy tranquilo en cuanto a sus opiniones políticas; y además, la confianza que le había hecho Dantés respecto a su entrevista con el gran mariscal, y algunas palabras que le había dirigido el emperador, le turbaban un poco. Añadió, no obstante, con el acento del más vivo interés:

—Se lo suplico, señor de Villefort; sea justo como debe serlo, bueno como lo es siempre, y *devuélvanos* pronto a ese pobre Dantés.

El *devuélvanos* sonó revolucionariamente en el oído del sustituto del procurador del rey.

«¡Eh, eh! —se dijo en voz baja—. Devuélvanos... ¿Estará el tal Dantés afiliado a alguna secta de carbonarios, para que su protector emplee así, y sin pensarlo, la fórmula colectiva? Lo han arrestado en una taberna, según me manifestó el comisario, y en numerosa compañía; la cuestión se ha de considerar seriamente.»

En seguida agregó en voz alta:

—Señor, puede estar completamente tranquilo de que no habrá acudido inútilmente a mi justicia, si el detenido es inocente; pero si, por el contrario, es culpable, debe tener presente que vivimos en una época difícil, señor, en la que la impunidad sería un mal ejemplo, y yo me veré, pues, obligado a cumplir con mi deber.

En esto, como había llegado ante la puerta de su casa, situada junto al palacio de justicia, entró majestuosamente tras saludar con frialdad al desventurado armador, que se quedó petrificado en el mismo sitio en que le dejó Villefort.

La antesala estaba llena de gendarmes y agentes de policía; en medio de ellos, cuidadosamente vigilado y envuelto por miradas cargadas de odio, se encontraba de pie, tranquilo e inmóvil, el prisionero.

Villefort atravesó la antesala, echó una mirada de reojo a Dantés, y después de haber recogido un envoltorio que le entregó un agente, desapareció diciendo:

—Que me traigan al prisionero.

Pese a lo fugaz de aquella mirada, a Villefort le bastó para hacerse una idea del hombre que iba a interrogar. Había reconocido la inteligencia en aquella frente ancha y despejada, el valor en aque-

lla mirada fija y aquellas cejas fruncidas, y la franqueza en aquellos labios gruesos y entreabiertos, que dejaban ver una doble hilera de dientes blancos como el marfil.

La primera impresión había sido favorable para Dantés; pero Villefort siempre había oído decir como un axioma de profunda política, que era preciso desconfiar del primer impulso, ya que éste era bueno, y aplicar la máxima a la impresión, sin tener en cuenta la diferencia entre una palabra y otra.

Por consiguiente, ahogó los buenos instintos que querían invadir su corazón, para librarlos del asalto de su mente, y adoptó ante el espejo la expresión de los grandes días, luego se sentó, sombrío y amenazante ante su escritorio.

Un instante después entró Dantés en el despacho.

El joven continuaba pálido, pero tranquilo y sonriente; saludó a su juez con una cortesía sencilla, y luego buscó con la mirada una silla, como si se encontrase en el despacho del armador Morrel.

En aquel momento fue cuando se encontró con la fría mirada de Villefort, aquella mirada peculiar de los hombres palaciegos, que no desean que lean sus pensamientos, y que hacen de sus ojos un cristal esmerilado. Por aquella mirada comprendió que estaba delante de la justicia, figura de severas facciones.

—¿Quién es usted y cómo se llama? —preguntó Villefort hojeando las notas que el agente le había entregado al entrar, y que al cabo de una hora se habían vuelto voluminosos, debido a que la corrupción de los espionajes se unía rápidamente a aquellos cuerpos desventurados que llaman acusados.

—Me llamo Edmond Dantés, señor —respondió el joven con voz tranquila y sonora—. Soy el segundo de a bordo del navío *Faraón*, que pertenece a los señores Morrel e Hijos.

—¿Su edad? —continuó Villefort.

—Diecinueve años.

—¿Qué hacía usted en el momento que fue detenido?

—Asistía a la comida de mis propios esponsales, señor —contestó Dantés con voz ligeramente conmovida; tan doloroso era el contraste de aquellos momentos de alegría con la lúgubre ceremonia que tenía lugar, como sombrío el rostro de Villefort, que hacía recordar la esplendorosa faz de Mercedes.

—¿Asistía usted a la comida de sus esponsales? —exclamó el sustituto estremeciéndose a pesar suyo.

—Sí, señor. Estoy a punto de casarme con una mujer que amo desde hace tres años.

Villefort, a pesar de lo impasible que era de ordinario, quedó admirado por esta coincidencia, y aquella voz conmovida de Dantés, sorprendido en medio de su dicha, fue a despertar una fibra simpática en el fondo de su alma: él también se casaba, era feliz y le habían turbado en su dicha para contribuir a la destrucción de la alegría de un hombre que, como él, ya tocaba la felicidad.

Esta aproximación filosófica —pensaba— causaría gran efecto cuando regresase al salón del señor de Saint-Méran, y en seguida fraguó en su ánimo, y mientras Dantés esperaba las nuevas preguntas, las palabras altisonantes, con ayuda de las cuales los oradores construyen esas frases ambiciosas de aplausos que a veces hacen creer en una verdadera elocuencia.

Cuando su pequeña perorata interior quedó concluida, Villefort sonrió por su efecto, y dijo a Dantés:

—Continúe, señor.

—¿Qué quiere que le diga?

—Lo que ilustre a la justicia.

—Que la justicia diga sobre qué punto desea que la ilustre, y le diré cuanto sé; sólo que —añadió a su vez, con una sonrisa—, le prevengo que no sé gran cosa.

—¿Ha servido usted bajo el usurpador?

—Iba a ser incorporado a la marina de guerra cuando cayó.

—Se dice que sus opiniones políticas son extremadas —dijo Villefort, al que si bien no le habían informado en absoluto de aquello, no le disgustaba dar a la pregunta un aire de acusación.

—¿Mis opiniones políticas, señor? ¡Ay! Casi me da vergüenza de declararlo, pero jamás he tenido lo que se dice una opinión. Apenas cuento diecinueve años, como ya he tenido el honor de comunicarle; no sé nada y no estoy destinado a representar ningún papel; lo poco que soy y que pueda ser, si me conceden la plaza que ambiciono, se lo deberé al señor Morrel. También, todas mis opiniones, no diré políticas, pero sí privadas, se limitan a estos tres sentimientos: quiero a mi padre, respeto al señor Morrel y adoro a Mercedes. Eso es todo, señor, todo lo que puedo decir a la justicia. Ya ve usted que es bien poco interesante.

A medida que Dantés hablaba, Villefort observaba su rostro franco y a la vez dulce, y sentía que le traía a la memoria las pala-

bras de Renée, quien, sin conocerle, le había pedido indulgencia para el acusado. Con la costumbre que ya poseía el sustituto de juzgar al crimen y a los criminales, vio surgir, a cada palabra de Dantés, la prueba de su inocencia.

En efecto, aquel joven, casi podría decirse aquel niño, sencillo, natural, elocuente, pero con esa elocuencia del corazón, que no se encuentra nunca cuando se busca, lleno de afecto por todos, pues él era feliz y la dicha vuelve buenos hasta a los malos, derramaba hasta sobre su mismo juez la dulce afabilidad que desbordaba de su corazón. Edmond sólo tenía en la mirada, en la voz y hasta en el gesto, a pesar de lo rudo y severo que Villefort había sido con él, dulzura y bondad para aquel que le interrogaba.

«¡Diablos! —se dijo Villefort—. He aquí un muchacho encantador y no me costaría mucho, lo espero, ser bien recibido por Renée complaciéndola en su primera recomendación. Esto me valdrá un buen apretón de manos ante todo el mundo, y un agradable beso en un rincón.»

Y ante esta dulce esperanza el rostro de Villefort se desveló; de manera que cuando dirigió su mirada a Dantés, éste, que había seguido todos los cambios de la fisonomía de su juez, también sonreía como sus pensamientos.

—Señor —dijo Villefort—. ¿Conoce usted a alguno de sus enemigos?

—¡Enemigos yo! —exclamó Dantés—. Tengo la gran suerte de ser tan poca cosa, que mi posición no me los proporciona. En cuanto a mi carácter, un poco vivo quizá, siempre he procurado dulcificarlo para con mis subordinados. Tengo diez o doce marineros bajo mis órdenes: que los interroguen, señor, y ellos le dirán que me aprecian y respetan, no como a un padre, pues soy demasiado joven para eso, sino como a un hermano.

—Pero, a falta de enemigos, puede ser que tenga algún envidioso. Usted va a ser nombrado capitán a los diecinueve años, cargo elevado en su carrera; se va a casar con una bonita mujer que le ama, lo cual es una dicha rara en todas las situaciones del mundo; estas dos preferencias del destino han podido crearle envidiosos.

—Sí, tiene usted razón. Usted debe conocer a los hombres mejor que yo, y es posible; pero si esos envidiosos se encuentran entre mis amigos, le confieso que prefiero no conocerlos para no verme obligado a odiarlos.

—Se equivoca, señor. Siempre es preciso, mientras sea posible ver claro alrededor de uno; y en verdad, usted me parece un joven tan digno, que voy a apartarme de todas las formalidades ordinarias de la justicia, y a ayudarle a descubrir qué hay en esto, mostrándole la denuncia que le ha conducido hasta aquí. Éste es el papel acusador. ¿Reconoce usted esa letra?

Y Villefort extrajo la carta de su bolsillo y se la tendió a Dantés. Este la observó y la leyó. Una nube oscureció su frente, y dijo:

—No, señor, no conozco esa letra; está deformada y sin embargo tiene un trazo bastante suelto. De todas formas, la ha trazado una mano hábil. Me satisface —añadió mirando con reconocimiento a Villefort— haberme encontrado con un hombre como usted, porque, en efecto, mi rival es un verdadero enemigo. Y en el brillo que apareció en los ojos del joven cuando pronunciaba estas últimas palabras, Villefort pudo distinguir toda la violenta energía que yacía oculta bajo su aparente dulzura.

—Y ahora, veamos —dijo el sustituto—, respóndame francamente, señor, no como acusado a su juez, sino como un hombre en mala situación respondería a otro hombre que se interesa por él. ¿Qué hay de cierto en esta acusación anónima?

Y Villefort arrojó con desdén sobre el escritorio la carta que Dantés acababa de devolverle.

—Todo y nada, señor. Voy a decirle la pura verdad, por mi honor de marino, por mi amor a Mercedes, y por la vida de mi padre.

—Hable —le indicó Villefort en voz alta. Después añadió para sí:

«Si Renée pudiese verme, creo que estaría contenta de mí, y que ya no me llamaría más cortador de cabezas.»

—Pues bien; al abandonar Nápoles, el capitán Leclère cayó enfermo de una fiebre cerebral; como no llevábamos médico a bordo y él no quiso que arribásemos a algún punto de la costa, deseoso de llegar cuanto antes a la isla de Elba, su enfermedad progresó y hacia el fin del tercer día, sintiéndose morir, me llamó a su lado. «Querido Dantés —me dijo—, júreme por su honor hacer lo que voy a decirle; de ello dependen los mayores intereses.» «Se lo juro, capitán», le respondí. «Bien, como después de mi muerte le pertenece el mando del navío en su calidad de segundo, hágase cargo del mando y dirija el rumbo hacia la isla de Elba, desembarque en Portoferraio, pregunte por el gran maris-

cal, y entréguele esta carta. Posiblemente él también le dará otra carta y le encargue alguna misión. Esta misión, que me estaba reservada, Dantés, la cumplirá usted en mi nombre, y todos los honores serán para usted.» «Así lo haré, capitán; pero es posible que no llegue tan fácilmente como usted cree a presencia del gran mariscal.» «Le doy una sortija que le permitirá llegar —dijo el capitán—, y que le allanará todas las dificultades.» Y al pronunciar tales palabras me entregó una sortija. Ya le llegó su momento; dos horas después deliraba y al día siguiente estaba muerto —concluyó Dantés.

—¿Y entonces, qué hizo usted? —inquirió Villefort.

—Aquello que debía hacer, señor; aquello que cualquiera hubiese hecho en mi lugar. En todo caso, los ruegos de un moribundo son sagrados; pero en la marina, los ruegos de un superior son órdenes que deben cumplirse. Por consiguiente, puse rumbo a la isla de Elba, adonde llegué al día siguiente; dejé a toda la tripulación a bordo y descendí solo a tierra. Como había previsto, tuve algunas dificultades para llegar hasta el gran mariscal; pero le envié la sortija que debía servirme de contraseña, y entonces todas las puertas se abrieron ante mí. Me recibió, me interrogó acerca de las últimas circunstancias de la muerte del desventurado Leclère, y, como éste lo imaginara, me entregó una carta con el encargo de llevarla personalmente a París: Yo se lo prometí, porque era cumplir la última voluntad de mi capitán. Puse rumbo a Marsella. Descendí a tierra, arreglé rápidamente todos los asuntos de a bordo; después corrí a ver a mi novia, que encontré más y más amante que nunca. Gracias al señor Morrel solucionamos pronto todas las dificultades eclesiásticas; en fin, señor, asistía, como ya le manifesté, a la comida de mis esponsales, iba a casarme dentro de una hora, y esperaba partir para París, cuando fui arrestado por esa denuncia que usted parece despreciar ahora tanto como yo.

—Sí, sí, —murmuró Villefort—. Todo eso es en apariencia cierto, y si usted resulta culpable, es por imprudencia; aunque esa imprudencia es disculpable por las órdenes emanadas de su capitán. Entrégue-me esa carta que le dieron en la isla de Elba, deme su palabra de presentarse a la primera requisitoria y vaya a reunirse con sus amigos.

—De manera que soy libre, señor —exclamó Dantés en el colmo de la alegría.

—Sí, pero deme esa carta.

—Debe de estar ante usted, señor; porque me la cogieron con los demás papeles, y reconozco algunos en ese paquete.

—Espere —dijo el sustituto a Dantés, que ya recogía sus guantes y sombrero—. Espere. ¿A quién iba dirigida?

—*Al señor Noirtier, calle Coq-Héron, en París.*

Un rayo caído sobre Villefort no le hubiera herido con golpe más rápido e imprevisto; se desplomó en el sillón, del que apenas se levantó para alcanzar el paquete de papeles requisados a Dantés, y rebuscando precipitadamente, extrajo la carta fatal, a la que echó una ojeada de indecible terror.

—Señor Noirtier, rue Coq-Héron, número 13 —murmuró palideciendo cada vez más.

—Sí, señor —respondió Dantés, asombrado—. ¿Le conoce usted?

—No —respondió con viveza Villefort—. Un fiel servidor del rey no conoce a los conspiradores.

—¿Se trata de una conspiración? —inquirió Dantés, que empezaba, tras creerse libre, a tener mayores temores que la primera vez—. En todo caso, señor, ya se lo he dicho: ignoraba por completo el contenido del despacho de que era portador.

—Sí —replicó Villefort con voz sorda—, pero usted sabía el nombre de la persona a quien iba dirigido.

—Para entregárselo a mano, señor, era preciso que lo supiese.

—¿Y no ha enseñado esa carta a nadie? —preguntó Villefort leyéndola y palideciendo a medida que leía.

—A nadie, señor. ¡Palabra!

—¿Sabe alguien que usted era portador de esta carta procedente de la isla de Elba y dirigida al señor Noirtier?

—Nadie, señor, excepto aquel que me la entregó.

—¡Es demasiado! ¡Aún es demasiado! —murmuró Villefort. La frente de Villefort se oscurecía cada vez más a medida que llegaba al fin; sus labios blancos, sus manos temblorosas, sus ojos ardientes, transmitieron al ánimo de Dantés las más dolorosas aprensiones.

Al terminar aquella lectura, Villefort dejó caer la cabeza entre las manos, y permaneció unos instantes anonadado.

—¡Oh Dios mío! ¿Qué sucede, señor? —inquirió tímidamente Dantés.

Villefort no respondió, pero al cabo de unos segundos levantó la cabeza, pálida y descompuesta, y releyó por segunda vez la carta.

—¿Y dice usted que ignora el contenido de esta misiva? —insistió Villefort.

—Lo repito y juro por mi honor, señor —dijo Dantés—. Lo ignoro. Pero ¿qué es lo que le sucede a usted? ¡Dios mío! ¿Se encuentra usted mal? ¿Quiere que llame?

—No, señor —replicó Villefort levantándose con viveza—. No se mueva, no diga una palabra. Soy yo quien da las órdenes aquí y no usted.

—Señor —objetó Dantés, molesto—, era para ayudarle, nada más.

—No necesito nada; un desvanecimiento pasajero, eso es todo. Ocúpese de usted y no de mí. Responda.

Dantés esperó el interrogatorio que anunciaba aquella indicación, pero fue inútil. Villefort volvió a dejarse caer en el sillón, se pasó una helada mano por su frente bañada en sudor, y por tercera vez se puso a leer aquella carta.

«¡Oh! Si él sabe lo que contiene esta carta —murmuró para sí—, y si alguna vez llega a saber que Noirtier es el padre de Villefort, estoy perdido, estoy perdido.»

Y de vez en cuando miraba a Edmond como si aquellas miradas pudiesen romper la invisible barrera que encierra en el corazón los secretos que no pronuncian los labios.

—¡Oh, no dudemos más! —dijo en voz alta.

—Pero, en nombre del cielo, señor —exclamó el desventurado joven—. Si usted duda de mí, si sospecha, interrógueme, que estoy dispuesto a responder.

Villefort realizó un violento esfuerzo sobre sí mismo, y, en un tono aparentemente tranquilo, dijo:

—Señor, de la declaración que ha prestado resultan contra usted gravísimos cargos; no soy dueño, como lo creía hace un instante de devolverle la libertad al momento; debo, antes de tomar semejante medida, consultar con el juez de instrucción. Ya ha visto, entretanto, de qué manera he actuado respecto a usted.

—¡Oh, sí, señor! —exclamó Dantés—. Y se lo agradezco, porque ha sido para mí un amigo más que un juez.

—Pues bien, señor; voy a retenerle aún algún tiempo, el menor tiempo posible; el principal cargo que existe contra usted es esta carta, y vea...

Villefort se aproximó a la chimenea, arrojó al fuego la carta y permaneció allí hasta que quedó reducida a cenizas.

—Y ya lo ve —añadió—, la destruyo.

—¡Oh! —exclamó Dantés—. Señor, es usted más que la justicia, es la bondad misma.

—Pero, escúcheme —prosiguió Villefort—, después de semejante acción, comprenderá que puede tener confianza en mí, ¿no es cierto?

—¡Oh, señor! Ordene, y cumpliré su mandato.

—No —dijo Villefort aproximándose al joven—. No, no se trata de órdenes, lo que quiero darle; usted lo comprenderá, son consejos.

—Dígame, y obedeceré como si fueran órdenes.

—Voy a detenerle hasta esta noche en el palacio de justicia; puede ser que venga otro a interrogarle: dígame todo lo que me ha dicho a mí, pero ni una palabra de la carta.

—Se lo prometo, señor.

Villefort era quien parecía suplicar, y el acusado el que tranquilizaba al juez.

—Ya comprenderá —dijo echando una mirada a las cenizas que aún conservaban la forma del papel, y que revoloteaban por encima de las llamas—. Ahora esa carta ha quedado destruida, usted y yo somos los únicos que sabemos que ha existido; no se la presentarán, por lo tanto, niéguelo resueltamente y estará salvado.

—Negaré, señor, esté tranquilo —respondió Dantés.

—Bien, bien —dijo Villefort llevando la mano al cordón de la campanilla, pero deteniéndose en el instante de llamar, añadió—: ¿Era ésa la única carta que tenía?

—La única.

—Júremelo.

Dantés extendió la mano y dijo:

—Lo juro. Villefort llamó.

El comisario de policía entró.

Villefort se acercó al oficial público y le dijo algunas palabras al oído; el comisario asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sígale, señor —indicó Villefort a Dantés. Dantés se inclinó, echó una última mirada de reconocimiento a Villefort, y salió.

Apenas se hubo cerrado la puerta detrás de ellos, a Villefort le faltaron las fuerzas y cayó casi desvanecido en un sillón. Al cabo de un largo instante murmuró:

—¡Oh Dios mío! ¿Para qué sirven la vida y la fortuna? Si el procurador del rey hubiera estado en Marsella, o si el juez de instrucción hubiese sido llamado en mi lugar, estaría perdido; y ese papel, ese maldito papel, me precipitaba al abismo. ¡Ah, padre mío, padre mío! ¿Será siempre un obstáculo para mi felicidad en este mundo, tendré que luchar eternamente con tu pasado?

Pero de repente una idea pareció cruzar su mente e iluminar su rostro; una sonrisa se dibujó en su aún crispada boca, sus huraños ojos permanecieron fijos, como detenidos ante un pensamiento.

—Eso es —exclamó—. Sí, esa carta que debía perderme, posiblemente haga mi fortuna. Vamos, Villefort, manos a la obra.

Y tras haberse asegurado de que el acusado no se encontraba en la antesala, el sustituto del procurador del rey salió a su vez, y se encaminó apresuradamente hacia la casa de su prometida.

El castillo de If

Al atravesar la antesala, el comisario de policía hizo una seña a dos gendarmes que se situaron, uno a la derecha y otro a la izquierda de Dantés; se abrió una puerta que comunicaba el departamento del procurador del rey con el palacio de justicia, y siguieron caminando durante unos momentos por uno de aquellos grandes y sombríos corredores que hacen estremecer a quienes pasan por ellos, aunque no tenga motivos para estremecerse.

Del mismo modo que el departamento de Villefort comunicaba con el palacio de justicia, éste, a su vez, comunicaba con la prisión, lóbrego edificio adosado al palacio y que mira curiosamente, con todas las aberturas de sus ventanas, al campanario de las Accoules, que se eleva enfrente.

Después de haber cruzado un sinnúmero de corredores, Dantés vio abrirse una puerta con un postigo de hierro; el comisario de policía llamó con un martillo, dio tres golpes que retumbaron en Dantés como si hubieran sido dados en su corazón; la puerta se abrió, los dos gendarmes empujaron ligeramente a su prisionero, que todavía dudaba. Dantés franqueó el umbral y la puerta se cerró tras él con estruendo. Allí se respiraba otra atmósfera, un aire mefítico y denso: estaba en la cárcel.

Le condujeron a un calabozo bastante limpio, pero enrejado y cerrado con cerrojo; resultaba que el aspecto de su morada no le causó grandes temores, porque las palabras del sustituto del procurador del rey, pronunciadas con una voz que le pareció a Dantés llena de interés, aún resonaban en su oído como una dulce promesa de esperanza.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando Dantés fue conducido a su calabozo. Era, como ya se ha indicado, el primero de marzo; y muy pronto el prisionero se encontraría en plena oscuridad.

Entonces el sentido del oído se avivó en él, ya que el de la vista acababa de extinguirse; al menor ruido que percibía, convencido de que iban a ponerle en libertad, se levantaba con viveza y daba un paso hacia la puerta; pero en seguida el ruido se alejaba y moría en otra dirección, y Dantés volvía a caer sobre su banquillo.

Por fin, a eso de las diez de la noche, en el momento que Dantés empezaba a perder toda esperanza, se oyó un nuevo ruido que le pareció, esta vez, que se dirigía hacia su calabozo; en efecto, los pasos resonaron en el corredor y se detuvieron delante de su puerta; una llave giró en la cerradura, los cerrojos rechinaron, y la maciza barrera de encina se abrió, dejando penetrar de golpe en la sombría cárcel la deslumbrante luz de dos antorchas.

A la luz de tales antorchas, Dantés vio brillar los sables y los mosquetones de cuatro gendarmes.

Había avanzado dos pasos, y se quedó inmóvil en su puesto al ver aquel inusitado aparato de fuerza.

—¿Vienen ustedes a buscarme? —preguntó Dantés.

—Sí —respondió uno de los gendarmes.

—¿De parte del señor sustituto del procurador del rey?

—Así lo creo.

—Bien —repuso Dantés—, estoy listo para seguirlos.

La convicción de que iban a buscarle de parte del señor de Villefort, quitó todo temor al desventurado joven; avanzó, pues, tranquilo y con paso desenvuelto, y se colocó, por propia iniciativa, en medio de la escolta.

Un coche le esperaba a la puerta de la calle; el cochero estaba en su sitio; y un guardia municipal se hallaba sentado al lado del cochero.

—¿Es para mí este coche? —preguntó Dantés.

—Es para usted —respondió uno de los gendarmes—. Suba.

Dantés quiso hacer algunas observaciones, pero la puerta se abrió y sintió que le empujaban; no tenía la posibilidad ni siquiera la intención de poner resistencia; en un instante se encontró sentado en el fondo del coche y entre dos gendarmes; los otros dos se sentaron en la banqueta de enfrente, y la pesada máquina empezó a rodar con un ruido siniestro.

El prisionero echó una mirada a las ventanillas y comprobó que estaban enrejadas: no había hecho más que cambiar de prisión; solamente que ésta rodaba y le transportaba hacia una meta ignorada.

A través de los barrotes, por los que apenas podía pasar la mano, Dantés percibió que atravesaban la calle Caisserie, y que por la calle Saint-Laurent y la de Taramis descendían hacia los muelles.

En seguida vio a través de los barrotes del coche y de los del edificio, cerca del cual se encontraban, el brillo de las luces de la Consigna.

El coche se detuvo, el municipal se apeó, se aproximó al cuerpo de guardia; una docena de soldados salieron y se pusieron en fila; Dantés, veía, a la luz de las farolas del muelle, relucir sus fusiles.

«¿Se habrá desplegado para mí —se preguntaba— semejante aparato de fuerza militar?»

El guardia, al abrir la puerta que se cerraba con llave, respondió a esta pregunta de Dantés, aunque sin pronunciar una sola palabra; el preso vio, entre las dos filas de soldados, un camino abierto para él desde el coche hasta el puerto.

Los dos gendarmes que estaban sentados en la banqueta de delante descendieron los primeros, después le hicieron bajar a su vez, y luego le siguieron los que estaban a sus costados. Se dirigieron hacia una canoa que un marinero de la Aduana mantenía cerca del muelle por medio de una cadena. Los soldados miraron pasar a Dantés con aire de estúpida curiosidad. En un instante viose instalado en la popa de la embarcación, siempre entre aquellos cuatro gendarmes, mientras el municipal se colocaba a proa. Una violenta sacudida alejó la canoa de la orilla y cuatro remeros se pusieron a remar vigorosamente hacia el Pilón. A un grito lanzado desde la barca, se bajó la cadena que cierra el puerto, y Dantés se encontró en lo que llaman Frioul, es decir, fuera del puerto.

El primer movimiento del detenido al encontrarse al aire libre fue de alegría. El aire era casi la libertad. Respiró, pues, a pleno pulmón aquella brisa vivaz que llevaba sobre sus alas todos esos olores desconocidos de la noche y del mar. En seguida, no obstante, lanzó un suspiro; pasaba por delante de aquella Reserva en la que había sido tan feliz aquella misma mañana durante la hora que precedió al arresto, y, a través de dos ventanas muy iluminadas le llegó el gozoso bullicio de un baile. Dantés juntó sus manos, levantó los ojos al cielo y se puso a orar.

La barca continuaba su camino; ya había pasado la Cabeza de la Muerte y estaba frente a la ensenada del Faro; iba a doblar la batería en una maniobra incomprensible para Dantés.

—Pero ¿adónde me llevan ustedes? —preguntó a uno de los gendarmes.

—En seguida lo sabrá.

—Pero todavía...

—Nos está prohibido darle ninguna explicación.

Dantés era soldado a medias; preguntar a los subordinados a quienes les estaba prohibido responder, le pareció algo absurdo y se calló.

Entonces los pensamientos más extraños asaltaron su imaginación. Como no se podía efectuar una larga travesía en semejante barco; como no había ningún barco anclado por la parte en que navegaban, pensó que irían a depositarlo en un punto alejado de la costa y comunicarle que quedaba en libertad; no le habían maniatado, ni habían hecho ninguna tentativa de ponerle esposas, lo cual le parecía de buen augurio; además, el sustituto, tan bueno para con él, ¿no le había dicho que con tal de no pronunciar aquel nombre fatal de Noirtier, no tenía nada que temer? Villefort, en su presencia, ¿no había destruido aquella peligrosa carta, única prueba existente contra él?

Así, pues, esperó, mudo y pensativo, mientras trataba de talar, con ojo de marino habituado a las tinieblas y acostumbrado al espacio, la oscuridad de la noche.

Habían dejado a la derecha la isla de Ratonneau, en la que brillaba un faro, y, casi costeano siempre, llegaron a la altura de la ensenada de los Catalanes. Allí, las miradas del prisionero brillaron con energía; allí era donde se encontraba Mercedes, y a cada instante le parecía ver recortarse sobre la sombría orilla la forma vaga e indefinida de una mujer.

¿Cómo un presentimiento no avisaba a Mercedes de que su amado pasaba a trescientos metros de ella?

Sólo una luz brillaba en el barrio de los Catalanes. Buscando la situación de aquella luz, Dantés reconoció que iluminaba la habitación de su prometida. Mercedes era la única que velaba en toda la pequeña colonia. Lanzando un gran grito el joven podía hacerse oír de su novia.

Una falsa vergüenza le contuvo. ¿Qué dirían aquellos hombres que le miraban, al verle gritar como un insensato? Permaneció, pues, mudo y con los ojos fijos en aquella luz.

Mientras tanto, la barca proseguía su camino; pero el prisionero no pensaba en la barca, sino en Mercedes.

Un accidente del terreno hizo desaparecer la luz. Dantés se volvió y descubrió que la barca navegaba a vela.

Mientras él miraba, absorbido en sus pensamientos, habían sustituido los remos por las velas, y la barca avanzaba, ahora, impulsada por el viento.

A pesar de la repugnancia que experimentaba Dantés al dirigir nuevas preguntas al gendarme, se aproximó a éste y, cogiéndole de la mano, le dijo:

—Camarada, en nombre de su conciencia, y a fuer de soldado, le ruego que tenga compasión de mí y me responda. Soy el capitán Dantés, honrado y leal francés, aunque me hayan acusado de no sé qué traición. ¿Adónde me conducen? Dígamelo, y a fe de marino que cumpliré con mi deber y me resignaré a mi suerte.

El gendarme se rascó la oreja y miró a su camarada. Este hizo un movimiento que quería significar, más o menos: «Me parece que a la altura que estamos, no hay ningún inconveniente»; y el gendarme se volvió a Dantés.

—¿Es usted marsellés y marino —dijo—, y me pregunta adónde vamos?

—Sí, porque le juro que lo ignoro.

—¿Y no lo sospecha siquiera?

—En absoluto.

—Eso no es posible.

—Se lo juro por lo más sagrado del mundo. Respóndame, pues, por favor.

—Pero ¿y la consigna?

—La consigna no le prohíbe decirme lo que sabré dentro de diez minutos, media hora o posiblemente una hora. Sólo usted me ahorrará que se me conviertan en siglos de incertidumbre. Se lo pido como si usted fuese mi amigo. Desde luego, no quiero escaparme; además, ni puedo hacerlo. ¿Adónde vamos?

—A menos que tenga una venda sobre los ojos, o no haya salido jamás del puerto de Marsella, usted debía adivinar adónde vamos.

—No.

—Entonces, mire a su alrededor.

Dantés se levantó, echó un vistazo sobre el punto al que parecía dirigirse la barca, y a cien toesas de donde estaban vio elevarse la negra y erizada roca sobre la cual se erige, como una tumefacción del sílex, el sombrío castillo de If.

Aquella forma extraña, aquella prisión alrededor de la cual reina tan profundo terror, aquella fortaleza que desde hace más de trescientos años hace vivir a Marsella con sus lúgubres tradiciones, aparecía repentinamente ante Dantés que no pensaba en ella, pero que le produjo idéntico efecto que a un condenado a muerte el cadalso.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó—. ¡El castillo de If! ¿Y qué vamos a hacer nosotros allí?

El gendarme sonrió.

—Pero ¿no me llevarán allí para encarcelarme? —continuó Dantés—. El castillo de If es una prisión del Estado, destinada solamente para los grandes culpables políticos. Yo no he cometido ningún crimen. ¿Acaso tiene jueces de instrucción, o algún magistrado el castillo de If?

—No hay, supongo —respondió el gendarme—, más que un gobernador, los carceleros, una guarnición y buenos muros. Vamos, vamos, amigo, no se asombre tanto; porque, en verdad, pensaré que agradece mi atención burlándose de mí.

Dantés apretó la mano del gendarme fuertemente.

—Así, pues, piensa usted —dijo—, que me conducen al castillo de If para encarcelarme.

—Es probable —replicó el gendarme—. En todo caso, camarada, es inútil que me estreche la mano tan fuerte.

—¿Sin otra información, sin otra formalidad? —preguntó el joven.

—Las formalidades ya se han cumplido, y las pesquisas también.

—¿Así? ¿A pesar de la promesa del señor de Villefort?

—No sé si el señor de Villefort le ha hecho alguna promesa —dijo el gendarme—, pero lo que sí sé es que vamos al castillo de If. Bueno. Mas ¿qué hace usted? ¡A mí camaradas!

Por un movimiento repentino, como el de un rayo, que sin embargo fue previsto por el ojo experto del gendarme, Dantés quiso arrojar al mar; pero cuatro puños vigorosos le retuvieron en el momento en que sus pies abandonaban el piso de la embarcación.

Volvió a caer en el fondo de la barca bramando de cólera.

—¡Muy bien! —exclamó el gendarme poniéndole una rodilla encima del pecho—. ¡Muy bien! Así es como cumple su palabra de marino, ¿eh? ¡Fíese usted de las personas apacibles! Pues bien; ahora, amigo mío, haga un movimiento, un solo movimiento, y le alo-

jo una bala en la cabeza. He faltado a mi primera consigna, pero le respondo que no faltaré a la segunda.

Y en efecto, dirigió su carabina hacia Dantés, que sintió apoyarse la boca del cañón contra su sien.

Por un segundo, tuvo la idea de hacer aquel movimiento prohibido y así acabar violentamente con la inesperada desgracia que se había abatido sobre él y le ponía de repente en las garras de un buitre. Pero, precisamente, porque era inesperada consideró que no sería duradera; además, las promesas del señor de Villefort volvieron a su mente y luego, hay que confesarlo también, una muerte en el fondo de una barca y a manos de un gendarme, le pareció cobarde y sin interés.

Por consiguiente, cayó sobre el fondo de la barca lanzando un rugido de rabia y retorciéndose las manos con furor.

Casi en el mismo instante un violento choque conmovió la canoa. Uno de los remeros saltó sobre la roca que la proa de la pequeña embarcación acababa de tocar, una cuerda rechinó al desenrollarse alrededor de una polea, y Dantés comprendió que habían llegado y amarraban el esquife.

En efecto, sus guardianes, que le tenían cogido a la vez por los brazos y por el cuello de su chaqueta, le obligaron a levantarse y descender a tierra, arrastrándole hacia los peldaños que subían hacia la puerta de la ciudadela, mientras que el municipal, armado de un mosquetón con bayoneta, le seguía detrás.

Dantés, por su parte, no opuso resistencia alguna; su lentitud procedía más bien de la inercia que de la oposición; estaba aturrido y vacilante como un hombre borracho. Vio de nuevo a los soldados que escalonaban el rápido talud, sintió que las escaleras le forzaban a levantar los pies, percibió que pasaba bajo una puerta y que dicha puerta se cerraba tras él, pero todo esto maquinalmente, como a través de una niebla, sin distinguir nada positivo. Incluso no veía ni el mar, aquel inmenso dolor de los prisioneros, que contemplan el espacio con el terrible sentimiento de que se encuentran impotentes para franquearlo.

Hubo un alto de un instante, durante el cual intentó reunir sus pensamientos. Miró alrededor suyo; se encontraba en un patio cuadrado que formaban cuatro murallas altas; oíase el paso lento y acompasado de los centinelas; y cada vez que pasaban por delante de dos o tres reflejos que proyectaban sobre las murallas los resplandores

de dos o tres luces que ardían en el interior del castillo, se veía relucir el cañón de sus fusiles.

Esperaron allí casi diez minutos; seguros de que Dantés no podía escaparse, los gendarmes lo habían soltado. Parecían esperar órdenes, las cuales llegaron.

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó una voz.

—Aquí —respondieron los gendarmes.

—Que me siga, voy a conducirlo a su alojamiento.

—Vaya —dijeron los gendarmes empujando a Dantés.

El prisionero siguió a su guía, que le condujo a una sala casi subterránea, en la cual las paredes desnudas y húmedas parecían impregnadas de lágrimas de vapor. Una especie de lámpara, colocada sobre un banquillo y cuya mecha nadaba en una grasa fétida, iluminaba las relucientes paredes de aquella espantosa estancia, y mostraba a Dantés su conductor, especie de carcelero subalterno, mal vestido y de repugnante cara.

—Aquí está su cuarto por esta noche —dijo—. Ya es tarde y el señor gobernador esta acostado. Mañana, cuando se despierte y se entere de las órdenes concernientes a usted, puede ser que le cambien de domicilio; mientras tanto, aquí tiene pan, y agua en ese cántaro; la paja está allá, en un rincón. Es cuanto puede desear un prisionero. Buenas noches.

Y antes de que Dantés pensase en abrir la boca para responderle, antes de que pudiese darse cuenta de donde había dejado el pan el carcelero, antes de que hubiese visto donde estaba el cántaro de agua, antes de que dirigiese su vista al rincón con la paja destinada para su cama, el carcelero cogió la lámpara y, cerrando la puerta, arrebató al prisionero aquel pálido reflejo que le mostrara, como a la luz de un relámpago, los chorreantes muros de su prisión.

Entonces se encontró solo en medio de las tinieblas y del silencio, tan mudo y tan sombrío como aquellas bóvedas de las que sentía llegar el frío glacial a su frente calenturienta.

Cuando las primeras claridades del día iluminaron un poco aquel antro, apareció el carcelero con la orden de dejar al prisionero en donde estaba. Dantés no se había movido. Una mano de hierro parecía haberle clavado en el mismo lugar en que se detuvo la víspera; solamente sus ojos yacían ocultos bajo la hinchazón causada por el húmedo vapor de las lágrimas. Permanecía inmóvil y miraba al suelo.

Había pasado así toda la noche, de pie y sin dormir un solo instante.

El carcelero se aproximó a él, dio vueltas a su alrededor, pero Dantés no pareció verlo.

Le golpeó en el hombro, Dantés se estremeció y sacudió la cabeza.

—De modo que no ha dormido —comentó el carcelero.

—No lo sé —respondió Dantés.

El carcelero lo contempló con asombro.

—¿No tiene usted hambre? —prosiguió.

—No lo sé —volvió a responder Dantés.

—¿Quiere alguna cosa?

—Desearía ver al gobernador.

El carcelero se encogió de hombros y salió.

Dantés lo siguió con la mirada, alargó las manos hacia la entreabierta puerta, pero ésta se cerró.

Entonces su pecho pareció desgarrarse con un prolongado gemido. Las lágrimas que hinchaban sus párpados se deslizaron como dos riachuelos, se precipitó a apoyar la cabeza contra el suelo y oró largo tiempo, repasando en su memoria toda su existencia, al mismo tiempo que se preguntaba qué crimen había cometido en aquella vida, si aún era tan joven, para merecer un castigo tan cruel.

Así transcurrió el día. Apenas si comió algunos bocados de pan y bebió algunas gotas de agua. Tan pronto permanecía sentado y absorbido por sus pensamientos, como daba vueltas alrededor de su celda al igual que un animal salvaje encerrado en su jaula.

Sólo un pensamiento le enfurecía; y es que durante aquella travesía, en la que, en la ignorancia del lugar adonde le conducían permaneció tan sereno y tranquilo, tuvo más de diez ocasiones para arrojar al mar, y una vez en el agua, gracias a su habilidad como nadador, gracias a aquella costumbre que le convirtiera en uno de los mejores buceadores de Marsella, pudo desaparecer bajo el agua, escapar de sus guardianes, ganar la costa, huir, esconderse en cualquier gruta desierta, esperar un barco genovés o catalán, alcanzar Italia o España, y escribir a Mercedes con el fin de que se reuniese con él. En cuanto a su vida, en ningún país podía inquietarse, pues los buenos marinos en todas partes son apreciados; él hablaba italiano como un toscano, español como un nativo de Castilla la Vieja; hubiese vivido libre, feliz con Mercedes y su padre, porque su

padre hubiese ido también a reunirse con él; mientras que ahora se hallaba prisionero, encerrado en el castillo de If, en aquella infranqueable prisión, no sabiendo qué sería de su padre, ni de Mercedes, y todo ello por haber creído en la palabra de Villefort: el caso era para volverse loco; así lo pensaba Dantés mientras daba vueltas furioso sobre la fresca paja que le había proporcionado el carcelero.

Al día siguiente, a la misma hora, volvió el guardián.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Ya está de mejor talante que ayer?

Dantés no respondió.

—Vamos —añadió el carcelero—. Un poco de ánimo. ¿Desea algo que esté a mi alcance concederle? Vamos, dígalo.

—Deseo hablar con el gobernador.

—¡Eh! —exclamó el carcelero con impaciencia—. Ya le he dicho que eso es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque por los reglamentos de la prisión no está permitido solicitarlo a un prisionero.

—¿Qué es, pues, lo que se permite aquí? —preguntó Dantés.

—Una comida mejor, pagando, desde luego, el paseo y a veces los libros.

—No tengo necesidad de libros, ni deseos de pasearme, y encuentro buena mi comida; de manera que sólo quiero una cosa: hablar con el gobernador.

—Si me molesta repitiéndome siempre la misma cantinela —amenazó el carcelero—, ya no le traeré más alimentos.

—Conforme —replicó Dantés—. Si no me trae más de comer, me moriré de hambre, sencillamente.

El acento que puso Dantés al pronunciar estas palabras demostró al carcelero que su prisionero se sentiría feliz muriendo; por otra parte, como todo prisionero, hechas las cuentas, reporta casi diez monedas diarias a su vigilante, éste calculó el déficit que tendría con la muerte de Dantés, por lo que añadió en un tono más suave:

—Escuche, lo que usted desea es imposible. No lo pida más, porque no existe precedente alguno de que el gobernador haya visitado a un prisionero en su celda. Sea inteligente, y se le permitirá pasear, y entonces existe la posibilidad de que algún día, durante el paseo, pase el gobernador, en cuyo momento usted le interroga y si él le responde, eso conseguirá.

—Pero —interrogó Dantés— ¿cuánto tiempo tendré que esperar así hasta que se dé esa casualidad?

—¡Oh, diablos! —exclamó el guardián—. Un mes, dos, seis meses, un año quizá.

—¡Es demasiado! —replicó Dantés—. Quiero verlo inmediatamente.

—Bueno. No se absorba así en un solo pensamiento imposible, o dentro de quince días se habrá vuelto loco.

—¿Lo cree?

—Sí, loco. De ese modo empieza siempre la locura, ya hemos tenido aquí un ejemplo: fue ofreciendo sin cesar un millón al gobernador, si le ponían en libertad, como perdió la cabeza el abate que ocupaba esta habitación antes que usted.

—¿Y cuánto hace que abandonó este cuarto?

—Dos años.

—¿Lo pusieron en libertad?

—No, se le encerró en un calabozo.

—Escuche —dijo Dantés—, yo no soy un abate, ni estoy loco; es posible que me vuelva loco, pero desgraciadamente, por ahora, todavía estoy en mis cabales. Le haré una proposición.

—¿Cuál?

—No le ofreceré un millón, porque no podría dárselo; pero le ofreceré cien escudos, si la primera vez que vaya a Marsella quiere llegarse hasta los Catalanes y entregar una carta a una joven que se llama Mercedes; ni siquiera una carta, sólo dos líneas.

—Si llevo esas dos líneas y soy descubierto, perdería mi puesto, que es de mil libras por año, sin contar los beneficios de la comida; como puede apreciar, sería un gran imbécil si me arriesgo a perder mil libras para ganar trescientas.

—Pues bien —replicó Dantés—, escuche y retenga esto: si se niega a llevar dos líneas a Mercedes, o por lo menos advertirla de que estoy aquí, un día le esperaré escondido tras la puerta, y en el momento en que entre le partiré la cabeza con esta banqueta.

—¡Amenazas! —exclamó el carcelero dando un paso atrás y poniéndose a la defensiva—. Decididamente, le da vueltas la cabeza. El abate empezó de idéntica manera, así que dentro de tres días usted estará loco de atar, como él. Afortunadamente aún quedan calabozos en el castillo de If.

Dantés cogió el taburete y lo hizo girar alrededor de su cabeza.

—¡Está bien, está bien! —exclamó el carcelero—. Muy bien. Ya que lo quiere así, iré a prevenir al gobernador.

—¡Ya era hora! —dijo Dantés volviendo a poner el taburete en el suelo y sentándose encima, con la cabeza gacha y los ojos fijos, como si realmente se hubiese vuelto loco.

El guardián salió, y unos minutos después entró acompañado de cuatro soldados y un cabo.

—Por orden del gobernador —dijo— desciendan al prisionero al piso de abajo.

—¡Al calabozo, entonces! —exclamó el cabo.

—¡Al calabozo! Hay que meter a los locos con los locos.

Los cuatro soldados se apoderaron de Dantés, que cayó en una especie de atonía, y los siguió sin oponer resistencia.

Le hicieron descender quince peldaños, y abrieron la puerta de un calabozo en el cual entró murmurando:

—Tiene razón: hay que meter a los locos con los locos.

La puerta se cerró y Dantés siguió adelante con las manos extendidas hasta que tocó el muro; entonces se sentó en un rincón y permaneció inmóvil, mientras sus ojos, habituándose poco a poco a la oscuridad, empezaron a distinguir los objetos.

El carcelero tenía razón: faltaba bien poco para volverse loco.

La noche de los esponsales

Villefort, según se ha dicho, había emprendido el camino de la plaza del Grand Cours, y al entrar en la casa de la señora de Saint-Méran encontró a los convidados que dejó sentados a la mesa en el salón tomando café.

Renée le esperaba con una impaciencia que era compartida por los demás contertulios. También fue acogido por una exclamación general.

—Y bien, cortador de cabezas, sostenedor del Estado, Brutus realista —exclamó uno—, ¿qué ha sucedido? ¡Cuéntenos!

—Qué, ¿estamos amenazados por un nuevo régimen de Terror? —inquirió otro.

—¿Habrá salido de su cueva el ogro de Córcega? —inquirió un tercero.

—Señora marquesa —dijo Villefort aproximándose a su futura suegra—, vengo a rogarle que me disculpe si estoy obligado a abandonarla así... Señor marqués, ¿podría tener el honor de hablarle dos palabras en privado?

—¡Ah! Pero ¿es realmente grave? —preguntó la marquesa percibiendo la inquietud que ensombrecía la frente de Villefort.

—Tan grave, que estoy obligado a despedirme de usted por algunos días. Así, pues —prosiguió volviéndose a Renée—, imagínese si la cosa será grave.

—¿Se marcha usted, señor? —exclamó Renée, incapaz de ocultar la emoción que le causaba aquella noticia tan inesperada.

—¡Ay! Sí, señorita —respondió Villefort—. Es preciso.

—¿Y adónde va? —inquirió la marquesa.

—Es el secreto de la justicia, señora; sin embargo, si alguno de los presentes desea algún encargo para París, tengo un amigo que partirá esta noche y lo llevará con gusto.

Todo el mundo se miró.

—¿No me había solicitado usted que hablásemos un momento? —dijo el marqués.

—Sí, pasemos a su despacho, por favor.

El marqués cogió del brazo a Villefort y salió con él.

—¿Y bien? —preguntó al hallarse en su gabinete—. ¿Qué sucede? Hable.

—Cosas que considero de la mayor gravedad, y que requieren mi inmediata partida hacia París. Ahora, marqués, excúseme la indiscreta brutalidad de la pregunta. ¿Tiene usted rentas del Estado?

—Toda mi fortuna la tengo invertida en acciones; de seis a setecientos mil francos, aproximadamente.

—Pues bien, venda, marqués, venda o se arruinará.

—Pero ¿cómo quiere usted que venda desde aquí?

—Usted tiene un agente de cambio, ¿no es cierto?

—Sí.

—Deme una carta para él en la que le autorice a vender sin perder un minuto, sin perder un segundo; hasta es posible que llegue demasiado tarde.

—¡Diablos! —exclamó el marqués—. No perdamos tiempo. Y se puso a la mesa para escribir una carta a su agente de bolsa, en la cual le ordenaba vender a toda costa.

—Ahora que ya tengo esta carta —dijo Villefort guardándola cuidadosamente en su billetera—, me hace falta otra.

—¿Para quién?

—Para el rey.

—¿Para el rey?

—Sí.

—Pero yo no me atrevo a escribir por mí mismo a Su Majestad.

—Tampoco se lo pido a usted, exactamente, sino que se encargue de solicitárselo al señor Salvieux. Es preciso que me provea de una carta con la ayuda de la cual pueda llegar a presencia de Su Majestad sin ser sometido a todas las formalidades que requiere una audiencia, y que pueden hacerme perder un tiempo precioso.

—Pero ¿no conoce usted al guardasellos que tiene entrada a todas horas en las Tullerías, y por medio del cual puede llegar en cualquier momento hasta el rey?

—Sí, qué duda cabe, mas es inútil que comparta con otro el valor de la noticia de que soy portador. ¿Comprende usted? El guardasellos me relegaría, muy naturalmente, a segunda fila y me des-

pojaría de todo el beneficio, sólo le digo una cosa, marqués: mi carrera está asegurada si llego el primero a las Tullerías, porque habré rendido al rey un servicio que no olvidará.

—En ese caso, amigo mío, vaya hacer sus preparativos; yo llamo a Salvieux y le haré escribir la carta que oficiará de pasaporte.

—Bien, no pierda tiempo, porque en un cuarto de hora es preciso que me encuentre en la silla de postas.

—Detenga su coche delante de casa.

—Sin duda alguna. Me excusará ante la señora marquesa, ¿verdad? Y ante la señorita de Saint-Méran, a quien abandono en semejante día con el más profundo sentimiento.

—Las encontrará a las dos en mi despacho y podrá decirles adiós.

—Un millón de gracias. Ocúpese de mi carta.

El marqués llamó y apareció un lacayo.

—Diga al conde de Salvieux que le espero. Váyase ahora —continuó el marqués dirigiéndose a Villefort.

—Bien, no será más que ida y vuelta.

Y Villefort salió corriendo; pero al llegar a la puerta pensó que un sustituto del procurador del rey que fuese visto caminando precipitadamente sería motivo de alarma en la población; por consiguiente, moderó su andar con su acostumbrado paso magistral.

A la puerta de su casa divisó en la sombra una figura, especie de blanco fantasma que le esperaba, de pie e inmóvil.

Era la bella muchacha catalana, quien, no teniendo noticias de Edmond, se había escapado al caer la noche desde el Faro para saber por sí misma la causa del arresto de su novio.

Al aproximarse Villefort, se apartó de la pared contra la que se apoyaba y se dirigió a su encuentro. Dantés había hablado al sustituto, de su prometida, y Mercedes no tuvo necesidad de darse a conocer para que Villefort la reconociese. Este quedó sorprendido de la belleza y dignidad de aquella mujer, y cuando la joven le preguntó qué había sido de su prometido, a él le pareció ser el acusado y que ella era el juez.

—El hombre de quien me habla —dijo con brusquedad Villefort—, es un gran culpable, y yo no puedo hacer nada por él, señorita.

Mercedes dejó escapar un sollozo, y como Villefort intentase proseguir su camino, ella le detuvo nuevamente.

—Pero ¿dónde está, al menos? —inquirió—. Que pueda saber si se encuentra vivo o muerto.

—No lo sé, ya no está en mi poder —respondió Villefort.

Y, molesto por aquella mirada fija y aquella actitud suplicante, rechazó a Mercedes y entró, tras cerrar con viveza la puerta, como para dejar fuera aquel dolor que le imponían.

Pero el dolor no se puede alejar a capricho. Como la flecha mortal, de que habla Virgilio, el hombre herido por ella lo lleva consigo. Villefort entró, cerró la puerta, mas apenas llegó al salón le faltaron las fuerzas; lanzó un suspiro que se parecía a un gemido, y se dejó caer en un sillón.

Entonces, en el fondo de aquel corazón enfermo nació el primer síntoma de una úlcera mortal. Aquel hombre que sacrificaba a su ambición, aquel hombre inocente que pagaba por su padre culpable, se le apareció pálido y amenazante, dando la mano a su prometida, pálida como él, y arrastrando tras sí los remordimientos, no aquellos que hacía saltar el enfermo como furias de la tragedia antigua, si no ese tintineo sordo y doloroso que, en ciertos momentos, golpea el corazón y lo marchita ante el recuerdo de una acción pasada, marchitamiento que los lancinantes dolores acrecientan y el mal va profundizando hasta la muerte.

Entonces aún hubo en el alma de Villefort un instante de vacilación. Ya, en varias ocasiones, había dictado la pena capital contra los acusados, y eso sin otra emoción que la de la lucha del juez contra el acusado; y éstos, ejecutados gracias a su elocuencia que había arrastrado a los jueces o al jurado, ni siquiera habían dejado una nube en su frente, porque tales condenados eran culpables o, al menos, Villefort así los consideraba.

Pero esta vez era una cosa muy diferente; esta pena de prisión perpetua acababa de aplicarla a un inocente, un inocente que estaba a punto de ser feliz, y a quien destruía, no sólo su libertad, sino también su dicha: esta vez no se consideraba un juez, sino un verdugo.

Pensando en esto percibía ese sordo latido que queda descrito, y que le resultaba desconocido hasta aquel instante; retumbaba en el fondo de su corazón y llenaba su pecho de vagas inquietudes. Así es como, por un sufrimiento violento, e instintivo, queda advertido el herido, quien jamás aproximará sin temblar el dedo a su abierta y sangrante herida si ésta no ha sido cerrada.

Pero la herida que había recibido Villefort era de las que no se cierran nunca, o de las que se cierran para volver a abrirse más sangrantes y dolorosas que antes.

Si en aquel momento la dulce voz de Renée hubiese resonado en su oído para suplicarle clemencia; si la bella Mercedes hubiera entrado para decirle: «En nombre del cielo que nos contempla y nos juzga, devuélvame a mi prometido»; entonces, sí, aquella frente medio hundida por la necesidad, se hubiese doblegado totalmente, y sus manos heladas, sin duda y a riesgo de cuanto pudiese resultar contra él, habrían firmado la orden de poner en libertad a Dantés; empero, ninguna voz murmuró en el silencio, ni la puerta se abrió más que para dejar paso al ayuda de cámara de Villefort, quien vino a decirle que los caballos estaban enganchados a la silla de postas.

Villefort se levantó, o más bien dio un salto, como el hombre que triunfa en su lucha interior; corrió a su escritorio, llenó sus bolsillos con todo el dinero que había en uno de los cajones, dio varias vueltas como asustado por la estancia, con una mano en la frente y articulando palabras inconexas; por fin, sintió que su criado le echaba la capa por encima de los hombros, salió, se lanzó al carruaje, y con voz breve e imperiosa ordenó al cochero que pasase por la calle del Grand Cours, a casa del señor de Saint-Méran.

El infortunado Dantés estaba condenado.

Como le prometiera el señor de Saint-Méran, Villefort encontró a la marquesa y a Renée en el despacho. Al ver a Renée, el joven se estremeció; porque creyó que ella iba a pedirle de nuevo la libertad de Dantés. Pero, ¡ay!, debe confesarse para vergüenza de nuestro egoísmo, que la bella muchacha no estaba preocupada más que por una cosa: la marcha de Villefort.

Ella amaba a Villefort, y éste iba a marcharse en el momento que pensaba convertirse en su esposo. Villefort no podía precisar cuándo regresaría, y Renée, en vez de compadecer a Dantés, maldijo al hombre que, por su crimen, la separaba de su amado.

¡Qué no diría, pues, Mercedes!

La pobre Mercedes había encontrado en la esquina de la calle de la Loge a Fernando, que la había seguido; regresó a los Catalanes, y, desesperada y moribunda, se arrojó sobre su cama. Delante de esta cama, Fernando se puso de rodillas, y, cogiendo su helada mano, que Mercedes no pensaba en retirar, la cubrió de ardientes besos que ni siquiera Mercedes sentía.

Así pasó ella la noche. La lámpara se extinguió cuando no tuvo más aceite, y la muchacha no vio la oscuridad como no había visto la luz; y amaneció sin que ella viese nacer el día.

El dolor había puesto delante de sus ojos una venda que no le dejaba ver más que a Fernando.

—¡Ah! ¿Estás ahí? —dijo al fin volviéndose del lado de Fernando.

—Desde ayer no te he abandonado un instante —respondió el hombre, con un suspiro doloroso.

El señor Morrel no se dio por vencido: supo que a continuación de su interrogatorio Dantés fue conducido a la prisión; entonces corrió a casa de todos sus amigos y se presentó ante todas las personas de Marsella que podían tener alguna influencia, no obstante se había extendido la noticia de que el joven estaba arrestado por ser agente bonapartista, y, como en aquellos días los más audaces consideraban como un sueño insensato toda tentativa de Napoleón por volver al trono, no encontró sino frialdad por todas partes, temores y negativas, y regresó a su casa desesperado, pero confesándose que la situación era grave y nadie podía hacer nada.

Caderousse, por su parte, hallábase muy inquieto y atormentado; en vez de salir, como lo hiciera el señor Morrel, e intentar algo en favor de Dantés, a quien, por otro lado, no podía ayudar en nada, se encerró con dos botellas de cassis e intentó ahogar su inquietud emborrachándose. Pero, en el estado de ánimo en que se encontraba, dos botellas eran muy poco para apagar su remordimiento; por consiguiente, estando demasiado borracho para ir en busca de más vino y no lo suficiente para apagar sus recuerdos, quedose apoyado sobre una mesa coja ante las dos botellas vacías, y viendo danzar al reflejo de una candela de gran mecha, todos esos espectros que Hoffmann sembró por sus manuscritos, húmedos de ponche, como una polvareda negra y fantástica.

Danglars era el único que no estaba ni atormentado ni inquieto. Danglars, incluso estaba contento, porque se había vengado de un enemigo y se había asegurado, a bordo del *Faraón*, el puesto que temía perder; Danglars era uno de esos hombres calculadores que nacen con una pluma detrás de la oreja y un tintero por corazón; para él todo se reducía en este mundo a una resta o una multiplicación, y una cifra le parecía más valiosa que un hombre cuando esta cifra podía aumentar el total que dicho hombre podía disminuir.

Danglars, pues, se había acostado a la hora que acostumbraba y dormía tranquilamente.

Villefort, tras haber recibido la carta del señor de Salvieux, besó a Renée en la mejilla, besó la mano de la señora de Saint-Méran, estrechó la del señor marqués, y corrió en posta por la carretera de Aix.

El padre de Dantés se moría de dolor e inquietud.

En cuanto a Edmond, ya se sabe cuál era su situación.

El despacho de las Tullerías

Dejemos a Villefort en su camino hacia París, derramando dinero a manos llenas para llegar pronto, y penetremos a través de los dos o tres salones que preceden a este despacho de las Tullerías, con la ventana de arco, muy conocido por haber sido el lugar favorito de Napoleón y de Luis XVIII, y por ser hoy, el despacho de Luis Felipe.

Allí, en aquel despacho, se hallaba sentado delante de una mesa de nogal que había traído de Hartwell —y que por una de esas mañas peculiares a los grandes personajes apreciaba mucho—, el rey Luis XVIII escuchando distraídamente a un hombre de cincuenta o cincuenta y dos años, de cabellos grises, de fisonomía aristocrática y aspecto severo, mientras hacía anotaciones al margen de un volumen de Horacio, en edición de Gryphius, bastante incorrecta aunque muy estimada, y que se prestaba mucho a las sagaces observaciones filológicas de Su Majestad.

—¿Decía usted? —preguntó el rey.

—Que estoy muy inquieto, Majestad.

—¿De veras? ¿Acaso ha visto en sueños siete vacas gordas y otras siete flacas?

—No, Majestad, porque eso no nos anunciaría más que siete años de abundancia y otros siete de escasez, y con un rey tan previsor como Su Majestad, no hay que temer la escasez.

—¿De qué otro azote se trata, pues, mi querido Blacas?

—Majestad, creo que tengo motivos para pensar que se está formando una tormenta en la parte del Mediodía.

—Y bien, mi querido duque —respondió Luis XVIII—, yo le creo mal informado, y sé positivamente que, por el contrario, hace muy buen tiempo por esa parte.

A pesar de ser un hombre de talento, Luis XVIII gustaba de las bromas fáciles.

—Majestad —dijo Blacas—, aunque no fuese más que para tranquilizar a un fiel servidor, ¿no podría Su Majestad enviar al Languedoc, a la Provenza y al Delfinado, hombres de confianza que le facilitasen un informe acerca de la situación de estas tres provincias?

—*Conúmus surdis* —respondió el rey, al tiempo que continuaba anotando en su Horacio.

—Señor —añadió el cortesano, riendo, a fin de dar a entender que comprendía el hemistiquio del poeta venusino—, Vuestra Majestad puede tener mucha razón al contar con la buena predisposición de Francia; pero creo no equivocarme mucho al temer una tentativa desesperada.

—¿De parte de quién?

—De Bonaparte, o al menos de su partido.

—Mi querido Blacas —replicó el rey—, sus continuos temores me impiden trabajar.

—Y a mí, señor, no me deja dormir su confiada seguridad.

—Espere, querido, espere, tengo una nota muy afortunada sobre el *Pastor quum traheret*; espere y continuará después.

Hubo un instante de silencio durante el cual Luis XVIII escribió, con una letra tan menuda como le era posible, una nueva nota al margen de su Horacio.

—Prosiga, mi querido duque —dijo levantándose con el aire satisfecho de un hombre que cree haber tenido una idea cuando comenta la idea de otro—. Continúe, le escucho.

—Señor —dijo Blacas, que por un instante tuvo la esperanza de explotar a Villefort en provecho suyo—, estoy obligado a decirle que no son meros rumores desprovistos de fundamento, ni noticias cogidas al azar los que me inquietan. Se trata de un hombre inteligente, merecedor de toda mi confianza y encargado por mí de vigilar el Mediodía —el duque vaciló al pronunciar estas palabras—, que acaba de llegar en posta para anunciarme que un gran peligro amenaza al rey. En seguida he corrido a advertir a Su Majestad.

—*Mula ducis avi domum* —prosiguió Luis XVIII anotando.

—¿Su Majestad me ordena que no insista más a este respecto?

—No, mi querido duque, pero alargue la mano.

—¿Cuál?

—La que usted quiera, ahí abajo, a la izquierda.

—¿Aquí, señor?

—He dicho a la izquierda y usted busca a la derecha; es mi izquierda la que señalo; ahí, eso es; ahí debe encontrarse el informe del ministro de Policía, con fecha de ayer... Pero, déjelo, aquí está el señor Dandr  en persona...  No es cierto que se trata del señor Dandr ? —interrumpió Luis XVIII dirigiéndose al ujier que, en efecto, acababa de anunciar al ministro de Policía.

—S , Majestad; el barón Dandr  —repitió el ujier.

—Llega a tiempo, barón —a nadi  Luis XVIII esbozando una imperceptible sonrisa—. Entre, barón, y refiera al duque lo último que sabe acerca del señor Bonaparte. No nos oculte nada de la situación por grave que sea. Veamos,  es tal vez la isla de Elba un volcán, y vamos a ver salir la guerra desoladora y erizada: *bella, h rrida, bella*?

Dandr  se inclinó muy graciosamente sobre el respaldo de un sillón en el cual apoyaba las manos, y dijo:

— Su Majestad ha tenido a bien consultar el informe de ayer?

—S , sí, pero comunique al duque en persona, ya que no puede encontrarlo, lo que contenía el informe: det llele lo que hace el usurpador en su isla.

—Caballero —dijo el barón al duque—, todos los servidores de Su Majestad deben regocijarse con las recientes noticias llegadas de la isla de Elba. Bonaparte...

Dandr  mir  a Luis XVIII, quien, ocupado en escribir una nota, ni siquiera levantó la cabeza.

—Bonaparte —continuó el barón—, se aburre mortalmente; se pasa días enteros viendo trabajar a sus mineros de Porto Longone.

—Y se rasca para distraerse —dijo el rey.

— Se rasca? —preguntó el duque—.  Qu  quiere significar Su Majestad?

—Pues, s , mi querido duque.  Olvida usted que ese gran hombre, ese héroe, ese semidiós est  atacado por una enfermedad de la piel que le devora, *prurigo*?

—Y aún hay más, señor duque —continuó el ministro de Policía—. Estamos casi seguros de que dentro de poco el usurpador estar  loco.

— Loco?

—Loco de atar; su cabeza se debilita, tan pronto llora a raudales como se ríe a mandíbula batiente; otras veces se pasa horas enteras en la orilla arrojando piedrecitas al agua, y cuando alguna da

cinco o seis saltitos, se siente tan satisfecho como si acabase de ganar otro Marengo o un nuevo Austerlitz. Como puede apreciar, son suficientes síntomas de locura.

—O de sabiduría, señor barón, o de sabiduría —replicó Luis XVIII, riendo—. Arrojando piedrecitas al agua era como se recreaban los grandes capitanes de la antigüedad; fíjese en Plutarco, en la vida de Escipión el Africano.

El señor de Blacas permaneció pensativo ante la indiferencia de aquellos dos hombres. Villefort, que no había querido decirle todo para que otro no le despojase del beneficio total de su secreto, le manifestó, empero, lo suficiente para causarle graves inquietudes.

—Vamos, vamos, Dandr  —habló Luis XVIII—, Blacas no est  todavía completamente convencido; pese a la conversión del usurpador.

El ministro de Policía se inclinó.

— La conversión del usurpador! —murmuró el duque mirando alternativamente al rey y a Dandr  como a dos pastores de Virgilio—.  Se ha convertido el usurpador?

—Absolutamente, mi querido duque.

—Pero  convertido a qué?

—A los buenos principios; expl quele eso, barón.

—He aquí lo sucedido, señor duque —dijo el ministro con la mayor seriedad del mundo—. Últimamente Napoleón ha pasado una revista, y como dos o tres de sus viejos gru ones, como él los llama, expusieran su deseo de regresar a Francia, los ha despedido exhortándolos a servir a su buen rey; ésas fueron sus propias palabras, señor duque, tengo la certeza.

— Y bien, Blacas, qué piensa usted? —preguntó el rey, triunfante, mientras dejaba un segundo de compulsar el voluminoso tomo que tenía abierto ante él.

—Digo, Majestad, que el señor ministro de Policía o yo nos equivocamos; pero como es imposible que se equivoque el ministro de Policía, puesto que él protege la salud y el honor de Su Majestad, es probable que sea yo quien est  en el error. No obstante, en lugar de Su Majestad, yo quisiera interrogar a la persona de quien he hablado; e insistir , incluso, para que Su Majestad le conceda ese honor.

—Con mucho gusto, duque, bajo sus auspicios recibirá a quien usted quiera; pero quiero recibirlo con las armas en la mano. Señor

ministro, ¿tiene usted un informe más reciente que éste? Porque ése ya es del 20 de febrero y estamos a 3 de marzo.

—No, Majestad, pero aguardo uno de un momento a otro. Salí esta mañana temprano, y posiblemente haya llegado durante mi ausencia.

—Vaya a la prefectura, y si no lo hay... Bien, bien —añadió, riendo, Luis XVIII—, redacte uno. ¿No es así como se hace en la práctica?

—¡Oh, Majestad! —exclamó el ministro—. Gracias a Dios, a este respecto no hay necesidad alguna de inventar; cada día abarrotan nuestras oficinas las denuncias más extraordinarias, y todos provienen de una multitud de seres que esperan algún beneficio por servicios que no han prestado, pero que quisieran haber rendido. Tiran al azar y aguardan que algún día cualquier acontecimiento inesperado convierta en realidad sus predicciones.

—Está bien; vaya, señor —dijo Luis XVIII—, y piense que le esperamos.

—No será más que ir y venir, Majestad; en diez minutos estoy de regreso.

—Y yo, Majestad —manifestó Blacas—, voy a buscar a mi mensajero.

—Espere, espere —dijo Luis XVIII—. En realidad, Blacas, es preciso que le cambie su escudo; le concederé un águila con las alas desplegadas, sosteniendo entre sus garras una presa que trata inútilmente de escapársele y con esta divisa: *Tenax*.

—Majestad, le escucho —replicó Blacas reprimiendo su impaciencia.

—Quisiera consultarle acerca de este pasaje: *Molli fugiens anhelitu*; ya sabe usted, se trata del ciervo que huía delante del lobo. ¿No es usted un gran cazador y montero mayor? ¿Cómo encuentra usted ese doble título, el *molli anhelitu*?

—Admirable, Majestad; pero mi mensajero es como el ciervo de que usted habla, porque acaba de recorrer doscientas veinte leguas en posta, y eso en tres días escasos.

—Es tomarse bien de molestia y por tan poca cosa, mi querido duque, cuando disponemos del telégrafo, que sólo tarda tres o cuatro horas, sin que su respiración sufra lo más mínimo.

—¡Ah! Majestad, usted recompensa bien mal a ese pobre joven que llega de tan lejos y con tanto entusiasmo para dar a Su Majes-

tad un aviso útil. Aunque sólo sea por el señor de Salvieux, que me lo recomienda, recíballo bien, se lo suplico.

—¿El señor de Salvieux, el chambelán de mi hermano?

—El mismo.

—En efecto, se encuentra en Marsella.

—Y desde ahí me ha escrito.

—Así, pues, ¿le habla él de esa conspiración?

—No, pero me recomienda al señor de Villefort, y me encarga que lo introduzca hasta Su Majestad.

—¿El señor de Villefort? —exclamó el rey—. ¿Ese mensajero se llama señor de Villefort?

—Sí, Majestad.

—¿Y él es quien ha venido de Marsella?

—En persona.

—¿Por qué no me dijo desde un principio su nombre? —replicó el rey dejando traslucir en su rostro un principio de inquietud.

—Majestad, creía que ese nombre era desconocido para usted.

—En absoluto, en absoluto, Blacas; se trata de una inteligencia seria, elevada y ambiciosa, sobre todo; y, ¡pardiez!, usted conoce el nombre de su padre.

—¿Su padre?

—Sí, Noirtier.

—¿Noirtier el girondino? ¿Noirtier el senador?

—Sí, exactamente.

—¿Y Su Majestad se sirve del hijo de semejante hombre?

—Blacas, amigo mío, usted no entiende nada; ya le he dicho que Villefort es ambicioso: por llegar, Villefort sacrificará incluso a su padre.

—Entonces, Majestad, ¿debo hacerlo entrar?

—Al instante, duque. ¿Dónde se encuentra?

—Debe esperarme abajo, en mi coche.

—Vaya a buscarlo.

—Inmediatamente.

El duque salió con la vivacidad de un joven; el ardor de su sincero realismo le restaba veinte años.

Luis XVIII se quedó solo, volvió la vista sobre su entreabierto Horacio, y murmuró:

—*Iustum et tenacem propositi virum.*

El señor de Blacas volvió a subir con la misma rapidez que había descendido; pero en la antecámara vio obligado a invocar la autoridad del rey. El polvoriento traje de Villefort, el mismo atuendo, no estaban de acuerdo con la etiqueta de la Corte, e hirieron la susceptibilidad del señor de Brezé, quien se quedó muy asombrado de que aquel joven pretendiese ver al rey vestido de aquella manera. Sin embargo, el duque eliminó todas las dificultades con una sola frase: «Orden de Su Majestad»; y a pesar de las observaciones que siguió haciendo el maestro de ceremonias, Villefort fue introducido.

El rey se encontraba sentado en el mismo sitio en que lo dejara el duque. Al abrir la puerta, Villefort se halló exactamente frente a él: el primer movimiento del joven magistrado fue detenerse.

—Entre, señor de Villefort —invitó el rey—. Entre. Villefort saludó y avanzó algunos pasos, esperando que el rey le interrogase.

—Señor de Villefort —añadió Luis XVIII—, he aquí al duque de Blacas que pretende que usted tiene algo importante que decirme.

—Majestad, el señor duque tiene razón, y confío en que Su Majestad lo reconozca por sí mismo.

—En principio, antes de seguir, señor, ¿es tan grande el mal, en su opinión, como quieren hacérmelo creer?

—Majestad, lo considero apremiante; pero gracias a las diligencias que he hecho, espero que no sea irreparable.

—Hable cuanto quiera, señor —dijo el rey, que empezaba a dejarse ganar por la emoción que había transformado el rostro de Blacas y alteraba la voz de Villefort—. Hable, y sobre todo empiece por el principio: me gusta que en todas las cosas haya orden.

—Majestad —dijo Villefort—, le haré un informe fiel, pero le ruego, sin embargo, que me excuse si la turbación en que me encuentro me hace olvidar algún detalle.

Una mirada al rey, tras este insinuante exordio, aseguró a Villefort la buena acogida de su augusto auditor, y prosiguió:

—Majestad, he llegado lo más rápidamente posible a París a fin de comunicar a Su Majestad que he descubierto en el ejercicio de mis funciones, no uno de esos complots vulgares y sin consecuencias, como se traman todos los días entre la gente del pueblo y del Ejército; sino una verdadera conspiración, una tempestad que amenaza nada menos que el trono de Su Majestad. El usurpador armó tres barcos, y medita algún proyecto, insensato tal vez, pero también terrible por su misma insensatez. A estas horas ya debe de ha-

ber salido de la isla de Elba para dirigirse a no sé dónde; seguramente para intentar un desembarco en Nápoles, bien en la costa Toscana, o en la misma Francia. Su Majestad no ignora que el soberano de la isla de Elba ha conservado sus relaciones con Italia y con Francia.

—Sí, señor, lo sé —dijo el rey, muy conmovido—. Incluso últimamente se me informó de las reuniones bonapartistas que tenían lugar en la calle Saint Jacques; pero continúe, se lo ruego. ¿Cómo sabe usted esos detalles?

—Majestad, son el resultado de un interrogatorio que hice a un hombre de Marsella, a quien vigilaba desde hacía tiempo y a quien detuve el mismo día de mi partida; ese hombre, marino turbulento y de un bonapartismo que se hacía sospechoso, ha estado secretamente en la isla de Elba; vio al gran mariscal, que le encargó una misión verbal para un bonapartista de París, cuyo nombre no he conseguido arrancarle; pero dicha misión consistía en encargar a ese bonapartista que preparase los ánimos para un regreso (tenga presente que es el interrogado quien habla, Majestad), que no puede estar lejano.

—¿Y dónde se encuentra ese hombre? —preguntó Luis XVIII.

—En prisión, Majestad.

—¿Y la cosa le ha parecido grave?

—Tan grave, Majestad, que habiéndome sorprendido este hecho durante una fiesta familiar, el mismo día de mis esponsales, he abandonado a mi prometida y amigos para venir a comunicar a Su Majestad los temores que me habían asaltado y la sincera adhesión de mi persona a su augusta Majestad.

—Es cierto —dijo Luis XVIII—. ¿No había un proyecto de unión entre usted y la señorita de Saint-Méran?

—La hija de uno de los más fieles servidores de Su Majestad.

—Sí, sí; pero volvamos a ese complot, señor de Villefort.

—Majestad, tengo miedo de que sea algo más que un complot; me temo que sea una conspiración.

—¿Una conspiración en estos tiempos? —inquirió el rey, sonriendo—. Es algo fácil de pensar, pero más difícil de llevar a buen término; por el motivo de que, restablecido hace poco en el trono de mis antepasados, tenemos los ojos puestos en el pasado a la vez que en lo presente y lo futuro. Desde hace diez meses, mis ministros redoblan la vigilancia para que el litoral del Mediterráneo esté

bien guardado. Si Bonaparte desembarcase en Nápoles, la coalición estaría en pie antes de que arribase a Piombino; si desembarca en Toscana, pondría el pie en país enemigo; si en Francia, sólo será con un puñado de hombres, y fácilmente le pondríamos coto, cuando tan execrado es por la población. Tranquilícese, pues, señor; pero no por eso deje de contar con nuestro real agradecimiento.

—¡Ah! Ahí viene el señor Dandr  —exclamó el duque de Blacas.

En aquel momento, en efecto, apareció en el umbral de la puerta el ministro de Policía, pálido, tembloroso, y con la mirada vacilante, como si hubiese sido acometido por un desmayo.

Villefort dio un paso para retirarse; pero un fuerte apretón de mano del señor Blacas lo retuvo.

El ogro de Córcega

Luis XVIII, al ver aquel semblante tan alterado, empujó violentamente la mesa ante la cual se hallaba sentado.

—¿Qué le sucede a usted, señor barón? —preguntó—. Parece sumamente agitado. Esa turbación, esa vacilación, ¿tiene algo que ver con lo que me decía el señor de Blacas y lo que acaba de confirmarme el señor de Villefort?

Por su parte, el señor de Blacas se aproximó con viveza al barón, pero el terror del cortesano ahogó el triunfo del orgullo del hombre de Estado; en efecto, en semejante situación era más ventajoso para él ser humillado por el prefecto de Policía, que humillarle él por tal cuestión.

—Majestad... —balbució el barón.

—¡Y bien! ¡Veamos! —dijo Luis XVIII.

El ministro de Policía, cediendo entonces a un impulso desesperado, fue a precipitarse a los pies de Luis XVIII, quien retrocedió un paso mientras fruncía las cejas.

—¿Hablará usted? —inquirió el rey.

—¡Oh, Majestad! ¡Qué espantosa desgracia! ¿Tendré bastante con lamentarme? ¡Jamás me consolaré!

—Caballero —dijo Luis XVIII—, le ordeno que se explique.

—Bien, Majestad, el usurpador ha abandonado la isla de Elba el 28 de febrero y ha desembarcado el 1.º de marzo.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó con viveza el rey.

—En Francia, Majestad, en un pequeño puesto cercano a Antibes, en el golfo de Juan.

—El usurpador ha desembarcado en Francia, cerca de Antibes, en el golfo de Juan, a doscientas cincuenta leguas de París, el 1 de marzo y usted se entera de esta noticia hoy, el 3 de marzo... ¡Ah, se-

ñor, lo que usted me dice es imposible! Le habrán dado un informe falso, o, de lo contrario, está loco.

—¡Ay!, Majestad, no es más que la verdad.

Luis XVIII hizo un indecible gesto de cólera y espanto, y se levantó de repente, como si un golpe imprevisto le hubiera herido a la vez en el corazón y el rostro.

—¡En Francia! —exclamó—. ¡El usurpador está en Francia! Pero ¿es que no se vigila a ese hombre? Mas, ¿quién sabe? Tal vez estén de acuerdo con él.

—¡Oh, Majestad! —exclamó el duque de Blacas—. No se puede acusar a un hombre como el barón de Dandré de traición. Majestad, todos estábamos ciegos, y el ministro de Policía ha participado de la ceguera general; eso es todo.

—Pero... —intervino Villefort para detenerse inmediatamente—. ¡Oh, perdón! Perdón, Majestad —añadió inclinándose—. Mi celo me arrebató; dígnese excusarme Su Majestad.

—Hable, señor; hable francamente —dijo el rey—. Sólo usted nos ha prevenido del mal, ayúdenos a buscarle remedio.

—Majestad —agregó Villefort—, el usurpador es detestado en el Mediodía. Me parece que si se aventura por el Mediodía, se puede levantar en masa contra él toda la Provenza y el Languedoc.

—Sí, sin duda —admitió el ministro—, pero él avanza por Gap y Sisteron.

—¡Avanza, avanza! —exclamó Luis XVIII—. Entonces, ¿marcha sobre París?

El ministro de Policía guardó un silencio que equivalía a la más amplia afirmación de los hechos.

—¿Y el Delfinado, señor —preguntó el rey a Villefort—, cree usted que se podría sublevar como la Provenza?

—Majestad, lamento tener que decirle una cruel verdad; pero el espíritu del Delfinado está muy lejos de valer tanto como el de Provenza y Languedoc. Los montañeses son bonapartistas, señor.

—Vamos —murmuró Luis XVIII—, está bien informado. ¿Y cuántos hombres hay con él?

—No lo sé, Majestad —respondió el ministro de Policía.

—¿Cómo, no lo sabe? ¿Ha olvidado informarse de esa circunstancia? Es cierto que también carece de importancia —añadió con una sarcástica sonrisa.

—Majestad, no podía informarme. El parte no se refería más que el anuncio del desembarco y la ruta seguida por el usurpador.

—¿Y cómo le ha llegado ese parte? —preguntó el rey.

El ministro bajó la cabeza y un vivo rubor encendió su rostro.

—Por telégrafo, Majestad —balbució.

Luis XVIII dio un paso hacia delante y cruzó los brazos como lo hubiera hecho Napoleón.

—De modo —dijo, palideciendo de cólera— que siete ejércitos coaligados han derribado a ese hombre; un milagro del cielo me habrá colocado en el trono de mis padres al cabo de veinticinco años de destierro; habré estudiado, durante todo ese tiempo, sondeado y analizado a los hombres y las cosas de esta Francia que me fue prometida, para que, llegado el logro de todos mis deseos, una fuerza que tenía entre las manos estalle y me destroce.

—Majestad, es la fatalidad —murmuró el ministro, sintiendo que semejante peso, ligero para el destino, bastaba para aplastar a un hombre.

—Pero, entonces, lo que decían de nosotros nuestros enemigos es cierto: nada aprendido, nada olvidado. Si hubiese sido traicionado, como él, aún me consolaría; pero encontrarme en medio de personas elevadas por mí a las dignidades, que deben velar por mí más celosamente que por ellas mismas, porque mi suerte es la suya; que antes de que yo ascendiera al trono no eran nada, y que después tampoco lo serán. ¡Y tener que perecer miserablemente por incapacidad, por ineptitud! ¡Ah, sí, señor! Tiene usted razón: es la fatalidad.

El ministro permanecía inclinado bajo tal espantoso anatema.

El señor de Blacas enjugaba su frente bañada en sudor; Villafort sonreía interiormente, porque sentía agrandarse su importancia.

—¡Caer! —prosiguió Luis XVIII, que desde la primera ojeada había sondeado el precipicio ante el cual se balanceaba la monarquía—. ¡Caer y conocer su caída por el telégrafo! ¡Oh, preferiría subir al cadalso de mi hermano Luis XVI, que descender así las escaleras de las Tullerías, expuesto al ridículo!... El ridículo, señor; usted no sabe lo que es eso en Francia, y no obstante, debería saberlo.

—Majestad, majestad —murmuró el ministro—, por favor...

—Acérquese, señor de Villefort —prosiguió el rey dirigiéndose al joven, quien, de pie, inmóvil y algo apartado, escuchaba el giro de aquella conversación en que vagaba perdido el destino de un reino—. Acérquese y diga a este caballero que todo se podía saber antes de lo que él lo ha sabido.

—Majestad, era materialmente imposible adivinar los proyectos que ese hombre ocultaba a todo el mundo.

—¡Materialmente imposible! Sí, he ahí una gran palabra, señor, por desgracia, no se trata de grandes palabras, sino de grandes hombres. ¡Materialmente imposible a un ministro que dispone de una administración, de oficinas, de agentes, de soplones, de espías y de un millón quinientos mil francos de fondos secretos; le es imposible saber qué sucede a sesenta leguas de las costas de Francia! En cambio, aquí tiene a este caballero, que no disponía de ninguno de esos recursos; a este señor, simple magistrado, que sabía más que usted con toda su policía, y que hubiese salvado mi corona si, como usted, dispusiera de un telégrafo.

La mirada del ministro de Policía se volvió hacia Villefort, con una profunda expresión de desdén; el magistrado inclinó la cabeza con la modestia del triunfo.

—No digo esto por usted, Blacas —prosiguió Luis XVIII—, pues aunque no ha descubierto nada, al menos ha tenido el suficiente ánimo para perseverar en sus sospechas. Otro, en su lugar, tal vez hubiese considerado la revelación del señor de Villefort como insignificante, o sugerida por una ambición venal.

Estas palabras aludían a lo que el ministro de Policía había dicho con tanta confianza una hora antes.

Villefort comprendió el juego del rey. Otro cualquiera se hubiese dejado llevar por la embriaguez del triunfo; pero él temió crearse un enemigo mortal con el ministro de Policía, a pesar de que comprendió que estaba irremisiblemente perdido. En efecto, el ministro, que no había sabido adivinar, en la plenitud de su poder, el secreto de Napoleón, podía penetrar, en las convulsiones de su agonía, en el de Villefort; no necesitaba para ello más que interrogar a Dantés. Por consiguiente acudió en ayuda del ministro en vez de apuntillarlo.

—Majestad —dijo Villefort—, la rapidez del acontecimiento debe probarle que únicamente Dios podía haberlo impedido. Lo que Su Majestad considera efecto de una profunda perspicacia por

mi parte, se debe, pura y sencillamente, a la casualidad; me he aprovechado de esa casualidad procediendo como un fiel vasallo, sencillamente. No me conceda más de lo que merezco, señor, y deseche la primera idea que se ha formado de mí.

El ministro de Policía dio las gracias al joven con una elocuente mirada, y Villefort comprendió que había tenido éxito en su proyecto, es decir, que sin perder nada del reconocimiento real, acababa de conquistar un amigo con el que, en caso de desgracia, podía contar.

—Está bien —dijo el rey—. Y ahora, señores —añadió dirigiéndose a Blacas y al ministro de Policía—, ya no los necesito más; pueden retirarse; lo que queda por hacer es de la incumbencia del ministro de la Guerra.

—Afortunadamente, señor —contestó Blacas—, podemos contar con el Ejército. Su Majestad sabe bien, según los informes que nos dan, lo fiel que es a su Gobierno.

—No me hable de informes ahora, duque; ya sé bien la confianza que puedo tener en ellos. ¡Eh! Pero a propósito de informes, señor barón, ¿qué ha sabido de nuevo sobre el asunto de la calle Saint Jacques?

—¿Acerca del asunto de la calle Saint Jacques? —exclamó Villefort sin poder contenerse, pero en seguida se reprimió y añadió—: Perdón, señor; mi adhesión hacia Su Majestad me hace olvidar, no el respeto que le debo, pues lo llevo muy grabado en el corazón, sino las reglas de la etiqueta.

—Diga, señor —prosiguió Luis XVIII—. Usted ha adquirido hoy el derecho a preguntar.

—Señor —respondió el ministro de Policía—, venía precisamente a manifestar a Su Majestad los nuevos pormenores que había recogido respecto a ese acontecimiento cuando la atención de Su Majestad se ha vuelto hacia la terrible catástrofe del golfo; ahora estos pormenores carecen de interés.

—Al contrario, señor, al contrario —dijo Luis XVIII—. Este asunto me parece que tiene una relación directa con el que nos ocupa, y la muerte del general Quesnel va a revelarnos acaso la existencia de un gran complot interior.

Villefort se estremeció al oír el nombre del general Quesnel.

—En efecto, Majestad —replicó el ministro de Policía—, todo induce a creer que esa muerte es el resultado, no de un suicidio, como se creyó en principio, sino un asesinato. El general Quesnel

salía, al parecer, de un club bonapartista cuando desapareció. Un desconocido fue a buscarle aquella misma mañana y le dio una cita para la calle Saint-Jacques; por desgracia, el ayuda de cámara del general, que le peinaba en el momento que el desconocido fue introducido en su gabinete, oyó perfectamente que nombraba la calle Saint-Jacques, pero no recuerda el número.

A medida que el ministro de Policía informaba al rey Luis XVIII, Villefort, que permanecía pendiente de sus labios, enrojecía y palidecía.

El rey se volvió hacia él.

—¿No opina usted como yo, señor de Villefort, que el general Quesnel, a quien se podía creer partidario del usurpador, pertenecía realmente a mi partido, y pereció víctima de una emboscada bonapartista?

—Es probable, Majestad —respondió Villefort—, pero ¿no se sabe nada más?

—Se están siguiendo las huellas del hombre que le había dado cita.

—¿Siguen sus huellas? —repitió Villefort.

—Sí, el criado ha facilitado sus señas: es un hombre de cincuenta a cincuenta y dos años, moreno, ojos negros cubiertos de espesas cejas, y con bigote; vestía una levita azul, y llevaba en su botonadura la roseta de oficial de la Legión de Honor. Ayer siguieron a un individuo que respondía exactamente a las señas que acabo de dar, y lo perdieron en la esquina de la calle de la Jussienne con la de Coq-Héron.

Villefort se había apoyado en el respaldo de un sillón, porque a medida que el ministro de Policía hablaba sentía que le flaqueaban las piernas; mas cuando oyó que el desconocido había podido escapar a la persecución del agente que lo vigilaba, respiró.

—Usted buscará a ese hombre —ordenó el rey al ministro de Policía—, porque si, como todo me induce a creer, el general Quesnel, que nos fue muy útil hasta este momento, ha sido víctima de un asesino, bonapartista o no, quiero que se castigue cruelmente al culpable.

Villefort necesitó de toda su sangre fría para no traicionarse con el terror que le infundía esta recomendación del rey.

—¡Cosa extraña! —continuó el rey con un gesto de mal humor—. La policía cree haberlo dicho todo cuando afirma: «Se ha

cometido un asesinato», y haberlo hecho todo cuando añade que «se está sobre las huellas de los culpables».

—Señor. Vuestra Majestad quedará satisfecho, al menos a este respecto.

—Perfectamente. Ya lo veremos. No le retengo más tiempo, barón. Señor de Villefort, usted debe de estar fatigado de tan largo viaje; váyase a descansar. Sin duda se alojará usted en casa de su padre, ¿no es así?

Una visible turbación nubló la vista a Villefort.

—No, Majestad —respondió—. Me hospedo en el hotel de Madrid, calle de Tournon.

—Pero ¿lo ha visto usted?

—Majestad, desde un principio me hice conducir a casa del duque de Blacas.

—Mas lo verá, aunque sólo sea eso.

—No lo creo, Majestad.

—¡Ah! Es natural —dijo Luis XVIII, sonriendo, de modo que demostrase a Villefort que todas sus preguntas no eran hechas sin intención—. Me olvidaba de que no está usted de acuerdo con el señor Noirtier, y que eso es un nuevo sacrificio en aras de la causa real; sacrificio que no dejaré de recompensar.

—Señor, la bondad que me manifiesta Su Majestad es una recompensa que sobrepasa de tal manera mi ambición, que nada más tengo que pedir al rey.

—No importa, señor, y nosotros no le olvidaremos, esté tranquilo. Mientras tanto —el rey se despojó de la cruz de la Legión de Honor que llevaba corrientemente sobre su traje azul, junto a la cruz de San Luis, encima de la placa de la orden de Notre-Dame del Monte Carmelo y de San Lázaro, y se la entregó a Villefort diciendo—: tome esta cruz.

—Señor —dijo Villefort—, Su Majestad se equivoca, ésta es la cruz de oficial.

—A fe mía, señor —replicó Luis XVIII—, tómela tal cual es; no tengo tiempo de pedir otra. Blacas, usted se encargará de que se le entregue el diploma al señor de Villefort.

Los ojos de Villefort se humedecieron con una lágrima de orgullosa alegría; tomó la cruz y la besó.

—Y ahora —preguntó—, ¿cuáles son las órdenes que tiene a bien darme Su Majestad?

—Tómese el descanso que necesita, y piense que, no siendo necesario en París para servirme, puede serme de gran utilidad en Marsella.

—Señor —respondió Villefort inclinándose—, dentro de una hora habré abandonado París.

—Marche, pues, caballero —dijo el rey—, y si por casualidad le olvidara (la memoria de los reyes es frágil) no vacile en recordármelo. Señor barón, mande que vayan a buscar al ministro de la Guerra. Blacas, quédese.

—¡Ah, señor! —dijo el ministro de Policía a Villefort al salir de la Tullerías—. Entra usted por la puerta grande, y su fortuna está hecha.

—¿Durará mucho? —murmuró Villefort saludando al ministro, cuya carrera había acabado, y buscando con la vista un carruaje que le condujese a su casa.

Un coche pasó por el muelle, Villefort le hizo una seña y el coche se aproximó; Villefort dio la dirección de su hotel y se metió en el interior del vehículo, dejándose llevar por sus sueños de ambición. Diez minutos más tarde entraba en su casa, pedía sus caballos para las dos de la tarde, y ordenaba que le sirvieran de comer.

Iba a sentarse a la mesa cuando el timbre de la puerta sonó bajo la presión de una mano firme. El ayuda de cámara fue a abrir y Villefort oyó una voz que pronunciaba su nombre.

«¿Quién podrá saber que estoy aquí?», se preguntó el joven.

En aquel instante apareció el criado.

—Y bien —preguntó Villefort—. ¿Quién es? ¿Quién ha llamado y pregunta por mí?

—Un extranjero que no quiere decir su nombre.

—¿Cómo! ¿Un extranjero que no quiere decir su nombre? ¿Y qué desea ese extranjero?

—Quiere hablar con el señor.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Y ha dicho mi nombre?

—Perfectamente.

—¿Qué apariencia tiene ese extranjero?

—Señor, es un hombre de unos cincuenta años.

—¿Bajo, alto?

—De la estatura del señor, poco más o menos.

—¿Moreno o rubio?

—Moreno, muy moreno: cabellos negros, ojos negros y cejas negras.

—¿Cómo va vestido? —preguntó con viveza Villefort—. ¿Vestido de qué manera?

—Con una gran levita azul abotonada de arriba abajo; condecorado con la Legión de Honor.

—¡Es él! —murmuró Villefort palideciendo.

—¡Pardiez! —exclamó apareciendo en la puerta el individuo al que ya se ha descrito dos veces—. Vaya unos modales. ¿Es costumbre en Marsella que los hijos hagan esperar a sus padres?

—¡Padre mío! —exclamó Villefort—. Entonces, no me he engañado. Me figuré que sería usted.

—Entonces, si te imaginabas que era yo —replicó el recién llegado, colocando su bastón en un rincón y su sombrero en una silla—, permíteme que te diga, mi querido Gerardo, que no es muy amable por tu parte hacerme esperar así.

—Déjenos solos, Germán —dijo Villefort.

El criado salió dando vivas muestras de asombro.

El padre y el hijo

El señor de Noirtier, porque en efecto era él quien acababa de entrar, siguió con la vista al criado hasta que éste hubo cerrado la puerta; pero, temiendo sin duda que escuchase en la antecámara, fue a abrir detrás de él; la precaución no resultó inútil, y la rapidez con que se retiró Germán demostró que no estaba exento del pecado que perdió a nuestros primeros padres. El señor de Noirtier, entonces, se tomó el trabajo de cerrar la puerta de la antecámara, luego hizo lo mismo con la del dormitorio, echó los cerrojos y regresó a estrechar la mano de Villefort, que había seguido todos sus movimientos con la mayor sorpresa.

—Así está mejor. Sabes, mi querido Gerardo —dijo al joven, mirándole con una sonrisa en la que era difícil definir la expresión—, que no me pareces muy contento de verme.

—Sí que lo estoy, padre mío —respondió Villefort—. Estoy encantado; pero estaba tan lejos de esperarme su visita, que me he quedado sorprendido.

—Pero, mi querido hijo —replicó el señor de Noirtier, sentándose—, opino que yo podría decir lo mismo. ¡Vaya! Me anuncias tus esponsales en Marsella para el día 28 de febrero, y el 3 de marzo te encuentras en París.

—Sí, estoy aquí, padre mío —dijo Gerardo, aproximándose al señor de Noirtier—. Y no lo lamente, porque he venido por usted, y este viaje posiblemente le salve.

—¡Ah! ¿De veras? —exclamó el señor Noirtier, arrellanándose desenvueltamente en el sillón donde estaba sentado—. ¿De veras? Cuéntame eso, señor magistrado; debe de ser muy curioso.

—Padre mío, ¿ha oído usted hablar de cierto club bonapartista que se encuentra en la calle Saint-Jacques?

—¿Número 53? Sí, yo soy su vicepresidente.

—Padre, su sangre fría me estremece.

—¿Qué quieres, querido? Cuando se ha estado proscrito por los montañeses, cuando se ha salido de París en una carreta de heno, cuando se ha estado acosado en las landas de Burdeos por los sabuesos de Robespierre, ya uno se halla curado de espantos. Continúa, pues. Y bien, ¿qué ha sucedido en el club de la calle de Saint-Jacques?

—Pues que dieron cita allí al general Quesnel, y que el general salió a las nueve de la noche de su casa para ser encontrado al día siguiente en el Sena.

—¿Y quién te ha relatado esa bella historia?

—El rey mismo, señor.

—Pues bien, yo, a cambio de tu historia, voy a contarte otra.

—Padre, me parece que ya sé lo que va usted a referirme.

—¡Ah! ¿De modo que ya sabes el desembarco de Su Majestad el emperador?

—Silencio, padre, se lo ruego; en principio, por usted, y luego por mí. Sí, conocía esa noticia, e incluso la sabía antes que usted, porque desde hace tres días he quemado el camino de Marsella a París con la rabia de no poder lanzar a doscientas leguas delante de mí el pensamiento que me abrasaba la cabeza.

—¡Hace tres días! ¿Estás loco? Hace tres días el emperador no había desembarcado.

—No importa, yo lo sabía.

—¿Y cómo ha podido ser?

—Por una carta que le dirigían a usted desde la isla de Elba.

—¿A mí?

—A usted, y que yo descubrí en la cartera de su mensajero. Si esa carta hubiese caído en manos de cualquier otro, posiblemente a esta hora, padre, ya estaría usted fusilado.

El padre de Villefort se echó a reír.

—Vamos, vamos —dijo—, parece que la Restauración ha aprendido del Imperio la manera de despachar prontamente sus asuntos. ¡Fusilado! ¿Querido, adónde iríamos a parar? ¿Y dónde se encuentra esa carta? Te conozco demasiado para temer que hayas dejado de destruirla.

—La he quemado por miedo a que quedase un solo fragmento; porque esa carta era su condenación.

—Y la pérdida de tu porvenir —respondió fríamente Noir-tier—. Sí, lo comprendo; pero no tengo nada que temer, ya que tú me proteges.

—He hecho algo más que eso, padre; le he salvado.

—¡Ah, diablo! Eso sí que es más dramático. Explícate.

—Padre, vuelvo a eso del club de la calle Saint-Jacques.

—Parece que dicho club trae de cabeza a los señores de la policía. ¿Por qué no han buscado mejor? Entonces lo hubieran hallado.

—No lo han encontrado, pero están sobre la pista.

—Esa es la palabra de ritual, no lo ignoro; cuando la policía se encuentra desorientada, dice que está sobre la pista, y el Gobierno espera tranquilamente el día en que la policía vaya a decirle, con las orejas gachas, que ha perdido el rastro.

—Sí, pero han encontrado un cadáver: el general Quesnel ha sido asesinado, y en todas partes del mundo por eso se busca al culpable.

—¿Un asesinato, dices? Pero eso no prueba que el general haya sido víctima de un crimen. Todos los días se encuentran personas en las aguas del Sena, que se han arrojado por desesperación, o que se ahogaron por no saber nadar.

—Padre, usted sabe muy bien que el general no se ha ahogado impulsado por la desesperación, y que nadie se baña en el Sena en pleno mes de enero. No, no se engañe; esta muerte está bien calificada de asesinato.

—¿Y quién la califica así?

—El mismo rey.

—¡El rey! Le creía más filósofo para comprender que en política no hay asesinatos. En política, querido, tú lo sabes lo mismo que yo, no hay hombres, sino ideas; en política no se mata a un hombre, se suprime un obstáculo, sencillamente. ¿Quieres saber cómo han sucedido las cosas? Bien, te lo referiré. Se creía poder contar con el general Quesnel: nos lo habían recomendado desde la isla de Elba; uno de nosotros fue a su casa, le invitó a acudir a la calle Saint-Jacques, donde se celebraría una Asamblea en la que se encontraban amigos. Acudió a ella y allí le revelaron todo el plan, la salida de la isla de Elba, el desembarco proyectado y demás; así que hubo escuchado todo, cuando ya no quedaba nada más que comunicarle, se le ocurrió responder que era realista. Entonces se miraron unos a otros; le exigieron juramento, lo prestó, pero de tan mala gana, la verdad, que aquel juramento era ofender a Dios. Pues bien; a pesar de todo eso, se le dejó salir libre, completamente libre. Si no ha regresado a su casa, ¿qué quieres, querido? Él salió de nuestra casa:

equivocaría el camino, eso es todo. ¡Un asesinato! En verdad me sorprendes, Villefort, tú, sustituto del procurador del rey, fundando una acusación sobre tan pobres pruebas. ¿Acaso te he dicho alguna vez cuando ejerces tu cargo de realista y ordenas cortar la cabeza a uno de los míos: «Hijo mío, has cometido un asesinato»? No, siempre he dicho: «Muy bien, señor, has combatido victoriosamente; mañana será el desquite».

—Pero, padre, tenga cuidado; esa represalia será terrible cuando la tomemos.

—No te entiendo.

—¿Confía usted en la vuelta del usurpador?

—Lo confieso.

—Se engaña, padre; no avanzará ni diez leguas por el interior de Francia sin que se le persiga, se le acose y se le capture como a un animal salvaje.

—Mi querido amigo, el emperador se halla en este momento camino de Grenoble; el 10 o el 12 estará en Lyon, y el 20 o 25 entrará en París.

—Las poblaciones se sublevarán.

—Para marchar delante.

—No van consigo sino algunos hombres, y se enviarán ejércitos contra él.

—Que le darán escolta para entrar en la capital. En realidad, mi querido Gerardo, no eras más que un niño; vosotros os creéis bien informados porque un telégrafo os ha dicho, tres días después del desembarco: «El usurpador ha desembarcado en Canes con algunos hombres. Ya se le está persiguiendo». Pero ¿dónde se encuentra? ¿Qué hace? No sabéis nada; se le persigue, eso es cuanto conocéis. Pues bien, le perseguirán hasta París sin haber disparado un tiro.

—Grenoble y Lyon son ciudades fieles, que le opondrán una barrera infranqueable.

—Grenoble le abrirá sus puertas con entusiasmo, y Lyon entera saldrá a su encuentro. Créeme, nosotros estamos tan bien informados como vosotros, y nuestra policía vale tanto como la vuestra. ¿Quieres una prueba? Acaso no pretendías ocultarme tu viaje y, sin embargo, me he enterado de tu llegada media hora después de que hubieses pasado la barrera; no habías dado tu dirección a nadie más que a tu postillón, pues bien, yo la sabía, y la prueba la

tienes en que he llegado a tu casa justo en el momento en que ibas a sentarte a la mesa. Llama, pues, y pide un segundo cubierto; comeremos juntos.

—En efecto —respondió Villefort, mirando a su padre con asombro—, en efecto, me parece usted muy bien informado.

—¡Dios mío! La cosa es bien sencilla; vosotros, que tenéis el poder, no disponéis más que de los medios que proporciona el dinero; nosotros, que lo esperamos, disponemos de aquellos que procuraron su entusiasmo.

—¿El entusiasmo? —repitió Villefort, riendo.

—Sí, el entusiasmo; así es como se llama, en términos honrosos, a la ambición que espera.

Y el padre de Villefort alargó la mano hacia el cordón de la campanilla para llamar al criado, ya que no lo hacía su hijo.

Villefort le detuvo.

—Espere, padre —dijo el joven—. Una palabra todavía.

—Dila.

—Por mala que sea la policía realista, sabe, sin embargo, una cosa terrible.

—¿Cuál?

—Las características personales del hombre que, en la mañana del día en que desapareció el general Quesnel, se presentó en casa de éste.

—¡Ah! ¿Ya sabe eso esa buena policía? Y esas características, ¿cómo son?

—Tez morena, cabellos, patillas y ojos negros, levita azul abotonada hasta la barbilla, roseta de oficial de la Legión de Honor, sombrero de alas anchas y bastón de junco.

—¡Ah, ah! ¿Ella sabe eso? —dijo Noirtier—. ¿Y por qué, pues, en ese caso, no ha puesto la mano sobre ese sujeto?

—Porque se les escabulló, ayer o anteayer, en la esquina de la calle Cocq-Herón

—¡Cuando yo te digo que vuestra policía es tonta!

—Sí, pero de un momento a otro puede encontrarlo.

—Cierto —admitió Noirtier mirando en torno suyo—, sí, si ese hombre no está avisado; pero lo está —y añadió, sonriendo—, y va a cambiar de rostro y de traje.

Tras estas palabras, se levantó, se despojó de su levita y de su corbata, fue hacia una mesa sobre la cual se hallaban todos los ob-

jetos de tocador de su hijo, cogió una navaja, se enjabonó el rostro, y con mano segura cortó aquellas patillas comprometedoras que brindaban a la policía una pista tan preciosa.

Villefort le contemplaba con un terror no exento de admiración.

Una vez cortadas las patillas, Noirtier se peinó el cabello de modo diferente; cogió, en vez de su corbata negra, una de color que se hallaba encima de una maleta abierta; se puso, en vez de la levita azul y abotonada, una levita de Villefort, de color castaño y hechura acampanada; se probó delante del espejo el sombrero de alas abarquilladas del joven, pareció satisfecho de la manera que le sentaba, y, dejando el bastón de junco en el rincón de la chimenea, hizo silbar en su nerviosa mano una juguetona caña de bambú con la cual el elegante sustituto daba a su caminar una desenvoltura que constituía una de sus principales cualidades.

—¿Y bien? —exclamó volviéndose hacia su hijo, estupefacto, cuando concluyó con aquella metamorfosis—. ¿Crees tú que la policía me reconocerá ahora?

—No, padre —balbució Villefort—. Al menos, eso espero.

—Ahora, mi querido Gerardo —continuó Noirtier—, apelo a tu prudencia para que hagas desaparecer todos los objetos que dejo a tu custodia.

—¡Oh! Esté tranquilo, padre —dijo Villefort.

—Sí, sí. Y ahora creo que llevas razón y que, en efecto, muy bien podrás haberme salvado la vida. Pero, tranquilízate, pronto te lo pagaré.

Villefort movió la cabeza.

—¿No estás convencido?

—Espero, al menos, que no se equivoque.

—¿Volverás a ver al rey?

—Posiblemente.

—¿Quieres pasar a sus ojos por profeta?

—Los profetas de desgracias son mal recibidos en la Corte, padre.

—Sí, pero un día u otro se les hace justicia; supón una segunda restauración, entonces pasarías por un gran hombre.

—En fin, ¿qué debo decir al rey?

—Dile esto: «Señor, os engañan acerca de las disposiciones de Francia, de la opinión de las ciudades y del espíritu del Ejército;

aquel a quien llaman en París el Ogro de Córcega, y aún el usurpador en Nevers, ya se le llama Bonaparte en Lyon, y el emperador en Grenoble. Usted lo considera acosado, perseguido, huyendo, y avanza rápido como el águila que vuelve a traer. Los soldados que creía muertos de hambre, aplastados de fatiga y dispuestos a desertar, se multiplican como los átomos de nieve alrededor de la bolsa que se precipita. Señor, parta; abandone Francia a su verdadero dueño, a aquel que no la ha comprado, sino conquistado; márchese, señor, no porque usted corra peligro alguno, pues su adversario es bastante poderoso para perdonarle, sino porque sería humillante para un nieto de San Luis deber la vida al hombre de Arcole, de Marengo y de Austerlitz». Dile eso, Gerardo; o mejor dicho, no le digas nada; disimula tu viaje; no te vanaglories de lo que has venido a hacer y de lo que has hecho en París; devora el camino de regreso y entra en Marsella de noche; penetra en tu casa por una puerta oculta y permanece allí quietecito, humildemente y escondido de la manera más inofensiva, porque esta vez, te lo juro, actuaremos con energía y como hombres que conocen bien a sus enemigos. Vete, hijo mío, vete, mi querido Gerardo, y mediante esta obediencia a las órdenes de tu padre, o si prefieres, a los consejos de un amigo, te mantendremos en tu puesto. Esto será —añadió Noirtier, sonriendo— un medio para que me puedas salvar por segunda vez, en el caso de que la báscula política te sitúe un día arriba y a mí abajo. Adiós, mi querido Gerardo; en tu próximo viaje a París, ven a alojarte en mi casa.

Y Noirtier salió tras estas palabras, con la misma tranquilidad que no le había abandonado ni un instante mientras duró tan larga y difícil conversación.

Villefort, pálido y agitado, corrió a la ventana, entreabrió los visillos y le vio pasar, calmoso e impasible, por entre dos o tres hombres de mala catadura que, emboscados en el rincón de los portales y en las esquinas de las calles, sin duda esperaban al hombre de las patillas negras, la levita azul y el sombrero de anchas alas.

Villefort permaneció en pie y lleno de ansiedad hasta que su padre desapareció por la plazoleta de Bussy. Entonces se lanzó sobre los objetos que había abandonado, guardó en lo más hondo de su maleta la corbata negra y la levita azul, retorció el sombrero, que metió debajo de un armario, y partió el bastón de junco en pedazos para arrojarlo al fuego; luego se puso un gorro de viaje, llamó al

criado, con una mirada le prohibió hacer preguntas, arregló la cuenta con el hotel, saltó a su coche, que le esperaba en la puerta, y en Lyon se enteró de que Bonaparte acababa de entrar en Grenoble. Llegó a Marsella en medio de la agitación que reinaba en todo el camino y luchando con las angustias propias del hombre que, como Villefort, ocupaba ya un lugar tan preeminente en el régimen.

Los Cien Días

El señor Noirtier era buen profeta, y las cosas cambiaron tan rápidamente como pronosticara. Todos conocen ese regreso de la isla de Elba, regreso extraño, milagroso, sin ejemplo en el pasado y que probablemente no pueda imitarse en el futuro.

Luis XVIII no intentó más que parar débilmente aquel golpe tan rudo: su poca confianza en los hombres le hacía desconfiar de los acontecimientos. La realeza, o más bien la monarquía, apenas reconstituida por él, tembló sobre su base aún vacilante, y un solo ademán del emperador hizo desmoronarse todo aquel edificio, informe mezcla de antiguos prejuicios y de ideas modernas.

Villefort, pues, no obtuvo de su rey más que un agradecimiento, no sólo inútil por el momento, sino hasta peligroso, y aquella cruz de oficial de la Legión de Honor no se la mostró a nadie, aunque el duque de Blacas tuvo el cuidado de expedirle el diploma según lo recomendado por el rey.

Napoleón hubiese, con seguridad, destituido a Villefort sin la protección de Noirtier, convertido en uno de los personajes más poderosos de la Corte de los Cien Días, tanto por los peligros que había afrontado como por los servicios prestados. Por consiguiente, como le había prometido el girondino del 93 y el senador de 1806, protegió a quien le había protegido días antes.

Todo el poder de Villefort se limitó, pues, durante aquella evocación del Imperio, del cual era fácil de prever una segunda caída, a ahogar el secreto de Dantés, que estuvo a punto de divulgarse.

El procurador del rey fue el único destituido, por sospechas de tibieza en sus opiniones bonapartistas.

No obstante, apenas estuvo restablecido el poder imperial, es decir, apenas se instaló el emperador en aquellas Tullerías que Luis XVIII acababa de abandonar, y apenas hubo lanzado sus numero-

sas y divergentes órdenes desde aquel pequeño gabinete, en el cual ya se ha introducido a nuestros lectores, sobre la mesa de nogal, en la cual encontró todavía abierta y casi llena la tabaquera de Luis XVIII, Marsella empezó a sentir, a pesar de la actitud de sus magistrados, los primeros brotes de una guerra civil, aún mal extinguida en el Mediodía; poco faltó entonces para que las represalias no fuesen algo más que simples cencerradas con las que se asediaban a los realistas, obligados a encerrarse en sus casas porque en las calles los perseguían cruelmente si se dejaban ver.

Por un revés de fortuna muy natural, el digno armador, a quien ya se conoce como perteneciente al partido popular, se encontró en aquel momento, no diremos que todopoderoso, porque el señor Morrel era hombre prudente y bastante tímido, como todos los que han hecho una lenta y laboriosa fortuna comercial; pero con mesura, a pesar de que los celosos bonapartistas le trataban de moderado, elevó la voz para hacer una reclamación; tal reclamación, como puede suponerse, era en favor de Dantés.

Villefort había permanecido en su puesto a pesar de la caída de su superior, y su matrimonio quedó aplazado para tiempos más felices. Si el emperador continuaba en el trono, entonces Gerardo necesitaba otra alianza, y su padre se encargaría de encontrársela; pero si una segunda Restauración hacía volver a Luis XVIII a Francia, la influencia de Saint-Méran aumentaría, así como la suya, porque el matrimonio le aseguraría para siempre.

El sustituto del procurador del rey era, por tanto, el primer magistrado de Marsella cuando aquella mañana se abrió la puerta de su despacho y le anunciaron al señor Morrel.

Otro cualquiera se hubiese apresurado a salir al encuentro del armador, y con aquel apresuramiento habría mostrado su debilidad; pero Villefort era un hombre superior que poseía, sino la experiencia, al menos, el instinto de las cosas. Obligó a hacer antesala a Morrel como lo hubiese hecho durante la Restauración, aunque estuviera solo, mas por la sencilla razón de que es costumbre de un sustituto del procurador del rey mandar que hagan antesala; después, al cabo de un cuarto de hora, empleado en leer dos o tres periódicos de diferentes matices, ordenó que introdujesen al armador.

El señor Morrel esperaba encontrar a Villefort abatido, pero lo halló como lo viera seis semanas antes, es decir, tranquilo, segu-

ro y lleno de fría cortesía, la más infranqueable de las barreras que separan al hombre elevado del hombre vulgar.

Había entrado en el despacho de Villefort convencido de que el magistrado iba a temblar ante su vista, y, por el contrario, era él quien se estremecía y se conmovía ante aquel personaje interrogador que le esperaba con el codo apoyado sobre su escritorio.

Se detuvo en la puerta. Villefort le contempló como si le costase reconocerlo. Al fin, tras algunos segundos de examen y de silencio, durante los cuales el digno armador dio vueltas y más vueltas a su sombrero entre las manos, Villefort dijo:

—El señor Morrel, ¿no es cierto?

—Sí, señor; el mismo —respondió el armador.

—Acérquese, pues —añadió el magistrado haciendo con la mano un ademán protector—, y dígame a qué circunstancia debo el honor de su visita.

—¿No lo adivina, señor? —inquirió Morrel.

—No, ni remotamente; pero eso no impide que me halle dispuesto a servirle, si la cosa está en mi poder.

—Depende totalmente de usted, señor —contestó Morrel.

—Explíquese, pues.

—Señor —continuó el armador recobrando su firmeza a medida que hablaba, y alentado, por otra parte, por la justicia de su causa y la claridad de su posición—, usted se acordará de que algunos días antes de que se conociese el desembarco de Su Majestad el emperador, vine a solicitar su indulgencia en favor de un desdichado joven, marino, segundo de a bordo de mi buque. Estaba acusado, si usted lo recuerda, de sostener relaciones con la isla de Elba; esas relaciones, que constituían un crimen en aquella época, hoy son timbres de gloria. Entonces usted servía a Luis XVIII, y no le perdonó, señor; era su deber. Actualmente usted sirve a Napoleón, y usted debe protegerlo; también es su deber. Vengo, pues, a preguntarle qué ha sido de él.

Villefort realizó un violento esfuerzo sobre sí mismo.

—¿El nombre de ese hombre? —preguntó—. Tenga la bondad de decirme su nombre.

—Edmond Dantés.

Evidentemente, Villefort hubiese preferido esperar el disparo de su adversario en un duelo a veinticinco pasos, que oír pronunciar aquel nombre a bocajarro; empero, ni siquiera pestañeó.

«De esta manera —se dijo para sí Villefort—, no podrán acusarme de haber arrestado a ese joven por una cuestión puramente personal.»

—¿Dantés? —repitió en voz alta—. ¿Edmond Dantés, dice?

—Sí, señor.

Villefort abrió entonces un gran registro situado en una cajón cercano, lo hojeó encima de una mesa, de la mesa pasó a unos legajos y al fin se volvió hacia el armador.

—¿Está usted seguro de no engañarse, señor? —inquirió con la mayor naturalidad.

Si Morrel hubiese sido un hombre más versado en aquellos asuntos habría encontrado extraño que el sustituto del procurador del rey se dignase responder sobre cuestiones completamente ajenas a su cometido; y se hubiese preguntado por qué Villefort no le enviaba a los registros de cárceles, a los gobernadores de prisión o al prefecto del Departamento. Pero Morrel, buscando en vano el temor de Villefort, no advirtió sino la condescendencia, ya que de momento todo temor parecía ausente; Villefort había encontrado el camino.

—No, señor —replicó Morrel—, no me equivoco. Además conozco a ese pobre muchacho desde hace diez años, y está a mi servicio desde hace cuatro. Vine, usted se acordará, hace seis semanas, a rogarle que fuese clemente, al igual que vengo hoy a rogarle que sea justo con el pobre muchacho. Usted me recibió, incluso, bastante mal, y me respondió como hombre descontento. ¡Ah! ¡Cuán duros eran los realistas con los bonapartistas de entonces!

—Señor —contestó Villefort parando el golpe con su habitual presteza y sangre fría—, yo era realista en aquella época por considerar a los Borbones, no solamente herederos legítimos del trono, sino los elegidos por la nación; pero el regreso milagroso de que acabamos de ser testigos, me han demostrado que me engañaba. El genio de Napoleón ha vencido; el monarca legítimo es el monarca amado.

—¡Enhorabuena! —exclamó Morrel con su natural franqueza—. Me agrada oírle hablar así, porque deduzco de ello un bien en la suerte de Edmond.

—Espere, pues —añadió Villefort hojeando un nuevo registro—. Ya está. Es un marino que iba a casarse con una catalana, ¿no es así? Sí, sí. ¡Oh! Ahora lo recuerdo. El asunto era grave.

—¿Cómo es eso?

—Ya sabe usted que al salir de mi casa fue conducido a la prisión del palacio de justicia.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien; yo hice mi informe para París y envié los papeles hallados en su poder. Era mi deber. ¿Qué quiere usted? Y ocho días después de su detención, el prisionero fue arrebatado de la cárcel.

—¿Arrebatado! —exclamó Morrel—. Pero ¿qué han podido hacer del pobre muchacho?

—¡Oh, tranquilícese! Habrá sido transportado a Fenestrelles, a Pignerol o a las islas Santa Margarita; es lo que se llama extraviado en términos administrativos, y un buen día lo verá regresar para tomar el mando de su navío.

—Que venga cuando quiera, se le guardará su puesto. Mas ¿cómo es que todavía no ha vuelto? Me parece que la primera preocupación de la justicia bonapartista debía ser la liberación de cuantos fueron encarcelados por la justicia realista.

—No acuse temerariamente, mi querido señor Morrel —replicó Villefort—, es preciso proceder legalmente en todas las cosas. La orden de encarcelamiento vino de arriba, y hace falta que también de arriba llegue la orden de libertad. Ahora bien, Napoleón ha entrado hace quince días escasos; apenas habrán tenido tiempo de cursar esa orden.

—Pero —preguntó Morrel— ¿no hay medio de acelerar las formalidades, ahora que hemos triunfado? Tengo algunos amigos, alguna influencia, y puedo obtener la anulación del arresto.

—No ha habido arresto.

—Entonces, el encarcelamiento.

—En materia de política no hay registro de cárceles. A veces los Gobiernos tienen interés en hacer desaparecer a un hombre sin dejar huella de su paso: las notas de los registros guiarían las pesquisas.

—Eso puede ser que sucediese bajo los Borbones, pero ahora...

—Eso sucede en todos los tiempos, mi querido señor Morrel. Los Gobiernos se suceden y se imitan; la máquina penitenciaria montada bajo el mandato de Luis XIV aún funciona hoy casi como la Bastilla. El emperador siempre ha sido más estricto con el reglamento de sus prisiones que el mismo Gran Rey; y el número de los encarcelados, cuyos nombres no aparecen en los registros, es incalculable.

Tanta benevolencia hubiese tranquilizado a cualquiera, cuanto más a Morrel, que ni siquiera sospechaba nada.

—Pero, en fin, señor de Villefort —dijo—, ¿qué consejo me daría para que se apresurase la vuelta del pobre Dantés?

—Uno solo, señor: haga una petición al ministro de Justicia.

—¡Oh, señor! ¿Sabemos lo que son las peticiones: el ministro recibe doscientas diarias y ni siquiera lee cuatro.

—En efecto —replicó Villefort—, pero leerá una petición enviada por mí, recomendada por mí y dirigida por mí.

—¿Y usted se encargaría de hacer llegar esa petición, señor?

—Con mucho gusto. Dantés podía ser culpable entonces, pero hoy es inocente, y es mi deber conseguir la libertad de aquel a quien también mi deber hizo que fuera encarcelado.

Villefort prevenía de este modo el peligro de una encuesta poco probable, aunque posible; encuesta que le perdería irremisiblemente.

—Pero, ¿cómo escribir a un ministro?

—Siéntese aquí, señor Morrel —dijo Villefort cediendo su sitio al armador—. Voy a dictarle.

—¿Sería tan bondadoso?

—Sin duda. No perdamos tiempo; ya hemos perdido demasiado.

—Sí, señor; pensemos que el pobre muchacho espera, sufre y posiblemente se desespera.

Villefort se estremeció ante la idea de aquel prisionero, maldiciéndole en medio del silencio y la oscuridad; pero ya se había comprometido demasiado antes para retroceder; y Dantés debía ser atropellado entre las ruedas de su ambición.

—Cuando quiera, señor —dijo el armador, sentado en el sillón de Villefort y con una pluma en la mano.

Entonces, Villefort dictó una instancia en la cual, y con un fin excelente, a no dudarlo, se exageraba el patriotismo de Dantés y los servicios prestados por él a la causa bonapartista; en aquella instancia, Dantés se había convertido en uno de los agentes más activos para el regreso de Napoleón; era evidente que, al leer semejante documento, el ministro haría justicia inmediatamente, si ésta no había sido ya hecha.

Concluida la solicitud, Villefort la leyó en voz alta.

—Eso es —dijo—, y ahora confíe en mí.

—¿Y la solicitud se enviará en seguida, señor?

—Hoy mismo.

—¿Recomendada por usted?

—La mejor recomendación que puedo hacer, señor, es certificar la verdad de todo lo que usted declara en esa solicitud.

Y Villefort sentose a su vez, y en una esquina del documento escribió su recomendación.

—Ahora, señor, ¿qué hay que hacer? —preguntó Morrel.

—Esperar —replicó Villefort—. Respondo de todo.

Tal seguridad devolvió la esperanza a Morrel, quien se separó del sustituto del procurador del rey sumamente satisfecho de él, y fue a anunciar al anciano padre de Dantés que no tardaría en volver a ver a su hijo.

En cuanto a Villefort, en vez de enviarla a París, conservó cuidadosamente entre sus manos aquella solicitud que, por salvar a Dantés en el presente, le comprometería espantosamente en lo futuro, a la vista del aspecto de Europa y del giro que tomaban los acontecimientos, que ya permitían suponer una segunda Restauración.

Dantés, por tanto, continuó prisionero; perdido en las profundidades de su calabozo, no oyó el formidable ruido de la caída del trono de Luis XVIII, ni el más terrible aún del hundimiento del Imperio.

Pero Villefort había seguido todo con ojo vigilante, y escuchado con oído atento. Dos veces, durante la corta aparición imperial que se llamó de los Cien Días, Morrel volvió a la carga insistiendo siempre sobre la libertad de Dantés, y en cada ocasión, Villefort lo calmó con promesas y esperanzas; al fin llegó Waterloo, y Morrel no se presentó ya más en casa de Villefort: el armador había hecho por su joven amigo todo lo que era posible hacer humanamente; nuevas tentativas por su parte bajo aquella segunda restauración le habrían comprometido inútilmente.

Luis XVIII volvió a subir al trono. Villefort, para quien Marsella estaba llena de recuerdos convertidos en otros tantos remordimientos, solicitó y obtuvo el puesto vacante de procurador del rey en Toulouse; al cabo de días de instalarse en su nueva residencia, contrajo matrimonio con la señorita Renée de Saint-Méran, cuyo padre tenía más influencia en la Corte que nunca.

Así fue cómo Dantés, durante los Cien Días y después de Waterloo, permaneció encerrado y olvidado, sino de los hombres, al menos de Dios.

Danglars comprendió todo el alcance del golpe que había asestado a Dantés al ver regresar a Napoleón a Francia: su denuncia fue oportuna, y, como todos los hombres de cierta capacidad para el crimen y de mediana inteligencia para la vida corriente, llamó a aquella extraña coincidencia «un decreto de la providencia».

Pero cuando Napoleón estuvo de regreso en París y su voz resonó de nuevo imperiosa y potente, Danglars tuvo miedo; a cada momento esperaba la aparición de Dantés; a Dantés sabiéndolo todo, a Dantés amenazante y dispuesto a todas las venganzas; entonces manifestó al señor Morrel que deseaba abandonar el servicio del mar, e hizo que le recomendase a un comerciante español, en cuya casa entró como dependiente hacia finales de marzo, es decir, diez o doce días después del retorno de Napoleón a las Tullerías. Partió, pues, para Madrid, y no se volvió a oír hablar de él.

Fernando no comprendió nada. Dantés estaba ausente y era todo lo que necesitaba. ¿Qué había sido de él? No quiso ni averiguarlo. Únicamente durante todo el respiro que le concedió su ausencia se dedicó a pensar en el modo de engañar a Mercedes acerca de los motivos de aquella ausencia, y a concebir planes de emigración y de rapto; de vez en cuando, también, y éstas eran las horas sombrías de su vida, se sentaba en la punta del cabo Faro, en aquel lugar desde donde se divisa a la vez Marsella y el barrio de los Catalanes, para ver, triste e inmóvil como un pájaro de presa, si no apareciera por alguno de aquellos caminos la apuesta figura del joven marino, convertido en hombre libre, con la cabeza erguida, y que no sería para él más que mensajero de ruda venganza. Para ese momento, Fernando ya tenía forjado un inicuo plan: levantaba la tapa de los sesos a Dantés de un disparo y después se suicidaba, decía a sí mismo, para matizar su asesinato. Pero Fernando se engañaba: era hombre que no se mataría nunca porque siempre esperaba.

Entretanto, y en medio de tantas fluctuaciones dolorosas, el Imperio decretó un nuevo reclutamiento de soldados, y cuantos hombres se hallaban en condiciones de empuñar las armas se lanzaron fuera de Francia, respondiendo a la poderosa llamada del emperador. Fernando partió como los demás, abandonó su cabaña y a Mercedes mientras roía el sombrío y terrible pensamiento de que,

posiblemente, tras él, llegaba su rival y se casaba con aquella a la que tanto amaba.

Si Fernando debía matarse alguna vez, debió hacerlo cuando abandonó a Mercedes.

Sus atenciones para con Mercedes, la compasión que parecía inspirarle su desgracia, el cuidado que ponía en adivinar sus menores deseos, habían producido el efecto que siempre producen las apariencias de cariño en los corazones generosos: Mercedes siempre quiso a Fernando como a un verdadero amigo; pero su amistad se aumentó con un nuevo sentimiento: la gratitud.

—Hermano mío —dijo la joven colocando el morral del soldado sobre los hombros del catalán—, hermano mío, mi único amigo, no te dejes matar, no me dejes sola en este mundo, en el que no haré más que llorar al quedarme sin tu apoyo.

Estas palabras, dichas en el momento de la partida, devolvieron alguna esperanza a Fernando. Si Dantés no volvía, Mercedes podría ser algún día suya.

Mercedes se quedó sola sobre esta tierra desnuda, que nunca le había parecido tan árida, y con el inmenso mar por horizonte. Anegada en lágrimas, como aquella loca de que nos habla la historia, se la veía errar continuamente alrededor del barrio de los Catalanes: tan pronto se detenía bajo el ardiente sol del Mediodía, inmóvil, muda como una estatua, y mirando a Marsella; como se sentaba a la orilla del mar, escuchando aquellos gemidos eternos como su dolor, y preguntándose sin cesar si no sería mejor inclinarse hacia delante, dejarse vencer por su propio peso, abrir el abismo y hundirse en él, a sufrir todas aquellas crueles alternativas de una espera sin esperanza.

No fue el valor lo que le faltó a Mercedes para cumplir su proyecto, sino que la religión acudió en su ayuda y la salvó del suicidio.

Caderousse fue llamado a filas como Fernando; sólo que como tenía ocho años más que el catalán, y era casado, formó parte del tercer bando y fue enviado a las costas.

El anciano Dantés, al que únicamente le sostenía la esperanza, perdió ésta a la caída del emperador.

Cinco meses después de haber sido separado de su hijo, y casi a la misma hora en que el joven fuera detenido, exhaló el último suspiro entre los brazos de Mercedes.

El señor Morrel corrió con todos los gastos de su entierro, y pagó las pobres deudillas que el anciano había contraído durante su enfermedad.

Demostraba más que generosidad al actuar así: demostraba valor. El Mediodía estaba en ascuas, y socorrer, incluso en su lecho de muerte, al padre de un bonapartista tan peligroso como Dantés, constituía un crimen.

El prisionero furioso y el loco

Aproximadamente un año después del retorno de Luis XVIII, el inspector general de prisiones realizó una visita al castillo de If.

Dantés oyó retumbar y rechinar desde el fondo de su calabozo; todos aquellos preparativos que producían arriba tanto estruendo, pero que abajo hubiesen sido ruidos inapreciables para otros oídos que no fuesen los de un prisionero, acostumbrado a escuchar, en el silencio de la noche, a la araña tejiendo su tela, y a la caída periódica de la gota de agua que se filtraba a través del techo de su calabozo.

Adivinó que sucedía algo desacostumbrado en el departamento de los vivos; habitaba desde hacía tanto tiempo aquella tumba, que podía considerarse muerto.

En efecto, el inspector visitaba, unas tras otras, habitaciones, celdas y calabozos. Varios prisioneros fueron interrogados: eran aquellos que su dulzura o estupidez les hacía acreedores a tal bondad por parte de la administración; el inspector les preguntaba qué tal estaban alimentados y cuáles eran sus reclamaciones, a lo que ellos respondieron unánimemente que la comida era detestable, y que reclamaban su libertad.

El inspector les preguntaba entonces si no tenían otra cosa que decirle.

Ellos sacudían la cabeza. ¿Qué otro bien pueden reclamar los presos que su libertad?

El inspector se volvió sonriendo y dijo al gobernador:

—No sé por qué nos hacen efectuar tan inútiles visitas. Quien visita a un prisionero, visita a cien; quien escucha a uno, oye a un millar; siempre sucede lo mismo: mal alimentados e inocentes. ¿Queda algún otro?

—Sí, tenemos prisioneros peligrosos o locos, que retenemos en los calabozos.

—Veamos —dijo el inspector, con aire de profunda laxitud—, cumplamos nuestra misión hasta el fin. Descendamos a los calabozos.

—Espere —replicó el gobernador—, que vayan a buscar dos hombres por lo menos; los prisioneros cometen a veces, aunque no sea más que por desprecio a la vida o hacerse condenar a muerte, actos de desesperación completamente inútiles: usted podría ser víctima de uno de esos actos.

—Tome, pues, las precauciones necesarias —dijo el inspector.

En efecto, se envió a buscar dos soldados y empezaron a descender por una escalera tan hedionda, tan infecta y tan enmohecida, que el solo hecho de pasar por semejante lugar afectaba desagradablemente a la vida, al olfato y a la respiración.

—¡Oh! —exclamó el inspector deteniéndose a mitad del descenso—. ¿Quién diablos puede alojarse ahí?

—Un conspirador de los más peligrosos, y que nos ha sido recomendado especialmente como un hombre capaz de todo.

—¿Está solo?

—Ciertamente.

—¿Desde cuándo está ahí?

—Hará cosa de un año, poco más o menos.

—¿Y lo metieron en ese calabozo desde que entró?

—No, señor, pero sí después de haber querido matar al carcelero encargado de llevarle la comida.

—¿Quiso matar al carcelero?

—Sí, señor. A ese mismo que nos alumbra, ¿verdad, Antonio? —Preguntó el gobernador.

—Desde luego que quiso matarme —respondió el aludido.

—¡Ah, vaya! Pero ese hombre está loco.

—Peor que eso —dijo el carcelero—. Es un demonio.

—¿Quiere usted que se dé queja? —preguntó el inspector al gobernador.

—Inútil, señor; bastante castigo tiene así. Además, ya está casi loco, y según la experiencia adquirida en nuestras observaciones, dentro de un año lo estará completamente.

—Mejor para él —dijo el inspector—. Una vez loco por completo, sufrirá menos.

Aquel inspector era, según puede apreciarse, un hombre rebo-sante de humanidad y muy digno de las funciones filantrópicas que desempeñaba.

—Tiene usted razón, señor —conminó el gobernador—, y su reflexión demuestra que ha profundizado en el estudio de la materia. También tenemos en un calabozo que no está separado de éste más que por una veintena de pies, y al que se descende por otra escalera, a un anciano abate, antiguo jefe de partido en Italia, que se encuentra aquí desde 1811, el cual perdió la razón a fines de 1813, y que desde aquel momento está irreconocible: llora, ríe, adelgaza y engorda. ¿Quiere usted verlo antes que a éste? Su locura es divertida, y no le entristecerá en absoluto.

—Veré a uno y otro —respondió el inspector—. Es preciso hacer todo a conciencia.

El inspector efectuaba su primera visita a la prisión, y quería dar buena idea de ella a la autoridad.

—Entremos, pues, en éste primeramente —añadió.

—Con mucho gusto —respondió el gobernador. E hizo señas al carcelero para que abriese la puerta. Al oír rechinar las macizas cerraduras, el chirrido de los goznes enmohecidos girando sobre sus pivotes, Dantés, acurrucado en un rincón de su calabozo, donde recibía como una dicha inefable el débil rayo de luz que penetraba a través de un estrecho respiradero enrejado, levantó la cabeza. A la vista de un hombre desconocido, al que iluminaban dos carceleros llevando antorchas, y al cual hablaba el gobernador con el sombrero en la mano, acompañado de dos soldados, Dantés adivinó de quién se trataba y, viendo al fin presentarse una ocasión de implorar a una autoridad superior, saltó hacia delante con las manos implorantes.

Los soldados cruzaron inmediatamente las bayonetas porque creyeron que el prisionero se abalanzaba sobre el inspector con malas intenciones.

El mismo inspector retrocedió un paso. Dantés comprendió que lo habían presentado como a un hombre temible.

Entonces reunió en su mirada todo lo que el corazón humano puede contener de mansedumbre y humanidad, y, expresándose con una especie de elocuencia piadosa que asombró a los asistentes, intentó conmover el corazón de su visitante.

El inspector escuchó el discurso de Dantés hasta el fin; después, volviéndose hacia el gobernador dijo a media voz:

—Volverá a la obediencia, ya está dispuesto a los sentimientos más tiernos. Vea, el miedo causa su efecto sobre él: ha retrocedido

ante las bayonetas; ahora bien, un loco no retrocede ante nada. A este respecto he hecho observaciones muy curiosas en Charenton.

Luego, volviéndose hacia el prisionero, añadió:

—En resumen, ¿qué solicita usted?

—Pregunto qué crimen he cometido; pido que me presenten a los jueces; pido que se instruya mi proceso; pido, por último, que me fusilen si soy culpable, pero también que me pongan en libertad si soy inocente.

—¿Está usted bien alimentado? —preguntó el inspector.

—Me parece que sí; no sé nada. Pero eso importa poco; lo que debe importar, no sólo a mí, desdichado prisionero, sino también a todos los funcionarios que administran justicia y aún más al rey que nos gobierna, es que un inocente no sea víctima de una denuncia infame, y no muera encerrado maldiciendo a sus verdugos.

—Está hoy muy humilde —dijo el gobernador—; nunca se ha mostrado así. Usted hablaba de modo muy distinto el día que quiso matar a su carcelero.

—Es cierto, señor —replicó Dantés—, y le suplico humildemente perdón a ese hombre que siempre ha sido tan bueno para conmigo... Pero ¿qué quiere usted? Estaba loco, estaba furioso.

—¿Y ya no lo está?

—No, señor; porque la cautividad me ha doblegado, destrozado y aniquilado. ¡Hace tanto tiempo que me encuentro aquí!

—¿Tanto tiempo? ¿En qué época fue usted detenido? —preguntó el inspector.

—El 28 de febrero de 1815, a las dos de la tarde.

El inspector calculó.

—Estamos a 30 de julio de 1816. ¿Qué dice usted? Solamente hace diecisiete meses que está prisionero.

—¡Diecisiete meses! —exclamó Dantés—. ¡Ah, señor! Usted no sabe lo que son diecisiete meses de prisión: diecisiete años, diecisiete siglos; sobre todo para un hombre que, como yo, iba a casarse con la mujer amada, para un hombre que veía abrirse ante él una carrera brillante, y que perdió todo en un instante; que en medio del día más hermoso, cayó abismado en la noche más lúgubre; que ve su carrera destruida, que no sabe si la que amaba aún le quiere, que ignora si su anciano padre está vivo o muerto. Diecisiete meses de cárcel para un hombre acostumbrado al aire del mar, a la independencia del marino, al espacio, a la inmensidad, al infinito. Señor, die-

cisiete meses de prisión, es mucho más de lo que merece el mayor de los criminales. Tenga piedad de mí, señor, y solicite para mí, no la indulgencia, sino el rigor; no una gracia, sino una sentencia; jueces, señor, no pido más que un juicio; no se puede rehusar semejante gracia a un acusado.

—Está bien —dijo el inspector—. Ya veremos. Después, volviéndose hacia el gobernador, añadió:

—Verdaderamente este pobre diablo me da lástima. Cuando subamos me enseñará el libro de registros.

—Con mucho gusto —contestó el gobernador—, pero creo que usted encontrará terribles alegatos contra él.

—Señor —continuó Dantés—, ya sé que usted no puede hacerme salir de aquí por su propia decisión; pero puede transmitir mi demanda a la autoridad, puede provocar una encuesta, puede, en fin, hacer que me citen a juicio. Un juicio es todo lo que solicito; que sepa qué crimen he cometido, y a qué pena estoy condenado; porque ya ve usted, la incertidumbre es el peor de todos los suplicios.

—Alumbradme —indicó el inspector.

—Señor —exclamó Dantés—, comprendo, por el sonido de su voz, que está conmovido. Señor, deme al menos una esperanza.

—No puedo dársela —respondió el inspector—. Únicamente puedo prometerle examinar su registro.

—¡Oh! Entonces, señor, estoy salvado, soy libre.

—¿Quién hizo que le detuvieran? —preguntó el inspector.

—El señor de Villefort —contestó Dantés—. Véale y hable con él.

—El señor de Villefort ya no se encuentra en Marsella desde hace un año; está en Toulouse.

—¡Ah! Eso no me asombra —murmuró Dantés—. Mi único protector está lejos.

—¿El señor de Villefort tenía algún motivo de odio contra usted? —inquirió el inspector.

—Ninguno, señor; incluso me trató con la máxima bondad.

—¿Puedo fiarme, pues, de los informes que haya dejado sobre usted, o de los que me entregue?

—Enteramente, señor.

—Está bien, espere.

Dantés cayó de rodillas, levantando ambas manos al cielo y murmurando una oración en la cual recomendaba a Dios a aquel

hombre que había descendido a su calabozo, semejante al Salvador yendo a sacar las almas del infierno.

La puerta se volvió a cerrar; pero la esperanza descendida con el inspector quedó encerrada en el calabozo de Dantés.

—¿Quiere usted ver el registro de ese preso ahora —preguntó el gobernador—, o pasar al calabozo del abate?

—Acabemos de una vez con los calabozos —respondió el inspector—. Si subo ahora, tal vez no me queden ánimos para continuar mi triste misión.

—¡Ah! Este no es un prisionero como el otro, y su locura es menos triste que la razón de su vecino.

—¿Y cuál es su locura?

—¡Oh, una locura extraña! Se cree poseedor de un inmenso tesoro. El primer año de cautividad ofreció al Gobierno un millón si le ponían en libertad; al segundo año ofreció dos millones, el tercero, tres millones, y así progresivamente. Está en su quinto año de cautividad y le pedirá hablar en privado con usted para ofrecerle cinco millones.

—¡Ah, ah! Es curioso, en efecto —dijo el inspector—. ¿Y cómo se llama ese millonario?

—El abate Faria.

—¿Número 27? —exclamó el inspector.

—Es aquí; abra, Antonio.

El carcelero obedeció, y la mirada curiosa del inspector penetró en el calabozo del *abate loco*.

Así era como se le llamaba generalmente al prisionero.

En medio de la estancia, en un círculo trazado sobre el suelo con un pedazo de yeso desprendido de la pared, yacía tendido un hombre casi desnudo, de tan destrozados que aparecían sus vestidos. Dibujaba en aquel círculo líneas geométricas muy claras, y parecía tan ocupado en resolver su problema como Arquímedes lo estaba cuando fue muerto por un soldado de Marcelo. Tampoco se movió ni ante el ruido que hizo la puerta al abrirse, y sólo pareció despertarse cuando la luz de las antorchas iluminó con un resplandor desacostumbrado el húmedo suelo sobre el que trabajaba. Entonces se volvió y descubrió con asombro la numerosa compañía que acababa de descender a su calabozo.

Inmediatamente se incorporó con viveza, cogió un cobertor arrojado sobre los pies de su miserable cama, y se cubrió precipita-

damente para mostrarse en un estado más decoroso a los ojos de los extraños.

—¿Qué pide usted? —preguntó el inspector sin variar tampoco su fórmula.

—¿Yo, señor? —dijo el abate con aire de asombro—. No pido nada.

—No comprende usted —replicó el inspector—. Soy agente del Gobierno y tengo la misión de visitar las cárceles y escuchar las reclamaciones de los presos.

—¡Ah! Entonces, señor, ya es otra cosa —exclamó con viveza el abate—, y espero que lleguemos a entendernos.

—Vea —dijo el gobernador en voz baja—. ¿No empieza esto como le había anunciado?

—Señor —continuó el prisionero—, soy el abate Faria, nacido en Roma, he sido durante veinticinco años secretario del cardenal Rospigliosi; fui arrestado, no sé bien por qué, hacia principios del año 1811, desde entonces reclamo mi libertad a las autoridades italianas y francesas.

—¿Y por qué a las autoridades francesas? —preguntó el gobernador.

—Porque fui detenido en Piombino, y presumo que, al igual que Milán y Florencia, Piombino se habrá convertido en la capital de algún departamento francés.

El inspector y el gobernador se miraron riendo.

—¡Diablos! —exclamó el inspector—. Sus noticias sobre Italia no son muy recientes.

—Datan del día en que fui detenido, señor —respondió el abate Faria—. Y como Su Majestad el emperador había creado el reino de Roma para el hijo que acababa de concederle el cielo, supongo que, continuando el curso de sus conquistas, ha realizado el sueño de Maquiavelo y de César Borgia, que era convertir a Italia en un único y solo reino.

—Señor —dijo el inspector—, afortunadamente la Providencia ha llevado algún cambio a ese plan tan gigantesco, del que usted parece muy ardiente partidario.

—Es el único medio de hacer de Italia un Estado fuerte, independiente y feliz —respondió el abate.

—Es posible —contestó el inspector—, pero no he venido aquí para entablar con usted una discusión de política, sino a preguntar-

le, como ya lo he hecho, si desea usted hacerme alguna reclamación acerca del alimento que le dan y del alojamiento.

—La comida es igual que en todas las cárceles —respondió el abate—, es decir, muy mala; en cuanto al alojamiento, ya lo está usted viendo, es húmedo y malsano, pero, no obstante, no es tan malo para un calabozo. Mas ahora no se trata de eso, sino más bien de las revelaciones de la más alta importancia e interés que tengo que hacer al Gobierno.

—Ya estamos —dijo el gobernador en voz baja al inspector.

—He aquí por qué estoy tan contento de verle —continuó el abate— aunque me haya interrumpido en un cálculo muy importante, y que, si resulta, posiblemente cambie el sistema de Newton. ¿Puede usted concederme el favor de una audiencia privada?

—¡Eh! ¿Qué le decía? —dijo el gobernador al inspector.

—Conoce usted a su personaje —respondió el último, sonriendo, y volviéndose a Faria, añadió en voz alta—: Señor, lo que usted me solicita es imposible.

—Sin embargo, señor —replicó el abate—, ¿y si se tratase de hacer ganar una suma enorme, una suma de cinco millones, al Gobierno?

—A fe mía —dijo el inspector volviéndose al gobernador—, hasta adiviné usted la cantidad.

—Bueno —añadió el abate al ver que el inspector hacía ademán de retirarse—, no es necesario que estemos absolutamente solos. El señor gobernador puede asistir a nuestra conversación.

—Mi querido señor —dijo el gobernador—, desgraciadamente ya sabemos de antemano y de memoria lo que usted dirá. Se trata de sus tesoros, ¿no es cierto?

Faria miró a aquel hombre burlón con ojos en los que un observador desinteresado hubiese adivinado el brillo de la razón y la verdad.

—Sin duda —afirmó—. ¿De qué quiere usted que hable sino de eso?

—Señor inspector —prosiguió el gobernador—, yo puedo contarle esa historia tan bien como el abate, porque hace cuatro o cinco años que me la repite sin cesar.

—Eso prueba, señor gobernador —dijo el abate—, que usted es como las personas de que habla la Escritura, que tienen ojos que no ven y oídos que no oyen.

—Mi querido señor —intervino el inspector—, el Gobierno es rico, y no tiene, gracias a Dios, necesidad de su dinero; guárdelo, pues, para el día en que salga de prisión.

Los ojos del abate se desorbitaron; cogió la mano del inspector y agregó:

—Pero, si no salgo de la cárcel, si, contra toda justicia, me retienen en este calabozo, si muero sin haber legado mi secreto a alguien, ese tesoro se habrá perdido. ¿No es mejor que el Gobierno lo aproveche y yo también? Llegaré hasta los seis millones, señor; sí, cedería seis millones y me contentaría con el resto si me conceden la libertad.

—Palabra —dijo el inspector a media voz—, si no supiese que este hombre está loco, creería que dice la verdad por el acento de convicción con que habla.

—No estoy loco, señor, y digo la verdad —replicó Faria, que, con esa finura de oído peculiar de los presos, no había perdido ni una sola palabra del inspector—. Ese tesoro del que le hablo, existe realmente, y ofrezco firmar un convenio con usted, en virtud del cual usted me conducirá al lugar designado por mí; se removerá la tierra en nuestra presencia, y si miento, si no se encuentra nada, si estoy loco, como dice, bien, me vuelve a traer a este calabozo, en donde permaneceré eternamente, y en donde moriré sin pedir nada más ni a usted ni a nadie.

El gobernador se echó a reír.

—¿Y se halla muy lejos su tesoro? —preguntó.

—A cien leguas de aquí, aproximadamente —respondió Faria.

—La cosa no está mal ideada —replicó el gobernador—; si todos los prisioneros tuvieran el capricho de pasear a sus guardianes durante cien leguas y éstos consintiesen en efectuar semejante paseo, nos quedarían pocos presos, porque al verse en libertad por el campo no desperdiciarían la ocasión, y durante el viaje la oportunidad no faltaría.

—Es un procedimiento muy conocido —comentó el inspector—, y este hombre no merece el mérito de la invención. En seguida, volviéndose al abate, le dijo:

—Le he preguntado si le dan buen alimento.

—Señor —respondió Faria—, júreme por Cristo que me libertará si le he dicho la verdad, y le indicaré el paraje donde se encuentra sepultado el tesoro.

—¿Está usted bien alimentado? —repitió el inspector.

—Señor, usted no arriesgará nada, y ya ve que no es un ardid para escaparme, ya que permaneceré en prisión mientras dure el viaje.

—No responde a mi pregunta —insistió el inspector con impaciencia.

—Ni usted a mi solicitud —exclamó el abate—. ¡Maldito sea, pues, como los otros insensatos que no han querido creerme! Usted no quiere mi oro, pues me lo guardaré; me niega la libertad, ya me la enviará Dios. Váyase, no tengo más que decir.

Y el abate, arrojando su cobertura, recogió su trozo de yeso y fue a sentarse nuevamente en medio de su círculo, en donde continuó sus líneas y sus cálculos.

—¿Qué hace ahí? —preguntó el inspector al retirarse.

—Cuenta sus tesoros —respondió el gobernador.

Faria respondió a este sarcasmo con una mirada llena del más profundo desprecio.

Salieron todos. El carcelero cerró la puerta.

—Habrás poseído realmente algunos tesoros —comentó el inspector subiendo la escalera.

—O habrá soñado que los poseía —respondió el gobernador—, y a la mañana siguiente se habrá despertado loco.

—En efecto —replicó el inspector con la ingenuidad de la corrupción—, si realmente hubiese sido rico, no estaría en prisión.

Así concluyó la aventura para el abate Faria. Permaneció detenido, y tras esta visita, su reputación de loco aumentó mucho.

Calígula y Nerón, esos grandes buscadores de tesoros, esos codiciosos de lo imposible, hubiesen prestado oídos a las palabras de aquel pobre hombre y le hubiesen concedido el aire que deseaba, el espacio que quería a tan alto precio, y la libertad que ofrecía pagar tan cara. Pero los reyes de nuestros días, manteniéndose en los límites de lo probable, no tienen la audacia de la voluntad; temen el oído que escucha las órdenes que dan, y el ojo que observa sus acciones; ya no sienten la superioridad de su esencia divina; sólo son hombres coronados y nada más. Antiguamente se creían, o se decían hijos de Júpiter, y conservaban algo del dios su padre: no se controla fácilmente lo que sucede más allá de las nubes; hoy día los reyes ya son bastante accesibles. Ahora bien, como siempre ha repugnado al Gobierno despótico mostrar a la luz del día los efectos de la prisión

y las torturas; como hay pocos ejemplos de que una víctima de la Inquisición haya reaparecido con sus huesos quebrantados y sus llagas sangrantes, también la locura, esa úlcera nacida en el fango de los calabozos a consecuencia de las torturas morales, se oculta casi siempre con cuidado en el sitio donde ha brotado, y si acaso sale va a sepultarse en cualquier hospital sombrío, donde los médicos no reconocen al hombre ni a su pensamiento en los restos informes que les traspasa el cansado carcelero.

El abate Faria, que se había vuelto loco en prisión, estaba condenado, por su misma locura, a encierro perpetuo.

En cuanto a Dantés, el inspector cumplió su palabra. Al subir al despacho del gobernador solicitó que le presentaran el registro de presos. La nota concerniente al prisionero estaba concebida en los siguientes términos:

«EDMOND DANTÉS. — Bonapartista acérrimo: ha tomado parte activa en el regreso de la isla de Elba. Téngasele en el mayor secreto y bajo la más estricta vigilancia».

Esta nota estaba escrita con otra letra y otra tinta diferente al resto del registro, lo que probaba que había sido añadida después del encarcelamiento de Dantés.

La acusación era demasiado positiva para intentar combatirla. El inspector escribió, pues, debajo de la nota: «Nada se puede hacer».

Tal visita había reanimado, por así decirlo, a Dantés; desde que se hallaba en prisión había olvidado contar los días, pero el inspector le había dado una nueva fecha y Dantés no la olvidó. Tras él, escribió en la pared y con un trozo de yeso desprendido del techo: *30 de julio de 1816*; y a partir de aquel momento hizo un trazo cada día para que la medida del tiempo no se le escapase más.

Transcurrieron los días, luego las semanas y después los meses: Dantés continuaba esperando; empezó por fijar a su libertad un plazo de quince días, porque dado el interés que parecía haber mostrado el inspector, los consideró suficientes. Pasaron aquellos quince días y entonces se dijo que era absurdo creer que el inspector se hubiese ocupado de él antes de su regreso a París; ahora bien, su regreso a París no podía tener lugar hasta que no hubiese terminado su gira, y ésta podía durar uno o dos meses; y se concedió tres meses de espera en vez de quince días. Transcurrieron los tres meses y entonces acudió en su ayuda un nuevo razonamiento que le hizo esperar seis meses, pero los seis meses se agotaron también y amon-

tonándose unos sobre otros se encontró con que había esperado diez meses y medio. Durante este tiempo nada había cambiado en el régimen de su encierro; no llegó a sus manos ninguna noticia consoladora; interrogado el carcelero, éste permanecía mudo como de costumbre. Dantés empezó a dudar de sus sentidos, a creer que lo que tomaba por un recuerdo en su mente no era sino una alucinación, y que aquel ángel consolador que apareciera en su celda sólo fue un sueño.

Al cabo de un año fue trasladado el gobernador, que obtuvo la dirección del fuerte Ham; se llevó consigo a varios de sus subordinados y entre ellos al carcelero de Dantés. Llegó un nuevo gobernador, y como le hubiese resultado demasiado pesado aprenderse los nombres de todos los prisioneros, ordenó que únicamente se le indicase el número de sus calabozos. Aquel horrible hotel se componía de cincuenta habitaciones; sus habitantes fueron designados por el número de las mesas que ocupaban, y el desdichado marino dejó de llamarse Edmond Dantés para convertirse en el número 34.

El número 34 y el 27

Dantés pasó por todos los grados de desgracia que experimentan los prisioneros olvidados en una cárcel.

Empezó por el orgullo, que es una continuación de la esperanza y una consecuencia de la inocencia; después pasó a dudar de su inocencia, lo cual justificaba las ideas del gobernador acerca de la enajenación mental; por último cayó de lo alto de su orgullo y rogó, no todavía a Dios, pero a los hombres; Dios es el último recurso. El desgraciado, que debería empezar por el Señor, no llega a esperar en él hasta haber agotado todas las demás esperanzas.

Dantés rogó, pues, que le sacaran de su calabozo para meterle en otro, aunque fuese más negro y profundo. Un cambio, aunque resultase desventajoso, siempre era un cambio y proporcionaría a Dantés distracción durante algunos días. Rogó que le concediesen pasearse, respirar aire, libros e instrumentos. Nada le fue concedido; pero no importaba, él pedía siempre. Se había acostumbrado a hablar a su nuevo carcelero a pesar de que aún era, si cabe, más callado que el anterior; pero hablar a un hombre, aunque fuese mudo, constituía una satisfacción. Dantés hablaba para escuchar el sonido de su propia voz: había intentado hablar cuando se encontraba solo, pero entonces le daba miedo.

A menudo, en la época en que era un hombre libre, Dantés se imaginó horrores de aquellas cuadras de prisioneros compuestas de vagabundos, bandidos y asesinos, a los que la innoble jovialidad proporciona orgías ininteligibles y amistades espantosas. Llegó a desear ser arrojado a una de aquella sentinas a fin de ver otros rostros distintos al de aquel impasible carcelero que no quería hablarle; anheló el presidio con su traje infamante, su cadena al tobillo y su marca en el hombro. Los presidiarios, por lo menos, vivían en sociedad

con sus semejantes, respiraban aire libre y veían el cielo; los presidiarios eran muy felices.

Un día suplicó al carcelero que solicitase un compañero para él, aunque fuese aquel abate loco del que había oído hablar. Bajo la corteza del carcelero, por rudo que fuese, siempre quedaba algo de hombre; aquél había compadecido en más de una ocasión, desde el fondo de su corazón, al desventurado joven, para quien era tan duro el cautiverio, a pesar de que su rostro nunca expresase nada; transmitió la demanda del número 34 al gobernador; pero éste, prudente como si hubiera sido un político, se imaginó que Dantés quería amotinar a los demás presos, tramar algún complot, ser ayudado por algún amigo para alguna tentativa de evasión, y le negó la gracia.

Dantés había agotado todos los recursos humanos. Como ya se ha indicado que eso debía llegar, entonces se volvió hacia Dios.

Todas las ideas piadosas esparcidas por el mundo, que son rebuscadas por los desdichados que hunde el destino, acudieron entonces a refrescar su espíritu; se acordó de las plegarias que aprendiera de su madre y les encontró un sentido ignorado hasta entonces por él; porque para un hombre feliz la plegaria constituye un conjunto monótono y vacío de sentido hasta el día en que el dolor acude a explicar al infortunado ese sublime lenguaje con la ayuda del cual habla a Dios.

Oró, pues, no con fervor, sino con rabia. Al rezar en voz alta ya no se espantaba del sonido de sus palabras; entonces caía en una especie de éxtasis; veía a Dios refulgiendo en cada palabra que pronunciaba; todas las acciones de su humilde y perdida vida las consagraba a la voluntad de aquel Dios poderoso, se imponía lecciones, se proponía tareas que cumplir, y, al final de cada oración, deslizaba el deseo interesado de que los hombres encuentran más ocasiones de dirigir a sus semejantes que a Dios: Y perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a nuestros ofensores.

A pesar de sus fervientes plegarias, Dantés permaneció prisionero.

Entonces, su espíritu se tornó sombrío, una nube espesa oscureció su frente. Dantés era un hombre sencillo y sin educación; el pasado quedó cubierto con ese velo oscuro que sólo levanta la ciencia. No podía, en la soledad de su calabozo y en el desierto de su pensamiento, reconstruir las edades pasadas, reanimar a los pueblos

desaparecidos, reedificar las ciudades antiguas que la imaginación engrandece y poetiza, y que pasan delante de los ojos, gigantescas e iluminadas por el fuego celeste, como los cuadros babilónicos de Martino; él no poseía más que su tan corto pasado, su presente tan sombrío y su futuro tan dudoso. ¡Diecinueve años de luz para meditar tal vez en una noche eterna!

Ninguna distracción, pues, podía acudir en su ayuda: su espíritu enérgico, que sólo deseaba emprender el vuelo a través de los tiempos, estaba forzado a permanecer preso como un águila en una jaula. Entonces se aferró a una sola idea: la de su felicidad destruida sin causa aparente y por una fatalidad inaudita; se encarnizaba con esta idea dándole todas las vueltas imaginables, y devorándola, por así decirlo, como en el infierno de Dante el implacable Ugolino devora el cráneo del arzobispo Roger. Dantés había tenido una fe pasajera, basada en su propio poder, y la perdió como otros la pierden tras un desengaño. Sólo que él no la aprovechó.

La rabia sucedió al ascetismo. Edmond lanzó blasfemias tan terribles, que hacían retroceder a su carcelero; golpeaba su cuerpo contra las paredes de la prisión; se enfurecía contra todo lo que le rodeaba y sobre todo contra sí mismo, a la menor contrariedad que le provocase un simple grano de arena, una paja o un soplo de aire. Entonces, aquella carta denunciadora, que había visto, que le había enseñado Villefort y que había tocado volvía a su memoria; cada línea le parecía escrita en fuego sobre la pared como el *Mane, Thecel, Phares* de Baltasar. Se decía que era el odio de los hombres y no la venganza de Dios lo que le había sepultado en semejante abismo; encomendaba a todos aquellos desconocidos a cuantos suplicios le sugería su ardiente imaginación, y aún le parecía que los más terribles resultaban demasiado suaves y sobre todo muy cortos para ellos; porque tras el tormento llegaba la muerte; y con la muerte venía, sino el reposo, al menos la insensibilidad, que se le asemejaba mucho.

A fuerza de decirse a sí mismo, a propósito de sus enemigos, que la tranquilidad se hallaba en la muerte, y que al que se desea castigar cruelmente le hace falta algo más que la muerte, empezó a obsesionarse con la idea del suicidio. ¡Desgraciado del hombre que por el peso de su desdicha se detiene ante idea tan sombría! Es uno de esos mares muertos que se extienden como el azul de las olas, pero en los cuales el nadador siente cada vez más escurrírsele los pies

en un fondo bituminoso que le atrae, le aspira y lo engulle. Una vez atrapado de esta manera, si la ayuda divina no acude a socorrerlo, todo está acabado, pues cada esfuerzo que realiza lo hunde más en la muerte.

Sin embargo, este estado de agonía moral es menos terrible que el sufrimiento que la precede y que el castigo que le seguirá, posiblemente; es una especie de consolamiento vertiginoso que muestra el abismo abierto, pero en el fondo del abismo está la nada. Al llegar a tal punto, Edmond encontró algún consuelo con esta idea; todos sus dolores, todos sus sufrimientos, aquel cortejo de espectros que arrastraba tras sí parecieron desvanecerse en aquel rincón de su calabozo, donde el ángel de la muerte había posado su silencioso pie. Dantés miró con serenidad su vida pasada, con terror su vida futura, y eligió aquel punto medio que le parecía ser un lugar de refugio.

«Algunas veces —decíase entonces— en mis viajes lejanos, cuando aún era hombre, y cuando ese hombre, libre y poderoso, daba a otros hombres órdenes que eran ejecutadas, he visto encapotarse el cielo, mugir el mar, nacer la tempestad en un extremo del cielo, y como un águila gigantesca cubrir ambos horizontes con sus alas; entonces sentía que mi barco no era más que un refugio impotente, porque el barco, ligero como una pluma en la mano de un gigante, temblaba y se estremecía. Inmediatamente, ante el espantoso fragor de las olas y el aspecto de las rocas cortantes que me anunciaban la muerte, me asustaba de ésta, pero realizaba todos mis esfuerzos para esquivarla, y reunía todas las energías del hombre y toda la inteligencia del marino para luchar con Dios... ¡Oh, cuán feliz era entonces! Era como volver a la vida, a la felicidad; porque aquella muerte no la había escogido ni la había llamado, y es que el reposo me parecía duro sobre aquel lecho de algas y rocas; porque me indignaba que yo, que me consideraba una criatura hecha a semejanza de Dios, sirviese, después de mi muerte, de pasto a las gaviotas y a los buitres. Pero ahora es otra cosa: he perdido todo lo que podía hacerme amar la vida, hoy me sonrío la muerte como una nodriza al niño que arrulla; mas hoy muero a gusto, y me duermo cansado y roto, como me dormía después de una de aquellas noches de desesperación y rabia, durante las cuales había contado tres mil vueltas por mi cuarto, es decir, treinta mil pasos, o sea unas diez leguas.»

Desde que este pensamiento germinó en el espíritu del joven, se volvió más apacible y risueño; se conformó mejor con su dura cama y con su pan negro, comió menos y no durmió más, y halló un poco más soportable aquel resto de existencia que tenía la seguridad de abandonar cuando quisiese, como se deja un vestido usado.

Había dos procedimientos para morir: uno era bien sencillo se reducía a atar su pañuelo a uno de los barrotes de la ventana y colgarse; el otro consistía en morir de hambre. El primero repugnó mucho a Dantés; había sido educado en el horror a los piratas, gentes a las que se las cuelga de las vergas de los buques; el ahorcamiento, pues, constituía para él una especie de suplicio infamante que no deseaba aplicarse a sí mismo; adoptó, por consiguiente, el segundo procedimiento, y empezó a ponerlo en práctica desde aquel mismo día.

Cerca de cuatro años habían transcurrido con las alternativas que hemos referido. Al final del segundo, Dantés dejó de contar los días y sumiose en esa ignorancia que tenía del tiempo antes de la visita del inspector.

Dantés había dicho: «Quiero morir», y escogió un género de muerte; entonces, temiendo volverse atrás en su decisión, se juró morir así: «Cuando me sirvan la comida por la mañana y por la noche —decía para sí—, arrojaré los alimentos por la ventana y se creerán que me los he comido».

Y cumplió su promesa. Dos veces al día, por la pequeña abertura enrejada que apenas le dejaba percibir el cielo, arrojaba sus víveres, al principio alegremente, luego con reflexión y después con sentimiento; necesitó recordar el juramento que se hiciera para tener la fuerza de voluntad de persistir en aquel terrible designio. Aquellos alimentos que tanto le repugnaban antes, el hambre se los hacía parecer apetitosos a la vista y exquisitos al olfato; algunas veces sostenía durante una hora en las manos el plato que los contenía, con la mirada fija en aquel trozo de carne podrida o aquel pescado infecto, y sobre aquel pan negro y enmohecido.

Eran los últimos instantes de la vida que aún luchaban en él y que de vez en cuando resquebrajaban su resolución. Entonces su calabozo tampoco se le antojaba tan sombrío, ni su estado tan desesperado; todavía era joven; debía de tener veinticinco o veintiséis años y posiblemente podría vivir otros cincuenta, es decir, dos veces lo que había vivido. Durante este período de tiempo, ¡cuántos

acontecimientos podrían forzar las puertas, derribar las murallas del castillo de If y procurarle la libertad!

Entonces acercaba los dientes a la comida que, Tántalo voluntario, luego apartaba de la boca; pero en seguida le asaltaba el recuerdo de su juramento, y aquella naturaleza generosa sentía demasiado miedo a despreciarse por faltar a su promesa. Consumió, pues, rigurosa e implacablemente, la poca existencia que le quedaba hasta que llegó el día en que no tuvo más fuerzas para levantarse y arrojar por el ventanillo la cena que le habían llevado.

Al día siguiente ya no veía y apenas oía. El carcelero creyó que estaba gravemente enfermo; Edmond esperaba una muerte próxima.

La jornada transcurrió de aquel modo: Edmond sentía un vago entorpecimiento, no exento de cierto bienestar, apoderándose de él; las sacudidas nerviosas de su estómago se habían mitigado; los ardores de la sed estaban calmados; y cuando cerraba los ojos divisaba un enjambre de lucecitas brillantes parecidas a esos fuegos fatuos que titilan de noche por los terrenos fangosos: era el crepúsculo de ese país desconocido que se llama la muerte. De repente, por la noche, a eso de las nueve, percibió ruido en la pared contra la cual estaba apoyado.

Habían acudido tantos animales inmundos a hacer ruido en aquella prisión que, poco a poco, Edmond se había acostumbrado a no turbar su sueño por tan poca cosa; pero esta vez, sea porque sus sentidos estuvieran exaltados por la abstinencia, sea porque el ruido era más fuerte que de costumbre, o bien porque en aquel momento supremo todo adquiriría importancia, el caso es que Edmond incorporó la cabeza para escuchar mejor.

Era un rasguño semejante al que suele hacer, ya una garra enorme, ya unos dientes poderosos, o bien la presión de algún instrumento sobre las piedras.

Aunque muy débil, el cerebro del joven fue sacudido por aquella idea inútil en la que constantemente piensan todos los prisioneros: la libertad. Aquel ruido llegaba justamente en el momento en que todo rumor iba a cesar para él. Le pareció que al fin Dios se apiadaba de sus sufrimientos y le enviaba ese sonido para advertirle que se detuviera al borde de la tumba en que balanceaba su pie. ¿Acaso no era posible que uno de esos amigos, uno de esos seres amados en quienes había pensado tantas veces, se ocupase de él en aquel instante y procurara acortar la distancia que los separaba?

Pero no, sin duda Edmond se engañaba y aquello era uno de esos sueños que vagan a las puertas de la muerte.

Sin embargo, Edmond continuó escuchando ruido. Duró cerca de tres horas; luego, Edmond oyó una especie de hundimiento tras el cual cesó todo golpeteo.

Horas más tarde volvió a percibirlo más fuerte y más próximo. Edmond ya se interesaba por aquel trabajo que le hacía compañía, cuando de repente entró el carcelero.

Hacía ocho días, aproximadamente, que había resuelto morir, y cuatro en que había empezado a poner en práctica su elaborado proyecto. Edmond no había dirigido la palabra a aquel hombre, ni respondido cuando le habló para preguntarle qué mal creía tener, incluso se había vuelto de cara a la pared cuando le miró con demasiada atención. Pero hoy, el carcelero podía oír aquel ruido sordo, alarmante y acabar con él y destruir, posiblemente, un algo de esperanza, cuya sola idea encantaba los últimos momentos de Dantés.

El carcelero le llevaba el almuerzo.

Dantés se incorporó en su cama y, ahuecando la voz, se puso a hablar de todas las cosas que se le ocurrían: sobre la mala calidad de los alimentos que le servían, sobre el frío que padecía en aquel calabozo, murmurando y gruñendo para tener derecho a gritar con más fuerza, y cansando la paciencia del carcelero, que precisamente había pedido aquel día para el preso enfermo un caldo y pan tierno que en aquellos instantes le presentaba.

Afortunadamente creyó que Dantés deliraba; le dejó, pues, los alimentos encima de la mala mesa coja en que acostumbraba dejarlos, y se retiró.

Libre entonces, Edmond se puso a escuchar de nuevo con alegría.

El ruido llegaba tan claramente, que ahora el joven podía escucharlo sin dificultad alguna.

«No hay duda —se dijo—, puesto que ese ruido continúa aun siendo de día, es que algún desgraciado preso como yo trabaja para ver si puede fugarse. ¡Oh! ¡Si estuviese cerca de él, cómo le ayudaría!»

Pero repentinamente una sombría nube cruzó aquella aurora de esperanza en aquel cerebro acostumbrado a la desgracia y que tan difícilmente podía recobrar las alegrías humanas; aquella idea que surgió en seguida era que semejante ruido podía proceder de

trabajadores que emplease el gobernador para la reparación de la celda contigua.

Era fácil cerciorarse, pero ¿cómo aventurar una pregunta? Ciertamente era muy sencillo esperar la llegada del carcelero, hacerle escuchar aquel ruido y ver qué cara ponía; pero proporcionarse semejante satisfacción, ¿no sería traicionar intereses muy gratos por una satisfacción tan corta? Por desgracia, la cabeza de Edmond, como una campana vacía, estaba ensordecida por el zumbido de una idea; era tal su debilidad, que su espíritu flotaba como un vapor sin poder condensarse en torno a un pensamiento. Edmond no vio más que un procedimiento para prestar claridad a su reflexión y lucidez a su juicio; volvió los ojos al humeante caldo que el carcelero acababa de dejar encima de la mesa, se levantó, fue tambaleándose hasta él, cogió la taza, se la llevó a los labios y se tomó el brebaje que contenía con una indecible sensación de bienestar.

Entonces tuvo valor para quedarse allí; había oído decir que algunos infelices náufragos recogidos, extenuados de hambre, murieron por haber devorado glotonamente unos alimentos demasiado sustanciosos. Edmond puso sobre la mesa el pan que casi se había llevado a la boca, y fue a acostarse de nuevo. No quería morir.

En seguida sintió que la claridad penetraba en su cerebro; todas sus ideas, vagas y casi imperceptibles, recobraban su lugar en aquel tablero maravilloso, donde una casilla más puede bastar para establecer la superioridad del hombre sobre los animales. Pudo pensar y fortalecer su pensamiento con el raciocinio.

Entonces se dijo:

«Es preciso intentarlo, pero sin comprometer a nadie. Si el trabajador es un obrero cualquiera, yo no tengo más que golpear contra mi muro y en seguida dejará su trabajo para averiguar quién golpea y con qué fin. Pero como su trabajo es lícito, lo reemprenderá inmediatamente. Si por el contrario es un prisionero, el ruido que yo haga le asustará; temerá ser descubierto; dejará su trabajo y no lo reemprenderá hasta que sea de noche y cuando considere que todo el mundo está acostado y durmiendo».

Edmond se levantó de nuevo inmediatamente. Esta vez sus piernas no vacilaron y sus ojos no se ofuscaron. Se dirigió hacia un ángulo de su celda, desprendió una piedra removida por la humedad y volvió para golpear la pared en el mismo lugar en que el sonido se oía más claramente.

Dio tres golpes.

Al primero, cesó el ruido como por encanto.

Edmond escuchó con toda su alma. Transcurrió una hora, dos y ningún nuevo ruido volvió a oírse; Edmond había hecho nacer un silencio absoluto al otro lado de la muralla.

Lleno de esperanza se dedicó a comer algunos bocados de pan, bebió unos sorbos de agua, y, gracias a la robusta constitución con que le dotó la naturaleza, se encontró casi como antes.

Transcurrió el día sin que se quebrara el silencio.

Llegó la noche sin que empezase el ruido.

«Es un prisionero», se dijo Edmond con indecible alegría.

Desde entonces empezó a abrasarle la cabeza, la vida renació en él violenta a fuerza de actividad.

La noche transcurrió sin que se dejase oír el menor ruido.

Edmond no cerró los ojos en toda aquella noche.

Llegó el nuevo día; el carcelero entró con nuevas provisiones. Edmond ya había devorado las anteriores; comió las nuevas escuchando sin cesar aquel ruido que no volvía, temblando ante la idea de que hubiese concluido para siempre, haciendo diez o doce leguas en su calabozo sacudiendo durante horas los barrotes de su ventanuco, devolviendo la elasticidad a sus miembros con un ejercicio olvidado hacía tiempo, disponiéndose, en fin, a luchar cuerpo a cuerpo con su destino futuro, a semejanza del luchador que extiende sobre sus brazos y unta su cuerpo de aceite antes de entrar en la arena. Luego, en los intervalos de aquella actividad febril escuchaba si retornaba el ruido, y se impacientaba por la prudencia de aquel prisionero que no adivinaba que quien le había interrumpido en su obra de libertad era otro prisionero, que tenía, por lo menos, tantas ganas como él de verse libre.

Transcurrieron tres días, setenta y dos horas mortales contadas minuto a minuto.

Al fin una noche, al realizar el carcelero su última visita, y a la enésima vez de aplicar Dantés su oído a la pared, le pareció que un estremecimiento imperceptible resonaba sordamente en su cabeza, puesta en contacto con las piedras silenciosas.

Dantés retrocedió a fin de recobrar su serenidad, dio algunas vueltas por la habitación y volvió a aplicar su oreja en el mismo lugar.

No cabía ninguna duda, hacían algo al otro lado; el prisionero había reconocido el peligro de su maniobra y había adoptado otra.

Seguramente había sustituido la palanca por el cincel. Enardecido por este descubrimiento, Edmond resolvió acudir en ayuda del infatigable trabajador. Empezó por desplazar su cama, detrás de la cual le pareció que se desarrollaba la obra de liberación, y buscó con los ojos un objeto con el cual pudiese desmoronar la pared; hacer que cayese el cemento húmedo y desprender una piedra.

No encontró nada a la vista. No tenía ni cuchillo ni instrumento alguno que cortase; solamente el hierro de los barrotes, y ya se había asegurado con frecuencia de que aquellas barras estaban bien sujetas, por lo que no valía la pena intentar desprenderlas.

Por todo ajuar una cama, una silla, una mesa, un cubo y un cántaro.

En aquella cama había bastantes espigas de hierro, pero se hallaban sujetas a la madera por unos pernos. Hubiese necesitado un destornillador para quitarlos y sacar las espigas.

En la mesa y la silla, nada; en el balde hubo en otros tiempos un asa, pero se la habían quitado.

No le quedaba a Dantés más recurso que romper el cántaro, y con uno de los trozos que tuviese forma puntiaguda, ponerse a trabajar.

Arrojó el cántaro contra el suelo y el cacharro se hizo pedazos.

Dantés escogió dos o tres fragmentos puntiagudos y escondió entre su jergón los que se habían esparcido por tierra. La rotura del cántaro era un accidente muy natural para que pudiese inquietarle.

Edmond disponía de toda la noche para trabajar; pero en la oscuridad la labor se realizaba mal, porque era preciso hacerlo a tientas, y en seguida sintió que se le mellaba el informe instrumento contra una arcilla más dura. Arrimó, pues, su cama y esperó a que se hiciese de día. Con la esperanza, se había armado de paciencia.

Toda la noche estuvo escuchando al minero desconocido que proseguía su trabajo subterráneo.

Llegó el nuevo día, entró el carcelero. Dantés le dijo que, bebiendo la víspera en la misma vasija, se le había caído y se rompió. El carcelero se fue gruñendo a buscar un nuevo cántaro sin tomarse la molestia de recoger los pedazos del antiguo.

Volvió un instante más tarde, recomendó más cuidado al prisionero y salió.

Dantés escuchó con una alegría indecible el rechinar de la cerradura que antes, cada vez que se cerraba, le oprimía el cora-

zón. Oyó como se alejaba el rumor de los pasos; después, cuando se extinguió el ruido, saltó de su camastro, lo separó, y a la luz del tenue resplandor del día que penetraba en su calabozo, pudo ver la tarea inútil que había realizado la noche anterior al dirigirse a la piedra en vez de hacerlo a la argamasa que rodeaba sus contornos.

La humedad había convertido aquel yeso en algo deleznable.

Dantés vio con inmensa alegría que se desmoronaba en fragmentos muy pequeños, es cierto, pero al cabo de una media hora ya había desprendido casi un puñado. Un matemático hubiese podido calcular que efectuando aquel trabajo durante dos años y suponiendo que no tropezase con piedra viva, podía abrirse un pasaje de dos pies cuadrados y veinte de profundidad.

El prisionero se reprochó entonces no haber empleado en aquella tarea todas las horas transcurridas, cada vez más lentas, y que había desperdiciado sucesivamente entre la esperanza, las plegarias y la desesperación.

Desde hacía unos seis años, poco más o menos, en que yacía encerrado en aquel calabozo, ¿qué trabajo, por lento que fuese, no hubiera podido acabar?

Y esta idea renovó su entusiasmo.

En tres días logró, con infinitas precauciones, levantar el cemento y descubrir toda la roca. La pared estaba hecha de cantos en medio de los cuales, para mayor solidez, habían colocado de trecho en trecho, una gran piedra. Una de éstas fue la que había descarnado; ahora se trataba de arrancarla de su cavidad.

Dantés probó con las uñas, pero resultaban insuficientes.

Los pedazos de cántaro introducidos en los intersticios se partían cuando Dantés quería servirse de ellos a manera de palanca.

Al cabo de una hora de inútiles tentativas, se levantó con la frente bañada en sudor y lleno de angustia.

¿Iba, pues, a detenerse nada más empezar, y esperar con los brazos cruzados a que su vecino, que también se cansaría, se lo diese todo hecho?

Entonces se le ocurrió una idea; permaneció en pie y una sonrisa iluminó sus labios; su frente húmeda se secó por sí sola.

El carcelero llevaba todos los días la sopa en una cacerola de hojalata. Esta cacerola contenía su sopa y la de otro prisionero, porque Dantés se había dado cuenta de que la olla estaba completa-

mente llena o a medio vaciar, según el guardián empezase la distribución de alimentos por él o por su compañero.

Tal cacharro tenía un mango de hierro; este mango constituía la ambición de Dantés y hubiese dado hasta diez años de su vida, caso de pedírselos, a cambio.

El carcelero vertía el contenido de la cacerola en el plato de Dantés. Después de haber comido la sopa con una cuchara de madera, Dantés lavaba aquel plato que servía para todos los días.

Al anoecer, Dantés colocó el plato en el suelo, a medio camino entre la puerta y la mesa; al entrar el carcelero, éste puso el pie sobre el plato y lo rompió en pedazos.

Esta vez no había nada que decir contra Dantés; había cometido la torpeza de dejar el plato en el suelo, era cierto, pero el carcelero cometió la de no mirar a sus pies.

El carcelero, pues, se contentó con gruñir.

Luego echó una mirada en torno suyo para ver donde podía servir la sopa; el mobiliario de Dantés se limitaba a aquel único plato y no había donde escoger.

—Deje la cacerola —sugirió Dantés—, ya la recogerá mañana cuando me traiga el desayuno.

Esta indicación halagó la pereza del carcelero, que así no tenía necesidad de subir, de descender y de volver a subir nuevamente.

Dejó, pues, la cacerola.

Dantés se estremeció de alegría.

Esta vez comió con viveza la sopa y la carne, qué, según la costumbre de las cárceles se echaba dentro de la sopa. Luego, tras esperar una hora para asegurarse de que el carcelero no cambiaría de parecer, separó la cama, cogió la cacerola, introdujo el extremo del mango entre la piedra desprovista de cemento y el morrillo contiguo, y empezó a utilizarlo de palanca.

Una ligera oscilación indicó a Dantés que la faena se realizaba bien.

En efecto, al cabo de una hora la piedra estaba fuera de la pared, dejando en ésta una excavación de más de cuarenta y cinco centímetros de diámetro.

Dantés recogió con sumo cuidado todo el yeso, lo llevó a un rincón de su celda, raspó la tierra grisácea con uno de los fragmentos del cántaro y recubrió el yeso con aquella tierra.

Después, queriendo aprovechar aquella noche en que el azar o más bien la sabia combinación que imaginara, puso entre sus manos un instrumento tan valioso, se puso a cavar de nuevo con mayor entusiasmo.

Al amanecer volvió a colocar la piedra en su sitio, arrimó la cama a la pared y se acostó.

El desayuno consistía en un trozo de pan; el carcelero entró y depositó el pedazo de pan sobre la mesa.

—¡Qué! ¿No me trae otro plato? —preguntó Dantés.

—No —respondió el guardián—, es usted un rompelotodo; hizo pedazos el cántaro y ha sido el causante de que yo rompiese su plato; si todos los prisioneros hiciesen tantos destrozos, el Gobierno no podría mantenerlos. Le dejo la cacerola y en ella le serviré su sopa; de esta manera no romperá más su vajilla.

Dantés levantó los ojos al cielo y juntó las manos bajo el cobertor.

Aquel pedazo de hierro que le dejaban hacía nacer en su pecho un sentimiento de gratitud hacia el cielo, mayor del que le hubieran producido en su vida pasada los mayores bienes que recibió.

Sin embargo, observó que, desde que él había empezado a trabajar su vecino de cárcel no trabajaba más.

No importaba, aquélla no era razón para abandonar su tarea; si su vecino no iba a su encuentro, sería él quien fuese al de su vecino.

Todo el día trabajó sin descanso; por la noche, gracias a su nuevo instrumento, había extraído de la pared más de diez puñados de escombros de morrillo, yeso y cemento.

Cuando llegó la hora de la visita, enderezó lo mejor que pudo el mango de la cacerola y colocó el recipiente en su sitio de costumbre. El guardián sirvió la ración habitual de sopa y carne, o mejor de sopa y pescado, porque a los presos les hacían comer tres días de vigilia y aquél era uno de ellos. Este habría sido un buen procedimiento para calcular el tiempo si Dantés no hubiese abandonado semejante cálculo desde hacía tiempo.

Una vez servida la sopa, el guardián se retiró.

Esta vez Dantés quiso asegurarse de si su vecino había realmente dejado de trabajar.

Escuchó.

Todo estaba silencioso como durante aquellos tres días en que interrumpiera los trabajos.

Dantés suspiró; evidentemente su vecino desconfiaba de él.

Empero, no se desanimó y prosiguió trabajando toda la noche; pero al cabo de dos o tres horas de faena encontró un obstáculo. El hierro ya no mordía y resbalaba sobre una superficie plana.

Dantés palpó el obstáculo con las manos y reconoció que había alcanzado una viga.

Esta viga atravesaba mejor dicho, obstruía totalmente el agujero que había empezado Dantés.

Ahora tenía que cavar por encima o por debajo.

El desdichado joven no había pensado en semejante obstáculo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó—. Os había suplicado tanto, que esperaba que me hubieseis escuchado. ¡Dios mío! Después de haberme quitado la libertad de la vida. ¡Dios mío! Después de haberme quitado la tranquilidad de la muerte. ¡Dios mío! Tened piedad de mí y no me dejéis morir en la desesperación.

—¿Quién habla de Dios y de desesperación al mismo tiempo? —articuló una voz que parecía salir de debajo tierra y que, debilitada por la opacidad, llegaba al joven con acento sepulcral.

Edmond sintió erizársele los cabellos y retrocedió sobre sus rodillas.

—¡Ah! —murmuró—. ¡Oigo hablar a un hombre! Hacía cuatro o cinco años que Edmond no había oído hablar más que a su carcelero, y, para un prisionero, éste no era un hombre; es una puerta viva añadida a su puerta de roble; es un barrote de carne pegado a los barrotes de hierro.

—¡En nombre del cielo! —exclamó Dantés—. Usted que ha hablado, continúe hablando, aunque su voz me espante. ¿Quién es usted?

—¿Y usted quién es? —preguntó la voz.

—Un desgraciado prisionero —replicó Dantés sin poner dificultades a la respuesta.

—¿De qué país?

—Francés.

—¿Su nombre?

—Edmond Dantés.

—¿Su profesión?

—Marino.

—¿Desde cuándo hace que está usted aquí?

—Desde el 28 de febrero de 1815.

—¿Su crimen?

—Soy inocente.

—Pero ¿de qué le acusan?

—De haber conspirado para el regreso del emperador.

—¡Cómo! ¿Para el regreso del emperador? ¿Acaso no está el emperador en el trono?

—Abdicó en Fontainebleau en 1814 y fue desterrado a la isla de Elba. Pero, y usted, ¿desde cuándo está aquí que ignora todo esto?

—Desde 1811.

Dantés se estremeció; aquel hombre llevaba cuatro años de prisión más que él.

—Está bien, no cave más —dijo la voz hablando apresuradamente—. Sólo dígame a qué altura se encuentra la excavación que usted ha practicado.

—A ras del suelo.

—¿Cómo la oculta?

—Detrás de mi cama.

—¿Han movido su cama desde que se encuentra encarcelado?

—Nunca.

—¿Adónde da su calabozo?

—A un corredor.

—¿Y el corredor?

—Desemboca en el patio.

—¡Ay! —murmuró la voz.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué sucede ahora? —preguntó Dantés.

—Sucede que me he equivocado, que la imperfección de mis cálculos me ha engañado, que la falta de compás me ha perdido, que una línea de error en mi plano ha equivalido a quince pies en realidad, y que he tomado la pared que usted mina por las murallas de la ciudadela.

—Pero entonces desembocaría en el mar.

—Eso era lo que yo quería.

—¿Y si lo hubiese conseguido?

—Me habría arrojado a nado, ganando una de las islas que rodean el castillo de If, bien la isla de Daume o la de Tiboulén, o la misma costa, y entonces ya estaría a salvo.

—¿Habría podido nadar hasta allí?

—Dios me hubiese dado fuerzas; pero ahora todo está perdido.

—¿Todo?

—Sí. Vuelva a tapar su agujero con sumo cuidado, no trabaje más, no se ocupe en nada y espere noticias mías.

—¿Quién es usted? Al menos..., dígame quién es.

—Soy..., soy..., el número 27.

—¿Desconfía usted de mí? —preguntó Dantés. Edmond creyó oír una especie de risa amarga que atravesaba la bóveda y ascendía hasta él.

—¡Oh, soy buen cristiano! —exclamó adivinando que aquel hombre pensaba abandonarle—. Le juro por Cristo, que antes me dejaría matar que dejar entrever a sus verdugos y los míos una sombra de la verdad; pero, en nombre del cielo, no me prive de su presencia, no me prive de su voz, o, se lo juro, porque estoy al límite de mis fuerzas, que me parto la cabeza contra la pared y usted tendrá que reprocharse mi muerte.

—¿Qué edad tiene usted? Su voz parece ser la de un hombre joven.

—No sé mi edad, porque no he contado el tiempo desde que estoy aquí. Lo único que sé es que iba a cumplir diecinueve años cuando fui arrestado el 28 de febrero de 1815.

—Aún no llega a los veintiséis —murmuró la voz—. Bueno, a esa edad todavía no se puede ser traidor.

—¡Oh, no, no! Se lo juro —repitió Dantés—. Ya se lo he dicho y volveré a decírselo: me dejaré cortar en pedazos antes de traicionarle.

—Ha hecho bien en hablarme; ha hecho bien en rogarme, porque iba a hacerme otro plan y alejarme de usted. Pero su edad me tranquiliza, ya iré a reunirme con usted, espéreme.

—¿Cuándo será eso?

—Es preciso que calcule nuestras probabilidades; déjeme darle la señal.

—Pero ¿no me abandonará, no me dejará solo, vendrá a mi encuentro o me permitirá ir al de usted? Huiremos juntos, y si no podemos huir, hablaremos, usted es de las personas que quiere y yo de las que amo. Debe usted querer a alguien, ¿no?

—Estoy solo en el mundo.

—Entonces, me querrá a mí; si usted es joven, yo seré su camarada; si es viejo, seré su hijo. Tengo un padre que debe tener unos

setenta años, si todavía vive; únicamente le quiero a él y a una joven que se llama Mercedes. Mi padre no me ha olvidado, estoy seguro; pero ella, sólo Dios sabe si aún piensa en mí. Yo le amaría como amaba a mi padre.

—Perfectamente —dijo el prisionero—. Hasta mañana. Estas pocas palabras fueron pronunciadas con un acento que convenció a Dantés; no pidió más, se levantó, adoptó las mismas precauciones que ya había tomado otras veces, con los escombros, y empujó su cama contra la pared.

Desde entonces Dantés se entregó enteramente a su dicha; ya no se encontraría solo, y acaso pronto estaría libre; y, en el peor caso, si permanecía preso, tendría un compañero, porque el cautiverio compartido, no es más que media cautividad. Las quejas compartidas con otro casi son plegarias; las súplicas que se hacen a dúo casi son acciones de gracias.

Durante todo el día, Dantés no hizo sino pasearse por el calabozo con el corazón rebosante de gozo. En algunas ocasiones esta alegría le ahogaba y entonces se sentaba sobre la cama para apretarse el pecho con las manos. Al menor ruido que le llegaba del corredor saltaba hacia la puerta. Una o dos veces le pasó por la imaginación que le separaban de aquel hombre que aún no conocía y a quien, no obstante, ya quería como si fuese un antiguo amigo. Entonces estaba decidido: en el momento que el carcelero apartase su cama y bajase la cabeza para examinar el agujero, le estrellaría la cabeza con el adoquín sobre el cual había puesto el cántaro.

Le condenarían a muerte, bien lo sabía; pero ¿no se moriría también de fastidio y desesperación en el momento que le quitasen aquel ruido maravilloso que le había devuelto la vida?

El carcelero llegó por la noche; Dantés estaba encima de la cama, porque de esta manera le parecía que ocultaba mejor la abertura no concluida. Sin duda miró al inoportuno visitante de forma extraña, porque éste le dijo:

—Vamos, ¿va a volverse loco otra vez?

Dantés no respondió; temía que la emoción de su voz le traicionase.

El carcelero se retiró meneando la cabeza.

Llegada la noche, Dantés creyó que su vecino aprovecharía el silencio y la oscuridad para reanudar la conversación con él, pero se

engañaba; la noche transcurrió sin que ningún ruido respondiese a su febril espera. Pero al día siguiente, tras la visita de la mañana, oyó golpear tres veces a intervalos iguales; se precipitó a escucharlos de rodillas.

—¿Es usted? —dijo—. Aquí estoy.

—¿Ha salido su carcelero? —preguntó la voz.

—Sí —respondió Dantés—, y no vendrá hasta la noche. Tenemos doce horas de libertad.

—Entonces, ¿puedo actuar?

—¡Oh, sí, sí! Sin retrasarse, ahora mismo, se lo suplico.

Inmediatamente la porción de tierra sobre la cual Dantés, medio metido en la abertura, apoyaba las manos, pareció ceder bajo él. Se echó hacia atrás mientras que una masa de tierra y piedras, desprendidas, se precipitaba en un agujero que acababa de abrirse por debajo de la abertura que él mismo había practicado; entonces, del fondo de aquel agujero sombrío y del cual no podía calcular la profundidad, surgió una cabeza, luego los hombros y al fin un hombre que salió con bastante agilidad de la excavación hecha.

Un sabio italiano

Dantés tomó en sus brazos a aquel nuevo amigo, tanto tiempo y tan impacientemente esperado, y lo condujo hacia su ventana a fin de que la poca claridad que penetraba en su calabozo le iluminase por completo.

Era un personaje de pequeña estatura, con los cabellos blancos más bien por las penalidades que por la edad, de mirada penetrante, medio oculta bajo espesas cejas que encanecían, la barba aún negra y llegándole hasta el pecho; la delgadez de su rostro surcado de profundas arrugas, el atrevido perfil de sus rasgos característicos revelaban a un hombre más acostumbrado a ejercitar sus facultades morales que las fuerzas físicas. La frente del recién llegado aparecía cubierta de sudor.

En cuanto a su vestimenta era imposible distinguir su primitiva forma, porque se le caía a pedazos.

Aparentaba unos sesenta y cinco años por lo menos, aunque cierto vigor en sus movimientos denotaba que posiblemente tuviese algunos menos de los que le hacía representar su largo cautiverio. Acogió con una especie de placer las muestras de entusiasmo del joven; por un instante su alma helada, pareció caldearse y fundirse al contacto de aquella alma ardiente. Agradeció su cordialidad con cierto calor, aunque su decepción hubiese sido muy grande al encontrar un segundo calabozo donde esperaba hallar la libertad.

—Veamos —dijo— si hay algún medio de hacer que desaparezcan a los ojos de su carcelero las huellas de mi pasadizo. Toda nuestra tranquilidad futura se basa en su ignorancia acerca de lo que sucede.

Entonces se inclinó sobre la abertura, cogió la piedra que levantó fácilmente a pesar de su peso, y la hizo entrar en el agujero.

—Esta piedra ha sido desprendida con bastante desconocimiento —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿No tiene usted herramientas?

—¿Y usted? —preguntó Dantés con asombro—. ¿Tiene alguna?

—Me he fabricado algunas. Excepto una lima, tengo de todo lo que hace falta: cincel, tenazas, palanca...

—¡Oh! Me gustaría ver esos productos de su paciencia y su ingenio —dijo Dantés.

—Vea, aquí traigo el cincel.

Y le enseñó una fuerte y aguda lámina enmangada en un trozo de madera de haya.

—¿Con qué ha hecho usted esto? —inquirió Dantés.

—Con una de las espigas de mi cama. Con este instrumento me he abierto camino hasta aquí; cincuenta pies, aproximadamente.

—¡Cincuenta pies! —exclamó Dantés, con una especie de terror.

—Hable usted bajo, joven, hable más bajo. Se da el caso de que escuchan con frecuencia detrás de las puertas de los prisioneros.

—Me creen solo.

—No importa.

—¿Y dice usted que ha excavado cincuenta pies para llegar hasta aquí?

—Sí, tal es, poco más o menos, la distancia que separa mi habitación de la suya; sólo que yo he calculado mal mi curva a falta de instrumentos geométricos para dirigir mi escala de proporciones; en lugar de cuarenta pies de elipse, he encontrado cincuenta. Creía, como ya le he dicho, llegar hasta la muralla exterior, horadar ese muro y arrojarme al mar. He minado el corredor, contra el cual da su habitación, en vez de pasar por debajo; todo mi trabajo está perdido, porque este corredor desemboca a un patio lleno de guardianes.

—Es cierto —admitió Dantés—, mas ese corredor no recorre sino una cara de mi habitación y ésta tiene cuatro.

—Sí, sin duda, pero he aquí que en principio una roca hace de pared; se necesitarían diez años trabajando diez mineros provistos de todos sus utensilios para horadar la roca; esta otra debe de estar pegada a los cimientos de la vivienda del gobernador; caeríamos en las cuevas que evidentemente cierra con llave y nos atraparían; la otra cara da..., espere, ¿adónde da la otra cara?

Aquella cara era donde estaba abierta la tronera a través de la cual llegaba la claridad del día; aquella tronera que iba estrechándose has-

ta el punto en que dejaba entrar la luz, y por la cual no hubiese entrado ni un niño, estaba provista de tres filas de barrotes de hierro que podían tranquilizar al carcelero más suspicaz respecto a una evasión.

El recién llegado, al hacer esta pregunta, arrastró la mesa hasta debajo de la ventana.

—Monte sobre esta mesa —rogó a Dantés.

Dantés obedeció, subió a la mesa y, adivinando las intenciones de su compañero, apoyó la espalda en la pared y le tendió las manos.

Aquel a quien se había dado por apellido el número de su celda y del cual Dantés ignoraba todavía su verdadero nombre, subió entonces con más presteza de lo que hacía presagiar su edad, casi con la habilidad de un gato o de una lagartija, primero a la mesa, luego a las manos de Dantés, y de éstas a sus hombros; así, curvado en dos, porque la bóveda del calabozo le impedía enderezarse, deslizó la cabeza entre la primera fila de barrotes y pudo, entonces, hundirse de arriba abajo.

Un instante después retiró la cabeza con rapidez.

—¡Oh, oh! —exclamó—. Ya me lo esperaba.

Y se dejó caer a lo largo del cuerpo de Dantés hasta la mesa, y de ésta saltó a tierra.

—¿Qué era lo que se imaginaba? —preguntó el joven, ansioso, saltando a su vez junto a él.

El viejo prisionero reflexionaba.

—Sí —dijo—, es eso; la cuarta fachada de su celda da sobre una galería exterior, especie de camino de ronda por el que pasan las patrullas y en donde vigilan los centinelas.

—¿Está usted seguro?

—He visto el morrión del soldado y el extremo de su fusil, y me retiré tan rápidamente por miedo a que me descubriesen.

—¿Y bien? —interrogó Dantés.

—Ya ve usted que resulta imposible huir por su calabozo.

—¿Entonces? —insistió con acento interrogador el joven.

—Entonces —replicó el viejo prisionero— hágase la voluntad de Dios.

Y un gesto de profunda resignación se extendió por las facciones del anciano.

Dantés contempló a aquel hombre que renunciaba de aquella manera y con tanta filosofía a una esperanza alimentada desde hacía tanto tiempo, con cierto asombro mezclado de admiración.

—Ahora, ¿quiere usted decirme quién es? —preguntó Dantés.

—¡Oh, Dios mío! Sí, si eso aún puede interesarle, ahora que ya no sirvo para nada.

—Puede servirme para consolarme y sostenerme, porque usted me parece un ser fuerte entre los fuertes. El abate sonrió tristemente.

—Soy el abate Fària —dijo—, prisionero desde 1811, como ya sabe, en el castillo de If; pero ya había estado desde hacía tres años encerrado en la fortaleza de Fenestrelle. En 1811 me trasladaron del Piamonte a Francia. Entonces supe que la Providencia, que por entonces le era sumisa, había concedido un hijo a Napoleón, y que este niño, aún en la cuna, fue nombrado rey de Roma. Estaba muy lejos de pensar entonces en lo que me ha dicho antes, esto es, que cuatro años más tarde el coloso sería derribado. ¿Quién reina, pues, en Francia? ¿Napoleón II?

—No, Luis XVIII.

—Luis XVIII, el hermano de Luis XVI. Los decretos del cielo son extraños y misteriosos. ¿Cuál habrá sido la intención de la Providencia haciendo caer al hombre que había elevado y elevando al que había hecho caer?

Dantés seguía con los ojos a aquel hombre que olvidaba por un instante su propio destino para preocuparse de tal forma por los destinos del mundo.

—Sí, sí —continuó—, es como en Inglaterra; después de Carlos I, Cromwell; después de Cromwell, Carlos II, y, posiblemente, después de Jacobo II, cualquier yerno, cualquier pariente, algún príncipe de Orange; un estatúder que se hará rey; y entonces seguirán nuevas concesiones al pueblo, una nueva constitución, y la libertad. Usted verá eso, joven —dijo volviéndose hacia Dantés para mirarle con ojos profundos y brillantes, como debían de tener los profetas—. Usted aún está en edad de ver, y verá eso.

—Sí, si salgo de aquí.

—¡Ah, claro! —replicó el abate Faria—. Estamos prisioneros; hay momentos en que lo olvido y en que me creo en libertad porque mis ojos traspasan los muros que me encierran.

Pero ¿por qué fue usted encarcelado?

—¿Yo? Porque soñé en 1807 el proyecto que Napoleón quiso realizar en 1811; porque, como Maquiavelo, en vez de todos esos

principillos que hacían de Italia un nido de reñecitos tiránicos y débiles, quise un único y gran Imperio, compacto y fuerte; porque creí encontrar mi César Borgia en un imbécil coronado que puso cara de comprenderme para traicionarme mejor. Era el proyecto de Alejandro VI y de Clemente VII; siempre se frustrará, ya que lo intentaron inútilmente, y Napoleón no ha podido acabarlo; decididamente, Italia está maldita.

Y el anciano bajó la cabeza.

Dantés no comprendía cómo un hombre podía arriesgar su vida por semejantes intereses; es verdad que sí conocía a Napoleón por haberle visto y hablado, en cambio, ignoraba por completo quiénes eran Clemente VII y Alejandro VI.

—¿No es usted —inquirió Dantés, empezando a participar de la opinión de su carcelero, que era la opinión general en el castillo de If— el padre que creen... enfermo?

—Que creen loco, quiere decir usted, ¿no es eso?

—No me atrevía —replicó Dantés sonriendo.

—Sí, sí —prosiguió Faria con una risa amarga—. Sí, soy yo quien pasa por loco; soy yo quien divierte desde hace tiempo a los anfitriones de esta prisión, y quien regocijaría a los niños, si hubiese niños en la morada del dolor sin esperanza.

Dantés permaneció unos segundos inmóvil y silencioso.

—De manera que usted renuncia a huir —le dijo.

—Veo la fuga imposible; es rebelarse contra Dios el querer intentar lo que Dios no quiere conceder.

—¿Por qué se desanima usted? También sería pedir demasiado a la Providencia el esperar que tuviese éxito a la primera intenciona. ¿No puede usted empezar en otro sentido lo que ha hecho hasta aquí?

—Pero, ¿acaso sabe lo que he hecho para hablar de volver a empezar? ¿Sabe usted que he necesitado cuatro años para fabricar los instrumentos que poseo? ¿Sabe usted que desde hace dos años arañé y cavo una tierra dura como el granito? ¿Sabe usted que he tenido que desprender piedras que en otros tiempos no hubiese creído que las movería, que he invertido días enteros en esa labor titánica y que a veces, por la noche, me sentía dichoso por haber desprendido una pulgada cuadrada de ese cemento viejo, que se ha hecho tan duro como la misma piedra? ¿Sabe usted, sabe usted que para esconder toda esa tierra y esas piedras que enterraba, he nece-

sitado horadar la bóveda de una escalera, en el hueco de la cual he ido depositando todos los escombros, de manera que hoy está completamente lleno, y ya no sabría dónde meter un puñado de polvo? ¿Sabe usted, en fin que creía llegar al fin de mi resistencia, que me sentía con la fuerza justa para acabar con mi tarea, y que Dios no sólo aleja este fin, sino que lo lleva hasta no sé dónde? ¡Ah! Se lo digo y se lo repito, no haré nada más por intentar la reconquista de mi libertad, ya que la voluntad de Dios ha sido privarme de ella para siempre.

Edmond bajó la cabeza para no confesar a ese hombre que el gozo de tener un compañero le impedía, como era debido, compartir el dolor que experimentaba el prisionero por no alcanzar su salvación.

El abate Faria se dejó caer sobre el lecho de Edmond y éste permaneció en pie.

El joven jamás había pensado en huir. Hay cosas que parecen tan imposibles que ni siquiera se tiene la idea de intentarlas y hasta se las evita por instinto. Cavar cincuenta pies bajo tierra, consagrar a tal hazaña un trabajo de tres años para llegar, si resulta, a un precipicio cortado a tajo sobre el mar; arrojar desde cincuenta, sesenta o cien pies acaso, para romperse la cabeza al caer sobre alguna roca si la bala de los centinelas no te ha matado antes; estar obligado a recorrer, si se escapa de todos estos peligros, una legua a nado, es demasiado para que uno no se resigne a ello, y ya hemos visto que Dantés había llevado esta resignación hasta intentar morir.

Pero ahora que el joven había visto a un anciano agarrarse a la vida con tanta energía y darle ejemplo de resoluciones desesperadas, se puso a reflexionar y a medir su valentía. Otro había intentado lo que él ni siquiera imaginara; otro menos joven, menos fuerte y menos diestro que él, se había procurado, a fuerza de destreza y paciencia, todos los instrumentos que necesitaba para aquella increíble operación, que sólo una medida equivocada le había conducido al fracaso; si otro había realizado aquello, nada sería imposible a Dantés. Faria había excavado cincuenta pies, él horadaría cien; no tenía más que la mitad de la edad de Faria, pues bien, si éste había empleado dos años para abrir el corredor, él emplearía meses; si Faria, abate sabio y hombre de iglesia, no había temido el peligro de efectuar la travesía desde el castillo de If a la isla de

Daume, de Ratonneau o de Lemaire; él, Edmond, el marino, Dantés el valiente buceador que con frecuencia había buscado una rama de coral en el fondo del mar, ¿dudaría en recorrer una legua a nado? ¿Y qué tiempo necesitaría para hacer a nado una legua? ¿Una hora? Y bien, ¿acaso no había estado horas enteras en el mar sin tocar pie ni una sola vez en la orilla? No, no, Dantés no necesitaba ser estimulado por el ejemplo. Todo lo que otros hacían o pudiesen hacer, Dantés lo haría.

El joven reflexionó un instante.

—Ya he encontrado lo que usted buscaba —dijo al anciano. Faría se estremeció.

—¿Usted? —preguntó levantando la cabeza con un aire que indicaba que si Dantés decía la verdad, el desánimo de su compañero no duraría mucho—. ¿Usted? —repitió—. Veamos qué ha encontrado.

—El corredor que ha atravesado para venir desde su cuarto hasta aquí se extiende en el mismo sentido que la galería exterior, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y no debe alejarse más que unos quince pasos?

—Todo lo más.

—Pues bien, hacia la mitad del corredor abrimos un camino en forma de cruz. Esta vez toma usted mejor las medidas. Desembocamos en la galería exterior, matamos al centinela y nos evadimos. Para que este plan tenga éxito no hace falta más que coraje, y usted lo tiene; vigor no me falta. No hablo de la paciencia, usted ya ha dado pruebas y yo daré las mías.

—Un momento —respondió el abate—, usted no sabe, mi querido compañero, de qué clase es mi coraje, y qué empleo quiero dar a mis fuerzas. En cuanto a la paciencia, creo haber tenido la suficiente reanudando cada mañana la faena de la noche y cada noche la faena del día. Pero entonces, escúcheme bien, joven, me parecía que servía a Dios libertando a una de sus criaturas que, siendo inocente, no podía ser condenada.

—Bueno —dijo Dantés—. ¿Acaso la cosa no está en el mismo punto, o es que usted se ha reconocido culpable después de lo que me ha contado?

—No, pero no quiero serlo. Hasta ahora no creía habérmelas más que con las cosas, pero usted me propone luchar con los hom-

bres. Yo he podido atravesar una pared y destruir una escalera, pero no atravesaré un pecho ni destruiré una existencia.

Dantés hizo un ligero movimiento de sorpresa.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Pudiendo ser libre, se detendría usted ante semejante escrúpulo?

—Pero ¿y usted? —replicó Faria—. ¿Por qué no ha asesinado una noche a su carcelero con la pata de la mesa, se ha puesto sus ropas e intentado huir?

—Porque no se me ha ocurrido la idea —contestó Dantés.

—Porque usted siente tal horror instintivo por semejante crimen que ni siquiera ha pensado en ello —añadió el anciano—. Porque en las cosas sencillas y permitidas, nuestros instintos naturales nos advierten de que no debemos traspasar la línea de nuestro derecho. El tigre, que derrama la sangre por naturaleza, pues tal es su estado y su destino, no necesita más que una cosa: que su olfato le advierta dónde se halla la presa que acometer. Inmediatamente salta hacia esa presa, cae sobre ella y la despedaza. Es su instinto y lo obedece. Pero el hombre, por el contrario, rechaza la sangre; no son las leyes sociales las que condenan el asesinato, sino las leyes naturales.

Dantés permaneció confundido; tal vez era aquélla, en efecto, la explicación de lo que, sin saberlo, había pasado por su espíritu o más bien por su alma, pues hay pensamientos que nacen en la cabeza y otros que proceden del corazón.

—Y además —continuó Faria—, al cabo de doce años de permanecer en prisión he repasado en mi memoria todas las evasiones célebres. No recuerdo que haya triunfado más que alguna. Las evasiones felices, las coronadas por el éxito, son las evasiones meditadas con sumo cuidado y lentamente preparadas; así es como se escapó el duque de Beaufort del castillo de Vincennes; el abate Dubuquoi del de Fort-l'Evêque, y Latude de la Bastilla. También existen las que puede ofrecer la casualidad, y éstas son las mejores; esperemos una ocasión, créame, y si se presenta, aprovechémosla.

—Usted ha podido esperar —dijo Dantés, suspirando—. Ese largo trabajo le ocupaba todos los instantes, y cuando no se entregaba a su tarea para distraerse, disponía de sus esperanzas para consolarse.

—Además —añadió el abate—, no me ocupaba en eso solamente.

—Entonces, ¿qué hacía?

—Escribía o estudiaba.

—¿Le facilitaban papel, plumas y tinta?

—No —respondió el abate—, pero me lo hacía.

—¿Usted hacía papel, plumas y tinta? —se asombró Dantés.

—Sí.

Dantés miró a aquel hombre con admiración; sólo que apenas podía creer en lo que decía. Faria se dio cuenta de esta ligera duda.

—Cuando usted venga a mi cuarto —le dijo— le enseñaré toda una obra, resultados de los pensamientos y reflexiones de toda mi vida; ya la había meditado a la sombra del Coliseo de Roma, al pie de la columna de San Marcos en Venecia, sobre las orillas del Arno en Florencia, y que no dudaba de que un día mis carceleros me proporcionarían el placer de ejecutarla entre los cuatro muros del castillo de If. Es un *Tratado sobre la posibilidad de una monarquía general en Italia*. Formará un grueso volumen en cuarto.

—¿Y lo ha escrito usted...?

—Sobre dos camisas. He inventado una preparación que deja el lienzo liso y unido como el pergamino.

—Entonces, es usted un químico.

—Algo de eso. Conocí a Lavoisier y sostuve relaciones con Cabanis.

—Mas para semejante obra habrá necesitado buscar datos históricos. ¿Poseía usted algunos libros?

—En Roma poseía casi cinco mil volúmenes en mi biblioteca. A fuerza de leerlos y releerlos descubrí que con ciento cincuenta obras bien escogidas se tiene, sino el resumen completo de todos los conocimientos humanos, por lo menos todo lo que es útil para un hombre de cultura. He consagrado tres años de mi vida a leer y releer esos ciento cincuenta libros, de manera que casi los sabía de memoria cuando fui detenido. En mi encierro, con un ligero esfuerzo mental, me acordé de todos los hechos. Así, pues, puedo recitarle tranquilamente a Tucídides, a Jenofonte, Plutarco, Tito Livio, Tácito, Strada, Jornandés, Dante, Montaigne, Shakespeare, Spínola, Maquiavelo y Bossuet. No le cito más que los importantes.

—Pero ¿sabe usted varios idiomas?

—Hablo cinco lenguas vivas: alemán, francés, italiano, inglés y español; con la ayuda del griego antiguo comprendo el griego moderno; sólo que lo hablo mal, pero lo estudio en estos momentos.

—¿Estudia usted? —preguntó Dantés.

—Sí, he formado un vocabulario con las palabras que conozco; las he arreglado, combinado y cambiado de manera que basten para expresar mi pensamiento. Sé unas mil palabras, y en rigor es cuanto se necesita aunque haya cien mil, según creo, en el diccionario. No seré muy elocuente, pero me haré comprender perfectamente y esto me basta.

Edmond, cada vez más maravillado, empezó a juzgar casi sobrenaturales las facultades de aquel hombre extraordinario; quiso encontrarle algún defecto y continuó preguntando:

—Pero, si no le han dado a usted plumas, ¿con qué ha podido escribir ese tratado tan voluminoso?

—Las he fabricado excelentes, y se preferirían a las plumas ordinarias si fuese conocida la materia, con los cartílagos de las cabezas de esas enormes merluzas que nos sirven algunas veces durante los días de vigilia. Por eso siempre veo llegar con satisfacción los miércoles, viernes y sábados, porque me proporcionan la esperanza de aumentar mi provisión de plumas, y mis trabajos históricos, lo confieso, son mi más grata ocupación. Al remontarme al pasado olvido el presente; caminando libre e independiente por la Historia, no me acuerdo más de que estoy preso.

—Pero ¿y la tinta? —inquirió Dantés—. ¿Con qué hace usted la tinta?

—En otros tiempos hubo una chimenea en mi calabozo —respondió Faria—. Esa chimenea fue tapada algún tiempo antes de mi llegada, pero de todas maneras se hizo fuego en ella durante muchos años, y todo el interior se encuentra tapizado de hollín. He disuelto este hollín en una porción del vino que me dan todos los domingos, esto me proporciona una tinta excelente. Para las notas particulares y que merecen llamar la atención, me pincho los dedos y escribo con mi sangre.

—¿Y cuándo podré ver todo eso? —preguntó Dantés.

—Cuando usted quiera —le respondió Faria.

—¡Oh, pues ahora mismo! —exclamó el joven.

—Entonces, sígame —dijo el abate.

Y penetró en el corredor subterráneo, donde desapareció seguido de Dantés.

La celda del abate

Después de haber pasado encorvado, pero con bastante facilidad, por el pasadizo subterráneo, Dantés llegó al extremo opuesto del corredor que daba a la celda del abate. Allí el pasaje se estrechaba y apenas ofrecía espacio para que un hombre pudiese deslizarse arrastrándose. La celda del abate estaba enlosada; levantando una de aquellas losas situada en el rincón más oscuro de la estancia, empezó la esforzada operación que Dantés había observado concluir.

Apenas entró y se puso en pie, el joven examinó aquella habitación con escrupuloso interés. A primera vista no ofrecía nada de particular.

—Bien —dijo el abate—, no son más que las doce y cuarto, y tenemos por delante algunas horas.

Dantés miró alrededor suyo, buscando en qué reloj podía leer el abate la hora de manera tan precisa.

—Fíjese en ese rayo de luz que entra por mi ventana —indicó el abate—, y vea las líneas que he trazado sobre la pared. Gracias a esas líneas, que están combinadas con el doble movimiento de la Tierra y la elipse que ella describe alrededor del Sol, sé exactamente la hora que es, porque un reloj se descompone, mientras que el Sol y la Tierra no se descomponen nunca.

Dantés no había comprendido nada de aquella explicación; siempre había creído, al ver el Sol levantarse por detrás de los montes y ocultarse en el Mediterráneo, que era él quien giraba y no la Tierra. Este doble movimiento del Globo que habitaba y que sin embargo no percibía, le parecía casi imposible; en cada una de las palabras de su interlocutor veía misterios de ciencia tan admirables de ahondar como aquellas minas de oro y diamantes que visitó en un viaje que efectuó siendo niño a Guzara y Golconda.

—Veamos —dijo Dantés—, estoy impaciente por examinar sus tesoros.

El abate fue hacia la chimenea, desplazó, con el cincel que aún conservaba en la mano, la piedra que formaba antes el hogar y que ocultaba una cavidad bastante profunda; en ella se encontraban todos los objetos que había comentado a Dantés.

—¿Qué es lo primero que quiere ver? —preguntó.

—Enséñeme su gran obra sobre la monarquía en Italia.

Faria extrajo de su precioso armario tres o cuatro rollos de lienzo que imitaban a los de los papiros; eran tiras de tela de cerca de cuatro pulgadas de ancho y dieciocho de largo.

Aquellas tiras numeradas estaban cubiertas por una escritura que Dantés pudo leer, por ser la lengua materna del abate, es decir, el italiano, idioma que Dantés, en su calidad de provenzal, comprendía perfectamente.

—Véalo —le dijo—, todo está aquí. Hace unos ocho días aproximadamente que escribí la palabra fin debajo de la tira sesenta y ocho. Dos de mis camisas y todos los pañuelos que poseía me han abastecido de papel; si alguna vez me veo en libertad y en Italia encuentro algún impresor que se atreva a imprimir mi obra, mi reputación quedará asegurada.

—Sí —replicó Dantés—, ya lo veo. Y ahora, enséñeme, se lo ruego, las plumas con que ha escrito esta obra.

—Vea —dijo Faria.

Y enseñó al joven una varita de unas seis pulgadas de largo y gruesa como el mango de un pincel, a cuyo extremo y atado por un hilo había uno de aquellos cartílagos aún manchado de tinta de que hablara a Dantés; tenía la forma de un pico y estaba cortado como una pluma corriente.

Dantés la examinó, buscando con la mirada el instrumento con el cual pudo haberla cortado de una manera tan correcta.

—¡Ah, sí! —exclamó Faria—. El cortaplumas, ¿no es eso? Es mi obra maestra; la he hecho, como este cuchillo que tengo aquí, con un viejo candelero de hierro.

El cortaplumas cortaba como una navaja de afeitar. En cuanto al cuchillo, tenía la ventaja de que lo mismo podía servir de cuchillo que de puñal.

Dantés examinó aquellos diversos objetos con la misma atención que, en las tiendas de curiosidades de Marsella, examinaba en

ocasiones aquellos instrumentos hechos por los salvajes y traídos de los mares del Sur por los capitanes de los buques.

—En cuanto a la tinta —explicó Faria—, ya sabe usted de dónde procede; la hacía a medida que la necesitaba.

—Ahora me asombro de una cosa —dijo Dantés—, y es que le hayan bastado los días para realizar toda esta tarea.

—Disponía de las noches —respondió Faria.

—¡Las noches! ¿Acaso se parece usted a los gatos y puede ver claro en la oscuridad?

—No, pero Dios ha dotado al hombre de inteligencia para remediar la pobreza de sus sentidos; me he procurado la luz.

—¿Cómo ha podido ser eso?

—De la carne que me traen separo la grasa, la fundo y luego extraigo una especie de aceite pastoso. Tenga, vea esta bujía.

Y el abate enseñó a Dantés una especie de farol, parecido al que se utiliza en las iluminaciones públicas.

—Pero ¿y el fuego?

—He aquí dos piedras y lienzo quemado.

—¿Y los fósforos?

—Fingí una enfermedad cutánea, y solicité azufre, que me concedieron.

Dantés puso los objetos que tenía en la mano sobre la mesa e inclinó la cabeza, abrumado por la perseverancia y la fuerza de aquel espíritu.

—Esto no es todo —continuó Faria—, porque no es necesario poner todos los tesoros en un solo escondite; cerremos éste.

Colocaron la piedra en su sitio; el abate esparció un poco de polvo por encima y la frotó con el pie para que no se advirtiera señal alguna, luego se dirigió a su cama y la separó.

Detrás de la cabecera, oculto por una piedra que lo cerraba con un hermetismo casi perfecto, había un agujero, y en él una escala de cuerda de unos veinticinco a treinta pies de longitud.

Dantés la examinó; era de una solidez a toda prueba.

—¿Quién le ha provisto de la cuerda necesaria para esta maravillosa obra? —preguntó Dantés.

—En principio, algunas camisas que tenía, después las sábanas de mi cama, que durante tres años de cautividad en Fenestrelle fui deshilando. Cuando me trasladaron al castillo de If encontré el medio de traerme conmigo aquella hilacha, y aquí he continuado mi obra.

—¿Pero no se dieron cuenta de que las sábanas de su cama carecían de dobladillo?

—Las volvía a coser.

—¿Con qué?

—Con esta aguja.

Y el abate, abriendo uno de los jirones de su vestido, mostró a Dantés una espina larga, aguda y aún enhebrada, que llevaba encima.

—Sí —prosiguió Faria—, en principio pensé en limar esos barrotes y huir por esa ventana, que es un poco más ancha que la suya, como puede apreciar, y que hubiese ensanchado algo más en el momento de mi evasión; pero me percaté de que esta ventana daba sobre un patio interior, y he renunciado a mi proyecto por considerarlo demasiado peligroso. Sin embargo, he conservado la escala por si se presenta alguna circunstancia imprevista, para una de esas evasiones de que le hablaba y que la casualidad proporciona.

Dantés, aunque tenía aspecto de examinar la escala, pensaba en otra cosa; una idea había surgido en su mente. Y era que aquel hombre tan inteligente, tan ingenioso y tan profundo, acaso viese claro en la oscuridad de su desgracia, en la que nunca pudo distinguir nada.

—¿En qué piensa usted? —preguntó el abate, sonriendo, y juzgando la abstracción de Dantés por una admiración desmesurada.

—Pienso, primero, en la enorme inteligencia que ha necesitado para alcanzar la meta que ha logrado; ¿qué no hubiese hecho usted estando libre?

—Posiblemente, nada; mi cabeza se hubiera ocupado solamente en futilidades. Es preciso la desgracia para descubrir ciertas minas misteriosas que encierra la inteligencia humana; hace falta la presión para que estalle la pólvora. La cautividad ha reunido sobre un determinado punto todas mis facultades dispersas; éstas han chocado en un espacio reducido; y ya sabe usted, del choque de las nubes resulta la electricidad, de la electricidad el relámpago, y del relámpago la luz.

—No, yo no sé nada —respondió Dantés, abatido por su ignorancia—. Una parte de las palabras que usted pronuncia, carecen de sentido para mí; es usted muy afortunado sabiendo tanto.

El abate sonrió.

—Usted pensaba en dos cosas —dijo—, hace un momento.

—Sí.

—Y me ha dado a conocer la primera. ¿Cuál es la segunda?

—La segunda, es que usted me contó su vida, pero no conoce la mía.

—Su vida, joven, es muy corta para encerrar acontecimientos de alguna importancia.

—Pero encierra una gran desgracia —replicó Dantés—; una desgracia que no he merecido, y quisiera, para no blasfemar de Dios como lo he hecho algunas veces, poder hallarme ante los autores de mi infortunio.

—Entonces, ¿se considera usted inocente del hecho que le imputan?

—Completamente inocente; lo juro sobre la cabeza de las dos únicas personas que me son queridas: mi padre y Mercedes.

—Cuénteme —dijo el abate.

Dantés hizo la relación de lo que llamaba su historia, y que se limitaba a un viaje a la India y otros dos o tres a Levante; al fin llegó a su última travesía, a la muerte del capitán Leclère, al paquete enviado por éste al gran mariscal, a la entrevista con éste, a la carta entregada por el mariscal y dirigida a un tal señor Noirtier; en fin, a su llegada a Marsella, a su entrevista con su padre, a sus amores con Mercedes, a la comida de esponsales, a su arresto, al interrogatorio, a su detención provisional en el Palacio de Justicia, y, por fin, a su encarcelamiento definitivo en el castillo de If. Al llegar a este punto, Dantés ya no sabía nada más, ni siquiera el tiempo que estuvo prisionero.

Al concluir su relato, el abate reflexionó profundamente.

—Hay —dijo al cabo de unos minutos— un axioma de Derecho de gran peso, y que resulta aplicable a lo que le decía hace unos instantes, y es que a menos que el mal pensamiento no nazca con una organización de doblez, la naturaleza humana repugna el crimen. Sin embargo, la civilización nos ha creado necesidades, vicios, apetitos ficticios que a veces tienen influencia para ahogar nuestros buenos instintos y conducirnos al mal. De ahí resulta esa máxima; si quiere descubrir al culpable, busque en principio a aquel a quien el crimen puede serle útil. ¿A quién podía ser útil su desaparición?

—A nadie, ¡Dios mío! Era tan poca cosa.

—No responda así, porque la respuesta carece de lógica y de filosofía; todo es relativo, mi querido amigo, desde el rey que molesta a su sucesor, hasta el empleado que perjudica al supernumerario: si el rey muere, el sucesor hereda la corona; si el empleado muer-

re, el supernumerario hereda mil doscientas libras de sueldo; estas mil doscientas libras le son tan necesarias para vivir como los doce millones al rey. Cada individuo, desde el más bajo hasta el más alto en la escala social, agrupa alrededor suyo un pequeño mundo de intereses, que tienen sus torbellinos y sus átomos ganchudos, como los mundos de Descartes. Sólo que estos mundos siempre van agrandándose a medida que ascienden. Es una espiral invertida que se sostiene por la punta en un juego de equilibrio. Volvamos, pues, a usted. ¿Iba a ser nombrado capitán del *Faraón*?

—Sí.

—¿Iba a casarse con una hermosa joven?

—Sí.

—¿Alguien tenía interés en que usted no fuese capitán del *Faraón*? ¿Alguien deseaba que no se casase con Mercedes? Respóndame ante todo a la primera pregunta; el orden es la llave de todos los problemas. ¿Quién tenía interés en que usted no fuese capitán del *Faraón*?

—Nadie; era muy apreciado a bordo. Si los marineros hubiesen podido elegir un jefe, estoy seguro de que me habrían elegido a mí. Un solo hombre tenía algún motivo para no quererme; había tenido, tiempo antes, una disputa con él, y le propuse un duelo que no quiso aceptar.

—¡Veamos, pues! Ese hombre, ¿cómo se llama?

—Danglars.

—¿Qué hacía a bordo?

—Era el sobrecargo.

—Si hubiese sido usted capitán, ¿le habría conservado en su puesto?

—No, si la cosa hubiese dependido de mí, porque me pareció descubrir ciertas inexactitudes en sus cuentas.

—Bien. Ahora, dígame, ¿quién asistió a su última entrevista con el capitán Leclère?

—Nadie, estábamos solos.

—¿Alguien pudo escuchar su conversación?

—Sí, porque la puerta se encontraba abierta, e incluso..., espere. Sí, sí, Danglars pasó exactamente por allí en el momento que el capitán Leclère me entregaba el paquete destinado al gran mariscal.

—Bien —dijo el abate—, ya estamos en camino. ¿Le acompañó a usted alguien a tierra cuando descendió en la isla de Elba?

—Nadie.

—¿Le entregaron una carta?
—Sí, el gran mariscal.
—¿Qué hizo usted con ella?
—La puse en mi cartera.
—¿Y llevaba usted la cartera consigo? ¿Cómo una cartera que debe contener una carta oficial puede hallarse en el bolsillo de un marino?
—Tiene usted razón, mi cartera se encontraba a bordo.
—Luego fue a bordo cuando puso la carta en la cartera, ¿no?
—Sí.
—Entonces, cuando regresó al *Faraón* todos pudieron ver que usted llevaba una carta, ¿no es cierto?
—Sí.
—¿Tanto Danglars como los demás?
—Incluso Danglars.
—Ahora, escuche bien; reúna todos sus recuerdos. ¿Se acuerda usted en qué términos estaba redactada la denuncia?
—¡Oh, sí! La leí tres veces, y cada palabra ha quedado grabada en mi mente.
—Repítamela.
Dantés reflexionó un instante.
—He aquí lo que decía textualmente:

«Se previene al procurador del rey, por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantés, segundo del navío *Faraón*, llegado esta mañana de Esmirna, después de haber tocado en Nápoles y en Portoferraio, ha sido encargado por Murat para llevar un paquete para el usurpador, y por éste una carta para el comité bonapartista de París.

»Se tendrá la prueba de su crimen arrestándole, porque esa carta se le hallará encima, en casa de su padre, o en su camarote, a bordo del *Faraón*».

El abate se encogió de hombros.

—Está claro como la luz del día —afirmó—, sólo hace falta ser inocente y de buen corazón para no haber adivinado todo desde un principio.

—¿Usted cree? —exclamó Dantés—. ¡Ah! Sería una infamia.
—¿Cuál era la escritura corriente de Danglars?

—Una bella cursiva.

—¿Y la escritura de la carta anónima?

—Una escritura inclinada.

El abate sonrió.

—Contrahecha, ¿no es cierto?

—Pero bien formada para ser contrahecha.

—Espere —dijo.

Y el abate cogió su pluma, o más bien lo que él llamaba así, la mojó en la tinta, y escribió con la mano izquierda en un lienzo preparado al efecto, los dos o tres renglones primeros de la denuncia.

Dantés retrocedió y casi miró con terror al abate.

—¡Oh! Es asombroso —exclamó— cómo se parece esa escritura a aquélla.

—Es que la denuncia fue escrita con la mano izquierda. Tengo observada una cosa —añadió el abate.

—¿Cuál?

—Que todas las escrituras trazadas con la mano derecha, cambian; pero las de la mano izquierda se asemejan.

—Usted lo ha visto todo, ha observado todo.

—Continuemos.

—¡Oh! Sí, sí.

—Pasemos a la segunda pregunta.

—Le escucho.

—¿Alguien tenía interés en que usted no se casase con Mercedes?

—Sí, un joven que la quería.

—¿Su nombre?

—Fernando.

—¿Es un nombre español?

—Era catalán.

—¿Cree usted que ese hombre era capaz de escribir semejante carta?

—No. Ése me hubiera dado una puñalada solamente.

—En efecto, eso es más propio del carácter español; una puñalada, bien, pero una cobardía, no.

—Además —prosiguió Dantés—, él ignoraba todos los detalles señalados en la denuncia.

—¿No se los había comunicado a nadie?

—A nadie.

—¿Ni siquiera a su prometida?

—Ni a ella.

—Entonces es Danglars.

—¡Oh! Ahora estoy bien seguro.

—Espere... ¿Danglars conocía a Fernando?

—No..., sí... Ahora me acuerdo...

—¿De qué?

—La víspera de mi boda los vi juntos sentados a la mesa bajo el emparrado del tío Pánfilo.

Danglars estaba amistoso y burlón; Fernando, pálido y turbado.

—¿Y estaban solos?

—No, había con ellos un tercer compañero, muy conocido mío, que sin duda los presentó, un sastre llamado Caderousse; pero éste ya estaba borracho. Espere..., espere... ¿Cómo no me habré acordado de esto? Cerca de la mesa en que bebían había un tintero, papel y pluma —Dantés se llevó la mano a la frente—. ¡Oh, los infames! ¡Infames!

—¿Quiere usted saber alguna otra cosa? —preguntó el abate, riendo.

—Sí, sí, ya que usted lo profundiza todo, lo ve todo con claridad, quiero saber por qué no me han interrogado más que una vez, por qué no me han juzgado, y por qué estoy condenado sin un juicio previo.

—¡Oh! Eso ya es un poco más grave —respondió el abate—. La justicia tiene sombríos y misteriosos procedimientos que son muy difíciles de penetrar. Lo que hemos aclarado hasta ahora con sus dos amigos es cosa de niños; va a ser preciso que para eso me dé las indicaciones más precisas.

—Veamos, interrógueme, porque realmente usted ve más claro en mi vida que yo mismo.

—¿Quién le interrogó? ¿Ha sido el procurador del rey, el sustituto, el juez de instrucción?

—Fue el sustituto.

—¿Joven o viejo?

—Joven: veintisiete años aproximadamente.

—Bien; todavía no está corrompido, pero ya es ambicioso —comentó el abate—. ¿Cuáles fueron sus modales con usted?

—Más amables que severos.

—¿Le contó todo?

—Por completo.

—¿Y su comportamiento cambió mientras duró el interrogatorio?

—Durante un momento, se quedó completamente alterado cuando leyó la carta que me comprometía. Parecía como abatido por mi desgracia.

—¿Por su desgracia?

—Sí.

—¿Y está usted seguro de que era su desgracia la que lamentaba?

—Al menos, me dio una gran prueba de su simpatía.

—¿Cuál?

—Quemó la única pieza que podía comprometerme.

—¿Cuál, la denuncia?

—No, la carta.

—¿Está usted seguro?

—Lo hizo delante de mí.

—Eso ya es otra cosa; ese hombre podría ser más canalla de lo que usted cree.

—¡A fe mía que me hace estremecer! —exclamó Dantés—. ¿Está el mundo tan poblado de tigres y cocodrilos?

—Sí, sólo que los tigres y cocodrilos de dos pies son más peligrosos que los otros.

—Continuemos, continuemos.

—Con mucho gusto: Quemó la carta, ¿no es eso?

—Sí, y me dijo: «Vea, no existe más prueba que ésta contra usted y yo la destruyo».

—Ese comportamiento es demasiado sublime para ser natural.

—¿Cree usted?

—Estoy seguro. ¿A quién iba dirigida esa carta?

—Al señor Noirtier, calle Coq-Héron, número 13, París.

—¿Puede usted presumir que su sustituto tuviese algún interés en que desapareciese esa carta?

—Posiblemente; porque me hizo prometer dos o tres veces, en mi propio interés, manifestó, que no hablase a nadie de aquella carta, y hasta me hizo jurar que no pronunciaría el nombre que estaba escrito en el sobre.

—¿Noirtier? —repitió el abate—. ¿Noirtier? Conocí un Noirtier en la antigua corte de Etruria, un Noirtier que había sido girondino durante la revolución. ¿Cómo se llamaba su sustituto?

—De Villefort.

El abate se echó a reír.

Dantés lo miró con estupefacción.

—¿Qué le ocurre?

—¿Ve usted ese rayo de luz? —preguntó el abate.

—Sí.

—Pues bien, todo está más claro para mí en estos momentos que ese rayo transparente y luminoso. ¡Pobre muchacho, pobre joven! Y ese magistrado fue bondadoso con usted.

—Sí.

—Ese digno sustituto quemó la carta, destruyó la prueba.

—Sí.

—Ese honesto abastecedor del verdugo le hizo jurar que nunca pronunciaría el nombre de Noirtier.

—Sí.

—Ese Noirtier, pobre ciego, ¿sabe usted quién es ese Noirtier? ¡Ese Noirtier era su padre!

Un rayo caído a los pies de Dantés y abriéndole un abismo en el fondo del cual se descubriera el infierno, no le hubiera producido un efecto más rápido, eléctrico y aplastante que aquellas inesperadas palabras. Se levantó, cogiéndose la cabeza con las dos manos como para impedir que estallase, y exclamó:

—¡Su padre! ¡Su padre!

—Sí, su padre, que se llama Noirtier de Villefort —replicó el abate.

Entonces una luz fulgurante atravesó el cerebro del preso; todo lo que había permanecido oscuro hasta aquel instante, se le apareció con la mayor claridad. Aquellas tergiversaciones de Villefort durante el interrogatorio, aquella carta destruida, aquel juramento exigido, aquella voz casi suplicante del magistrado, quien, en vez de amenazar, parecía implorar, todo volvió a su memoria; lanzó un grito se tambaleó unos segundos como un hombre borracho; y luego, abalanzándose hacia la abertura que conducía a su celda, desde la del abate, dijo:

—¡Oh! Es preciso que esté solo para pensar en todo esto. Y, al llegar a su calabozo, se echó sobre su cama, donde lo encontró el guardián por la noche, sentado, con los ojos fijos, las facciones contraídas, pero inmóvil y silencioso como una estatua. Durante aquellas horas de meditación, que se convirtieron en segundos, había tomado una terrible resolución y hecho un formidable juramento.

Una voz sacó a Dantés de aquella ensoñación, era la del abate Faria, quien, habiendo recibido a su vez la visita de su carcelero, acudía a invitar a Dantés a comer con él. Su calidad de loco reconocido y sobre todo de loco divertido, proporcionaba al viejo prisionero algunos privilegios: tener un pan un poco más blanco y una botellita de vino los domingos. Aquel día era justamente domingo, y el abate venía a invitar a su joven compañero a compartir su pan y su vino.

Dantés le siguió; todas las facciones de su rostro habían recobrado su habitual serenidad, pero con una firmeza, si así puede decirse, que revelaban haber tomado una gran resolución.

El abate lo miró fijamente.

—Siento haberle ayudado a que se hiciera luz en su mente, y haberle dicho todo eso —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Dantés.

—Porque he hecho nacer en su corazón un sentimiento que no había: la venganza.

Dantés sonrió.

—Hablemos de otra cosa —dijo.

El abate aún le observó un instante y movió tristemente la cabeza; luego, como le había rogado Dantés, cambió de tema.

El anciano preso era uno de esos hombres cuya conversación, como la de las personas que han sufrido mucho, contiene muchas enseñanzas y despierta un continuo interés; pero no era egoísta y aquel desdichado nunca hablaba de sus infortunios.

Dantés escuchaba cada una de sus palabras con admiración; unas correspondían a ideas que ya tenía y a conocimientos que le proporcionaba su condición de marino, otras alcanzaban a cosas desconocidas, y, como esas auroras boreales que iluminan a los navegantes en las latitudes australes, mostraban al joven paisajes y horizontes nuevos, iluminados por fantásticos resplandores. Dantés comprendió la dicha que representaría para una organización inteligente seguir a aquel elevado espíritu por las alturas morales, filosóficas o sociales sobre las cuales tenía la costumbre de extenderse.

—Usted debería enseñarme un poco de todo lo que sabe —dijo Dantés—, aunque sólo fuese para no aburrirse conmigo. Ahora me parece que usted debe preferir la soledad a un compañero sin educación y sin cultura, como yo. Si usted accede a lo que le pido, me comprometo a no hablar más de huir.

El abate sonrió.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó—. El saber humano es muy limitado, y cuando yo le haya enseñado las matemáticas, la física, la Historia, y las tres o cuatro lenguas vivas que hablo, sabrá tanto como yo; ahora bien, para verter de mi espíritu al suyo todo este saber, necesitaré unos dos años.

—¡Dos años! —exclamó Dantés—. ¿Cree usted que podría aprender todas esas cosas en dos años?

—En su aplicación, no; en sus principios, sí; aprender no es saber; existen los cultos y los sabios, la memoria hace a unos y la filosofía a los otros.

—Pero ¿no se puede aprender la filosofía?

—La filosofía no se aprende; la filosofía es la reunión de las ciencias aplicadas por el genio; la filosofía es la nube resplandeciente en que Cristo posó el pie para ascender al Cielo.

—Veamos —dijo Dantés—. ¿Qué me enseñará primero? Tengo prisa por empezar, tengo sed de saber.

—Todo —respondió el abate.

En efecto, desde aquella noche ambos prisioneros organizaron un plan de estudios que empezaron a poner en práctica al día siguiente. Dantés tenía una memoria prodigiosa, una facilidad de concepción extrema; la disposición matemática de su espíritu le hacía apto para comprender todo el cálculo, mientras que la poesía del marino corregía todo lo que podía haber de sobrado material en la demostración reducida a la sequedad de las cifras o a la rectitud de las líneas. Además, ya sabía el italiano y un poco de romaico, que había aprendido en sus viajes a Oriente. Con aquellas dos lenguas en seguida comprendió el mecanismo de las demás y al cabo de seis meses ya empezaba a hablar español, inglés y alemán.

Según había dicho al abate, ya sea que la distracción que le causaba el estudio no le dejase pensar en la libertad, ya sea por la rigidez y observancia de su palabra, como ya se ha expresado, no hablaba nunca de huir, y los días transcurrían rápidos e instructivos. Al cabo de un año ya era otro hombre.

En cuanto al abate Faria, Dantés notaba que a pesar de distracción que su presencia proporcionaba a su cautiverio, se entristecía de día en día. Un pensamiento incesante y eterno parecía asediar su espíritu; sumíase en profundas ensoñaciones, suspiraba

involuntariamente, se levantaba de golpe, cruzaba brazos y se paseaba sombrío alrededor de su habitación.

Un día se detuvo de repente en medio de una de aquellas vueltas cien veces repetidas en torno a su celda, y exclamó:

—¡Ah! Si no hubiese centinela.

—No habrá centinela en cuanto usted lo quiera —replicó Dantés que había seguido su pensamiento a través de su cerebro como si hubiese sido una bola de cristal.

—¡Ah! Ya se lo he dicho —replicó el abate—. Me repugna la muerte.

—Y no obstante, si esa muerte se comete, será por instinto de conservación nuestra, por un sentimiento de defensa personal.

—No importa, yo no sería...

—Y, sin embargo, piensa en ello.

—Sin cesar, sin cesar —murmuró el abate.

—Y ha encontrado un procedimiento, ¿no es cierto? —dijo con viveza Dantés.

—Sí, si llegasen a poner en la galería un centinela ciego y sordo.

—Será ciego y será sordo —respondió el joven con resuelto que espantó al abate.

—No, no —exclamó—. ¡Imposible!

Dantés quiso insistir sobre el particular, pero el abate sacudió la cabeza y se negó a dar más respuestas.

Transcurrieron tres meses.

—¿Es usted fuerte? —preguntó un día el abate a Dantés. Éste, sin responder, cogió el cincel, lo torció como una herradura y volvió a enderezarlo.

—¿Se compromete a no matar al centinela más que en último extremo?

—Sí, se lo prometo.

—Entonces —dijo el abate—, podremos ejecutar nuestro plan.

—¿Y cuánto tiempo necesitaremos para llevarlo a cabo?

—Un año, por lo menos.

—Pero ¿podemos ponernos a trabajar?

—Inmediatamente.

—¡Oh! Hemos perdido un año —se lamentó Dantés.

—¿De modo que lo hemos perdido? —dijo el abate.

—¡Oh, perdón, perdón! —exclamó Edmond enrojando.

—¡Calle! —dijo el abate—. El hombre no es más que hombre; y usted aún es uno de los mejores que he conocido. Tenga, vea mi plan.

El abate le mostró entonces un dibujo que había trazado; era el plano de su cuarto, del cuarto de Dantés y del corredor que unía a ambos. En medio de esta galería estableció un ramal similar al que practican en las minas. Aquel ramal conduciría a los prisioneros bajo la galería en que se encontraba el centinela; una vez llegados allí practicarían una amplia excavación para quitar una baldosa del suelo de la galería; la baldosa, en un momento dado, se hundiría bajo el peso del soldado, que desaparecería tragado por la excavación; Dantés se precipitaría sobre él en el instante en que, aturdido por su caída, no podía defenderse, le ataría, le amordazaría, y entonces los dos pasarían por una de las ventanas de aquella galería, descenderían a lo largo de la muralla exterior con ayuda de la escala de cuerda y se escaparían.

Dantés aplaudió y sus ojos brillaron de alegría; aquel plan era tan simple que debía de resultar bien.

El mismo día los mineros se pusieron a excavar con tanto más ardor cuanto que aquel trabajo sucedía a un período de descanso, y no hacía más que, según todas las probabilidades, continuar el pensamiento íntimo y secreto de cada uno de ellos.

Sólo se interrumpían a la hora en que los dos debían regresar a su cuarto para recibir la visita del carcelero. Además, ya habían adquirido la costumbre de distinguir, el ruido imperceptible de sus pasos, el momento en que aquel hombre descendía, y nunca pudo coger a uno u otro de improviso.

La tierra que extraían de la nueva excavación, y que hubiera acabado de llenar el antiguo corredor, la arrojaban poco a poco, y con infinitas precauciones, por una u otra ventana del calabozo de Dantés o del calabozo de Faria: la pulverizaban con cuidado y el viento nocturno la llevaba lejos, sin que dejase rastro.

Más de un año se invirtió en aquel trabajo ejecutado con un cincel, un cuchillo y una palanca de madera por todo instrumento. Durante aquel año y mientras continuaban trabajando, Faria seguía instruyendo a Dantés, hablándole, tan pronto en una lengua como en otra, enseñándole la historia de las naciones y de los grandes hombres, que de vez en cuando dejan tras ellos una de esas estelas que se llaman gloria. El abate, hombre de mundo y de gran mun-

do, tenía, además, en sus modales una especie de majestad melancólica de la que Dantés, gracias al espíritu de asimilación con que le dotara la naturaleza, supo extraer aquella elegancia que le faltaba y aquellas maneras aristocráticas que sólo se adquieren con el roce de las clases elevadas o en compañía de hombres distinguidos.

Al cabo de quince meses el agujero estaba concluido, y la excavación hecha bajo la galería; oíase pasar y volver a pasar al centinela, y los dos obreros, que estaban obligados a esperar una noche oscura y sin luna para asegurar más su evasión, sólo tenían un temor: el de ver que el suelo, demasiado débil, se hundiese bajo el peso del soldado. Subsanaron este inconveniente colocando una especie de vigueta que encontraron en las excavaciones. Dantés se ocupaba de poner este puntal cuando de repente oyó al abate Faria—quien se encontraba en el cuarto del joven intentando preparar un gancho destinado a sostener la escala de cuerda— que le llamaba con acento de angustia. Dantés regresó precipitadamente y halló al abate de pie en medio de la estancia, pálido, con la frente bañada en sudor y las manos crispadas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dantés—. ¿Qué le sucede? ¿Qué tiene?

—¡Pronto, pronto! —apremió el abate—. ¡Escúcheme!

Dantés miró el lívido rostro de Faria, sus ojos orlados de un círculo amoratado, sus labios blancos, sus cabellos erizados; y, espantado, dejó caer al suelo el cincel que tenía en la mano.

—Pero ¿qué tiene? —preguntó Edmond.

—Estoy perdido —dijo el abate—. Escúcheme. Un mal terrible, posiblemente mortal, va a atacarme; ya llega el acceso, lo siento; ya me atacó el año anterior a mi encarcelamiento. Este mal sólo tiene un remedio que voy a decirle: corra en seguida a mi cuarto, levante la pata de mi cama; esa pata está hueca, allí encontrará un frasquito medio lleno de un líquido rojo, tráigamelo; o mejor dicho, no, podrían sorprenderme aquí; ayúdeme a regresar a mi cuarto mientras todavía me quedan fuerzas. ¿Quién sabe lo que sucederá mientras dura el acceso?

Dantés, sin perder la cabeza, a pesar de que aquella desgracia le hería terriblemente, se deslizó por el corredor arrastrando a su infortunado compañero tras de sí, y conduciéndole, con un trabajo inmenso, hasta la extremidad opuesta, en donde se hallaba el cuarto del abate, al que depositó sobre su cama.

—Gracias —dijo el abate estremeciéndose como si saliese del agua helada—. Ya se aproxima el mal, voy a ser atacado de catalepsia. Quizá no haga ningún movimiento, tal vez no lance ni un gemido; pero también arrojaré espuma por la boca, gritaré y me quedaré rígido; procure que no oigan mis gritos, es lo más importante, porque entonces podrían cambiarme de cuarto y nos separarían para siempre. Cuando me vea inmóvil, frío y muerto, por así decirlo, sólo en ese instante, ¿comprende bien?, ábrame los dientes con un cuchillo y écheme en la boca ocho o diez gotas de ese licor, y posiblemente vuelva en mí.

—¿Posiblemente? —exclamó apesadumbrado Dantés.

—¡A mí! ¡A mí! —exclamó el abate—. Yo me... me...

El acceso fue tan súbito y violento que el infortunado prisionero no pudo acabar la frase empezada; una nube pasó por su frente, rápida y sombría como las tempestades del mar; la crisis dilató sus ojos, torció su boca, enrojeció sus mejillas; se agitó, espumajeó, rugió, pero tal y como se lo había recomendado, Dantés ahogó sus gritos bajo el cobertor. Esto duró dos horas. Entonces, más inerte que una masa, más pálido y frío que el mármol, más destrozado que una caña pisoteada, cayó, aún se puso rígido en una última convulsión y se quedó lívido.

Edmond esperó que aquella muerte aparente se apoderase de todo el cuerpo y helase el corazón; entonces cogió el cuchillo, introdujo la lámina entre los dientes, entreabrió con gran esfuerzo las mandíbulas crispadas, contó una tras otra las diez gotas del licor rojo y esperó.

Transcurrió una hora sin que el anciano hiciese el menor movimiento. Dantés temía haber intervenido demasiado tarde, y le miraba las dos manos hundidas en sus cabellos. Al fin apareció una ligera coloración en sus mejillas, sus ojos, continuamente abiertos y sin brillo, recobraron su animación, un débil suspiro se escapó de su boca e hizo un movimiento.

—¡Salvado, salvado! —exclamó Dantés.

El enfermo aún no podía hablar, pero extendió con visible ansiedad su mano hacia la puerta. Dantés escuchó y oyó los pasos del carcelero; iban a ser las siete y Dantés se había olvidado de medir el tiempo.

El joven se lanzó hacia la abertura, entró, volvió a colocar la losa por encima de su cabeza, y regresó a su cuarto.

Un instante después la puerta se abrió a su vez y el carcelero, como de costumbre, encontró al prisionero sentado sobre su cama.

Apenas le hubo dado la espalda, apenas se perdió el ruido de sus pasos en el corredor, Dantés, devorado por la inquietud, reemprendió el camino que acababa de hacer, sin comer nada, y, levantando la baldosa con su cabeza, entró en el cuarto del abate.

Este ya había recobrado el conocimiento, pero continuaba tendido, inerte y sin fuerzas, encima de su lecho.

—Ya no contaba con volver a verle —dijo a Dantés.

—¿Por qué? —preguntó el joven—. ¿Pensaba morirse?

—No, pero todo está listo para su huida, y esperaba que usted se escapase.

La indignación coloreó las mejillas de Dantés.

—¿Sin usted? —exclamó—. ¿En verdad me ha creído capaz de eso?

—Ahora veo que me he equivocado —dijo el enfermo—. ¡Ah! Estoy muy débil, destrozado y anonadado.

—Ánimo, ya recobrará las fuerzas —dijo Dantés sentándose junto a la cama de Faria y cogiéndole las manos. El abate sacudió la cabeza.

—La última vez el acceso duró una media hora, tras de lo cual tuve hambre y me levanté solo; hoy no puedo mover ni la pierna ni el brazo derecho; mi cabeza está embotada, lo que prueba un derramamiento en el cerebro. A la tercera vez quedaré completamente paralítico o es posible que muera de repente.

—No, no, tranquilícese, no se morirá; en ese tercer acceso, si es que le acomete, ya estará usted libre. Le salvaré como en esta ocasión y aún mejor, porque entonces tendré todas las ayudas necesarias.

—Amigo mío —dijo el anciano—, no se engañe, la crisis que acabo de pasar me ha condenado a prisión perpetua; para huir hace falta caminar.

—Pues bien, esperaremos ocho días, un mes, dos meses si hace falta; en ese intervalo recuperará sus fuerzas. Ya está todo preparado para nuestra huida y podemos escoger el momento y la hora. El día en que usted se sienta con bastantes fuerzas para nadar, ese día pondremos en ejecución nuestro proyecto.

—No nadaré nunca —dijo Faria—. Este brazo está paralizado, no para unos días, sino para siempre. Levántelo usted mismo y vea cómo pesa.

El joven levantó el brazo, que cayó insensiblemente. Lanzó un suspiro.

—Ahora está usted convencido, ¿no es cierto, Edmond? —dijo Faria—. Créame, sé lo que digo. Desde la primera vez que me aquejó este mal, no he cesado de reflexionar. Lo esperaba, porque se trata de una herencia de familia; mi padre murió en la tercera crisis, mi abuelo lo mismo. El médico que me preparó este licor, y que no es otro que el famoso Cabanis, me predijo idéntica suerte.

—El médico se equivocó —replicó Dantés—. En cuanto a su parálisis, no me molesta; le llevaré sobre los hombros y nadaré sosteniéndole.

—Muchacho —dijo el abate—, usted es marino y nadador, en consecuencia debe saber que un hombre cargado con un peso semejante no hace ni cincuenta brazas en el mar. Deje de engañarse con quimeras que sólo pueden ilusionar a un excelente corazón; yo me quedaré aquí hasta que suene la hora de mi liberación, que ahora no puede ser otra que la de la muerte. En cuanto a usted, huya, parta. Aún es joven, diestro y fuerte; no se inquiete por mí, le devuelvo su palabra.

—¡Está bien! —exclamó Dantés—. Está bien, entonces, yo también me quedaré.

Después se levantó y extendió una mano con solemnidad sobre el anciano:

—Juro por la sangre de Cristo que no le abandonaré hasta que haya muerto.

Faria observó a aquel joven tan noble, tan sencillo y elevado, y leyó en sus facciones, animadas por la expresión de la fidelidad más pura, la sinceridad de su afecto y la lealtad de su juramento.

—Bueno —dijo el enfermo—. Acepto; gracias. A continuación le tendió la mano.

—Tal vez sea recompensado por ese afecto tan desinteresado —le dijo—, pero como yo no puedo y usted no quiere marcharse, es importante taponar el subterráneo hecho bajo la galería; el soldado puede descubrir al caminar la sonoridad del lugar minado, llamar la atención de algún inspector, y entonces nos descubrirían y separarían. Vaya a hacer ese trabajo, en el cual, desgraciadamente, no puedo ayudarle; emplee toda la noche, si hace falta, y no vuelva hasta mañana por la mañana, después de la visita del carcelero; tendré algo importante que comunicarle.

Dantés cogió la mano del abate, que le tranquilizó con una sonrisa, y se fue con la obediencia y el respeto que había testimoniado a su viejo amigo.

El tesoro

Cuando Dantés entró al día siguiente por la mañana en el cuarto de su compañero de cautividad, encontró a Faria sentado y con el semblante tranquilo.

Bajo el rayo de luz que se deslizaba a través de la estrecha ventana de su celda, tenía abierto en su mano izquierda, la única que le quedaba libre a causa de su paralización, un pedazo de papel que, a fuerza de estar enrollado, había tomado forma cilíndrica.

Mostró el papel sin decir nada a Dantés.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven.

—Mírelo bien —dijo el abate sonriendo.

—Por más que miro —replicó Dantés—, no veo sino un papel a medio quemar, en el cual están trazados caracteres góticos con una tinta extraña.

—Este papel, amigo mío —dijo Faria—, es, puedo confesárselo ahora que le he probado, este papel es mi tesoro, cuya mitad, a partir de hoy, le pertenece.

Un sudor frío corrió por la frente de Dantés. Hasta aquel día, y durante aquel espacio de tiempo, había evitado hablar a Faria de aquel tesoro, origen de la acusación de locura que pesaba sobre el pobre abate; con su delicadeza instintiva, Edmond prefirió no tocar aquella cuerda tan dolorosamente vibrante; y, por su parte, Faria se había callado. Había interpretado el silencio del anciano por un retorno a la razón; hoy, aquellas palabras que se le escaparon a Faria tras una crisis tan penosa, parecían anunciar una grave recaída en su alienación.

—¿Su tesoro? —balbució Dantés.

Faria sonrió.

—Sí, —afirmó—, en todo y por todo tiene un corazón noble, Edmond, y comprendo por su palidez y su estremecimiento, lo que

le pasa en este instante. No, tranquilícese, no estoy loco. Ese tesoro existe, Dantés, y si a mí no me es dado poseerlo, usted lo poseerá. Nadie ha querido escucharme ni creerme porque me creían loco; pero usted, que debe saber que no lo estoy, escúcheme y después me creerá si quiere.

«¡Ay! —murmuró Edmond para sí—. ¡Ahora sí que ha recaído! Sólo me faltaba esta desgracia» y añadió en voz alta:

—Amigo Faria, su acceso tal vez le haya fatigado, ¿no quiere descansar un poco? Mañana, si usted quiere, escucharé su relato, pero hoy deseo cuidarle, eso es todo. Además —prosiguió, sonriendo—, ¿por qué tanta prisa por ese tesoro?

—Corre mucha prisa, Edmond —respondió el anciano—. ¿Quién sabe si mañana, o pasado mañana, tal vez, se me repetirá el tercer acceso? Piense que entonces todo se habrá acabado. Sí, es cierto; varias veces he pensado con amargo placer en esas riquezas que labrarían la fortuna de diez familias, que la han perdido por esos hombres que me persiguen. Esta idea me servirá de venganza y la saboreaba lentamente a través de la oscuridad de mi calabozo y en la desesperanza de mi cautiverio. Pero ahora que ya he perdonado al mundo, por amor de usted; ahora que le veo joven y lleno de porvenir; ahora que me lo imagino con toda la felicidad que le puede proporcionar semejante revelación, me estremezco de impaciencia y tiemblo ante la idea de no asegurar a un propietario tan digno como usted la posesión de tantas riquezas sepultadas.

Edmond volvió la cabeza suspirando.

—Usted persiste en su incredulidad, Edmond —prosiguió Faria—. ¿No le ha convencido mi voz? Veo que le hacen falta pruebas. Pues bien, lea ese papel que no he enseñado a nadie.

—Mañana, amigo mío —dijo Edmond negándose a secundar la locura del anciano—. Creí que habíamos convenido en que hablaríamos de eso mañana.

Desde luego, hablaremos de ello mañana, pero hoy lea ese papel.

«No le irritemos», pensó Edmond.

Y, cogiendo aquel papel cuya mitad faltaba por haber sido quemada en algún accidente, leyó:

«Esté tesoro que puede ascender a dos
de escudos romanos en el ángulo más de

de la segunda abertura, el cual
declara pertenecerle en toda pro dero.
25 de abril 149».

—¿Y bien? —dijo Faria cuando el joven terminó de leer el documento.

—Pero —respondió Dantés— aquí no veo más que líneas truncadas, palabras sin continuación; los caracteres han sido interrumpidos por la acción del fuego y permanecen inteligibles.

—Para usted, amigo mío, que los lee por primera vez, pero no para mí que he invertido muchas noches en reconstruir cada frase y completado cada pensamiento.

—¿Y cree usted que ha encontrado el sentido interrumpido?

—Estoy seguro, y usted mismo juzgará; pero en principio escuche la historia de este papel.

—¡Silencio! —exclamó Dantés—. Siento pasos... Se aproximan... Me marchó... Adiós.

Y Dantés, feliz por haberse escapado de escuchar la historia y la explicación que le hubiesen confirmado la desgracia de su amigo, se deslizó como una culebra por el estrecho corredor, mientras Faria, devuelto a una especie de actividad motivada por el terror, empujó con el pie la baldosa y la recubrió con un trozo de estera.

Era el gobernador, quien, enterado por el carcelero del accidente de Faria, acudía a asegurarse personalmente de su gravedad.

Faria lo recibió sentado, evitando todo ademán comprometido y logrando ocultar al gobernador su parálisis, que ya había invadido la mitad de su cuerpo. Su temor consistía en que el gobernador, conmovido, quisiera trasladarlo a una celda más sana y lo separara de su compañero; pero por fortuna no fue así, y el gobernador se retiró convencido de que su pobre loco, por el cual sentía cierto afecto, no tenía sino una ligera indisposición.

Durante aquel tiempo, Edmond permaneció sentado sobre el lecho, con la cabeza entre las manos, tratando de coordinar sus ideas; todo era tan razonable, tan grande y lógico en Faria desde que lo conocía, que no podía comprender cómo aquella suprema inteligencia en todas las cosas quedase sin razón en una sola. ¿Acaso Faria se engañaba respecto al tesoro, o era que todo el mundo se engañaba respecto a Faria?

Dantés permaneció en su cuarto todo el día, no atreviéndose a regresar junto a su amigo. Intentaba retrasar de aquella manera el instante de adquirir la certeza de que su amigo estaba loco. Esta convicción resultaría espantosa para él.

Pero al anochecer, después de la visita habitual, Faria, al no ver regresar al joven, trató de franquear el espacio que le separaba de él. Edmond se estremeció al oír los dolorosos esfuerzos que el anciano realizaba para arrastrarse: su pierna yacía inerte y no podía servirle más que de un brazo. Edmond se vio obligado a ayudarlo porque él no hubiese podido salir solo por la estrecha abertura que daba al calabozo de Dantés.

—Aquí estoy, persiguiéndole encarnizadamente —dijo, con una sonrisa de bondad—. Ha creído que podía librarse de oírme, pero no es posible. Escúcheme, pues.

Edmond comprendió que no podía retroceder; hizo sentar al anciano en su lecho y se situó junto a él sobre su taburete.

—Ya sabe —dijo el abate— que yo era el secretario, el familiar y el amigo del cardenal Spada, el último príncipe de ese nombre. Debo a ese digno señor todo lo bueno que he disfrutado en mi vida. No era rico, aunque las riquezas de su familia fuesen proverbiales y yo hubiese oído decir frecuentemente: «Rico como un Spada». Pero él, como la opinión pública, vivía sobre aquella reputación de opulencia. Su palacio fue mi paraíso. Yo instruí a sus sobrinos, que están muertos, y cuando se quedó solo en el mundo, le devolví por medio de cierta conformidad absoluta, todo cuanto hiciera por mí durante diez años.

»La casa del cardenal en seguida dejó de tener secretos para mí; había visto con frecuencia a monseñor registrando libros antiguos y buscando ávidamente entre el polvo de los manuscritos de familia. Un día que le reproché sus inútiles vigiliass y la especie de abatimiento que sucedía a aquéllas, me miró sonriendo amargamente y abrió ante mí un libro que era la historia de la ciudad de Roma. Allí, en el capítulo veinte de la vida del Papa Alejandro VI, leíanse las siguientes líneas, que nunca pude olvidar:

»“Habían terminado las grandes guerras de la Romaña. César Borgia, que había concluido su conquista, tenía necesidad de dinero para comprar toda Italia. El Papa también necesitaba dinero para acabar con Luis XII, rey de Francia, aún peligroso a pesar de todos los reveses. Se trataba, pues, de hacer una buena especulación, lo que resultaba difícil en aquella pobre y abatida Italia.

»"Su Santidad tuvo una idea. Resolvió nombrar dos cardenales".

»Escogiendo a dos grandes personajes de Roma, a dos ricos sobre todo, he aquí lo que le proporcionaba al Santo Padre la especulación: en principio tenía que vender los dos cargos y los magníficos empleos que aquellos dos cardenales poseían; por otra parte, podía contar con un brillante precio al vender aquellos dos capelos.

»Aún quedaba una tercera parte de especulación, que pronto aparecerá.

»El Papa y César encontraron en principio a los dos futuros cardenales: uno era Juan Rospigliosi, que él solo poseía cuatro de las más altas dignidades de la Santa Sede, y el otro César Spada, uno de los romanos más notables y ricos. Uno y otro conocían el precio de semejante favor del Papa. Eran ambiciosos. Encontrados éstos, César halló en seguida quienes compraran sus cargos.

»Resultó que Rospigliosi y Spada pagaron por ser cardenales, y otros ocho pagaron por ser aquellos que habían sido los cardenales de nueva creación. Y entraron ochocientos mil escudos en los cofres de los especuladores.

»Pasemos a la última parte de la especulación. Habiendo el Papa colmado de distinciones a Rospigliosi y a Spada, habiéndoles conferido las insignias del cardenalato, seguro de que debieron, para pagar la deuda no ficticia de su gratitud, reunido y comprobado su fortuna para establecerse en Roma, el Papa y César Borgia invitaron a cenar a los dos cardenales.

»Este fue el motivo de unas contestaciones entre el Santo Padre y su hijo: César pensaba que se podía utilizar uno de aquellos medios que siempre se hallaban a disposición de sus amigos íntimos, a saber: primero la famosa llave con la cual se rogaba a ciertas personas que fueran a abrir determinado armario. Esta llave estaba provista de una puntita de hierro, negligencia del herrero. Cuando se hacía fuerza para abrir el armario, como la cerradura era muy dura, se pinchaban con aquella puntita y se moría al día siguiente. También había la sortija con cabeza de león, César ponía en su dedo cuando daba ciertos apretones de mano. El león mordía la epidermis de aquellas manos favorecidas, y la mordedura era mortal al cabo de veinticuatro horas.

»César, pues, propuso a su padre, bien enviar a los cardenales a que abriesen el armario, o dar a cada uno de ellos un cordial apretón de manos; pero Alejandro VI le respondió:

»—No escatimemos una comida cuando se trata de estos excelentes cardenales Rospigliosi y Spada. Algo me dice que conseguiremos ese dinero. Además, no olvides, César, que una indigestión se declara inmediatamente, mientras que una picadura no actúa hasta transcurridos uno o dos días.

»César se rindió ante tal razonamiento. Y he aquí por qué estos cardenales fueron invitados a comer.

»Se dispuso la mesa en la viña que poseía el Papa cerca de San Pedro ad Víncula, preciosa finca que los cardenales conocían muy bien de oídas.

»Rospigliosi, completamente aturdido por su nueva dignidad, preparó su estómago y adoptó su mejor fisonomía. Spada, hombre prudente, que sólo quería a su sobrino, joven capitán con el mejor porvenir, tomó papel y pluma para hacer su testamento.

»Envío a decir inmediatamente a aquel sobrino que le esperase en las proximidades de la viña, pero al parecer el criado no lo encontró.

»Spada conocía la costumbre de las invitaciones. Desde que el cristianismo, eminentemente civilizador, había aportado sus progresos a Roma, ya no era un centurión el que llegaba de parte del tirano para decir: “César quiere que tú mueras”; sino que era un legado *alátere* que venía con la sonrisa en los labios a decir de parte del Papa: “Su Santidad desea que le acompañe a comer”.

»Spada partió hacia las dos para la viña de San Pedro ad Víncula; el Papa le esperaba. La primera persona en la que reparó Spada fue la de su sobrino, muy elegante, muy ameno, a quien César Borgia prodigaba sus atenciones. Spada palideció; y César, que le dirigió una mirada llena de ironía, le dejó entrever que había previsto todo y que la trampa estaba bien preparada.

»Se comió. Spada sólo pudo preguntar a su sobrino: “¿Has recibido mi mensaje?”. El sobrino respondió que no y entonces comprendió el verdadero valor de aquella pregunta: ya era demasiado tarde, porque acababa de beber un vaso de excelente vino servido aparte para él por el bodeguero del Papa. En aquel momento Spada vio que le acercaban otra botella, de la que le sirvieron generosamente. Una hora más tarde un médico declaraba que estaba envenenado. Spada murió en el umbral de la viña, el sobrino expiró a la puerta de su casa haciendo una señal a su esposa, que no fue comprendida.

»Inmediatamente, César y el Papa se apresuraron a intervenir la herencia bajo el pretexto de buscar los documentos de los difuntos. Pero la heredad consistía en esto: un pedazo de papel sobre el cual había escrito Spada:

»“Lego a mi amado sobrino mis cofres, mis libros, entre los cuales se halla un breviario con las cantoneras de oro, deseando que conserve este recuerdo de su querido tío”.

»Los herederos buscaron por todas partes, admiraron el breviario, metieron la mano por debajo de los muebles, y se asombraron de que Spada, el hombre rico, fuese el más miserable de los tíos: ningún tesoro, a no ser los de la ciencia, encerrados en la biblioteca y los laboratorios.

»Esto fue todo. César y su padre buscaron, revolvieron y espiaron, sin encontrar nada; o por lo menos muy poca cosa: acaso un millar de escudos, orfebrería, y otro tanto de dinero en moneda; pero el sobrino había tenido tiempo de decir a su mujer:

»“Buscad entre los papeles de mi tío; hay un testamento real”.

»Aún se buscó más activamente de lo que lo hicieran los augustos herederos. Fue en vano: no quedaron más que dos palacios y una viña detrás del Palatino. Pero en aquella época los bienes inmuebles poseían un valor mediocre; ambos palacios y la viña quedaron para la familia, como indignos de la rapacidad del Papa y su hijo.

»Transcurrieron los meses y los años. Alejandro VI murió envenenado; ya se sabe cómo César, envenenado al mismo tiempo que él, pudo, sin embargo, evitar aquella muerte; pero al fin, obligado a dejar Roma, se hizo matar oscuramente en una escaramuza nocturna y casi olvidada por la historia.

»Después de la muerte del Papa y el destierro de su hijo, se esperaba que la familia adoptase nuevamente el principesco tren que llevaba en tiempos del cardenal Spada; pero no fue así. Los Spada permanecieron en un desahogo dudoso. Un misterio eterno pesaba sobre aquel sombrío asunto, y el rumor público dijo que César, mejor político que su padre, había quitado al Papa la fortuna de los dos cardenales; digo dos, porque el cardenal Rospigliosi, que no había tomado precaución alguna, fue despojado totalmente.

—Hasta ahora —interrumpió Faria, sonriente—, no le parece esto muy interesante, ¿verdad?

—¡Oh, amigo mío! —exclamó Dantés—. Por el contrario, me parece que leo una crónica llena de interés. Continúe, se lo ruego.

—Sí, continúo:

»La familia se acostumbró a aquella mediocridad. Los años transcurrieron; entre los descendientes, unos fueron soldados, otros diplomáticos; aquéllos, personajes de la Iglesia, o banqueros; los unos se enriquecieron y los otros se acabaron de arruinar. Llego al último de la familia, a aquel del que fui secretario: al conde de Spada.

»A menudo le había oído quejarse de la desproporción de su fortuna con su rango; de manera que le di el consejo de colocar los pocos bienes que le quedaban en rentas vitalicias; siguió este consejo y así dobló su fortuna.

»El famoso breviario había quedado en la familia, en poder del conde Spada: lo habían conservado de padres a hijos, porque la extraña cláusula del único testamento encontrado lo había convertido en una verdadera reliquia conservada con veneración supersticiosa en la familia; era un libro ilustrado con las más bellas figuras góticas, y tan cargado de oro, que un criado siempre lo llevaba delante del cardenal en los días de gran solemnidad.

»A la vista de los documentos de toda especie, títulos, contratos y pergaminos, que se guardaban en los archivos de la familia, y procedían del cardenal envenenado, me puse a mi vez, como veinte servidores, veinte intendentes y veinte secretarios que me habían precedido, a registrar los formidables rollos: a pesar de la actividad y tesón de mis búsquedas, no encontré absolutamente nada. Sin embargo, yo había leído, e incluso había escrito una historia exacta y casi efemérida de la familia de los Borgia, con el único objeto de asegurarme de si a la muerte de mi cardenal César Spada, a aquellos príncipes les sobrevino un aumento de fortuna y no encontré más que la suma de los bienes del cardenal Rospigliosi, su compañero de infortunio.

»Estaba, pues, casi seguro de que la herencia no había aprovechado a los Borgia ni a la familia, pero permanecía sin dueño, como esos tesoros de los cuentos árabes que duermen en el seno de la tierra bajo la vigilancia de un genio. Registré, conté y calculé infinidad de veces, las fortunas y los gastos de la familia desde hacía trescientos años: todo resultó inútil, quedaba en mi ignorancia y el conde de Spada en su miseria.

»Mi patrono murió. De sus rentas vitalicias había exceptuado sus papeles de familia, su biblioteca, compuesta de cinco mil volú-

menes y su famoso breviario. Me legó todo esto, con un millar de escudos romanos que poseía en dinero contante, a condición de que haría que se le dedicasen misas de aniversario, y que yo levantaría un árbol genealógico y una historia de su casa, lo que cumplí con exactitud...

»Tranquilícese, mi querido Edmond, —dijo el abate Faria interrumpiendo su narración—, nos acercamos al final:

»En 1807, un mes antes de mi detención y quince días después de la muerte del conde de Spada, el 25 de diciembre —ahora comprenderá cómo la fecha de ese día memorable quedó entre mis recuerdos—; releía por milésima vez aquellos papeles que empaquetaba, pues el palacio pertenecía a un extranjero y yo abandonaba Roma para ir a establecerme en Florencia, llevándome unas dos mil libras que poseía, mi biblioteca y mi famoso breviario, cuando, fatigado por aquel continuo estudio, en malas condiciones por una cena bastante pesada, dejé caer la cabeza entre las manos y me adormecí: eran las tres de la tarde.

»Me desperté cuando el reloj daba las seis.

»Levanté la cabeza, me hallaba en la más profunda oscuridad. Llamé para que me trajesen alguna luz y nadie acudió; entonces decidí valerme por mí mismo. Por lo demás era una costumbre filosófica que iba a necesitar adquirir. Cogí con una mano una bujía y con la otra busqué, a falta de cerillas ausentes de su caja, un papel que pensaba encender en el último rescoldo de la chimenea; pero, temiendo coger, en medio de la oscuridad, un papel valioso en vez de uno inútil, dudé; luego me acordé de que en el famoso breviario, situado en la mesa contigua a mi asiento, había un viejo papel amarillento por arriba que tenía aspecto de servir de señal, y había atravesado los siglos permaneciendo en su puesto por la veneración de los herederos. Busqué a tientas aquella hoja inútil, la retorcí y la acerqué a la mortecina llama para encenderla.

»Pero bajo mis dedos, como por arte de magia y a medida que el fuego aumentaba, vi unos caracteres amarillentos que salían del papel blanco y aparecían en la hoja; entonces se apoderó de mí el terror: recobré el papel con las manos, apagué el fuego, encendí directamente la bujía en el fuego, abrí con indecible emoción la carta estrujada y reconocí que una tinta misteriosa y simpática había trazado aquellas letras sólo visibles al contacto del calor. Un poco más del tercio del papel se había consumido con la llama: es el pa-

pel que ha leído esta mañana; vuélvalo a leer, Dantés; después, cuando lo haya leído, yo completaré las frases interrumpidas y el sentido incompleto.

Y Faria, cesando de hablar, ofreció el papel a Dantés, quien esta vez, releyó con avidez las siguientes palabras trazadas con una tinta rosácea, parecida al orín.

«Hoy 25 de abril de 1498, ha
Alejandro VI, y temiendo que no
quiera heredarme y me reser
y Bentivoglio, muertos envenenados,
mi heredero universal, que he se
por haberle visitado conmigo, es decir, en
isla de Montecristo, todo cuanto po
drerías, diamantes, joyas, que yo únicamente
puede ascender a cerca de dos millo
encontrará levantando la vigésima ro
caleta del Este, en línea recta. Dos aber
en esas grutas; el tesoro está en el ángulo más le
el cual tesoro le lego y concedo en toda
único heredero;

»25 abril 1498.

»*Ces.*»

—Ahora —prosiguió el abate—, lea este otro papel. Y presentó a Dantés una segunda hoja con otros fragmentos de renglones. Dantés empezó a leer:

»biendo sido convidado a comer por Su Santidad
contento con haberme hecho pagar el capelo,
ve la muerte de los cardenales Caprara
declaro a mi sobrino Guido Spada,
pultado en un lugar que conoce
las grutas de la pequeña
seo en lingotes de oro, monedas, pe
sé la existencia de ese tesoro que
nes de escudos romanos, y que
ca, empezando desde la pequeña
turas han sido practicadas

jano de la segunda,
propiedad como a mi

»*are Spada*».

Faria le observaba con mirada ardiente.

—Y ahora —dijo cuando hubo visto que Dantés llegó a la última línea— junte los dos fragmentos, y juzgue usted mismo.

Dantés obedeció; en ambos fragmentos podía leerse el siguiente contenido:

«Hoy, 25 de abril de 1498, ha... biendo sido convidado a comer por Su Santidad Alejandro VI, y temiendo que no... contento con haberme hecho pagar el capelo, quiera heredarme y me reser... ve la suerte de los cardenales Caprara y Bentivoglio, muertos envenenados..., declaro a mi sobrino Guido Spada, mi heredero universal, que he se... pultado en un lugar que conoce por haberlo visitado conmigo, es decir, en... las grutas de la pequeña isla de Montecristo, todo cuanto po... seo en lingotes de oro, monedas, pedrerías, diamantes, joyas, que yo únicamente... sé la existencia de ese tesoro que puede ascender a cerca de dos millo... nes de escudos romanos, y que encontrará levantando la vigésima ro... ca, empezando desde la pequeña caleta del Este, en línea recta. Dos aber... turas han sido practicadas en esas grutas; el tesoro está en el ángulo más le... jano de la segunda, el cual tesoro le lego y concedo en toda... propiedad como a mi único heredero;

»25 de abril de 1498.

»*Ces... are Spada*».

—¿Y bien, comprende al fin? —preguntó Faria.

—¿Era la declaración del cardenal Spada y el testamento que se buscaba desde hacía tanto tiempo? —preguntó Edmond aún incrédulo.

—Sí, mil veces sí.

—¿Quién lo ha reconstruido así?

—Yo, con la ayuda del fragmento restante, he adivinado lo demás midiendo la largura de los renglones con el papel, y rebuscando el sentido oculto por medio del sentido visible, como se guía uno en un subterráneo por un poco de claridad que llega de lo alto.

—¿Y qué hizo usted cuando creyó haber adquirido esa convicción?

—Decidí partir, y lo hice inmediatamente, llevando conmigo el principio de mi gran trabajo acerca de la unidad de un reino de Italia; pero la policía imperial, que en aquella época, al contrario de lo que quiso Napoleón cuando tuvo un hijo, quería la división de las provincias, y hacía tiempo que me vigilaba; mi partida precipitada, cuya causa estaban muy lejos de adivinar, despertó sus sospechas, y en el momento que me embarcaba en Piombino, fui detenido. Ahora —continuó Faria mirando a Dantés con una expresión casi paternal—, ahora, amigo mío, usted sabe tanto como yo: si alguna vez nos salvamos los dos juntos, la mitad de mis tesoros le pertenecen; y si yo muero aquí y usted logra salvarse solo, le pertenece por completo.

—Pero —preguntó Dantés, dudando—, ¿ese tesoro no tiene en el mundo ningún otro dueño más legítimo que nosotros?

—No, no, tranquilícese; la familia se extinguió totalmente. El último conde Spada, por otra parte, me nombró su heredero; legándome ese breviario simbólico me legó aquello que contenía. No, no, tranquilícese: si logramos rescatar esa fortuna, podemos disfrutarla sin remordimientos.

—¿Y dice que ese tesoro asciende...?

—A dos millones de escudos romanos; unos trece millones aproximadamente de nuestra moneda.

—¡Imposible! —exclamó Dantés, espantado por la enormidad de la suma.

—Imposible. ¿Y por qué? —replicó el anciano—. La familia Spada era una de las más antiguas y poderosas del siglo XV. Además, en aquellos tiempos en que se carecía de toda especulación e industria, no es raro encontrar esas aglomeraciones de oro y joyas. Aun actualmente hay familias romanas que se mueren de hambre poseyendo casi un millón en diamantes y pedrerías transmitidos por el mayorazgo, porque dichos objetos no pueden tocarlos.

Edmond creía soñar; vacilaba entre la incredulidad y la alegría.

—Si no le he revelado durante tanto tiempo este secreto —prosiguió Faria—, fue, en principio, para probarle, y luego para darle una sorpresa. Si nos hubiésemos evadido antes de mi ataque de catalepsia, le habría conducido a Montecristo; ahora —añadió, lanzando un suspiro—, será usted quien me lleve. ¿Qué, Dantés, no me da las gracias?

—Ese tesoro le pertenece, amigo mío —dijo Dantés—. Es suyo solamente, y no tengo derecho alguno sobre él: no soy su pariente.

—¡Usted es mi hijo, Dantés! —exclamó el anciano—. Es el hijo de mi cautiverio; mi estado me condena al celibato, y Dios le ha puesto en mi camino para consolar, a la vez, al hombre que no podía ser padre y al prisionero que no podía estar libre.

Y Faria alargó el brazo que aún movía hacia el joven, que se arrojó, sollozando, a su cuello.

El tercer acceso

Ahora que este tesoro, que durante tanto tiempo había sido objeto de las meditaciones del abate, podía asegurar la dicha futura de aquel a quien Faria quería verdaderamente como a su hijo, adquiría doble valor a sus ojos; todos los días ponderaba la magnitud de aquel tesoro explicando a Dantés el bien que podía hacer un hombre a sus amigos disponiendo de una fortuna de trece o catorce millones; y entonces el rostro de Dantés se exaltaba, porque el juramento de venganza que hiciera retornaba a su imaginación, y pensaba en cuánto daño podía hacer también un hombre a sus enemigos en los tiempos modernos con catorce millones.

El abate no conocía la isla de Montecristo, pero Dantés sí; había pasado con frecuencia por delante de ella, situada a veinticinco leguas de la Pianosa, entre Córcega y la isla de Elba, y hasta en una ocasión hizo escala en ella. Esta isla estaba, había estado y está, completamente desierta; es una roca de forma casi cónica, que parece haber sido empujada por algún cataclismo volcánico desde el fondo del abismo a la superficie del mar.

Dantés hacía el plano de la isla a Faria, y Faria daba consejos a Dantés acerca de los procedimientos que debería emplear para encontrar el tesoro.

Pero Dantés estaba muy lejos de participar en el entusiasmo y sobre todo en la confianza del anciano. Ciertamente, ahora estaba bien seguro de que Faria no era un loco, y la manera como había llegado al descubrimiento de lo que hizo creer en su locura, aún redoblaba la admiración que sentía por él; pero tampoco podía creer en aquel depósito, suponiendo que hubiera existido y que todavía existiese, porque si no era una quimera, al menos podían no encontrarlo.

Mientras tanto, como si el Destino hubiese querido despojar a los prisioneros de su última esperanza y hacerles comprender que

estaban condenados a prisión perpetua, les sobrevino una nueva desgracia: la galería de la orilla del mar, que desde hacía mucho tiempo amenazaba ruina, fue reconstruida; se repararon los cimientos y se cegó con enormes trozos de roca el agujero ya medio tapado por Dantés. Sin esta precaución, que el abate sugirió al joven, su infortunio habría sido mayor, porque hubieran descubierto su tentativa de evasión, y los habrían separado. Una nueva puerta, más fuerte, más inexorable que las otras, se había cerrado para ellos.

—Ya ve —decía el joven con melancólica tristeza a Faria— que Dios quiere quitarme hasta el mérito de lo que usted llama mi afecto por usted. Le había prometido permanecer eternamente con usted, y ahora ya no soy libre de faltar a mi promesa; ya no poseeré ese tesoro suyo, ni saldremos de aquí ninguno de los dos. Por lo demás, mi verdadero tesoro es usted, amigo mío, no el que me espera bajo las sombrías rocas de Montecristo, sino su presencia, esta compañía nuestra de cinco o seis horas diarias, a pesar de nuestro carcelero; son esos rayos de inteligencia que ha vertido en mi cerebro, esos idiomas que me ha enseñado con tanta paciencia y que me impulsan hacia todas las ramificaciones filosóficas. Esas ciencias diversas que usted me ha hecho comprensibles por la profundidad del conocimiento que usted posee y la claridad de los principios a que las ha reducido; ése es mi tesoro, amigo, y he aquí con lo que me ha enriquecido y hecho feliz. Créame y consuélase, esto vale más para mí que las toneladas de oro y las cajas de diamantes, aunque no fuesen tan problemáticas como esas nubes que se ven flotar sobre el mar por las mañanas, que se toman por tierra firme, y que se evaporan, se volatilizan y esfuman a medida que se acerca uno a ellas. Tenerle cerca de mí el mayor tiempo posible, escuchar su elocuente voz engalanando mi espíritu, engrandeciendo mi alma, haciéndome capaz de emprender grandes y terribles cosas si alguna vez soy libre, hace que la desesperación en que estaba a punto de abandonarme cuando le conocí, ya no encuentre sitio. He ahí mi fortuna, mi verdadera fortuna; se la debo, realmente, y todos los soberanos de la tierra, aunque fuesen César Borgia, no podrían arrebatármela.

Así transcurrieron para los dos infortunados, si no días felices, al menos días que corrían velozmente. Faria, que durante largos años había guardado profundo silencio acerca del tesoro, ahora hablaba de él en todo momento. Según había previsto, se encontraba paralizado del brazo derecho y de la pierna izquierda, y ya había

perdido toda esperanza de huir; pero siempre pensaba en una evasión o la libertad para su joven compañero y se regocijaba con él.

Por miedo a que la carta se extraviase, obligó a Dantés a sabérsela de memoria. Y Dantés la sabía desde la primera a la última palabra. Entonces destruyó la segunda parte, seguro de que si encontraban la primera no podrían adivinar su verdadero sentido. En algunas ocasiones, Faria se pasó horas enteras dando instrucciones a Dantés; instrucciones que debían servirle para el día de su libertad. Entonces, una vez libre, desde el día, desde la hora, desde el instante mismo en que lo estuviese, no debía tener más que un solo y único pensamiento: alcanzar Montecristo por cualquier medio, y quedarse solo bajo cualquier pretexto que no levantase sospechas. Una vez allí, una vez solo, dedicarse a buscar las grutas maravillosas y registrar el lugar indicado. Ese lugar, como se recordará, era el ángulo más alejado de la segunda abertura.

Mientras tanto, las horas transcurrían, si no rápidas, al menos soportables. Faria, sin haber recobrado el uso de su mano y de su pie, aunque sí toda la lucidez de su inteligencia, había acostumbrado poco a poco, con los conocimientos morales detallados, a que su joven compañero tuviese la sublime paciencia del prisionero y sacase provecho de cualquier cosa. Se ocupaban, pues, eternamente: Faria en su miedo a envejecer y Dantés temiendo acordarse de lo pasado, casi olvidado, y que ya flotaba en su memoria como un recuerdo lejano, perdido en la oscuridad de la noche; todo discurría así, como esas existencias en que la desgracia no ha dejado la menor huella, y transcurren tranquilas y maquinalmente bajo el ojo de la Providencia.

Pero bajo esa calma superficial, en el corazón del joven y tal vez en el del anciano, había muchos esfuerzos contenidos, muchos suspiros ahogados, que estallaban cuando Faria se quedaba solo y Edmond regresaba a su celda.

Una noche, Edmond se despertó sobresaltado, creyendo que le llamaban.

Abrió los ojos e intentó taladrar aquella profunda oscuridad.

Su nombre, o más bien una voz lastimera que intentaba pronunciar su nombre, llegaba hasta él.

Se levantó de su lecho, un sudor frío inundó su frente, y escuchó. No cabía la menor duda, los lamentos procedían del calabozo de su compañero.

—¡Gran Dios! —murmuró—. ¿Acaso será...?

Separó la cama, sacó la piedra, se abalanzó por el corredor y alcanzó la extremidad opuesta; la losa estaba levantada.

Al vacilante resplandor de aquella lámpara informe, Edmond divisó al anciano, pálido, en pie aún y sosteniéndose en la madera de su cama. Sus facciones aparecían descompuestas por aquellos horribles síntomas que ya conocía y que tanto le espantaron cuando aparecieron por primera vez.

—Bien, amigo mío —dijo Faria, resignado—. Ya comprende, ¿no es cierto? Ya no tengo que decirle nada.

Edmond lanzó un doloroso grito, y, perdiendo la cabeza por completo, se abalanzó hacia la puerta gritando:

—¡Socorro, socorro!

Faria aún tuvo fuerzas para detenerlo por el brazo.

—¡Silencio! —pidió—, o está perdido. No pensemos más que en usted, en hacer su cautiverio soportable o su huida posible. Necesitaría años para rehacer solo todo lo que he hecho aquí, y que sería destruido en el momento que nuestros carceleros se enterasen de que nos vemos. Además, tranquilícese, amigo mío, el calabozo que voy a abandonar no permanecerá vacío mucho tiempo: otro desdichado vendrá a sustituirme. Para ese otro, usted aparecerá como un salvador. Tal vez sea joven y fuerte como usted; acaso pueda ayudarle en su fuga, mientras que yo se la impediría. Ya no tiene más que un medio cadáver ligado a usted para paralizarle todos los movimientos. Decididamente, Dios ha hecho al fin alguna cosa por usted: le devolverá más de lo que le quita; ya es hora de que yo muera.

Edmond no pudo hacer otra cosa que cruzar las manos y exclamar:

—¡Oh, amigo mío! Amigo mío, cállese.

Después, recobrando su ánimo, quebrantado por aquel inesperado golpe, y su valor al oír las palabras del anciano, dijo:

—Ya le he salvado una vez, y le salvaré otra. Y levantó el pie de la cama para extraer el frasquito, lleno del licor rojo.

—Tenga —dijo—, todavía queda de este bálsamo salvador. Aprisa, aprisa, dígame lo que debo hacer esta vez. ¿Hay instrucciones? Hábleme, amigo mío, le escucho.

—No hay esperanza —respondió Faria, sacudiendo la cabeza— pero no importa. Dios quiere que el hombre, a quien ha crea-

do, y en el corazón del cual ha arraigado tan profundamente el amor a la vida, haga todo lo que pueda por conservar esta existencia tan penosa y a la vez tan querida.

—¡Oh, sí, sí! —exclamó Dantés—. Le salvaré, se lo repito.

—Bien, inténtelo, pues. El frío se apodera de mí; siento la sangre agolpándose en mi cabeza; este horrible temblor que me hace rechinar los dientes y parece descoyuntarme los huesos empieza a sacudir todo mi cuerpo. Dentro de cinco minutos estallará el mal, y dentro de quince no seré más que un cadáver.

—¡Oh! —exclamó Dantés con el corazón encogido de dolor.

—Actúe como la primera vez, sólo que no espere tanto tiempo. Todos los resortes de mi vida están muy gastados en estos momentos, y la muerte —prosiguió mostrando su brazo y su pierna paralizados—, no tendrá más que la mitad de trabajo que realizar. Si después de haberme vertido doce gotas, en vez de diez, ve que no me recupero, póngame el resto. Ahora lléveme a la cama, porque ya no puedo permanecer más tiempo de pie.

Edmond cogió al anciano en sus brazos y lo depositó en su lecho.

—Ahora, amigo —dijo Faria—, único consuelo de mi miserable vida, a quien el Cielo me ha enviado demasiado tarde; pero que al fin le ha enviado, presente inestimable, que yo agradezco; en el momento de separarme de usted eternamente, le deseo toda la felicidad, toda la prosperidad que merece. ¡Hijo mío, yo le bendigo!

El joven se puso de rodillas, apoyando la cabeza contra el lecho del anciano.

—Pero, sobre todo, escuche bien lo que voy a decirle en el momento supremo: el tesoro de los Spada existe; Dios permite que ya no haya para mí ni distancia ni obstáculo. Veo el fondo de la segunda gruta; mis ojos horadan las profundidades de la tierra y se deslumbran ante tantas riquezas. Si consigue escaparse, recuerde que el pobre abate a quien todo el mundo creía loco, no lo estaba. Corra a Montecristo, aproveche nuestra fortuna, aprovéchela, que ya ha sufrido bastante.

Una sacudida violenta interrumpió al anciano; Dantés levantó la cabeza, vio que los ojos se inyectaban de rojo: hubiese dicho que una ola de sangre acababa de ascender desde su pecho a la frente.

—¡Adiós, adiós! —murmuró el anciano cogiendo convulsivamente la mano del joven—. ¡Adiós!

—¡Oh! Todavía no, todavía no —exclamó Edmond—. ¡No me abandone! ¡Oh, Dios mío! Socorredle..., ayudad... me...

—¡Silencio, silencio! —murmuró el moribundo—. Que no nos separen si me salva.

—Tiene razón. ¡Oh, sí, sí! Esté tranquilo, le salvaré. Además, aunque sufra mucho, parece que no tanto como la primera vez.

—Desengañese; es porque ya tengo menos fuerzas para sufrir. A su edad se tiene fe en la vida; es el privilegio de la juventud creer y esperar; pero los viejos ven la muerte con más claridad. ¡Oh! Aquí está..., se acerca..., esto se acaba..., mi vista se enturbia..., huye mi corazón... ¡Su mano, Dantés!... ¡Adiós..., adiós!

Y levantándose, en un último esfuerzo, en el cual pareció reunir todas sus facultades, dijo:

—¡Montecristo! ¡No olvide Montecristo!

Y volvió a caer encima de la cama.

La crisis fue terrible: los miembros se crisparon, los párpados se hincharon, una espuma sanguinolenta, un cuerpo sin movimiento; he ahí lo que quedó sobre el lecho del dolor en lugar del ser inteligente que se había acostado un momento antes.

Dantés cogió la lámpara, la colocó a la cabecera del lecho sobre una piedra que hacía saliente y en donde su luz temblona iluminaba con un reflejo extraño y fantástico aquel rostro descompuesto y aquel cuerpo inerte y tieso.

Con los ojos fijos en él, esperó intrépidamente el momento de administrar el remedio salvador.

Cuando creyó llegado el momento, cogió el cuchillo, abrió los dientes, que ofrecieron menos resistencia que la primera vez, contó diez gotas y esperó; el frasquito aún contenía el doble de lo que había derramado.

Aguardó diez minutos, un cuarto de hora, una media hora, pero Faria no se movió. Temblando, con los cabellos erizados, la frente helada de sudor, contó los segundos por los latidos de su corazón.

Entonces pensó que era el instante de intentar la última prueba: aproximó el frasquito a los violáceos labios de Faria, y sin necesidad de abrirle las mandíbulas, que ya lo estaban, vertió todo el licor que quedaba.

El remedio produjo un efecto galvánico, un violento temblor sacudió los miembros del anciano, sus ojos se abrieron espantados

de ver, lanzó un suspiro que se parecía a un grito, y luego todo el cuerpo volvió poco a poco a su inmovilidad.

Únicamente los ojos le quedaron abiertos.

Media hora, una hora, transcurrió una hora y media. Durante esta hora y media de angustia, Edmond, inclinado sobre su amigo, con la mano apoyada en su corazón, sintió helarse sucesivamente el cuerpo y apagarse los latidos de aquel corazón, cada vez más sordos y profundos.

Al fin no sobrevivió nada: el último latido del corazón cesó, el rostro se tornó lívido, los ojos permanecieron abiertos, pero la mirada sin brillo.

Eran las seis de la mañana, el día empezaba a aparecer, y su rayo blanquecino invadía el calabozo haciendo palidecer la luz moribunda de la lámpara. Extraños reflejos pasaban por el rostro del cadáver, dándole, de vez en cuando, apariencias de vida. Mientras duró esta lucha entre el día y la noche. Dantés aún dudó; mas cuando venció el día, comprendió que se encontraba a solas con un cadáver.

Entonces le invadió un terror profundo e invencible; no se atrevió a estrechar aquella mano que pendía fuera del lecho, ni posar la vista en aquellos ojos fijos y blancos, que varias veces intentó cerrar inútilmente porque siempre volvían a abrirse. Apagó la luz, la escondió cuidadosamente y se marchó, colocando lo mejor que pudo la baldosa por encima de su cabeza.

Además, ya era hora; el carcelero aparecería en seguida.

Esta vez empezó su visita por Dantés; al salir de su calabozo se dirigió al de Faria, a quien le llevaba el desayuno y ropa limpia.

Nada se advertía en aquel hombre de que ya hubiese tenido conocimiento del accidente ocurrido.

Dantés, entonces, sintiose preso de una indecible impaciencia por saber qué sucedería en el calabozo de su desventurado amigo; entró, pues, en la galería subterránea y llegó a tiempo de oír las exclamaciones del guardián, que pedía socorro.

En seguida entraron en el calabozo los demás carceleros; pues se oyeron esos pasos sordos y regulares corrientes en los soldados, incluso cuando se hallan fuera de servicio. Tras los soldados llegó el gobernador.

Edmond oyó el ruido del lecho sobre el que estaba el cadáver; escuchó la voz del gobernador, que ordenaba se le echara agua al

rostro, y al ver que, a pesar de tal prueba, el prisionero no se recuperaba, mandó buscar al médico.

El gobernador salió; y algunas palabras de compasión llegaron a los oídos de Dantés, entre risas burlonas.

—Vamos, vamos —comentaba uno—, el loco ha ido a reunirse con sus tesoros. ¡Buen viaje!

—No tendrá, con todos sus millones, con qué pagar su mortaja —decía otro.

—¡Oh! —replicó una tercera voz—. Las mortajas del castillo de If no cuestan muy caras.

—Posiblemente —dijo una de las primeras voces—, como era hombre de Iglesia, se harán algunos gastos en favor suyo.

—Entonces tendrá los honores del saco.

Edmond escuchaba sin perderse palabra, pero no comprendía gran cosa de todo aquello. En seguida se extinguieron las voces, y le pareció que los asistentes abandonaban la estancia.

Sin embargo, no se atrevió a entrar: podían haber dejado a cualquier centinela cuidando el cadáver.

Permaneció, pues, mudo, inmóvil y conteniendo la respiración.

Al cabo de una hora, o poco más, al silencio sucedió un ligero ruido que iba en progresión.

Era el gobernador que volvía seguido del médico y de varios oficiales.

Hubo un momento de silencio: era evidente que el médico se aproximaba al lecho y examinaba el cadáver.

Pronto empezaron las preguntas.

El médico analizó el mal que acabara con el prisionero y declaró que estaba muerto.

Preguntas y respuestas se hacían con tal desidia, que Dantés se indignaba; le parecía que todo el mundo debía sentir por el pobre abate parte del afecto que él le profesaba.

—Me disgusta lo que acaba de manifestarme —dijo el gobernador, respondiendo a la certidumbre expresada por el médico de que el anciano estaba realmente muerto—, porque se trata de un prisionero amable, inofensivo, divertido con su locura y, sobre todo, fácil de vigilar.

—¡Oh! —replicó el carcelero—. Aunque no se le hubiese vigilado, le respondo de que habría permanecido aquí cincuenta años, y eso sin hacer ni una tentativa de evasión.

—No obstante —añadió el gobernador—, creo que sería conveniente, a pesar de su convicción, y no es que dude de su capacidad, pero por mi propia responsabilidad, asegurarnos de si el prisionero está realmente muerto.

Hubo un instante de absoluto silencio durante el cual Dantés, siempre a la escucha; consideró que el médico examinaba y palpaba por segunda vez el cadáver.

—Puede estar tranquilo —declaró entonces el médico—; está muerto, y soy yo quien responde.

—Ya sabe usted, señor —replicó el gobernador, insistiendo—, que no nos conformamos, en semejantes casos, con un simple examen; a pesar de todas las apariencias, le ruego que acabe su misión cumpliendo las formalidades prescritas por la ley.

—Que calienten los hierros —dijo el médico—, pero, en realidad, juzgo inútil esa precaución.

Esta orden de calentar los hierros estremeció a Dantés.

Se oyeron pasos precipitados, el rechinar de la puerta, algunas idas y venidas interiores, y minutos después un carcelero entró diciendo:

—Aquí está el brasero con el hierro.

Entonces se produjo un silencio, luego se oyó el chirrido de la carne al quemarse, cuyo olor espeso y nauseabundo atravesó la baldosa tras la cual escuchaba Dantés horrorizado.

Ante este olor a carne humana carbonizada, el sudor invadió la frente del joven y casi le hizo desvanecerse.

—Ve usted, señor, cómo está bien muerto —dijo el médico—. Esta quemadura en el talón es decisiva; el pobre loco está curado de su locura y libre de su cautividad.

—¿No se llamaba Faria? —preguntó uno de los oficiales que acompañaban al gobernador.

—Sí, señor, y según pretendía, era un nombre de abolengo; además era muy sabio y bastante razonable respecto a todo lo que no fuese su tesoro; pero, así resultaba intratable.

—Ese mal es lo que llamamos monomanía —exclamó el médico.

—¿Nunca ha tenido usted ningún motivo de queja contra él? —preguntó el gobernador al carcelero encargado de llevar los alimentos al abate.

—Nunca, señor gobernador —respondió el guardián—. Nunca jamás. Al contrario, en ocasiones hasta me divertía contándome

historias; y un día que mi mujer estuvo enferma, me proporcionó una receta que la curó.

—¡Ah, ah! —exclamó el médico—. Ignoraba que tuviese que vérmelas con un colega. Confío, señor gobernador —añadió, riendo—, que lo tratará como está ordenado.

—Sí, sí, quédese tranquilo; será amortajado con toda decencia en el saco más nuevo que podamos encontrar. ¿Está satisfecho?

—¿Debemos cumplir esa última formalidad delante de usted, señor? —preguntó uno de los carceleros.

—Sin duda, pero que se apresuren.

Volvieron a oírse nuevas idas y venidas; un instante después un ruido de tela arrugada llegó a los oídos de Dantés, el lecho rechinó sobre sus muelles, un paso pesado como el de un hombre que levanta un fardo se posó sobre la baldosa, luego el lecho rechinó de nuevo bajo el peso del que volvían a colocar sobre él.

—Hasta esta noche —dijo el gobernador.

—¿Habrá una misa? —preguntó uno de los oficiales.

—Imposible —respondió el gobernador—, el capellán del castillo vino a pedirme permiso ayer para efectuar un corto viaje de ocho días a Hyères; yo le respondí de mis presos durante todo ese tiempo. El pobre abate no debería haberse apresurado tanto y hubiese tenido su *requiem*.

—Bah, bah —exclamó el médico con la impiedad propia de los de su profesión—. Es hombre de Iglesia; Dios tendrá en cuenta su estado y no proporcionará al infierno el placer de enviarle un sacerdote.

Una carcajada acogió esta macabra broma.

Durante ese tiempo había proseguido la operación de amortajamiento.

—¡Hasta la noche! —dijo el gobernador cuando estuvo concluida.

—¿A qué hora? —preguntó el carcelero.

—Entre diez y once de la noche.

—¿Se velará al muerto?

—¿Para qué? Se cerrará el calabozo como si estuviese vivo, y eso es todo.

En aquel momento se alejaron los pasos, las voces fueron debilitándose, el ruido de la puerta con su cerradura chirriante y sus cerrojos chillones dejáronse oír. Un silencio más sombrío que el de

la soledad, el silencio de la muerte, invadió todo, hasta el alma helada del joven.

Entonces éste levantó la baldosa con su cabeza, y echó una mirada investigadora por la estancia.

La celda estaba vacía: Dantés salió de la galería.

El cementerio del castillo de If

Sobre la cama, tendido a lo largo y débilmente alumbrado por la claridad de un día brumoso que penetraba a través de la ventana, veíase un saco de tela basta, bajo los anchos pliegues del cual se dibujaba confusamente una forma larga y tiesa: era la mortaja de Faria, aquella mortaja que, al decir de los carceleros, costaba tan poco. Así, pues, todo había concluido. Ya existía una separación material entre Dantés y su viejo amigo; ya no podía ver aquellos ojos que permanecían abiertos como para mirar más allá de la muerte; ya no podía estrechar aquella mano industriosa que le había descorrido el velo que cubría las cosas ocultas. Faria, el útil, el buen compañero, al cual se había acostumbrado tanto, no existía más que en su recuerdo. Entonces se sentó a la cabecera de aquel lecho terrible y se sumergió en una sombría y amarga melancolía.

¡Solo! Había vuelto a quedarse solo. Había vuelto al silencio. Se encontraba frente a la nada.

Solo, sin ver más, sin oír más la voz del único ser humano que aún le unía a la tierra. ¿No sería mejor unirse a Faria e irse a preguntar a Dios el enigma de la vida, a riesgo de pasar por la lúgubre puerta de los sufrimientos?

La idea del suicidio, disipada por su amigo, apartada por su presencia, volvió entonces a erigirse como un fantasma cerca del cadáver de Faria.

—Si pudiese morir —dijo—, iría adonde va él, y seguramente lo encontraría. Pero ¿cómo morir? Es bien fácil —agregó, riendo—. Me quedaré aquí y me arrojaré sobre el primero que entre; lo estrangularé y me guillotinarán.

Mas como sucede que, tanto en los grandes males como en las grandes tempestades, el abismo se encuentra entre dos olas, Dantés retrocedió ante la idea de aquella muerte infamante, y pa-

só precipitadamente de la desesperación a un ardiente deseo de vivir y de libertad.

—¡Morir! ¡Oh, no! —exclamó—. No merece la pena haber vivido tanto y haber sufrido tanto para morir ahora. Morir estaba bien cuando yo tomé la resolución en otros tiempos, hace años; pero ahora sería conceder demasiado a mi miserable destino. No, quiero vivir, quiero luchar hasta el fin; no, quiero reconquistar la dicha que me arrebataron. Antes de morir, olvidaba que tengo que castigar a mis verdugos, y también, ¿quién sabe?, recompensar a algunos amigos. Pero ahora me van a olvidar aquí, y ya no saldré de mi calabozo más que como Faria.

Pero ante estas palabras, Edmond se quedó inmóvil, con los ojos fijos, como un hombre asaltado por una idea inesperada, pero a quien espanta tal idea; de pronto se levantó, se llevó la mano a la frente como si tuviese vértigo, dio dos o tres vueltas por la estancia, y volvió a detenerse frente al lecho.

—¡Oh, oh! —murmuró—. ¿Quién me inspira este pensamiento? ¿Sois vos, Dios mío? Ya que nada más los muertos salen libres de aquí, ocupemos el puesto de los muertos.

Y sin perder tiempo para no volverse atrás, como para no dar al pensamiento tiempo de destruir aquella resolución desesperada, se inclinó sobre el horrible saco, lo abrió con el cuchillo que Faria había fabricado, retiró el cadáver del saco, lo llevó a su celda, lo acostó en su lecho, le cubrió la cabeza con el gorro de tela que acostumbraba a ponerse él, lo envolvió con su cobertor, besó una última vez su helada frente, intentó cerrar de nuevo sus ojos rebeldes, que permanecían continuamente abiertos, espantados por la ausencia de ideas, volvió la cabeza hacia la pared de modo que el carcelero, cuando llevase su cena, creyese que estaba dormido, como solía ocurrir con frecuencia, regresó a la galería, arrimó la cama contra la pared, entró en la otra estancia, cogió del armario la aguja, el hilo, se despojó de sus harapos para que sintiesen bajo la tela las carnes desnudas, se deslizó en el saco abierto, se colocó en la situación que se encontraba el cadáver y cerró la costura por dentro.

Habrían podido oír el latido de su corazón si por desgracia hubiesen entrado en aquellos momentos.

Dantés hubiera podido esperar muy bien hasta después de la visita de la noche, pero tenía miedo de que el gobernador cambiase de pensamiento y se llevaran el cadáver.

Entonces su última esperanza se hubiese perdido.

En todo caso, ya tenía su plan dispuesto.

He aquí lo que había resuelto hacer.

Si durante el trayecto los enterradores averiguaban que llevaban un ser vivo en vez de un muerto, Dantés no les daría tiempo de recuperarse; de un tajo vigoroso de su cuchillo abriría el saco de arriba abajo, aprovecharía su terror y escaparía; si pretendían detenerle, emplearía el cuchillo.

Si le conducían hasta el cementerio y le depositaban en una fosa, se dejaría cubrir de tierra; después, como sería de noche, apenas le volviesen la espalda los sepultureros, se abriría un pasadizo a través de la tierra removida y escaparía: confiaba en que el peso no fuese demasiado para poder apartarlo.

Si se engañaba, si por el contrario la tierra era demasiado pesada, se ahogaría, y, ¡tanto mejor! Todo habría concluido.

Dantés no había comido desde la víspera, pero ni había pensado en el hambre aquella mañana, ni pensaba aun en ello. Su posición era muy precaria para dejarle tiempo a pensar en otra cosa.

El primer peligro que corría Dantés era que el carcelero, al llevarle la comida de las siete se diese cuenta de la sustitución; afortunadamente, infinidad de veces, bien por misantropía, bien por fatiga, Dantés había recibido al carcelero acostado; y en ese caso, por lo general, ese hombre depositaba su pan y su sopa sobre la mesa y se retiraba sin hablarle.

Pero esta vez, el carcelero podía salir de su acostumbrado mutismo, hablar a Dantés y al ver que éste no le respondía, acercarse al lecho y descubrirlo todo.

Cuando se aproximaron las siete, empezaron las verdaderas angustias de Dantés. Su mano, apoyada sobre el corazón, trataba de comprimir sus latidos, mientras que con la otra se enjugaba el sudor de la frente, que corría en abundancia. De vez en cuando, le sacudían violentos estremecimientos que le dejaban el corazón como helado. Entonces, creía morir.

Las horas transcurrieron sin que ningún incidente turbase la quietud del castillo, y Dantés comprendió que había escapado al primer peligro; era un buen augurio. Al fin, hacia la hora fijada por el gobernador, empezaron a oírse pasos en la escalera. Edmond comprendió que había llegado el momento; hizo acopio de todo su ánimo, retuvo el aliento y, afortunadamente, al

mismo tiempo pudo contener las precipitadas pulsaciones de sus arterias.

Se detuvieron ante la puerta, los pasos eran dobles. Dantés adivinó que se trataba de dos sepultureros que venían a buscarle. Sus sospechas se convirtieron en certidumbre cuando oyó el ruido que hacían al depositar una camilla en el suelo.

La puerta se abrió, una luz velada llegó hasta los ojos de Dantés. A través de la tela que le cubría distinguió a dos sombras que se aproximaban a su cama. En la puerta, una tercera sostenía una linterna. Cada uno de los hombres que se acercaron a su lecho, cogieron el saco por una extremidad.

—Sí que es pesado para ser un viejo tan flaco —comentó uno de ellos, levantándole por la cabeza.

—Se dice que cada año se aumenta una media libra en el peso de los huesos —dijo el otro, cogiéndole por los pies.

—¿Has hecho tu nudo? —preguntó el primero.

—Sería bien tonto cargar con un peso inútil —respondió el segundo—. Ya lo haré allá abajo.

—Tienes razón. Vayámonos, entonces.

«¿Para qué será ese nudo?», se preguntó Dantés.

Transportaron al pretendido muerto de la cama a la camilla. Edmond se puso rígido a fin de parecer muerto. Lo colocaron sobre las parihuelas, y el cortejo, iluminado por el hombre de la linterna, que marchaba delante, subió la escalera.

De pronto el aire fresco y áspero de la noche lo inundó. Dantés reconoció el mistral. Aquello fue una sensación súbita, llena a la vez de delicias y angustias.

Los portadores dieron una veintena de pasos, luego se detuvieron y depositaron la camilla en el suelo.

Uno de los hombres se alejó y Dantés oyó cómo resonaban sus zapatos en las baldosas.

«¿Dónde estoy, pues?», se preguntaba el joven.

—¿Sabes tú que no es tan ligero? —dijo el que se había quedado junto a Dantés, mientras se sentaba al borde de las parihuelas.

El primer impulso de Dantés fue escaparse, pero afortunadamente se contuvo.

—Alúmbrame, animal —dijo el portador que se había alejado—, o no encontraré nunca lo que busco.

El hombre del farol obedeció la orden, aunque no le fuera hecha en términos muy corteses.

«¿Qué buscará? —se preguntaba Dantés—. Seguramente un azadón.»

Una exclamación de complacencia indicó que el enterrador había encontrado lo que buscaba.

—¡Al fin! —exclamó el otro—. Te ha costado trabajo.

—Sí —respondió—, pero no ha perdido nada esperando.

A estas palabras se aproximó a Edmond, que oyó depositar junto a él un cuerpo pesado y retumbante; en el mismo instante una cuerda rodeó sus pies con una viva y dolorosa presión.

—Bueno, ¿está hecho el nudo? —preguntó el sepulturero que quedó inactivo.

—Y muy bien hecho —replicó el otro—. Te lo aseguro.

—En ese caso, continuemos.

Y levantaron las parihuelas para emprender su camino.

Avanzaron unos cincuenta pasos, después se detuvieron para abrir una puerta y luego prosiguieron su ruta. El ruido de las olas que se rompían contra las rocas sobre las cuales estaba construido el castillo, llegaba más claramente al oído de Dantés a medida que avanzaban.

—¡Mal tiempo! —exclamó uno de los portadores—. No será grato estar en el mar esta noche.

—Sí, el abate corre gran riesgo de mojarse —dijo el otro, y ambos se echaron a reír.

Dantés no comprendió muy bien aquella broma, mas no por eso dejaron de erizársele menos los cabellos.

—Bueno, ya hemos llegado —repuso el primer sepulturero.

—Más lejos, más lejos —indicó el otro—. Ya sabes que el último se quedó destrozado por las rocas, y al día siguiente el gobernador nos dijo que éramos unos holgazanes.

Dieron cuatro o cinco pasos más sin dejar de ascender, luego Dantés sintió que lo cogían para balancearlo.

—Una —dijeron los enterradores.

—Dos.

—Tres.

Y en aquel instante, Dantés sintiose lanzado, en efecto, en un vacío enorme, atravesando el aire como un pájaro herido; cayendo, cayendo continuamente, con un espanto que le helaba el co-

razón. Si bien arrastrado hacia abajo por algo pesado que precipitaba su rápido vuelo, le pareció que aquella caída duraba un siglo. Al fin, con un ruido espantoso, entró como una flecha en un agua helada que le hizo lanzar un grito, ahogado en el mismo instante por la inmersión.

Dantés había sido arrojado al mar, al fondo del cual lo arrastraba una bala del treinta y seis atada a sus pies.

El mar es el cementerio del castillo de If.

La isla de Tiboulén

Aturdido y casi sofocado, Dantés tuvo, empero, la presencia de ánimo para contener el aliento; y, como en la mano derecha llevaba preparado para cualquier eventualidad el cuchillo, abrió rápidamente el saco, sacó el brazo, luego la cabeza; pero entonces, a pesar de sus movimientos por levantar la bala, se sintió arrastrado hacia el fondo; se encorvó buscando la cuerda que sujetaba sus piernas, y, con un supremo esfuerzo la cortó precisamente en el momento que se asfixiaba; inmediatamente dio un vigoroso empuje con el pie y subió libre a la superficie, en tanto que la bala arrastraba al fondo aquel tosco saco destinado a servirle de mortaja.

Dantés no se tomó más que el tiempo de respirar y volvió a sumergirse de nuevo; porque la primera precaución que debía tomar era sustraerse a las miradas.

Cuando reapareció por segunda vez, ya se encontraba a cincuenta pasos por lo menos del sitio de su caída; vio encima de su cabeza un cielo negro y tempestuoso, en medio del cual el viento arrastraba algunas nubes, descubriendo a veces un poco de espacio azul, en el que brillaban una o dos estrellas. Delante de él se extendía una planicie sombría y bramadora, en donde las olas empezaban a levantarse como ante una próxima tempestad, mientras que detrás de él, más negro que el mar, más oscuro que el cielo, se elevaba, como un fantasma amenazador, el gigante de granito, cuya sombría punta semejaba un brazo extendido para volver a coger su presa; sobre la roca más alta se divisaba un farol alumbrando a dos sombras.

Le pareció que aquellas dos sombras se inclinaron hacia el mar con inquietud; en efecto, aquellos extraños enterradores debieron de oír el grito que lanzó al caer en el vacío. Dantés, pues, se zambulló de nuevo e hizo un trayecto bastante largo nadando entre dos

aguas; esta maniobra le era muy familiar en otros tiempos y, por lo general, atraía a su alrededor, en la ensenada del Faro, a numerosos admiradores que le habían proclamado con frecuencia el nadador más hábil de Marsella.

Cuando volvió a superficie del mar, la linterna había desaparecido.

Necesitaba orientarse: de todas las islas que rodeaban el castillo de If, Ratonneau y Pomègue son las más próximas; pero ambas están habitadas, al igual que la pequeña isla de Daume. La isla más segura, era, pues, la de Tiboulén o la de Lemaire, que se encuentra a una legua del castillo de If.

Dantés resolvió alcanzar una de aquéllas; pero ¿cómo encontrarlas en medio de la noche que cada vez se oscurecía más en torno suyo?

En aquel momento vio brillar como una estrella el faro de Planier.

Dirigiéndose directamente hacia tal faro, dejaba la isla de Tiboulén un poco a su izquierda; luego, inclinándose un poco hacia su izquierda, debía encontrar aquella isla en su camino.

Pero, ya se ha indicado que había una legua como mínimo desde el castillo de If a aquella isla.

Faria, con frecuencia, solía repetir al joven cuando le veía abatido y perezoso:

—Dantés, no se abandone a esa molicie, porque cuando trate de huir se ahogará si le faltan las fuerzas.

Bajo la ola pesada y amarga se acordó de aquellas palabras; entonces se dio prisa en subir y hender las aguas para ver si, efectivamente, no había perdido las fuerzas; vio con alegría que su forzada inacción no le había despojado de su pujanza ni de su agilidad, y comprendió que era dueño del elemento en que jugara desde niño.

Por otra parte, el miedo, ese rápido perseguidor, aumentaba el vigor de Dantés. Inclinado sobre la cima de las olas, escuchaba si llegaba algún rumor hasta su oído. Cada vez que se elevaba en la extremidad de una ola, su rápida mirada abarcaba el horizonte visible y trataba de penetrar a través de las tinieblas; cada ola, un poco más elevada que las otras, le parecía una barca persiguiéndole, y entonces redoblaba sus esfuerzos, que le alejaban, indudablemente, pero cuya repetición debía aniquilar pronto sus fuerzas.

No obstante, seguía nadando, y ya el terrible castillo quedaba envuelto entre los vapores nocturnos: ya no se le distinguía, pero continuaba sintiéndole.

Transcurrió una hora, durante la cual Dantés, exaltado por el sentimiento de libertad, continuaba hendiendo las olas en la dirección que había tomado.

«Veamos —se decía—, pronto hará una hora que nado, pero como el viento lo tengo en contra, he perdido la cuarta parte de mi rapidez; no obstante, y a menos que me haya equivocado de dirección, ahora no debo estar muy lejos de Tiboulén... Pero ¿y si me engaño?»

Un estremecimiento recorrió todos los miembros del nadador; trató de hacer un instante la plancha a fin de reposar un poco, pero el mar era cada vez más fuerte, y en seguida comprendió que aquel medio de descanso, con el que contaba, resultaba imposible.

«Pues bien —se dijo—, iré hasta el fin, hasta que mis brazos se cansen, se agarroten mis piernas, y entonces me dejaré ir al fondo.»

Y se puso a nadar con la fuerza y el impulso de la desesperación.

De pronto le pareció que el cielo, de por sí oscuro, aún se ensombrecía más, que una nube espesa, pesada y compacta, descendía hacia él; en el mismo instante sintió un violento dolor en la rodilla: su imaginación, con incalculable rapidez, comprendió que había sido una bala y que inmediatamente oiría la explosión del disparo; pero el tiro no se oyó. Dantés alargó la mano y sintió cierta resistencia; también extendió la pierna y tocó tierra; entonces vio cuál era el objeto que había tomado por una nube.

A veinte pasos de distancia se elevaba una masa de rocas extrañas que se hubiera creído era un hogar inmenso petrificado en el momento de su combustión más ardiente: era la isla de Tiboulén.

Dantés se incorporó, dio algunos pasos hacia delante, y se tendió, dando gracias a Dios, sobre aquellas puntas de granito, que en aquel momento le parecieron tan suaves como el más blando lecho.

Después, a pesar del viento, a pesar de la tempestad, y a pesar de la lluvia que empezaba a caer, roto por la fatiga, se durmió con ese sueño tan delicioso que vence al hombre cuando su cuerpo está agotado, pero cuya alma vela con la conciencia de una dicha inesperada.

Dantés, con su perspicacia de marino, no se había equivocado: había abordado la primera de las dos islas, que es precisamente la

de Tiboulén. Sabía que era árida, descubierta y que no ofrecía ningún refugio; pero cuando se calmase la tempestad se echaría al mar y ganaría a nado la isla de Lemaire, también árida, pero más ancha y, por consiguiente, más hospitalaria.

Una roca que formaba un hueco, ofreció un abrigo momentáneo a Dantés, refugiose en él, y casi al mismo instante estalló la tempestad con toda su fuerza.

Edmond sentía temblar la roca bajo la cual se guarecía; las olas se estrellaban contra la base de la gigantesca pirámide y llegaban hasta a salpicarle. A pesar de encontrarse guarecido, se hallaba en medio de aquel ruido profundo, en medio de aquellos fulgurantes resplandores, preso de una especie de vértigo; le parecía que la isla temblaba bajo él y de un momento a otro iba, como un buque anclado, a romper amarras y arrastrarse en medio del inmenso torbellino.

Entonces se acordó de que hacía veinticuatro horas que no había comido: tenía hambre y sed.

Dantés extendió la mano y la cabeza, y bebió el agua de la tempestad en el hueco de la roca.

Cuando se incorporaba, un relámpago, que parecía rasgar el cielo hasta el resplandeciente trono de Dios, iluminó el espacio; al resplandor de este relámpago, entre la isla Lemaire y el cabo Croisille, a un cuarto de legua de donde se hallaba, Dantés vio aparecer, como un espectro resbalando desde lo alto de una ola a un abismo, un pequeño barco de pesca, impelido a la vez por la tempestad y las olas; un segundo después volvió a aparecer el fantasma en la cima de otra ola, aproximándose con una espantosa rapidez. Dantés intentó gritar, buscó algún trozo de lienzo para agitarlo en el aire y hacerles ver que se perdían; pero ellos mismos le veían claramente. Al resplandor de otro relámpago, el joven vio a cuatro hombres agarrados a los mástiles y a las vergas; un quinto se mantenía aferrado a la barra del timón partido. Estos hombres le vieron, sin duda, porque sus gritos desesperados llegaron a sus oídos arrastrados por la ráfaga del viento. Encima del mástil, tronchado como una caña, flotaba en el aire, en precipitadas sacudidas, una vela hecha pedazos; de repente, las ligaduras que aún la retenían se rompieron y desapareció en las sombrías profundidades del cielo, semejante a esos grandes pájaros blancos que se dibujan sobre las nubes negras.

Al mismo tiempo se oyó un crujido espantoso, y gritos de agoría llegaron hasta Dantés. Aferrado como una esfinge a su roca, desde donde dominaba el abismo, vio, a la luz de un nuevo relámpago, el barco destrozado y, entre los restos, cabezas con rostros desespe-
rados y brazos levantados hacia el cielo.

Luego todo volvió a quedar sumergido en la oscuridad; el terrible espectáculo duró lo que un relámpago.

Dantés se precipitó por la pendiente resbaladiza de las rocas, a riesgo de rodar él mismo al mar; miró, escuchó, pero no oyó ni distinguió nada: ni gritos ni más esfuerzos humanos; sólo la tempestad, esa gran cosa de Dios, continuaba rugiendo con dos vientos y salpicando con las olas.

Poco a poco fue calmándose el viento; el cielo arrastró hacia el Occidente gruesas nubes grises y, por así decirlo, detuvo la tempestad; el azul reapareció con las estrellas más brillantes que nunca, y en seguida, hacia el Este, una larga banda rojiza dibujó en el horizonte ondulaciones de un azul oscuro; las olas saltaron, un súbito resplandor recorrió sus cimas y transformó sus crestas espumosas en crines de oro.

Era el día.

Dantés permaneció inmóvil y mudo ante este gran espectáculo, como si lo viese por primera vez; en efecto, al cabo de tanto tiempo en el castillo de If, lo había olvidado. Se volvió hacia la fortaleza, preguntando a la vez, en una prolongada mirada, circundante, a la tierra y al mar.

El sombrío edificio emergía del seno de las aguas con esa imponente majestad de las cosas inmóviles, que a la vez parecen vigilar y mandar.

Podían ser las cinco de la mañana; el mar continuaba calmándose.

«Dentro de dos o tres horas —se dijo Edmond—, el carcelero entrará en mi celda, encontrará el cadáver de mi pobre amigo, lo reconocerá, me buscará en vano y dará la alarma. Entonces descubrirán el agujero de la galería; interrogarán a los hombres que me han arrojado al mar y que debieron de oír el grito que lancé. Inmediatamente las barcas repletas de soldados armados correrán tras el desdichado fugitivo, que comprenderán no está lejos. El cañón advertirá a toda la costa que no den asilo a un hombre que encuentren desnudo y hambriento. Los espías y alguaciles de Marsella estarán

avisados y vigilarán toda la costa, mientras el gobernador del castillo de If hará batir el mar. Entonces, ¿acosado en el agua, perseguido en tierra, qué será de mí? Tengo hambre, tengo frío, y hasta he abandonado el cuchillo salvador que me molestaba para nadar; estoy a merced del primer paisano que quiera ganar veinte francos entregándome; ya no tengo más fuerzas, ni ideas, ni resolución. ¡Oh Dios mío!, ¡Dios mío! Ved si he sufrido bastante, y si podéis hacer por mí más de lo que yo puedo hacer por mí mismo.»

En el momento que Edmond, en una especie de delirio, ocasionado por la falta de fuerzas y el vacío de su mente, pronunciaba, ansiosamente vuelto hacia el castillo de If, esta ardiente plegaria, vio aparecer en la punta de la isla de Pomegue, dibujando su vela latina en el horizonte, y semejante a una gaviota que se desliza sobre las olas, un pequeño barco que sólo el ojo de un marino podía reconocer por una tartana genovesa, sobre la línea, aún medio oscurecida del mar. Venía del puerto de Marsella y se adentraba en el mar empujando la espuma brillante con la proa aguda que abría un camino más fácil a sus flancos rellenos.

—¡Oh! —exclamó Edmond—. ¡Decir que dentro de media hora podría reunirme con ese barco, si no temiese ser interrogado, reconocido como fugitivo y conducido a Marsella! ¿Qué hacer, qué decir, qué fábula inventar que pueda engañarlos? Esas gentes no son más que contrabandistas, medio piratas. Bajo el pretexto de hacer el cabotaje, bordean las costas; preferirán venderme que realizar una buena acción estéril. Esperemos. Pero esperar es cosa imposible; me muero de hambre; en pocas horas se habrán desvanecido las pocas fuerzas que me restan; además, se aproxima la hora de la visita; aún no se ha dado la alarma y tal vez no sospechen nada si puedo hacerme pasar por uno de los marineros de ese pequeño barco que se ha estrellado esta noche. Esta fábula no carecerá de verosimilitud; nadie podrá contradecirme, porque todos están bien muertos. Vamos.

Y, diciendo estas palabras, Dantés volvió la mirada hacia el lugar en que se estrelló el navío y se estremeció. En la punta de una roca quedó enganchado el gorro frigio de uno de los marineros naufragos, y a su lado flotaban algunos restos del casco, viguetas inertes que el mar zarandeaba una y otra vez contra la base de la isla.

Dantés tomó su resolución en un instante; se arrojó al mar, nadó hacia el gorro, se cubrió la cabeza con él, agarró una de las viguetas y se dirigió a cortar la línea que debía seguir la embarcación.

—Ahora estoy salvado —murmuró.

Y esta convicción le devolvió las fuerzas.

En seguida divisó la tartana, que teniendo el viento a favor, corría a bordadas entre el castillo de If y la torre de Planier. Por un momento, Dantés temió que en lugar de costear el pequeño barco ganase alta mar, como hubiese hecho si, por ejemplo, su destino fuese Córcega o Cerdeña; pero de la manera que maniobraba, el nadador reconoció en seguida que deseaba pasar, como es costumbre en los barcos que van a Italia, entre la isla de Jaros y la isla de Calaseraigne.

Mientras tanto el navío y el nadador se aproximaban insensiblemente uno a otro; en una de sus bordadas, la pequeña embarcación llegó, incluso, a colocarse a un cuarto de legua de Dantés. Entonces se elevó sobre las aguas y agitó su gorro con gran apuro; pero nadie le vio desde el barco, que viró de bordo y empezó una nueva bordada. Dantés pensó en llamarlos; pero midió la distancia y comprendió que su voz no llegaría jamás hasta el navío, confundida y arrastrada mucho antes por la brisa del mar y el ruido de las olas.

Entonces fue cuando se felicitó por aquella precaución tomada de sostenerse sobre una vigueta. En el estado de debilidad en que se hallaba, tal vez no hubiera podido sostenerse en la superficie hasta que se le reuniese la tartana; y, con toda seguridad, si la tartana pasaba sin verle, pues era posible, no podría alcanzar la costa.

Dantés, aunque estaba seguro del rumbo que seguía la embarcación, la acompañó con una mirada de cierta ansiedad hasta el momento que vio la derrota que seguía y dirigirse hacia él.

Entonces avanzó hacia su encuentro; pero antes de que se reuniesen, el navío empezó a virar de bordo.

Inmediatamente Dantés, con un esfuerzo supremo, se levantó casi por encima de las aguas, agitando su gorro y arrojando uno de esos dolorosos gritos que lanzan los marinos cuando se encuentran en peligro, y que parecen la queja de algún genio del mar.

Esta vez le oyeron y le divisaron. La tartana interrumpió su maniobra y dobló el cabo de su lado. Al mismo tiempo, Dantés vio que se disponían a echar una chalupa al mar.

Un instante más tarde la chalupa, ocupada por dos hombres, se dirigía hacia él, batiendo el mar con sus dos remos. Entonces Dantés soltó la tabla que ya no creía necesitar y nadó vigorosamente para ahorrar la mitad del camino a los que se dirigían hacia él.

Sin embargo, el nadador había contado demasiado con sus fuerzas casi agotadas; entonces fue cuando comprendió lo útil que había sido aquel trozo de madera que ya flotaba a cien pasos de donde se hallaba él. Sus brazos empezaron a agarrotarse, sus piernas perdían flexibilidad; sus movimientos se hacían cada vez más duros y bruscos; su pecho estaba sin aliento.

Lanzó un gran grito, los dos remeros redoblaron sus esfuerzos, y uno de ellos le gritó en italiano:

—¡Ánimo!

La palabra le llegó en el momento que una ola, que no tuvo fuerzas para evitar, pasó por encima de su cabeza y lo cubrió de espuma.

Reapareció batiendo el mar con esos movimientos desiguales y desesperados del hombre que se ahoga; lanzó un tercer grito y se sintió sumergido en el mar, como si aún tuviera atada a los pies la bala mortal.

El agua pasó por encima de su cabeza, y a través del agua, distinguió el cielo lívido con manchas negras.

Un violento esfuerzo lo devolvió a la superficie. Entonces le pareció que le cogían por los cabellos; luego ya no vio nada ni oyó nada; estaba desvanecido.

Cuando volvió a abrir los ojos, Dantés se encontraba sobre el puente de la tartana, que continuaba su camino; su primera mirada fue para ver qué dirección seguía: proseguía alejándose del castillo de If.

Dantés se encontraba tan extenuado, que la exclamación de alegría que lanzó fue tomada por un suspiro de dolor.

Como se ha indicado, estaba acostado sobre el puente; un marinero le frotaba los miembros con una manta de lana; otro, que reconoció por el que le había gritado «¡ánimo!», le ponía la abertura de una cantimplora en los labios; un tercero, viejo marino que era a la vez piloto y patrón, le miraba con ese sentimiento de piedad egoísta que experimentan en general los hombres hacia una desgracia, de la que se han librado el día antes y puede acaecerles al siguiente.

Algunas gotas del ron que contenía la cantimplora reanimaron el desfallecido corazón del joven, mientras que las friegas que el marinero, arrodillado ante él, seguía dándole con la lana, devolvían la elasticidad a sus miembros.

—¿Quién es usted? —le preguntó el patrón en un mal francés.

—Soy —respondió Dantés en mal italiano— un marinero maltés; veníamos de Siracusa con cargamento de vino. La tempestad de esta noche nos ha sorprendido en el cabo Morgión, y nos hemos estrellado contra aquellas rocas que están allá.

—¿De dónde viene?

—De aquellas rocas en que tuve la suerte de agarrarme, mientras nuestro pobre capitán se rompía la cabeza contra ellas. Nuestros tres compañeros se han ahogado. Creo que soy el único superviviente; he visto su buque, y, temiendo permanecer mucho tiempo a la espera en ese islote desierto, me he aventurado sobre un tablón de nuestro barco a venir hasta aquí. Gracias —continuó Dantés—, usted me ha salvado la vida; ya estaba perdido cuando uno de sus marineros me ha cogido por los cabellos.

—Fui yo —dijo un marinero de fisonomía franca y abierta, enmarcada en largas patillas negras—. Si me descuido, se ahoga.

—Sí —replicó Dantés alargándole la mano—. Sí, amigo mío, y le vuelvo a dar las gracias.

—A fe mía —explicó el marinero—, que vacilé un poco; con su barba de seis pulgadas de larga y sus cabellos de un pie, se parecía más a un bandido que a un hombre honrado.

Dantés se acordó entonces de que desde que estaba en el castillo de If no se había cortado el pelo ni afeitado la barba.

—En efecto —respondió—, es un voto que había hecho a Nuestra Señora del Pie de la Grotta en un momento de peligro; estar diez años sin cortarme el pelo ni afeitarme. Hoy expira mi voto, y he estado a punto de ahogarme en mi aniversario.

—Ahora, ¿qué vamos a hacer con usted? —preguntó el patrón.

—¡Ay! —respondió Dantés—. Lo que usted quiera. La falúa en que navegaba, se ha perdido; el capitán está muerto; como ve, he escapado a la misma suerte, pero completamente desnudo; por fortuna soy bastante buen marinero. Déjeme en el primer puerto que toque, y siempre encontraré algún empleo en cualquier barco mercante.

—¿Conoce el Mediterráneo?

—Navego en él desde que era niño.

—¿Conoce los buenos fondeaderos?

—Hay pocos puertos, incluso los más difíciles, en los que no pueda entrar, o de los que no pueda salir con los ojos cerrados.

—Está bien. Diga, pues, patrón —preguntó el marinero que había gritado «¡ánimo!» a Dantés—, si el camarada dice la verdad, ¿qué le impide quedarse con nosotros?

—Sí, si dice la verdad —replicó el patrón con aire de duda—; pero en el estado en que se halla el pobre diablo, se promete mucho y se cumple muy poco.

—Yo cumpliré más de lo que he prometido —aseguró Dantés.

—¡Oh, oh! —exclamó el patrón, riendo—. Eso ya lo veremos.

—Cuando usted quiera —replicó Dantés incorporándose—. ¿Adónde se dirigen?

—A Liorna.

—Pues bien, entonces, en vez de navegar a bordadas, que hace perder un tiempo precioso, ¿por qué no cargan la vela y se ciñe al viento de cerca?

—Porque iríamos a dar derechos a la isla de Rión.

—Se pasará a más de veinte brazas.

—Coja, entonces, el timón —dijo el patrón—, y juzgaremos sus conocimientos.

El joven fue a sentarse al timón; se aseguró, por una ligera presión, de que el navío era dócil; y, viendo que, sin ser muy bueno, obedecería, dio la orden:

—¡A las bolinas!

Los cuatro marineros que formaban la tripulación corrieron a sus puestos mientras el patrón los observaba.

—¡Halar! —añadió Dantés.

Los marineros obedecieron con bastante precisión.

—Y ahora, amarrad bien.

La orden fue ejecutada igual que las dos primeras, y el pequeño barco, en vez de continuar navegando a bordadas, empezó a avanzar hacia la isla de Rión, cerca de la cual pasó, tal como lo había dicho Dantés, dejándola a estribor a una veintena de brazas.

—¡Bravo! —exclamó el patrón.

—¡Bravo! —repitieron los marineros.

Y todos contemplaron con asombro a aquel hombre cuya mirada había recobrado una inteligencia y el cuerpo un vigor que estaban muy lejos de suponer en él.

—Ya lo ve —dijo Dantés abandonando el timón—, siempre puedo serle de alguna utilidad, al menos durante la travesía. Si usted no me quiere en Liorna, bien, déjeme allí; y con mis primeros

sueños le pagaré mi comida hasta entonces y la ropa que pueda proporcionarme.

—Está bien, conforme —replicó el patrón—. Nos podremos arreglar si usted es razonable.

—Un hombre vale lo que cualquier otro —dijo Dantés—. Lo que dé a los camaradas, me lo da a mí, y asunto concluido.

—Eso no es justo —intervino el marinero que sacara a Dantés del mar—. Porque usted sabe más que nosotros.

—¿Por qué diablos te metes tú? ¿Acaso te importa eso, Jacobo? —inquirió el patrón—. Cada uno es dueño de enrolarse por la suma que le conviene.

—Eso es cierto —replicó Jacobo—; era una simple observación.

—Pues bien, aún harás mejor en prestar a este valiente muchacho, que se encuentra desnudo, un pantalón y una blusa, si tienes de recambio.

—No —contestó Jacobo—, pero tengo un pantalón y una camisa.

—Es cuanto necesito —dijo Dantés—. Gracias, amigo mío.

Jacobo se deslizó por la escotilla y reapareció al cabo de unos minutos con las dos prendas, que Dantés se puso con indecible placer.

—Ahora ¿necesita alguna cosa más? —preguntó el patrón.

—Un trozo de pan y un nuevo trago de ese excelente ron que ya probé; porque hace tiempo que no he comido nada.

En efecto; hacía casi unas cuarenta y ocho horas que no había comido.

Dieron a Dantés un trozo de pan, y Jacobo le presentó la cantimplora.

—¡La barra a babor! —gritó el capitán volviéndose hacia el timonel.

Dantés echó una mirada hacia el mismo lado, llevándose la cantimplora a la boca, pero no recorrió más que la mitad de su camino.

—¡Toma! —exclamó el patrón—. ¿Qué sucede en el castillo de If?

Una pequeña nube blanca, nube que había llamado la atención de Dantés, acababa de aparecer por encima de las almenas del bastión sur del castillo de If.

Un segundo después, el ruido de una explosión lejana fue a morir a bordo de la tartana.

Los marineros levantaron las cabezas mirándose unos a otros.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó el patrón.

—Se habrá escapado algún preso esta noche —dijo Dantés—, y disparan el cañón de alarma.

El patrón echó un vistazo al joven, que al pronunciar estas palabras se llevó la cantimplora a los labios; pero le vio saborear el licor que contenía con tanta calma y satisfacción, que si le hubiese asaltado alguna sospecha, ésta no habría hecho sino atravesar su mente y morir en seguida.

—Este ron es endiabladamente fuerte —comentó Dantés enjugando con la manga de su camisa su frente perlada de sudor.

—En todo caso —murmuró el patrón mirándole—, si es él, tanto mejor; porque al fin he adquirido un hombre valioso.

Bajo el pretexto de que estaba cansado, Dantés pidió entonces sentarse al timón. El timonel, encantado de ser relevado en sus funciones, consultó con la mirada al patrón, quien le indicó con la cabeza que podía dejar la barra a su nuevo compañero.

Dantés, así colocado, pudo permanecer con la mirada fija en el lado de Marsella.

—¿Qué día del mes es hoy? —preguntó a Jacobo, que acudió a sentarse junto a él, al perder de vista el castillo de If.

—Estamos a 28 de febrero —respondió.

—¿De qué año? —volvió a preguntar Dantés.

—¿Cómo de qué año? ¿Pregunta usted el año?

—Sí —replicó el joven—, le pregunto qué año.

—¿Se ha olvidado del año en que vivimos?

—¿Qué quiere usted! He tenido tanto miedo esta noche —dijo, riendo, Dantés—, que poco me ha faltado para perder la cabeza; mi memoria ha quedado toda confusa, por eso le pregunto; ¿el 28 de febrero, de qué año?

—Del año 1829 —respondió Jacobo.

Hacía catorce años, día a día, que Dantés había sido detenido.

Había entrado a los diecinueve años en el castillo de If, y salía a los treinta y tres.

Una dolorosa sonrisa se dibujó en sus labios; se preguntó qué habría sido de Mercedes durante aquel tiempo en que ella debió creerle muerto.

Después, un relámpago de odio encendió sus ojos al pensar en aquellos tres hombres, a los cuales debía tan larga y penosa cautividad.

Y renovó contra Danglars, Fernando y Villefort aquel implacable juramento de venganza que ya pronunciara en la cárcel.

Y aquel juramento ya no constituía una simple amenaza, porque en aquel momento el velero más veloz de todo el Mediterráneo ya no hubiera podido alcanzar a la tartana que singlaba a toda vela hacia Liorna.

Los contrabandistas

Aún no había pasado Dantés un día a bordo cuando ya comprendió perfectamente con quien se las tenía que ver. Sin haber sido discípulo del abate Faria, el digno patrón del *Joven Amelia*—, éste era el nombre de la tartana genovesa—, sabía casi todas las lenguas que se hablan en ese gran lago que llaman el Mediterráneo; desde el árabe hasta el provenzal; lo cual hacía que no necesitase de intérpretes, personas molestas y a veces indiscretas, facilitándole los medios de comunicación, bien con los navíos que encontraba en mar, bien con las pequeñas embarcaciones que levantaba a lo largo de las costas, bien, en fin, con esas gentes sin nombre, sin patria, sin Estado aparente, que frecuentan los puertos de mar, y que viven de esos recursos misteriosos y ocultos que es preciso creer que proceden directamente de la Providencia, pues no poseen ningún medio de existencia a la vista: se adivinará que Dantés se encontraba a bordo de un barco contrabandista.

También el patrón había recibido a Dantés a bordo con cierta desconfianza: era muy conocido de todos los aduaneros de la costa, y como siempre andaba con ellos a ver cuál podía más en ardides para engañarse mutuamente, pensó, en principio, que Dantés era un emisario de los consumidores que se valía de aquel ingenioso medio a fin de descubrir algunos secretos del oficio. Pero la brillante manera con que Dantés había salido de la prueba cuando orientó al barco, le convenció enteramente; inmediatamente después, al ver flotar aquella ligera humareda por encima del bastión del castillo de If, y oír el lejano ruido de la explosión, tuvo por un momento la idea de que acababa de recibir a bordo una persona que, como en las entradas y las salidas de los reyes, se les dispensan los honores del cañón; esto ya le inquietaba menos, cabe decirlo, que si el recién llegado fuese un aduanero; pero esta segunda suposición también se

desvaneció en seguida, como la primera, a la vista de la perfecta calma del marinero.

Edmond, pues, tuvo la ventaja de saber quién era su patrón, sin que éste supiese quién era él; por cualquier lado que le atacasen el viejo marino y sus camaradas, mantuvo su postura y no hizo ninguna concesión: dio muchos detalles acerca de Nápoles y de Malta, que conocía como Marsella, y sostuvo, con una firmeza que hacía honor a su memoria, su primera narración. Por consiguiente, fue el genovés, a pesar de lo sutil que era, quien quedó engañado por Edmond, en favor del cual hablaban su dulzura, su experiencia náutica y, sobre todo, el más cuidadoso disimulo.

Y además, tal vez el genovés era como esas personas de talento que nunca saben más de lo que deben saber, y que no creen sino en lo que les interesa creer.

De manera que en esta recíproca situación llegaron a Liorna.

Edmond debía experimentar allí una nueva prueba: consistía en saber si se reconocería a sí mismo después de no haberse visto en catorce años; había conservado una idea bastante precisa de cuando era joven, e iba a ver lo que era convertido en hombre. A los ojos de sus camaradas ya había cumplido su voto; como ya había estado en Liorna otras veces, conocía a un barbero en la calle San Fernando. Entró en su casa para hacer que le cortasen el pelo y la barba.

El barbero miró con asombro aquel hombre de larga cabellera y de espesa y negra barba, que se parecía a una de esas hermosas cabezas del Tiziano. En aquella época aún no era moda de llevar la barba y los cabellos tan desmesuradamente largos; hoy un barbero se asombraría solamente de que un hombre tan bien dotado de semejantes ventajas físicas consintiese en privarse de ellas.

El barbero liornés puso manos a la obra sin la menor observación.

Cuando la operación estuvo concluida, cuando Edmond sintió su barba completamente afeitada, cuando sus cabellos fueron reducidos a la largura corriente, solicitó un espejo y se contempló.

Entonces tenía treinta y tres años, como se ha expresado, y sus catorce años de prisión, por así decirlo, habían cambiado sumamente su finosomía.

Dantés había entrado en el castillo de If con el rostro redondo, sonriente y abierto del joven feliz, a quien los primeros pasos en la vida le han sido fáciles, y que cuenta con el porvenir como una sucesión natural de lo pasado; todo eso había cambiado.

Su redondo rostro se había alargado; su risueña boca había adquirido esas líneas firmes y fijas que indican resolución; sus cejas se habían arqueado bajo una arruga única y pensativa; sus ojos aparecían inundados de una profunda tristeza y del fondo de ellos surgían algunas veces esos resplandores sombríos de la misantropía y del odio; su tez, hurtada tanto tiempo del sol, había adquirido ese color mate que constituye, cuando el rostro está enmarcado en cabellos negros, la aristocrática belleza de los hombres del Norte. Aquella ciencia profunda que había adquirido, se reflejaba en su rostro con una aureola de inteligencia y seguridad; además, aunque era de estatura bastante elevada, había adquirido ese vigor peculiar de los cuerpos que concentran siempre sus fuerzas en sí mismos.

A la elegancia de las formas nerviosas y enjutas, había sucedido la solidez de las formas redondas y musculosas. En cuanto a su voz, las súplicas, los gemidos y las imprecaciones, la habían cambiado, tan pronto con un timbre de una dulzura extraña, como con un acento rudo y casi ronco.

Además, su ojos, sumergidos constantemente en la semioscuridad, y en una media claridad habían adquirido esa singular facultad de distinguir los objetos durante la noche, como lo hacen la hiena y el lobo.

Edmond sonrió al verse: era imposible que su mejor amigo, si es que le quedaba algún amigo, le reconociera; ni siquiera se reconocía él mismo.

El patrón del *Joven Amelia*, a quien interesaba mucho tener entre su gente a un hombre del valor de Edmond, le propuso algunos adelantos sobre su parte en los beneficios futuros, y Edmond aceptó. Su primer cuidado al salir de casa del barbero, que acababa de operarle aquella primera metamorfosis, fue la de entrar en un almacén y comprar un traje completo de marinero; este traje, como se sabe, es muy sencillo: se compone de un pantalón blanco, una camisa rayada y un gorro frigio.

Con este traje, llevando a Jacobo la camisa y el pantalón prestado, se presentó Edmond ante el patrón del *Joven Amelia*, al cual se vio obligado a repetir su historia. El patrón no quería reconocer en aquel marinero presumido y elegante al hombre de la barba espesa, los cabellos enmarañados de algas y el cuerpo empapado de agua de mar, que había recogido desnudo y moribundo en la cubierta de su embarcación.

Seducido por su nuevo aspecto, renovó a Dantés sus proposiciones de enganche; pero como Dantés ya tenía formados sus proyectos, no las quiso aceptar más que por tres meses.

Por otra parte, la tripulación del *Joven Amelia* era muy activa, y sometida a las órdenes de un patrón que había adquirido la costumbre de no perder su tiempo. Apenas hacía ocho días que habían llegado a Liorna y los flancos redondos del navío ya estaban repletos de muselinas pintadas, de algodones prohibidos, de pólvora inglesa y de tabaco sobre el cual la Administración había olvidado poner su tasa. Se trataba de hacer salir todo esto de Liorna, puerto franco, y desembarcarlo en la costa de Córcega, donde ciertos especuladores se encargaban de pasar el cargamento a Francia.

Partieron; Edmond hendió de nuevo aquel mar azulado, primer horizonte de su juventud, que tan a menudo viera en los sueños de su prisión. Dejó a su derecha Gorgona, a su izquierda Pianosa, y avanzó hacia la patria de Paoli y de Napoleón.

Al día siguiente, al subir a cubierta, como lo hacía todos los días muy temprano, el patrón encontró a Dantés apoyado en la borda del barco y mirando con una expresión extraña un conjunto de rocas de granito que el sol naciente iluminaba con un resplandor rosáceo: era la isla de Montecristo.

El *Joven Amelia* la dejó a estribor, a unos tres cuartos de legua, aproximadamente, y continuó su camino hacia Córcega.

Dantés pensaba, al contemplar aquella isla cuyo nombre tanto resonaba en él, que no tenía más que arrojarle al mar y en una media hora estaría sobre la tierra prometida. Pero una vez allí, ¿qué haría sin instrumentos para descubrir su tesoro, sin armas para defenderse? Además, ¿qué dirían los marineros? ¿Qué pensaría el patrón? Era necesario esperar.

Afortunadamente Dantés sabía esperar: había esperado catorce años su libertad; ahora que estaba libre, bien podía esperar seis meses o un año por buscar aquella riqueza.

¿No hubiera aceptado su libertad sin la riqueza, si se la hubiesen propuesto?

Además, esta riqueza posiblemente no dejaría de ser una quimera. Nacida en el cerebro enfermo del pobre abate Faria, ¿no habría muerto con él?

Es cierto que aquella carta del cardenal Spada resultaba extrañamente precisa.

Y Dantés repetía desde el principio al fin, en su memoria, aquella carta, de la que no había olvidado ni una palabra.

Llegó la noche; Edmond vio la isla bañarse con todos los tintes que el crepúsculo lleva consigo, y perderse para todo el mundo en la oscuridad; pero él, con su mirada acostumbrada a la oscuridad de la prisión, continuó viéndola, sin duda, porque fue el último en permanecer sobre cubierta.

Al día siguiente se despertaron a la altura de Aleria. Todo el día navegaron a bordadas; por la noche se encendieron fuegos en la costa. Por la disposición de estos fuegos reconocieron en seguida que podían desembarcar, porque subieron un farol en vez del pabellón en la gavia de la pequeña embarcación, y la aproximaron a un tiro de fusil de la orilla.

Dantés había notado que, para aquellas solemnes circunstancias, el patrón del *Joven Amelia*, al acercarse a tierra, montó sobre su eje dos pequeñas culebrinas, semejantes a los fusiles de parapeto, que, sin hacer gran ruido, podían enviar una bala de a cuatro a una distancia de mil pasos.

Mas aquella noche la precaución resultó superflua; todo transcurrió a pedir de boca. Cuatro chalupas se aproximaron en silencio a la embarcación, que echó al mar su lancha, sin duda para hacerles los honores; estas cinco barcas maniobraron tan bien, que a las dos de la madrugada todo el cargamento había pasado de las bodegas del *Joven Amelia* a tierra firme.

Aquella misma noche, el patrón del *Joven Amelia*, hombre de orden, efectuó el reparto de la prima y cada hombre recibió cien libras toscanas, es decir, casi unos ochenta francos.

Pero la expedición aún no había concluido; pusieron rumbo hacia Cerdeña. Se trataba de ir a cargar el barco que acababan de descargar.

Esta segunda operación se llevó a cabo tan felizmente como la primera; el *Joven Amelia* atravesaba una racha de buena suerte.

El nuevo cargamento era para el ducado de Luca. Se componía casi todo de cigarros de La Habana, y vinos de Jerez y Málaga.

Pero allí tuvieron que sostener una refriega con los aduaneros, los eternos enemigos del patrón del *Joven Amelia*. Un aduanero quedó muerto y dos marineros resultaron heridos. Dantés fue uno de ellos; una bala le había atravesado el hombro izquierdo.

Dantés sentíase casi feliz por esta escaramuza y también contento por su herida; constituían rudas enseñanzas, para saber cómo se encaraba a los peligros y con qué valor sufría los padecimientos. Había contemplado el peligro riendo, y al recibir el impacto, dijo como el filósofo griego: «Dolor, tú no eres un mal».

Además, había examinado al aduanero herido de muerte, y ya fuese por el calor de la sangre en la acción, bien por el enfriamiento de los sentimientos humanos, tal hecho no le produjo más que una ligera impresión. Dantés se hallaba en el camino que deseaba recorrer, y avanzaba hacia el fin que se proponía alcanzar: su corazón estaba a punto de petrificarse en su pecho.

Por otra parte, Jacobo, al verle caer, le creyó muerto, y se había precipitado a él, lo incorporó y finalmente lo cuidó como un excelente camarada.

Este mundo no era, pues, tan bueno como lo veía el doctor Pangloss; pero tampoco era tan malo como lo consideraba Dantés, puesto que aquel hombre, que no tenía nada que esperar de su compañero a excepción de heredar su parte en las primas, experimentaba una aflicción tan profunda al creerlo muerto.

Por fortuna, como ya se ha indicado, Edmond no estaba más que herido. Gracias a ciertas hierbas recogidas en determinadas épocas y vendidas a los contrabandistas por viejas sardas, la herida se cerró muy pronto. Edmond quiso tentar, entonces, a Jacobo; le ofreció, a cambio de los cuidados que le prodigó, su parte en las primas, pero Jacobo la rechazó con indignación.

De esta especie de afecto simpático que Jacobo experimentó por Edmond desde el primer día que le viera, resultó que Edmond correspondió a Jacobo con cierto cariño. Pero Jacobo no deseaba más; había adivinado instintivamente en Dantés esa suprema superioridad a su posición, superioridad que Edmond consiguió ocultar a los demás. Y con el poco de afecto que le concedía Edmond, el marinero sentíase satisfecho.

También durante las largas jornadas de a bordo, cuando el navío se deslizaba seguro por las azules aguas y no tenía necesidad, gracias al viento favorable que hinchaba sus velas, más que de la ayuda del timonel, Edmond, con una carta marina en la mano, instruía a Jacobo al igual que el infortunado abate Faria le instruyera a él. Le mostraba la situación de las costas, le explicaba las variaciones de la brújula, le enseñaba a leer en el gran libro abierto siempre en-

cima de nuestras cabezas, al que llaman Cielo, y en donde Dios escribió sobre el azul con letras de diamante.

Y cuando Jacobo le preguntaba:

—¿Por qué quiere enseñar todas estas cosas a un pobre marinero como yo?

Edmond respondía:

—¿Quién sabe? Posiblemente seas un día capitán de un barco; tu compatriota Bonaparte bien llegó a emperador.

Nos habíamos olvidado de advertir que Jacobo era corso.

Dos meses y medio transcurrieron en aquellas incursiones continuas. Edmond había adquirido tanta habilidad en el cabotaje como antes fue intrépido marino; había trabado conocimiento con todos los contrabandistas de la costa, y aprendido todos los signos masónicos, con la ayuda de los cuales los semipiratas se reconocían entre sí.

Había pasado y vuelto a pasar veinte veces por delante de la isla de Montecristo, pero en todo ese tiempo no encontró una sola ocasión para desembarcar.

Por consiguiente, adoptó una resolución:

Se trataba de que tan pronto como concluyese su enganche con el patrón del *Joven Amelia*, alquilaría una barca por su propia cuenta (Dantés podía hacerlo porque en todo aquel tiempo había amasado una centena de piastras) y, bajo un pretexto cualquiera, se dirigiría a la isla de Montecristo.

Allí realizaría sus pesquisas con entera libertad.

No con absoluta libertad, porque sería, sin duda, espiado por quienes le condujesen.

Pero en este mundo hay que arriesgar algo.

La prisión había vuelto a Edmond prudente, y bien hubiera querido no arriesgar nada.

Pero aun rebuscando bien en su mente, tan fecunda como era, no encontraba otro medio de llegar a la isla tan deseada sin que alguien le trasladase a ella.

Dantés flotaba en esta duda, cuando el patrón, que había depositado una gran confianza en él, y que tenía grandes deseos de retenerlo a su lado, le cogió una tarde por el brazo y lo condujo a una taberna de la vía del Oglio, en la cual acostumbraban a reunirse los mejores contrabandistas de Liorna.

Allí era donde se trataban los negocios de la costa. Dantés ya había entrado dos o tres veces en aquella Bolsa marítima; y viendo

a aquellos intrépidos aventureros que recorrían todo un litoral de unas dos mil leguas aproximadamente, se preguntó cuál no sería el poder de un hombre que llegase a imponer su voluntad a todos aquellos hilos reunidos o divergentes.

Esta vez se trataba de un gran negocio: consistía en un barco cargado de tapices turcos, de tejidos de Levante y de Cachemira; era preciso encontrar un terreno neutral en el que se pudiera efectuar el cambio para después intentar desembarcar tales mercancías en las costas de Francia.

La prima era enorme si se conseguía; ascendía a unas cincuenta o sesenta piastras por hombre.

El patrón del *Joven Amelia* propuso como lugar de desembarco la isla de Montecristo, la cual, hallándose completamente desierta y no habiendo soldados ni aduaneros, parecía haber sido colocada en medio del mar por Mercurio en tiempos del Olimpo pagano, ese dios de los comerciantes y los ladrones, clases que consideramos separadas y hasta distintas, y que en la Antigüedad, al parecer, navegaban con idéntica categoría.

Al oír el nombre de Montecristo, Dantés se estremeció de alegría: se levantó para ocultar su emoción y dio una vuelta por la taberna llena de humo, en la que todos los idiomas del mundo conocido iban a fundirse en un lenguaje franco.

Cuando se aproximó a los dos interlocutores, ya estaba decidido que recalarían en Montecristo, y que la partida para aquella expedición sería a la noche siguiente.

Edmond, consultado, estuvo de acuerdo en que aquella isla, ofrecía todas las seguridades imaginables, y que las grandes empresas debían realizarse pronto para alcanzar éxito.

Nada, pues, fue cambiado en el programa proyectado. Se convino en que aparejarían a la noche siguiente, y que procurarían con el mar tranquilo y el viento favorable, encontrarse a la noche siguiente en las aguas de la isla neutral.

La isla de Montecristo

Al fin, Dantés por una de esas suertes inesperadas que acontecen a veces a aquellos sobre quienes el rigor se ha ensañado largo tiempo, iba a alcanzar su objetivo por un medio sencillo y natural, y poner pie en la isla sin inspirar a nadie sospecha alguna.

Sólo una noche le separaba de aquella partida tan esperada.

Aquella noche fue una de las más febriles que pasó Dantés. Durante aquella noche todas las probabilidades buenas y malas desfilaron por su imaginación; si cerraba los ojos, veía la carta del cardenal Spada, escrita en caracteres de fuego sobre la pared; si se dormía un instante, los sueños más insensatos acudían a turbar su espíritu. Descendía a las grutas adoquinadas de esmeraldas, con paredes de rubíes y estalactitas de diamantes. Las perlas caían gota a gota como un filtro corriente del agua subterránea.

Edmond, encantado, maravillado, llenaba sus bolsillos de pedrerías; después llegaba el día y sus pedrerías se habían convertido en guijarros. Entonces trataba de entrar de nuevo en aquellas grutas maravillosas, apenas entrevistas; pero el camino se retorció en infinitas espirales: la entrada se había vuelto invisible. Buscaba inútilmente en su fatigada memoria aquella palabra mágica y misteriosa que abría para el pescador árabe las espléndidas cuevas de Alí Baba, y todo resultaba inútil; el tesoro desaparecido había vuelto a ser propiedad de los genios de la tierra, a los cuales tuvo por un instante la esperanza de arrebatárselo.

El día resultó tan febril como lo fuera la noche; pero la lógica acudió en ayuda de su imaginación y Dantés pudo establecer un plan, hasta entonces vago y flotante en su cerebro.

Llegó la noche y con ella los preparativos de la partida. Aquellos preparativos constituyeron para Dantés un medio de ocultar su agitación. Poco a poco había adquirido sobre sus compañeros aque-

lla autoridad de mandar como si fuera el dueño del barco; y como sus órdenes siempre resultaban claras, precisas y fáciles de ejecutar, sus camaradas le obedecían, no solamente con prontitud, sino también con gusto.

El viejo marino le dejaba hacer: él también había reconocido la superioridad de Dantés sobre los demás marineros y sobre si mismo. Veía en el joven su sucesor natural, y lamentaba no tener una hija para casarla con Edmond.

A las siete de la tarde todo estaba listo; a las siete y diez ya se doblaba el faro, justo en el momento en que se encendía éste.

El mar aparecía tranquilo, con un viento fresco procedente del Sudeste; se navegaba bajo un cielo azul, en el que Dios también encendía de vez en cuando sus faros, cada uno de los cuales constituía un mundo. Dantés declaró que todo el mundo podía acostarse y que él se encargaría del timón.

Cuando el maltés (así era como llamaban a Dantés) hacía semejante declaración, aquello bastaba, y todos se iban a acostar tranquilos.

Esto sucedía con frecuencia: Dantés, arrojado de la soledad al mundo, experimentaba de vez en cuando la imperiosa necesidad de soledad. ¿Y qué soledad a la vez más inmensa y más poética que la de un barco que navega aislado sobre el mar durante la oscuridad de la noche, en el silencio de la inmensidad y bajo la mirada del Señor?

Aquella vez la soledad estuvo poblada de sus pensamientos, la noche iluminada por sus ilusiones y el silencio animado por sus promesas.

Cuando el patrón se despertó, el navío avanzaba a toda vela; no había ni un pedazo de tela que no estuviese hinchado por el viento; se recorrían más de dos leguas y media por hora. La isla de Montecristo se agrandaba en el horizonte. Edmond devolvió el barco a su dueño, y fue a tenderse, a su vez, en su hamaca; pero, a pesar de su noche de insomnio, no pudo cerrar los ojos un solo instante.

Dos horas más tarde volvió a cubierta; el barco se hallaba a punto de doblar la isla de Elba. Se encontraba a la altura de Mareciana, y por encima de la isla plana y verde de la Pianosa. En el azul del cielo se veía levantarse la cima resplandeciente de Montecristo.

Dantés ordenó al timonel que pusiese la barra a babor, a fin de dejar la Pianosa a la derecha; había calculado que esta maniobra debía reducir el rumbo en dos o tres leguas.

Hacia las cinco de la tarde divisaron por completo la isla. Se percibían sus menores detalles gracias a esa limpidez atmosférica que es peculiar a la luz que derraman los rayos del sol en su ocaso.

Edmond devoraba con los ojos aquella masa de rocas que pasaba por todos los colores crepusculares, desde el rosa vivo hasta el azul oscuro; de vez en cuando, ardientes sonrojos aparecían en su rostro; su frente se enrojecía y una nube púrpura cegaba sus ojos.

Jamás jugador alguno, con toda la fortuna puesta en el juego a una tirada de dados, experimentó las angustias de Edmond en sus paroxismos de esperanza.

Liegó la noche: a las diez abordaron; el *Joven Amelia* fue el primero en llegar a la cita.

Dantés, a pesar de su habitual dominio sobre sí, no pudo contenerse; saltó el primero a la orilla; si hubiese sido osado, como Bruto, habría besado la tierra.

Era completamente de noche; pero a las once la luna se levantó de en medio del mar, plateando la superficie de las olas; después, sus rayos, a medida que se elevaba, empezaron a jugar, en blancas cascadas de luz, sobre las rocas amontonadas de aquel otro Pelion.

La isla resultaba familiar a la tripulación del *Joven Amelia*: era una de sus paradas ordinarias. En cuanto a Dantés, la había reconocido en cada uno de sus viajes a Levante, pero jamás había descendido a ella.

Interrogó a Jacobo.

—¿En dónde vamos a pasar la noche? —le preguntó.

—Pues a bordo de la tartana —respondió el marino.

—¿No estaríamos mejor en las grutas?

—¿En qué grutas?

—En las grutas de la isla.

—No conozco ninguna gruta —dijo Jacobo. Un sudor frío bañó la frente de Dantés.

—¿No hay grutas en Montecristo? —preguntó.

—No.

Dantés permaneció unos instantes aturdido; luego pensó que aquellas grutas podían haber sido cegadas más tarde por algún accidente, o incluso taponadas, para mayor precaución, por el propio cardenal Spada.

En todo caso, lo importante era encontrar aquella abertura perdida. Era inútil buscarla durante toda la noche. Dantés dejó la in-

vestigación para el día siguiente. Además, una señal enarbolada a media legua en el mar, y a la cual el *Joven Amelia* respondió inmediatamente con otra parecida, indicó que el momento de poner mano a la obra había llegado.

El barco retrasado, tranquilo ya por la señal que debía indicar al que llegara el último que podía desembarcar con toda seguridad, apareció en seguida, blanco y silencioso como un fantasma, y fue a echar el ancla a un cable de la orilla.

Inmediatamente empezó el transbordo.

Dantés pensaba, mientras estaba trabajando, en el hurra de alegría que una sola palabra podía provocar entre aquellos hombres si declaraba en voz alta el incesante pensamiento que zumbaba en su oído y en su corazón. Pero en vez de revelar el magnífico secreto, temía haber dicho mucho y haber despertado con sus idas y venidas, sus repetidas preguntas, sus minuciosas observaciones y su continua preocupación, demasiadas sospechas. Afortunadamente, en esta circunstancia al menos, un pasado bien doloroso reflejaba en su rostro una tristeza indecible, y los resplandores de gozo entrevistos bajo aquella nube no eran realmente sino relámpagos.

Nadie sospechaba nada, y cuando al día siguiente, cogiendo un fusil, plomo y pólvora, Dantés manifestó deseos de ir a cazar alguna de aquellas numerosas cabras salvajes que se veían saltar de roca en roca, no se atribuyó esta excursión más que a su afición a la caza o a su deseo de soledad. Solamente Jacobo insistió en acompañarle. Dantés no quiso oponerse temiendo despertar sospechas con su negativa. Pero apenas habían recorrido un cuarto de legua, tuvo ocasión de disparar y matar una cabra, entonces la entregó a Jacobo para que se la llevase a sus compañeros, invitándolos a que la guisasen y le avisaran, por medio de un disparo, cuando estuviese cocida; algunas frutas secas y un frasco de vino de Monte-Pulciano debían completar la comida.

Dantés continuó su camino volviéndose de vez en cuando. Al llegar a la cima de una roca, vio a mil pies debajo de él a sus compañeros, a los cuales acababa de reunirse Jacobo, y que ya se ocupaban activamente en preparar el almuerzo, aumentado, gracias a la destreza de Edmond, con una pieza capital.

Edmond los observó un instante con esa sonrisa dulce y triste del hombre superior.

—Dentro de dos horas —dijo—, esas gentes partirán enriquecidas con cincuenta piastras, para ir, arriesgando su vida, a ver si ganan otras cincuenta; después irán, enriquecidos con seiscientas libras, a dilapidar ese tesoro en cualquier ciudad, con la arrogancia de un sultán y la confianza de un nabab. Hoy, la esperanza me hace despreciar su riqueza, que me parece la mayor miseria; mañana, la decepción, tal vez me obligue a mirar esa miseria como la suprema ventura. ¡Oh, no! —exclamó Dantés—. ¡Eso no ocurrirá! El sabio, el infalible Faria no iba a engañarse en esta única cosa. Por otra parte, valdría más morir que continuar llevando esta miserable e inicua vida.

Así, Dantés, que hacía sólo tres meses aspiraba únicamente a la libertad, ya no tenía bastante con la libertad y aspiraba a la riqueza; la culpa no era de Dantés, sino de Dios que, limitando el poder del hombre, le ha dejado deseos infinitos.

Entretanto, por un camino perdido entre dos murallas de rocas, siguiendo un sendero formado por el torrente y que, según todas las probabilidades, jamás había sido hollado por el pie humano, Dantés se aproximó al lugar en que consideraba podían existir las grutas. Bordeando la orilla del mar y examinando los menores objetos con mucha atención, creyó advertir sobre algunas rocas señales trazadas por la mano del hombre.

El tiempo, que tiende sobre todos los objetos físicos su manto de musgo, como sobre las cosas morales su capa de olvido, parecía haber respetado aquellas señales trazadas con cierta regularidad, y probablemente con el fin de indicar alguna huella; de vez en cuando, no obstante, aquellas señales desaparecían bajo matas de mirtos que se extendían en gruesos ramilletes cuajados de flores o bajo líquenes parásitos. Entonces era preciso que Edmond apartase las ramas o arrancase el musgo para encontrar los signos indicadores que le conducirían al otro laberinto. Estas señales, por lo demás, habían dado alguna esperanza a Dantés. ¿Por qué no pudo haber sido el cardenal quien los hubiese trazado para que sirviesen de guía a su sobrino en el caso de una completa catástrofe que no había podido prever? Aquel lugar solitario era muy apropiado para un hombre que deseara sepultar un tesoro. Pero ¿cómo podía ser que aquellos signos infieles no hubieran atraído la atención de otros ojos que no fuesen aquellos para los que fueron trazados, y cómo la isla de las sombrías maravillas había guardado fielmente su magnífico tesoro?

No obstante, a sesenta pasos del puerto, aproximadamente, le pareció a Edmond, siempre oculto a sus compañeros por los accidentes del terreno, que la escarpadura concluía; sólo que no conducía a ninguna gruta. Una gran roca redonda, apoyada sobre una base sólida, era el único fin al que parecían arribar. Edmond pensó que, posiblemente, en vez de haber llegado al fin, se encontraba, por el contrario, en el principio; en consecuencia se volvió y comenzó a desandar lo andado.

Durante este tiempo sus compañeros prepararon el almuerzo, sacaron agua del manantial, transportaron los frutos secos y el pan a tierra y asaron la cabra. Justamente en el momento que la sacaban de su asador improvisado, vieron a Edmond que, ligero e intrépido como un gamo, saltaba de roca en roca: dispararon un tiro para darle la señal. Inmediatamente el cazador cambió de dirección y regresó a todo correr hacia ellos. Pero en el momento en que todos le contemplaban en la especie de vuelo que ejecutaba, calificando su destreza de temeridad, como para dar la razón a sus temores, el pie de Edmond falló. Le vieron balancearse en la cima de una roca, lanzar un grito y desaparecer.

Todos saltaron como movidos por un resorte, porque todos querían a Edmond, a pesar de su superioridad; sin embargo, fue Jacobo quien llegó primero.

Encontró a Edmond tendido, ensangrentado y prácticamente sin conocimiento: debió caer de una altura de doce a quince pies. Le administraron algunas gotas de ron, y este remedio, que ya había resultado tan eficaz, le produjo el mismo efecto que la primera vez.

Edmond abrió los ojos, se quejó de sufrir un agudo dolor en la rodilla, una gran pesadez en la cabeza, y punzadas insoportables en los riñones. Quisieron conducirlo hasta la orilla; pero cuando le tocaron, a pesar de que era Jacobo quien dirigía la operación, declaró entre gemidos que no se sentía con fuerzas para soportar el transporte.

Se comprenderá que no era cosa de que Dantés almorzase; pero exigió a sus camaradas, que no tenían la misma razón que él para ayunar, regresaran a su puesto. En cuanto a él, pretendió que no tenía más necesidad que de un poco de reposo, y que cuando regresasen le encontrarían aliviado.

Los marineros no se hicieron rogar: tenían hambre, el olor del cabrito llegaba hasta ellos, y no se es muy ceremonioso entre lobos de mar.

Una hora después volvieron. Todo lo que Edmond había podido hacer era arrastrarse a lo largo de una docena de pasos para apoyarse sobre una roca musgosa.

Pero, lejos de calmarse, los dolores de Dantés parecían haber aumentado en violencia. El viejo patrón, que se veía obligado a partir de madrugada para ir a depositar su cargamento en las fronteras del Piamonte y Francia, entre Niza y Frejus, insistió para que Dantés intentase levantarse. Éste hizo esfuerzos sobrehumanos con objeto de obedecer a su patrón; pero a cada esfuerzo volvía a caer gi-miendo y palideciendo.

—Tiene los riñones partidos —dijo en voz baja el patrón—, pero no importa: es un buen compañero y no vamos a abandonarlo. Tratemos de llevarlo hasta la tartana.

Pero Dantés afirmó que prefería más morir que tener que soportar los atroces dolores que le ocasionaría el movimiento, por muy débil que éste fuese.

—Pues bien —decidió el patrón—, suceda lo que quiera, pero no se dirá que hemos dejado a un valiente compañero sin ayuda. No partiremos hasta esta noche.

Tal proposición asombró mucho a los marineros, aunque ninguno de ellos la combatió, sino al contrario. El patrón era un hombre tan rígido, que por primera vez se le veía renunciar a una empresa, o a lo menos retrasar su ejecución.

Dantés tampoco quiso permitir que se cometiese en su favor una infracción tan grave a las reglas de la disciplina establecida a bordo.

—No —dijo al patrón—, he sido un torpe y es justo que sufra la pena de mi torpeza. Déjeme una pequeña provisión de galleta, un fusil, pólvora y municiones para matar alguna cabra o para defenderme, y un poco para construirme, en caso de que tarden mucho en venir a recogerme, una especie de casa.

—Pero te morirás de hambre —replicó el patrón.

—Prefiero eso —respondió Edmond— que sufrir los inauditos dolores que padezco al hacer el menor movimiento.

El patrón se volvió de cara a la embarcación, que se balanceaba con un inicio de aparejamiento en el pequeño puerto, dispuesta a hacerse a la mar en cuanto su aparejo estuviese concluido.

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos, Dantés? —preguntó el patrón—. No podemos abandonarte así, y tampoco podemos quedarnos.

—¡Partid, partid! —exclamó Dantés.

—Por lo menos estaremos ocho días ausentes —replicó el patrón—, y aun será preciso que nos desviemos de ruta para venir a recogerte.

—Escuche —dijo Dantés—, si dentro de dos o tres días encuentran ustedes algún barco de pesca u otro que venga por estos parajes, envíemelo, le daré veinticinco piastras por mi regreso a Lior-na. Si no encuentra a nadie, entonces vuelvan.

El patrón meneó la cabeza.

—Escuche, patrón Baldi; hay un medio de arreglar todo —intervino Jacobo—. Partan, yo me quedaré con el herido para cuidarlo.

—¿Y renunciarás a tu parte en las ganancias —dijo Edmond— por quedarte conmigo?

—Sí —respondió Jacobo—, y sin lamentarlo.

—Vamos, eres un buen muchacho, Jacobo —contestó Dantés—. Dios te recompensará por tu buena voluntad; pero no necesito a nadie, gracias; un día o dos de reposo me repondrán, y espero encontrar entre estas rocas excelentes hierbas contra las contusiones.

Una sonrisa extraña asomó a los labios de Dantés; estrechó la mano de Jacobo con efusión, pero permaneció firme en su resolución de quedarse; y solo.

Los contrabandistas dejaron a Edmond lo que solicitaba y se alejaron, no sin volverse repetidamente, haciéndole a cada momento cordiales muestras de adiós, a las cuales Edmond respondía sólo con la mano, como si no pudiese mover el resto del cuerpo.

Después, cuando sus camaradas desaparecieron, murmuró, riendo:

—Es extraño que sea entre semejantes hombres donde se encuentran las mayores pruebas de amistad y los actos de devoción.

Entonces se arrastró con precaución hasta la cima de una roca que le impedía ver el mar, y desde allí vio la tartana acabando su aparejo, llevar ancla, balancearse graciosamente como una gaviota que va a emprender el vuelo, y partir.

Al cabo de una hora había desaparecido completamente; al menos desde el lugar en que se encontraba el herido era imposible verla.

Entonces, Dantés se levantó, más ágil y ligero que una de aquellas cabras que saltaban entre los mirtos y los lentiscos de las rocas

salvajes; cogió el fusil con una mano, el pico con la otra, corrió hasta aquella roca en que terminaban las escarpaduras que habían llamado su atención.

—Y ahora —exclamó, repitiéndose aquella historia del pescador árabe que le había contado Faria—, ahora, ¡Sésamo, ábrete!

Asombro

El sol había recorrido ya una tercera parte de su carrera, aproximadamente, y sus rayos de mayo caían, cálidos y vivificantes, sobre aquellas rocas que parecían sensibles a su calor. Millares de cigarras, ocultas entre las malezas, dejaban oír su monótono e incesante murmullo; las hojas de los mirtos y de los olivos se agitaban estremecidas y producían un ruido casi metálico; a cada paso que daba Edmond sobre el granito caliente, huían los lagartos que parecían esmeraldas; saltaban a lo lejos, sobre las laderas inclinadas, las cabras salvajes que suelen atraer a los cazadores. En una palabra; la isla estaba habitada, viviente, animada y, sin embargo, Edmond se sentía solo bajo la mano de Dios.

Experimentaba una especie de emoción bastante parecida al temor; era la desconfianza del gran día, que hace suponer, incluso en el desierto, que hay ojos inquisidores observándonos.

Aquel sentimiento fue tan fuerte que, en el momento de ponerse a trabajar, Edmond se detuvo, dejó el pico en el suelo, volvió a coger el fusil, se encaramó por última vez sobre la roca más elevada de la isla, y desde allí echó una amplia mirada sobre cuanto le rodeaba.

Pero, hay que decirlo, lo que llamó su atención no fue ni aquella Córcega poética, de la cual podía distinguir hasta las casas, ni aquella Cerdeña casi desconocida, que le seguía, ni la isla de Elba, con sus recuerdos gigantescos, ni, en fin, aquella imperceptible línea que se extendía en el horizonte y que a la perspicaz mirada del marino señalaba Génova, la soberbia, y Liorna, la comerciante; no; fue el bergantín que había partido al amanecer y la tartana que acababa de marcharse.

El primero estaba a punto de desaparecer en el estrecho de Bonifacio; la otra seguía el camino opuesto, costeano Córcega, que se disponía a doblar.

Aquella visión tranquilizó a Edmond.

Entonces paseó la vista por los objetos que le rodeaban en las inmediaciones; se vio sobre el punto más elevado de la isla, cónico, delgada estatua de aquel inmenso pedestal; por debajo suyo, ni un hombre; alrededor de él, ni una barca: únicamente el mar azulado que batía la base de la isla, y cuyo choque eterno bordaba de una franja plateada.

Entonces descendió con paso rápido, y, no obstante, lleno de prudencia: temía mucho, en semejante momento, un accidente semejante al que tan hábil y con tanta fortuna había simulado. Dantés, según se ha expuesto, había hecho marcha atrás por medio de las señales dejadas sobre las rocas, y había visto que aquella línea conducía a una especie de caleta pequeña escondida como un baño de ninfa antigua; aquella caleta era bastante amplia en su abertura y bastante profunda en su centro para que un pequeño barco pudiese entrar y permanecer oculto. Entonces, siguiendo el hilo de las deducciones, aquel hilo que en manos del abate Faria vio guiar el espíritu de una manera tan ingeniosa por el dédalo de las probabilidades, pensó que el cardenal Spada, en su interés por no ser visto, había abordado aquella caleta, escondido su barco, seguido la línea indicada por las señales, y en la extremidad de aquella línea había ocultado el tesoro.

Esta suposición era la que condujo a Dantés junto a la roca circular.

Solamente una cosa inquietaba a Edmond y trastornaba todas las ideas en dinámica: ¿cómo habían podido, sin emplear fuerzas considerables, izar aquella roca que posiblemente pesaba cinco o seis millares de arrobas, sobre la especie de base en que descansaba?

De repente una idea asaltó a Dantés:

«¿Y si en vez de levantarla —se preguntó—, la hicieron descender?».

Y él mismo se lanzó sobre la roca a fin de buscar el sitio de su primera base.

En efecto, en seguida descubrió que habían practicado una ligera pendiente; la roca se deslizó sobre su base y fue a detenerse en aquel lugar; otra roca, gruesa como una piedra de talla corriente, le había servido de calce; piedras y guijarros habían sido cuidadosamente reajustados para que desapareciese toda solución de continuidad; aquella pequeña obra de albañilería había sido recubierta

con tierra vegetal, la hierba había crecido, el musgo se extendió, algunas semillas de mirto y de lentisco se detuvieron, y la vieja roca parecía soldada al suelo.

Dantés levantó con precaución la tierra y reconoció, o creyó reconocer, todo aquel ingenioso artificio.

Entonces se puso a atacar con el pico aquella pared cimentada con el tiempo.

Al cabo de diez minutos de esfuerzo, la pared cedió, y un agujero por el que podía meter el brazo, quedó abierto.

Dantés fue a cortar el olivo más fuerte que pudo encontrar, lo despojó de sus ramas, lo introdujo en el agujero y lo utilizó de palanca.

Pero la roca era a la vez demasiado pesada y sólidamente calzada por la roca inferior para que una fuerza humana, incluso la del mismo Hércules, pudiese arrancarla.

Dantés reflexionó entonces que era el mismo calce lo que necesitaba atacar.

Pero ¿por qué procedimiento?

Dantés paseó la vista alrededor suyo, como lo hacen las personas que se hallan en dificultades; y su mirada se posó sobre un cuerno de musmón lleno de pólvora que le había dejado su amigo Jacobo.

Sonrió: la invención infernal haría su obra.

Ayudándose con el pico, Dantés cavó, entre la roca superior y aquélla sobre la que descansaba ésta, un conducto de mina como acostumbran hacer los barreneros cuando quieren ahorrar al brazo humano una gran fatiga, luego lo llenó de pólvora; después, deshinchando su pañuelo y restregándolo en la pólvora, confeccionó una mecha. Encendió ésta y se apartó.

La explosión no se hizo esperar: la roca superior fue levantada unos segundos por la incalculable fuerza, la roca inferior voló hecha pedazos; por la pequeña abertura que en un principio abriera Dantés, se escaparon infinidad de temblorosos insectos, y una culebra enorme, guardián de aquel camino misterioso, reptó sobre sus volutas azuladas y desapareció.

Dantés se aproximó: la roca superior, carente de apoyo, se inclinaba hacia el abismo; el intrépido buscador la dio la vuelta, escogió el lugar más vacilante, apoyó su palanca en una de sus aristas, y, semejante a Sísifo, empujó con todas sus fuerzas la roca. Ésta, quebrantada por la conmoción, vaciló. Dantés redobló sus esfuerzos: se

le hubiera tomado por uno de esos titanes que desgarraban montañas para hacer la guerra al dueño de los dioses. Al fin la roca cedió, rodó, saltó, se precipitó y desapareció engullida por el mar.

Dejaba ver un espacio circular, y ponía al descubierto un anillo de hierro empotrado en medio de una losa de forma cuadrada.

Dantés lanzó un grito de alegría y asombro: jamás tan magnífico resultado había coronado una primera tentativa.

Quiso continuar; pero sus piernas le temblaban con intensidad, su corazón latía tan violentamente, una nube tan ardiente cegaba sus ojos, que se vio obligado a detenerse.

Aquel momento de vacilación duró lo que un relámpago. Edmond pasó su palanca por la anilla, la levantó vigorosamente, y la losa desempotrada se abrió descubriendo la rápida pendiente de una especie de escalera que iba a hundirse en la sombra de una gruta cada vez más oscura.

Cualquier otro se hubiese precipitado lanzando exclamaciones de alegría; Dantés se detuvo, palideció y dudó.

«Veamos —se dijo—. Comportémonos como un hombre. Acostumbrado a la adversidad, no he de dejarme abatir por una decepción, o, si no, de nada habría servido que sufriese tanto. El corazón se rompe cuando tras haberle abierto excesivamente a la esperanza que le penetra con un tibio aliento, se le cierra ante la fría realidad. Faria ha soñado acaso: el cardenal Spada no ha ocultado nada en esta gruta, hasta es posible que no haya estado nunca aquí, o si vino, César Borgia, el intrépido aventurero, ha descubierto sus huellas, seguido las mismas señales que yo, levantado la piedra, y descendido antes que yo, para no dejar nada tras él.»

Permaneció inmóvil un momento, pensativo, con los ojos fijos en aquella abertura sombría y continua.

«Bien, ahora que no confío ya en nada, ahora que me he dicho que sería insensato conservar alguna esperanza, continuar esta aventura constituye para mí cuestión de curiosidad y nada más.»

Y aún continuó inmóvil y meditabundo.

«Sí, sí, ésta es una aventura que puede haber sucedido, mezclada de sombras y de luz, de ese bandido real, intercalada en ese tejido de acontecimientos extraños que componen la trama matizada de su existencia; ese fabuloso acontecimiento debió de encadenarse invenciblemente a las demás cosas; sí, Borgia vino aquí cierta noche, con una antorcha en una mano y una espada en la otra, mien-

tras que a veinte pasos de él, al pie de esta roca, posiblemente se quedaban, sombríos y amenazantes, dos esbirros que interrogaban al aire, la tierra y al mar, en tanto su dueño entraba, como voy a hacerlo, sacudiendo las tinieblas con su temible y llameante brazo. Sí, pero a esbirros que conocían su secreto. ¿Qué habrá hecho César? —se preguntó Dantés—. Lo que hizo —se respondió, sonriendo— fue lo mismo que los enterradores de Alarico, que lo sepultaron con ellos. Sin embargo, si vino —prosiguió Dantés—, si encontró y cogió el tesoro; el hombre que comparaba Italia con una alcachofa, de la cual se comía hoja a hoja, Borgia conocía bien el valor del tiempo para haber perdido el suyo volviendo a colocar esta roca en su sitio. Descendamos.»

Entonces descendió con dudosa sonrisa en los labios, murmurando estas palabras de la sabiduría humana:

—Tal vez...

Pero en lugar de las tinieblas que esperaba encontrar, en lugar de una atmósfera opaca y viciosa, Dantés descubrió una suave claridad azulada; el aire y la luz se filtraban, no solamente por la abertura que acababa de abrir, sino también por grietas de rocas invisibles en el suelo exterior, y a través de las cuales se divisaba el azul del cielo, en el que jugueteaban las estremecidas ramas de las encinas verdes y los varaes espinosos y rampantes de las zarzas.

Al cabo de algunos segundos de estancia en aquella gruta, cuya atmósfera era más bien tibia que húmeda, más bien olorosa que fétida y su temperatura con la de la isla lo que la luz era al sol, la mirada de Dantés, acostumbrada a las tinieblas, pudo distinguir los ángulos más retirados de la caverna: era de granito, con partículas desperdigadas que brillaban como diamantes.

«¡Ay! —se dijo Edmond, sonriendo—, he aquí, sin duda, los tesoros que habrá dejado el cardenal, y aquel buen abate, viendo en sus sueños estos muros resplandecientes, se ilusionaría con tan ricas esperanzas.»

Pero Dantés se acordó de los términos del testamento, que sabía de memoria: «En el ángulo más alejado de la segunda abertura», decía aquel testamento.

Dantés había penetrado solamente en la primera gruta, y ahora necesitaba buscar la entrada de la segunda.

Se orientó: esta segunda debía, naturalmente, penetrar en el interior de la isla. Examinó las junturas de las piedras, y se puso a

golpear una de las paredes en la que le pareció debía estar aquella abertura, tapiada, sin duda, para mayor precaución.

El pico resonó durante unos minutos, provocando en la roca un sonido mate cuya compacidad inundaba de sudor la frente de Dantés; al fin al minero perseverante le pareció que una parte de la muralla granítica respondía con un eco más sordo y profundo a la llamada que hacía. Acercó su mirada ardiente a la pared y reconoció con el tacto adquirido en sus años de prisión, lo que ningún otro posiblemente hubiese reconocido: que allí debía existir una abertura.

Sin embargo, para no realizar un trabajo inútil, Dantés, que, como César Borgia, había estudiado el valor del tiempo, examinó las otras paredes con el pico, interrogó al suelo con la culata de su fusil, escarbó la arena en los lugares sospechosos, y no encontrando nada, regresó a la parte de muralla que emitía aquel sonido tan esperanzador.

Golpeó de nuevo y con más fuerza.

Entonces descubrió una cosa singular: que ante los golpes del instrumento, una especie de revoque semejante al que se aplica sobre las paredes para pintarlas al fresco, se desprendió y cayó en escamas, descubriendo una piedra blancuzca y blanda, parecida a las piedras de talla corrientes. Habían cerrado la abertura de la roca con piedras de otra clase, luego extendieron sobre aquellas piedras una capa de revoque, y sobre éste imitaron el brillo y el color del granito.

Dantés, entonces, golpeó con la parte aguda del pico, que penetró una pulgada en aquella pared.

Allí era donde era necesario registrar.

Por un misterio extraño de la organización humana, cuantas más pruebas de que Faria no se había equivocado se acumulaban para convencer a Dantés, mas defallecía su corazón, dejándose arrastrar por la duda y casi el desánimo. Aquella nueva experiencia, que debió infundirle más ánimos, le quitó las fuerzas que le quedaban: el pico descendió, se le cayó casi de las manos; lo dejó en el suelo, se enjugó la frente y ascendió hacia la claridad, dándose a sí mismo el pretexto de ver si alguien le espiaba, pero, en realidad, porque necesitaba aire y porque se sentía a punto de desmayarse.

La isla aparecía desierta, y el sol en su cénit parecía cubrirla con su ojo de fuego; a lo lejos, barquitas de pescadores abrían sus alas sobre un mar azul zafiro.

Dantés aún no había comido nada; pero estaba muy lejos de sentir apetito en aquellos momentos. Bebió un trago de ron y volvió a entrar en la gruta más animado.

El pico, que tan pesado le pareciera, le resultó mucho más ligero; lo levantó como si se tratase de una pluma, y se puso inmediatamente a trabajar.

Después de dar algunos golpes, percibió que las piedras no estaban engastadas sino solamente colocadas una sobre otra, y recubiertas con el revoque señalado anteriormente. Introdujo en una de las fisuras el pico, se apoyó sobre el mango y comprobó, con alegría, que la piedra caía a sus pies.

Desde entonces, Dantés ya no tuvo más que tirar de cada piedra hacia él con el diente del pico, y todas fueron rodando junto a la primera.

Con la primera abertura, Dantés ya hubiese podido entrar, pero tardando algunos instantes retrasaba la certidumbre y se mecía en la esperanza.

Al fin, tras vacilar un instante, Dantés pasó de la primera gruta a la segunda.

Esta segunda gruta era más baja, más sombría y de un aspecto más espantoso que la primera; el aire, que no penetró más que por la abertura practicada un momento antes, despedía olor mefítico que Dantés se asombró de no hallar en la primera.

Dio tiempo a que el aire exterior reavivase aquella atmósfera muerta, y entró.

A la izquierda de la abertura había un rincón profundo y sombrío.

Mas como se sabe, para los ojos de Dantés no existían tinieblas.

Examinó con la mirada la segunda gruta: estaba vacía como la primera.

El tesoro, si existía, yacía enterrado en aquel sombrío rincón.

Había llegado la hora de la angustia; dos pies de tierra para remover era cuanto le quedaba a Dantés entre la suprema alegría y la suprema desesperación.

Avanzó hacia el rincón, y, como impulsado por una súbita resolución, atacó el suelo atrevidamente.

Al quinto o sexto golpe de pico, el hierro resonó contra hierro.

Jamás marcha fúnebre, jamás clamoreo estremecido produjo semejante efecto en quien lo oyó. Seguro que Dantés no se había puesto tan pálido aunque no hubiese encontrado nada.

Examinó el lado del sitio que ya había mirado y encontró idéntica resistencia, pero no el mismo sonido.

—Es un cofre de madera con aros de hierro —dijo.

En aquel momento una sombra rápida pasó interceptando la claridad del día.

Dantés dejó caer su pico, cogió su fusil, volvió a pasar por la abertura y se abalanzó hacia el exterior.

Una cabra salvaje había saltado por encima de la primera entrada de la gruta y pacía a unos pasos de allí.

Era una magnífica ocasión para asegurarse la comida, pero Dantés tuvo miedo de que la detonación del disparo atrajese la atención de alguien.

Reflexionó un instante, cortó un árbol resinoso, fue a encenderlo en el fuego aún humeante donde los contrabandistas habían asado su almuerzo, y regresó con aquella antorcha.

No quería perder detalle alguno de lo que iba a ver.

Aproximó la antorcha al agujero informe e inacabado, y reconoció que no se había equivocado: sus golpes habían dado alternativamente en el hierro y en la madera.

Plantó la antorcha en tierra y puso manos a la obra.

En un momento, una fosa de tres pies de largo por dos de ancho aproximadamente quedó abierta, y Dantés pudo reconocer un cofre de madera de encina, con aros de hierro cincelado. En medio de la tapa resplandecían, en una placa de plata que la tierra no pudo apagar, las armas de la familia Spada, es decir, una espada puesta sobre un escudo de forma ovalada, como son todos los escudos italianos, y encima un capelo de cardenal.

Dantés las reconoció fácilmente: el abate Faria se las había dibujado muchas veces.

Desde aquel instante ya no le cupo la menor duda, el tesoro yacía allí; no se hubieran tomado tantas precauciones para poner en aquel sitio un cofre vacío.

En un momento todos los alrededores del cofre fueron descubiertos, y Dantés vio aparecer poco a poco la cerradura del centro colocada entre dos candados, y las asas de las caras laterales; todo esto estaba cincelado como se cincelaba en aquella época, en que el arte convertía en valiosos los metales más viles.

Dantés cogió el cofre por las asas e intentó levantarlo: era imposible.

Trató de abrirlo: cerradura y candados estaban cerrados; los fieles guardianes parecían no querer entregarle el tesoro.

Dantés introdujo la parte cortante de su pico entre el cofre y la tapa, apoyose sobre el mango, y la tapa, tras haber chirriado, saltó. Una amplia abertura de tablas hizo inútiles las cerraduras, que cayeron a su vez cerrando todavía con sus tenaces uñas las maderas arrastradas en su caída; y el cofre quedó al descubierto.

Una fiebre vertiginosa se apoderó de Dantés; cogió su fusil, lo armó y lo colocó a su lado. Al principio cerró los ojos, como hacen los niños para percibir en la noche resplandeciente de su imaginación más estrellas de las que pueden contar en un cielo aún iluminado, después los abrió y se quedó deslumbrado. Tres compartimentos dividían el cofre.

El primero contenía brillantes escudos de dorados reflejos.

En el segundo aparecían los lingotes mal pulidos y colocados en buen orden, pero que no tenían de oro más que el peso y el valor.

En el tercero, al fin, a medio llenar, Edmond removi6 a puñados los diamantes, las perlas y los rubíes que, como brillante cascada, caían unos sobre otros produciendo el ruido del granizo contra los cristales.

Después de haber tocado, palpado y hundido sus temblorosas manos en el oro y las pedrerías, Edmond se incorporó y se encaminó a través de las cuevas con la vacilante exaltación de un hombre que roza la locura. Saltó sobre una roca desde la que podía descubrir el mar, y no divisó nada; estaba solo, muy solo, con sus incalculables riquezas, inauditas, fabulosas, que le pertenecían. ¿Soñaba o estaba despierto? ¿Tenía un sueño fugaz o estrechaba cuerpo a cuerpo una realidad?

Tenía necesidad de volver a ver su oro, y sin embargo, percibía que en aquel momento no tendría fuerzas para mirarlo. Por un instante se llevó las dos manos a la cabeza como para impedir que escapase su razón. Luego se lanzó a través de la isla, sin seguir, no el camino, pues Montecristo carecía de ellos, sino una línea definida, haciendo huir a las cabras salvajes y espantando a las gaviotas con sus gritos y sus gesticulaciones. Luego, dando la vuelta, regresó, aún dudando, se precipitó de la primera a la segunda gruta, y se encontró cara a cara con aquella mina de oro y de diamantes.

Esta vez cayó de rodillas, sujetando con las dos manos convulsas su palpitante corazón, y murmurando una oración sólo inteligible para Dios.

En seguida sintiose más tranquilo y, por consiguiente, más feliz, porque en aquel momento únicamente empezaba a creer en su felicidad.

Entonces se puso a contar su fortuna; había mil lingotes de oro de dos o tres libras cada uno; a continuación apiló veinticinco mil escudos de oro, que podían valer cada uno ochenta francos, todos con la efigie del papa Alejandro VI y de sus predecesores; y se dio cuenta de que sólo había medio vaciado el compartimento; por último midió diez veces la capacidad de sus dos manos en perlas, en pedrerías, en diamantes, muchos de los cuales estaban montados por los mejores orfebres de la época, teniendo un valor artístico notable, incluso al lado de su valor intrínseco.

Dantés vio declinar el día y extinguirse poco a poco. Temía ser sorprendido si permanecía en la caverna, y salió con el fusil en la mano. Un trozo de galleta y varios tragos de vino fueron su cena. Después volvió a colocar la piedra en su sitio, se acostó encima, y apenas durmió algunas horas, cubriendo con su cuerpo la entrada de la gruta.

Aquella noche fue, a la vez, una de esas noches deliciosas y terribles, como las que aquel hombre de fulminantes emociones ya había experimentado dos o tres veces en su vida.

El desconocido

Apareció el día. Dantés lo esperaba desde hacía largo tiempo con los ojos abiertos. A los primeros rayos se levantó, subió, como la víspera, a la roca más elevada de la isla y exploró las inmediaciones; y como la víspera, todo estaba desierto.

Edmond descendió, levantó la piedra, se llenó los bolsillos de piedras preciosas, volvió a colocar lo mejor que pudo las tablas y las cerraduras del cofre, lo recubrió de tierra, apisonó ésta, echó arena encima con el ánimo de hacer más homogéneo el lugar con el resto del suelo; salió de la gruta, volvió a colocar la losa, amontonó sobre ella piedras de diferentes tamaños; metió tierra entre los intersticios, colocó en ellos mirtos y musgos, regó las nuevas plantas a fin de que se parecieran a las antiguas; disimuló las huellas de sus pasos alrededor de aquel lugar, y esperó con impaciencia el regreso de sus compañeros, y que, en efecto, ahora no se trataba de pasar el tiempo contemplando aquel oro y aquellos diamantes, y permanecer en Montecristo como un dragón vigilante de inútiles tesoros. Ahora necesitaba regresar a la vida, entre los hombres, y adquirir en la sociedad el rango, la influencia y el poder que confiere en este mundo la riqueza, la primera y la mayor fuerza de que puede disponer la criatura humana.

Los contrabandistas regresaron al sexto día. Dantés reconoció en la lejanía el porte y la marcha del *Joven Amelia*; se arrastró hasta el puerto como Filotetes herido, y cuando sus compañeros abordaron les anunció, quejándose aún un poco, una mejoría sensible; luego, a su vez, escuchó el relato, de los aventureros.

Habían tenido éxito, era cierto; pero apenas fue depositado el cargamento, fueron avisados de que un brick de vigilancia en Tólon, acababa de salir del puerto y se dirigía hacia ellos. Entonces huyeron como mejor pudieron, lamentando que Dantés, que sabía dirigir con más rapidez al barco, no estuviese con ellos para conducirlo.

En efecto, pronto habían apercibido al barco perseguidor; pero con la ayuda de la noche y doblando el cabo de Córcega, lograron escaparse.

En resumen, aquel viaje no había sido malo; todos, y en especial Jacobo, lamentaban que Dantés no hubiese estado para tener su parte en los beneficios que produjo, parte que ascendía a cincuenta piastras.

Edmond permaneció impasible; ni siquiera sonrió ante la enumeración de las ventajas que habría tenido si hubiese podido abandonar la isla; y como el *Joven Amelia* sólo había arribado a Montecristo para recogerle, embarcó aquella misma tarde y siguió al patrón a Liorna.

En Liorna fue a casa de un judío y vendió cuatro diamantes de los más pequeños en cinco mil francos cada uno. El judío hubiera podido informarse de cómo un marinero poseía semejantes objetos; pero se guardó muy bien de preguntar porque ganaba mil francos en cada uno.

Al día siguiente adquirió una barca completamente nueva que entregó a Jacobo, añadiendo a esto cien piastras, a fin de que reuniese una tripulación; y esto, a condición de que Jacobo fuese a Marsella a inquirir noticias de un anciano llamado Luis Dantés, que habitaba en la avenida de Meilhan, y de una joven que vivía en el barrio de los Catalanes, que se llamaba Mercedes.

Aquello hizo creer a Jacobo que estaba soñando. Edmond le contó, entonces, que se había hecho marino por una calaverada, y porque su familia le negaba el dinero necesario para divertirse; pero que al llegar a Liorna le entregarían los bienes de un tío que le había nombrado su único heredero. La esmerada educación de Dantés confería a esta versión tal verosimilitud, que Jacobo no dudó un instante en creer que su antiguo compañero le decía la verdad.

Por otra parte, como el enganche de Edmond a bordo del *Joven Amelia* había expirado, se despidió del patrón, quien intentó, en principio, retenerlo, pero al enterarse, como Jacobo, de la historia de la herencia, renunció a toda esperanza de vencer la resolución de su antiguo marinero.

Al día siguiente Jacobo se hizo a la vela para Marsella; debía reunirse con Edmond en Montecristo.

El mismo día salió Dantés sin comunicar adonde iba, despidiéndose de la tripulación del *Joven Amelia* con una gratificación es-

pléndida, y del patrón con la promesa de darle un día u otro noticias tuyas. Dantés fue a Génova.

En el momento de su llegada probaban un pequeño yate encargado por un inglés, quien, habiendo oído decir que los genoveses eran los mejores constructores del Mediterráneo, quiso tener un yate construido en Génova. El inglés había ofrecido cuarenta mil francos; Dantés ofreció sesenta mil, a condición de que le entregasen aquel mismo día el barco. El inglés había ido a dar una vuelta por Suiza mientras se concluía su embarcación. No regresaría hasta transcurridas tres semanas o un mes: el constructor pensó que tenía tiempo de construir otro. Dantés condujo al aparejador a casa de un judío, entraron en la trastienda y el judío entregó los sesenta mil francos convenidos.

El constructor ofreció a Dantés sus servicios para proporcionarle una tripulación; pero Dantés se lo agradeció manifestándole que tenía la costumbre de navegar solo, y que lo único que deseaba era que construyesen en su camarote, a la cabecera de su cama, un armario secreto, en el cual hubiera tres compartimientos, también secretos. Dio las medidas y su deseo fue ejecutado al día siguiente.

Dos horas más tarde, Dantés salió del puerto de Génova escoltado por las miradas de un tropel de curiosos, que deseaban ver al señor español que tenía la costumbre de navegar solo.

Dantés se bandeó a maravilla; con la ayuda del timón y sin necesidad de abandonarlo hizo que su barco ejecutase todas las evoluciones requeridas. Parecía un ser inteligente, dispuesto a obedecer al menor impulso. Dantés convino en que los genoveses merecían su reputación de primeros constructores del mundo.

Los curiosos siguieron la pequeña embarcación con los ojos hasta que la perdieron de vista, y entonces se entablaron discusiones para saber adónde se dirigía. Unos se inclinaron por Córcega, otros por la isla de Elba y hubo quienes hicieron apuestas que marchaba a España; otros sostuvieron que el punto final era África. Ninguno pensó en nombrar la isla de Montecristo.

Sin embargo, era a Montecristo adonde iba Dantés.

Llegó al finalizar el segundo día: el navío era excelente velero y recorrió la distancia en treinta y cinco horas. Dantés había reconocido perfectamente la situación de la costa, y en vez de abordar en el puerto acostumbrado, echó el ancla en la pequeña caleta.

La isla se hallaba desierta; no parecía que alguien hubiese arribado después de la partida de Dantés. Se encaminó hacia su tesoro: todo estaba como lo dejó.

Al día siguiente su inmensa fortuna había sido transportada a bordo del yate, y encerrada en los compartimientos del armario secreto.

Dantés aún esperó ocho días. Durante este tiempo hizo maniobrar a su yate alrededor de la isla, estudiándolo como jinete a su caballo: al cabo de este tiempo conocía todas sus cualidades y todos sus defectos. Dantés se prometió aumentar unas y remediar los otros.

Al octavo día divisó un pequeño barco que se acercaba a la isla con toda la vela desplegada, y reconoció la barca de Jacobo. Hizo una señal, a la cual respondió éste; dos horas después, la barca se hallaba junto al yate.

Traía una triste respuesta a cada una de las preguntas formuladas por Edmond.

El viejo Dantés había muerto.

Mercedes había desaparecido.

Edmond escuchó aquellas noticias con el rostro sereno; pero inmediatamente descendió a tierra, prohibiendo que nadie le siguiese.

Al cabo de dos horas regresó; dos hombres de la barca de Jacobo pasaron a su yate para ayudarle en la maniobra, y dio la orden de poner rumbo a Marsella. Preveía la muerte de su padre, pero Mercedes, ¿qué había sido de ella?

Edmond no podía dar instrucciones suficientes a un agente sin divulgar su secreto; además, había otras informaciones que deseaba conocer y que sólo a él le concernían. El espejo le había mostrado en Liorna que no corría peligro alguno de ser reconocido; además, ahora tenía a su disposición todos los medios para disfrazarse. Una mañana, pues, el yate, seguido de la pequeña barca, entró valientemente en el puerto de Marsella y se detuvo justo enfrente del lugar en que aquella tarde de fatal recuerdo, lo habían embarcado para el castillo de If.

Dantés no dejó de experimentar cierto estremecimiento cuando desde la canoa vio dirigirse hacia él a un gendarme. Pero Dantés, con aquella desenvoltura tan perfecta que había adquirido, le mostró un pasaporte inglés comprado en Liorna; y mediante este pasaporte extranjero, mucho más respetado en Francia que el nuestro, descendió sin dificultades a tierra.

Lo primero que descubrió Dantés al poner el pie en la Canebière, fue a uno de los marineros del *Faraón*. Aquel hombre había servido bajo sus órdenes, y se encontraba allí como un medio de asegurar a Dantés acerca del cambio que se había operado en él. Se encaminó hacia aquel sujeto y le hizo varias preguntas a las cuales respondió, sin dejar traslucir ni por sus palabras ni por su fisonomía, que se acordaba de haber visto alguna vez a quien le interpretaba.

Dantés dio al marinero una moneda para agradecerle sus informaciones; un instante después oyó que el hombre corría tras él y se volvió.

—Perdone, señor —dijo el marinero—, pero sin duda se ha equivocado. Habrá creído darme una pieza de cuarenta sueldos y me ha dado un napoleón.

—En efecto, amigo mío —respondió Dantés—, me he equivocado; pero como su honradez merece una recompensa, tenga otro, que le ruego acepte, para beber a mi salud con sus camaradas.

El marinero miró a Edmond con tanto asombro, que ni se le ocurrió agradecersele; y le vio alejarse mientras murmuraba:

—Será algún nabab que llega de la India.

Dantés prosiguió su camino; cada paso que daba oprimía su corazón una nueva emoción; todos sus recuerdos de infancia, recuerdos indelebles, eternamente presentes en su pensamiento, estaban allí, surgiendo de cada rincón de una plaza, de cada esquina de una calle, de cada cruce. Al llegar al final de la calle de Noailles, y al divisar la avenida de Meilhan sintió que las rodillas se le doblaban, y casi cayó bajo las ruedas de un coche. Al fin llegó hasta la casa en que habitó su padre. Las enredaderas y las capuchinas habían desaparecido de la buhardilla, en donde, en otros tiempos, las manos del buen hombre las enmarañaban con tanto cuidado.

Se apoyó contra un árbol, y permaneció algún tiempo pensativo, mirando los últimos pisos de aquella casita; al fin avanzó hacia la puerta, al franquear el umbral preguntó si quedaba algún piso vacante, y, aunque estaba ocupado, insistió tanto por visitar el del quinto, que la portera subió y preguntó, de parte de un extranjero, a las personas que lo habitaban si le permitían ver las dos piezas de que se componía. Las personas que habitaban aquel alojamiento eran un joven y una muchacha que hacía ocho días acababan de casarse.

Al ver a aquellos jóvenes, Dantés lanzó un profundo suspiro.

Por lo demás, nada le recordaba ya a Dantés el apartamento de su padre; aquél no era el mismo empapelado; todos los viejos muebles, aquellos amigos de infancia de Edmond, presentes en su memoria con todos sus detalles, habían desaparecido. Sólo las paredes eran las mismas.

Dantés se volvió del lado de la cama, se hallaba en el mismo sitio que la del antiguo inquilino; a pesar suyo, los ojos de Edmond se llenaron de lágrimas: en aquel sitio fue donde el anciano debió de expirar nombrando a su hijo.

Ambos jóvenes miraron con asombro a aquel hombre de frente severa, por las mejillas del cual corrían dos gruesas lágrimas sin que su rostro pestañeara. Pero como todo dolor debe ser respetado, los jóvenes no hicieron ninguna pregunta al desconocido; únicamente se apartaron para dejarle llorar a gusto, y cuando él se retiró le acompañaron diciéndole que podía volver cuando quisiese, y que su pobre vivienda le acogería.

Al pasar por el piso inferior, Edmond se detuvo ante otra puerta y preguntó si continuaba viviendo allí el sastre Caderousse. Pero la portera le respondió que aquel hombre había tenido mala suerte en los negocios y ahora regentaba una pequeña posada en el camino de Bellegarde a Beaucaire.

Dantés descendió, preguntó la dirección del propietario de la casa de la avenida de Meilhan, se dirigió a casa de éste, se hizo anunciar bajo el nombre de lord Wilmore (era el nombre y el título que constaba en el pasaporte), y adquirió aquella casita por la suma de veinticinco mil francos. Eran diez mil francos, por lo menos, más de lo que valía. Pero Dantés, si le hubiesen pedido medio millón, lo habría pagado igualmente.

Aquel mismo día, los jóvenes del quinto piso fueron advertidos por el notario que hiciera el contrato, de que el nuevo propietario les daba a escoger cualquier apartamento del edificio, sin aumentarles en nada el alquiler, a condición de que cedieran las dos habitaciones que ocupaban.

Aquel extraño acontecimiento preocupó durante más de ocho días a todos los vecinos de la avenida de Meilhan, y se formaron mil conjeturas de las cuales ninguna tuvo la respuesta adecuada. Pero lo que sobre todo calentó todas las cabezas, y turbó todos los espíritus, fue ver aquel anochecer al mismo hombre que vieran entrar en la casa de la avenida de Meilhan, paseándose por el barrio de los

Catalanes, y entrar en una pobre cabaña de pescadores, en donde permaneció una hora inquiriendo noticias de varias personas que estaban muertas o habían desaparecido hacía más de quince o dieciséis años.

Al día siguiente, las personas en cuyas casas entró a fin de hacer todas aquellas preguntas, recibieron como regalo una barca catalana completamente nueva, aparejadas con dos jábegas y una red.

Aquellas gentes hubiesen querido dar las gracias al generoso interrogador; pero al abandonarlos se le había visto, después de dar algunas órdenes a un marinero, subir a caballo y salir de Marsella por la puerta de Aix.

◊

El Albergue del Puente del Gard

Los que como yo hayan recorrido a pie el Mediodía de Francia, habrán podido ver entre Bellegarde y Beaucaire, a medio camino de una ciudad a la otra, pero más cerca de Beaucaire que de Bellegarde, una pequeña posada sobre cuya puerta pende una placa de palastro que chirría al menor viento, con una grotesca representación del puente del Gard. Esta pequeña posada se halla situada, tomando por referencia el curso del Rhône, en el lado izquierdo del camino, dando la espalda al río; está acompañada de lo que en el Languedoc llaman un jardín; es decir, que la fachada opuesta a la que abre su puerta a los viajeros da a un cercado en el que crecen algunos olivos achaparrados y algunas higueras salvajes, de follaje plateado por el polvo; entre unos y otros crecen, como únicas hortalizas, ajos, pimientos y lechugas; por último, en uno de sus ángulos, como un centinela olvidado, un gran pino quitasol que esparce melancólicamente su ramaje flexible, mientras que su cima, abierta en abanico, estalla bajo un sol de treinta grados.

Todos estos árboles, grandes y pequeños, se inclinan, naturalmente, en la dirección que pasa el mistral, uno de los tres azotes de la Provenza; siendo los otros dos, como se sabe o como no se sabe, el Duranzo y el Parlamento.

Aquí y allá, en la planicie circundante, que parece un gran lago de polvo, vegetan algunos tallos de trigo candeal que los horticultores de la región cultivan, sin duda, por curiosidad y en el que cada uno sirve de albergue a una cigarra, que persigue con su canto chillón y monótono a los viajeros extraviados en aquella tebaida.

Desde hacía siete u ocho años aproximadamente, aquella posada estaba regentada por un hombre y una mujer que tenían por criados a una doncella llamada Trinette y a un mozo de cuadra que respondía al nombre de Pacud; doble ayuda que resultó suficiente

para cubrir las necesidades del servicio desde que un canal abierto de Beaucaire a Aiguesmortes sustituyó victoriosamente los barcos al acarreo precipitado y el coche a la diligencia.

Este canal, como para hacer aún más viva la desdicha de los desafortunados posaderos que arruinaba, pasaba entre el Rhône, que lo alimentaba y la carretera que lo consumía, a cien pasos aproximadamente del albergue que acabamos de describir, corta, pero fielmente.

El posadero de aquel lugar era un hombre que podía tener cuarenta o cuarenta y cinco años, alto, seco y nervioso, verdadero tipo meridional, con ojos hundidos y brillantes, nariz como pico de ave de rapiña, y dientes blancos como los de un animal carnicero. Sus cabellos, que se resistían a encanecerse a pesar de los años, eran, como su barba que llevaba en forma de collar, espesos, crespos y apenas sembrados por algunos pelos blancos. Su tez, curtida naturalmente, aún se había vuelto más morena por la costumbre que el pobre diablo había adquirido de permanecer, desde la mañana hasta la noche, en el umbral de la puerta para ver si, bien a pie, bien en coche, llegaba algún cliente; espera casi siempre inútil, y durante la cual no oponía al ardor devorador del sol más preservativo para su rostro que un pañuelo encarnado anudado a la cabeza, a la manera de los muleros españoles. Este hombre era nuestro antiguo conocido Gaspar Caderousse.

Su esposa, por el contrario, era una mujer pálida, delgada y enfermiza; de soltera se llamaba Madeleine Radelle; nació en las proximidades de Arlés, y había visto, a pesar de conservar todas las trazas primitivas de la belleza tradicional de sus compatriotas, como su rostro se destruía lentamente en un acceso casi continuo de esas fiebres sordas tan propias entre las poblaciones vecinas de los estanques de Aiguesmortes y los pantanos de la Camargue. Ella permanecía casi siempre sentada y gimoteando en el fondo de su habitación, situada en el primer piso, ora tendida sobre un diván, ora apoyada contra su cama, mientras su marido montaba, a la puerta, su guardia habitual; vigilancia que prolongaba con más gusto cada vez que se encontraba con su amargada mitad, la que le perseguía con sus continuas quejas contra la suerte, lamentos a los cuales su marido no respondía más que con estas filosóficas palabras:

—¡Cállate, Carconte! ¡Dios quiere que sea así!

Este mote provenía de que Madeleine Radelle había nacido en el pueblo de Carconte, situado entre Salón y Lambesc. Ahora bien, siguiendo una costumbre del país, o sea la de que se designe casi siempre a las personas por un apodo en vez de por su nombre, su marido había sustituido con aquél el de Madeleine, demasiado dulce y eufórico, posiblemente, para su rudo lenguaje.

Empero, a pesar de esta pretendida resignación a los designios de la Providencia, no se crea que nuestro posadero dejara de sentir profundamente el estado de miseria a que le había reducido el miserable canal de Beaucaire, y que fuese invulnerable a las incessantes quejas con que le perseguía su mujer. Era como todos los meridionales, un hombre sobrio y sin grandes necesidades, pero vanidoso para las cosas externas; así, pues, en sus tiempos prósperos, no dejaba pasar ni una novillada ni una procesión de la Tarasca sin exhibirse con Carconte, vistiendo uno de aquellos pintorescos trajes de los hombres del Mediodía que poseen, a la vez, algo de catalán y andaluz; ella, con el encantador vestido de las mujeres de Arlés, que se parece al de las de Grecia y Arabia; pero, poco a poco, las cadenas del reloj, los collares, los cinturones de colorines, los corpiños bordados, las chaquetas de terciopelo, las medias de elegantes talones, las polainas abigarradas y los zapatos con hebillas de plata habían desaparecido, y Gaspar Caderousse, no pudiendo mostrarse a la altura de su pasado esplendor, había renunciado, para él y su mujer, a todas las pompas mundanas, y cuya alegre algazara hasta llegaba, para roerle sordamente el corazón, a su pobre posada, que continuaba conservando más como refugio que como negocio.

Caderousse había permanecido, como tenía por costumbre, una parte de la mañana delante de la puerta, paseando su melancólica mirada de una mata de césped pelado en el que picoteaban algunas gallinas, a los dos extremos del desierto camino que se perdían, uno en el Mediodía y otro en el Norte, cuando de pronto la voz agriada de su mujer le obligó a abandonar su puesto. Entró gruñendo y subió al primer piso, dejando, no obstante, la puerta completamente abierta como para invitar a los viajeros a entrar en la posada.

En el momento que Caderousse entraba, la gran carretera de que hemos hablado, y que recorrieron sus miradas, aparecía tan desnuda y solitaria como el desierto a mediodía. Se extendía, blanca e infinita, entre dos hileras de árboles delgados, y se comprendía per-

fectamente que ningún viajero, libre de escoger cualquier hora del día, se aventurase en aquel espantoso Sahara.

Empero, y a pesar de todas las probabilidades, si hubiese permanecido en su sitio, Caderousse habría podido descubrir, del lado de Bellegarde, a un caballero y su caballo avanzando con ese continente sosegado y amistoso que indica las mejores relaciones entre caballo y caballero. El primero era un caballo castrado que marchaba con agradable porte; el caballero era un sacerdote vestido de negro y tocado con un tricornio a pesar del calor devorante que hacía entonces al sol del mediodía. Ambos avanzaban a un trote bastante razonable.

Llegado ante la puerta, el grupo se detuvo; hubiese sido difícil decidir si fue el caballo quien paró al hombre o el hombre quien detuvo al caballo; pero en todo caso, el caballero echó pie a tierra, y, llevando al animal de la brida, fue a amarrarlo a un torniquete de una contraventana desprendida que sólo se sujetaba con un gozne; después avanzó hacia la puerta, enjugándose con un pañuelo de algodón rojo su sudorosa frente, y dio tres golpes en una de las hojas de la puerta con la empuñadura de hierro del bastón que tenía en la mano.

Inmediatamente, un gran perro negro se levantó y dio algunos pasos ladrando y mostrando sus blancos y agudos dientes; doble demostración hostil que denotaba la poca costumbre que tenía de estar acompañado.

Al mismo tiempo, un paso pesado estremeció la escalera de madera que ascendía a lo largo de la pared, y por la que descendía, curvándose y a traspiés, el huésped del pobre albergue, a la puerta del cual se encontraba el sacerdote.

—¡Ya va! —decía Caderousse, asombrado—. ¡Ya va! ¡Quieres callarte. «Margottin»! No tenga miedo, señor, ladra, pero no muerde. Quiere usted vino, ¿no es cierto?, porque hace un calorazo... ¡Ah! Perdón —se interrumpió Caderousse al ver qué clase de viajero tenía ante sí—. No sabía a quién tenía el honor de recibir. ¿Qué desea usted, qué quiere usted, señor abate? Estoy a sus órdenes.

El sacerdote miró a aquel hombre durante dos o tres segundos con curiosa atención; incluso parecía querer llamar sobre sí la atención del posadero; luego, viendo que los rasgos de éste no experimentaban más sentimiento que la sorpresa de no recibir respuesta, juzgó que era hora de que reaccionara, y preguntó con un acento italiano bastante pronunciado:

—¿No es usted el señor Caderousse?

—Sí, señor —replicó el posadero aún más sorprendido por la pregunta de lo que lo estuvo por el silencio—. Soy, en efecto, Gaspar Caderousse, para servirle.

—Gaspar Caderousse..., sí, creo que ése es el nombre y el apellido. Vivía usted antes en Marsella, en la avenida de Meilhan, ¿no es cierto? ¿En el cuarto piso?

—Eso es.

—¿Y ejercía usted la profesión de sastre?

—Sí, pero eso fue mal. Hace tanto calor en esa endiablada Marsella que acabarán, creo yo, por no vestirse con nada. Pero, a propósito del calor. ¿No desearía usted refrescarse con algo, señor abate?

—Sí, claro. Sírrame una botella de su mejor vino, y continuaremos la conversación, si le place, en donde la dejamos.

—Como usted guste, señor abate —dijo Caderousse.

Y para no perder la ocasión de colocar una de las últimas botellas de vino de Cahors que le quedaban, Caderousse se apresuró a levantar la trampilla que había en el piso de aquella especie de estancia de la planta baja, que servía de salón y de cocina.

Cuando reapareció al cabo de cinco minutos, encontró al abate sentado en un taburete, con el codo apoyado en una amplia mesa, mientras que «Margottin», que parecía tranquilizado al ver, contra lo corriente, que aquel extraño viajero iba a tomar algo, alargaba sobre su lomo su descarnado cuello y sus perezosos ojos.

—¿Está usted solo? —preguntó el abate al posadero, en tanto que éste colocaba delante de él la botella y un vaso.

—¡Oh, Dios mío! Sí, solo o casi, señor abate; porque tengo una mujer que no me puede ayudar en nada, ya que la pobre Carconte está casi siempre enferma.

—¡Ah! Usted está casado —dijo el sacerdote con una especie de interés mientras echaba a su alrededor una mirada que parecía estimar en su escaso valor el pobre mobiliario de la vivienda.

—Le parece a usted que no soy rico, ¿no es cierto, señor abate? —dijo, suspirando, Caderousse—. Pero ¡qué quiere! No basta con ser un hombre honrado para prosperar en este mundo.

El abate fijó sobre él una penetrante mirada.

—Sí, hombre honrado. De eso puedo vanagloriarme, señor —repitió el posadero sosteniendo la mirada del abate, una mano

sobre el pecho y meneando la cabeza de arriba abajo—. Y, en nuestra época, todo el mundo no puede decir otro tanto.

—Tanto mejor si de lo que se vanagloria es cierto —replicó el abate—, porque, tarde o temprano, tengo la firme convicción de que el hombre honrado es recompensado y el malo castigado.

—Su condición le hace expresarse así, señor abate; su condición se lo hace decir —repuso Caderousse con expresión amarga—. Pero se es libre de no creer en lo que usted declara.

—Se equivoca al hablar así, señor —replicó el abate—, porque posiblemente yo sea para usted, dentro de poco, una prueba de lo que pronostico.

—¿Qué pretende decir? —preguntó Caderousse con aire asombrado.

—Pues que hace falta que me asegure ante todo si es usted quien busco.

—¿Qué pruebas quiere usted que le dé?

—¿Conoció usted en 1814 o 1815 a un marino que se llamaba Dantés?

—¡Dantés! ¿Qué si he conocido a ese pobre Edmond? Ya lo creo. Incluso era uno de mis mejores amigos —exclamó Caderousse, cuyo rostro se tiñó de púrpura, mientras que los ojos claros y firmes del abate parecían dilatarse para abarcar por entero a aquel a quien interrogaba.

—Sí, creo que efectivamente se llamaba Edmond.

—¿Que si se llamaba Edmond? Ya lo creo. Tan cierto como que yo me llamo Gaspar Caderousse. ¿Y qué ha sido, señor, de ese pobre Edmond? —prosiguió el posadero—, ¿lo ha conocido usted? ¿Aún vive, está libre, es feliz?

—Ha muerto preso, más desesperado y miserable que los forzados que arrastran su bola en el presidio de Tolón.

Una mortal palidez cubrió el rostro de Caderousse tras el púrpura que antes lo cubriera. Se volvió y el abate le vio enjugarse una lágrima con el pañuelo rojo que le cubría la cabeza.

—¡Pobre pequeño! —murmuró Caderousse—. Pues bien, he aquí una prueba más de lo que le he dicho, señor abate; Dios no es bueno más que con los malos. ¡Ah! —prosiguió Caderousse con el pintoresco lenguaje de las gentes del Mediodía—. El mundo va de mal en peor. Que caiga del cielo pólvora dos días y fuego una hora, y que todo se acabe.

—Parece que usted quería a ese muchacho con todo el corazón, señor —hizo observar el abate.

—Sí, le quería bien —respondió Caderousse—, aunque tengo que reprocharme haber envidiado por un momento su felicidad. Pero después se lo juro, palabra de Caderousse, que he lamentado mucho su desdichada suerte.

Siguió un instante de silencio durante el cual la mirada fija del abate interrogó la fisonomía cambiante del posadero.

—¿Y usted conoció a ese pobre muchacho? —prosiguió Caderousse.

—Fui llamado a su lecho de muerte para ofrecerle los últimos auxilios de la religión —respondió el sacerdote.

—¿Y de qué ha muerto? —preguntó Caderousse con voz cortada.

—¿Y de qué quiere que se muera en prisión cuando se tienen treinta años, si no es de la misma prisión?

Caderousse enjugó el sudor que corría por su frente.

—Lo que hay de extraño en todo esto —continuó el abate— es que Dantés, en su lecho de muerte, me juró siempre, sobre el Cristo cuyos pies besaba, que ignoraba la verdadera causa de su cautividad.

—Es cierto, es cierto —murmuró Caderousse—. No podía saberlo. No, señor abate, no mentía el pobre muchacho.

—Por eso me encargó que descubriera la causa de su desgracia, que jamás pudo aclarar él mismo, y rehabilitar su buen nombre, si acaso había sido mancillado.

Y la mirada del abate, tornándose cada vez más fija, devoró la expresión casi sombría que apareció en el rostro de Caderousse.

—Un rico inglés —continuó el abate—, su compañero de infortunio y que salió de la cárcel con la Segunda Restauración, era poseedor de un diamante de gran valor. Al salir de la cárcel quiso dejar a Dantés, que lo había cuidado como un hermano durante una enfermedad que tuvo, un testimonio de su reconocimiento entregándole tal diamante. Dantés, en lugar de utilizarlo para seducir a los carceleros, que por otro lado podían cogérselo y traicionarle después, siempre lo conservó para el caso de que saliese de la cárcel. Porque si salía, su fortuna estaba asegurada con la sola venta de aquel diamante.

—¿Era, pues, como usted dice —preguntó Caderousse con los ojos ardientes—, un diamante de tanto valor?

—Todo es relativo —replicó el abate—. De un gran valor para Edmond. Ese diamante estaba valorado en cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos! —exclamó Caderousse—. Pero entonces sería tan grueso como una nuez.

—No, nada de eso —dijo el abate—. Pero lo juzgará por sí mismo, ya que lo traigo conmigo.

Caderousse parecía buscar bajo las ropas del abate el depósito de que hablaba.

El sacerdote extrajo de su bolsillo una bolsita de tafilete negro, la abrió e hizo brillar ante los desorbitados ojos de Caderousse la deslumbrante maravilla engarzada en una sortija de admirable trabajo.

—¿Y eso vale cincuenta mil francos?

—Sin la montura, que vale otro tanto —respondió el abate. Y cerró la bolsita, y puso en su bolsillo el diamante que continuaba brillando en el fondo de la imaginación de Caderousse.

—Pero ¿cómo es que se encuentra en su poder ese diamante, señor abate? —preguntó Caderousse—. ¿Le ha hecho Edmond su heredero?

—No, pero sí su ejecutor testamentario: «Tengo tres buenos amigos y una novia —me dijo—; los cuatro, estoy seguro de que me echan a faltar amargamente; uno de esos amigos se llama Caderousse».

Caderousse se estremeció.

—«El otro —prosiguió el abate sin parecer darse cuenta de la emoción del posadero—, el otro se llamaba Danglars; el tercero, aunque rival mío, también me quería...»

Una diabólica sonrisa iluminó los rasgos de Caderousse, que hizo un movimiento para interrumpir al abate.

—Espere —dijo éste—, déjeme acabar, y si tiene alguna observación que hacerme, me la hará a su debido tiempo: «El otro, aunque rival mío, también me quería y se llamaba Fernando; en cuanto a mi novia, su nombre era...». No me acuerdo del nombre de la novia —dijo el abate.

—Mercedes —indicó Caderousse.

—¡Ah, sí! Eso es —replicó el abate, con un suspiro ahogado—. Mercedes.

—¿Y bien? —inquirió Caderousse.

—Sírrame una jarra de agua —solicitó el sacerdote.
Caderousse se apresuró a obedecer.
El abate llenó el vaso y bebió algunos tragos.
—¿En dónde estábamos? —preguntó depositando el vaso sobre la mesa.
—En que la novia se llamaba Mercedes.
—Sí, eso es: «Usted irá a Marsella...». Es Dantés quien sigue hablando, ¿comprende?
—Perfectamente.
—«Venderá este diamante, hará cinco partes y las repartirá entre esos cinco buenos amigos, ¡los únicos seres que me quisieron en la vida!»
—¿Cómo en cinco partes? —exclamó Caderousse—. Usted no ha nombrado más que a cuatro personas.
—Porque la quinta está muerta, según me dijeron... La quinta era el padre de Dantés.
—¡Ah! Sí —dijo Caderousse, conmovido por las pasiones que se entrecrocaban en él—. ¡Ah, sí, el buen hombre murió!
—Supe la noticia en Marsella —añadió el abate, haciendo un esfuerzo para permanecer indiferente—, pero hace tanto tiempo que sucedió esta muerte, que no he podido recoger ningún detalle... ¿Sabría usted algo acerca de la muerte del tal anciano?
—¡Eh! —exclamó Caderousse—. ¿Quién puede saber eso mejor que yo? Vivía debajo de ese buen hombre... Era vecino suyo. ¡Ay, Dios mío! Sí, apenas transcurrido un año de la desaparición de su hijo, el pobre anciano falleció.
—Pero ¿de qué murió?
—Los médicos llamaron a su enfermedad..., una gastroenteritis, creo; quienes le conocían dijeron que sucumbió de pena..., y yo, que casi le he visto morir, digo que murió...
Caderousse se detuvo.
—¿De qué murió? —inquirió con ansiedad el sacerdote.
—De hambre.
—¿De hambre? —exclamó el abate saltando en su taburete—. ¡De hambre! Los más viles animales no mueren de hambre. Los perros que vagabundean por las calles encuentran una mano compasiva que les arroja un mendrugo de pan, y un hombre, un cristiano, muere de hambre en medio de otros hombres que se declaran también cristianos. ¡Imposible! ¡Oh, eso es imposible!

—Mantengo lo que he dicho —agregó Caderousse.

—Y te has equivocado —dijo una voz en la escalera—. ¿Para qué te mezclas en eso?

Ambos hombres se volvieron y descubrieron, a través de las barras de la barandilla, la enfermiza cabeza, de la Carconte; se había arrastrado hasta allí y escuchaba la conversación sentada en el último escalón, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas.

—Y tú, ¿por qué te metes, mujer? —gritó Caderousse—. El señor desea información, y la cortesía exige que yo se la dé.

—Sí, pero la prudencia aconseja que te niegues. ¿Quién sabe qué intenciones le guían para hacerte hablar, imbécil?

—Excelentes intenciones, señora, le doy mi palabra —aseguró el abate—. Su marido no tiene nada que temer, con tal de que responda francamente.

—¡Nada que temer! Sí, se empieza con bellas promesas, después se le tranquiliza diciéndole que no tiene nada que temer; luego se marcha sin mantener lo que se ha prometido, y una buena mañana le cae a uno una desgracia sin que se sepa de dónde procede.

—Tranquilícese, buena señora; la desgracia no le vendrá por mi parte, se lo aseguro.

La Carconte gruñó algunas palabras ininteligibles, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas y continuó temblando de fiebre, dejando a su marido en libertad para proseguir la conversación, pero colocada de manera que no pudiese perderse una palabra.

Durante aquel tiempo, el abate había bebido unos tragos de agua y se repuso.

—Pero —prosiguió— ¿ese desdichado anciano estaba tan abandonado de todo el mundo que llegó a morir de hambre?

—¡Oh, señor! —replicó Caderousse—. No es que Mercedes, la catalana, y el señor Morrel lo hubiesen abandonado. Pero el pobre anciano había cogido una profunda antipatía a Fernando; ese mismo —continuó Caderousse, con una sonrisa irónica— que Dantés le dijo era uno de sus amigos.

—Entonces, ¿no lo era? —preguntó el abate.

—¡Gaspar, Gaspar! —murmuró la mujer desde lo alto de la escalera—. Repara en tus palabras.

Caderousse hizo un movimiento de impaciencia, y sin contestar a quien le interrumpía, agregó dirigiéndose al abate:

—¿Se puede ser amigo de aquel cuya mujer se desea? Dantés, que tenía un corazón de oro, llamaba a todos amigos suyos... ¡Pobre Edmond! En realidad, vale más que no haya sabido nada: habría tenido demasiado trabajo en perdonarlos a la hora de la muerte... Y aunque digan lo que quieran —continuó Caderousse en su lenguaje, no carente de una especie de ruda poesía—, tengo más miedo a la maldición de los muertos que al odio de los vivos.

—¡Imbécil! —gritó la Carconte.

—De manera que —añadió el abate— ¿sabe usted lo que hizo Fernando contra Dantés?

—Sí, lo sé, ya lo creo.

—Hable, entonces.

—Gaspar, haz lo que quieras, eres dueño de hacerlo —intervino de nuevo la mujer—, pero si me hicieras caso, no dirías nada.

—Esta vez, creo que tienes razón, mujer —replicó Caderousse.

—Así que usted no quiere decir nada, ¿no es cierto? —insistió el abate.

—¿Para qué? —contestó Caderousse—. Si el muchacho estuviese vivo y viniera a mi encuentro a fin de saber de una vez para siempre quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos, no digo que no; pero yace bajo tierra, según ha manifestado usted, y, por consiguiente, no puede hacer nada, ni tener odio, ni vengarse. Dejemos todo esto.

—Entonces, usted prefiere —agregó el abate—, que entregue a esas personas que usted considera indignas y falsos amigos, una recompensa destinada a la fidelidad, ¿no es eso?

—Es cierto, tiene usted razón —admitió Caderousse—. Además, ¿qué representaría para ellos ahora el legado del pobre Edmond? Una gota de agua caída en el mar.

—Sin contar que esas gentes pueden aplastarte —añadió la mujer.

—¿Cómo es eso? ¿Acaso esas personas se han convertido en tan poderosas y ricas?

—Entonces, ¿usted no conoce su historia?

—No, cuéntemela.

Caderousse pareció vacilar un instante.

—No, de verdad —dijo—, resultaría demasiado larga.

Es usted libre de callarse, amigo mío —replicó el abate con acento de la más profunda indiferencia—, y yo respeto sus escrú-

pulos; además, lo que usted hace es obra de un hombre realmente bueno; no hablemos, pues, más de esto. ¿De qué estaba encargado? De una sencilla formalidad. Venderé, pues, el diamante.

Y extrajo de su bolsillo el diamante, abrió la bolsita y lo hizo brillar ante los asombrados ojos de Caderousse.

—Ven a verlo, mujer —gritó éste con voz ronca.

—¡Un diamante! —exclamó la Carconte levantándose y descendiendo con paso bastante firme la escalera—. ¿Qué es lo que sucede con ese diamante?

—¿Acaso no has oído, mujer? —dijo Caderousse—. Es un diamante que nos ha legado el muchacho: a su padre, primero; a sus tres amigos, Fernando, Danglars y yo, y a Mercedes, su novia. El diamante vale cincuenta mil francos.

—¡Oh, qué hermosa joya! —exclamó la Carconte.

—Entonces, ¿la quinta parte de esa suma nos pertenece? —inquirió Caderousse.

—Sí, señor —respondió el abate—. Más la parte del padre de Dantés, que me considero autorizado a repartir entre los cuatro.

—¿Y por qué entre los cuatro? —preguntó la Carconte.

—Porque ustedes eran los cuatro amigos de Edmond.

—Los amigos no son aquellos que traicionan —murmuró sor-damente, a su vez, la mujer.

—Sí, sí —afirmó Caderousse—, y es lo que yo decía: casi es una profanación, un sacrilegio, recompensar la traición, el crimen posiblemente.

—Usted será quien lo quiera —respondió tranquilamente el abate guardando el diamante en el bolsillo de su sotana—. Ahora, deme la dirección de los amigos de Edmond, a fin de que pueda cumplir su última voluntad.

El sudor corría a grandes gotas por la frente de Caderousse; vio que el abate se levantaba, se dirigía hacia la puerta, como para echar una mirada de aviso a su caballo, y regresó.

Caderousse y su mujer se miraron con una indecible expresión.

—El diamante será para nosotros por entero —decidió Caderousse.

—¿Lo crees así? —preguntó su mujer.

—Un eclesiástico no querría engañarnos.

—Haz lo que te parezca —respondió la mujer—. En cuanto a mí, no quiero mezclarme en nada.

Y volvió a encaminarse hacia la escalera, titiritando; sus dientes castañeaban a pesar del ardiente calor que hacía.

Se detuvo un instante sobre el último peldaño.

—¡Reflexiona bien, Gaspar! —le recomendó.

—Estoy decidido —afirmó Caderousse.

La Carconte entró en su habitación lanzando un gran suspiro; se oyó crujir el techo bajo sus pasos hasta que encontró su diván, en el que se sentó pesadamente.

—¿A qué está decidido? —preguntó el abate.

—A explicárselo todo —respondió el posadero.

—Creo que, en verdad, eso es lo mejor que puede hacer —dijo el sacerdote—; no porque yo quiera saber lo que usted desee ocultarme; pero si usted puede ayudarme a distribuir los legados según los deseos del testador, será lo mejor.

—Eso espero —respondió Caderousse, con las mejillas encendidas por el rubor de la esperanza y la ambición.

—Le escucho —dijo el abate.

—Espere —replicó Caderousse—, podrían interrumpirnos en lo más interesante de la narración, lo cual resultaría desagradable. Además, no conviene que nadie se entere de que usted ha venido hasta aquí.

Y se dirigió a la puerta de su posada para cerrarla, y, para mayor precaución, echó la barra que sólo ponía por las noches.

Durante este tiempo, el abate había escogido un lugar para escuchar con toda comodidad; se había sentado en un rincón, de manera que permanecía en la sombra, en tanto que la luz caería de lleno sobre el rostro de su interlocutor. En cuanto a él, con la cabeza inclinada, las manos cogidas o más bien crispadas, se disponía a escuchar con sus cinco sentidos.

Caderousse se aproximó al taburete y se sentó frente a él.

—¡Acuérdate de que no te empujo a que hables! —dijo la temblorosa voz de la Carconte, como si a través del techo pudiese ver la escena que se preparaba.

—Está bien, está bien —replicó Caderousse—. No hablemos más; déjalo todo a mi cargo.

Y empezó.

El relato

—Ante todo —dijo Caderousse—, debo, señor, rogarle que me prometa una cosa.

—¿Cuál? —preguntó el abate.

—Que si alguna vez hace usted uso de algunos de los detalles que voy a darle, nadie debe saber que se los he dado yo; porque de quienes voy a hablar son ricos y poderosos, y si me tocasen tan sólo con la yema de un dedo, me harían pedazos como a un vaso.

—Esté tranquilo, amigo mío —respondió el abate—, soy sacerdote, y las confesiones mueren en mi seno. Acuérdesse de que no tenemos otro fin que cumplir dignamente las últimas voluntades de nuestro amigo; hable, pues, sin temor y sin odio; dígame la pura verdad. Yo no conozco, y probablemente no conoceré jamás, a las personas de quienes usted me hablará, por otra parte, yo soy italiano y no francés; pertenezco a Dios y no a los hombres, y voy a entrar en mi convento, del que he salido para cumplir el último deseo de un moribundo.

Esta positiva promesa pareció tranquilizar un poco a Caderousse.

—Pues bien. En ese caso —dijo el posadero—, quiero, o más bien debo desengañarle acerca de las amistades que el pobre Edmond creía sinceras y fieles.

—Empecemos por su padre, si le parece —sugirió el abate—. Edmond me habló mucho de ese anciano, a quien profesaba un amor profundo.

—La historia es triste, señor —dijo Caderousse, meneando la cabeza—. Probablemente, conozca usted el principio.

—Sí —respondió el abate—. Edmond me refirió los hechos hasta el momento en que fue detenido en una taberna, cerca de Marsella.

—¡En La Reserva! ¡Oh, Dios mío, sí! Aún me acuerdo como si lo estuviera viendo.

—¿No fue en la comida de bodas?

—Sí, y la comida que tuvo un alegre principio acabó tristemente: un comisario, seguido de cuatro fusileros entró, y Dantés fue detenido.

—Ahí es donde se acaba lo que yo sé, señor —indicó el sacerdote—. El mismo Dantés no sabía más que lo que le era absolutamente personal, porque no volvió a ver a ninguna de las cinco personas que ya le he nombrado, ni oyó hablar de ellas.

—Pues bien, una vez detenido Dantés, el señor Morrel se apresuró a tomar informes, que fueron bien tristes. El anciano padre regresó solo a su casa, dobló su traje de bodas llorando, pasó todo el día dando vueltas por su cuarto y no se acostó en toda la noche; porque yo vivía debajo de él y le oí caminar toda la noche. Yo mismo, debo decirlo, tampoco dormí esa noche, porque el dolor de aquel pobre padre me causaba mucho mal, y cada uno de sus pasos me estrujaba el corazón, como si realmente hubiese puesto su pie sobre mi pecho.

»Al día siguiente, Mercedes acudió a Marsella para implorar la protección del señor de Villefort. No obtuvo nada, pero al mismo tiempo hizo una visita al anciano. Cuando lo vio tan triste y abatido, ya que había pasado la noche en vela y no había comido desde la víspera, quiso llevárselo para cuidarlo, pero el anciano no sintió en ello.

»—No —decía él—, yo no abandonaré la casa; porque es a mí a quien más ama mi desdichado hijo, y si sale de la cárcel, a quien primero correrá a ver es a mí. ¿Qué diría si no estuviese aquí esperándole?

»Yo escuchaba todo esto, y hubiera querido que Mercedes convenciera al anciano a irse con ella; aquellos pasos retumbaban todos los días sobre mi cabeza y no me dejaban un instante de reposo.

—Pero ¿no subió usted mismo a consolar al anciano? —preguntó el sacerdote.

—¡Ah, señor! —respondió Caderousse—. Sólo se consuela a los que desean ser consolados, y él no quería que le consolaran; además, no sé por qué, pero me parecía que sentía repugnancia de verme. Sin embargo, una noche que oía sus sollozos, no pude resistirlo y subí; pero cuando llegué a su puerta, ya no lloraba, estaba

rezando. La elocuencia de sus palabras y la ternura de sus súplicas no sabría explicarlas, señor; era algo más que piedad, más que dolor; así, yo, que no soy santurrón y que no amo a los jesuitas, me dije ese día: «Ahora me alegro de estar solo, y de que Dios no me haya concedido ningún hijo; porque si fuera padre y experimentase un dolor semejante al de este anciano, no pudiendo encontrar en mi mente ni en mi corazón todo lo que él le dice al Señor, iría a arrojarle al mar para no sufrir más tiempo».

—¡Pobre padre! —murmuró el sacerdote.

—De día en día, vivía más solo y aislado. El señor Morrel y Mercedes iban a menudo a verle, pero su puerta se hallaba cerrada; y, aunque yo tenía la completa seguridad de que estaba en su habitación, él no respondía. Un día que, contra su costumbre, recibió a Mercedes, y la pobre muchacha, igualmente desesperada, intentaba socorrerle, le dijo:

»—Créeme, hija mía, está muerto; en vez de esperarle nosotros, él es quien nos espera. Yo soy muy feliz, porque soy el más viejo y, en consecuencia, seré el primero que lo vea.

»Por bueno que uno sea, pronto se deja de ver a las personas que entristecen; el viejo Dantés acabó por quedarse solo: ya no vi sino subir de vez en cuando a algún desconocido que luego bajaba con algún paquete mal disimulado. Después comprendí lo que eran aquellos paquetes; vendía poco a poco lo que tenía, para vivir. Por último, el buen hombre llegó al límite de sus pobres fuerzas; debía tres plazos. Le amenazaron con echarle, solicitó otros días más, se los concedieron. Me enteré de este detalle porque el propietario entró en mi casa al salir de la suya.

»Durante los tres primeros días le oí caminar como de costumbre, pero al cuarto, ya no le oí más. Me atreví a subir; la puerta estaba cerrada, pero a través de la cerradura le vi tan pálido y desfallecido que, juzgándole muy enfermo, fui a prevenir al señor Morrel y corrí a casa de Mercedes. Los dos se apresuraron a visitarle. El señor Morrel le llevó un médico; éste dictaminó que padecía gastroenteritis, y ordenó que guardase dieta. Yo estaba allí, señor, y no olvidaré nunca la sonrisa del anciano al oír esta recomendación.

»Desde entonces abrió la puerta; tenía una excusa para no comer; el médico le había ordenado dieta.

El abate lanzó una especie de gemido.

—Le interesa esta historia, ¿no es cierto, señor? —dijo Caderousse.

—Sí —respondió el abate—, es enternecedora.

—Mercedes regresó; le encontró tan cambiado, que, como la primera vez, quiso llevárselo con ella a su casa. También era de la misma opinión el señor Morrel, que quería llevárselo a la fuerza; pero el anciano gritó tanto, que tuvieron miedo. Mercedes se quedó a la cabecera de su lecho. El señor Morrel se alejó haciendo una seña a la catalana de que dejaba una bolsa sobre la chimenea. Pero, esgriñiendo la receta del médico, el anciano no quiso tomar nada. Al fin, tras nueve días de desesperación y abstinencia, expiró maldiciendo a los que habían causado su desgracia, y diciendo a Mercedes:

»—Si vuelves a ver a mi Edmond, dile que muero bendiciéndole.

El abate se levantó y dio unos cuantos paseos por la estancia, llevándose una temblorosa mano a su seca garganta.

—Y cree usted que murió...

—De hambre, señor, de hambre —dijo Caderousse—. Respondo de que es tan cierto como que los dos somos cristianos.

El abate, con mano convulsa, cogió el vaso aún medio lleno de agua, lo vació de un trago y volvió a sentarse, con los ojos enrojecidos y las mejillas pálidas.

—¡Confieso que es una gran desgracia! —exclamó con voz ronca.

—Tanto más, señor, cuanto que Dios no se ha mezclado en nada, y sólo los hombres son los culpables.

—Pasemos, pues, a hablar de esos hombres —dijo el abate—. Pero piense —prosiguió con aire amenazante—, que se ha comprometido a decírmelo todo. Sepamos quiénes son esos hombres que hicieron morir al hijo de desesperación y al padre de hambre.

—Dos hombres celosos de él, señor; uno por amor, y el otro por ambición: Fernando y Danglars.

—¿Y de qué manera se manifestaron esos celos, dígamelo?

—Denunciando a Edmond como agente bonapartista.

—Pero ¿cuál de los dos le denunció, cuál de ellos fue el verdadero culpable?

—Ambos, señor; uno escribió la carta y el otro la echó al correo.

—¿Y dónde fue escrita esa carta?

—En la misma Reserva, la víspera de la boda.

—Está bien, eso está bien —murmuró el abate—. ¡Oh, Faria, Faria! ¡Cómo conocías a los hombres y las cosas!

—¿Dice usted, señor? —preguntó Caderousse.

—Nada —replicó el sacerdote—. Continúe.

—Fue Danglars quien escribió la denuncia con la mano izquierda para que su escritura no fuese reconocida, y Fernando quien la envió.

—Pero —exclamó de pronto el abate—, usted estaba allí.

—¿Yo? —dijo Caderousse, asombrado—. ¿Quién le ha dicho que yo estaba allí?

El abate comprendió que se había adelantado demasiado.

—Nadie —respondió—, mas para estar tan bien enterado de todos esos detalles, es preciso que usted fuese testigo de ellos.

—Es cierto —reconoció Caderousse con voz ahogada—. Yo estaba allí.

—¿Y usted no se opuso a aquella infamia? —preguntó el abate—. Entonces, usted es su cómplice.

—Señor —respondió Caderousse—, ellos me hicieron beber hasta el extremo de que casi perdí el conocimiento. No veía más que a través de una niebla. Dije cuanto podía decir un hombre en aquel estado; pero me respondieron que sólo era una broma lo que intentaban hacer y que tal broma no tendría consecuencias.

—Pero al día siguiente, señor, al día siguiente, bien vio que sí las tenía; sin embargo, no dijo nada; y usted se encontraba allí cuando fue detenido.

—Sí, señor; yo estaba allí y quise hablar, quise confesar todo, pero Danglars me contuvo.

»—Y si él es culpable por casualidad —me dijo—, si él verdaderamente ha hecho escala en la isla de Elba, si verdaderamente lleva una carta para el Comité bonapartista de París, si encuentran esa carta en su poder, aquellos que le hayan defendido pasarán por cómplices suyos.

»Tuve miedo de la política que se hacía entonces, lo confieso; me callé, aquello fue una cobardía, lo admito, pero no fue un crimen.

—Comprendo; usted dejó hacer, eso fue todo.

—Sí, señor —respondió Caderousse—, y de ahí mis remordimientos día y noche. Muchas veces pido perdón a Dios, se lo juro,

ya que esa acción, la única que tengo que reprocharme seriamente en la vida, es, sin duda, la causa de mis adversidades. También expió un instante de egoísmo, es lo que le digo siempre a la Carconte cuando ella se queja: «Cállate, mujer, Dios lo ha querido así».

Y Caderousse bajó la cabeza con todas las señales de un verdadero arrepentimiento.

—Bien, señor —replicó el abate—, ha hablado usted con franqueza. Acusarse así, es merecer su perdón.

—Desgraciadamente, Edmond ha muerto y él no ha podido perdonarme.

—Él ignoraba... —dijo el sacerdote.

—Pero ahora lo sabe, posiblemente —repuso Caderousse—. Dicen que los muertos lo saben todo.

Hubo un breve silencio; el abate se había levantado y paseaba pensativo; regresó a su sitio y volvió a sentarse.

—Usted me ha nombrado dos o tres veces a un tal señor Morrel —dijo—. ¿Quién era ese hombre?

—Era el armador del *Faraón*, el patrón de Dantés.

—¿Y qué papel ha interpretado ese señor en todo este asunto? —preguntó el sacerdote.

—El de un hombre honrado, animoso y adicto, señor. Veinte veces intercedió por Edmond; y cuando el emperador regresó, escribió, suplicó y amenazó tanto, que en la segunda Restauración fue muy perseguido como bonapartista. Muchas veces, como ya le he expuesto, acudió a casa del padre de Dantés para llevárselo con él, y la víspera o el día antes de su muerte, ya se lo he dicho, dejó sobre la chimenea una bolsa con la cual se pagaron las deudas del buen hombre y se costeó su entierro; de manera que aquel desdichado anciano llegó a morir como había vivido, sin causar ningún perjuicio a nadie. Yo aún conservo la bolsa, una gran bolsa de redecilla encarnada.

—¿Y vive todavía ese señor Morrel? —preguntó el sacerdote.

—Sí —respondió Caderousse.

—En ese caso —agregó el abate—, debe de ser un hombre afortunado, Dios le habrá bendecido y será rico..., feliz. Caderousse sonrió amargamente.

—Sí, tan feliz como yo —respondió.

—¡El señor Morrel es desgraciado! —exclamó el abate.

—Y está a las puertas de la miseria, señor, y, lo que es peor, a las del deshonor.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—En efecto, así es —replicó Caderousse—. Al cabo de veinticinco años de trabajo, tras haber conseguido el puesto más honorable en el comercio de Marsella, el señor Morrel está arruinado por completo. Ha perdido cinco buques en dos años, ha sufrido tres quiebras espantosas, y no le quedan más esperanzas que ese mismo *Faraón* que capitaneaba el pobre Dantés, y que debe regresar de la India con un cargamento de cochinilla y de añil. Si ese barco naufraga como los otros, está perdido.

—¿Y tiene... mujer e hijos ese desventurado?

—Sí, tiene una mujer, que en tal situación se comporta como una santa; una hija que iba a casarse con un hombre que la quería y a quien su familia no consiente en que se case con una muchacha arruinada; y, por último, un hijo en el Ejército. Pero, como puede usted comprender muy bien, todo esto aumenta su dolor en vez de suavizarlo. Si este pobre hombre estuviera solo, se levantaría la tapa de los sesos y punto concluido.

—¡Es horroroso! —murmuró el sacerdote.

—He aquí cómo recompensa Dios la virtud, señor —sentenció Caderousse—. Fíjese en mí, que nunca he cometido una mala acción, aparte lo que ya le he referido; yo estoy en la miseria. Yo, después de ver morir a mi pobre mujer de fiebre y sin poder hacer nada por ella, moriré de hambre como murió el viejo Dantés, mientras que Fernando y Danglars nadan en oro.

—¿Cómo lo han conseguido?

—Porque todo les ha ido bien, mientras que a las personas honradas todo les va mal.

—¿Qué ha sido de Danglars? El más culpable, el instigador, ¿no es cierto?

—¿Qué ha sido de él? Abandonó Marsella y entró, por recomendación del señor Morrel, que ignoraba su crimen, de primer dependiente en casa de un banquero español. En tiempos de la guerra de España, se encargó de una parte de las provisiones del ejército francés, e hizo fortuna; con ese primer dinero jugó sobre los fondos públicos y triplicó o cuadruplicó su capital. Viudo de la hija de su banquero, se casó con una viuda, la señora de Nargonne, hija del señor Servieux, chambelán del rey actual, y que goza de la mayor influencia. Llegó a ser millonario, le hicieron barón, de modo que ahora es el barón Danglars, que posee una mansión en la ca-

lle del Mont-Blanc, diez caballos en sus caballerizas, seis lacayos en su antecámara, y no sé cuántos millones en su caja.

—¡Ah! —exclamó el abate con extraño acento—. ¿Y es feliz?

—¿Feliz? ¿Quién puede asegurar eso? La desdicha o la felicidad es el secreto de las paredes; las paredes tienen oídos, pero no lengua. Si se es feliz con una gran fortuna, Danglars debe ser felicísimo.

—¿Y Fernando?

—Fernando ya es otra cosa.

—Pero ¿cómo ha podido hacer fortuna un pobre pescador catalán, sin recursos y sin educación? Eso me asombra, se lo confieso.

—Pues eso está pasando aquí todos los días; es necesario que haya en su vida algún extraño secreto que nadie sabe.

—Pero, en fin, ¿por qué medios visibles ha acumulado esa fortuna o alcanzado esa alta posición?

—Ambas cosas, señor, ambas cosas. Posee fortuna y posición juntas.

—Eso parece toda una novela.

—Así lo parece, en efecto; pero escuche y lo comprenderá todo:

«Fernando, algunos días antes del retorno de Napoleón, fue reclutado. Los Borbones habían dejado muy tranquilos a los catalanes, pero Napoleón regresó, decretó una quinta extraordinaria y Fernando viose obligado a partir. Yo también marché; pero como era más viejo que Fernando y acababa de casarme con mi pobre mujer, sólo fui enviado a las costas.

»Fernando fue encuadrado en las tropas activas, llegó a la frontera con su regimiento, y asistió a la batalla de Ligny.

»La noche que siguió a la batalla estaba de centinela a la puerta del general, que tenía relaciones secretas con el enemigo. Aquella misma noche el general debía reunirse con los ingleses. Propuso a Fernando que le acompañase; Fernando aceptó, abandonó su puesto y siguió al general.

»Esto, que hubiese hecho pasar a Fernando ante un Consejo de Guerra si Napoleón hubiera continuado en el trono, le sirvió de recomendación al volver los Borbones. Entró en Francia con la charretera de subteniente; y como la protección del general, que gozaba de gran favor, no le abandonó, era ya capitán en 1823, en tiempos de la guerra de España, es decir, cuando Danglars se arriesgaba a sus primeras especulaciones. Fernando era español y fue

enviado a Madrid a fin de conocer el estado de la opinión pública; allí encontró a Danglars, se asoció con él, prometió a su general un apoyo entre los realistas de la capital y de las provincias, recibió promesas, se comprometió por su parte, guió su regimiento por caminos que sólo él conocía, por desfiladeros guardados por los realistas, y, por último, realizó tales servicios en esa corta campaña, que después de la toma del Trocadero fue nombrado coronel y recibió la cruz de oficial de la Legión de Honor, con el título de barón».

—¡Oh, destino! ¡Destino! —murmuró el sacerdote.

—Sí, pero escuche, porque eso no es todo. Acabada la guerra de España, la carrera de Fernando se hallaba comprometida por la larga paz que prometía reinar en Europa. Sólo Grecia se había sublevado contra Turquía, y acababa de empezar la guerra de su independencia; todas las miradas estaban puestas en los atenienses; era moda compadecer y sostener a los griegos. El Gobierno francés, sin protegerlos abiertamente, como usted sabrá, toleraba las emigraciones parciales. Fernando, solicitó y obtuvo el permiso para ir a servir en Grecia, aunque sin dejar, no obstante, de pertenecer al ejército francés.

»Algún tiempo más tarde se supo que el conde Morcerf, era el nombre que llevaba, había entrado al servicio de Alí-Bajá con el grado de general instructor.

»Alí-Bajá fue muerto, como usted sabe; pero antes de morir recompensó los servicios de Fernando, dejándole una suma considerable, con la cual Fernando regresó a Francia, donde le fue confirmado su grado de teniente general.

—De manera que hoy... —preguntó el sacerdote.

—De manera que hoy —prosiguió Caderousse— posee una magnífica mansión en París, calle de Helder, número 27.

El abate abrió la boca, permaneció un instante como un hombre que duda, pero realizando un esfuerzo, dijo:

—¿Y Mercedes? Me aseguraron que había desaparecido.

—Desaparecido... —dijo Caderousse—. Sí, como desaparece el sol para salir al día siguiente más resplandeciente.

—¿También ella ha hecho fortuna? —preguntó el abate con una irónica sonrisa.

—Mercedes es en estos momentos una de las damas más importantes de París —contestó Caderousse.

—Continúe —dijo el abate—, me parece que estoy oyendo el relato de un sueño. Pero también yo he visto cosas tan extraordinarias, que ya no me asombra lo que usted me explica.

—Mercedes se desesperó, al principio, por la repentina desaparición de Edmond. Ya le he hablado de las instancias que hizo al señor de Villefort y el interés que demostró por el padre de Dantés. En medio de su desesperación le sobrecogió un nuevo dolor, y fue la marcha de Fernando; de Fernando, cuyo crimen ignoraba y a quien miraba como a un hermano.

»Fernando partió y Mercedes se quedó sola.

»Transcurrieron tres meses en los que no hizo sino llorar; sin noticias de Edmond, sin noticias de Fernando; nada ante los ojos más que un anciano que estaba muriéndose de desesperación.

»Una noche, tras haber permanecido todo el día sentada, como tenía por costumbre, en el cruce de los dos caminos que se dirigen de Marsella a los Catalanes, entró en su casa más abatida de lo que había estado nunca; ni su novio ni su amigo aparecían por ninguno de aquellos dos caminos, y no tenía noticias ni del uno ni del otro.

»De pronto le pareció oír un paso conocido; se volvió con ansiedad, la puerta se abrió y vio aparecer por ella a Fernando con su uniforme de subteniente.

»Aquello no era más que la mitad de lo que lloraba, pero constituía una parte de su vida pasada que retornaba a ella.

»Mercedes cogió las manos de Fernando con un entusiasmo que éste calificó de amor, y que no era más que alegría de no verse sola en el mundo y al fin encontrar un amigo al cabo de las largas horas de solitaria tristeza. Por otra parte, también hay que declararlo, Fernando nunca fue odiado; no era amado, sencillamente. Otro poseía el corazón de Mercedes, pero ese otro se hallaba ausente..., había desaparecido..., posiblemente había muerto. Ante este último pensamiento, Mercedes se deshacía en llanto y se retorció los brazos de desesperación; pero esta idea, que ella rechazaba en otras ocasiones cuando le era sugerida por otro, volvía ahora por sí sola a su ánimo; además, y por su parte, el anciano Dantés no cesaba de decirle: “Nuestro Edmond está muerto, porque si no lo estuviese volvería”.

»El anciano murió, como ya le he informado, si hubiese vivido, posiblemente Mercedes jamás habría sido la mujer de otro; porque él hubiera estado allí para reprocharle su infidelidad. Fernando com-

prendió esto y cuando se enteró de la muerte del anciano, regresó. Esta vez ya era teniente. En su primer viaje no dijo a Mercedes ni una palabra de amor; en el segundo le recordó que la amaba.

»Mercedes le pidió seis meses más para esperar y llorar a Edmond.

—De hecho —dijo el abate, con amarga sonrisa—, con eso hacía dieciocho meses en total. ¿Qué más puede pedir el amante más adorado?

Después murmuró las palabras del poeta inglés: *Frailty, thy name is woman!* (¡Fragilidad, tienes nombre de mujer!).

—Seis meses después —prosiguió Caderousse—, se celebró el matrimonio en la iglesia de las Accoules.

—Era la misma iglesia en que debía casarse con Edmond —murmuró el sacerdote—. No había cambiado más que de novio, simplemente.

—Mercedes, se casó, pues —continuó Caderousse—; pero, aunque a los ojos de todos afectase parecer serena, poco le faltó para desmayarse al pasar ante La Reserva, en donde dieciocho meses antes había celebrado sus esponsales con aquel que ella aún amaba, si hubiese querido mirar en el fondo de su corazón.

»Fernando, más feliz, pero no más tranquilo, porque lo vi en aquella época, temía continuamente el regreso de Edmond, por eso se ocupó inmediatamente en alejar a su mujer y marcharse a su vez; además, había muchos peligros y recuerdos para quedarse en los Catalanes.

»Partieron ocho días después de la boda.

—¿Y volvió a ver usted a Mercedes? —preguntó el sacerdote.

—Sí, cuando la guerra de España, en Perpignan, en donde Fernando la había dejado. Entonces se cuidaba de la educación de su hijo.

El abate se estremeció.

—¿De su hijo?

—Sí —respondió Caderousse—, del pequeño Alberto.

—Mas para instruir a ese hijo —prosiguió el abate—, ella misma debió recibir instrucción, ¿no es así? Me parece haber oído decir a Edmond que era la hija de un sencillo pescador, hermosa, pero inculta.

—¡Oh! —exclamó Caderousse—. ¡Pues sí que conocía mal a su propia novia! Mercedes hubiese podido llegar a reina, señor, si la co-

rona debiese ponerse solamente en las cabezas más hermosas e inteligentes. Su fortuna crecía entonces, y ella se engrandecía con su fortuna. Aprendió dibujo, aprendió música, aprendió de todo. Por otra parte, y entre nosotros, creo que ella se dedicaba a todo eso para distraerse, para olvidar, y que se metía tantas cosas en la cabeza únicamente para combatir las que tenía en el corazón. Pero ahora, todo sea dicho en honor a la verdad —continuó Caderousse—, la fortuna y los honores la han consolado..., sin duda. Es rica, es condesa, y sin embargo...

Caderousse guardó silencio.

—¿Sin embargo, qué? —preguntó el sacerdote.

—Sin embargo, estoy seguro de que ella no es feliz —afirmó Caderousse.

—¿Y qué se lo hace suponer?

—Pues bien, cuando me encontré tan desgraciado, pensé que mis antiguos amigos me ayudarían en algo. Me presenté en casa de Danglars, quien no quiso recibirme. Fui a casa de Fernando, y éste me entregó cien francos por medio de su ayuda de cámara.

—Entonces, ¿no vio usted ni a uno ni al otro?

—No, pero la señora de Morcerf sí que me vio.

—¿Cómo fue eso?

—Cuando salí, una bolsa cayó a mis pies; contenía veinticinco luises. Levanté la cabeza con rapidez y vi a Mercedes que cerraba la persiana.

—¿Y el señor de Villefort? —preguntó el abate.

—¡Oh! El nunca fue mi amigo; a él ni le conocía; no tenía nada que pedirle.

—Pero ¿no sabe usted qué ha sido de él, y qué parte tuvo en la desgracia de Edmond?

—No, sólo sé que algún tiempo después de haberle hecho arrestar, se casó con la señorita de Saint-Méran, e inmediatamente abandonó Marsella. Sin duda le habrá sonreído la dicha como a los otros, seguramente es tan rico como Danglars y considerado como Fernando; sólo yo, ya lo ve usted, he permanecido pobre, miserable y olvidado de Dios.

—Usted se equivoca, amigo mío —dijo el abate—. Dios parece que olvida a veces, cuando su justicia descansa; pero siempre hay un momento en que se acuerda y he aquí la prueba.

Al pronunciar estas palabras, el abate sacó el diamante de su bolsillo, y se lo mostró a Caderousse.

—Tenga, amigo mío —le dijo—. Coja este diamante, porque le pertenece a usted.

—¡Cómo que a mí solo! —exclamó Caderousse—. ¡Oh, señor! ¿No se burla?

—Este diamante debía repartirse entre los amigos de Edmond, pero sólo tenía un amigo y la repartición es inútil. Tome este diamante y véndalo; vale cincuenta mil francos, se lo repito, y esa suma espero que bastará para sacarle de la miseria.

—¡Oh, señor! —exclamó Caderousse, alargando tímidamente una mano y enjugándose con la otra el sudor que perlaba su frente—. ¡Oh, señor, no se burle de la felicidad o la desesperación de un hombre!

—Sé bien lo que es la felicidad y lo que es la desesperación, y jamás me burlaré de tales sentimientos. Tómelo, pues, pero a cambio...

Caderousse, que ya rozaba el diamante, retiró la mano.

El abate sonrió.

—A cambio —continuó—, deme aquella bolsa de seda encarnada que el señor Morrel había dejado sobre la chimenea del viejo Dantés, y que, según usted me ha dicho, todavía conserva en su poder.

Caderousse, cada vez más asombrado, se dirigió hacia un gran armario de encina, lo abrió y entregó al abate una bolsa larga, de seda roja ya ajada, y alrededor de la cual se deslizaban dos anillos de cobre dorado en otro tiempo.

El abate la cogió y a su vez entregó el diamante a Caderousse.

—¡Oh! Usted sí que es hombre de Dios, señor —exclamó Caderousse—. Porque en verdad nadie sabía que Edmond le hubiese dado este diamante, y pudo habérselo quedado.

«Bien —pensó el abate—, al parecer eso es lo que tú hubieses hecho.»

El sacerdote se levantó, cogió su sombrero y sus guantes.

—De modo que todo esto que usted me ha dicho —insistió—, es cierto, ¿no es verdad? Y puedo creerlo sin temor, ¿no es así?

—Mire, señor abate —dijo Caderousse—. Aquí, en el rincón de esta pared hay un crucifijo bendito. Y aquí, sobre este baúl el libro de los Evangelios de mi esposa; abra ese libro, y se lo juro encima, la mano extendida hacia el crucifijo. Se lo juro por la salud de mi alma, por mi fe de cristiano, que le he confesado todo tal y cual sucedió y como el ángel de la guarda se lo dirá a Dios el día del Juicio Final.

—Está bien —replicó el abate, convencido de la sinceridad de Caderousse—, está bien; que ese dinero le aproveche. Adiós, vuelvo a alejarme de los hombres, que tanto mal se hacen los unos a los otros.

Y el abate, librándose a duras penas de las muestras de entusiasmo de Caderousse, levantó la barra de la puerta, salió, volvió a montar su caballo, hizo un último saludo al posadero que se desahacía en calurosos adioses, y partió en la misma dirección que siguiera al venir.

Cuando Caderousse se volvió, descubrió tras él a la Carconte, más pálida y temblorosa que nunca.

—¿Es cierto lo que acabo de oír?

—¿Qué? ¿Que nos da el diamante para nosotros solos? —dijo Caderousse, casi loco de alegría.

—Sí.

—Nada más cierto, porque aquí está.

La mujer lo contempló un instante; después, con voz sorda, dijo:

—¿Y si es falso?

Caderousse palideció y vaciló.

—Falso —murmuró—, falso... ¿Y por qué habría de darnos ese hombre un diamante falso?

—¡Para poseer tu secreto sin pagarlo, imbécil! Caderousse permaneció un instante aturdido bajo el peso de aquella sospecha.

—¡Oh! —dijo al cabo de un momento, y cogiendo su sombrero, que se puso encima del pañuelo rojo anudado alrededor de la cabeza, añadió—: ¡Pronto lo sabremos!

—¿Y cómo lo sabrás?

—Es la feria de Beaucaire; allí hay joyeros de París; iré a enseñárselo. Tú, cuida de la casa, mujer; dentro de dos horas estaré de regreso.

Y Caderousse se lanzó fuera de la casa, y tomó corriendo el camino opuesto al que había tomado el desconocido.

—¡Cincuenta mil francos! —murmuró la Carconte al quedarse sola—. Es dinero..., pero no una fortuna.

Los registros de las cárceles

Al día siguiente de aquel en que había pasado, en el camino de Bellegarde a Beaucaire, la escena que acabamos de describir, un hombre de treinta a treinta y dos años, vestido con un frac azul claro, con un pantalón de mahón y un chaleco blanco, de aspecto y acento británicos, se presentó en casa del alcalde de Marsella.

—Caballero —se anunció a sí mismo—, soy el primer dependiente de la casa Thomson y French de Roma; estamos desde hace diez años en relaciones con la casa Morrel e Hijos de Marsella. Tenemos algo más de cien mil francos invertidos en estas relaciones, y nos hallamos algo inquietos a causa de los rumores de quiebra que amenazan a dicha casa. Acabo de llegar expresamente de Roma para pedirle informes acerca de esta firma.

—Señor —respondió el alcalde—, sé, efectivamente, que desde hace cuatro o cinco años la desgracia parece perseguir al señor Morrel: ha perdido sucesivamente cuatro o cinco barcos, sufrido tres o cuatro quiebras; pero no me corresponde a mí, aunque sea acreedor por más de diez mil francos, el facilitar ningún informe sobre el estado de su fortuna. Pregúnteme como alcalde qué pienso del señor Morrel, y le responderé que es un hombre honrado hasta la rigidez, y que, hasta ahora, ha cumplido todos sus compromisos con perfecta exactitud. He aquí cuanto puedo manifestarle, señor. Si desea saber más, diríjase usted al señor Boville, inspector de prisiones, calle de Noailles, número 15; que creo, él tiene invertidos doscientos mil francos en la casa Morrel, y si él tiene realmente algo que temer, como esta suma es más considerable que la mía, tal vez lo encuentre usted más informado que yo a ese aspecto.

El inglés pareció apreciar esta suprema delicadeza, saludó, salió y se encaminó, con ese paso tan peculiar a los hijos de la Gran Bretaña, hacia la calle indicada.

El señor Boville se encontraba en su despacho. Al descubrirle, el inglés hizo un movimiento de sorpresa que parecía indicar que aquélla no era la primera vez que se encontraba delante del que visitaba. En cuanto al señor Boville, estaba tan desesperado, que era evidente que todas sus facultades se hallaban absortas en el pensamiento que le ocupaba en aquel momento, no dejando, ni a su memoria, ni a su imaginación la ocasión de retrotraerse al pasado.

El inglés, con la flema característica de su nación, le expuso casi en idénticos términos, la misma pregunta que acababa de hacer al alcalde de Marsella.

—¡Oh, señor! —exclamó el señor Boville—. Sus temores, desgraciadamente, no pueden ser más fundados, y aquí está viendo a un hombre desesperado. Yo tenía doscientos mil francos colocados en la casa Morrel: esos doscientos mil francos constituían la dote de mi hija, que esperaba casarse dentro de quince días. Este dinero debía ser reembolsado, cien mil el 15 de este mismo mes, y cien mil el 15 del mes próximo. Había avisado al señor Morrel de que este reembolso fuese hecho con exactitud, y he aquí que acaba de venir, señor, no hace ni media hora, para comunicarme que si su barco, el *Faraón*, no ha entrado aquí el 15, se encontrará en la imposibilidad de pagarme.

—Pero —objetó el inglés—, eso se parece más a una moratoria.

—Diga, señor, que eso se parece más a una quiebra —exclamó el señor Boville desesperado.

El inglés pareció reflexionar un instante, y luego dijo:

—Así, señor, que esa creencia le inspira temores.

—Es tanto como decir que la considero perdida.

—Pues bien, yo le compro ese crédito.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Pero con un descuento enorme, sin duda.

—No, sólo mediante doscientos mil francos. Nuestra casa —añadió el inglés, riendo—, no hace esa clase de negocios.

—¿Y usted paga?

—Al contado.

Y el inglés extrajo de su bolsillo un fajo de billetes de Banco que podía contener el doble de la suma que el señor Boville temía perder.

Un rayo de alegría brilló en el rostro del señor Boville; pero hizo un esfuerzo por contenerse, y dijo:

—Señor, le prevengo que, según todas las probabilidades, no recogerá ni un seis por ciento de esa suma.

—Eso no me importa —respondió el inglés—. Eso sólo le incumbe a la casa Thomson y French, en nombre de la cual actúo. Puede ser que a ella le interese apresurar la ruina de una casa rival. Pero lo que sí sé, señor, es que estoy dispuesto a entregarle esa suma contra la cesión que usted me hará; solamente le pediré un derecho de corretaje.

—¡Cómo! Nada más justo, señor —exclamó el señor Boville—. La comisión es de uno y medio, por lo general: ¿quiere usted el dos?, ¿quiere usted tres?, ¿quiere usted cinco?, ¿quiere usted más? Hable.

—Señor —replicó el inglés, riendo—, soy como mi casa: no hago esa clase de negocios. No, mi derecho de corretaje es de otra índole.

—Hable usted, señor, le escucho.

—¿Es usted inspector de prisiones?

—Desde hace más de catorce años.

—¿Tiene usted registro de entradas y salidas?

—Sin duda.

—A esos registros estarán unidas las notas relativas a los prisioneros, ¿no es cierto?

—Cada prisionero tiene su historial.

—Pues bien, señor; yo fui educado en Roma por un pobre diablo de abate que desapareció repentinamente. Más tarde supe que había estado detenido en el castillo de If, y quisiera poseer algunos detalles acerca de su muerte.

—¿Cómo se llamaba?

—El abate Faria.

—¡Oh! Ya me acuerdo perfectamente —exclamó el señor Boville—. Estaba loco.

—Se le creía loco.

—¡Oh! Y lo estaba realmente.

—Es posible. ¿Cuál era su clase de locura?

—Pretendía tener conocimiento de un tesoro inmenso, y ofrecía sumas fabulosas al Gobierno si querían ponerlo en libertad.

—¡Pobre diablo! ¿Y está muerto?

—Sí, señor, hace cinco o seis meses aproximadamente; falleció en febrero último.

—Tiene usted una estupenda memoria, señor, para acordarse así de esos datos.

—Me acuerdo, sí, porque la muerte de ese pobre diablo estuvo acompañada de una circunstancia singular.

—¿Se puede conocer esa circunstancia? —preguntó el inglés con una expresión de curiosidad que un fino observador se hubiese asombrado de encontrar en su flemático rostro.

—¡Oh, Dios mío! Sí, señor. El calabozo del abate estaba alejado unos cincuenta pies aproximadamente del de un antiguo agente bonapartista, uno de esos que más contribuyeron al regreso del usurpador en 1815, un hombre muy resuelto y muy peligroso.

—¿Realmente? —dijo el inglés.

—Sí —respondió el señor Boville—. Tuve ocasión de ver a ese hombre en 1816 o 1817, y no se descendía a su calabozo más que con un piquete de soldados. Aquel hombre me causó una profunda impresión, y nunca olvidaré su rostro.

El inglés sonrió imperceptiblemente.

—Y dice usted, señor —prosiguió—, que los dos calabozos...

—Estaban separados por una distancia de cincuenta pies; pero parecía que ese Edmond Dantés...

—Aquel hombre peligroso se llamaba...

—Edmond Dantés. Sí, señor; al parecer, ese Edmond Dantés se había procurado utensilios, o los había construido, porque se encontró un pasadizo con la ayuda del cual los prisioneros se comunicaban.

—Ese corredor, sin duda había sido construido con el fin de evadirse, ¿no es así?

—Justamente; pero desgraciadamente para los prisioneros, el abate Faria fue atacado de catalepsia y murió.

—Comprendo. Eso debió suspender todos los proyectos de evasión.

—Para el muerto, sí —respondió el señor Boville—, pero no para el vivo. Por el contrario, ese Dantés vio en aquello un medio de apresurar su fuga; sin duda pensaba que los prisioneros muertos en el castillo de If eran enterrados en un cementerio ordinario. Llevó al difunto a su celda, ocupó su puesto en el saco que lo habían encerrado y esperó el momento del entierro.

—Era un procedimiento aventurado y que indicaba algo de valor —observó el inglés.

—¡Oh! Ya le he indicado, señor, que se trataba de un hombre muy peligroso. Por suerte, él mismo libró al Gobierno de los temores que le inspiraba.

—¿Cómo fue eso?

—¿Cómo? ¿No lo comprende?

—No.

—El castillo de If no tiene cementerio; los muertos se arrojan, simplemente, al mar, después de haberles atado a los pies una bala del treinta y seis.

—¿Y bien? —murmuró el inglés como si resultara difícil comprenderlo.

—Pues bien, se le ató una bala del treinta y seis a los pies y se le arrojó al mar.

—¿De verdad? —exclamó el inglés.

—Sí, señor —continuó el inspector—. Y comprenderá usted cuál debió de ser el asombro del fugitivo cuando se sintió precipitado desde lo alto de las rocas. Hubiese querido ver su cara en aquellos momentos.

—Eso hubiese sido difícil.

—Da lo mismo —dijo el señor Boville, a quien la certidumbre de tener sus doscientos mil francos le ponía de buen humor—. Da lo mismo. Me lo imagino.

✓ Y soltó una carcajada.

—Y yo también —dijo el inglés.

Y se echó a reír, por su parte, pero como ríen los ingleses, es decir, entre dientes.

—Por consiguiente —continuó el inglés, que fue el primero en recobrar su sangre fría—, el fugitivo se ahogó.

—¡Y de qué manera!

—Con lo cual el gobernador del castillo se libró a la vez del furioso y del loco.

—Exactamente.

—Pero, se habrá levantado una especie de acta sobre ese suceso, ¿no es así? —preguntó el inglés.

—Sí, sí; acta de defunción. Ya comprende usted, los parientes de Dantés, si es que los tiene, pueden tener interés en asegurarse de si está vivo o muerto.

—De modo que ahora pueden estar tranquilos si heredan de él. Está muerto y bien muerto.

—¡Oh, Dios mío! Sí. Y se les entregarán tantos documentos como quieran.

—Así sea —dijo el inglés—. Pero volvamos a los registros.

—Es cierto. Esta historia nos había alejado de la cuestión. Perdón.

—Perdón, ¿por qué? ¿Por la historia? Nada, me ha parecido muy curiosa.

—Lo es, en efecto. Así, pues, usted desea ver todo lo relativo a su pobre abate que era la dulzura personificada.

—Eso me complacerá.

—Pase a mi gabinete y se lo enseñaré.

Y ambos pasaron al gabinete del señor Boville.

Todo aparecía, efectivamente, colocado en perfecto orden: cada registro tenía su número y cada asunto su carpeta. El inspector hizo sentar al inglés en un sillón, y colocó delante de él el registro y los legajos relativos al castillo de If, dándole la ocasión de examinarlo mientras que él, sentado en un rincón, leía su diario.

El inglés encontró fácilmente el legajo relativo al abate Faria; y, al parecer, el relato que le hiciera el señor Boville le interesó vivamente, porque tras enterarse de aquellas notas, continuó hojeando hasta que llegó al legajo relativo a Edmond Dantés. Allí encontró cada cosa en su sitio: denuncia, interrogatorio, petición de Morrel, informe del señor de Villefort. Dobló con gran cuidado la denuncia, se la guardó en el bolsillo, leyó el interrogatorio y comprobó que el nombre de Noirtier no figuraba, examinó la solicitud, fechada el 10 de abril de 1815, en la cual Morrel, siguiendo el consejo del sustituto, exageraba con buena intención, pues Napoleón reinaba entonces, los servicios prestados por Dantés a la causa imperial, servicios que el certificado de Villefort hacía incontables. Entonces lo comprendió todo. Aquella solicitud a Napoleón, guardada por Villefort, se convirtió, bajo la segunda Restauración, en un arma terrible entre las manos del procurador del rey. No se asombró, por tanto, al hojear el registro y hallar la siguiente nota puesta al margen de su nombre:

«*Edmond Dantés*: Bonapartista acérrimo, ha tomado una parte muy activa en el regreso del usurpador de la isla de Elba. Debe tenersele en el más gran secreto y bajo la más estricta vigilancia».

Debajo de estas líneas estaba escrito con otra letra:

«Vista la nota anterior, *no hay nada que hacer*».

Solamente, al comparar la escritura de la acotación con la del certificado extendido debajo de la petición de Morrel, tuvo la confirmación de que estaban trazadas por la misma mano, es decir, escritas por Villefort.

En cuanto a la nota que acompañaba la acotación marginal, el inglés comprendió que debió ser escrita por algún inspector que se había tomado un relativo interés acerca de la situación de Dantés, pero que la información que acabamos de citar le había puesto en la imposibilidad de seguir interesándose en la cuestión.

Como ya se ha indicado, el inspector, por discreción y para no molestar al alumno del abate Faria en sus pesquisas, permanecía apartado y leía *Le Drapeau blanc*.

No vio, pues, cómo el inglés doblaba y se metía en el bolsillo la denuncia escrita por Danglars bajo el emparrado de La Reserva, la cual llevaba el sello de Correos del 27 de febrero, recogida a las seis de la tarde.

Pero, es preciso concretarlo, si lo hubiese visto, tampoco habría dado mucha importancia a aquel papel y sí a los doscientos mil francos, para oponerse a lo que hacía el inglés, por incorrecto que fuese.

—Gracias —dijo éste cerrando ruidosamente el registro—. Ya tengo lo que necesito; ahora me corresponde cumplir mi promesa: hágame una simple cesión de su crédito; reconozca haber recibido el importe de la cesión, y le entregaré la suma.

Y cedió su sitio al señor Boville, que se sentó sin cumplidos y se apresuró a extender la cesión solicitada, mientras el inglés contaba los billetes de Banco en un extremo de la mesa.

La casa Morrel

Aquel que hubiese abandonado Marsella algunos años antes conociendo el interior de la casa Morrel, y entrase en ésta en la época a que nos referimos, encontraría un gran cambio.

En lugar de ese aire de vida, de comodidad y de dicha que exhalaba, por así expresarlo, una casa próspera; en lugar de esas fisonomías alegres que aparecen detrás de las cortinas de las ventanas, de esos dependientes afanados en atravesar los pasillos con una pluma tras la oreja; en vez de ese patio abarrotado de fardos, resonante con los gritos y las risas de los factores, hubiese encontrado, desde el primer momento, un no sé qué de triste y apagado. En aquel pasillo desierto y en aquel patio vacío, de los numerosos empleados que en otros tiempos poblaban los despachos, no quedaban más que dos: uno era un joven de veintitrés o veinticuatro años llamado Emmanuel Raymond, que estaba enamorado de la hija del señor Morrel, y que permanecía en la casa a pesar de los esfuerzos que hacían sus padres para sacarlo de allí; el otro era un anciano cajero, tuerto, llamado Coclès, apodo que le habían puesto los jóvenes que poblaban aquella gran colmena zumbadora, actualmente casi deshabitada, y que tan bien y tan completamente había reemplazado su verdadero nombre que, con toda probabilidad, ni siquiera volvería la cabeza si con él le llamaban.

Coclès había permanecido al servicio del señor Morrel, y experimentado en su situación un cambio singular: simultáneamente había ascendido al cargo de cajero y descendido al rango de criado.

Este mismo Coclès, no sólo era bueno, paciente y fiel, sino inflexible en lo tocante a aritmética, el único punto en que se las hubiera tenido con el mundo entero, incluido el señor Morrel; y no conociendo más que su tabla de Pitágoras, que sabía de corrido y de cualquier manera que se la presentasen, salía de cualquier error en que pretendieran hacerle caer.

En medio de la general tristeza en que yacía la casa Morrel, Coclès era, además, el único que permanecía impassible. Pero, que nadie se llame a engaño; aquella impassibilidad no nacía de una falta de afecto, sino al contrario, de una inquebrantable convicción. Así como las ratas, según se dice, huyen poco a poco de un barco condenado a perecer en el mar, de forma que estas huéspedes egoístas lo han abandonado por completo en el momento de levar el ancla, del mismo modo, toda aquella tropa de dependientes y empleados que se ganaban su subsistencia de la casa del armador, había desertado poco a poco de oficinas y almacenes. Coclès había visto desfilar a todos sin pensar siquiera en darse cuenta de la causa de su marcha. Todo se reducía, ya queda explicado a una cuestión de cifras. Coclès, al cabo de veinte años de permanencia en la casa Morrel, había visto realizarse los pagos en las oficinas abiertas con tal regularidad, que no admitía que éstas desapareciese y que aquellos pagos se suspendieran, al igual que un molinero que posee un molino alimentado por las aguas de caudaloso río admite que aquella corriente pueda cesar. En efecto, hasta entonces nada se había opuesto a la convicción de Coclès. El último fin de mes se habían efectuado los pagos con una rigurosa puntualidad. Coclès descubrió un error de setenta céntimos cometido por el señor Morrel en perjuicio suyo, y el mismo día entregó las catorce monedas de excedente al señor Morrel, quien, con una sonrisa melancólica, las cogió y las dejó caer en un cajón casi vacío, diciendo:

—Bien, Coclès, es usted la perla de los cajeros. Y Coclès se había retirado algo más que satisfecho; porque un elogio del señor Morrel, aquella perla de las personas honradas de Marsella, halagaba más a Coclès que una gratificación de cincuenta escudos.

Pero después de este fin de mes tan victoriosamente cumplido, el señor Morrel pasó horas muy crueles; para hacer frente a este fin de mes, había reunido todos sus recursos, y él mismo, temiendo que el rumor de su desgracia se extendiese por Marsella, había realizado un viaje a la feria de Beaucaire a fin de vender algunas joyas pertenecientes a su mujer y a su hija, y una parte de su vajilla de plata. Mediante este sacrificio, la casa Morrel había conservado honor; pero la caja se hallaba completamente vacía. El comercio de Marsella, espantado por el rumor que corría, había retirado el crédito al señor Morrel, con su habitual egoísmo; y pa-

ra hacer frente a los cien mil francos a reembolsar el 15 de tal mes al señor Boville, y los otros cien mil francos que debía pagar el 15 del mes siguiente, no contaba, en realidad, más que con la esperanza del regreso del *Faraón*, cuya partida supo por un barco que había levado anclas al mismo tiempo que él y llegó a buen puerto con toda felicidad. ,

Pero ese barco, procedente de Calcuta, como el *Faraón*, ya hacía quince días que había arribado, en tanto que del *Faraón* no se tenían noticias.

En este estado de cosas, el enviado de la casa Thomson y French de Roma se presentó al señor Morrel al día siguiente de aquel que concluyó con el señor Boville el importante asunto que ya se ha mencionado.

Emmanuel lo recibió. El joven, a quien espantaba cada nuevo rostro que veía, pues anunciaba un acreedor más; y que en su inquietud acababa de hablar con el jefe de la casa, quiso evitar a su patrón el disgusto de tal visita, interrogando al recién llegado; pero éste declaró que no tenía nada que comunicar al señor Emmanuel, y únicamente deseaba hablar en persona con el señor Morrel. Emmanuel llamó, suspirando, a Coclès. Apareció éste, y el joven le ordenó que llevara al extranjero a presencia del señor Morrel.

Coclès caminó delante, y el extranjero le siguió.

En las escaleras se encontraron con una hermosa muchacha de dieciséis o diecisiete años, que contempló al extranjero con inquietud.

Coclès no se fijó en tal expresión, la cual, sin embargo, no escapó a la mirada del extranjero.

—El señor Morrel se encuentra en su despacho, ¿verdad, señorita Julia? —preguntó el cajero.

—Sí, al menos eso creo —respondió la joven vacilando—. Compruébelo primero, Coclès, y si está mi padre, anuncie al señor.

—Anunciarme sería inútil, señorita —replicó el inglés—. El señor Morrel no conoce mi nombre. Este buen hombre no tiene más que comunicar que soy el primer dependiente de la casa Thomson y French, de Roma, con la cual la casa de su señor padre está en relaciones.

La muchacha palideció y continuó descendiendo, mientras Coclès y el extranjero proseguían subiendo.

Ella entró en el despacho que se encontraba Emmanuel, y Coclès, con la ayuda de una llave que poseía y anunciaba sus solemnes entradas junto al dueño, abrió una puerta situada en un ángulo del descansillo del segundo piso, introdujo al extranjero en una antecámara, abrió una segunda puerta que cerró tras sí, y, después de dejar solo un instante al enviado de la casa Thomson y French, reapareció haciéndole señas de que podía entrar.

El inglés entró; encontró al señor Morrel sentado ante una mesa, palideciendo ante las espantosas columnas del registro en que figuraba su pasivo.

Al ver al extranjero, Morrel cerró el registro, se levantó y le ofreció una silla; luego, una vez hubo visto que el extranjero se sentaba, lo hizo él.

Catorce años habían cambiado mucho al digno negociante, que tenía treinta y seis al principio de esta historia y estaba a punto de cumplir los cincuenta. Sus cabellos habían encanecido, su frente aparecía surcada de arrugas; en fin, su mirada, en otros tiempos firme y serena, habíase vuelto vaga y poco resuelta, y parecía temer verse obligado a fijarse en una idea o en un hombre.

El inglés le miró con un sentimiento de curiosidad, evidentemente mezclado de interés.

—Caballero —dijo Morrel, a quien aquel examen parecía aumentar su malestar—. ¿Deseaba hablarme?

—Sí, señor. Usted sabe de parte de quién vengo, ¿no es así?

—De parte de la casa Thomson y French, según me ha comunicado el cajero.

—En efecto, señor. La casa Thomson y French tenía que pagar en Francia durante este mes y el siguiente trescientos o cuatrocientos mil francos, y conociendo su rigurosa exactitud, ha reunido todos los pagarés que ha podido encontrar con su firma, y me ha encargado de que, a medida que vencieran cobrase los fondos en su casa e hiciera uso de ellos.

Morrel lanzó un profundo suspiro, y se pasó la mano por la frente cubierta de sudor.

—Así, pues, señor —dijo—, tiene usted pagarés firmados por mí, ¿no es eso?

—Sí, señor. Por una suma bastante considerable.

—¿Por cuánto? —preguntó Morrel con voz que trataba de mantener firme.

—He aquí, en principio —dijo el inglés sacando un paquete de su bolsillo—, una cesión de doscientos mil francos hecha a nuestra casa por el señor Boville, el inspector de prisiones. ¿Reconoce usted deber dicha suma al señor Boville?

—Sí, señor; son unos fondos colocados en mi casa al cuatro y medio por ciento, hará unos cinco años.

—Y que usted debe reembolsar...

—La mitad el 15 de este mismo mes, y la otra mitad el 15 del mes próximo.

—Eso es; después aquí tengo también treinta y dos mil quinientos francos para fines del corriente. Estos son pagarés firmados por usted y cedidos a nuestra orden por terceros.

—Lo reconozco —dijo Morrel, sonrojándose al pensar que por primera vez en su vida posiblemente no podría hacer honor a su firma—. ¿Es eso todo?

—No, señor. Aún tengo para fines del mes próximo estos valores que nos han cedido la casa Pascal y la casa Wild y Turner de Marsella, cincuenta y cinco mil francos aproximadamente: en total, doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

Lo que sufría el desdichado Morrel durante esta enumeración, es imposible describirlo.

—Doscientos ochenta y siete mil quinientos francos —repitió maquinalmente.

—Sí, señor —respondió el inglés—. Ahora bien —prosiguió al cabo de un instante de silencio—, no le oculto, señor Morrel, que, dejando aparte su probidad sin reproches hasta el presente, el rumor público de Marsella es que no puede hacer frente a sus negocios.

Ante esta declaración casi brutal, Morrel palideció espantosamente:

—Señor —dijo—, hasta el presente, y hace veinticuatro años que recibí la casa de manos de mi padre, que la dirigió por espacio de treinta y cinco, hasta el presente —repitió—, ni un pagaré firmado por Morrel e Hijos presentado en caja quedó sin pagar.

—Sí, ya lo sé —respondió el inglés—, pero de hombre honrado a hombre honrado, hábleme con franqueza. Señor, ¿pagará usted éstos con la misma exactitud?

Morrel se estremeció y miró al que le hablaba con más firmeza aún de lo que había mostrado hasta aquel momento.

—A las preguntas hechas con tal franqueza —replicó— se debe responder igual. Sí, señor; pagaré si, como espero, mi barco llega a buen puerto, porque su llegada me proporcionará el crédito que los sucesivos accidentes de que he sido víctima me han quitado; pero si por desgracia el *Faraón*, el último recurso con el cual cuento, me falla...

Las lágrimas asomaron a los ojos del pobre armador.

—¿Y bien? —inquirió su interlocutor—. ¿Si esa última fuente le falla?

—Pues bien —continuó Morrel—. Señor, es cruel confesarlo, pero, ya acostumbrado a la desgracia, será necesario acostumbrarme a la vergüenza. Bueno, creo que me vería obligado a suspender mis pagos.

—¿De manera que no tiene usted amigos que puedan ayudarle en estas circunstancias?

Morrel sonrió tristemente.

—En los negocios, señor —dijo—, no hay ningún amigo, ya lo sabe usted; sólo se tienen corresponsales.

—Es cierto —murmuró el inglés—. Por consiguiente no le queda más que una esperanza.

—Sólo una.

—¿La última?

—La última.

—¿Y si esa esperanza falla...?

—Estoy perdido, señor, completamente perdido.

—Cuando venía a su casa, un barco entraba en el puerto.

—Lo sé, señor. Un joven que me ha permanecido fiel pese a mi mala fortuna, se pasa la mayor parte del tiempo en un mirador situado en lo alto de la casa, con la esperanza de venir a anunciarme el primero una buena noticia. Por él me he enterado de la entrada de ese navío.

—¿Y ése no es el suyo?

—No, es un barco bordelés, el *Gironde*; también procede de la India, pero no es el mío.

—Tal vez haya encontrado al *Faraón* y le traiga alguna noticia.

—Será preciso que se lo diga, señor. Temo casi tanto saber algo de mi buque, como permanecer en la incertidumbre. La incertidumbre aún es una esperanza.

Poco después, Morrel añadió con voz sorda:

—Este retraso no es natural. El *Faraón* partió de Calcuta el 5 de febrero; hace más de un mes que debería haber arribado.

—¿Qué es eso? —interrogó el inglés prestando oídos—. ¿Qué significa ese ruido?

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Morrel palideciendo—. ¿Qué sucede ahora?

En efecto, se oía un gran ruido en la escalera; iban y venían y hasta se oían gritos de dolor.

Morrel se levantó para abrir la puerta; pero las fuerzas le faltaron y volvió a caer sobre su sillón.

Ambos hombres permanecieron frente a frente. Morrel temblando visiblemente, el extranjero mirándole con una expresión de profunda piedad. El ruido había cesado; pero, no obstante, se hubiese dicho que Morrel esperaba algo; aquel ruido obedecía a una causa y debía tener una continuación.

Al extranjero le pareció que subían suavemente la escalera, y que los pasos, que eran los de varias personas, se detenían en el descansillo.

Una llave fue introducida en la cerradura de la primera puerta y se oyó ésta rechinar sobre sus goznes.

—Sólo hay dos personas que tengan la llave de esa puerta —murmuró Morrel—: Coclès y Julia.

Al mismo tiempo se abrió la segunda puerta y vieron aparecer a la muchacha, pálida y con las mejillas bañadas en lágrimas.

Morrel se levantó temblando y se apoyó en el brazo de su sillón porque no hubiera podido sostenerse de pie. Su voz pretendía interrogar, pero ya no tenía voz.

—¡Padre mío! —dijo la joven juntando las manos—. Perdóneme a su hija por ser la mensajera de una mala noticia.

Morrel palideció espantosamente; Julia acudió a echarse en sus brazos.

—¡Oh, padre mío, padre mío! —exclamó—. ¡Ánimo!

—¿Así que el *Faraón* se perdió? —preguntó con voz ahogada.

La muchacha no respondió, pero hizo un signo afirmativo con la cabeza, apoyada en el pecho de su padre.

—¿Y la tripulación? —preguntó Morrel.

—Salvada —respondió la hija—. Salvada por el navío bordelés que acaba de entrar en el puerto.

Morrel levantó las manos al cielo con una expresión de resignación y de reconocimiento sublime.

—Gracias, Dios mío —dijo Morrel—. Por lo menos, sólo me herís a mí.

A pesar de lo flemático que era el inglés, una lágrima asomó a sus ojos.

—Entren —dijo Morrel—, entren, porque supongo que están todos a la puerta.

En efecto, apenas había pronunciado aquellas palabras, entró la señora Morrel sollozando; Emmanuel la seguía; al fondo, en la antecámara, veíanse las rudas figuras de siete u ocho marinos medio desnudos. A la vista de aquellos hombres, el inglés se estremeció; dio un paso como para ir hacia ellos, pero se contuvo y se escondió en un ángulo más oscuro y alejado de la estancia.

La señora Morrel fue a sentarse en el sillón, tomó una de las manos de su marido entre las suyas, mientras Julia permanecía apoyada en el pecho de su padre. Emmanuel se había quedado a medio camino y parecía servir de enlace entre el grupo de la familia Morrel y los marinos que permanecían a la puerta.

—¿Cómo ha sucedido eso? —preguntó Morrel.

—Acércate, Penelón —dijo el joven—, y refiere los hechos. Un viejo marinero, bronceado por el sol del ecuador, avanzó dando vueltas entre sus manos a los restos de un sombrero.

—Muy buenas, señor Morrel —dijo como si hubiese abandonado Marsella la víspera y llegase de Aix o de Tolón.

—Buenos días, amigo mío —respondió el armador, no pudiendo impedir una sonrisa en medio de sus lágrimas—. ¿Dónde se encuentra el capitán?

—En lo tocante al capitán, señor Morrel, quedó enfermo en Palma; pero, si Dios quiere, no será nada, y lo verá llegar dentro de algunos días en tan buen estado como el suyo y el mío.

—Está bien. Ahora, habla, Penelón —dijo Morrel.

Penelón se pasó su mascada de tabaco de la mejilla derecha a la izquierda, se puso la mano delante de la boca, se volvió, lanzó en la antecámara un gran salivazo negruzco, avanzó el pie, y balanceándose, declaró:

—Para entonces, señor Morrel, estábamos algo así como entre el cabo Blanco y el de Boyador, navegando con una bonita brisa sudsudoeste, después de bolinear durante ocho días de calma, cuando el capitán Gaumard se aproximó a mí, pues debo aclararle que yo estaba al timón, y me dijo: «Tío Penelón, ¿qué piensa usted de esas nubes que se levantan en el horizonte?».

* »Justamente yo las miraba desde hacía un momento.

»—Lo que pienso, capitán, es que van un poco más aprisa de lo que debían, y que son más negras de lo que conviene a nubes que no traigan malas intenciones.

»—Ese es también mi parecer —replicó el capitán—, y voy a tomar precauciones. Tenemos demasiado velamen para el viento que hará dentro de una hora... ¡Hola! ¡Eh! Aferrad los mastilerillos y halar bajo el foque.

»Ya era hora; la orden aún no había sido concluida cuando el viento nos alcanzaba y el barco se inclinaba de banda.

»—Bien —dijo el capitán—, aún tenemos demasiado trapo. ¡Cargad el gran foque!

»Cinco minutos después, el gran foque había sido recogido y navegábamos con el trinquete, la gavia y el juanete.

»—Y bien, tío Penelón —me dijo el capitán—, ¿por qué me nea la cabeza?

»—Yo en su lugar, no permanecería en tan buen camino.

»—Creo que tienes razón, viejo —convino—. Vamos a tener viento fuerte.

»—¡Ah, diantre, capitán! —le respondí—. Quien comparase lo que viene allá abajo por un viento fuerte aún ganaría algo encima; es una buena y hermosa tempestad, o yo no entiendo nada.

»Es decir, que se veía venir el viento como se ve aparecer el polvo de Montredón; afortunadamente, tenía que luchar con un hombre que lo conocía.

»—¡Prepárense a tomar dos rizos en las gavias! Larguen las bolinas, brazas al viento, recojan las gavias, sujétense los palanquines en las vergas.

—Eso no era suficiente en aquellos parajes —hizo observar el inglés—. Yo habría tomado cuatro rizos y me habría desembarazado del trinquete.

Aquella voz firme e inesperada, estremeció a todo el mundo. Penelón se pasó la mano por los ojos y miró a aquel que calibraba con tanto aplomo la maniobra de su capitán.

—Aún hicimos algo mejor que eso, señor —dijo el viejo marinero con cierto respeto—, porque cargamos la cangreja y pusimos la barra al viento para correr delante de la tempestad. Diez minutos después cargamos las gavias y nos íbamos a palo seco.

—El barco era muy viejo para arriesgarlo así —comentó de nuevo el inglés.

—¡Pues bien! Justamente fue eso lo que nos perdió. Al cabo de doce horas de dar tumbos en aquel infierno, se declaró una vía de agua. “Penelón —me dijo el capitán—, creo que nos hundiremos, amigo; dame la barra y desciende a la cala.”

»—Le entregué la barra y descendí; ya había tres pies de agua. Subí gritando: “¡A las bombas! ¡A las bombas!”. ¡Ah, sí! Era demasiado tarde. Nos pusimos a la tarea, pero creo que cuanto más sacábamos, más entraba.

»—¡A fe mía! —dije al cabo de cuatro horas de trabajo—. Ya que nos hundimos, dejémoslo hundir; no se muere más que una vez.

»—¿Es así como das ejemplo, tío Penelón? —gritó el capitán—. Entonces, esperad, esperad; —y se fue a buscar un par de pistolas a su camarote y nos dijo—: ¡Al primero que abandone la bomba, le salto la tapa de los sesos!

—¡Bien! —exclamó el inglés.

—No hay nada que dé más coraje que las buenas razones —prosiguió el marino—, tanto es así que durante aquella lucha el tiempo había aclarado y el viento amainado; pero tampoco es menos cierto que el agua seguía subiendo, no mucho, pero sí dos pulgadas por hora. Dos pulgadas por hora, no parecen nada; mas al cabo de doce horas suman veinticuatro pulgadas, y esto se eleva a dos pies. Dos pies y tres que teníamos, totalizaban cinco. Ahora bien, cuando un barco tiene cinco pies de agua en el vientre, ya se le puede considerar hidrópico.

»—Bueno —dijo el capitán—, ya es bastante con eso, y el señor Morrel no tendrá nada que reprocharnos. Hemos hecho cuanto pudimos para salvar el barco; ahora hay que salvar a los hombres. A las chalupas, muchachos, pronto.

»Escuche, señor Morrel —continuó Penelón—, nosotros queríamos mucho al *Faraón*, pero por mucho que el marino quiera a su barco, más ama a su pellejo. De manera que lo abandonamos sin que nos lo dijese dos veces. Además, el barco se quejaba y parecía decirnos: “¡Marchaos, marchaos pronto!”. Y no mentía el pobre *Faraón*, pues lo sentíamos hundirse bajo nuestros pies. Tanto es así, que en un instante echamos la chalupa al mar y nos metimos los ocho dentro.

»El capitán descendió el último, o más bien, no bajó, porque no quería abandonar el barco; fui yo quien lo cogió por la cintura y se lo arrojó a los compañeros, tras lo cual, salté a mi vez. Ya era ho-

ra. Apenas acababa de saltar cuando el puente se quebró con espantoso ruido. Al cabo de diez minutos se hundió por delante, en seguida por detrás, después se puso a dar vueltas como un perro que quiere morderse la cola; y luego, ¡buenas noches, camarada! Todo está dicho: se acabó el *Faraón*.

»En cuanto a nosotros, permanecemos tres días sin beber ni comer; y cuando hablábamos de echar a suertes sobre quién alimentaría a los demás, apercibimos al *Gironde*: le hicimos señas, nos vio, puso proa hacia nosotros, nos envió su chalupa y nos recogió. Así es cómo sucedió todo, señor Morrel; palabra de honor, palabra de marino. ¿No es cierto, camaradas?

Un murmullo general de aprobación indicó que el narrador había conseguido todos los sufragios con la verdad del fondo y lo pintoresco de los detalles.

—Bien, amigos míos —dijo Morrel—, sois hombres valientes, y ya sabía de antemano que en la desgracia que me persigue no existe más culpable que mi destino. Es la voluntad de Dios y no culpa de los hombres. Adoremos la voluntad de Dios. Ahora, ¿cuánto se les adeuda de sueldo?

—Oh, ¡bah! No hablemos de eso, señor Morrel.

—Al contrario, hablemos —insistió el armador con una triste sonrisa.

—Bien, se nos deben tres meses —contestó Penelón.

—Coclès, paga doscientos francos a cada uno de estos valientes. En otras circunstancias, amigos míos, habría añadido: «Dele a cada uno doscientos francos de gratificación», pero los tiempos son desafortunados y el poco dinero que me queda no me pertenece. Excúsenme, pues, y no me quieran menos por ello.

Penelón hizo una mueca de enternecimiento, se volvió hacia sus compañeros, cambió algunas palabras con ellos y se acercó a su patrón.

—Por lo que a eso se refiere, señor Morrel —dijo, pasándose la pipa de un lado a otro de la boca y arrojando en la antecámara un segundo salivazo que hizo compañía al primero—, en lo tocante a eso...

—¿A qué?

—Al dinero.

—¿Y bien?

—Pues, bien, señor Morrel, los camaradas dicen que de momento les basta con cincuenta francos a cada uno, y que esperarán para el resto.

—Gracias, amigos míos, gracias —exclamó Morrel, conmovido—. Todos tenéis buen corazón; pero cogedlo, cogedlo, y si encontráis un buen servicio, enrolaos, quedáis libres.

Esta última parte de la frase produjo un efecto prodigioso entre los marinos. Se miraron unos a otros con asombro. Penelón, a quien le faltó la respiración, casi se tragó su mascada; afortunadamente se llevó la mano a la garganta.

—¿Qué significa eso, señor Morrel? —dijo con voz atragantada—, ¿es que nos despide? ¿No está contento con nosotros?

—No, amigos míos —dijo el armador—. No, no estoy descontento de vosotros, muy al contrario. No, no os despido. Pero ¿qué queréis? Ya no poseo más barcos, y no necesito marinos.

—¡Cómo que no posee más barcos! —exclamó Penelón—. Bueno, hará construir uno; esperaremos. Gracias a Dios, sabemos lo que es capear.

—Ya no tengo más dinero para hacer que me construyan barcos, Penelón —dijo el armador, con triste sonrisa—. No puedo aceptar vuestra oferta, por buena que sea.

—Pues bien, si usted no tiene dinero, no es necesario que nos pague; entonces obraremos como hizo el pobre *Faraón*, correremos a palo seco, eso es todo.

—Basta, basta, amigos míos —dijo Morrel, ahogado de emoción—. Marchaos, os lo ruego. Ya nos encontraremos en tiempos mejores. Emmanuel —añadió el armador—, acompáñalos y cuídate de que mis deseos sean cumplidos.

—Por lo menos será hasta la vista, ¿no es cierto, señor Morrel? —dijo Penelón.

—Sí, amigos míos, eso espero al menos. Iros. E hizo una seña a Coclès, que emprendió la marcha. Los marinos siguieron al cajero, y Emmanuel siguió a los marinos.

—Ahora —dijo el armador a su mujer y a su hija—, dejadme solo un instante; tengo que hablar con el señor.

Y señaló con la mirada al mandatario de la casa Thomson y French, que permanecía de pie e inmóvil en un rincón contemplando toda la escena, en la cual tomó parte con las pocas palabras que señalamos. Ambas mujeres levantaron la mirada hacia el extranjero, al que habían olvidado por completo, y se retiraron; pero, al retirarse, la hija lanzó a aquel hombre una mirada de sublime súplica que fue respondida con una sonrisa, y que a un frío observa-

dor habría asombrado ver en aquel rostro de hielo. Los dos hombres se quedaron solos.

—Y bien, señor —dijo Morrel, dejándose caer en su sillón—, ya lo ha visto todo, escuchado todo, y nada más tengo que añadirle.

—Lo he visto, señor —replicó el inglés—. Ha llegado usted a una nueva e inmerecida desgracia, como las otras, y esto aumenta el deseo que tengo de serle grato.

—¡Oh, señor! —exclamó Morrel.

—Veamos —continuó el extranjero—. Soy uno de sus principales acreedores, ¿no es cierto?

—Por lo menos es usted el que posee los valores a más corto plazo.

—¿Desea usted una demora para pagarme?

—Una demora dejaría a salvo mi honor, y por consiguiente la vida.

—¿Qué plazo desea usted? Morrel dudó.

—Dos meses —dijo.

—Conforme —replicó el extranjero—, le concedo tres.

—Pero cree usted que la casa Thomson y French...

—Esté tranquilo, señor, tomo todo a mi cargo. Hoy estamos a 5 de junio.

—Sí.

—Pues bien, renuéveme todos estos pagarés para el 5 de setiembre; y el 5 de setiembre a las once de la mañana —el reloj marcaba dicha hora en aquel instante— me presentaré en su casa.

—Le esperaré, señor —dijo Morrel—, y se le pagará, o me hallará muerto.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas tan bajo, que no pudo oírlas el extranjero.

Los pagarés fueron renovados, se rompieron los antiguos, y el pobre armador se encontró con tres meses para reunir sus últimos recursos.

El inglés recibió sus muestras de agradecimiento con la peculiar flema británica, y se despidió de Morrel, que le acompañó hasta la puerta sin dejar de bendecirle.

En la escalera encontró a Julia. La muchacha simulaba que bajaba, pero en realidad le estaba esperando.

—¡Oh, señor! —dijo juntando las manos.

—Señorita —replicó el extranjero—, usted recibirá algún día una carta firmada... por Simbad el Marino... Haga punto por punto lo que le diga esa carta, por extraña que le parezca la recomendación.

—Sí, señor —respondió Julia.

—¿Me promete usted hacerlo?

—Se lo juro.

—Bien. Adiós, señorita. Sea siempre una buena y santa hija como hasta ahora, y tengo la esperanza de que Dios la recompensará dándole a Emmanuel por marido.

Julia lanzó un leve grito, se puso roja como una cereza y se agarró a la barandilla para no caerse.

El extranjero prosiguió su camino haciéndole un gesto de adiós.

En el patio encontró a Penelón, que tenía una moneda de cien francos en cada mano, y parecía no decidirse a llevárselos.

—Venga, amigo —le dijo—. He de hablarle.

El 5 de setiembre

Este plazo concedido por el mandatario de la casa Thomson y French, en el momento en que Morrel menos los esperaba, le pareció al armador uno de esos cambios de suerte que anuncian al hombre que la desgracia ha dejado de encarnizarse en él. El mismo día contó a su hija, a su mujer y a Emmanuel lo que le había sucedido, y un poco de esperanza, ya que no de tranquilidad, penetró en la casa. Pero, desgraciadamente, Morrel no tenía deudas sólo con la casa Thomson y French, que se había mostrado comprensible con él. Como bien había dicho, en los negocios se tienen corresponsales, pero no amigos. Cuando pensaba profundamente en ello, ni siquiera comprendía aquella generosa conducta de los señores Thomson y French hacia él; lo atribuía solamente a un espíritu de calculado egoísmo, en que aquella casa se situaba diciéndose: más vale sostener a un hombre que debe cerca de trescientos mil francos y recuperar dicho dinero al cabo de tres meses, que apresurar su ruina y obtener un seis o un ocho por ciento del capital.

Desdichadamente, fuese por envidia, fuese por ceguera, todos los corresponsales de Morrel no se hicieron la misma reflexión. Los pagarés suscritos por Morrel fueron presentados, pues, al cobro con escrupuloso rigor, y, gracias al aplazamiento concedido por el inglés, fueron pagados religiosamente por Coclès. Coclès continuó, pues, viviendo en su fatídica tranquilidad. Sólo el señor Morrel vio con terror que si hubiese tenido que rembolsar el día 15 los cien mil francos de Boville, y el 30, los treinta y dos mil quinientos de los otros pagarés, aquel mismo mes hubiese sido hombre perdido.

La opinión de todo el comercio de Marsella era la de que, tras los reveses sucesivos que le acosaban, Morrel no podría sostenerse. Por consiguiente, el asombro, fue grande cuando vieron que al final de mes pagaba con su acostumbrada exactitud. Empero, la confian-

za no renació a pesar de ello, y con voz unánime aplazaron para el mes próximo la presentación de quiebra del desventurado armador.

Morrel se pasó todo el mes realizando esfuerzos inauditos para reunir todos sus recursos. En otros tiempos sus pagarés, fuese en la fecha que fuera, se acogían con tranquilidad, e incluso se socilitaban. Morrel trató de negociar un pagaré a noventa días y encontró los Bancos cerrados. Afortunadamente disponía de algunas entradas con las cuales podía contar; estas entradas se realizaron y Morrel se encontró, en consecuencia, en disposición de hacer frente a sus compromisos al llegar el fin de julio. Por lo demás, no se había vuelto a ver en Marsella al mandatario de la firma Thomson y French; al día siguiente o al otro de su visita al señor Morrel, desapareció; claro que como en Marsella no se entrevistó más que con el alcalde, el inspector de prisiones y Morrel, su paso no dejó más huellas sino diferente recuerdo que de él guardaban los tres hombres. En cuanto a los marineros del *Faraón*, al parecer también encontraron algún barco, porque asimismo habían desaparecido.

El capitán Gaumard, repuesto de la indisposición que lo retuvo en Palma, regresó a su vez. Vacilaba en presentarse a Morrel, pero éste, enterado de su llegada, fue a visitarle en persona. El digno armador ya sabía, por el relato de Penelón, la valerosa conducta del capitán durante todo el siniestro, y fue él quien procuró consolarlo. Le llevaba el importe de su paga, que el capitán Gaumard no se atrevía a aceptar.

Cuando el señor Morrel descendía la escalera, se encontró con Penelón, que la subía. Penelón, al parecer, había hecho buen empleo de su dinero, porque iba vestido con ropas nuevas. Al descubrir a su armador, el digno timonel pareció turbarse mucho; se colocó en el rincón más alejado del descansillo, se pasó alternativamente su mascada de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, giró sus grandes ojos espantados, y no respondió más que con una tímida presión al apretón de manos que el señor Morrel le dio con su cordialidad acostumbrada. Este atribuyó el embarazo de Penelón a la elegancia de su vestimenta: resultaba evidente que semejante lujo no corría por su cuenta, y era, pues, señal de que ya se había enroldado en otro barco, y su vergüenza procedía de que no había, por así decirlo, llevado mucho tiempo luto por el *Faraón*. Tal vez, incluso, acudía a dar parte de su buena suerte al capitán Gaumard y hacerle alguna oferta en nombre de su nuevo patrón.

—Buenas gentes —dijo Morrel, alejándose—, que vuestro nuevo patrón os ame como yo os amaba, y sea más feliz de lo que yo soy.

Agosto transcurrió en tentativas, renovadas sin cesar por Morrel, para levantar su antiguo crédito o abrir uno nuevo. El 20 de agosto se supo que había tomado un asiento en la silla correo, y entonces se pronosticó que el próximo fin de mes se verificaría la quiebra; y que Morrel se marchaba antes con objeto de no asistir al cruel acto, delegando, sin duda, su representación en su dependiente Emmanuel y en su cajero Coclès. Pero, contra todas las previsiones, cuando llegó el 31 de agosto, la caja se abrió como de costumbre y Coclès apareció tras la ventanilla, tranquilo como el justo Horacio, examinando con idéntica atención el documento que se le presentaba y, luego, pagando desde el primero al último pagaré con la misma exactitud. Incluso aparecieron dos reembolsos que Morrel tenía previstos, y que Coclès pagó con igual puntualidad que los pagarés personales del armador. No se comprendía nada, pero, no obstante, con la tenacidad propia de los profetas de mal augurio, se insistió en que la quiebra sería a finales de setiembre.

El día primero llegó Morrel; era esperado por toda su familia con gran ansiedad. De aquel viaje a París debía surgir su última vía de salvación. Morrel había pensado en Danglars, actualmente millonario y en otros tiempos su deudor, porque gracias a la recomendación de Morrel, había podido entrar Danglars al servicio del banquero español en cuya casa empezó su inmensa fortuna. Actualmente, Danglars poseía personalmente, según se comentaba, seis u ocho millones y disponía de un crédito ilimitado. Danglars, sin sacar un escudo de su bolsillo, podía salvar a Morrel: no tenía más que garantizar un préstamo, y Morrel flotaría de nuevo. Morrel había pensado en él hacía tiempo; pero existen ciertas repulsiones instintivas que no se dominan, y Morrel retrasó cuanto pudo el acto supremo de recurrir a él. Y tuvo razón, porque regresó avergonzado por la humillación de una negativa.

Tampoco, a su regreso, Morrel exhaló queja alguna ni hizo ninguna recriminación; abrazó llorando a esposa y a su hija, tendió una mano amistosa a Emmanuel, y se encerró en su despacho del segundo piso, a la vez que llamaba a Coclès.

—Esta vez —dijeron las mujeres a Emmanuel—, sí que estamos perdidos.

Después, durante un corto conciliábulo habido entre ellas, se acordó que Julia escribiese a su hermano, de guarnición en Nimes, para que regresara inmediatamente.

Las pobres mujeres sentían instintivamente que tenían necesidad de todas sus fuerzas para contener el golpe que las amenazaba.

Además, Maximilien Morrel, aunque de veintidós años de edad, ya ejercía gran influencia sobre su padre.

Era un joven firme y discreto. Al llegar el momento de abrazar una carrera, su padre no quiso imponerle un porvenir, y había consultado los gustos del joven Maximilien. Este, entonces, declaró que deseaba seguir la carrera militar; había hecho, por consiguiente, excelentes estudios, y entrado por concurso en la escuela Politécnica, saliendo de ella con el grado de subteniente para el 53 de línea. Desde hacía un año que ostentaba aquella graduación, y le habían prometido nombrarle teniente a la primera ocasión. En el regimiento, a Maximilien Morrel se le consideraba como a un observador rígido, no sólo de todas las obligaciones impuestas al soldado, sino también de todos los deberes inherentes al hombre, y todos le llamaban el estoico. Huelga decir que muchos de los que le aplicaban este epíteto lo repetían por haberle oído, y ni siquiera sabían lo que significaba.

A tal joven era al que su madre y su hermana llamaban en su ayuda, para que las amparara en las graves circunstancias en que preveían se encontrarían.

No se habían engañado acerca de la gravedad de dichas circunstancias, porque un instante después de que Morrel se encerrase en su despacho con Coclès, Julia vio salir a este último, pálido, tembloroso y con el rostro descompuesto.

Ella quiso interrogarlo cuando pasaba cerca; pero el buen hombre continuó descendiendo la escalera con una precipitación que no le era habitual, y se contentó con exclamar mientras levantaba los brazos al cielo:

—¡Oh, señorita! ¡Señorita! ¡Qué espantosa desgracia! ¡Quién hubiese creído esto!

Un momento después, Julia le vio subir llevando dos o tres libros gruesos de registros, una cartera y una bolsa de dinero. Morrel consultó los registros, abrió la cartera y contó el dinero.

Todos sus recursos ascendían a seis u ocho mil francos, sus entradas hasta el día 5 a cuatro o cinco mil; lo cual representaba, cal-

culando alto, un activo de catorce mil francos para hacer frente a un vencimiento de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos. Tampoco había medio de ofrecer un crédito a cuenta.

Empero, cuando Morrel descendió a comer parecía bastante tranquilo. Aquella calma aún asustó más a las dos mujeres de lo que las hubiera alarmado el más profundo abatimiento.

Después de comer, Morrel tenía la costumbre de salir; iba a tomar café al círculo de los Phocios, y leer el *Sémaphore*: aquel día no salió y volvió a subir a su despacho.

En cuanto a Coclès, parecía completamente alelado. Durante una parte del día permaneció en el patio, sentado sobre una piedra, con la cabeza descubierta a un sol de treinta grados.

Emmanuel intentó tranquilizar a las mujeres, pero no poseía el don de la elocuencia. El joven se hallaba muy al corriente de la situación para no sentir que una gran catástrofe se cernía sobre la familia Morrel.

Llegó la noche: ambas mujeres estaban vigilantes, esperaban que al descender de su despacho, Morrel iría a verlas; pero no le oyeron pasar por delante de la puerta, aligerando su paso, sin duda por temor a ser interpelado.

Aguzaron el oído; él entró en su cuarto y cerró la puerta por dentro.

La señora Morrel rogó a su hija que se acostara; después, una media hora más tarde, se levantó, se quitó los zapatos y se deslizó hacia el pasillo para atisbar por la cerradura qué hacía su marido.

En el corredor descubrió una sombra que se retiraba: era Julia, que, inquieta a su vez, se había adelantado a su madre.

La muchacha se unió a la señora Morrel.

—Escribe —dijo.

Ambas mujeres se adivinaron sin hablarse.

La señora Morrel se inclinó al nivel de la cerradura. En efecto, Morrel escribía; pero lo que no había percibido su hija, lo descubrió su mujer, y es que el marido escribía en papel timbrado.

Se le ocurrió la terrible idea de que hacía testamento; todos sus miembros se estremecieron, y, sin embargo, tuvo fuerzas para no decir nada.

Al día siguiente, Morrel parecía mucho más tranquilo; permaneció en su despacho como de costumbre, excepto que después de comer hizo sentar a su hija junto a él, tomó la cabeza de

la muchacha entre sus brazos y la mantuvo largo tiempo contra su pecho.

Por la tarde, Julia dijo a su madre que, aunque aparentemente tranquilo, había notado que el corazón de su padre latía con violencia.

Los siguientes dos días transcurrieron casi por el estilo. El 4 de setiembre por la noche, Morrel pidió a su hija la llave de su despacho.

Julia se estremeció ante tal demanda, que se le antojaba siniestra. ¿Por qué le pedía su padre aquella llave que siempre tenía ella, y que sólo se la pedía en su niñez para castigarla?

La muchacha contempló al señor Morrel.

—¿Qué falta he cometido, padre mío —preguntó—, para que me retires esta llave?

—Ninguna, pequeña —respondió el desventurado Morrel, a quien esta pregunta tan sencilla le hizo asomar las lágrimas a los ojos—. Ninguna, es que la necesito. Julia hizo como si buscara la llave.

—La habré dejado en mi cuarto —dijo. Y salió; pero en vez de ir a su aposento, descendió y corrió a consultar a Emmanuel.

—No le des esa llave a tu padre —la aconsejó éste—. Y mañana por la mañana, si es posible, no te apartes de él.

Intentó preguntar a Emmanuel, pero el joven no sabía nada más o no quería decirlo.

Durante toda la noche del 4 al 5 de setiembre, la señora Morrel permaneció con el oído pegado a la madera. Hasta las tres de la madrugada oyó a su marido caminar con nerviosismo por su habitación; y hasta las tres no se tendió sobre la cama.

Ambas mujeres pasaron la noche juntas. Desde la víspera por la tarde esperaban a Maximilien.

A las ocho, el señor Morrel entró en su habitación. Aparecía tranquilo, pero la agitación de la noche podía leerse en su pálido y alterado rostro.

Las mujeres no se atrevieron a preguntarle si había dormido bien.

Morrel estuvo mucho más amable con su mujer y más paternal con su hija de lo que lo estuviera nunca; no se cansaba de mirar y abrazar a la pobre muchacha.

Julia se acordó de la recomendación de Emmanuel y quiso seguir a su padre cuando éste fue a salir; pero la rechazó con dulzura:

—Quédate junto a tu madre —le dijo. Julia trató de insistir.

—¡Lo quiero así! —exclamó Morrel.

Era la primera vez que Morrel decía aquello a su hija; pero lo dijo con un acento tan lleno de ternura paternal, que Julia no se atrevió a replicarle.

Se quedó en el mismo sitio, de pie, muda e inmóvil. Un instante después la puerta volvió a abrirse y sintió que dos brazos la rodeaban y una boca que se pegaba a su frente.

Levantó la vista y lanzó una exclamación de alegría.

—¡Maximilien, hermano mío!

A este grito, la señora Morrel corrió y se arrojó en brazos de su hijo.

—Madre mía —dijo el joven, mirando alternativamente a su madre y a su hermana—. ¿Qué es lo que sucede? Vuestra carta me ha asustado.

—Julia —dijo la señora Morrel haciendo una seña a su hija—, di a tu padre que Maximilien acaba de llegar.

La muchacha salió del cuarto, pero en el primer peldaño de la escalera encontró a un hombre con una carta en la mano.

—¿Es usted la señorita Julia Morrel? —preguntó aquel hombre, con un acento italiano muy pronunciado.

—Sí, señor —respondió Julia, balbuciente—. Pero ¿qué desea usted? No le conozco.

—Lea esta carta —rogó el hombre, alargándosela. Julia vaciló.

—De ella depende la salvación de su padre —dijo el mensajero.

La joven le arrancó la carta de las manos. Después la abrió con presteza y leyó:

«Diríjase usted inmediatamente a la avenida de Meilhan, entre en la casa número 15, diga a la portera que le dé la llave de la habitación del quinto piso, entre allí, coja de encima de la chimenea una bolsa de redecilla de seda roja, y entregue esa bolsa a su padre.

»Es importante que la tenga antes de las once.

»Usted ha prometido obedecerme ciegamente, recuerde su promesa.

»*Simbad el Marino*».

La muchacha lanzó un grito de alegría, levantó la vista de la carta, buscó, para interrogarle, al hombre que se la había traído, pero éste ya había desaparecido.

Entonces posó por segunda vez sus ojos sobre la carta y descubrió una posdata:

«Es importante que cumpla esta misión en persona y sola; si usted va acompañada o alguien se presenta en su lugar, la portera le dirá que ignora a qué se refiere».

Aquella posdata resultó un poderoso freno a la alegría de la joven. ¿No tendría nada que temer? ¿No sería aquello una trampa que le tendían? Su inocencia la hacía ignorante de los peligros que podía correr una muchacha de su edad, pero no hay necesidad de conocer el peligro para temerlo; hay una cosa notable, y es que justamente los peligros desconocidos son los que mayor terror inspiran.

Julia vacilaba, y decidió pedir consejo.

Pero, por un sentimiento extraño, no fue ni a su madre ni a su hermano a quienes acudió, sino a Emmanuel.

Descendió, le contó lo que le había sucedido el día en que el mandatario de la casa Thomson y French se presentó en casa de su padre; le refirió la escena de la escalera, le repitió la promesa que le hizo y le enseñó la carta.

—Hay que ir, señorita —le aconsejó Emmanuel.

—¿Ir? —murmuró ella.

—Sí, yo la acompañaré.

—Pero ¿no ha leído que debo ir sola? —exclamó Julia.

—Irá sola —respondió el joven—, pero yo la esperaré en la esquina de la calle del Museo; y si usted tardase tanto que me causara inquietud, entonces iré a buscarla y, ¡desgraciados de aquellos que le causen el menor disgusto!

—Por consiguiente, Emmanuel —replicó la joven, vacilando—, su opinión es la de que acuda a la cita.

—Sí, pero el mensajero, ¿no le habló de que se trataba de salvar a su padre?

—Pero, en fin; Emmanuel, ¿qué peligro corre? —preguntó la muchacha.

Emmanuel vaciló un instante, pero el deseo de decidir a la joven de una vez y sin demora, le decidió.

—Escuche —le dijo—: hoy es 5 de setiembre, ¿no es cierto?

—Sí.

—Hoy, a las once, su padre debe pagar cerca de trescientos mil francos.

—Sí, ya lo sabemos.

—Pues bien —confesó Emmanuel—, no hay más que quince mil francos en Caja.

—Entonces, ¿qué sucederá?

—Sucedará que si hoy, antes de las once, su padre no encuentra a alguien que acuda en su ayuda, a mediodía se verá obligado a declararse en quiebra.

—¡Oh, venga, venga! —exclamó la muchacha arrastrándolo consigo.

Durante este tiempo la señora Morrel se lo había relatado todo a su hijo.

El joven sabía muy bien que, a causa de las sucesivas desgracias que habían abrumado a su padre, se hicieron grandes reformas en los gastos de la casa; pero ignoraba que las cosas hubiesen llegado a tal punto. Se quedó anonadado.

Luego, de repente, se abalanzó fuera del aposento, subió rápidamente la escalera, porque suponía a su padre en su despacho, pero le llamó en vano.

Como se encontraba a la puerta del despacho, oyó que la de la habitación se abría, se volvió y descubrió a su padre. En lugar de subir directamente a su despacho, el señor Morrel había entrado en su dormitorio y ahora salía de él.

Morrel lanzó un grito de sorpresa al ver a Maximilien, ignoraba la llegada del joven. Permaneció inmóvil en el mismo sitio, apretando con el brazo izquierdo un objeto que ocultaba bajo su levita.

Maximilien bajó rápidamente la escalera y se arrojó al cuello de su padre; pero en seguida retrocedió, dejando solamente su mano derecha apoyada sobre el pecho de su padre.

—Padre mío —dijo poniéndose pálido como un muerto—. ¿Por qué tiene usted un par de pistolas bajo su levita?

—¡Oh! Esto es lo que yo temía —replicó Morrel.

—Padre mío, padre mío... ¡En nombre del cielo! —clamó el joven—. ¿Para qué esas armas?

—Maximilien —respondió Morrel, mirando fijamente a su hijo—, tú eres hombre, y un hombre de honor; ven, voy a decírtelo.

Y Morrel subió con paso firme a su despacho, mientras que Maximilien le seguía vacilante.

Morrel abrió la puerta y la cerró tras de su hijo; después atravesó la antecámara, se aproximó a su escritorio, dejó las pistolas en una esquina de la mesa, y mostró a su hijo, señalando con un dedo, un registro abierto.

En aquel libro figuraba consignado el estado exacto de la situación.

Morrel debía pagar dentro de media hora doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

Sólo poseía en total quince mil doscientos cincuenta y siete francos.

—Lee —dijo Morrel.

El joven leyó y por un momento se quedó como aplastado. Morrel no decía nada: ¿Qué habría podido decir ante la inexorable sentencia de las cifras?

—¿Y ha hecho usted, padre mío —preguntó, al cabo de un instante, el joven—, todo lo posible por evitar esta desgracia?

—Sí —respondió Morrel.

—¿No cuenta usted con algún ingreso?

—Con ninguno.

—¿Ha agotado todos los recursos?

—Completamente.

—Y dentro de media hora —dijo Maximilien, con voz sombría—, nuestro nombre quedará deshonrado.

—La sangre lava el deshonor —replicó Morrel.

—Tiene usted razón, padre, y le comprendo. Luego, alargó la mano hacia las pistolas y dijo:

—Hay una para usted y otra para mí. Gracias.

Morrel le detuvo la mano.

—¿Y tu madre..., y tu hermana..., quién las mantendrá?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del joven.

—Padre mío —dijo—, ¿cree acaso, que debo seguir viviendo?

—Sí, y te lo digo —replicó—, porque es tu deber; tú tienes el espíritu tranquilo, fuerte, Maximilien... Maximilien, tú no eres un hombre cualquiera; no te pido nada, no te ordeno nada, únicamente te pido que examines tu situación como si fueses un extraño, y jázgate tú mismo.

El joven reflexionó un instante, después una expresión de sublime resignación apareció en sus ojos; se arrancó con un movimiento lento y triste la charretera y la capona, insignias de su grado.

—Está bien —dijo tendiendo la mano a Morrel—. Muera en paz, padre mío, yo seguiré viviendo.

Morrel hizo ademán de echarse de rodillas ante su hijo. Maximilien le atrajo hacia sí, y aquellos dos nobles corazones latieron un instante juntos.

—Ya sabes que no es culpa mía —dijo Morrel.

Maximilien sonrió.

—Lo sé padre mío; sé que es el hombre más honrado que jamás he conocido.

—Perfectamente, ya está todo dicho; ahora vuelve junto a tu madre y tu hermana.

—Padre mío —rogó el joven doblando la rodilla—. ¡Bendígame!

Morrel cogió la cabeza de su hijo entre sus manos, la aproximó a él, y, besándola varias veces, dijo:

—¡Oh! Sí, sí, yo te bendigo en mi nombre y en el de tres generaciones de hombres irreprochables; escucha, pues, lo que dicen por mi boca; lo que la desgracia ha destruido, la Providencia puede levantarlo. Viéndome muerto con semejante muerte, los más inexorables tendrán piedad de ti; a ti, posiblemente te den el tiempo que a mí me han negado; entonces, procura que no se pronuncie la palabra infame; pon manos a la obra, trabaja, lucha con ardor y entusiasmo, ya que eres tan joven. Vive con tu madre y tu hermana solamente con lo más necesario a fin de que cada día, el bien que te proporcione, se aumente y fructifique en tus manos. Piensa que no habrá día más grande, más hermoso y más solemne que el de la rehabilitación, el día en que en este mismo despacho puedas decir: Mi padre ha muerto porque no pudo hacer lo que yo hago en estos momentos; pero murió tranquilo y sereno, porque no dudaba de que yo lo conseguiría.

—¡Oh, padre mío! ¡Padre mío! —clamó el joven—. ¡Si aún pudiese vivir!

—Si vivo, todo cambia; si vivo, el interés se transforma en duda, la piedad en encarnizamiento; si vivo, no soy más que un hombre que ha faltado a su palabra, que no ha cumplido sus compromisos; en fin, no soy más que un comerciante arruinado. Si muero, al con-

trario, piensa en ello, Maximilien, mi cadáver no será más que el de un hombre desdichado, pero honrado. Viviendo, mis mejores amigos abandonarán mi casa; muerto, Marsella entera me seguirá llorando hasta mi última morada; viviendo, tendrás vergüenza de mi nombre; pero muerto, levantarás la cabeza y dirás: Soy hijo del que se ha matado, porque por primera vez se ha visto obligado a faltar a su palabra.

El joven dejó escapar un gemido, pero pareció resignarse. Era la segunda vez que la convicción se adueñaba, no de su corazón, sino de su espíritu.

—Y ahora —dijo Morrel—, déjame solo y trata de alejar a las mujeres.

—¿No quiere ver a mi hermana? —preguntó Maximilien.

Una última y vaga esperanza renació en el joven si se celebraba esta entrevista, y por ello la propuso. Morrel sacudió la cabeza.

—Ya la vi esta mañana —dijo—, y le he dicho adiós.

—¿No tiene ninguna recomendación particular que hacerme? —preguntó Maximilien, con voz alterada.

—Sí, hijo mío; una recomendación sagrada.

—Diga, padre mío.

—La casa Thomson y French es la única que, por humanidad o tal vez por egoísmo, pues no me toca a mí leer en el corazón de los hombres, ha tenido piedad de mí. Su mandatario, ese que dentro de diez minutos vendrá a cobrar un pagaré de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, no diré que me concedió, sino que me ofreció tres meses de espera. Que esa casa sea la primera a quien pagues, hijo mío; que ese hombre te sea sagrado.

—Sí, padre mío —prometió Maximilien.

—Y ahora, una vez más, adiós —dijo Morrel—. Vete, vete, tengo necesidad de estar solo. Encontrarás mi testamento en el secreter de mi dormitorio.

El joven permaneció de pie, inerte, no teniendo fuerza de voluntad para obedecer.

—Escucha, Maximilien —dijo su padre—, supón que fuese militar como tú, que hubiese recibido la orden de tomar un reducto, y que supieras que iba a sucumbir en el ataque, ¿no me dirías lo que me dices en este momento?: «Vaya, padre mío, porque se deshonrará si se queda, y más vale la muerte que la deshonra».

—Sí, sí —admitió el joven—, sí.

Y estrechando convulsivamente a Morrel entre sus brazos, añadió:

—Vaya, padre mío.

Y se abalanzó fuera del despacho.

Cuando su hijo hubo salido, Morrel permaneció un instante de pie y con los ojos fijos en la puerta; después alargó la mano, encontró el cordón de la campanilla y llamó.

Al cabo de unos minutos apareció Coclès.

Éste ya no era el mismo hombre; aquellos angustiosos tres días le habían destrozado. El pensamiento de que la casa Morrel iba a suspender sus pagos, le había encorvado tanto como si hubiesen vivido veinte años más.

—Mi buen Coclès —le habló Morrel con un acento difícil de definir—, te vas a quedar en la antecámara. Cuando el señor que vino hace tres meses, ya sabes, el mandatario de Thomson y French, se presente, lo anunciarás.

Coclès no respondió; hizo un gesto con la cabeza, fue a sentarse en la antecámara y esperó.

Morrel volvió a dejarse caer en su sillón; sus ojos se posaron sobre el reloj; le quedaban siete minutos, era todo; la aguja avanzaba con una rapidez increíble; le parecía que la veía marchar.

Lo que pasó entonces, y en aquel momento supremo, por el espíritu de aquel hombre que, joven aún, a consecuencia de un razonamiento posiblemente falso, pero al menos especial, iba a separarse de cuanto amaba en el mundo y quitarse la vida, que para él tenía cuantas dulzuras proporciona la familia, no puede ser descrito; era preciso ver, para tener una idea, su frente sudorosa y sin embargo resignada, sus ojos arrasados en lágrimas y, no obstante, levantados al cielo.

El minuterero seguía avanzando, las pistolas estaban perfectamente cargadas; alargó la mano, cogió una y murmuró el nombre de su hija.

Después abandonó el arma mortal, tomó la pluma y escribió algunas palabras.

Entonces le pareció que no se había despedido lo suficiente de su amada hija.

Luego se volvió hacia el reloj; ya no contaba por minutos, sino por segundos.

Volvió a coger el arma, con la boca entreabierta y los ojos fijos en el minuterio; después se estremeció por el ruido que hizo al montar el arma.

En aquel instante un sudor más frío inundó su frente, una angustia más mortal aprisionó su corazón.

Oyó la puerta de la escalera rechinando sobre sus goznes.

Después se abrió la de su despacho.

El reloj iba a dar las once.

Morrel no se volvió, esperaba las siguientes palabras de Coclès:

—El mandatario de la casa Thomson y French.

Y acercó el arma a su boca.

De repente, oyó un grito: era la voz de su hija.

Se volvió y descubrió a Julia; la pistola se le escapó de las manos.

—¡Padre mío! —exclamó la joven, sin aliento y casi muerta de alegría—. ¡Salvado! ¡Está salvado!

Y se arrojó en sus brazos agitando en la mano una bolsa de seda encarnada.

—¿Salvado, hija mía? —interrogó Morrel—. ¿Qué significa eso?

—Sí, salvado. ¡Vea, vea! —dijo la muchacha.

Morrel cogió la bolsa y se estremeció, porque un vago recuerdo le trajo a la memoria el conocimiento de aquel objeto por haberle pertenecido.

En un lado se hallaba la letra de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, ya pagada.

En el otro había un diamante del grosor de una avellana, con estas tres palabras escritas en un trozo de pergamino: «Dote de Julia».

Morrel se pasó la mano por la frente. Creía soñar.

En aquel momento el reloj dio las once.

El timbre de su campana vibró como si cada golpe del martillo de acero golpease sobre su corazón.

—Veamos, hija mía —inquirió—, explícate. ¿Dónde has encontrado esta bolsa?

—En una casa de la avenida de Meilhan, en el número 15, encima de la chimenea de una pobre habitación del quinto piso.

—Pero —clamó Morrel— esta bolsa no es tuya.

Julia tendió a su padre la carta que había recibido aquella mañana.

—¿Y has estado sola en esa casa? —dijo Morrel tras haberla leído.

—Emmanuel me acompañaba, padre. Debía esperarme en la esquina de la calle del Museo, pero, cosa extraña, no estaba.

—¡Señor Morrel! —chilló una voz en la escalera—. ¡Señor Morrel!

—Esa es su voz —dijo Julia.

Al mismo tiempo penetró Emmanuel con el rostro trastornado de alegría y emoción.

—¡El *Faraón*! —gritó—. ¡El *Faraón*!

—¿Y qué? El *Faraón*. Tú estás loco, Emmanuel. ¿No sabes que se ha perdido?

—¡El *Faraón*!, señor, anuncian al *Faraón*; el *Faraón* acaba de entrar en el puerto.

—Amigos míos —dijo Morrel—, si eso es cierto, habrá que creer en un milagro de Dios. ¡Imposible, imposible!

Pero lo que resultaba real y no menos increíble, era aquella bolsa que tenía en sus manos, era aquella letra de cambio pagada, era aquel magnífico diamante.

—¡Ah, señor! —exclamó Coclès a su vez—. ¿Qué quiere decir eso del *Faraón*?

—Vamos, hijos míos —dijo Morrel levantándose—. Vayamos a ver, y que Dios tenga piedad de nosotros, si es una noticia falsa.

Descendieron; en medio de la escalera esperaba la señora Morrel. La pobre mujer no se había atrevido a subir.

En un instante se hallaron en la Canebière.

Había una gran multitud reunida en el puerto.

Toda aquella muchedumbre se abrió en dos para dejar paso a Morrel.

—¡El *Faraón*, el *Faraón*! —gritaban todas aquellas voces.

En efecto, cosa maravillosa, inaudita, frente a la torre de San Juan aparecía un barco, llevando en su popa estas palabras escritas en letras blancas: «*Faraón*. Morrel e Hijos. Marsella». De porte absolutamente igual al otro *Faraón*, y cargado, como el otro, de cochinilla y añil, echaba el ancla y cargaba sus velas; en el puente, el capitán Gaumard daba órdenes y maese Penelón hacía señas al señor Morrel.

No había razón para dudar; el testimonio de los sentidos estaba a la vista y diez mil personas confirmaban con su presencia y sus exclamaciones tan señalado suceso.

Cuando Morrel y sus hijos se abrazaban en el muelle, acompañados de los aplausos de toda la ciudad, testigo de tal prodigio,

un hombre, cuyo rostro yacía medio cubierto por una barba negra, y que, casi oculto tras la garita de un funcionario, contemplaba aquella escena con enternecimiento, murmuró estas palabras:

—¡Sé feliz, corazón generoso! ¡Dios te bendiga por todo el bien que has hecho y por el que aún harás! Y que mi gratitud quede en la sombra como quedó tu bondad.

Y con una sonrisa, en la que aparecían la alegría y la dicha, abandonó el refugio que lo ocultaba, y sin que nadie le prestase atención, tan ocupados estaban con el acontecimiento, descendió una de aquellas pequeñas escaleras que sirven de desembarcadero y gritó tres veces:

—¡Jacobo, Jacobo, Jacobo!

Entonces se acercó a él una barca, lo recibió a bordo, y le condujo a un yate ricamente aparejado, sobre la cubierta del cual se abalanzo con la ligereza del marino: desde allí miró una vez más a Morrel, quien, llorando de dicha, distribuía cordiales apretones de manos a toda aquella multitud, y agradecía con una vaga mirada a aquel bienhechor desconocido que parecía buscar en el cielo.

—Y ahora —dijo el hombre desconocido—, adiós bondad, humanidad, gratitud... Adiós a todos los sentimientos que ensanchan el corazón. He sustituido a la Providencia para recompensar a los buenos...; que el Dios vengador me ceda su puesto para castigar a los malos.

A estas palabras hizo una señal, y, como si sólo se esperase esa señal para partir, el yate hendió inmediatamente las aguas.

Italia — Simbad el Marino

A principios del año 1838 se encontraban en Florencia dos jóvenes pertenecientes a la más elegante sociedad de París; uno era el vizconde Alberto de Morcerf, y el otro, el barón Franz d'Epínay. Habían convenido entre sí que irían a pasar el carnaval en Roma, en donde Franz, que desde hacía cuatro años habitaba en Italia, serviría de guía a Alberto.

Ahora bien, como no resulta cosa fácil pasar el carnaval en Roma, sobre todo cuando no se quiere dormir en la plaza del Popolo o en el Campo Vaccino, escribieron a maese Pastrini, propietario del hotel de Londres, en la plaza de España, para rogarle que les reservase unas habitaciones confortables.

Maese Pastrini respondió que sólo tenía a su disposición dos habitaciones y un gabinete situados *al secondo piano*, y que se las ofrecía al módico precio de un luis diario. Ambos jóvenes aceptaron; después, deseando sacar provecho del tiempo que les quedaba, Alberto partió para Nápoles. En cuanto a Franz, se quedó en Florencia.

Cuando hubo gozado algún tiempo de la vida que proporciona la ciudad de los Médicis, se hubo paseado por ese edén que llaman Casines, y fue recibido en aquellos magníficos palacios que constituyen la gloria de Florencia, tuvo la fantástica idea de, tras haber visto ya Córcega, cuna de Bonaparte, ir a visitar la isla de Elba, esa gran morada de Napoleón.

Una tarde, pues, desató una barquita del anillo de hierro que la sujetaba al puerto de Liorna, se tendió en el fondo, envuelto en su capa, y dijo a los marineros estas únicas palabras: —¡A la isla de Elba! La barca abandonó el puerto como el pájaro del mar abandona su nido, y al día siguiente desembarcaba a Franz en Portoferraio.

Franz atravesó la isla imperial, después de haber seguido todas las huellas que los pasos del gigante dejara, y fue a embarcar a Marciana.

Al cabo de dos horas de haber abandonado tierra, volvió a ella para descender en la Pianosa, donde, según le habían asegurado, le esperaban infinitas bandadas de perdices rojas.

La caza fue mala. Franz apenas mató algunas perdices flacuchas, y, como todo cazador que se ha cansado por nada, volvió a montar en su barca de bastante mal humor.

—¡Ah! Si su excelencia quisiera —dijo el patrón— haría una buena caza.

—¿Y en dónde?

—¿Ve usted aquella isla? —señaló el patrón extendiendo el índice hacia el Mediodía y enseñando una masa cónica que emergía del mar, teñido del más bello azul.

—Y bien, ¿qué isla es esa? —preguntó Franz.

—La isla de Montecristo —respondió el liornés.

—Pero yo no poseo licencia para cazar en esa isla.

—Su excelencia no la necesita; la isla está desierta.

—¡Ah, pardiez! —exclamó el joven—. Una isla desierta en medio del Mediterráneo, es cosa curiosa.

—Y cosa natural, excelencia. Esta isla es una masa de rocas, y en toda su extensión apenas existe una fanega de tierra de labor.

—¿Y a quién pertenece esa isla?

—A Toscana.

—¿Qué clase de caza encontraría?

—Miles de cabras salvajes.

—Que viven lamiendo piedras —dijo Franz con una sonrisa, de incredulidad.

—No, pero rumiando la maleza, los mirtos y los lentiscos que crecen entre ellas.

—Pero ¿dónde dormiré?

—En tierra, en las grutas, o a bordo, envuelto en su capa. Además, si su excelencia quiere, partiremos inmediatamente después de la caza. Ya sabe que lo mismo navegamos de noche que de día, y que a falta de velas disponemos de remos.

Como a Franz todavía le quedaba bastante tiempo para reunirse con su compañero, y no tenía que preocuparse por su alojamiento en Roma, aceptó aquella proposición a fin de resarcirse de su primera cacería.

Ante su respuesta afirmativa, los marineros cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja.

—Y bien —preguntó—. ¿Qué hay ahora? ¿Surge alguna nueva dificultad?

—No —respondió el patrón—, pero debemos prevenir a su excelencia que esta isla es algo peligrosa.

—¿Por qué?

—Que como la isla de Montecristo no está habitada, a veces sirve de arribo a contrabandistas y piratas que vienen de Córcega, de Cerdeña o de África; si alguna señal denuncia nuestra presencia en la isla, nos veremos obligados, a nuestro regreso a Liorna, a pasar una cuarentena de seis días.

—¡Diablos! He ahí algo que cambia las cosas. ¡Seis días! Justo tantos como necesitó Dios para crear el mundo. Es un poco largo, muchachos.

—Pero ¿quién dirá que su excelencia estuvo en Montecristo?

—¡Oh! No seré yo —exclamó Franz.

—Ni nosotros tampoco —dijeron a la vez los marineros.

—En ese caso, vayamos a Montecristo.

El patrón ordenó la maniobra; y en seguida la barca empezó a bogar en dirección a la isla.

Franz dejó que concluyesen con la operación, y tan pronto tomaron el nuevo rumbo, la vela estuvo hinchada por la brisa y los cuatro marineros colocados, tres adelante y uno en el timón, reanudó la conversación.

—Mi querido Gaetano —habló al patrón—, acaba de decirme, me parece, que la isla de Montecristo sirve de refugio a los piratas, cosa que resultaría muy distinta cacería a la de las cabras.

—Sí, excelencia, y es la verdad.

—Conocía muy bien la existencia de contrabandistas, pero pensaba que tras la toma de Argel y la destrucción de la regencia, los piratas ya no existían sino en las novelas de Cooper y del capitán Marryat.

—Pues bien, su excelencia se equivocaba; hay piratas como bandidos, que figuran en el censo de los exterminados por el papa León II y que, sin embargo, detienen todos los días a los viajeros hasta en las puertas de Roma. ¿No ha oído decir que hace seis meses apenas, el encargado de negocios de Francia cerca de la Santa Sede fue desvalijado a quinientos pasos de Welletri?

—Sí, por cierto.

—Por lo tanto, si su excelencia viviese en Liorna como nosotros, oiría decir de vez en cuando que un pequeño barco cargado de mercancías o que un bonito yate inglés, que se esperaba en Bastia, en Portoferraio o en Civitavecchia, no ha llegado, que no se sabe nada de él, y que sin duda se habrá estrellado contra alguna roca. Desde luego esa roca que encontró es una barca baja y estrecha, ocupada por seis u ocho hombres, que lo han sorprendido y despojado en una noche oscura y tempestuosa a la vuelta de cualquier islote salvaje y deshabitado, como los bandidos asaltan y despojan una silla de postas en un rincón de un bosque.

—Pero en fin —replicó Franz permaneciendo tendido en la barca—, ¿cómo es que los que padecen semejantes accidentes no se quejan, cómo no piden contra esos piratas la protección del Gobierno francés, sardo o toscano?

—¿Por qué? —replicó Gaetano con una sonrisa.

—Sí, ¿por qué?

—Porque en principio se transporta del barco o del yate a la barca todo lo que está en condiciones de cogerse; después se atan los pies y manos de la tripulación, se sujeta al cuello de cada hombre una bala del 24, se practica un agujero del tamaño de una barrica en la quilla del buque capturado, se vuelve a cubierta, se cierran las escotillas y se pasa a la barca. Al cabo de diez minutos el barco empieza a quejarse y a gemir, poco a poco se hunde. Primero, uno de los lados se zambulle, luego, el otro; después se levanta, volviendo a hundirse para sumergirse aún más. De pronto, resuena un ruido semejante a un cañonazo; es el aire que rompe la cubierta. Entonces el barco se agita como un ahogado que se debate, aumentando de peso a cada movimiento. En seguida, el agua, demasiado comprimida en las cavidades, se lanza por las aberturas como las columnas líquidas que arrojaría por las narices cualquier cachalote gigantesco. En fin, lanza un último gemido, da la última vuelta sobre sí mismo y se hunde, abriendo en el abismo un amplio embudo que gira un instante, se llena poco a poco y acaba por borrar toda huella; tan bien, que al cabo de cinco minutos, haría falta el ojo del mismo Dios para buscar en el fondo de aquel mar en calma el barco desaparecido.

»Comprende ahora —añadió el patrón, sonriendo— ¿cómo no entra el barco en puerto y por qué no puede quejarse la tripulación?

Si Gaetano hubiese relatado aquello antes de proponer la expedición, es probable que Franz lo habría pensado dos veces antes de emprenderla; pero ahora se dirigían hacia la isla, y le pareció que sería cobarde retroceder. Pertenecía a esa clase de hombres que no corren en busca de una situación peligrosa, pero que si esta ocasión se les presenta, permanecen con una sangre fría inalterable para combatirla: era uno de esos hombres de voluntad tranquila, que no consideran un peligro en la vida como a un adversario en un duelo, que calculan sus movimientos, que estudian su fuerza, que se retiran con objeto de recobrar aliento y no para aparecer cobardes, que comprenden de una sola mirada todas sus ventajas y que matan de un solo golpe.

—¡Bah! —replicó—. He atravesado Sicilia y Calabria; he navegado dos meses en el archipiélago, y jamás he visto la sombra de un bandido ni de un pirata.

—Tampoco yo no he dicho eso a su excelencia —aclaró Gaetano—, para hacerle renunciar a su proyecto. Me ha interrogado y le he respondido, sencillamente.

—Sí, mi querido Gaetano, y su conversación es de lo más interesante; además, como quiero gozar del mayor tiempo posible, ¡sea por Montecristo!

Entretanto, se aproximaban rápidamente al final del viaje; hacía viento fresco y la barca avanzaba a seis y siete millas por hora. A medida que se acercaban, la isla parecía salir agrandándose del mar; y, a través de la atmósfera límpida de los últimos rayos del día, distinguíase, como las balas apiladas en un arsenal, aquel amontonamiento de rocas puestas unas sobre otras, y en los intersticios de las cuales se veía colorear las malezas y reverdecir los árboles. En cuanto a los marineros, aunque parecían tranquilos, era evidente que permanecían alerta y que su mirada interrogaba el amplio espejo sobre el que se deslizaban, y en el cual, algunos barcos de pescadores, con sus velas blancas poblando el horizonte, se balanceaban como las gaviotas en las cimas de las olas.

No se hallaban más que a unas quince millas de Montecristo cuando el sol empezó a ponerse tras de Córcega, cuyas montañas aparecían a la derecha, recortándose en el cielo sus sombrías cumbres; aquella masa de piedras, semejante al gigante Adamastor, se erigía amenazante frente a la barca, quitándole el sol que doraba su cima. Poco a poco la sombra surgió del mar y pareció ocultar aquel último

reflejo del día que iba a extinguirse; por fin el rayo luminoso fue rechazado hasta la cima del cono, en donde se detuvo un instante como el penacho inflamado de un volcán. Al fin, la sombra, siempre ascendente, invadió progresivamente la cúspide al igual que invadiera la base, y la isla no apareció sino como una montaña gris que seguía oscureciéndose. Media hora más tarde, era completamente de noche.

Por fortuna, los marineros se encontraban en parajes acostumbrados y conocían hasta la menor roca del archipiélago toscano; porque, en medio de la profunda oscuridad que envolvía la barca, Franz no dejaba de experimentar ciertas inquietudes. Córcega había desaparecido por completo, la misma isla de Montecristo se había tornado invisible. Pero los marineros parecían ver como los lince, en las tinieblas, y el piloto, que dirigía el timón, no mostraba la menor duda.

Una hora, aproximadamente, había transcurrido desde la puesta del sol, cuando Franz creyó percibir, a un cuarto de milla a la izquierda, una masa sombría; pero resultaba tan imposible distinguirla que, temiendo excitar la hilaridad de sus marineros al tomar algunas nubes por tierra firme, guardó silencio. Mas de repente una gran luz apareció en la orilla; la tierra podía parecerse a una nube, pero el fuego no era un meteoro.

—¿Qué es esa luz? —preguntó.

—¡Chist! —dijo el patrón—. Es un fuego.

—Pero usted manifestó que la isla estaba deshabitada.

—Dije que en ella no había población fija, pero también he dicho que es una parada para los contrabandistas.

—Y para los piratas.

—Y para los piratas —corroboró Gaetano, repitiendo las palabras de Franz—. Por eso he dado la orden de pasar la isla, porque, como ve, el fuego se encuentra a nuestra espalda.

—Pero ese fuego —prosiguió Franz—, me parece más un motivo de seguridad que de inquietud. Personas que temiesen ser vistas, no encenderían esa hoguera.

—¡Oh! Eso no quiere significar nada —replicó Gaetano—. Si puede juzgar en medio de la oscuridad la posición de la isla, apreciará que, tal y como está situado ese fuego, no puede ser visto ni desde la costa ni desde la Pianosa, pero sí desde alta mar.

—Por consiguiente, teme que ese fuego sólo nos anuncie mala compañía, ¿no es cierto?

—Es de lo que habremos de asegurarnos —respondió Gaetano, siempre con la mirada fija en aquella estrella terrestre.

—¿Y cómo va a asegurarse?

—Va a verlo.

Tras estas palabras, Gaetano formó consejo con sus compañeros y al cabo de unos cinco minutos de discusión, ejecutaron en silencio una maniobra, ayudados por la cual viraron de borda en un instante; entonces reemprendieron el rumbo que habían seguido y unos segundos después cambiaron de dirección, y el fuego desapareció, ocultado por algún desnivel del terreno.

Entonces, el piloto imprimió un nuevo rumbo a la embarcación, que se aproximó visiblemente a la isla, y en seguida se encontraron a poco más de cincuenta pasos de su orilla.

Gaetano abatió la vela y la barca permaneció estacionada.

Todo esto se hizo en el mayor silencio, y además, después del cambio de rumbo no se había pronunciado ni una sola palabra a bordo.

Gaetano, que había propuesto la expedición, asumía personalmente toda la responsabilidad. Los cuatro marineros no le quitaron ojo, preparando los remos y teniéndolos listos para remar con fuerza, lo que, gracias a la oscuridad, no sería difícil.

En cuanto a Franz, disponía sus armas con esa sangre fría de que hemos hablado; tenía dos fusiles de dos cañones y una carabina; los cargó, aseguró los gatillos y esperó.

Durante este tiempo el patrón se había despojado del gabán y de la camisa, asegurado el pantalón a los riñones, y, como estaba descalzo, no tenía zapatos ni medias que quitarse. Una vez vestido, o más bien desvestido, se puso un dedo en los labios recomendando silencio, y se dejó hundir en el mar, nadó hacia la orilla con tanta precaución que resultaba imposible oír el menor ruido. Solamente la estela fosforescente que dejaban sus movimientos mostraba su paso.

En seguida, incluso desapareció éste rastro: era evidente que Gaetano había tocado tierra.

Todo el mundo permaneció inmóvil en el barco durante media hora, al cabo de la cual se le vio reaparecer en la orilla y acercarse a la barca con idéntica estela fosforescente. Al cabo de un instante, y en dos brazadas, Gaetano alcanzó la barca.

—¿Y bien? —preguntaron a una Franz y los cuatro marineros.

—Bien —respondió—, son contrabandistas españoles. Están solos con dos bandidos corsos.

—¿Y qué hacen esos dos bandidos corsos con los contrabandistas españoles?

—¡Ah, Dios mío! Excelencia —replicó Gaetano en un tono de profunda caridad cristiana—, es necesario ayudarse unos a otros. A menudo los bandidos se encuentran un poco apurados en tierra por los gendarmes o los carabineros; bien, encuentran allí una barca, y en esa barca hay buenas personas como nosotros. Acuden a pedirnos hospitalidad en nuestra casa flotante. ¡No hay modo de negar socorro a un pobre diablo que persiguen! Los recibimos, y, para mayor seguridad, nos hacemos a la mar. Eso no nos cuesta nada y salva la vida, o al menos, la libertad de uno de nuestros semejantes que, en la ocasión, reconoce el servicio que les hemos prestado y nos indican un buen lugar donde podemos desembarcar nuestras mercancías sin ser molestados por los curiosos.

—¡Ah, vaya! —exclamó Franz—. De manera que usted también es un poco contrabandista, mi querido Gaetano.

—¡Eh! ¿Qué quiere usted, excelencia? —dijo, con una sonrisa imposible de describir—. Se hace un poco de todo; hay que vivir.

—Entonces, con los que habitan ahora Montecristo, ya está como entre conocidos.

—Casi, casi. Los marineros somos como los francmasones, nos reconocemos por ciertas señales.

—¿Y usted cree que no tendremos nada que temer si desembarcamos?

—Absolutamente nada; los contrabandistas no son ladrones.

—Pero esos dos bandidos corsos... —replicó Franz, calculando de antemano todas las posibilidades de peligro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Gaetano—. No tienen la culpa de ser bandidos, sino la autoridad.

—¿Por qué eso?

—¡Sin duda! Los persigue por haber hecho una *mojada* y nada más. ¡Como si no estuviese en la naturaleza del corso, vengarse!

—¿Qué entiende usted por haber hecho una *mojada*? ¿Haber asesinado a un hombre? —inquirió Franz insistiendo en sus preguntas.

—Yo entiendo haber matado a un enemigo —replicó el patrón—, lo que es muy diferente.

—Está bien —admitió el joven—. Vayamos a solicitar hospitalidad a los contrabandistas y a los bandidos. ¿Cree usted que nos la concederán?

—Sin duda alguna.

—¿Cuántos son?

—Cuatro, excelencia, y los dos bandidos, que son seis en total.

—Bien, es justamente nuestro número; en el caso de que esos señores mostrasen malas intenciones, tenemos fuerzas iguales, y, por consiguiente, podemos defendernos. Así, pues, una vez más sea por Montecristo.

—Sí, excelencia; pero usted me permitirá tomar aún algunas precauciones.

—¡Cómo no, querido! Es usted sabio como Néstor y prudente como Ulises. Más que permitirlo, se lo ruego.

—Pues bien, entonces, ¡silencio! —recomendó Gaetano.

Todos se callaron.

Para un hombre como Franz, que consideraba todas las cosas desde su verdadero punto de vista, la situación, sin ser peligrosa, no carecía de cierta gravedad. Se encontraba en la oscuridad mayor, en medio del mar, con marineros que no le conocían y que no tenían motivo alguno para serle fieles; que sabían que llevaba en su cinturón algunos miles de francos, y que habían examinado, sino con envidia, sí con curiosidad, varias veces, sus preciosas armas. Por otro lado, iba a abordar, sin otra escolta que aquellos hombres, en una isla que tenía un nombre muy religioso, pero que no parecía prometer a Franz más hospitalidad que la del Calvario de Cristo, gracias a aquellos contrabandistas y a los bandidos. Porque aquella historia de los barcos hundidos le había parecido un tanto exagerada a la luz del día, si bien resultaba más verosímil por la noche. No obstante, situado como estaba entre aquel doble peligro, posiblemente imaginario, no separaba sus ojos de aquellos hombres ni el fusil de su mano.

Entretanto, los marineros habían izado nuevamente sus velas y reemprendido la estela seguida al ir y al venir. A través de la oscuridad, Franz, ya habituado a las tinieblas, distinguió el gigante de granito que costaba la barca; después, al fin, sobrepasaron la esquina de una roca, percibió el brillo del fuego, más resplandeciente que antes, y alrededor de dicho fuego cinco o seis personas sentadas.

La reverberación de la hoguera se extendía un centenar de pasos en el mar. Gaetano costeó la luz, haciendo que la barca quedase en la parte oscura; después, cuando se encontraron frente al fuego, puso proa hacia él y entró decidido en el círculo luminoso mientras entonaba una canción de pescadores, en la cual sostenía el canto solo y sus compañeros coreaban el refrán.

A la primera palabra de la canción, los hombres sentados alrededor del fuego se levantaron y se aproximaron al embarcadero, con la mirada puesta en la barca, de la que se esforzaban visiblemente en reconocer su fuerza y adivinar sus intenciones. En seguida parecieron haber hecho un examen y se fueron, a excepción de uno, que permaneció de pie en la orilla, a sentarse de nuevo ante el fuego, en el que asaban un cabrito entero.

Cuando el barco llegó a una veintena de pasos de tierra, el hombre que se hallaba en la orilla, hizo maquinalmente con su carabina el gesto de un centinela que espera una patrulla, y gritó:

—¿Quién vive? —en patois sardo.

Franz armó fríamente sus dos gatillos.

Gaetano cambió, entonces, con aquel hombre unas palabras de las cuales el viajero no comprendió nada, pero que evidentemente le concernían.

—Su excelencia —preguntó el patrón—, ¿quiere que se diga su nombre o guarda el incógnito?

—Mi nombre debe quedar completamente ignorado. Diles, simplemente —replicó Franz—, que soy un francés que viaja por distraerse.

Cuando Gaetano hubo transmitido esta respuesta, el centinela dio una orden a uno de los hombres sentados ante el fuego, que se levantó inmediatamente y desapareció entre las rocas.

Hubo un momento de silencio. Cada cual parecía preocupado en sus asuntos: Franz de su desembarco, los marineros de sus velas, los contrabandistas de su cabrito; pero en medio de esta indiferente apariencia, se observaban mutuamente.

El hombre que se había alejado, reapareció de pronto por el lado opuesto al que había desaparecido antes. Hizo un signo con la cabeza al centinela y éste se limitó a pronunciar estas únicas palabras:

—*S'accomodi.*

El *s'accomodi* italiano es intraducible; quiere decir a la vez vengán, entren, sean bienvenidos, considérense como en su casa, son us-

tedes los amos. Es como esa frase turca de Molière, que asombraba tanto al burgués gentilhomme por la cantidad de cosas que contenía.

Los marineros no se lo hicieron repetir dos veces; en cuatro golpes de remo la barca tocó la tierra. Gaetano saltó sobre la arena, aún cambió algunas palabras en voz baja con el centinela; sus compañeros descendieron a su vez y luego le tocó el turno a Franz.

Llevaba uno de sus fusiles en bandolera. Gaetano llevaba otro, y uno de los marineros su carabina. Su atuendo tenía algo de la apariencia de un artista y de un *dandy*, lo que no inspiró a los huéspedes ninguna sospecha, y, por consiguiente, ninguna inquietud.

Se amarró la barca a la orilla, se dieron algunos pasos para buscar un vivaque cómodo; pero sin duda el punto hacia el cual se encaminaban no era de la conveniencia del contrabandista que hacía de centinela, porque gritó a Gaetano:

—No, por allá, si le parece.

Gaetano balbuceó una excusa, y, sin insistir, avanzó por el lado opuesto mientras dos marineros, para iluminar el camino, iban a encender dos antorchas en la fogata.

Dieron unos treinta pasos y se detuvieron sobre una pequeña explanada completamente rodeada de rocas en las cuales habían excavado una especie de garitas en las que se podía montar guardia sentados. En los alrededores y entre las venas de tierra vegetal, crecían algunas encinas enanas y matorrales espesos de mirtos. Franz bajó una de las antorchas y reconoció, en un montón de cenizas, que no era el primero en percibir, lo comfortable de aquella localidad, y que debía de ser una de las paradas habituales de los visitantes nómadas de la isla de Montecristo.

En cuanto a su espera de acontecimientos, había cesado; una vez el pie en tierra firme, una vez vio las disposiciones, sino amistosas, al menos indiferentes de sus huéspedes, toda su preocupación desapareció, y, al olor del cabrito que asaban en el vivaque vecino, la preocupación se cambió en apetito.

Dijo algunas palabras acerca de este nuevo incidente a Gaetano, quien le respondió que no había nada más sencillo que cenar cuando se tenía, como ellos en la barca, pan, vino, seis perdices y un buen fuego para asarlas.

—Además —añadió—, si su excelencia encuentra tan tentador el aroma de ese cabrito, puedo ir a ofrecer a nuestros vecinos dos de nuestras perdices por un trozo de su cuadrúpedo.

—Hazlo, Gaetano, hazlo —dijo Franz—, verdaderamente has nacido con el sentido de la negociación.

Durante este tiempo, los marineros habían arrancado unas brazadas de maleza, hecho montones de mirtos y de encinas verdes, a los cuales habían prendido fuego, que se convirtió en una hoguera bastante respetable.

Franz esperaba, pues, con impaciencia, saboreando siempre el aroma del cabrito, el regreso del patrón, cuando éste reapareció y se llegó hasta él con aire muy preocupado.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Rechazan nuestra oferta?

—Al contrario —dijo Gaetano—. El jefe, a quien han dicho que usted es un joven francés, le invita a cenar con él.

—Perfectamente —dijo Franz—. Es un hombre muy civilizado ese jefe, y no veo el motivo para negarme; tanto más, si apporto mi parte de cena.

—¡Oh! Ese no es el caso; hay cena abundante, y para más, pero es que pone a vuestra presentación en su casa una extraña condición.

—¿En su casa? —replicó el joven—. ¿Ha hecho construir una casa?

—No, pero no por eso deja de poseer una vivienda muy confortable, según me han asegurado.

—Así, pues, conoce a ese jefe, ¿no es cierto?

—He oído hablar de él.

—¿Bien o mal?

—De las dos maneras.

—¡Diablo! ¿Y cuál es la condición?

—Que se deje vendar los ojos y no se quite la venda hasta que él se lo indique.

Franz sondeó cuanto le fue posible la mirada de Gaetano para saber qué ocultaba aquella proposición.

—¡Ah, diantre! —replicó aquél respondiendo al pensamiento de Franz—. Ya lo sé, la cosa merece pensarlo.

—¿Qué haría usted en mi lugar? —inquirió el joven.

—Yo, que no tengo nada que perder, iría.

—¿Aceptaría?

—Sí, aunque no fuese más que por curiosidad.

7. —Entonces, ¿hay algo curioso que ver en casa de ese jefe?

—Escuche —dijo Gaetano bajando la voz—, no sé si lo que dicen es cierto...

Se detuvo mirando si algún extraño le escuchaba.

—¿Y qué dicen?

—Que ese jefe habita un subterráneo al lado del cual el palacio Pitti vale muy poco.

—¡Qué sueño! —replicó Franz volviendo a sentarse.

—¡Oh! Eso no es un sueño —continuó el patrón—, es una realidad. Cama, el piloto del *San Fernando*, entró un día, y salió tan maravillado, que no existen semejantes tesoros en los cuentos de hadas.

—¡Ah, vaya! Pero, ¿sabe usted —dijo Franz—, que con semejantes palabras me hará descender a la cueva de Alí-Babá?

—Le digo lo que me han referido, excelencia.

—Entonces, ¿usted me aconseja aceptar?

—¡Oh! No digo eso. Su excelencia hará lo que guste. No quisiera darle un consejo en semejante ocasión.

Franz reflexionó unos segundos, comprendió que si era un hombre rico no pretendería robarle, cuando sólo llevaba unos miles de francos; y, como no veía en aquello sino una excelente cena, aceptó. Gaetano fue a llevar la respuesta.

No obstante, como ya se ha indicado, Franz era prudente; quiso saber más detalles acerca de aquel huésped extraño y misterioso. Se volvió, pues, hacia el marinero que, durante aquel diálogo estuvo desplumando la perdiz con la seriedad de un hombre entregado a su tarea, y le preguntó en qué podían haber desembarcado aquellos hombres, ya que no se veían barcas ni otra clase de embarcaciones.

—No estoy inquieto por eso—respondió el marinero—, y conozco muy bien el barco que montan.

—¿Es una embarcación bonita?

—Desearía una semejante a su excelencia para dar la vuelta al mundo.

—¿Qué fuerza tiene?

—Más de cien toneladas. Además, es un barco de capricho, un yate, como dicen los ingleses, pero construido de manera que pueda estar en el mar en todo tiempo.

—¿Y dónde ha sido construido?

—Lo ignoro, aunque me parece que es genovés.

—¿Y cómo un jefe de contrabandistas —continuó Franz—, se atreve a que le construyan un yate destinado a su comercio en el puerto de Génova?

—No he dicho —aclaró el marinero— que el propietario del yate sea un contrabandista.

—No, pero Gaetano lo ha dicho, al menos eso creo.

—Gaetano vio la tripulación de lejos, pero aún no había hablado con nadie.

—Pero si ese hombre no es un jefe de contrabandistas, ¿qué es entonces?

—Un acaudalado señor que viaja por capricho. «Vamos —pensó Franz—, que el personaje es bien misterioso, ya que las versiones son bien diferentes.» Y añadió en voz alta:

—¿Y cómo se llama?

—Cuando se lo preguntan, responde que se llama Simbad el Marino. Pero dudo que ése sea su verdadero nombre.

—¿Simbad el Marino?

—Sí.

—¿Y dónde habita ese señor?

—En el mar.

—¿De qué nacionalidad es?

—No lo sé.

—¿Lo ha visto usted?

—Alguna vez.

—¿Qué clase de hombre es?

—Su excelencia juzgará por sí mismo.

—¿Y dónde me recibirá?

—Sin duda, en el palacio subterráneo del que le ha hablado Gaetano.

—¿Y usted nunca ha tenido la curiosidad, cuando se ha detenido aquí y ha encontrado la isla desierta, de buscar y penetrar en ese palacio encantado?

—¡Oh, sí! Muchas veces, excelencia —replicó el marinero—, pero nuestras búsquedas siempre resultaron inútiles. Hemos registrado la gruta por todas partes, y no hemos hallado ni el más pequeño pasaje. Además, dicen que la puerta no se abre con una llave, sino con una palabra mágica.

—Vamos, decididamente —murmuró Franz—, me encuentro embarcado en un cuento de *Las mil y una noches*.

—Su excelencia le espera —dijo detrás suyo una voz que reconoció como la del centinela.

El recién llegado estaba acompañado de los hombres de la tripulación del yate.

Por toda respuesta, Franz sacó su pañuelo y se lo tendió al que le había dirigido la palabra.

Sin pronunciar palabra, le vendaron los ojos con un cuidado que delataba el temor de que cometiese alguna indiscreción; tras lo cual le hicieron jurar que no intentaría quitarse la venda, y el joven juró.

Entonces, los dos hombres le cogieron, cada uno por un brazo, y caminó guiado por ellos y precedido por el centinela.

Al cabo de una treintena de pasos percibió el olor cada vez más apetitoso del cabrito y dedujo que pasaba ante el vivac; después le hicieron avanzar por el camino durante unos cincuenta pasos más, evidentemente, del lado en que no quisieron dejar que penetrase Gaetano; prohibición que ahora se explicaba Franz. En seguida se cambió de atmósfera y comprendió que entraban en un subterráneo; tras unos segundos de marcha, oyó un crujido y le pareció que el ambiente cambiaba de naturaleza, volviéndose tibio y perfumado. Al fin sintió que sus pies pisaban una alfombra espesa y blanda; sus guías lo abandonaron. Hubo un instante de silencio, y una voz le dijo en buen francés, aunque con acento extranjero:

—Sea bien venido a mi casa, señor, y ya puede quitarse el pañuelo de los ojos.

Como puede suponerse, Franz no se hizo repetir la invitación; se quitó el pañuelo y se encontró frente a un hombre de treinta y ocho a cuarenta años que vestía traje tunecino, es decir, un fez rojo con una larga borla de seda azul, chaqueta de terciopelo negro bordada en oro, pantalones encarnados muy amplios y huecos, polainas del mismo color bordadas en oro como la chaqueta, y babuchas amarillas; una magnífica faja de cachemira le rodeaba la cintura, y una gumía aguda y encorvada aparecía guardada en aquélla.

Aunque de una palidez lívida, aquel hombre poseía un rostro de notable belleza. Sus ojos eran vivos y penetrantes; su nariz recta y casi al nivel de la frente, indicaba el tipo griego en toda su pureza y sus dientes, blancos como las perlas, resaltaban admirablemente bajo el bigote negro que los enmarcaba.

Solamente aquella palidez resultaba extraña; se hubiese dicho que era un hombre encerrado en una tumba mucho tiempo y que nunca hubiese recobrado el color natural a los vivos.

Sin ser de gran estatura, era muy bien formado y, como los hombres del Mediodía, tenía los pies y las manos pequeños.

Pero lo que asombró a Franz, que había considerado un sueño el relato de Gaetano, fue la suntuosidad de la estancia.

Toda la habitación yacía cubierta con tejidos turcos de color carmesí recamados de flores de oro. En una hondonada había una especie de diván dominado por un trofeo de armas árabes enfundadas en plata dorada y con las empuñaduras resplandecientes de pedrería; del techo colgaba una lámpara de cristal de Venecia, de una forma y un color encantadores, y los pies se hundían en una alfombra de Turquía que cubría hasta los tobillos. Unos cortinajes colgaban delante de la puerta por la cual entró Franz, y ante otra puerta que daba paso a una segunda estancia que aparecía espléndidamente iluminada.

El anfitrión dejó un instante a Franz que paladeara su sorpresa, y a la vez lo examinó mientras miraba, y no le quitó la vista de encima.

—Señor —le dijo al fin—, mil perdones por las precauciones que le han exigido para introducirle en mi casa; pero como la mayor parte del tiempo esta isla permanece desierta, si el secreto de esta vivienda fuese conocido, sin duda me encontraría, al regresar, todo en muy mal estado, lo cual sería muy desagradable, no por la pérdida que supusiera, sino porque ya no tendría la seguridad de poderme separar más del resto de la tierra. Ahora, procuraré hacerle olvidar tal pequeño contratiempo ofreciéndole lo que no esperaba encontrar aquí, es decir, una cena aceptable y camas bastante buenas.

—A fe mía, mi querido anfitrión —respondió Franz—, que no necesita excusarse por nada en absoluto. Siempre he visto que se vendaba los ojos a las personas que penetraban en los palacios encantados. Vea, si no, Raúl, en *Los Hugonotes*, y realmente no tengo de qué quejarme, porque lo que usted me muestra es digno de las maravillas de *Las mil y una noches*.

—¡Ay! Le diré como Lúculo: Si hubiera sabido que me honraría con su visita, me hubiese preparado. Pero en fin, tal como es mi ermita, la pongo a su disposición; tal cual es mi cena, se la ofrezco. Ahí, ¿estamos servidos?

Casi al mismo instante, el cortinaje se levantó y un nubio, negro como el ébano y vestido con una sencilla túnica blanca, hizo señas a su amo de que podía pasar al comedor.

—Ahora —dijo el desconocido a Franz—, no sé si usted es de mi opinión, pero encuentro bastante molesto permanecer dos o tres horas hablando con una persona de la que ignoro su nombre o qué título darle. Le advierto que respeto mucho las leyes de la hospitalidad para preguntarle su nombre o su título; le ruego únicamente que me indique un nombre cualquiera, con la ayuda del cual pueda dirigirle la palabra. En cuanto a mí, para que se encuentre a gusto, le manifiesto que acostumbran llamarme Simbad el Marino.

—Y yo —replicó Franz— le diré que, como no me falta más que la famosa lámpara maravillosa para encontrarme en la situación de Aladino, no tengo ningún inconveniente en que, de momento, me llame Aladino. Esto no nos apartará de Oriente, adonde creo haber sido transportado por el poder de algún buen genio.

—Pues bien, señor Aladino —dijo el extraño anfitrión—, ya ha oído usted que estamos servidos, ¿no es así? ¿Quiere tomarse la molestia de pasar al comedor?; su humilde servidor pasa delante a fin de mostrarle el camino.

Y a estas palabras, levantando el cortinaje, Simbad pasó, efectivamente, delante de Franz.

Franz iba de encantamiento en encantamiento; la mesa estaba servida espléndidamente. Una vez convencido de este punto importante, paseó su mirada alrededor suyo. El comedor no resultaba menos lujoso que el salón de antes; era de mármol, con bajo relieves antiguos de gran valor, y en los extremos de esta sala oblonga, había dos magníficas estatuas con canastillas a la cabeza. Estas canastillas contenían dos pirámides de exquisitas frutas; eran ananás de Sicilia, granadas de Málaga, naranjas de las Baleares, melocotones de Francia y dátiles de Túnez.

En cuanto a la cena, se componía de un faisán asado entre mirlos de Córcega; un jamón de jabalí a la gelatina; un cuarto de cabrito a la tártara; un magnífico rodaballo y una gigantesca langosta. Entre los espacios de estos grandes platos aparecían platitos conteniendo entremeses.

Las fuentes eran de plata y los platos de porcelana del Japón. Franz se frotó los ojos para asegurarse de que no soñaba.

Alí era el único que servía la mesa, y se desenvolvía perfectamente. El convidado felicitó a su anfitrión.

—Sí —replicó éste, haciendo los honores a la cena con la mayor soltura—. Sí, es un pobre diablo que me es muy fiel y sirve lo mejor que puede. Se acuerda que le salvé la vida, y, como según parece iba a perder la cabeza, me guarda cierto agradecimiento por habérsela conservado.

Alí se aproximó a su amo, le cogió la mano y se la besó.

—¿Y, sería mucha indiscreción, señor Simbad —dijo Franz—, preguntarle en qué circunstancia realizó usted tan bella acción?

—¡Oh Dios mío! Es muy sencillo —respondió el anfitrión—. Al parecer, este truhán había rondado más de la cuenta el serrallo del bey de Túnez de lo que convenía a un buen mozo de su color; de modo que fue condenado por el bey a perder la lengua, la mano y la cabeza; la lengua el primer día, la mano el segundo, y la cabeza el tercero. Yo siempre tuve deseos de poseer un mudo a mi servicio; esperé a que le fuese cortada la lengua y fui a proponer al bey que me lo entregase a cambio de un magnífico fusil de dos disparos que, la víspera, me pareció que despertaba la codicia de Su Alteza. Este dudó un instante; ¡tal era su deseo de acabar con el pobre diablo...! Pero añadí a ese fusil un cuchillo de caza inglés, con el cual había mellado el yatagán de Su Alteza; de esta manera el bey se decidió a perdonarle la mano y la cabeza, pero a condición de que no pisara nunca Túnez. La recomendación era inútil; en cuanto ve de lejos las costas de África, se encierra en el último rincón de la cala y no vuelve a aparecer hasta que se ha perdido de vista la tercera parte del mundo.

Franz permaneció un instante mudo y pensativo, rumiando qué debía pensar de la cruel bondad con la cual Simbad le había relatado aquello.

—Y, como el honorable marino de quien toma el nombre —dijo cambiando de conversación—, ¿se pasa usted la vida viajando?

—Sí, es un deseo que me acució en un tiempo que me parecía imposible poderlo cumplir —contestó el desconocido, sonriendo—. He hecho algunos votos como éste, y espero que, a su vez, también se cumplan.

Aunque Simbad pronunció estas palabras con gran sangre fría, sus ojos lanzaron una mirada de extraña ferocidad.

—¿Ha sufrido usted mucho, señor? —le preguntó Franz. Simbad se estremeció y le observó fijamente.

—¿En qué lo nota usted? —inquirió.

—En todo —replicó Franz—; en su voz, en su mirada, en su palidez, y hasta en la misma vida que usted lleva.

—¿Yo? Llevo la vida más feliz que conozco, una verdadera vida de bajá; soy el rey de la creación; me gusta un sitio, me quedo; me aburre, me marcho, soy libre como el pájaro, tengo alas como él; las gentes que me rodean obedecen a una señal mía. De vez en cuando me divierto burlándome de la justicia humana, hurtándole un bandido que busca, un criminal que persigue. Luego ejerzo mi propia justicia, baja y alta, sin plazos ni apelaciones, que condena o absuelve, y en la cual nadie tiene que intervenir. ¡Ah, si usted hubiese vivido mi vida, no desearía otra, y no volvería jamás al mundo excepto que tuviese algún gran proyecto que realizar!

—Una venganza, por ejemplo —dijo Franz. El desconocido fijó en el joven una de aquellas miradas que se hunden en lo más profundo del corazón y del pensamiento.

—¿Y por qué una venganza? —preguntó.

—Porque —replicó Franz— usted ofrece todo el aspecto de un hombre que, perseguido por la sociedad, tiene una cuenta terrible que saldar con ella.

—Está bien —exclamó Simbad, riendo de manera extraña, que enseñaba sus dientes blancos y agudos—. No haga caso; tal como usted me ve, soy una especie de filántropo, y posiblemente algún día vaya a París para competir con el señor Appert y el hombre de la Capita Azul.

—¿Y será la primera vez que efectúe usted ese viaje?

—¡Oh, Dios mío! Sí. Tengo aspecto de ser muy poco curioso, ¿no es cierto?, mas le aseguro que no es culpa mía si he tardado tanto; eso llegará un día u otro.

—¿Proyecta usted realizar pronto ese viaje?

—Aún no lo sé; depende de circunstancias sometidas a combinaciones inciertas.

—Me gustaría estar en la época en que usted vaya; trataría de devolverle, en cuanto me fuese posible, la hospitalidad que usted me concede tan pródigamente en Montecristo.

—Aceptaría su oferta con mucho gusto —replicó Simbad—; pero, por desgracia, si voy, será, posiblemente, de incógnito.

Entretanto, la cena avanzaba y parecía haber sido servida exclusivamente para Franz; porque apenas si el anfitrión había tocado

con la punta de los dientes uno o dos platos del espléndido festín que ofrecía, y del cual, su inesperado convidado, hacía tanto honor.

Al fin, Alí sirvió el postre, o más bien cogió las canastillas de las manos de las estatuas y las depositó sobre la mesa.

Entre ambas canastillas colocó una copita de plata dorada cerrada con una tapadera del mismo metal.

El respeto con que Alí había depositado aquella copa, picó la curiosidad de Franz. Levantó la tapadera y vio una especie de pasta verdosa que se parecía a la confitura de cabello de ángel, pero que le resultaba totalmente desconocida.

Volvió a poner la tapadera, tan ignorante de lo que contenía, tras haberla tapado, como antes, y, levantando la vista hacia su anfitrión, le vio sonreír ante su contrariedad.

—No puede adivinar lo que contiene ese vaso —le dijo éste—, y eso le intriga, ¿no es cierto?

—Lo confieso.

—Pues bien, esta soberbia confitura verde no es, ni más ni menos, que la ambrosía que Hebe servía en la mesa de Júpiter.

—Pero, esta ambrosía —replicó Franz—, al pasar por las manos de los hombres, sin duda perdió su nombre celeste y tomó uno humano. En lenguaje vulgar, ¿cómo se llama este ingrediente por el cual, además, no siento gran simpatía?

—¡Eh! Ahí tiene, justamente, lo que revela nuestro origen material —exclamó Simbad—. A veces pasamos al lado de la felicidad sin verla, sin mirarla, o, si la hemos visto y mirado, sin reconocerla. ¿Es usted un hombre positivo y el oro es su dios? Pruebe eso y las minas del Perú, de Guzarate y de Golconda le serán abiertas. ¿Es usted un hombre de imaginación, un poeta? Guste también eso, y las barreras de lo posible desaparecerán; los campos del infinito se abrirán, usted se paseará, libre el corazón y el espíritu, por el dominio sin límites de la ensoñación. ¿Es usted ambicioso, corre detrás de las grandezas de la tierra? Pruebe eso siempre, y en una hora será rey, no el rey de un pequeño reino escondido en un rincón de Europa como Francia, España o Inglaterra, sino rey del mundo, rey del universo, rey de la creación. Su trono será erigido sobre la montaña en que Satán llevó a Jesús; y, sin tener necesidad de rendirle homenaje, sin estar obligado a besar su pezuña, será el soberano dueño de todos los reinos de la tierra. ¿No es tentador lo que le ofrezco, diga, y no es cosa bien fácil, puesto que sólo hay que hacer esto? Mire.

A estas palabras, destapó a su vez la copita de plata dorada que contenía la sustancia tan alabada, tomó una cucharilla de café de la confitura mágica, se la llevó a la boca y la saboreó lentamente, con los ojos entornados y la cabeza reclinada hacia atrás.

Franz le dejó todo el tiempo para saborear su manjar favorito; después, cuando le vio volver en sí, inquirió:

—Pero, en fin, ¿Qué es ese manjar tan precioso?

—¿Ha oído usted hablar del Viejo de la Montaña —le preguntó Simbad—, el mismo que quiso asesinar a Felipe Augusto?

—Sin duda.

—Pues bien, usted sabe que reinaba en un rico valle que domina la montaña, de la cual tomó su pintoresco nombre. En ese valle estaban los magníficos jardines plantados por Hassen-ben-Sabah, y, en aquellos jardines, había pabellones aislados. En aquellos pabellones hacía entrar a los elegidos y allí les hacía comer, según Marco Polo, cierta hierba que los transportaba al Paraíso, en medio de plantas siempre floridas, de frutos siempre maduros y de mujeres siempre vírgenes. Ahora bien, aquello que los desventurados jóvenes tomaban por una realidad, no era sino un sueño; pero un sueño tan dulce, tan embriagador, tan voluptuoso, que se vendían en cuerpo y alma a aquel que se lo había proporcionado, y obedeciendo sus órdenes como las de un Dios, iban a apuñalar al fin del mundo a la víctima indicada, muriendo en los tormentos sin quejarse, con la única idea de que la muerte que sufrían no era más que una transición a aquella vida de delicias, de la cual aquella hierba santa, servida ante usted, les había dado un anticipo.

—Entonces —exclamó Franz—, es *haxix*. Sí, conozco eso, al menos de oídas.

—Justamente usted ha dicho la palabra, señor Aladino; es *haxix* el mejor y más puro que se hace en Alejandría, el *haxix* de Abugor, el gran preparador, el hombre único, el hombre a quien deberían edificar un palacio con esta inscripción: *Al vendedor de felicidad, el mundo agradecido*.

—¿Sabe usted —le dijo Franz—, que tengo muchas ganas de juzgar personalmente la verdad o la exageración de sus elogios?

—Júzguelo usted mismo, mi querido huésped, juzguelo; pero no se fíe de una primera experiencia; como en todo, hace falta acostumar los sentidos a una nueva impresión, suave o violenta, triste o alegre. Existe una lucha de la naturaleza contra esta divina sus-

tancia, de la naturaleza que no está hecha para la alegría y que se inclina al dolor. Es necesario que la naturaleza vencida sucumba en el combate, es necesario que la realidad suceda al sueño; y entonces, el sueño reina como dueño, entonces es el sueño el que se vuelve vida y la vida la que se vuelve sueño; pero, ¿qué diferencia en esta transfiguración!, es decir, que comparando los dolores de la existencia real con los goces de la existencia ficticia, usted no desearía vivir nunca, y siempre querría soñar. Cuando usted abandone su mundo por el mundo de los demás, le parecerá pasar de una primavera napolitana a un invierno lapón, le parecerá abandonar el paraíso por la tierra, el cielo por el infierno. Pruebe el *baxix*, mi querido huésped, pruébelo. Por toda respuesta, Franz tomó una cucharilla de aquella pasta maravillosa, en idéntica cantidad que la tomada por su anfitrión, y sé la llevó a la boca.

—¡Diablo! —exclamó después de haber tomado aquella confitura divina—. No sé aún si el resultado será tan agradable como usted dice, pero la cosa no me parece tan succulenta como afirma.

—Porque su paladar todavía no está hecho a la sublimidad de la sustancia que saborea. Dígame, ¿es que a la primera vez tomó el gusto a las ostras, al té, a las trufas, a todo lo que le ha gustado después? ¿Acaso comprende usted a los romanos que sazonaban los faisanes con salsa fétida, y los chinos, que comen nidos de golondrinas?

—¡Oh, Dios mío! Claro que no.

—Pues bien, lo mismo sucede con el *baxix*; cómalo ocho días seguidos solamente y ningún alimento en el mundo le parecerá que tiene la finura de ese gusto que hoy puede ser fétido y nauseabundo. Además, pasemos a la habitación contigua, es decir, a su dormitorio, y Allí nos servirá el café y nos dará las pipas.

Los dos se levantaron y mientras el que se hacía llamar Simbad daba algunas órdenes a su criado, Franz entró en la habitación contigua.

Esta se hallaba amueblada con sencillez, aunque no menos rica. Era de forma redonda, y un gran diván la rodeaba. Pero el diván, las paredes, el techo y el suelo yacían completamente cubiertos de magníficas pieles, suaves y blandas como la más mullida alfombra; eran pieles de leones del Atlas con poderosas crines; pieles de tigres de Bengala, de cálidos rayados; pieles de panteras del Cabo, moteadas alegremente como aquella que se le apareció a Dante; en fin, pieles de osos de Siberia, de zorros de Noruega, y todas

aquellas pieles arrojadas en profusión unas sobre otras, estaban de manera que se creía caminar sobre el césped más espeso y descansar sobre el lecho más sedoso.

Ambos hombres se tendieron sobre el diván; chibuquies con tubos de jazmín y boquillas de ámbar yacían al alcance de la mano, y todos dispuestos para que no hubiese necesidad de fumar dos veces en el mismo. Cada hombre cogió uno. Alí los encendió, y salió en busca de café.

Hubo un momento de silencio durante el cual Simbad dejase mecer en pensamientos que parecían ocuparle continuamente, incluso en medio de la conversación; y Franz se abandonó a aquella ensoñación muda en la cual se cae casi siempre que se fuma buen tabaco, que parece llevarse con el humo todas las penas del espíritu y dar a cambio al fumador todos los sueños del alma. Alí apareció con el café.

—¿Cómo lo toma usted? —preguntó Simbad—. A la francesa, o a la turca, fuerte o suave, azucarado o sin azúcar, pasado o hervido. Escoja; lo hay preparado de todas las maneras.

—Lo tomaré a la turca —respondió Franz.

—Y tiene usted razón —exclamó su anfitrión—. Eso demuestra que usted posee condiciones para la vida oriental. ¡Ah, los orientales! Fíjese usted, son los únicos que saben vivir. En cuanto a mí —añadió con una de sus singulares sonrisas, que no escapaban al joven—, cuando haya concluido mis asuntos en París, iré a morir a Oriente; y si usted quiere buscarme entonces, tendrá que hacerlo en El Cairo, en Bagdad o en Ispahan.

—A fe mía —replicó Franz—, que eso será lo más fácil del mundo, porque creo que me crecen alas de águila, y que con tales alas daría la vuelta al mundo en veinticuatro horas.

—¡Ah, ah! Es el *haxix* que actúa. Pues bien; abra sus alas y elévese a las regiones sobrehumanas; no tema nada, velan por usted, y si como las de Ícaro se derriten al sol, aquí estamos para recibirle.

Entonces dijo algunas palabras en árabe a Alí, que hizo un gesto de obediencia y se retiró, pero sin alejarse.

En cuanto a Franz, una extraña transformación se operó en él. Toda la fatiga física de aquel día, toda la preocupación de espíritu que le produjeran los acontecimientos de la noche, desaparecieron como en ese primer momento de reposo en que se vive lo suficiente para sentir la llegada del sueño. Su cuerpo parecía adquirir una

ligereza inmaterial, su espíritu se aclaraba de una manera inesperada, sus sentidos parecían redoblar sus facultades; el horizonte iba ensanchándose siempre, pero no aquel sombrío horizonte sobre el cual se extendía un vago terror y que viera antes de su sueño, sino un horizonte azul, transparente, amplio, con todo eso que el mar tiene de azul, con todo lo que el sol tiene de lentejuela, con todo lo que la brisa posee de aroma; después, en medio de los cantos de los marineros, cánticos tan límpidos y tan claros que se habrían tomado por una armonía divina si se hubieran podido percibir, vio aparecer la isla de Montecristo, no ya como un escollo amenazador sobre las aguas, sino como un oasis perdido en el desierto; luego, a medida que la barca se aproximaba, los cantos hacíanse más numerosos, porque una armonía encantadora y misteriosa ascendía de aquella isla hacia Dios, como si cualquier hada, como Lorelay o cualquier encantador como Anfión, hubiese querido atraer un alma o edificar una ciudad.

Por fin, la barca tocó la orilla, pero sin esfuerzo, sin sacudida, como los labios rozan los labios, y penetró en la gruta sin que cesara aquella música encantadora. Descendió, o más bien le pareció descender algunos escalones, respirar aquel aire fresco y embalsamado, como aquel que debía reinar alrededor de la gruta de Circe, hecho de tales perfumes que hacen soñar al espíritu, de tales ardores que abrasan los sentidos, y tornó a ver todo lo que viera antes de su sueño, desde Simbad, el anfitrión fantástico, hasta Alí, el servidor mudo; después, todo le pareció difuminarse y confundirse ante sus ojos, como las últimas sombras de una lámpara mágica que se apaga, y se encontró en la habitación de las estatuas, iluminada solamente por una de aquellas lámparas antiguas y pálidas que velan en medio de la noche el sueño o la voluptuosidad.

Eran, en efecto, las mismas estatuas, ricas en formas, en lujuria y en poesía, de ojos magnéticos, de sonrisas lascivas y cabelleras abundantes. Eran Friné, Cleopatra y Mesalina, las tres hermosas cortesanas: luego, en medio de aquellas sombras impúdicas se deslizaba, como un rayo puro, como un ángel cristiano en medio del Olimpo, una de esas figuras castas, una de esas sombras tranquilas, una de esas suaves visiones que parecían velar su frente virginal bajo todas aquellas impurezas de mármol.

Entonces le pareció que aquellas tres estatuas habían reunido sus tres amores para un solo hombre, y que ese hombre era él; que

se acercaban al lecho en que dormía otro segundo sueño, los pies perdidos en sus largas túnicas blancas, la garganta desnuda, los cabellos sueltos, flotando como en una onda, con una de esas actitudes que hacían sucumbir a los dioses, pero ante las cuales resistían los santos, con una de esas miradas inflexibles y ardientes como la de una serpiente a un pájaro, y que él se abandonaba a aquellas miradas dolorosas como un abrazo y voluptuosas como un beso.

A Franz le pareció que cerraba los ojos, y que a través de la última mirada que echaba a su alrededor entreveía la estatua púdica que se velaba enteramente; luego, sus ojos se cerraron a las cosas reales y sus sentidos se abrieron a las impresiones imposibles.

Entonces fue una voluptuosidad sin tregua, un amor sin reposo, como el que prometía el Profeta a sus elegidos. Entonces, todas aquellas bocas de piedra se animaron, todos aquellos pechos fueron cálidos, hasta que, para Franz, sufriendo por primera vez el imperio del *haxix*, aquel amor fue casi un dolor, aquella voluptuosidad casi una tortura cada vez que sentía pasar por su boca los labios de aquellas estatuas flexibles y frías como los anillos de una culebra; pero cuanto más sus brazos trataban de rechazar aquel amor desconocido, más sufrían sus sentidos el encanto de aquel sueño misterioso, tanto, que después de una lucha en la cual hubiese entregado su alma, se abandonó sin reserva y acabó por caer anhelante, abrasado de fatiga, consumido de voluptuosidad, bajo los besos de aquellas amantes de mármol y bajo los encantos de aquel sueño inaudito.

Despertar

Cuando Franz volvió en sí, los objetos exteriores le parecieron una segunda parte de su sueño; se creyó en un sepulcro en el que apenas penetraba, como una mirada de piedad, un rayo de sol; alargó la mano y sintió la piedra; se incorporó: se hallaba acostado en su albornoz, sobre un lecho de hierbas secas, muy suaves y olorosas.

Toda visión había desaparecido, y, como si las estatuas no hubiesen sido más que sombras salidas de sus tumbas durante su sueño, se habían desvanecido al despertar.

Dio algunos pasos hacia el lugar por donde penetraba la claridad; a toda la agitación de sueño sucedía la calma de la realidad. Se vio en una gruta, avanzó del lado de la abertura, y, a través de la puerta abovedada percibió un cielo azul y un mar azulado. El aire y el agua resplandecían a los rayos del sol mañanero; en la orilla, los marineros estaban sentados charlando y riendo: a diez pasos, en el mar, la barca se balanceaba graciosamente sobre su ancla.

Entonces aspiró durante un rato aquella brisa fresca que le rozaba la frente; escuchó el débil rumor de la ola que se movía sobre la orilla y dejaba sobre las rocas una estela de espuma blanca como de plata; se abandonó sin reflexionar, sin pensar, en aquel encanto divino que existe en las cosas de la naturaleza, sobre todo cuando se surge de un fantástico sueño; luego, poco a poco, aquella vida exterior, tan tranquila, tan pura y tan grande, le recordó lo inverosímil de su sueño, y los recuerdos empezaron a poblar su mente.

Se acordó de su llegada a la isla, de su presentación a un jefe de contrabandistas, de un palacio subterráneo lleno de esplendores, de una cena excelente y de una cucharadita de *haxix*.

Sólo que frente a aquella realidad del día, le pareció que había transcurrido, por lo menos, un año desde que pasaron todas

aquellas cosas; tan vivo estaba el sueño en su pensamiento como importancia adquiriría en su espíritu. Por consiguiente, de vez en cuando, su imaginación hacía sentarse en medio de los marineros o sobre una roca o balanceándose en la barca, a una de aquellas sombras que habían estrellado su noche con sus besos. Por lo demás, tenía la cabeza por completo despejada y el cuerpo perfectamente reposado: ninguna pesadez en el cerebro, muy por el contrario, un cierto bienestar general, una facultad de absorber el aire y el sol mayor que nunca.

Se aproximó, pues, alegremente a sus marineros.

Desde que le vieron se pusieron en pie, y el patrón se aproximó a él.

—El señor Simbad —le dijo—, nos ha encargado que presentemos respetos a su excelencia y le expresáramos su sentimiento por no poder despedirse de usted; pero espera que le excuse cuando sepa que un asunto muy importante le llama a Málaga.

—¡Vaya! Mi querido Gaetano —dijo Franz—, todo esto, pues, es en verdad una realidad: existe un hombre que me ha recibido en esta isla, que me ha brindado una hospitalidad de rey, y que ha partido durante mi sueño.

—Existe, claro está; allí puede ver ya su pequeño yate alejándose, con todos los trapos al viento, y si usted coge unos prismáticos, con toda probabilidad reconocerá a su amigo Simbad en medio de su tripulación.

Y, diciendo estas palabras, Gaetano extendió el brazo en dirección a un pequeño barco que navegaba hacia la punta meridional de Córcega.

Franz sacó su anteojó, lo graduó a su vista y lo dirigió hacia el lugar indicado.

Gaetano no se equivocaba. En la popa del buque se encontraba de pie el misterioso extranjero, vuelto hacia él, y con un anteojó en la mano. Llevaba la misma indumentaria que lucía cuando la víspera se presentó a su convidado, y agitaba su pañuelo en señal de despedida.

Franz le devolvió el saludo sacando también su pañuelo y agitando como el otro lo hacía con el suyo.

Al cabo de un segundo, una ligera nubecilla de humo se dibujó en la popa del buque, se destacó graciosamente y ascendió lentamente hacia el cielo; después, llegó hasta Franz una débil detonación.

—¡Vaya! ¿Ha oído? —dijo Gaetano—. Ahora le dice adiós.

El joven cogió su carabina y la descargó al aire aunque sin la esperanza de que el ruido pudiese franquear la distancia que separaba el yate de la costa.

—¿Qué ordena su excelencia? —preguntó Gaetano.

—Primero, que me enciendan una antorcha.

—¡Ah, sí! Comprendo —replicó el patrón—, para buscar la entrada del aposento encantado. Con mucho gusto, excelencia, si la cosa le divierte, le daré la antorcha pedida. Yo también he tenido la idea que usted tiene, y he hecho tres o cuatro veces; pero acabé por renunciar. Giovanni —añadió—, enciende una antorcha y tráesela a su excelencia.

Giovanni obedeció. Franz cogió la antorcha y penetró en el subterráneo, seguido de Gaetano.

Reconoció el lugar en que se había despertado por su cama de hierbas todavía revuelta; iluminó con la antorcha toda la parte exterior de la gruta y no vio nada, a no ser señales de humo de otros que, antes que él, ya habían intentado la exploración.

Sin embargo, no dejó de examinar la menor rendija de aquella muralla de granito, impenetrable como el porvenir; no dejó hueco en el que no introdujese la lámina de su cuchillo; se apoyaba en cualquier punto saliente que veía con la esperanza de que cediese; pero todo fue inútil, y perdió, sin ningún resultado, dos horas en su intento.

Al cabo de ese tiempo renunció; Gaetano mostrábase triunfante.

Cuando Franz regresó a la playa, el yate ya no era sino un pequeño punto blanco en el horizonte; recurrió a su anteojo, pero incluso con el instrumento resultaba casi imposible distinguirlo.

Gaetano le recordó que había venido para cazar cabras, cosa que había olvidado por completo. Cogió su fusil y se puso a recorrer la isla con el aspecto de un hombre que cumple con un deber más que se entrega a un placer; al cabo de un cuarto de hora había matado una cabra y dos cabritos. Pero aquellas cabras, aunque salvajes y alertas como los gamos, tenían gran parecido con las cabras domésticas, y Franz no las consideraba como caza.

Además, otras ideas más poderosas embargaban su ánimo; desde la víspera era el verdadero héroe de un cuento de las *Mil y una Noches*, e invariablemente se dirigía hacia la gruta.

Entonces, a pesar de la inutilidad de su primera intentona, empezó una segunda, tras haber ordenado a Gaetano que asaran uno de los cabritos. En aquella segunda visita invirtió mucho más tiempo, porque cuando regresó, el cabrito estaba asado y el almuerzo listo.

Franz se sentó en el lugar en que la víspera fueron a invitarle a cenar de parte de aquel misterioso huésped, y aún percibido, como una alondra meciéndose en la cima de una ola, al yate que continuaba avanzando hacia Córcega.

—Pero —dijo a Gaetano— usted me dijo que el señor Simbad se dirigía a Málaga, pero me parece que lo hace directamente hacia Portovecchio.

—¿Acaso no se acuerda —replicó el patrón—, que entre las gentes de su tripulación había dos bandidos corsos?

—Es cierto. ¿Y los dejará en la costa? —preguntó Franz.

—Exacto. ¡Ah! Ese es un individuo —comentó Gaetano— que no teme a Dios ni al diablo, según dicen, y que se desviaría cincuenta leguas de su camino por prestar servicio a un pobre hombre.

—Mas esa clase de servicio podría indisponerle con las autoridades del país en que ejerce esa clase de filantropía —replicó Franz.

—¡Ah! —exclamó Gaetano, riendo—. ¿Qué le importan a él las autoridades? Se burla de ellas. No tienen más que intentar perseguirle. En principio, su yate no es un navío, es un páparo, y sacaría tres nudos a los doce de una fragata; aparte que no tiene sino arrojarle a la costa en la que encuentra amigos por todas partes.

Lo único que aparecía claro de todo aquello era que el señor Simbad, el huésped de Franz, tenía el honor de relacionarse con contrabandistas y los bandidos de todas las costas del Mediterráneo; lo cual no dejaba de colocarle en una posición bastante extraña.

En cuanto a Franz, nada le retenía ya en Montecristo; había perdido toda esperanza de dar con el secreto de la gruta y se apresuró, pues, a comer, ordenando a sus hombres que preparasen la barca para el momento en que acabase.

Media hora más tarde se encontraba a bordo.

Echó una última mirada al yate; estaba a punto de desaparecer en el golfo de Portovecchio; y dio la señal de partida.

En el momento que la barca se puso en movimiento desapareció el yate de la vista.

Con él se esfumaba la última realidad de la noche precedente: tanto la cena, como Simbad, el *haxix* y las estatuas empezaban a fundirse, para Franz, en el mismo sueño.

La barca navegó todo el día y toda la noche; y al día siguiente, al amanecer, la isla de Montecristo ya no se divisaba en absoluto.

Una vez Franz hubo echado pie a tierra, olvidó, al menos momentáneamente, los acontecimientos que acababan de sucederle para dar por terminados su viaje de placer y actos de cortesía en Florencia, y no ocuparse más que en reunirse con su compañero, que le esperaba en Roma.

Partió, pues, y el sábado por la tarde llegó a la plaza de la Aduana en la silla de postas.

Sus habitaciones, como ya se ha indicado, estaban alquiladas con antelación; no tenía sino dirigirse al hotel de maese Pastrini; esto ya no era cosa fácil porque la muchedumbre abarrotaba las calles y Roma ya era víctima del rumor sordo y febril que precede a los grandes acontecimientos. Ahora bien, en Roma se celebran cuatro grandes acontecimientos por año: carnaval, Semana Santa, el Corpus y San Pedro.

El resto del año la ciudad vuelve a caer en su normal apatía, estado intermedio entre la vida y la muerte, que la hace semejante a una especie de estación entre este mundo y el otro; estación sublime, alto lleno de poesía y de carácter que Franz ya había hecho cinco o seis veces, y que cada vez se le antojaba más maravilloso y aún más fantástico.

En fin, atravesó aquella multitud cada vez más creciente y agitada, y llegó al hotel. A su primera pregunta le respondieron con esa impertinencia particular de los cocheros de punto alquilados y de los posaderos con todo ocupado, que no había ningún sitio para él en el hotel de Londres. Entonces envió su tarjeta a maese Pastrini, y preguntó por Alberto de Morcerf. El procedimiento tuvo éxito y maese Pastrini acudió en persona a excusarse por haber hecho esperar a su excelencia, riñendo a los mozos, y cuando cogió la palmaria de manos del guía, que ya se había apoderado del viajero y se disponía a llevarle junto a Alberto, éste le salió al encuentro.

El apartamento reservado se componía de dos pequeñas habitaciones y un gabinete. Las habitaciones daban a la calle, circunstancia que maese Pastrini hizo valer como un mérito inapreciable. El resto del piso estaba alquilado a un personaje muy rico al que

creían siciliano o maltés; el hotelero no supo determinar con exactitud a cuál de las dos naciones pertenecía el viajero.

—Perfectamente, maese Pastrini —dijo Franz—, pero nos hace falta cenar inmediatamente cualquier cosa, y disponer de una calesa para mañana y los días siguientes.

—En cuanto a la cena —respondió el posadero—, estará servida inmediatamente; pero la calesa...

—¡Cómo! ¿Qué pasa con la calesa? —exclamó Alberto—. ¡Un momento, un momento! No nos lamentamos, maese Pastrini. ¡Necesitamos una calesa!

—Señor —dijo el posadero—, se hará todo lo posible para obtenerla. Es cuanto puedo decirle.

—¿Y cuándo lo sabremos? —preguntó Franz.

—Mañana por la mañana —respondió el posadero.

—¡Qué diablos! —exclamó Alberto—. La pagaremos más cara, y nada más. Ya sabemos lo que es eso: en casa de Drake o Aarón, veinticinco francos los días corrientes y treinta o treinta y cinco francos los domingos y festivos; ponga cinco francos más al día por corretaje, y eso sumará cuarenta; de manera que no hablemos más.

—Temo mucho que eso, señores, aun ofreciéndoles el doble, no puedan procurárselo.

—Entonces, que enganchen caballos a la mía; está un poco estropeada del viaje, pero no importa.

—No se encontrarán caballos.

Alberto miró a Franz como un hombre al que se le da una respuesta incomprensible.

—¿Entiendes esto, Franz? No hay caballos —dijo—. Pero ¿y los caballos de postas, no podría haberlos?

—Todos están alquilados desde hace quince días, y ahora no quedan más que los necesarios para el servicio.

—¿Qué dices a esto? —preguntó Franz.

—Digo que cuando una cosa rebasa mi inteligencia, acostumbro pasarla por alto y dedicarme a otra. ¿Está lista la cena, maese Pastrini?

—Sí, excelencia.

—Entonces, cenemos primero.

—Pero ¿y la calesa y los caballos? —interrogó Franz.

—Estate tranquilo, mi querido amigo, vendrán por sí solos; no es más que cuestión de precio.

Y Morcerf, con esa admirable filosofía del hombre que no considera nada imposible mientras se tenga la bolsa repleta o la cartera llena, cenó, se acostó, se durmió sobre las dos almohadas, y soñó que recorría el carnaval en una calesa tirada por seis caballos.

Bandidos romanos

Al día siguiente, Franz se despertó antes que su compañero, y, una vez despierto, llamó.

Aún vibraba el sonido de la campanilla cuando apareció maese Pastrini en persona.

—Bueno —dijo el hostelero, triunfante, y sin esperar que Franz le interrogase—. Ya me lo suponía bien, excelencia, cuando ayer no quería comprometerme a nada. Han acudido demasiado tarde, y no queda libre ni una sola calesa en Roma para los tres últimos días, se entiende.

—Sí —replicó Franz—, es decir, para aquellos en que es absolutamente necesaria.

—¿Qué sucede? —preguntó Alberto entrando—. ¿No hay calesa?

—Justamente, mi querido amigo —respondió Franz—, lo has adivinado a la primera.

—¡Pues sí que está bien vuestra bonita Ciudad Eterna!

—Es decir, excelencia —replicó maese Pastrini, que deseaba mantener la capital del mundo cristiano dentro de cierta dignidad ante sus viajeros—, es decir, que no hay calesa a partir del domingo por la mañana hasta el martes por la noche; pero a partir de entonces se encontrarán cincuenta, si usted lo desea.

—¡Ah! Eso ya está bien —dijo Alberto—. Hoy estamos a jueves. ¿Quién sabe, de aquí al domingo, qué puede suceder?

—Que llegarán diez o doce mil viajeros más —respondió Franz—, los cuales aumentarán las dificultades.

—Amigo mío —sentenció Morcerf—, gocemos del presente y no ensombrezcamos el porvenir.

—Por lo menos —preguntó Franz—, podremos disponer de una ventana, ¿verdad?

—¿Dónde?

—En la calle del Corso, ¡diablos!

—¡Ah, claro! Una ventana —exclamó maese Pastrini—. Imposible del todo, imposible. Quedaba una en el quinto piso del palacio Doria y ha sido alquilada a un príncipe ruso por veinte cequíes diarios.

Los dos jóvenes se miraron con estupefacción.

—Bien, querido —dijo Franz a Alberto—, ¿sabes lo mejor que podemos hacer? Pues que nos vayamos a pasar el carnaval a Venecia; al menos, allí, si no encontramos una carroza, encontraremos una góndola.

—¡Ah! ¡A fe mía que no! —exclamó Alberto—. He decidido que vería el carnaval en Roma, y lo veré aunque sea sobre zancos.

—¡Calla! —dijo Franz—. Esa es una idea estupenda, sobre todo para pagar los *moccoletti*; nos disfrazaremos de polichinelas, vampiros o de habitantes de las Landas, y tendremos un éxito de locura.

—¿Sus excelencias siguen deseando un coche hasta el domingo?

—¡Pardiez! —dijo Alberto—. ¿Acaso cree usted que vamos a recorrer las calles de Roma a pie, como los clérigos limosneros?

—Voy a apresurarme a ejecutar las órdenes de sus excelencias —dijo maese Pastrini—. Sólo que los prevengo de que el coche les costará seis piastras por día.

—Y yo, mi querido Pastrini —replicó Franz—, yo, que no soy vuestro vecino millonario, le prevengo a mi vez, que es la cuarta ocasión en que vengo a Roma y conozco el precio de las calesas para los días corrientes, los domingos y los festivos. Le daremos doce piastras por hoy, por mañana y por pasado mañana, y usted aún obtendrá una bonita ganancia.

—Sin embargo, excelencia... —dijo maese Pastrini, intentando rebelarse.

—Vaya, mi querido señor, vaya —dijo Franz—, o yo mismo iré a contratar mi precio con su *afittatore*, que también es el mío; es un antiguo amigo mío que ya ha robado bastante dinero en su vida y que, con la esperanza de sacarme más, se contentará con un precio inferior del que le ofrezco a usted, de manera que perderá la diferencia y la culpa será suya.

—No se tome esa molestia, excelencia —dijo maese Pastrini con esa sonrisa del especulador italiano que se declara vencido—. Haré cuanto me sea posible, y creo que ustedes quedarán satisfechos.

—¡Estupendo! Eso sí que es hablar cuerdamente.

—¿Para cuándo desean ustedes el coche?

—Para dentro de una hora.

—Dentro de una hora estará ante la puerta.

Una hora después, efectivamente, el coche esperaba a los dos jóvenes. Se trataba de un modesto carruaje que con vistas a la solemnidad de las circunstancias, había elevado su rango a calesa; pero, aunque de mediocre apariencia, ambos amigos se hubiesen sentido muy dichosos disponiendo de semejante vehículo para los tres últimos días.

—¡Excelencia! —gritó el cicerone al ver a Franz asomándose a la venta—. ¿Hay que acercar la carroza al palacio?

A pesar de lo acostumbrado que estaba Franz al énfasis de los italianos, su primer movimiento fue el de mirar a su alrededor; pero era a él a quien se dirigía el conductor.

Franz era su excelencia; la carroza era el vehículo; y el palacio el hotel de Londres.

Todo el genio laudatario de la nación se encontraba en aquella frase.

Franz y Alberto descendieron. La carroza se aproximó al palacio. Sus excelencias estiraron las piernas sobre las banquetas, y el cicerone saltó sobre el asiento trasero.

—¿Adónde desean Sus Excelencias que los conduzca?

—A San Pedro, primero, y al Coliseo después —dijo Alberto como buen parisiense.

Pero Alberto ignoraba una cosa: que se requiere un día para ver San Pedro, y un mes para examinarlo: el día, por consiguiente, transcurrió, sin ver San Pedro.

De pronto, los dos amigos se dieron cuenta de que estaba anocheciendo.

Franz sacó su reloj y descubrió que eran las cuatro y media.

En seguida reemprendieron el camino del hotel. A la puerta, Franz dio la orden al cochero de estar listo para las ocho. Quería que Alberto viese el Coliseo al claro de luna, como le había hecho ver San Pedro a pleno día. Cuando se enseña a un amigo una ciudad que ya se ha visto, se hace con idéntico orgullo con que se exhibe una mujer de la que se ha sido el amante.

Por consiguiente, Franz trazó su itinerario al cochero; debía salir por la puerta del Popolo, seguir la muralla exterior y entrar por la puerta de San Giovanni. Así se les aparecería el Coliseo sin pre-

paración alguna, y sin que el Capitolio, el Forum, el arco de Septimio Severo, el templo de Antonino y Faustino, y la Vía Sacra hubiesen servido de escalones puestos en su camino para acortarlo.

Se sentaron a la mesa: maese Pastrini había prometido a sus huéspedes un festín excelente; les sirvió una comida pasable: no hubo nada que reprocharle.

Al final de la comida entró el posadero: Franz creyó que pretendía se le dieran las gracias y se dispuso a hacerlo, pero a las primeras palabras fue interrumpido:

—Excelencia —dijo él—, me satisfacen sus cumplidos; pero no era por eso por lo que vengo.

—¿Acaso es que ha conseguido un coche? —preguntó Alberto encendiendo un cigarro.

—Todavía no, e incluso, excelencia, será preferible que no piensen más en ello y tomen una decisión. En Roma, las cosas se pueden o no se pueden; y cuando se les ha dicho que no se podía, asunto concluido.

—En París es mucho más sencillo: cuando no se puede, se paga el doble e inmediatamente se obtiene lo que se pide.

—Oigo decir eso a todos los franceses —replicó maese Pastrini, un poco molesto—, por lo que hace que no comprenda por qué viajan.

—Porque los que viajan —dijo Alberto lanzando flemáticamente una humareda al techo y balanceándose sobre las dos patas traseras de su sillón—, son los locos e ingenuos como nosotros; las personas sensatas no abandonan su mansión de la calle del Helder, el bulevar de Gang y el café de París.

Huelga decir que Alberto vivía en la calle citada, daba todos los días su paseo de moda, y comía a diario en el único café en que se come, cuando por lo general se está en buenas relaciones con los camareros.

Maese Pastrini permaneció un instante silencioso; era evidente que meditaba su respuesta, que sin duda no le parecía perfectamente clara.

—Pero, en fin —dijo a su vez Franz, interrumpiendo las reflexiones geográficas del mesonero—, usted ha venido por algún motivo; ¿quiere exponernos el objeto de su visita?

—¡Ah! Desde luego. ¿Han pedido ustedes la calesa para las ocho?

—Exacto.

—¿Tienen la intención de visitar el Colosseo?

—¿Quiere decir el Coliseo?

—Es exactamente la misma cosa.

—De acuerdo.

—Usted ha dicho a su cochero que saliese por la puerta del Popolo, diese la vuelta a la muralla y entrara por la puerta de San Giovanni, ¿no es así?

—Esas fueron mis propias palabras.

—Pues bien, ese itinerario es imposible.

—¡Imposible!

—O por lo menos, muy peligroso.

—¡Peligroso! ¿Y por qué?

—A causa del famoso Luigi Vampa.

—En principio, mi querido señor, ¿quién es ese famoso Luigi Vampa? —preguntó Alberto—. Puede ser muy famoso en Roma, pero le advierto que en París se ignora quién es.

—¡Cómo! ¿No le conoce?

—No he tenido ese honor.

—¿No ha oído pronunciar su nombre?

—Jamás.

—Pues bien, se trata de un bandido ante el que, los Deseraris y los Gasparone son una especie de niños de pecho.

—¡Atención, Alberto! —exclamó Franz—. Al fin encontramos un bandido.

—Le prevengo, mi querido Pastrini, que no creeré una palabra de lo que me diga. Sabido esto, hable cuanto quiera, le escucho: «Había una vez...». Vamos, prosiga.

Maese Pastrini se volvió del lado de Franz, que le pareció el más razonable de los dos. Hay que hacer justicia al buen hombre: había alojado a muchos franceses en su vida, pero nunca comprendió cierto aspecto de su espíritu.

—Excelencia —dijo con seriedad dirigiéndose a Franz—, si usted me considera un mentiroso, es inútil que le diga cuanto pensaba decirle; puedo indicarle, sin embargo, que era en interés de sus excelencias.

—Alberto no dice que sea un mentiroso, mi querido señor Pastrini —replicó Franz—. Sólo quiere significarle que no le creerá, eso es todo. Pero, yo, sí que le creeré, esté tranquilo; explíquese, pues.

—No obstante, excelencia, comprenderá que si ponen en duda mi veracidad...

—Querido amigo —replicó Franz—, es usted más susceptible que Cassandra, que sin embargo era profetisa y nadie le escuchaba. Usted, por lo menos, tiene asegurado la mitad del auditorio. Bien, siéntese usted, y díganos quién es ese señor Vampa.

—Ya se lo he dicho, excelencia, es un bandido como aún no hemos visto desde el famoso Mastrilla.

—¿Y bien, qué relación tiene ese bandido con la orden dada a mi cochero de salir por la puerta del Popolo y entrar por la de San Giovanni?

—Pues que es posible —respondió maese Pastrini—, que usted podrá salir perfectamente por una, mas dudo de que pueda entrar por la otra.

—¿Y eso, por qué? —preguntó Franz.

—Porque una vez llegada la noche, no se está seguro ni a cincuenta pasos de las puertas.

—¿Palabra de honor? —exclamó Alberto.

—Señor vizconde —dijo maese Pastrini, aún herido hasta lo más profundo de su corazón por la duda demostrada por Alberto sobre su veracidad—, lo que digo no va con usted, es para su compañero de viaje, que conoce Roma, y sabe que no se bromea con estas cosas.

—Querido —intervino Alberto dirigiéndose a Franz—, he aquí una aventura admirable: atestamos nuestra calesa de pistolas, de trabucos y de fusiles de dos disparos. Luigi Vampa acude a detenernos y nosotros lo arrestamos. Lo traemos a Roma, se lo entregamos a Su Santidad, que nos preguntará qué puede hacer para agradecer-nos semejante servicio. Entonces, reclamamos, pura y simplemente, una carroza y dos caballos de sus cuadras, y nos vamos el carnaval en coche; esto sin contar con que, posiblemente, el pueblo romano, en agradecimiento, nos corone en el Capitolio, y nos proclame, como a Curcio y a Horacio Coclès, salvadores de la patria.

Mientras Alberto decidía esta proposición, maese Pastrini ponía una cara que inútilmente podría describirse.

—Y para empezar —preguntó Franz a Alberto—, ¿dónde obtendríamos esas pistolas, esos trabucos y esos fusiles de dos disparos con los que pretendes llenar nuestro coche?

—Lo cierto es que no será en mi arsenal —dijo—, porque en la Terracina me despojaron hasta de mi puñal. ¿Y a ti?

—A mí me sucedió otro tanto en Aqua-Pendente.

—¡Ah, mi querido Pastrini! —exclamó Alberto encendiendo un segundo cigarro con el resto del primero—. ¿Sabe usted que es muy cómoda para los bandidos esta precaución, y que tiene aspecto de haber sido tomada de acuerdo con ellos?

Sin duda, maese Pastrini encontró la broma pesada, porque no respondió sino a medias y, aun, dirigiendo la palabra a Franz, como al único ser razonable con el cual podía entenderse convenientemente.

—Su excelencia sabe que no hay costumbre de defenderse cuando atacan los bandidos.

—¡Cómo! —tronó Alberto, cuyo coraje se revolvía ante la idea de dejarse desvalijar sin protestar—. ¡Cómo es eso! ¿No hay costumbre?

—No, porque toda defensa sería inútil. ¿Qué quiere hacer usted contra una docena de bandidos que salen de un foso, de una choza o de un acueducto, y que le echan de cara al suelo todos a la vez?

—¡Por todos los santos! ¡Quiero hacerme matar! —exclamó Alberto.

El posadero se volvió hacia Franz con un aire que parecía decir; «Decididamente, excelencia, su camarada está loco».

—Mi querido Alberto —replicó Franz—, tu respuesta es sublime y vale el *Qu'il mourût, de Corneille*: sólo que cuando Horacio respondió eso, se trataba de salvar a Roma, y la cosa valía la pena. Pero en cuanto a nosotros, fíjate que se trata simplemente de satisfacer un capricho, y sería ridículo, por un capricho, arriesgar nuestra vida.

—¡Ah, *per Bacco!* —exclamó maese Pastrini—. ¡Enhorabuena! ¡Eso sí que es hablar!

Alberto se sirvió un vaso de *Lacryma Christi*, que bebió a sorbitos, murmurando unas palabras ininteligibles.

—Bien, maese Pastrini —prosiguió Franz—, ahora que mi compañero ya está calmado, y que usted ha podido apreciar mis disposiciones pacíficas, explíquenos: ¿quién es el señor Luigi Vampa? ¿Es pastor o patricio? ¿Es joven o viejo? ¿Bajo o alto? Descríbanoslo a fin de que podamos, como Jean Sbogar o Lara, reconocerle al menos si por casualidad nos lo encontramos por el mundo.

—No puede dirigirse a nadie mejor que a mí, excelencia, para tener detalles exactos, porque yo conocí a Luigi Vampa desde niño;

y un día en que caí entre sus manos, al ir de Ferentino a Alatri, se acordó, felizmente para mí, de nuestra antigua amistad; me dejó en libertad sin hacerme pagar el rescate y además me regaló un precioso reloj y me relató su historia.

—Veamos el reloj —dijo Alberto.

Maese Pastrini sacó de su bolsillo un magnífico «Breguet» que llevaba el nombre de su autor, el sello de París, y una corona de conde.

—Helo aquí —dijo.

—¡Peste! —exclamó Alberto—. Le felicito. Tengo uno parecido —y sacó su reloj del bolsillo de su chaleco—, y me costó tres mil francos.

—Relátenos la historia —dijo Franz a su vez, cogiendo un sillón y haciendo señas a maese Pastrini para que se sentara.

—¿Sus excelencias permiten? —dijo el mesonero.

—¡Pardiez! —replicó Alberto—. No es usted un predicador, querido, para hablar de pie.

El posadero se sentó tras haber hecho a cada uno de sus huéspedes un respetuoso saludo, lo cual tenía como fin indicar que estaba dispuesto a facilitarles cuanta información quisieran acerca de Luigi Vampa.

—¡Ah! —dijo Franz deteniendo a maese Pastrini en el momento que abría la boca—. Dijo usted que conoció a Luigi Vampa siendo niño. ¿Es aún joven?

—¡Cómo! Ya lo creo, y bien joven; apenas tiene veintidós años. ¡Oh! Es un muchacho que llegará lejos, no lo dude.

—¿Qué dices a esto, Alberto? Es guapo, tiene veintidós años, y ya se ha creado una reputación —dijo Franz.

—Sí, cierto, y a su edad, Alejandro César y Napoleón, que después hicieron algo de ruido en el mundo, no fueron tan despiertos.

—Por consiguiente —prosiguió Franz, dirigiéndose al posadero—, que el héroe de quien vamos a conocer su historia, no tiene más que veintidós años.

—Apenas, como he tenido el honor de decirle.

—¿Es alto o bajo?

—De estatura mediana: aproximadamente como su excelencia —precisó maese Pastrini señalando a Alberto.

❖ —Gracias por la comparación —replicó éste inclinándose.

—Vamos, siga, maese Pastrini —rogó Franz, sonriendo ante la susceptibilidad de su amigo—. ¿Y a qué clase de la sociedad pertenece?

—Era un simple pastor agregado a la finca del conde de San Felice, situada entre Palestrina y el lago de Gabri. Había nacido en Pampinara y entró a la edad de cinco años al servicio del conde. Su padre, también pastor en Anagni, poseía un pequeño rebaño y vivía de la lana de sus corderos y de la leche de sus cabras que venía a vender a Roma.

»De niño, el pequeño Vampa tenía un carácter extraño. Un día, a los siete años, fue a buscar al cura de Palestrina y le rogó que le enseñara a leer. Era cosa difícil, porque el joven pastor no podía abandonar su rebaño, mas el buen cura iba todos los días a decir misa en una pobre aldea, harto miserable para pagar a un sacerdote, y que no teniendo ni siquiera nombre se la conocía por el Borgo. Propuso a Luigi que se encontraran en su camino a la hora de su regreso y darle así su lección, advirtiéndole de que esta lección sería breve y por consiguiente no le aprovecharía.

»El pequeño aceptó con alegría.

»Todos los días, Luigi llevaba a pacer su rebaño por el camino de Palestrina al Borgo; todos los días, a las nueve de la mañana pasaba el cura, entonces ambos se sentaban en la hierba y el pastorcillo aprendía la lección en el breviario del cura.

»Al cabo de tres meses ya sabía leer.

»Aquello no era todo; ahora hacía falta aprender a escribir.

»El sacerdote mandó hacer a un profesor de caligrafía de Roma tres alfabetos: uno de letra gruesa, otro de letra mediana y el tercero de letra pequeña, y le enseñó que copiando aquel alfabeto en una pizarra, podía, con la ayuda de una punta de hierro, aprender a escribir.

»Aquella misma noche, cuando el rebaño entró en la cerca, el pequeño Vampa corrió a casa del carpintero de Palestrina, le pidió un clavo grueso, lo forjó, lo martilleó, lo redondeó y al fin consiguió una especie de estilete antiguo.

»Al día siguiente había reunido una buena provisión de pizarras y empezó su aprendizaje.

»Al cabo de tres meses ya sabía escribir.

»El cura, asombrado de aquella inteligencia tan profunda, y conmovido por aquella actitud, le regaló varios cuadernos de papel, un paquete de plumas y un cortaplumas.

»Tuvo que hacer un nuevo estudio, pero aquél no era nada comparado con el primero. Ocho días después manejaba la pluma como manejaba el estilete.

»El cura refirió el caso al conde de San Felice, que quiso ver al pastorcillo, le hizo leer y escribir delante suyo, ordenó a su intendente que le dieran de comer con los criados, y le dio dos piastras al mes.

»Con ese dinero, Luigi compró libros y lápices.

»En efecto, había aplicado a todos los objetos aquella facilidad de imitación que tenía, y, como Giotto, dibujaba sobre sus pizarras sus ovejas, los árboles, las casas.

»Luego, con la punta de su cortaplumas empezaba a tallar la madera y a darle toda clase de formas. Así fue como empezó Pine-lli, el escultor popular.

»Una niña de seis o siete años, es decir, algo más pequeña que Vampa, guardaba las ovejas en una finca vecina de Palestrina; era huérfana, nacida en Valmontone, y se llamaba Teresa.

»Ambos niños se encontraban, se sentaban juntos, dejaban reunirse y pacer juntos a sus rebaños, hablando, riendo y jugando; después, por la tarde, separaban los corderos del conde de San Felice de los del barón de Cervetri, y los pequeños se despedían para regresar a sus respectivas fincas, prometiéndose encontrarse al día siguiente por la mañana.

»Al día siguiente cumplían su palabra, de este modo crecieron juntos.

»Vampa alcanzó los doce años y Teresa los once.

»Entretanto se desarrollaban sus instintos naturales.

»Al lado de los gustos artísticos que Luigi llevó tan lejos como le permitió su aislamiento, era de humor triste, de carácter impetuoso, colérico y siempre burlón. Ninguno de los niños de Pampinara, de Palestrina o de Valmontone había podido, no solamente influir sobre él, sino llegar a ser su compañero. Su temperamento voluntarioso, siempre dispuesto a exigir sin jamás acceder a una concesión, apartaba de su lado todo movimiento de amistad, toda demostración de simpatía. Teresa únicamente dominaba con una palabra, con una mirada o con un gesto aquel carácter que se plegaba bajo la mano de una mujer, y que bajo la de cualquier hombre se habría irritado hasta estrellarse.

»Teresa, por el contrario, era viva, despierta y alegre, pero coqueta en exceso; las dos piastras que el intendente del conde de San

Felice daba a Luigi, el precio de todas las pequeñas obras esculpidas que vendía a los comerciantes de juguetes de Roma, se gastaban en pendientes de perlas, en collares de vidrio y en alfileres de oro. Así, gracias a esta prodigalidad de su joven amigo, Teresa era la más bella y elegante aldeana de los alrededores de Roma.

»Ambos muchachos continuaron creciendo, pasando juntos todos sus días, y entregándose sin tasa a los instintos de su naturaleza primitiva. Así, en sus conversaciones, en sus deseos y en sus sueños, Vampa siempre se veía como capitán de navío, general del Ejército o gobernador de una provincia: Teresa sentíase rica, vestida con los más bellos trajes y acompañada de criados de librea; después, tras pasar su jornada bordando su porvenir con aquellos locos y brillantes arabescos, se separaban para conducir cada uno su rebaño a su establo, y volver a descender de las alturas de sus sueños, a la humildad de su posición real.

»Un día, el joven pastor dijo al intendente del conde que había visto salir un lobo de las montañas de la Sabina y merodear alrededor de su rebaño. El intendente le dio un fusil: era lo que deseaba Vampa.

»Aquel fusil tenía, por casualidad, un excelente cañón de Brescia, que lanzaba la bala como una carabina inglesa; sólo que un día el conde, rematando a un zorro herido, había partido la culata y arrinconaron el fusil por inútil.

»Pero esto no era una dificultad para un escultor como Vampa. Examinó la culata primitiva, calculó lo que faltaba para darle buena puntería, e hizo otra culata cuajada de ornamentos tan preciosos que, si hubiese querido venderla en la ciudad, habría obtenido quince o veinte piastras por ella.

»Claro que no pensaba hacer eso: un fusil había sido el sueño del joven durante mucho tiempo. En todos los países que la independencia ha sustituido a la libertad, la primera necesidad que experimenta cualquier corazón fuerte, toda organización poderosa, es la de un arma que asegure al mismo tiempo el ataque y la defensa, y que haciendo terrible al que la lleva, también le hace temido.

»A partir de aquel momento, Vampa dedicó todos los instantes que tenía libres para ejercitarse con el arma; compró pólvora y balas, y todo lo convirtió en un blanco: el tronco del olivo, triste arrugado y gris, que crece en las montañas de la Sabina; el zorro, que al atardecer sale de su refugio para empezar su cacería, y el águila-

la que planea por el aire. En seguida llegó a ser tan diestro, que Teresa, sobreponiéndose al temor que había experimentado al principio con la detonación, se divertía viendo a su joven compañero colocar la bala de su fusil donde deseaba, con tanta precisión como si la hubiese colocado con la mano.

»Un atardecer salió, efectivamente, un lobo de un bosque de pinos cerca del cual ambos muchachitos tenían la costumbre de permanecer; el lobo no había avanzado diez pasos en el claro cuando cayó muerto.

»Vampa, orgulloso de su buena suerte, se lo cargó sobre los hombros y lo llevó a la granja.

»Todos estos detalles conferían a Luigi cierta reputación en los alrededores de la finca; el hombre superior, por todas partes donde se halla, se crea multitud de admiradores. Hablaban por los alrededores de aquel joven pastor como del más listo, del más fuerte y del más valiente campesino que había en diez leguas a la redonda; aunque por su parte Teresa pasase por una de las jóvenes más bellas de la Sabina, nadie se atrevía a decirle una palabra de amor, porque sabían que Vampa la amaba.

»Y sin embargo, los dos jóvenes nunca se habían dicho que se querían. Habían crecido uno al lado del otro como dos árboles que unen sus raíces bajo tierra, sus ramas en el aire y su perfume en el cielo; sólo su deseo de verse era tan grande, que se había convertido en necesidad y ambos comprendían antes la muerte que una separación de un día.

»Teresa tenía dieciséis años, Vampa diecisiete.

»Por aquel entonces se empezaba a hablar mucho de una banda de bandidos que se organizaba en los montes Lepini. El bandidaje nunca ha sido extirpado seriamente de los alrededores de Roma. A veces carece de jefes, pero cuando uno se presenta es raro que le falte alguna partida.

»El célebre Cucumetto, perseguido en los Abruzzos, arrojado del reino de Nápoles, donde había sostenido una verdadera batalla, atravesó Garigliano como Manfredo, y fue a refugiarse entre Sonnino y Juperno, a orillas del Amasina.

»El era quien se ocupaba en organizar una cuadrilla y quien iba tras las huellas de Decesaris y de Gasparone, a quienes esperaba sobrepasar en seguida. Varios jóvenes de Palestrina, de Frascati y de Pampinara desaparecieron. Al principio se inquietaron mucho por

ellos. Pero pronto supieron que había ido a reunirse con la banda de Cucumetto.

»Al cabo de cierto tiempo, Cucumetto se convirtió en el objeto de atención general. Se le citaba como cabecilla de bandidos, lleno de una audacia extraordinaria y de una brutalidad repulsiva.

»Un día raptó a una muchacha: era la hija del agrimensor de Frosinone. Las leyes de los bandidos son positivas: una muchacha es de aquel que la rapta, primero, y luego de los demás que la echan a suerte, y la desdichada sirve de placer a toda la tropa hasta que los bandidos la abandonan o muere.

»Cuando los padres son bastante ricos para rescatarla, envían un mensajero que trata del rescate; la cabeza de la prisionera responde de la seguridad del emisario. Si el rescate es rechazado, la prisionera es condenada irrevocablemente.

»La muchacha tenía su amante entre el grupo de Cucumetto: se llamaba Carlini.

»Al reconocer al joven, ella le tendió los brazos y se creyó salvada. Pero el pobre Carlini, al reconocerla, sintió destrozársele el corazón, porque sabía muy bien la suerte que esperaba a su amante.

»No obstante, como era el favorito de Cucumetto, como había compartido sus peligros desde hacía tres años, como le había salvado la vida abatiendo de un disparo a un carabinero que ya tenía el sable levantado sobre su cabeza, consideró que Cucumetto tendría alguna compasión de él.

»Llevó, pues, al jefe aparte, mientras que la muchacha, sentada contra el tronco de un gran pino que se elevaba en medio de un claro del bosque, se había improvisado un velo con el tocado pintoresco de las campesinas romanas y ocultaba su rostro a las lujuriosas miradas de los bandidos.

»Allí le refirió todo: sus amores con la prisionera, sus juramentos de fidelidad, y cómo cada noche, desde que estaban por aquellos alrededores, se citaban en unas ruinas.

»Aquella tarde, precisamente, Cucumetto había enviado a Carlini a un pueblo vecino y no pudo acudir al lugar de la cita; pero Cucumetto sí se hallaba allí por casualidad, según él, y entonces fue cuando raptó a la muchacha.

»Carlini suplicó a su jefe que hiciera una excepción en su favor y respetase a Rita, diciéndole que el padre era rico y pagaría un buen rescate.

»Cucumetto pareció acceder a los ruegos de su amigo y le encargó que buscara algún pastor que se pudiera enviar a casa del padre de Rita, a Frosinone.

»Entonces, Carlini se aproximó contento a la joven, le dijo que estaba salvada y que escribiese una carta a su padre refiriéndole lo que le había sucedido, y le comunicara que su rescate había sido fijado en trescientas piastras.

»Se concedió un plazo de doce horas al padre de la joven, es decir, hasta el día siguiente a las nueve de la mañana.

»Una vez escrita la carta, Carlini se apoderó de ella y corrió a la llanura a fin de hallar un mensajero. Encontró a un joven pastor que cuidaba su rebaño. Los mensajeros naturales de los bandidos son los pastores que viven entre la ciudad y la montaña, entre la vida salvaje y la vida civilizada.

»El joven pastor partió inmediatamente, prometiendo estar en Frosinone antes de una hora.

»Carlini regresó muy contento a reunirse con su amante y comunicarle tan buena noticia.

»Encontró a toda la banda en el claro, donde cenaban alegremente las provisiones que los bandidos exigían a los campesinos como un tributo; en medio de aquellos alegres convidados buscó vanamente a Cucumetto y a Rita.

»Preguntó en dónde se encontraban; los bandidos respondieron con una gran carcajada. Un sudor frío corrió por la frente de Carlini, y sintió que la angustia erizaba sus cabellos.

»Volvió a preguntar. Uno de sus compañeros llenó un vaso de vino de Orvieto y se lo alargó, diciendo:

»—¡A la salud del valiente Cucumetto y la hermosa Rita!

»En aquel momento, Carlini creyó oír un grito de mujer. Lo adivinó todo. Cogió el vaso, lo arrojó al rostro del que se lo ofrecía y se lanzó hacia donde sonó el grito.

»Al cabo de cien pasos, al dar la vuelta a un matorral, encontró a Rita desvanecida entre los brazos de Cucumetto.

»Al descubrir a Carlini, Cucumetto se levantó empuñando una pistola en cada mano.

»Ambos bandidos se contemplaron un instante: uno con una sonrisa de lujuria en sus labios, y el otro con la palidez de la muerte reflejada en su rostro.

»Se hubiese creído que iba a pasar algo terrible entre aquellos

dos hombres. Pero poco a poco los rasgos de Carlini se distendieron; su mano, que había llevado a una de sus pistolas, cayó a lo largo de su pierna.

»Rita se hallaba desvanecida entre ellos dos.

»La luna iluminaba la escena.

»—¿Y bien? —preguntó Cucumetto—. ¿Has cumplido el encargo que te hice?

»—Sí, capitán —respondió Carlini—, y mañana, antes de las nueve, el padre de Rita estará aquí con el dinero.

»—Perfectamente. Mientras tanto, pasaremos una divertida noche. Esta muchacha es encantadora, y en verdad tienes buen gusto, Carlini; así, pues, como no soy egoísta, vamos a volver junto a los camaradas y echaremos a suertes a quién le tocará ahora.

»—¿De modo que estás decidido a abandonarla a la ley común? —preguntó Carlini.

»—¿Y por qué tendría que hacer una excepción en su favor?

»—Creí que mis ruegos...

»—¿Acaso tú eres más que los otros?

»—Es justo.

»—Pero, estate tranquilo —replicó Cucumetto, riendo—, antes o después te llegará el turno.

»Los dientes de Carlini se apretaron hasta rechinar.

»—Bueno —dijo Cucumetto dando un paso hacia los camaradas—, ¿vienes?

»—Ya voy.

»Cucumetto se alejó, sin perder de vista a Carlini, porque sin duda temía que le atacase por la espalda. Pero nada denunciaba una actitud hostil en el bandido.

»Permanecía de pie, con los brazos cruzados, cerca de Rita, que continuaba desmayada.

»Por un instante, Cucumetto creyó que el joven iba a cogerla en sus brazos y huir con ella. Pero ahora ya le importaba poco: había conseguido de Rita lo que quería, y en cuanto al dinero, trescientas piastras repartidas entre la tropa constituían una suma tan pobre que apenas le interesaba.

»Continuó, pues, su camino hacia el claro del bosque; para gran asombro suyo, Carlini llegó casi al mismo tiempo que él.

—¡A sortear, a sortear! —gritaron todos los bandidos al ver al jefe.

»Y los ojos de todos aquellos hombres brillaron de embriaguez y lascivia, mientras la llama de la hoguera arrojaba sobre todos ellos una luz rojiza que les hacía semejar unos demonios.

»Aquello que pedían era justo, por consiguiente, el jefe hizo un gesto con la cabeza anunciando que accedía a su demanda. Todos los nombres se pusieron en un sombrero, el de Carlini también, y el más joven de la banda sacó un boleto de la improvisada urna.

»Aquél papel llevaba el nombre de Diavolaccio.

»Se trataba del mismo tipo que propuso a Carlini beber a la salud de su jefe, y a quien Carlini había respondido estrellándole el vaso en la cara.

»Una gran herida, abierta de la sien a la boca, dejaba brotar la sangre a oleadas.

»Diavolaccio, al verse favorecido por la fortuna, lanzó una ruidosa carcajada.

»—Capitán —dijo—, hace un momento Carlini no quiso beber a su salud; propóngale beber a la mía, tal vez tenga más condescendencia con usted que conmigo.

»Todos esperaban una explosión por parte de Carlini; pero con asombro general, cogió un vaso en una mano, una botella en la otra y luego llenó el vaso.

»—A tu salud, Diavolaccio —brindó con voz perfectamente serena.

»Y se tragó el contenido del vaso sin que su mano temblase. Después, sentándose cerca del fuego, pidió:

»—¡Mi parte de cena! La carrera que acabo de hacer me ha dado apetito.

»—¡Viva Carlini! —exclamaron los bandidos.

»—Enhorabuena. Eso es lo que se llama tomar las cosas como buenos compañeros.

»Y todos formaron un círculo alrededor del fuego mientras Diavolaccio se alejaba.

»Carlini comía y bebía como si nada hubiese ocurrido.

»Los bandidos le miraban con asombro, no comprendían nada de aquella impasibilidad, cuando oyeron resonar en el suelo unos pasos lentos a sus espaldas.

»Se volvieron y descubrieron a Diavolaccio llevando a la muchacha entre sus brazos.

»Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, y sus largos cabellos colgaban hasta arrastrarse por tierra.

»A medida que entraban en el círculo de luz proyectado por la fogata, percibieron la palidez de la muchacha y la del bandido.

»Esta aparición tenía un aspecto tan extraño y tan solemne, que todos se levantaron, excepto Carlini, que permaneció sentado y continuó bebiendo y comiendo como si nada sucediera a su alrededor.

»Diavolaccio continuaba avanzando en medio del más profundo silencio, y depositó a Rita a los pies del capitán.

»Entonces todo el mundo pudo reconocer la causa de la palidez de la muchacha y de la del bandido: Rita tenía un cuchillo hundido hasta el mango bajo el seno izquierdo.

»Todos los ojos se dirigieron a Carlini: la vaina aparecía vacía en su cinturón.

»—¡Ah, ah! —exclamó el jefe—. Ya comprendo ahora por qué Carlini se quedó atrás.

»Toda naturaleza salvaje es apta para apreciar una acción valerosa; aunque es posible que ninguno de aquellos bandidos hubiese hecho lo que acababa de hacer Carlini, todos comprendieron aquella hazaña.

»—¿Y bien? —dijo Carlini, levantándose a su vez y aproximándose al cadáver, con la mano sobre la culata de una de sus pistolas—. ¿Hay alguno que aún me dispute esta mujer?

»—No —dijo el jefe—. Es tuya.

»Entonces Carlini la cogió a su vez en sus brazos, y se la llevó fuera del círculo de luz que proyectaba la llama de la hoguera.

»Cucumetto dispuso los centinelas como de costumbre, y los bandidos se acostaron, envueltos en sus capas, alrededor del fuego.

»A medianoche, el centinela dio la señal de alerta y en un instante el jefe y sus compañeros estuvieron en pie.

»Era el padre de Rita, que llegaba en persona, siendo portador del rescate de su hija.

»—Toma —dijo a Cucumetto tendiéndole una bolsa de dinero—, aquí hay trescientas piastras, devuélveme a mi hija.

»Pero el jefe, sin cogerle el dinero, le hizo señas de que le siguiera. El anciano obedeció; ambos se alejaron bajo los árboles, a través de las ramas de los cuales se filtraban los rayos de la luna. Al fin, Cucumetto se detuvo, extendió la mano y mostró al anciano a dos personas agrupadas alrededor de un árbol.

»—Ve —le dijo—, pide tu hija a Carlini; él te rendirá cuentas.

»Y se volvió hacia sus compañeros.

»El anciano permaneció inmóvil con la mirada fija. Percibía que alguna desgracia desconocida, inmensa, inaudita, se cernía sobre su cabeza.

»Al fin dio algunos pasos hacia el grupo que no podía distinguir claramente.

»Al ruido que producía avanzando hacia él, Carlini levantó la cabeza, y las formas de los dos personajes empezaron a definirse a los ojos del anciano.

»Una mujer yacía acostada en el suelo, la cabeza reclinada en las rodillas de un hombre sentado y que se inclinaba sobre ella; al levantar la cabeza, aquel hombre descubrió el rostro de la mujer que oprimía contra su pecho.

»El anciano reconoció a su hija, y Carlini reconoció al padre.

»—Le esperaba —dijo el bandido al padre de Rita.

»—¡Miserable! —clamó el anciano—. ¿Qué has hecho?

»Y miraba con terror a Rita, pálida, inmóvil, ensangrentada, con un cuchillo clavado en el pecho.

»Un rayo de luna caía sobre ella y la iluminaba con su claridad blanquecina.

»—Cucumetto había violado a tu hija —dijo el bandido—, y como yo la amaba, la maté; porque después de él habría servido de diversión a toda la banda.

»El anciano no pronunció ni una palabra, sólo se puso pálido como un espectro.

»—Ahora —dijo Carlini—, si he obrado mal, véngala.

»Y arrancó el cuchillo del seno de la joven y, levantándose, se lo tendió con una mano al anciano mientras que con la otra abría su chaqueta y le ofrecía su pecho desnudo.

»—Has procedido bien —le dijo el anciano con voz sorda—. Abrázame, hijo mío.

»Carlini se arrojó sollozando en los brazos del padre de su amante. Eran las primeras lágrimas que derramaba aquel asesino.

»—Ahora —rogó el anciano—, ayúdame a enterrar a mi hija.

»Carlini fue a buscar dos azadones, y el padre y el amante se pusieron a cavar la tierra al pie de una encina, cuyas espesas ramas debían cubrir la tumba de la muchacha.

»Una vez la fosa estuvo abierta, el padre abrazó el cadáver y luego lo hizo el amante; después, uno la tomó por los pies y el otro por las axilas, y la descendieron a la fosa. Luego se arrodillaron a ambos lados y rezaron las plegarias de difuntos. Cuando concluyeron arrojaron la tierra sobre el cadáver hasta que la fosa quedó cubierta.

»Entonces el anciano tendió la mano a Carlini.

»—Te doy las gracias, hijo mío —le dijo—. Ahora, déjame solo.

»—Pero, sin embargo... —objetó Carlini.

»—Déjame, te lo ordeno.

»Carlini obedeció, fue a reunirse con sus camaradas, se envolvió en su capa y pronto pareció tan dormido como los demás.

»Se había decidido la víspera cambiar de campamento.

»Una hora antes de amanecer, Cucumetto despertó a sus hombres y dio la orden de partir.

»Pero Carlini no quiso abandonar el bosque sin saber qué había sido del padre de Rita.

»Se dirigió hacia el lugar en que le dejara.

»Encontró al anciano colgado de una de las ramas de la encina que sombreaba la tumba de su hija.

»Entonces hizo sobre el cadáver de uno y sobre la tumba de la otra, el juramento de vengar a los dos.

»Pero no pudo cumplirlo; porque dos días más tarde, en un encuentro sostenido contra los carabineros romanos, Carlini sucumbió.

»Todos los bandidos se asombraron de que haciendo frente al enemigo hubiese recibido una bala entre los hombros.

»El asombro concluyó cuando uno de los bandidos hizo notar a sus camaradas que Cucumetto estaba situado a diez pasos detrás de Carlini cuando éste cayó.

»La mañana de la partida del bosque de Frosinone, el capitán había seguido a Carlini en la oscuridad, y escuchado el juramento que hizo, y, como hombre precavido, le tomó la delantera.

»Aún se contaban sobre este terrible jefe de bandidos otras muchas historias no menos curiosas que ésta.

»Así, desde Fondi a Perugia todo el mundo temblaba al solo nombre de Cucumetto.

»Estas historias, frecuentemente eran objeto de las conversaciones de Luigi y Teresa.

»La muchacha temblaba mucho al oír tales aventuras; pero Vampa la tranquilizaba con una sonrisa, palmeando su buen fusil, que apuntaba tan bien la bala; después, si no aparecía más sosegada, le mostraba a cien pasos algún cuervo encaramado a una rama, le apuntaba, disparaba, y el animal, herido, caía a los pies del árbol.

»No obstante, el tiempo transcurría: los jóvenes habían proyectado que se casarían cuando Vampa tuviese veinte años y Teresa diecinueve.

»Ambos eran huérfanos y no necesitaban sino pedir permiso a sus amos; lo solicitaron y les fue concedido.

»Un día que hablaban de su proyecto futuro, oyeron dos o tres disparos; después, casi de inmediato, salió del bosque cerca del cual los jóvenes acostumbraban llevar sus rebaños, un hombre que corrió hacia ellos.

»Llegado a la distancia de poder ser escuchado, exclamó:

»—Me persiguen. ¿Pueden esconderme?

»Los jóvenes pensaron en seguida que aquel fugitivo debía de ser algún bandido; pero entre el campesino y el bandido romano existe una simpatía innata que hace que el primero siempre ayude al segundo.

»Vampa, sin decir nada, corrió hacia la piedra que ocultaba la entrada de una gruta, descubrió dicho pasaje retirando la piedra, hizo una señal al fugitivo, que se refugió en aquel asilo, empujó la piedra y volvió a sentarse junto a Teresa.

»Casi al mismo tiempo, cuatro carabineros a caballo aparecieron en la linde del bosque; tres parecían estar buscando un fugitivo, y el cuarto conducía por el cuello a un bandido prisionero.

»Los tres carabineros exploraron la región con un vistazo, percibieron a los dos jóvenes, corrieron a todo galope y los interrogaron.

»Ellos no habían visto nada.

»—¡Vaya fastidio! —exclamó el brigadier—. Porque el que buscamos es el jefe.

»—¿Cucumetto? —exclamaron a la vez Luigi y Teresa.

»—Sí —respondió el brigadier—, y como a su cabeza se la ha puesto un precio de mil escudos romanos, os darían quinientos a vosotros si nos pudierais ayudar a prenderlo.

»Los jóvenes cambiaron una mirada. El brigadier tuvo un instante de esperanza. Quinientos escudos romanos son tres mil fran-

cos, y tres mil francos representan una fortuna para dos pobres huérfanos que van a casarse.

»—Sí, es un fastidio —convino Vampa—, pero no lo hemos visto.

»Entonces los carabineros batieron la región en todas las direcciones, pero sin resultado positivo.

»Después, desaparecieron.

»Entonces, Vampa se dirigió a la gruta, quitó la piedra, y Cucumetto salió.

»Había visto, a través de las rendijas de la puerta de granito, a los dos jóvenes hablando con los carabineros; dudó del resultado de su conversación, pero había percibido en el rostro de Luigi y de Teresa la inquebrantable resolución de no entregarlo, y sacó de su bolsillo una bolsa llena de oro y se la ofreció.

»Pero Vampa levantó la cabeza con orgullo; en cuanto a Teresa, sus ojos relampaguearon al pensar en las ricas joyas y los hermosos vestidos que podría comprar con aquella bolsa llena de oro.

»Cucumetto era un Satán muy hábil: había tomado la forma de un bandido en vez de la de una serpiente; sorprendió aquella mirada, reconoció en Teresa una digna hija de Eva, y se metió en el bosque, volviéndose varias veces con el pretexto de saludar a sus libertadores.

»Transcurrieron varios días sin que volviesen a ver a Cucumetto ni se oyese hablar de él.

»Se aproximaba la época del carnaval. El conde de San Felice anunció un gran baile de máscaras al que estaba invitado lo más elegante de Roma.

»Teresa tenía grandes deseos de ver aquel baile. Luigi solicitó a su protector, el intendente, permiso para asistir él y su novia escondidos entre los servidores de la casa. El permiso fue concedido.

»Aquel baile se celebraba, principalmente, para complacer a Carmela, la hija del conde, a quien éste adoraba. Carmela era de la misma edad y estatura de Teresa, y ésta no era menos bella que Carmela.

»La noche del baile, Teresa se puso su más bello vestido y se adornó con sus más brillantes pedrerías. Lucía el traje de las mujeres de Frascati, y Luigi vestía el tan pintoresco del campesino romano en días de fiesta. Ambos se mezclaron, como se les había permitido, entre los servidores y los campesinos.

»La fiesta era magnífica. No solamente estaba la casa profundamente iluminada, sino que miles de lámparas de colores colgaban de los árboles del jardín. De manera que pronto las máscaras se desbordaron por las terrazas y las alamedas.

»En cada plazoleta había una orquesta, ambigú y refrescos; los paseantes se detenían, se formaban cuadrillas y se bailaba donde mejor les parecía.

»Carmela iba vestida como las jóvenes de Sonnino: llevaba el gorro completamente bordado de perlas, las horquillas de su cabeza eran de oro y diamantes, su cinturón de seda turca con grandes flores de brocado, su sobretodo y su jubón eran de cachemira, su delantal de muselina de las Indias; y los botones de su corpiño eran otras tantas piedras preciosas.

»Otras dos de sus compañeras iban vestidas: una de mujer de Neptuno y la de otra al estilo de Riccia.

»Cuatro jóvenes de las más ricas y nobles familias de Roma, las acompañaban con esa libertad italiana que no tiene igual en ningún otro país del mundo: iban vestidos, por su parte, de campesinos de Albano, de Velletri, de Civita-Castellana y de Sora.

»Huelga se diga que aquellos vestidos de campesinos y aldeanas aparecían resplandecientes de oro y pedrerías.

»A Carmela se le ocurrió formar una cuadrilla uniforme, sólo que faltaba una mujer.

»Carmela miró alrededor suyo, y ninguna de sus invitadas exhibía un traje análogo al suyo y al de sus compañeros.

»El conde de San Felice le mostró, en medio de las aldeanas, a Teresa, que se apoyaba en el brazo de Luigi.

»—¿Acaso me lo permitís, padre mío? —dijo Carmela.

»—Sin duda —respondió el conde—. ¿No estamos en carnaval?

»Carmela se inclinó hacia un joven que la acompañaba, y le dijo algunas palabras mientras le señalaba con el dedo a la muchacha.

»El joven siguió con la mirada la bonita mano que le servía de conductora, hizo un gesto de aquiescencia, y fue a invitar a Teresa para que se uniese a la cuadrilla dirigida por la hija del conde.

»Teresa sintió como una llamarada en el rostro. Interrogó con la mirada a Luigi: no había manera de negarse. Luigi abandonó lentamente el brazo de Teresa, que tenía bajo el suyo, y Teresa se alejó conducida por su elegante caballero para ocupar, toda temblorosa, su puesto en la aristocrática cuadrilla.

»Ciertamente que a los ojos de un artista, el exacto y severo vestido de Teresa hubiese tenido otro carácter muy distinto del de Carmela y los de sus compañeros; pero Teresa era una joven frívola y coqueta; los bordados de la muselina, los floreados del cinturón, el brillo de la resplandeciente cachemira, el reflejo de los zafiros y de los diamantes la volvían loca.

»Por su parte, Luigi sentía nacer en él un sentimiento desconocido: era como un dolor sordo que le mordía el corazón primero, y, luego, estremeciéndole, corría por sus venas y se apoderaba de todo su cuerpo; siguió con la vista los menores movimientos de Teresa y su caballero; cuando sus manos se tocaban sentía como desvanecimientos, sus arterias latían con violencia, y hubiese creído que una campana sonaba en sus oídos. Cuando se hablaban, aunque Teresa escuchaba, tímida y con los ojos bajos, la charla de su pareja, como Luigi leía en los ojos ardientes del apuesto joven que sus palabras eran lisonjas, le parecía que la tierra giraba bajo él y que todas las voces del infierno le soplaban ideas de muerte y de asesinato. Entonces, temiendo dejarse llevar de su locura, se aferraba con una mano al sillón en que se apoyaba, y con la otra empuñaba con un movimiento convulsivo el puñal de mango esculpido que llevaba al cinto y que, sin darse cuenta, algunas veces sacaba casi por completo de su vaina.

»Luigi estaba celoso. Sentía que, llevada por su naturaleza coqueta y orgullosa, Teresa podía escapársele.

»Y, entretanto, la joven campesina, tímida y casi asustada al principio, en seguida se había repuesto. Se ha dicho que Teresa era hermosa, pero esto no lo era todo. Teresa era graciosa, poseía esa gracia salvaje, mucho más poderosa que nuestra gracia carantoñera y afectada.

»Ella recibió casi todos los honores de la cuadrilla, y si envidiaba a la hija del conde de San Felice, no osaría decir que Carmela no tuvo celos de ella.

»Así, pues, con mil cumplidos, su caballero la acompañó al sitio de donde la sacara a bailar y en donde la esperaba Luigi.

»Dos o tres veces, durante la contradanza, la joven le había dirigido una mirada, y en cada momento lo había visto pálido y con las facciones crispadas. Incluso una vez vio la lámina de su cuchillo medio desenvainada, cegando su vista como un rayo siniestro.

»Por consiguiente, casi temblaba cuando volvió a apoyarse sobre el brazo de su caballero.

»La cuadrilla había tenido un gran éxito, y era evidente que se trataría de repetirla; sólo Carmela se oponía; pero el conde de San Felice se lo rogó a su hija tan cariñosamente, que al fin ésta consintió.

»Inmediatamente uno de los caballeros avanzó para invitar a Teresa, sin la cual era imposible que se efectuase la contradanza; pero la muchacha ya había desaparecido.

»En efecto, Luigi no se sintió con fuerzas para soportar una segunda prueba; y, medio persuadida, medio a la fuerza, había conducido a Teresa hacia otra parte del jardín. Teresa cedió muy a pesar suyo, pero había visto la cara transtornada del joven y comprendido por su silencio entrecortado, por sus estremecimientos nerviosos, que algo extraño le sucedía. Ella misma, tampoco dejaba de sentir una agitación interior, y, sin haber hecho realmente nada malo, comprendía que Luigi tenía derecho a hacerle reproches: ¿Respecto a qué?, lo ignoraba; pero no por eso dejaba de pensar que los reproches eran merecidos.

»No obstante, con gran asombro de Teresa, Luigi permaneció mudo y ni una palabra entreabrió sus labios durante el resto de la velada. Sólo cuando el frescor de la noche despachó a los convidados de los jardines y se cerraron las puertas de la casa para continuar la fiesta en el interior, se llevó a Teresa; después, cuando ella iba a entrar en su casa, le dijo:

»—Teresa, ¿en qué pensabas cuando bailabas frente a la joven condesa de San Felice?

»—Pensaba —respondió la muchacha con toda la franqueza de su alma—, que daría la mitad de mi vida por tener un vestido como el suyo.

»—¿Y qué te decía tu pareja?

»—Me decía que sólo dependía de mí el tenerlo; que me bastaba pronunciar una palabra para ello.

»—Tenía razón —respondió Luigi—. ¿Lo deseas tan ardientemente como dices?

»—Sí.

»—Bien, pues lo tendrás.

»La joven, asombrada, levantó la cabeza para interrogarle; pero el rostro de Luigi aparecía tan sombrío y terrible, que la voz se le paralizó en la garganta.

»Además, una vez pronunciadas tales palabras, Luigi se alejó.

»Teresa le siguió con la mirada por la oscuridad hasta donde pudo percibirlo. Luego, cuando desapareció, penetró en su casa suspirando.

»Aquella misma noche ocurrió un gran trastorno por la imprudencia, sin duda, de algún criado que se olvidó de apagar las luces; el fuego se apoderó del palacio de San Felice, justamente en las dependencias que pertenecían a la bella Carmela. Despertada en medio de la noche por el resplandor de las llamas, se lanzó de su lecho, envuelta en su salto de cama, y trató de huir por la puerta, pero el corredor que debía atravesar yacía dominado por las llamas. Entonces entró en su dormitorio, pidiendo socorro a gritos, cuando de repente se abrió su ventana, situada a veinte pies del suelo; un joven aldeano penetró en la habitación, la cogió en brazos, y, con una fuerza y una destreza sobrehumanas, la transportó al césped del jardín, en donde quedó desmayada. Cuando recobró el conocimiento, su padre ya estaba delante de ella. Todos los criados la rodeaban, prodigándole cuidados. Un ala entera del palacio había ardido; ¡mas qué importaba si Carmela estaba sana y salva!

»Buscaron por todas partes a su salvador, pero éste no reapareció por ningún sitio; se preguntó a todo el mundo, pero nadie le había visto. En cuanto a Carmela, estaba tan turbada que no había podido reconocerle.

»Por lo demás, como el conde era inmensamente rico, prescindiendo del peligro corrido por su hija, y por la milagrosa manera como se salvó, le pareció más bien un nuevo favor de la Providencia que una verdadera desgracia; la pérdida ocasionada por las llamas del incendio representó poca cosa para él.

»Al día siguiente, a la hora acostumbrada, ambos jóvenes se encontraron en la linde del bosque. Luigi llegó el primero. Salió al encuentro de la muchacha con gran alegría; parecía haber olvidado por completo la escena de la víspera. Teresa estaba visiblemente pensativa; pero al ver a Luigi tan alegre, afectó una risueña indiferencia, que era el fondo de su carácter cuando alguna pasión no la turbaba.

»Luigi tomó el brazo a Teresa y la condujo hasta la puerta de la gruta. Allí se detuvo. La muchacha comprendió que aquello encerraba algo extraordinario y le miró con fijeza.

»—Teresa —le dijo Luigi—, ayer por la noche me dijiste que darías la mitad de tu vida por tener un vestido semejante al de la hija del conde.

»—Sí —respondió Teresa con asombro—, pero estaba loca al exponer semejante deseo.

»—Y yo te respondí: “Bien, pues lo tendrás”.

»—Sí —replicó la joven, cuyo asombro aumentaba a cada palabra de Luigi—, pero dijiste eso, sin duda, para complacerme.

»—Jamás te he prometido nada que no haya cumplido, Teresa —dijo orgullosamente Luigi—. Entra en la gruta y vístete.

»Y tras aquellas palabras, apartó la piedra y enseñó a Teresa la gruta iluminada por dos bujías, que ardían a cada lado de un magnífico espejo; sobre la rústica mesa, fabricada por Luigi, aparecían el collar de perlas y las horquillas de diamantes; encima de una silla cercana, había el resto del traje.

»Teresa lanzó un grito de alegría, y, sin informarse de dónde procedía aquel vestido, sin perder tiempo en dar las gracias a Luigi, se abalanzó a la gruta, transformada en tocador.

»Detrás de ella, Luigi colocó la piedra, porque acababa de descubrir sobre la cumbre de una pequeña colina que impedía ver Palestrina desde donde estaba, a un viajero a caballo, que se detuvo un instante, como incierto en su camino, dibujándose sobre el azul del cielo con esa limpieza de contorno peculiar a las lontananzas de los países meridionales.

»Al percibir a Luigi, el viajero puso su caballo al galope y se dirigió hacia él.

»Luigi no se había engañado; el viajero, que iba de Palestrina a Tívoli, dudaba de la ruta a seguir.

»El joven se la indicó; pero, como a un cuarto de milla del camino se dividía en tres senderos, y al llegar a ellos el viajero podía dudar de nuevo, rogó a Luigi que le sirviera de guía.

»Luigi se quitó la capa y la depositó en tierra, echándose al hombro su carabina, y así desprovisto de su pesada vestimenta, marchó delante del viajero con ese paso rápido del montañés, que apenas puede seguir su caballo.

»En diez minutos el viajero y Luigi llegaron a la especie de encrucijada señalada por el joven pastor.

»Ya allí, con un gesto majestuoso, como el de un emperador, extendió la mano hacia uno de los tres senderos que el viajero debía seguir.

»—¡Ese es el camino, excelencia! —dijo—. Ahora ya no puede equivocarse.

»—Y tú, aquí tienes tu recompensa —replicó el viajero ofreciendo al joven pastor algunas piezas de moneda menuda.

»—Gracias —dijo Luigi retirando la mano—. Yo presto un servicio, no lo vendo.

»—Pero —objetó el viajero, que parecía acostumbrado a distinguir la servidumbre del hombre de las ciudades y el orgullo del campesino—, si rehusas un salario, aceptarás por lo menos un regalo.

»—¡Ah!, bueno, eso es otra cosa.

»—Bien —dijo el viajero—. Toma estos dos cequíes venecianos, y dáselos a tu novia para que se haga un par de pendientes.

»—Y usted, entonces, tome este puñal —dijo el joven pastor—. No encontrará otro cuyo mango esté mejor esculpido de Albano a Civita-Castellana.

»—Acepto —replicó el viajero—, pero entonces soy yo quien te queda doblemente agradecido, porque este puñal vale más de dos cequíes.

»—Para un mercader, posiblemente, mas para mí, y que lo he esculpido, apenas vale una piastra.

»—¿Cómo te llamas? —inquirió el viajero.

»—Luigi Vampa —respondió el pastor como si hubiese dicho Alejandro, rey de Macedonia—. ¿Y usted?

»—Yo —dijo el viajero— me llamo Simbad el Marino.

Franz d'Epinay lanzó un grito de sorpresa.

—¿Simbad el Marino? —interrogó.

—Sí —replicó el narrador—, fue el nombre con el que el viajero se dio a conocer a Vampa.

—¿Y bien? ¿Qué tienes tú que decir contra ese nombre? —interrumpió Alberto—. Es un bonito nombre, y las aventuras del patrón de ese señor, me divertieron mucho, debo confesarlo, en mi juventud.

Franz no insistió más. Aquel nombre de Simbad el Marino, como es de comprender, despertó en él todo un mundo de recuerdos, como le sucedió la víspera con el del conde de Montecristo.

—Continúe —dijo al posadero.

—Vampa puso desdeñosamente los dos cequíes en su bolsillo, y reemprendió lentamente el camino por donde había venido. Llegado a doscientos o trescientos pasos de la gruta, creyó oír un grito.

»Se detuvo, escuchando, para saber de dónde procedía aquel grito. Al cabo de un segundo oyó pronunciar su nombre con claridad.

»El grito procedía de la gruta.

»Corrió como un gamo, cargando su escopeta conforme corría, y llegó en menos de un minuto a la cima de la colina, opuesta a aquella en que viera aparecer al viajero.

»Allí, los gritos de socorro llegaron más claramente a sus oídos.

»Echó una ojeada sobre el espacio que le rodeaba; descubrió a un hombre que raptaba a Teresa, como el centauro Neso a Dejanira.

»Aquel hombre que se dirigía al bosque, ya estaba a tres cuartos del camino que separaba la gruta del bosque.

»Vampa midió la distancia; aquel hombre le llevaba unos doscientos pasos de delantera, y no tenía probabilidad de atraparlo antes de que se perdiera en el bosque.

»El joven pastor se detuvo como si le hubiesen clavado los pies en tierra. Apoyó la culata de su fusil en el hombro, levantó lentamente el cañón en dirección al raptor, le siguió un instante en su carrera y disparó.

»El raptor se detuvo repentinamente; sus rodillas se doblaron y cayó arrastrando a Teresa en su caída.

»Pero Teresa se levantó inmediatamente mientras el fugitivo permanecía tumbado y se debatía en las convulsiones de la agonía.

»Vampa se abalanzó en seguida hacia Teresa, porque a diez pasos del moribundo las piernas le habían fallado a su vez y se caía de rodillas; el joven temblaba ante la idea de que la bala que había abatido a su enemigo hubiese herido, al mismo tiempo, a su novia.

»Afortunadamente no le había sucedido nada; sólo el terror había paralizado las fuerzas de Teresa. Cuando Luigi se hubo asegurado de que Teresa se encontraba sin novedad, se volvió hacia el herido.

»Acababa de expirar, con los puños apretados, la boca contraída y el cabello erizado con el sudor de la agonía.

»Sus ojos permanecían abiertos y amenazantes.

»Vampa se aproximó al cadáver y reconoció a Cucumetto.

»Desde el día en que el bandido fue salvado por los dos jóvenes se había enamorado de Teresa y se había jurado que la joven sería suya. Desde aquel día no dejó de espiarla, y, aprovechando la ocasión en que su amante la había dejado sola para indicar el camino al viajero, la raptó, y ya la creía suya cuando la bala de

Vampa, guiada por la infalible puntería del pastor, le atravesó el corazón.

»Vampa le contempló un instante sin que la menor emoción traicionase su rostro, mientras que, por el contrario, Teresa, todavía temblando, no se atrevía a aproximarse al muerto más que a pasitos y mirando recelosa al cadáver por encima del hombro de su amante.

»Al cabo de unos segundos, Vampa se volvió hacia su querida

»—¡Ah, ah! —exclamó—. Está bien. Te has vestido. Ahora me toca a mí arreglarme.

»En efecto, Teresa estaba vestida de la cabeza a los pies con el traje de la hija del conde de San Felice.

»Vampa cogió el cuerpo de Cucumetto entre sus brazos, lo condujo a la gruta, en tanto que Teresa quedaba aguardándole.

»Si un segundo viajero hubiese pasado entonces por allí, habría visto una cosa extraña: una pastora guardando un rebaño de ovejas con un vestido de cachemira, pendientes y collar de perlas, horquillas de diamantes y botones de zafiros, de esmeraldas y de rubíes.

»Sin duda se hubiese creído transportado a los tiempos de Florián, y hubiese afirmado, a su regreso a París, que se había encontrado con la pastora de los Alpes sentada al pie de los montes Sabinos.

»Al cabo de un cuarto de hora salió Vampa de la gruta. Su traje no resultaba menos elegante, en su estilo, que el de Teresa.

»Llevaba una chaqueta de terciopelo granate con botones de oro cincelados, un chaleco de seda todo cubierto de bordados, un chal romano anudado alrededor del cuello, una cartuchera toda adornada de oro y seda roja y verde; pantalones de terciopelo azul claro, polainas de piel de gamo repujadas con mil arabescos, y un sombrero en el que flotaban cintas de todos los colores; dos relojes colgaban de su cintura, y un magnífico puñal yacía colgado en su cartuchera.

»Teresa lanzó un grito de admiración. Vampa, bajo aquel aspecto, se parecía a una pintura de Leopold Robert o de Schnetz.

»Se había vestido el traje completo de Cucumetto.

»El joven se dio cuenta del efecto que produjo en su novia, y una sonrisa de orgullo asomó a sus labios.

»—Ahora —dijo a Teresa—, ¿estás dispuesta a compartir mi suerte, cualquiera que sea?

»—¡Oh, sí! —exclamó la joven con entusiasmo.

»—¿A seguirme por dondequiera que vaya?

»—Hasta el fin del mundo.

»—Entonces cógete de mi brazo y vámonos, porque no tenemos tiempo que perder.

»Teresa pasó su brazo por debajo del de su amante, sin preguntarle, siquiera, adónde la conducía; porque, en aquel momento, le parecía hermoso, fuerte y poderoso como un dios.

»Y ambos avanzaron hacia el bosque, cuya linde franquearon al cabo de algunos minutos.

»Huelga decir que todos los senderos de la montaña le resultaban conocidos a Vampa; avanzó, pues, por el bosque sin titubear un instante a pesar de que no existía ningún camino trazado, pero reconocía la senda que debía seguir a la sola vista de los árboles y los matorrales; así caminaron durante una hora y media aproximadamente.

»Al cabo de este tiempo llegaron al paraje más espeso del bosque; un torrente, cuyo lecho estaba seco, conducía a una profunda garganta. Vampa tomó aquel extraño camino que, encajonaba entre dos escarpaduras y oscurecido por la espesa sombra de los pinos, parecía en vez de fácil bajada, el sendero del Averno descrito por Virgilio.

»Teresa se volvió temerosa ante el aspecto de aquel lugar salvaje y desierto, estrechándose contra su guía sin decirle una palabra; pero como ella lo veía caminar siempre al mismo paso, y como una calma profunda irradiaba de su rostro, hasta ella misma tenía fuerzas para disimular su emoción.

»De repente, y a unos diez pasos de distancia, vieron a un hombre destacarse del tronco de un árbol, tras el cual se mantenía escondido, quien encañonando a Vampa, le gritó:

»—¡Ni un paso más, o eres muerto!

»—¡Vamos! —dijo Vampa levantando la mano con un gesto de desprecio, mientras Teresa, sin disimular su terror, se aferraba a él—. ¿Acaso se destrozan los lobos entre sí?

»—¿Quién eres? —preguntó el centinela.

»—Soy Luigi Vampa, el pastor de la finca de San Felice.

»—¿Y qué quieres?

»—Deseo hablar a tus compañeros que están en el claro de Rocca Bianca.

»—Entonces, sígueme —dijo el centinela—, o, más bien, ya que sabes dónde está, marcha delante.

»Vampa sonrió con aire de desprecio ante esta precaución del bandido, pasó delante con Teresa y continuó su camino con el mismo paso firme y tranquilo que llevara hasta entonces.

»Al cabo de cinco minutos, el bandido le hizo señas para que se detuviera.

»El bandido imitó tres veces el graznido del cuervo.

»Otro graznido respondió a su triple llamada.

»—Está bien —dijo el centinela—. Ahora puedes proseguir tu camino.

»Luigi y Teresa se pusieron en marcha.

»Pero a medida que avanzaban, Teresa, temblorosa, se estrechaba más contra su amante; en efecto, a través de los árboles veíanse aparecer armas y el refulgir de los cañones de fusil.

»El claro de Rocca Bianca se encontraba en la cima de una pequeña montaña que, en otros tiempos, sin duda, fue volcán, volcán extinguido antes que Rómulo y Remo hubiesen desertado de Alba para ir a constituir Roma.

»Teresa y Luigi alcanzaron la cumbre y se encontraron, en el mismo instante, enfrentados a una veintena de bandidos.

»—Aquí está un hombre que os busca y que desea hablaros —anunció el centinela.

»—¿Y qué quiere decirnos? —preguntó el que, en ausencia del jefe, hacia las veces de capitán.

»—Quiero decir que me aburro con mi profesión de pastor —dijo Vampa.

»—¡Ah! Ya comprendemos —replicó el teniente—. ¿Y vienes a preguntarnos si te admitimos en nuestras filas?

»—¡Que sea bien venido! —exclamaron varios bandidos de Ferrusino, de Pampinara y de Anagni, que habían reconocido a Luigi Vampa.

»—Sí, sólo que vengo para pedir os otra cosa muy distinta a ser vuestro compañero.

»—¿Y qué quieres pedir? —dijeron los bandidos con asombro.

»—Quiero pedir os ser vuestro capitán —replicó el joven.

»Los bandidos se echaron a reír.

»—¿Y qué has hecho para aspirar a ese honor? —preguntó el teniente.

»—He matado a vuestro capitán Cucumetto, cuyos despojos estáis viendo aquí —dijo Luigi, señalando su traje—, y he

prendido fuego a la casa de San Felice para regalar un traje a mi novia.

»Una hora después Luigi Vampa era elegido capitán y remplazaba a Cucumetto.

—Y bien, mi querido Alberto —dijo Franz volviéndose hacia su amigo—. ¿Qué piensas ahora del ciudadano Luigi Vampa?

—Que es un mito —respondió Alberto—, y que nunca ha existido.

—¿Qué quiere decir eso de un mito? —preguntó Pastrini.

—Sería demasiado largo para explicárselo, mi querido señor —respondió Franz—. ¿Así, pues, usted dice que maese Vampa ejerce en estos momentos su profesión en los alrededores de Roma?

—Y con una osadía como no se ha conocido hasta ahora en ningún otro bandido.

—Entonces, ¿la policía ha tratado de apoderarse inútilmente de él?

—¡Qué quiere! Está de acuerdo, a la vez, con los pastores del llano, con dos pescadores del Tíber, y con los contrabandistas de la costa. Se le busca en la montaña y se le descubre en el río; se le persigue por el río y aparece en el mar; luego, de repente, cuando se le cree refugiado en la isla de Giglio, del Guanouti o de Montecristo, se le ve aparecer en Albano, en Tívoli o en Riccia.

—¿Y cuál es su manera de proceder con respecto a los viajeros?

—¡Ah, Dios mío! Es bien sencillo. Según la distancia a que están de la ciudad, les da ocho horas, doce o un día para pagar su rescate; después, transcurrido el tiempo, les concede una hora de gracia. En el minuto sesenta de dicha hora, si no hay dinero, hace saltar el cráneo del prisionero de un pistoletazo, o le hunde su puñal en el corazón, y asunto concluido.

—Y bien, Alberto —preguntó Franz a su compañero—; ¿estás dispuesto a seguir yendo al Coliseo por los bulevares exteriores?

—Claro que sí —dijo Alberto—, si el camino es el más pintoresco.

En aquel instante sonaron las nueve, la puerta se abrió y nuestro cochero apareció.

—Excelencia —dijo—, el coche les espera.

—Bien —dijo Franz—, en ese caso, al Coliseo.

—¿Por la puerta del Popolo, excelencias, o por las calles?

—¡Por las calles, diablo! ¡Por las calles! —exclamó Franz.

—¡Ah! Amigo mío —dijo Alberto levantándose a su vez y encendiendo su tercer cigarro—, la verdad es que te creía más valiente.

Tras esto, ambos jóvenes descendieron la escalera y subieron al carruaje.

Aparición

Franz había encontrado un término medio para que Alberto llegase al Coliseo sin pasar por delante de ninguna ruina antigua, y, por consiguiente, sin que los preparativos graduales despojasen al coloso de un solo ápice de sus gigantescas proporciones. Se trataba de seguir la vía Sixtina, de cortar en derechura por Santa María la Mayor, y llegar por la vía Urbana y San Pedro Advíncula hasta la vía del Coliseo.

Este itinerario ofrecía, además, otra ventaja; la de no distraer en nada a Franz de la impresión que le produjo el relato hecho por maese Pastrini, y en él se encontraba mezclado su misterioso anfitrión de Montecristo. Por lo tanto, se acodó en su rincón y volvió a sumirse en aquellas infinitas preguntas que se hiciera a sí mismo sin haber hallado siquiera una respuesta satisfactoria.

Una cosa, por otra parte, también le había recordado a su amigo Simbad el Marino; eran aquellas misteriosas relaciones entre los bandidos y los marineros. Aquello que dijera maese Pastrini acerca del refugio que encontraba Vampa en las barcas de los pescadores y entre los contrabandistas, hizo pensar a Franz en esos dos bandidos corsos que halló cenando con la tripulación del yate, el cual se había desviado de su rumbo para abordar en Porto Vecchio, con el único objeto de dejarlos en tierra. El nombre que se daba su anfitrión de Montecristo, pronunciado por el dueño del hotel, le demostraba que interpretaba idéntico papel filantrópico en las costas de Pimino, Civitavecchia, Ostia y Gaeta, que en las de Córcega, Toscana y España. Y como el mismo Simbad hablara de Túnez y de Palermo, según recordaba Franz, aquello probaba que abarcaba un círculo de relaciones bastante extenso.

Pero por poderosas que fueran en la mente del joven tales reflexiones, se desvanecieron en el mismo instante que vio levantarse

ante sí el sombrío y gigantesco espectro del Coliseo, a través de las aberturas del cual la luna proyectaba a aquellos largos y pálidos rayos que parecen desprenderse de los ojos de los fantasmas. El carruaje se detuvo a unos pasos de la Mesa Sudans. El cochero acudió a abrir la puerta; ambos jóvenes saltaron a tierra y se encontraron frente a un cicerone, que parecía haber surgido de la tierra.

Como también les había seguido el del hotel, con aquél tenían dos.

Imposible, además, evitar en Roma este lujo de guías; además del cicerone general que se apodera de uno nada más poner el pie en el umbral de la puerta del hotel, y no lo abandona hasta el día que pone el pie fuera de la ciudad, hay un cicerone especial agregado a cada monumento y hasta se diría en cada parte del monumento. Júzguese, pues, si podrá carecerse de *cicerone* en el Coliseo, esto es, en el monumento por excelencia, que hacía decir a Marcial:

«Que Menfis cese de ponderarnos los bárbaros milagros de sus pirámides, que no canten más las maravillas de Babilonia; todo debe enmudecer ante el inmenso trabajo del anfiteatro de los Césares, y todas las voces de la fama deben reunirse para alabar este monumento».

Franz y Alberto no intentaron sustraerse a la tiranía ciceronica. Por otra parte, esto sería tanto más difícil cuanto que sólo los guías tienen derecho a recorrer el monumento con antorchas. No opusieron, pues, ninguna resistencia y se entregaron de pies y manos a sus conductores.

Franz conocía aquel paseo por haberlo efectuado una decena de veces. Pero como su compañero, más novicio, ponía el pie por primera vez en el monumento de Flavio Vespasiano, debo confesar en su favor que, a pesar de la charlatanería ignorante de sus guías, estaba muy impresionado. En efecto, cuando no se ha visto, no se tiene ni idea de la majestad de semejante ruina, cuyas proporciones aún quedan aumentadas por la misteriosa claridad de esa luna meridional, cuyos rayos se asemejan a un crepúsculo de Occidente.

De manera que apenas el pensativo Franz hubo dado cien pasos bajo los pórticos interiores, abandonó Alberto a sus guías, que no querían renunciar al imprescindible derecho de hacerle ver en todos sus detalles la Fosa de los Leones, el Camarín de los Gladiadores y el Podium de los Césares; se dirigió por una escalera medio ruinoso, y, dejándoles proseguir su simétrico camino, fue a sentar-

se a la sombra de una columna, enfrente de una abertura que le permitía abarcar el gigante de granito en toda su majestuosa extensión.

Franz se encontraba allí desde hacía poco más de un cuarto de hora, perdido en la sombra de una columna y ocupado en mirar a Alberto, quien, acompañado de sus dos portadores de antorchas, acababa de salir de un *vomitorium* situado en la otra extremidad del Coliseo: se asemejaban a sombras que siguiesen a un fuego fatuo descendiendo de escalón en escalón hacia los lugares reservados para las vestales. En aquel mismo momento le pareció oír el ruido de una piedra rodando en las profundidades del monumento, como desprendida de la escalera situada frente a él, de la cual descendió para situarse donde se hallaba sentado. Sin duda no era extraño que una piedra se desprendiese bajo el peso del tiempo y fuese a rodar al abismo; pero esta vez le pareció que había cedido a causa de la pisada de un hombre, y que un ruido de pasos llegaba hasta él, a pesar de que quien los producía procuraba que pasaran inadvertidos.

En efecto, al cabo de un instante apareció un hombre saliendo de la sombra gradualmente a medida que subía la escalera, cuya entrada, situada frente a Franz, era iluminada por la luna, pero no los escalones, que a medida que descendían se hundían más en la oscuridad.

Aquel podía ser un viajero como él, que prefería entregarse a una meditación solitaria que no a la insulsa charlatanería de los guías, y, por consiguiente, su aparición no tenía nada de sorprendente; pero, ante la duda con la cual subió los últimos escalones, la manera como llegó a la plataforma, así como la de pararse y escuchar, era evidente que había llegado con un fin particular, y que esperaba a alguien.

Por un movimiento instintivo, Franz se ocultó cuanto pudo detrás de la columna.

A diez pasos del pavimento en que se encontraban ambos, la bóveda se hallaba derruida, y una abertura redonda, semejante a la de un pozo, permitía divisar el firmamento todo constelado de estrellas.

Alrededor de aquella abertura, que posiblemente ya dejaba paso a las rayos de la luna desde hacía siglos, crecían malezas en las que las verdes y débiles ramas se destacaban con vigor en el azul mate del cielo, mientras que las grandes enredaderas y las poderosas ramas de hiedra colgaban de aquella terraza superior y se balanceaban bajo la bóveda, semejantes a cuerdas flotantes.

El personaje cuya misteriosa llegada despertó la atención de Franz, se situó en una medio penumbra que no permitía distinguir sus rasgos, pero que, sin embargo, no era lo suficiente oscura para impedir que se detallara su traje; iba envuelto en una gran capa de color castaño, uno de cuyos embozos, echado sobre su hombro izquierdo, le ocultaba la parte baja del rostro, mientras que su sombrero, de amplias alas, le cubría la parte superior. Sólo la extremidad de sus ropas aparecía iluminada por la luz oblicua que pasaba por la abertura y permitía distinguir un pantalón negro, ceñido elegantemente por una bota acharolada.

Aquel hombre pertenecía, con toda evidencia, si no a la aristocracia, por lo menos a la alta sociedad.

Llevaba ya allí algunos minutos y empezaba a dar visibles muestras de impaciencia, cuando un ligero ruido dejase oír sobre la terraza superior.

En el mismo momento una sombra interceptó la luz, un hombre apareció en la abertura, echó una penetrante mirada a las tinieblas y descubrió al sujeto de la capa; inmediatamente se cogió a una de aquellas enredaderas colgantes y a aquellas hiedras flotantes, se deslizó por ellas, y al llegar a tres o cuatro pies del pavimento saltó con ligereza al suelo. Este vestía el traje de un transtiberino.

—Discúlpeme, excelencia —dijo en dialecto romano—, si le he hecho esperar, sin embargo, no me he retrasado más que unos minutos. Las diez acaban de sonar en San Juan de Letrán.

—Más bien yo me he adelantado —respondió el extranjero en el más puro toscano—, así, pues, nada de ceremonias. Además, aunque me hubiese hecho esperar, siempre supondría que se debe a un motivo ajeno a su voluntad.

—Y estaría en lo justo, excelencia. Vengo del castillo de San Angelo, y me ha costado mucho trabajo hablar con Beppo.

—¿Quién es ese Beppo?

—Beppo es un empleado de la cárcel, a quien le doy una renta por saber cuanto pasa en el interior del castillo de Su Santidad.

—¡Ah, ah! Ya veo que es hombre de precauciones, querido.

—¿Qué quiere usted, excelencia! Nunca se sabe lo que podrá suceder; puede que algún día me cojan a mí como a ese pobre Pepino, y tendré necesidad de alguna rata para que roa las alambradas de mi prisión.

—Bien. ¿Qué ha sabido?

—Habrá dos ejecuciones el martes próximo a las dos, como es costumbre en Roma antes de la celebración de las grandes fiestas. Un condenado será *mazzolato*; es un miserable que mató a un sacerdote que lo educó, y que carece de todo interés. El otro será *decapitato*, y ése es el pobre Peppino.

—¿Qué quiere usted, amigo, inspira tal terror, no sólo al Gobierno pontificio, sino a los reinos vecinos, que desean hacer un escarmiento!

—Pero Peppino ni siquiera forma parte de mi banda; es un pobre pastor que no ha cometido más delito que abastecernos de víveres.

—Lo que le convierte en su perfecto cómplice. Además, fíjese en que tienen consideraciones con él; en vez de martirizarlo, como lo será usted si algún día le echan mano, se contentarán con guillotinarlo. Por lo demás, esto amenizará los placeres del pueblo, y habrá espectáculo para todos los gustos.

—Sin contar el que les preparo, y con el cual no cuentan —replicó el transtiberino.

—Mi querido amigo, permítame decirle —replicó el hombre de la capa—, que me parece dispuesto a cometer cualquier tontería.

—Estoy dispuesto a todo para impedir la ejecución de un pobre diablo, que se encuentra en el aprieto por haberme servido. *Per la Madonna!* Me consideraría un cobarde si no hiciese algo por ese valiente muchacho.

—¿Y qué piensa hacer?

—Situaré una veintena de hombres alrededor del cadalso, y en el momento que lo conduzcan, a una señal que yo dé, nos lanzaremos, puñal en mano, sobre la escolta, y nos lo llevaremos.

—Eso me parece muy arriesgado, y considero, decididamente, que mi proyecto es mucho mejor.

—¿Y cuál es su proyecto, excelencia?

—Daré diez mil piastras a una persona que yo sé, y obtendrá que la ejecución de Peppino se retrase para el año que viene; luego, durante el año, daré otras mil piastras a otro sujeto que, también yo sé, y lo hará evadirse.

—¿Está usted seguro de que resultará?

—¡Pardiez! —exclamó en francés el hombre de la capa.

✱ —¿Decía usted? —preguntó el transtiberino.

—Digo, querido, que más haré yo solo con el oro, que usted y sus gentes con sus puñales, sus pistolas, sus carabinas y sus trabucos. Déjeme, pues, hacer.

—Perfectamente; pero si usted falla, siempre estaremos dispuestos.

—Prosigan en tal disposición de ánimo, si es su gusto; pero esté seguro de que obtendré ese plazo que le ha dicho.

—Es pasado mañana, martes; recuérdelo. No dispone más que del día de mañana.

—Bien, pero el día se compone de veinticuatro horas, cada hora de sesenta minutos, y cada minuto de sesenta segundos; en ochenta y seis mil cuatrocientos segundos se pueden realizar muchas cosas.

—Si usted lo consigue, excelencia, ¿cómo lo sabremos nosotros?

—Muy sencillo. He alquilado las tres últimas ventanas del café Rospoli; si he obtenido el plazo, las dos ventanas de los extremos aparecerán con colgaduras de damasco amarillo y la del centro será blanca con una cruz roja.

—Perfectamente. ¿Y por quién nos transmitirá usted el perdón?

—Envíeme a uno de sus hombres disfrazado de penitente, y se lo entregaré. Gracias a ese hábito podrá llegar hasta el pie del caldoso y entregar la bula al jefe de la cofradía para que se la dé al verdugo. Mientras tanto, haga saber esta noticia a Peppino; que no vaya a morir de miedo o volverse loco, lo que convertiría nuestros esfuerzos en un gasto inútil.

—Escuche, excelencia —dijo el paisano—, le tengo gran afecto y usted está convencido de ello, ¿no es así?

—Al menos, lo creo.

—Bien, si usted salva a Peppino, será más que afecto lo que le profese; será obediencia.

—Preste atención a lo que dice, querido. Posiblemente se lo recuerde algún día, porque tal vez yo también tenga necesidad de usted.

—Entonces, excelencia, usted me encontrará en el momento preciso como yo le he encontrado a usted en este momento; entonces, aunque esté usted al otro lado del mundo, no tendrá más que escribirme: «Haz esto», y yo lo haré; palabra de...

—¡Chist! —dijo el desconocido—. Oigo ruido.

—Son aquellos viajeros que visitan el Coliseo con antorchas.

—No conviene que nos encuentren juntos. Esos demonios de guías podrían reconocerle; y, por muy honorable que sea su amistad, mi querido amigo, si nos saben tan unidos como lo estamos, me parece que esta amistad me haría perder un poco de mi buen crédito.

—¿De modo que si lo consigue?

—La ventana del centro con colgadura en damasco blanco con una cruz roja.

—¿Y si no lo consigue?

—Tres colgaduras amarillas.

—¿Y entonces...?

—Entonces, mi querido amigo, utilizad el puñal a vuestro gusto, lo permito, y estaré allí para ver cómo lo hacéis.

—Adiós, excelencia; cuento con usted, y cuente conmigo.

A estas palabras, el transtiberino desapareció por la escalera, mientras que el desconocido, cubriéndose el rostro más que nunca con su capa, pasó junto a Franz y descendió a la arena por las gradas exteriores.

Un segundo después, Franz oyó resonar su nombre bajo las bóvedas; era Alberto quien le llamaba.

Antes de responder esperó a que los dos hombres se hubiesen alejado; no fuesen a sospechar que habían tenido un testigo que, si no había podido ver sus rostros, por lo menos no perdió ni una palabra de su conversación.

Diez minutos más tarde Franz rodaba hacia el hotel, escuchando con una distracción muy impertinente la sabia disertación con que le obsequiaba Alberto, según Plinio y Calpurnio, acerca de las redes guarnecidas de puntas de hierro que impedían a los animales salvajes arrojar sobre los espectadores.

Le dejaba hablar sin contradecirle; tenía prisa por encontrarse solo y pensar sin distracciones en cuanto acababa de suceder delante suyo.

De aquellos dos hombres, uno le era totalmente extraño, y era la primera vez que le veía y escuchaba; pero no sucedía lo mismo con el otro, y aunque Franz no hubiese distinguido su rostro, constantemente oscurecido por la sombra u oculto por su capa, el timbre de su voz le había llamado tanto la atención la primera vez que lo escuchó, que resultaba difícil oírlo de nuevo sin reconocerlo.

Existía, sobre todo en las entonaciones irónicas, cierta cosa estridente y metálica que le había hecho estremecerse en las ruinas del Coliseo como lo hiciera en la gruta de Montecristo.

Por lo tanto, estaba perfectamente convencido de que aquel hombre no era otro que Simbad el Marino.

En cualquier otra circunstancia, la curiosidad que le había inspirado aquel hombre hubiese sido tan grande, que se habría dado a conocer; pero, en esta ocasión, la conversación que acababa de oír era demasiado íntima para no sentirse contenido por el temor muy sensato de que su aparición resultase desagradable. Por consiguiente, lo dejó alejarse, como se ha visto. Pero se prometió no dejarlo escapar la próxima vez, como acababa de hacerlo, si acaso se lo encontraba de nuevo.

Franz estaba demasiado preocupado para dormir bien. Pasó la noche ocupado en recordar y examinar todas las circunstancias que relacionaban al hombre de la gruta y al desconocido del Coliseo, y que tendían a identificar ambos personajes como un mismo individuo. Cuanto más lo pensaba Franz, más se afirmaba en tal opinión.

Se durmió al clarear el día, lo que determinó que se despertase muy tarde. Alberto, como verdadero parisiense, ya había tomado sus precauciones para la noche. Envió a buscar un palco para el teatro Argentina.

Franz tenía que escribir muchas cartas a Francia, por lo que cedió el carruaje a Alberto para todo el día.

A las cinco Alberto regresó; había entregado sus cartas de recomendación, poseía invitaciones para todas las noches y había visto Roma.

Un día le bastó a Alberto para realizar todo esto.

Y aún había tenido tiempo de informarse acerca de la obra que se representaría y quiénes la interpretarían.

La pieza tenía por título *Parisina*; los actores se llamaban: Coselli, Moriani y la Spech.

Ambos jóvenes no eran tan desdichados, como puede apreciarse; iban a asistir a la representación de una de las mejores óperas del autor de *Lucía de Lammermoor*, interpretada por tres de los artistas más famosos de Italia.

Alberto jamás se había podido acostumbrar a los teatros ultramontanos, la orquesta de los cuales no funciona, y no tienen ni palcos ni plateas descubiertas; esto resultaba duro para un hom-

bre que tenía su luneta en los Bouffes y su parte de palco infernal en la Ópera.

Lo cual no impedía que Alberto se vistiese de etiqueta cada vez que iba a la Ópera con Franz; etiquetas perdidas, porque hace falta confesarlo para vergüenza de uno de los representantes más dignos de nuestra moda; desde hacía cuatro meses que paseaba por Italia en todos los sentidos, y Alberto no había tenido ni una sola aventura.

Algunas veces, Alberto trataba de bromear al respecto, pero en el fondo se sentía particularmente mortificado; él, Alberto de Morcerf, uno de los jóvenes más corridos... Y era tanto más penoso, dado que, según la modesta costumbre de nuestros queridos compatriotas, Alberto había salido de París con la convicción de que tendría en Italia el mayor éxito, y que regresaría para hacer las delicias del boulevard de Gand, relatando sus afortunados lances.

¡Ay! No había nada de esto. Las encantadoras condesas genovesas, florentinas y napolitanas se habían quedado, no con sus maridos, sino con sus amantes, y Alberto había adquirido la cruel convicción de que las italianas tienen respecto a las francesas la ventaja de ser fieles a su infidelidad.

No quiero decir que en Italia, como en todas partes, no existan excepciones.

Y no obstante, Alberto era no sólo un joven elegante hasta la perfección, sino también un hombre de mucho talento; además poseía el título de vizconde; de nuevo cuño, es cierto, pero en la actualidad, cuando no se piden pruebas, ¿qué importa serlo de 1399 o de 1815? Aparte todo esto, poseía cincuenta mil libras de renta. Era más de lo que hace falta, como se ve, para estar a la moda en París. Así pues, resultaba un poco humillante no haber sido notado por nadie en ninguna de las ciudades visitadas.

Pero también contaba con resarcirse en Roma, máxime existiendo el carnaval. En todos los países de la tierra en que celebran estas bulliciosas y populares fiestas, es época de libertad en la que los más severos se dejan arrastrar a cualquier acto de locura... Ahora bien, como el carnaval empezaba al día siguiente, era muy importante que Alberto hiciese su propaganda antes de que empezaran los festejos.

Alberto, por consiguiente y con dicha intención, alquiló uno de los palcos más ostentosos del teatro, y se vistió con irreprochable

elegancia. Se hallaba en primera fila y reemplazaba a la galería de nuestros teatros. Por otra parte, los tres primeros pisos son tan aristocráticos unos como otros, y se los llama por dicha razón los palcos nobles.

Además, aquel palco, en el que podían meterse doce personas sin estrecheces, había costado a los dos amigos un poco menos que un palco para cuatro en el Ambigú.

Alberto aún tenía otra esperanza: si llegaba a encontrar cabida en el corazón de una bella romana, esto le conduciría, naturalmente a conquistar un *posto* en el carruaje, y, por consiguiente, a ver el carnaval desde un vehículo aristocrático o desde un balcón principal.

Todas estas consideraciones volvieron a Alberto más emprendedor que nunca. Daba la espalda a los actores, se inclinaba fuera del palco, y miraba a todas las mujeres bonitas con unos gemelos de seis pulgadas de longitud, pese a lo cual no conseguía que ni una sola mujer lo recompensase con una mirada; ni siquiera de curiosidad.

En efecto, cada uno hablaba de sus asuntos, de sus amores, de sus placeres, del carnaval que empezaría al día siguiente, de la próxima Semana Santa, sin prestar atención un solo instante a los actores, ni a la obra, a excepción de los momentos en que todos se volvían para escuchar un fragmento del recitado de Coselli, bien para gritar ¡bravo! a la Spech, o para aplaudir cualquier rasgo brillante de Moriani. Después, las conversaciones particulares proseguían su ritmo habitual.

Hacia el final del primer acto, la puerta de un palco que había permanecido vacío hasta entonces, se abrió, y Franz vio entrar a una persona a la cual tuvo el honor de haber sido presentado en París y que aún creía en Francia. Alberto descubrió el movimiento de su amigo y se volvió hacia él.

—¿Acaso conoces a esa mujer? —le preguntó.

—Sí. ¿Qué te parece?

—Encantadora, querido, y rubia. ¡Oh, qué cabellos tan adorables! ¿Es francesa?

—No, veneciana.

—¿Y se llama?

—La condesa G...

—¡Ah! La conozco de nombre —exclamó Alberto—. Dicen que es tan inteligente como hermosa. ¡Diablos! Cuando pienso que

podieron presentarme a ella en el último baile de los Villefort, y no hice caso... ¡Vaya, soy un necio!

—¿Quieres que repare esa falta? —preguntó Franz.

—¡Cómo! ¿La conoces tan íntimamente como para conducirme a su palco?

—He tenido el honor de hablar tres o cuatro veces con ella; pero ya lo sabes, es lo suficiente para no cometer una indiscreción.

En aquel momento la condesa descubrió a Franz y le hizo un gracioso gesto con la mano, al cual respondió el joven con una respetuosa inclinación de cabeza.

—¡Vaya, vaya! Me parece que estás en muy buena armonía con ella —comentó Alberto.

—Pues bien, he ahí algo que te engaña y que nos hará cometer continuamente a los franceses infinidad de tonterías en el extranjero; someter todo a nuestros puntos de vista parisienses. En España y en Italia, sobre todo, no juzgues jamás la intimidad de las personas por la libertad de sus cumplidos. Nosotros le hemos sido simpáticos a la condesa, sencillamente.

—¿Simpatía de corazón? —preguntó Alberto, riendo.

—No, de carácter, solamente —respondió Franz con seriedad.

—¿Y en qué ocasión?

—Con motivo de un paseo por el Coliseo, parecido al que hemos efectuado juntos.

—¿Al claro de luna?

—Sí.

—¿Solos?

—Casi, casi.

—¿Y hablasteis...?

—De los muertos.

—¡Ah! —exclamó Alberto—. Realmente sería muy divertido. Bien, yo te aseguro que si tengo la dicha de ser el caballero de la bella condesa en un paseo semejante, no le hablaré más que de los vivos.

—Y tal vez te engañes.

—Mientras tanto, me presentarás a ella como lo has prometido, ¿no es así?

—En cuanto el telón descienda.

—¡Qué largo resulta este primer acto!

—Escucha el final, es muy bueno, y Coselli lo canta admirablemente.

—Sí, ¡pero qué cintura!

—La Spech es algo más dramática.

—Ya comprenderás que cuando se ha oído a la Sontag y a la Malibrán...

—¿No encuentras excelente el método de Moriani?

—No me gustan los morenos que cantan de ese modo.

—¡Ah, querido amigo! —dijo Franz, volviéndose mientras Albert continuaba su observación—. Realmente eres muy difícil.

Al fin cayó el telón para gran contento del vizconde de Morcerf, quien cogió su sombrero, se atusó rápidamente el cabello, se arregló la corbata y los puños de la camisa, e hizo observar a Franz que le esperaba.

Como por su parte la condesa, a quien Franz interrogaba con la mirada, le hizo comprender por un gesto que sería bien recibido, Franz no tardó en satisfacer la impaciencia de Alberto. Dirigiéndose al palco, seguido de su compañero, aprovechó el viaje para desarrugar los pliegues que los movimientos pudieron imprimir al cuello de su camisa y a las faldas de su frac. Dieron la vuelta al hemicírculo y fueron a llamar al palco número 4, que era el ocupado por la condesa.

Inmediatamente el joven que estaba sentado al lado de la condesa en primera fila del palco, se levantó, cedió su plaza, según la costumbre italiana, al recién llegado, que a su vez debía cederlo a cualquier otra visita que llegase.

Franz presentó a Alberto a la condesa como uno de nuestros jóvenes más distinguidos, tanto por su posición social como por su inteligencia; lo que, por otra parte, era cierto; porque en París, y en el ambiente que frecuentaba Alberto, se le consideraba un irreprochable caballero. Añadió que, desesperado por no haber sabido aprovecharse de la estancia de la condesa en París, le había encargado que reparase aquella falta, misión que cumplía rogando a la condesa, ante la cual también él necesitaba un introductor, que excusase su indiscreción.

La condesa respondió haciendo un encantador saludo a Alberto y presentando la mano a Franz.

Alberto, invitado por ella, ocupó la plaza vacía en la delantera, y Franz se sentó en segundo término, detrás de la condesa.

Alberto encontró un excelente tema de conversación: París; hablaba a la condesa de sus amistades comunes. Franz comprendió que

se hallaba en su terreno. Le dejó hacer, y, pidiéndole su gigantescos gemelos, se puso a explorar la sala.

Sola en la delantera de un palco situado en la tercera fila delante de ellos, se encontraba una mujer admirablemente hermosa, vestida a la griega, que llevaba el traje con tanta soltura como si fuera su habitual indumentaria.

Tras ella, en la sombra, se perfilaba la figura de un hombre a quien era imposible distinguir el rostro.

Franz interrumpió la conversación de Alberto y la condesa para preguntar a esta última si conocía acaso a la hermosa albanesa, digna de atraer, no sólo la atención de los hombres, sino también la de las mujeres.

—No —replicó—, todo cuanto sé es que está en Roma desde el principio de temporada; porque en la inauguración del teatro, la vi donde ahora se halla, y desde hace un mes no ha faltado a una sola representación, tan pronto acompañada del hombre con quien está en estos momentos, como acompañada de un sirviente negro.

—¿Qué le parece a usted, condesa?

—Extremadamente hermosa. Medora debía de parecerse a esa mujer.

Franz y la condesa cambiaron una sonrisa. Ella volvió a hablar con Alberto, y Franz se puso a observar a su albanesa.

El telón se levantó con el ballet. Era uno de esos buenos ballets italianos puesto en escena por el famoso Henri, quien en Italia alcanzó una reputación fabulosa como coreógrafo, y que el desdichado fue a perder en el teatro náutico; uno de esos ballets en que todo el mundo, desde el primer intérprete al último comparsa, toma parte activa en la representación, y en el que ciento cincuenta personas hacen a la vez idéntico movimiento y levantan juntos, o el mismo brazo o la misma pierna.

Aquel ballet se llamaba *Poliska*.

Franz estaba muy preocupado con su bella griega para entretenerse con el ballet, por interesante que fuese. Ella, por el contrario, disfrutaba visiblemente con aquel espectáculo; placer que contrastaba en extremo con la indiferencia tan profunda de su acompañante, quien, mientras duró la pieza coreográfica, no hizo ni un solo movimiento y parecía, a pesar del ruido infernal que producían las trompetas, los timbales y los chinescos de la orquesta, paladear las celestes dulzuras de un sueño apacible y radiante.

Por fin concluyó el ballet, y el telón descendió en medio de las frenéticas ovaciones de un público embriagado de placer.

Gracias a esta costumbre de cortar la ópera con un ballet, los entreactos son muy cortos en Italia, y los cantantes tienen tiempo de reposar y cambiarse de impedimenta mientras los bailarines ejecutan sus piruetas y confeccionan sus trenzados.

Empezó la obertura del segundo acto; a los primeros sonidos de los arcos, Franz vio al durmiente incorporarse con lentitud y aproximarse a la griega, quien a su vez se volvió para dirigirle algunas palabras y luego se acodó nuevamente sobre el antepecho del palco.

La fisonomía de su interlocutor continuaba oculta en la sombra, y Franz no podía distinguir ninguno de sus rasgos.

El telón se levantó, la atención de Franz fue atraída por los actores, y sus ojos abandonaron por un instante el palco de la hermosa griega para fijarlos en la escena.

El acto empieza, como se sabe, por el dúo del sueño: Parisina, acostada, deja escapar delante de Azzo el secreto de su amor por Hugo; el esposo engañado pasa por todos los furores de los celos, hasta que, convencido de que su mujer le es infiel, la despierta para anunciarle su próxima venganza.

Este dúo es uno de los más bellos, de los más expresivos y de los más terribles que hayan salido de la fecunda pluma de Donizetti. Franz lo escuchaba por tercera vez, y aunque no se le podía considerar un melómano rabioso, le produjo un intenso efecto. Por consiguiente, iba a unir sus aplausos a los de la sala, cuando sus manos, a punto de juntarse, permanecieron separadas, y el bravo que se escapaba de su boca expiró en sus labios.

El hombre del palco se había puesto en pie, y, con la cabeza bajo la luz, Franz acababa de encontrarse nuevamente al misterioso habitante de Montecristo; aquel cuya voz había creído reconocer en las ruinas del Coliseo.

No cabía duda alguna de que el extraño viajero vivía en Roma.

Sin duda la expresión del rostro de Franz estaba en armonía con la turbación que aquella aparición imprimió a su ánimo, porque la condesa le miró, se echó a reír y le preguntó qué le sucedía.

—Señora condesa —respondió Franz—, hace un momento le pregunté si conocía a aquella mujer albanesa; ahora le preguntaré si conoce a su marido.

—No más que a ella —respondió la condesa.

—¿No se ha fijado nunca en él?

—¡He aquí una pregunta muy francesa! Ya sabe usted muy bien que para nosotras, las italianas, no hay más hombre en el mundo que el que amamos.

—¡Es natural! —respondió Franz.

—En todo caso —dijo ella, tomando los gemelos de Alberto y enfocándolos hacia el palco—, ése debe de ser algún recién desenterrado, algún resucitado salido de su tumba con el permiso del enterrador, porque me parece horriblemente pálido.

—Así es como está siempre —repuso Franz.

—Entonces, ¿lo conoce usted? —preguntó la condesa—. En ese caso debo ser yo la que pregunte.

—Creo haberle visto y reconocerle.

—Realmente —dijo ella haciendo un movimiento de hombros, como si un estremecimiento circulase por sus venas—, comprendo que cuando se ha visto una vez a un hombre semejante no se le olvide nunca.

El efecto que experimentaba Franz no era, pues, una impresión particular, por cuanto otra persona podía experimentarla como él.

—¿Y bien? —inquirió Franz a la condesa una vez que ésta hubo echado un nuevo vistazo—. ¿Qué opina de ese hombre?

—Que me parece que es Lord Ruthwen en carne y hueso.

En efecto, este nuevo recuerdo de Byron sorprendió a Franz: si algún hombre podía hacerle creer en la existencia de vampiros, sería aquél.

—Es preciso que sepa quien es —dijo Franz levantándose.

—¡Oh, no! —exclamó la condesa—. No me abandone; cuento con usted para que me acompañe, y le espero.

—¡Cómo! ¿De verdad? —le dijo Franz inclinándose a su oído—. ¿Tiene usted miedo?

—Escuche —le confesó ella—. Byron me juró que creía en los vampiros; me dijo que los había visto y me describió su rostro. Pues bien, es absolutamente ése: esos cabellos negros, esos grandes ojos brillando como una llama extraña, esa palidez mortal; además, fíjese en que no le acompaña una mujer como las demás: está con una extranjera..., una griega, una cismática..., sin duda cualquier maga como él. Se lo ruego, no se vaya. Búsquele mañana, si le parece; pero hoy os retengo junto a mí.

Franz insistió.

—Escuche —dijo ella poniéndose en pie—, me voy, no puedo quedarme hasta que acabe el espectáculo, tengo gente en mi casa. ¿Sería tan poco galante que se negase a hacerme compañía?

No le quedaba otra alternativa que la de coger su sombrero, abrir la puerta y presentar su brazo a la condesa.

Esto es lo que hizo.

La condesa estaba verdaderamente conmovida; y Franz mismo no dejaba de experimentar cierto terror supersticioso, más natural por cuanto lo que en la condesa era producto de una sensación instintiva, en él constituía el resultado de un recuerdo.

Advirtió que la dama temblaba al subir al coche.

La acompañó hasta su casa: no había nadie, y ella no era esperada, cosa que él la reprochó.

—En verdad —le dijo ella—, no me siento bien, y tengo necesidad de estar sola. La visión de aquel hombre me ha trastornado.

Franz intentó reír.

—No se ría —le rogó la condesa—. Además, prométame una cosa.

—¿Cuál?

—Prométamela.

—Todo lo que usted quiera excepto renunciar a descubrir quién es ese hombre. Tengo motivos que no puedo aclararle, para desear saber quién es, de dónde viene y adónde va.

—De dónde viene, lo ignoro; pero adónde va, puedo decirse-lo: al infierno, con toda seguridad.

—Volvamos a la promesa que quería exigirme, condesa —dijo Franz.

—¡Ah! Se trata de que regrese usted directamente al hotel y no busque esta noche a ese hombre. Existen ciertas afinidades entre las personas que se abandonan y a las que se reúnen. No sirva de conductor entre ese hombre y yo. Mañana corra tras él, si le parece; pero no me lo presente nunca, si no quiere hacerme morir de espanto. Ahora, buenas noches; trate de dormir; yo ya sé que no dormiré.

Y tras estas palabras la condesa abandonó a Franz, dejándole en la duda de si ella estuvo divirtiéndose a su costa o en verdad sentía el temor que había expresado.

Al regresar al hotel, Franz encontró a Alberto en bata y pantalón, voluptuosamente echado en un sillón y fumando un cigarro.

—¡Ah! Eres tú —le dijo—. ¡A fe mía, que no te esperaba hasta mañana!

—Mi querido Alberto —respondió Franz—, me encanta tener ocasión de decirte una vez más que tienes una idea falsa de las mujeres italianas; no obstante, me parece que tus desdichas amorosas hubieran debido quitártela.

—¡Qué quieres! ¡Con estas endiabladas mujeres no hay nada que se comprenda! Te dan la mano, te la estrechan; te hablan al oído, se hacen acompañar a su casa: con la cuarta parte de todo esto, una parisiense perdería la reputación.

—¡Eh! Precisamente, porque no ocultan nada, viven en libertad, y se preocupan tan poco del público en el bello país en que resuena el *sí*, como dijo Dante. Además, has visto bien claro que la condesa tenía miedo.

—¿Miedo de qué? ¿De ese honrado señor que estaba frente a nosotros en compañía de aquella bonita griega? Pues yo creo que tiene la conciencia tranquila; así opiné cuando me los crucé en el pasillo. No sé de dónde diablos habéis sacado todas esas ideas del otro mundo. Es un buen mozo que viste muy elegantemente; tiene aspecto de hacerse vestir en Francia, en casa de Blin o en casa de Humann. Algo pálido, es cierto; pero ya sabes que la palidez es un signo de distinción.

Franz sonrió; Alberto tenía grandes pretensiones de estar pálido.

—De manera —le dijo Franz— que estoy convencido de que las ideas de la condesa acerca de ese hombre carecen de sentido común. ¿Ha hablado junto a ti? ¿Pudiste oír alguna de sus palabras?

—Habló pero en romaico. Reconocí el idioma por algunas palabras griegas desfiguradas. Será necesario que sepas, querido, que en el colegio era muy fuerte en griego.

—Así que hablaba en romaico.

—Con toda probabilidad.

—No cabe duda —murmuró Franz—. Era él.

—¿Qué dices?

—Nada. ¿Qué hacías tú allí?

—Te preparaba una sorpresa.

—¿Cuál?

—Ya sabes que resulta imposible procurarse un carruaje, ¿no es así?

—¡Diantre! Hemos hecho inútilmente todo lo que humanamente se puede hacer.

—Pues bien, tengo una idea maravillosa. Franz miró a Alberto como persona que no tiene gran confianza en sus ideas.

—Querido —dijo Alberto—, me honras con una mirada que merece te exija una reparación.

—Estoy dispuesto a dártela, mi querido amigo, si la idea es tan ingeniosa como dices.

—Escucha.

—Soy todo oídos.

—No existe medio de procurarse un coche, ¿no es cierto?

—Exacto.

—¿Ni caballos?

—Menos todavía.

—Pero ¿se puede encontrar una carreta?

—Tal vez.

—¿Y un par de bueyes?

—Eso es probable.

—Pues bien, querido. He ahí nuestro caso. Haré decorar una carreta, nosotros nos disfrazamos de segadores napolitanos y representamos al natural el magnífico lienzo de Leopold Robert. Sí, para mayor parecido, la condesa quiere vestirse el traje de una mujer de Puzzole o de Sorrento, la mascarada será completa, y ella es lo bastante hermosa para que la tomen por el original de la Mujer y el Niño.

—¡Pardiez! —exclamó Franz—. Por esta vez tienes razón, Alberto; esa sí que es una idea afortunada.

—Y muy nacional, renovada por los reyes vagabundos, querido, nada más que eso. ¡Ah, señores romanos, creíais que correríamos a pie por vuestras calles como *lazzaroni*, y todo porque carecéis de calesas y de caballos! ¡No importa! Los inventaremos.

—¿Y has dado a conocer a alguien tu brillante idea?

—A nuestro posadero. Al regresar, le hice subir y le expuse mis deseos. Me aseguró que no había nada más fácil; yo quería que dorasen los cuernos de los bueyes, pero me dijo que en eso se invertirían unos tres días; así que prescindiremos de esa superficialidad.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—¿Quién?

—Nuestro posadero.

—En busca de nuestra carreta. Mañana, tal vez sería demasiado tarde.

—De modo que esta misma noche te dará una respuesta.

—La estoy esperando.

En aquel momento se abrió la puerta y maese Pastrini asomó la cabeza.

—*Permesso?* —dijo.

—¡Adelante! —exclamó Franz.

—¿Y bien? —inquirió Alberto—. ¿Ha encontrado usted la carreta requerida y los bueyes solicitados?

—Encontré algo mejor que todo eso —respondió, muy satisfecho de sí mismo.

—¡Ah, mi querido señor! Tenga cuidado —dijo Alberto—. Lo mejor es enemigo de lo bueno.

—Confíen sus excelencias en mí —rogó maese Pastrini con un aire satisfecho de sí mismo.

—En fin, ¿qué es lo que hay? —preguntó Franz a su vez.

—Ya saben ustedes —explicó el posadero—, que el conde de Montecristo habita en el mismo piso que ustedes, ¿no?

—Ya lo creo —repuso Alberto—, pues gracias a él nos hemos alojado como dos estudiantes de la calle de San Nicolás du Char-donnet.

—Pues bien, conociendo el apuro en que se encuentran, me ha encargado que les ofrezca dos plazas en su coche y dos sitios en sus ventanas del palacio Rospoli.

Alberto y Franz se miraron.

—Pero —preguntó Alberto—, ¿debemos aceptar la oferta de ese extranjero, de un hombre que no conocemos?

—¿Qué clase de hombre es ese conde de Montecristo? —preguntó Franz al posadero.

—Un gran señor siciliano o maltés, no lo sé con exactitud, pero noble como un Borghese y rico como una mina de oro.

—Me parece —dijo Franz a Alberto— que si ese hombre reúne tan buenas cualidades como asegura maese Pastrini, hubiera debido enviarnos su invitación de otra manera, bien escribiéndonos, bien...

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Entre —dijo Franz.

Un sirviente, vestido con una librea muy elegante, apareció en el umbral de la puerta.

—De parte del conde de Montecristo, para el señor Franz d'Epínay y para el señor vizconde Alberto de Morcerf —dijo.

Y dio al posadero dos cartas, quien a su vez las entregó a los dos jóvenes.

—El señor conde de Montecristo —prosiguió el criado— me encarga que solicite a estos señores permiso para presentarse mañana por la mañana, como vecino, en su casa, y desearía tener el honor de informarse de a qué hora podrá visitarlos.

—A fe mía —dijo Alberto a Franz—, que no hay nada que reprocharle.

—Dígale al conde —respondió Franz—, que seremos nosotros quienes tendremos el honor de visitarle.

El criado se retiró.

—He aquí lo que se llama un asalto elegante —comentó Alberto—. Vamos, decididamente, usted tenía razón, maese Pastrini; su conde de Montecristo es un hombre *comme il faut*.

—Entonces, ¿aceptan ustedes su oferta? —dijo el posadero.

—Pues claro que sí —contestó Alberto—. Sin embargo, se lo confieso, siento no tener nuestra carreta y los segadores; y si no dispusiéramos de las ventanas del palacio Rospoli para compensar lo que perdemos, creo que volvería a mi primera idea. ¿Qué dices tú, Franz?

—Digo que también me convencen las ventanas del palacio Rospoli —respondió el aludido.

En efecto, aquella oferta de dos sitios en una ventana del palacio Rospoli, había recordado a Franz la conversación que escuchara en las ruinas del Coliseo, entre su desconocido y el transtiberino, conversación en la cual el hombre de la capa se comprometía a obtener la gracia de un condenado. Ahora bien, si el hombre de la capa, era, como todo hacía creer a Franz, el mismo cuya aparición en la sala Argentina tanto le había preocupado, lo reconocería sin duda alguna y entonces nada le impediría satisfacer su curiosidad respecto a dicho punto.

Franz pasó una parte de la noche soñando con sus dos apariciones y deseando que llegase el día siguiente. En efecto, éste debía aclararlo todo; y esta vez, a menos que el conde de Montecristo no poseyese el anillo de Gíges, y, gracias a este anillo, la facultad de hacerse invisible, era evidente que no se le escaparía. Por consiguiente, se despertó antes de las ocho.

En cuanto a Alberto, como no tenía los mismos motivos que Franz para ser madrugador, aún dormía apaciblemente.

Franz mandó llamar al posadero, que se presentó con su obsequiosidad acostumbrada.

—Maese Pastrini —le dijo— ¿no debe celebrarse hoy una ejecución?

—Sí, excelencia; pero si me pregunta eso para disponer de una ventana, se acuerda usted demasiado tarde.

—No —repuso Franz—. Además, si quisiera ver ese espectáculo, supongo que encontraría sitio en el monte Pincio.

—¡Oh! Me parece que su excelencia no querría mezclarse con toda la chusma, de la cual es una especie de anfiteatro natural.

—Es probable que no vaya —dijo Franz—, pero desearía saber algunos detalles.

—¿Cuáles?

—Quisiera saber el nombre de los condenados y la clase de suplicio que sufrirán.

—¡Oh! Lo pregunta a tiempo, excelencia. Justamente acaban de enviarme las *tavolette*.

—¿Qué significa eso de las *tavolette*?

—La *tavolette* son unas tablas de madera que cuelgan en todas las esquinas de las calles la víspera de las ejecuciones, y en las cuales se inscriben los nombres de los condenados, las causas de su condena y la clase de suplicio que padecerán. Este aviso tiene por objeto invitar a los fieles a que rueguen a Dios a fin de que los culpables tengan un sincero arrepentimiento.

—¿Y le traen a usted estas tablillas para que una sus plegarias a las de los fieles? —preguntó Franz con aire de duda.

—No, excelencia; me he entendido con el repartidor, y me las ha traído como me trae los anuncios de los espectáculos, a fin de que, si alguno de mis clientes desea asistir a la ejecución, tengan noticia de ella.

—¡Ah! Es una atención en extremo delicada —exclamó Franz.

—¡Oh! —dijo maese Pastrini, sonriendo—. Puedo vanagloriarme de hacer cuanto me es posible para satisfacer a los nobles extranjeros que me honran con su confianza.

—¡Eso es lo que veo, mi querido señor! Y es lo que repetiré a quienquiera escucharme, esté tranquilo. Mientras tanto, desearía leer una de esas *tavolette*.

—Es bien fácil —replicó el posadero abriendo la puerta—. He hecho poner una en este piso.

Salió, descolgó la tablilla y se la mostró a Franz. He aquí la traducción literal del anuncio patibulario:

«Se hace saber a todos que el martes 22 de febrero, primer día de carnaval, serán, por mandato del tribunal de la Rota, ejecutados en la plaza del Popolo el llamado Andrea Rondolo, culpable de asesinato en la persona del canónigo de la iglesia de San Juan de Letrán, y el llamado Peppino, alias *Rocca Priori*, convicto de complicidad con el detestable bandido Luigi Vampa y los hombres de su banda.

El primero será *mazzolato*.

El segundo *decapitato*.

Las almas caritativas pueden rogar a Dios por el sincero arrepentimiento de estos dos desgraciados condenados».

Era lo mismo que Franz escuchara la antevíspera en las ruinas del Coliseo, y nada había cambiado en el programa: el nombre de los condenados, la causa de su suplicio y el género de su ejecución eran exactamente iguales.

De manera que, con toda probabilidad, el transtiberino no era otro que el bandido Luigi Vampa, y el hombre de la capa, Simbad el Marino, que en Roma como en Portovecchio y en Túnez, proseguía la carrera de sus filantrópicas expediciones.

Entretanto, transcurría el tiempo; ya eran las nueve y Franz iba a despertar a Alberto cuando, para su gran asombro, le vio salir completamente vestido de su habitación. El carnaval le había hecho madrugar, despertándole antes de lo que su amigo esperaba.

—¿Y bien? —preguntó Franz al mesonero—. Ahora que ya estamos a punto, ¿cree usted, mi querido señor Pastrini, que podemos presentarnos en el aposento del conde de Montecristo?

—¡Oh! Claro que sí —respondió—. El conde de Montecristo tiene la costumbre de ser madrugador, y estoy seguro de que ya hace más de dos horas que se encuentra levantado.

—¿Y no cree usted que será una indiscreción presentarse ante él a esta hora?

—Ninguna.

—En ese caso, Alberto, si estás dispuesto...

—Desde luego —replicó Alberto.

—Vamos a dar las gracias a nuestro vecino por su atención.

—Vamos.

Franz y Alberto no tenían más que atravesar el corredor. El posadero se adelantó y llamó; un criado salió a abrir.

—*I signori francesi* —dijo maese Pastrini.

El sirviente se inclinó y les hizo seña de que entraran.

Atravesaron dos piezas amuebladas con un lujo que no esperaban encontrar en el hotel de maese Pastrini, y al fin llegaron a un salón de una elegancia perfecta. Una alfombra de Turquía cubría el pavimento, y los muebles más confortables brindaban sus almohadones blandos y sus respaldos inclinados hacia atrás. Magníficos cuadros de maestros famosos se mezclaban con trofeos de espléndidas armas, que colgaban de las paredes, y grandes cortinajes mecíanse delante de las puertas.

—Si sus excelencias desean sentarse —dijo el criado—, voy a prevenir al señor conde.

Y desapareció por una de las puertas.

En el momento que ésta se abrió, el sonido de una guzla llegó hasta ellos, pero se extinguió inmediatamente: la puerta, cerrada casi al mismo tiempo de abrirse, no dejó penetrar en el salón más que un soplo de armonía.

Franz y Alberto cambiaron una mirada y volvieron sus ojos hacia los muebles, los cuadros y las armas. Todo aquello, aún les pareció más maravilloso que a primera vista.

—Y bien —preguntó Franz a su amigo—, ¿qué dices de todo esto?

—A fe mía, querido, digo que es preciso que nuestro vecino sea algún agente de cambio que haya jugado a la baja sobre los fondos españoles, o algún príncipe que viaja de incógnito.

—¡Chist! —le dijo Franz—. Eso lo vamos a saber ahora, porque ya viene.

En efecto, el ruido de una puerta girando sobre sus goznes acababa de llegar a nuestros visitantes; y casi inmediatamente la tapicería se levantó a fin de dar paso al propietario de todas aquellas riquezas.

Alberto avanzó hacia él, pero Franz se quedó clavado en su sitio.

El que acababa de entrar no era sino el hombre de la capa del Coliseo, el desconocido del palco, y el misterioso huésped de la isla de Montecristo.

La Mazzolata

—Señores —dijo al entrar el conde de Montecristo—, perdónenme por haber dejado que se adelantasen, pero presentándome antes en su casa hubiera temido ser indiscreto. Por otra parte, me habían dicho que ustedes vendrían, y les he estado esperando.

—Teníamos que darle las gracias, Franz y yo, señor conde —contestó Alberto—, pues, verdaderamente, usted nos saca de un gran atolladero; estábamos a punto de inventar los vehículos más fantásticos en el momento que su amable invitación llegó a nuestras manos.

—¡Oh, Dios mío! Señores —replicó el conde haciendo señas a ambos para que se sentaran en un diván—, es culpa de ese imbécil de Pastrini, que les haya dejado tanto tiempo con tal preocupación. No me había dicho nada acerca de sus apuros, a mí, que solo y aislado como estoy aquí, no busco sino una ocasión para trabar conocimiento con mis vecinos. Desde el instante en que supe que podía servirlos en algo, ya han visto con qué apresuramiento he cogido esa ocasión para ofrecerles mis servicios.

Ambos jóvenes se inclinaron. Franz aún no había encontrado una sola palabra que pronunciar; tampoco había tomado una decisión, y, como nada indicaba que el conde quisiera reconocerle o deseara ser reconocido por él, no sabía si debía, con alguna palabra, hacer alusión al pasado o dejar espacio al porvenir para que le diese nuevas pruebas. Por otra parte, seguro de que era el conde quien estaba la víspera en el palco, no podía responder tan positivamente de que fuese también él quien se encontraba la antevíspera en el Coliseo; resolvió, pues, dejar que las cosas siguieran su curso sin hacer ninguna pregunta directa. Además tenía cierta superioridad sobre él, ya que era dueño de su secreto, mientras que, por el contrario, el conde no podía tenerla sobre Franz, que nada tenía que ocultar.

Sin embargo, resolvió hacer que la conversación recayese sobre el punto que podría, según lo esperaba, aclarar un poco sus dudas.

—Señor conde —le dijo—, nos ha ofrecido dos asientos en su coche y dos sitios en sus ventanas del palacio Rospoli; ahora, ¿podría decirnos cómo nos procuraríamos un puesto cualquiera, como dicen en Italia, en la plaza del Popolo?

—¡Ah, sí! Es cierto —replicó el conde con aspecto distraído y mirando a Morcerf con mucha atención—. ¿No se ha de llevar a cabo, en la plaza del Popolo, algo así como una ejecución?

—Sí —respondió Franz, viendo que el mismo conde iba adonde quería llevarle.

—Espere, espere; creo haber dicho ayer a mi intendente que se ocupara de eso. Tal vez, aún pueda hacerles ese servicio. Alargó la mano hacia el cordón de la campanilla, del cual tiró tres veces.

—¿Están ustedes siempre preocupados —dijo a Franz—, con el empleo del tiempo y el medio de simplificar las idas y venidas de los sirvientes? Yo he hecho un estudio: cuando llamo una vez, es para mi ayuda de cámara; dos veces, para mi mayordomo; tres veces, para mi intendente. De esta forma no pierdo ni un minuto ni una palabra. Ve, aquí aparece nuestro hombre.

Entonces vio entrar a un individuo de cuarenta y cinco a cincuenta años, que a Franz le pareció que se trataba del contrabandista que le introdujera en la gruta, pero que no parecía reconocerle.

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, ¿se ocupó usted, como le dije ayer, de que me proporcionase una ventana sobre la plaza del Popolo?

—Sí, excelencia —respondió el intendente—, pero ya era demasiado tarde.

—¡Cómo! —exclamó el conde, frunciendo las cejas—. ¿No le dije que deseaba tener una?

—Y su excelencia tiene una, la que estaba alquilada al príncipe Lobanieff; pero me he visto obligado a pagar cien...

—Está bien, está bien, señor Bertuccio, ahorre a estos señores esos detalles. Ya que se ha conseguido la ventana, basta con eso. Dé la dirección al cochero, y espérenos en la escalera para acompañarnos. Puede irse.

El intendente saludó y dio un paso para retirarse.

—¡Ah! —agregó el conde—. Hágame el favor de preguntar a Pastrini si ha recibido la *tavoletta* y si quiere enviarme el programa de la ejecución.

—Es innecesario —replicó Franz, sacando su libreta de notas del bolsillo—. He tenido esas tablillas y las he copiado. Aquí está su contenido.

—Perfectamente; entonces, señor Bertuccio, puede retirarse; ya no le necesito. Diga que nos avisen cuando esté servido el almuerzo. Estos señores —prosiguió volviéndose hacia los dos amigos—, me harán el honor de comer conmigo, ¿no es así?

—Pero, en verdad, señor conde —protestó Alberto—, sería abusar.

—No, por el contrario, me proporcionarán un gran placer; ya me devolverán esto en París, uno u otro, o tal vez los dos. Señor Bertuccio, avise que pongan tres cubiertos.

Cogió la libreta de manos de Franz.

—Decíamos, pues —prosiguió en el mismo tono que si estuviese leyendo los *Petites Affiches*—, que «serán ejecutados hoy, 22 de febrero, el llamado Andrea Rondolo, culpable de asesinato en la persona muy respetable y venerable de don César Torlini, canónigo de la iglesia de San Juan de Letrán, y el llamado Peppino, alias *Rocca Priori*, convicto de complicidad con el destacable bandido Luigi Vampa y los hombres de su banda...». ¡Hum! «El primero será *mazzolato*, y el segundo, *decapitato*». Sí, en efecto —añadió el conde—, así era cómo debía suceder en principio; pero creo que desde ayer ha sufrido cierto cambio la orden y la ejecución de la ceremonia.

—¡Bah! —dijo Franz.

—Sí, ayer en casa del cardenal Rospigliosi, en donde pasé la velada, se habló de cierta prórroga concedida a uno de los condenados.

—¿A Andrea Rondolo?

—No —replicó con negligencia el conde—, al otro —y echó un vistazo al cuaderno para recordar el nombre—, a Peppino, alias *Rocca Priori*. Esto los salva de la guillotina, pero les queda la *mazzolata* que es un suplicio bastante curioso cuando se ve por primera vez, e incluso por segunda; el otro, que, por el contrario, ya deben conocer, es muy sencillo, demasiado igual: no tiene nada de inesperado. La *mandaia* no se equivoca, no tiembla, no golpea en falso, no se repite treinta veces como el soldado que cortaba la cabeza al conde de Chalais, a quien, por lo demás, Richelieu posiblemente había recomendado el paciente. ¡Ah! Callen —añadió el conde en tono despreciativo—, no me hablen de los europeos para los supli-

cios, no saben nada y verdaderamente están en la infancia, o más bien, en el despertar de la crueldad.

—Realmente, señor conde —respondió Franz—, cualquiera creería que ha realizado usted un estudio comparado de los suplicios aplicados en los diferentes países del mundo.

—Pocos habrá que no haya visto —repuso el conde con frialdad.

—¿Y ha encontrado usted algún placer asistiendo a esos horribles espectáculos?

—Mi primer sentimiento fue de repulsión, el segundo de indiferencia, y finalmente de curiosidad.

—¿Curiosidad? ¿No se da usted cuenta de que es una palabra terrible?

—¿Por qué? En la vida no hay más que una preocupación importante: la muerte. Bueno, ¿acaso no resulta curioso estudiar las diferentes maneras en que el alma se desprende del cuerpo, y cómo, según los caracteres, los temperamentos e incluso las costumbres de los países, los individuos soportan ese supremo paso del ser a la nada? En cuanto a mí, les respondo de una cosa: cuanto más se ve morir, más fácil resulta la muerte: así, a juicio mío, la muerte puede ser un suplicio, pero no es una expiación.

—No le comprendo bien —dijo Franz—. Explíquese, porque no puedo decir hasta qué punto me interesa cuanto expresa.

—Escuche —dijo el conde, y su rostro se ensombreció de odio igual que el de otro se colorea de sangre—. Si un hombre hubiese hecho perecer, por medio de torturas atroces, por medio de tormentos sin fin, a su padre, a su madre, a su amada, a uno de esos seres, en fin, que más arraigados están en su corazón, dejando un vacío eterno y una llaga siempre sangrienta, ¿cree usted que la reparación que le exige la sociedad es suficiente porque el hierro de la guillotina pase entre la base del occipital y los músculos trapecios del asesino, y porque ese que le ha hecho sentir durante años grandes sufrimientos morales, experimente algunos segundos de dolor físico?

—En efecto, lo sé —repuso Franz—. La justicia humana es suficiente como acción consoladora: puede verter sangre a cambio de la sangre, eso es todo; es preciso pedirle lo que puede dar de sí y no otra cosa.

—Y aún le expondré ahora un caso material —prosiguió el conde—: aquel en que la sociedad, atacada por la muerte de un indivi-

duo en la base sobre la cual se apoya, venga la muerte con la muerte; ¿pero no hay dolores con los que las entrañas del hombre pueden desgarrarse sin que la sociedad se ocupe en ello, sin que le ofrezca un medio insuficiente de venganza como el citado anteriormente? ¿No existen crímenes para los cuales el palo de los turcos, las artesas de los persas o los nervios retorcidos de los iroqueses resultarían suplicios demasiado blandos, y que, sin embargo, la sociedad indiferente deja sin castigo?... Responda, ¿no existen tales crímenes?

—Sí —replicó Franz—, y para castigarlos se ha tolerado el duelo.

—¡Ah, el duelo! —exclamó el conde—. Divertida manera, a fe mía, de llegar a un fin cuando éste es la venganza. Un hombre que le ha arrebatado a su amante, un hombre que haya seducido a su esposa, un hombre que haya deshonrado a su hija; de toda una vida que tenía derecho a esperar de odios la parte de felicidad que ha prometido a todo ser humano al crearlo, ha hecho una existencia de dolor, de miseria o de infamia, ¿y cree usted estar vengado porque ese hombre, que ha provocado el delirio en su mente y la desesperación en su corazón, reciba una estocada en el pecho o una bala en la cabeza? ¡Vamos! Sin contar que, frecuentemente es el culpable quien sale triunfante del duelo, limpio a los ojos de todo el mundo y con una especie de absolución por parte de Dios. No, no —continuó el conde—, si yo tuviera que vengarme alguna vez, no sería así como me vengaría.

—Entonces, ¿desaprueba usted el duelo? ¿No se batiría usted en duelo? —preguntó a su vez Alberto, asombrado al oír tan extraña teoría.

—¡Oh! Sí —afirmó el conde—. Entendámonos, me batiría en duelo por una insignificancia, por un insulto, por un desaire, por una bofetada, y esto con mayor indiferencia porque, gracias a la destreza adquirida en los ejercicios de armas y a la costumbre que tengo del peligro, estaría casi seguro de matar a mi contrario. ¡Oh! Sí, me batiría por todo eso; pero por un dolor lento, profundo, infinito, eterno, devolvería, si es posible, un dolor semejante al que me hubiesen causado: ojo por ojo diente por diente, como dicen los orientales, nuestros maestros en todas las cosas, esos elegidos de la Creación, que supieron forjarse una vida de sueños y un paraíso de realidades.

—Pero —dijo Franz al conde—, con esa teoría se constituye usted en juez y verdugo de su propia causa, y es difícil que usted

mismo escape al poder de la ley. El odio es ciego, la cólera aturrida, y quien toma a su cargo la venganza, se arriesga a beber un amargo brebaje.

—Ciertamente, si es pobre y torpe; si es millonario y hábil. Por otra parte, todo lo peor que podría sucederle a él es ese suplicio de que hablábamos antes, y con el cual, la filantrópica Revolución francesa ha sustituido al descuartizamiento y a la rueda. Además, ¿qué representa el suplicio si ya se está vengado? En realidad, casi lamentando que ese miserable Peppino no sea *decapitado*, como dicen; ya verán lo que eso dura y si merece la pena hablar de ello. Pero, en verdad, señores, que sostenemos una conversación muy singular para un día de carnaval. ¿Cómo hemos venido a parar a ella? ¡Ah! Ya recuerdo, usted me pidió un puesto en mi ventana; bien, sea, ya lo tiene; pero ahora sentémonos a la mesa, porque ya vienen a anunciarnos que está servida.

En efecto, un criado abrió una de las cuatro puertas del salón y pronunció las palabras sacramentales:

—*Al suo comodo!*

Ambos jóvenes se pusieron en pie y pasaron al comedor.

Durante el almuerzo, que fue excelente y estuvo servido con un gusto exquisito, Franz buscó con los ojos la mirada de Alberto a fin de leer en ella la impresión que no dudaba habrían producido en él las palabras de su anfitrión; pero, sea que en medio de su indiferencia habitual no hubiese prestado atención, sea que lo expuesto por el conde de Montecristo no le hubiera complacido, sea en fin, que los antecedentes que hemos relatado, conocidos únicamente por Franz, hubieran aumentado para él solo el efecto de las teorías del conde, no advirtió que su compañero tuviese la más mínima preocupación; por el contrario, hacía honor a la comida como hombre condenado, desde hacía cuatro o cinco meses, a la cocina italiana, es decir, una de las peores cocinas del mundo. En cuanto al conde, apenas tocaba con los labios cada plato; podría decirse que se sentaba a la mesa con sus convidados a fin de cumplir con un simple deber de cortesía, y que esperaba su marcha para que le sirvieran algún plato extraño o particular.

Esto le recordaba a Franz, a pesar suyo, el terror que el conde inspirara a la condesa G..., y el convencimiento con que había dejado a la dama de que el conde, el hombre que le había mostrado en el palco de enfrente, era un vampiro.

Al concluir el almuerzo, Franz sacó su reloj.

—¿Por qué mira la hora? —preguntó el conde—. ¿Tienen prisa?

—Usted nos disculpará, señor conde —respondió Franz—, pero aún tenemos infinidad de cosas por hacer.

—¿Cuáles?

—Todavía no tenemos disfraz, y hoy es obligado el disfraz.

—Entonces, no se preocupen por eso. Disponemos, según creo, en la plaza del Popolo, de una habitación particular; ordenaré que lleven allí los trajes que ustedes quieran indicarme, y nos disfrazaremos al momento.

—¿Después de la ejecución? —preguntó Franz.

—Sin duda; después, mientras o antes, como usted desee.

—¿Frente al cadalso?

—El cadalso constituye parte de la fiesta.

—Oiga, señor conde, he reflexionado —dijo Franz—, decididamente le agradezco su atención, pero me conformaré con aceptar un asiento en su coche y un puesto en la ventana del palacio Rospoli; mas le dejo en libertad de disponer de mi puesto en la ventana de la plaza del Popolo.

—Pues saldrá usted perdiendo, se lo advierto, resulta algo muy curioso —respondió el conde.

—Ya me lo referirá usted —replicó Franz—, y estoy convencido de que salido de sus labios el relato me impresionará casi tanto como si lo viese. Por otra parte, más de una vez he querido obligarme yo mismo a asistir a una ejecución, pero jamás he podido decidirme. ¿Y tú, Alberto?

—Yo —respondió el vizconde—, he visto ejecutar a Castaing; pero creo que estaba un poco bebido en aquella fecha. Fue el día que salí del colegio y habíamos pasado la noche en un cabaret.

—Pero esa no es una razón; el que no haya hecho una cosa en París no significa que no deba hacerla en el extranjero. Cuando se viaja es para instruirse; cuando se cambia de lugar es para ver. Píense usted en qué cara pondría cuando le preguntasen: «¿Cómo se ejecuta en Roma?», y usted respondiese que lo ignora. Y luego, se dice que el condenado es un infame sinvergüenza, un pícaro que ha matado a golpes de morillo a un buen canónigo que le había educado como a su hijo. ¡Qué diablos! Cuando se mata a un eclesiástico se utiliza un arma más apropiada que un morillo, especialmente si ese clérigo puede ser su padre. Si usted visitase España, iría a ver

una corrida de toros, ¿no es cierto? Pues bien, suponga que es algo semejante lo que vamos a ver; acuérdense ustedes de los antiguos romanos del circo, de las cacerías en que se mataban trescientos leones y una centena de hombres. Acuérdense, pues, de los cuatrocientos mil espectadores que batían palmas, de aquellas sabias matronas que llevaban a sus hijas casaderas, y de aquellas seductoras vestales de manos blancas que hacían con el pulgar una encantadora señal que quería decir: «Vamos, más diligencia. Acaben con ese hombre que hace tres cuartos de hora que está muerto».

—¿Vas tú, Alberto? —preguntó Franz.

—A fe mía, que sí, querido. Dudaba, pero los razonamientos del conde me han decidido.

—Vamos, pues, ya que tú lo deseas —dijo Franz—. Pero al dirigirse a la plaza del Popolo, desearía pasar por la calle del Corso. ¿Es posible eso, señor conde?

—A pie, sí; en coche, no.

—Bien, iré a pie.

—¿Es tan necesario que pase usted por la calle del Corso?

—Sí, tengo algo que ver allí.

—Bien, pasaremos por la calle del Corso; enviaremos el coche a que nos espere en la plaza del Popolo, por el camino del Babuino; por otro lado, no me molesta pasar por la calle del Corso, ya que he de ver si las órdenes que di han sido ejecutadas.

—Excelencia —anunció el criado abriendo la puerta—, un hombre vestido de penitente desea hablarle.

—¡Ah! Sí —dijo el conde—. Ya sé quién es. Señores, si desean volver al salón, encontrarán en la mesa del centro excelentes cigarros de La Habana. Me reuniré con ustedes en seguida.

Ambos amigos se levantaron y salieron por una puerta mientras el conde, tras haber renovado sus excusas, salía por otra. Alberto, que era un gran aficionado a los cigarros y desde que estaba en Italia constituía para él un gran sacrificio el verse privado de los cigarros del café de París, se aproximó a la mesa y lanzó un grito de alegría al encontrar verdaderos puros.

—Dime —le preguntó Franz—, ¿qué piensas del conde de Montecristo?

—¿Que qué pienso? —dijo Alberto, visiblemente asombrado de que su compañero le hiciese semejante pregunta—. Creo que es un hombre encantador, que hace los honores de su casa a las mil

maravillas, que ha visto mucho, que ha estudiado mucho, que me ha hecho reflexionar mucho, y que, como Bruto, es de los estoicos, y... —añadió, lanzando voluptuosamente una bocanada de humo que se elevó en espirales hacia el techo—: y que, aparte todo eso, posee unos excelentes puros.

Esta era la opinión de Alberto acerca del conde; ahora bien, como Franz sabía que Alberto tenía la pretensión de no formarse opiniones respecto a los hombres y las cosas sino después de muchas reflexiones, no trató de discutirle la que tenía.

—Pero —dijo—, ¿no te has fijado en una cosa muy extraña?

—¿Cuál?

—La atención con que te miraba.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

Alberto reflexionó.

—¡Ah! —dijo, lanzando un suspiro—. No es nada extraño. Estoy ausente de París desde hace casi un año y debo haber perdido los modales mundanos. El conde me habrá tomado por un provinciano; desengañale, mi querido amigo, y dile, te lo ruego, en la primera ocasión que tengas, que no hay nada de eso.

Franz sonrió; un instante después entró el conde.

—Heme ya aquí, señores —dijo—, y por completo a su disposición; las órdenes están dadas, el coche va por su parte a la plaza del Popolo, y nosotros iremos por la nuestra, si lo desean, a la calle del Corso. Tome algunos de esos cigarros, señor de Morcerf.

—Con mucho gusto, a fe mía —dijo Alberto—, porque los cigarros italianos aún son peores que los de la tabacalera. Cuando venga por París, le devolveré todo esto.

—No es para rechazarlo; me propongo ir algún día, y, dado que usted me lo permite, iré a llamar a su puerta. Vamos, señores, vamos; no tenemos tiempo que perder; ya son las doce y media. Partamos.

Los tres descendieron. Entonces el cochero recibió las órdenes de su amo, y siguió la vía del Babuino mientras que los caminantes ascendían por la plaza de España y por la vía Frattina, que los conducía derechamente entre el palacio Piano y el palacio Rospoli.

Todas las miradas de Franz se posaron en las ventanas de este último; no había olvidado la señal convenida en el Coliseo entre el hombre de la capa y el transtiberino.

—¿Cuáles son sus ventanas? —preguntó al conde en el tono más natural que podía darse a la pregunta.

—Las tres últimas —respondió él con una negligencia que no tenía nada de afectado; porque tampoco podía adivinar la intención de aquella pregunta.

La mirada de Franz se dirigió rápidamente hacia las tres ventanas. Las ventanas de los lados aparecían adornadas con damasco amarillo, y la del centro con damasco blanco con una cruz roja.

El hombre de la capa había cumplido su promesa al transtiberino, y ya no quedaba duda alguna: el hombre de la capa era el conde.

Las tres ventanas aún estaban vacías.

Además, por todas partes se efectuaban preparativos; se colocaban sillas, se levantaban tablados, se adornaban las ventanas. Las máscaras no podían aparecer y los carruajes no podían circular hasta que sonase la campana; pero se presentían a las primeras tras todas las ventanas y a los coches detrás de todas las puertas.

Franz, Alberto y el conde continuaron descendiendo por la calle del Corso. A medida que se aproximaban a la plaza del Popolo, la multitud era cada vez más densa, y por encima de las cabezas de aquella muchedumbre veíanse elevarse sólo dos cosas: el obelisco rematado con una cruz, que indicaba el centro de la plaza, y, delante del obelisco, justo en el punto de correspondencia visual de las tres calles del Babuino, del Corso y de Ripetta, los dos terribles portos del cadalso, entre los cuales brillaba el hierro de la mandaya.

En la esquina de la calle se encontraron con el intendente del conde, que esperaba a su amo.

La ventana, alquilada a un precio desorbitante sin duda, pues el conde no quiso dar cuenta de ello a sus invitados, pertenecía al segundo piso del gran palacio situado entre la calle del Babuino y el monte Pincio; era, como se ha indicado, una especie de gabinete y tocador que comunicaba con un dormitorio; al cerrar la puerta del dormitorio los inquilinos se encontraban como en su casa; sobre las sillas habían colocado trajes de payaso, en seda blanca y azul, de lo más elegante.

—Como ustedes me dejaron escoger los trajes —dijo el conde a los dos amigos—, les he hecho preparar éstos. Primeramente, porque es lo que más se lleva este año; y luego, porque es lo más cómodo para el confetti, ya que no hay que enharinarse la cara.

Franz no entendió muy bien las palabras del conde, y no apreció, posiblemente, el valor de aquella nueva delicadeza; porque su atención estaba absolutamente absorbida por el espectáculo que presentaba la plaza del Popolo, y por el terrible instrumento que constituía su principal adorno en aquellos instantes.

Era la primera vez que Franz veía una guillotina; decimos guillotina, porque la mandaya romana está hecha casi por el mismo patrón que nuestro instrumento de muerte. La cuchilla es un semicírculo que corta por la parte convexa, que cae desde menos altura, sencillamente.

Dos hombres, sentados sobre el tablero basculante en que se echaría al condenado, almorzaban mientras tanto, y comían, por lo que Franz pudo distinguir, pan y salchichón; uno de ellos levantó el tablero, cogió una botella de vino, bebió un trago, y pasó la botella a su camarada; aquellos dos hombres eran los ayudantes del verdugo.

Ante este solo aspecto, Franz ya estaba horrorizado.

Los condenados, conducidos la víspera por la noche desde la cárcel Nueva a la pequeña iglesia de Santa María del Popolo, habían pasado la noche, asistido cada uno por dos sacerdotes, en una capilla ardiente cerrada por una verja ante la cual se paseaban dos centinelas que se relevaban cada hora.

Una doble hilera de carabineros, colocada a cada lado de la puerta de la iglesia, cubría la plaza hasta el cadalso, alrededor del cual se cerraba, dejando un camino de diez pies de ancho aproximadamente, y, alrededor de la guillotina, un espacio de un centenar de pasos de circunferencia. El resto de la plaza se hallaba abarrotado de cabezas de hombres y mujeres. Muchas de las mujeres sostenían a sus hijos sobre sus hombros. Estos niños, que sobrepasaban a la muchedumbre, estaban admirablemente situados.

El monte Pincio parecía un vasto anfiteatro en el que todo el graderío estuviese lleno de espectadores; los dos balcones de las iglesias que hacen esquina en la calle del Babuino y en la calle de Ripetta estaban llenos de privilegiados curiosos; los escalones del peristilo parecían una ola movible y abigarrada, empujada hacia el pórtico por una incesante marea; cada aspereza de la muralla que podía dar cabida a un hombre, tenía su estatua viviente.

Aquello que dijera el conde era, por consiguiente, verdad: lo más curioso que hay en la vida es el espectáculo de la muerte.

Empero, en vez del silencio que debería reinar ante la solemnidad del espectáculo, existía un gran ruido, compuesto de risas, de gritos y de gozosos chillidos que salía de aquella turba. Resultaba, pues, evidente, como lo había indicado el conde, que aquella ejecución no era, para el pueblo, más que el principio del carnaval.

De repente, aquel ruido cesó como por encanto, la puerta de la iglesia acababa de abrirse.

Una cofradía de penitentes, de la cual cada miembro vestía un saco gris agujereado solamente a la altura de los ojos, e iba con un cirio encendido en la mano, apareció en primer lugar; al frente marchaba el jefe de la cofradía.

Tras los penitentes iba un hombre de gran estatura, desnudo a excepción de un calzón de lienzo, al lado izquierdo del cual aparecía colgado un gran cuchillo metido en su vaina; sobre el hombro derecho llevaba una pesada maza de hierro. Este hombre era el verdugo.

Calzaba, además, unas sandalias atadas a las piernas por medio de cuerdas.

Detrás del verdugo marchaban, en el orden que debían ser ejecutados, primero Peppino y a continuación Andrea. Cada uno iba acompañado de dos sacerdotes. Ni uno ni otro llevaba los ojos vendados. Peppino caminaba con paso bastante firme; sin duda había recibido el aviso de lo que se preparaba para él.

Andrea iba sostenido por un sacerdote a cada brazo. Ambos besaban de vez en cuando el crucifijo que les presentaba su confesor.

Franz sintió, sólo ante esa visión, que las fuerzas le faltaban; miró a Alberto. Estaba pálido como su camisa, y con un movimiento maquinal arrojó lejos de sí su cigarro, aunque no había fumado ni la mitad de él.

Únicamente el conde parecía impasible. Tenía incluso un ligero tinte rosáceo que parecía taladrar la lívida palidez de sus mejillas.

Su nariz se dilataba como la de un animal feroz que olfatea la sangre, y sus labios, ligeramente entreabiertos, dejaban ver sus dientes blancos, pequeños y agudos como los de un chacal.

Y sin embargo, pese a todo, su rostro tenía un aspecto de risueña dulzura que Franz jamás le había visto; sus ojos negros, sobre todo, tenían una expresión de mansedumbre aterciopelada.

Entretanto, los dos condenados continuaban caminando hacia el cadalso, y a medida que avanzaban se podía distinguir los rasgos

de sus rostros. Peppino era un buen mozo de veinticuatro o veintiséis años, de tez tostada por el sol, y de mirada franca y salvaje. Llevaba la cabeza erguida y parecía olfatear el viento para saber de qué lado vendría su libertador.

Andrea era grueso y rechoncho; su rostro, de una bajeza cruel, no indicaba la edad: podía tener unos treinta años aproximadamente. En la prisión se había dejado crecer la barba. Su cabeza se inclinaba sobre uno de sus hombros, sus piernas se doblaban bajo su peso: todo su ser parecía obedecer a un movimiento maquinal en el cual no intervenía para nada su voluntad.

—Me parece —dijo Franz al conde—, que usted nos anunció que no habría más que una ejecución.

—Les he dicho la verdad —respondió fríamente.

—No obstante, ahí están los dos condenados.

—Cierto, pero de esos dos, uno roza la muerte y al otro aún le quedan largos años de vida.

—Me parece que si debe llegarle el perdón, no queda mucho tiempo para ello.

—También llega ahí; mírelo —dijo el conde.

En efecto, en el momento en que Peppino llegaba al pie de la mandaya, un penitente que parecía haberse retrasado, venía corriendo sin que los soldados pusiesen obstáculos a su paso, y, avanzaba hacia el jefe de la cofradía para entregarle un papel doblado en cuatro.

La ardiente mirada de Peppino no había perdido ninguno de estos detalles; el jefe de la cofradía desdobló el papel, lo leyó y levantó la mano.

—El Señor sea bendecido y Su Santidad sea loado —dijo en voz alta y clara—. Hay perdón de vida para uno de los condenados.

—¡Perdón! —exclamó el pueblo en un grito—. ¡Hay perdón! Al oír estas palabras, Andrea pareció saltar y levantó la cabeza.

—¿Perdón, para quién? —gritó.

Peppino permaneció inmóvil, mudo y anhelante.

—Hay perdón de la pena de muerte para Peppino, alias *Rocca Priori* —dijo el jefe de la cofradía.

Y pasó el papel al capitán que mandaba a los carabineros, el cual, tras leerlo, se lo devolvió.

—¡Perdón para Peppino! —gritó Andrea, totalmente fuera de su estado de torpor en el que parecía sumido—. ¿Por qué, perdón

para él y no para mí? Debíamos morir juntos; me habían prometido que moriría antes que yo. No tienen derecho a hacerme morir solo. ¡No quiero morir solo, no quiero!

Y se soltó de los brazos de los sacerdotes, retorciéndose, gritando, rugiendo y haciendo esfuerzos desesperados para romper las cuerdas que le ataban las manos.

El verdugo hizo una indicación a sus dos ayudantes, los cuales saltaron del cadalso y acudieron a apoderarse del condenado.

—¿Qué sucede, entonces? —preguntó Franz al conde. Porque como todo esto se decía en patois romano no lo había comprendido bien.

—¿Que qué sucede? —repitió el conde—. ¿No lo adivina? Pues que esa criatura humana que va a morir está furiosa porque su semejante no muere con ella, y, si pudiese, la desgarraría con las uñas y los dientes antes que dejarle gozar de la vida de que se va a ver privada. ¡Oh, hombres! ¡Raza de cocodrilos!, como dijo Karl Moor —exclamó el conde extendiendo los dos puños hacia aquella multitud—. ¡Qué bien se os conoce ahí, y qué dignos sois en todo tiempo de vosotros mismos!

En efecto, Andrea y los dos ayudantes del verdugo se revolcaban por el suelo gritando sin cesar el condenado:

—¡Él debe morir! ¡Quiero que muera! ¡No hay derecho a que me maten a mí solo!

—¡Miren, miren! —continuó el conde cogiendo a los dos jóvenes por las manos—. Miren, porque, a fe mía, que es curioso. He ahí un hombre que estaba resignado a su suerte, que caminaba hacia el cadalso, que iba a morir como un cobarde, es cierto, pero al fin iba a morir sin resistencia y sin recriminaciones. ¿Saben ustedes lo que le daba algo de fuerza? ¿Saben lo que le consolaba? ¿Saben lo que le hacía aceptar su suplicio con paciencia? Pues que otro participase de su sufrimiento, que otro fuese a morir con él; que el otro muriese antes que él. Conduzcan dos corderos al matadero, dos bueyes, y háganle comprender a uno de ellos que su compañero no morirá, el cordero balará de gozo y el buey mugirá de alegría; pero el hombre, el hombre que Dios ha hecho a su imagen, el hombre a quien Dios ha dado una voz para expresar su pensamiento, ¿cuál será su primer grito cuando sepa que su compañero está salvado? Una blasfemia. Honrad al hombre, esa obra maestra de la naturaleza, ese rey de la creación.

Y el conde soltó una carcajada, más una risa terrible que indicaba que debió sufrir horriblemente para poder reírse de aquella forma.

Sin embargo, la lucha continuaba, y era algo espantoso verla. Los dos ayudantes conducían a Andrea al cadalso; todo el pueblo había tomado partido contra él, y veinte mil voces gritaban al unísono:

—¡A muerte! ¡A muerte!

Franz se echó hacia atrás; pero el conde volvió a cogerlo del brazo y le retuvo ante la ventana.

—¿Qué hace usted? —le dijo—. ¿Siente compasión? Si oyese aullar a un perro rabioso, usted cogería su fusil, se echaría a la calle y mataría sin misericordia a bocajarro al pobre animal, que, a fin de cuentas, no sería culpable más que de ser mordido por otro animal y devolver lo que le hicieron. Pero he aquí que tiene usted piedad de un hombre a quien nadie ha mordido, y que, no obstante, mató a su bienhechor, y que ahora, no pudiendo matar a nadie porque tiene las manos atadas, quiere a toda costa ver morir a su compañero de cautividad, a su camarada de infortunio. No, no, mire, mire.

La recomendación resultaba casi inútil. Franz estaba como fascinado por el horrible espectáculo. Los dos ayudantes habían arrasado al condenado hasta el cadalso y allí, a pesar de sus esfuerzos, sus mordiscos y sus gritos, habían conseguido ponerle de rodillas. Mientras tanto, el verdugo se había situado al lado, con la maza atrás; a una señal, ambos ayudantes se apartaron. El condenado quiso levantarse, pero, antes de que tuviese tiempo, la mano se abatió sobre su sien izquierda; se oyó un ruido sordo y seco, el reo cayó como un buey, la cara contra el suelo, tras un rebote se volvió sobre la espalda. Entonces el verdugo dejó caer la maza, sacó el cuchillo de su cintura, de un solo tajo le abrió la garganta, y, saltando inmediatamente sobre su vientre, se puso a patear con los pies.

A cada presión, un chorro de sangre se escapaba del cuello del condenado.

Franz no pudo contenerse ya más; se echó hacia atrás y se dejó caer, medio desvanecido sobre un sillón.

Alberto, con los ojos cerrados, permaneció de pie, pero agarrándose a las cortinas de la ventana.

El conde estaba de pie y triunfante como el ángel malo.

El carnaval de Roma

Cuando Franz volvió en sí encontró a Alberto bebiendo un vaso de agua, y a juzgar por su palidez la necesitaba mucho, y al conde vistiéndose su traje de payaso. Echó una ojeada maquinal a la plaza; todo había desaparecido, cadalso, verdugos y víctimas; no quedaba más que el pueblo alborotado, alegre y bullicioso; la campana del monte Citorio, que no se tocaba más que para la muerte del Papa y la apertura de la mascarada, repicaba velozmente.

—Y bien —preguntó al conde—, ¿qué ha sucedido?

—Nada, absolutamente nada —dijo—, como usted ve; sólo que ha empezado el carnaval. Vistámonos rápidos.

—En efecto —respondió Franz al conde—, no queda de esa horrible escena sino la huella de un sueño.

—Es que no ha sido otra cosa más que un sueño, una pesadilla, lo que usted ha tenido.

—Yo, sí, pero ¿y el condenado?

—También es un sueño; sólo que él aún continúa dormido y usted se ha despertado. ¿Y quién puede afirmar cuál de los dos es el privilegiado?

—Pero —preguntó Franz— ¿qué ha sido de Peppino?

—Peppino es un muchacho de sentido común, que no tiene el menor orgullo, y que, contra la costumbre de los hombres que se enfurecen cuando no se ocupan de ellos, se ha alegrado de que la atención general se centrara en su camarada; por consiguiente, ha aprovechado la ocasión para escurrirse por entre la muchedumbre y desaparecer, sin dar siquiera las gracias a los dignos sacerdotes que le han acompañado. Decididamente, el hombre es un animal muy ingrato y muy egoísta... Pero véstase usted; fíjese en cómo el señor de Morcerf le da ejemplo.

En efecto, Alberto se ponía maquinalmente su pantalón de tafetán por encima de su pantalón negro y sus botas de charol.

—Dime, Alberto —preguntó Franz—, ¿estás dispuesto a cometer alguna locura? Vamos, responde francamente.

—No —dijo—, pero en verdad, ahora me alegro de haber presenciado este hecho, y comprendo lo que decía el señor conde: cuando uno ha podido habituarse a tal espectáculo, es el único que aún proporciona emociones.

—Aparte que en esos momentos también se puede hacer un estudio de los caracteres —replicó el conde—. En el primer peldaño del cadalso, la muerte arranca la máscara que se ha llevado toda la vida, y aparece el verdadero rostro. Hay que convenir en que el de Andrea no se podía ver... ¡Hedía el pícaro!... ¡Vistámonos, señores, vistámonos!

Franz habría resultado ridículo haciendo remilgos de jovencita y no siguiendo el ejemplo que le daban sus dos camaradas. Se puso, pues, su traje y su careta, que, ciertamente, no era más pálida que su rostro.

Una vez estuvieron arreglados, descendieron. El coche esperaba a la puerta, lleno de dulces y de ramilletes. Tomaron puesto en la fila.

Es difícil forjarse una idea del cambio tan completo que acababa de operarse. En lugar de aquel espectáculo de muerte, sombrío y silencioso, la plaza del Popolo ofrecía un aspecto de locura y bulliciosa orgía. Una muchedumbre de máscaras salían, se desbordaban por doquier, se escapaban por las puertas, descendían por las ventanas; los coches desembocaban por todas las esquinas de la calle cargados de pierrots, de arlequines, de dominós, de marqueses, de transtiberinos, de figuras grotescas, de caballeros, de campesinos: todo esto gritando, gesticulando, lanzándose huevos llenos de harina de confetti, ramilletes; atacando con la palabra y los proyectiles a amigos y extraños, a conocidos y desconocidos, sin que nadie tenga derecho a enfadarse, y sin que se haga más que reír.

Franz y Alberto estaban como los hombres que, para distraerlos de una violenta emoción, se los conduce a una orgía, y que, a medida que beben y se embriagan, sienten espesarse un velo entre lo pasado y lo presente. Veían siempre, o más bien conservaban el reflejo de lo que habían visto. Pero poco a poco la borrachera general fue dominándolos: les pareció que su razón vacilante iba a abandonarlos; experimentaron una sensación extraña de tomar parte en aquel jolgorio, en aquel movimiento, en aquel vértigo. Un pu-

ñado de dulces dirigido a Morcerf desde un carruaje vecino, y que, cubriéndole de polvo como a sus dos compañeros, le pinchó en el cuello y en toda la parte de la cara que no le cubría el antifaz, como si le hubiesen arrojado cien alfileres, acabó por lanzarlo a la lucha general en la cual estaban enzarzadas todas las máscaras que se encontraban. Se levantó a su vez en el coche, cogió proyectiles de los sacos a manos llenas y, con toda la fuerza y la habilidad de que era capaz, arrojó a su vez yemas de dulce y almendrados a sus vecinos.

Desde entonces se trabó el combate. El recuerdo de lo que vieran media hora antes, se borró totalmente de la imaginación de los dos amigos; tanto había influido en ellos aquel espectáculo movable, alegre e insensato que tenían a la vista para su diversión. En cuanto al conde de Montecristo, como ya se ha indicado, nunca pareció impresionado ni un solo instante.

En efecto, imagínese esa bella y grande calle del Corso, bordeada de un extremo al otro por palacios de cuatro o cinco pisos, con todos sus balcones adornados de tapicería y todas sus ventanas abanderadas; en aquellos balcones y en aquellas ventanas, trescientos mil espectadores, romanos, italianos, extranjeros llegados de las cuatro partes del mundo: todas las aristocracias reunidas, aristocracia de nacimiento, de dinero y de inteligencia; mujeres encantadoras, que bajo la influencia de aquel espectáculo se inclinaban sobre los balcones, se asomaban fuera de las ventanas, haciendo llover sobre los carruajes que pasaban una granizada de confetti que se les devuelve con ramilletes; toda la atmósfera recargada de almendrados que descienden y de flores que suben; luego, sobre el pavimento de la calle una turba alegre, incesante, alocada y con vestidos extravagantes: coles gigantescas que se paseaban, cabezas de búfalos que mugían sobre torsos humanos, perros que parecían caminar sobre las patas traseras; y en medio de todo esto, una máscara que se levanta, y, en esa tentación de San Antonio soñada por Callot, alguna Astarté mostrando su deslumbradora figura, que se desea seguir y es separada por una especie de demonios parecidos a los que se ven en sueños; y de este modo se tendrá una débil idea de lo que es el carnaval de Roma.

A la segunda vuelta, el conde hizo parar el carruaje y solicitó permiso a sus compañeros para abandonarlos dejándoles el vehículo a su disposición. Franz levantó la vista: se hallaban ante el palacio Rospoli, y en la ventana central, aquella que estaba adornada con

damasco blanco con una cruz roja, se hallaba un dominó azul, dentro del cual la imaginación de Franz situó sin esfuerzo a la bella griega del teatro Argentina.

—Señores —dijo el conde saltando a tierra—, cuando se cansen de ser actores y deseen ser espectadores, ya saben que tienen sitio en mis ventanas. Mientras tanto, dispongan de mi cochero, de mi coche y de mis criados.

Hemos olvidado decir que el cochero del conde iba vestido con una piel de oso negro, exactamente igual a la de Odry en *El oso y el bajá*, y que los dos lacayos que iban de pie detrás de la calesa, llevaban trajes de mono verde, perfectamente adaptados a sus medidas, y máscaras de resortes con las cuales hacían muecas a los paseantes.

Franz agradeció al conde su delicado ofrecimiento; en cuanto a Alberto, estaba coqueteando con un carruaje lleno de campesinas romanas, detenido, como el del conde, por uno de esos descansos tan comunes en las filas en el que se tiran ramilletes.

Desgraciadamente para él, la fila prosiguió su movimiento, y mientras él descendía hacia la plaza del Popolo, el coche que atrajera su atención ascendía hacia el palacio de Venecia.

—¡Ah, querido! —dijo a Franz—. ¿No has visto?

—¿Qué? —preguntó Franz.

—Fíjate; aquella calesa que se marcha abarrotada de campesinas romanas.

—No.

—Bien, estoy seguro de que son unas mujeres encantadoras.

—¡Qué desgracia que estés enmascarado, mi querido Alberto! —dijo Franz—, era la ocasión de encontrar uno de tus escarceos amorosos.

—¡Oh! —replicó el aludido, medio riendo y medio convencido—. Confío en que el carnaval no concluya sin reportarme alguna aventura.

A pesar de esta esperanza de Alberto, todo el día transcurrió sin más aventuras que el renovado encuentro de la calesa con las campesinas romanas. En uno de esos reencuentros, bien por casualidad, bien por cálculo de Alberto, se le desprendió la careta.

En este reencuentro, cogió el resto de los ramilletes y los arrojó al carruaje.

Sin duda, una de aquellas mujeres a las que Alberto suponía encantadoras bajo el coquetón vestido de campesina, quedó prendida

por esta galantería, pues a su vez, cuando el coche de los dos amigos volvió a pasar, ella arrojó un ramo de violetas.

Alberto se precipitó sobre el ramo. Como Franz no tenía motivo alguno para creer que iba dirigido a su persona, dejó que Alberto se apoderase de él. Alberto lo puso victoriosamente en su ojal, y el coche continuó su carrera triunfante.

—Bien —le dijo Franz—, ahí tienes un principio de aventura.

—Ríete cuanto quieras —le respondió—, pero en verdad lo creo; así, pues, no me desprendo de este ramillete.

—¡Diantre, es cierto! —dijo Franz, riendo—. Es una señal de reconocimiento.

La broma, por otra parte, en seguida adquirió un carácter de realidad, porque cuando Franz y Alberto, siempre siguiendo la fila, se cruzaron nuevamente con el coche de las *contadine*, aquella que arrojó el ramillete a Alberto aplaudió al vérselo puesto en el ojal.

—Bravo, querido, bravo —le dijo Franz—. Esto se presenta a las mil maravillas. ¿Quieres que me vaya, si prefieres quedarte solo?

—No —le contestó—, no nos arriesguemos tanto; no quiero dejarme engañar como un tonto a la primera demostración, a una cita bajo el reloj, como decimos en el baile de la Ópera. Si la bella campesina tiene deseos de ir más lejos, ya la veremos mañana, o más bien nos encontrará. Entonces me dará señales de existencia, y yo veré lo que tengo que hacer.

—En verdad, mi querido Alberto —asintió Franz—, eres tan sabio como Néstor y tan prudente como Ulises; y si tu Circe llega a transformarte en algún animal cualquiera, tendrá que ser muy diestra o muy poderosa.

Alberto tuvo razón. La bella desconocida había resuelto, sin duda, no llevar más lejos la intriga en aquel día; porque, aunque los jóvenes dieron varias vueltas más, no volvieron a ver la calesa que buscaban sus ojos: sin duda había desaparecido por una de las calles adyacentes.

Entonces regresaron al palacio Rospoli, pero el conde también había desaparecido con el dominó azul. Las dos ventanas adornadas de damasco amarillo continuaban, por lo demás, siendo ocupadas por personas que sin duda había invitado él.

En aquel momento la misma campana que anunciara la apertura del carnaval, sonó para la retirada. La fila del Corso se rompió

inmediatamente, y en un instante todas las carrozas desaparecieron por las calles transversales.

Franz y Alberto se encontraban en aquellos momentos frente a la Via delle Maratte.

El cochero la enfiló sin decir nada, y, alcanzando la plaza de España a lo largo del palacio Poli, se detuvo delante del hotel.

Maese Pastrini acudió a recibir a sus huéspedes en el umbral de la puerta.

La primera cosa que hizo Franz fue informarse acerca del conde y expresar su pesar por no haberle ido a buscar a tiempo. Pero Pastrini le tranquilizó diciéndole que el conde de Montecristo había preparado un segundo coche para él, y que dicho vehículo fue a buscarle a las cuatro al palacio Rospoli. Por otra parte, estaba encargado para ofrecer a los dos amigos la llave de su palco en el teatro Argentina.

Franz interrogó a Alberto acerca de sus intenciones; pero Alberto tenía grandes proyectos para poner en ejecución antes de pensar en dirigirse al teatro. Por consiguiente, en vez de responder, se informó si maese Pastrini podría indicarle un sastre.

—¿Un sastre? —exclamó el hotelero—. ¿Y para qué?

—Para hacernos de hoy a mañana dos trajes de campesinos romanos, tan elegantes como sea posible —respondió Alberto. Maese Pastrini meneó la cabeza.

—¡Hacerles de hoy a mañana dos trajes! —exclamó—. He aquí lo que se llama, y perdónenme sus excelencias, un pedido a la francesa. ¡Dos trajes! Cuando de aquí a ocho días no se encontraría ni un sastre que consintiera en coser seis botones a un chaleco, ni pagándole un escudo por pieza.

—Entonces, ¿tendremos que renunciar a procurarnos los trajes que deseo?

—No, porque obtendremos esos trajes ya confeccionados. Déjeme ocuparme en ello, y mañana, al despertar, encontrará una colección de sombreros, de chaquetas y de calzones, con los cuales quedarán satisfechos.

—¡Ah, querido! —exclamó Franz a Alberto—. Confiemos en nuestro mesonero, que ya nos ha demostrado con suficiencia que es hombre de recursos. Cenemos tranquilamente, y después de cenar vayamos a ver *La italiana en Argel*.

—Sea por *La italiana en Argel* —consintió Alberto—, pero piense, maese Pastrini, que el señor y yo —continuó designando a

Franz—, tenemos muchísimo interés en poseer mañana los trajes que le hemos pedido.

El posadero aseguró por última vez a sus huéspedes que no debían inquietarse por nada, y que serían servidos según sus deseos; ante lo cual, Franz y Alberto subieron para quitarse los trajes de payaso, Alberto, al quitarse el suyo, guardó con sumo cuidado el ramillete de violetas: era su señal de reconocimiento para el día siguiente.

Ambos amigos se sentaron a la mesa; pero mientras cenaban, Alberto no pudo dejar de advertir la notable diferencia que existía entre los méritos respectivos del cocinero de maese Pastrini y el del conde de Montecristo. Ahora bien, la verdad obligó a confesar a Franz a pesar de las prevenciones que parecía tener contra el conde, que la comparación no resultaba nada ventajosa para el cocinero de maese Pastrini.

A los postres, el criado se informó respecto a la hora en que los jóvenes deseaban el coche. Alberto y Franz se miraron, temiendo, verdaderamente, ser indiscretos. El sirviente los comprendió.

—Su excelencia el conde de Montecristo —les dijo—, ha dado órdenes tajantes para que el coche permanezca todo el día a las órdenes de sus señorías. Sus señorías, por tanto, pueden disponer del carruaje sin temor a ser abusivos.

Los jóvenes resolvieron aprovechar hasta el final la cortesía del conde, y ordenaron que preparasen el coche mientras iban a cambiarse sus ropas de calle por otras de etiqueta, sobre todo porque se encontraban arrugadas tras los numerosos combates que habían librado.

Una vez tomada aquella precaución se dirigieron al teatro Argentina y se instalaron en el palco del conde.

Durante el primer acto la condesa G... penetró en el suyo; su primera mirada se dirigió hacia el sitio en que la víspera viera al conde, de manera que en seguida descubrió a Franz y Alberto en el palco de aquél, respecto al cual, veinticuatro horas antes, había expresado a Franz una opinión tan extraña.

Sus prismáticos estaban dirigidos a él con tal encarnizamiento, que Franz comprendió que era una crueldad retrasar más tiempo el satisfacer su curiosidad; de manera que, usando el privilegio concedido a los espectadores de los teatros italianos, que consistía en hacer de las salas de espectáculos sus salones de reunión, ambos amigos abandonaron su palco para ir a presentar sus respetos a la condesa.

Apenas hubieron entrado en el palco, ella hizo una seña a Franz para que se sentase en el puesto de honor.

Alberto, a su vez, se colocó detrás.

—Bien —dijo ella sin apenas dar tiempo a Franz para sentarse—, parece que no tenía usted nada más urgente que trabar conocimiento con el nuevo Lord Ruthwen, y que son los mejores amigos del mundo.

—Sin que estemos tan adelantados como usted dice, en una intimidad recíproca, no puedo negar, señora condesa —respondió Franz—, que todo el día hemos abusado de su amabilidad.

—¿Cómo todo el día?

—A fe mía, que tal es la realidad. Esta mañana aceptamos su almuerzo, durante toda la mascarada recorrimos el Corso en su coche, y por último, esta noche asistimos al teatro a su palco.

—Así, pues, ¿lo conoce usted?

—Sí y no.

—¿Cómo se explica eso?

—Es una larga historia.

—¿Que usted me referirá?

—Le causaría demasiado espanto.

—Razón de más.

—Espere, al menos, a que dicha historia tenga un desenlace.

—Sea, me gustan las historias completas. Mientras tanto, dígame, ¿cómo se han puesto en contacto? ¿Quién los ha presentado a él?

—Nadie; ha sido él, por el contrario, quien se ha presentado a nosotros.

—¿Desde cuándo?

—Ayer noche, al dejarla a usted.

—¿Por intermedio de quién?

—¡Oh Dios mío! Por el muy prosaico de nuestro hotelero.

—¿Se aloja, pues, en el mismo hotel que ustedes?

—No sólo en el mismo hotel, sino hasta en el mismo piso.

—¿Cómo se llama? Porque sin duda conocen su nombre, ¿no es así?

—Perfectamente: el conde de Montecristo.

—¿Qué nombre es ése? No es ningún nombre de linaje.

—No, es el nombre de una isla que ha comprado.

—¿Y es conde?

—Conde toscano.

—En fin, nos tragaremos a ése como a los otros —replicó la condesa, que pertenecía a una de las más antiguas familias de los alrededores de Venecia—. ¿Y qué clase de hombre es?

—Pregúnteselo al vizconde de Morcerf.

—Ya le oye, señor; me recomiendan a usted —dijo la condesa.

—Faltaríamos a la verdad si no declaramos que es encantador, señora —respondió Alberto—. Un amigo de años, no habría hecho por nosotros tanto como él, y esto, con una gracia, una delicadeza y una cortesía que le revelan, realmente, cómo un hombre de mundo.

—Vamos —dijo la condesa, riendo—, verán ustedes cómo *mi vampiro* será sencillamente como todo nuevo millonario que desea gastar sus millones, y que habrá adoptado la mirada de Lara para que no le confundan con Rothschild. ¿Y a ella, la han visto?

—¿Quién es ella? —preguntó Franz, sonriendo.

—La bella griega de ayer.

—No. Según creo, hemos oído el sonido de su guzla, pero ella ha permanecido completamente invisible.

—Es decir, cuando dices invisible, mi querido Franz —replicó Alberto—, es para hacerla más misteriosa. Pero ¿quién crees que era aquel dominó azul que estaba en la ventana adornada de damasco blanco?

—¿Y dónde estaba esa ventana adornada de damasco blanco? —inquirió la condesa.

—En el palacio Rospoli.

—¿El conde tenía tres ventanas en el palacio Rospoli?

—Sí. ¿Ha pasado usted por la calle del Corso?

—Sin duda.

—Pues bien. ¿Se ha fijado usted en dos ventanas adornadas de damasco amarillo y otra de damasco blanco con una cruz roja? Esas tres ventanas eran del conde.

—¡Vaya! Pero ese hombre es un nabab. ¿Saben ustedes lo que valen unas ventanas como éstas por los ocho días de carnaval, y en el palacio Rospoli, es decir, en el mejor sitio del Corso?

—Dos o trescientos escudos romanos.

—Diga dos o tres mil.

—¡Ah, diablos!

✻ —¿Acaso su isla produce tanta renta?

—¿Su isla? No le produce ni un bejuco.

—¿Por qué la ha comprado, entonces?

—Por capricho.

—¡Pues sí que es original!

—¡Y tanto! —convino Alberto—. Me ha parecido bastante excéntrico. Si habitase en París y frecuentase nuestros espectáculos, yo les diría que es un bromista que alardea, o que es un pobre diablo a quien la literatura ha trastornado la cabeza. En verdad, ha tenido esta mañana dos o tres salidas dignas de Didier o de Antony.

En aquel momento entró una visita, y, según la costumbre, Franz cedió su sitio al recién llegado; esta circunstancia, además del desplazamiento, determinó un cambio de conversación.

Una hora más tarde ambos amigos regresaban al hotel. Maese Pastrini ya se había preocupado de sus disfraces para el día siguiente y les prometió que quedarían satisfechos de su inteligente actividad.

En efecto, a las nueve de la mañana del día siguiente entró en la habitación de Franz acompañado de un sastre cargado con ocho o diez trajes de campesinos romanos. Los jóvenes escogieron dos parecidos, que se ajustaban a sus medidas, y encargaron a su patrón que les cosiese a cada uno unas veinte cintas en sus sombreros, y que les procurase dos de esas encantadoras fajas de seda, a listas transversales y de vivos colores, con las que los hombres de pueblo tienen la costumbre de engalanarse en los días de fiesta.

Alberto estaba impaciente por ver cómo le sentaría su nuevo disfraz; consistía en una chaqueta y un calzón de terciopelo azul, medias con cuchillas bordadas, zapatos con hebilla y un chaleco de seda. Alberto, pues, no podía más que ganar vistiendo un traje tan pintoresco; y cuando la faja envolvió su elegante talle, cuando el sombrero, ligeramente inclinado de lado, dejó caer sobre sus hombros la oleada de cintas, Franz se vio obligado a confesar que el traje influye mucho en la superioridad física que atribuimos a ciertos pueblos. Los turcos, tan pintorescos en otros tiempos con sus largas vestimentas de vivos colores, ¿acaso no están ahora más horribles con sus levitas azules abotonadas y sus gorros griegos, que les dan aspecto de botellas de vino con tapón encarnado?

Franz felicitó a Alberto, quien, por lo demás, se sonreía delante del espejo con aire de satisfacción que nada tenía de equívoco.

Así se hallaban cuando entró el conde de Montecristo.

—Señores —les dijo—, como por agradable que sea la compañía en la diversión, aún resulta más grata la libertad, vengo a decirles que durante hoy y los días siguientes, dejo a su disposición el coche de que nos servimos ayer. Nuestro hotelero ha debido decirles que disponía de tres o cuatro en su cochera; así, pues, no me privan del carruaje. Úsenlo libremente para ir a divertirse o para sus asuntos. Nuestra cita, si algo tenemos que comunicarnos, será en el palacio Rospoli.

Los dos camaradas quisieron hacerle algunas objeciones, pero verdaderamente no tenían razón alguna para rehusar una oferta que, por otra parte, resultaba tan agradable. Acabaron, pues, por aceptar.

El conde de Montecristo permaneció un cuarto de hora con ellos departiendo sobre varias cosas con una desenvoltura extremada. Estaba, como ha podido apreciarse, muy al corriente de la literatura de todos los países. Un vistazo echado por las paredes de su salón demostró a Franz y Alberto que era amante de la pintura. Algunas palabras que dejaba escapar de vez en cuando, sin pretensión alguna, descubrían que las ciencias no le resultaban extrañas; sobre todo, parecía haberse ocupado en la química.

Alberto y Franz no tenían la pretensión de devolver al conde el almuerzo a que les había invitado; hubiera sido una broma demasiado pesada ofrecerle, a cambio de su excelente mesa, la comida más que mediocre de maese Pastrini. Se lo manifestaron con toda franqueza, y él admitió sus excusas como hombre que apreciaba su delicadeza.

Alberto estaba encantado de los modales del conde, a quien, sin su ciencia, hubiera reconocido como un verdadero gentilhomme. La libertad de disponer enteramente del carruaje le llenaba de alegría: tenía puestas sus miras en las agraciadas campesinas; y, como ellas se le aparecieron la víspera en un coche muy elegante, no le desagradaba continuar apareciendo acerca de este extremo en igualdad de condiciones.

A la una y media los dos jóvenes descendieron; el cochero y los lacayos habían tenido la ocurrencia de ponerse sus libreas sobre sus pieles de animales, lo que les daba una apariencia aún más grotesca que la del día anterior, y lo que les valió las alabanzas de Franz y Alberto.

Alberto se había colocado sentimentalmente el ramillete de violetas marchitas en el ojal.

Al primer toque de campana partieron y se precipitaron a la calle del Corso por la vía Vittoria.

A la segunda vuelta, un ramillete de violetas frescas partió de un carruaje lleno de payasos y fue a caer en la calesa del conde; esto demostró a Alberto que, al igual que él y su amigo, las campesinas de la víspera habían cambiado de vestido, y que, bien por casualidad, bien por un sentimiento parecido al que al joven le hizo actuar, mientras ellos se habían vestido por galantería con trajes de campesino, ellas, por el contrario, adoptaron los que los muchachos lucieran antes.

Alberto puso el ramillete fresco en el sitio del otro, pero se guardó el marchito en la mano; y, cuando se cruzó de nuevo con el carruaje, se lo llevó amorosamente a los labios, acción que pareció complacer mucho, no sólo a aquella que lo arrojara, sino también a sus alocadas compañeras.

La jornada no fue menos animada que la víspera; hasta es posible que un observador profundo aun hubiese comprobado un aumento de ruido y de alegría. Al conde se le vio un instante en su ventana, pero cuando el coche volvió a pasar ya había desaparecido.

Huelga decir que el cambio de atenciones entre Alberto y la payasa de los ramilletes de violetas se prolongó todo el día. Por la noche, al regresar, Franz encontró una carta de la Embajada; se le anunciaba que tendría el honor de ser recibido al día siguiente por Su Santidad. En todos los viajes que había efectuado a Roma con anterioridad, había solicitado y obtenido idéntico favor, y tanto por religión como por reconocimiento no había querido salir de la capital del mundo cristiano sin rendir su respetuoso homenaje a los pies de uno de los sucesores de San Pedro, que ha dado el raro ejemplo de todas las virtudes.

No era cosa, por consiguiente, de pensar ese día en el carnaval; porque, a pesar de la bondad con que rodea su grandeza, siempre se está dispuesto a inclinarse con un respeto lleno de profunda emoción ante ese noble y santo anciano al que llaman Gregorio XVI.

Al salir del Vaticano, Franz volvió directamente al hotel, evitando pasar por la calle del Corso. Llevaba consigo un tesoro de piadosos sentimientos, para los cuales hubiese sido una profanación el contacto con las locas alegrías de la mascarada.

A las cinco y diez regresó Alberto. Estaba en el colmo de la alegría; la payasa había vuelto a ponerse el traje de campesina, y

al cruzarse con la calesa de Alberto se había quitado la careta. Era encantadora.

Franz dio a Alberto su más sincera enhorabuena; y él la aceptó como hombre que se la merece. Había deducido, decía, por ciertos signos de inimitable elegancia, que su bella desconocida debía pertenecer a la más alta aristocracia. Estaba decidido a escribirle al día siguiente. Franz notó que Alberto, al hacerle tal confidencia parecía querer pedirle alguna cosa, y que, sin embargo, vacilaba. Insistió, declarando de antemano que estaba dispuesto, para que aprovecharse su dicha, a realizar cuantos sacrificios estuviesen a su alcance. Alberto se hizo de rogar todo el tiempo que exigía una cortés amistad; por último, confesó a Franz que le prestaría un gran servicio si le dejaba el carruaje para él solo al día siguiente. Alberto atribuía a la ausencia de su amigo la extremada bondad que tuvo la hermosa campesina al quitarse la careta.

Se comprende que Franz no era tan egoísta como para detener a Alberto en su camino hacia una aventura que prometía ser, a la vez, tan agradable para su curiosidad como halagadora para su amor propio. Conocía bastante bien la perfecta indiscreción de su digno amigo para estar seguro de que le tendría al corriente de los menores detalles sobre su buena suerte; y como, desde hacía dos o tres años que él recorría Italia en todos los sentidos, y jamás había tenido la suerte de desencadenar una intriga semejante por su cuenta, Franz no se sentía molesto por saber cómo sucedían las cosas en semejantes casos.

Prometió, pues, a Alberto que al día siguiente se contentaría con observar el espectáculo desde las ventanas del palacio Rospoli.

En efecto, ese día vio pasar y volver a pasar a Alberto. Llevaba un enorme ramo al que sin duda estaba encargado de ser portador de una epístola amorosa. Esta probabilidad se convirtió en certeza cuando Franz volvió a ver el mismo ramo, rodeado por un círculo de camelias, en las manos de una encantadora payasa vestida de satén color rosa.

Aquella noche, pues, no fue de alegría, sino de delirio. Alberto ya no dudaba de que su bella desconocida le respondería por idéntico procedimiento. Franz, adelantándose a sus deseos, le dijo que aquel ruido le cansaba, y que estaba decidido a emplear todo el día siguiente en revisar su álbum y tomar algunas notas.

Por lo demás, Alberto no se había equivocado en sus previsiones; al día siguiente por la noche, Franz le vio entrar de un salto en su habitación, y agitando un papelito cuadrado que cogía por una esquina.

❖ —¿Qué? —dijo—. ¿Me había engañado?

—¿Ha respondido? —preguntó Franz.

—Lee.

Esta palabra fue pronunciada con una entonación imposible de describir. Franz cogió el billete y leyó:

«El martes por la noche, a las siete, descienda de su coche frente a la vía del Pontífice, y siga a la campesina romana que le arranque su *moccoletto*. Cuando llegue al primer escalón de la iglesia de San Giacomo, póngase, a fin de que ella pueda reconocerlo, una cinta rosa en el hombro de su traje de payaso.

»Hasta entonces, ya no me volverá a ver.

»Constancia y discreción».

—Bien —dijo a Franz cuando éste hubo terminado la lectura—. ¿Qué piensas de esto, mi querido amigo?

—Pues, pienso —respondió Franz—, que la cosa toma todo el aspecto de una aventura bastante agradable.

—Ese es también mi parecer —dijo Alberto—, y tengo miedo de que vayas solo al baile del duque de Bracciano.

Franz y Alberto habían recibido aquella misma mañana una invitación del célebre banquero romano.

—Cuidado, mi querido Alberto —recomendó Franz—; toda la aristocracia asistirá a casa del duque; y si tu bella desconocida pertenece verdaderamente a la aristocracia, no dejará de asistir.

—Que aparezca o no, mantengo mi opinión sobre ella —continuó Alberto—. ¿Has leído el billete?

—Sí.

—¿Sabes la escasa educación que reciben en Italia las mujeres del *mezzo ceto*?

Así se denomina a la burguesía.

—Sí —volvió a responder Franz.

—Pues bien, relee esa carta, examina esa escritura, y búscame una falta en el lenguaje o en la ortografía.

En efecto, la escritura era encantadora y la ortografía irreprochable.

—¡Eres un predestinado! —exclamó Franz devolviendo a Alberto por segunda vez el billete.

—Ríete cuanto quieras, diviértete cuanto gustes —replicó Alberto—. Estoy enamorado.

—¡Oh, Dios mío! Me espantas —exclamó Franz—. Ya veo que no sólo iré sin ti al baile del duque de Bracciano, sino que también tendré que regresar solo a Florencia.

—El hecho es que si mi desconocida es tan amable como bella, te declaro que aún me quedaré en Roma durante seis semanas por lo menos. Adoro Roma, y además, siempre he sentido predilección por la arqueología.

—Vamos, con un reencuentro o dos más como éste, no desespero de verte convertido en miembro de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras.

Sin duda Alberto se disponía a discutir seriamente sus derechos al sillón académico, pero vinieron a anunciar a los dos jóvenes que la mesa estaba servida. Ahora bien, como el amor en Alberto no estaba en oposición con el apetito, se apresuró, igual que su amigo, a sentarse a la mesa y abandonar la discusión hasta después de cenar.

Tras la cena se anunció al conde de Montecristo. Desde hacía dos días que los jóvenes no lo habían visto. Un asunto, había dicho maese Pastrini, lo llamó a Civitavecchia. Había partido la víspera por la noche y sólo hacía una hora que había regresado.

El conde mostrose encantador; sea que se abstuviese, sea que la ocasión no despertase en él las fibras mordaces que ciertas circunstancias ya habían hecho resonar dos o tres veces en sus amargas palabras, estuvo casi como todo el mundo. Este hombre constituía para Franz un verdadero enigma. El conde no podía dudar de que el joven viajero no le hubiese reconocido; y, sin embargo, ni una sola palabra desde aquel reencuentro parecía indicar que se acordaba de haberle visto antes. Por su parte, por muchos deseos que tuviese Franz de hacer alusión a su primera entrevista, mayor era su temor a desagradar a un hombre que le había colmado, tanto a él como a su amigo, de bondades; por consiguiente, se mantuvo en la misma línea de reserva que él.

El conde había sabido que ambos amigos quisieron tomar un palco en el teatro Argentina, y que les respondieron que todo estaba alquilado.

En consecuencia, les llevaba la llave del suyo; al menos éste era el motivo aparente de su visita.

Franz y Alberto hicieron algunas objeciones, alegando el temor de privarle a él mismo de asistir, pero el conde les respondió que,

como aquella noche iba al teatro Palli, su palco del Argentina se perdería si no lo aprovechaban.

Esta razón indujo a los dos amigos a que aceptaran su ofrecimiento.

Franz se estaba acostumbrando poco a poco a la palidez del conde, que tanto le admirara la primera vez que lo vio. No podía evitar el hacer justicia a la belleza de aquella cabeza severa, de la cual la palidez era el único defecto o tal vez la principal cualidad. Verdadero héroe de Byron, Franz no podía, no diremos verle, ni aun pensar en él sin imaginarse aquel rostro sombrío sobre los hombros de Manfred o bajo la toga de Lara. Tenía esa arruga en la frente que denota la presencia continua de un pensamiento amargo; tenía aquellos ojos ardientes que leían en lo más profundo de las almas; tenía aquel labio altivo y burlón que imprimía a las palabras que salían de él, un carácter particular que las hacía grabarse profundamente en la memoria de quienes las escuchaban.

El conde no era joven; tenía cuarenta años por lo menos, y sin embargo, se comprendía perfectamente que estaba hecho para entenderse con los jóvenes que le acompañaban. En realidad, por una última semejanza con los héroes fantásticos del poeta inglés, el conde parecía poseer el don de la fascinación.

Alberto no se cansaba de comentar la suerte que Franz y él habían tenido al encontrar a un hombre semejante. Franz era menos entusiasta, y, no obstante, sufría la influencia que ejerce todo hombre superior en el ánimo de cuantos lo rodean.

Pensaba en aquel proyecto que el conde ya les expusiera dos o tres veces acerca de ir a París, y no dudaba de que con su carácter excéntrico, su rostro característico y su colosal fortuna, el conde produciría un gran efecto.

Empero, no deseaba encontrarse en París cuando él estuviese.

La velada pasó como pasan todas las veladas, por lo general, en el teatro, en Italia, no se escucha a los cantantes, pero se hacen visitas y se habla. La condesa G... quiso llevar la conversación al terreno del conde, pero Franz le dijo que tenía algo mucho más nuevo que referirle, y, a pesar de las falsas demostraciones de modestia, de que hizo gala Alberto, contó a la condesa el gran acontecimiento que, desde hacía tres días, era motivo de preocupación para los dos amigos.

Como esas intrigas no son raras en Italia, al menos eso dicen los viajeros, la condesa no dio muestras de incredulidad y felicitó a

Alberto por el principio de una aventura que prometía terminar de una manera tan satisfactoria.

Se despidieron prometiendo encontrarse en el baile del duque de Bracciano, al cual estaba invitada toda Roma.

La dama del ramillete cumplió su promesa; ni al día siguiente ni al otro se dejó ver por Alberto.

Al fin llegó el martes, el último y más ruidoso de los días de carnaval. El martes, los teatros se abren a las diez de la mañana; porque pasadas las ocho de la tarde se entra en la Cuaresma. El martes, todo aquel que, falto de tiempo, de dinero o de entusiasmo, aún no ha tomado parte en las fiestas precedentes, se une a la bacanal y se deja arrastrar por la orgía, aportando su parte de ruido y de movimiento al movimiento y al ruido general.

Desde las dos hasta las cinco, Franz y Alberto siguieron la fila, cambiaron sus bolas de confeti con los coches de la fila opuesta y los peatones que circulaban entre las patas de los caballos, entre las ruedas de las carrozas, sin que sobreviniera, en aquel espantoso caos, un solo accidente, una sola disputa, ni una sola riña. Los italianos son el pueblo por excelencia respecto a este punto. Las fiestas son para ellos verdaderas fiestas. El autor de esta historia, que ha vivido en Italia durante cinco o seis años, no se acuerda de haber visto nunca una solemnidad turbada por uno solo de esos acontecimientos que sirven de corolario a las nuestras.

Alberto triunfaba con su vestido de payaso. Lucía sobre el hombro un lazo de cinta rosa, cuyas puntas le colgaban hasta las corvas. Para que no existiese ninguna confusión entre él y Franz, éste había conservado su traje de campesino romano.

Cuando más avanzaba el día, más grande era el tumulto; no había en aquellas calles, en aquellos coches y en todas aquellas ventanas, una boca que permaneciese muda, ni un brazo que estuviese ocioso; era verdaderamente una tempestad humana compuesta por un trueno de gritos y una granizada de almendrados, ramilletes, huevos, naranjas y flores.

A las tres, el ruido de las cajas tiradas a la vez en la plaza del Popolo y en el palacio de Venecia, apenas taladraban aquel horrible tumulto para anunciar que iban a dar comienzo las carreras.

Las carreras, como los *moccoli*, son uno de los episodios particulares de los últimos días del carnaval. Al ruido de las cajas, los coches rompen la formación instantáneamente y cada uno se re-

fugia en la calle transversal más próxima del lugar en que se encontraba.

Todas estas evoluciones se realizan, por lo demás, con una inconcebible destreza y una maravillosa rapidez, y esto, sin que la policía se preocupe lo más mínimo por asignar un puesto a cada uno o trazarle su camino.

Los peatones se arrimaron a los palacios, luego se oyó un gran ruido de caballos y de fundas de sables.

Una escuadra de carabineros de quince en fondo recorría a galope y en toda su anchura la calle del Corso, la cual barría para dejar sitio a los *barbari*. Cuando la escuadra llegó al palacio de Venecia, el resonar de una batería de cajas anunció que la calle estaba libre.

Casi inmediatamente, en medio de un clamor inmenso, universal, inaudito, se vio pasar como las sombras de siete u ocho caballos excitados por los clamores de trescientas mil personas y por las bolas de hierro que les saltaban sobre el lomo; después el cañón del castillo de San Angelo disparó tres veces; era para anunciar que el número tres había ganado.

Inmediatamente, sin más señal que ésta, los coches se pusieron en movimiento, afluyendo hacia el Corso, desbordándose de todas las calles como torrentes contenidos un instante y que se echan a la vez sobre el lecho del río que alimentan. La inmensa ola reanudó, más rápida que nunca, su carrera entre las dos orillas de granito.

Sólo que un nuevo elemento de ruido y movimiento se había unido a aquella algazara; los vendedores de *moccoli* acababan de entrar en escena.

Los *moccoli* o *moccoletti* son bujías que varían de grosor, desde el cirio pascual hasta el cabo de vela, y que despiertan en los actores de esta gran escena con que concluye el carnaval romano dos preocupaciones opuestas:

1.º: el de conservar encendido su *moccoletto*;

2.º: el de apagar el *moccoletto* de los demás.

El *moccoletto* es como la vida; el hombre aún no ha encontrado más que un medio para transmitirla, y ese medio lo tiene Dios.

Pero ha descubierto infinidad de procedimientos para quitarla; también es cierto que para esta suprema operación el diablo le ha ayudado un poco.

El *moccoletto* se enciende aproximándolo a una luz cualquiera.

Pero ¿quién describirá los infinitos medios inventados para apagar el *moccoletto*, los fuelles gigantescos, los apagadores monstruosos, los abanicos sobrehumanos?

Cada uno se apresuró, pues, a comprar su *moccoletti*, Franz y Alberto igual que los demás.

La noche se aproximaba rápidamente; y ya, al grito de *Mocco-li!*, repetido por las voces estridentes de un millar de vendedores, dos o tres estrellas empezaron a brillar entre la muchedumbre. Esto fue como una señal.

Al cabo de diez minutos cincuenta mil luces centelleaban descendiendo del palacio de Venecia a la plaza del Popolo, y remontaban de la plaza del Popolo al palacio de Venecia.

Se hubiese dicho que era la fiesta de los fuegos fatuos.

No puede hacerse una idea de este aspecto si no se ha visto.

Supongan todas las estrellas desprendidas del cielo y acudiendo a mezclarse sobre la tierra en una danza insensata.

Todo esto acompañado de gritos como jamás pudo oír oído humano en la superficie del globo.

Es precisamente en ese momento cuando no existe más distinguos sociales. El *facchino* se une al príncipe, el príncipe al transtiberino, el transtiberino al burgués y cada uno soplando, apagando, volviendo a encender. Si el viejo Eolo apareciese en ese momento, sería proclamado rey de los *mocoli*, y Aquilón, presunto heredero de la Corona.

Esta alocada y ardiente carrera duró dos horas aproximadamente; la calle del Corso estaba iluminada como en pleno día, se distinguían los rasgos de los espectadores hasta el tercero y cuarto piso.

Cada cinco minutos Alberto sacaba su reloj; al fin señaló las siete.

Ambos amigos se encontraban justo a la altura de la vía del Pontífice; Alberto descendió de la calesa con su *moccoletto* en la mano.

Dos o tres máscaras pretendieron aproximarse a él para apagarlo o quitárselo; pero, como hábil boxeador, Alberto los enviaba uno tras otro a rodar a diez pasos mientras continuaba su carrera hacia la iglesia de San Giacomo.

Las gradas estaban cuajadas de curiosos y de máscaras que luchaban a ver quién se arrancaba la llama de las manos. Franz seguía a Alberto con la mirada, y le vio poner el pie sobre el primer pedáneo; después, casi inmediatamente, una máscara, llevando el co-

nocido traje de la campesina del ramillete, alargó el brazo, y, sin que esta vez él opusiese resistencia, le quitó el *moccoletto*.

Franz estaba demasiado lejos para oír las palabras que se dijeron; pero sin duda no tuvieron nada de hostilidad, porque vio alejarse a Alberto y la campesina muy cogiditos del brazo.

Los siguió algún tiempo por entre la multitud, pero en la vía Marcello los perdió de vista.

De pronto sonó la campana que daba la señal de la clausura de carnaval, y en el mismo instante se apagaron todos los *moccoli* como por encanto. Se hubiese dicho que un inmenso y único soplo los había borrado.

Franz se encontró en medio de la oscuridad más profunda.

Al mismo tiempo cesaron los gritos, como si el soplo potente que se habían llevado las luces, también se hubiera apoderado del ruido.

No se oyó más que el rodar de las carrozas que conducían las máscaras a sus casas; no se vio más que raras luces brillando detrás de las ventanas.

El carnaval había concluido.

Las catacumbas de San Sebastián

Acaso en toda su vida, Franz no había experimentado una impresión tan tajante, una transición tan rápida de la alegría a la tristeza, como en aquel momento; se hubiese dicho que Roma, bajo el soplo mágico de algún demonio nocturno, acababa de convertirse en una gran tumba. Por una casualidad que aumentaba aún la intensidad de las tinieblas, la luna, que estaba en su menguante, no debía salir hasta las doce de la noche; las calles que el joven atravesaba yacían, pues, sumidas en la más profunda oscuridad. Por otra parte, el trayecto era corto; al cabo de diez minutos, su coche, o más bien el del conde, se detuvo ante el hotel de Londres.

La cena esperaba, pero como Alberto había advertido que no confiaba en regresar pronto, Franz se sentó a la mesa sin él.

Maese Pastrini, que tenía la costumbre de verlos comer juntos, se informó de la causa de su ausencia; pero Franz se limitó a responder que Alberto había recibido la antevíspera una invitación a la cual había acudido. La súbita extinción de los *moccoletti*, aquella oscuridad que remplazara a la luz, aquel silencio que había sucedido al ruido, dejaron en el ánimo de Franz cierta tristeza que no estaba exenta de inquietud. Cenó, por tanto, silenciosamente, a pesar de la oficiosa solicitud de su hotelero, quien entró dos o tres veces a fin de preguntar si necesitaba alguna cosa.

Franz estaba decidido a esperar a Alberto tanto como le fuera posible. Pidió, pues, el coche para las once, rogando a maese Pastrini que le avisase inmediatamente si Alberto regresaba entretanto al hotel por cualquier motivo. A las once, Alberto no había vuelto. Franz se vistió y se fue, previniendo al patrón que pasaría la noche en casa del duque de Bracciano.

La vivienda del duque de Bracciano es una de las casas más encantadoras; su mujer, una de las últimas herederas de los Colonna,

hace los honores de una manera perfecta: de donde resulta que las fiestas que celebran alcanzan una resonancia europea. Franz y Alberto habían llegado a Roma con cartas de recomendación para el duque; también su primera pregunta fue para saber qué había sido de su compañero de viaje. Franz le respondió que lo había dejado un momento cuando iba a apagar los *moccoletti*, que lo perdió de vista a la altura de la vía Macelli.

—Entonces, ¿no ha regresado? —preguntó el duque.

—He esperado hasta estos momentos —respondió Franz.

—¿Y sabe usted adónde ha ido?

—No, exactamente; sin embargo, me parece que se trataba de algo así como una cita.

—¡Diablos! —exclamó el duque—. Es un mal día, o, mejor dicho, una mala noche para retrasarse, ¿no es cierto, señora condesa?

Estas últimas palabras se las dirigió a la condesa G..., que acababa de llegar, y que se paseaba del brazo del señor Torlonia, hermano del duque.

—Creo, por el contrario, que es una noche encantadora —respondió la condesa—. Y todos los que están aquí no se lamentarán más que de una cosa: que transcurra demasiado aprisa.

—Pero —replicó el duque, sonriendo—, yo no hablo de las personas que se encuentran aquí; los hombres no corren más peligro que enamorarse de usted, y las mujeres, caer enfermas de celos por verla tan hermosa. Hablo de los que recorren las calles de Roma.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la condesa—. ¿Quién recorre las calles de Roma, a menos que no sea para ir al baile?

—Nuestro amigo Alberto de Morcerf, señora condesa, a quien dejé perseguir a su bella desconocida hacia las siete de la tarde y que no ha vuelto desde entonces.

—¡Cómo! ¿No sabe usted dónde se encuentra?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Y llevaba armas?

—Iba disfrazado de payaso.

—No debió dejarlo ir —dijo el duque a Franz—, puesto que usted conoce Roma mejor que él.

—¡Oh, claro que sí! Pero hubiese sido tanto como intentar detener al número tres de los *bárberi*, que hoy ha ganado el premio de la carrera —respondió Franz—. Además, ¿qué piensa usted que le suceda?

—¡Quién sabe! La noche es muy sombría, y el Tíber está muy cerca de la vía Marcello.

Franz sintió que un estremecimiento le recorría las venas al ver que el duque y la condesa coincidían en sus inquietudes personales.

—También he prevenido a mi hotelero de que tenía el honor de pasar la noche en su casa, señor duque —dijo Franz—, y vendrán a anunciarme el regreso de mi amigo.

—Pues mire —dijo el duque—, me parece que ahí viene uno de mis criados buscándole.

El duque no se engañaba; al descubrir a Franz, el criado se aproximó a él.

—Excelencia —dijo—, el dueño del hotel de Londres manda que se le advierta que un hombre le espera en su casa con una carta del vizconde de Morcerf.

—¡Con una carta del vizconde! —exclamó Franz.

—Sí.

—¿Y quién es ese hombre?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no ha venido a traerla aquí?

—El mensajero no me ha dado ninguna explicación.

—¿Y dónde está el mensajero?

—Se ha ido nada más verme entrar en la sala de baile para cumplir su mandato.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la condesa—. Vaya rápido, Franz. ¡Pobre muchacho, posiblemente le haya ocurrido algún accidente!

—Voy en seguida —dijo Franz.

—¿Nos volveremos a ver para saber noticias tuyas? —preguntó la condesa.

—¡Oh! Esté tranquila.

Franz cogió su sombrero y partió inmediatamente. Había despedido a su coche con la orden de recogerle a las dos; pero, por suerte, el palacio Bracciano, que da por un lado a la calle del Corso y por el otro a la plaza de los Santos Apóstoles, apenas se encontraba a diez minutos de camino del hotel de Londres. Al aproximarse al hotel, Franz vio a un hombre de pie en medio de la calle; no dudó ni un instante de que era el mensajero de Alberto. El hombre estaba envuelto en una gran capa. Fue a su encuentro; mas para gran sorpresa de Franz, fue el hombre quien le dirigió la palabra primero.

—¿Qué quiere usted, Excelencia? —dijo dando un paso atrás como quien desea permanecer en guardia.

—¿No es usted el portador de una carta del vizconde de Morcerf para mí? —preguntó Franz.

—¿Su Excelencia es quien se aloja en el hotel de Pastrini?

—Sí.

—¿Su Excelencia es el compañero de viaje del vizconde?

—Sí.

—¿Cómo se llama Su Excelencia?

—Barón Franz d'Epínay.

—Está bien; entonces es a Su Excelencia a quien va dirigida esta carta.

—¿Tiene respuesta? —preguntó Franz, arrebatándole la carta de las manos.

—Sí, al menos su amigo la espera.

—Entonces suba conmigo y se la daré.

—Prefiero esperarla aquí —dijo, riendo, el mensajero.

—¿Por qué?

—Su Excelencia lo comprenderá una vez haya leído la carta.

—Entonces, ¿permanecerá usted aquí?

—Sin duda alguna.

Franz entró; en la escalera encontró a maese Pastrini.

—¿Y bien? —le preguntó éste.

—¿Bien, qué? —respondió Franz.

—¿Ha visto usted al hombre que deseaba hablarle de parte de su amigo? —preguntó a Franz.

—Sí, le he visto —le respondió éste—, y me ha entregado esta carta. Haga alumbrar mi cuarto, se lo ruego.

El posadero dio la orden a un criado para que precediese a Franz con una bujía. El joven había encontrado a maese Pastrini un tanto asustado, y aquello le produjo mayores deseos de leer la carta de Alberto; se acercó a la bujía en cuanto estuvo encendida, y desdobló el papel. La carta estaba escrita y firmada por Alberto. Franz la leyó dos veces porque no acababa de comprender su contenido.

Decía textualmente lo siguiente:

«Querido amigo: Tan pronto como recibas la presente, ten la bondad de coger de mi cartera, que encontrarás en el cajón cuadrado del secreter, la letra de crédito; únela a la tuya, si

no es suficiente. Corre a casa de Torlonia, recoge inmediatamente cuatro mil piastras y entrégaselas al portador. Es urgente que esta suma me sea enviada sin demora.

»No insisto más, cuento contigo como tú puedes contar conmigo.

»P. D.: *I believe now to italian banditi.*

»Tu amigo,

»*Alberto de Morcerf*».

Debajo de estas líneas aparecían escritas con una letra extraña algunas palabras en italiano.

»*Se alle sei della mattina le quattro mila piastre non sono nelle mie mani, alle sette il conte Alberto avrà cessato di vivere.*¹

»*Luigi Vampa*».

Esta segunda firma se lo aclaró todo a Franz, que comprendió la repugnancia del mensajero a subir a su cuarto: la calle le parecía más segura que la habitación de Franz. Alberto había caído en manos del famoso jefe de bandidos, cuya existencia tanto se resistía a admitir.

No había tiempo que perder. Corrió al secreter, lo abrió, en el cajón indicado encontró la cartera, y en ella la carta de crédito: era de seis mil piastras, pero Alberto ya había gastado tres mil. En cuanto a Franz, no poseía ninguna carta de crédito; como vivía en Florencia y únicamente pensaba pasar en Roma siete u ocho días, había tomado un centenar de luises, y apenas le quedaban cincuenta.

Por lo tanto, faltaban unas setecientas u ochocientas piastras para que entre los dos, Franz y Alberto, pudiesen reunir la suma solicitada. Es cierto que Franz podía recurrir, en caso semejante, a la bondad de los señores Torlonia.

Se disponía, pues, a regresar al palacio Bracciano sin perder un minuto, mas de pronto tuvo una luminosa ocurrencia.

Pensó en el conde de Montecristo. Franz iba a ordenar que hiciesen venir a maese Pastrini cuando lo vio aparecer en el umbral de su puerta.

¹ Si a las seis de la mañana las cuatro mil piastras no están en mis manos, a las siete el conde Alberto habrá cesado de existir.

—Mi querido señor Pastrini —le dijo, con viveza—. ¿Cree usted que el conde estará en sus habitaciones?

—Sí, Excelencia; acaba de entrar.

—¿Habrá tenido tiempo de acostarse?

—Lo dudo.

—Entonces, llámeme a su puerta, se lo ruego, y pregúntele si puede recibirme.

Maese Pastrini se apresuró a cumplir las órdenes que le daban; cinco minutos después volvió ante Franz.

—El conde espera a Su Excelencia —dijo.

Franz atravesó el pasillo, un criado le introdujo en casa del conde. Se hallaba en un pequeño gabinete que Franz aún no había visto, y al que rodeaban unos divanes. El conde salió a su encuentro.

—¡Eh! ¿Qué buenos vientos le traen a esta hora? —le preguntó—. ¿Viene usted a pedirme de cenar, por casualidad? Pardiez, me complacería mucho.

—No, vengo para hablarle de un asunto grave.

—¡De un asunto! —exclamó el conde, mirando a Franz con la profunda mirada que le era habitual—. ¿Y de qué asunto se trata?

—¿Estamos solos?

El conde fue a la puerta y volvió.

—Completamente solos —dijo. Franz le tendió la carta de Alberto.

—Lea —le dijo.

El conde leyó la misiva.

—¡Ah, ah! —exclamó.

—¿Se ha enterado usted de la posdata?

—Sí —replicó—. Ya veo.

«Se alle sei della mattina le quattro mile piastre non sono nelle mie mani, alle sette il conte Alberto avrà cessato di vivere.

»Luigi Vampa».

—¿Qué dice usted a esto? —preguntó Franz.

—¿Dispone usted de la suma que le han pedido?

—Sí, menos unas ochocientas piastras. El conde fue a su secreter, lo abrió y dejó al descubierto un cajón lleno de oro.

—Espero que no me hará la injuria de dirigirse a otro que no sea yo —dijo a Franz.

—Ya ve usted, por el contrario, que he venido a verle inmediatamente —contestó Franz.

—Y se lo agradezco. Acéptelo.

E hizo señas a Franz para que cogiese el dinero del cajón.

—¿Es necesario enviar esta cantidad a Luigi Vampa? —preguntó el joven, mirando a su vez fijamente al conde.

—¡Diablos! —exclamó—. Juzgue usted mismo. La posdata no puede ser más precisa.

—Me parece que si usted se tomase la molestia de pensar, encontraría algún medio que simplificaría mucho la negociación —insinuó Franz.

—¿Cuál? —preguntó el conde, asombrado.

—Por ejemplo, si vamos juntos a ver a Luigi Vampa, estoy seguro de que no le negaría la libertad de Alberto.

—¿A mí? ¿Y qué influencia cree usted que puedo ejercer yo sobre ese bandido?

—¿No acaba usted de prestarle uno de esos servicios que no se olvidan nunca?

—¿Cuál?

—¿No acaba de salvar la vida a Peppino?

—¡Ah, ah! ¿Quién le ha dicho eso?

—¿Qué importa? Lo sé.

El conde permaneció un instante en silencio y con las cejas fruncidas.

—Y si voy al encuentro de Vampa, ¿usted me acompañaría?

—Si mi compañía no le resulta desagradable.

—Bien, sea; el tiempo es bueno, y un paseo por la campiña de Roma no puede sino beneficiarnos.

—¿Hay que proveerse de armas?

—¿Para qué?

—¿Y dinero?

—Es inútil. ¿Dónde está el hombre que ha traído esta carta?

—En la calle.

—¿Espera la respuesta?

—Sí.

—Será preciso saber adónde vamos; voy a llamarle.

»

—Es inútil, no ha querido subir.

—A su casa, tal vez; pero a la mía no opondrá dificultades.

El conde se dirigió a la ventana del gabinete que daba a la calle y silbó de una manera especial. El hombre de la capa se destacó del muro y avanzó hasta el centro de la calzada.

—*Salite!* —dijo el conde, en el mismo tono con que hubiera dado una orden a su criado.

El mensajero obedeció al punto, casi con apresuramiento, y franqueando los cuatro peldaños de la entrada, se metió en el hotel. Cinco segundos después estaba a la puerta del gabinete.

—¡Ah! Eres tú, Peppino —dijo el conde. Pero Peppino, en vez de responder, se echó de rodillas, cogió la mano del conde y la besó varias veces.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el conde—. Aún no has olvidado que te salvé la vida. Es extraño, porque hace ocho días de eso.

—No, Excelencia, y no lo olvidaré jamás —respondió Peppino, con acento de profundo reconocimiento.

—¡Jamás! Eso es largo, pero en fin, ya es bastante con que te lo creas. Levántate y respóndeme.

Peppino echó una mirada inquieta a Franz.

—¡Oh! Puedes hablar delante de Su Excelencia —dijo—. Es uno de mis amigos. —Y volviéndose a Franz, añadió en francés—: Permitirá que le dé ese título; es necesario para infundir confianza a este hombre.

—Puede usted hablar delante de mí —replicó Franz—. Soy un amigo del conde.

—En buena hora —dijo Peppino, volviéndose a su vez hacia el conde—. Que Su Excelencia me interrogue y responderé.

—¿Cómo ha caído el vizconde Alberto entre las manos de Luigi?

—Excelencia, la calesa del francés se ha cruzado varias veces con la de Teresa.

—¿La querida del jefe?

—Sí. El francés le puso ojos tiernos, Teresa se divirtió respondiéndole; el francés le echó ramilletes y ella se los devolvió; todo esto, claro está, con el consentimiento del jefe, que iba en el mismo carruaje.

—¡Cómo! —exclamó Franz—. ¿Luigi Vampa iba en el coche de las campesinas romanas?

—Era quien lo conducía, disfrazado de cochero —respondió Peppino.

—¿Y después? —preguntó el conde.

—Después, el francés se desenmascaró; Teresa, siempre con el consentimiento del jefe, hizo otro tanto; el francés solicitó una cita, y Teresa se la concedió; sólo que en lugar de Teresa fue Beppo quien se encontraba en las gradas de la iglesia de San Giacomo.

—¡Cómo! —interrumpió nuevamente Franz—. Aquella campesina que le arrancó el *mocolletto*...

—Era un joven de quince años —respondió Peppino—; pero no es ninguna vergüenza para su amigo caer en la trampa. Beppo ya ha atrapado a muchos.

—¿Y Beppo le condujo fuera de las murallas? —inquirió el conde.

—Exacto; un carruaje esperaba al final de la vía Macelli. Beppo montó dentro e invitó al francés a seguirle; éste no se lo hizo repetir dos veces. Ofreció amablemente la derecha a Beppo y se colocó a su lado. Entonces, Beppo le anunció que iba a conducirle a una villa situada a una legua de Roma. El francés aseguró a Beppo que estaba dispuesto a seguirle al fin del mundo. El cochero remontó en seguida la calle Ripetta, alcanzó la puerta de San Pablo, y a doscientos pasos, en el campo, como el francés resultaba muy atrevido, Beppo le colocó un par de pistolas en el cuello; inmediatamente detuvo el cochero a los caballos, se volvió en su asiento, y él hizo otro tanto. En el mismo momento, cuatro de los nuestros, que se hallaban ocultos en las orillas del Almo, se abalanzaron a las puertas. El francés intentó defenderse e incluso quiso estrangular a Beppo, según oí decir, pero no podía hacer nada contra cinco hombres armados. Tuvo que rendirse; se le hizo descender del coche, y a través de la orilla del arroyo, se le condujo ante Teresa y Luigi que lo esperaban en las catacumbas de San Sebastián.

—¡Y bien! —dijo el conde, volviéndose hacia Franz—. Me parece que esta historia vale tanto como cualquier otra. ¿Qué dice usted de esto, usted que entiende?

—Digo que la encontraría muy divertida si le hubiese ocurrido a cualquier otro que no fuese el pobre Alberto —respondió Franz.

—El hecho es que si no me hubiese encontrado aquí, le habría salido un poco cara la broma a su amigo —replicó el conde—. Pero tranquilícese. No le quedará más que el susto.

—Pero iremos a buscarle, ¿no? —preguntó Franz.

—¡Pardiez! Y con mayor motivo, ya que se encuentra en un lugar muy pintoresco. ¿Conoce usted las catacumbas de San Sebastián?

—No, jamás he ido a verlas, pero pensaba hacerlo algún día.

—Pues ahora es la ocasión y sería difícil encontrar otra mejor. ¿Tiene su coche?

—No.

—No importa; acostumbro a tener uno enganchado día y noche.

—¿Enganchado?

—Sí, soy muy caprichoso; es preciso decirle que muchas veces, al levantarme al final de la cena, a medianoche, me entran ganas de partir para cualquier punto del mundo, y me marchó.

El conde llamó y apareció su ayuda de cámara.

—Saquen el carruaje de la cuadra —ordenó— y quiten las pistolas que están en las bolsas. No hace falta despertar al cochero. Alí conducirá.

Al cabo de un instante se oyó el ruido del coche que se detenía delante de la puerta.

El conde sacó su reloj.

—Las doce y media —dijo—. Podríamos partir a las cinco de la mañana y llegar todavía a tiempo; pero posiblemente este retraso haría pasar una mala noche a su compañero; de manera que será mejor ir corriendo a sacarlo de las manos de los infieles. ¿Continúa usted dispuesto a acompañarme?

—Más que nunca.

—Bien, venga entonces.

Franz y el conde salieron seguidos de Peppino.

A la puerta se encontraron el coche. Alí se hallaba en el pescante. Franz reconoció al esclavo mudo de la gruta de Montecristo.

Franz y el conde montaron en el coche, que era un cupé; Peppino se colocó junto a Alí y partieron al galope. Alí había recibido órdenes antes, porque se dirigió por la calle del Corso, atravesó el Campo Vaccino, remontó la avenida San Gregorio y llegó a la puerta de San Sebastián; allí, el portero intentó poner algunas dificultades, pero el conde de Montecristo presentó una autorización del gobernador de Roma para entrar y salir de la ciudad a cualquier hora del día o de la noche; el rastrillo, pues, fue levantado, y el portero recibió un luis por la molestia, y se pasó.

El camino que seguía el coche era la antigua vía Appia, toda bordeada de tumbas. De vez en cuando, al claro de la luna que empezaba a salir, le pareció ver a Franz como un centinela que se destacaba en las ruinas; pero inmediatamente, a una señal cambiada entre Peppino y el centinela, éste se metía en la sombra y desaparecía.

Un poco antes del circo de Caracalla, se detuvo el coche; Peppino acudió a abrir la puerta, y el conde y Franz descendieron.

—En diez minutos habremos llegado —dijo el conde a su compañero.

Después llevose a Peppino aparte, le dio una orden en voz baja, y Peppino partió tras hacerse con una antorcha sacada del cofre del carruaje.

Todavía transcurrieron cinco minutos, durante los cuales Franz vio al pastor internarse por un pequeño sendero, en medio de las desigualdades del terreno que forman el suelo de la llanura de Roma, y desaparecer entre esas altas hierbas rojizas que se asemejaban a la erizada crin de algún león gigantesco.

—Ahora, sigámosle —dijo el conde.

Franz y el conde se adentraron, a su vez, por el mismo sendero que, al cabo de cien pasos, los condujo a una pendiente inclinada hacia el fondo de un pequeño valle.

En seguida descubrieron a dos hombres charlando en la oscuridad.

—¿Debemos continuar avanzando? —preguntó Franz al conde—. ¿O debemos esperar?

—Caminemos, Peppino ya debió de prevenir al centinela de nuestra llegada.

En efecto, uno de aquellos dos hombres era Peppino, el otro un bandido apostado allí de vigía.

Franz y el conde se aproximaron; el bandido saludó.

—Excelencia —dijo Peppino, dirigiéndose al conde—, si quiere seguirme, la abertura de las catacumbas está a dos pasos de aquí.

—Conforme —replicó el conde—. Marcha delante.

En efecto, detrás de un macizo de maleza y en medio de algunas rocas aparecía la abertura por la cual apenas podía pasar un hombre.

Peppino se deslizó el primero a través de aquella hendidura; pero apenas había dado unos cuantos pasos se ensanchó el subterráneo. Entonces se detuvo, encendió su antorcha y se volvió para comprobar si le seguían.

El conde se había metido el primero en aquella especie de espiral, y Franz iba tras él.

El terreno se hundía por una pendiente suave y se ensanchaba a medida que avanzaban; pero, sin embargo, Franz y el conde aún se veían obligados a caminar encorvados y no hubiesen podido ir de dos en dos. Todavía anduvieron así unos ciento cincuenta pasos hasta que fueron detenidos por el grito de: «¿Quién vive?».

Al mismo tiempo vieron, en medio de la oscuridad, brillar el cañón de una carabina al reflejo de su propia antorcha.

—¡Amigo! —contestó Peppino.

Y avanzó solo, dijo algunas palabras en voz baja a este segundo centinela, que, como el primero, saludó haciendo una seña a los visitantes nocturnos a fin de que continuasen su camino.

Detrás del centinela había una escalera de una veintena de escalones; Franz y el conde descendieron los veinte peldaños y se encontraron en una especie de cruce mortuario. Cinco caminos divergentes como los rayos de una estrella, y las paredes de los muros agujereadas de nichos superpuestos que tenían la forma de ataúdes, indicaban que habían entrado, por fin, en las catacumbas.

En una de aquellas cavidades, en las que era imposible distinguir la extensión, veíanse algunos reflejos de luz.

El conde apoyó la mano en el hombro de Franz.

—¿Quiere usted ver un campamento de bandidos en reposo? —le preguntó.

—Con mucho gusto —respondió Franz.

—Bien, venga conmigo... Peppino, apaga la antorcha. Peppino obedeció y Franz y el conde se encontraron en medio de la más profunda oscuridad; solamente a cincuenta pasos, aproximadamente delante de ellos, continuaron oscilando a lo largo de las paredes algunos reflejos rojizos que se hacían aún más visibles desde que Peppino apagara su antorcha.

Avanzaron silenciosamente, el conde guiando a Franz como si tuviese la singular facultad de ver en las tinieblas. Además, Franz mismo distinguía más fácilmente su camino a medida que se aproximaba a aquellos reflejos que servían de guías.

Tres arcadas, la central de las cuales servía de puerta, les daban paso.

Estas arcadas se comunicaban por un lado con el corredor en que estaban el conde y Franz, y por el otro con una gran sala cua-

drada, toda rodeada de nichos semejantes a los que ya se han descrito. En medio de esta estancia se elevaban cuatro piedras que en otros tiempos oficiaron de altar, como indicaba la cruz que las remataba.

Una sola lámpara, colocada sobre una columna, iluminaba con su pálida y vacilante claridad la extraña escena que se ofrecía a los ojos de los dos visitantes ocultos en la sombra.

Un hombre yacía sentado, con el codo apoyado en aquella columna, y leía, dando la espalda a las arcadas, desde las cuales los recién llegados le contemplaban.

Era el jefe de la banda, Luigi Vampa.

Alrededor de él, agrupados a su gusto, envueltos en sus capas o acostados en una especie de banco de piedra que reinaba alrededor de todo el Columbarium, se distinguía una veintena de bandidos; cada uno tenía su carabina al alcance de la mano.

Al fondo, silencioso, apenas visible y parecido a una sombra, un centinela se paseaba de un lado a otro, delante de una especie de abertura que sólo se percibía porque las tinieblas eran más espesas en aquel punto.

Cuando el conde consideró que Franz había gozado suficientemente posando sus miradas sobre aquel pintoresco cuadro, se llevó un dedo a los labios para recomendar silencio, y subiendo los tres escalones que conducían del pasillo al Columbarium, penetró en la estancia por la arcada del centro y avanzó hacia Vampa, que se hallaba tan profundamente sumergido en su lectura, que no oyó el ruido de sus pasos.

—¿Quién vive? —gritó el centinela, más alerta y que vio a la luz de la lámpara una especie de sombra que aumentaba detrás de su jefe.

Ante este grito, Vampa se levantó con viveza, sacando al mismo tiempo una pistola de su cintura.

En un instante, todos los bandidos estuvieron en pie, y veinte cañones de carabinas se dirigieron hacia el conde.

—Y bien —dijo éste, con una voz muy tranquila y sin que un solo músculo de su rostro se alterase—. Bien, mi querido Vampa, me parece que son demasiados preparativos para recibir a un amigo.

—¡Rindan las armas! —gritó el jefe, haciendo una seña imperativa con la mano, mientras que con la otra se quitaba respetuosamente el sombrero.

Después, volviéndose hacia el singular personaje que dominaba toda esta escena, le dijo:

—Perdone, señor conde, pero estaba bien lejos de esperarme el honor de su visita, y no le había reconocido.

—Me parece que tiene poca memoria en todo, Vampa —replicó el conde—, y que no solamente olvida el rostro de las personas, sino también las condiciones establecidas entre ellas.

—¿Y qué condiciones he olvidado, señor conde? —preguntó el bandido como hombre que si ha cometido un error quiere repararlo a toda costa.

—¿No habíamos convenido que no sólo mi persona, sino también la de mis amigos, os serían sagradas? —inquirió el conde.

—¿Y en qué he faltado al pacto, Excelencia?

—Ha raptado esta noche, y lo ha conducido aquí, al vizconde de Morcerf. Bueno —prosiguió el conde, con un acento que hizo estremecer a Franz—, ese joven es uno de mis amigos, ese joven habita en el mismo hotel que yo, ese joven ha recorrido el Corso durante ocho días en mi propio carruaje, y, no obstante, se lo repito, lo ha raptado, lo ha transportado aquí, y —añadió el conde, sacando la cartera de su bolsillo— exige un fuerte rescate como si fuera un cualquiera.

—¿Por qué no me habéis prevenido de esto vosotros? —dijo el jefe, encarándose con sus hombres, que retrocedieron ante su mirada—. ¿Por qué me habéis expuesto así a faltar a mi palabra respecto a un hombre como el señor conde, que tiene nuestras vidas en sus manos? ¡Por la sangre de Cristo! Si creyera que uno solo de vosotros hubiese sabido que el joven era el amigo de Su Excelencia, le saltaría la tapa de los sesos con mi propia mano.

—Bien —dijo el conde, dirigiéndose a Franz—, ya le había dicho que se trataría de algún error.

—¿No está usted solo? —preguntó Vampa, con inquietud.

—Estoy con la persona a quien iba dirigida esta carta, y que ha querido comprobar que Luigi Vampa es un hombre de palabra. Venga, Excelencia—dijo a Franz—, aquí tiene a Luigi Vampa, quien va a decirle personalmente que está desolado por el error que acaba de cometer.

Franz se aproximó; el jefe dio algunos pasos saliendo al encuentro suyo.

—Sea bien venido entre nosotros, Excelencia —le dijo—. Ya ha oído lo que acaba de decir el señor conde y lo que le he respondido;

añadiré que no quisiera que, por las cuatro mil piastras en que había fijado el rescate de su amigo, semejante cosa le hubiese ocurrido.

—Pero —dijo Franz, mirando a su alrededor con inquietud—, ¿dónde se encuentra el prisionero? No le veo.

—Espero que no le habrá sucedido nada —inquirió el conde, frunciendo las cejas.

—El prisionero se encuentra allí —dijo Vampa, señalando con la mano la abertura ante la cual se paseaba el bandido que hacía de centinela—. Y voy a anunciarle personalmente que está libre.

El jefe avanzó hacia el lugar señalado por él que servía de prisión a Alberto; Franz y el conde le siguieron.

—¿Qué hace el prisionero? —preguntó Vampa al centinela.

—A fe mía, capitán, que lo ignoro —respondió éste—. Desde hace más de una hora no le he oído moverse.

—¡Venga, Excelencia! —dijo Vampa.

El conde y Franz subieron siete u ocho peldaños, siempre precedidos por el jefe, que descorrió un cerrojo y empujó una puerta.

Entonces, a la claridad de una lámpara parecida a la que iluminaba el Columbarium, pudieron ver a Alberto, envuelto en una capa que le prestaran los bandidos, acostado en un rincón y durmiendo el más profundo de los sueños.

—¡Vamos! —dijo el conde, sonriendo con esa sonrisa que le era peculiar—. No está mal para un hombre que debía morir fusilado a las siete de la mañana.

Vampa contemplaba a Alberto con cierta admiración; se veía que no era insensible a tal prueba de coraje.

—Usted tiene razón, señor conde —dijo—. Este hombre debe ser de sus amigos.

Luego, aproximándose a Alberto, le tocó en el hombro.

—¡Excelencia! —le llamó—. ¿Le parece bien despertarse? Alberto extendió los brazos, se frotó los párpados y abrió los ojos.

—¡Ah, ah! Es usted, capitán. ¡Pardiez! Habría hecho mejor dejándome dormir; disfrutaba de un sueño encantador; soñaba que bailaba el galope en casa de Torlonia con la condesa G...

Sacó su reloj, que había guardado para juzgar por sí mismo el tiempo transcurrido.

—¡La una y media de la madrugada! —exclamó—. Pero, ¿por qué diablos me despierta a esta hora?

—Para decirle que queda usted libre, Excelencia.

—Querido —prosiguió Alberto, con una libertad de espíritu perfecta—, recuerde bien en lo futuro esta máxima de Napoleón el Grande: «No me despierten más que para las malas noticias». Si usted me hubiese dejado dormir, habría acabado mi galope y le estaría reconocido toda la vida. ¿Se ha pagado mi rescate?

—No, Excelencia.

—Bien. Entonces, ¿por qué estoy libre?

—Alguien, a quien nada puedo negarle, ha venido a reclamarle.

—¿Hasta aquí?

—Hasta aquí.

—¡Ah, diantre! Ese alguien es bien amable. Alberto miró alrededor suyo y descubrió a Franz.

—¡Cómo! —le dijo—. ¿Eres tú, mi querido Franz, quien me demuestra hasta tal punto su afecto?

—No, yo no —respondió Franz—, sino nuestro vecino, el señor conde de Montecristo.

—¡Ah, diablos! Señor conde —dijo alegremente Alberto, reajustándose su corbata y sus puños—, es usted un hombre verdaderamente valioso, y espero que me considere siempre como su eterno deudor; en principio, por el asunto del coche, y luego por esto. —Y alargó la mano al conde, quien se estremeció en el momento de tenderle la suya, pero que, no obstante, se la estrechó.

El bandido miraba toda esta escena con aspecto asombrado; era evidente que estaba acostumbrado a ver a sus prisioneros temblar delante de él, y ahora tenía uno cuyo buen humor no había sufrido la menor alteración; en cuanto a Franz, estaba encantado de que Alberto hubiese sostenido, incluso frente al bandido, el honor nacional.

—Mi querido Alberto —le dijo—, si quieres apresurarte, aún tendremos tiempo para ir a terminar la noche en casa de Torlonia; reemprenderás tu galope en el momento en que lo interrumpiste, de modo que no guardarás ningún rencor al señor Luigi, quien verdaderamente en todo este asunto se ha comportado como un caballero.

—¡Ah! Ciertamente —dijo—. Tienes razón, y podremos estar a las dos allí. Señor Luigi —continuó Alberto—, ¿hay alguna otra cosa que llevar a cabo para despedirme de Su Excelencia?

—Ninguna, señor —respondió el bandido—. Está usted libre como el aire.

—En ese caso, buena y alegre vida. Vengan, señores, vengan.

Y Alberto, seguido de Franz y del conde, descendió la escalera y atravesó la gran sala cuadrada; todos los bandidos estaban en pie y con el sombrero en la mano.

—Peppino, dame la antorcha —dijo el jefe.

—¿Qué hace usted ahora? —preguntó el conde.

—Acompañarlos —respondió el capitán—. Es la mínima atención que puedo dispensar a Su Excelencia.

Y cogiendo la antorcha encendida de manos del pastor, marchó delante de sus huéspedes, no como un criado que cumple un acto de servidumbre, sino como un rey que precede a unos embajadores.

Llegado a la puerta, se inclinó.

—Y ahora, señor conde —dijo—, le renuevo mis excusas y espero que usted no me guarde ningún rencor por lo que acaba de suceder.

—No, no, mi querido Vampa —le tranquilizó el conde—. Además, reparáis vuestros errores de una manera tan galante, que casi me siento tentado a felicitaros por haberlos cometido.

—¡Señores! —agregó el jefe, volviéndose del lado de los jóvenes—. Tal vez la oferta no les parezca muy atractiva, pero si alguna vez tienen deseos de hacerme una segunda visita, allá donde me encuentre, serán bien venidos.

Franz y Alberto saludaron. El conde salió el primero, Alberto a continuación y Franz el último.

—¿Su excelencia tiene algo que pedirme? —le preguntó Vampa, sonriendo.

—Sí, lo confieso —respondió Franz—. Tendría curiosidad de saber qué obra estaba leyendo usted con tanto interés cuando llegamos.

—*Comentarios de César* —replicó el bandido—. Es mi libro predilecto.

—¿Qué? ¿No vienes? —preguntó Alberto.

—Sí, claro —respondió Franz—. Ya voy. Y salió a su vez, suspirando. Dieron algunos pasos en la llanura.

—¡Ah, perdón! —exclamó Alberto, volviendo hacia atrás—. ¿Me permite usted, capitán?

Y encendió su cigarro en la antorcha de Vampa.

—Ahora, señor conde —dijo—, la mayor diligencia posible. Tengo grandes deseos de terminar la noche en casa del duque de Bracciano.

Encontraron el carruaje donde lo habían dejado; el conde dijo una sola palabra árabe a Alí, y los caballos partieron al galope tendido.

Eran las dos en punto en el reloj de Alberto cuando ambos amigos entraron en el salón de baile.

Su regreso constituyó un acontecimiento; pero como entraron juntos, todas las inquietudes que les produjera la suerte que hubiera podido correr Alberto, cesaron en el mismo instante.

—Señora —dijo el vizconde de Morcerf, adelantándose hacia la condesa—, ayer tuvo la bondad de prometerme un galope. Llego un poco tarde para reclamar esa agradable promesa, pero mi amigo, cuya seriedad ya conoce, le confirmará que no ha sido culpa mía.

Y como en aquel momento la orquesta iniciaba un vals, Alberto pasó su brazo alrededor del talle de la condesa y desapareció con ella entre el torbellino de bailarines.

Durante este tiempo, Franz pensaba en el singular estremecimiento que recorrió todo el cuerpo del conde de Montecristo cuando se vio obligado a estrechar la mano a Alberto.

La cita

Al día siguiente, al levantarse, la primera palabra de Alberto fue para proponer a Franz ir a visitar al conde. Ya le había dado las gracias la víspera, pero comprendía que un servicio como el que le había prestado, bien valía una nueva muestra de agradecimiento.

Franz, a quien una atracción mezclada de terror le impulsaba hacia el conde de Montecristo, no quiso dejar ir solo a su amigo y le acompañó; ambos fueron introducidos en el salón y cinco minutos más tarde apareció el conde.

—Señor conde —le dijo Alberto, yendo hacia él—, permítame repetirle esta mañana lo que ayer no le expresé en debida forma: y es que no olvidaré nunca en qué circunstancias me ha socorrido, y que siempre me acordaré de que le debo la vida o poco menos.

—Mi querido vecino, exagera sus obligaciones para conmigo —respondió el conde, riendo—. Me debe un pequeño ahorro de veinte mil francos de su cartera de viaje, y nada más; ya ve usted que no vale la pena hablar de ello. Por su parte, reciba mis felicitaciones; resultó admirable al demostrar su valor y sangre fría.

—¿Qué quiere, conde? —replicó Alberto—. Me imaginé que había tenido una enojosa disputa, a la que seguía un duelo, y he querido que esos bandidos comprendiesen una cosa: que en todas partes del mundo se baten, pero que no hay nadie como los franceses para batirse riendo. No obstante, como mi deuda con usted no deja de ser menos grande, vengo a preguntarle si yo, mis amigos y mis conocidos, no podemos serle útiles en algo. Mi padre, el conde de Morcerf, que es de origen español, disfruta de una alta posición en Francia y España; vengo, pues, a ponerme yo y todas las personas que me aman a su disposición.

—Está bien —dijo el conde—, se lo confieso, señor Morcerf, esperaba su ofrecimiento y lo acepto encantado. Ya había contado con usted para pedirle un gran servicio.

—¿Cuál?

—No he estado en París. No conozco París.

—¿Es cierto? —exclamó Alberto—. ¿Ha podido usted vivir hasta hoy sin ver París? ¡Es increíble!

—Así es, no obstante; pero siento como usted que ya es imposible permanecer más tiempo sin conocer la capital del mundo inteligente. Hay más: tal vez hubiera hecho ese indispensable viaje hace tiempo si hubiese conocido a alguien que pudiera introducirme en ese mundo en que no tengo relaciones.

—¡Ah! Un hombre como usted... —exclamó Alberto.

—Favor que me otorga; pero como yo no me reconozco más méritos que el de poder competir con millonarios como el señor Aguado o el señor Rothschild, y no voy a París a jugar a la Bolsa, esta pequeña circunstancia me ha contenido. Ahora, su oferta me decide. Veamos, usted se compromete, mi querido señor Morcerf —y el conde acompañó estas palabras con su singular sonrisa—, ¿se compromete, cuando vaya a Francia, a abrirme las puertas de ese mundo en el que sería tan extraño como un hurón o un cochinchino?

—¡Oh! En cuanto a eso, señor conde, con muchísimo gusto —respondió Alberto—, y mayormente cuando me reclaman desde París en una carta que he recibido esta mañana (mi querido Franz, no te burles mucho de mí), y en la que se trata de una alianza con una casa muy buena, que tiene las mejores relaciones en el mundo parisiense.

—¿Alianza por matrimonio? —dijo Franz, riendo.

—¡Oh, Dios mío! Sí. Así, cuando usted venga a París, ya me encontrará reposado y tal vez siendo padre de familia. Eso armonizará perfectamente con mi seriedad natural, ¿no es así? En todo caso, conde, se lo repito, yo y los míos estamos a su disposición.

—Acepto —dijo el conde—, porque le aseguro que me faltaba esta ocasión para realizar proyectos que pienso desde hace tiempo.

Franz no dudó un instante de que aquellos proyectos fuesen los que el conde había dejado escapar con una palabra en la gruta de Montecristo, y le miró mientras pronunciaba estas palabras para procurar advertir en su fisonomía alguna revelación de los proyectos que le conducían a París; pero resultaba muy difícil penetrar en el alma de aquel hombre, sobre todo cuando la velaba con su sonrisa.

—Pero veamos, conde —repuso Alberto, encantado de tener que dirigirse a un hombre como Montecristo—, ¿no es ése uno de esos proyectos en el aire como se hacen en muchos viajes, que se construyen sobre la arena y se los lleva el primer soplo de aire?

—No, palabra —aseguró el conde—. Deseo ir a París y es preciso que vaya.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Cuándo estará usted allí?

—¿Yo? ¡Oh, Dios mío! En quince días o tres semanas a más tardar; el tiempo de regresar.

—Bien —dijo el conde—. Le concedo tres meses; ya ve usted que le doy tiempo.

—¿Y a los tres meses vendrá usted a llamar a mi puerta? —exclamó Alberto, con alegría.

—¿Desea usted una cita, día por día, hora por hora? —replicó el conde—. Le prevengo que soy de una exactitud desesperante.

—Día por día y hora por hora —admitió Alberto—. Eso me parece maravilloso.

—Bien, sea —alargó la mano hacia un calendario colgado junto a un espejo—. Hoy estamos a 21 de febrero —sacó su reloj—, son las diez y media de la mañana. ¿Quiere esperarme el 21 de mayo próximo, a las diez y media de la mañana?

—¡Encantado! —exclamó Alberto—. El almuerzo estará parado.

—¿Dónde vive usted?

—En la calle Helder, número 27.

—¿Es su casa de soltero? ¿No le molestaré?

—Habitó en la mansión de mi padre, pero en un pabellón al fondo del patio, enteramente separado.

—Perfectamente.

El conde sacó su agenda y escribió:

«Calle Helder, número 27, 21 de mayo, a las diez y media de la mañana».

—Y ahora —dijo el conde, poniendo la agenda en el bolsillo—, esté tranquilo; la saeta de su reloj no será más puntual que la del mío.

—¿Le veré antes de mi marcha? —preguntó Alberto.

—Tal vez. ¿Cuándo parte?

—Me voy mañana a las cinco de la tarde.

—En ese caso, le digo adiós. Tengo algo que hacer en Nápoles y no estaré de regreso hasta el sábado por la noche o el domingo por la mañana. Y usted, ¿también parte con el señor barón?

—inquirió el conde a Franz.

—Sí.

—¿Para Francia?

—No, para Venecia. Aún permaneceré un año o dos en Italia.

—Así pues, ¿no nos veremos en París?

—Temo que no tenga ese honor.

—Bueno, señores, buen viaje —dijo el conde a ambos amigos, tendiéndoles la mano.

Era la primera vez que Franz tocaba la mano de aquel hombre; se estremeció porque estaba helada como la de un muerto.

—Una vez más, queda dicho —dijo Alberto—. Bajo palabra de honor, ¿no es así? Calle de Helder, número 27, el 21 de mayo, a las diez y media de la mañana.

—El 21 de mayo, a las diez y media de la mañana, calle de Helder, número 27 —repitió el conde.

Tras lo cual, ambos jóvenes saludaron al conde y salieron.

—¿Qué te ocurre ahora? —preguntó Alberto, al volver a su cuarto y ver a Franz—. Tienes aspecto de preocupado.

—Sí —respondió éste—, lo confieso. El conde es un hombre extraño y me inspira inquietud esa cita que te ha dado en París.

—¿Esa cita te inquieta? ¡Ah, vaya! Pero ¿estás loco, mi querido Franz? —exclamó Alberto.

—¿Qué quieres? Loco o no, así es.

—Escucha —añadió Alberto—, me alegro de que se presente la ocasión para decírtelo, pero siempre te he encontrado bastante frío con respecto al conde, quien, por su parte, en todo momento ha sido muy correcto con nosotros. ¿Tienes algo en particular contra él?

—Tal vez.

—¿Lo habías visto en algún otro sitio antes de encontrarlo aquí?

—Exactamente.

—¿Dónde fue eso?

—¿Me prometes no decir nada de lo que voy a referirte?

—Te lo prometo.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—De acuerdo. Escucha, pues.

Y entonces, Franz relató a Alberto su excursión a la isla de Montecristo, cómo había encontrado una tripulación de contrabandistas, y en medio de aquella tripulación a dos bandidos corsos. Se extendió sobre todas las circunstancias de la mágica hospitalidad que el conde le brindó en su gruta de *Las mil y una noches*; le describió la cena, el *haxix*, las estatuas, la realidad y el sueño, y cómo al despertarse no quedaba más prueba, como recuerdo de todos aquellos acontecimientos, que aquel pequeño yate, navegando en el horizonte hacia Porto Vecchio.

Después pasó a Roma, a la noche del Coliseo, a la conversación que había escuchado entre él y Vampa, conversación relativa a Peppino, y durante la cual el conde prometió obtener la gracia del bandido, promesa que fue cumplida, como nuestros lectores han podido juzgar.

Por fin llegó a la aventura de la noche anterior, a la dificultad con que se encontró al ver que le faltaban seiscientas o setecientas piastras para completar la cantidad; al fin se le ocurrió la idea de dirigirse al conde, ocurrencia que tuvo, a la vez, un resultado tan pintoresco como satisfactorio.

Alberto escuchaba a Franz con sus cinco sentidos.

—¿Y bien? —le dijo cuando hubo acabado—. ¿En dónde ves tú que todo eso sea reprochable? El conde es viajero, dispone de un barco suyo porque es rico. Vete a Portsmouth o a Southampton y verás los puertos abarrotados de yates de ricos ingleses que tienen el mismo capricho. Para saber en qué sitio se detienen en sus excursiones, para no comer esta espantosa cocina que nos envenena, a mí desde hace cuatro meses y a ti desde hace cuatro años; para no acostarse en estos abominables lechos en los que no se puede dormir, se hace amueblar una habitación en Montecristo. Cuando su habitación está amueblada, temiendo que el Gobierno toscano lo expulse y se pierdan sus gastos, entonces compra la isla y adopta su nombre. Querido, busca en tu memoria y dime cuántas personas que conoces adoptan el nombre de propiedades que jamás han tenido.

—Pero ¿y los bandidos corsos que se encontraban en su tripulación? —inquirió Franz a Alberto.

—¿Qué tiene eso de extraño? Sabes, mejor que nadie, ¿no es así?, que los bandidos corsos no son ladrones, sino pura y simple-

mente fugitivos que alguna *vendetta* ha desterrado de su pueblo o de su tierra; se puede verlos sin comprometerse. En cuanto a mí, declaro que si alguna vez voy a Córcega, antes de hacerme presentar al gobernador y al prefecto, procuraré ser presentado a los bandidos de Colomba, si es que se les puede poner la mano encima; los encuentro encantadores.

—Pero ¿y Vampa y su cuadrilla? —replicó Franz—. Esos son bandidos que detienen para robar. Esto no me lo negarás. ¿Qué dices de la influencia del conde sobre semejantes hombres?

—Diría, querido, que como con toda probabilidad debo la vida a esa influencia, no está en mí criticarla con severidad. De manera que en lugar de calificarla, como tú, de un crimen capital, encontrarás bien que la excuse, si no por haberme salvado la vida, lo que puede ser exagerado, sí, al menos, por haberme ahorrado cuatro mil piastras, que equivalen a veinticuatro mil libras de nuestra moneda, suma por la que seguramente no me hubiesen estimado en Francia; esto prueba —agregó Alberto, riendo— que nadie es profeta en su tierra.

—Bien. Precisamente. ¿De qué tierra es el conde? ¿Qué idioma habla? ¿Cuáles son sus medios de subsistencia? ¿De dónde procede su inmensa fortuna? ¿Cuál ha sido la primera parte de su misteriosa y desconocida vida que ha puesto sobre la segunda ese tinte sombrío y misantrópico? He aquí, en tu lugar, lo que yo quisiera saber.

—Mi querido Franz —repuso Alberto—, cuando recibiste mi carta y viste que teníamos necesidad de la influencia del conde, fuiste a decirle: «Alberto de Morcerf, mi amigo, corre peligro. Ayúdeme a sacarlo de ese peligro». ¿No es cierto?

—Sí.

—Entonces, él te preguntó: «¿Quién es ese Alberto de Morcerf? ¿De dónde procede su nombre? ¿Cuáles son sus medios de subsistencia? ¿Cuál es su nacionalidad? ¿Dónde ha nacido?». ¿Te ha preguntado todo eso? Dilo.

—No, lo confieso.

—Respondió, eso es lo importante. Me sacó de las manos de Vampa, en donde, a pesar de mis apariencias llenas de desenvoltura, como tú dices, ofrecía muy mal aspecto, lo confieso... Bueno, querido, cuando se presta semejante servicio y me ruega que haga por él lo que hago todos los días con el primer príncipe ruso o ita-

liano que pasa por París, es decir, presentarlo en sociedad, ¿cómo quieres que le niegue eso? Vamos, tú estás loco.

Es preciso decir que, contra su costumbre, la razón estaba de parte de Alberto.

—En fin —dijo Franz, lanzando un suspiro—, haz lo que quieras, mi querido vizconde; porque cuanto me dices es muy significativo, lo admito; pero tampoco es menos cierto que el conde de Montecristo es un hombre extraño.

—El conde de Montecristo es un filántropo. No te ha dicho para qué desea ir a París. Pues bien, iré para concurrir al premio Montyon; y si no necesita más que mi voto para obtenerlo, y la influencia de ese señor tan feo que los otorga, le concederé lo uno y le garantizaré lo otro. Sobre esto, mi querido Franz, no hablemos más, sentémonos a la mesa y vayamos a hacer una última visita a San Pedro.

Procedieron como indicara Alberto, y al día siguiente, a las cinco de la tarde, los dos amigos se despidieron. Alberto de Morcerf para regresar a París, Franz d'Epinay para ir a pasar una quincena a Venecia.

Mas antes de montar en su coche, Alberto aún entregó a un mozo del hotel —tanto temía que su convidado faltase a la cita— una carta para el conde de Montecristo, en la cual, y debajo de las palabras «Vizconde Alberto de Morcerf», había escrito a lápiz:

«21 de mayo, a las diez y media de la mañana, calle de Helder, número 27».

Los convidados

En aquella casa de la calle de Helder, donde Alberto de Morcerf había citado en Roma al conde de Montecristo, todo eran preparativos en la mañana del 21 de mayo para hacer honor a la palabra del joven.

Alberto de Morcerf ocupaba un pabellón situado en el ángulo de un gran patio y hacía frente a otro edificio destinado a los servicios. Unicamente dos ventanas de este pabellón daban a la calle, otras tres daban al patio y dos más al jardín de la vuelta.

Entre este patio y aquel jardín se erigía, construida con el mal gusto de la arquitectura imperial, la fastuosa y amplia vivienda de los condes de Morcerf.

A lo largo de toda la propiedad existía, dando sobre la calle, una pared coronada, de trecho en trecho, por vasos de flores, y cortada en el centro por una gran verja de lanzas doradas, que servía de entrada en las solemnidades; una pequeña puerta, casi adosada al cuarto del portero, permitía el paso del personal de servicio o de los dueños cuando entraban o salían a pie.

En aquella elección del pabellón destinado a habitación de Alberto, se adivinaba la delicada previsión de una madre que, no queriendo separarse de su hijo, comprendía, sin embargo, que un joven de la edad del vizconde tenía necesidad de disponer de una completa libertad. También se reconocía, por otro lado, debemos decirlo, el inteligente egoísmo del joven, amante de la vida libre y ociosa, que es la de los hijos de familia y que se le doraba como al pájaro su jaula.

Por aquellas dos ventanas que daban a la calle, Alberto de Morcerf podía hacer sus exploraciones exteriores. La vista del exterior es tan necesaria a los jóvenes que siempre quieren ver el mundo a través de su horizonte como si éste no fuese más que el de la calle. Después, una vez hecho el reconocimiento, si merecía un examen

más profundo, Alberto de Morcerf podía dedicarse a sus pesquisas, salir por una puertecita que hacía juego con la descrita junto al cuarto del portero, y que merece una descripción particular.

Era una puertecita que se hubiese dicho olvidada de todo el mundo desde el día en que se edificó la casa, y que se hubiera creído condenada para siempre, de tan discreta y recatada, pero cuya cerradura y goznes estaban cuidadosamente engrasados, delatando un misterioso y continuado uso. Esta puertecita disimulada servía como las otras dos, pero se esquivaba al portero, a la vigilancia y jurisdicción del cual escapaba, abriéndose como la famosa puerta de la cueva de *Las Mil y Una Noches*, como el Sésamo encantado de Alí-Babá, por medio de algunas palabras cabalísticas, o de algunos golpecitos convenidos, pronunciados por las voces más suaves o dados por los dedos más alargados del mundo.

Al extremo de un corredor largo y tranquilo, con el cual comunicaba esta puertecita y que oficiaba de antecámara, se abría, a la derecha, el comedor de Alberto, dando al patio, y a la izquierda, su saloncito, dando al jardín. Los macizos, las plantas trepadoras que crecían en forma de abanico delante de las ventanas, ocultaban al patio y al jardín el interior de estas dos piezas, las únicas situadas en la planta baja y en las que podían filtrarse miradas indiscretas.

En el primer piso, estas dos piezas se repetían, enriquecidas por una tercera que se hallaba sobre la antecámara. Tales piezas las constituían un salón, un dormitorio y un gabinete.

El salón bajo no era más que una especie de diván argelino destinado a los fumadores.

El gabinete del primero daba al dormitorio, y por una puerta secreta, comunicaba con la escalera. Puede apreciarse de qué modo estaban tomadas todas las medidas de precaución.

Encima de este primer piso existía un amplio estudio taller, que se ensanchó echando abajo paredes y vigas, pandemónium que el artista disputaba al *dandy*. Allí se refugiaban y almacenaban todos los caprichos de Alberto: los cuernos de caza, los bajos, las flautas, una orquesta completa, porque Alberto sintió algún tiempo, no el gusto a la música, sino el capricho; los caballetes, las paletas, los colores, porque al capricho de la música sucedió la presunción de la pintura; por último, los floretes, los guantes de boxeo, los espadones y los bastones de toda clase; porque, en fin, siguiendo las costumbres de los jóvenes a la moda en la época en que estamos, Al-

berto de Morcerf cultivaba, con mucha más perseverancia que dedicó a la música y la pintura, esas tres artes que completan la educación leonina, es decir, la esgrima, el boxeo y el bastón, y recibía sucesivamente en esta pieza, destinada a los ejercicios corporales, a Grisier, Cooks y a Charles Leboucher.

Los restantes muebles de esta pieza privilegiada consistían en antiguos baúles del tiempo de Francisco I, baúles llenos de porcelanas de China, de vasos de Japón, de lozas de Luca della Robbia, y de bandejas de Bernard de Palissy; antiguos sillones en los que tal vez se sentó Enrique IV o Sully, Luis XIII o Richelieu, porque dos de ellos, ornados con un escudo esculpido en el que brillaban sobre el azul las tres flores de lis de Francia rematadas con una corona real, salieron del guardamuebles del Louvre, o por lo menos de algún castillo real. Sobre estos sillones, de fondos sombríos y severos, yacían esparcidas profusamente ricas telas de vivos colores, tostadas al sol de Persia o confeccionadas por los ágiles dedos de las mujeres de Calcuta o de Chandernagor. Lo que hacían estas telas allí, no puede decirse; esperaban, recreando la vista, un destino desconocido hasta de su propietario, pero mientras esperaban, alegraban el departamento con sus sedosos y dorados reflejos.

En el lugar preferente se elevaba un piano, tallado por Roller y Blanchet en madera de rosa, piano a la medida de nuestros salones de liliputienses, que encerraba, sin embargo, una orquesta en su estrecha y sonora cavidad, y gemía bajo el peso de las obras maestras de Beethoven, de Weber, de Mozart, de Haydn, de Grety y de Porpora.

Además, por todas partes, a lo largo de las paredes, encima de las puertas, en el techo, había espadas, puñales, mazas, hachas, armaduras completamente doradas, damasquinadas, incrustadas; herbarios, pedazos de minerales, pájaros rellenos de crin desplegando, para un vuelo inmóvil, sus alas color de fuego y abriendo sus picos, que jamás se cierran.

Huelga decir que esta estancia era la pieza predilecta de Alberto.

Empero, el día de la cita, el joven, a medio vestir, había establecido su cuartel general en el saloncito de la planta baja. Allí, sobre una mesa rodeada a distancia por un diván ancho y cómodo, había reunido todos los tabacos conocidos, desde el rubio de Petersburgo hasta el negro del Sinaí, pasando por el *maryland*, el *portorrigo* y el *latakia*, resplandecientes en los botes de loza

agrietada que tanto adoran los holandeses. Al lado de ellos, en cajas de madera olorosa, estaban colocados, por orden de talla y calidad, los puros, los regalías, los habanos y los manilas; en fin, en un armario completamente abierto, una colección de pipas alemanas, de chibuis con boquillas de ámbar, ornados de coral, y de narguiles incrustados de oro, con largos tubos de cordobán enrollados como serpientes, esperaban el capricho o la simpatía de los fumadores. Alberto en persona había presidido el arreglo o más bien el desorden simétrico que los convidados a un almuerzo moderno prefieren contemplar después del café y a través del vapor que se escapa de sus bocas y, que se eleva al techo en largas y caprichosas espirales.

A las diez menos cuarto entró un ayuda de cámara. Éste, con un pequeño *groom* de quince años, que no hablaba más que inglés y respondía al nombre de John, constituían todo el servicio de Alberto. Claro está que en los días corrientes el cocinero de la casa estaba a su disposición, y en las grandes ocasiones el cazador del conde también lo hacía.

Este ayuda de cámara, que se llamaba Germain y que gozaba de la total confianza de su joven amo, llevaba en la mano un montón de periódicos que depositó sobre una mesa, y un paquete de cartas que entregó a Alberto.

Éste echó un vistazo distraído a las diferentes misivas escogió dos de escritura fina y sobres perfumados, los abrió y las leyó con cierto interés.

—¿Cómo llegaron estas cartas? —preguntó.

—Una vino por el correo, y la otra la trajo el ayuda de cámara de la señora Danglars.

—Comunique a la señora Danglars que acepto el sitio que me ofrece en su palco... ¡Espere! Después, durante el día, pásese por casa de Rosa; le dirá que iré, como me ha invitado, a cenar con ella al salir de la Ópera, y le llevará seis botellas de vinos surtidos, de Chipre, de Jerez, de Málaga, y un barril de ostras de Ostende... Adquiera las ostras en casa de Borrel, y, sobre todo, diga que son para mí.

—¿A qué hora desea ser servido el señor?

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

—Bien, sirva a las diez y media en punto. Debray posiblemente te tenga que ir a su Ministerio... Y además... —Alberto consultó sus

notas—, esa es la hora indicada por el conde, el 21 de mayo, a las diez y media de la mañana, aunque no me hago grandes ilusiones respecto a su promesa, pero quiero ser exacto. A propósito, ¿sabe si la señora condesa se ha levantado?

—Si el señor vizconde lo desea, me informaré.

—Sí. Pídale una de sus cajas de licores, la mía está incompleta y le dirá que tendré el honor de pasar por su salón a las tres, y que le pido permiso para presentarle a una persona.

El criado salió, Alberto se echó sobre el diván, quitó la faja de dos o tres periódicos, dio una ojeada a los espectáculos, hizo una mueca al comprobar que no se interpretaba una ópera ni un ballet, buscó inútilmente en los anuncios de perfumería cierta agua para los dientes, de la cual le habían hablado, y arrojó, una tras otra, las tres hojas más celebradas de París, murmurando en medio de un prolongado bostezo:

—Realmente, estos periódicos cada vez son más soporíferos.

En aquel momento, un carruaje ligero se detuvo delante de la puerta, y un instante después, el ayuda de cámara entró para anunciar al señor Lucien Debray. Un joven alto, rubio, pálido, de ojos grises y mirada fija, labios delgados y fríos, vistiendo frac azul con botones de oro cincelados, corbata blanca, con unos anteojos de concha colgados de un cordón de seda, y que, por el esfuerzo del nervio superciliar y del zigomático, conseguía fijarlo de vez en cuando en la cavidad del ojo derecho, entró sin sonreír, sin hablar y con un aire medio oficial.

—Buenos días, Lucien... Buenos días —dijo Alberto—. ¡Ah! Me asustas, querido, con esta exactitud. ¿Qué digo exactitud? A ti, que te esperaba el último, llegas a las diez menos cinco cuando la cita definitiva es para las diez y media. ¡Es milagroso! ¿Ha caído el Ministerio por casualidad?

—No, querido mío —replicó el joven, incrustándose en el diván—. ¡Tranquilízate, nosotros vacilaremos siempre, pero no caeremos nunca, y ya empiezo a creer que pasaremos buenamente a la inmovilidad, sin contar que los asuntos de la península van a consolidarnos del todo.

—¡Ah, sí! Es cierto. Arrojáis a don Carlos de España.

—No, querido mío, no confundamos; nos lo traemos del otro lado de la frontera de Francia, y le ofrecemos una hospitalidad real en Bourges.

—¿En Bourges?

—Sí, no hay por qué quejarse, diablos... Bourges es la capital del rey Carlos VII. ¡Cómo! ¿No sabías eso? Ya se conoce desde ayer en todo París, y anteayer la cosa ya había transpirado en la Bolsa, porque el señor Danglars (ignoro por qué procedimiento ese hombre sabe las noticias al mismo tiempo que nosotros), porque el señor Danglars jugó a la alza y ganó un millón.

—Y tú, una nueva cinta, según parece. ¿Por qué veo una orla azul agregada a tu pasador?

—¡Eh! Me han enviado la condecoración de Carlos III —respondió negligentemente Debray.

—Vamos, no te hagas el indiferente, y confiesa que te ha agradado recibirla.

—A fe mía que sí; como complemento de mi atuendo, una condecoración cae bien sobre un frac negro abotonado; es elegante.

—Y se tiene aspecto de príncipe de Gales o de duque de Reichstadt —dijo Morcerf, sonriendo.

—He aquí el motivo de verme tan temprano, querido mío.

—¿Porque tienes la condecoración de Carlos III y querías anunciarme esta buena nueva?

—No, porque he pasado toda la noche expidiendo cartas: veinticinco despachos diplomáticos. Regresé a mi casa esta madrugada, de día, quise dormir, pero el dolor de cabeza no me ha dejado, y me volví a levantar para montar a caballo una hora. En Boulogne, el aburrimiento y el hambre se apoderaron de mí, dos enemigos que rara vez van juntos, y que, sin embargo, se han aliado en contra mía; una especie de alianza carlo-republicana. Entonces me acordé de que hoy almorzaba en tu casa, y aquí me tienes: tengo hambre, aliméntame; me aburro, diviérteme.

—Es mi deber, como anfitrión, mi querido amigo —dijo Alberto, llamando al ayuda de cámara, mientras Lucien hacía saltar los periódicos desplegados con el extremo de su bastón, de puño de oro incrustado de esmeraldas—. Germain, un vaso de jerez y un bizcocho. Entretanto, mi querido Lucien, aquí tienes los cigarros de contrabando, claro está; que te invito a probar y a insinuar a tu ministro que nos venda algo parecido en lugar de esa especie de hojas de nogal a que condena a fumar a los buenos ciudadanos.

—¡Diablo! Me guardaré muy bien. Desde el momento en que viniesen del Gobierno ya no los querías y los encontrarías execrables. Además, esto no corresponde al interior, sino a las finanzas: dirígete al señor Humann, sección de contribuciones indirectas, corredor A, número 26.

—En verdad —convino Alberto—, que me asombras con la amplitud de tus conocidos. Pero, ¡toma un cigarro!

—¡Ah! Querido vizconde —dijo Lucien encendiendo un manila en una bujía roja que ardía en un candelero encarnado y reclinándose en el diván—. ¡Ah, querido vizconde! ¡Qué feliz eres sin hacer nada! En verdad que no conoces tu dicha.

—¿Y qué harías tú, pues, mi querido pacificador de reinos —replicó Morcerf con cierta ironía—, si no hicieses nada? ¡Vaya! Secretario particular de un ministro, lanzado a la vez en el gran mundo de la cábala europea y en las pequeñas intrigas de París; teniendo reyes, y mejor que eso, reinas que proteger, partidos que reunir y elecciones que dirigir; haciendo más con tu gabinete, con tu pluma y con tu telégrafo que Napoleón hacía en sus campos de batalla con su espada y sus victorias; poseyendo veinticinco mil libras de renta además de tu cargo; un caballo por el cual Chateau Renaud te ofrece cuatrocientos luises, y que no has querido venderle; un sastre que no te falla nunca un pantalón; teniendo asiento en la Ópera, el Jockey Club y el teatro de Varietés, ¿no encuentras en todo eso nada para distraerte? Bien, sea, te distraeré yo.

—¿Y cómo lo lograrás?

—Dándote a conocer una nueva amistad.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¡Oh! Ya conozco muchos.

—Pero no conoces uno como al que yo me refiero.

—¿De dónde viene, pues? ¿Del fin del mundo?

—Tal vez de más lejos.

—¡Ah, diablo! Espero que no se lleve nuestro almuerzo.

—No, estate tranquilo; nuestro almuerzo se prepara en las cocinas maternas. Pero, ¿de verdad tienes hambre?

—Sí, lo confieso, por humillante que sea decirlo. Pero ayer cené en casa del señor de Villefort. ¿Y has notado esto, mi querido amigo? Se cena muy mal en casa de todas esas gentes del estrado; se diría que siempre tienen remordimientos.

—¡Ah, pardiez! Desprecias las comidas de los demás, porque se come bien en casa de tus ministros.

—Sí, pero nosotros no invitamos a las personas que convienen, al menos; y si no nos viésemos obligados a hacer los honores de nuestra mesa a algunos pordioseros que piensan, y, sobre todo, que votan bien, nos guardaríamos, como de la peste, de comer en nuestra casa; puedes creerlo.

—Entonces, querido, toma un segundo vaso de jerez y otro bizcocho.

—Con placer; este vino de España es excelente. Ahora verás bien claro que hemos tenido razón al pacificar ese país.

—Sí, pero don Carlos...

—Bueno, don Carlos beberá vino de Burdeos, y dentro de diez años casaremos a su hijo con la reinecita.

—Lo cual te hará acreedor al Toisón de Oro, si aún continuas en el Ministerio.

—Creo, Alberto, que esta mañana has adoptado el sistema de alimentarme de humo.

—¡Eh! Eso aún es lo que mejor entretiene al estómago, ¿no crees? Pero, fíjate, ahora oigo la voz de Beauchamp en la antesala; discutirás con él y eso colmará tu impaciencia.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de los periódicos.

—¡Oh, mi querido amigo! —dijo Lucien con un soberano desprecio—. ¿Acaso leo yo los periódicos?

—Razón de más. Entonces discutiréis ampliamente.

—¡El señor Beauchamp! —anunció el ayuda de cámara.

—¡Entra, entra, pluma terrible! —dijo Alberto levantándose y saliendo al encuentro del joven—. Mira, aquí está Debray, que te detesta sin haberte leído, al menos es lo que dice.

—Y tiene mucha razón —admitió Beauchamp—. Hace como yo, que lo critico sin saber qué hace. Buenos días, comendador.

—¡Ah! Ya estás enterado —respondió el secretario particular, cambiando con el periodista un apretón de manos y una sonrisa.

—¡Pardiez! —exclamó Beauchamp.

—¿Y qué dicen por el mundo?

—¿En qué mundo? Tenemos muchos mundos en el año de gracia de 1838.

—¡Eh! En el mundo crítico político, en el cual eres uno de sus leones.

—Pues dicen que es una cosa muy justa, y que tú siembras bastante rojo para que crezca un poco de azul.

—Vamos, vamos, no está mal —replicó Lucien—. ¿Por qué no eres de los nuestros; mi querido Beauchamp? Teniendo un ingenio como el tuyo, harías fortuna en tres o cuatro años.

—No espero más que una cosa para seguir tu consejo: que haya un ministerio que esté asegurado por seis meses. Ahora, una palabra, mi querido Alberto, porque también hace falta que deje respirar al pobre Lucien. ¿Almorzamos o comemos? Tengo que ir a la Cámara. No todo es de color rosa, como creéis, en nuestra profesión.

—Se almorzará solamente; no esperamos más que a dos personas, y nos sentaremos a la mesa en cuanto hayan llegado.

—¿Y qué clase de personas esperas a almorzar? —preguntó Beauchamp.

—A un gentilhomme y a un diplomático —replicó Alberto.

—Entonces será cosa de dos horitas para el gentilhomme y de dos horazas para el diplomático. Ya volveré a los postres. Guárdame fresas, café y cigarros. Comeré una costilla en la Cámara.

—No te vayas, Beauchamp, pues aunque el gentilhomme fuese un Montmorency, y el diplomático un Metternich, almorzaremos a las diez y media en punto. Entretanto, haz lo que Debray, prueba mi jerez y mis bizcochos.

—Sea, me quedo. Es absolutamente preciso que me distraiga esta mañana.

—Bueno, igual que Debray. Y sin embargo, me parece que cuando el Ministerio está triste, la oposición debe estar alegre.

—¡Ah! Lo ves, mi querido amigo, es que aún no sabes lo que me amenaza. Esta mañana oiré un discurso del señor Danglars en la Cámara de Diputados, y esta tarde, en casa de su mujer, una tragedia de un par de Francia. ¡Que el diablo se lleve al Gobierno constitucional!, y puesto que podíamos elegir, por lo que dicen, ¿por qué hemos escogido a éste?

—Comprendo. Tienes necesidad de aprovisionarte de alegría.

—No critiques los discursos del señor Danglars —indicó Debray—. Vota por ti, y es de la oposición.

—Ahí está el mal, ¡pardiez! Así, pues, espero que lo enviéis a discursar al Luxemburgo para reírme a gusto.

—Querido —dijo Alberto a Beauchamp—, se ve que los asuntos de España se han arreglado, porque hoy estás de un humor insufrible. Acuérdate de que la crónica parisiense se ocupa de un matrimonio entre yo y la señorita Eugénie Danglars. No puedo, pues, en conciencia, permitir que hables mal de la elocuencia del hombre que un día me dirá: «Señor vizconde, ya sabe usted que doto con dos millones a mi hija».

—¡Vamos ya! —exclamó Beauchamp—. Ese matrimonio no se celebrará nunca. El rey ha podido hacerle barón, y podrá hacerle par, pero no le hará nunca gentilhomme, y el conde de Morcerf es una espada demasiado aristocrática para consentir, por dos tristes millones, en un casamiento desigual.

—No obstante, dos millones, representan una bonita cifra —replicó Morcerf.

—Es el capital social de un teatro de bulevar o de un ferrocarril del Jardín de las Plantas en la Rapée.

—Déjame hablar, Morcerf —intervino Debray—, y cástate. Te casas con la etiqueta de un saco, ¿no es así? Bien, pues ¡qué importa! Más vale entonces que esa etiqueta tenga un blasón menos y un cero más; tú tienes siete mirlas en tus armas, entrega tres a tu esposa y aún te quedan cuatro. Es una más que la del señor De Guisa, que pretendió ser rey de Francia, y cuyo primo hermano, era emperador de Alemania.

—A fe mía; creo que tienes razón, Lucien —respondió distraídamente Alberto.

—¡Pues claro! Además, todo millonario es tan noble como un bastardo; es decir, puede serlo.

—¡Chist! No digas eso, Debray —advirtió, riendo, Beauchamp—, porque aquí tienes a Chateau Renaud, quien, para curarte de la manía de parodiar, te atravesará el cuerpo con la espada de Renaud de Montauban, su antepasado.

—Entonces haría mal —replicó Lucien—, porque soy villano y muy villano.

—¡Bueno! —exclamó Beauchamp—. Aquí tenemos al Ministerio cantando el Béranger. ¿Adónde vamos a parar, Dios mío?

—¡El señor de Chateau Renaud! ¡El señor Maximilien Morrel! —anunció el ayuda de cámara ante los nuevos convidados.

—Entonces, ya estamos todos —dijo Beauchamp—, y vamos a almorzar. Si no me equivoco, no esperabas más que a dos personas, ¿no es cierto, Alberto?

—¡Morrel! —murmuró, sorprendido, Alberto—. ¡Morrel! ¿Quién es ése?

Pero antes de que hubiese acabado, el señor de Chateau Renaud, apuesto joven de treinta años, hidalgo de pies a cabeza, es decir, con la figura de un Guiche y el talento de un Mortemart, había cogido a Alberto por la mano.

—Permíteme, querido —le dijo—, presentarte al capitán de *es-pahis* Maximilien Morrel, mi amigo, y además, mi salvador. Por lo demás, el hombre se presenta bastante bien por sí mismo. Saluda a mi héroe, vizconde.

Y se retiró para dejar paso a aquel alto y noble joven de frente ancha, mirada penetrante, y bigotes negros, a quien nuestros lectores recordarán haber visto en Marsella en unas circunstancias bastante dramáticas para que ya las hayan olvidado. Un rico uniforme, medio francés y medio oriental, admirablemente llevado, hacía resaltar su amplio pecho condecorado con la cruz de la Legión de Honor, y resaltar la finura de su talle. El joven oficial se inclinó con una cortesía llena de elegancia; Morrel era gracioso en todos sus movimientos, porque era fuerte.

—Caballero —dijo Alberto con afectuosa cortesía—, el señor barón de Chateau Renaud sabe de antemano el placer que me proporcionaba el presentaros; es usted amigo suyo, señor, séalo nuestro.

—Muy bien —dijo Chateau Renaud—, y deséale, mi querido vizconde, que haga por ti lo mismo que por mí si se presenta la ocasión.

—¿Y qué ha hecho, pues? —preguntó Alberto.

—¡Oh! —dijo Morrel—. No vale la pena ni hablar de ello, el señor exagera.

—¡Cómo! —dijo Chateau Renaud—. ¿Que no vale la pena hablar de ello? ¿De manera que la vida no vale la pena...? Realmente es muy filosófico lo que dice, mi querido señor Morrel... Bueno, para usted, que expone su vida todos los días, mas para mí que la expongo una vez por casualidad...

—Lo único que veo claro en todo esto, barón, es que el capitán Morrel te ha salvado la vida.

—¡Oh, Dios mío! Sí. Y tan tranquilamente —respondió Chateau Renaud.

—¿Y en qué ocasión? —preguntó Beauchamp.

—Beauchamp, amigo mío, ya sabes que me muero de hambre —dijo Debray—, no empieces con tus historias.

—Bien, yo no impido que vayamos a almorzar. Chateau Renaud nos relatará eso en la mesa.

—Señores —dijo Morcerf—, no son más que las diez y cuarto; fíjense en ello, y esperamos a un último convidado.

—¡Ah! Es cierto, un diplomático —replicó Debray.

—Un diplomático, o cualquiera otra cosa; no lo sé bien. Lo que sé es que, por mi cuenta, le encargué de una embajada que concluyó a satisfacción, y que si hubiese sido rey le habría hecho al instante caballero de todas mis órdenes, incluidas las del Toisón de Oro y de la Jarretera.

—Entonces, ya que no nos sentamos a la mesa todavía —dijo Debray—, sírvenme un vaso de jerez, como ya hemos hecho, y que el barón nos refiera eso.

—Ya sabéis todos que se me ocurrió la idea de ir a África.

—Es un camino que ya trazaron tus antecesores, mi querido Chateau Renaud —replicó amablemente Morcerf.

—Sí, pero dudo que esto fuese para libertar el Santo Sepulcro como hicieron ellos.

—Tienes razón, Beauchamp —replicó el joven aristócrata—, sólo fue para disparar buenamente como aficionado. El duelo me repugna, como ya sabéis, desde que dos testigos que había escogido para arreglar un asunto me obligaron a romper un brazo a uno de mis mejores amigos... ¡Diantre! A ese pobre Franz d'Epina y que todos conocéis.

—¡Ah, sí! Es cierto —dijo Debray—. Os batisteis con motivo de... ¿A propósito, de qué fue?

—¡Que el diablo me lleve si me acuerdo! —dijo Chateau Renaud—. Pero de lo que sí me acuerdo perfectamente es de que no deseando dejar adormecer un talento como el mío, quise probar con los árabes las pistolas nuevas que me habían regalado. En consecuencia, me embarqué para Orán; de allí llegué a Constantina, justo a tiempo de ver levantar el sitio. Me batí en retirada, como los demás. Durante cuarenta y ocho horas soporté bastante bien la lluvia del día y la nieve de la noche; por fin, a la tercera madrugada, mi caballo murió de frío. ¡Pobre animal! ¡Acostumbrado a las mantas y a la estufa de la cuadra! Un caballo árabe que sólo se encontró un poco desorientado al tener diez grados de frío en Arabia.

—Por eso me querías comprar mi caballo inglés —objetó Debray—. Te supones que soporta mejor el frío que tu árabe, ¿no?

—Te engañas, porque he hecho promesa de no volver por África.

—¿Tanto miedo le has cogido? —preguntó Beauchamp.

—¡Y tanto que sí! Lo confieso —respondió Chateau Renaud—. ¡Hay motivos para tenerlo! Mi caballo estaba muerto; yo hacía la retirada a pie; seis árabes se me echaron encima a todo galope para cortarme la cabeza, abatí a dos con dos disparos de fusil, otros dos con mis pistolas; pero aún quedaban otros dos y estaba desarmado. Uno me cogió por los cabellos, por eso ahora los llevo tan cortos, nadie sabe lo que puede suceder; el otro me envolvió el cuello con su yatagán, y ya sentía el agudo frío del hierro cuando el señor, que veis aquí, cargó a su vez sobre ellos; mató al que me cogía de los cabellos de un disparo, y partió la cabeza del que se disponía a cortarme el cuello con su sable. Al señor le había dado por salvar a un hombre ese día, y el azar quiso que fuese yo; cuando sea rico, encargará a Klagmann o Marochetti que hagan una estatua al Azar.

—Sí —dijo, sonriendo Morrel—, era el 5 de setiembre, es decir, el aniversario del día en que mi padre fue salvado milagrosamente; por lo tanto, mientras pueda, celebraré todos los años ese día con una acción.

—¿Heroica, no es cierto? —interrumpió Chateau Renaud—. En resumen, yo fui el elegido, pero eso no es todo. Tras de haberme salvado del hierro, me salvó del frío, dándome, no la mitad de su capa, como hacía San Martín, sino toda entera; después, del hambre, compartiendo conmigo, ¿adivináis qué?

—¿Un pastel de casa Félix? —preguntó Beauchamp.

—No, su caballo, del cual nos comimos cada uno un gran pedazo con buen apetito, aunque era duro.

—¿El caballo? —preguntó, riendo, Morcerf.

—No, el sacrificio —respondió Chateau Renaud—. ¿Pregunta a Debray si sacrificaría su inglés por un extraño?

—Por un extraño, no —replicó Debray—, pero por un amigo, tal vez.

—Suponía que llegaría a serlo mío, señor barón —dijo Morrel—. Además, ya tuve el honor de decirle que, heroísmo o no, sacrificio o no, ese día debía una ofrenda a la mala fortuna en recompensa del favor que en otra ocasión nos hizo la buena.

—Esa historia a que hace alusión Morrel —continuó Chateau Renaud—, es toda una admirable historia que cualquier día os relatará, cuando hayáis trabado mayor amistad; por hoy, pensemos en el estómago y no en la memoria. ¿A qué hora se almuerza, Alberto?

—A las diez y media.

—¿Exactas? —preguntó Debray sacando su reloj.

—¡Oh! Me concederéis los cinco minutos de gracia —dijo Morcerf, porque yo también espero a un salvador.

—¿De quién?

—¡Mío, pardiez! —respondió Morcerf—. ¿Creéis, acaso, que a mí no me pueden salvar como a cualquier otro, y que no hay más que árabes que corten cabezas? Nuestro almuerzo es una comida filantrópica, y tendremos a la mesa, al menos eso espero, a dos bienhechores de la humanidad.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —dijo Debray—. No tenemos más que un premio Montyon.

—Bien, pero se le otorgará a cualquiera que no haya hecho nada para merecerlo —dijo Beauchamp—. ¿No es así como generalmente sale del apuro la Academia?

—¿Y de dónde viene? —preguntó Debray—. Perdona la insistencia; ya sé que has respondido antes a la pregunta, pero resulta bastante confusa y por ello me permito hacerla de nuevo.

—En verdad —respondió Alberto—, no lo sé. Cuando le invité, hace tres meses de esto, se hallaba en Roma; pero desde entonces, ¿quién puede saber el camino que ha recorrido?

—¿Y le crees capaz de ser puntual? —preguntó Debray.

—Le creo capaz de todo —respondió Morcerf.

—Ten cuidado que con los cinco minutos de gracia, no faltan más que diez.

—Bien, aprovecharé para deciros unas palabras de mi convidado.

—Perdón —interrumpió Beauchamp—. ¿Hay materia para un folletín con todo lo que vas a contar?

—Sí, seguro —repuso Morcerf—, e incluso de los más interesantes.

—Entonces, habla, porque ya veo que faltaré a la Cámara, y es preciso que me haga con algo.

—Estaba yo en Roma, en el último carnaval.

—Ya sabemos eso —dijo Beauchamp.

—Sí, pero lo que ignoráis, es que fui secuestrado por unos bandidos.

—Ya no hay bandidos —afirmó Debray.

—Sí que los hay, y hasta repulsivos, es decir, admirables, porque los encontré capaces de asustar a cualquiera.

—Veamos, mi querido Alberto —dijo Debray—, confiesa que tu cocinero se retrasa, que las ostras no han llegado de Marennes o de Ostende, y que, siguiendo el ejemplo de madame Maintenon, quieres remplazar el plato por un cuento. Dilo, querido mío, estamos en bastante buena compañía para perdonarte y escuchar tu historia, por fabulosa que parezca.

—Y yo os digo que, por fabulosa que sea, os la relato como cierta desde el principio al fin. Los bandidos me habían secuestrado y conducido a un lugar muy triste que se llama las catacumbas de San Sebastián.

—Conozco eso —dijo Chateau Renaud—. Allí estuve a punto de coger la fiebre.

—Y yo hice algo mejor que eso —dijo Morcerf—; la tuve realmente. Se me había anunciado que estaba prisionero por un rescate de cuatro mil escudos romanos, una miseria de veintiséis mil libras tornesas. Desgraciadamente, no disponía más que de mil quinientas; estaba a fin de viaje y mi crédito había disminuido. Escribí a Franz. ¡Sí, pardiez! Estaba también Franz, y podéis preguntárselo. Escribí a Franz que si no llegaba a las seis de la mañana con los cuatro mil escudos, a las seis y diez me habría reunido con los bienaventurados santos y gloriosos mártires, en compañía de los cuales tendría el honor de encontrarme. Y el señor Luigi Vampa, es el nombre del jefe de los bandidos, habría, os ruego que lo creáis, mantenido escrupulosamente su palabra.

—Pero Franz llegó con los cuatro mil escudos —dijo Chateau Renaud—. ¡Qué diablos! No existe ningún apuro por cuatro mil escudos cuando se llama uno Franz d'Épinay o Alberto de Morcerf.

—No, llegó, pura y simplemente, acompañado del convidado que os anuncio y que espero poder presentaros.

—¡Vaya, vaya! ¿Pero es un Hércules matando cactus, ese señor, o un Perseo liberando a Andrómeda?

—No, es un hombre de mi estatura, más o menos.

—¿Armado hasta los dientes?

—Ni siquiera tenía una aguja de hacer calceta.

—Pero llevaba tu rescate, ¿no?
—Dijo dos palabras al oído del jefe, y quedé libre.
—E incluso te pidieron excusas por haberte arrestado —dijo Beauchamp.

—Exacto —replicó Morcerf.

—¡Vaya, vaya! Pero, ¿acaso era Ariosto ese hombre?

—No, era sencillamente el conde de Montecristo.

—No se llama el conde de Montecristo —dijo Debray.

—No creo —añadió Chateau Renaud con la sangre fría del que conoce al dedillo la nobleza europea—. ¿Quién conoce en alguna parte un conde de Montecristo?

—Tal vez venga de Tierra Santa —aventuró Beauchamp—. Uno de sus antepasados habrá poseído el Calvario, como los Mortemart el mar Muerto.

—Perdón —dijo Maximilien—, pero creo que puedo sacarles del apuro, señores; Montecristo es una islita de la cual he oído hablar con frecuencia a los marinos que trabajan para mi padre: un grano de arena en medio del Mediterráneo, un átomo en el infinito.

—Exactamente es eso, señor —aseguró Alberto—. Pues bien, de ese grano de arena, de ese átomo, es señor y rey ese de quien os hablo. Habrá comprado ese título de conde en alguna parte de Toscana.

—Así, pues, ¿es rico tu conde?

—Ya lo creo.

—Pero eso se verá, me parece.

—He aquí algo que engaña, Debray.

—No lo comprendo.

—¿Has leído *Las mil y una noches*?

—¡Diantre! Menuda pregunta.

—Pues bien. ¿Sabes tú, pues, si las gentes que se ven son ricas o pobres? ¿Si sus granos de trigo no son diamantes o rubíes? Tienen el aspecto de miserables pescadores, ¿no es cierto? Los consideras como tales, y, de pronto, te abren cualquier cueva misteriosa y te encuentras con un tesoro para comprar toda la India.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Mi conde de Montecristo es uno de esos pescadores. Incluso se ha sacado un nombre de ahí, se llama Simbad el Marino, y posee una cueva llena de oro.

—¿Y has visto esa cueva, Morcerf? —preguntó Beauchamp.

—No, yo no, pero Franz sí. ¡Mas, chitón! No hay que decir ni una palabra de esto delante suyo. Franz descendió con los ojos vendados, y fue servido por mudos y por mujeres, al lado de las cuales, al menos eso parece, Cleopatra es una aprendiz. Respecto a las mujeres no está muy seguro, ya que ellas no entraron hasta después de que tomase *haxix*; de modo que bien podría ser que tomase por mujeres lo que no era sino una cuadrilla de estatuas.

Los jóvenes miraron a Morcerf de una manera que quería decir: «¡Vamos, amigo! ¿Te has vuelto insensato o te burlas de nosotros?».

—En efecto —dijo Morrel, pensativo—, yo he oído contar algo por el estilo, a lo que refiere el señor de Morcerf, a un viejo marino llamado Penelón.

—¡Ah! —exclamó Alberto—. Es una suerte que el señor Morrel acuda en mi ayuda. Eso os contraría, ¿no es cierto?

—Perdón, mi querido amigo —dijo Debray—, pero es que nos cuentas cosas tan increíbles...

—¡Ah, diablos! ¿Porque tus embajadores y tus cónsules no te hablan de ello? Claro que no tienen tiempo; es menester que molesten a los compatriotas que viajan.

—¡Ah! Ya veo lo que te molesta y por qué truenas contra nuestros pobres agentes. ¡Ay, Dios mío! ¿Con qué quieres que te protejan? La Cámara les roe todos los días sus pagas, hasta que los dejen sin nada. ¿Quieres ser embajador, Alberto? Haré que te nombren para ese cargo en Constantinopla.

—No, porque el sultán, a la primera demostración que yo hiciese en favor de Mehemet Alí, me enviaría el cordón para que mis secretarios me estrangulasen.

—¡Lo ves! —exclamó Debray.

—Sí, pero todo eso no impide que mi conde de Montecristo exista.

—¡Pardiez! Todo el mundo existe. ¡Vaya milagro!

—Todo el mundo existe, sin duda, pero no en condiciones semejantes. Todo el mundo no tiene esclavos negros, ni galerías principescas, ni armas como en la Casauba, ni caballos de seis mil francos pieza, ni queridas griegas.

—¿Has visto tú a su querida griega?

—Sí, la vi y la oí. La vi en el teatro Valle, y la oí un día que almorcé en casa del conde.

—Así, pues, come. ¡Tu hombre es extraordinario!

—¡Que si come! Pero tan poco, que no vale la pena de hablar de ello.

—Ya verás como resulta un vampiro.

—Reíros cuanto queráis. Pero ésa es la opinión de la condesa G. que, como ya sabéis, ha conocido a lord Ruthwen.

—¡Ah! ¡Muy bien! —exclamó Beauchamp—. Aquí tenemos en un hombre que no es periodista, el rabo de la famosa serpiente de mar del *Constitutionnel*: un vampiro. ¡Magnífico!

—Ojos leonados cuya pupila diminuta se dilata a voluntad —dijo Debray—, ángulo facial desarrollado, frente magnífica, tez lívida, barba negra, dientes blancos y afilados, y cortesía parecida.

—Pues bien, es exactamente eso, Lucien —convino Morcerf—. Lo has señalado rasgo a rasgo. Sí, cortesía aguda e incisiva. Ese hombre me ha estremecido frecuentemente; un día en que contemplábamos juntos una ejecución, creí que iba a ponerme malo, más bien de verle y oírle hablar tan fríamente de todos los suplicios de la tierra, que de ver al verdugo cumpliendo su cometido y oír los gritos del condenado.

—¿No te ha conducido a las ruinas del Coliseo para chuparte la sangre, Morcerf? —preguntó Beauchamp.

—O después de haberte libertado, ¿no te hizo firmar un pergamino color de fuego, por el cual le cedías tu alma, como Esaú su derecho de primogenitura?

—¡Burlaos! Burlaos cuanto queráis, amigos —dijo Morcerf, un poco molesto—. Cuando os miro a vosotros, bellos parisienses, asiduos del bulevar de Gand, paseantes del bosque de Bolonia, y me acuerdo de ese hombre, bien me parece que no somos de la misma especie.

—¡Eso me halaga! exclamó Beauchamp.

—Siempre será —agregó Chateau Renaud— tu conde de Montecristo un hombre galante en su ratos perdidos, salvo en las ocasiones de sus pequeños arreglos con los bandidos italianos.

—¡Eh! ¡Ya no hay bandidos italianos! —protestó Debray.

—¡Ni vampiros! —añadió Beauchamp.

—Ni conde de Montecristo —señaló Debray—. Fíjate, querido Alberto, ya están dando las diez y media.

—Confiesa que has tenido una pesadilla, y vamos a almorzar —dijo Beauchamp.

Pero aún no se había extinguido la vibración del reloj, cuando se abrió la puerta y Germain anunció:

—Su Excelencia el conde de Montecristo.

Todos los oyentes dieron un salto a pesar suyo, un gesto que denotaba la preocupación que el relato de Morcerf había puesto en sus almas. El mismo Alberto no pudo sustraerse a una repentina emoción.

No se había oído ni el coche en la calle, ni pasos en la antesala; la misma puerta se había abierto sin ruido.

El conde apareció en el umbral, vestido con la mayor simplicidad, pero el león más exigente no hubiese encontrado nada que reprochar a su tocado. Todo era de un gusto exquisito, todo salido de las manos de los más elegantes proveedores, traje, sombrero, y camisa.

Parecía tener unos treinta y cinco años, y lo que más asombró a todos fue su extremado parecido con el retrato que trazara de él Debray.

El conde avanzó sonriendo hasta el centro del salón y fuese derecho a Alberto, quien, saliendo a su encuentro, le ofreció la mano con presteza.

—La exactitud —dijo Montecristo—, es la cortesía de los reyes, al menos eso pretendía, según creo, uno de nuestros soberanos. Pero cualquiera que sea la buena voluntad, no siempre es la misma de los viajeros. No obstante, espero, mi querido vizconde, que excusará, en favor de mi buena voluntad, los dos o tres segundos de retraso con que creo haber acudido a la cita. Quinientas leguas no se hacen sin ninguna contrariedad, sobre todo en Francia, donde está prohibido, por lo que parece, arrear a los postillones.

—Señor conde —respondió Alberto—, estaba anunciando su visita a algunos de mis amigos, reunidos aquí con motivo de la promesa que le hice, y a quienes tengo el honor de presentar. Estos son, el conde de Chateau Renaud, cuya nobleza se remonta a los Doce Pares, y cuyos antepasados formaron parte de la Tabla Redonda; el señor Lucien Debray, secretario particular del ministro del Interior; el señor Beauchamp, terrible periodista, espanto del Gobierno francés, pero del cual, tal vez, a pesar de su celebridad nacional, jamás se ha oído hablar en Italia, ya que no se permite la entrada de su periódico, y, por último, el señor Maximilien Morrel, capitán de *espahis*.

Al oír este último nombre, el conde, que hasta entonces había saludado cortésmente, pero con una frialdad y una impasibilidad

muy inglesas, dio a pesar suyo, un paso adelante, y un ligero rubor asomó a sus pálidas mejillas.

—El señor viste el uniforme de los nuevos vencedores franceses —comentó—. Es un bonito uniforme.

No se hubiese podido decir cuál era el sentimiento que prestaba a la voz del conde una vibración tan profunda, y que hacía brillar, a pesar suyo, su mirada tan bella, tan serena y tan límpida, cuando no tenía motivo alguno para velarla.

—¿No ha visto usted nunca a nuestros africanos, señor? —inquirió Alberto.

—Jamás —replicó el conde, repuesto por completo.

—Pues bien, señor, bajo ese uniforme late uno de los corazones más valientes y más nobles del ejército.

—¡Oh!, señor conde... —le interrumpió Morrel.

—Déjeme hablar, capitán. Y acabamos —continuó Alberto—, de saber del señor un hecho tan heroico que, a pesar de que hoy lo veo por primera vez, reclamo el favor de presentárselo como a mi amigo.

Y aún se pudo notar, ante estas palabras, en Montecristo, esa extraña fijeza de su mirada, ese rubor furtivo y ese ligero temblor de la pupila, que en él, delataban la emoción.

—¡Ah! El señor tiene un corazón noble —dijo—. ¡Tanto mejor!

Esta especie de exclamación, que respondía más al propio pensamiento del conde que a lo dicho por Alberto, sorprendió a todo el mundo, sobre todo a Morrel, quien miró a Montecristo con asombro. Pero al mismo tiempo la entonación era tan dulce y, por así decirlo, tan suave que, aunque extraña, con aquella exclamación no podía molestarle nadie.

—¿Por qué dudará? —dijo Beauchamp a Chateau Renaud.

—En verdad —respondió éste, que con su mundología y su mirada aristocrática había penetrado en Montecristo cuanto era posible—, en verdad, Alberto no nos ha engañado. Es un personaje bien extraño. ¿Qué opina usted, Morrel?

—A fe mía —dijo éste—, que tiene la mirada franca y la voz simpática, de manera que me agrada, a pesar de la audaz reflexión que acaba de hacer sobre mí.

—Señores —dijo Alberto—, Germain me anuncia que estamos servidos. Mi querido conde, permítame mostrarle el camino. Se pasó silenciosamente al comedor. Cada uno ocupó su sitio.

—Señores —dijo el conde, sentándose—, permítanme una confesión que será mi disculpa para todas las inconveniencias que pueda cometer: soy extranjero, pero hasta tal punto, que es la primera vez que vengo a París. La vida francesa, por consiguiente, me es totalmente desconocida, y casi no he practicado hasta el presente más que la vida oriental, la más antipática para las buenas tradiciones parisienses. Les ruego, pues, que me excusen si encuentran en mí algo demasiado turco, demasiado napolitano o demasiado árabe. Dicho esto, señores, almorcemos.

—¡Cómo lo ha dicho! —murmuró Beauchamp—. Decididamente, es un gran señor.

—Un gran señor —agregó Debray.

—Un gran señor de todos los países, señor Debray —dijo Chateau Renaud.

El almuerzo

El conde, como se recordará, era un convidado sobrio. Alberto lo señaló atestiguando el temor de que, desde el principio, la vida parisiense no agradase al viajero por su lado más material, pero al mismo tiempo más necesario.

—Mi querido conde —dijo—, estoy temiendo que la cocina de la calle de Helder no le agrade tanto como la de la plaza de España. Hubiera debido preguntarle su gusto y hacerle preparar algunos platos de su agrado.

—Si me conociese más, señor —respondió sonriendo el conde—, no se preocuparía de un detalle casi humillante para un viajero como yo, que, sucesivamente, ha vivido con los macarrones en Nápoles, la polenta en Milán, la paella en Valencia, el arroz hervido en Constantinopla, el karrick en la India, y los nidos de golondrina en China. No existe la cocina para un cosmopolita como yo. Como de todo y en todas partes, sólo que como poco; y hoy que me reprocha mi sobriedad estoy precisamente en uno de mis días de apetito, porque desde ayer por la mañana, no he comido nada.

—¡Cómo! ¿Desde ayer por la mañana? —exclamaron los convidados—. ¿No ha comido desde hace veinticuatro horas?

—No —respondió Montecristo—. Me he visto obligado a apartarme de mi camino y tomar algunos informes en las proximidades de Nimes, de modo que me retrasé un poco y no he querido detenerme.

—¿Pero habrá comido algo en el coche? —preguntó Morcerf.

—No, he dormido, como suele sucederme cuando me aburro sin tener ánimo de distraerme, o cuando tengo hambre sin tener deseos de comer.

—Pero, ¿manda usted en su sueño, señor? —preguntó Morrel.

✻ —Casi casi.

—¿Tiene una receta para eso?

—Infalible.

—Eso sí que sería excelente para nosotros los africanos, que no siempre tenemos que comer, y que raramente tenemos que beber —declaró Morrel.

—En efecto —dijo Montecristo—. Desgraciadamente, mi receta, excelente para un hombre como yo, que lleva una vida excepcional, resultaría muy peligrosa aplicada al ejército, que no se despertaría cuando hubiese necesidad de hacerlo.

—¿Y puede saberse cuál es esa receta? —preguntó Debray.

—¡Oh, Dios mío! Claro que sí —replicó Montecristo—. No es ningún secreto. Es una mezcla de excelente opio, que fui a comprar personalmente a Cantón para tener la seguridad de que era puro, y del mejor *haxix* que se recoge en Oriente, es decir, entre el Tigris y el Éufrates; se mezclan esos dos ingredientes en partes iguales, y se hacen unas pildoritas que se tragan en el momento que se desea. Diez minutos más tarde se produce el efecto. Pregunten al barón Franz d'Épinay; creo que las probó un día.

—Sí —dijo Morcerf—, me refirió algo sobre eso, y hasta ha guardado un recuerdo muy grato.

—Pero —interrogó Beauchamp, que en su calidad de periodista era muy incrédulo—, ¿lleva usted siempre esa droga consigo?

—Siempre —respondió Montecristo.

—¿Sería indiscreto pedirle que me enseñase esas preciosas píldoras? —continuó Beauchamp, esperando cogerle en falta.

—No, señor —respondió el conde.

Y sacó de su bolsillo una maravillosa cajita incrustada con una sola esmeralda y cerrada por un broche de oro que al abrirlo, daba paso a una bolita de color verdoso, del tamaño de un guisante. Esta bola tenía un olor acre y penetrante; había cuatro o cinco parecidas en la esmeralda, y ésta podía contener una docena.

La bombonera dio la vuelta a la mesa, pero más bien era a fin de examinar aquella admirable esmeralda que para ver o analizar las píldoras.

—¿Y es su cocinero quien le prepara este regalo? —preguntó Beauchamp.

—No, señor —dijo Montecristo—. No dejo así como así mis goces reales a merced de manos indignas. Soy bastante buen químico, y preparo las píldoras personalmente.

—Esta sí que es una admirable esmeralda, y la más gruesa de cuantas he visto, aunque mi madre posee algunas joyas de familia bastante notables —dijo Chateau Renaud.

—Tenía tres iguales —replicó Montecristo—. He regalado una al Gran Señor, que la hizo montar sobre su sable; la otra a nuestro Santo Padre, el Papa, que la hizo engarzar en su tiara frente a una casi parecida, pero menos bella, sin embargo, que fue ofrendada a su predecesor Pío VII por el emperador Napoleón; guardé la tercera para mí, y la hice ahuecar, lo que le resta la mitad de su valor, pero que la hace más cómoda para el uso a que la destino.

Todos miraban a Montecristo con asombro; hablaba con tal sencillez, que era evidente que decía la verdad o que estaba loco; no obstante la esmeralda, que tuvieron entre sus manos, hacía que se inclinasen por la primera suposición.

—¿Y qué le han concedido esos dos soberanos a cambio de esos magníficos regalos? —preguntó Debray.

—El Gran Señor, la libertad de una mujer —respondió el conde—. Nuestro Santo Padre, el Papa, la vida de un hombre. De tal modo que, una vez en mi existencia, he sido tan poderoso como si Dios me hubiese hecho nacer sobre los peldaños de un trono.

—¿Y fue Peppino a quien usted salvó, no es cierto? —preguntó Morcerf—. ¿Fue a él a quien usted aplicó su derecho de gracia?

—Tal vez —dijo Montecristo, sonriendo.

—Señor conde, no puede usted suponer el placer que experimento al oírle hablar así —dijo Morcerf—. Le había anunciado a mis amigos como un hombre fabuloso, como un encantador de *Las mil y una noches*, como un mago de la Edad Media; pero los parisienses son personas tan sutiles en paradojas, que consideran como caprichos de la imaginación las verdades más incuestionables, cuando esas verdades no entran en el ámbito de las condiciones de su existencia cotidiana. Por ejemplo, aquí tiene a Debray que lee, y a Beauchamp que escribe todos los días que han sorprendido y robado en el bulevar a un miembro del Jockey Club que se ha retrasado; que se ha asesinado a cuatro personas en la calle Saint Denis o en el *faubourg* Saint Germain; que se han arrestado a diez, quince o veinte ladrones, bien en un café del bulevar del Temple, bien en las Termas de Julien, y que discuten la existencia de bandidos en las Marennes, en la campiña de Roma o en los pantanos de Pontins. Dígales, pues, usted mismo, se lo ruego, señor conde, que fui dete-

nido por esos bandidos, y que, sin su generosa intercesión, aún esperarí­a hoy, con toda probabilidad, la resurrección eterna en las catacumbas de San Sebastián, en vez de ofrecerle una comida en mi indigna casita de la calle de Helder.

—¡Bah! —dijo Montecristo—. Usted me prometió no hablar nunca más de esa pequeñez.

—Ese no soy yo, señor conde —exclamó Morcerf—, seguramente es otro a quien ha prestado el mismo servicio que a mí, y que ahora confunde conmigo. Hablemos, por el contrario, se lo ruego; porque si usted se decide a hablar de tal circunstancia, puede que no sólo me diga algo de lo que sé, sino también mucho de lo que ignoro.

—Pero me parece —replicó, sonriendo el conde—, que usted interpretó en ese asunto un papel bastante importante para saber igual que yo lo sucedido.

—¿Quiere usted prometerme, si digo todo lo que sé —preguntó Morcerf— que a su vez usted dirá todo lo que no sé?

—Es muy justo —respondió Montecristo.

—Pues bien —prosiguió Morcerf—, aunque sufra mi amor propio; durante tres días me creí objeto de los coqueteos de una máscara que yo tomaba por alguna descendiente de las Tulias o las Poppeas, mientras que real y simplemente lo era objeto de los de una campesina. Lo que sé es que, como un necio, más necio de que lo indiqué antes, tomé por aquella aldeana a un joven bandido de quince o dieciséis años, quien, en el momento en que quería aprovecharme hasta el punto de darle un beso en el hombro, me puso una pistola en la garganta, y, con la ayuda de siete u ocho compañeros suyos, me condujo o más bien me arrastró al fondo de las catacumbas de San Sebastián, en donde encontré a un jefe de bandidos muy letrado, a fe que sí, que leía los *Comentarios de César*, y que se dignó interrumpir su lectura para decirme que si al día siguiente, a las seis de la mañana, no había depositado cuatro mil escudos en su caja, a las seis y cuarto en punto habría dejado de existir. La carta existe, se encuentra en manos de Franz, firmada por mí y con una posdata de macese Luigi Vampa. Si lo dudan, escribiré a Franz, que haga legalizar las firmas. Eso es cuanto sé. Ahora, lo que no sé es cómo consiguió, señor conde, causar tan gran respeto a los bandidos de Roma, que tan pocas cosas respetan. Le confieso que, tanto Franz como yo, nos sentimos llenos de admiración.

—Nada más sencillo, señor —respondió el conde—. Conocía al famoso Vampa desde hacía más de diez años. Siendo joven y cuando aún era pastor, un día le di una moneda de oro por haberme indicado un camino, y él me dio, a cambio, para no deberme nada, un puñal esculpido por él, y que usted debió ver en mi colección de armas. Más tarde, sea porque se olvidara de estos pequeños regalos que debieron abrir una amistad entre nosotros, sea porque no me reconoció, quiso detenerme; pero resultó todo lo contrario y le atrapé con una docena de sus hombres. Pude entregarlo a la justicia romana, que es expeditiva y que aún lo sería más con él, pero no lo hice. Los dejé a él y a los suyos.

—A condición de que no pecasen más —replicó el periodista, riendo—. Ya veo con placer que han cumplido escrupulosamente su palabra.

—No, señor —respondió Montecristo—, con la única condición de que me respetasen siempre a mí y a los míos. Puede ser que les extrañe lo que voy a declararles a ustedes, señores socialistas, los progresivos y humanitarios; pero yo no me ocupo nunca de mi prójimo, no trato de proteger nunca a la sociedad que no me protege, y aún diré más, que generalmente no se ocupa de mí sino para molestarme; y aun suprimiéndoles mi estima y guardando la neutralidad vis a vis con ellos, todavía es la sociedad y mi prójimo quienes me deben agradecimiento.

—¡En buena hora! —exclamó Chateau Renaud—. He aquí el primer valiente a quien oigo predicar leal y brutalmente el egoísmo. ¡Es muy bueno eso! ¡Bravo, señor conde!

—Al menos es franco —convino Morrel—. Pero estoy seguro de que el señor conde no se habrá arrepentido de haber faltado alguna vez a los principios que, no obstante, acaba de exponernos de una manera tan absoluta.

—¿Y cómo he faltado a esos principios, señor? —preguntó Montecristo, que de vez en cuando no podía evitar fijarse en Maximilien con atención.

—Pues, me parece —repuso Morrel, que ya dos o tres veces había bajado la mirada ante la fijeza del conde—, que libertando al señor de Morcerf, a quien no conocía, ya servía a su prójimo y a la sociedad.

—De la cual hace el más bello ornamento —dijo con gravedad Beauchamp, vaciando de un trago un vaso de vino de Champagne.

—¡Señor conde! —exclamó Morcerf—. Está usted cogido por el razonamiento, usted, que es uno de los lógicos más rudos que conozco. Y ahora mismo va a ver demostrado con toda claridad, que, en vez de ser un egoísta, por el contrario es usted un filántropo. ¡Ah, señor conde! Usted se declara oriental, levantino, malayo, indio, chino, salvaje; usted se llama Montecristo por su nombre de familia; Simbad el Marino por su nombre de bautismo, y he aquí que al poner el pie en París posee por instinto, el mayor mérito o el defecto más grande de nuestros excéntricos parisienses, es decir, que usurpa los vicios que no tiene y oculta las virtudes que le adornan.

—Mi querido vizconde —replicó Montecristo—, no veo en todo lo que he dicho o hecho una sola palabra que me merezca, por su parte o por la de la de estos señores, el pretendido elogio que acabo de recibir. Usted no era un extraño para mí, ya que le conocía, ya que le había cedido dos habitaciones, ya que le había ofrecido un almuerzo, ya que le había prestado uno de mis coches, ya que habíamos visto pasar las máscaras juntos en la calle del Corso, y ya que habíamos contemplado desde una ventana de la plaza del Popolo aquella ejecución que tanto le impresionó y estuvo a punto de enfermarle. Ahora bien, yo pregunto a todos estos señores: ¿Podía dejar a mi huésped entre las manos de esos espantosos bandidos, como usted los llama? Por otra parte, usted lo sabe, yo tenía, al salvarle, una segunda intención, que era servirme de usted para introducirme en los salones de París cuando viniese a visitar Francia. Durante algún tiempo habrá podido considerar esta resolución como un proyecto vago y fugitivo. Pero hoy, ya lo ve usted, es una hermosa y amable realidad, a la cual es preciso que se someta bajo pena de faltar a su palabra.

—Y la mantendré —aseguró Morcerf—, pero temo que le desencante, mi querido conde; usted está acostumbrado a los parajes accidentados, a los acontecimientos pintorescos, a horizontes fantásticos. Entre nosotros no hay el menor episodio del género de esos a que le ha acostumbrado su vida aventurera. Nuestro Chimborazo es Montmartre, nuestro Himalaya es el Mont-Vale-rien, nuestro Gran Desierto, la llanura de Grenelle, en donde hay algún que otro pozo artesano para que las caravanas encuentren agua. Tenemos ladrones, muchos incluso, pero no tanto como se dice; pero esos ladrones temen mucho más a un pequeño soplón que a un gran señor. En fin, Francia es un país tan prosaico, y Pa-

rís una ciudad tan civilizada, que no encontrará ni buscando en nuestros ochenta y cinco departamentos —digo ochenta y cinco porque exceptúo Córcega—, no encontrará en nuestros ochenta y cinco departamentos la menor montaña en que no haya un telégrafo, y la menor gruta, por negra que sea, en que un comisario de policía no haya puesto un mechero de gas. Sólo hay un servicio que pueda prestarle, querido conde, y es presentarle en todas partes o hacer que le presenten mis amigos, claro está. Por otra parte, usted no tiene necesidad de nadie para eso; con su nombre, su fortuna y su inteligencia (Montecristo se inclinó con una sonrisa ligeramente irónica), se puede presentar por sí mismo y ser bien recibido por doquier. En realidad, sólo puedo servirle en una cosa: si alguna de las costumbres parisienses, alguna experiencia en acomodamiento, algún conocimiento de nuestros bazares pueden recomendarme a usted, me pongo a su disposición para proporcionarle una casa de las mejores. No me atrevo a proponerle que comparta mi apartamento como yo compartí el suyo en Roma, yo que no profeso el egoísmo, pero soy un egoísta excelente; porque en mi casa, no podría tolerar ni una sombra, excepto la mía o la de una mujer.

—¡Ah! —exclamó el conde—. Esa es una reserva muy conyugal. En efecto, me dijo en Roma algo acerca de un matrimonio concertado. ¿Debo felicitarle por su próxima dicha?

—La cosa sigue en estado de proyecto, señor conde.

—Y quien dice proyecto —replicó Debray—, quiere decir inseguridad.

—¡No tal! —replicó Morcerf—. Mi padre lo desea, y yo espero dentro de poco, presentarle, si no a mi mujer, al menos a mi futura, la señorita Eugenia Danglars.

—¡Eugenia Danglars! —replicó Montecristo—. Espere, ¿no es su padre el barón Danglars?

—Sí —respondió Morcerf—, pero barón de nuevo cuño.

—¡Oh! ¿Qué importa —comentó Montecristo—, si ha prestado al Estado servicios que le han hecho merecedor de tal distinción?

—Enormes —intervino Beauchamp—. Aunque liberal en el alma, completó en 1829 un empréstito de seis millones para el rey Carlos X, que, a fe mía, le ha hecho barón y caballero de la Legión de Honor, de modo que lleva la cinta, no en el bolsillo de su chaleco, como podría suponerse, sino en el ojal de su frac.

—¡Ah! —dijo Morcerf, riendo—, Beauchamp, Beauchamp, guarda eso para el *Corsaire* y el *Charivari*; pero delante de mí no hables así de mi futuro suegro.

Y volviéndose a Montecristo, añadió:

—Pero hace poco ha pronunciado su nombre como si conociera al barón.

—No le conozco —dijo con negligencia Montecristo—, pero posiblemente no tardaré en hacerlo, ya que tengo un crédito abierto contra él por las casas Richard y Blount, de Londres, Arsyein y Eskeles, de Viena, y Thomson y French, de Roma.

Y al pronunciar estos dos nombres, Montecristo miró por el rabillo del ojo a Maximilien Morrel.

Si el extranjero confiaba producir algún efecto en Maximilien Morrel, no se engañó. Maximilien se estremeció como si hubiese recibido una conmoción eléctrica.

—Thomson y French —repitió—. ¿Conoce usted esa casa, señor?

—Son mis banqueros en la capital del mundo cristiano —respondió tranquilamente el conde—. ¿Puedo serle útil en algo respecto a ellos?

—¡Oh, señor conde! Tal vez pudiese ayudarme en unas pesquisas hasta ahora infructuosas; esa casa prestó un servicio a la nuestra en otros tiempos, y siempre, no sé por qué, niega habernos prestado tal servicio.

—A sus órdenes, señor —respondió Montecristo inclinándose.

—Pero —dijo Morcerf—, nos hemos apartado mucho a propósito del señor Danglars del tema de nuestra conversación. Ahora es cuestión de encontrar una vivienda conveniente al conde de Montecristo; veamos, señores, expongamos una opinión. ¿Dónde alojaríamos a este nuevo huésped del gran París?

—*Faubourg* Saint-Germain —dijo Chateau Renaud—. El señor encontrará allí un encantador palacete entre patio y jardín.

—¡Bah! Chateau Renaud —dijo Debray—; no conoces más que tu triste y desabrido barrio de Saint-Germain. No le escuche, señor conde, alójese en la *Chaussée d'Antin*: es el verdadero centro de París.

—En el bulevar de la Ópera —aconsejó Beauchamp—, en el piso principal, en una casa de dos balcones. El señor conde podrá llevarse cojines de tela plateada, y verá, fumando su pipa, o tomándose sus píldoras, desfilar a toda la capital bajo sus ojos.

—¿No tiene usted alguna idea, Morrel —preguntó Chateau Renaud—, no propone nada?

—Sí —dijo, sonriendo, el joven—; al contrario, tengo una, pero esperaba que el señor se dejase tentar por alguna de las brillantes ofertas que acaban de hacerle. Ahora, como no ha respondido, creo poder ofrecerle un apartamento en un hotelito muy encantador, muy a lo Pompadour, que mi hermana alquiló hace un año en la calle Meslay.

—¿Tiene usted una hermana? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor, y una excelente hermana.

—¿Casada?

—Desde hace nueve años.

—¿Feliz? —preguntó de nuevo el conde.

—Tan feliz como le está permitido a una criatura humana serlo —respondió Maximilien—. Se ha casado con el hombre que amaba, el cual nos fue fiel en nuestra mala fortuna: Emmanuel Herbaut.

Montecristo sonrió imperceptiblemente.

—Vivo allí durante mi permiso —continuó Maximilien—, y estaré, con mi cuñado Emmanuel, a la disposición del señor conde para cuanto necesite.

—¡Un momento! —exclamó Alberto antes de que Montecristo tuviese ocasión de responder—. Cuidado con lo que hace, señor Morrel, va a encerrar a un viajero, a Simbad el Marino, en la vida de familia; a un hombre que ha venido a ver París, lo quiere convertir en un patriarca.

—¡Oh, no! —respondió Morrel, sonriendo—. Mi hermana tiene veinticinco años, mi cuñado, treinta, son jóvenes, alegres y felices; además, el señor conde estaría en su casa, y no encontraría a sus huéspedes más que cuando quisiera bajar a verlos.

—Gracias, señor, gracias —dijo Montecristo—. Me contentaré con ser presentado a su hermana y a su cuñado, si quiere hacerme ese honor; pero no he aceptado la oferta de estos señores, puesto que ya tengo listo mi alojamiento.

—¡Cómo! —exclamó Morcerf—. ¿Va usted a vivir en un hotel? Eso sería algo inadecuado para usted.

—¿Estaba tan mal en Roma? —preguntó Montecristo.

—¡Pardiez! En Roma —replicó Morcerf—, usted se gastó cincuenta mil piastras para decorarse un apartamento; pero supongo que no estará dispuesto a realizar todos los días semejante gasto.

—No será eso lo que me detenga —respondió Montecristo—. Estaba dispuesto a tener una casa mía, se entiende, y envié por delante a mi ayuda de cámara, que ya debió de comprar esa casa y amueblarla.

—Pero, díganos, entonces, que tiene un ayuda de cámara que conoce París —objetó Beauchamp.

—Es la primera vez, como yo, que viene a Francia. Es negro y no habla —dijo Montecristo.

—Entonces, ¿es Alí? —preguntó Alberto en medio de la sorpresa general.

—Sí, señor. Es el mismo Alí, mi nubio, mi mudo, que ya vio usted en Roma, según creo.

—Sí, lo vi —respondió Morcerf—, me acuerdo perfectamente. Pero, ¿cómo ha encargado a un nubio que le compre una casa en París, y a un mudo que se la amueble? Habrá hecho todas las cosas al revés, el pobre desdichado.

—Desengáñese, señor, estoy seguro, por el contrario, de que habrá escogido todas las cosas a mi gusto; porque, usted ya lo sabe, mis gustos no son los de todo el mundo. Hace ocho días que ha llegado; habrá recorrido toda la ciudad con ese instinto que podría tener un perro que cazase solo; conoce mis caprichos, mis originalidades, y mis necesidades; habrá organizado todo a mi satisfacción. Sabía que llegaría hoy a las diez, y desde las nueve me esperaba en la barrera de Fontainebleau. Me dio este papel, es mi nueva dirección: Tenga, lea.

Y Montecristo tendió un papel a Alberto.

—Champs Élysées, 30 —leyó Morcerf.

—¡Ah, eso sí que es verdaderamente original! —no pudo menos que exclamar Beauchamp.

—¡Y muy de príncipe! —añadió Chateau Renaud.

—¡Cómo! ¿Aún no conoce usted su casa? —preguntó Debray.

—No —repuso Montecristo—, ya les he dicho que no quería faltar a la cita. Así, pues, me arreglé en el coche y descendí a la puerta del vizconde.

Los jóvenes se miraron; no sabían si era una farsa de Montecristo; pero todo lo que salía de la boca de aquel hombre tenía, a pesar de su carácter extraño, tal simplicidad, que no se podía suponer que mintiese. Por otra parte, ¿por qué iba a mentir?

—Será preciso, pues, resignarnos —dijo Beauchamp—, y prestar al señor conde cuantos pequeños servicios se hallen a nuestro al-

cance. Yo, en mi calidad de periodista, le abro todos los teatros de París.

—Gracias, señor —dijo, sonriendo, Montecristo—. Mi intendente ya tiene la orden de alquilar un palco en cada uno.

—¿Y su intendente también es un nubio, un mudo? —preguntó Debray.

—No, señor, solamente es un compatriota de ustedes, si es que un corso puede ser compatriota de alguien. Usted ya lo conoce, señor de Morcerf.

—¿No será por casualidad el valeroso señor Bertuccio, que es tan hábil alquilando ventanas?

—Exacto, y usted lo vio en mi casa el día que tuve el honor de recibirle a almorzar. Es un hombre muy valiente, que ha sido algo soldado y algo contrabandista, un poco de todo lo que se puede ser. Ni siquiera juraría que no haya tenido algo que ver con la policía por alguna pequeñez como dar una puñalada.

—¿Y usted ha escogido a ese honrado ciudadano del mundo por intendente, señor conde? —inquirió Debray—. ¿Cuánto le roba al año?

—Palabra de honor —contestó el conde—, no más que otro, estoy seguro; pero sabe cumplir su cometido, para él no hay nada imposible y por eso lo conservo.

—Entonces —dijo Chateau Renaud—, ya está con su casa montada: tiene una mansión en los Campos Elíseos, criados, intendentes, no le falta más que una amante.

Alberto sonrió, pensaba en la bella griega que había visto en el palco del teatro Valle y en el teatro Argentina.

—Es algo mejor que eso —dijo Montecristo—, poseo una esclava. Ustedes alquilan sus queridas en el teatro de la Ópera, en el teatro de Vaudeville, en el de las Varietés; yo compré la mía en Constantinopla; esto me ha costado más, bajo ese aspecto, pero no tengo necesidad de inquietarme por nada.

—Pero usted se olvida —dijo, riendo, Debray—, que nosotros somos, como lo ha dicho el rey Carlos, francos de nombre y francos por naturaleza. Al poner el pie sobre la tierra de Francia, su esclava ha quedado libre.

—¿Quién se lo dirá? —preguntó Montecristo.

—Pues, diablos, el primero que llegue.

✿ —No habla más que romaico.

—Entonces, ya es otra cosa.

—Pero, ¿la veremos, por lo menos? —preguntó Beauchamp—. ¿O teniendo ya un mudo, también posee eunucos?

—Claro que no —repuso Montecristo—. No llevo el orientalismo hasta tal extremo. Cuantos me rodean son libres de abandonarme, y al hacerlo no tendrán necesidad de mí ni de nadie. Por eso mismo es por lo que no me dejan.

Desde hacía tiempo que habían pasado a los postres y a los cigarrillos.

—Querido mío —dijo Debray levantándose—, son las dos y media; tu convidado es encantador, pero no hay tan buena compañía que no abandone, y a veces, incluso por mala. Es preciso que regrese a mi Ministerio; será menester que sepamos quién es.

—Ten cuidado —le advirtió Morcerf—, los más atrevidos han renunciado.

—¡Bah! Nosotros tenemos tres millones para nuestra policía: es cierto que casi siempre se gastan antes, pero no importa; aún quedarán unos buenos cincuenta mil para dedicarlos a eso.

—¿Y cuando sepas algo, me lo comunicarás?

—Desde luego. Hasta la vista, Alberto; señores, su servidor. Y, saliendo, Debray, gritó muy alto en la antesala:

—¡Daos prisa!

—Bueno —dijo Beauchamp a Alberto—, ya no iré a la Cámara, pero dispongo para ofrecer a mis lectores de algo mejor que un discurso del señor Danglars.

—Hazme un favor, Beauchamp —dijo Morcerf—. Ni una palabra, te lo suplico; no me quites el mérito de presentarlo y de explicarle. ¿No resulta curioso?

—Es más que eso —respondió Chateau Renaud—. Es uno de los hombres más extraordinarios que he visto en mi vida. ¿Vienes, Morrel?

—Espera un momento; voy a dar mi tarjeta al señor conde, que me ha prometido hacernos una visita. Calle Meslay, número 14.

—Tenga la seguridad de que no faltaré, señor —dijo inclinándose el conde.

Y Maximilien Morrel salió con el barón de Chateau Renaud, dejando a Montecristo solo con Morcerf.

La presentación

Cuando Alberto se encontró frente a frente con Montecristo, le dijo:

—Señor conde, permítame empezar con mi oficio de cicerone haciéndole una descripción de un apartamento de soltero. Acostumbrado a los palacios de Italia, esto le servirá de estudio para calcular en cuántos pies cuadrados puede vivir uno de los jóvenes de París que no se considera ser de los mal alojados. A medida que pasemos de una habitación a otra abriremos las ventanas para que pueda respirar.

Montecristo ya conocía el comedor y el salón de la planta baja. Alberto le condujo en un principio a su taller; era, como se recordará, su estancia preferida.

Montecristo era un digno apreciador de todas las cosas que Alberto había acumulado en aquella estancia: viejos baúles, porcelanas del Japón, telas de Oriente, abalorios de Venecia, armas de todos los países del mundo, todo le era familiar, y, al primer vistazo, reconocía el siglo, el país, y el origen. Morcerf había creído que sería el disertador, y era, por el contrario, quien hacía, bajo la dirección del conde, un curso de Arqueología, de Mineralogía y de Historia Natural. Descendieron al primer piso. Alberto introdujo a su huésped en el salón. Este salón estaba tapizado con obras de pintores modernos; había paisajes de Dupré, con hermosos arroyos, árboles esbeltos, vacas mugiendo y cielos maravillosos; había caballeros árabes de Delacroix, con largos albornoces blancos, cinturones brillantes, armas damasquinadas, cuyos caballos se mordían con rabia, mientras los hombres se desgarraban con mazas de hierro; acuarelas de Boulanger, representando toda Notre Dame de París con ese vigor que hace del pintor un émulo del poeta; había telas de Díaz, que hace las flores más bellas que las mismas flores y el sol más bri-

llante que el propio sol; dibujos de Deschamps, tan bien iluminados como los de Salvador Rosa, pero más poéticos; pasteles de Giraud y de Muller, representando niños con cabezas de ángel, mujeres con rasgos de virgen; croquis arrancados al álbum de viajes de Oriente de Dauzats, que habían sido diseñados al carboncillo en unos segundos sobre la silla de un camello o bajo la bóveda de una mezquita; en fin, todo lo que el arte moderno puede dar a cambio y como indemnización del arte perdido y velado con los siglos precedentes.

Alberto esperaba mostrar, esta vez por lo menos, alguna cosa nueva al extraño viajero; pero, para gran asombro suyo, éste sin necesidad de buscar las firmas, de algunas de las cuales no figuraban sino las iniciales, indicaba inmediatamente el nombre de cada autor a cada obra, de manera que resultaba fácil ver que no solamente le eran conocidos aquellos nombres, sino que había estudiado y apreciado cada uno de aquellos talentos.

Del salón pasaron al dormitorio. Constituía a la vez un modelo de elegancia y de gusto sobrio: allí sólo un retrato, pero firmado por Leopold Robert, resplandecía en su marco de oro mate.

Este retrato atrajo desde un principio las miradas del conde de Montecristo, porque dio tres rápidos pasos por la estancia y se detuvo de súbito frente a él.

Era el de una mujer joven de veinticinco o veintiséis años, de tez morena, mirada de fuego, velada bajo unos lánguidos párpados. Vestía el pintoresco traje de las pescadoras catalanas, con su corpiño rojo y negro, y sus alfileres de oro prendidos en los cabellos; miraba al mar, y su silueta elegante se destacaba sobre el doble azul de las olas y del cielo.

La habitación estaba sombría, sin lo cual Alberto hubiese podido ver la lívida palidez que se extendió por las mejillas del conde, y sorprender el estremecimiento nervioso que sacudió sus hombros y su pecho.

Hubo un instante de silencio durante el cual Montecristo permaneció con la mirada obstinadamente fija en aquella pintura.

—Tiene usted una hermosa amante, vizconde —dijo Montecristo con voz perfectamente serena—, y ese traje, sin duda un traje de baile, le sienta a las mil maravillas.

—¡Ah, señor! —exclamó Alberto—. He aquí un desprecio que no le perdonaría si al lado de ese retrato hubiese visto otro. Usted

no conoce a mi madre, señor; es a ella a quien ve en este cuadro; se hizo pintar así hará unos seis u ocho años. Ese traje es un vestido de capricho, por lo que parece, y el parecido es tal, que aún creo estar viendo a mi madre como era en 1830. La condesa se mandó hacer ese retrato en ausencia del conde. Sin duda creía proporcionarle una grata sorpresa a su regreso; pero, cosa extraña, la pintura disgustó a mi padre; y el valor del retrato que es, como ve, una de las bellas telas de Leopold Robert, no pudo desterrar la aversión que le tomó. También es cierto, aquí entre nosotros, mi querido conde, que el señor de Morcerf es uno de los pares más asiduos al Luxemburgo, un general afamado para la teoría, pero un aficionado al arte de los más mediocres; ni siquiera es como mi madre, que pinta de manera notable, y quien, estimando demasiado semejante obra para separarse de ella, me la dio a fin de que en mi casa estuviese menos expuesta a disgustar al señor de Morcerf, de quien le enseñaré, a su vez, un retrato hecho por Gros. Perdóneme si le hablo así de la familia, pero como voy a tener el honor de conducirlo a casa del conde, le digo esto para que no se le escape alabar este retrato delante de él. Además, tiene una funesta influencia; es muy raro que mi madre no venga a verlo, y más raro todavía que no lo mire sin llorar. La nube que levantó la aparición de este retrato en el palacio es la sola cosa que ha habido entre el conde y la condesa, quienes, aunque casados hace más de veinte años, aún están unidos como el primer día.

Montecristo echó una mirada rápida a Alberto, como para hallar una intención oculta en sus palabras; pero era evidente que el joven las había pronunciado con toda la ingenuidad de su alma.

—Ahora —dijo Alberto—, ha visto usted todas mis riquezas, señor conde, permítame ofrecérselas por indignas que sean; mírelas aquí como si estuviesen en su casa, y, para más franqueza, dígnese acompañarme a casa del señor de Morcerf, a quien comuniqué desde Roma el servicio que usted me prestó, y le anuncié la visita que me había prometido. Puedo asegurarle que el conde y la condesa esperan con impaciencia que les permita darle las gracias. Está un poco hastiado de estas cosas, lo sé, señor conde, y para Simbad el Marino las escenas de familia no tienen mucho que ver: ¡ha visto tantas escenas! Sin embargo, acepte lo que le propongo como iniciación a la vida parisiense, a la vida de cortesía, de visiteos y de presentaciones.

Montecristo se inclinó para responder; aceptó la proposición sin entusiasmo y sin lamentos, como una de esas conveniencias de sociedad que todo hombre educado considera un deber. Alberto llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que fuese a prevenir a los señores de Morcerf la próxima llegada del conde de Montecristo.

Alberto le siguió con el conde.

Al llegar a la antesala del conde, veíase encima de la puerta que comunicaba con el salón un escudo que, por sus ricos adornos y su armonía con la ornamentación de la estancia, indicaba la importancia que el propietario de la vivienda concedía a dicho blasón.

Montecristo se detuvo ante este escudo y lo examinó con interés.

—Campo azul y siete mirlas puestas en fila. ¿Es, sin duda, el escudo de su familia, señor? —preguntó—. Aparte del conocimiento de las piezas que me he permitido descifrar, soy muy ignorante en heráldica; yo, conde por casualidad, fabricado en Toscana con ayuda de una encomienda de San Esteban, y de lo que me hubiera abstenido siendo gran señor si no me hubiesen repetido que, cuando se viaja mucho, es una cosa necesaria. Porque, en fin, hace falta, aunque sólo sea para que los aduaneros no molesten, ostentar cualquier cosa sobre las portezuelas del coche. Excúseme, pues, si le hago semejante pregunta.

—No es ninguna indiscreción, señor —dijo Morcerf con la ingenuidad de la convicción—, y lo ha acertado: ésas son nuestras armas, es decir, las de la familia de mi padre; pero están, como puede apreciar, unidas a un escudo que es de gules en torre de plata, que pertenece a la familia de mi madre; por las mujeres, soy español, pero la casa de Morcerf es francesa, y, según oí decir, incluso una de las más antiguas del Mediodía francés.

—Sí —convino Montecristo—, eso es lo que indican las mirlas. Casi todos los peregrinos armados que intentaron o hicieron la conquista de Tierra Santa se inclinaron por armas o cruces, signo de la misión que emprendían y que esperaban cumplir bajo las alas de la fe. Uno de sus antepasados paternos habrá estado en alguna de esas cruzadas y, suponiendo que no fuese más que la de San Luis, eso ya nos remonta al siglo XIII, lo cual no deja de ser muy interesante.

—Es posible —dijo Morcerf—. En algún sitio del gabinete de mi padre hay un árbol genealógico que nos aclararía eso, y sobre el cual aparecían en otros tiempos comentarios que fueron muy edificantes, de Hozier y Jaucourt. Ahora, no pensemos más en ello; sin

embargo, le confesaré, señor conde, y esto entra en mis atribuciones de cicerone, que empiezan a ocuparse mucho en estas cosas bajo nuestro Gobierno popular.

—Bien, entonces, su Gobierno habría hecho bien en escoger de su pasado algo mejor que esos dos cuarteles que aparecen en sus monumentos, y que carecen de sentido heráldico. En cuanto a usted, vizconde —prosiguió Montecristo, volviéndose a Morcerf—, es más afortunado que su Gobierno, porque sus armas son verdaderamente bellas y hablan a la imaginación. Sí, está bien eso; usted es a la vez de Provenza y de España; lo cual explica, si el retrato que me enseñó es parecido, ese bello color moreno que admiraba tanto en el rostro de la noble catalana.

Hubiera sido necesario ser otro Edipo o la misma Esfinge para adivinar la ironía que puso el conde en aquellas palabras, pronunciadas en apariencia con la mayor cortesía; también Morcerf se lo agradeció con una sonrisa, y, pasando el primero para mostrarle el camino, entró por la puerta que se abría debajo de las armas, y que, como dijimos, daba al salón.

En el lugar principal de este salón veíase también un retrato; era el de un hombre de treinta y cinco a treinta y ocho años, vestido con uniforme de oficial general, con dos charreteras, signo de los grados superiores, la cinta de la Legión de Honor al cuello, lo que indicaba que era comendador, y en el pecho, a la derecha, la placa de gran oficial de la orden del Salvador, y a la izquierda, la de la gran Cruz de Carlos III, lo que demostraba que dicho personaje debió tomar parte en las guerras de Grecia y de España, o, lo que equivale exactamente a lo mismo en materia de condecoraciones: haber desempeñado alguna misión diplomática en los referidos países.

Montecristo se ocupaba en examinar con detalle ese retrato, con no menos atención que prestara al otro, cuando una puerta lateral se abrió y se encontró frente al conde de Morcerf en persona.

Era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años, pero que parecía tener lo menos cincuenta, y en quien los bigotes y las patillas negras contrastaban extrañamente con sus cabellos casi blancos, cortados a cepillo según la moda militar; iba vestido de paisano y llevaba en su ojal una cinta con los diferentes ribetes que recordaban las distintas órdenes con que fuera condecorado. Tal individuo entró con paso bastante noble y apresurado. Montecristo le vio acudir a su encuentro sin moverse; se hubiese dicho que sus pies per-

manecían clavados en el suelo como sus ojos lo estaban en el rostro del conde de Morcerf.

—Padre —dijo el joven—, tengo el honor de presentarte al señor conde de Montecristo, el generoso amigo que tuve el honor de encontrar en las difíciles circunstancias que ya conoces.

—Señor, sea bien venido entre nosotros —dijo el conde de Morcerf, saludando a Montecristo con una sonrisa—. Ha prestado a nuestra casa, conservando a su único heredero, un servicio merecedor a nuestro eterno reconocimiento.

Y diciendo estas palabras, el conde de Morcerf indicó un sillón a Montecristo, al mismo tiempo que se sentaba frente a la ventana.

En cuanto a Montecristo, mientras tomaba el sillón señalado por el conde de Morcerf, se colocó de manera que se ocultaba en la sombra de los grandes cortinajes de terciopelo, a fin de poder leer en las facciones llenas de fatigas e inquietudes del conde, toda una historia de secretos dolores, escritos en cada una de sus arrugas.

—La señora condesa —dijo— estaba en su tocador cuando el vizconde la avisó de la visita que tendrá el honor de recibir; bajará en seguida, y dentro de diez minutos estará en el salón.

—Es mucho honor para mí —contestó Montecristo—, al entrar, desde el primer día de mi llegada a París, en relaciones con un hombre cuyo mérito iguala a su reputación, y para quien la fortuna, por una vez, no se ha equivocado; pero, ¿no tienen aún, en las planicies de Mitidja o en las montañas del Atlas, algún bastón de mariscal que ofrecerle?

—¡Oh! —replicó Morcerf sonrojándose un poco—. He abandonado el servicio, señor. Nombrado par bajo la Restauración, estaba en la primera campaña, y servía a las órdenes del mariscal Bourmont; podía, pues, aspirar a un mando superior, y quién sabe lo que habría sucedido si la rama primogénita hubiese permanecido en el trono. Pero la Revolución de julio era, por lo que parece, bastante gloriosa para permitirse ser ingrata; lo fue para todo servicio que no se remontaba al período imperial, por consiguiente, presenté mi dimisión; porque cuando se han ganado las charreteras en el campo de batalla, no se sabe maniobrar en el resbaladizo terreno de los salones; abandoné la espada y me lancé a la política; me dedico a la industria, estudio las artes útiles. Durante los veinte años que estuve en el servicio, lo había deseado mucho, pero carecía de tiempo.

—Semejantes cosas son las que conservan la superioridad de su nación sobre tantas otras, señor —repuso Montecristo—. Hidalgo salido de gran cuna, poseedor de una hermosa fortuna, usted consintió, al principio, en ganar los primeros grados como oscuro soldado: es una cosa muy rara; luego, llegó a general, a par de Francia, a comendador de la Legión de Honor, y consiente en empezar un segundo aprendizaje, sin más esperanza, sin más recompensa que la de ser útil a sus semejantes... ¡Ah, señor, eso es verdaderamente hermoso! Diría, más bien, que es sublime.

Alberto miraba y escuchaba a Montecristo con asombro; no estaba acostumbrado a oírle expresar semejantes ideas de entusiasmo.

—¡Ay! —prosiguió el extranjero, sin duda para que desapareciese la imperceptible nube que sus palabras acababan de poner en la frente de Morcerf—. Nosotros no hacemos lo mismo en Italia; nosotros crecemos según nuestra raza y nuestra especie, y conservamos el mismo follaje, el mismo corte y hasta la misma inutilidad toda la vida.

—Pero, señor —respondió el conde de Morcerf—, para un hombre de sus méritos, Italia no es una patria, y Francia no será tan ingrata para todo el mundo; trata mal a sus hijos, pero tiene la costumbre de acoger muy bien a los extranjeros.

—¡Ah, padre mío! —dijo Alberto, con una sonrisa—. Se ve bien que no conoce al conde de Montecristo. Sus satisfacciones están fuera de este mundo; no aspira a los honores, y sólo toma lo que puede ofrecerle un pasaporte.

—He ahí, a mi juicio, la expresión más exacta que haya oído nunca —replicó el extranjero.

—El señor ha sido dueño de su futuro —dijo el conde de Morcerf con un suspiro—, y ha escogido el camino de las flores.

—Justo, señor —replicó Montecristo con una de esas sonrisas que jamás podría copiar un pintor, y un filósofo analizaría en vano.

—Si no hubiese temido fatigar al señor conde —dijo el general, evidentemente encantado de los modales de Montecristo—, le llevaría a la Cámara; hoy hay una sesión curiosa para quien no conozca a nuestros modernos senadores.

—Le estaría muy reconocido, señor, si quisiese renovar esta oferta en otra ocasión; pero hoy me han lisonjeado con la esperanza de ser presentado a la señora condesa, y esperaré.

—¡Ah! Aquí está mi madre —exclamó el vizconde.

En efecto. Montecristo, al volverse con viveza, vio a la señora de Morcerf en la entrada del salón, en el umbral de la puerta opuesta a la utilizada por su marido; inmóvil y pálida, dejó caer su brazo cuando Montecristo se volvió hacia ella, que, no se sabe por qué, había apoyado sobre el marco dorado; se hallaba allí desde hacía unos segundos y había escuchado las últimas palabras pronunciadas por el visitante ultramontano.

Este púsose en pie y saludó con una profunda inclinación a la condesa, quien se inclinó a su vez, muda y ceremoniosa.

—¡Ah, Dios mío! ¡Señora! —exclamó el conde—. ¿Qué le sucede? ¿Acaso es el calor del salón que le sienta mal?

—¿Qué te sucede, madre mía? —exclamó el vizconde, lanzándose al encuentro de Mercedes.

Ella dio las gracias a ambos con una sonrisa.

—No —respondió—, pero he experimentado cierta emoción al ver por primera vez a la persona sin cuya intervención estaríamos en estos momentos sumergidos en lágrimas y desesperación. Señor —continuó la condesa avanzando con la majestuosidad de una reina—, le debo la vida de mi hijo, y por esa buena acción le bendigo. Ahora le doy las gracias por el placer que me causa al proporcionarme la ocasión de agradecersele como le he bendecido, es decir, desde el fondo de mi corazón.

El conde aún se inclinó más profundamente; estaba todavía más pálido que Mercedes.

—Señora —dijo—, el señor conde y usted me recompensan muy generosamente por una acción muy simple. Salvar a un hombre, ahorrar un tormento a un padre y a la sensibilidad de una mujer, no es hacer una buena acción, sino un acto de humanidad.

A estas palabras, pronunciadas con una gran dulzura y una cortesía exquisitas, la señora de Morcerf respondió con un acento profundo:

—Es una dicha para mi hijo, señor, tenerle por amigo, y agradezco a Dios que haya hecho las cosas así.

Y Mercedes levantó sus hermosos ojos al cielo con una gratitud tan infinita, que el conde creyó ver que temblaban dos lágrimas en ellos.

El señor de Morcerf se acercó a ella.

—Señora —dijo—, ya he presentado mis excusas al señor conde por tener que dejarle, y le suplico que usted se las renue-

ve. La sesión se abre a las dos, ya son las tres y debo hablar en ella.

—Id, señor, trataré de hacer olvidar su ausencia a nuestro huésped —respondió la condesa con idéntico y afectuoso acento—. Señor conde —añadió, volviéndose a Montecristo—, ¿nos hará el honor de pasar el resto de la jornada con nosotros?

—Gracias, señora, pero ya ve usted, según creo, que no puedo estar más agradecido a su oferta; esta mañana me he apeado a su puerta directamente desde mi coche de viaje. Ignoro cómo estoy instalado en París; apenas si sé dónde es. Esta es una inquietud ligera, lo sé, pero, no obstante, apreciable.

—Al menos tendremos ese placer en otra ocasión, ¿nos lo promete? —preguntó la condesa.

Montecristo se inclinó sin responder, pero el gesto podía pasar por un asentimiento.

—Entonces, no le retengo más, señor —dijo la condesa—, porque no deseo que mi gratitud parezca una indiscreción o una inoportunidad.

—Mi querido conde —dijo Alberto—, si quiere, voy a tratar de devolverle en París su amable cortesía de Roma, y poner mi coche a su disposición hasta el momento en que tenga ocasión de disponer de sus carruajes.

—Muchas gracias por su bondad, vizconde —replicó Montecristo—, pero supongo que el señor Bertuccio habrá empleado convenientemente las cuatro horas y media que le he concedido, y que encontraré a la puerta cualquier coche aparejado.

Alberto estaba acostumbrado a estas salidas del conde: sabía que era como Nerón, en busca de lo imposible, y no se asombraba de nada, sólo que quiso juzgar por sí mismo de qué manera se habían cumplido sus órdenes; por lo tanto, acompañó al conde hasta la puerta del hotel.

Montecristo no se había engañado: desde que apareció en la antesala del conde de Morcerf, un criado, el mismo que en Roma llevó la carta del conde a ambos jóvenes para anunciarles su visita, se había lanzado fuera del peristilo, de modo que al llegar al pie de la escalera, el ilustre viajero encontró, efectivamente, su carruaje esperándole.

Era un coche salido de los talleres de Keller, y un tiro por el cual Drake había, con conocimiento de todos los leones de París, rechazado la víspera dieciocho mil francos.

—Señor —dijo el conde a Alberto—, no le propongo que me acompañe hasta mi casa, pues sólo podría mostrarle una casa improvisada; ya conoce mis improvisaciones a este respecto. Concédame un día y permítame, entonces, invitarle. Estaré más seguro de no faltar a las leyes de la hospitalidad.

—Si usted me solicita un día, señor conde, estoy seguro de que no me mostrará una casa, sino un palacio. Decididamente, tiene usted algún genio a su disposición.

—Sígalo creyendo —dijo Montecristo poniendo un pie en los estribos forrados de terciopelo de su espléndido carruaje—. Eso me resultará beneficioso con las damas.

Y se metió en su coche, cuya puerta se cerró tras él, y partió al galope; pero no tan rápidamente que el conde no percibiese el imperceptible movimiento que agitó la cortina del salón en que dejara a la señora de Morcerf.

Cuando Alberto entró en el aposento de su madre, encontró a la condesa en su tocador, hundida en un gran sillón de terciopelo: toda la estancia yacía en la penumbra y sólo se percibían las tonalidades brillantes que aquí o allá despedía algún jarrón o las del ángulo de cualquier marco de oro.

Alberto no pudo ver el rostro de la condesa, oculto bajo la nube de gasa que se había puesto alrededor de sus cabellos como una aureola de vapor; pero le pareció que su voz estaba alterada: distinguió, también, entre los perfumes de rosas y de heliotropos de la jardinera, el rastro agrio y mordiente de las sales de vinagre; sobre una de las copas cinceladas de la chimenea, efectivamente, yacía el frasco de la condesa, fuera de su funda de piel, que llamó la inquieta atención del joven.

—¿Sufre, madre mía? —preguntó al entrar—. ¿Se ha encontrado mal durante mi ausencia?

—¿Yo? No, Alberto; pero ya comprenderás, esas rosas, esos tubérculos y esas flores de naranjo desprenden durante estos primeros calores unos perfumes tan violentos, que no puedo acostumbarme a ellos.

—Entonces, madre mía —dijo Alberto llevando la mano al cordón de la campanilla—, es preciso que las lleven a su antesala. Está verdaderamente indispuesta; ya lo estaba antes, cuando entró en el salón, muy pálida.

—¿Dices que estaba pálida, Alberto?

—De una palidez que os sienta a maravilla, madre mía, pero que no ha dejado de asustarnos por eso, a mi padre y a mí.

—¿Te habló de ello tu padre? —preguntó con viveza Mercedes.

—No, señora, pero fue él mismo quien os hizo esa observación, recordadlo.

—No me acuerdo —dijo la condesa.

Entró un criado; acudiendo a la llamada hecha por Alberto.

—Lleve estas flores a la antesala o cualquier otro sitio —dijo el vizconde—. Molestan a la señora condesa.

El criado obedeció.

Hubo un silencio bastante prolongado, que duró todo el tiempo que el sirviente invirtió en cumplir la orden.

—¿Qué nombre es ese de Montecristo? —preguntó la condesa cuando el doméstico hubo salido llevándose la última maceta de flores—. ¿Es el nombre de una familia, de una tierra o simplemente un título?

—Creo que es un título, madre mía, y nada más. El conde compró una isla en el archipiélago toscano, y, según lo dicho esta mañana, fundó una encomienda. Ya sabéis que eso acostumbra a haberse para San Esteban de Florencia, para San Jorge Constantiniانو de Parma, e incluso para la orden de Malta. Por otra parte, no tiene ninguna pretensión de nobleza y ostenta el título de conde por casualidad, aunque la opinión general de Roma sea la de que el conde es un gran señor.

—Sus modales son exquisitos —dijo la condesa—, al menos por lo que he podido juzgar en el corto instante que permaneció aquí.

—¡Oh, perfectos, madre mía! Tan perfectos, que sobrepasan en mucho a todo lo que he conocido de más aristocrático en las tres noblezas más pretenciosas de Europa, es decir, en la nobleza inglesa, la española y la alemana.

La condesa reflexionó un instante, y tras esta corta vacilación, agregó:

—¿Has visto, mi querido Alberto, es una pregunta de madre la que te hago, has visto al señor de Montecristo en su interior? Ya tienes perspicacia, mundología, y más tacto del que corrientemente se posee a tu edad. ¿Crees que el conde sea lo que en realidad parece ser?

—¿Y qué parece?

—Tú lo has dicho hace un momento, un gran señor.

—Le he dicho, madre, que lo consideraban como a tal.

—Pero, tú, ¿qué piensas?, ¿qué crees, Alberto?

—Yo no tengo, se lo confesaré, una opinión muy segura sobre él; lo creo maltés.

—No te interrogo acerca de su origen, sino de su persona.

—¡Ah! Respecto a su persona, ya es otra cosa. He visto tantas cosas extrañas en él que, si quiere que le diga lo que pienso, le respondería que lo miraría muy gustoso como uno de esos personajes de Byron, a quien la desdicha ha marcado con un sello fatal; como un Manfred, un Lara o un Werner; como uno de esos restos de cualquier vieja familia que, desheredado de su fortuna paterna, han encontrado otra a fuerza de su genio aventurero que le ha situado por encima de las leyes de la sociedad.

—¿Dices que...?

—Digo que Montecristo es una isla en medio del Mediterráneo, sin habitantes, sin guarnición, reposo de contrabandistas de todas las naciones y de piratas de todos los países. ¿Quién sabe si esos dignos industriales no pagan a un señor un derecho de asilo?

—Es posible eso —exclamó la condesa, pensativa.

—Pero no importa —prosiguió el joven—, contrabandista o no, convendréis, madre mía, ya que lo habéis visto, que el señor conde de Montecristo es un hombre notable, y que tendrá el mayor éxito en los salones de París. Y fíjese, esta misma mañana, en mi casa, ha hecho su entrada en el mundo asombrando incluso a Chateau Renaud.

—¿Y qué edad puede tener el conde? —preguntó Mercedes, dando una gran importancia a esta pregunta.

—Tiene treinta y cinco o treinta y seis años, madre.

—¡Tan joven! Eso es imposible —exclamó Mercedes, respondiendo al mismo tiempo a lo que decía Alberto y a lo que le dictaba su pensamiento.

—Sin embargo, es la verdad. Tres o cuatro veces me ha dicho, y seguro que sin intención, que en tal época tenía cinco años, en tal otra tenía diez, en tal, doce; yo, a quien la curiosidad tenía alerta con esos detalles, he corroborado tales datos, y nunca le pillé en falta. La edad de este hombre extraño, que no tiene edad, es, y tengo la convicción de ello, treinta y cinco años. Además, recuerde, madre mía, la viveza de su mirada, sus cabellos negros y su frente, aunque pálida, sin arrugas; es una naturaleza, no sólo vigorosa, sino también joven.

La condesa bajó la cabeza como agobiada por el peso de amargos pensamientos.

—¿Y ese hombre es tu verdadero amigo, Alberto? —preguntó ella con un estremecimiento nervioso.

—Ya lo creo, señora.

—¿Y tú... también lo quieres?

—Me agrada, señora, aunque Franz d'Epínay diga lo que quiera; quería hacerlo pasar a mis ojos por un hombre venido de otro mundo.

La condesa hizo un movimiento de terror.

—Alberto —replicó con voz alterada—, siempre te he encargado que tuvieses cuidado con tus nuevos amigos. Ahora ya eres un hombre, y puedes hasta darme consejos a mí; sin embargo, te lo repito: sé prudente, Alberto.

—Aún sería preciso, mi querida madre, para que el consejo fuese aprovechable, que supiese de qué debo desconfiar. El conde no juega, el conde no bebe más que agua dorada con una gota de vino español; el conde se ha declarado él mismo tan rico que, sin reírse en sus narices, no podría pedirme dinero. ¿Qué quiere que tema por parte del conde?

—Tienes razón —convino la condesa—, y mis temores son infundados, teniendo por objeto, sobre todo, al hombre que te ha salvado la vida. A propósito, ¿lo ha recibido bien tu padre? Es importante que estemos muy amables con el conde. El señor de Morcerf, a veces, está ocupado, sus asuntos lo hacen olvidadizo, y podría ser, sin quererlo...

—Mi padre se ha comportado perfectamente, señora —interrumpió Alberto—. Diré más: pareció infinitamente halagado por los dos o tres cumplidos que el conde le ha dirigido con tanta bondad como intención, como si le hubiese conocido desde hace treinta años. Cada una de sus flechas elogiosas ha debido cosquillear a mi padre —agregó Alberto, riendo—, de modo que se han despedido como los mejores amigos del mundo; hasta el señor de Morcerf quiso llevarle a la Cámara para que oyese su discurso.

La condesa no respondió; estaba absorta en una ensoñación tan profunda, que sus ojos se cerraron poco a poco. El joven, de pie ante ella, la contempló con ese amor filial más tierno y afectuoso en los hijos cuyas madres aún son jóvenes y bellas; después, tras haber visto sus ojos cerrados, la escuchó respirar un instante

en su dulce inmovilidad, y, creyéndola adormecida, se alejó de puntillas, dejando la puerta de la habitación, con cuidado, como la dejara su madre.

—Este diablo de hombre... —murmuró sacudiendo la cabeza—. Ya predije allá abajo que causaría sensación en el mundo: mido su efecto por un termómetro infalible. Mi madre lo ha experimentado, así, pues, debe de ser notable.

Y se dirigió a sus cuadras, no sin un secreto despecho por que, sin malicia alguna, el conde de Montecristo había conseguido enviar su tiro de bayos al puesto número dos en el ánimo de los entendidos.

—Decididamente —dijo—, los hombres no son iguales. Es preciso que niegue a mi padre que desarrolle esta teoría en la alta Cámara.

El señor Bertuccio

Durante este tiempo el conde había llegado a su casa; invirtió seis minutos en recorrer el camino. Aquellos seis minutos bastaron para que fuese visto por veinte jóvenes que, conociendo el precio del tiro que ellos mismos no pudieron comprar, hubiesen puesto sus monturas al galope para entrever al espléndido señor que utilizaba caballos de diez mil francos la pieza.

La casa escogida por Alí, y que debía servir de residencia a Montecristo en la ciudad, estaba situada a la derecha, subiendo por los Campos Elíseos, colocada entre un patio y un jardín; un macizo muy espeso, que se elevaba en medio del patio, disimulaba una parte de la fachada; alrededor de este macizo avanzaban, parecidos a dos brazos, dos avenidas que, extendiéndose a derecha e izquierda, conducían, a partir de la verja, los vehículos hasta una doble escalinata que soportaba en cada escalón un vaso de porcelana lleno de flores. Esta casa, aislada en medio de un amplio espacio, tenía otra entrada principal, otra entrada que daba a la calle de Ponthieu.

Antes de que el cochero hubiese llamado al portero, la maciza verja giró sobre sus goznes; se había visto llegar al conde, y en París, como en Roma y en todas partes, era servido con la rapidez del rayo. El coche entró, describió un semicírculo sin haber aminorado su marcha, y la verja ya se cerraba cuando las ruedas aún chiriaban sobre la arena de la alameda.

El coche se detuvo al lado izquierdo de la escalinata; dos hombres aparecieron en la portería: uno era Alí, que sonrió a su dueño con una increíble franqueza, y que se sintió pagado con una simple mirada de Montecristo.

El otro saludó humildemente y presentó su brazo al conde para ayudarlo a descender del carruaje.

—Gracias, señor Bertuccio —dijo el conde saltando con ligereza los tres peldaños del estribo—. ¿Y el notario?

—Está en el saloncito, Excelencia —respondió Bertuccio.

—¿Y las tarjetas de visita que le encargué que hiciese grabar cuando supiese el número de la casa?

—El señor conde las tiene listas. Fui a casa del mejor grabador del Palacio Real, quien grabó la plancha ante mí; la primera tarjeta que se hizo fue llevada en el mismo instante, siguiendo su orden, al señor barón Danglars, diputado, calle de la Chaussée d'Antin, número 7; las otras se hallan sobre la chimenea del dormitorio de Su Excelencia.

—Bien. ¿Qué hora es?

—Las cuatro.

Montecristo dio sus guantes, su sombrero y su bastón al mismo lacayo francés que se había lanzado fuera de la antesala del conde de Morcerf para llamar al coche, luego pasó a un saloncito, acompañado de Bertuccio, quien le mostraba el camino.

—Vaya unos mármoles más pobres los de esta antesala —dijo Montecristo—. Espero que me saque todo esto.

Bertuccio se inclinó.

Como había dicho el intendente, el notario esperaba en el saloncito.

Era una honrada fisonomía de segundo pasante de París, elevada a la dignidad infranqueable de escribano de las afueras.

—¿El señor es el notario encargado de vender la casa de campo que deseo comprar? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —respondió el notario.

—¿Está lista el acta de venta?

—Sí, señor conde.

—¿La ha traído usted?

—Aquí está.

—Perfectamente. ¿Y dónde se encuentra la casa que compro? —preguntó con negligencia Montecristo, tanto a Bertuccio como al notario.

El intendente hizo un gesto que significaba que lo ignoraba.

El notario miró a Montecristo con asombro.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿El señor conde no sabe dónde está la casa que compra?

—No, a fe mía —dijo el conde.

—¿El señor conde no la conoce?

—¿Cómo diablos iba a conocerla? Llegué de Cádiz esta mañana, jamás había estado en París, e incluso es la primera vez que pongo los pies en Francia.

—Entonces, es otra cosa —respondió el notario—. La casa que el señor conde compra, se encuentra en Auteuil. A estas palabras Bertuccio palideció visiblemente.

—¿Y dónde está Auteuil? —inquirió Montecristo.

—A dos pasos de aquí, señor conde —repuso el notario—, un poco después de Passy, en una situación encantadora en medio del bosque de Bolonia.

—¡Tan cerca! —dijo Montecristo—. Pero eso no es el campo. ¿Cómo diablos me ha ido a escoger una casa a las puertas de París, señor Bertuccio?

—¿Yo? —exclamó el intendente con una extraña turbación—. No, desde luego. No he sido yo, señor conde, el encargado de escoger esa casa; recuérdelo bien, señor conde, rebusque en su memoria, interrogue a sus recuerdos.

—¡Ah, está bien! —dijo Montecristo—. ¡Ahora lo recuerdo! Leí ese anuncio en un periódico, y me sentí atraído por ese título engañoso: «Casa de campo».

—Todavía está a tiempo —dijo con viveza Bertuccio—, y si Su Excelencia quiere encargarme de buscarle algo por los alrededores, le encontraré lo mejor, bien en Enghien, bien en Fontenay aux Roses o en Bellevue.

—No, no —replicó desdeñosamente Montecristo—, ya tengo ésta, la conservaré.

—Y el señor tiene razón —dijo con viveza el notario, quien temía perder sus honorarios—. Es una propiedad encantadora: agua abundante, bosque espeso, vivienda confortable, aunque abandonada desde hace tiempo; sin contar el mobiliario que, por viejo que sea, tiene su valor, sobre todo hoy que se buscan las antigüedades. Perdón, pero creo que el señor conde tiene el gusto de su época.

—Dígame —rogó Montecristo—, entonces es conveniente.

—¡Ah, señor! Es mejor que eso; es magnífica.

—¡Diablo! No perdamos, pues, semejante ocasión —dijo Montecristo—. ¿El contrato, por favor, señor notario?

Y firmó rápidamente, tras haber echado una mirada al sitio en que figuraban detallados la situación de la casa y los nombres de los propietarios.

—Bertuccio —dijo—, entregue cincuenta y cinco mil francos al señor.

El intendente salió con paso vacilante y regresó con un fajo de billetes de Banco que el notario contó como hombre poco acostumbrado a recibir el dinero.

—Y ahora, ¿están cumplidas todas las formalidades? —preguntó el conde?

—Todas, señor conde.

—¿Tiene usted las llaves?

—Están en manos del conserje que guarda la casa; pero aquí tiene la orden que le doy para que instale al señor en su propiedad.

—Muy bien.

Y Montecristo hizo al notario un gesto con la cabeza, que quería significar: «Puede retirarse; ya no le necesito».

—Pero me parece que el señor conde se equivoca —aventuró el honrado escribano—. No son más que cincuenta mil francos, todo comprendido.

—¿Y sus honorarios?

—Se encuentran incluidos en esta suma, señor conde.

—Pero, ¿no ha venido usted desde Auteuil hasta aquí?

—Sí, claro.

—Pues es preciso que le pague la molestia que se ha tomado —dijo el conde.

Y lo despidió con un gesto.

El notario salió retrocediendo y saludando con inclinaciones que llegaban al suelo; era la primera vez, desde que había empezado su carrera, que se encontraba con un cliente semejante.

—Acompañe al señor —dijo el conde a Bertuccio.

Y el intendente salió detrás del notario.

Apenas se quedó solo, el conde sacó de su bolsillo una cartera con cerradura, que abrió con una llavecita que llevaba colgada del cuello y de la que nunca se apartaba.

Después de haber buscado un instante, se detuvo ante una hoja que contenía algunas notas, confrontó aquellas notas con el acta de venta depositada encima de la mesa, y recogiendo sus recuerdos, murmuró:

—Auteuil, calle de la Fontaine, número 28; esto es. Ahora, ¿deberé arrancar esa confesión por el terror religioso o por el terror físico? Dentro de una hora lo sabré todo. ¡Bertuccio! —gritó

mientras golpeaba, con una especie de martillo, un timbre que produjo un sonido agudo y prolongado parecido al de un tamtam—. ¡Bertuccio!

El intendente apareció en el umbral.

—Señor Bertuccio, ¿no me dijo usted en una ocasión que había viajado por Francia? —preguntó el conde.

—Por algunos sitios de Francia, sí, Excelencia.

—Sin duda conocerá los alrededores de París, ¿no es así?

—No, Excelencia, no —respondió el intendente, con una especie de temblor nervioso que Montecristo, conocedor de emociones, atribuyó con razón a una viva inquietud.

—Es una lástima que no haya visitado nunca los alrededores de París, porque quiero ir esta misma tarde a visitar mi nueva propiedad, y viniendo conmigo, sin duda me hubiese dado informaciones útiles.

—¿A Auteuil? —exclamó Bertuccio, cuya tez morena casi se puso lívida—. ¿Yo ir a Auteuil?

—Y bien, ¿qué hay de asombroso en que venga a Auteuil, si se lo pido? Cuando yo viva en Auteuil, será preciso que usted venga, ya que forma parte de la casa.

Bertuccio inclinó la cabeza ante la mirada imperiosa de su amo, y permaneció inmóvil y sin hablar.

—¡Vaya! ¿Qué le sucede? ¿Habré de llamar una segunda vez para que me preparen el coche? —inquirió Montecristo, en el mismo tono que Luis XIV puso al pronunciar su famoso: «¡He tenido que esperar!».

Bertuccio se lanzó del saloncito a la antesala, y gritó con voz ronca:

—¡Los caballos de Su Excelencia!

Montecristo escribió dos o tres cartas; cuando guardaba la última, apareció el intendente.

—El coche de Su Excelencia está a la puerta —anunció.

—Bien, coja sus guantes y su sombrero —le ordenó Montecristo.

—¿Es que voy a ir con el señor conde? —exclamó Bertuccio.

—Naturalmente; es preciso que usted dé sus órdenes, ya que pienso habitar esa casa.

Hubiera constituido algo fuera de lugar una réplica a una orden del conde; por consiguiente, el intendente, sin hacer objeción

alguna, siguió a su amo, quien montó en su coche y le hizo señas de que le siguiera él también. El intendente se sentó respetuosamente en el asiento delantero.

La casa de Auteuil

Montecristo había notado que al descender la escalinata, Bertuccio se persignó a la manera de los corsos, es decir, cortando el aire con el pulgar en forma de cruz, y que al tomar asiento en el coche había murmurado una corta oración. Otro cualquiera que no fuese hombre curioso, hubiera tenido piedad de la singular repugnancia que el digno intendente sentía por el paseo a extramuros; pero, al parecer, el conde era demasiado curioso para dispensar a Bertuccio de aquel viaje.

En veinte minutos estuvieron en Auteuil. La emoción del intendente había aumentado por momentos. Al entrar en el pueblo. Bertuccio, acurrucado en un rincón del coche, empezó a examinar con una emoción febril todas las casas por delante de las cuales pasaban.

—Mande parar en la calle Fontaine, número 28 —dijo el conde, fijando su implacable mirada en el intendente, a quien dio la orden.

El sudor se hizo visible en el rostro de Bertuccio; sin embargo, obedeció, y asomándose fuera del vehículo, gritó al cochero :

—Calle de la Fontaine, número 28.

Este número se hallaba situado en el extremo del pueblo. Durante el viaje se había echado la noche encima, o más bien una nube cargada de electricidad confería a aquellas tinieblas casi prematuras la apariencia y solemnidad de un episodio dramático.

El carruaje se detuvo, y el palafrenero se precipitó a la puerta para abrirla.

—Bien —dijo el conde—. ¿No desciende, señor Bertuccio? Entonces quédese en el coche. Pero, ¿en qué diablos piensa esta tarde?

Bertuccio se precipitó a la puerta y presentó su hombro al conde, quien esta vez se apoyó encima y descendió uno a uno los tres peldaños del estribo.

—Llame y anúncieme —dijo el conde.

Bertuccio llamó, la puerta se abrió y apareció el conserje.

—¿Quién es? —preguntó.

—Su nuevo dueño, buen hombre —respondió el palafrenero.

Y alargó al conserje la carta de identidad entregada por el notario.

—¿Está vendida la casa? —preguntó el conserje—. ¿Y el señor es quien viene a habitarla?

—Sí, amigo mío —dijo el conde—. Y trataré de que no sienta haber perdido a su antiguo amo.

—¡Oh, señor! —exclamó el conserje—. No lo sentiré mucho, porque lo veíamos muy poco. Hace más de cinco años que no ha venido, y ha hecho bien, a fe mía, vendiendo una casa que no le reportaba absolutamente nada.

—¿Y cómo se llamaba tu antiguo dueño? —preguntó Montecristo.

—El señor marqués de Saint-Méran. ¡Ah! No habrá vendido la casa por lo que le costó, estoy seguro.

—¡El marqués de Saint-Méran! —repitió Montecristo—. Pero me parece que ese nombre no me es desconocido. El marqués de Saint-Méran...

Y parecía buscar en su memoria.

—Un viejo hidalgo —continuó el conserje—, un fiel servidor de los Borbones. Tenía una hija única que se casó con el señor de Villefort, quien era procurador del rey en Nimes y luego en Versalles.

Montecristo echó una mirada a Bertuccio y lo encontró más lívido que la pared sobre la que se apoyaba para no caerse.

—¿Y esa hija no está muerta? —preguntó Montecristo—. Me parece que oí decir algo de eso.

—Sí, señor. Fue hace veintiún años, y desde entonces no hemos visto ni tres veces al pobre señor marqués.

—Gracias, gracias —dijo Montecristo, juzgando por la postración del intendente que no podía tensar más aquella cuerda sin riesgo de romperla—. Gracias. Deme una luz, buen hombre.

—¿Acompañaré al señor?

—No, no se moleste. Bertuccio me iluminará.

Y Montecristo acompañó sus palabras con el don de dos piezas de oro, que levantaron una explosión de bendiciones y de suspiros.

—¡Ah, señor! —dijo el conserje después de haber buscado inútilmente por la repisa de la chimenea y por los estantes—. Es que no tengo bujías aquí.

—Coge una de las linternas del coche, Bertuccio, y muéstrame las habitaciones —rogó el conde.

El intendente obedeció sin objeciones, pero era fácil comprender, por lo que le temblaba la mano que sostenía la linterna, lo que le costaba obedecer.

Recorrieron una planta baja bastante amplia; un primer piso compuesto de un salón, un cuarto de baño y dos dormitorios. Uno de aquellos dormitorios conducía a una escalera de caracol cuyo extremo desembocaba en el jardín.

—Vaya, he aquí una escalera de escape —comentó el conde—. Es una buena cosa. Alúmbreme, señor Bertuccio; pase delante y vamos a ver dónde nos lleva esta escalera.

—Señor, da al jardín —dijo Bertuccio.

—¿Y cómo sabe usted eso, dígamelo, por favor?

—Es decir, creo que debe dar.

—Bien, asegurémonos.

Bertuccio lanzó un suspiro y caminó delante. La escalera desembocaba, efectivamente, en el jardín.

El intendente se detuvo ante la puerta exterior.

—Vamos ya, señor Bertuccio —dijo el conde.

Pero el aludido estaba aniquilado, aturdido, casi inconsciente. Sus ojos desorbitados buscaban por todas partes como las huellas de un pasado terrible, y de sus manos crispadas parecían desprenderse recuerdos espantosos.

—¿Y bien? —insistió el conde.

—No, no —exclamó Bertuccio, poniendo la mano en el ángulo de la pared interior—. No, señor; no iré más lejos. Es imposible.

—¿Qué está diciendo? —articuló la imperativa voz de Montecristo.

—Pero véalo, señor —exclamó el intendente—. No es natural; que teniendo una casa para comprar en París, la compre justamente en Auteuil, y que precisamente se trate de la casa número 28 de la calle Fontaine... ¡Ah! ¿Por qué no le habré dicho antes todo, señor? Seguramente no me hubiese exigido que lo acompañase. Esperaba que la casa del señor conde fuese otra distinta a ésta. ¡Como si no hubiese más casa en Auteuil que la del crimen!

—¡Oh, oh! —exclamó Montecristo, deteniéndose de pronto—. ¿Qué extrañas palabras acaba de pronunciar ahora? ¡Diablo de hombre! ¡Corso empecinado! Siempre con misterios y supersticiones. Bueno, coja esa linterna y visitemos el jardín. Conmigo no tendrá miedo, al menos eso espero.

Bertuccio cogió la linterna y obedeció.

Una vez abierta la puerta, apareció un cielo opaco en el que la luna se esforzaba vanamente en luchar contra un mar de nubes que la cubrían con sus olas sombrías, que iluminaba un instante e iban a perderse, aún más oscuras, en las profundidades del infinito.

El intendente quiso dirigirse hacia la izquierda.

—No, señor —dijo Montecristo—. ¿A qué seguir las alamedas? Aquí hay un hermoso césped, continuemos adelante.

Bertuccio se enjugó el sudor que le corría por la frente, pero obedeció; no obstante, continuaba desviándose hacia la izquierda.

Montecristo, por el contrario, se dirigía hacia la derecha. Al llegar junto a un macizo de árboles se detuvo.

El intendente no pudo contenerse.

—¡Aléjese, señor! —exclamó—. ¡Aléjese, se lo suplico! ¡Está justamente en ese sitio!

—¿En qué sitio?

—En el sitio en que cayó.

—Mi querido señor Bertuccio, vuelva en sí, se lo ruego —replicó Montecristo, riendo—. Aquí no estamos en Sartene o en Corte. Esto no es un monte, sino un jardín inglés, mal cuidado, lo admito, pero que no se puede criticar por eso.

—¡Señor, no se quede allí! No se quede ahí, se lo suplico.

—Creo que se está volviendo loco, maese Bertuccio —dijo fríamente el conde—. En tal caso, prevéngame, porque lo haré encerrar en cualquier sanatorio antes de que le domine el mal.

—¡Ay, Excelencia! —respondió Bertuccio, sacudiendo la cabeza y juntando las manos en una actitud que hubiesen hecho reír al conde si otros pensamientos más interesantes no le tuviesen en aquel momento ocupada la mente y asimismo muy atento a las menores expansiones de aquella conciencia timorata—. ¡Ay, Excelencia, la desgracia ha llegado!

—Señor Bertuccio —dijo el conde—, me complace decirle que gesticulando se retuerce los brazos, y que rueda los ojos como un condenado del que quiere salir el demonio. Ahora bien, casi siempre he

notado que el diablo más cabezudo se queda en su sitio a no ser que posea algún secreto. Sabía que era corso, que era sombrío y rumiador de alguna vieja historia de *vendetta*, y de eso no me preocupaba en Italia, porque tales cosas allí son corrientes, pero en Francia, generalmente, da muy mal resultado un asesinato: hay gendarmes que se ocupan de él, jueces que lo condenan y cadalso que lo vengan.

Bertuccio juntó las manos y, como pese a sus diferentes contorsiones no abandonaba la linterna, la luz iluminaba su trastornado rostro.

Montecristo lo examinó con el mismo ojo crítico con que examinara en Roma el suplicio de Andrea; después, en un tono de voz que hizo estremecer de nuevo al pobre intendente, le dijo:

—Por consiguiente, el abate Busoni me mintió cuando tras su viaje a Francia en 1829, le envió a mí provisto de una carta de recomendación en la cual me enumeraba sus buenas cualidades. Bien, escribiré al abate; le haré responsable de su protegido y así me enteraré de todo lo concerniente a ese crimen. Sólo que le prevengo, señor Bertuccio, que cuando resido en un país tengo la costumbre de acomodarme a sus leyes, y que no tengo ganas de enredarme con la justicia de Francia.

—¡Oh, no haga eso, Excelencia! Le he servido fielmente, ¿no es cierto? —exclamó Bertuccio, desesperado—. Siempre he sido un hombre honrado y he hecho cuantas buenas acciones he podido.

—No digo que no —admitió el conde—, pero, ¿por qué diablos se agita de esa manera? Eso es una mala señal: una conciencia tranquila no imprime tal palidez a las mejillas, ni pone febriles las manos de un hombre.

—Pero, señor conde —agregó Bertuccio, vacilante—, ¿no me había dicho usted mismo que el señor abate Busoni, quien oyó mi confesión en la cárcel de Nimes, le había prevenido, al enviarme a su casa, que sólo tenía un gran reproche que hacerme?

—Sí, pero como él se dirigía a mí diciéndome que usted sería un buen intendente, creí que había robado, nada más.

—¡Oh, señor conde! —protestó Bertuccio, con desprecio.

—O que, como usted era corso, no pudo resistir a la tentación de pinchar un pellejo, como dicen en su tierra, de apuñalar a alguien.

—¡Bien, sí, monseñor, sí, mi buen señor, eso es! —exclamó Bertuccio, postrándose de rodillas ante el conde—. Sí, es una venganza, se lo juro; una simple venganza.

—Comprendo, pero lo que no comprendo en absoluto es que sea esta casa la que le galvanice hasta ese punto.

—Pero, monseñor, ¿no es natural? —replicó Bertuccio—. Fue en esta casa donde se cumplió la venganza.

—¡Cómo! ¿En mi casa?

—¡Oh, monseñor! Todavía no era suya —respondió ingenuamente Bertuccio.

—Pero, ¿de quién era, pues? Creo que el conserje nos dijo que pertenecía al marqués de Saint-Méran. ¿Qué diablos tenía, pues, que vengarse del marqués de Saint-Méran?

—¡Oh! No era de él, monseñor; era de otro.

—Vaya, ¡qué coincidencia tan extraña! —exclamó Montecristo, pareciendo ceder a sus reflexiones—. Encontrarse por casualidad, sin preparación alguna, en una casa donde ha ocurrido algo que le causa tan espantosos remordimientos.

—Monseñor, es la fatalidad que lo mueve todo, estoy seguro de ello —habló el intendente—. Primero compra usted una casa en Auteuil, esa casa es la misma donde cometí un asesinato; descende al jardín justo por la escalera por la cual bajó la víctima; se detiene usted exactamente en el lugar en que recibió el golpe; a dos pasos, bajo ese plátano, estaba la fosa en que acababa de enterrar al niño. Todo eso no es casualidad, porque en ese caso, la casualidad se parecería mucho a la Providencia.

—Bien, señor corso, supongamos que sea la Providencia; yo siempre supongo lo que quiero; además, a los espíritus débiles siempre hay que hacerles concesiones. Veamos, llame a sus espíritus y cuénteme eso.

—No lo he contado nunca más que una vez, y fue al abate Busoni. Tales cosas —añadió Bertuccio, sacudiendo la cabeza— no se dicen más que bajo secreto de confesión.

—Entonces, mi querido Bertuccio —dijo el conde—, encontraré conforme que le envíe a su confesor; que se haga usted cartujo o bernardo como él, y hablarán de sus secretos. Pero yo tengo miedo de un huésped espantado por semejantes fantasmas; no me gusta nada que mis gentes no se atrevan a pasear por la noche en mi jardín. Después, lo confieso, no me agradaría la visita del comisario de policía; porque sépalo así, maese Bertuccio: en Italia no se paga a la justicia más que cuando calla, pero en Francia no se le paga más que cuando habla. ¡Diablos! Le creía un poco corso, un gran

contrabandista, un intendente muy hábil, pero veo que aún hay otras cuerdas en su arco. ¡Ya no está a mi servicio, señor Bertuccio!

—¡Oh, monseñor, monseñor! —exclamó el intendente, aterrado por esta amenaza—. ¡Oh! Si no es más que por eso, hablaré, se lo contaré todo... Si le abandono, entonces será para ir al cadalso.

—Eso ya es diferente —dijo Montecristo—, pero si ha de mentir, reflexione; mejor será que no hable.

—No, señor, le juro por la salud de mi alma que se lo confesaré todo. Porque al mismo abate Busoni no le confesé más que parte de mi secreto. Pero, primeramente, le suplico que se aleje de ese plátano; mire, la luna va a iluminar esa nube, y ahí, colocado como usted está, envuelto en esa capa que me oculta su cuerpo, que se parece al del señor de Villefort.

—¡Cómo! —exclamó Montecristo—. Es el señor de Villefort...

—¿Su Excelencia lo conoce?

—¿El antiguo procurador del rey de Nimes?

—Sí.

—¿El que se casó con la hija del marqués de Saint-Méran?

—Sí.

—¿Y que había conseguido en el estrado la reputación del magistrado más honrado, más severo y más rígido?

—Bien, señor —replicó Bertuccio—, ese hombre de reputación tan irreprochable...

—Sí.

—Era un infame.

—¡Bah! —exclamó Montecristo—. Imposible.

—Sin embargo, es cierto.

—¡Ah! ¿De verdad? —exclamó Montecristo—. ¿Y tiene pruebas?

—Las tenía, al menos.

—¿Las ha perdido, desdichado?

—Sí, pero buscando se pueden volver a encontrar.

—¿Es cierto? —inquirió el conde—. Cuénteme eso, señor Bertuccio, porque la cosa empieza a interesarme verdaderamente.

Y el conde, tarareando un aire de *Lucía*, fue a sentarse en un banco, mientras que Bertuccio le seguía reuniendo sus recuerdos.

Bertuccio permaneció de pie delante de él.

La vendetta

—¿Por dónde desea el señor conde que empiece a referirle los hechos? —preguntó Bertuccio.

—Pues por donde guste, ya que no sé absolutamente nada —dijo Montecristo.

—Creía, sin embargo, que el señor abate Busoni había dicho a Su Excelencia...

—Sí, algunos detalles, sin duda, pero ya han transcurrido siete u ocho años de eso, y lo tengo olvidado.

—Entonces puedo, sin temor a molestar a Su Excelencia...

—Vamos, señor Bertuccio, vamos; me tendrá atado día y noche.

—Las cosas se remontan a 1815.

—¡Ah, ah! —exclamó Montecristo—. No fue ayer 1815.

—No, señor, y, no obstante, los menores detalles los tengo tan presentes en la memoria como si estuviésemos en el día siguiente al que ocurrieron. Yo tenía un hermano, un primogénito, que estaba al servicio del emperador. Había llegado a teniente en un regimiento compuesto solamente de corsos. Mi hermano era mi único amigo; nos habíamos quedado huérfanos, yo a los cinco y él a los dieciocho años; él me crió como si hubiese sido su hijo. En 1814, bajo el reinado de los Borbones, se casó; el emperador regresó de la isla de Elba, mi hermano reemprendió inmediatamente su servicio, y herido ligeramente en Waterloo, se retiró con el ejército detrás del Loira.

—Pero esa es la historia de los Cien Días, señor Bertuccio —dijo el conde—, y me parece que ya fue relatada, si no me equivoco.

—Excúseme, Excelencia, pero estos primeros detalles son necesarios, y usted me prometió ser paciente.

—En efecto. No tengo más que una palabra.

—Un día recibimos una carta; será necesario decirle que vivíamos en el pueblecito de Rogliano, al extremo del cabo de Córcega;

dicha carta era de mi hermano; nos comunicaba que el ejército estaba licenciado y que regresaba por Chateauroux, Clermond-Ferrand, Le Puy y Nimes; que si yo tenía algún dinero, me rogaba se lo mandase a Nimes, a casa de un posadero que conocíamos y con el cual tenía yo algunas relaciones.

—¿De contrabando! —comentó Montecristo.

—¿Ah, Dios mío! Señor conde, hay que vivir de algo.

—Cierto; continúe, pues.

—Yo quería mucho a mi hermano, ya se lo he dicho, Excelencia; de manera que decidí no enviarle el dinero, sino ir a llevárselo en persona. Poseía un millar de francos, dejé quinientas a Assunta, mi cuñada, y con el resto me puse en camino hacia Nimes. Era cosa fácil, mi barca tenía un cargamento con que hacerse a la mar; todo favorecía mi proyecto. Pero una vez efectuado el cargamento, el viento se puso en contra, de modo que estuvimos cuatro o cinco días sin poder entrar en el Ródano. Al fin lo conseguimos; lo remontamos hasta Arles; dejé la barca entre Bellegarde y Beaucaire y tomé el camino de Nimes.

—Y llegasteis, ¿no es cierto?

—Sí, señor; excúseme, pero como Su Excelencia lo comprobará, no le cuento más que lo necesario. Ahora bien, era la época en que tenían lugar las famosas matanzas del Mediodía. Había por allí dos o tres bandidos que se llamaban Trestaillón, Trufemy y Grafan, que degollaban en las calles a todos los que suponían bonapartistas. Sin duda, el señor conde habrá oído hablar de esos asesinos, ¿no es cierto?

—Vagamente; me encontraba muy lejos de Francia durante aquellos días. Continúe, pues.

—Al entrar en Nimes, se caminaba, literalmente, sobre sangre; a cada paso se encontraban cadáveres. Los asesinos, organizados en bandas, mataban, robaban y quemaban. A la vista de esta carnicería sentí miedo, no por mí; yo, simple pescador corso, no tenía gran cosa que temer; al contrario, por aquel entonces eran buenos tiempos para nosotros, los contrabandistas, mas para mi hermano, para mi pobre hermano, soldado de Francia, regresando del ejército del Loira con su uniforme y sus charreteras, sí que tenía que temerlo todo.

»Corrí a casa de nuestro posadero. Mis presentimientos no me habían engañado; mi hermano llegó la víspera a Nimes, y en la mis-

ma puerta de aquel a quien yo acababa de pedir hospitalidad, había sido asesinado.

»Pregunté a todo el mundo si sabían quiénes lo mataron, pero nadie se atrevió a decirme sus nombres de tanto miedo que les tenían. Entonces pensé en esa justicia francesa, de que tanto me habían hablado, que no se detiene ante nada, y me presenté en casa del procurador del rey.

—Y ese procurador del rey se llamaba Villefort, ¿no es eso? —preguntó Montecristo, con negligencia.

—Sí, Excelencia; venía de Marsella, en donde fue sustituto. Su celo le había valido el ascenso. Era uno de los primeros, decían, que anunció al Gobierno el desembarco de la isla de Elba.

—Por lo tanto, se presentó usted en su casa —indicó Montecristo.

—Señor —le dije—, mi hermano ha sido asesinado ayer en las calles de Nimes, ignoro por quién, pero es su misión saberlo. Usted es aquí el jefe de la justicia, y la justicia debe vengar a aquellos que no supo defender.

»—¿Y qué era su hermano? —preguntó el procurador del rey.

»—Teniente del batallón corso.

»—Entonces, un soldado del usurpador.

»—Un soldado de los ejércitos franceses.

—Bien —replicó él—, se ha servido de la espada y ha perecido por la espada.

»—Se equivoca, señor; ha perecido apuñalado.

»—¿Qué desea usted que yo haga? —respondió el magistrado.

»—Ya se lo he indicado; quiero que se le vengue.

»—¿Y de quién?

»—De sus asesinos.

»—¿Acaso los conozco yo?

»—Hágalos buscar.

»—¿Para qué? Su hermano habrá tenido alguna querrela y se habrá batido con mala suerte en algún duelo. Todos esos antiguos soldados cometen excesos que tuvieron éxito bajo el imperio, pero que ahora se vuelcan contra ellos; y además, nuestras gentes del Mediodía no quieren a los soldados ni los excesos.

»—Señor —repuse yo—, no le suplico por mí. Yo lloraría o me vengaría, nada más; pero mi pobre hermano tenía una mujer. Si a mí me ocurre una desgracia, esa pobre criatura morirá de hambre,

porque el trabajo de mi hermano la mantenía. Obtenga para ella una pensión del Gobierno.

»—Cada revolución tiene sus catástrofes —respondió el señor de Villefort—. Su hermano ha sido una víctima de ella, es una desgracia, y el Gobierno no debe nada a su familia por eso. Siuviésemos que juzgar todas las venganzas que los partidarios del usurpador han ejercido contra los partidarios del rey, cuando a su vez disponían del poder, su hermano, posiblemente, estuviese condenado hoy a pena de muerte. Lo que ha sucedido es cosa muy natural, porque es la ley de las represalias.

»—¡Cómo, señor! —exclamé yo—. ¿Es posible que me hable así usted..., un magistrado?

»—¡Todos estos corsos están locos, palabra! —respondió de Villefort—. Aún se creen que su compatriota es emperador. Se equivoca de época, amigo; tenía que haber venido a decirme eso hace dos meses. Hoy es demasiado tarde; váyase, pues, y si no se marcha, ordenaré que lo hagan.

»Le miré un instante para ver si con una nueva súplica podía esperar algo. Aquel hombre era de piedra. Me aproximé a él.

»—¡Pues bien! —le dije a media voz—. Ya que conoce a los corsos, debe saber cómo mantienen su palabra. A usted le parece bien que hayan matado a mi hermano, que era bonapartista, porque usted es realista; bien, yo, que también soy bonapartista, le declaro una cosa: que le mataré. A partir de este momento le anuncio mi *vendetta*; por consiguiente, tenga cuidado y prevéngase lo mejor posible, porque la primera vez que nos encontremos cara a cara, habrá llegado su última hora.

»Y dicho esto, antes de que volviese de su sorpresa, abrí la puerta y me marché.

—¡Ah, ah! —exclamó Montecristo—. ¡Con esa honrada cara hace esas cosas, señor Bertuccio, y a un procurador del rey! ¡Vaya! ¿Y sabía él, por lo menos, lo que quería significar la palabra *vendetta*?

—Ya lo creo que lo sabía, porque a partir de aquel momento no salía solo, se encerró en su casa y mandó que me buscaran por todas partes. Afortunadamente, estaba bien escondido y no pudo encontrarme. Entonces cogió miedo, y temiendo permanecer más tiempo en Nimes, solicitó su cambio de residencia; como, en efecto, era hombre influyente, fue destinado a Versalles; pero usted ya

sabe que no hay distancia para un corso que haya jurado vengarse, y su coche, por bien conducido que fuese, jamás me adelantó más de media jornada, a pesar de que yo iba a pie.

»Lo importante no era matarlo; cien veces tuve ocasión de hacerlo, pero necesitaba matarlo sin ser descubierto y, sobre todo, sin que me detuviesen. Por otra parte, yo ya no me pertenecía; tenía que proteger a mi cuñada. Durante tres meses espí al señor de Villefort; durante este tiempo no dio un paso, un movimiento ni un paseo que no le siguiese mi mirada. Al fin descubrí que venía misteriosamente a Auteuil; le seguí aún y le vi entrar en esta casa que estamos; sólo que en vez de entrar como todo el mundo por la puerta principal, venía a caballo o en coche, y los dejaba en la posada a fin de entrar por esa puertecita que ve usted ahí.

Montecristo hizo un gesto con la cabeza que demostraba que, en medio de la oscuridad, distinguía, en efecto, la entrada indicada por Bertuccio.

—Yo no tenía que hacer nada en Versalles, me instalé, pues, en Auteuil y me informé. Si quería cogerle, era evidente que me hacía falta encontrarle.

»La casa pertenecía, como ha dicho el conserje, a Su Excelencia, el señor de Saint-Méran, suegro de Villefort. El señor de Saint-Méran vivía en Marsella; por consiguiente, esta casa de campo le era innecesaria; también se comentaba que acababa de alquilársela a una joven viuda que sólo se la conocía por el nombre de “la baronesa”.

»En efecto, una noche, mirando por encima del muro, vi a una mujer joven y hermosa que se paseaba sola en este jardín, que no se ve desde ninguna ventana extraña; miraba frecuentemente del lado de la puertecita y comprendí que esa noche esperaba al señor de Villefort. Cuando se halló bastante cerca de mí para que, a pesar de la oscuridad, pudiese distinguir sus rasgos, comprobé que era una joven de unos dieciocho o diecinueve años, alta y rubia. Como sólo vestía un simple peinador y nada ceñía su cintura, pude notar que estaba encinta y que su embarazo parecía muy adelantado.

»Al cabo de unos minutos se abrió la puertecita, entró un hombre y la joven corrió lo más aprisa que pudo a su encuentro; se echaron uno en los brazos del otro, se besaron tiernamente y entraron en la casa juntos.

»Aquel hombre era el señor de Villefort. Juzgué que al salir, sobre todo si salía por la noche, debería atravesar el jardín solo en toda su largura.

—¿Y se enteró después del nombre de esa mujer? —preguntó el conde.

—No, Excelencia —respondió Bertuccio—. Ya verá que no tuve tiempo de saberlo.

—Prosiga.

—Aquella noche —continuó Bertuccio— posiblemente hubiese podido matar al procurador del rey, pero no conocía aún bastante el jardín. Temí no acertar del todo y no poder huir si alguien acudía a sus gritos. Abandoné la empresa para una próxima cita, y para que nada se me escapase, alquilé una habitación que daba a la calle de la tapia del jardín.

»Al cabo de tres días, hacia las siete de la tarde, vi salir de la casa a un criado a caballo, que tomó al galope el camino que conduce a la carretera de Sèvres; supuse que iba a Versailles. No me equivoqué. Tres horas más tarde, el hombre regresó cubierto de polvo; su mensaje estaba cumplido.

»Diez minutos después, otro hombre, a pie, envuelto en una capa, abrió la puertecita del jardín, que se cerró tras él.

»Descendí rápidamente. Aunque no hubiese visto el rostro de Villefort, lo reconocí por los latidos de mi corazón; atravesé la calle, alcancé un poste situado en una esquina del muro y con la ayuda del cual había observado la primera vez el jardín.

»Esta vez no miré siquiera; saqué mi cuchillo de bolsillo, me aseguré de que la punta estuviese afilada y salté por encima del muro.

»Mi primer cuidado fue correr a la puerta; había dejado la llave por dentro, tomando la simple precaución de dar una doble vuelta a la cerradura.

»Nada impedía, pues, mi fuga por ese lado. Me puse a examinar el terreno. El jardín formaba un cuadrilongo largo, un césped de fino musgo inglés se extendía en el centro, en los ángulos de dicho césped había unos macizos de árboles con espeso follaje entremezclado con flores de otoño.

»Para dirigirse de la casa a la puertecita o de ésta a la casa, el señor de Villefort veíase obligado a pasar junto a uno de esos macizos.

»Estábamos a finales de setiembre; el viento soplaba con bastante fuerza; una menguada luna, pálida y velada, a cada momento por gruesas nubes, que se deslizaban rápidamente por el cielo, iluminaba las avenidas que conducían a la casa, pero no podía atravesar la oscuridad de aquellos espesos macizos en los cuales podía ocultarse un hombre sin temor a ser descubierto.

»Así, pues, me escondí en el más cercano al cual debía pasar de Villefort; apenas estuve allí me pareció percibir una especie de gemidos a través de las ráfagas de viento que curvaban los árboles por encima de mí. Pero ya sabe usted, o más bien lo ignora, señor conde, que quien espera el momento de cometer un asesinato siempre cree oír gritos sordos en el aire. Transcurrieron dos horas al cabo de las cuales, y en varias ocasiones, creí oír idénticos gemidos. Llegó la medianoche.

»Cuando aún sonaba la última campanada lúgubre y retumbona, distinguí un débil resplandor iluminando las ventanas de la escalera por la cual descendimos nosotros hace un rato.

»La puerta se abrió, y el hombre de la capa reapareció. Era el momento terrible; pero ya hacía tanto tiempo que me estaba preparando para aquel momento, que no vacilé en absoluto; saqué el cuchillo y me preparé.

»El hombre de la capa vino derecho hacia mí; pero a medida que avanzaba por el espacio descubierto, me parecía notar que llevaba un arma en la mano derecha. Tuve miedo, no de una lucha, sino de un fracaso. Cuando estuvo a escasos pasos de mí, reconocí que lo que había considerado un arma no era sino un azadón.

»Aún no había tenido ocasión de adivinar para qué fin tenía el señor de Villefort un azadón en la mano, cuando se detuvo al lado del macizo, echó una mirada alrededor suyo y se puso a cavar un hoyo en tierra. Entonces fue cuando me di cuenta de que llevaba algo bajo la capa, que acababa de depositar en el césped para tener más libertad de movimientos.

»Entonces, lo confieso, un poco de curiosidad se interpuso en mi odio; quería saber lo que pretendía hacer de Villefort; permanecí inmóvil, sin respirar, y esperé.

»Después se me ocurrió una idea, que se confirmó al ver que el procurador del rey sacaba de su capa un cofrecito de dos pies de largo por seis u ocho pulgadas.

»Le dejé depositar el cofre en el agujero, sobre el que echó la tierra; luego, encima de aquella tierra fresca, apoyó los pies para hacer desaparecer las huellas de su obra nocturna. Entonces me lancé sobre él y le hundí el cuchillo en el pecho, diciéndole:

—Soy Giovanni Bertuccio. Tu muerte por la de mi hermano, tu tesoro para su viuda; ya ves cómo mi venganza es más completa de lo que esperaba.

»Ignoro si oyó mis palabras; no lo creo, porque cayó sin lanzar un grito. Sentí las oleadas de su sangre ardiente verterse sobre mis manos y mi rostro; pero yo estaba borracho, en el delirio. Aquella sangre me refrescaba en vez de abrasarme. En un segundo desenterré el cofre con la ayuda del azadón; luego, para que no vieses que me lo había llevado, llené el agujero, tiré el azadón por encima de la tapia y me abalancé a la puerta, que cerré con doble vuelta por fuera, y me llevé la llave.

—¡Bueno! —dijo Montecristo—. Fue, por lo que veo, un asesinato acompañado de robo.

—No, Excelencia —respondió Bertuccio—. Fue una *vendetta* acompañada de restitución.

—¿Y la cantidad sería redonda, al menos?

—Aquello no era dinero.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo —dijo Montecristo—. ¿No ha hablado de un niño?

—Exacto, Excelencia. Corrí hasta el río, me senté en el talud y deseoso de conocer lo que contenía el cofre, hice saltar la cerradura con el cuchillo.

»En un pañal de fina batista estaba envuelto un niño que acababa de nacer; su rostro amoratado, sus manos violáceas, anunciaban que debió sucumbir a la asfixia causada por los ligamentos naturales enrollados alrededor del cuello; sin embargo, como no estaba frío, vacilé en arrojarle al agua que corría a mis pies. Al cabo de un instante percibí un ligero latido hacia la parte del corazón; desprendí de su cuello el cordón que lo envolvía, y como había sido enfermero en el hospital de Bastia, ejercí de médico en semejante circunstancia, es decir, le insuflé aire en los pulmones; al cabo de un cuarto de hora de inauditos esfuerzos, le vi respirar y oí escaparse un grito de su pecho.

»A mi vez lancé otro grito, pero un grito de alegría. “Dios no me ha maldecido, puesto que permite que devuelva la vida a una

criatura humana a cambio de la que le acabo de quitar a otro”, me dije.

—¿Y qué hizo con ese niño? —preguntó Montecristo—. Era un equipaje bastante embarazoso para un hombre que tiene que huir.

—Tampoco se me ocurrió por un instante quedármelo. Sabía que existía en París un hospicio en el que se recogían a esas pobres criaturas. Al pasar la barrera declaré haber encontrado aquel niño en la carretera y me informé. El cofre daba fe de ello; el pañal de batista denotaba que el niño pertenecía a padres ricos; la sangre que me cubría también podía pertenecer al niño como a otro individuo. No se me hicieron objeciones; se me indicó el hospicio, que se hallaba situado al extremo de la calle del Infierno, y después de tomar la precaución de cortar el pañal en dos, de modo que una de las letras que lo marcaban continuasen envolviendo el cuerpo del niño, deposité el fardo en la torre, llamé y me marché corriendo. Quince días más tarde me hallaba de regreso en Rogliano, y decía a Assunta:

»—Consuélate, hermana. Israel está muerto, pero lo he vengado.

»Entonces ella me rogó que le aclarase aquellas palabras, y le relaté cuanto había sucedido.

»—Giovanni —me dijo Assunta—, habrías hecho bien en traerte al niño, lo hubiésemos criado en vez de los padres que ha perdido, le hubiéramos llamado Benedetto, y en pago de esa buena acción, Dios nos hubiese bendecido realmente.

»Por toda respuesta, le di la mitad del pañal que había conservado, a fin de reclamar al niño si fuésemos más ricos.

—¿Qué letras había marcadas en ese pañal? —preguntó Montecristo.

—Una H y una N coronadas por una diadema de barón.

—Creo, Dios me perdone, que se sirve de términos de blasón, señor Bertuccio. ¿Dónde diablos ha estudiado la heráldica?

—A su servicio, señor conde; donde se aprenden todas las cosas.

—Continúe, estoy ansioso por saber dos cosas.

—¿Cuál, monseñor?

—Lo que fue del pequeño. ¿No me ha dicho que se trataba de un chiquillo, señor Bertuccio?

—No, Excelencia; no me acuerdo de haber hablado de eso.

—¡Ah! Creí haberlo entendido. Me habré equivocado.

—No, no se ha equivocado, porque, efectivamente, era un chico. Pero Su Excelencia desea, ha dicho, saber dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

—La segunda es el crimen de que fue usted acusado cuando pidió el confesor, y el abate Busoni acudió a verle a la prisión de Nîmes.

—Tal vez ese relato resulte muy largo, Excelencia.

—¡Qué importa! Apenas son las diez; ya sabe que yo no duermo, y supongo que por su parte no tendrá muchas ganas de dormir.

Bertuccio se inclinó y prosiguió su narración.

—Tanto para arrojar de mi imaginación los recuerdos que me asaltaban como para ayudar a las necesidades de la pobre viuda, me lancé con ardor al oficio de contrabandista, que resultó más fácil debido al relajamiento de las leyes que siempre sigue a las revoluciones. Las costas del Mediodía, sobre todo, estaban muy mal guardadas a causa de los continuos motines que tenían lugar; tan pronto en Avignon, como en Nîmes o en Usés. Nos aprovechamos de esta especie de tregua que nos había concedido el Gobierno para crear conexiones con todo el litoral. Desde el asesinato de mi hermano en las calles de Nîmes, yo no quería entrar en la ciudad. Resultó que el posadero con el cual teníamos negocios, viendo que no íbamos a verle, acudió a nosotros y fundó una sucursal de su negocio en la ruta de Bellegarde a Beaucaire, llamado la Pont du Gard. Así pues, disponíamos, bien del lado de Aigues Mortes, bien de las Martignes, o bien en Bonc, de una docena de almacenes en los que depositábamos nuestras mercancías y en donde, en caso de necesidad, encontrábamos un refugio contra los aduaneros y los gendarmes. Este oficio de contrabandista produce mucho cuando uno se aplica a él con cierta inteligencia secundada por algún valor; en cuanto a mí, yo vivía en las montañas, temiendo ahora doblemente, a aduaneros y gendarmes, ya que toda presencia ante los jueces podía provocar una encuesta; encuesta que siempre se extiende al pasado, y en mi pasado se podía encontrar algo más grave que el contrabando de tabaco o barriles de aguardiente sin salvoconducto. En consecuencia, prefería mil veces la muerte a una detención, y realizaba hazañas asombrosas que más de una vez me demostraron que el tener tanto cuidado con el cuerpo es el único obstáculo para la consecución de aquellos proyectos que requieren una decisión rápida y una ejecución enérgica y determinada. En efecto,

una vez que se ha hecho el sacrificio de la vida, ya no se es igual a los otros hombres, o más bien los otros nombres no son nuestros iguales, y una vez adoptada esa resolución se duplican las fuerzas y se agrandan los horizontes...

—¿Filosofía también, señor Bertuccio? —interrumpió el conde—. Pero... ¿usted ha hecho un poco de todo en esta vida!

—¡Oh, perdón, Excelencia!

—¡No, no! Es que la filosofía a las diez y media de la noche resulta tardía. Pero no tengo más observación que hacerle, ya que la encuentro acertada, cosa que no puede decirse de todas las filosofías.

—Mis correrías se hicieron cada vez más extensas y más provechosas. Assunta cuidaba de la casa y nuestra pequeña fortuna aumentaba. Un día que partía para una correría, me dijo:

»—Vete, que a tu regreso te preparo una sorpresa.

»La interrogué inútilmente; ella no quiso decirme nada y me marché.

»La correría duró casi seis semanas; habíamos estado en Lucca a cargar aceite y en Livorno a recoger algodón inglés; el desembarco se efectuó sin contratiempos, repartimos nuestros beneficios y regresamos todos contentos.

»Al entrar en la casa, la primera cosa que vi en el lugar más visible de la habitación de Assunta, en una cuna suntuosa, con relación al resto del mobiliario, fue a un niño de siete u ocho meses. Lancé un grito de alegría. Los únicos momentos de tristeza que había experimentado desde el asesinato del procurador del rey me fueron causados por el abandono de aquel chiquillo, pues el asesinato en sí no los tenía.

»La pobre Assunta lo había adivinado todo; aprovechó mi ausencia, y provista de la mitad del pañal, habiendo escrito para no olvidarlo, el día y la hora en que el niño fue depositado en el hospicio, se marchó a París para reclamarlo. No le pusieron dificultad alguna, y el niño le fue entregado.

»¡Ah! Confieso, señor conde, que viendo a aquella pobre criatura durmiendo en su cuna, mi pecho se hinchó, y las lágrimas brotaron de mis ojos.

»—En verdad, Assunta —exclamé yo—, que eres toda una mujer, y la Providencia te bendecirá.

—Todo eso —replicó Montecristo—, es menos exacto que su filosofía; es cierto que no es más que fe.

—¡Ay, Excelencia, tiene razón! —añadió Bertuccio—. Y ese niño fue el encargado de Dios para castigarme. Jamás declaró tan prematuramente una naturaleza tan perversa, y, sin embargo, no podrá decirse que se le educó mal, porque mi cuñada lo criaba como a un príncipe; era un muchacho encantador, con ojos de un azul claro como esos tintes de porcelanas chinas que armonizan tan bien con el blanco lechoso del tono general; solamente sus cabellos, de un rubio muy claro, conferían a su rostro una expresión extraña, que aumentaba la vivacidad de su mirada y la malicia de su sonrisa. Desgraciadamente, hay un proverbio que dice que el rubio es muy dulce o muy malo; el proverbio no mintió para Benedetto, y desde su juventud se mostró muy malo. Es cierto que la suavidad de su madre animó sus primeras inclinaciones; el niño, para quien mi cuñada iba al mercado de la ciudad, situado a cuatro o cinco leguas del lugar, con objeto de comprarle los primeros frutos y las golosinas más deliciosas, prefería a las naranjas de Palma y a las conservas de Génova, las castañas robadas al vecino saltando las tapias, o las manzanas de su granero, aunque podía echar mano de las castañas y las manzanas de nuestro huerto.

»Un día —Benedetto tendría cinco o seis años— el vecino Basilio, que, según las costumbres de nuestra región, no encerraba ni su bolsa ni sus joyas, porque el señor conde lo sabe mejor que nadie, en Córcega no hay ladrones, el vecino Basilio se nos quejó de que había desaparecido un luis de su bolsa; y aunque se creyó que había contado mal, él pretendía haberlo hecho bien. Ese día, Benedetto salió de casa por la mañana temprano, y estábamos muy inquietos, cuando a la noche le vimos regresar con un mono que se había encontrado, explicó él, encadenado al pie de un árbol.

»Desde hacía un mes, la mente del maligno niño, que ya no sabía qué maquinar, no cesaba de pensar en un mono. Un titiritero que había pasado por Rogliano, y que poseía varios de esos animales, cuyos ejercicios le divertieron mucho, sin duda le inspiró tal capricho.

»—En nuestros bosques no se encuentra ni un mono —le dije—, y menos un mono encadenado. Confíesame, pues, cómo te has procurado éste.

»Benedetto mantuvo su mentira y la acompañó de detalles que hacían más honor a su imaginación que a la realidad; yo me irritaba y él se echó a reír; le amenacé y dio dos pasos atrás.

»—Tú no puedes pegarme —me dijo—. No tienes derecho, no eres mi padre.

»Siempre ignoramos quién le reveló aquel fatal secreto, que, sin embargo, le habíamos ocultado con tanto cuidado. Fuera como fuese, aquella respuesta, en la que el niño se reveló por completo, me espantó tanto, que, efectivamente, volví a dejar caer el brazo sin tocarle siquiera. El niño triunfó y aquella victoria le dio tal audacia, que a partir de entonces todo el dinero de Assunta, cuyo cariño parecía aumentar por el chico a medida que él era menos digno, se convirtió en caprichos que ella no sabía negarle y en locuras que no tenía el valor de impedir. Cuando yo permanecía en Rogliano, las cosas todavía marchaban bastante bien; pero desde el momento en que me fui, Benedetto se convirtió en el amo de la casa, y todo andaba mal. A sus once años de edad, todos sus camaradas eran jóvenes de dieciocho y veinte años, los peores sujetos de Bastia y de Corte, y ya, por algunas pillerías, que merecían un calificativo más serio, la justicia nos había hecho repetidas advertencias.

»Yo me quedé horrorizado; cualquier información podía tener consecuencias funestas; justamente iba a verme obligado a alejarme de Córcega para una expedición importante. Reflexioné mucho tiempo, y con el fin de evitar cualquier desgracia, me decidí a llevarme a Benedetto conmigo. Confiaba en que la vida activa y ruda del contrabandista, la disciplina severa de a bordo, cambiaran aquel carácter dispuesto a corromperse, si ya no estaba espantosamente corrompido.

»Llamé, pues, a Benedetto aparte y le hice la proposición de acompañarme, envolviéndola con todas las promesas que pueden seducir a un muchacho de doce años.

»Me dejó hablar hasta el final, y cuando concluí, soltó una carcajada, y dijo:

»—¿Está usted loco, tío? (Me llamaba así cuando estaba de buen humor). Cambiar la vida que llevo por la suya, mi buena y excelente pereza contra el horrible trabajo que usted se impone. Pasar la noche al raso, el día al sol; esconderse sin cesar; cuando no se tercie recibir disparos, y todo eso para ganar un poco de dinero. Dinero, tengo tanto como quiero; madre Assunta me da cuanto pido, de manera que sería un imbécil si aceptara lo que me propone.

»Yo estaba estupefacto ante aquella audacia y aquel razonamiento. Benedetto volvió a jugar con sus camaradas y yo le vi a lo lejos mostrarme a ellos como a un idiota.

—¡Qué niño tan encantador! —murmuró Montecristo.

—¡Oh, si hubiese sido mío! —replicó Bertuccio—. Si hubiera sido mi hijo, o al menos mi sobrino, lo habría enderezado como debía, porque la conciencia da fuerzas. Pero la idea de que iba a pegar a un niño a cuyo padre había matado, me impedía castigarlo adecuadamente. Yo daba buenos consejos a mi cuñada, quien en nuestras discusiones siempre tomaba la defensa del desgraciado, y como ella me había confesado que echó a faltar fuertes sumas en varias ocasiones, le indiqué un lugar donde podía esconder nuestro pequeño tesoro. En cuanto a mí, mi decisión estaba tomada. Benedetto sabía perfectamente leer, escribir y contar, porque cuando quería dedicarse al trabajo, aprendía en un día lo que otros en una semana. Mi resolución, dije, estaba tomada: debía colocarlo como secretario en algún barco de larga singladura, y sin advertirle de nada, cogerle una buena mañana y trasladarlo a bordo; de esta manera, y recomendándole al capitán, todo su futuro dependería de él. Tomado este plan, partí para Francia.

»Nuestras operaciones debían desarrollarse esta vez en el golfo de León, y ellas resultaban más difíciles, porque ya estábamos en 1829. La tranquilidad estaba completamente restablecida, y, por consiguiente, el servicio de costas se tornó más regular y más severo que nunca. Esta vigilancia aún se aumentaba momentáneamente por la feria de Beaucaire, que acababa de inaugurarse.

»Los preámbulos de nuestra expedición se realizaron sin estorbos. Amarramos nuestra barca, que tenía un doble fondo en el que escondíamos nuestras mercancías de contrabando, en medio de muchos barcos que bordeaban las dos orillas del Ródano, desde Beaucaire hasta Arlés. Una vez llegados allí, empezamos a desembarcar las mercancías prohibidas, y a pasarlas a la ciudad por intermedio de gentes que estaban en relaciones con nosotros, o posaderos en cuyas casas efectuábamos depósitos. Sea que el éxito nos había vuelto imprudentes, sea que fuimos traicionados, una tarde, hacia las cinco, cuando íbamos a ponernos a merendar, nuestro grumete apareció corriendo y asustado para decirnos que había visto una escuadra de carabineros dirigiéndose a nuestro encuentro. La escuadra no era precisamente lo que nos asustaba, pues a cada momento y sobre todo en aquellos días, las compañías enteras rondaban por las orillas del Ródano; pero el muchacho nos habló de las precauciones que la escuadra se tomaba para que no

la viésemos. En un instante nos pusimos en pie, pero ya era demasiado tarde; nuestra barca, evidentemente era el objeto de sus pesquisas, porque ya se hallaba rodeada. Entre los aduaneros vi a algunos gendarmes; y tan tímido a la vista de éstos, como valiente era a la vista de cualquier otro cuerpo militar, descendí a la cala y me deslicé por una porta, dejándome caer al río, luego nadé entre dos aguas, no respirando más que a largos intervalos, hasta que alcancé sin ser visto un ramal que acababan de hacer, y que comunicaba al Ródano desde Beaucaire hasta Aigues Mortes. Una vez llegado allí, me había salvado, porque podía seguir sin ser visto, el canal. Lo alcancé sin incidente. No era por casualidad y sin premeditación por lo que seguí ese camino; antes ya hablé a Su Excelencia de un posadero de Nimes que se había establecido en el camino de Bellergarde a Beaucaire.

—Sí, me acuerdo perfectamente —dijo Montecristo—. Ese digno hombre, si no me equivoco, incluso era vuestro asociado.

—Eso es —respondió Bertuccio—. Pero desde hacía siete o ocho años había cedido su establecimiento a un antiguo sastre de Marsella, quien después de haberse arruinado en su oficio, quiso intentar fortuna en otro. Huelga decir que los pequeños arreglos que teníamos con el primer propietario los mantuvimos con el segundo; a este hombre, pues, era a quien pretendía pedirle auxilio.

—¿Y cómo se llamaba ese hombre? —preguntó el conde, que parecía empezar a interesarse en el relato de Bertuccio.

—Se llamaba Gaspar Caderousse, y estaba casado con una mujer de Carconte, a quien nosotros no conocíamos más que por aquel nombre de su pueblo; era una pobre mujer atacada de fiebres, que se iba muriendo lánguidamente. En cuanto al hombre, era un tipo robusto de unos cuarenta y cinco años, que en más de una ocasión nos había dado pruebas de su presencia de ánimo y de su coraje.

—Y dice —interrumpió Montecristo—, que esas cosas sucedían por el año...

—1829, señor conde.

—¿En qué mes?

—En el mes de junio.

—¿Al principio o a fines?

—Era el día 3 por la tarde.

—¡Ah! —exclamó Montecristo—. El 3 de junio de 1829... Bien, continúe.

—Caderousse, pues, era a quien intentaba pedir asilo; pero como por lo regular y aun en circunstancias normales, no entrábamos en su casa por la puerta que daba a la carretera, resolví no romper la costumbre: salté la valla del jardín, me deslicé a través de los olivos achaparrados y las higueras salvajes, y alcancé ante el temor de que Caderousse tuviese algún viajero en su posada, una especie de desván en el cual pasé más de una noche durmiendo como en el mejor lecho. Este desván no estaba separado del salón de la planta baja de la posada más que por una pared de tablas, que desde hacía tiempo estaban sueltas a fin de que nosotros las pudiéramos mover en el momento oportuno y así avisar que estábamos en las proximidades. Confiaba, si Caderousse se hallaba solo, advertirle de mi llegada, concluir en su casa la comida interrumpida con la aparición de los aduaneros, y aprovechar la tormenta que se avecinaba para volver a alcanzar las orillas del Ródano y asegurarme de lo que había sido de la barca y los que la montaban. Me deslicé, pues, en el desván, y acerté, porque en aquel mismo instante Caderousse entraba en su casa con un desconocido.

»Me agazapé allí y esperé, no para sorprender los secretos de mi huésped, sino porque no podía hacer otra cosa; además, aquello ya había ocurrido otras veces.

»El hombre que acompañaba a Caderousse era, evidentemente, extraño al Mediodía francés: era uno de esos negociantes que acuden a vender joyas a la feria de Beaucaire, y que, durante el mes que dura la feria, a la que acuden vendedores y compradores de todas partes de Europa, hacen algunas veces negocios de cien y hasta de ciento cincuenta mil francos.

»Caderousse entró con viveza y el primero. Después, viendo la sala baja vacía como de costumbre y sólo guardada por su perro, llamó a su mujer:

»—¡Eh! Carconte —dijo—. El buen sacerdote no nos había engañado. El diamante era bueno.

»Pudo oírse una exclamación de alegría y casi inmediatamente la escalera crujió bajo un paso pesado y vacilante de enfermo.

»—¿Qué estás diciendo? —preguntó la mujer, más pálida que un muerto.

»—Digo que el diamante era bueno, que aquí está el señor, uno de los primeros joyeros de París, dispuesto a pagarnos cincuenta mil francos. Sólo para estar seguro de que el diamante es nuestro, quie-

re que tú le cuentes, como yo lo he hecho, de qué manera milagrosa ha caído en nuestras manos. Mientras tanto, señor, siéntese, por favor, y como el tiempo es largo, voy a buscarle algo que le refresque.

»El joyero examinaba con atención el interior de la posada y la pobreza bien visible de aquellos que iban a vender un diamante que parecía salido del joyero de un príncipe.

»—Cuénteme, señora —rogó, sin duda, queriéndose aprovechar de la ausencia del marido para que ningún gesto de su parte influyese en la mujer, y para comprobar si ambos relatos coincidían.

»—¡Ah, Dios mío! —dijo la mujer con volubilidad—. Es una bendición del cielo la que acabamos de alcanzar. Imagínese usted, mi querido señor, que mi marido tuvo relaciones en 1811 o 1815 con un marino llamado Edmond Dantés: ese pobre muchacho, a quien Caderousse había olvidado por completo, no se olvidó de él y le dejó al morir el diamante que usted ve.

»—Pero, ¿cómo pudo procurarse este diamante? —preguntó el joyero—. ¿Lo tenía antes de entrar en prisión?

»—No, señor —respondió la mujer—, pero en la cárcel, al parecer, hizo amistad con un inglés muy rico; y como en la cárcel su compañero de celda cayó enfermo y Dantés lo cuidó como si fuera su hermano, el inglés, al salir de su cautiverio, dejó al pobre Dantés, que, menos afortunado que él murió en la cárcel, ese diamante que nos ha legado a su vez, al morir, y que entregó al digno abate que vino esta mañana a dárnoslo.

»—Bien, los dos relatos son idénticos —murmuró el joyero—, y, a fin de cuentas, la historia puede ser cierta por muy increíble que parezca a primera vista. No hay más que el precio, con el cual no estoy de acuerdo.

»—¡Cómo! No está de acuerdo —exclamó Caderousse—. Creí que usted estaba de acuerdo con el precio que le pedí.

»—Es decir —replicó el joyero—, que yo he ofrecido cuarenta mil francos.

»¡Cuarenta mil! —exclamó la Carconte—. No lo venderemos por ese precio. El abate nos dijo que valía cincuenta mil francos, y eso sin contar la montura.

»—¿Y cómo se llamaba ese abate? —preguntó el infatigable inquisidor.

»—El abate Busoni —respondió la mujer.

»—¿Era, pues, extranjero?

»—Era un italiano de las cercanías de Mantua, creo.

»—Enséñeme ese diamante —añadió el joyero—, deseo verlo de nuevo; a menudo se juzgan mal las piedras a primera vista.

»Caderousse sacó de su bolsillo un estuchito de piel negra, lo abrió y se lo entregó al joyero. A la vista del diamante, grueso como una avellana —aún me acuerdo como si lo estuviese viendo—, los ojos de la Carconte brillaron de codicia.

—¿Y qué piensa usted de todo esto, señor escuchador de puertas? —preguntó Montecristo—. ¿Cree en esa bella fábula?

—Sí, Excelencia. No consideraba a Caderousse una mala persona, y lo creía incapaz de cometer un crimen o incluso un robo.

—Eso honra más a su corazón que a su experiencia, señor Bertuccio. ¿Conoció usted a ese Edmond Dantés de quien se hablaba?

—No, Excelencia. Jamás lo había oído nombrar hasta entonces, y no volví a oír hablar de él hasta cuando vi al abate Busoni en la cárcel de Nimes.

—Bien. Continúe.

—El joyero tomó la sortija de manos de Caderousse, y sacó de su bolsillo una pincita de acero y un par de balanzas de cobre; después, separando los remaches de oro que sujetaban la piedra a la sortija, sacó el diamante de su engaste y lo pesó minuciosamente en las balanzas.

»—Llegaré hasta cuarenta y cinco mil francos —dijo—, pero ni un céntimo más; además, como era lo que valía el diamante, no he cogido de casa sino esa suma.

»—¡Oh, eso no tiene importancia! —dijo Caderousse—. Iré con usted a Beaucaire a buscar esos cinco mil francos.

»—No —replicó el joyero devolviendo el anillo y el diamante a Caderousse—. No, no vale más, e incluso estoy pesaroso de haber ofrecido esa suma, ya que la piedra tiene un defecto que no había visto al principio; pero no importa, no tengo más que una palabra: he dicho cuarenta y cinco mil, y lo mantengo.

»—Al menos reponga el diamante en la sortija —pidió con acritud la Carconte.

»—Es lógico —dijo el joyero, y volvió a engastar la piedra.

»—Conforme —dijo Caderousse, volviendo a meter el estuche en su bolsillo—. Lo venderemos a otro.

»—Sí —replicó el joyero—, pero acaso otro no sea tan crédulo como yo; otro no se conformará con los informes que me han fa-

cilitado; no es natural que un hombre como usted tenga un diamante de cincuenta mil francos; avisará a los magistrados, intentarán buscar al abate Busoni, y los curas que regalan diamantes de dos mil lises, son raros; la justicia empezará por echarles mano, se verán ustedes en prisión, y si les reconocen inocentes, no les soltarán hasta al cabo de tres o cuatro meses; la sortija se la quedarán en depósito o les devolverán una piedra falsa que valdrá tres francos en lugar de un diamante que vale cincuenta mil, cincuenta y cinco mil tal vez, pero que ustedes convendrán en que se corren ciertos riesgos al comprarlo.

»Caderousse y su mujer se interrogaron con la mirada.

»—No —dijo Caderousse—, no somos tan ricos como para perder cinco mil francos.

»—Como usted quiera, mi querido amigo —dijo el joyero—. Sin embargo, ya había traído el dinero.

»Y sacó de uno de sus bolsillos un montón de oro que hizo relucir los asombrados ojos del posadero, y del otro, un paquete de billetes de Banco.

»Un rudo combate se libraba en el ánimo de Caderousse: era evidente que aquel estuchito de piel que daba vueltas y vueltas en sus manos, no le parecía que correspondiera en valor a la enorme suma que fascinaba sus ojos. Se volvió hacia su mujer.

»—¿Qué dices? —preguntó en voz baja.

»—Dáselo, dáselo —aconsejó ella—. Si regresa a Beaucaire sin el diamante, nos denunciará. Y como bien dice, ¿quién sabe si podríamos dar con el paradero del abate Busoni!

»—Pues bien, sea —decidió Caderousse—; quédese el diamante por cuarenta y cinco mil francos; pero mi mujer quiere una cadena de oro y yo un par de hebillas de plata.

»El joyero extrajo de su bolsillo una caja larga y plana que contenía varias muestras de los objetos solicitados.

»—Tenga —dijo—, acabemos de una vez; elija.

»La mujer escogió una cadena de oro que podía valer cinco lises, y el marido un par de hebillas de plata que apenas valían quince francos.

»—Espero que no se quejen —dijo el joyero.

»Y colocó sobre la mesa quince mil francos en oro y treinta mil francos en billetes de Banco.

»—Espere que encienda la lámpara —dijo la Carconte—, y se vea más; podría equivocarse.

»En efecto, la noche había llegado durante aquella discusión, y con ella la tormenta que amenazaba desde hacía media hora. Se oían rugir sordamente los truenos en la lejanía; pero ni el joyero, ni Caderousse ni la Carconte parecían preocuparse, poseídos como estaban los tres del demonio de la avaricia. Yo mismo experimentaba una extraña fascinación a la vista de tanto oro y de todos aquellos billetes. Me parecía que soñaba, y, como sucede en un sueño, me sentía encadenado a mi sitio.

«Caderousse contó y recontó el oro y los billetes, después se los pasó a su esposa, que los contó y volvió a contar a su vez.

»Mientras tanto el joyero hacía espejear el diamante bajo la luz de la lámpara, y el diamante relucía de tal manera que hacía olvidar los rayos precursores de la tormenta que empezaban a iluminar las ventanas.

»—Bien, ¿está de acuerdo la cuenta? —preguntó el joyero.

»—Sí —dijo Caderousse—. Trae la cartera y busca un saco, Carconte.

»La Carconte fue a un armario y volvió llevando una cartera vieja de cuero, de la cual sacó algunas cartas grasientas —y en su lugar puso los billetes—, y un bolso en el cual había dos o tres escudos de seis libras, que probablemente constituían todo el capital del miserable matrimonio.

»—Bien —habló Caderousse—, aunque nos haya restado una decena de mil francos, tal vez quiera cenar con nosotros. Se lo digo de corazón.

»—Gracias —respondió el joyero—. Se hace tarde y debo regresar a Beaucaire: mi mujer se inquietaría —sacó su reloj y exclamó—: ¡Voto a bríos! Van a ser las nueve y no estaré en Beaucaire hasta medianoche. Adiós, muchachos, si por casualidad vuelve por aquí el abate Busoni, piensen en mí.

»—Dentro de ocho días ya no estará usted en Beaucaire —dijo Caderousse—, ya que la feria termina la semana próxima.

»—No, pero eso no importa; escríbame a París, al señor Joannes, Palais Royal, galería Pierre, número 45; efectuaré el viaje ex profeso si vale la pena.

»Un trueno retumbó acompañado de un rayo tan violento, que casi desvaneció la claridad de la lámpara.

»—¡Oh, oh! —exclamó Caderousse—; ¿se va a ir con este tiempo?

»—¡Oh! No tengo miedo de los truenos —respondió el joyero.

»—¿Y de los ladrones? —preguntó la Carconte—. El camino no es muy seguro durante la feria.

»—¡Oh! En cuanto a los ladrones... —replicó Joannes—, aquí tengo esto para ellos.

»Y extrajo de su bolsillo un par de pistolitas cargadas hasta la boca.

»—Este par de perros ladran y muerden al mismo tiempo; es para los dos primeros que quieran arrebatarme su diamante, tío Caderousse.

»Caderousse y su mujer intercambiaron una mirada sombría. Parecía que hubiesen tenido al mismo tiempo el mismo pensamiento terrible.

»—Entonces, le deseo buen viaje —dijo Caderousse.

»—Gracias —contestó el joyero.

»Cogió su bastón, que había apoyado contra un viejo baúl, y salió. En el momento que abrió la puerta penetró tal ventarrón, que se apagó la lámpara.

»—¡Oh! —exclamó—. Vaya tiempo que se presenta, y he de recorrer dos leguas.

»—Quédese —le invitó Caderousse—, duerma aquí.

»—Sí, quedese —dijo la Carconte con voz temblorosa—. Nosotros nos cuidaremos de usted.

»—No, es preciso que vaya a dormir a Beaucaire. Adiós.

»Caderousse se dirigió lentamente hasta el umbral.

»—No se ve el cielo ni la tierra —dijo el joyero, ya fuera de la casa—. ¿Sigo por la derecha o por la izquierda?

»—Por la derecha —indicó Caderousse—; no se puede perder, el camino está bordeado de árboles a ambos lados.

»—Bueno, ya estoy —repuso la voz, casi perdida en la lejanía.

»—Cierra, pues, la puerta —dijo la Carconte—. No me gustan las puertas abiertas cuando truena.

»—Y cuando hay dinero en casa, ¿no es cierto? —añadió Caderousse dando dos vueltas a la llave.

»Entró, fue al armario, retiró el bolso y la cartera, y ambos se pusieron a contar por tercera vez su oro y sus billetes. Jamás vi una expresión semejante a la de aquellos rostros, cuya codicia iluminaba la débil lámpara. La mujer, sobre todo, estaba odiosa; el temblor febril que la dominaba corrientemente había aumen-

tado. Su cara se había vuelto lívida, y sus ojos semejaban cuevas llameantes.

»—¿Por qué —preguntó ella, con voz sorda—, le has ofrecido que se quedara a dormir aquí?

»—Pues —respondió Caderousse estremeciéndose—, para..., para que no se marchara con este tiempo a Beaucaire.

»—¡Ah! —exclamó la mujer, con una expresión imposible de describir—. Yo creía que era para otra cosa.

»—¡Mujer, mujer! —exclamó Caderousse—. ¿Por qué tienes semejantes ocurrencias, y por qué no te las guardas para ti?

»—Da lo mismo —dijo la Carconte tras un corto silencio—. Tú no eres un hombre.

»—¿Cómo que no? —protestó Caderousse.

»—Si lo fueras, el joyero no habría salido de aquí.

»—¡Mujer!

»—O no llegaría a Beaucaire.

»—¡Mujer!

»—El camino hace un recodo y él está obligado a seguirlo, en tanto que a lo largo del canal hay otra senda más corta.

»—Mujer, tú ofendes a Dios. Calla, escucha...

»En efecto, se oyó un espantoso trueno al mismo tiempo que un relámpago azulado iluminaba toda la estancia. El trueno fue decreciendo lentamente y parecía como si se alejase con sentimiento de la casa maldita.

»—¡Jesús! —exclamó la Carconte santiguándose.

»En aquel mismo instante, y en medio de aquel silencio de terror que sucede generalmente a los truenos, se oyó llamar a la puerta.

»Caderousse y su mujer se estremecieron y se miraron con espanto.

»—¿Quién va? —gritó Caderousse levantándose y reuniendo en un solo montón el oro y los billetes esparcidos por la mesa, para cubrirlos con las manos.

»—¡Yo! —gritó una voz.

»—¿Quién es?

»—¡Ah, pardiez! Joannes, el joyero.

»—¿Y bien, qué decías tú —replicó la Carconte con una espantosa sonrisa— de que ofendía a Dios? Ya ves cómo Dios nos lo envía.

»Caderousse dejose caer pálido y anhelante sobre su silla. La Carconte, por el contrario, se levantó y se dirigió con paso firme a la puerta para abrirla.

»—Entre, pues, querido señor Joannes —dijo ella.

»—A fe mía —replicó el joyero, chorreando agua—, que el diablo parece que no quiere que regrese a Beaucaire esta noche. De modo que, mi querido señor Caderousse, como me ha ofrecido hospitalidad, la acepto y vuelvo para dormir en su casa.

»Caderousse balbució algunas palabras enjugándose el sudor que corría por su frente. La Carconte cerró la puerta con doble vuelta de llave una vez hubo entrado el joyero.

La lluvia de sangre

»Al entrar el joyero echó un mirada interrogadora alrededor suyo; pero nada parecía inspirarle sospechas, caso de tenerlas, ni parecía confirmárselas si las tenía.

»Caderousse continuaba con las dos manos puestas sobre los billetes y el oro. La Carconte sonreía a su huésped de la manera más grata posible.

»—¡Ah, ah! —comentó el joyero—. Parece que usted tiene miedo de no haber contado bien, porque repasa sus tesoros después de mi marcha.

»—No —respondió Caderousse—, pero las circunstancias que nos han hecho sus poseedores son tan inesperadas que no podemos creerlo, y, aunque tenemos a la vista la prueba material, todavía nos parece un sueño.

»El joyero sonrió.

»—¿Hay viajeros en su posada? —preguntó.

»—No —respondió Caderousse—, ya no admitimos a dormir; estamos tan cerca de la ciudad, que nadie se detiene.

»—Entonces, voy a molestarlos mucho.

»—¡Molestarnos usted! Mi querido señor —dijo gentilmente la Carconte—. En absoluto, se lo juro.

»—Veamos, ¿dónde van a instalarme?

»—En la habitación de arriba.

»—Pero, ¿no es la cama de ustedes?

»—¡Oh! No importa. Tenemos una segunda cama en la pieza contigua.

»Caderousse miró a su mujer con asombro. El joyero tarareó una cancioncilla calentándose la espalda en un poco de lumbre que la Carconte acababa de encender en la chimenea para que se secara su huésped.

»Mientras tanto llevaba a una esquina de la mesa, sobre la que había extendido una servilleta, los escasos restos de una cena, a los cuales unió dos o tres huevos frescos.

»Caderousse había encerrado los billetes en su cartera, el oro en su bolso, y puesto todo ello en el armario. Se paseaba arriba y abajo de la estancia, pensativo y sombrío, levantando de vez en cuando la cabeza para mirar al joyero, que se mantenía delante de la chimenea fumando tranquilamente, y, a medida que se secaba de un lado, se volvía del otro.

»—Aquí —dijo la Carconte colocando una botella de vino sobre la mesa—. Cuando usted quiera cenar, todo está listo.

»—¿Y usted? —preguntó Joannes.

»—Yo no cenaré —respondió Caderousse.

»—Hemos comido muy tarde —se apresuró a decir la Carconte.

»—Entonces, ¿voy a cenar solo? —preguntó el joyero.

»—Nosotros le serviremos —respondió la Carconte con un apresuramiento que no le era habitual, ni aun con sus clientes de pago.

»De vez en cuando, Caderousse lanzaba sobre ella una mirada rápida como el rayo.

»La tormenta continuaba.

»—¿Oye usted, oye? —dijo la Carconte—. Ha hecho bien en regresar.

»—Lo cual no significa —replicó el joyero—, que si durante la cena la tormenta se calma, me ponga en camino.

»—Esto es el mistral —dijo Caderousse sacudiendo la cabeza—. Durará hasta mañana.

»Y lanzó un suspiro.

»—Entonces —contestó el joyero sentándose a la mesa—, tanto peor para los que se encuentren fuera.

»—Sí —respondió la Carconte—, pasarán una mala noche.

»El joyero empezó a cenar, y la Carconte continuó dedicándole los pequeños cuidados de una posadera atenta; ella, de ordinario tan caprichosa y áspera, se había convertido en un modelo de previsión y cortesía. Si el joyero la hubiese conocido con anterioridad, tan gran cambio le hubiese asombrado y no habría dejado de inspirarle sospechas. En cuanto a Caderousse, no pronunciaba palabra, continuando su paseo y, vacilando hasta de mirar a su huésped.

»Cuando la cena concluyó, Caderousse fue a abrir la puerta.

»—Creo que la tormenta amaina —anunció.

»Pero en aquel momento, como para desmentirlo, un gran trueno estremeció toda la casa, y una bocanada de aire mezclado de lluvia penetró y apagó la lámpara.

»Caderousse volvió a cerrar la puerta; su mujer encendió una candela en el moribundo brasero.

»—Tenga —dijo ella al joyero—, debe de estar usted cansado. He puesto sábanas limpias en la cama; suba a acostarse y que duerma bien.

»Joannes aún permaneció unos instantes para asegurarse de que la tormenta no se calmaba, y cuando tuvo la certeza de que los truenos y la lluvia en vez de aminorar aumentaban, deseó buenas noches a sus amigos y subió la escalera.

»Pasó por encima de mi cabeza, y oí crujir cada escalón bajo sus pasos.

»La Carconte le siguió con la mirada ansiosa, mientras que, por el contrario, Caderousse, le daba la espalda y ni siquiera miraba hacia ella.

»Todos estos detalles, que los recordé después de algún tiempo, no me sorprendieron en el momento que los presenciaba; no había en todo aquello nada más natural que lo que estaba sucediendo, y excepto la historia del diamante, que me parecía un poco increíble, todo lo encontraba fundado. Por consiguiente, como yo también me encontraba rendido de fatiga, pensaba aprovechar el primer respiro que la tempestad diese a los elementos, y decidí dormir algunas horas y alejarme a medianoche.

»Oí en la habitación de encima cómo el joyero se acomodaba para pasar la noche lo mejor posible. En seguida se oyó crujir la cama bajo su peso y consideré que se había acostado.

»Sentí que los ojos se me cerraban a pesar mío, y como no había concebido ninguna sospecha, no intenté luchar contra el sueño; eché una última mirada al interior de la cocina. Caderousse estaba sentado al lado de una gran mesa, en uno de esos bancos de madera que en las posadas de pueblo reemplazan a las sillas; me daba la espalda, de manera que no podía ver su rostro; por otra parte, de haber estado en posición contraria, también habría sido imposible verlo, pues tenía la cabeza hundida entre las manos.

»La Carconte le miraba de vez en cuando, alzó los hombros y fue a sentarse frente a él.

»En aquel momento la llama moribunda alcanzó un resto de madera seca olvidado por ella; una luz un poco más viva iluminó el interior sombrío. La Carconte miraba fijamente a su marido, y como éste continuaba en la misma posición, la vi alargar su mano gancheda hacia él y tocarle en la frente.

»Caderousse se estremeció. Me parecía que la mujer movía los labios, pero, sea porque hablaba muy bajo o bien porque mis sentidos estuviesen embotados por el sueño, el rumor de sus palabras no llegó hasta mí. Incluso no veía más que a través de una niebla, y con esa duda precursora de sueño a través de la cual se cree que se empieza a soñar. Al fin se cerraron mis ojos y perdí la conciencia de mí mismo.

»Me encontraba sumido en el más profundo sueño cuando fui despertado por un disparo de pistola, seguido de un horrible grito. Algunos pasos vacilantes resonaron en el piso de la habitación, y una masa inerte fue a abatirse en la escalera, justo encima de mi cabeza.

»Aún no me había despertado por completo. Oí unos gemidos, luego unos gritos ahogados, como los que acompañan a una lucha.

»Un último grito, más prolongado que los otros, y que degeneró en gemido, vino a sacarme totalmente de mi letargo.

»Me incorporé sobre un brazo, abrí los ojos, que no vieron nada en medio de las tinieblas, y me llevé la mano a la frente, sobre la cual me parecía que goteaba, a través de las tablas de la escalera, una tibia y abundante lluvia.

»El más profundo silencio sucedió a aquel espantoso ruido. Escuché los pasos de un hombre que caminaba por encima de mi cabeza; sus pasos hicieron crujir los escalones. El hombre descendió a la sala inferior, se aproximó a la chimenea y encendió una candela.

»Aquel hombre era Caderousse; tenía el rostro lívido y su camisa estaba toda ensangrentada.

»Encendida la candela, volvió a subir rápidamente la escalera, y oí de nuevo sus pasos rápidos e inquietos.

»Un instante después bajó de nuevo. Llevaba en la mano el estuche; se aseguró de que el diamante estaba dentro, y por un instante vaciló en cuál de sus bolsillos lo guardaría; luego, sin duda, considerando que en ninguno de ellos estaba seguro, lo envolvió en su pañuelo rojo y se lo ató al cuello.

»Luego corrió al armario, sacó sus billetes y su oro, metió unos en el bolsillo de su pantalón y otros en el de su chaqueta, cogió dos

o tres camisas, y se lanzó hacia la puerta para desaparecer en la oscuridad. Entonces todo fue claridad y comprensión para mí; me reprochaba lo que acababa de suceder, como si hubiese sido el verdadero culpable. Me pareció oír los gemidos del desgraciado joyero, que podía no estar muerto; tal vez estuviese en mi mano ayudarlo y reparar en parte el mal que no había hecho, pero que consentí se hiciera. Apoyé el hombro contra una de aquellas tablas mal unidas que separaban la especie de tambor en el que estaba metido en la sala inferior; las tablas cedieron y me encontré en la casa.

»Corrí a la candela y me abalancé a la escalera; un cuerpo me obstruía el paso, era el cadáver de la Carconte.

»El disparo de pistola que había oído fue hecho contra ella; tenía la garganta atravesada de parte a parte, y además de sangrar abundantemente por su doble herida, vomitaba sangre por la boca. Estaba muerta. Salté por encima de su cuerpo y pasé.

»La habitación ofreció un espantoso aspecto de desorden. Dos o tres muebles rodaban por el suelo; las sábanas, a las cuales se había agarrado el desventurado joyero, se arrastraban por la estancia, él mismo yacía caído en tierra, con la cabeza apoyada contra la pared, nadando en un charco de sangre que se escapaba de tres anchas heridas recibidas en el pecho.

»En la cuarta permanecía un largo cuchillo de cocina, del que no se veía más que el mango.

»Avancé hacia la segunda pistola, que sin duda no había disparado porque la pólvora estaba mojada.

»Me aproximé al joyero; no estaba muerto realmente; al ruido que hice, al crujir el piso, sobre todo, abrió los aterrados ojos, consiguió fijarlos un instante sobre mí, movió los labios como si quisiese hablar, y expiró.

»Este espantoso espectáculo me había vuelto casi insensato; desde el momento en que no podía prestar ningún socorro a nadie, no experimenté más que una necesidad, la de huir. Me precipité a la escalera, hundiendo las manos en mis cabellos y lanzando un grito de terror.

»En la sala inferior había cinco o seis aduaneros y dos o tres gendarmes, todo un ejército armado.

»Se apoderaron de mí; ni siquiera traté de oponer resistencia, no era dueño de mis actos. Intenté hablar, lancé varios gritos inarticulados y nada más.

»Vi que los aduaneros y los gendarmes me señalaban con el dedo; bajé la vista sobre mi figura y me vi cubierto totalmente de sangre. Aquella lluvia tibia que sintiera caer sobre mí a través de las tablas de la escalera, era la sangre de la Carconte.

»Señalé con el dedo el lugar en que había estado escondido.

»—¿Qué quiere decir? —preguntó un gendarme.

»Un aduanero fue a ver.

»—Quiere decir que pasó por ahí —respondió.

»Y enseñó el agujero por el cual había pasado, efectivamente.

»Entonces comprendí que me tomaban por el asesino. Recobré la voz, recobré la fuerza; me desprendí de las manos de dos hombres que me sujetaban, gritando:

»—¡No he sido yo! ¡No he sido yo!

»Dos gendarmes me apuntaron con sus fusiles.

»—Si haces algún movimiento —me advirtieron—, eres hombre muerto.

»—Pero —exclamé—, les repito que no he sido yo.

»—Ya contarás tu historia a los jueces de Nimes —respondieron—. Mientras tanto, síguenos; y si tenemos algún consejo que darte, es que no ofrezcas resistencia.

»No era aquélla mi intención, estaba tan destrozado por el asombro como por el pánico. Me pusieron las esposas, me ataron a la cola de un caballo y me condujeron a Nimes.

»Había sido seguido por un aduanero; que me perdió de vista en las proximidades de la casa; no dudó de que pasaría allí la noche y se fue a prevenir a sus compañeros, que llegaron justo para oír el disparo y cogerme en medio de tales pruebas de culpabilidad que, en seguida comprendí que apenas podría hacer que reconociesen mi inocencia.

»Así, pues, me agarré a una cosa: mi primera súplica al juez de instrucción fue que hiciera buscar por todas partes a un tal abate Busoni, que se había detenido durante el día en la posada del Pont du Gard. Si Caderousse había inventado un cuento, si aquel abate no existía, era evidente que estaba perdido, a no ser que Caderousse fuese preso a su vez y confesara.

»Transcurrieron dos meses durante los cuales, debo decirlo en honor de mi juez, se realizaron cuantas pesquisas yo deseaba para encontrar al abate que yo indiqué. Había perdido todas las esperanzas. Caderousse tampoco había sido detenido. Iba a ser juzgado

en la primera sesión cuando el 8 de setiembre, es decir, tres meses y cinco días después del acontecimiento, apareció en la cárcel el abate Busoni manifestando que había sabido que un prisionero deseaba hablarle. Había sabido aquello en Marsella y se apresuraba a cumplir su deseo.

»Usted comprenderá con qué entusiasmo le recibí; le conté todo lo que había presenciado, empezando, con inquietud, con la historia del diamante; contra lo que me esperaba, era cierta de cabo a rabo; y también contra lo que me esperaba creyó en todo lo que le declaré. Entonces fue cuando, arrastrado por su dulce caridad, habiendo visto que estaba muy enterado de las costumbres de mi país, pensando que el perdón del único crimen cometido podía venir de sus labios caritativos, le conté, bajo secreto de confesión, la aventura de Auteuil en todos sus detalles. Lo que hice por arrebató obtuvo el mismo éxito que si hubiese sido calculado; la confesión de este primer asesinato, que nadie me obligaba a confesar, le demostró que no había cometido el segundo, y me dejó ordenándome que no me desesperase, pues haría todo lo posible para convencer a mis jueces de mi inocencia.

»Tuve la prueba de que, en efecto, se había ocupado de mí cuando vi que mi encarcelamiento se suavizaba gradualmente, y cuando me enteré de que se esperaban para juzgarme las audiencias necesarias en estos casos.

»Durante este intervalo la Providencia permitió que Caderousse fuese detenido en el extranjero y conducido a Francia. Confesó todo, rechazando la premeditación y culpando a su mujer de instigadora. Fue condenado a galeras perpetuas, y yo puesto en libertad.

—Y entonces fue cuando se presentó en mi casa —prosiguió Montecristo— con una carta del abad Busoni, ¿no es cierto?

—En efecto, Excelencia. Se interesó por mí visiblemente.

»—Su oficio de contrabandista le perderá —me dijo—. Si sale de aquí, abandónelo.

»—Pero, padre —le pregunté—, ¿cómo quiere usted que viva y ayude a vivir a mi pobre cuñada?

»—Uno de mis penitentes —me respondió—, siente gran aprecio por mí, y me ha encargado que le busque un hombre de confianza. ¿Quiere ser ese hombre? Le recomendaré a él.

❖ »—¡Oh, padre mío! —exclamé—. ¡Qué bondadoso es usted!

»—Pero prométame que no tendré motivos para arrepentirme.

»Extendí la mano para hacer el juramento.

»—Es inútil —dijo—, conozco y amo a los corsos; tenga la recomendación.

»Y escribió las breves líneas que yo entregué a Su Excelencia, y gracias a las cuales tuvo la bondad de tomarme a su servicio. Ahora le pregunto con orgullo a Su Excelencia, ¿ha tenido alguna vez queja de mí?

—No —respondió el conde—. Y, lo confieso con gusto, es un buen servidor, Bertuccio, aunque carezca de su confianza.

—¡Yo, señor conde!

—Sí, usted. ¡Cómo es que tiene una cuñada y un hijo adoptivo, y ni siquiera me ha hablado nunca de la una y del otro!

—¡Ay! Excelencia, es que aún me falta contarle la parte más triste de mi vida. Partí para Córcega. Tenía prisa, ya lo comprenderá, por llegar a Rogliano a ver y a consolar a mi pobre cuñada; pero cuando llegué, encontré la casa de luto. Había habido una escena horrible de la que los vecinos aún guardan recuerdo. Mi pobre cuñada, siguiendo mis consejos, se negó a las exigencias de Benedetto, quien, a cada momento, exigía que le diese más dinero. Una mañana la amenazó y desapareció todo el día. Ella lloró, porque mi querida Assunta era para el miserable una verdadera madre. Por la noche regresó, ella lo esperaba sin acostarse. Eran las once cuando entró con dos de sus amigos, habituales compañeros de todas sus locuras; entonces le tendió los brazos, pero ellos se apoderaron de ella, y uno de los tres —temo que fuera ese infernal crío—, gritó:

»—Muchachos, atormentémosla para ver si nos confiesa dónde tiene el dinero.

»Precisamente el vecino Basilio estaba en Bastia; sólo su mujer se había quedado en casa. Nadie, excepto ella, podía ver ni oír lo que sucedía en casa de mi cuñada. Dos chicos sujetaron a la pobre Assunta, quien, no pudiendo creer en la posibilidad de semejante crimen, sonreía a los que iban a ser sus verdugos; el tercero fue a atrancar puertas y ventanas, luego volvió y los tres, ahogando los gritos que el terror arrancaba a la pobre mujer ante aquellos preparativos tan serios, acercaron los pies de Assunta al brasero, con lo cual confiaban hacerle confesar dónde tenía escondido nuestro pequeño tesoro; pero durante la lucha, el fuego prendió las ropas de

Assunta, y entonces la abandonaron a fin de no quemarse ellos. A pesar de hallarse envuelta en llamas, corrió a la puerta, pero la puerta estaba cerrada.

»Se abalanzó hacia la ventana, pero ésta estaba atrancada. Entonces la vecina oyó unos gritos espantosos: era Assunta, que pedía socorro. En seguida fue ahogada su voz; los gritos se convirtieron en gemidos, y al día siguiente, tras una noche de terror y de angustias, cuando la mujer de Basilio se aventuró a salir de su casa e hizo abrir la puerta de la nuestra por el juez, se encontró a Assunta medio quemada, pero respirando todavía, los armarios violentados y el dinero desaparecido. En cuando a Benedetto, había abandonado Rogliano para no volver más; desde aquel día no he vuelto a verle ni he oído hablar de él.

»Después de haber sabido estas tristes noticias —prosiguió Bertuccio—, fui a ver a Su Excelencia. No tenía por qué hablarle de Benedetto, puesto que había desaparecido, ni de mi cuñada, ya que había muerto.

—¿Y qué pensó de ese acontecimiento? —preguntó Montecristo.

—Que era el castigo por el crimen que yo había cometido —respondió Bertuccio—. ¡Ah! Esos Villefort eran una raza maldita.

—Lo creo —murmuró el conde con acento lúgubre.

—Y ahora, ¿no es cierto? —prosiguió Bertuccio—, Su Excelencia comprenderá que esta casa, que no he visto desde entonces, que este jardín en el que me he encontrado de repente, que este sitio en el que maté a un hombre, hayan podido causarme tan sombrías emociones de las que ha querido saber su origen; porque, al fin, no estoy seguro de que aquí, delante de mí, no esté enterrado el señor de Villefort, en la fosa que cavó para su hijo.

—En efecto, todo es posible —dijo Montecristo levantándose del banco en que estuvo sentado, y añadió en voz baja—; incluso que el procurador del rey no haya muerto. El abate Busoni hizo bien en enviaros a mí. Me satisface que me haya relatado su historia, porque ya no tendré malos pensamientos respecto a eso. En cuanto a ese Benedetto tan mal nombrado, ¿ha intentado averiguar algo? ¿No ha tratado nunca de saber qué ha sido de él?

—Jamás, si lo hubiese sabido, en vez de acercarme a él, habría huido como delante de un monstruo. No, afortunadamente nunca he oído hablar de él en ningún sitio, y espero que haya muerto.

—No lo espere, Bertuccio —dijo el conde—. Los malos no mueren tan fácilmente, porque Dios parece ampararlos para convertirlos en instrumento de sus venganzas.

—Sea —dijo Bertuccio—. Todo lo que pido al cielo, solamente, es no volver a verlo más. Ahora —continuó el intendente bajando la cabeza—, ya lo sabe usted todo, señor conde; es usted mi juez aquí abajo como Dios lo será allá arriba. ¿No me dirá algunas palabras de consuelo?

—Tiene razón, en efecto, y puedo decirle lo que le diría el abate Busoni: ese a quien ha matado, ese Villefort, merecía un castigo por lo que le había hecho, y tal vez por otras cosas más. Benedetto, si vive, servirá, como ya he dicho, para cualquier venganza divina, pero será castigado a su vez. En cuanto a usted, no tiene, en realidad, más que un reproche que hacerse: el de que, habiendo arrancado a ese niño de la muerte, no lo devolviese a su madre; eso sí que es un crimen, Bertuccio.

—Sí, señor, ése es el verdadero crimen, porque en eso he sido un cobarde. Una vez que hube vuelto el niño a la vida, no me quedaba sino hacer una cosa, usted lo ha dicho: devolvérselo a su madre. Mas para eso necesitaba efectuar averiguaciones, llamar la atención, entregarme acaso; yo no quería morir, me aferraba a la vida por mi cuñada, por el orgullo innato de permanecer incólume y victorioso por encima de nuestra venganza; y después, al fin, tal vez deseaba la vida por el mismo amor a la vida. ¡Oh! ¡Yo no soy un valiente como mi pobre cuñada!

Bertuccio ocultó el rostro entre sus manos, y Montecristo posó en él una larga e indefinible mirada.

Luego, al cabo de un instante de silencio, más solemne aún debido a la hora y al lugar, dijo:

—Para terminar dignamente esta conversación, que será la última acerca de tales sucesos, señor Bertuccio —prosiguió el conde con un acento de melancolía que no le era habitual—, recuerde bien estas palabras; se las he oído pronunciar frecuentemente al abate Busoni en persona: todo mal tiene dos remedios: el tiempo y el silencio. Ahora, señor Bertuccio, déjeme pasearme un instante por este jardín. Lo que tanta emoción le produce a usted, actor de esa terrible escena, para mí será una sensación casi dulce que dará doble valor a esta propiedad. Los árboles, señor Bertuccio, no gustan más que porque dan sombra, y la misma sombra sólo gusta porque

está llena de sueños y visiones. He aquí que compré un jardín creyendo haber comprado un simple lugar rodeado de muros, y en vez de eso, de repente, este simple vallado encierra un jardín lleno de fantasmas; jamás oí decir que los muertos hubiesen causado en seis mil años tanto mal como hacen los vivos en un día. Vuelva, pues a casa, señor Bertuccio, y vaya a dormir en paz. Si su confesor en el momento supremo es menos indulgente de lo que fuera el abate Busoni, mándeme llamar si aún estoy en el mundo, y yo hallaré las palabras que adormirán suavemente su alma en el momento en que esté dispuesta a ponerse en camino para emprender ese largo viaje que llaman la eternidad.

Bertuccio se inclinó respetuosamente ante el conde, y se alejó lanzando un suspiro.

Montecristo permaneció solo; y, dando cuatro pasos adelante, murmuró:

—Aquí, cerca de este plátano, está la fosa en que fue depositado el niño: allá abajo la puertecita por la cual se entraba en el jardín; en este ángulo, la escalera de caracol que conduce al dormitorio. No creo que necesite anotarlo en alguna de mis agendas, porque lo tengo delante de los ojos, alrededor mío, bajo los pies, todo el plano en relieve, el plano viviente.

Y el conde, tras dar una última vuelta por el jardín, fue a buscar su coche. Bertuccio, que le veía pensativo, montó sin decir nada en el asiento contiguo al del cochero.

El coche reemprendió el camino de París.

La misma noche, a su llegada a la casa de los Campos Elíseos, el conde de Montecristo visitó toda la vivienda como hubiera podido hacerlo un hombre familiarizado con ella desde muchos años atrás; ni una sola vez, aunque iba el primero, abrió una puerta por otra, ni tomó una escalera o un pasillo que no le condujesen directamente adonde pensaba ir. Allí le acompañaba en aquella revista nocturna. El conde dio a Bertuccio varias órdenes para el embellecimiento o la nueva distinción de la vivienda, y sacando su reloj, dijo al atento nubio:

—Son las once y media, Haydée no puede tardar en llegar. ¿Se ha advertido a las mujeres francesas?

Alí alargó la mano hacia el apartamento destinado a la bella griega, y que estaba tan aislado que, ocultando la puerta detrás de un tapiz, se podía visitar toda la casa sin sospechar que allí había un

salón y dos habitaciones habitadas. Allí, pues, extendió la mano hacia el apartamento, señaló el número tres con los dedos de la mano izquierda, y sobre tal mano, puesta plana, apoyó la cabeza y cerró los ojos como si durmiese.

—¡Ah! —exclamó Montecristo, acostumbrado a su lenguaje—, son tres y esperan en el dormitorio, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Alí agitando la cabeza de arriba abajo.

—La señora estará fatigada esta noche —continuó Montecristo—, y sin duda querrá dormir; que no la hagan hablar: las camareiras francesas sólo deben saludar a su nueva señora y retirarse; cuidará usted que la dama griega no hable con las doncellas francesas.

Alí se inclinó.

En seguida se oyó llamar al portero; la verja se abrió, y un coche rodó por la avenida y se detuvo delante de la escalinata. El conde descendió; la puerta ya estaba abierta y alargó la mano a una mujer joven envuelta en un manto de seda verde todo bordado en oro que le cubría la cabeza.

La joven tomó la mano que le alargaban, la besó con cierto amor mezclado de respeto, y algunas palabras fueron pronunciadas tiernamente por parte de la mujer y con dulce gravedad por parte del hombre, en ese idioma sonoro que el viejo Homero puso en la boca de sus dioses.

Entonces, precedida de Alí, que llevaba una antorcha de cera rosa, la mujer, que no era sino la hermosa griega, compañía habitual del conde de Montecristo en Italia, fue conducida a su aposento; y después el conde se retiró al pabellón que le estaba reservado.

A las doce y media de la noche, todas las luces estaban apagadas en la casa, y se hubiese podido creer que todo el mundo dormía.

El crédito ilimitado

Al día siguiente, hacia las dos de la tarde, una calesa tirada por dos magníficos caballos ingleses, se detuvo ante la puerta de Montecristo; un hombre de frac azul, con botones de seda del mismo color, chaleco blanco adornado con una enorme cadena de oro, y pantalón color nuez, con cabellos tan negros, y tan caídos sobre las cejas que se hubiese podido dudar que fueran naturales por la poca armonía que guardaban con las arrugas inferiores que no conseguían ocultar; un hombre, en fin, de cincuenta a cincuenta y cinco años, que trataba de aparentar cuarenta, asomó la cabeza por la ventanilla de su carruaje, en la portezuela del cual había pintada una corona de barón, y mandó a su *groom* que preguntase si el conde de Montecristo estaba en casa.

Mientras tanto, este hombre examinaba, con atención minuciosa el exterior de la casa, lo que se podía distinguir del jardín y la librea de algunos criados que iban y venían, que casi resultaba impertinente. La mirada de tal individuo era viva pero astuta. Sus labios eran tan delgados que, más que salientes se sumían en su boca; en fin, la anchura y la prominencia de sus mejillas, signo infalible de astucia, la depresión de su frente, la dilatación del occipucio, que sobrepasaba mucho la anchura de sus orejas poco aristocráticas, contribuían a que su fisonomía pareciese casi repugnante, muy recomendable a los ojos del vulgo por sus magníficos caballos, el enorme diamante que llevaba en la camisa y la cinta roja que se extendía de un ojal a otro de su frac.

El *groom* llamó a la ventanilla del conserje y preguntó:

—¿No vive aquí el señor conde de Montecristo?

—En efecto, aquí vive Su Excelencia —respondió el conserje—, pero... Y consultó a Alí con la mirada. Alí hizo un gesto negativo.

—¿Pero...? —inquirió el *groom*.

—Pero Su Excelencia no está visible —respondió el conserje.

—En ese caso, dejo la tarjeta de mi amo, el señor barón Danglars. Entréguesela al conde de Montecristo, y dígame que, camino de la Cámara, mi amo se ha desviado para tener el honor de verle.

—Yo no hablo con Su Excelencia —contestó el conserje—. El ayuda de cámara cumplirá el encargo.

El *groom* se volvió hacia el carruaje.

—¿Qué hay? —preguntó Danglars.

El muchacho, bastante avergonzado por la lección que había recibido, comunicó a su amo la respuesta que recibiera del conserje.

—¡Oh! —exclamó Danglars—. ¿Acaso es algún príncipe ese señor para que le llamen Excelencia y para que sólo su ayuda de cámara pueda hablarle? No importa; ya que tiene un crédito abierto en mi casa, será menester que lo vea cuando necesite dinero.

Y Danglars se recostó en el fondo de su carruaje, gritando al cochero de modo que pudieran oírle al otro lado de la calle:

—¡A la Cámara de los diputados!

A través de una celosía de su pabellón, Montecristo, avisado a tiempo, había visto al barón y le había examinado con la ayuda de sus excelentes anteojos, con no menos atención que el señor Danglars pusiera en examinar la casa, el jardín y las libreas.

—Decididamente —dijo con gesto de disgusto y metiendo los tubos de sus anteojos en su funda de marfil—, decididamente es una criatura bien fea ese hombre; ¿cómo no reconocer, desde el primer instante en que se ve, a la serpiente de frente aplastada, al buitre de cráneo abombado y al cernícalo de pico cortante? ¡Alí! —gritó después de pulsar un timbre de cobre, y cuando el criado apareció, le dijo—: Llama a Bertuccio.

En el mismo momento apareció Bertuccio.

—¿Su Excelencia me llamaba? —preguntó el intendente.

—Sí, señor —repuso el conde—. ¿Ha visto los caballos que acaban de detenerse ante mi puerta?

—Perfectamente, Excelencia; incluso son muy buenos.

—¿Cómo se entiende —dijo Montecristo frunciendo las cejas—, que le he pedido los dos mejores caballos de París y aún hay en la capital dos caballos tan preciosos como los míos, y no pertenecen a mis cuadras?

Ante el fruncimiento de cejas y la severa entonación de aquella voz, Alí bajó la cabeza.

—No es culpa tuya, mi buen Alí —habló en árabe el conde, con una dulzura que no se hubiese creído podía existir en aquella voz y en aquel rostro—. Tú no eres un entendido en caballos ingleses.

La serenidad reapareció en el rostro de Alí.

—Señor conde —dijo Bertuccio—, los caballos de que me habla no estaban en venta.

Montecristo se encogió de hombros.

—Sepa, señor intendente, que todo está en venta para quien sabe ponerle precio.

—El señor Danglars ha pagado por ellos dieciséis mil francos, señor conde.

—Bien, pues no hay más que ofrecerle treinta y dos mil; es un banquero, y los banqueros nunca dejan perder la ocasión de doblar su capital.

—¿El señor conde habla en serio? —preguntó Bertuccio.

Montecristo miró al intendente como asombrado de que se atreviesen a hacerle tal pregunta.

—Esta tarde —dijo— tengo que efectuar una visita; quiero que esos dos caballos estén enganchados en mi coche con un arnés nuevo.

Bertuccio se retiró sudando; junto a la puerta se detuvo.

—¿A qué hora pretende Su Excelencia hacer esa visita?

—A las cinco —respondió Montecristo.

—Hago observar a Su Excelencia que son las dos —aventuró el intendente.

—Lo sé —se limitó a decir Montecristo.

Después se volvió hacia Alí.

—Haz pasar todos los caballos por delante de la señora —añadió— y que ella escoja el tiro que más le convenga; que también diga si desea comer conmigo, en ese caso se servirá la comida en sus aposentos. Vaya. Al bajar, envíeme al ayuda de cámara.

Apenas había desaparecido Alí cuando entró el ayuda de cámara.

—Señor Bautista —dijo el conde—, hace un año que está a mi servicio; es el tiempo de prueba que impongo corrientemente a mis servidores: usted me conviene.

✠ Bautista se inclinó.

—Ahora falta saber si yo le convengo.

—¡Oh, señor conde! —se apresuró a exclamar Bautista.

—Escuche hasta el final —prosiguió el conde—. Gana usted mil quinientos francos anuales, es decir, el sueldo de un valiente y buen oficial que arriesga todos los días su vida; disfruta usted una mesa como desearían muchos jefes de oficina, desdichados servidores infinitamente más ocupados que usted. Siendo un servidor, tiene criados que cuidan de su ropa y de sus efectos. Además de su sueldo, me roba con las compras de mi tocador y otras cosas, lo que representa casi otros mil quinientos francos por año.

—¡Oh, Excelencia!

—No me quejo, señor Bautista, es razonable; sin embargo, deseo que la cosa no pase de ahí. En ninguna parte encontraría un cargo semejante al que le ha deparado la suerte. Yo jamás maltrato a mis criados, no juro ni me encolerizo; siempre perdono un error, pero nunca una negligencia o un olvido. Mis órdenes son breves, pero claras y precisas; prefiero repetirlas dos veces e incluso tres, que verlas mal interpretadas. Soy lo bastante rico para saber lo que deseo, y también muy curioso; así, que le prevengo. Si supiera que ha hablado bien o mal de mí, comentado mis actos, vigilado mi conducta, o algo por el estilo, saldría de mi casa al instante. No advierto a mis criados más que una vez, y usted ya está advertido. ¡Puede irse!

Bautista se inclinó y dio dos o tres pasos hacia atrás para retirarse.

—A propósito —agregó el conde—, me olvidaba decirle que cada año destino cierta suma para cada uno de mis criados. Aquellos que despido pierden necesariamente su dinero, que recae en provecho de los que se quedan, y al que tendrán derecho después de mi muerte. Ya lleva usted un año conmigo; su fortuna ha empezado, continúela.

Estas palabras, pronunciadas delante de Alí, que permanecía impasible, ya que no entendía el francés, produjeron en el señor Bautista un efecto que comprenderán todos los que han estudiado la psicología del criado francés.

—Intentaré conformarme en todo con los deseos de Su Excelencia —dijo—. Además, tomaré por modelo al señor Alí.

—¡Oh, no, no! —exclamó el conde, con una frialdad de mármol—. Alí posee muchos defectos mezclados a sus cualidades; no lo

tome por ejemplo, porque Alí es una excepción: no tiene sueldo, no es un criado, es mi esclavo, mi perro. Si faltase a su deber, no lo echaría, le mataría.

Bautista abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Lo duda? —dijo Montecristo.

Y repitió en árabe las mismas palabras a Alí, que acababa de dirigir en francés a Bautista.

Alí escuchó, sonrió, se aproximó a su dueño, puso una rodilla en tierra, y le besó respetuosamente la mano.

Este pequeño corolario puso en el colmo de la estupefacción al señor Bautista.

El conde le hizo una seña para que se marchase, y a Alí otra para que le siguiera. Ambos pasaron a su gabinete y el conde habló largamente a su criado.

A las cinco, el conde dio tres golpes en el timbre. Un golpe llamaba a Alí, dos a Bautista y tres a Bertuccio.

El intendente entró.

—¡Mis caballos! —dijo Montecristo.

—Están enganchados en su coche, Excelencia —replicó Bertuccio—. ¿Acompañaré al señor conde?

—No, sólo el cochero, Bautista y Alí, nada más. El conde descendió y vio, enganchados a su coche, los caballos que admirara aquella mañana en el carruaje de Danglars. Al pasar junto a ellos les echó un vistazo.

—Son hermosos, en efecto —comentó—, y ha hecho bien en comprarlos; pero lo ha hecho un poco tarde.

—Excelencia —dijo Bertuccio—, me ha costado mucho trabajo conseguirlos, y han costado muy caros.

—¿Y por eso dejan de ser tan hermosos? —preguntó el conde encogiéndose de hombros.

—Si Su Excelencia está satisfecho —dijo Bertuccio—, todo está bien. ¿Adónde va Su Excelencia?

—A la calle Chaussée d'Antin, a casa del barón Danglars. Esta conversación se sostenía en lo alto de la escalinata. Bertuccio dio un paso para descender el primer peldaño.

—Espere, señor —dijo Montecristo deteniéndose—. Necesito una tierra a la orilla del mar, en Normandía, por ejemplo, entre El Havre y Boulogne. Le doy, como ve, tiempo. Necesito que en esta adquisición haya un pequeño puerto, una pequeña ensenada,

una bahía donde pueda entrar y permanecer mi corbeta, que sólo tiene quince pies de eslora. El barco ha de estar siempre listo para hacerse a la mar, a cualquier hora del día o de la noche en que me plazca dar la señal. Infórmese en casa de todos los notarios acerca de alguna propiedad que reúna las condiciones que le indico; cuando sepa de alguna, vaya a visitarla, y si le satisface, la compra a su nombre. La corbeta debe de estar rumbo a Fohamp, ¿no es así?

—La misma noche que salimos de Marsella la vi hacerse a la mar.

—¿Y el yate?

—El yate tiene orden de permanecer en las Martigues.

—Bien. Encárguese de comunicarse de vez en cuando con los dos patronos que los mandan, a fin de que no se duerman.

—¿Y respecto al barco de vapor?

—¿Que está en Chalons?

—Sí.

—Las mismas órdenes que para los dos navíos a vela.

—Bien.

—Una vez haya comprado esa propiedad, dispondré de postas cada diez leguas por la carretera del norte y por la del sur.

—Su Excelencia puede contar con ello.

El conde hizo un signo de aprobación, descendió los escalones, saltó a su carruaje, que, arrastrado al trote del magnífico tiro, no se detuvo hasta llegar al hotel del banquero.

Danglars presidía una comisión nombrada para el ferrocarril, cuando fueron a anunciarle la visita del conde de Montecristo. La sesión, por lo demás, estaba concluyendo.

Al oír el nombre del conde se puso en pie.

—Señores —dijo dirigiéndose a sus colegas, algunos de los cuales eran honorables miembros de una y otra Cámara—, perdonenme si los abandono de repente; pero figúrense ustedes que la casa Thomson y French de Roma, me envía a un tal conde de Montecristo para que le abra un crédito ilimitado. Es la broma más graciosa que mis corresponsales del extranjero se han permitido. A fe mía, que lo comprenderán, la curiosidad me picó y aún no me ha abandonado; pasé esta mañana por casa del pretendido conde. Si hubiese sido un verdadero conde, comprenderán que no sería tan rico. El señor no estaba visible. ¿Qué les parece? ¿No son modales de Alteza o de mujer bonita los que se permite maese Montecristo?

Por lo demás, la casa situada en los Campos Elíseos, y que es suya, me he informado bien de esto, me ha parecido bastante bien. Pero un crédito ilimitado —agregó Danglars, riendo con su villana sonrisa—, vuelve exigente al banquero en cuya casa se le abre el crédito. Tengo, pues, deseos de conocer a nuestro hombre. Creo que me engañan; pero no saben con quién han de habérselas. Reirá, quien se ría el último.

Al concluir estas palabras, pronunciadas con un énfasis que dilató las narices del barón, éste se separó de sus colegas y pasó a un salón forrado en raso y oro que daba mucho que hablar en la Chaussée d'Antin.

A tal salón fue donde mandó pasar al visitante para deslumbrarle al primer vistazo. El conde se hallaba en pie, examinando algunas copias de Albano y del Fattore, que habían hecho pasar al banquero por originales, y que, a pesar de ser copias, desentonaban mucho con los adornos de oro y de diferentes colores del techo y de los ángulos del salón.

Al ruido que produjo Danglars al entrar, el conde se volvió.

Danglars saludó ligeramente con la cabeza, e indicó al conde que se sentase en un sillón de madera dorada forrado de satén blanco y bordado en oro.

El conde se sentó.

—¿Es el señor de Montecristo a quien tengo el honor de hablar?

—Y yo —respondió el conde—, ¿es al señor barón Danglars, caballero de la Legión de Honor, miembro de la Cámara de diputados?

Montecristo recitó cuantos títulos figuraban en la tarjeta del barón.

Danglars acusó la ironía y se mordió los labios.

—Excúseme, señor —dijo—, por no haberle dado el título por el que me ha sido anunciado; pero, ya sabe, vivimos bajo un Gobierno popular, y yo soy un representante de los intereses del pueblo.

—De modo —respondió Montecristo— que, conservando la costumbre de hacerse llamar barón, ha perdido la de llamar a otros conde.

—¡Ah! Ni siquiera lo hago conmigo, señor —replicó negligentemente Danglars—. Me nombraron barón e hicieron caballero de la Legión de Honor por algunos servicios, pero...

—Pero, ¿ha abdicado usted de sus títulos como hicieron en otros tiempos Montmorency y Lafayette? Constituye un hermoso ejemplo, señor.

—No fue eso, sin embargo —replicó Danglars, embarazado—, pero ya comprenderá, los criados..., comprenda.

—Sí, usted se llama monseñor para los servidores; para los periodistas se hace llamar señor; y para los votantes, ciudadano. Son matices muy aplicables al Gobierno constitucional. Comprendo perfectamente.

Danglars se mordió los labios; vio que en este campo nada podía contra Montecristo; intentó volver al terreno que le era más familiar.

—Señor conde —dijo inclinándose—, he recibido una carta de aviso de la casa Thomson y French.

—Estoy encantado, señor barón. Permítame que le trate como lo hacen sus criados; es una mala costumbre adquirida en países en donde aún hay barones, justamente porque no se conceden más títulos. Estoy encantado, dije, porque así no tendré necesidad de presentarme yo mismo, lo que siempre resulta muy enojoso. Usted, pues, me decía que ha recibido una carta de aviso, ¿no es eso?

—En efecto —dijo Danglars—, pero le confieso que no he comprendido exactamente su significado.

—¡Bah!

—Y aún tuve el honor de pasar por su casa para solicitarle ciertas aclaraciones.

—Hágalo, señor, le escucho, y estoy a su disposición.

—Dicha carta —dijo Danglars—, aún la llevo encima, creo —buscó en su bolsillo—. ¡Sí, aquí está. Esta carta abre al señor conde de Montecristo un crédito ilimitado en mi casa.

—¿Y bien, señor barón, qué ve de oscuro en todo eso?

—Nada, señor; sólo que la palabra ilimitado...

—¿Acaso esa palabra no es francesa? Comprendo, son los angloalemanes quienes escriben.

—¡Oh! Sí, señor, y en cuanto a la sintaxis no hay nada que objetar, pero no es lo mismo respecto a la contabilidad.

—¿Acaso la casa Thomson y French —preguntó Montecristo en el tono más ingenuo que pudo encontrar— no es muy sólida, a juicio suyo, señor barón? ¡Diablo! Eso sí que me contrariaría, porque tengo algunos fondos invertidos en ella.

—¡Ah! Perfectamente sólida —aseguró Danglars, con una sonrisa casi burlona—, pero el sentido de la palabra ilimitado, en materia de finanzas, es bastante vago.

—Que es ilimitado, ¿no es cierto? —dijo Montecristo.

—Justamente eso, señor, era lo que deseaba expresar. Ahora bien, lo vago es la duda, y, dice el sabio, ante la duda, abstente.

—Lo que significa —replicó Montecristo—, que si la casa Thomson y French está dispuesta a cometer locuras, la casa Danglars no desea seguir su ejemplo.

—¿Cómo, señor conde?

—Sí, sin duda. Los señores Thomson y French hacen negocios sin cifras; pero el señor Danglars tiene un límite para las suyas; es un hombre prudente, según decía hace un instante.

—Señor —respondió orgullosamente el banquero—, nadie ha contado todavía mi Caja.

—Entonces —respondió fríamente Montecristo—, parece que seré yo quien empiece.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Las explicaciones que usted me pide, señor, y que se parecen mucho a vacilaciones.

Danglars se mordió los labios; era la segunda vez que era vencido por aquel hombre, y esta vez en su propio terreno. Su cortesía burlona sólo era afectada, y casi rayaba en la impertinencia.

Montecristo, por el contrario, sonreía con la mayor naturalidad del mundo, y adoptaba, cuando le interesaba, cierto aire de ingenuidad que le proporcionaba muchas ventajas.

—En fin, señor —dijo Danglars tras un momento de silencio—. Trataré de hacerme comprender, rogándole que fije usted mismo la suma que desee le entregue.

—Pero, señor —replicó Montecristo, decidido a no perder ni una pulgada de terreno en la discusión—, si he pedido un crédito ilimitado de usted, es porque no sé exactamente qué cantidad necesitaré.

El banquero creyó que el momento de darle la puntillada había llegado; se recostó en su sillón y, con una pesada y orgullosa sonrisa, dijo:

—¡Oh, señor! No tema puntualizar, usted podrá convencerse, entonces de que la cifra de la casa Danglars, por limitada que sea, puede satisfacer las más amplias exigencias, y aunque desease pedir un millón...

—¿Bromea? —interrogó Montecristo.

—Digo un millón —repitió Danglars con el aplomo de la tontería.

—¿Y qué haría yo con un millón? —replicó el conde—. ¡Dios santo! Señor, si no precisase más que un millón, no me habría hecho abrir un crédito en su casa por semejante miseria. ¿Un millón? Yo siempre tengo un millón en mi cartera o en un neceser de viaje.

Y Montecristo sacó de un tarjetero en el que llevaba sus tarjetas de visita, dos bonos de quinientos mil francos cada uno, pagaderos al portador contra el Tesoro.

Era preciso asombrar y no pinchar a un hombre como Danglars.

El mazazo hizo su efecto: el banquero vaciló y tuvo un vértigo; abrió los ojos mirando a Montecristo, mientras sus pupilas se dilataban espantosamente.

—Vamos, confiésemi —dijo Montecristo— que usted desconfía de la casa Thomson y French. ¡Dios mío! Es bien sencillo; tengo previsto el caso, porque, aunque me crea bastante ignorante en negocios, he tomado mis precauciones. He aquí otras dos cartas parecidas a la que le ha sido dirigida; una de la casa Arestein y Esckoles, de Viena, contra el barón de Rothschild, y la otra es la casa Baring, de Londres, contra el señor Lafitte. Dígame una palabra, señor, y le evitaré toda preocupación presentándome en cualquiera de estas otras dos.

Ya no podía dudarse, Danglars estaba vencido; abrió con un visible temblor la carta de Viena y la de Londres, que le largó el conde. Comprobó la autenticidad de las firmas con una minuciosidad que habría resultado insultante para Montecristo, si no se hubiese hecho cargo del extravío del banquero.

—¡Oh! Señor, he aquí tres firmas que valen muchos millones —dijo Danglars levantándose como para saludar el poder del oro personificado en aquel hombre que tenía delante—. Tres créditos ilimitados contra nuestras casas. Perdóneme, señor conde, pero aun sin ser desconfiado, se puede quedar asombrado.

—¡Oh! No será una Casa como la suya la que se asombre así —replicó Montecristo con toda cortesía—. Por consiguiente, puede usted proporcionarme algún dinero, ¿no es cierto?

—Diga, señor conde; estoy a sus órdenes.

—Bien —replicó Montecristo—, ahora que ya nos entendemos, porque nos entendemos, ¿verdad?

Danglars hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Y no tiene usted ninguna desconfianza? —continuó Montecristo.

—¡Oh! Señor conde —exclamó el banquero—. Jamás la tuve.

—No, usted sólo deseaba una prueba, eso fue todo. Bien —repitió el conde—; ahora que no tiene usted ninguna desconfianza, fijemos si a usted le parece, una cantidad general para el primer año: seis millones, por ejemplo.

—¡Seis millones! —exclamó Danglars, sofocado.

—Si necesito más —replicó maquinalmente Montecristo—, ya os lo pediría; pero no pienso permanecer más que un año en Francia, y durante ese año no creo que sobrepase esa cantidad... En fin, ya veremos... Desearía, para empezar, que me llevasen quinientos mil francos mañana; estaré en casa hasta mediodía, pero en el caso de que no me encontrase, dejaría un recibo a mi intendente.

—El dinero estará mañana en su casa a las diez de la mañana, señor conde —aseguró Danglars—. ¿Quiere usted oro, billetes de Banco o plata?

—Oro y billetes, mitad y mitad, por favor. Y el conde se puso en pie.

—Debo confesarle una cosa, señor conde —dijo Danglars, levantándose a su vez—: creía tener nociones exactas sobre todas las grandes fortunas de Europa, y, sin embargo, la suya, que me parece considerable, me era, lo confieso, totalmente desconocida hasta ahora. ¿Es reciente?

—No, señor —respondió Montecristo—. Por el contrario, es de fecha muy antigua: es una especie de tesoro familiar que estaba prohibido tocar, y cuyos intereses acumulados han triplicado el capital; la época fijada por el testador se cumplió hace algunos años solamente; de manera que desde entonces la usufructo; y su ignorancia a este respecto es muy natural. Por lo demás, ya la conocerá mejor dentro de poco.

Y el conde acompañó estas palabras con una de sus pálidas sonrisas que tanto miedo inspiraban a Franz d'Epinay.

—Con sus gustos y sus intenciones, señor —continuó Danglars—, va a desplegar tal lujo en la capital, que nos aplastará a todos nosotros, pobrecitos millonarios. Empero, como me parece inteligente, ya que al entrar le vi contemplando mis cuadros, le pido permiso para enseñarle mi galería, con cuadros antiguos,

cuadros de maestros garantizados como tales; no me gustan los modernos.

—Tiene usted razón, señor; porque, generalmente, poseen un defecto: el de no haber tenido tiempo, todavía, de convertirse en antiguos.

—¿Puedo enseñarle algunas estatuas de Thorwaldsen, de Bartolini, de Cánova, todos artistas extranjeros? Como puede ver, yo no aprecio a los artistas franceses.

—Tiene derecho a ser injusto con ellos, señor, porque son sus compatriotas.

—Pero todo eso lo dejaremos para más tarde, cuando hayamos hecho mayor conocimiento; por hoy me contentaría, si usted me lo permite, con presentarle a la señora baronesa Danglars. Perdóname mi premura, señor conde, pero un cliente como usted casi forma parte de la familia.

Montecristo se inclinó, en señal de que aceptaba el honor que el banquero quería dispensarle.

Danglars llamó; un lacayo, vestido con una librea llamativa, apareció.

—¿Está en sus aposentos la señora baronesa? —preguntó Danglars.

—Sí, señor barón —respondió el sirviente.

—¿Sola?

—No, la señora tiene visita.

—No será indiscreto presentarle delante de otros, ¿no es cierto, señor conde?, ¿no guarda usted el incógnito?

—No, señor barón —dijo, sonriendo, Montecristo—. No me reconozco tal derecho.

—¿Y quién está con la señora? ¿El señor Debray? —preguntó Danglars con una bondad que hizo sonreír interiormente a Montecristo, ya informado sobre los transparentes secretos de la intimidad del financiero.

—El señor Debray, sí, señor barón —contestó el criado.

Danglars hizo un signo con la cabeza.

Después, volviéndose hacia Montecristo, añadió:

—El señor Lucien Debray es un antiguo amigo nuestro, secretario del ministro del Interior. En cuanto a mi mujer, ella ha derogado su condición al casarse conmigo, porque pertenecía a una antigua familia: es una de las señoritas de Servières, viuda en primeras nupcias del coronel marqués de Nargonne.

—No tengo el honor de conocer a la señora Danglars; pero ya he conocido al señor Lucien Debray.

—¡Bah! —dijo Danglars—. ¿Dónde fue eso?

—En casa del señor Morcerf.

—¡Ah! ¿Conoce usted al joven vizconde? —preguntó Danglars.

—Nos encontramos y estuvimos juntos en Roma, por la época del carnaval.

—¡Ah, sí! —dijo Danglars—. He oído hablar de algo así como una extraña aventura con bandidos y ladrones en las ruinas. Y salió de allí milagrosamente. Creo que refirió la historia a mi mujer y a mi hija, a su regreso de Italia.

—La señora baronesa espera a los señores —anunció el sirviente regresando.

—Paso delante para mostrarle el camino —dijo Danglars saludando.

—Y yo le sigo —contestó Montecristo.

El tiro tordo

El barón, seguido del conde, atravesó una serie de habitaciones notables por su pesada suntuosidad y su fastuoso mal gusto, y llegó hasta el gabinete de la señora Danglars, pequeña pieza octogonal, forrada de raso rosa recubierto de muselina de las Indias; los sillones eran de vieja madera dorada y antiguas telas; los altos de las puertas estaban adornados con pastorales del género de Boucher; por fin, dos bonitos pasteles en medallón, en armonía con el resto de la decoración, hacían de esta pequeña estancia la única de toda la vivienda que poseía cierto carácter; también es cierto que había escapado al plan general concebido por el señor Danglars y el arquitecto, una de las más grandes y eminentes personalidades del imperio, y de cuyo adorno sólo dispusieron la baronesa y Lucien Debray. Así, pues, el señor Danglars, gran amante de lo antiguo, a la manera que se comprendía en el Directorio, despreciaba mucho aquel coquetón reducto, donde, por lo demás, no era admitido más que bajo la excusa de presentar a alguien; esto, en realidad, no era que Danglars presentara, sino por el contrario, era él el presentado, y bien o mal recibido, según fuese agradable o no la cara del visitante.

La señora Danglars, cuya belleza aún podía ser citada a pesar de sus treinta y cinco años, estaba sentada al piano, pequeña obra maestra de marquetería, mientras que Lucien Debray, sentado ante un velador, hojeaba un álbum.

Lucien ya había tenido tiempo, desde su llegada, de contar a la baronesa muchas cosas relativas al conde. Ya se sabe que durante el almuerzo en casa de Alberto, Montecristo había impresionado mucho a sus invitados; esta impresión aún no se había borrado de la imaginación de Debray, y los informes dados a la baronesa lo demostraban. La curiosidad de la señora Danglars, excitada por los antiguos detalles dados por Morcerf y los nuevos de Lucien, estaba, pues, en su apogeo. Así, pues, aquel arreglo de piano y de álbum

no eran más que una de esas pequeñas astucias mundanas con la cual se disimulan las más grandes preocupaciones. La baronesa, por consiguiente, recibió al señor Danglars con una sonrisa, cosa que no era corriente en ella. El conde recibió, a cambio de su saludo, una ceremoniosa y al mismo tiempo graciosa reverencia.

Lucien, por su parte, cambió con el conde un saludo de medio conocidos, y con Danglars un gesto de intimidad.

—Señora baronesa —dijo Danglars—, permítame presentarle al señor conde de Montecristo, que me han enviado mis correspondientes de Roma con las mayores recomendaciones: no tengo más que una palabra que decir y que lo convertirá en un instante en el punto de atención de todas las hermosas damas; viene a París con intención de permanecer un año y gastarse seis millones durante ese tiempo; esto promete una serie de bailes, de cenas, y de medianoches, en las cuales espero que el señor conde no nos olvidará, como tampoco le olvidaremos nosotros en nuestras pequeñas fiestas.

Aunque la presentación fue bastante grosera en alabanzas, es tan raro que un hombre venga a París a gastar la fortuna de un príncipe, que la señora Danglars echó una mirada al conde que no estaba desprovista de cierto interés.

—¿Y ha llegado usted, señor...? —preguntó la baronesa.

—Ayer por la mañana, señora.

—¿Y viene usted, según acostumbra, por lo que me han dicho, del fin del mundo?

—De Cádiz solamente, señora, nada más.

—¡Oh! Llega en una temporada espantosa. París está detestable en verano; no hay ni bailes, ni reuniones, ni fiestas. La Ópera italiana está en Londres, la Ópera francesa se encuentra en todas partes, menos en París; y en cuanto al Teatro Francés, ya sabe que no está en ninguna. Así, pues, nos quedan por todas distracciones, algunas desafortunadas carreras en el Campo de Marte y en Satory. ¿Hará correr, señor conde?

—Yo, señora —dijo Montecristo—, haré todo lo que se haga en París, si tengo el honor de encontrar a alguien que me informe adecuadamente sobre las costumbres francesas.

—¿Es usted amante de los caballos, señor conde?

—He pasado una parte de mi vida en Oriente, señora, y los orientales, ya lo sabe, no aman más que dos cosas en el mundo: la nobleza de los caballos y la belleza de las mujeres.

—¡Ah! Señor conde —exclamó la baronesa—, debió tener la galantería de poner a las mujeres primero.

—Ve usted, señora, como tenía razón hace un momento cuando deseaba un preceptor que pudiese guiarme en las costumbres francesas.

En aquel momento la camarera favorita de la señora baronesa Danglars entró, y, aproximándose a su señora, le dijo unas palabras al oído.

La señora Danglars palideció.

—¡Imposible! —exclamó.

—Es exactamente la verdad, señora —respondió la camarera. La señora Danglars se volvió del lado de su marido.

—¿Es eso cierto, señor?

—¿Qué, señora? —preguntó Danglars visiblemente agitado.

—Lo que me dice esta muchacha.

—¿Y qué dice ella?

—Me ha dicho que en el momento en que mi cochero fue a poner mis caballos en mi coche, no los ha encontrado en la cuadra. Pregunto qué significa esto.

—Señora —dijo Danglars—, escúcheme.

—¡Oh! Ya le escucho, señor, porque tengo mucho interés en saber lo que va a decirme; haré que estos señores sean jueces, y empezaré por decirles lo que pasa. Señores —continuó la baronesa—, el barón Danglars tiene diez caballos en la cuadra; entre esos caballos hay dos que son míos, dos caballos encantadores, los más hermosos de París; usted los conoce, señor Debray, mis tordos. Pues bien, en el momento en que la señora Villefort me pide mi coche, pues se lo prometí para que fuese mañana al bosque, he aquí que los dos caballos no están. El señor Danglars habrá encontrado el medio de ganar unos millares de francos, y los ha vendido. ¡Oh, qué raza más villana, Dios mío! ¡Qué especuladores!

—Señora —respondió Danglars—, los caballos eran muy nerviosos, apenas tenían cuatro años, y me causaban terror cuando la veía con ellos.

—¡Eh, señor! —replicó la baronesa—. Usted sabe muy bien que desde hace un mes tengo a mi servicio el mejor cochero de París, a menos que también lo haya vendido.

—Mi querida amiga, le encontraré otros parecidos, incluso mejores, si los hay; pero unos caballos más dulces y que no me inspiren más semejante terror.

La baronesa se encogió de hombros con un aire de profundo desprecio.

Danglars no pareció darse cuenta de este gesto poco conyugal y se volvió hacia Montecristo.

—En verdad, siento no haberle conocido antes, señor conde —dijo—. ¿Está usted instalando su casa?

—Pues sí —dijo el conde.

—Yo se los hubiese ofrecido. Figúrese que los he dado por nada; pero como ya le he dicho, quería deshacerme de ellos: son unos caballos para un hombre joven.

—Señor —repuso el conde—, se lo agradezco. Precisamente esta mañana compré unos bastante buenos y no muy caros. Fíjese, vea, señor Debray, usted que es entendido, según creo.

Mientras Debray se acercaba a la ventana, Danglars se aproximaba a su esposa.

—Figúrese, señora —le dijo en voz baja—, que vinieron a ofrecerme un precio exorbitante por esos caballos. No sé quién habrá sido el loco dispuesto a arruinarse, que me envió esta mañana a su intendente; pero el hecho es que he ganado dieciséis mil francos; no me riña más y le daré cuatro mil, y dos mil a Eugénie.

La señora Danglars dirigió a su marido una mirada terrible.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Debray.

—¿Qué ocurre? —preguntó la baronesa.

—Pero, o yo me equivoco, o esos son sus caballos, sus propios caballos enganchados al coche del conde.

—¡Mis tordillos! —clamó la señora Danglars.

Y se abalanzó hacia la ventana.

—¡En efecto, son ellos! —clamó.

Danglars se quedó estupefacto.

—¿Es posible? —dijo Montecristo haciéndose el sorprendido.

—¡Es increíble! —murmuró el banquero.

La baronesa dijo dos palabras al oído de Debray, quien se aproximó a su vez a Montecristo.

—La baronesa me manda preguntarle por cuánto le ha vendido su marido el tiro.

—Pues no lo sé muy bien —dijo el conde—, ha sido una sorpresa de mi intendente, y... que me ha costado treinta mil francos, creo.

Debray fue a dar la respuesta a la baronesa.

Danglars estaba tan pálido y tan desconcertado, que el conde estuvo a punto de sentir piedad.

—Vea —le dijo—, cuán ingratas son las mujeres: esa previsión por su parte no ha conmovido a la baronesa: Ingrata no es la palabra, sino loca lo que debería decir. Pero, qué quiere usted, siempre se desea lo que fastidia. Así, pues, lo más fácil, créame, mi querido barón, siempre es dejarlas hacer a su antojo; si se rompen la cabeza, por lo menos, será culpa de ellas.

Danglars no respondió nada, preveía una escena desastrosa en un futuro inmediato; las cejas de la señora baronesa ya estaban fruncidas, y, como otro Júpiter olímpico, esto presagiaba tormenta; Debray que la sentía rugir, pretextó un asunto y se marchó. Montecristo, que no deseaba perder la posición que iba a conquistar permaneciendo más tiempo, saludó a la señora Danglars y se retiró, dejando al barón ante la cólera de su esposa.

«Bueno —pensó Montecristo al retirarse—, ya he llegado adonde quería. Ahora ya tengo en mis manos la tranquilidad del matrimonio, y voy a ganarme de un golpe el corazón del señor y el de la señora. ¡Qué dicha! Pero —meditó—, con todo esto no he sido presentado a la señorita Eugénie Danglars, a quien hubiese conocido con mucho gusto. Pero —prosiguió sonriendo de ese modo tan peculiar—, ya estamos en París, y tenemos tiempo por delante... ¡Quedará para más tarde!»

Tras esta reflexión, el conde subió en su coche y regresó a su casa.

Dos horas más tarde la señora Danglars recibió una encantadora carta del conde de Montecristo, en la cual le declaraba que, no deseando hacer su entrada en el mundo parisién causando la desesperación de una mujer tan encantadora, le suplicaba que volviese a tomar sus caballos.

Llevaban los mismos arneses que ella había visto por la mañana; sólo que en el centro de cada roseta que llevaban sobre la oreja, el conde había hecho coser un diamante.

Danglars también recibió su carta.

El conde le pedía permiso para pasar a la baronesa aquel capricho de millonario, rogándole le excusase los modales orientales con que acompañaba la devolución de los caballos.

Durante la noche, Montecristo partió para Auteuil acompañado de Alí.

Al día siguiente, hacia las tres, Alí, llamado por un golpe de timbre, entró en el gabinete del conde.

—Alí —le dijo—, me has hablado frecuentemente de tu destreza en lanzar el lazo, ¿no es así?

Alí hizo un gesto afirmativo y se hinchó con orgullo.

—Bien. De modo que con el lazo detendrías a un buey, ¿no es cierto?

Alí hizo señal de que sí.

—¿Un tigre?

Alí hizo la misma señal.

—¿Un león?

Alí hizo el gesto de un hombre que lanza el lazo, e imitó un rugido estrangulado.

—Bien, comprendo —dijo Montecristo—. ¿Has cazado el león?

Alí hizo un orgulloso movimiento de cabeza.

—Pero, ¿detendrías en su carrera a dos caballos?

Alí sonrió.

—Bien, escucha —dijo Montecristo—. Dentro de poco pasará un coche arrastrado por dos caballos tordos, los mismos que tenía ayer. Aunque te aplasten, es preciso que los detengas ante mi puerta.

Alí salió a la calle y trazó ante la puerta una línea sobre el pavimento: después entró y mostró la línea al conde, que le había seguido con la vista.

El conde le palmeó suavemente en el hombro: era su modo de dar las gracias a Alí. Luego el nubio se fue a fumar su pipa en la linde que formaba la esquina de la casa con la calle, mientras Montecristo entraba sin ocuparse de nada más.

Sin embargo, hacia las cinco, es decir el momento en que el conde esperaba el coche, se pudo percibir en él signos casi imperceptibles de una ligera impaciencia: se paseaba en su cuarto que daba a la calle, prestando oído de vez en cuando y aproximándose a la ventana, por la cual veía a Alí lanzando bocanadas de humo con una regularidad que probaba que el negro estaba centrado en tan importante ocupación.

De pronto se oyó un rodar lejano, pero que se acercaba con la rapidez del rayo; después apareció una calesa, cuyo cochero intentaba inútilmente retener a los caballos, que avanzaban furiosos, las crines erizadas, y saltando a impulsos insensatos.

En la calesa iba una mujer joven y un niño de siete u ocho años. Se abrazaban, y habían perdido, por el exceso de terror, la

fuerza de gritar; bastaba una piedra bajo la rueda o un árbol tirado para que se rompiese el coche, que crujía. El carruaje iba por el centro de la calzada, y se oían los gritos de terror de cuantos lo veían correr.

De repente Alí dejó su pipa, sacó de su bolsillo el lazo, lo lanzó, envolvió en una triple vuelta las patas de delante del caballo de la izquierda, se dejó arrastrar tres o cuatro pasos, el caballo enlazado se abatió, cayó contra la lanza, la rompió y paralizó los esfuerzos que hacía el caballo que permanecía en pie para continuar la carrera. El cochero aprovechó aquel instante de respiro para saltar de su asiento; pero Alí ya cogía las narices del segundo caballo con sus dedos de hierro y el animal, relinchando de dolor, se tendió convulsamente al lado de su compañero.

Ocurrió todo esto en menos tiempo del que necesita una bala para alcanzar su objetivo.

Sin embargo, fue suficiente para que de la casa, frente a la cual ocurrió el accidente, saliese un hombre seguido de varios sirvientes. En el momento en que el cochero abrió la puerta, sacó de la calea a la dama, quien con una mano aferraba un almohadón y con la otra sujetaba a su hijo desvanecido contra su pecho. Montecristo los llevó a ambos al salón, y los depositó en un diván.

—No teman más nada, señora —dijo—. Ya está salvada.

La mujer volvió en sí, y por respuesta le presentó a su hijo, con una mirada más elocuente que todas las plegarias. En efecto, el niño seguía desvanecido.

—Sí, señora, comprendo —dijo el conde examinando al chiquillo—. Pero esté tranquila, no le ha sucedido ningún mal. Sólo ha sido el miedo.

—¡Oh, señor! —exclamó la madre—. ¿No me dice eso para tranquilizarme? Vea qué pálido está. ¡Hijo mío, pequeño, mi Eduardo! Responde a tu madre. ¡Ah, señor! Envíe a buscar un médico. Mi fortuna a quien me devuelva mi hijo.

Montecristo hizo un gesto con la mano para tranquilizar a la madre desolada; y, abriendo un cofre, sacó un frasco de cristal de Bohemia, incrustado en oro, que contenía un licor rojo como la sangre, y del que dejó caer una sola gota en los labios del chiquillo.

El niño, aunque todavía pálido, abrió los ojos inmediatamente.

A la vista de esto, la alegría de la madre casi se convirtió en delirio.

—¿Dónde estoy? —exclamó—. ¿Y a quién debo tanta dicha después de una prueba tan cruel?

—Está usted, señora —respondió Montecristo—, en casa del hombre más dichoso, por haber podido ahorrarle un pesar.

—¡Oh! ¡Maldita curiosidad! —dijo la dama—. Todo París hablaba de esos magníficos caballos de la señora Danglars, y he tenido la locura de quererlos comprar.

—¡Cómo! —exclamó el conde con una sorpresa admirablemente interpretada—. ¿Esos caballos son los de la baronesa?

—Sí, señor. ¿La conoce usted?

—¿A la señora Danglars?... He tenido ese honor, y mi alegría es doble al haberla salvado del peligro que le han hecho pasar esos caballos; porque ese riesgo hubiese podido atribuírmelo a mí. Ayer había comprado esos caballos al barón, pero la baronesa parecía sentirlo tanto, que se los volví a enviar rogándole que los aceptase de mi mano.

—Pero, entonces, ¿es usted el conde de Montecristo, de quien tanto me habló ayer Herminia?

—Sí, señora —dijo el conde.

—Yo, señor, soy la señora Eloisa Villefort. El conde saludó como si hubieran pronunciado delante suyo un nombre totalmente desconocido.

—¡Oh! ¡Cómo se lo reconocerá el señor de Villefort! —prosiguió Eloisa—, porque, al fin, le deberá nuestras dos vidas: le ha devuelto usted a su esposa y a su hijo. Seguramente, sin su generoso sirviente, mi querido hijo y yo hubiésemos muerto.

—¡Ay!, señora. Aún me estremezco del peligro que ha corrido.

—¡Oh! Espero que me permitirá recompensar dignamente la devoción de ese hombre.

—Señora —respondió Montecristo—, no me eche a perder a Alí, se lo ruego, ni con sus alabanzas ni con sus recompensas: son costumbres que no quiero que coja. Alí es mi esclavo; salvándole la vida, me sirve, y es su deber hacerlo.

—Pero, ha arriesgado su vida —dijo la señora Villefort, a quien aquel tono de dueño imponía extrañamente.

—Yo salvé su vida, señora —respondió Montecristo—, por consiguiente, me pertenece.

La señora Villefort se calló; tal vez pensaba en aquel hombre que a primera vista causaba una impresión tan profunda en los ánimos.

Durante este breve silencio el conde pudo examinar a su gusto al niño que su madre cubría de besos. Era pequeño, delgado, de piel blanca como la de los niños rubios, y sin embargo, un bosque de cabellos negros cubría su frente abombada, y caía sobre sus hombros encuadrando su cara, redoblando la vivacidad de sus ojos llenos de malicia burlona y de juvenil maldad; su boca, apenas vuelta a enrojecer, era de labios finos y ancha abertura; los rasgos de este niño de ocho años ya anunciaban a uno de doce, por lo menos. Su primer movimiento fue desembarazarse con una brusca sacudida del brazo de su madre, e ir a abrir el cofre en el que el conde tenía el frasco del elixir; después, inmediatamente, sin pedir permiso a nadie y como un niño acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos, se puso a destapar los frascos.

—No toques eso, amiguito —dijo con viveza el conde—, algunos de esos licores son peligrosos, no solamente al beberlos, sino al respirar su aroma.

La señora de Villefort palideció y detuvo el brazo de su hijo, que atrajo hacia sí; pero, tranquilizado su temor, en seguida echó sobre el cofre una mirada muy expresiva que no pasó desapercibida al conde.

En ese momento entró Alí.

La señora de Villefort tuvo un movimiento de alegría, y, acercando más a ella al niño, dijo:

—Eduardo, mira a ese buen servidor: ha sido muy valiente, porque ha expuesto su vida para detener a los caballos que nos arrastraban y al carruaje que iba a romperse. Dale las gracias, porque probablemente sin él, a estas horas estaríamos muertos los dos.

El niño alargó los labios y volvió desdeñosamente la cabeza.

—Es muy feo —dijo.

El conde sonrió como si el niño acabase de colmar una de sus esperanzas; en cuanto a la señora de Villefort, reprendió a su hijo con una moderación que no hubiese sido del agrado de Juan Jacobo Rousseau si el pequeño Eduardo se hubiese llamado Emilio.

—Ves —dijo en árabe el conde a Alí—, esta señora ruega a su hijo que te dé las gracias porque les has salvado la vida a ambos, y el niño ha respondido que eres muy feo.

Alí volvió un instante su cabeza inteligente y miró al niño sin expresión aparente; pero un simple estremecimiento de su nariz indicó a Montecristo que el árabe acababa de ser herido en su corazón.

—Señor —preguntó la señora de Villefort levantándose para despedirse—, ¿es ésta su morada habitual?

—No, señora —respondió el conde—, es una especie de remanso que he comprado. Vivo en la avenida de los Campos Elíseos, número 30. Pero veo que está perfectamente repuesta y que desea retirarse. Acabo de ordenar que enganchen esos mismos caballos a mi coche, y Alí, este muchacho tan feo —dijo sonriendo al niño—, va a tener el honor de conducirles a su casa, mientras que su cochero permanecerá aquí para acondicionar la calesa. Una vez esté arreglado lo indispensable, uno de mis tiros la regresará directamente a casa de la señora Danglars.

—Pero —dijo la señora de Villefort—, con esos mismos caballos no me atrevería a irme.

—¡Oh! Va a ver usted, señora —dijo Montecristo—, cómo bajo la mano de Alí, van a ser tan mansos como dos corderos.

En efecto, Alí se había acercado a los caballos que se habían puesto en pie con mucho trabajo. Tenía en la mano una esponjita empapada de vinagre aromático; frotó con ella las narices y las sienes de los caballos, cubiertos de sudor y de espuma, y casi inmediatamente se pusieron a relinchar estrepitosamente y a estremecer todo el cuerpo durante algunos segundos.

Después, en medio de una multitud de gente curiosa, a quien los restos del carruaje y el rumor del acontecimiento, había atraído ante la casa, Alí enganchó los caballos al cupé del conde, recogió las riendas, montó en el pescante, y, con gran asombro de los asistentes que habían visto aquellos caballos impulsados como por un torbellino, se vio obligado a usar el látigo para hacerlos partir, e incluso no pudo obtener de los famosos tordos, ahora estúpidos, petrificados, muertos, más que un trote tan inseguro y tan lánguido que fueron precisas casi dos horas para llevar a la señora de Villefort al *fau-bourg* Saint Honoré, donde vivía.

Apenas llegada a su casa, y apaciguadas las primeras emociones familiares, escribió la carta siguiente a la señora Danglars:

«Querida Herminia:

»Acabo de ser salvada milagrosamente con mi hijo por ese mismo conde de Montecristo, de quien tanto hablamos ayer, y que tan lejos estaba de suponer que vería hoy. Ayer me hablabais de él con tal entusiasmo que no pude impedir burlarme con

toda mi alma, pero hoy encuentro ese entusiasmo muy por debajo de lo que inspira ese hombre. Vuestros caballos se desbocaron en Ranelagh, como si estuviesen endiablados, y seguramente íbamos a ser despedazados, mi pobre Eduardo y yo, contra el primer árbol del camino o el primer pontón, cuando un árabe, un negro, un nubio, en fin, al servicio del conde, a una señal suya, creo, detuvo la carrera de los caballos, a riesgo de ser aplastado, y ha sido, verdaderamente un milagro que no lo fuese. Entonces acudió el conde, nos llevó a su casa a Eduardo y a mí, y allí volvió a mi hijo a la vida. En su propio coche he regresado a casa; el vuestro os será enviado mañana. Encontraréis vuestros caballos bien calmados después de este accidente; están como atontados; se diría que no pueden perdonarse el haberse dejado domar por un hombre. El conde me encargó que os diga que dos días de reposo sobre la cama y cebada por toda comida, los pondrán en un estado tan floreciente, lo que quiere decir, tan espantoso como ayer.

»Adiós. No os doy las gracias por mi paseo, y cuando lo pienso, es una ingratitud guardaros rencor por los caprichos de vuestro tiro, porque gracias a uno de esos caprichos debo el haber conocido al conde de Montecristo, y el ilustre extranjero me parece, aparte los millones de que dispone, es un tipo tan curioso y tan interesante, que confío poder examinarlo a toda costa, aunque tuviese que empezar por un paseo al bosque con vuestros propios caballos.

»Eduardo ha soportado el accidente con un valor milagroso. Se desvaneció, pero no lanzó un grito ni antes ni vertió una lágrima después. Aún diréis que me ciega mi amor maternal; pero hay un alma de hierro en ese pobrecito cuerpo tan delgado y tan delicado.

»Nuestra querida Valentina da mil recuerdos a vuestra querida Eugenia; yo, os abrazo con todo mi corazón.

»Eloísa de Villefort».

«P. D. — Consigue que me vea en vuestra casa, de cualquier modo, con ese conde de Montecristo, deseo volver a verle. Por otra parte, acabo de obtener del señor de Villefort que le haga una visita; espero que se la devolverá.»

Aquella noche, el incidente de Auteuil era el tema de todas las conversaciones: Alberto lo contaba de nuevo a su madre, Chateau Renaud en el Jockey Club, Debray en el salón del ministro; el mismo Beauchamp tuvo la gentileza de poner en su periódico, veinte líneas de los «hechos diversos», una alabanza del conde, lo que puso al noble extranjero como un héroe en la mente de todas las mujeres de la aristocracia.

Muchas de estas personas fueron a inscribirse a casa de la señora de Villefort, a fin de tener el derecho a renovar su visita en tiempo útil y oír, entonces, de sus labios, todos los detalles de esta pintoresca aventura.

En cuanto al señor de Villefort, como había dicho Eloísa, cogió su frac negro, sus guantes blancos, su más preciosa librea y subió a su carroza que acudió, aquella misma noche, a detenerse ante la puerta del número 30 de la casa de los Campos Elíseos.

Ideología

Si el conde de Montecristo hubiese vivido más tiempo en el mundo parisiense hubiese apreciado en todo su valor la visita que le hacía el señor de Villefort.

Cortejado por el rey reinante, fuese de la rama mayor o de la menor, o por el ministro gobernante, fuese doctrinario, liberal o conservador; reputado por todos como hábil, como se estima generalmente a las personas que nunca sufrieron descabros políticos; odiado por muchos, pero cálidamente protegido por algunos sin que, no obstante, sea querido por nadie, el señor de Villefort tenía un alto cargo en la Magistratura, y se mantenía en esa altura como un Harlay o como un Mole. Su salón, regenerado por una mujer joven y una hija de su primer matrimonio, de apenas dieciocho años, no dejaba de ser uno de esos salones severos de París en donde se observa el culto a las tradiciones y las reglas de la etiqueta. La fría cortesía, la absoluta fidelidad a los principios gubernamentales, un desprecio total a las teorías y a los teóricos, el odio profundo a los ideólogos, constituían los elementos de la vida interior y pública pregonados por el señor de Villefort.

Villefort no era sólo un magistrado, sino casi un diplomático. Sus relaciones con la antigua corte, de la cual hablaba siempre con dignidad y deferencia, le hacían respetar por la nueva, y sabía tantas cosas que no sólo le admiraban siempre, sino que aún le consultaban en ocasiones. Tal vez no hubiese sido así si hubieran podido deshacerse del señor de Villefort; pero él habitaba, como los señores feudales rebeldes a su soberano, una fortaleza inexpugnable. Aquella fortaleza era su cargo de procurador del rey, del que explotaba maravillosamente todas las ventajas, y que sólo hubiese abandonado por el cargo de diputado y reemplazar así la neutralidad por la oposición.

En general, el señor de Villefort hacía o devolvía muy pocas visitas. Su mujer las hacía por él; era cosa admitida en la sociedad, que lo achacaba a las graves y numerosas ocupaciones del magistrado, lo que en realidad no era más que un cálculo de orgullo, una quintaesencia de aristocracia, la aplicación, en fin, de ese axioma: «Pon cara de estimarte y te estimarán», axioma mucho más útil en nuestra sociedad que el de los griegos: «Conócete a ti mismo», reemplazado en nuestros días por el arte más fácil y más ventajoso de conocer a los demás.

Para sus amigos, el señor de Villefort era un poderoso protector; para sus enemigos, era un adversario sordo y encarnizado; para los indiferentes, era la estatua de la ley hecha hombre: porte altanero, fisonomía impasible, mirada apagada y deslustrada, o insolentemente penetrante y escrutadora, tal era el hombre al que cuatro revoluciones hábilmente amontonadas habían construido y después cimentado el pedestal.

El señor Villefort tenía fama de ser el hombre menos curioso y menos superficial de Francia; daba un baile todos los años y no aparecía en él más que un cuarto de hora, es decir cuarenta y cinco menos que el rey en los suyos; jamás se le veía en los teatros, ni en los conciertos, ni en ningún lugar público; algunas veces, pero raramente, jugaba una partida de *whist*, y entonces se tenía cuidado de escoger jugadores dignos de él: era algún embajador, algún arzobispo, algún príncipe, algún presidente, o en fin, cualquier duquesa viuda.

Éste era, pues el hombre cuyo carruaje acababa de detenerse delante de la puerta de Montecristo.

El ayuda de cámara anunció al señor de Villefort en el momento en que el conde, inclinado sobre una gran mesa, seguía en un plano el itinerario de San Petersburgo a China.

El procurador del rey penetró con el mismo paso grave y acompasado que entraba en el tribunal; era el mismo hombre, o más bien la continuación del mismo hombre que vimos en otra época de sustituto en Marsella. La naturaleza, consecuente con sus principios, no había cambiado en él el curso que debía seguir. De delgado, se había vuelto flaco; de pálido se tornó amarillo; sus ojos hundidos lo estaban más, y sus gafas con patillas de oro, al estar sobre las órbitas parecían formar parte del rostro; excepto su corbata blanca, el resto de su indumentaria era totalmente negro, y este color fúne-

bre no estaba cortado más que por el fino lazo de la cinta roja, que pasaba imperceptiblemente por su ojal y parecía una línea de sangre trazada a pincel.

Tan dueño de sí fue Montecristo que examinó, con una visible curiosidad, al devolverle el saludo, al magistrado, quien, desconfiado por costumbre y poco crédulo en cuanto a las maravillas sociales, estaba más dispuesto a ver en el noble extranjero —así llamaban ya a Montecristo— un señor industrial que venía a explotar un nuevo teatro, o un malhechor a punto de romper con la banda, que un príncipe de la Santa Sede o un sultán de *Las mil y una noches*.

—Señor —dijo Villefort, con ese tono chillón adoptado por los magistrados en sus momentos de oratoria, y del cual no quieren o no pueden desprenderse en las conversaciones—, señor, el señalado servicio que ayer prestó a mi mujer y a mi hijo, me impone el deber de darle las gracias. Vengo, pues, a cumplir con este deber y a expresarle todo mi reconocimiento.

Y al pronunciar estas palabras, su mirada crítica de magistrado no perdía nada de su arrogancia habitual. Estas palabras las había pronunciado con su voz de procurador general, con esa tiesura inflexible del cuello y los hombros que hacía, como ya hemos anunciado, decir a sus alabadores que era la estatua viviente de la ley.

—Señor —replicó el conde, a su vez, con una frialdad glacial—, me alegra mucho haber podido conservar un hijo a su madre, porque dicen que el sentimiento de la maternidad es el más santo de todos, y la dicha que me colma le dispensa, señor, de cumplir un deber cuya ejecución me honra, sin duda, porque sé que el señor Villefort no prodiga el favor que me hace, pero que, por precioso que sea, sin embargo, no vale para mí lo que la satisfacción interior.

Villefort, asombrado ante esta salida que no se esperaba, se estremeció como un soldado que siente un golpe bajo la armadura que le cubre, y un pliegue de su labio desdeñoso indicó que desde un principio no tenía al conde de Montecristo por un gentilhombre muy educado.

Echó un vistazo alrededor suyo para enganchar en cualquier motivo la conversación que decaía, y que parecía haberse roto al caer.

Vio el mapa que consultaba Montecristo en el momento en que entrara, y añadió:

—¿Se ocupa usted de geografía, señor? Es un estudio muy rico, sobre todo para usted, quien, según aseguran, ha visto tantos países como hay grabados en ese mapa.

—Sí, señor —respondió el conde—, he querido hacer sobre la especie humana, cogida en conjunto, lo que usted practica todos los días sobre las excepciones, es decir, un estudio psicológico. He pensado que me sería más fácil descender en seguida del todo a la parte, que no de la parte al todo. Es un axioma algebraico que indica que se proceda del conocido al desconocido, y no del desconocido al conocido... Pero, siéntese, señor, se lo ruego.

Y Montecristo indicó con la mano un sillón al procurador del rey, que se vio obligado a arrimar personalmente, mientras que él no hizo más que dejarse caer sobre el que estuvo sentado antes de la llegada del procurador del rey; de esta manera, el conde se encontró medio vuelto hacia su visitante, dando la espalda a la ventana y el codo apoyado sobre el mapa que hacía, de momento, tema de conversación; conversación que tomaba, como había sucedido en casa de Morcerf y en la de Danglars, un giro muy análogo, si no a la situación, al menos a los personajes.

—¡Ah! Usted filosofa —replicó Villefort, después de un breve silencio, durante el cual, como un atleta que encuentra un rudo adversario, había hecho acopio de fuerzas—. ¡Bien, señor! Le doy mi palabra de que si como usted no tuviese nada que hacer, también buscaría una ocupación menos triste.

—Es cierto, señor —repuso Montecristo—, y el hombre es un feo gusano para aquel que lo estudia al microscopio. Pero usted acaba de decir, creo, que yo no tengo nada que hacer. Veamos, por ejemplo, ¿cree usted tener algo que hacer, señor, o para hablar más claro, considera usted que lo que hace vale la pena llamarlo alguna cosa?

El asombro de Villefort aumentó ante este segundo golpe tan rudamente asestado por aquel extraño adversario; hacía tiempo que el magistrado no había oído una paradoja de aquella categoría, o más exactamente, era la primera vez que la oía.

El procurador del rey se dispuso a responder.

—Señor —dijo—, usted es extranjero, y usted mismo dice, según creo, que una parte de su vida ha transcurrido en países orientales; no sabe, pues, cuán prudentes y acompasadas son las medidas de justicia humana entre nosotros, siendo tan expeditiva en esos países bárbaros.

—Sí, lo sé, señor; sí, lo sé; es el *pede claud* antiguo. Sé todo eso porque la justicia de todos los países es en lo que más me he ocupado, sobre todo en el procedimiento criminal de todas las naciones comparado con la justicia natural. Y debo decirle, señor, que aún es la ley de los pueblos primitivos, es decir, la ley de Talión, la que he encontrado más conforme al sentir de Dios.

—Si esa ley fuese adoptada, señor —dijo el procurador del rey— se simplificarían mucho los códigos, y a buen seguro, nosotros, los magistrados, como usted decía hace un momento, no tendríamos gran cosa que hacer.

—Eso tal vez venga después —dijo Montecristo—, ya sabe que los inventos humanos progresan de lo complicado a lo sencillo; y lo sencillo siempre es la perfección.

—Entretanto, señor —replicó el magistrado—, existen nuestros códigos, con sus artículos contradictorios, salidos de costumbres galas, de leyes romanas, de usos francos; ahora bien, el conocimiento de todas estas leyes, usted convendrá en ello, no se adquiere sin largos trabajos, y son necesarios muchos estudios para conseguir este conocimiento, y poseer una gran inteligencia para, una vez adquirido este conocimiento, no olvidarlo.

—Estoy de acuerdo en eso, señor; pero todo eso que usted sabe con respecto al código francés, yo no sólo lo sé respecto a ese código, sino también respecto a los códigos de otras naciones; las leyes inglesas, las turcas, las japonesas, las hindúes, me son tan familiares como las francesas. Así pues, tengo razón al decir que, relativamente (pues ya sabe que todo es relativo, señor) a todo lo que yo he hecho, usted tiene muy pocas cosas que hacer, y que, relativamente a lo que he aprendido, usted aún tiene mucho que aprender.

—Pero, ¿con qué fin ha aprendido usted todo eso? —replicó Villefort, asombrado.

Montecristo sonrió.

—Bien, señor —dijo—, ya veo que a pesar de la reputación que le dan de hombre superior, usted ve todas las cosas desde el punto de vista material y vulgar de la sociedad, empezando por el hombre y concluyendo en el hombre, es decir, el punto de vista más estrecho y más restringido que está permitido abarcar a la inteligencia humana.

—Explíquese, señor —dijo Villefort, cada vez más asombrado—. No le comprendo muy bien.

—Digo, señor, que teniendo fijos los ojos en la organización social de las naciones, usted no ve más que los resortes de la máquina e ignora al obrero sublime que la hace funcionar; digo que usted no reconoce ante usted y alrededor suyo más que a los titulares cuyos nombramientos han sido firmados por ministros o por un rey, y que los hombres que Dios ha puesto por encima de esos títulos, de esos ministros y de esos reyes, dándoles una misión a cumplir en vez de un puesto a desempeñar, digo, que esos escapan a su corta visión. Es lo propio de la debilidad humana ante los órganos débiles e incompletos. Tobías tomó al ángel que acudió a visitarle por un hombre corriente. Las naciones tomaron a Atila, que debía aniquilarlos, por un conquistador como todos los conquistadores, y fue preciso que les revelasen sus designios celestes para que los reconociesen. Hubo que decir: «Soy el ángel del Señor», y el otro: «Soy el azote de Dios», para que la esencia divina de ambos quedase revelada.

—Entonces —añadió Villefort, cada vez más asombrado y creyendo hablar con un iluminado o un loco—, ¿usted se considera como uno de esos seres extraordinarios que acaba de citar?

—¿Por qué no? —replicó Montecristo, fríamente.

—Perdón, señor —repuso Villefort, anonadado—, pero usted me disculpará si al presentarme en su casa ignoraba que venía a la casa de un hombre cuyos conocimientos y cuya inteligencia sobrepasan en mucho a los conocimientos e inteligencias ordinarias y habituales de los hombres. No es corriente entre nosotros, desgraciados corrompidos de la civilización, que los gentileshombres poseedores, como usted, de una fortuna inmensa, al menos por lo que aseguran, fíjese que no interrogo y que sólo repito lo que es del dominio público; decía que esos privilegiados de la riqueza pierden su tiempo en especulaciones sociales, en ensoñaciones filosóficas, hechas, todo lo más, para consolar a aquellos que la muerte ha desheredado de los bienes de la tierra.

—¡Ah, señor! —agregó el conde—. ¿No ha llegado usted a la situación eminente que le ocupa sin haber admitido, e incluso sin haber encontrado excepciones, y no ejercitando nunca su mirada que, sin embargo, tanta necesidad tendría de penetración y seguridad, en adivinar a simple vista qué clase de hombre ha caído bajo ella? ¿Un magistrado no debería ser, no digo el mejor aplicador de la ley, ni el más astuto intérprete de las oscuridades de los pleitos,

sino una sonda de acero para llegar a los corazones, una piedra de toque para probar el oro de que está hecho cada alma, con más o menos mezcla?

—Señor, usted me confunde, palabra —dijo Villefort—. Jamás he oído hablar a nadie como usted lo hace.

—Es que usted siempre ha permanecido encerrado en el círculo de las condiciones generales, y jamás se ha atrevido a levantar un vuelo de águila por las esferas superiores que Dios ha poblado de seres invisibles o excepcionales.

—¿Y usted admite, señor, que esas esferas existen, y que los seres excepcionales e invisibles se mezclan con nosotros?

—¿Por qué no? ¿Es que usted ve el aire que respira y sin el cual no podría vivir?

—Entonces, ¿no vemos a esos seres de que usted nos habla?

—Sí, tal vez usted lo ve cuando Dios permite que se materialicen; los toca, se codean, les habla y le responde.

—¡Ah! —dijo Villefort, sonriendo—. Confieso que me gustaría estar bien prevenido cuando uno de esos seres se encontrase en contacto conmigo.

—Pues está servido a su gusto, señor, porque fue prevenido hace un momento, y ahora vuelvo a advertirle.

—¿Así que usted mismo...?

—Yo soy uno de esos seres excepcionales, sí, señor, y creo que, hasta hoy, ningún hombre se ha encontrado en una posición semejante a la mía. Los reinos de los reyes son limitados, bien por las montañas, bien por los ríos, bien por un cambio de costumbres o por la mutación de una lengua. Mi reino, el mío, es tan grande como el mundo, porque no soy italiano, ni francés, ni hindú, ni americano, ni español; soy cosmopolita. Ningún país puede decir que me ha visto nacer. Sólo Dios sabe en qué región me verá morir. Adopto todas las costumbres, hablo todos los idiomas. Usted me considera francés, ¿no es cierto?, porque hablo francés con la misma facilidad y pureza que usted. Bien, Alí, mi nubio, me cree árabe; Bertuccio, mi intendente, me considera romano; Haydée, mi esclava, me cree griego. Así, pues, comprenderá que no teniendo ningún país, no pidiendo protección a ningún Gobierno, no reconociendo a ningún hombre como hermano, ni uno solo de los escrúpulos que detienen a los poderosos o los obstáculos que paralizan a los débiles me frena o me detiene. No tengo más que dos

adversarios; no diré dos vencedores, porque con la persistencia los somete: es la distancia y el tiempo. El tercero y más terrible, es mi condición de hombre mortal. Esta solamente puede detenerme en el camino que llevo, y antes de que haya alcanzado el fin que pretendo; todo lo demás, lo tengo calculado. Lo que los hombres llaman golpe de suerte, es decir, la ruina, el cambio, las eventualidades, las tengo completamente previstas; y si alguna puede alcanzarme, ninguna puede derribarme. A menos que me muera, seré siempre lo que soy; he aquí porque le digo cosas que usted nunca ha oído, incluso en boca de reyes, porque los reyes tienen necesidad de usted y los demás hombres le tienen miedo. ¿Quién no se dice, en una sociedad tan ridículamente organizada como la nuestra: «Tal vez algún día tenga que ver con el procurador del rey»?

—Pero usted mismo, señor, puede decirse eso, porque de momento habita en Francia y, por lo tanto, está sometido a las leyes francesas.

—Lo sé, señor —respondió Montecristo—, pero cuando voy a un país empiezo por estudiar, por procedimientos que me son propios, todos los hombres de los cuales puedo esperar o temer alguna cosa, y llego a conocerlos muy bien e incluso casi mejor de lo que se conocen ellos mismos. Esto me conduce a que cualquier procurador del rey que se las tuviera conmigo, seguramente se vería más embarazado que yo.

Villefort, vacilando, replicó:

—¿Eso quiere decir que la naturaleza humana, siendo débil, todo hombre, según usted, ha cometido sus faltas?

—Faltas... o crímenes —respondió Montecristo, negligentemente.

—Y que usted solo, entre los hombres que usted no reconoce por hermanos, tal lo ha dicho usted mismo —agregó Villefort, con voz ligeramente alterada— es el único perfecto.

—No perfecto, sino impenetrable, nada más —respondió el conde—. Pero dejemos esto, señor, si la conversación le desagrada; que a mí no me amenaza su justicia ni a usted mi doble vista.

—No, no, señor —dijo con viveza Villefort, que sin duda temía parecer vencido—. No. Con su brillante y casi sublime conversación, me ha elevado usted por encima de los niveles ordinarios; nosotros no conversamos, sino disertamos. Ahora bien, usted sabe cuán crueles verdades se dicen en ocasiones los encarnizados

teólogos de la Sorbona o los filósofos en sus disputas; supongamos que hacemos teología social y filosofía teológica; entonces le diría una de ellas, por muy ruda que sea: Hermano mío, usted se sacrifica al orgullo; usted está por encima de los demás, pero por encima suyo está Dios.

—¡Por encima de todos, señor! —respondió Montecristo, con un acento tan profundo que Villefort se estremeció involuntariamente—. Tengo mi orgullo para con los hombres, serpientes siempre dispuestas a levantarse contra aquel que les sobrepasa de la frente sin aplastarle con el pie. Pero deposito este orgullo ante Dios, que me ha sacado de la nada para convertirme en lo que soy.

—Entonces, señor conde, le admiro —dijo Villefort, quien por primera vez en aquel extraño diálogo empleaba esta fórmula aristocrática para con el extranjero, a quien hasta entonces sólo había llamado señor—. Sí, se lo digo, si usted es realmente fuerte, realmente superior, realmente santo o impenetrable, lo que viene a ser, usted tenía razón, sea usted soberbio, señor; es la ley de las dominaciones. Pero, ¿ha tenido usted, sin embargo, alguna ambición?

—Tuve una, señor.

—¿Cuál?

—Yo, como ha sucedido a todo hombre alguna vez en su vida, fui arrastrado por Satán hasta la montaña más alta del mundo entero, y como dijo a Cristo en otros tiempos, me dijo a mí: «Veamos, hijo de los hombres, ¿qué quieres para adorarme?». Entonces reflexioné largo tiempo, porque desde hacía tiempo, efectivamente, una ambición devoraba mi corazón; luego le respondí: «Escucha, siempre he oído hablar de la Providencia, y, sin embargo, nunca la he visto, ni nada que se le parezca, lo que me hace suponer que no existe; quiero ser la Providencia, porque sé que tiene lo más hermoso, lo más grande y lo más sublime del mundo: recompensar y castigar». Pero Satán inclinó la cabeza y lanzó un suspiro. «Te equivocas —dijo—. La Providencia existe; sólo que tú no la ves porque el hijo de Dios es invisible como su padre. No has visto nada parecido, porque procede de fuentes ocultas y camina por senderos oscuros; todo lo que puedo hacer por ti, es convertirte en uno de los agentes de esa Providencia». El trato quedó hecho; posiblemente perderé mi alma, pero eso poco importa —agregó Montecristo—, porque el trato aún volvería a hacerlo.

Villefort miraba a Montecristo con un asombro sublime.

—Señor conde, ¿tiene usted familia? —inquirió.

—No, señor, estoy solo en el mundo.

—¡Tanto peor!

—¿Por qué? —preguntó Montecristo.

—Porque usted podría ver un espectáculo digno de destrozar su orgullo. No teme usted más que a la muerte, ¿no es eso?

—No digo que la tema, digo que es la única que puede detenerme.

—¿Y la vejez?

—Mi misión se cumplirá antes de que sea viejo.

—¿Y la locura?

—He estado a punto de ser loco, y ya conoce usted el axioma: *non bis in idem*; es un axioma criminal, y, por consiguiente, está en su cuerda.

—Señor —agregó Villefort—, aún hay otra cosa tan temida como la muerte, la vejez o la locura; existe, por ejemplo, la apoplejía, ese rayo que le golpea sin destruirle, y que, tras el cual, no obstante, todo se ha concluido. Sigue usted siendo, pero ya no lo es; usted que, como Ariel, tocaba al ángel, ya no es más que una masa inerte que, como Caliban, toca a la bestia; eso se llamaba bonitamente, como le decía, en el lenguaje humano, una apoplejía. Venga, si gusta, a continuar esta conversación a mi casa, señor conde, el día en que usted tenga el deseo de encontrar un adversario capaz de comprenderle y ávido por refutarle, y le presentaré a mi padre, el señor Noirtier de Villefort, uno de los más fogosos jacobinos de la Revolución francesa, es decir, la más brillante audacia puesta al servicio de la más vigorosa organización; un hombre que, como usted, no había visto posiblemente todos los reinos de la tierra, pero ayudó a trastornar uno de los más poderosos, un hombre que, como usted, pretendía ser uno de los enviados, no de Dios, sino del Ser supremo, no de la Providencia, sino de la Fatalidad. Pues bien, señor, la ruptura de un vaso sanguíneo en un lóbulo del cerebro destruyó todo eso, no en un día, ni en una hora, sino en un segundo. La víspera, el señor Noirtier, antiguo jacobino, ex senador, ex carbonario, burlador de la guillotina, burlador del cañón, burlador del puñal, el señor Noirtier jugando con las revoluciones, para quien Francia no era más que un tablero de ajedrez sobre el cual peones, torres, caballeros y reina debían desaparecer para dar mate al rey; el señor Noirtier, tan irreductible, era al día siguiente «ese pobre señor Noir-

tier», anciano inválido, entregado a los caprichos del ser más débil de la casa, es decir, de su nieta Valentina; un cadáver mudo y helado, en fin, que no vive sin sufrimiento más que para dar tiempo a la materia a llegar, sin tropiezos, a su entera descomposición.

—¡Ay, Señor! —dijo Montecristo—. Ese espectáculo no es extraño ni a mi vista ni a mis pensamientos; soy un poco médico, y tengo, como mis camaradas, buscado más de una vez el alma en la materia viviente y en la muerta; y al igual que la Providencia, ha permanecido invisible a mis ojos, pero presente en mi corazón. Cien autores, desde Sócrates y Séneca, pasando por San Agustín hasta Gall, han hecho en prosa o verso el reproche que usted acaba de hacer; pero, sin embargo, puedo comprender que los sufrimientos de un padre puedan operar grandes cambios en el ánimo de su hijo. Iré, señor, ya que lo desea, a contemplar, en provecho de mi humildad, ese horrible espectáculo que debe entristecer mucho su casa.

—Eso sucedería, sin duda, si Dios no me hubiese dado una gran compensación. Frente a ese anciano que desciende arrastrándose hacia la tumba, están dos hijos que suben en la vida: Valentina, una hija de mi primer matrimonio con la señorita de Saint-Méran, y Eduardo, ese muchacho a quien usted salvó la vida.

—¿Y qué conclusiones saca usted de esa compensación, señor? —inquirió Montecristo.

—Deduzco, señor —respondió Villefort—, que mi padre, arrastrado por las pasiones, ha cometido algunas de esas faltas que escapan a la justicia humana, pero que revelan la justicia de Dios, y que Dios, no queriendo castigar más que a una sola persona, le ha castigado a él.

Montecristo, con la sonrisa en los labios, lanzó en el fondo de su corazón un rugido que hubiese espantado a Villefort si éste hubiera podido escucharlo.

—Adiós, señor —agregó el magistrado, que desde hacía un rato ya estaba en pie—, le dejo, llevándome un recuerdo de estima que espero le será grato cuando usted me conozca mejor, porque no soy un hombre banal como pueda creerse. Por otra parte, usted ha hecho de la señora de Villefort una amiga eterna.

El conde saludó y se limitó a acompañar hasta la puerta de su gabinete a Villefort, quien llegó hasta su carruaje precedido de dos lacayos, que, a una señal de su dueño, se apresuraron a abrir la portezuela.

Después, cuando el procurador del rey hubo desaparecido, Montecristo dijo, sacando con esfuerzo una sonrisa de su pecho oprimido:

—Vamos, vamos, basta de veneno; y ahora que mi corazón está repleto, vayamos en busca del antídoto. Y dando un golpe sobre el timbre, dijo a Alí:

—Subo a ver a la señora. Que me preparen el coche para dentro de media hora.

Haydée

Se recordará cuáles eran las nuevas o más bien las antiguas amistades del conde de Montecristo que habitaban en la calle Meslay: eran Maximilien, Julia y Emmanuel.

La esperanza de esta grata visita que pensaba hacer, de aquellos momentos felices que iba a pasar, de ese resplandor del paraíso deslizándose en el infierno en que se había hundido voluntariamente, había puesto, desde el momento en que perdió de vista a Villefort, la más encantadora serenidad en el rostro del conde, y Alí, que había corrido a la llamada del timbre, viendo aquel rostro tan radiante de una alegría tan rara, se retiró de puntillas y con la respiración contenida, como para no espantar los buenos pensamientos que creía ver revoloteando en torno a su amo.

Era mediodía; el conde se había reservado una hora para subir junto a Haydée; se hubiese dicho que la alegría no podía penetrar de golpe en aquella alma tanto tiempo destrozada, y que tenía necesidad de prepararse a las suaves emociones, como otras almas necesitan prepararse para las emociones violentas.

La joven griega estaba, como ya hemos dicho, en unos aposentos completamente separados de los habitados por el conde. Esta vivienda estaba amueblada a estilo oriental; es decir, los suelos cubiertos de espesas alfombras de Turquía, cortinas de brocados cubrían las paredes, y en cada estancia un amplio diván se veía alrededor de toda la habitación con montañas de almohadones que se desplazaban a voluntad.

Haydée tenía tres mujeres francesas y una griega a su servicio. Las francesas se encontraban en la primera estancia, listas a correr al sonido de una campanilla de oro y a obedecer las órdenes de la esclava griega, la cual sabía bastante francés para transmitir los deseos de su dueña a sus tres camareras, a las cuales Montecristo re-

comendó que tuviesen para con Haydée los mismos miramientos que para una reina.

La muchacha estaba en la pieza más oculta del aposento, es decir, en una especie de gabinete redondo, iluminado solamente por arriba, y en el cual la claridad del día sólo entraba a través de cristales rosas. Estaba echada en tierra sobre almohadones de satén azul bordados en plata, y medio recostada hacia atrás sobre el diván, encuadrando su cabeza en su brazo derecho mientras que con el izquierdo sujetaba entre sus labios la boquilla de coral en la cual estaba enganchado el flexible tubo de una pipa turca, que sólo dejaba llegar a su boca el vapor perfumado por agua de benjuí, a través de la cual su suave aspiración lo hacía pasar.

Su pose, muy natural para una mujer de Oriente, hubiese resultado de una coquetería bastante afectada para una francesa.

En cuanto a su atuendo, era el de las mujeres de Epiro, es decir, unos calzones de satén blanco bordado de flores rosas que dejaban al descubierto dos pies de niña que se hubiesen creído de mármol de Paros si no se les hubiese visto jugar con dos sandalias de punta vuelta, bordadas en oro y perlas; una chaqueta con largas rayas azules y blancas, con grandes mangas abiertas para los brazos, con botones de plata y de perlas; en fin, una especie de corpiño, que dejaba ver, por su abertura en corazón, el cuello y toda la parte alta de su pecho, abotonándose debajo del seno por tres botones de diamantes. En cuanto al bajo del corpiño y la cintura del pantalón, desaparecían bajo uno de esos echarpes de vivos colores y anchas franjas sedosas que tanto ambicionan nuestras elegantes parisienses.

La cabeza estaba cubierta con un pequeño casquete de oro bordado de perlas, inclinado hacia un lado, y debajo del casquete, del lado que se inclinaba, una hermosa rosa natural de color púrpura que asomaba mezclada de cabellos tan negros que casi parecían azules.

En cuanto a la belleza de este rostro, era la griega en toda la perfección de su tipo, con esos ojos negros velados, su nariz recta, sus labios de coral y sus dientes de perlas.

Luego, sobre ese encantador semblante, la flor de la juventud esparciendo todo su brillo y todo su perfume: Haydée podía tener diecinueve o veinte años.

Montecristo llamó a la sirvienta griega, y le hizo pedir a Haydée permiso para entrar a verla.

Por toda respuesta, Haydée hizo una seña a la sirvienta para que levantase la tapicería que colgaba ante la puerta, cuyo marco encuadraba a la joven reclinada como en un bello cuadro. Montecristo avanzó.

Haydée se incorporó sobre el codo que sostenía la pipa turca, y alargando al conde su mano, le acogió con una sonrisa.

—¿Por qué has de hacer que me pidan permiso para verme? ¿Acaso no eres mi dueño y no soy tu esclava? —inquirió ella en la lengua sonora de las hijas de Esparta y Atenas.

Montecristo sonrió a su vez:

—Haydée, usted sabe...

—¿Por qué no me dices de tú como acostumbras? —interrumpió la joven griega—. ¿He cometido alguna falta? En ese caso, castígame, pero no me trates de usted.

—Haydée —prosiguió el conde—, ya sabes que estamos en Francia, y, por consiguiente, eres libre.

—¿Libre para qué? —preguntó la muchacha.

—Libre de abandonarme.

—¡Abandonarte! ¿Y por qué habría de hacerlo?

—¿Qué sé yo? Vamos a ver a más gente.

—No quiero ver a nadie.

—Y entre los apuestos jóvenes que tú encontrarás, hallarás alguno que te guste; yo no sería tan injusto...

—No he visto nunca hombres más apuestos que tú, y no he amado más que a mi padre y a ti.

—¡Pobre pequeña! —dijo Montecristo—. Es que casi no has hablado más que con tu padre y conmigo.

—Bien. No tengo necesidad de hablar con otros. Mi padre me llamaba «su alhaja», tú me llamas «tu amor», y ambos me llamáis «vuestra pequeña».

—¿Te acuerdas de tu padre, Haydée?

La muchacha sonrió.

—Está aquí y aquí —dijo ella, poniendo su mano sobre sus ojos y su corazón.

—¿Y yo, dónde estoy? —preguntó Montecristo, sonriendo.

—Tú estás en todas partes —replicó ella.

Montecristo tomó la mano de Haydée para besarla; pero la ingenua muchacha retiró su mano y presentó su frente.

—Ahora, Haydée —le dijo él—, ya sabes que eres libre, que tú eres dueña y que eres reina; puedes quitarte tu vestido o guardártelo cuando quieras; permanecerás aquí cuando lo desees, y saldrás cuando quieras salir; siempre habrá un coche enganchado a tu disposición; Alí y Myrto te acompañarán por todas partes y seguirán tus órdenes; sólo una cosa, te ruego.

—Di.

—Guarda secreto el lugar de tu nacimiento, no digas una palabra sobre tu pasado; no pronuncies en ninguna ocasión el nombre de tu ilustre padre ni el de tu pobre madre.

—Ya te lo he dicho, señor; no veré a nadie.

—Escucha, Haydée; puede ser que esta reclusión, muy oriental, no sea posible en París; continúa aprendiendo la vida de nuestros países del Norte, como lo hiciste en Roma, en Florencia, en Milán y en Madrid; eso te servirá siempre, tanto si continúas viviendo aquí como si regresas a Oriente.

La muchacha levantó hacia el conde sus grandes ojos húmedos y respondió:

—O que nosotros volvamos a Oriente, quieres decir, ¿no es así, mi señor?

—Sí, hija mía —dijo Montecristo—. Sabes bien que no seré yo quien te abandone. Nunca es el árbol quien deja a la flor, sino la flor la que abandona al árbol.

—No te abandonaré nunca, señor —dijo Haydée—, porque estoy segura de que no podré vivir sin ti.

—¡Pobre pequeña! Dentro de diez años seré viejo, y tú, en cambio, aún continuarás joven.

—Mi padre tenía una larga barba blanca; eso no impedía que lo amase; mi padre tenía sesenta años, y me parecía más hermoso que todos los jóvenes que veía.

—Pero, veamos, dime: ¿crees que tú te acostumbrarás aquí?

—¿Te veré?

—Todos los días.

—Bien, ¿qué me pides entonces, señor?

—Temo que te aburras.

—No, señor, porque por la mañana pensaré que tú vendrás, y por la noche me acordaré de que has venido; además, cuando estoy sola, tengo grandes recuerdos, vuelvo a ver cuadros inmensos, grandes horizontes con el Pindo y el Olimpo en la lejanía; además, ten-

go en el corazón tres sentimientos con los cuales nunca hay aburrimiento: la tristeza, el amor y la gratitud.

—Eres una digna hija de Epiro, Haydée, graciosa y poética, y se percibe que descienes de esa familia de diosas nacidas en tu país. Estate tranquila, hija mía; yo haré que tu juventud no se pierda, porque si tú me amas como a un padre, yo te quiero como a un niño.

—Te equivocas, señor; yo no amaba a mi padre como te amo a ti; mi amor por ti es otra clase de amor. Mi padre está muerto y yo no estoy muerta; mientras que tú, si mueres, yo moriré.

El conde alargó la mano a la muchacha con una sonrisa de profunda ternura; ella se la besó como de costumbre.

Y el conde, así dispuesto para la entrevista que iba a tener con Morrel y su familia, partió murmurando esos versos de Pindaro:

«La juventud es una flor en la que el amor es el fruto... Dichoso el vendimiador que la recoja tras haberla visto madurar lentamente...».

Según sus órdenes, el coche estaba listo. Subió y el carruaje, como siempre, partió al galope.

La familia Morrel

El conde llegó a los pocos minutos a la calle Meslay, número 7.

La casa era blanca, risueña y precedida de un patio en el cual dos pequeños macizos contenían bastantes flores hermosas.

En la conserjería y abriéndole la puerta, el conde reconoció al viejo Coclés. Pero como éste, ya se recordará, no tenía más que un ojo y desde hacía nueve años se había debilitado mucho, Coclés no reconoció al conde.

Los carruajes, para detenerse delante de la entrada, debían dar una vuelta a fin de evitar un pequeño surtidor de agua rodeado de una gran taza en forma de concha de mármol, que había excitado bastantes envidias en el barrio, y que era el motivo de que llamasen a la casa: El pequeño Versailles.

Es inútil señalar que en esta taza nadaban infinidad de peces rojos y amarillos.

La casa, levantada sobre un piso de cocinas y cuevas, tenía, además de la planta baja, dos pisos; los jóvenes la habían comprado con sus dependencias, que consistían en un inmenso taller, dos pabellones en el fondo del jardín y el jardín en sí. Emmanuel había visto en esta disposición, al primer vistazo, una pequeña especulación; se reservó la casa y la mitad del jardín, y trazó una línea, es decir, construyó un muro entre él y los talleres que había alquilado con los pabellones y la mitad de jardín correspondiente; de esta manera se encontraba viviendo por una suma bastante módica, y también tan encerrado como el más escrupuloso propietario de un hotelito del barrio de Saint Germain.

El comedor era de encina; el salón de caoba y terciopelo azul; el dormitorio de limonero y damasco verde; además, existía un gabinete de trabajo para Emmanuel, que no trabajaba, y un salón de música para Julia, que no musicaba.

El segundo piso estaba consagrado enteramente para Maximilien; era una repetición exacta de la vivienda de su hermana, sólo que el comedor se había convertido en un salón de billar al que llevaba a sus amigos.

Él mismo supervisaba la limpieza de su caballo, y fumaba un cigarro a la entrada del jardín cuando el coche del conde se detuvo a la puerta.

Coclés la abrió, como ya se ha dicho, y Bautista, saltando de su asiento, acudió a preguntar si los señores Herbault y Maximilien Morrel estaban visibles para el conde de Montecristo.

—¡Para el conde de Montecristo! —exclamó Morrel, tirando su cigarro y adelantándose hacia su visitante—. Ya lo creo que estamos visibles para él. ¡Ah! Muchas gracias, señor conde, por no haberse olvidado de su promesa.

Y el joven oficial estrechó tan cordialmente la mano del conde, que éste no pudo equivocarse ante la franqueza de la manifestación, y comprobar que era esperado con impaciencia y recibido con prontitud.

—Venga, venga —dijo Maximilien—, voy a servirle de introductor. Un hombre como usted no debe ser anunciado por un sirviente. Mi hermana está en el jardín cortando rosas marchitas; mi hermano lee sus dos periódicos *La Presse* y *Les Debats*, a seis pasos de ella, porque allá donde se vea a la señora Herbault no hay más que mirar en un radio de cuatro metros y se encuentra al señor Herbault, y recíprocamente, como se dice en la escuela politécnica.

El ruido de pasos hizo levantar la cabeza a una mujer de unos veinte a veinticinco años, vestida con una bata de seda, y limpiando con sumo cuidado un rosal de color avellana.

Esta mujer era nuestra pequeña Julia, convertida como ya lo había predicho el mandatario de la casa Thomson y French, en señora de Emmanuel Herbault.

Ella lanzó un grito al ver a un extraño y Maximilien se echó a reír.

—No te molestes, hermana mía —dijo—. El señor conde no hace más que dos o tres días que está en París y ya sabe lo que es una rentista del Marais, y si no lo sabe, tú se lo enseñarás.

—¡Ah, señor! —dijo Julia—. Traerle así es una traición de mi hermano, que no tiene por su pobre hermana ni la más ligera delicadeza... ¡Penelón! ¡Penelón!

Un anciano que cavaba en un plantío de rosales de Bengala depositó su laya en tierra y se aproximó, la gorra en la mano, disimulando lo mejor que podía su mascada de tabaco en las profundidades de sus mejillas. Algunos mechones blancos argenteaban su cabellera todavía espesa, mientras que su tez morena y su mirada atrevida y vivaz recordaban al viejo marino, bronceado al sol del ecuador y curtido por los vientos y las tempestades.

—Creo que me ha llamado usted, señorita Julia —dijo—. Aquí estoy.

Penelón había conservado la costumbre de llamar a la hija de su patrón señorita Julia, y jamás pudo aprender a llamarla señora Herbault.

—Penelón —dijo Julia—, vaya a prevenir al señor Emmanuel que tenemos una grata visita, mientras el señor Maximilien conduce a este señor al salón.

Después, volviéndose a Montecristo, añadió:

—Señor, ¿me permitirá escaparme un minuto, no es cierto?

Y sin esperar el asentimiento del conde, se lanzó por detrás de un macizo y alcanzó la casa por una entrada lateral.

—¡Vaya! Mi querido señor Morrel —dijo Montecristo—, advierto con dolor que mi visita trastorna a toda su familia.

—Mire, mire —dijo Maximilien, riendo—, ¿ve usted allí a su marido que también va a cambiar su chaqueta por una levita? ¡Oh! Es que se le conoce en la calle Meslay; ya estaba usted anunciado, créame.

—Me parece que tiene aquí una familia muy dichosa, señor —dijo el conde, respondiendo a su propio pensamiento.

—¡Oh, sí! Le respondo de ello, señor conde. ¿Qué se le va a hacer? No les falta nada para ser felices: son jóvenes, son divertidos, se aman, y con sus veinticinco mil libras de renta se imaginan, ellos que han pasado junto a inmensas fortunas, que poseen la riqueza de los Rothschild.

—Sin embargo, veinticinco mil libras de renta es poco —dijo Montecristo, con una dulzura tan suave que penetró en el corazón de Maximilien como hubiese podido hacerlo la voz de un padre cariñoso—, pero no se detendrán ahí nuestros jóvenes, y a su vez serán millonarios. Señor, ¿su cuñado es abogado..., médico?

—Era negociante, señor conde, y tomó a su cargo la casa de nuestro pobre padre. El señor Morrel murió dejando quinientos mil

francos de fortuna; yo tenía una mitad y mi hermana la otra, porque no éramos más que dos hermanos. Su marido, que se había casado sin más patrimonio que su noble probidad, su inteligencia de primer orden y su reputación sin tacha, quiso poseer tanto como su mujer. Trabajó hasta que amasó doscientos cincuenta mil francos; le bastaron seis años. Esto era, se lo juro, señor conde, un espectáculo conmovedor: dos jóvenes tan laboriosos, tan unidos, y destinados por su capacidad a la fortuna más alta, y no queriendo cambiar en nada las costumbres de la casa paterna, invirtieron seis años en hacer lo que otros emprendedores hubiesen podido hacer en dos o tres; así, pues, Marsella entera colmó de alabanzas tan laboriosa abnegación. En fin, un día Emmanuel salió al encuentro de su mujer, que acababa de pagar los vencimientos.

»—Julia —le dijo—, aquí está el último cartucho de cien francos que acaba de entregarme Coclés y que completa los doscientos cincuenta mil que hemos fijado como límite de nuestras ganancias. ¿Estarás contenta con tan poco, con lo cual será preciso pasarnos de ahora en adelante? Escucha, la casa hace negocios por un millón de francos anuales y puede producir cuarenta mil de beneficios. Venderemos, si lo queremos, la clientela por trescientos mil francos en una hora: porque aquí tengo una carta del señor Delaunay que nos los ofrece a cambio de nuestros fondos, que desea unir al suyo. A ver qué piensas que se debe hacer.

»—Amigo mío —dijo mi hermana—, la casa Morrel no puede sostenerse más que por un Morrel. Salvar para siempre de los vaivenes de la suerte el nombre de mi padre, ¿acaso no vale trescientos mil francos?

»—En eso pensaba —respondió Emmanuel—. Sin embargo, quería conocer tu opinión.

»—Pues bien, amigo mío, ya la tienes. Todas nuestras entradas quedan hechas, todas nuestras letras están pagadas; podemos echar una raya por debajo de la cuenta de esta quincena y cerrar nuestras oficinas. Tracemos esa raya y cerremos.

»Así lo hicieron inmediatamente. Eran las tres y a las tres y cuarto se presentó un cliente para asegurar el pasaje de dos barcos: era una ganancia de quince mil francos al contado.

»—Señor —dijo Emmanuel—, ¿querría usted dirigirse para ese seguro a nuestro compañero señor Delaunay? En cuanto a nosotros, ya hemos abandonado el negocio.

»—¿Y desde cuándo? —preguntó el cliente, asombrado.

»—Desde hace un cuarto de hora.

»Y así, señor —continuó, sonriendo, Maximilien—, fue cómo mi hermana y mi cuñado sólo tienen veinticinco mil libras de renta.

Apenas concluyó su narración Maximilien, durante la cual se dilató aún más el corazón del conde, cuando reapareció Emmanuel ataviado con un sombrero y su levita. Saludó como hombre que conoce la calidad de su visitante; después, tras haber hecho dar una vuelta alrededor de un cercado florido, condujo al conde a la vivienda.

El salón ya estaba embalsamado de flores contenidas a duras penas en un inmenso vaso de Japón con asas naturales. Julia, convenientemente vestida y peinada con coquetería (había hecho aquel prodigio en diez minutos), se presentó para recibir al conde.

Se oía canturrear a los pájaros de una pajarera próxima; las ramas de falsos ébanos y de las acacias rosas venían a bordar con sus ramos las cortinas de terciopelo azul. Todo en esta encantadora morada respiraba calma, desde el canto de los pájaros a la sonrisa de los dueños.

Desde que entró en la vivienda, el conde ya se había impregnado de aquella felicidad; así, pues, permaneció mudo y pensativo, olvidando que le esperaban para reanudar la conversación interrumpida después de los primeros cumplidos.

Se dio cuenta de que este silencio resultaba casi inconveniente, e hizo un esfuerzo por arrancarse de su ensoñación.

—Señora —dijo al fin—, perdóneme una emoción que debe asombrarla, acostumbrada a la paz y a la felicidad que aquí encuentro; pero para mí es una cosa tan nueva por la satisfacción sobre un rostro humano que no me canso de mirarla a usted y a su marido.

—En efecto, somos muy felices, señor —replicó Julia—, pero también hemos sufrido mucho tiempo, y pocas personas habrán comprado su dicha tan cara como nosotros.

La curiosidad se pintó en las facciones del conde.

—¡Oh! Es toda una historia de familia, como le decía el otro día Chateau Renaud —agregó Maximilien—. Para usted, señor conde, acostumbrado a ver ilustres desgracias y espléndidas alegrías, tendrá escaso interés este cuadro de familia. No obstante, como bien acaba de decirle Julia, hemos sufrido muchos dolores, aunque quedamos encerrados en este pequeño cuadro.

—¿Y Dios les ha derramado, como hace con todos, el consuelo a sus sufrimientos? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —dijo Julia—. Podemos decirlo, porque hizo por nosotros lo que sólo se hace con sus elegidos: nos envió uno de sus ángeles.

Un vivo sonrojo apareció en las mejillas del conde, y carraspeó para tener un medio de disimular su emoción llevando su pañuelo a la boca.

—Aquellos que han nacido en cuna de púrpura y nunca han deseado nada, no saben lo que es la felicidad de vivir —dijo Emmanuel—. Lo mismo que aquellos que no conocen el precio de un cielo puro, y que jamás han entregado su vida a merced de cuatro tablas arrojadas a un mar enfurecido.

Montecristo se levantó, y sin responder nada, porque sólo en el temblor de su voz se hubiera conocido la emoción que le embargaba, se puso a recorrer el salón.

Nuestra magnificencia le hace sonreír, señor conde —dijo Maximilien, que seguía a Montecristo con la mirada.

—No, no —respondió Montecristo, muy pálido y conteniendo los latidos de su corazón con la mano, mientras que con la otra señalaba al joven un fanal bajo el que reposaba una bolsita de seda sobre una almohadilla de terciopelo negro—. Estaba pensando en qué significado posee esa bolsa que por un lado contiene un papel, me parece, y al otro, un hermoso diamante.

Maximilien la cogió con aire grave y respondió:

—Esto, señor conde, es el máspreciado tesoro de nuestra familia.

—En efecto, ese diamante es bastante hermoso —replicó Montecristo.

—¡Oh! Mi hermano no le habla del valor de la piedra, aunque esté estimado en cien mil francos, señor conde. Sólo quiere decir que los objetos que están encerrados con esa bolsita son las reliquias del ángel de quien hablábamos hace un momento.

—Eso es lo que no sé comprender, y, sin embargo, es lo que no debo preguntar, señora —replicó Montecristo, inclinándose—. Perdoneme, no he querido ser indiscreto.

—¿Indiscreto, dice? ¡Oh! Nos halaga usted, señor conde, ofreciéndonos una ocasión para escucharnos sobre este tema. Si ocultásemos como un secreto la hermosa acción que nos recuerda esa

bolsa, no la expondríamos de ese modo. ¡Oh! Bien quisiéramos publicarla por todo el mundo para que un estremecimiento de nuestro bienhechor desconocido nos revelase su presencia.

—¡Ah! ¿De veras? —murmuró Montecristo, con voz ahogada.

—Señor —dijo Maximilien, levantando el globo de cristal y besando religiosamente la bolsita de seda—. Esto ha tocado la mano del hombre que, gracias a su intervención, salvó a mi padre de la muerte, a nosotros de la ruina, y nuestro nombre de la deshonra; de un hombre gracias al cual nosotros, pobres muchachos condenados a la miseria y a las lágrimas, podemos oír hoy a la gente extasiarse con nuestra felicidad. Esta carta —y Maximilien sacó el billete de la bolsa y lo presentó al conde— fue escrita por él un día en que mi padre había tomado una decisión muy desesperada, y este diamante fue dado en dote a mi hermana por ese generoso desconocido.

Montecristo abrió la carta y la leyó con una indefinible expresión de dicha; era la nota que nuestros lectores ya conocen, dirigida a Julia y firmada por Simbad el Marino.

—¿Desconocido, dice usted? ¿Así, pues, el hombre que les ha prestado este servicio ha quedado en el incógnito para ustedes?

—Sí, señor, nunca hemos tenido la dicha de estrechar su mano; y no será por falta de haber pedido a Dios que nos concediese tal favor —añadió Maximilien—, pero hubo en toda esta aventura una misteriosa dirección que aún no hemos podido comprender. Todo fue llevado por una mano invisible, tan poderosa como la de un encantador.

—¡Oh! —dijo Julia—. Aún no he perdido la esperanza de besar un día esa mano como beso la bolsa que toco. Hace cuatro años, marino que usted vio con una laya en la mano, y que de contramaestre se ha convertido en jardinero. Estando, pues, Penelón en Trieste, vio en el muelle a un inglés que iba a embarcarse en un yate, y reconoció en él a la persona que acudió a la casa de mi padre el 5 de junio de 1829, y que me escribió esta carta el 5 de setiembre. Era el mismo, según asegura, pero no se atrevió a hablarle.

—¡Un inglés! —exclamó Montecristo, pensativo e inquieto ante cada mirada de Julia—. ¿Un inglés, dice usted?

—Sí —replicó Maximilien—, un inglés que se presentó en nuestra casa como mandatario de la firma Thomson y French, de Roma. He ahí el motivo por el cual, cuando usted dijo el otro día en casa del señor de Morcerf que los señores Thomson y French eran

sus banqueros, me vio estremecerme. En el nombre del cielo, señor, eso ocurría, como le hemos dicho, en el año 1829. ¿Ha conocido usted a ese inglés?

—Pero, ¿no me dijo usted también que la casa Thomson y French siempre había negado haberles prestado ese servicio?

—Sí.

—Entonces, ese inglés, ¿no sería un hombre que, reconocido a vuestro padre por alguna buena acción que él mismo hubiese olvidado, pudo tomar ese pretexto para prestarle ese servicio?

—Todo es posible, señor, en semejante circunstancia incluso un milagro.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Montecristo.

—No ha dejado otro nombre —respondió Julia, mirando al conde con profunda atención— que el que aparece firmando la nota: Simbad el Marino.

—Lo cual no es ningún nombre, evidentemente, sino un seudónimo.

Luego, como Julia le miraba con mayor atención y aun intentaba coger al vuelo y reunir algunas inflexiones de su voz, agregó:

—Veamos, ¿no es acaso un hombre de mi estatura, un poco mayor tal vez, un poco más delgado, encerrado en una corbata alta, abotonado, encorsetado, ceñido y siempre con un lápiz en la mano?

—¡Oh! Pero, entonces, usted lo conoce —exclamó Julia, con los ojos radiantes de alegría.

—No, lo supongo solamente —dijo Montecristo—. He conocido a un lord Wilmore que también tenía rasgos de una generosidad parecida.

—¡Sin darse a conocer!

—Era un hombre extraño que no creía en el agradecimiento.

—¡Oh! —exclamó Julia, con acento sublime y juntando las manos—. ¿En qué creía, pues, el desventurado?

—Él no creía, al menos en la época en que le conocí —dijo Montecristo, a quien aquella voz salida del fondo del alma había conmovido hasta la última fibra—. Pero desde entonces, tal vez habrá tenido alguna prueba de que existe la gratitud.

—¿Y usted conoce a ese hombre, señor? —preguntó Emmanuel.

—¡Oh! Si usted le conoce, señor —exclamó Julia—, díglele..., díglele... ¿Puede traérmelo, mostrárnoslo, decírnos dónde está? Dílo, Maximilien, dílo, Emmanuel; si le encontrásemos alguna vez, le haríamos creer en el agradecimiento.

Montecristo sintió que dos lágrimas se asomaban a sus ojos; y se puso a pasear nuevamente por el salón.

—¡En nombre del cielo, señor! —dijo Maximilien—. Si sabe usted alguna cosa de ese hombre, díganos lo que usted sepa.

—¡Ay! —dijo Montecristo, conteniendo la emoción de su voz—. Si es ese lord Wilmore su bienhechor, me temo que nunca más lo encontrarán. Lo dejó hace dos o tres años en Palermo y entonces se marchaba para el país más fabuloso; aunque dudo mucho que vuelva algún día.

—¡Ah, señor! Es usted cruel —exclamó Julia, con espanto.

Y las lágrimas asomaron a los ojos de la muchacha.

—Señora —dijo gravemente Montecristo, devorando con la mirada las dos perlas líquidas que rodaban sobre las mejillas de Julia—, si lord Wilmore hubiese visto lo que acabo de ver aquí, aún amaría la vida, porque las lágrimas que usted derrama le reconciliarían con el género humano.

Y alargó la mano a Julia, que le dio la suya, atraída como lo estaba por la mirada y el acento del conde.

—Pero ese lord Wilmore —dijo ella, aferrada a una última esperanza— será de algún sitio, tenía una familia, padres, era conocido, ¿no es así? ¿Acaso no podríamos...?

—¡Oh! No busque, señora —dijo el conde—, no se llene de dulces quimeras por las palabras que se me han escapado... No, lord Wilmore, probablemente no es el hombre que ustedes buscan; era mi amigo, yo conocía todos sus secretos, y me hubiese contado ése.

—¿Y no le ha dicho nada? —exclamó Julia.

—Nada.

—Jamás una palabra que pudiese hacerle suponer...

—Nunca.

—Sin embargo, usted lo nombró inmediatamente.

—¡Ah! En tales casos, ya sabe usted, se supone.

—Hermana mía, hermana mía —dijo Maximilien, acudiendo en ayuda del conde—, el señor tiene razón. Acuérdate de lo que nos dijo con frecuencia nuestro padre; no ha sido un inglés quien nos ha hecho tan dichosos.

Montecristo se estremeció.

—Su padre les decía... señor Morrel —agregó, con viveza.

—Mi padre, señor, veía en esta acción un milagro. Mi padre creía en un bienhechor salido para nosotros de la tumba... ¡Oh, qué conmovedora superstición, señor! Y aunque no creía en ella, estaba muy lejos de querer destruir esta creencia en su noble corazón. Así, pues, cuantas veces soñaba pronunciando en voz baja el nombre de un amigo muy querido, el nombre de un amigo perdido; y cuando estuvo a punto de morir, cuando la proximidad de la eternidad hubo dado a su corazón algo así como la iluminación de la tumba, este pensamiento, que hasta entonces había sido duda, se convirtió en convicción, y las últimas palabras que pronunció al morir fueron éstas: «¡Maximilien era Edmond Dantés!».

La palidez del conde, que desde hacía unos segundos había aumentado, fue espantosa cuando oyó estas palabras. Toda su sangre se agolpó en su corazón y no podía hablar; sacó su reloj como si hubiese olvidado la hora, cogió su sombrero, hizo a la señora Herbault un brusco y embarazoso cumplido, y estrechando las manos de Emmanuel y de Maximilien, dijo:

—Señora, permítame volver en otras ocasiones para rendirle mis respetos. Adoro su casa, y estoy reconocido por su acogida, porque aquí es la primera vez que me he olvidado de muchos años.

Y salió precipitadamente.

—Este conde de Montecristo es un hombre extraño —dijo Emmanuel.

—Sí —respondió Maximilien—, pero creo que tiene un corazón excelente, y estoy seguro de que nos quiere.

—¡Y yo! —dijo Julia—. Su voz me ha llegado al corazón, y en dos o tres ocasiones me ha parecido que no era la primera vez que la oía.

Píramo y Tisbe

A dos pasos del barrio de Saint-Germain, detrás de una hermosa casa, resaltando entre las notables viviendas de ese rico distrito, se extiende un vasto jardín en el cual los espesos castaños sobrepasan las enormes tapias, altas como murallas, y dejan, con el viento de la primavera, caer sus flores rosas y blancas sobre dos vasos de piedra acanalada situados paralelamente sobre dos pilastras cuadrangulares en las cuales encaja una verja de hierro del tiempo de Luis XIII.

Esta grandiosa entrada está condenada a pesar de los magníficos geranios que crecen en los dos vasos y mecen al viento sus hojas marmóreas y sus flores de púrpura, desde que los propietarios de la vivienda, y de esto hace ya muchos años, se limitaron a la posesión de la casa, del patio plantado de árboles que da al *faubourg*, y del jardín que encierra esta verja; la cual daba en otros tiempos a un magnífico huerto de una fanega de tierra, anexo a la propiedad. Pero el demonio de la especulación, habiendo tirado una línea, es decir, una calle en el extremo de este huerto, y la calle, antes de existir, haber recibido un nombre gracias a una placa de hierro pulido, hizo pensar en vender ese huerto para construir hacia la calle y dar concurrencia a esta gran arteria de París que se llama *faubourg* de Saint Honoré.

Pero en materia de negocios, el hombre propone y el dinero dispone; la calle bautizada murió en la cuna, el comprador del huerto, tras haberlo pagado perfectamente, no pudo encontrar al revenderlo la suma que deseaba, y en espera de una subida de precios que no podía faltar un día u otro, se conformó con alquilar este recinto a dos hortelanos por la suma de quinientos francos anuales.

Ese dinero fue colocado al medio por ciento, lo que no es ^{mu}cho para los tiempos que corren, en los que tantas personas lo

colocan al cincuenta y aún encuentran que el dinero produce bien poco.

No obstante, como ya hemos dicho, la verja del jardín, que en otros tiempos daba al huerto, está condenada, y el orín roe sus goznes. Hay incluso más: para que los innobles hortelanos no deslicen sus vulgares miradas en el interior del recinto aristocrático, una pared de tablas se adosó a los barrotes hasta la altura de seis pies. Bien es cierto que las tablas no están tan juntas que no pueda echarse un vistazo furtivo por entre sus junturas; pero esta casa es tan seria que no teme a las indiscreciones.

En esta huerta, en vez de coles, de zanahorias, de rábanos, de guisantes y de melones, crecen grandes alfalfas, único cultivo que aún indica que se piensa en ese lugar abandonado. Una puertecita baja, que se abre sobre la proyectada calle, da entrada a este terreno encerrado entre tapias, que sus habitantes acaban de abandonar a causa de su esterilidad, y que, desde hace ocho días, en vez de producir un medio por ciento, como en el pasado, no da absolutamente nada.

Por el lado de la casa, los castaños de que hemos hablado, coronan la tapia, lo que no impide a otros árboles verdes y floridos deslizarse en los espacios que median entre unos y otros, sus ramas ávidas de aire. En un ángulo en que el follaje es tan espeso que apenas si penetra la luz, un ancho banco de piedra y sillas de jardín señalan un lugar de reunión, o un remanso favorito de algún habitante de la casa, situada a cien pasos, y que apenas se percibe a través de la muralla de verdura que la envuelve. En fin, la elección de este asilo misterioso está justificado a la vez por la ausencia de sol, por el frescor eterno, incluso durante los calurosos días de verano, por el gorjeo de los pájaros y por el alejamiento de la casa de la calle, es decir, de los negocios y del ruido.

Al atardecer de uno de los más cálidos días que la primavera aún concede a los habitantes de París, había sobre ese banco de piedra un libro, una sombrilla, un canastillo de labores y un pañuelo de batista empezado a bordar; y no lejos del banco, cerca de la verja, de pie ante las tablas y el ojo aplicado a una de las aberturas de la pared, había una joven cuyas miradas penetraban en el jardín desierto que ya conocemos.

Casi al mismo tiempo, la puertecita de este terreno se abría sin ruido, y un joven alto, vigoroso, vestido con una blusa azul y una

gorra de terciopelo, pero en quien los bigotes, la barba y los cabellos negros cuidadosamente peinados desdecían bastante con su atuendo popular; el joven apareció en ella y tras echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie lo espiaba, pasó por dicha puerta, la cerró tras de sí y se dirigió con pasos precipitados hacia la verja.

A la vista del que esperaba, pero no probablemente con aquel traje, la joven tuvo miedo y se echó hacia atrás.

Y sin embargo, ya a través de las hendiduras de la puerta, el hombre joven, con esa mirada que pertenece a los amantes, había visto flotar el vestido blanco y el largo cinturón azul. Se abalanzó a la pared, y aplicando su boca a una abertura, dijo:

—No tengas miedo, Valentina; soy yo. La muchacha se acercó.

—¡Oh, señor! —exclamó ella—. ¿Por qué ha venido hoy tan tarde? Sabe que va a cenarse pronto, y que he tenido que valerme de mil recursos para deshacerme de mi madrastra, que me espía, de mi camarera, que me persigue, y de mi hermano, que me atormenta, para venir a trabajar aquí en este bordado, que me temo no terminaré en mucho tiempo. Además, cuando se haya disculpado por su retraso, ya me dirá qué significa ese nuevo traje que le ha dado por adoptar, y que casi ha sido la causa de que no le reconociese.

—Querida Valentina —dijo el joven—, demasiado conoces mi amor para que me atreva a hablar de él, y, sin embargo, cada vez que te veo siento necesidad de decirte que te adoro, a fin de que el eco de mis palabras me acaricie dulcemente el corazón cuando no te veo. Ahora te agradezco esa regañina; es encantadora, porque me prueba, no me atrevo a decir que me esperabas, pero sí que pensabas en mí. ¿Quieres saber la causa de mi retraso y el motivo de mi disfraz? Voy a decírtelo, y espero que sepas disculparme. He elegido un oficio.

—¿Un oficio? ¿Qué quieres decir, Maximilien? ¿Es que acaso somos lo bastante felices para que hables de lo que nos atañe en tono de broma?

—¡Oh, Dios me libre de bromear con lo que es mi vida! —dijo el joven—. Pero cansado de ser un corredor de campos y un escalador de tapias, seriamente espantado ante la idea que hiciste nacer en mí la otra tarde, de que tu padre me juzgaría un día como ladrón, lo que comprometería el honor del ejército francés, y no menos asustado de la posibilidad de que se asombren de ver continuamente dan-

do vueltas a este terreno, que no es ninguna ciudadela para asediar o el más ligero reducto que defender, a un capitán de *spahis*, me he hecho hortelano y adoptado el traje de mi profesión.

—¡Bueno, qué locura!

—Al contrario, es la cosa más sabia, creo, que he hecho en mi vida, porque nos da toda la seguridad.

—Veamos, explícate.

—Pues bien; fui a buscar al propietario de esa huerta; el alquiler de los antiguos inquilinos había concluido y se la he alquilado de nuevo. Toda esa alfalfa me pertenece, Valentina. Nada me impide hacer que construyan una cabaña encima del heno y vivir, de ahora en adelante, a veinte pasos de ti... ¡Oh! No puedo contener mi alegría y mi dicha. ¿Comprendes, Valentina, que se puedan pagar estas cosas? Es imposible, ¿no crees? Pues bien, toda esta felicidad, toda esta dicha y esta alegría, por las cuales hubiese dado diez años de mi vida, me cuestan... ¿adivinas cuánto? Quinientos francos anuales, pagaderos en trimestres. Así, pues, como ves, de ahora en adelante no hay nada que temer. Aquí estoy en mi casa, puedo poner una escalera contra mi muro y mirar por encima, y tengo, sin temor a una patrulla que venga a importunarme, el derecho a decirte que te amo, tanto que tu orgullo no se sentirá herido al oír esta palabra en boca de un pobre jornalero vestido con una blusa y llevando una gorra.

Valentina lanzó un gritito de alegre sorpresa; luego, de repente, dijo con tristeza, como si una nube hubiese velado el rayo de sol que iluminaba su corazón:

—¡Ay, Maximilien! Ahora seremos demasiado libres, nuestra felicidad nos hará tentar a Dios; abusaremos de nuestra seguridad y nuestra seguridad nos perderá.

—¿Puedes decirme eso, amiga mía, a mí, que desde el día que te conozco te pruebo que todos los días he subordinado mis pensamientos y mi vida a tus pensamientos y a tu vida? ¿Quién te ha dado confianza en mí? Mi felicidad, ¿no es así? Cuando me dijiste que un vago instinto te aseguraba que corrías un gran peligro, yo puse mi fidelidad a tu servicio sin solicitar más recompensa que la dicha de servirte. Desde entonces, ¿te he dado ocasión, por una palabra, por un gesto, de arrepentirte por haberme distinguido entre los que hubieran sido felices de morir por ti? Me has dicho, pobre niña, que estabas prometida a Franz d'Epinay, que vuestro padre ha-

bía decidido esa alianza, es decir, que estaba segura porque todo lo que quiere el señor de Villefort se efectúa infaliblemente. Pues bien, yo he permanecido en la sombra, esperándolo todo, no de mi voluntad ni de la tuya, sino de los acontecimientos, de la Providencia, de Dios, y sin embargo, tú me amas, tienes compasión de mí. Valentina, y me lo has dicho; gracias por esta dulce palabra que te hago repetirme de vez en cuando y que me hace olvidar todo.

—Y he aquí lo que te ha envalentonado, Maximilien; he aquí lo que me produce una vida muy dulce y a la vez desdichada, hasta el punto que me pregunto con frecuencia qué será mejor para mí: la tristeza que me causaba en otros tiempos el rigor de mi madrastra y su predilección por su hijo, o la dicha llena de peligros que saboreo al verte.

—¡Peligro! —exclamó Maximilien—. ¿Puedes decirme una palabra tan dura como injusta? ¿Has visto alguna vez un esclavo más sumiso que yo? Me has permitido dirigirte alguna vez la palabra, Valentina, pero me tienes prohibido seguirte, y yo obedezco. Desde que encontré un medio para deslizarme en este recinto para hablar contigo a través de esta puerta, de estar, en fin, tan cerca de ti sin verte, ¿te he pedido, dímelo, que me dejases besar el borde de tu vestido a través de esta verja? ¿He intentado alguna vez franquear este muro, ridículo obstáculo para mi juventud y mi fuerza? Nunca un reproche por tu rigor, nunca un deseo expresado en voz alta; he bordeado el límite de mi palabra como un caballero de los tiempos feudales. Confiesa eso, al menos, para que no te considere injusta.

—Es cierto, es cierto —dijo Valentina, pasando entre dos tablas uno de sus dedos afilados el extremo del cual besó Maximilien—, eres un amigo honrado. Pero, en fin, no has actuado más que pensando en tu propio interés, mi querido Maximilien; sabías muy bien que el día en que el esclavo se volviese muy exigente, lo perdería todo. Tú me has prometido la amistad de un hermano, a mí que no tengo amigos, a mí, a quien mi padre olvida, a quien mi madrastra persigue, y a quien no tiene más consuelo que el anciano mudo, inmóvil y helado, cuya mano no puede estrechar mi mano, cuya mirada sólo puede hablarme, y cuyo corazón, sin duda, aún late por mí con un resto de calor. ¡Amarga irrisión de la suerte que me hace enemiga y víctima de todos los que son más fuertes que yo, y que me da un cadáver por único consuelo y amigo! ¡Oh! Verdadera-

mente, Maximilien, te lo repito, soy muy desgraciada y haces bien en amarme por mí y no por ti.

—Valentina —dijo el joven, con profunda emoción—, no diré que seas la única que amo en este mundo, porque también quiero a mi hermana y a mi cuñado, pero es con un cariño dulce y sereno que en nada se parece al sentimiento que experimento por ti; cuando pienso en ti, mi sangre bulle, mi pecho se hincha, mi corazón se desborda; pero esta fuerza, este ardor, este poder sobrehumano, los emplearé sólo en amarte hasta el día en que me digas que los emplee en servirte. Franz d'Epinay aún estará ausente un año, dicen; y en un año, cuántas suertes favorables pueden servirnos y cuántos acontecimientos pueden ayudarnos... Esperemos, pues, siempre; resulta tan grato y dulce esperar. Pero, mientras tanto, Valentina, tú que me echas en cara mi egoísmo, ¿qué has sido para mí? La bella y fría estatua de Venus púdica. En recompensa a mi cariño, a mi obediencia, a mi moderación, ¿qué me has prometido? Nada... ¿Qué me has concedido? Casi nada. Me hablas del señor d'Epinay, tu futuro esposo, y suspiras ante la idea de ser algún día suya. Veamos, Valentina, ¿es eso todo lo que sientes en el alma? Dime, yo te entrego mi vida, te doy mi alma, te consagro hasta el más insignificante latido de mi corazón, y cuando soy todo tuyo, cuando siento que me moriría si te perdiese, tú permaneces tranquila y no te espantas ante la sola idea de pertenecer a otro. ¡Oh, Valentina, Valentina! Si estuviese en tu lugar, si me sintiese amado con la seguridad que tienes de como yo te amo, ya hubieses pasado más de cien veces tu mano por entre estas tablas y hubieras estrechado la mano del pobre Maximilien diciéndole: «¡Para ti, para ti sólo, Maximilien, en este mundo y en el otro!».

Valentina no respondió nada, pero el joven la oyó suspirar y llorar.

La reacción de Maximilien fue instantánea.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Valentina! ¡Valentina! Olvida mis palabras, si en alguna de ellas ha podido existir algo que te hiriese.

—No —dijo ella—, tú tienes razón; pero, ¿no ves que soy una pobre criatura abandonada en una casa casi extraña, porque mi padre me es extraño; cuya voluntad han ido quebrantando día a día, hora a hora, y minuto tras minuto, en el espacio de diez años, con la voluntad de hierro de otros seres superiores a los que estoy sujeta? Nadie ve lo que yo sufro, y a nadie se lo he confiado más que a

ti. En apariencia, a los ojos de todo el mundo, todo es bueno y todos son afectuosos; pero en realidad, todo me es hostil. La gente dice: «El señor de Villefort es demasiado grave y severo para ser cariñoso con su hija; pero al menos ella tiene la dicha de haber encontrado en la señora de Villefort una segunda madre». Pues bien, todo el mundo se equivoca, mi padre me ha abandonado con indiferencia y mi madrastra me odia con un encarnizamiento mucho más terrible por cuanto lo disimula con su eterna sonrisa.

—¡Odiarte a ti. Valentina! ¿Cómo pueden hacerlo?

—¡Ay, amigo mío! —dijo Valentina—. Estoy obligada a confesar que ese odio hacia mí procede de un sentimiento casi natural. Ella adora a su hijo, mi hermano Eduardo.

—¿Y qué?

—Parece extraño mezclar a lo que hablamos en una cuestión de dinero, pues bien, amigo mío, creo que su odio procede de eso, por lo menos. Como ella nada tiene por su parte, y yo ya soy rica por los bienes de mi madre, y esta fortuna aún se duplicará con la de los señores de Saint-Méran, que heredaré algún día, pues bien, creo que está envidiosa... ¡Oh, Dios mío! Si pudiese darle la mitad de esta fortuna y encontrarme en casa del señor de Villefort como una hija en casa de su padre, no vacilaría un instante en dársela.

—¡Pobre Valentina!

—Sí, me siento encadenada, y al mismo tiempo tan débil que me parece que estos lazos me sostienen y por ello tengo miedo de romperlos. Por otra parte, mi padre no es un hombre al que se pueda desobedecer impunemente sus órdenes; es poderoso contra mí y lo será contra ti y contra el mismo rey, protegido como está por un pasado irreprochable y una posición casi intachable. ¡Oh, Maximilien! Te lo juro, no lucho, porque temo que tanto tú como yo sucumbamos en esa lucha.

—Pero, en fin, Valentina —agregó Maximilien—, ¿por qué desesperarse así y ver el futuro siempre tan sombrío?

—¡Ah, amigo mío! Porque juzgo por el pasado.

—Veamos, no obstante; si no puedo ser un partido ilustre desde el punto de vista aristocrático, poseo muchos puntos, sin embargo, dentro de la sociedad en que vivimos. Los tiempos en que existían dos Francias ya no existen ahora; las más altas familias de la monarquía se han fundido en las familias del Imperio; la aristocracia de la lanza se ha casado con la nobleza del cañón. Ahora bien,

yo pertenezco a esta última; tengo un hermoso porvenir en el ejército, gozo de una fortuna limitada, pero independiente; la memoria de mi padre es venerada en nuestro país como la de uno de los comerciantes más honrados que han existido. Digo nuestro país, Valentina, porque tú eres casi de Marsella.

—No me hables de Marsella, Maximilien; ese solo nombre me recuerda a mi buena madre, aquel ángel llorado por todo el mundo y quien, después de haber velado por su hija en el corto espacio de tiempo que permaneció en la tierra, aún vela, así lo espero al menos, durante su eterna estancia en el cielo. ¡Oh! Si viviera mi pobre madre, Maximilien, no tendría nada que temer; le diría que te quiero y ella nos protegería.

—¡Ay, Valentina! —prosiguió Maximilien—. Si ella viviese, sin duda no te conocería; porque, como has dicho, serías feliz si ella viviese, y la Valentina feliz me hubiese contemplado muy desdeñosamente desde lo alto de su grandeza.

—¡Ah, amigo mío! —exclamó Valentina—. Ahora eres tú el injusto. Pero, dime...

—¿Qué quieres que te diga? —repuso Maximilien, viendo que Valentina vacilaba.

—Dime —continuó la muchacha—, ¿acaso hubo en otros tiempos algún motivo de disgusto entre vuestro padre y el mío?

—No, que yo sepa —respondió Maximilien—, a no ser que vuestro padre haya sido el partidario más celoso de los Borbones, y el mío el hombre más devoto del emperador. Eso es, a lo que supongo, todo lo que haya podido existir de disidencia entre ellos. Pero, ¿por qué me preguntas eso, Valentina?

—Te lo diré —prosiguió la muchacha—, porque debes saberlo. El día que publicaron los periódicos tu nombramiento de oficial de la Legión de Honor, nos hallábamos todos en casa de mi abuelo, el señor Noirtier, y también estaba el señor Danglars, ya sabes, ese banquero cuyos caballos estuvieron ayer a punto de matar a mi madrastra y a mi hermano. Yo leía el periódico en voz alta a mi abuelo mientras los demás hablaban de la probable boda del señor de Morcerf con la señorita Danglars. Cuando llegué al párrafo que te concernía, y que yo ya había leído porque la víspera por la mañana me habías anunciado esa buena noticia; cuando llegué, digo, al párrafo que te concernía me sentía muy feliz..., pero temerosa, al mismo tiempo, de verme obligada a pronunciar tu nombre, y seguro

que lo hubiese omitido si no temiera que diesen una mala interpretación a mi silencio; así, pues, hice acopio de fuerzas y leí.

—¡Querida Valentina!

—Pues bien, nada más pronunciar tu nombre, mi padre volvió la cabeza. Estaba tan persuadida (ya ves qué loca soy) de que todo el mundo se asombraría ante ese nombre como ante un rayo, que creí percibir un estremecimiento en mi padre e incluso (aunque esto es una ilusión, estoy segura), también en el señor Danglars.

»—Morrel —dijo mi padre—, espera un poco —y frunció las cejas antes de añadir—, ¿no será acaso uno de esos Morrel de Marsella, uno de esos rabiosos bonapartistas que nos hicieron tanto mal en 1815?

»—Sí —respondió Danglars—, y hasta creo que es el mismo hijo del viejo armador.

—Es cierto —dijo Maximilien—. ¿Y qué dijo vuestro padre, Valentina?

—¡Oh! Una cosa espantosa que no me atrevo a repetir.

—Dímelo, no importa —continuó Maximilien, sonriendo.

»—Su emperador —continuó frotándose las cejas— sabía poner en su sitio a todos esos fanáticos: Los llamaba carne de cañón, y era el único nombre que merecían. Veo con gusto que el nuevo Gobierno pone en vigor tan saludable principio... Aunque no sirviese más que para eso la conquista de Argelia, felicitaría al Gobierno, a pesar de que nos sale un poco cara.

—En efecto, es una política bastante brutal —dijo Maximilien—. Pero no te sonrojes, querida amiga, por lo que ha dicho el señor de Villefort; mi valiente padre no cedía en nada al vuestro sobre ese punto, y repetía sin cesar: «¿Por qué el emperador, que hace tantas cosas hermosas, no crea un regimiento de jueces y abogados, y no los envía siempre a la línea de fuego?». Como puedes ver, mi querida amiga, los partidos se equilibran por lo pintoresco de sus opiniones y por la dulzura de sus pensamientos. Pero, ¿qué dijo el señor Danglars ante esa salida del procurador del rey?

—¡Oh! Él se echó a reír con esa risa burlona que le es tan peculiar y que encuentro tan horrible; después se levantaron y se marcharon inmediatamente. Entonces vi que mi abuelo estaba muy conmovido. Debo decirte, Maximilien, que yo solamente soy la que adivino las agitaciones de ese pobre paralítico, y no dudé, por otra parte, que la conversación mantenida delante de él (porque no pres-

tan atención a su presencia, ni hacen caso del pobre abuelo) le había impresionado, ya que se había hablado mal del emperador, y por lo que parece, él fue fanático del emperador.

—Fue, en efecto, uno de los nombres más conocidos en el Imperio —dijo Maximilien—. Ha sido senador y, como sabes, o no lo sabes, Valentina, estuvo complicado en todas o casi todas las conspiraciones que hubo en tiempos de la Restauración.

—Sí, algunas veces he oído decir algo de esas cosas en voz baja, y que me parecen muy extrañas; el abuelo bonapartista, el padre realista; en fin, ¿qué se le va a hacer? Me volví, pues, hacia él, y me señaló el periódico con la vista.

»—¿Qué tiene usted, abuelo? —le dije—. ¿Está usted contento?

»Me hizo señas con la cabeza de que sí.

»—¿Por lo que acaba de decir mi padre? —pregunté.

»Hizo un gesto de que no.

»—¿Por lo que ha dicho el señor Danglars?

»Volvió a indicar que no.

»—¿Es quizá porque al señor Morrel no me atreví a decir Maximilien, lo han nombrado oficial de la Legión de Honor?

»Hizo señas de que sí.

—¿Lo creerías, Maximilien? Estaba contento de que fueses nombrado oficial de la Legión de Honor, y sin conocerte. Puede que fuese una locura de su parte, porque dicen que a veces vuelve a la infancia; pero yo le quiero mucho por eso.

—Es extraño —murmuró Maximilien—. Vuestro padre me odiaba entonces, mientras vuestro abuelo, por el contrario... ¡Qué extraños afectos y odios producen esas cosas de los partidos!

—¡Chist! —exclamó de pronto Valentina—. ¡Escóndete, márchate, alguien viene!

Maximilien saltó hacia una laya y se puso a cavar implacablemente en la alfalfa.

—¡Señorita, señorita! —gritó una voz detrás de los árboles—. La señora de Villefort la busca por todas partes y la llama. Hay una visita en el salón.

—¡Una visita! —dijo Valentina, muy agitada—. ¿Y quién ha venido?

—Un gran señor, un príncipe, por lo que han dicho; el señor conde de Montecristo.

—Ya voy —dijo Valentina, gritando.

Aquel nombre hizo estremecer de la otra parte de la verja a aquel a quien el «Ya voy» de Valentina servía de despedida al fin de cada entrevista.

«Vaya —se dijo Maximilien, apoyándose muy pensativo sobre su laya—. ¿Cómo conoce el conde de Montecristo al señor de Villefort?»



Toxicología

Era, realmente, el conde de Montecristo quien acababa de entrar en casa de la señora de Villefort con la intención de devolver al señor procurador del rey la visita que éste le había hecho. Al oír su nombre, toda la casa, como se supondrá, se puso en movimiento.

La señora de Villefort, que estaba en el salón cuando anunciaron al conde, inmediatamente hizo venir a su hijo para que el niño reiterase su agradecimiento al conde, y Eduardo, que no dejaba de oír hablar del gran personaje desde hacía dos días, se apresuró a complacerla, no por obediencia a su madre ni por dar las gracias al conde, sino por curiosidad y para hacer alguna observación bromista que hiciesen decir a su madre: «¡Oh, qué niño tan malo! Pero merece que se le perdone, porque tiene tanto talento...».

Tras los primeros saludos de costumbre, el conde preguntó por el señor de Villefort.

—Mi marido cena en casa del señor canciller —respondió la mujer—. Acaba de salir hace un instante, y estoy segura de que lamentará no haber tenido el honor de verle.

Dos visitantes que habían precedido al conde en el salón, y que le devoraban con la vista, se retiraron después del tiempo razonable exigido a la vez por la cortesía y por la curiosidad.

—A propósito, ¿qué hace tu hermana Valentina? —dijo la señora de Villefort a Eduardo—. Que la avisen a fin de que tenga el honor de presentarla al señor conde.

—¿Tiene usted una hija, señora? —preguntó el conde—. Entonces debe ser una chiquilla.

—Es la hija del señor de Villefort —replicó la joven mujer—. Una hija del primer matrimonio, una esbelta y bella figura.

—Pero melancólica —interrumpió Eduardo, arrancando, para ponerlas en su sombrero, las plumas de la cola de un magnífico guacamayo que gritaba de dolor en su percha dorada.

La señora de Villefort se limitó a decir:

—Silencio, Eduardo. —Y añadió—: Este locuelo casi tiene razón, y repite lo que me ha oído decir muchas veces con amargura; porque la señorita de Villefort, a pesar de cuanto hacemos por distraerla, es de carácter triste y de un humor taciturno que muchas veces perjudica el efecto de su belleza. Pero no viene; Eduardo, ve-te a ver por qué tarda.

—Porque la buscan donde no está.

—¿Dónde la buscan?

—En el cuarto del abuelo Noirtier.

¿Y crees tú que ella no está allí?

—No, no, no, ella no está allí —respondió Eduardo, canturreando.

—¿Y en dónde está? Dilo, si lo sabes.

—Está debajo del castaño grande —continuó el niño travieso, presentando, a pesar de los gritos de su madre, moscas vivas al guacamayo, que parecía muy ansioso por esta clase de caza.

La señora de Villefort alargó la mano para llamar e indicar a la camarera el lugar en que encontraría a Valentina, cuando ésta se presentó. Parecía, en efecto, triste, y observándola detenidamente hasta se hubiese podido descubrir en sus ojos el rastro de lágrimas.

Valentina, a quien arrastrados por la rapidez de la narración, hemos presentado sin darla a conocer, era una joven esbelta y alta de diecinueve años, con pelo castaño claro, ojos de un azul intenso, continente lánguido, y en el cual resaltaba la exquisita dignidad que caracterizara a su madre; sus manos blancas y estilizadas, su cuello nacarado, sus mejillas teñidas de color imperceptible, le daban a primera vista el aspecto de esas hermosas inglesas a quienes se ha comparado poéticamente en sus movimientos con los cisnes.

Entró, pues, y viendo al lado de su madre al extranjero de quien tanto había oído hablar, saludó sin ninguna coquetería de jovencita y sin bajar la mirada, con una gracia tal que redobló el interés del conde.

Este se puso en pie.

—La señorita de Villefort, mi hijastra —indicó la señora de Villefort a Montecristo, inclinándose sobre su sofá y mostrando con la mano a Valentina.

—Y el señor conde de Montecristo, rey de la China y emperador de la Conchinchina—dijo el maligno chiquillo, lanzando una mirada socarrona a su hermana.

Esta vez la señora de Villefort se puso pálida y estuvo a punto de irritarse contra aquella plaga doméstica que se llamaba Eduardo; pero, por el contrario, el conde sonrió y pareció mirar al niño con complacencia, lo cual llevó a la madre al colmo de la alegría y el entusiasmo.

—Pero, señora —repuso el conde, reanudando la conversación y mirando alternativamente a la señora de Villefort y a Valentina—, ¿no he tenido el honor de haberla visto en alguna parte, a usted y a la señorita? Hace un momento que pienso en ello; pero cuando la señorita ha entrado, su presencia ha sido una nueva luz que ha venido a iluminar un recuerdo confuso; perdóneme esta expresión.

—Eso no es probable, señor. La señorita de Villefort no frecuenta la sociedad, y salimos muy raras veces —dijo la mujer.

—Sin embargo, no es en sociedad donde he visto a la señorita, ni a usted, señora, como a ese picarillo. La vida parisiense, por otra parte, me es absolutamente desconocida, porque ya creo haber tenido el honor de decírselo, no llevo en París más que unos días. No, si usted permite que recuerde..., espere...

El conde puso su mano sobre su frente como para concentrar todos sus recuerdos.

—No, ha sido fuera... Es... no sé..., pero me parece que este recuerdo es inseparable de un sol brillante y de una especie de fiesta religiosa. La señorita tenía flores en la mano; el niño corría detrás de un pavo real en un jardín, y usted, señora, se hallaba debajo de un emparrado... Ayúdeme, señora, ¿es que las cosas que le digo no le recuerdan nada?

—No, realmente —respondió la señora de Villefort—, y, no obstante, señor, me parece que si lo hubiese encontrado en algún sitio, su recuerdo hubiese permanecido en mi memoria.

—El señor conde posiblemente nos ha visto en Italia —dijo tímidamente Valentina.

—En efecto, en Italia... Es muy posible —dijo Montecristo—. ¿Ha viajado usted por Italia, señorita?

—La señora y yo fuimos hace unos dos años. Los médicos temían por mi pecho y me habían recomendado el aire de Nápoles. Pasamos por Bolonia, por Perusa y por Roma.

—¡Ah! Es cierto, señorita —exclamó Montecristo, como si esta sencilla indicación bastase para recordarlo todo—. Fue en Perusa, el día de Corpus, en el jardín de la hostería de la Poste, donde la

casualidad nos reunió a usted, a esta señorita, a su hijo y a mí; me acuerdo de haber tenido el honor de verla.

—Me acuerdo perfectamente de Perusa, señor, y de la hostería de la Poste, y de la fiesta que usted dice —dijo la señora de Villefort—. Pero no hago más que interrogar a mis recuerdos, y me avergüenzo de mi poca memoria, pues no recuerdo no haber tenido el honor de haberle visto.

—Es extraño, ni yo tampoco —dijo Valentina, levantando su hermosa mirada hacia Montecristo.

—¡Ah! Yo sí me acuerdo —dijo Eduardo.

—La voy a ayudar, señora —prosiguió el conde—. El día había sido muy caluroso; usted esperaba los caballos que no llegaban a causa de la solemnidad. La señorita se alejaba hacia las profundidades del jardín, y su hijo desapareció corriendo tras un pájaro.

—Y lo atrapé, mamá; tú lo sabes —dijo Eduardo—. Le arranqué tres plumas de la cola.

—Usted, señora, se quedó bajo el emparrado, ¿no se acuerda de que durante el tiempo que estuvo sentada en el banco de piedra y, como ya he dicho, la señorita de Villefort y su hijo estaban ausentes, conversó un buen rato con alguien?

—Sí, realmente, sí —dijo la mujer, sonrojándose—. Me acuerdo de ello; con un hombre envuelto en un gran abrigo de lana, con un médico, creo.

—Justo, señora; aquel hombre era yo. Desde hacía quince días vivía en aquella hostería curando a mi ayuda de cámara de fiebres y a mi huésped de la ictericia, de tal manera que me tenían por un gran médico. Hablamos mucho tiempo de diferentes cosas: del Perugino, de Rafael, de costumbres, de modas, de aquella famosa *aquatofana*, cuyo secreto, según creo, le habían dicho varias personas que aún se conservaba en Perusa.

—¡Ah, sí! Es cierto, ya me acuerdo —dijo con viveza la señora de Villefort, bastante inquieta.

—Ya no sé lo que usted me dijo detalladamente, señora —replicó el conde, con perfecta tranquilidad—, pero compartiendo el error general respecto a mí, me consultó acerca de la salud de la señorita de Villefort.

—Sin embargo, señor, usted era realmente médico —dijo la señora de Villefort—, puesto que había curado a varios enfermos.

—Molière o Beaumarchais, le responderían, señora, que exactamente por no serlo no he curado a mis enfermos, pero mis enfermos han sanado; yo me contentaré con decirle que he estudiado bastante a fondo la química y las ciencias naturales, pero sólo como aficionado... ¿Comprende usted?

En aquel momento dieron las seis.

—Ya son las seis —dijo la señora de Villefort, visiblemente agitada—. ¿No vas a ver, Valentina, si vuestro abuelo está dispuesto a cenar?

Valentina se levantó, y saludando al conde, salió de la estancia sin pronunciar una palabra.

—¡Oh, Dios mío! Señora, ¿será por mi causa que despide a la señorita de Villefort? —dijo el conde cuando Valentina hubo salido.

—No lo crea —replicó la mujer, con viveza—. Pero es la hora en que hacemos que el señor de Noirtier reciba la escasa comida que sostiene su triste existencia. Ya sabe, señor, en qué estado tan deplorable se encuentra el padre de mi marido.

—Sí, señora. El señor de Villefort me habló de ello; una parálisis, creo.

—¡Ay, sí! El pobre anciano carece de todo movimiento, sólo el alma vela en esa máquina humana, pálida y temblorosa, como una lámpara pronta a apagarse. Pero, perdone, señor, que le hable de nuestros infortunios domésticos; le he interrumpido en el momento en que me decía que usted era un químico hábil.

—¡Oh! No decía eso, señora —respondió el conde, con una sonrisa—. Muy al contrario, he estudiado la química porque decidido a vivir en Oriente, quise seguir el ejemplo del rey Mithridates.

—*Mithridates, rex Ponticus* —dijo el alocado chiquillo, cortando siluetas en un magnífico álbum—, el mismo que desayunaba todas las mañanas veneno a la crema.

—¡Eduardo, no seas malo! —exclamó la señora de Villefort, arrebatando el libro mutilado de manos de su hijo—. Eres insoporrible, nos aturdes. Déjanos y ve a reunirte con tu hermana Valentina en el cuarto del abuelito Noirtier.

—El álbum —pidió Eduardo.

—¿Cómo el álbum?

—Sí, quiero el álbum.

—¿Por qué has cortado los dibujos?

—Porque eso me divierte.

—¡Hala, vete! ¡Márchate!

—No me iré si no me das el álbum —chilló acomodándose en un gran sillón el niño, siempre fiel a su costumbre de no ceder en nada.

—Tenlo y déjanos tranquilos —dijo la señora de Villefort.

—Veamos si ahora cierra la puerta tras de sí —murmuró.

La señora de Villefort cerró la puerta con sumo cuidado detrás del niño; el conde pareció no darse cuenta de ello.

Después, echando una última mirada en torno suyo, la joven mujer regresó a sentarse en su butaca.

—Permítame hacerle observar, señora —dijo el conde con esa bondad que ya le conocemos—, que usted es muy severa con ese encantador niño.

—Hay que serlo, señor —replicó la señora de Villefort con verdadero aplomo de madre.

—Era a Cornelio Nepote a quien recitaba el señorito Eduardo al hablar del rey Mithridates —dijo el conde—, y usted lo ha interrumpido en una cita que prueba que su preceptor no ha perdido el tiempo con él, y que su hijo está muy adelantado para su edad.

—La verdad es, señor conde —respondió la madre halagada dulcemente—, que tiene mucha facilidad, y que aprende todo lo que ve. No tiene más defecto que ser muy voluntarioso; pero, a propósito de lo que él decía, ¿cree usted, por ejemplo, señor conde, que Mithridates empleaba esas precauciones y tales eran eficaces?

—Ya lo creo, señora, e incluso yo, que le hablo, he usado de ellas para no ser envenenado en Nápoles, en Palermo y en Esmirna, es decir, en las tres ocasiones en que, sin tal precaución, hubiera perecido.

—¿Y el procedimiento le dio resultado?

—Perfecto.

—Sí, es cierto. Me acuerdo de que me habló usted de algo parecido en Perusa.

—¿De veras? —exclamó el conde con una sorpresa admirablemente interpretada—. Yo no me acuerdo de ello.

—Yo le pregunté si los venenos obran lo mismo y con la misma energía sobre los hombres del Norte que sobre los del Mediodía, y usted me respondió que los temperamentos fríos y linfáticos de los septentrionales no presentan la misma aptitud que la rica y enérgica naturaleza de las gentes del Mediodía.

—Es cierto —dijo Montecristo—, he visto rusos devorar sustancias vegetales que hubieran matado infaliblemente a un napolitano, sin que experimentasen molestias.

—Así, pues, usted considera que el resultado aún sería más seguro entre nosotros que entre los orientales, y en medio de nuestras nieblas y nuestras lluvias, ¿se habituaria un hombre más fácilmente que bajo una latitud cálida a la absorción progresiva del veneno?

—Ciertamente; claro está, siempre y cuando esté preparado contra el veneno a que se haya acostumbrado.

—Sí, comprendo. ¿Y cómo se acostumbraría usted, por ejemplo, o más bien, cómo se acostumbró?

—Es bien sencillo. Suponga que usted sabe de antemano la clase de veneno que deben usar contra usted..., suponga que ese veneno sea la brucina, por ejemplo...

—La brucina se extrae de la falsa angustura, según creo —dijo la señora de Villefort.

—Justamente, señora —respondió Montecristo—, pero me parece que no me queda mucho por enseñaros; reciba mi enhorabuena: semejantes conocimientos no son corrientes en las mujeres.

—¡Oh! Lo confieso —dijo la señora de Villefort—, soy muy apasionada por las ciencias ocultas que hablan a la imaginación como una poesía, y se resuelven en cifras como una ecuación algebraica. Pero, continúe, se lo ruego; lo que dice me interesa muchísimo.

—Pues bien —repuso Montecristo—, suponga que ese veneno sea la brucina, por ejemplo, y que usted toma un miligramo el primer día, dos miligramos el segundo; bien, al cabo de diez días habrá tomado un centigramo; al cabo de veinte días, aumentando un miligramo, tendrá tres centigramos, es decir, una dosis que soportará sin molestias, y que ya será muy peligrosa para otra persona que no haya tomado las mismas precauciones que usted; en fin, al cabo de un mes, bebiendo agua del mismo frasco, usted matará a la persona que beba agua al mismo tiempo que usted, y sólo sentirá una ligera molestia a causa del veneno que haya mezclado con el agua.

—¿No conoce usted otro contraveneno?

—No lo conozco.

—Había leído con frecuencia esta historia de Mithridates —dijo la señora de Villefort pensativa—, y siempre la he tenido por una fábula.

—No, señora; contra la costumbre de la historia, es una verdad. Pero lo que usted me dice ahora, señora, lo que usted me pregunta, no es el resultado de una pregunta caprichosa, puesto que hace dos años ya me hizo preguntas semejantes, y según me señala esta historia de Mithridates la preocupa desde hace mucho tiempo.

—Es cierto, señor; los dos estudios favoritos en mi juventud eran la botánica y la mineralogía; más tarde, cuando he sabido que el empleo de los simples explicaba a menudo toda la historia de los pueblos y toda la vida de los individuos de Oriente, como las flores explican todo su pensamiento amoroso, he lamentado no haber sido hombre para convertirme en un Flamel, un Fontana o un Cabanis.

—Tanto más, señora —prosiguió Montecristo—, que los orientales no se limitan, como Mithridates, a hacer de los venenos una coraza, también lo utilizan como puñal; la ciencia en sus manos se convierte, no sólo en un arma defensiva, sino con mucha frecuencia ofensiva; una sirve para sus sufrimientos físicos, la otra contra sus enemigos; con el opio, con la belladona, con la falsa angustura, el madero de culebra, y el lauroceraso, adormecen a quienes quieren despertar. No hay una sola de esas mujeres, egipcia, turca o griega, que aquí llaman ustedes buenas personas, que no sepa en materia de química cómo dejar estupefacto a un médico, y en materia de psicología, cómo espantar a un confesor.

—¿De veras? —exclamó la señora de Villefort, cuyos ojos brillaban extrañamente durante esta conversación.

—¡Oh, Dios mío! Sí, señora —continuó Montecristo—. Los dramas secretos de Oriente se desenvuelven y se desarrollan de esta manera, desde la planta que hace amar hasta la planta que hace morir; desde el brebaje que abre el cielo hasta el que sumerge a un hombre en el infierno. Hay matices de todas clases como caprichos y audacias en la naturaleza humana, física y moral; y diría más, el arte de estos químicos estriba en acomodar admirablemente el remedio y el mal a sus necesidades de amor o a sus deseos de venganza.

—Pero, señor —replicó la mujer—, esas sociedades orientales en medio de las cuales usted ha pasado una parte de su existencia, ¿son, pues, tan fantásticas como los cuentos que nos llegan de su bello país? ¿Es en realidad el mismo Bagdad y Bassora del señor Galland? ¿Los sultanes y visires que rigen esas sociedades, y que cons-

tituyen lo que en Francia se llama Gobierno, son verdaderamente otros Harun-al-Raschid y otros Giaffar, que no sólo perdonan al envenenador, sino que lo hacen primer ministro si el crimen fue ingenioso, y que, en ese caso, hacen grabar la historia en letras de oro para divertirse en sus horas de tedio?

—No, señora; lo fantástico no existe ni en Oriente. Allí también hay, disfrazados bajo otros nombres y ocultos bajo otras vestimentas, comisarios de policía, jueces de instrucción, procuradores del rey y expertos. Allí se cuelga, se decapita y se empala muy a gusto a los criminales; pero los defraudadores diestros han sabido despistar a la justicia humana, y asegurar el éxito de sus empresas con combinaciones muy hábiles. Entre nosotros, un necio poseído del demonio del odio o de la codicia, que tiene un enemigo que destruir o un pariente que aniquilar, se va a una droguería y bajo otro nombre, que le delata más que su propio nombre, compra, bajo el pretexto de que las ratas no le dejan dormir, cinco o seis gramos de arsénico; si es diestro, va a cinco o seis droguerías, donde es reconocido otras tantas veces; después, cuando posee su específico, administra a su enemigo, o a su pariente una dosis de arsénico que acabaría con un mamut o un mastodonte, y que, sin ton ni son, hace dar tres o cuatro aullidos a la víctima que ponen en guardia a toda la vecindad. Entonces llega una nube de agentes de policía y gendarmes; se envía a buscar a un médico que abra al muerto y que recoge en su estómago y en sus entrañas arsénico a cucharadas. Al día siguiente todos los periódicos cuentan el hecho con el nombre de la víctima y del asesino. En la misma tarde, el droguero o los drogueros acuden a decir: «Yo he sido quien vendió el arsénico al señor». Y en vez de reconocerle uno, serán veinte. Entonces, el necio criminal queda detenido, es encarcelado, interrogado, confrontado, confundido y condenado y guillotinado; o si es alguna mujer de valor, se la encierra para toda la vida. Así es como sus septentrionales entienden la química, señora. No obstante, sin embargo, sabía más que todo eso, debo confesarlo.

—¿Qué quiere usted, señor? —dijo riendo la mujer—. Se hace lo que se puede. No todo el mundo tiene el secreto de los Médicis o de los Borgia.

—Ahora —dijo el conde, encogiéndose de hombros—, ¿quiere que le diga lo que causa todas esas ineptitudes? En sus teatros,

al menos por lo que he podido juzgar leyendo las piezas que se representan, se ve siempre a personas que se toman el contenido de un frasquito o morder el engaste de una sortija y caer rápidamente muertos; cinco minutos después descende el telón y los espectadores se dispersan. Se ignora la continuación del asesinato, nunca se ve ni al comisario de policía con su fajín, ni al cabo con sus cuatro hombres, y esto autoriza a muchas pobres gentes a creer que las cosas suceden así. Pero salga un poco de Francia, váyase a Alep, a El Cairo, o solamente a Nápoles y a Roma, y verá pasar por las calles a personas derechas, frescas y saludables, de las cuales el Diablo Cojuelo, si la amparase bajo su capa, podría decirle: «Ese señor está envenenado desde hace tres semanas, y estará muerto antes de un mes».

—Pero, entonces —dijo la señora de Villefort—, es que han encontrado el secreto de esa famosa *aquatofana* que se decía perdido en Perusa.

—¡Oh, Dios mío! Señora, ¿acaso algo se pierde entre los hombres? Las artes se desplazan y dan la vuelta al mundo; las cosas cambian de nombre, nada más, y el vulgo se engaña; pero siempre hay el mismo resultado: el veneno llevado especialmente a tal o cual órgano. Uno sobre el estómago, otro al cerebro, otro a los intestinos. Pues bien, el veneno determina una tos, esta tos una fluxión de pecho u otra enfermedad catalogada en el libro de la ciencia, y que no le impide ser mortal; además, aunque no lo fuese, lo sería gracias a los remedios que le administrasen los sencillos médicos, en general muy malos químicos. Y aquí tiene a un hombre muerto con arte y en toda regla, sobre el cual la justicia no tiene nada que ver, como decía un horrible químico amigo mío, el excelente abate Adelmonte de Taormina, en Sicilia, el cual había estudiado mucho estos fenómenos nacionales.

—Eso es espantoso, pero admirable —dijo la joven mujer inmovilizada por la atención—. Creía, le confieso, que todas esas historias eran invenciones de la Edad Media.

—Sí, sin duda, pero que aún se han perfeccionado en nuestros días. ¿Para qué cree usted que sirven el tiempo, los ánimos, las medallas, las cruces, los premios Motyon, sino para conducir a la sociedad hacia su más grande perfección? Ahora bien, el hombre no será perfecto hasta que no sepa crear y destruir como Dios; ya sabe destruir; luego tiene andado la mitad del camino.

—De manera —prosiguió la señora de Villefort volviendo a su tema—, que los venenos de los Borgia, de los Médicis, de los René, de los Ruggieri, y más tarde, probablemente, los de Trenk, de que tanto se abusa en el drama moderno y la novela...

—Eran objetos de arte, señora, nada más —respondió el conde—, ¿cree usted que el verdadero sabio se dirige inútilmente al mismo individuo? No. La ciencia ama los recovecos, las aventuras, los caprichos, si se les puede llamar así. Por ejemplo, ese excelente abate Adelmonte, de quien le hablé hace un instante, consiguió, bajo este aspecto, experiencias asombrosas.

—¿De veras?

—Sí, le citaré solamente una. Tenía un hermoso jardín lleno de legumbres, de flores y de frutas; entre las legumbres escogió la más honrada de todas, una col. Durante tres días regó aquella col con una disolución de arsénico, al tercer día se puso amarillenta y llegó el momento de cortarla; para todos parecía madura y conservaba su apariencia apetitosa, sólo el abate Adelmonte sabía que estaba envenenada. Entonces se llevó a su casa la col, cogió un conejo —el abate Adelmonte tenía muchos conejos, gatos y conejillos de Indias que no desmerecían a su colección de legumbres, flores y frutas—, el abate Adelmonte, pues, cogió un conejo y le hizo comer una hoja de col; el conejo se murió. ¿Quién es el juez de instrucción que se atrevería a criticar eso, y qué procurador del rey sería tan listo como para dirigir contra el señor Magendie o el señor Flourens una requisitoria a propósito de los conejos, de los conejillos de Indias y de los gatos que han matado? Ninguno. He aquí, pues, que el conejo muere sin que la justicia se inquiete. Una vez muerto el conejo, el abate Adelmonte lo hizo vaciar por su cocinera y arrojó los intestinos a un estercolero. Sobre éste hay una gallina que picatea aquellos intestinos, cae enferma a su vez y muere al día siguiente. En el momento en que se debate en las convulsiones de la agonía, pasa un buitre —hay muchos buitres en la región de Adelmonte—, se lanza sobre el cadáver, se lo lleva a una roca y se lo come. Tres días después, el pobre buitre, que después de la comida se ha sentido continuamente indispuesto, se siente aturdido justo cuando se hallaba entre una nube; muere allí mismo y va a caer pesadamente en un estanque; el lucio, la anguila y la morena comen glotonamente, usted ya sabe eso, y muerden el buitre. Pues bien, suponga que al día siguiente sirven en su mesa esa anguila, ese lucio o esa morena,

envenenados en la cuarta generación, su convidado quedará envenenado en la quinta y morirá al cabo de ocho o diez días de dolores de entrañas, de males al corazón y de accesos al píloro. Se hará la autopsia y los médicos dirán:

»—Este sujeto ha muerto de un tumor al hígado o de una fiebre tifoidea.

—Pero —interrumpió la señora de Villefort—, todas esas circunstancias encadenadas unas a otras, pueden destruirse al menor accidente; el buitre puede no pasar a tiempo o caer a cien pasos del estanque.

—¡Ah! Ahí es precisamente donde está el arte. Para ser un gran químico en Oriente, hace falta dirigir la casualidad; y se consigue.

La señora de Villefort estaba pensativa y escuchaba.

—Pero —dijo ella—, el arsénico es indeleble; de cualquier manera que se absorba, se encontrará en el cuerpo del hombre desde el momento en que haya entrado en cantidad suficiente para matarlo.

—Bien —exclamó Montecristo—, bien. Eso precisamente es lo que dije a ese bueno de abate Adelmonte.

»Él reflexionó, sonrió, y me respondió con un proverbio siciliano que también es, según creo, un proverbio francés:

»—Hijo mío, el mundo no fue hecho en un día, sino en siete; vuelve el domingo.

»Al domingo siguiente volví; en vez de haber regado su col con arsénico lo había hecho con una solución de sal a base de estricnina *strychnos colubrina*, como dicen los sabios. Esta vez la col no tenía aspecto de haber enfermado lo más mínimo; tampoco el conejo desconfió; también, cinco minutos más tarde, el conejo estaba muerto; la gallina comió al conejo y al día siguiente había fallecido. Entonces nosotros fuimos los buitres, nos llevamos la gallina y la abrimos. Esta vez todos los síntomas particulares habían desaparecido, y no quedaban más que los síntomas generales. Ninguna indicación particular en algún órgano; exasperación del sistema nervioso, y nada más; la gallina no había sido envenenada, había muerto de apoplejía. Esto es un caso raro entre las gallinas, pero muy corriente entre los hombres.

La señora de Villefort cada vez parecía más pensativa.

—Es una suerte —dijo ella—, que tales sustancias no pueden ser preparadas más que por químicos, porque realmente, la mitad del mundo envenenaría a la otra mitad.

—Por químicos, o por personas que se ocupen de química —respondió negligentemente Montecristo.

—Y después —dijo la señora de Villefort arrancándose con esfuerzo de sus pensamientos—, por muy bien preparado que esté el crimen, éste no deja de ser un crimen; y si escapa a la investigación humana no escapará de la mirada de Dios. Los orientales son más fuertes que nosotros en los casos de conciencia, y han podido suprimir prudentemente el infierno.

—¡Ah, señora! Ese es un escrúpulo que debe nacer naturalmente en un alma honrada como la suya, pero que muy pronto sería desarraigado con razonamientos. El lado malo del pensamiento humano siempre quedará resumido en esta paradoja de Juan Jacobo Rousseau: «El mandarín que mata a cinco mil leguas levantando la punta del dedo». La vida del hombre transcurre haciendo cosas como éstas, y su inteligencia se agota en pensarlas. Pocas personas conocerá que vayan a clavar brutalmente un cuchillo en el corazón de su semejante, o que le administren, para hacerle desaparecer de la superficie del globo, la cantidad de arsénico que señalaba hace poco. Para llegar a este punto es menester que la sangre se caliente a treinta y seis grados, que el pulso se sitúe en las noventa pulsaciones, y que el alma salga de sus límites ordinarios; pero, si pasando, como se practica en filología, de la palabra al sinónimo mitigado, hace una eliminación; y en lugar de cometer un innoble asesinato, usted aparta simple y puramente de su camino a aquel que le molesta, y esto sin choque, sin violencia, sin el aparato de esos sufrimientos que se convierten en un suplicio y hacen de la víctima un mártir y del que lo comete un carnicero en toda la extensión de la palabra; si no hay sangre, ni aullidos, ni contorsiones, ni, sobre todo, esa horrible instantaneidad del asesinato, entonces habrá escapado al golpe de la ley humana: «¡No turbes la sociedad!». Así es como proceden los orientales, personajes graves y flemáticos, que se inquietan poco por las cuestiones de tiempo en las conjeturas de cierta importancia.

—Queda la conciencia —dijo la señora de Villefort con voz conmovida y un suspiro ahogado.

—Sí —dijo Montecristo—, sí, afortunadamente queda la conciencia, sin la cual todo sería una desgracia. Después de toda acción un poco vigorosa, la conciencia es la que nos salva, porque nos provee de mil disculpas de las cuales sólo nosotros somos jue-

ces; y esas razones, tan excelentes como son para conservar el sueño, serían tal vez mediocres ante un tribunal para conservarnos la vida. Así, Ricardo III, por ejemplo, debió estar maravillosamente servido por la conciencia después de suprimir a los dos hijos de Eduardo IV, en efecto, pudo decirse: «Estos dos hijos de un rey cruel y perseguidor, que habían heredado los vicios de su padre, que yo sólo he podido reconocer en sus inclinaciones juveniles; estos dos niños me molestaban para hacer la felicidad del pueblo inglés, al que infaliblemente hubiesen acarreado la desgracia». También así quedó servida por su conciencia lady Macbeth, que quería, aunque lo tenga dicho Shakespeare, dar un trono, no a su marido, sino a su hijo. ¡Ah! El amor maternal es una virtud tan grande, un móvil tan poderoso, que es preciso excusarle muchas cosas; así, pues, tras la muerte de Duncan, lady Macbeth hubiese sido muy desgraciada sin su conciencia.

La señora de Villefort absorbía con avidez estas espantosas palabras pronunciadas por el conde con esa ingenua ironía que le era tan peculiar.

Luego, tras un instante de silencio:

—¿Sabe usted, señor conde —dijo ella—, que es un terrible argumentista que ve el mundo bajo un aspecto un tanto lívido? ¿Acaso ha contemplado a la humanidad a través de los alambiques y las retortas y ha sacado esa conclusión? Porque usted tiene razón, es un gran químico, y aquel elixir que hizo tomar a mi hijo y que tan rápidamente le volvió a la vida...

—¡Oh! No se fíe, señora —dijo Montecristo—. Una gota de aquel elixir basta para volver a la vida a ese niño que se moría, pero tres gotas hubiesen agolpado su sangre en los pulmones hasta causarle un mal en el corazón; seis le hubiesen cortado la respiración y provocado un síncope mucho más grave que el que padecía; diez, en fin, lo habrían matado en el acto. Ya vio, señora, cómo lo aparté rápidamente de aquellos frascos que tuvo la imprudencia de tocar.

—Entonces, ¿es un terrible veneno?

—¡Oh, Dios mío! No. En primer lugar es menester admitir que la palabra veneno no existe, puesto que en medicina se utilizan los venenos más violentos como remedios saludables según la manera de administrarlos.

✱ —¿Y entonces, qué era aquello?

—Una sabia preparación de mi amigo, ese excelente abate Adelmonte, la cual me enseñó a utilizar.

—¡Oh! —exclamó la señora de Villefort—. Debe ser un excelente antiespasmódico.

—Soberbio, señora, ya lo vio —respondió el conde—, y yo lo uso con bastante frecuencia, muy prudentemente, se entiende —añadió riendo.

—Lo creo —replicó en el mismo tono la señora de Villefort—. En cuanto a mí, tan nerviosa y tan propensa a desmayarme, necesitaría un doctor Adelmonte para que me inventase los medios de respirar libremente y me tranquilizase sobre el temor que experimento de morir asfixiada cualquier día. Mientras tanto, como es difícil encontrar eso en Francia, y su abate no estará dispuesto a hacer por mí el viaje a París, me atengo a los antiespasmódicos del señor Planche, y la menta y las gotas de Hoffmann tienen en mí una buena intérprete. Mire, aquí tiene las pastillas que preparan para mí expresamente; tienen doble dosis.

Montecristo abrió la caja de concha que le alargó la joven mujer, y respiró el aroma de las pastillas como entendido digno de apreciar semejante preparación.

—Son exquisitas —dijo—, pero sometidas a la necesidad de tragarlas, función que a menudo es imposible en las personas desmayadas. Prefiero mi específico.

—Ciertamente, yo también lo preferiría, sobre todo después de los efectos que he visto producir; pero es un secreto, sin duda, y no soy lo bastante indiscreta para pedírselo.

—Pero yo, señora —dijo Montecristo poniéndose en pie—, soy lo bastante galante para ofrecérselo.

—¡Oh! Señor.

—Sólo que debe recordar una cosa: a pequeñas dosis es remedio, a dosis fuertes es un veneno. Una gota devuelve la vida, como usted vio: cinco o seis matarían infaliblemente, y de una manera terrible ya que echadas en un vaso de vino no cambiarían para nada su gusto. Pero me detengo, diríase que la quiero aconsejar.

Las seis y media acababan de sonar, se anunció a una amiga de la señora de Villefort, que venía a cenar con ella.

—Si tuviese el honor de verle por tercera o cuarta vez, señor conde, en lugar de verle por segunda —dijo la señora de Villefort—, si tuviese el honor de ser su amiga, en vez de tener buenamente la

dicha de ser su deudora, insistiría en retenerle a cenar, y no me dejaría abatir por la primera negativa.

—Muchas gracias, señora —respondió Montecristo—, yo también tengo un compromiso al que no puedo faltar. He prometido acompañar al teatro a una princesa griega que todavía no ha visto la Gran Ópera, y que cuenta conmigo para ir.

—Vaya, señor, pero no se olvide de mi receta.

—¡Cómo sería posible eso, señora! Para eso tendría que olvidarme de la hora de conversación que acabo de tener con usted, y eso es totalmente imposible.

Montecristo saludó y salió.

La señora de Villefort se quedó pensativa.

«¡Vaya hombre más extraño! —se dijo—. Y tiene aspecto de llamarse, por su nombre de pila, Adelmonte.»

En cuanto a Montecristo, el resultado había sobrepasado toda esperanza.

«Vaya —se dijo mientras se alejaba—, he aquí una buena tierra; estoy convencido de que la semilla que siembre no se perderá.»

Y al día siguiente, fiel a su promesa, envió la receta pedida.

Roberto el Diablo

La excusa de asistir a la Ópera era de las mejores, pues aquella noche había la gran función de la Academia Real de Música. Levasseur, tras una larga indisposición, se presentaría en el papel de Bertram, y como siempre, la obra del maestro a la moda atrajo a la más brillante sociedad de París.

Morcerf, como la mayoría de los jóvenes ricos, tenía su luneta de orquesta, más diez palcos de personas conocidas a las cuales podía pedir un sitio, sin contar a la que tenía derecho en el palco de los Leones.

Chateau Renaud tenía la luneta contigua a la suya.

Beauchamp, en su calidad de periodista, era el rey de la sala y tenía su puesto en todas partes.

Aquella noche Lucien Debray tenía a su disposición el palco del ministro, y lo había ofrecido al conde de Morcerf, el cual, ante la negativa de Mercedes, lo envió a Danglars, indicándoles que posiblemente iría a hacer una visita en la velada a la baronesa y a su hija si estas damas querían aceptar el palco que les ofrecía. Estas damas no tenían motivo para negarse. Nada es más atrayente que los palcos gratis de los millonarios.

En cuanto al señor Danglars, tuvo que declarar que sus principios políticos y en su calidad de diputado de la oposición, no le permitían ir al palco del ministro. En consecuencia, la baronesa había escrito a Lucien Debray para que acudiese, dado que ella no podía ir a la Ópera sola con Eugenia.

En efecto, si las dos mujeres hubiesen ido solas, lo habrían encontrado de muy mal tono; mientras que si la señorita Danglars iba a la Ópera con su madre y el amante de su madre, no había nada que reprochar: hay que tomar al mundo como es.

El telón se levantó, como de costumbre, con la sala casi vacía. También es una costumbre de los elegantes parisienses llegar al espectáculo cuando ya ha empezado; así resulta que el primer acto transcurre, para los espectadores llegados, no en mirar o escuchar la pieza, sino en ver a quiénes llegan, y a no oír más que el ruido de puertas y conversaciones.

—¡Fíjate! —dijo de repente Alberto al ver abrirse un palco de la primera fila—. ¡Es la condesa G...!

—¿Quién es la condesa G...? —preguntó Chateau Renaud.

—¡Oh, vamos, barón! Esa es una pregunta que no te perdono. ¿Me preguntas quién es la condesa G...?

—¡Ah, es cierto! —dijo Chateau Renaud—, ¿no es esa encantadora veneciana?

—Exacto.

En aquel momento la condesa G... descubrió a Alberto y cambió con él un saludo acompañado de una sonrisa.

—¿La conoces? —inquirió Chateau Renaud.

—Sí —respondió Alberto—. Le fui presentado en Roma por Franz.

—¿Quieres prestarme en París el mismo servicio que te hizo Franz en Roma?

—Con mucho gusto.

—¡Chist! —gritó el público.

Los dos jóvenes continuaron su conversación sin parecer inquietarse lo más mínimo por el deseo que parecían tener en el patio de butacas por oír la música.

—Estaba en las carreras del Campo de Marte —indicó Chateau Renaud.

—¿Hoy?

—Sí.

—¡Vaya! Es cierto, había carreras. ¿Estabas comprometido?

—¡Oh! Con una miseria, por cincuenta luis.

—¿Y quién ha ganado?

—«Nautiliu», yo apostaba por él.

—Pero había tres carreras, ¿no?

—Sí. Se celebraba el premio del Jockey Club, una copa de oro.

Y sucedió una cosa bien extraña.

—¿Cuál?

—¡Chist! —volvió a gritar el público.

—¿Cuál? —repitió Alberto.

—Un caballo y jockey completamente desconocidos han ganado la carrera.

—¿Cómo?

—¡Oh, Dios mío! Sí. Nadie había prestado atención a un caballo señalado con el nombre de «Vampa» y a un jockey inscrito bajo el nombre de Job; cuando de repente se vio avanzar a un admirable alazán montado por un jockey del tamaño de un puño. Se vieron obligados a lastrarle con veinte libras de plomo en los bolsillos, lo cual no le impidió llegar al final con tres largos sobre «Ariel» y «Bárbaro», que corrían con él.

—¿Y no se ha sabido a quién pertenecía el caballo y el jockey?

—No.

—Dices que ese caballo se inscribió bajo el nombre de...

—«Vampa».

—Entonces —dijo Alberto—, estoy más informado que tú y sé a quién pertenecía.

—¡Silencio! —gritó por tercera vez el público.

Esta vez el levantamiento de anteojos fue tan grande que los dos jóvenes se dieron cuenta, al fin, de que era a ellos a quienes se dirigía el público. Entonces se volvieron un instante, buscando en aquella multitud un hombre que tomase la responsabilidad de lo que consideraban una impertinencia; pero nadie reiteró la invitación y se giraron hacia la escena.

En aquel momento se abría el palco del ministro, y la señora Danglars, su hija y Lucien Debray ocupaban sus plazas.

—¡Ah, ah! —dijo Chateau Renaud—. Ahí tienes a varias personas conocidas tuyas, vizconde. ¿Qué diablos miras a la derecha? Te buscan por otra parte.

Alberto se volvió y su mirada se encontró, efectivamente, con la de la baronesa Danglars, que le hizo un saludo con su abanico. En cuanto a la señorita Eugenia, apenas si sus grandes ojos negros desdeñaron inclinarse hacia ellos.

—Es verdad, querido —dijo Chateau Renaud—, no comprendo, a parte la desigualdad y ésta no creo que sea para preocuparte mucho; no comprendo, digo, qué puedes tener contra la señorita Danglars. Realmente es una muchacha muy hermosa.

—Muy hermosa, ciertamente —dijo Alberto—, pero te confieso que en cuanto a belleza preferiría algo más dulce, más suave y más femenino.

—He aquí los jóvenes —dijo Chateau Renaud que, en su calidad de hombre de treinta años, adoptaba con Morcerf aires paternos— que nunca están satisfechos. ¡Cómo es eso, querido! Te encuentras una novia hecha con el molde de la Diana cazadora, y aún no estás contento.

—¡Y tanto! Hubiese preferido amar algo más del estilo de la Venus de Milo o de Capadocia. Esa Diana cazadora, siempre en medio de sus ninfas, me espanta un poco; tengo miedo a que me trate como a Acteón.

En efecto, echando un vistazo a la muchacha casi podía explicarse el sentimiento que acababa de confesar Morcerf. La señorita Danglars era hermosa, pero, como lo había dicho Alberto, de una hermosura un tanto arisca; sus cabellos eran de un negro precioso, pero en sus ondulaciones naturales se notaba cierta rebeldía a la mano que quería imponerles su voluntad; sus ojos negros como sus cabellos, encuadrados bajo magníficas cejas que no tenían más que un defecto, el de fruncirse algunas veces, y sobre todo eran notables por su expresión de firmeza que a todos admiraba encontrar en la mirada de una mujer; su nariz tenía las proporciones exactas que un escultor hubiese dado a las de Juno; su boca sólo era demasiado grande, pero adornada de hermosos dientes que hacían resaltar unos labios cuyo carmín demasiado vivo contrastaba con la palidez de su tez; en fin, una señal negra situada en un extremo de la boca, y más ancha de lo que acostumbra a ser estos caprichos de la naturaleza, acababa de dar a su fisonomía ese carácter de decisión que espantaba un poco a Alberto.

Por otro lado, el resto del cuerpo de Eugenia estaba en armonía con esta cabeza que acabamos de describir. Era, como lo había dicho Chateau Renaud, la Diana cazadora, pero con cierto aire aún más duro y más musculoso en su belleza.

En cuanto a la educación que había recibido, si algún reproche podía hacérsele, es que, como ciertos puntos de su fisonomía, parecía pertenecer un poco al otro sexo. En efecto, hablaba dos o tres idiomas, dibujaba fácilmente, versificaba y componía música; era, sobre todo, apasionada por este último arte, que estudiaba con una de sus amigas de pensionado, joven muchacha sin fortuna, pero que tenía, según aseguraban, todas las disposiciones posibles para convertirse en una excelente cantante. Un gran compositor tenía por esta última, según decían, un interés casi paternal, y la hacía trabajar con la esperanza de que encontrase un día una fortuna en su voz.

Esta posibilidad de que la señorita Louise d'Armilly, tal era el nombre de la joven virtuosa, entrase algún día en el teatro hacía que la señorita Danglars, aunque recibéndola en su casa, no se mostrase en público con ella. Por lo demás, sin tener en casa del banquero la situación independiente de una amiga, Louise disfrutaba de una superior a la de las institutrices corrientes.

Algunos segundos después de la entrada de la señora Danglars en su palco, había caído el telón, y, gracias a esta facultad de pasearse por el vestíbulo o de hacer visitas durante media hora, debido a la excesiva duración de los entreactos, el patio de butacas quedó casi desierto.

Morcerf y Chateau Renaud salieron de los primeros. La señora Danglars creyó por un instante que la premura de Alberto tenía por objeto acudir a presentarle sus respetos, y se inclinó al oído de su hija para anunciarle aquella visita; pero la muchacha se limitó a sacudir la cabeza mientras sonreía; y al mismo tiempo, como para probar cuán fundada era la predicción de Eugenia, Morcerf apareció en un palco del lado de la primera fila. Este palco era el de la condesa G...

—¡Ah! Está usted aquí, señor viajero —dijo ésta alargándole la mano con toda la cordialidad de una antigua amistad—. Ha sido muy amable al haberme reconocido, y sobre todo por haberme preferido para su primera visita.

—Créame, señora —respondió Alberto—, que si hubiese sabido su llegada a París y conocido su dirección, no hubiese esperado a tan tarde. Pero permítame presentarle al señor barón de Chateau Renaud, mi amigo, uno de esos raros hidalgos que aún quedan en Francia, y por quien acabo de saber que usted estuvo en las carreras del Campo de Marte.

Chateau Renaud saludó.

—¡Ah! ¿Estaba usted en las carreras, señor? —dijo con viveza la condesa.

—Sí, señora.

—Bien —agregó con curiosidad la condesa—, ¿puede usted decirme a quién pertenecía el caballo que ganó el premio del Jockey Club?

—No, señora —dijo Chateau Renaud—, y hace un momento hacía la misma pregunta a Alberto.

—¿Y le interesa a usted mucho, señora condesa? —preguntó Alberto.

—¿El qué?

—Conocer al dueño del caballo.

—Infinitamente. Figúrense ustedes... Pero, ¿sabría usted quién es, por casualidad, vizconde?

—Señora, usted iba a contar una historia: figúrense ustedes, ha dicho.

—Pues bien, figúrense ustedes que ese encantador caballo alazán y ese diminuto jockey de casaca rosa me habían inspirado a primera vista una gran simpatía; tanto es así que les deseé ganar, casi como si hubiese invertido en ellos la mitad de mi fortuna. Así, pues, cuando los vi llegar a la meta delante de los otros corredores en tres largos, me puse tan contenta que empecé a aplaudir como una loca. Imagínense mi asombro cuando al regresar a mi casa encontré en mi escalera al diminuto jockey rosa. Creí que el vencedor de la carrera viviría en el mismo edificio que yo, cuando al abrir la puerta de mi salón la primera cosa que vi fue la copa de oro que constituía el premio ganado por el caballo y el jockey desconocidos. En la copa había un papelito en el cual estaban escritas estas palabras: «A la condesa G..., lord Ruthwen».

—Eso es exactamente —dijo Morcerf.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir con: eso es exactamente?

—Quiero decir que es lord Ruthwen en persona.

—¿Quién es lord Ruthwen?

—El nuestro, el vampiro, el del teatro Argentina.

—¿De veras? —exclamó la condesa—. ¿Así, pues, está aquí?

—Claro.

—¿Y lo ha visto usted? ¿Volverá a verlo? ¿Va usted a su casa?

—Es mi amigo íntimo, y el señor de Chateau Renaud también tiene el honor de conocerlo.

—¿Y cómo puede saber que ha sido él quien ha ganado?

—Su caballo inscrito bajo el nombre de «Vampa».

—¿Y eso qué?

—¿No se acuerda usted del famoso bandido que me hizo prisionero suyo?

—¡Ah, sí! Es cierto.

—Y de las manos del cual me sacó milagrosamente el conde.

—Exacto.

—Se llamaba «Vampa». ¿Ve usted cómo se trata de él?

✻ —Pero, ¿por qué me ha enviado esta copa?

—Primero, señora condesa, porque yo le he hablado mucho de usted, como ya puede suponer; luego, porque se habrá sentido encantado de encontrar una compatriota, y de ver el alegre interés que esta compatriota se ha tomado por él.

—Confío en que no le haya contado las locuras que hemos dicho acerca de él.

—Palabra, no lo juraría, y esa manera de ofrecerle esa copa bajo el nombre de lord Ruthwen...

—Pero, es espantoso; va a quererme mortalmente.

—¿Su proceder, es el de un enemigo?

—No, lo confieso.

—Pues bien.

—Así que está en París.

—Sí.

—¿Y qué sensación ha causado?

—Pues —dijo Alberto—, se ha hablado de él durante ocho días, luego llegó la coronación de la reina de Inglaterra y el robo de los diamantes de la señorita Mars, y ya no se ha hablado más.

—Querido —dijo Chateau Renaud—, se ve bien que el conde es amigo tuyo y por eso lo tratas así. No crea usted lo que dice Alberto, señora condesa; al contrario, no se habla más que del conde de Montecristo en París. Primeramente empezó enviando a la señora Danglars unos caballos de treinta mil francos; luego salvó la vida a la señora de Villefort; después ha ganado la carrera del Jockey Club, por lo que parece. Yo mantengo lo contrario de lo que dice Morcerf, que aún se ocupan del conde en estos momentos, y que aún se cuidarán de él otro mes si continúa haciendo excentricidades, lo que, por lo demás, parece ser su manera habitual de vivir.

—Es posible —dijo Morcerf—. Mientras tanto, ¿quién ha vuelto a tomar el palco del embajador de Rusia?

—¿Cuál? —preguntó la condesa.

—El de las entre columnas de la primera fila. Me parece totalmente renovado.

—En efecto —dijo Chateau Renaud—. ¿Lo ocupaba alguien durante el primer acto?

—¿El qué?

—Ese palco.

—No —replicó la condesa—, no he visto a nadie. Así, pues —agregó volviendo a la primera conversación—, ¿cree usted que es su conde de Montecristo quien ha ganado el premio?

—Estoy seguro.

—¿Y él quien ha enviado esa copa?

—Sin duda alguna.

—Pero yo no le conozco —dijo la condesa—, y tengo muchos deseos de devolvérsela.

—¡Oh! ¡No lo haga! Le enviaría otra tallada en cualquier zafiro o ahuecada en algún rubí. Son sus maneras de actuar; qué quiere usted, hay que tomarlo como es.

En aquel momento se oyó la campanilla que anunciaba el segundo acto. Alberto se puso en pie para volver a su sitio.

—¿Le veré de nuevo? —preguntó la condesa.

—En los entreactos, si usted me lo permite; vendré a informarme de si puedo serle útil en cualquier cosa en París.

—Señores —dijo la condesa—, todos los sábados por la tarde, calle de Rivoli, 22, estoy en casa para mis amigos. Quedan invitados.

Los jóvenes saludaron y salieron.

Al entrar en la sala vieron a la platea en pie y los ojos fijos en un solo punto de la sala; sus miradas siguieron la dirección general y se detuvieron en el antiguo palco del embajador de Rusia. Un hombre vestido de negro, de unos treinta y cinco a cuarenta años, acababa de entrar con una mujer vestida con un traje oriental. La mujer era de las más hermosas, y su vestido de tal riqueza que, como ya dijimos, todas las miradas se habían vuelto hacia ella.

—¡Eh! —dijo Alberto—. Es Montecristo y su griega.

En efecto, era el conde y Haydée.

Al cabo de un instante, la muchacha era el objeto de la atención no sólo del patio de butacas sino de toda la sala; las mujeres se inclinaban fuera de sus palcos para ver relucir bajo la luz de las arañas aquella cascada de diamantes.

El segundo acto transcurrió en medio de este rumor sordo que indica un gran acontecimiento entre la muchedumbre reunida. Nadie pensó en pedir silencio. Aquella mujer tan joven, tan bella, tan resplandeciente, era el más curioso espectáculo que podía verse.

Esta vez una señal de la señora Danglars indicó claramente a Alberto que la baronesa deseaba que la visitase en el entreacto siguiente.

Morcerf era demasiado amable para hacerse esperar cuando le indicaban claramente que era esperado. Concluido el acto, se apresuró, pues, a subir al palco de proscenio.

Saludó a las dos damas y alargó la mano a Debray.

La baronesa lo acogió con una encantadora sonrisa, y Eugenia con su frialdad acostumbrada.

—A fe mía, querido —dijo Debray—, que estás viendo a un hombre en sus límites y que te llama en ayuda para que le saques del apuro. La señora baronesa me agobia a preguntas sobre el conde, y quiere que sepa de dónde es, de dónde viene y adónde va. A fe mía, que no soy Cagliostro, y para librarme de sus preguntas, le he dicho: «Pregunte todo eso a Morcerf, conoce a su Montecristo como la palma de su mano»; entonces te ha llamado.

—¿No es increíble —dijo la baronesa—, que teniendo medio millón de fondos secretos a su disposición, no esté mejor informado?

—Señora —dijo Lucien—, le ruego que crea que si yo tuviese medio millón a mi disposición, lo emplearía en otra cosa muy distinta a buscar información sobre el señor de Montecristo, que no posee más mérito a mis ojos que el ser más rico que un nabab; pero ya he pasado la palabra a mi amigo Morcerf; arréglese con él que esto ya no me interesa.

—Un nabab que no me habría enviado, seguramente, un par de caballos de treinta mil francos con cuatro diamantes en las orejas, de cinco mil francos cada uno.

—¡Oh, los diamantes! —dijo riendo Morcerf—. Son su manía. Creo que al igual que Potemkin los tiene siempre en los bolsillos, y los esparce por su camino como Pulgarcito hacía con las piedras.

—Habrá encontrado alguna mina —dijo la señora Danglars—. ¿Sabe usted que tiene un crédito ilimitado sobre la casa del barón?

—No, no lo sabía —respondió Alberto—, pero así tenía que ser.

—¿Y que anunció al señor Danglars que pensaba permanecer un año en París y gastar seis millones?

—Es el sha de Persia viajando de incógnito.

—¿Y esa mujer, señor Lucien —dijo Eugenia—, se ha fijado lo hermosa que es?

—En verdad, señorita, que no conozco a otra como usted para hacer tanta justicia a las personas de su sexo. Lucien se aproximó los anteojos.

—¡Encantadora! —exclamó.

—Y esa mujer, señor Morcerf, ¿sabe quién es?

—Señorita —dijo Alberto respondiendo a una pregunta casi directa—, sólo sé un poco, como todo lo que concierne al personaje misterioso de quien nos ocupamos. Esa mujer es una griega.

—Eso se aprecia fácilmente por su vestido, y con ello no me dice más de lo que toda la sala ya sabe como nosotros.

—Siento —dijo Morcerf—, ser un cicerone tan ignorante, pero debo confesar que hasta ahí se limitan mis conocimientos. Sé, además, que es música, porque un día que almorzaba en casa del conde, oí el sonido de una guzla que debía tocar ella.

—¿Recibe su conde? —preguntó la señora Danglars.

—Y de manera espléndida, se lo juro.

—Es preciso que empuje a Danglars a ofrecer alguna cena, algún baile a fin de que nos lo devuelva.

—¿Cómo, irá usted a su casa? —dijo Debray riendo.

—¿Por qué no? Con mi marido.

—Pero es soltero, ese misterioso conde.

—Ya ve usted como no —dijo riendo a su vez la baronesa, señalando a la bella griega.

—Esa mujer es una esclava, según nos ha dicho él mismo. ¿Te acuerdas, Morcerf, en tu almuerzo?

—Convenga, mi querido Lucien —dijo la baronesa—, que ella tiene más bien, apariencia de princesa.

—De *Las mil y una noches*.

—De *Las mil y una noches*, no digo; pero, ¿qué hace a las princesas, querido? Son los diamantes, y ella está cubierta de ellos.

—E incluso demasiado —indicó Eugenia—. Estaría mucho más bella sin ellos, porque se vería su cuello y sus muñecas, que son de encantadoras formas.

—¡Oh, la artista! Fíjense —dijo la señora Danglars—, ¿ven cómo se apasiona?

—Yo amo todo lo que es hermoso —dijo Eugenia.

—Pero, entonces, ¿qué dice usted del conde? —dijo Debray—. Me parece que no está mal del todo.

—¿El conde? —dijo Eugenia como si no hubiese pensado en mirarlo—. El conde está muy pálido.

—Justamente —dijo Morcerf—, es en esa palidez en donde buscamos su secreto. La condesa G... pretende, ya lo sabe, que es un vampiro.

—¿Se encuentra de regreso, la condesa G...? —preguntó la baronesa.

—En ese palco de al lado —dijo Eugenia—, casi enfrente a nosotros, madre mía; esa mujer con esos admirables cabellos rubios, es ella.

—¡Oh, sí! —dijo la señora Danglars—. ¿Sabe usted lo que debería hacer, Morcerf?

—Ordéneme, señora.

—Debería ir a hacer una visita a su conde de Montecristo y traérmelo.

—¿Para qué? —dijo Eugenia.

—Pues para que le hablemos. ¿No sientes curiosidad por verle?

—Absolutamente ninguna.

—¡Extraña criatura! —murmuró la baronesa.

—¡Oh! —dijo Morcerf—. Probablemente vendrá él mismo. Fíjese, ya la ha visto, señora, y la saluda.

La baronesa devolvió al conde su saludo, acompañado de una encantadora sonrisa.

—Vamos —dijo Morcerf—, me sacrifico. La dejo y voy a ver si hay un medio de hablarle.

—Vaya a su palco; es bien sencillo.

—Pero no he sido presentado.

—¿A quién?

—A la bella griega.

—Es una esclava, ¿no dice eso?

—Sí, pero usted pretende que es una princesa... No. Espero que cuando me vea salir, saldrá a su vez.

—Es posible. ¡Vaya!

—Ya voy.

Morcerf saludó y salió. Efectivamente, en el momento en que pasaba ante el palco del conde se abrió la puerta; el conde dijo unas palabras en árabe a Alí, que permanecía en el pasillo, y cogió del brazo a Morcerf.

Alí cerró la puerta y se quedó de pie ante ella; había en el corredor un gentío alrededor del nubio.

—En verdad —dijo Montecristo—, su París es una ciudad extraña, y sus parisienses un pueblo singular. Se diría que es la primera vez que ven a un nubio. Mírelos como se apretujan alrededor de ese pobre Alí, que ni sabe lo que quiere decir eso. Le advierto una co-

sa, que un parisién puede ir a Túnez, a Constantinopla, a Bagdad o a El Cairo y no reunirá a su alrededor a la gente.

—Es que ustedes los orientales son personas sensatas, y no miran más que aquello que merece la pena de ser visto; pero, créame, Alí sólo goza de esta popularidad porque os pertenece, y en estos momentos usted es el hombre de moda.

—¿De veras? ¿Y quién me concede ese favor?

—¡Pardiez! Usted mismo. Regala tiros de mil luses; salva la vida a la mujer del procurador del rey; hace correr, bajo el nombre de Brack, caballos de pura sangre y jockeys del tamaño de un tití; en fin, gana copas de oro y se las envía a hermosas mujeres.

—¿Quién diablos le ha contado esas locuras?

—¡Diantre! La primera, la señora Danglars, que desfallece en deseos por verle en su palco, o más bien que le vean en él; luego, el periódico de Beauchamp, y por último, mi propia imaginación. ¿Por qué llama usted a su caballo «Vampa» si desea conservar el incógnito?

—¡Ah, es cierto! —dijo el conde—. Ha sido una imprudencia. Pero, dígame, ¿el conde de Morcerf no viene nunca a la Ópera? Lo he buscado con la vista y no lo he visto por ninguna parte.

—Vendrá esta noche.

—¿Adónde?

—Al palco de la baronesa, creo.

—Esa encantadora muchacha que está con ella, ¿es su hija?

—Sí.

—Le doy mi enhorabuena.

Morcerf sonrió.

—Ya hablaremos de eso más tarde y con detalle —dijo—. ¿Qué me dice de la música?

—¿Qué música?

—Pues la que acaba de escuchar.

—Digo que es una música bellísima para estar compuesta por un compositor humano, y cantada por pájaros de dos pies y sin plumas, como decía el difunto Diógenes.

—¡Ah, vaya! Pero, mi querido conde, ¿parecería que usted pudiese escuchar a su antojo a los siete coros celestiales?

—Algo de eso hay. Cuando yo quiero escuchar música admirable, vizconde, música como ningún mortal ha escuchado, dormo.

—Pues bien, aquí está como en el paraíso; duerma, mi querido conde, duerma; la Ópera no se ha inventado para otra cosa.

—No, realmente su orquesta produce demasiado ruido. Para que yo duerma el sueño de que le hablo, me hace falta calma y silencio, y además cierto preparado...

—¡Ah! El famoso *haxix*.

—Justamente, vizconde; cuando usted quiera escuchar música, venga a cenar conmigo.

—Pero yo ya la he oído estando almorzando —dijo Morcerf.

—¿En Roma?

—Sí.

—¡Ah! Era la guzla de Haydée. Sí, la pobre exiliada se divierte a veces interpretando aires de su tierra.

Morcerf no insistió más; y por su parte, el conde se calló. En aquel momento se oyó la campanilla.

—¿Me perdona usted? —dijo el conde tomando el camino de su palco.

—¿Cómo no?

—Lleve muchos recuerdos a la condesa G... de parte de su vampiro.

—¿Y a la baronesa?

—Dígale que tendré el honor, si me lo permite, de ir a presentarle mis respetos durante la velada.

El tercer acto empezó. Durante este tercer acto apareció el conde de Morcerf, como había prometido, y se reunió con la señora Danglars.

El conde no era de las personas que causaban revolución en la sala; así, pues, nadie se dio cuenta de su llegada, excepto aquellos que se encontraban en el palco en que tomó asiento.

Montecristo, sin embargo, le vio, y una ligera sonrisa asomó a sus labios.

En cuanto a Haydée, ella no veía nada mientras el telón estuviese levantado; como todas las naturalezas sencillas, adoraba todo lo que hablaba al oído y a los ojos.

El tercer acto transcurrió como de costumbre; las señoritas Noblet, Julia y Leroux ejecutaron sus trenzados corrientes; el príncipe de Granada fue desafiado por Robert Mario; en fin, este magnífico rey que ya saben, dio la vuelta a la escena para lucir su manto de terciopelo, llevando a su hija de la mano; después cayó el

telón, y los asistentes se desbordaron inmediatamente al vestíbulo y a los pasillos.

El conde salió de su palco y un instante después apareció en el de la baronesa Danglars.

La baronesa no pudo impedir lanzar un grito de sorpresa ligeramente mezclado de alegría.

—¡Ah, venga, señor conde! —exclamó ella—. Porque en verdad tenía deseos de unir mi agradecimiento verbal a las gracias que ya le envié por escrito.

—¡Oh, señora! —dijo el conde—. ¿Aún se acuerda usted de esa miseria? Yo ya lo tenía olvidado.

—Sí, pero lo que no se olvida, señor conde, es que usted salvó al día siguiente a mi buena amiga la señora de Villefort del peligro que le hicieron correr esos mismos caballos.

—En esta ocasión, señora, no merezco su agradecimiento. Fue Alí, mi nubio, quien tuvo el honor de prestar a la señora de Villefort ese eminente servicio.

—¿Y también fue Alí —dijo el conde de Morcerf—, quien libró a mi hijo de los bandidos romanos?

—No, señor conde —dijo Montecristo estrechando la mano que el general le alargaba—, no. Esta vez recojo las gracias por mi cuenta; pero usted ya me las ha dado, yo las he recibido, y, en verdad, me avergüenzo de encontrarle todavía tan reconocido. Señora baronesa, hágame el honor, se lo ruego, de presentarme a su encantadora hija.

—¡Oh! Ya ha sido presentado, de nombre por lo menos, porque hace dos o tres días que sólo hablamos de usted. Eugenia —continuó la baronesa girándose hacia su hija—, el señor conde de Montecristo.

El conde se inclinó: la señorita Danglars apenas hizo un ligero movimiento de cabeza.

—Está usted en su palco con una mujer admirable, señor conde —dijo Eugenia—. ¿Se trata de su hija?

—No, señorita —dijo Montecristo asombrado de tan extrema ingenuidad o de un aplomo asombroso—. Es una pobre griega, de la que soy tutor.

—¿Y se llama?

—Haydée —respondió Montecristo.

—¡Una griega! —murmuró el conde de Morcerf.

—Sí, conde —dijo la señora Danglars—, y dígame si ha visto alguna vez en la corte de Alí-Tebelín, donde tan gloriosamente ha servido, un traje tan admirable como el que tenemos ahí delante.

—¡Ah! —exclamó Montecristo—. ¿Ha servido usted en Janina, señor conde?

—Estuve de general inspector de las tropas del pachá —respondió Morcerf—, y mi poca fortuna, no lo oculto, proviene de las liberalidades del ilustre jefe albanés.

—¡Mírela, pues! —insistió la señora Danglars.

—¿Dónde está? —balbució Morcerf.

—¡Vea! —dijo Montecristo.

Y, envolviendo al conde con su brazo, se inclinó con él fuera del palco.

En ese momento Haydée, que buscaba al conde con la vista, descubrió su pálida cabeza junto a la del señor de Morcerf, a quien tenía abrazado.

Esta visión produjo sobre la joven el efecto de una cabeza de Medusa; hizo un movimiento hacia adelante como para devorar a ambos con la vista, y luego, casi inmediatamente, se echó hacia atrás lanzando un débil grito, que, sin embargo, fue oído por las personas que se hallaban más próximas. Alí abrió inmediatamente la puerta.

—Fíjese —dijo Eugenia—, ¿qué acaba de sucederle a su pupila, señor conde? Se diría que se encuentra mal.

—En efecto —dijo el conde—, pero no se asuste por eso, señorita. Haydée es muy nerviosa y por consiguiente muy sensible a los olores: un perfume que le sea antipático es suficiente para desmayarla; pero aquí tengo —añadió el conde sacando un frasquito de su bolsillo—, el remedio.

Y, tras haber saludado a la baronesa y a su hija con el mismo y único saludo, cambió un último apretón de manos con el conde y con Debray para salir inmediatamente del palco de la señora Danglars.

En cuanto entró en el suyo, Haydée aún se encontraba muy pálida. Apenas apareció, ella le cogió de la mano.

Montecristo percibió que las manos de la muchacha estaban húmedas y heladas a la vez.

—¿Con quién estabas hablando allí, señor? —preguntó la joven.

—Pues con el conde de Morcerf —respondió Montecristo—, que estuvo al servicio de tu ilustre padre, y que confiesa deberle su fortuna.

—¡Ah, miserable! —exclamó Haydée—. Él fue quien lo vendió a los turcos; y esa fortuna es el precio de su traición. ¿No sabías tú eso, mi querido señor?

—Ya oí decir algo acerca de esa historia en Epiro —dijo Montecristo—, pero ignoro los detalles. Ven, hija mía, tú me los dirás; debe ser algo interesante.

—¡Oh, sí! Ven, ven. Me parece que me moriría si permaneciese más tiempo frente a ese hombre.

Y Haydée se levantó con viveza, se envolvió en su chal de cachemira blanco bordado de perlas y coral, y salió presurosa en el momento en que el telón se levantaba.

—¡Vea si ese hombre se parece a los demás! —dijo la condesa G, a Alberto, que había vuelto de nuevo junto a ella—. Escucha religiosamente el tercer acto de *Robert*, y se marcha en el momento en que empieza el cuarto.

El alza y la baja

Algunos días después de este encuentro, Alberto de Morcerf acudió a hacer una visita al conde de Montecristo en su casa de los Campos Elíseos, que ya había tomado ese aspecto de palacio que el conde, gracias a su inmensa fortuna, daba a sus viviendas, incluso las más provisionales.

Venía a renovar el agradecimiento de la señora Danglars, que ya se lo había enviado en una carta firmada baronesa Danglars, nacida Herminia de Servieux.

Alberto estaba acompañado de Lucien Debray, el cual unió a las palabras de su amigo algunos cumplidos que no eran oficiales, pero los cuales, gracias a su cautela, el conde no podía sospechar su origen.

Incluso le pareció que Lucien venía a verle movido por un doble sentimiento de curiosidad, y que la mitad de dicho sentimiento procedía de la Chaussée d'Antin. En efecto, podía suponer, sin temor a dudas, que la señora Danglars, al no poder conocer con sus propios ojos el interior de un hombre que regalaba caballos de treinta mil francos, y que iba a la Ópera con una esclava griega que llevaba un millón en diamantes, había encargado a los ojos por los cuales acostumbraba a ver, que le diesen informes sobre ese interior.

Pero el conde no pareció sospechar la menor relación entre la visita de Lucien y la curiosidad de la baronesa.

—¿Está usted en casi continuas relaciones con el barón Danglars? —preguntó a Alberto de Morcerf.

—Pues, sí, señor conde; ya sabe usted lo que le dije.

—¿Y todavía se mantiene?

—Más que nunca —dijo Lucien—. Es un asunto arreglado.

Y Lucien, juzgando sin duda que esta palabra mezclada a la conversación le daba derecho a permanecer excluido, se colocó su

monóculo de concha en el ojo, y, mordiendo el puño de oro de su bastoncito, se puso a pasear por la estancia examinando las armas y los cuadros.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Pero al oírle hablar de eso, no creí en una solución tan rápida.

—¿Qué quiere usted? Las cosas marchan sin que nadie lo sospeche; mientras usted no piensa en ellas, ellas piensan en usted; y cuando se gira se queda asombrado del largo camino que han recorrido. Mi padre y el señor Danglars sirvieron juntos en España, mi padre en el ejército y el señor Danglars en provisiones. Allí fue donde mi padre, arruinado por la Revolución, y el señor Danglars, que jamás tuvo patrimonio, echaron sus cimientos, mi padre de su fortuna política y militar, que es hermosa; el señor Danglars de su fortuna política y financiera, que es admirable.

—Sí, en efecto —dijo Montecristo—, creo que durante la visita que le hice, el señor Danglars me habló de eso —y echando una ojeada a Lucien, que miraba un álbum, añadió—: Es una joven bonita, la señorita Eugenia, porque creo recordar que se llama Eugenia.

—Muy bonita, o demasiado bonita —respondió Alberto—, pero de una belleza que yo no aprecio. ¡Soy un indigno!

—¡Ya habla como si estuviese casado!

—¡Oh! —dijo Alberto mirando en torno suyo para saber qué hacía Lucien.

—Sabe —dijo Montecristo bajando la voz—, que no parece muy entusiasmado con ese matrimonio.

—La señorita Danglars es demasiado rica para mí —dijo Morcerf—. Y eso me espanta.

—¡Bah! —exclamó Montecristo—. ¡Vaya una razón! ¿No es usted también rico?

—Mi padre tiene algo así como unas cincuenta mil libras de renta, y tal vez me dé diez o doce cuando me case.

—Algo modesto es —dijo el conde—, sobre todo en París; pero la fortuna no lo es todo en este mundo; algo valen también un buen nombre y una alta posición social. Su nombre es célebre, su posición magnífica, y además el conde de Morcerf es un soldado, y gustará ver la alianza de esa integridad de Bayardo con la pobreza de Duguesclin; el desinterés es el más hermoso rayo de sol al que pueda relucir una noble espada. Yo, por el contrario, encuentro es-

ta unión muy conveniente; la señorita Danglars le enriquecerá y usted la ennoblecerá.

Alberto sacudió la cabeza y permaneció pensativo.

—Aún hay otra cosa —dijo.

—Confieso —prosiguió Montecristo—, que apenas puedo comprender esa repugnancia por una muchacha tan rica y bonita.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Morcerf—. Esa repugnancia, si es que existe, no viene sólo de mi lado.

—Entonces; ¿de parte de quién? Porque usted me ha dicho que vuestro padre deseaba ese matrimonio.

—Por parte de mi madre, y mi madre tiene un juicio prudente y seguro. Bien, a ella no le agrada esta unión; no sé qué prevención tiene contra los Danglars.

—¡Oh! —exclamó el conde en un tono algo forzado—, eso se concibe; la señora condesa de Morcerf, que es la distinción, la aristocracia y la fineza en persona, duda un poco al tocar una mano basta, grosera y brutal: es bien sencillo.

—No sé si será eso en efecto —dijo Alberto—, pero lo que sí sé, es que si se celebra este matrimonio se llevará un disgusto. Ya tenían que haberse reunido hace seis semanas para hablar del asunto; pero me atacaron tales dolores de cabeza...

—¿Reales? —dijo el conde sonriendo.

—¡Y tan reales! Sin duda fue el miedo... y por eso se retrasó la cita dos meses. No corre prisa, comprende; aún no tengo más que veintiún años y Eugenia diecisiete; pero los dos meses expiran la semana que viene. Tendrá que consumarse la ejecución. No puede imaginarse, mi querido conde, cuán apurado me encuentro... ¡Ah! ¡Qué feliz es siendo libre!

—Pues bien, sea usted libre a su vez. ¿Quién se lo impide? Es algo que me gustaría saber.

—¡Oh! Sería una gran decepción para mi padre si no me casa-se con la señorita Danglars.

—Entonces, cásese —dijo el conde con un extraño encogimiento de hombros.

—Sí —admitió Morcerf—, pero para mi madre no sería una decepción, sino un dolor.

—Entonces, no se case —volvió a decirle el conde.

—Ya veré, ya lo intentaré, usted me dará un consejo, ¿no es cierto? Y hasta si es posible, me sacará del atolladero. ¡Oh! Por no

causar una pena a mi excelente madre, hasta sería capaz de reñir con el conde, creo.

Montecristo se volvió; parecía emocionado.

—¡Eh! —dijo a Debray, sentado en un sillón al extremo del salón y que tenía en la mano derecha un lápiz y en la izquierda un cuaderno—. ¿Qué hace usted, un croquis de uno de los Poussin?

—¿Yo? —dijo tranquilamente—. ¡Oh! Sí, un croquis. Amo demasiado la pintura para eso. No, estoy haciendo todo lo contrario: hago números.

—¿Números?

—Sí, hago cálculos. Esto te concierne indirectamente, vizconde. Calculo lo que la casa Danglars ha ganado en la última alza de Haití; de doscientos seis los fondos subieron en tres días a cuatrocientos nueve, y el prudente banquero había comprado mucho a doscientos seis. Ha debido ganar trescientas mil libras.

—Esa no es su mejor jugada —dijo Morcerf—. ¿No ha ganado un millón este año con los bonos de España?

—Escucha, querido —dijo Lucien—, aquí está el conde de Montecristo que te dirá como los italianos:

*Danaro e santia
metá della metà¹.*

Y aún es mucho; así, pues, cuando me hablan de semejantes historias, me encojo de hombros.

—Pero usted hablaba de Haití, ¿no? —dijo Montecristo.

—¡Ah, Haití es otra cosa! Haití es el descarte del agiotaje francés. Se puede amar el calentador, querer el *whist*, estar loco por el boston, y, sin embargo, abandonar todo eso. Pero siempre se vuelve al écarté, es una obra maestra. Por consiguiente, el señor Danglars vendió ayer a cuatrocientos nueve y se ha embolsado trescientos mil francos; si hubiese esperado a hoy, los fondos han caído a doscientos cinco, y en lugar de ganar hubiese perdido veinte o veinticinco mil.

—¿Y por qué los fondos han caído de cuatrocientos nueve a doscientos cinco? —preguntó Montecristo—. Le pido perdón por la pregunta, pero soy un ignorante en materia de Bolsa.

—Porque —respondió riendo Alberto—, las noticias se siguen y no se parecen en nada.

—¡Ah, diablo! —exclamó el conde—. El señor Danglars juega a ganar o perder trescientos mil francos en un día. ¡Vaya! Pero, entonces es inmensamente rico.

—No es él quien juega —exclamó con viveza Lucien—, sino la señora Danglars. Ella sí es realmente intrépida.

—Pero tú que eres razonable, Lucien, y que conoces la poca estabilidad de las noticias, ya que estás en su fuente, deberías impedirlo —dijo Morcerf con una sonrisa.

—¿Cómo podría si su marido no lo consigue? —preguntó Lucien—. Tú conoces el carácter de la baronesa; nadie tiene influencia sobre ella, y no hace más que lo que quiere.

—¡Oh! Si yo estuviese en tu puesto —dijo Alberto.

—¿Qué?

—La curaría; le haría un favor a su futuro yerno.

—¿Y cómo lo harías?

—¡Ah, pardiez! Es muy fácil; le daría una lección.

—¿Una lección?

—Sí. Tu posición de secretario del ministro te concede una gran autoridad sobre las noticias; no haces más que abrir la boca y los agentes de cambio corren a telegrafiar inmediatamente tus palabras; hazle perder un centenar de miles de francos, uno tras otro, y se volverá más prudente.

—No comprendo —balbució Lucien.

—Pues es de lo más sencillo —respondió el joven con una ingenuidad que no tenía nada de afectada—. Anúnciale cualquier mañana una noticia inaudita, una noticia telegráfica que sólo tú puedes saber; que Henri IV, por ejemplo, fue visto ayer en casa de Gabrielle; esto hará subir los fondos, ella colocará su golpe de bolsa encima y perderá cuando Beauchamp escriba al día siguiente en su diario: «Es lástima que las personas bien informadas pretendan que el rey Henri IV fue visto anteayer en casa Gabrielle, lo cual es completamente inexacto; el rey Henri IV no ha salido de Pont-Neuf».

Lucien se puso a sonreír. Montecristo, aunque indiferente en apariencia, no había perdido ni una palabra de esta conversación, y su penetrante mirada creyó leer un secreto en el embarazo del secretario particular del ministro.

El resultado de esta turbación, que pasó inadvertida para Alberto fue que Debray abrevió su visita.

Evidentemente se sentía incómodo. El conde, al acompañarle hacia la puerta, le dijo algunas palabras en voz baja a las que respondió:

—Con mucho gusto, señor conde, acepto.

El conde regresó junto al joven Morcerf.

—¿No ha pensado usted —le dijo—, que no era muy acertado hablar como lo ha hecho de su suegra delante de Debray?

—Mire, conde —dijo Morcerf—, le ruego que no diga una palabra más de todo esto.

—De verdad, y sin exageración, ¿la condesa se opone a ese matrimonio?

—A tal punto que la baronesa rara vez viene a casa, y mi madre, creo que no ha estado más de dos veces en casa de la señora Danglars.

—Entonces —dijo el conde—, aquí me tiene animado a hablarle con el corazón en la mano. El señor Danglars es mi banquero, el señor de Villefort me ha colmado de cortesías y agradecimiento por un servicio que un afortunado azar me ha permitido hacerle. Bajo todo esto adivino una avalancha de cenas y fiestas. Ahora bien, para no parecer que adorno fastuosamente todo esto e incluso para tener el mérito de adelantarme, si usted quiere, he proyectado reunir en mi casa de campo de Auteuil a los señores Danglars y a los señores de Villefort. Si le invito a esta cena, así como al conde y a la condesa de Morcerf, esto tendría aspecto de una cita prematrimonial, o por lo menos la señora condesa de Morcerf podría verlo así si el señor barón me hace el honor de acudir con su hija, ¿no cree? Entonces, su madre me cogerá horror, y no quiero nada de eso; por el contrario, y dígaselo siempre que haya ocasión, quiero que no me aborrezca.

—A fe mía, conde —dijo Morcerf—, que le agradezco su franqueza conmigo, y acepto la exclusión que me propone. Dice que no quiere que mi madre le cobre antipatía y ya es todo lo contrario.

—¿Cree usted? —preguntó Montecristo con interés.

—¡Oh! Estoy seguro. En cuanto usted nos dejó el otro día, estuvimos hablando una hora de usted; pero vuelvo a lo que decíamos. Pues bien, si mi madre puede saber esta atención de su parte, y yo me apresuraré a comunicársela, estoy seguro de que le estará

algo más que agradecida. También es cierto que, por su parte, mi padre estará furioso.

El conde se echó a reír.

—Pues bien —dijo a Morcerf—, ya está advertido. Pero pienso que vuestro padre no será el único furioso; los señores Danglars me considerarán un hombre de malos modales. Saben que yo le trato con cierta familiaridad y que incluso usted es mi amistad más antigua en París, y no le encontrarán en mi casa; me preguntarán por qué no le he invitado. Piense, al menos, en buscarse un compromiso anterior que tenga alguna apariencia de probabilidad, y comuníquemelo con unas letras... Ya sabe usted que con los banqueros sólo son válidos los escritos.

—Haré algo mejor que eso, señor conde —dijo Alberto—. Mi madre va a salir a respirar aire marítimo. ¿Para qué día ha fijado la cena?

—Para el sábado.

—Estamos a martes. Bien; mañana por la tarde nos marchamos y pasado mañana estaremos en Le Treport. ¿Sabe usted, señor conde, que es un hombre encantador al dar tantas facilidades a las personas?

—¡Yo! En verdad usted me tiene en más de lo que valgo. Deseo serle agradable, eso es todo.

—¿Qué día ha hecho usted las invitaciones?

—Hoy mismo.

—Bien. Voy corriendo a casa del señor Danglars y le anunciaré que mañana abandonamos París mi madre y yo. Yo no le he visto; por consiguiente, no sé nada de su cena.

—¡Vaya locura! ¿Y el señor Debray, acaso no ha estado acompañándole en mi casa?

—¡Es cierto!

—Por el contrario, le he visto y le he invitado aquí sin ceremonia, y usted me ha respondido ingenuamente que no podía ser mi convidado porque marchaba a Le Treport.

—Bien, es definitivo. Pero, usted, ¿vendrá a ver a mi madre antes de mañana?

—Lo veo difícil, pues caería en medio de preparativos de marcha.

—Pues bien, haga algo mejor que eso. ¿No es usted un hombre encantador? Séalo adorable.

—¿Y qué debo hacer para llegar a esa sublimidad?

—¿Que qué necesita hacer?

—Eso pregunto.

—Hoy está usted libre como el aire: venga a cenar con nosotros; estaremos pocos, sólo mi madre, usted y yo. Usted apenas ha conocido a mi madre, y tendrá ocasión de verla de cerca. Es una mujer notable, y no lamento más que una cosa: que una mujer semejante no exista con veinte años menos. Le prometo que en seguida habría una vizcondesa y un vizconde de Morcerf. En cuanto a mi padre, ya no lo encontrará; está resolviendo unos negocios esta tarde y cenará en casa del gran canciller. Venga, hablaremos de viajes. Usted que ha visto el mundo entero, nos contará sus aventuras; nos dirá la historia de esa bella griega que estaba la otra noche en la Ópera, a quien llama su esclava y a quien trata como a una princesa. Hablaremos italiano, español. Vamos, acepte; mi madre se lo agradecerá.

—Muchas gracias— dijo el conde—. La invitación es de las más gentiles, y lamento vivamente no poder aceptarla. No estoy libre, como usted se imagina, y, por el contrario, tengo una cita de lo más importante.

—¡Ah! Tenga cuidado. Acaba de enseñarme hace un instante cómo se libra uno de las cosas desagradables. Necesito una prueba. Felizmente no soy un banquero como el señor Danglars; pero soy, se lo advierto, tan incrédulo como él.

—Por lo tanto, voy a dársela —dijo el conde. Y llamó.

—¡Hum! —murmuró Morcerf—. Ya son dos veces las que rehusa comer con mi madre. ¿Es que ha tomado una decisión?

Montecristo se estremeció.

—¡Oh! No lo crea —dijo—. Además, aquí viene mi prueba. Bautista entró y se mantuvo a la puerta, en pie y esperando.

—Yo no estaba prevenido de su visita, ¿no es cierto?

—¡Diantre! Es usted un hombre tan extraordinario que no responderé que no.

—Al menos, yo no podía adivinar que me invitaría a comer.

—¡Oh! En cuanto a eso, es probable.

—Pues bien, escuche, Bautista, ¿qué le he dicho esta mañana cuando le llamé a mi despacho?

—Que no dejase entrar a nadie a ver al señor conde después de las cinco.

—¿Y luego?

—¡Oh! Señor conde... —murmuró Alberto.

—No, no, quiero librarme absolutamente de esa reputación misteriosa que me ha dado, mi querido vizconde. Es difícil representar eternamente el Manfredo. Qué más... Continúa, Bautista.

—Luego, no recibir más que al mayor Bartolomé Cavalcanti y a su hijo.

—Oye usted, el mayor Bartolomé Cavalcanti, un hombre de la más antigua nobleza italiana, y del cual Dante se tomó la molestia de ser el Hozier... ¿Lo recuerda usted o no, en el canto X de *El Infierno*? Además, su hijo, un encantador muchacho de su edad, aproximadamente, vizconde, que lleva su mismo título y que hace la entrada en el mundo parisién con los millones de su padre. El mayor me trae esta tarde a su hijo Andrea, el *contino*, como decimos en Italia. Me lo confía. Yo le protegeré si tiene algún mérito. Usted me ayudará, ¿no es cierto?

—¡Sin duda! ¿Es algún viejo amigo suyo ese mayor Cavalcanti? —preguntó Alberto.

—En absoluto; es un digno señor, muy cortés, muy modesto y muy discreto, como muchos de los que abundan en Italia; descendiente de una de las más antiguas familias. Le he visto varias veces, bien en Florencia, en Bolonia o en Luca, y me ha avisado de su llegada. Los conocidos de viaje son exigentes; reclaman de uno, en cualquier sitio, la amistad que se le ha testimoniado una vez por casualidad; como si el hombre civilizado, que sabe vivir una hora con cualquiera, no tuviese sus pensamientos ocultos. Este mayor Cavalcanti vuelve a París, que no ha visto más que de paso, bajo el Imperio, cuando fue a helarse a Moscú. Le daré una buena cena, me dejará a su hijo; le prometeré velar por él, le dejaré hacer todas las locuras que quiera y nos despediremos.

—¡Magnífico! —dijo Alberto—. Ya veo que es un excelente mentor. Adiós, pues; estaremos de regreso el domingo. A propósito, recibí noticias de Franz.

—¡Ah! ¿De veras? —exclamó Montecristo—. ¿Sigue divirtiéndose en Italia?

—Supongo que sí; sin embargo, le echa de menos. Dice que usted era el sol de Roma, y que sin usted todo está eclipsado. No sé si aún llega a decir que llueve.

—¿Así, pues, su amigo Franz ha cambiado respecto a mí?

—Al contrario, persiste en creerle fantástico y único; por eso mismo le echa de menos.

—¡Encantador joven! —dijo Montecristo—. Y por el cual sentí una viva simpatía la primera tarde en que le vi buscando una cena cualquiera, y quiso aceptar la mía. Es, según creo, el hijo del general Epinay, ¿no?

—Exacto.

—¿El mismo que fue asesinado miserablemente en 1815?

—Por los bonapartistas.

—¡Eso es! A fe mía que lo aprecio. ¿Y no hay para él uno de esos proyectos de matrimonio?

—Sí, debe casarse con la señorita de Villefort.

—¿Es cierto?

—Tan cierto como yo debo casarme con la señorita Danglars —añadió Alberto riendo.

—Se ríe...

—Sí.

—¿Por qué se ríe?

—Me río, porque me parece que por ese lado existe tanta simpatía por el matrimonio como la hay entre la señorita Danglars y yo. Pero, realmente, señor conde, hablamos de mujeres como ellas hablan de los hombres. ¡Esto es imperdonable!

Alberto se levantó.

—¿Cómo, se marcha?

—¡Bonita pregunta! Hace dos horas que le entretengo y aún tiene la gentileza de preguntarme si me voy. En verdad, conde, es usted el hombre más cortés de la tierra. Y sus criados, qué educados están, sobre todo el señor Bautista. Jamás he visto nada igual. Los míos parecen haber tomado ejemplo de los del Teatro Francés, que, justo porque no tienen más que una palabra que decir, siempre la dicen mal. Así, pues, si se deshace del señor Bautista, soy el primero en pedírselo.

—Convenido, vizconde.

—Esto no es todo, espere; ofrezca mis saludos a su discreto huésped, al señor Cavalcante dei Cavalcanti; y si por casualidad quiere establecer a su hijo, encuéntrale una mujer rica, muy noble, de la clase de su madre por lo menos, y baronesa por el padre. Yo le ayudaré por mi parte.

—¡Oh, oh! —respondió Montecristo—. ¿Realmente usted haría eso?

—Sí. sí.

—A fe mía, y no voy a jurar nada.

—¡Ah, conde! —exclamó Morcerf—. Qué servicio me prestaría, y cómo le apreciaría cien veces más si, gracias a usted, me quedase soltero aunque sólo fuese por otros diez años.

—Todo es posible —respondió gravemente Montecristo.

Y despidiéndose de Alberto, entró en su habitación y llamó tres veces con el timbre.

Bertuccio se presentó.

—Señor Bertuccio —le dijo—, ya sabrá que recibo el sábado en mi casa de Auteuil.

Bertuccio se estremeció ligeramente.

—Bien, señor.

—Le necesito —continuó el conde—, para que todo sea preparado convenientemente. Esa casa es muy hermosa, o por lo menos puede serlo.

—Habrá que cambiarlo para conseguirlo, señor conde, porque las paredes han envejecido.

—Entonces lo cambia todo, excepto una sola habitación: el dormitorio de damasco rojo, que dejará absolutamente igual que está.

Bertuccio se inclinó.

—Tampoco tocará el jardín; pero del patio, por ejemplo, haga lo que mejor le parezca; estaría contento si nadie pudiese reconocerlo.

—Haré todo lo posible para que el señor conde esté contento; estaría más tranquilo, sin embargo, si el señor conde quisiese decirme sus intenciones respecto a la cena.

—En verdad, mi querido señor Bertuccio —dijo el conde—, que le encuentro desorientado, vacilante, desde que se halla en París. Pero, ¿acaso ya no conoce mis gustos?

—Pero, en fin, Su Excelencia podría decirme a quiénes recibirá.

—Aún no lo sé, y usted no tiene necesidad de saberlo. Lúculo come en casa de Lúculo, nada más.

Bertuccio se inclinó y salió.

El mayor Cavalcanti

Ni el conde ni Bautista habían mentido al anunciar a Morcerf esta visita del mayor luqués, que servía de pretexto a Montecristo para rehusar la comida que le ofrecían.

Acababan de sonar las siete, y el señor Bertuccio, según las órdenes recibidas, había partido hacía dos horas para Auteuil, cuando un coche de punto se detuvo ante la puerta de la mansión, y pareció huir medio avergonzado, apenas hubo depositado junto a la verja a un hombre de cincuenta y dos años aproximadamente, vestido con una de esas levitas verdes con alamares negros y cuya clase es imperecedera, en Europa, según parece. Un amplio pantalón de paño azul, unas botas aún bastante limpias, aunque con un barniz algo resquebrajado y unas suelas demasiado gruesas; guantes de ante, un sombrero que recordaba por la forma al de un gendarme, una corbata negra bordada con una lista blanca, que su propietario no hubiese llevado de seguir sus deseos. Tal era la pintoresca indumentaria que vestía el personaje que llamó a la verja preguntando si no era aquél el número 30 de la avenida de los Campos Elíseos, donde vivía el señor conde de Montecristo, y quien, ante la respuesta afirmativa del conserje, entró, cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia la escalinata.

La cabeza pequeña y angulosa de este hombre, sus cabellos canos, su bigote espeso y gris le hicieron reconocible a Bautista, quien tenía la descripción exacta del visitante y lo esperaba en el vestíbulo. Así, pues, apenas hubo pronunciado su nombre ante el servidor, Montecristo fue advertido de su llegada.

Se introdujo al extranjero en el salón más sencillo. El conde le esperaba y salió a su encuentro con aire risueño.

—¡Ah, mi querido señor! —dijo—. Sea bien venido. Le esperaba.

—¿En verdad —dijo el luqués—, me esperaba Su Excelencia?
—Sí, estaba prevenido de su llegada para hoy a las siete.
—¿De mi llegada? ¿Así que estaba prevenido?
—Perfectamente.
—¡Ah, tanto mejor! Temía, lo confieso, que hubieran olvidado esta pequeña precaución.

—¿Cuál?
—La de advertirle.
—¡Oh! No.
—Pero, ¿está usted seguro de no equivocarse?
—Estoy seguro.
—¿Es a mí a quien Su Excelencia esperaba para hoy a las siete?
—Claro que era a usted. Además, podemos comprobarlo.
—¡Oh! Si usted me esperaba —dijo el luqués—, no merece la pena.

El luqués parecía ligeramente inquieto.
—Veamos —dijo Montecristo—, ¿no es usted, por casualidad, el señor marqués Bartolomé Cavalcanti?
—Bartolomé Cavalcanti —repitió el luqués gozoso—, eso es.
—¿Ex mayor al servicio de Austria?
—¿Acaso era mayor? —preguntó tímidamente el viejo militar.
—Sí —dijo Montecristo—, era mayor. Es el nombre que se da en Francia al grado que usted ocupaba en Italia.

—Bueno —dijo el luqués—, no pido nada mejor, ya comprendo usted.

—Además, ¿no viene usted por su propia voluntad? —prosiguió Montecristo.

—¡Oh! Claro que sí.

—¿No viene usted enviado por alguien?

—Sí.

—¿Por el excelente abate Busoni?

—¡Eso es! —exclamó el mayor con alegría.

—¿Y no trae usted una carta?

—Aquí está.

—¡Pardiez! ¿Lo ve usted? Démela, entonces.

Y Montecristo cogió la carta que abrió y leyó.

El mayor miraba al conde con grandes ojos de asombro, que se dirigían curiosamente a cada parte del aposento y que invariablemente volvían a su propietario.

—Esto está bien..., este querido abate, «el mayor Cavalcanti, un digno patricio de Luca, descendiente de los Cavalcanti de Florencia —continuó Montecristo leyendo en voz alta—, gozando de una fortuna de medio millón de renta...».

Montecristo levantó la vista del papel y saludó.

—¡Medio millón! —exclamó—. ¡Peste! Mi querido señor Cavalcanti.

—¿Pone medio millón? —preguntó el luqués.

—Con todas las letras, y eso debe ser, porque el abate Busoni es el hombre que mejor conoce todas las grandes fortunas de Europa.

—Sea por medio millón —dijo el luqués—, pero le doy mi palabra de que no creía que eso subiese a tanto.

—Porque usted tendrá un intendente que le roba. Qué quiere usted, mi querido Cavalcanti, no queda más remedio que pasar por eso.

—Acaba usted de iluminarme —dijo con gravedad el luqués—. Pondré a ese pillo en la calle. Montecristo continuó leyendo:

—«...y al cual no faltará más que una cosa para ser feliz».

—¡Oh, Dios mío, sí! Una sola —dijo el luqués con un suspiro.

—«Encontrar a su hijo adorado.»

—¡Un hijo adorado!

—«Raptado en su juventud, bien por un enemigo de su noble familia o por unos gitanos.»

—A la edad de cinco años, señor —dijo el luqués con un profundo suspiro y levantando los ojos al cielo.

—¡Pobre padre! —exclamó Montecristo. Y el conde continuó leyendo:

—«Yo le devuelvo la esperanza, le devuelvo la vida, señor conde, anunciándole que ese hijo, que desde hace quince años busca inútilmente, usted puede encontrarlo».

El luqués miró a Montecristo con una indefinible expresión de inquietud.

—Puedo hacerlo —respondió Montecristo.

El mayor se incorporó.

—¡Ah, ah! —dijo—. Entonces, ¿la carta es auténtica hasta el fin?

—¿Lo dudaba, mi querido señor Bartolomé?

—¡No, nunca! ¿Cómo iba a hacerlo? Un hombre grave, un hombre revestido del carácter religioso como el abate Busoni, no se habría permitido una broma semejante; pero usted no lo ha leído todo, Excelencia.

—¡Ah! Es cierto —dijo Montecristo—. Hay una postdata.

—Sí —inquirió el luqués—, hay... una... postdata.

—«Para no causar al mayor Cavalcanti la molestia de desplazar fondos de casa de su banquero, le envió una letra de mil francos para sus gastos de viaje, y el crédito contra usted por la suma de cuarenta y ocho mil francos que usted me debía.»

El mayor seguía esta posdata con una visible ansiedad.

—Bueno —se limitó a decir el conde.

—Ha dicho bueno —murmuró el luqués—. Así, pues..., señor.

—¿Así, qué? —preguntó Montecristo.

—Entonces... la posdata...

—¿Y bien? ¿Qué le pasa a la posdata?

—¿La acoge usted tan favorablemente como el resto de la carta?

—Pues claro. Ya nos entenderemos el abate y yo; no sé si son cuarenta y ocho mil francos precisamente lo que le debo, pero entre nosotros no es cuestión de unos billetes de Banco. ¡Ah, vaya! ¿Concedía usted tan gran importancia a esta posdata, mi querido señor Cavalcanti?

—Le confesaré —respondió el luqués—, que, confiado en la carta del abate Busoni, no me había provisto de otros fondos; de manera que si esta fuente hubiese fallado me habría visto muy mal en París.

—¿Acaso un hombre como usted se puede encontrar mal en algún sitio? —dijo Montecristo—. ¡Vamos, no diga eso!

—¡Diantre! No conociendo a nadie.

—Pero le conocen a usted, ¿no es así?

—Sí, se me conoce, de manera que...

—Acabe, mi querido señor Cavalcanti.

—¿De modo que usted me entregará esos cuarenta y ocho mil francos?

—En cuanto me los pida.

El mayor abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero, siéntese usted —dijo Montecristo—. Realmente no sé qué hago..., hace un cuarto de hora que le tengo de pie.

—No tiene importancia.

El mayor cogió un sillón y se sentó.

—Ahora —dijo el conde—, ¿quiere usted tomar alguna cosa? ¿Un vaso de jerez, de oporto, de alicante?

—De alicante, ya que se empeña; es mi vino predilecto.

—Lo tengo excelente. Con un bizcocho, ¿no es cierto?

—Con un bizcocho, ya que insiste.

Montecristo llamó; Bautista apareció.

El conde salió a su encuentro.

—¿Y bien? —le preguntó en voz baja.

—El joven está ahí —respondió el ayuda de cámara en el mismo tono.

—Bien. ¿Dónde lo ha hecho entrar?

—En el salón azul, como había ordenado Su Excelencia.

—Perfectamente. Tráigame vino de alicante y unos bizcochos. Bautista salió.

—En verdad —dijo el luqués—, le causo una molestia que me llena de confusión.

—¡Bah! No lo crea —respondió Montecristo.

Bautista regresó con los vasos, el vino y los bizcochos.

El conde llenó un vaso y derramó en el segundo unas gotitas del rubí líquido que contenía la botella, cubierta totalmente de telas de araña y de los demás signos que señalan la solera del vino con más seguridad de lo que lo hacen las arrugas en el hombre.

El mayor no se equivocó en el reparto y cogió el vaso lleno y un bizcocho.

El conde ordenó a Bautista colocar la bandeja al alcance de la mano de su huésped, quien empezó a paladear el vino a flor de labios, hizo un gesto de satisfacción e introdujo delicadamente el bizcocho en el vaso.

—Así, pues, señor —dijo Montecristo—, usted vive en Luca, es usted rico, es noble, goza de la consideración general, y posee todo lo que puede hacer feliz a un hombre.

—Todo, Excelencia —dijo el mayor tragándose el bizcocho—. Todo absolutamente.

—¿Y no le falta más que una cosa para su dicha completa?

—Nada más que una —dijo el luqués.

—¿La de encontrar a su hijo?

—¡Ah! —dijo el mayor cogiendo un segundo bizcocho—. Pero también eso me faltaba.

El digno luqués levantó los ojos y se esforzó en suspirar.

—Ahora, veamos, mi querido señor Cavalcanti —dijo Montecristo—. ¿De dónde era ese hijo tan lamentado? Porque me habían dicho que usted ha permanecido soltero.

—Así se creía, señor —dijo el mayor—, y yo mismo...

—Sí —repuso Montecristo—, y usted mismo acreditó ese rumor. Un pecado de juventud que usted deseaba ocultar a todo el mundo.

El luqués se irguió, adoptó un aire más tranquilo y más digno, al mismo tiempo que bajaba modestamente la mirada, bien para asegurarse de su apariencia, bien para ayudar a su imaginación y mirar de reojo al conde, en quien la sonrisa estereotipada de sus labios anunciaba siempre la misma curiosidad benévola.

—Sí, señor —dijo—, quería ocultar esa falta a todo el mundo.

—No por usted —dijo Montecristo—, porque un hombre está por encima de esas cosas.

—¡Oh, no! No por mí, ciertamente —dijo el mayor con una sonrisa y un cabeceo.

—Sino por su madre —dijo el conde.

—¡Por su madre! —exclamó el luqués tomando un tercer bizcocho—. ¡Por su pobre madre!

—Beba, mi querido señor Cavalcanti —dijo Montecristo sirviéndole un segundo vaso de alicante—. La emoción le ahoga.

—¡Por su pobre madre! —murmuró el mayor haciendo los mayores esfuerzos para que una lágrima surgiese y humedeciera un poco sus ojos.

—¿Que pertenecía a una de las primeras familias de Italia, según creo?

—Una patricia de Fiesole, señor conde, patricia de Fiesole.

—¿Y se llamaba?

—¿Desea usted saber su nombre?

—¡Oh, Dios mío! —dijo Montecristo—. Es inútil que me lo diga, ya lo conozco.

—El señor conde lo sabe todo —dijo el luqués inclinándose.

—Oliva Corsinari, ¿no es cierto?

—Oliva Corsinari.

—¿Marquesa?

—Marquesa.

—¿Y usted acabó casándose con ella, sin embargo, y a pesar de la oposición de la familia?

—¡Dios mío! Sí, acabé por eso.

—Y —añadió Montecristo—, ¿trae usted sus papeles en regla?

—¿Qué papeles? —preguntó el luqués.

—Pues su acta de matrimonio con Oliva Corsinari, y el acta de nacimiento del niño.

—¿La partida de nacimiento del niño?

—Sí, la de Andrea Cavalcanti, la de su hijo. ¿No se llama Andrea?

—Creo que sí —respondió el luqués.

—¿Cómo que lo cree?

—¡Diantre! No me atrevo a afirmarlo; hace tanto tiempo que está perdido.

—Es cierto —dijo Montecristo—. En fin, ¿tiene usted los papeles?

—Señor conde, con gran sentimiento por mi parte, le anuncio que, no sabiendo lo importante que eran esas piezas, he olvidado traerlas conmigo.

—¡Ah, diablo! —exclamó Montecristo.

—¿Eran tan necesarios?

—¡Indispensables!

El luqués se rascó la frente.

—¡Ah, *per Baccho*! —dijo—. ¡Indispensables!

—Sin duda. ¿Y si hiciesen aquí algunas dudas sobre la validez de su matrimonio y la legitimidad de su hijo?

—Es justo —dijo el luqués—. Podrían nacer dudas.

—Sería molesto para ese joven.

—Sería fatal.

—Hasta podría hacerle perder algún magnífico matrimonio.

—*O peccato!*

—En Francia, ya sabe usted, se es severo; no basta, como en Italia, con ir en busca de un sacerdote y decirle: «Nos amamos, cásenos». Existe el matrimonio civil, y para casarse civilmente en Francia, hacen falta documentos que demuestren la identidad.

—¡Vaya una desgracia! Esos papeles no los tengo.

—Afortunadamente, yo sí que los tengo —dijo Montecristo.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Los tiene usted?

—Sí que los tengo.

—¡Ah, diantre! —dijo el luqués que ya veía fallido el fin de su viaje por la carencia de dichos papeles y temiendo que dicho olvido dificultase el recibo de sus cuarenta y ocho mil francos—. ¡Ah, vaya! Esto sí que es suerte. Sí —agregó—, es una suerte, porque yo nunca hubiese pensado en ello.

—¡Pardiez! Creo que no siempre se puede pensar en todo. Pero afortunadamente el abate Busoni pensó por usted.

—¡Qué amable, este querido abate!

—Es un hombre precavido.

—Un hombre admirable —afirmó el luqués—. ¿Y se los ha enviado?

—Aquí están.

El luqués juntó las manos en signo de admiración.

—Usted se casó con Oliva Corsinari en la iglesia de San Pablo de Monte Cattini; he aquí el certificado del sacerdote.

—Sí, a fe mía, aquí está —dijo el mayor mirándolo con asombro.

—Y aquí la partida de bautismo de Andrea Cavalcanti, extendida por el cura de Saravezza.

—Todo está en regla —dijo el mayor.

—Entonces, coja estos papeles, los cuales no tendrá más que dárselos a su hijo para que los guarde cuidadosamente.

—Ya lo creo... Si los perdiese...

—¿Si los perdiese, qué? —preguntó Montecristo.

—Pues —repuso el luqués—, que sería necesario escribir allá y costaría mucho procurarse otros.

—En efecto, eso sería difícil —dijo Montecristo.

—Casi imposible —respondió el luqués.

—Estoy convencido de que usted comprende el valor que tienen estos papeles.

—Esté seguro que los guardaré como si fuesen oro.

—Ahora —dijo Montecristo—, en cuanto a la madre del joven...

—En cuanto a la madre del joven... —repitió el mayor con inquietud.

—¡Y en cuanto a la marquesa Corsinari!

—¡Dios mío! —exclamó el luqués asombrado por las dificultades que parecían surgir a cada paso—. ¿Es que habrá necesidad de ella?

—No, señor —repuso Montecristo—. Por otra parte, ¿no ha...?

—Sí, claro, sí —dijo el mayor—. Ella ha...

—¿Pagado su tributo a la naturaleza?

—¡Ay! Sí —dijo con viveza el luqués.

—Ya supe eso —repuso Montecristo—. Ella murió hace diez años.

—Y yo aún lloro su muerte —dijo el mayor sacando de su bolsillo un pañuelo a cuadros y enjugándose, alternativamente, el borde del ojo derecho y luego del izquierdo.

—¡Qué se le va a hacer! —exclamó Montecristo—. Todos somos mortales. Ahora comprenda, mi querido señor Cavalcanti, comprenda que es inútil que sepan en Francia que usted ha estado separado de su hijo durante quince años. Todas esas historias de gitanos que raptan niños no están de moda entre nosotros. Usted lo envió a cursar estudios en un colegio de provincias, y ahora quiere que concluya esta educación en el mundo parisién. Por esto ha abandonado usted Vía Reggio, donde vive usted desde la muerte de su esposa. Con esto bastará.

—¿Cree usted?

—Ciertamente.

—Muy bien, entonces.

—Si se supiese algo acerca de esta separación...

—¡Ah, sí! ¿Qué diría yo?

—Que un preceptor infiel, vendido a los enemigos de vuestra familia...

—¿De los Corsinari?

—Ciertamente..., había raptado a su hijo para que vuestro apellido se extinguiese.

—Exacto, puesto que es hijo único.

—Pues bien, ahora que todo está acordado, que sus recuerdos han sido remozados, no se traicione. Sin duda ha adivinado que le preparaba una sorpresa, ¿no es así?

—¿Agradable? —preguntó el luqués.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Ya veo que no se puede engañar el ojo ni el corazón de un padre.

—¡Hum! —exclamó el mayor.

—¿Le han hecho alguna revelación indiscreta, o más bien ha adivinado usted quién está ahí?

—¿Quién está?

—Su hijo, su pequeño, vuestro Andrea.

—Ya lo había adivinado —respondió el luqués con la flema más grande del mundo—. Así, pues, ¿está ahí?

—Aquí mismo —dijo Montecristo—. Al entrar hace un momento el criado me ha prevenido de su llegada.

—¡Ah, muy bien! Muy bien —exclamó el mayor estrechando a cada exclamación los alamares de su polonesa.

—Mi querido señor —dijo Montecristo—, comprendo toda su emoción; es preciso darle tiempo para reponerse; también quiero

preparar al joven para esta entrevista tan deseada, porque supongo que no habrá nadie tan impaciente como usted.

—Ya lo creo —dijo Cavalcanti.

—Pues bien, dentro de un cuarto de hora estaremos con usted.

—Entonces, ¿me lo traerá usted? ¿Llevará su bondad hasta presentármelo usted mismo?

—No, yo no quiero interferirme entre un padre y un hijo; estarán solos, señor mayor; pero esté tranquilo, aun en el caso en que la voz de la sangre permanezca muda, no habrá medio de equivocarse: él entrará por esa puerta. Es un joven apuesto, rubio, tal vez demasiado rubio, de modales desenvueltos, ya verá.

—A propósito —dijo el mayor—, ya sabe usted que no he traído conmigo más que los dos mil francos que el bondadoso abate Busoni me envió. Con esto he hecho el viaje, y...

—Y usted tiene necesidad de dinero..., es muy justo, mi querido señor Cavalcanti. Tenga, aquí tiene para empezar ocho billetes de mil francos...

Los ojos del mayor brillaron como carbunclos.

—Así serán cuarenta mil francos los que le debo —dijo Montecristo.

—¿Quiere un recibo Su Excelencia? —dijo el mayor metiendo los billetes en el bolsillo interior de su polonesa.

—¿Para qué?

—Para arreglar sus cuentas ante el abate Busoni.

—Bien, ya me dará un recibo total cuando tenga los cuarenta mil últimos francos. Entre personas honradas, semejantes precauciones son innecesarias.

—¡Ah, sí! Es cierto —dijo el mayor—. Entre personas honradas.

—Ahora, una última palabra, marqués.

—Diga.

—Me permite una pequeña recomendación, ¿no es cierto?

—¡Cómo no! Se la pido.

—No estaría mal que usted se quitase esa polonesa.

—¿De veras? —dijo el mayor mirando su ropa con cierta complacencia.

—Sí, eso aún se lleva en Vía Reggio, pero en París hace tiempo que ese traje, aunque sea elegante, ha pasado de moda.

—Es lástima —dijo el luqués.

—¡Oh! Si usted quiere, puede volvérselo a poner cuando se vaya.

—Pero, ¿qué me pondré?

—Lo que encuentre en sus maletas.

—¡Cómo en mis maletas! No tengo más que un portamantas.

—Con usted no lo dudo. ¿Para qué ha de cargarse? Por otra parte, un antiguo soldado siempre prefiere llevar poco equipaje.

—He aquí, justamente, porque...

—Pero usted es hombre precavido, y ha enviado sus maletas por delante. Llegaron ayer al hotel de los Príncipes, de la calle Richelieu. Ahí es donde usted ha reservado su alojamiento.

—Entonces, ¿en esas maletas?

—Supongo que ha tenido la precaución de decir a su ayuda de cámara que guardase en ellas todo lo necesario: trajes de ciudad, uniformes. En las grandes circunstancias usted se pondrá de uniforme, eso sienta bien. No se olvide de su cruz. Aún siguen burlándose de ellas en Francia, pero siempre se llevan.

—Muy bien, muy bien, muy bien —dijo el mayor que iba de asombro en asombro.

—Y ahora —dijo Montecristo—, que su corazón está preparado para las emociones muy fuertes, dispóngase, mi querido señor Cavalcanti, a volver a ver a su hijo Andrea.

Y haciendo un encantador saludo al luqués, feliz y extasiado, Montecristo desapareció tras los cortinajes.

Andrea Cavalcanti

El conde de Montecristo entró en el salón contiguo, que Bautista denominó con el nombre de salón azul, y en donde acababa de precederle un joven de modales desenvueltos, vestido con bastante elegancia, y que un cabriolé de alquiler había dejado media hora antes frente a la puerta de la mansión. Bautista no tuvo que esforzarse para reconocerlo; aquél era el joven alto de los cabellos rubios, la barba rojiza y los ojos negros, que con la tez sumamente blanca le había descrito su amo.

Cuando el conde entró en el salón el joven se encontraba negligentemente extendido en un sofá, azotando con distracción su bota con un junquillo de empuñadura de oro.

Al descubrir a Montecristo se levantó con viveza.

—¿El señor es el conde de Montecristo? —inquirió.

—Sí, señor —respondió éste—. ¿Y yo tengo el honor de hablar con el señor vizconde Andrea Cavalcanti?

—El vizconde Andrea Cavalcanti —repitió el joven acompañando a sus palabras un saludo lleno de desenvoltura.

—¿Tendrá usted una carta que le acredite ante mí? —dijo Montecristo.

—No he hablado de ella a causa de la firma, que me ha parecido un tanto extraña.

—Simbad el Marino, ¿no es cierto?

—Justo. Ahora bien, como nunca he conocido más Simbad el Marino que el de *Las mil y una noches*...

—Pues bien, es uno de sus descendientes, uno de mis amigos más ricos, un inglés más que original, casi loco, cuyo verdadero nombre es lord Wilmore.

—¡Ah! Eso lo explica todo —dijo Andrea—. Entonces, todo está perfecto. Es ese mismo inglés que conocí... en... sí, muy bien... Señor conde, soy su servidor.

—Si lo que me dice es cierto —replicó el conde sonriendo—, espero que será lo bastante bueno para darme algunos detalles acerca de usted y de su familia.

—Con mucho gusto, señor conde —respondió el joven, con una volubilidad que probaba la solidez de su memoria—. Soy, como usted ha dicho, el vizconde Andrea Cavalcanti, hijo del mayor Bartolomé Cavalcanti, descendiente de los Cavalcanti inscritos en el libro de oro de Florencia. Nuestra familia, aunque muy rica, pues mi padre posee medio millón de renta, ha pasado por bastantes desgracias, y yo mismo, señor, fui raptado, a los cinco años, por un preceptor infiel; por consiguiente, hace quince años que no he vuelto a ver al autor de mis días. Desde que tengo uso de razón, desde que estoy libre y soy dueño de mis actos, lo busco, pero inútilmente. En fin, esta carta de su amigo Simbad me anuncia que él se encuentra en París, y me autoriza a dirigirme a usted para obtener noticias suyas.

—En verdad, señor, todo lo que me cuenta es muy interesante —dijo el conde, mirando con sombría satisfacción aquel rostro atrevido, cuya belleza se parecía a la del ángel malo—, y ha hecho muy bien en acomodarse en todo a la invitación de mi amigo Simbad, porque su padre está efectivamente aquí y le busca.

El conde, desde su entrada en el salón, no había perdido de vista al joven; había admirado su mirada firme y la seguridad de su voz; pero ante estas palabras tan naturales: «Su padre está efectivamente aquí y le busca», el joven Andrea dio un salto y exclamó:

—¡Mi padre! ¿Está aquí mi padre?

—Sin duda —respondió Montecristo—. Su padre, el mayor Bartolomé Cavalcanti.

La impresión de terror aparecida en el rostro del joven se desvaneció casi inmediatamente.

—¡Ah, sí! Es cierto —dijo—. El mayor Bartolomé Cavalcanti. ¿Y dice usted, señor conde, que está aquí ese querido padre?

—Sí, señor. Incluso añadiré que lo he dejado hace un instante, que la historia que me ha contado sobre su hijo querido, perdido en otros tiempos, me ha conmovido mucho; en verdad, sus dolores, sus temores y sus esperanzas a este respecto compondrían un poema enternecedor. En fin, un día recibió noticias que le anunciaban que los raptadores de su hijo ofrecían devolverlo o indicarle dónde se encontraba mediante una suma bastante fuerte. Pero nada retuvo a es-

te buen padre; esa suma fue enviada a la frontera del Piamonte con un pasaporte visado para Italia. Usted estaba en el Mediodía de Francia, según creo, ¿no?

—Sí, señor —respondió Andrea, con aire turbado—. Sí, yo estaba en el Mediodía de Francia.

—¿Un coche debía esperarle en Niza?

—Eso es, señor. Me condujo de Niza a Génova, de Génova a Turín, de Turín a Chambery, de Chambery a Pont de Beauvoisin, y de aquí a París.

—¡Perfecto! Esperaba constantemente encontrarle en el camino, porque esa era la ruta que él seguía; he aquí porque su itinerario ha sido trazado de esa manera.

—Pero si me hubiese encontrado ese querido padre, dudo que me hubiese reconocido —dijo Andrea—. He cambiado un poco desde que lo perdí de vista.

—¡Oh, la voz de la sangre! —dijo Montecristo.

—¡Ah, sí! Es cierto —replicó el joven—. Ya no pensaba en la voz de la sangre.

—Ahora sólo una cosa inquieta al marqués de Cavalcanti —indicó Montecristo—, y es lo que usted ha hecho durante el tiempo que estuvo alejado de él; de qué manera le han tratado sus perseguidores; si han observado todos los miramientos debidos a su nacimiento; en fin, si no le ha quedado de ese sufrimiento moral, al cual ha estado expuesto, sufrimiento peor cien veces que el físico, alguna debilidad en las facultades de que tan largamente le ha dotado la naturaleza, y si usted mismo cree que podrá sostener dignamente en el mundo el rango que le pertenece.

El joven balbució, aturdido:

Señor, espero que ninguna calumnia...

—¡Yo! Oí hablar de usted por primera vez a mi amigo Wilmore, el filántropo. Supe que le había encontrado en una situación molesta, ignoro cuál y tampoco le hice ninguna pregunta: no soy curioso. Sus desventuras le interesaron. Me dijo que quería devolver en el mundo la posición que usted había perdido, que buscaría a su padre y que lo encontraría; lo ha buscado y lo ha encontrado, según parece, ya que está aquí; en fin, me previno ayer de vuestra llegada, y aún me dio algunas instrucciones relativas a vuestra fortuna, eso es todo. Yo sé que es un excéntrico, pero al mismo tiempo, mi amigo Wilmore, como es hombre seguro, rico como una mina de oro,

y, por consiguiente, puede pagarse estas excentricidades sin que se arruine, le he prometido seguir sus instrucciones. Ahora, señor, no se moleste por la pregunta: como estoy obligado a protegerle un poco, desearía saber si las desdichas que le han sucedido, y que en nada merman la consideración que le tengo, no le han vuelto un poco extraño a ese mundo en el cual su fortuna y su nombre le llaman a desempeñar tan buen puesto.

—Señor, tranquilícese a ese respecto —respondió el joven, recobrando su aplomo a medida que el conde le hablaba—. Los raptos que me alejaron de mi padre y que sin duda tenían intención de venderme más tarde, como así lo hicieron, calcularon que para sacarme mejor partido, era preciso dejarme todo mi valor personal; así, pues, he recibido una educación bastante buena, y he sido tratado por los ladrones de niños casi como lo hacían en Asia Menor los dueños con sus esclavos, de los cuales hacían gramáticos, médicos y filósofos para venderlos más caros en el mercado de Roma.

Montecristo sonrió con satisfacción; no había esperado tanto del señor Andrea Cavalcanti.

—Además —agregó el joven—, si hubiese en mí algún defecto de educación o más bien de poca costumbre de mundo, tendría, supongo, cierta indulgencia en consideración a las desgracias que acompañaron mi nacimiento y mi juventud.

—Pues bien —dijo con negligencia Montecristo—, usted hará lo que guste, vizconde, pues es muy dueño de hacerlo, y eso a usted sólo le importa; pero, por el contrario, yo no diría una sola palabra de todas esas aventuras. Su historia es toda una novela, y la gente que adora las novelas encerradas entre dos cubiertas de papel amarillo, desconfía extrañamente de las que ve encuadernadas en vitela viviente, aunque sean doradas como puede ser la suya. He aquí la dificultad que me permito señalarle, señor vizconde; apenas haya contado usted a alguien su enternecedora historia, correrá por el mundo completamente desnaturalizada. Usted se verá obligado a imitar a Antony, y el tiempo de los Antony ya está un poco pasado de moda. Puede ser que tenga cierto éxito por curiosidad, pero no todos gustan ser blanco de habladurías y comentarios. Tal vez esto le fatigue.

—Creo que tiene razón, señor conde —dijo el joven, palideciendo a pesar suyo, bajo la inflexible mirada de Montecristo—. Eso es un grave inconveniente.

—¡Oh! Tampoco se debe exagerar —dijo Montecristo—, porque para evitar una falta se caería en la locura. No, sólo es un simple plan de conducta a llevar; y para un hombre inteligente como usted, es mucho más fácil de adoptar, ya que se acomoda a sus intereses. Será preciso combatir con honrosas amistades todo lo oscuro que pueda existir en su pasado.

Andrea perdió visiblemente su continencia.

—Yo me ofreceré responder por usted —dijo Montecristo—, pero yo tengo la costumbre de dudar de mis mejores amigos, y una necesidad de hacer que los demás duden; así, pues, representaría un papel fuera de mi carácter, como dicen los trágicos, y me expondría a que me silbasen, lo que es bien inútil.

—Sin embargo, señor conde —dijo Andrea, con audacia—, en consideración a lord Wilmore, que me ha recomendado a usted...

—Sí, ciertamente —repuso Montecristo—, pero lord Wilmore no me ha dejado ignorar, mi querido señor Andrea, que usted ha tenido una juventud un tanto tempestuosa. —El conde, viendo el movimiento que hacía Andrea, añadió—: ¡Oh, no le pido una confesión! Además, para que no tenga necesidad de nada, han hecho venir de Luca al señor marqués de Cavalcanti, su padre. Ahora lo verá, es algo serio y un tanto afectado; pero sólo es cuestión de uniforme, y cuando se sepa que desde hace dieciocho años está al servicio de Austria, se disculpará todo; nosotros no somos, por lo general, muy exigentes con los austríacos. En suma, es un padre muy adecuado, se lo aseguro.

—¡Ah! Usted me tranquiliza, señor. Hace tanto tiempo que me separé de él, que no guardo ningún recuerdo suyo.

—Y además, ya sabe, una gran fortuna hace pasables muchas cosas.

—¿Mi padre es realmente rico, señor?

—Millonario... Quinientas mil libras de renta.

—Entonces, ¿voy a encontrarme en una posición agradable? —preguntó el joven, con ansiedad.

—De las más agradables, mi querido señor; le pasaré cincuenta mil libras de renta al año durante el tiempo que usted permanezca en París.

—Pues en ese caso, permaneceré siempre.

—¡Psch! ¿Quién puede responder de las circunstancias, mi querido señor? El hombre propone y Dios dispone...

Andrea lanzó un suspiro y dijo:

—Pero, en fin, todo el tiempo que permanezca en París, y si ninguna circunstancia me fuerza a alejarme, ¿está asegurado ese dinero de que me habla?

—Perfectamente.

—¿Por mi padre? —preguntó Andrea, con inquietud.

—Sí, pero garantizado por lord Wilmore, quien a petición de vuestro padre, abre un crédito de cinco mil francos mensuales en casa del señor Danglars, uno de los banqueros más seguros de París.

—¿Y mi padre piensa permanecer mucho tiempo en París? —preguntó Andrea, con inquietud.

—Solamente unos días —respondió Montecristo—. Su servicio no le permite ausentarse más de dos o tres semanas.

—¡Oh! Este querido padre —dijo Andrea, visiblemente encantado por esta rápida marcha.

—Así, pues, no quiero retardar un instante más esta reunión —dijo Montecristo, aparentando engañarse acerca del sentido de estas palabras—. ¿Está usted preparado para abrazar a este digno señor Cavalcanti?

—Espero que no tenga la menor duda.

—Bien, entre en ese salón, mi querido amigo, y encontrará a su padre esperándole.

Andrea hizo un profundo saludo al conde y penetró en el salón.

El conde le siguió con la mirada, y una vez hubo desaparecido, apretó un resorte que había en un cuadro, éste se apartó y dejó, por un agujero perfectamente disimulado, ver todo lo que sucedía en el salón.

Andrea cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el mayor, que se puso en pie nada más oír ruido de pasos que se aproximaban.

—¡Ah! Mi querido padre —dijo Andrea, en voz alta para que el conde pudiese oírle a través de la puerta cerrada—. ¿Es usted?

—Buenas tardes, mi querido hijo —dijo gravemente el mayor.

—Después de tantos años de separación, ¡qué dicha volver a verle! —dijo Andrea, sin apartar la vista de la puerta.

—En efecto, la separación ha sido larga.

—¿No nos abrazamos, señor? —agregó Andrea.

—Como quieras, hijo mío —dijo el mayor. Y los dos hombres se abrazaron como lo hacen en el Teatro Francés, es decir, pasándose las cabezas por encima del hombro.

—¡Al fin nos vemos reunidos! —exclamó Andrea.

—Sí, aquí estamos reunidos —añadió el mayor.

—¿Para no separarnos más?

—Así parece; aunque yo creo, mi querido hijo, que ahora miras a Francia como una segunda patria.

—Lo cierto es que sentiría mucho abandonar París —dijo el joven.

—Y yo, ya lo comprenderás, no sabría vivir fuera de Luca. Así, pues, regresaré a Italia en cuanto pueda.

—Pero antes de partir, mi querido padre, sin duda me entregará los papeles, con ayuda de los cuales me sea fácil confirmar mi nacimiento.

—Sin duda, porque vengo expresamente a eso, y me ha costado demasiado trabajo encontrarlos, a fin de entregároslos, para que aún tenga que volver a buscarlos; eso me costaría mis últimos días de vida.

—¿Y esos papeles?

—Aquí están.

Andrea cogió con avidez el acta de matrimonio de su padre, y su partida de bautismo; y tras haberlos abierto con ansiedad, se puso a leerlos con una rapidez y una destreza que delataban al ojo experimentado y al mismo tiempo su vivo interés.

Cuando hubo concluido, una indefinible expresión de alegría brilló en su frente, y mirando al mayor con una extraña sonrisa, le dijo en excelente toscano:

—¡Ah, vaya! ¿Así que no hay presidios en Italia?

El mayor se envaró.

—¿A qué viene eso? —preguntó.

—¿Es que no se fabrican impunemente semejantes papeles? Por la mitad de esto, mi muy querido padre, en Francia le enviarían a tomar el aire a Tolón durante cinco años.

—¿Bromeas? —dijo el luqués, tratando de recobrar su aire majestuoso.

—Mi querido señor Cavalcanti —dijo Andrea, cogiendo al mayor por el brazo—. ¿Cuánto le dan por ser mi padre?

El mayor quiso hablar.

—¡Chist! —dijo Andrea, bajando la voz—. Voy a darle un ejemplo de mi confianza; me dan cincuenta mil libras anuales por ser su hijo, por consiguiente, ya comprenderá perfectamente que no seré yo quien esté dispuesto a negar que usted es mi padre.

El mayor miró con inquietud en torno suyo.

—Esté tranquilo, estamos solos —dijo Andrea—. Además, hablamos en italiano.

—Pues bien —dijo el luqués—. A mí me dan cincuenta mil francos de una vez.

—Señor Cavalcanti —dijo Andrea—, ¿cree usted en los cuentos de hadas?

—En otros tiempos, no; pero ahora es preciso que crea en ellos.

—¿Ha tenido pruebas?

El mayor sacó de su bolsillo un puñado de oro.

—Palpables, como puedes ver.

—Por consiguiente, ¿opina usted que yo puedo creer en las promesas que me han hecho?

—¡Y tanto!

—¿Y que ese buen conde las mantendrá?

—De cabo a rabo; pero ya comprenderás que para llegar a ese fin, tendremos que interpretar nuestro papel.

—¡Cómo!

—Yo, de tierno padre.

—Y yo de hijo respetuoso.

—Ya que desean que tú descendas de mí...

—¿Quiénes?

—¡Diantre! No sé nada; los que me han escrito.

—¿Es que ha recibido una carta?

—Sí, claro.

—¿De quién?

—De un tal abate Busoni.

—Que no conoce, ¿no es así?

—A quien jamás he visto.

—¿Qué decía esa carta?

—No me traicionarás, ¿verdad?

—Me guardaré muy bien de hacerlo; sus intereses son los míos.

—Entonces, lee.

Y el mayor pasó una carta al joven.

Andrea leyó en voz baja:

«Es usted pobre, una vejez desdichada le espera. ¿Quiere hacerse, si no rico, al menos independiente?

»Marché a París inmediatamente, y vaya a reclamar al señor conde de Montecristo, avenida de los Campos Elíseos, 30,

el hijo que usted tuvo de la marquesa de Corsinari y que le fue raptado a la edad de cinco años.

»Ese hijo se llama Andrea Cavalcanti.

»Para que no dude de la intención que tiene el abajo firmante de serle agradable, encontrará adjunto:

»1.º Un bono de dos mil cuatrocientas libras toscanas, pagaderas en casa del señor Gozzi, de Florencia.

»2.º Una carta de recomendación para el señor conde de Montecristo, sobre el cual le acredito la cantidad de cuarenta y ocho mil francos.

»Esté en casa del conde el 26 de mayo a las siete de la tarde.

»*Abate Busoni*».

—Eso es.

—¿Cómo eso es? ¿Qué quieres decir? —preguntó el mayor.

—Digo que he recibido algo parecido a esto.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Del abate Busoni?

—No.

—¿De quién, entonces?

—De un inglés, de un tal lord Wilmore, que se hace llamar Simbad el Marino.

—¿Y que no conoce más de lo que yo conozco al abate Busoni, no es cierto?

—Sí; yo estoy más adelantado que usted.

—¿Lo has visto?

—Sí, una vez.

—¿Dónde fue eso?

—¡Ah! Justamente ahora no puedo decírselo; sabría usted tanto como yo, y eso es inútil.

—¿Y qué decía esa carta?

—Lea.

«Usted es pobre y no tiene más que un porvenir miserable. ¿Quiere tener un nombre, ser libre y ser rico?

—¡Pardiez! —exclamó el joven, balanceándose sobre sus talones—. ¡Como si pudiese hacerse tal pregunta!

»Tome la silla de posta que encontrará enganchada al salir de Niza por la puerta de Génova. Pase por Turín, Chambery y Pont de Beauvoisin. Preséntese en casa del señor conde de Montecristo, avenida de los Campos Elíseos, el 26 de mayo a las siete de la tarde, y pregúntele por su padre.

»Usted es el hijo del marqués Bartolomé Cavalcanti y de la marquesa Olivia Corsinari, así lo confirmarán los papeles que le serán entregados por el marqués y que le permitirán presentarse bajo ese nombre en el ambiente parisiense.

»En cuanto a su rango, una renta de cincuenta mil libras anuales, le ayudarán a mantenerlo.

»Adjunto va un bono de cinco mil libras pagaderas en casa del señor Férrea, banquero de Niza, y una carta de presentación para el señor conde de Montecristo, encargado por mí para proveer sus necesidades.

»Simbad el Marino».

—¡Hum! —murmuró el mayor—. ¡Esto es muy hermoso!

—¿Verdad que sí?

—¿Has visto al conde?

—Acabo de dejarlo.

—¿Y lo ha ratificado?

—Todo.

—¿Comprendes algo?

—A fe mía que no.

—En todo esto hay alguien burlado.

—En todo caso, no es usted ni yo.

—No, ciertamente.

—¡Pues, entonces!

—Poco nos importa, ¿no es cierto?

—Justo; es lo que quería decir. Lleguemos hasta el final y hagamos nuestro papel.

—Sea; ya ves que soy digno de hacer mi parte.

—Jamás lo he dudado, mi querido padre.

—Es un gran honor para mí, mi querido hijo.

Montecristo eligió este momento para entrar en el salón. Al oír el ruido de sus pasos, los hombres se arrojaron en los brazos uno de otro; el conde los encontró abrazados.

—Y bien, señor marqués —dijo Montecristo—. Al parecer, ha encontrado al hijo de su corazón.

—¡Ah, señor conde! Estoy sofocado de alegría.

—¿Y usted, joven?

—¡Oh, señor conde! Me ahoga la dicha.

—¡Feliz padre! ¡Feliz hijo! —exclamó el conde.

—Sólo una cosa me entristece —dijo el mayor—. La necesidad que tengo de abandonar París tan pronto.

—¡Oh, mi querido señor Cavalcanti! —dijo Montecristo—. Usted no se marchará, eso espero, hasta que no le haya presentado a algunos amigos.

—Estoy a sus órdenes, señor conde —dijo el mayor.

—Ahora veamos, joven. Confiésese.

—¿A quién?

—Pues a su señor padre; dígame algunas palabras acerca de sus finanzas.

—¡Ah, diablo! —exclamó Andrea—. Toca usted la cuerda sensible.

—¿Entiende usted, mayor? —dijo Montecristo.

—Sin duda; claro que comprendo.

—Sí, pero, ¿comprende usted?

—Perfectamente.

—Este querido hijo dice que necesita dinero.

—¿Y qué quiere usted que le haga?

—¡Que se lo dé, pardiez!

—¿Yo?

—Sí, usted.

Montecristo se colocó entre los dos hombres.

—Tenga —dijo a Andrea, deslizándole un paquete de billetes de Banco en la mano.

—¿Qué es esto?

—La respuesta de su padre.

—¿De mi padre?

—Sí. ¿No acaba usted de dejar entender que necesitaba dinero?

—Sí. ¡Y tanto!

—Pues bien, él me encarga que se lo entregue.

—¿A cuenta de mis rentas?

—No, para sus gastos de instalación.

—¡Oh, querido padre!

—Silencio —dijo Montecristo—. Ya ve usted que no desea que se diga que esto procede de él.

—Aprecio esa delicadeza —dijo Andrea, guardándose los billetes de Banco en el bolsillo de su pantalón.

—Está bien —dijo Montecristo—. Ahora váyanse.

—¿Y cuándo tendremos el honor de volver a verle, señor conde? —preguntó Cavalcanti.

—¡Ah, sí! —preguntó Andrea—. ¿Cuándo tendremos ese honor?

—El sábado, si ustedes quieren... Sí, vengan el sábado. Doy una cena en mi casa de Auteuil, calle de la Fontaine, número 28, a varias personas, y entre otras, al señor Danglars, su banquero, le presentaré a él, es preciso que se conozcan ambos para que le entregue su dinero.

—¿De gran gala? —preguntó a media voz el mayor. —De gala: uniforme, cruz, calzones cortos.

—¿Y yo? —preguntó Andrea.

—¡Oh! Usted con sencillez: pantalón negro, botas charoladas, chaleco blanco, frac negro o azul, corbata larga; coja a Blin o Veronique para vestirse. Si no conoce sus direcciones, Bautista se las dará. Mientras menos pretensiones afecte en su atuendo, siendo rico como es, mayor efecto causará. Si compra caballos, cójalos de casa Devedeux; y si adquiere un faetón, vaya a casa de Bautista.

—¿A qué hora podemos presentarnos? —preguntó el joven.

—Pues sobre las seis y media.

—Está bien, allí estaremos —dijo el mayor, llevando la mano a su sombrero.

Los dos Cavalcanti saludaron al conde y salieron.

El conde se acercó a la ventana, y los vio atravesar el patio muy cogidos del brazo.

«En verdad, ¡vaya dos grandes miserables! ¡Lástima que realmente no sean padre e hijo!»

Después, tras un instante de sombría reflexión, dijo:

«Vamos a casa de los Morrel. Creo que el asco me escuece más que el odio.»

El huerto de alfalfa

Es preciso que nuestros lectores nos permitan conducirlos a la huerta contigua a la casa del señor de Villefort, y tras la verja rodeada de castaños, encontraremos a personajes conocidos.

Esta vez Maximilien había llegado primero. Él fue quien se asomó a las rendijas de las tablas y quien acechaba en la profundidad del jardín una sombra entre los árboles y el crujir de un borceguí de seda sobre las avenidas de arena.

Al fin se oyó el ruido tan deseado, pero en lugar de una sombra fueron dos las que se acercaron. El retraso de Valentina estuvo causado por la visita de la señora Danglars y de Eugenia, visita que se prolongó más de la hora en que Valentina era esperada. Entonces, para no faltar a su cita, la muchacha había propuesto a la señorita Danglars un paseo por el jardín, queriendo mostrar a Maximilien que no había sido culpa suya el retraso.

El joven comprendió todo con esa rapidez de intuición particular que poseen los enamorados, y su corazón se tranquilizó. Por otro lado, sin llegar al alcance de la voz, Valentina dirigió su paseo de manera que Maximilien pudiese verla pasar y volver a pasar; y cada vez que lo hacía, sin que su compañera lo notase, dirigía una mirada al otro lado de la verja, para que la recogiese el joven, como diciéndole:

«Ten paciencia, amigo, ya ves que no es culpa mía».

Y Maximilien, en efecto, se armaba de paciencia admirando y contrastando las dos muchachas: entre aquella rubia de ojos lánguidos y el talle inclinado como un hermoso sauce, y aquella morena de ojos fieros y el talle erguido como un álamo. No hace falta decir que en esta comparación entre dos naturalezas tan opuestas, toda la ventaja, en el corazón de un hombre, por lo menos, estaba de parte de Valentina.

Al cabo de media hora de paseo, las dos muchachas se alejaron. Maximilien comprendió que el término de la visita de la señora Danglars había llegado.

En efecto, un instante después reapareció Valentina sola. Por temor a que alguna mirada indiscreta siguiese su regreso, caminaba lentamente; y en vez de avanzar directamente hacia la verja, fue a sentarse en un banco; después, se puso a interrogar con atención cada mata de hojas y a hundir su mirada en el fondo de todas las avenidas.

Una vez tomadas todas estas precauciones, corrió a la verja.

—Muy buenas, Valentina —dijo una voz.

—Hola, Maximilien. Te he hecho esperar, pero, ¿ya habrás visto la causa?

—Sí, he reconocido a la señorita Danglars; no sabía que estuvieses tan relacionada con esa joven.

—¿Quién te ha dicho esto, Maximilien?

—Nadie, pero me ha parecido que era así por la manera en que os dabais el brazo y el modo de hablar; parecíais dos compañeras de pensionado confesándose secretos.

—En efecto, nos hacíamos confidencias —dijo Valentina—. Ella me confesaba su repugnancia a casarse con el señor de Morcerf, y yo le decía, por mi parte, que consideraba una desgracia casarme con el señor D'Epinay.

—¡Querida Valentina!

—He aquí, amigo mío —continuó la joven—, por qué has visto esa apariencia de abandono entre Eugenia y yo; y es que al hablar del hombre que no puedo querer, pensaba en el hombre que amo.

—Qué buena eres en todas las cosas, Valentina; y tienes algo que la señorita Danglars no poseerá nunca: ese encanto indefinido que es a la mujer lo que el perfume a la flor y lo que el sabor al fruto; porque no todo en una flor está en ser bonita, ni en una fruta el ser hermosa.

—Tu amor te hace ver las cosas de esta manera, Maximilien.

—No Valentina, te lo juro. Mira, os miraba a las dos hace momento, y, palabra, aun haciendo justicia a la belleza de la señorita Danglars, no comprendía cómo un hombre puede enamorarse de ella.

—Es que, como decías, Maximilien, yo me encontraba allí, y mi presencia te hacía ser injusto.

—No... Pero dime... una pregunta sencilla, que surge de algunas ideas que me he hecho acerca de la señorita.

—¡Oh! Serán injustas, aunque no sepa cuáles son. Cuando vosotros nos juzgáis a nosotras, pobres mujeres, no debemos esperar indulgencia alguna.

—Para lo cual, entre vosotras, sois muy justas unas con otras.

—Porque casi siempre existe pasión en nuestros juicios. Pero volvamos a la pregunta.

—¿Acaso la señorita Danglars ama a otro y por eso teme su boda con el señor de Morcerf?

—Maximilien, ya te he dicho que no soy la amiga de Eugenia.

—¡Ah, Dios mío! —dijo Morrel—. Sin ser amigas, las muchachas se hacen confidencias; convén en que le has hecho algunas preguntas acerca de esto. ¡Ah, ah! Ya te veo sonreír.

—Si es así, Maximilien, no merece la pena que exista entre nosotros esta pared de tablas.

—Veamos, ¿qué te ha dicho?

—Me dijo que no quería a nadie —respondió Valentina—. Que sentía horror al matrimonio; que su mayor alegría sería llevar una vida libre e independiente, y que deseaba que su padre perdiese su fortuna para hacerse una artista como su amiga, la señorita Louise d'Armilly.

—¡Ah! ¿Lo ves?

—Bien, ¿y qué prueba eso? —preguntó Valentina.

—Nada —respondió sonriendo Maximilien.

—Entonces, ¿por qué te sonríes ahora? —inquirió Valentina.

—¡Ah! —dijo Maximilien—. Ya veo que tú también me miras, Valentina.

—¿Quieres que me aleje?

—¡Oh, no! Pero volvamos a ti.

—¡Ah, sí! Es cierto, porque apenas tenemos diez minutos para estar juntos.

—¡Dios mío! —exclamó Maximilien, consternado.

—Sí, Maximilien, tienes razón —dijo, con melancolía, Valentina—. En mí tienes una pobre amiga. ¡Qué vida te hago llevar, pobre Maximilien! ¡Tan digno de ser feliz! Me lo reprocho amargamente, créeme.

—Y bien. ¿Qué importa, Valentina, si así me encuentro feliz? Si este esperar eterno me parece pagado con cinco minutos de con-

templarte, con dos palabras de tus labios, y con esa convicción profunda, eterna, de que Dios no ha creado dos corazones tan en armonía como los nuestros, que los ha reunido casi milagrosamente, sobre todo para separarlos.

—Bueno, gracias; espera por los dos, Maximilien; esto me hace casi feliz.

—Pero, entonces, ¿qué te sucede para que me abandones tan pronto, Valentina?

—No sé; la señora de Villefort me ha suplicado que vaya a su cuarto para comunicarme una cosa de la cual, según ha mandado decirme, depende mi suerte. ¡Oh, Dios mío! Que tomen mis bienes, soy demasiado rica; y después de haberlos cogido, que me dejen libre y tranquila. Tú me querrás lo mismo siendo pobre, ¿no es cierto, Morrel?

—¡Oh! Te amaré siempre. ¿Qué me importa la riqueza o la pobreza si mi Valentina está junto a mí, y estuviese seguro de que nadie me la pudiese quitar? Pero esa comunicación, Valentina, ¿no temes que pueda ser alguna noticia relativa a tu boda?

—No lo creo.

—Sin embargo, escúchame, Valentina, y no te asustes, porque mientras viva no seré jamás de otra.

—¿Y crees tranquilizarme diciéndome eso, Maximilien?

—Perdón. Tienes razón, soy un bruto. Pues bien, yo quería decir que el otro día encontré al señor de Morcerf.

—¿Y qué?

—Franz es su amigo, como ya sabes.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien; ha recibido una carta de Franz en la que le anuncia su próximo regreso.

Valentina palideció y apoyó su mano sobre la verja.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó—. Si es eso... Pero, no; la comunicación no vendría de la señora de Villefort.

—¿Por qué?

—El porqué no lo sé, pero me parece que a la señora de Villefort, aun sin oponerse abiertamente, no le simpatiza este matrimonio.

—Pues bien. Valentina, me parece que voy a adorar a la señora de Villefort de ahora en adelante.

—¡Oh, no te apresures, Maximilien! —dijo Valentina, con una triste sonrisa.

—En fin, si ella es opuesta a este matrimonio, aunque no fuese más que para deshacerlo, tal vez escuchase otra proposición.

—No creo eso, Maximilien; no son los maridos lo que rechaza la señora de Villefort, sino el matrimonio.

—¿Cómo? ¡El matrimonio! Si detesta tanto el matrimonio, ¿por qué se ha casado ella?

—No me comprendes, Maximilien; cuando hace un año hablé de retirarme a un convento, ella, a pesar de las observaciones que se creyó en el deber de hacerme, acogió mi proposición con alegría; mi padre, incluso, a su instigación, estoy segura de que hubiese consentido; no había más que mi pobre abuelo en contra. No puedes figurarte, Maximilien, qué expresión hubo en los ojos de ese pobre viejo, que no quiere a nadie más en el mundo que a mí, y que Dios me perdone si es una blasfemia y que nadie le quiere, excepto yo. Si supieses cómo me miró cuando supo mi resolución; qué reproche en su mirada y qué desesperación en sus lágrimas que rodaban por sus mejillas inmóviles, sin un suspiro. ¡Ah, Maximilien! Sentí algo así como un remordimiento, y me eché a sus pies gritando: «Perdón, perdón, padre mío! Se hará de mí lo que se quiera, pero no le abandonaré nunca». Entonces levantó sus ojos al cielo... Maximilien, puedo sufrir mucho, pero aquella mirada de mi abuelo ha pagado suficientemente todos mis sufrimientos.

—Querida Valentina, eres un ángel, y no sé verdaderamente cómo he merecido, peleando a derecha e izquierda con los beduinos, a no ser que Dios considere a éstos como infieles, no sé cómo he merecido que te fijas en mí. Pero, en fin, veamos, Valentina, ¿cuál es el interés de la señora de Villefort en que no te cases?

—¿No has oído hace un momento lo que te decía de que era rica, Maximilien, demasiado rica? Tengo por parte de mi madre cerca de cincuenta mil libras de renta; mis abuelos, el marqués y la marquesa de Saint-Méran, deben dejarme otro tanto; el señor Noirtier tiene la intención, bien visible, de hacerme su única heredera. De aquí resulta que, en comparación, mi hermano Eduardo, que no espera de la parte de la señora de Villefort nada, es pobre. Ahora bien, la señora de Villefort ama a este niño con adoración, y si yo entrase en un convento, toda mi fortuna, concentrada sobre mi padre, que heredaría del marqués, de la marquesa y de mí, recaería sobre su hijo.

—¡Oh! ¡Qué extraña codicia en una mujer joven y hermosa!

—Date cuenta de que no es por ella, Maximilien, sino por su hijo, y lo que le reprochas como defecto, desde el punto de vista maternal, es casi una virtud.

—Pero, veamos, Valentina —dijo Morrel—, ¿y si abandonases una parte de esa fortuna para su hijo?

—Pero, ¿cómo se hace semejante proposición a una mujer que sobre todo tiene siempre en la boca la palabra desinterés? —dijo Valentina.

—Mi amor ha permanecido siempre sagrado, Valentina, y como todo lo sagrado, lo he cubierto con el velo de mi respeto y lo he encerrado en mi corazón; nadie en el mundo, ni siquiera mi hermana, sospecha que te amo, Valentina. ¿Me permites que hable de este amor a un amigo?

Valentina se estremeció y dijo:

—¿A un amigo? ¡Oh, Dios mío! Maximilien, me estremezco con sólo oírte hablar así. ¿A un amigo? ¿Y quién es ese amigo?

—Escucha, Valentina, ¿has sentido alguna vez por alguien una de esas simpatías irresistibles que hacen que, viendo a esa persona por primera vez, creas que la conoces de toda la vida y te preguntes en dónde y cuándo la has visto, aunque no puedas recordar ni el lugar ni el momento, y entonces llegas a creer que ha sido en otro mundo y que esa simpatía no es más que un recuerdo que se despierta?

—Sí.

—Pues bien, eso es lo que he experimentado la primera vez que vi a este hombre extraordinario.

—¿Un hombre extraordinario?

—Sí.

—¿Que tú conoces desde hace tiempo, entonces?

—Desde hace ocho o diez días, apenas.

—¿Y llamas amigo tuyo a un hombre que conoces de hace ocho días? ¡Oh, Maximilien, te creía más avaro de ese buen nombre de amigo!

—Tienes razón en la lógica, Valentina; pero di lo que quieras, nada me hará cambiar sobre este sentimiento instintivo. Creo que este hombre estará mezclado en todo lo bueno que me suceda en el futuro, que a veces su profunda mirada parece conocer y su mano poderosa dirigir.

—¿Es, entonces, un adivino? —dijo Valentina, sonriendo.

—A fe mía que a veces estoy por creer que lo adivina... sobre todo el bien —replicó Maximilien.

—¡Oh! —exclamó Valentina, tristemente—. Preséntame a ese hombre, Maximilien, que sepa por él si seré amada lo bastante para desquitarme de todo lo que he sufrido.

—¡Pobre amiga! Pero si ya lo conoces.

—¿Yo?

—Sí. Es el que ha salvado la vida a tu madrastra y a su hijo.

—¿El conde de Montecristo?

—El mismo.

—¡Oh! —exclamó Valentina—. Ése no puede ser nunca amigo mío. Lo es demasiado de mi madrastra.

—¿El conde amigo de tu madrastra, Valentina? Mi instinto no me fallaría hasta ese punto; estoy seguro de que te engañas.

—¡Oh, si tú supieses, Maximilien! Ya no es Eduardo el que reina en la casa, sino el conde: buscado por la señora de Villefort, que ve en él el resumen de todos los conocimientos humanos; admirado, óyelo bien, admirado de mi padre, que dice no haber oído jamás formular ideas tan elevadas con semejante elocuencia; idolatrado por Eduardo, que pese a su gran miedo a los ojos negros del conde, corre a él inmediatamente que le ve llegar, y le abre la mano, en la que siempre encuentra algún juguete admirable. El señor de Montecristo no está en casa de mi padre; el señor de Montecristo no está en casa de la señora de Villefort; el señor de Montecristo está en su casa.

—Pues bien, querida Valentina, si las cosas son como dices, ya debes sentir o sentirás pronto los efectos de su presencia. Encontró a Albertoo de Morcerf en Italia y fue para sacarlo de las manos de los bandidos; descubrió a la señora Danglars y fue para hacerle un regalo regio; tu madrastra y su hijo pasaron por delante de su puerta, y fue para que su nubio les salvase la vida. Este hombre, evidentemente, ha recibido el don de influir sobre las cosas. Jamás he visto gustos más sencillos aliados a tal magnificencia. Su sonrisa es tan dulce, cuando me la dirige, que olvido cuantas sonrisas amargas encuentran los demás. ¡Oh, dime, Valentina! ¿Te ha sonreído así? Si lo ha hecho, serás feliz.

—¡Yo! —dijo la muchacha—. ¡Oh, Dios mío! Maximilien, ni siquiera me ha mirado, o más bien, si paso por casualidad, aparta la vista de mí. ¡Oh! No es generoso, o no posee esa mirada profunda

que lee en los corazones y que tú le supones; porque si fuese generoso, viéndome sola y triste en medio de esta casa, me hubiese protegido con esa influencia que ejerce; y ya que juega, según dices, el papel del sol, hubiese calentado mi corazón con uno de sus rayos. Dices que te ama, Maximilien, ¿y qué sabes tú. Dios mío, de eso? Los hombres ponen buena cara a un oficial de cinco pies y seis pulgadas como tú, que tiene un gran bigote y un gran sable, pero creen que pueden aplastar sin temor a una pobre muchacha que llora.

—¡Oh, Valentina! Tú te equivocas, te lo juro.

—Si fuese de otro modo, Maximilien, veamos, si me tratase diplomáticamente, es decir, como hombre que de una manera o de otra quiere entronizarse en la casa, me hubiese, aunque sólo fuera una sola vez, honrado con esa sonrisa que tanto me alabas; pero no, me ha visto desdichada, comprende que no puedo servir para nada, y ni siquiera se ha fijado en mí. Quién sabe si incluso, para hacer la corte a mi padre, a mi madrastra y a su hija, no me perseguirá tanto como esté en su poder hacerlo. Veamos, francamente, yo no soy una mujer que se pueda despreciar así sin motivo; tú me lo has dicho. ¡Ah, perdóname! —continuó la muchacha, viendo la impresión que sus palabras producían en Maximilien—. Soy mala y te digo cosas sobre ese hombre que ni siquiera sabía que estaban en mi corazón. Mira, no niego que esa influencia de la que me hablas, exista, y que no la ejerce sobre mí; pero si lo hace, es de una manera nociva y corruptora, como ves.

—Está bien, Valentina —dijo Morrel, con un suspiro—. No hablemos más; no le diré nada.

—¡Ay, amigo mío! —dijo Valentina—. Ya veo que te aflijo... ¡Oh! Y que no pueda estrechar tu mano para pedirte perdón. Pero, en fin, no pido más que ser convencida. Dime, ¿qué ha hecho por ti el conde de Montecristo?

—Confieso que me pones en un apuro, Valentina, preguntándome eso; nada ostensible, ya lo sé. También, como ya te he dicho, mi afecto por él es algo instintivo y no tiene nada de razonable. Pero, ¿acaso el sol me ha hecho algo? ¡No! Sólo me calienta y me da su luz para verte, eso es todo. ¿Acaso tal o cual perfume ha hecho algo por mí? No; su aroma recrea agradablemente uno de mis sentidos. No tengo nada que decir cuando me preguntan por qué alabo su perfume, mi amistad por él es extraña, como la suya por mí. Una voz secreta me advierte que hay algo más que la casualidad en

esta amistad imprevista y recíproca. Encuentro una correlación hasta en sus acciones más simples y sus pensamientos más secretos con mis acciones y mis pensamientos. Vas a reírte de mí, Valentina, pero desde que conozco a ese hombre, se me ha ocurrido la absurda idea de que todo lo bueno que me sucede procede de él. Sin embargo, he vivido treinta años sin su protección, ¿no es cierto? No importa, mira un ejemplo. Me ha invitado a cenar el sábado, es natural en el punto en que nos hallamos, ¿no es cierto? Pues bien, ¿qué he sabido después? Tu padre está invitado a esa cena, tu madre vendrá, y yo me encontraré allí con ellos. ¿Quién sabe lo que resultará de esa entrevista? He aquí unas circunstancias muy simples en apariencia; sin embargo, yo veo ahí algo que me asombra; tengo en ello una confianza extremada. Yo me digo que el conde, ese hombre singular que lo adivina todo, ha querido darme la ocasión de encontrarme con los señores de Villefort; y algunas veces, te lo prometo, trato de leer en sus ojos si ha adivinado mi amor.

—Mi buen amigo —dijo Valentina—, te tomaría por un visionario, y tendría verdaderamente miedo por tu razón, si no escuchase de ti semejantes razonamientos. ¡Cómo! ¿Ves algo más que casualidad en ese encuentro? En verdad, piénsalo bien. Mi padre, que no sale nunca, ha estado a punto de rehusar diez veces esta invitación a la señora de Villefort, quien, por su parte, arde en deseos de ver en su casa a este nabab extraordinario, y con grandes esfuerzos ha conseguido que le acompañase... No, no, créeme, no tengo, aparte de ti, Maximilien, más socorro en este mundo que el de mi abuelo, el de un cadáver, ni otro apoyo que buscar más que en mi pobre madre, un recuerdo.

—Presiento que tienes razón. Valentina, y que la lógica te acompaña —dijo Maximilien—. Pero tu dulce voz, tan poderosa siempre para mí, hoy no me convence.

—Ni la tuya tampoco —dijo Valentina—, y confieso que si no tienes más ejemplos que citarme...

—Tengo uno —replicó Maximilien, dudando—, pero en verdad, Valentina, estoy obligado a confesarme a mí mismo que aún es más absurdo que el primero.

—Tanto peor —dijo sonriendo Valentina.

—Y sin embargo —continuó Morrel—, no deja de ser menos concluyente para mí, hombre de inspiración y sentimiento, porque muchas veces, desde hace diez años que sirvo, debo la vida a uno de

esos impulsos que me dictan un movimiento hacia atrás o hacia adelante para que la bala no me mate cuando pasa al lado de uno.

—Querido Maximilien, ¿por qué no has de atribuir a mis oraciones esa desviación de las balas? Cuando estás allá, no es por mí por quien ruego a Dios y a mi madre, sino por ti.

—Sí, desde que nos conocemos —dijo Morrel, sonriendo—. Pero, ¿y antes de que te conociese, Valentina?

—Veamos, ya que no quieres agradecerme nada, ingrato; venga ese ejemplo que tú mismo consideras absurdo.

—Bien. Mira por entre las tablas y fíjate en aquel caballo nuevo, que está junto al árbol, y en el que he venido hoy.

—¡Oh, qué hermoso animal! —exclamó Valentina—. ¿Por qué no lo has traído hasta aquí? Le hubiese hablado y me habría entendido.

—Es, en efecto, y como lo estás viendo, un animal bastante caro —dijo Maximilien—. Pues bien, ya sabes que mi fortuna es limitada, y que soy lo que se llama un hombre razonable. Cuando vi en casa del mercader de caballos este magnífico «Medeah», lo llamo así, pregunté cuál era su precio; me respondió que cuatro mil quinientos francos; tuve que abstenerme, como comprenderás, y me fui bastante triste porque el caballo me miró con ternura, me había acariciado con su cabeza, y hecho mil corvetas, cuando lo probé, del modo más agradable. Aquella misma tarde se reunieron en mi casa varios amigos: el señor de Chateau Renaud, el señor Debray y cinco o seis malas cabezas, que tienes la dicha de no conocer ni de nombre. Propusieron que se jugase un rato; yo no juego nunca, porque no soy lo bastante rico para permitirme perder ni lo suficiente pobre para necesitar ganar. Pero estaba en mi casa, ya comprendes, y no tenía más remedio que enviar en busca de cartas.

»Cuando nos sentábamos a la mesa, llegó el señor de Montecristo. Tomó un puesto, se jugó y yo gané; apenas me atrevo a confesar esto, Valentina, gané cinco mil francos. Nos separamos a medianoche. No me pude contener, cogí mi cabriolé y me hice conducir a casa del mercader de caballos. Palpitante, febril, llamé; el que me abrió estuvo a punto de tomarme por loco. Me lancé al otro lado de la puerta una vez abierta, corrí a las cuadras y miré al pesebre. ¡Oh, felicidad! «Medeah» estaba allí royendo su heno. Tomé una silla, se la eché encima y lo ensillé personalmente, le puse la brida y «Medeah» se prestó a todo con la mayor gracia del mundo. Después,

depositando los cuatro mil quinientos francos en las manos del mercader estupefacto, regresé, o más bien pasé la noche paseándome por los Campos Elíseos. Pues bien, vi la luz de la ventana del conde y me pareció descubrir su sombra tras los visillos. Ahora, Valentina, juraría que el conde supo que yo deseaba ese caballo y que perdió expresamente para que yo ganase.

—Mi querido Maximilien, realmente eres demasiado fantástico, no me amarás mucho tiempo —dijo Valentina—. Un hombre que pone tanta poesía no sabría más que fastidiarse con una pasión tan monótona como la nuestra... Pero, ¡Dios mío!, me están llamando... ¿Oyes?

—¡Oh, Valentina! —exclamó Maximilien—. Por la rendija de tablas..., dame siquiera un dedo tuyo para que pueda besarlo.

—Maximilien, habíamos dicho que seríamos el uno para el otro dos voces, dos sombras.

—Como quieras, Valentina.

—¿Quedarías contento si hiciese lo que deseas?

—¡Oh, sí!

Valentina se subió a un banco y pasó, no su dedo a través de la abertura, sino su mano por encima de la pared.

Maximilien lanzó un grito y se abalanzó a su vez sobre la valla, cogió aquella mano adorada y la besó con sus labios ardientes; pero inmediatamente se escapó la mano de entre las suyas, y el joven oyó como Valentina huía, tal vez espantada por la sensación que acababa de experimentar.

El señor Noirtier de Villefort

He aquí lo sucedió en la casa del procurador del rey después de marcharse la señora Danglars y su hija, y mientras tenía lugar la conversación que dejamos transcrita.

El señor de Villefort había entrado en la habitación de su padre, seguido de la señora de Villefort; en cuanto a Valentina, ya sabemos dónde se encontraba.

Después de haber saludado al anciano los dos esposos y una vez despedido a Barrois, antiguo criado que llevaba más de veinticinco años al servicio del anciano, tomaron asiento a sus costados.

El señor Noirtier, sentado en su gran sillón de ruedas, en el que le colocaban por la mañana para retirarlo por la noche, situado delante de un espejo que reflejaba todo el aposento y le permitía ver, sin intentar el menor movimiento imposible, quién entraba y salía de la estancia; el señor Noirtier, inmóvil como un cadáver, miró con sus ojos inteligentes y vivos a sus hijos, cuya ceremoniosa reverencia le anunciaba algún paso oficial inesperado.

La vista y el oído eran los dos únicos sentidos que aún animaban como dos llamas a aquella materia humana que casi pertenecía a la tumba; de estos dos sentidos sólo uno podía revelar la vida interior de la estatua; la vista, que denunciaba esta vida interior y se parecía a una de esas luces lejanas que durante la noche muestran al viajero perdido en su desierto, que aún existe un ser viviente velando en medio de aquel silencio y aquella oscuridad.

Así, pues, en aquellos ojos negros del viejo Noirtier, cuyas cejas negras contrastaban con la blancura de su larga cabellera que le caía sobre los hombros; en aquellos ojos se habían concentrado toda la actividad, toda la destreza, toda la fuerza y toda la inteligencia que antes estuvo repartida por el cuerpo y el espíritu. Ciertamente que el gesto del brazo, el sonido de la voz y la actitud del cuer-

po faltaban, pero aquellos ojos lo suplían todo: ordenaba con los ojos, agradecía con los ojos; era un cadáver con los ojos vivientes, y nada más espantoso, a veces, que aquel rostro de mármol en el que los ojos se encendían de cólera o brillaban de alegría. Sólo tres personas sabían comprender el lenguaje del pobre paralítico; eran Villefort, Valentina y el antiguo criado. Pero como Villefort no veía más que raramente a su padre, y, por así decirlo, cuando no tenía más remedio, y no procuraba complacerle comprendiéndole, toda la felicidad del anciano reposaba en su nieta, y Valentina había logrado, a fuerza de cariño y constancia, comprender con la mirada todos los pensamientos de Noirtier. A este lenguaje mudo o ininteligible para otro, ella respondía con toda su voz, toda su fisonomía y toda su alma; de manera que se entablaban diálogos animados entre aquella joven y esta pretendida arcilla, casi convertida en polvo, que, sin embargo, era un hombre de un talento inmenso, de una penetración inaudita y de una voluntad tan poderosa como puede serlo el alma encerrada en una materia que ha perdido el poder de ser obedecida.

Valentina había resuelto el extraño problema de comprender el pensamiento del anciano haciéndole entender el suyo; gracias a este estudio, bien raro en las cosas corrientes de la vida, ni siquiera dejaba de entender el menor deseo de aquella alma viviente o la necesidad de aquel cadáver medio insensible.

En cuanto al criado, como desde hacía más de veinticinco años servía a su amo, conocía tan bien todas sus costumbres que rara vez Noirtier tenía necesidad de pedirle algo.

Por consiguiente, Villefort no tenía necesidad ni de una ni del otro para entenderse con su padre en la extraña conversación que acababa de provocar. También conocía a la perfección el vocabulario del anciano, y si no se servía de él con más frecuencia era por fastidio y por indiferencia. Dejó, pues, que Valentina bajase al jardín y despidió a Barrois, y tras haberse sentado a la derecha de su padre, dejó que la señora de Villefort se sentase a su izquierda.

—Señor, no se asombre de que Valentina no haya subido con nosotros y que haya alejado a Barrois, porque la conferencia que vamos a tener juntos es de las que no pueden sostenerse delante de una muchacha o de un criado. La señora de Villefort y yo tenemos algo que comunicarle.

El rostro de Noirtier permaneció impasible durante este preámbulo, mientras que, por el contrario, la mirada de Villefort intentaba penetrar hasta lo más profundo de los pensamientos del anciano.

—Este comunicado —continuó el procurador del rey, en su tono helado que parecía no admitir réplica—, estamos seguros, la señora de Villefort y yo de que le agradará.

La mirada del anciano continuaba atónita; se limitaba a escuchar y nada más.

—Señor, casamos a Valentina —indicó Villefort.

Una figura de cera no hubiese permanecido más fría ante esta noticia que el rostro del anciano.

—La boda tendrá lugar antes de tres meses —añadió Villefort.

La mirada del anciano continuó inanimada.

La señora de Villefort tomó la palabra a su vez, y se apresuró a añadir:

—Hemos pensado que esta noticia sería de su interés, señor; por otra parte, Valentina siempre ha parecido merecer su afecto; así, pues, sólo nos falta decir el nombre del joven que le hemos destinado. Es uno de los más honorables partidos a que puede aspirar Valentina; posee fortuna, tiene un buen nombre y perfectas garantías de felicidad en la conducta y en los gustos, y su nombre no debe serle desconocido. Se trata del señor Franz de Quesnel, barón d'Épinay.

Villefort, durante estas palabras de su mujer, miraba con más atención que nunca al anciano. Cuando la señora de Villefort pronunció el nombre de Franz, los ojos de Noirtier, que su hijo conocía tan bien, se estremecieron y sus pupilas se dilataron como hubiesen podido hacerlo los labios para dejar escapar alguna palabra, y lanzaron chispas.

El procurador del rey que conocía las antiguas relaciones de enemistad pública entre su padre y el de Franz, comprendió ese fuego y esa agitación; pero, no obstante, los dejó pasar inadvertidos, y tomó la palabra donde la había dejado su mujer:

—Señor, es importante que, próximo como se encuentra Valentina a cumplir los diecinueve años, pensemos establecerla. No obstante, no le hemos olvidado en nuestras conferencias y nos hemos asegurado de antemano que el marido de Valentina aceptaría vivir, si no a nuestro lado porque tal vez incomodaríamos a unos jóvenes esposos, al menos con usted, a quien Valentina quiere tanto

y cuyo cariño parece devolverle; vivirá, pues, junto a ellos, de modo que no perderá ninguna de sus costumbres y en cambio tendrá dos hijos que le cuiden en vez de uno.

La mirada de Noirtier pareció ensangrentarse.

Seguramente pasaba algo espantoso en el alma de este anciano; ciertamente, el grito de dolor y de cólera subía a su garganta, y no pudiendo estallar, le ahogaba, porque su rostro se enrojeció y sus labios se amorataron.

Villefort abrió tranquilamente una ventana, mientras decía:

—Hace aquí mucho calor, y este calor puede dañar al señor Noirtier.

Luego regresó, pero sin sentarse.

—Este matrimonio es del agrado del señor d'Epinay y de su familia —añadió la señora de Villefort—. Por otra parte, su familia sólo se compone de un tío y una tía. Su madre murió el momento de traerle al mundo, y su padre fue asesinado en el año 1815, es decir, cuando el niño apenas tenía dos años; esta boda, por tanto, sólo depende de su voluntad.

—Asesinato misterioso —dijo Villefort—, y cuyos autores han permanecido ignorados, aunque la sospecha haya parecido abatirse sobre muchas personas.

Noirtier hizo tal esfuerzo que sus labios parecieron contraerse para sonreír.

—Ahora bien —continuó Villefort—, los verdaderos culpables, aquellos que saben que cometieron el crimen, aquellos sobre los cuales puede recaer la justicia de los hombres durante su vida y la justicia de Dios tras su muerte, serían dichosos encontrándose en nuestro lugar y tener una hija que ofrecer al señor d'Epinay para apagar hasta la apariencia de sospecha.

Noirtier se había calmado con un esfuerzo que no se hubiera esperado de aquel cuerpo destrozado.

—Sí, comprendo —respondió con la mirada a Villefort, y en esta mirada expresaba el profundo desdén y la cólera inteligente.

Por su parte, Villefort respondió a esta mirada con un ligero encogimiento de hombros.

Después hizo una indicación a la señora de Villefort para que se levantara.

—Ahora, señor, reciba todos mis respetos —dijo la señora de Villefort—. ¿Desea que Eduardo venga a presentarle los suyos?

Se había convenido que el anciano expresase su aprobación cerrando los ojos, su negativa guiñándolos repetidas veces, y cuando miraba al cielo, era que deseaba decir algo.

Si llamaba a Valentina, cerraba el ojo derecho solamente.

Si llamaba a Barrois, cerraba el izquierdo.

A la proposición de la señora de Villefort guiñó los ojos vivamente.

La señora de Villefort, acogida por una evidente negativa, se mordió los labios.

—Entonces, ¿quiere que le envíe a Valentina? —preguntó.

—Sí —señaló el anciano, cerrando los ojos rápidamente.

Los señores de Villefort saludaron y salieron dando la orden de que llamasen a Valentina.

Poco después entró Valentina, toda sonrosada aún por la emoción en el cuarto del señor Noirtier. Le bastó una mirada para comprender cuánto sufría su abuelo y cuántas cosas tenía que decirle.

—¡Oh, papaíto! —exclamó—. ¿Qué te sucede? Te han molestado, ¿no es cierto? Y estás colérico.

—Sí —hizo cerrando los ojos.

—¿Y contra quién? ¿Contra mi padre? No. ¿Contra la señora de Villefort? No. ¿Contra mí?

El anciano hizo seña de que sí.

—¿Contra mí? —agregó Valentina, asombrada.

El anciano repitió la seña.

—¿Y qué te he hecho, pues, mi querido papaíto? —exclamó Valentina.

Ninguna respuesta. La joven continuó:

—No te he visto en todo el día. ¿Es que te han contado algo de mí?

—Sí —dijo la mirada del anciano con vivacidad.

—Déjame que piense. Dios mío, te juro, papaíto... ¡Ah! El señor y la señora de Villefort acaban de salir de aquí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y han sido ellos quienes te han dicho algo molesto? ¿Qué ha sido? ¿Quieres que vaya a preguntárselo para que me excuse ante ti?

Negó con un gesto.

—¡Oh! Pero te espantas. ¿Qué habrán podido decirte, Dios mío?

Y meditó.

—¡Ah, ya caigo! —exclamó, y bajando la voz a la vez que se acercaba al anciano, dijo—: ¿Han hablado de mi matrimonio, acaso?

—Sí —replicó la mirada enojada.

—Comprendo; me echas en cara mi silencio... ¡Oh! Mira, es que me habían recomendado que no te dijese nada; tampoco a mí me habían hablado de ello, y en cierto modo sorprendí este secreto por indiscreción; por eso estuve reservada contigo. Perdóneme, buen papá.

La mirada volvió a ser fija y átona, pareciendo responder:

«No es tan sólo tu silencio lo que me aflige».

—Entonces, ¿qué es? —preguntó la muchacha—. ¿Crees, acaso, que te abandonaría, buen papá, y que mi matrimonio me haría olvidadiza?

—No —dijo el anciano.

—Entonces, ¿te han dicho que el señor d'Epinay consentía en que viviésemos juntos?

—Sí.

—¿Por qué te enfadas, entonces?

Los ojos del anciano adoptaron una expresión de infinita dulzura.

—Sí, comprendo —dijo Valentina—. ¿Porque me quieres?

El anciano hizo signo de que sí.

—¿Y temes que sea desdichada?

—Sí.

—¿No quieres a Franz?

Los ojos repitieron tres o cuatro veces su negativa.

—Entonces, ¿estás muy afligido, buen papá?

—Sí.

—Pues bien, escucha —dijo Valentina, poniéndose de rodillas ante Noirtier y pasándole los brazos alrededor del cuello—. Yo también estoy afligida, porque tampoco quiero a Franz d'Epinay.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del abuelo.

—Cuando quise retirarme a un convento, te acordarás de que te enfadaste mucho conmigo.

Una lágrima humedeció el párpado seco del anciano.

—Pues bien —prosiguió Valentina—, era para escapar a este matrimonio que causa mi desesperación.

La respiración de Noirtier se hizo cada vez más anhelante.

—Entonces, ¿este matrimonio también a ti te disgusta, mi buen padre? ¡Oh, Dios mío! Si pudieses ayudarme, si entre ambos pudiésemos romper este proyecto... Pero tú no puedes hacer nada contra ellos. Tú, que sin embargo, tienes un espíritu tan vivo y una voluntad tan firme, pero cuando se trata de luchar te encuentras tan débil o más que yo... ¡Ay! Tú hubieses sido para mí un protector tan poderoso en tus días de fuerza y salud; pero hoy no puedes más que comprenderme y regocijarte o afligirte conmigo. Ésta es la última felicidad que Dios se ha olvidado de quitarme con las otras.

Ante estas palabras, hubo tal expresión de malicia y profundidad en los ojos de Noirtier, que la muchacha creyó leer:

«Te equivocas, porque aún puedo hacer mucho por ti».

—¿Puedes hacer algo por mí, querido papaíto? —tradujo Valentina.

—Sí.

Noirtier levantó los ojos al cielo. Era la señal convenida entre él y Valentina cuando deseaba alguna cosa.

—¿Qué quieres, mi querido padre? Veamos.

Valentina buscó un instante en su espíritu, expresó luego en voz alta sus pensamientos a medida que se le iban presentando en su mente, y viendo que a todo lo que decía su abuelo respondía no, dijo:

—Recurramos a los grandes medios, ya que soy tan tonta.

Entonces recitó, una tras otra, todas las letras del alfabeto, desde la A hasta la N, mientras sus ojos interrogaban la expresión del paralítico; en la N, Noirtier hizo señas de que sí.

—¡Ah! —dijo Valentina—. La cosa que deseas empieza por N. Es con la N, ¿verdad? Pues bien, veamos que hay con la N. Na, ne, ni, no...

—Sí, sí, sí —dijo el anciano.

—¡Ah! ¿Es «no»?

—Sí.

Valentina fue a buscar un diccionario y lo depositó en un pupitre delante de Noirtier; lo abrió, y cuando vio la mirada del anciano puesta sobre las hojas, su dedo recorrió con viveza de arriba abajo las columnas.

El ejercicio, después de seis años que Noirtier había caído en aquel lastimoso estado, le hacía tan fácil el trabajo que inmediatamente adivinaba el pensamiento del anciano, como si él mismo buscara en el diccionario.

A la palabra «notario», Noirtier hizo señas de alto.

—Notario —dijo ella—. ¿Quieres un notario, buen papá? El anciano hizo señas de que, efectivamente, era un notario lo que quería.

—¿Hay que enviar en busca de un notario? —preguntó Valentina.

—Sí —dijo el paralítico.

—¿Debe saberlo mi padre?

—Sí.

—¿Tienes prisa por tener tu notario?

—Sí.

—Entonces mandaré que vayan a buscártelo en seguida. ¿Es eso lo que tú deseas?

—Sí.

Valentina corrió a la campanilla y llamó a un criado para rogarle que hiciese venir al señor y a la señora de Villefort a la habitación de su abuelo.

—¿Estás contento? —preguntó Valentina—. Sí, lo creo... Bueno, ha sido fácil encontrar esto, ¿verdad?

Y la muchacha sonrió a su abuelo como hubiese podido hacerlo a un niño.

El señor de Villefort entró precedido de Barrois.

—¿Qué quiere usted, señor? —preguntó al paralítico.

—Señor, mi abuelo quisiera un notario —dijo Valentina.

Ante esta petición extraña y sobre todo inesperada, el señor de Villefort cambió una mirada con el paralítico.

—Sí —dijo este último, con una firmeza que indicaba que con la ayuda de Valentina y de su viejo servidor, que ahora sabía lo que deseaba, estaba dispuesto a sostener un combate.

—¿Quiere usted un notario? —preguntó Villefort.

—Sí.

—¿Y para qué? Noirtier no respondió.

—Pero ¿para qué necesita un notario? —preguntó Villefort. La mirada del paralítico permaneció impassible, y por consiguiente, muda, lo que quería decir: «Persisto en mi deseo».

—Para jugarnos alguna mala pasada —dijo Villefort—. ¿Es que merece la pena?

—Pero, en fin, si el señor quiere un notario, será porque lo necesita —dijo Barrois, pronto a insistir con la perseverancia propia de los criados antiguos—. Así pues, voy a buscar un notario.

Barrois no reconocía más dueño que Noirtier y no admitía que sus órdenes fuesen contrarrestadas por nada.

—Sí, quiero un notario —señaló el anciano, cerrando los ojos con un aire de desafío y como si hubiese dicho: «Veamos quién se atreverá a negarme lo que deseo».

—Vendrá un notario, ya que usted se empeña en quererlo, señor; pero yo me excusaré ante él y usted mismo se disculpará, porque la escena será sumamente ridícula.

—No importa, yo voy a buscarle —dijo Barrois.

Y el viejo servidor salió triunfante.

El testamento

En el momento en que Barrois salió, Noirtier miró a Valentina con aquel interés malicioso que anunciaba tantas cosas. La muchacha comprendió aquella mirada y Villefort también, porque su frente se oscureció y sus cejas se fruncieron.

Tomó una silla y se instaló en la habitación del paralítico dispuesto a esperar.

Noirtier le miraba con una perfecta indiferencia; pero con el rabillo del ojo había indicado a Valentina que no se inquietase y que también se quedara.

Tres cuartos de hora después, el criado regresó con el notario.

—Señor, usted ha sido requerido por el señor Noirtier de Villefort —dijo Villefort, tras los primeros saludos—. Una parálisis general le ha quitado el uso de los miembros y de la voz, y sólo nosotros, a duras penas, conseguimos entender algunos de sus pensamientos.

Noirtier hizo con el ojo una llamada tan imperativa y seria a Valentina, que ésta replicó inmediatamente:

—Yo, señor, comprendo todo lo que quiere decir mi abuelo.

—Es cierto —añadió Barrois—. Todo absolutamente todo, como le decía al señor cuando veníamos.

—Permítame, señor, y usted también, señorita —dijo el notario, dirigiéndose a Villefort y a Valentina—, este es uno de esos casos en los que el oficial público no puede proceder desconsideradamente sin asumir una responsabilidad peligrosa. La primera necesidad para que un acto sea válido es que el notario esté convencido de que ha interpretado fielmente la voluntad de quien la dicta. Ahora bien, yo no puedo estar seguro de la aprobación o no de un cliente que no habla; y como el objeto de sus deseos y de sus repugnancias, visto su mutismo, no puede serme aclarado, mi ministerio es inútil y sería ejercido con ilegalidad.

El notario dio un paso para retirarse. Una imperceptible sonrisa de triunfo se dibujó en los labios del procurador del rey. Por su

parte, Noirtier miró a Valentina con tal expresión de dolor, que ella se interpuso en el camino del notario.

—Señor —dijo ella—, el lenguaje que yo hablo con mi abuelo es algo que se puede aprender fácilmente, y lo mismo que yo lo comprendo, puede conducirlo a usted a entenderlo. ¿Qué necesita usted, veamos, para llegar al convencimiento de la voluntad de mi abuelo?

—Lo que es necesario para que los actos sean válidos, señorita —respondió el notario—. Es decir, la certeza de la aprobación o negativa. Se puede estar enfermo del cuerpo, pero es necesario estar sano de espíritu.

—Pues bien, señor, con dos señas se convencerá de que mi abuelo no ha gozado nunca mejor que ahora de su completa inteligencia. El señor Noirtier, privado de la voz y del movimiento, cierra los ojos cuando quiere decir sí, y los guiña muchas veces cuando quiere decir no. Ya sabe lo suficiente para conversar con el señor Noirtier, inténtelo.

La mirada que lanzó el anciano a Valentina era tan tierna y expresaba tal reconocimiento que hasta fue comprendida por el mismo notario.

—¿Ha oído y comprendido lo que acaba de decir su nieta, señor? —preguntó el notario.

Noirtier cerró suavemente los ojos y los abrió al cabo de un instante.

—¿Y aprueba usted lo que ha dicho ella? Es decir, que los signos indicados por ella son los que le ayudan a que comprendan sus pensamientos?

—Sí —hizo de nuevo el anciano.

—¿Ha sido usted quien me mandó llamar?

—Sí.

—¿Para hacer su testamento?

—Sí.

—¿Y no quiere usted que me vaya sin haber hecho testamento?

El paralítico guiñó vivamente y repetidas veces sus ojos.

—Bien, señor. ¿Comprende usted ahora? —preguntó la muchacha—. Su conciencia quedará tranquila.

Pero antes de que el notario pudiese responder, Villefort le llevó aparte.

—Señor —le dijo—, ¿cree usted que un hombre pueda soportar impunemente un choque físico tan terrible como el experimen-

tado por el señor Noirtier de Villefort sin que la parte moral haya recibido un grave ataque?

—Eso no es precisamente lo que me inquieta, señor —respondió el notario—. Pero me pregunto cómo llegaremos a adivinar sus pensamientos a fin de provocar las respuestas.

—Ya ve usted, ¿pues, que es imposible —dijo Villefort.

Valentina y el anciano oían esta conversación. Noirtier detuvo su mirada tan fija y firme sobre Valentina, que era evidente la exigencia de una respuesta.

—Señor, no se inquiete por eso —dijo ella—. Por más difícil que sea o parezca descubrir el pensamiento de mi abuelo, yo se lo revelaré de manera que no le quede duda alguna. Hace seis años que estoy junto al señor Noirtier, y que él lo diga, si en ese tiempo uno solo de sus deseos no he podido comprenderlo.

—No —respondió el anciano.

—Intentémoslo, pues —dijo el notario—. ¿Acepta usted a esta señorita por intérprete?

El parálítico respondió que sí.

—Bien, veamos, señor, ¿qué desea usted de mí y qué clase de acto quiere que haga?

Valentina nombró todas las letras del alfabeto hasta la T. A esta letra, la elocuente mirada de Noirtier la detuvo.

—La letra T es la que pide el señor —dijo el notario—. La cosa está bien clara.

—Espere —dijo Valentina, y volviéndose a su abuelo, añadió—: Ta... te...

El anciano la detuvo a la segunda de estas sílabas.

Entonces, Valentina cogió el diccionario y a la vista del notario, atento, buscó entre las páginas.

—Testamento —señaló su dedo detenido por la mirada de Noirtier.

—¡Testamento! —exclamó el notario—. La cosa es bien sencilla; el señor quiere testar.

—Sí —hizo Noirtier por varias veces.

—Esto sí que es maravilloso, señor, convenga en ello —dijo el notario a Villefort.

—En efecto —replicó éste—, y mucho más maravilloso será el testamento; porque, en fin, creo que los artículos no se redactarán palabra por palabra sin la inteligente intervención de mi hija. Aho-

ra bien, Valentina puede estar un poco interesada en este testamento para que pueda ser un intérprete adecuado a las oscuras voluntades del señor Noirtier de Villefort.

—No, no —hizo el paralítico.

—¡Cómo! —dijo el señor de Villefort—. ¿Valentina no está interesada en su testamento?

—No —hizo Noirtier.

El notario, encantado por esta prueba que se proponía contar a todo el mundo con los detalles de este pintoresco episodio, dijo:

—Señor, nada me parece más fácil ahora que lo que hace un momento consideraba como una cosa imposible; este testamento será un testamento místico, es decir, previsto y autorizado por la ley, con tal de que sea leído ante siete testigos, aprobado por el testador y cerrado por el notario. En cuanto al tiempo, apenas si durará lo que un testamento ordinario; hay, en principio, las fórmulas consagradas y que siempre son las mismas, y en cuanto a los detalles, la mayoría serán dados por el estado mismo de los asuntos del testador, y por usted, que habiéndolos administrado, los conocerá. Además, para que esta acta permanezca inatacable, vamos a darle la más completa autenticidad; uno de mis compañeros me ayudará y, contra la costumbre, asistirá al dictado. ¿Está usted satisfecho, señor? —añadió el notario, dirigiéndose al anciano.

—Sí —respondió Noirtier, contento por haber sido comprendido.

«¿Qué piensa hacer?», se preguntó Villefort, a quien su elevada posición imponía tanta reserva, y que por otra parte no lograba adivinar las intenciones de su padre.

Se volvió, pues, para enviar en busca del segundo notario designado por el primero; pero Barrois, que ya había oído todo y comprendido el deseo de su amo, ya había marchado.

Entonces el procurador del rey mandó decir a su mujer que acudiese.

Al cabo de un cuarto de hora, todo el mundo estaba reunido en la habitación del paralítico, y el segundo notario había llegado.

En pocas palabras, los dos oficiales ministeriales se pusieron de acuerdo. Se leyó a Noirtier una fórmula de testamento, y luego, para empezar, por así decirlo, la investigación de su inteligencia, el primer notario se enfrentó al anciano, y le dijo:

—Cuando se hace un testamento, señor, es en favor de alguien.

—Sí —hizo Noirtier.

—¿Tiene usted alguna idea de la cantidad a que asciende su fortuna?

—Sí.

—Voy a nombrar varias cifras que ascenderán sucesivamente; me detendrá cuando alcance la que usted crea que es la suya.

—Sí.

Existía en este interrogatorio una especie de solemnidad; además, la lucha de la inteligencia contra la materia había sido tan visible... Y si no era una cosa sublime, sí resultaba un espectáculo curioso.

Se formó un círculo alrededor de Noirtier; el segundo notario estaba sentado a una mesa, dispuesto a empezar a escribir; el primer notario se mantenía ante él e interrogaba.

—Su fortuna sobrepasa los trescientos mil francos, ¿no es así? —preguntó.

Noirtier hizo señas de que sí.

—¿Posee usted cuatrocientos mil francos? —preguntó el notario.

Noirtier permaneció inmóvil.

—¿Quinientos mil?

La misma inmovilidad.

—¿Seiscientos mil? ¿Setecientos mil? ¿Ochocientos mil? ¿Novecientos mil?

Noirtier hizo señas de que sí.

—Posee usted novecientos mil francos

—Sí.

—¿En inmuebles? —preguntó el notario.

Noirtier hizo señas de que no.

—¿En inscripciones de renta?

Noirtier hizo señas de que sí.

—¿Esas inscripciones se encuentran en sus manos? Una mirada dirigida a Barrois hizo salir al viejo criado, que regresó al instante con un cofrecillo.

—¿Permite usted que abra esta cajita? —preguntó el notario.

Noirtier hizo señas de que sí.

Abrieron la caja y encontraron novecientos mil francos en inscripciones sobre el gran libro.

El primer notario pasa una por una cada inscripción a su colega; la cuenta estaba como había dicho Noirtier.

—Esto está bien —dijo—. Es evidente que no puede tener la cabeza más firme y despejada.

Volviéndose después al paralítico, dijo:

—Así, pues, usted posee novecientos mil francos de capital, que de la manera que están colocados deben producirle cuarenta mil libras de renta, ¿no?

—Sí.—hizo Noirtier.

—¿A quién desea usted dejar esta fortuna?

—¡Oh! —exclamó la señora de Villefort—. Sobre eso no hay duda. El señor Noirtier sólo quiere a su nieta, la señorita Valentina de Villefort; ella es quien le cuida desde hace seis años; ha sabido cautivar con sus asiduos cuidados el afecto de su abuelo y casi diré su reconocimiento; es justo, pues, que recoja el premio a su devoción.

La mirada de Noirtier lanzó rayos como si no se hubiese dejado engañar por las intenciones que la señora de Villefort le suponía.

—¿Deja, pues, a la señorita Valentina los novecientos mil francos que posee? —preguntó el notario, que creía no tener más que registrar esta cláusula, pero que deseaba asegurarse del asentimiento de Noirtier, y quería hacer constar su afirmación ante todos los testigos de aquella extraña escena.

Valentina había retrocedido un paso y lloraba con los ojos bajos; el anciano la contempló un instante con una expresión de profunda ternura; luego se volvió al notario y guiñó los ojos de la manera más significativa.

—¿No? —dijo el notario—. ¡Cómo! ¿No es la señorita Valentina de Villefort a quien nombra su heredera universal?

Noirtier hizo señas de que no.

—¿No se equivoca?— exclamó el notario, asombrado—. ¿Ha dicho no?

—No, no —repitió Noirtier.

Valentina levantó la cabeza; estaba estupefacta, no porque la desheredase, sino por haber provocado los sentimientos que dictaban semejante acto.

Pero Noirtier la miró con una expresión de tan profunda ternura, que ella exclamó:

—¡Oh! Mi buen padre, ya veo; sólo me quita su fortuna, pero me conserva en su corazón.

—¡Oh, sí! Ciertamente —parecieron decir los ojos del paralítico que se cerraban con una expresión que no podía engañar a Valentina.

—¡Gracias, gracias! —murmuró la muchacha.

Sin embargo, esta negativa hizo nacer en el corazón de la señora de Villefort una esperanza inesperada; se aproximó al anciano.

—Entonces, ¿es a su nieto Eduardo de Villefort a quien deja su fortuna, querido señor Noirtier? —preguntó la madre.

El guiño de ojos fue terrible, casi expresaba odio.

—No —dijo el notario—. Entonces, ¿es a su señor hijo, aquí presente?

—No —replicó el anciano.

Los dos notarios se miraron estupefactos; Villefort y su mujer se sonrojaron, uno de vergüenza y la otra de cólera.

—Pero, ¿qué le hemos hecho, padre? —dijo Valentina—. ¿Es que ya no nos quiere?

La mirada del anciano pasó rápidamente sobre su hijo y su nuera y se detuvo sobre Valentina con una expresión de profunda ternura.

—Bien —dijo ella—, si me quieres, veamos, buen padre, procura unir ese amor a lo que haces ahora. Tú me conoces y sabes que nunca he pensado en tu fortuna; por otra parte, dicen que soy rica por la parte de mi madre, muy rica; explícate.

Noirtier fijó su mirada ardiente sobre la mano de Valentina.

—¿Mi mano? —preguntó ella.

—Sí —hizo Noirtier.

—¡Su mano! —repitieron todos los asistentes.

—¡Ah, señores! Ya ven ustedes que todo es inútil, y que mi pobre padre está loco —dijo Villefort.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo de repente Valentina—. Mi matrimonio. ¿No es eso, buen padre?

—Sí, sí, sí —repitió tres veces el paralítico, lanzando brillo cada vez que levantaba los párpados.

—Tú no quieres que me case, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero eso es absurdo —dijo Villefort.

—Perdón, señor —dijo el notario—. Todo esto es muy lógico y me hace el efecto de que concuerda perfectamente.

—¿No quieres que me case con Franz d'Epínay?

—No, no lo quiero —expresó la mirada del anciano.

—¿Y usted desheredará a su nieta porque hace un matrimonio contra su gusto? —inquirió el notario.

—Sí —respondió Noirtier.

—¿De modo que sin ese matrimonio ella sería la heredera?

—Sí.

Entonces se produjo un profundo silencio en torno al anciano.

Los dos notarios se consultaban; Valentina, con las manos juntas, miraba a su abuelo con una sonrisa de agradecimiento; Villefort se mordía sus delgados labios; la señora de Villefort no podía contener un sentimiento de alegría que, pese a su deseo, se retrató en su semblante.

Villefort, rompiendo aquel silencio, dijo:

—Pero me parece que soy el único juez de las conveniencias que favorecen esta unión; el único dueño de la mano de mi hija; quiero que ella se case con el señor Franz d'Epinay, y se casará.

Valentina se dejó caer llorando en un sillón.

—Señor —dijo el notario, dirigiéndose al anciano—, ¿qué piensa hacer usted con su fortuna en el caso en que la señorita Valentina se casase con el señor Franz?

El anciano permaneció inmóvil.

—Cuenta usted con disponer de ella, ¿no es cierto?

—Sí —hizo Noirtier.

—¿En favor de algún miembro de su familia?

—No.

—Entonces, ¿en favor de los pobres?

—Sí.

—Pero, ¿sabe usted que la ley se opone a que despoje totalmente a su hijo? —inquirió el notario.

—Sí.

—¿No dispondrá, pues, de la parte que la ley autoriza a separar? Noirtier permaneció inmóvil.

—¿Continúa usted disponiendo de todo?

—Sí.

—Pero después de su muerte impugnarán el testamento.

—No.

—Mi padre me conoce, señor —dijo Villefort—, y sabe que su voluntad será sagrada para mí; además, comprende que en mi posición no puedo pleitear contra los pobres.

La mirada de Noirtier expresó el triunfo.

—¿Qué decide usted, señor? —preguntó el notario a Villefort.

—Nada, señor, es una resolución que ha adoptado mi padre, y sé que mi padre nunca cambia de opinión. Así, pues, me resigno. Esos novecientos mil francos saldrán de la familia para enriquecer a los hospitales; però no cederé a un capricho de anciano, y obraré según mi conciencia.

Y Villefort se retiró con su esposa, dejando a su padre libre de testar como quisiera.

Aquel mismo día fue hecho el testamento; se buscaron los testigos, fue aprobado por el anciano, cerrado en su presencia y depositado en casa del señor Deschamps, notario de la familia.

El telégrafo

Los señores de Villefort supieron, al regresar a su casa, que el conde de Montecristo había venido a hacerles una visita, y les esperaba en el salón. La señora de Villefort, muy emocionada para entrar tan de repente, pasó a su tocador mientras el procurador del rey, más seguro de sí, se dirigió directamente al salón.

Por muy dueño que fuese de sus emociones, por bien que supiera componer su rostro, el señor de Villefort no pudo apartar del todo la nube que oscurecía su frente para que el conde, cuya sonrisa brillaba radiante, no se diese cuenta de aquel aspecto sombrío y pensativo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Montecristo después de los primeros saludos—. ¿Qué tiene usted, señor de Villefort? ¿He llegado en el momento en que extendía alguna acusación demasiado capital?

Villefort trató de sonreír.

—No, señor conde —dijo—, aquí no hay más víctima que yo. Soy yo quien pierde su proceso y ha sido la casualidad, el empecinamiento, la locura, quien lanzó la requisitoria.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Montecristo con un interés perfectamente interpretado—. ¿Le ha llegado a ocurrir a usted algo realmente grave?

—¡Oh, señor conde! —dijo Villefort con una calma llena de amargura—. No vale la pena hablar de ello; casi nada, una simple pérdida de dinero.

—En efecto —respondió Montecristo—, una simple pérdida de dinero es bien poca cosa para una fortuna como la que usted posee, y con un espíritu filosófico y elevado como el suyo.

—Así, pues —respondió Villefort—, no es la cuestión de dinero la que me preocupa, aunque después de todo novecientos mil francos bien valen un lamento o por lo menos un poco de despe-

cho. Pero lo que más me hiere, sobre todo, es la disposición de la suerte, la casualidad, la fatalidad, no sé como llamar a la fuerza que dirige el golpe que me sacude y que destruye mis esperanzas de fortuna y el porvenir de mi hija, por el capricho de un anciano caído en el infantilismo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es, pues? —exclamó el conde—, novecientos mil francos, usted lo ha dicho. Pero, en verdad, como usted también dice, la suma merece ser lamentada hasta por un filósofo. ¿Y quién le causa ese pesar?

—Mi padre, de quien ya le hablé.

—El señor Noirtier. ¡Verdaderamente! Pero usted me había dicho, me parece, que estaba completamente paralítico, y que todas sus facultades estaban atrofiadas.

—Sí, sus facultades físicas, porque no puede moverse, ni puede hablar, y a pesar de todo eso, sin embargo, piensa y actúa, como usted ve. Le he dejado hace cinco minutos, y en estos momentos está ocupado en dictar su testamento a sus notarios.

—Pero, entonces, ¿habla?

—Mucho mejor, se hace comprender.

—¿Cómo puede ser eso?

—Con la ayuda de la mirada; sus ojos han continuado viviendo, y ya ve usted, matan.

—Amigo mío —dijo la señora de Villefort que acababa de entrar—, ¿acaso no exagera un poco la situación?

—Señora... —dijo el conde inclinándose.

La señora de Villefort saludó con su más grata sonrisa.

—Pero, ¿qué es lo que me dice el señor de Villefort? —preguntó Montecristo—. ¡Qué incomprensible desgracia!

—Incomprensible es la palabra —replicó el procurador del rey encogiéndose de hombros—. ¡Un capricho de viejo!

—¿Y no hay medio de hacerle desistir de esa idea?

—Sí, tal —dijo la señora de Villefort—. Incluso depende de mi marido que ese testamento, en lugar de hacerse en detrimento de Valentina, sea hecho, por el contrario, en su favor.

El conde, viendo que los esposos empezaban a hablar por parábolas, se hizo el distraído y miró con atención suma y la aprobación más tácita a Eduardo que vertía tinta en el bebedero de los pájaros.

—Querida mía —dijo Villefort respondiendo a su mujer—, ya sabe que me gusta poco situarme en casa como un patriarca y que

jamás creí que la suerte del universo dependiese de un movimiento de mi cabeza. Sin embargo, importa que mis decisiones sean respetadas por mi familia, y que ni la locura de un anciano ni el capricho de una niña destruyan un proyecto fijo en mi mente desde hace muchos años. El barón d'Epinay era mi amigo, usted lo sabe, y una alianza con su hijo es de lo más conveniente.

—¿Cree usted —dijo la señora de Villefort— que Valentina está de acuerdo con él?... En efecto..., ella siempre ha sido opuesta a este matrimonio, y no me asombraría que todo lo que acabamos de ver y oír no sea la ejecución de un plan concebido por ellos.

—Señora —dijo Villefort—, no se renuncia así como así a una fortuna de novecientos mil francos.

—Ella renunciaría al mundo, señor, ya que hace un año quería entrar en un convento.

—No importa —replicó Villefort—. Digo que ese matrimonio debe celebrarse, señora.

—¿A pesar de la voluntad en contra de su padre? —dijo la señora de Villefort, atacando otra cuerda—. ¡Eso es muy grave!

Montecristo hacía cara de no escuchar, pero no se perdía ni una palabra de cuanto se decía.

—Señora —repuso Villefort—, puedo decir que siempre he respetado a mi padre, porque al sentimiento natural de la descendencia se une en mí la conciencia de su superioridad moral; porque, en fin, un padre es sagrado doblemente, por ser nuestro creador y como nuestro dueño; pero hoy debo renunciar a reconocer una inteligencia en el anciano que, por un simple recuerdo de odio al padre, persigue así al hijo. Continuaré respetando al señor Noirtier, sufriré sin quejarme su castigo pecuniario que me inflige; pero permaneceré inmutable en mi decisión, y el mundo apreciará de qué lado está la razón. En consecuencia, casaré a mi hija con el barón Franz d'Epinay, porque este matrimonio es, en mi opinión, bueno y honorable, y porque en definitiva quiero casar a mi hija con quien me place.

—¡Y qué! —dijo el conde, al cual el procurador del rey había solicitado constantemente la aprobación con la mirada—. ¡Y qué! ¿El señor Noirtier deshereda, dice usted, a la señorita Valentina porque va a casarse con el barón Franz d'Epinay?

—¡Ah, Dios mío! Sí, sí, señor; ésa es la razón —dijo Villefort, encogiéndose de hombros.

—La razón visible, al menos —añadió la señora de Villefort.

—La razón real, señora. Créame, conozco a mi padre.

—¿Concibe, pues, eso? —respondió la joven mujer—. ¿En qué, le pregunto, el señor D'Epinay disgusta más que otro al señor Noirtier?

—En efecto —dijo el conde—, yo conocí al señor Franz d'Epinay, el hijo del general Quesnel, ¿no es cierto?, que fue hecho barón D'Epinay por el rey Carlos X.

—Justamente —repuso Villefort.

—Pues bien, es un joven encantador, al menos me lo parece.

—Eso no es más que un pretexto, estoy segura —dijo la señora de Villefort—. Los ancianos son muy tercos en sus afectos, y el señor Noirtier no quiere que su nieta se case.

—Pero —dijo Montecristo—, ¿no conoce usted alguna causa de ese odio?

—¡Oh, Dios mío! ¿Quién puede saberlo?

—¿Alguna antipatía política, tal vez?

—En efecto, mi padre y el padre del señor D'Epinay vivieron en los tiempos tormentosos, que yo no he visto más que en sus últimos días —dijo Villefort.

—¿Su padre no era bonapartista? —preguntó Montecristo—. Creo recordar que usted me dijo algo sobre eso.

—Mi padre ha sido jacobino ante todas las cosas —replicó Villefort, dejándose arrastrar por la emoción fuera de los límites de la prudencia—, y la túnica de senador que Napoleón le echó sobre los hombros no hizo más que disfrazar al antiguo hombre, pero sin cambiarlo. Cuando mi padre conspiraba, no era por el emperador, sino contra los Borbones; porque mi padre tenía eso de terrible, jamás combatió por las utopías irrealizables, sino por las cosas factibles, y aplicó a la consecución de estas cosas tangibles aquellas terribles teorías de la Montagne, que no retroceden ante nada.

—Pues bien —dijo Montecristo—, vea usted, es eso. El señor Noirtier y el señor D'Epinay se habrán encontrado en el terreno político. El general D'Epinay, aunque había servido bajo Napoleón, en el fondo era de sentimientos realistas, y, ¿no fue el mismo que asesinaron una noche saliendo de un club napoleónico al que le habían atraído con la esperanza de encontrar en él a un hermano?

Villefort miró al conde casi con terror.

—¿Acaso me engaño? —preguntó Montecristo.

—No, señor —dijo la señora de Villefort—, y ésa, al contrario, es la causa justa, usted lo acaba de decir; y para acabar con esas viejas rencillas, el señor de Villefort tuvo la idea de hacer que se casasen dos muchachos cuyos padres se odiaban.

—¡Sublime idea! —alabó Montecristo—. Una idea llena de caridad y que todo el mundo debía aplaudir. En efecto, sería bonito ver a la señorita Noirtier de Villefort llamarse señora de Franz d'Epinay.

Villefort se estremeció y miró a Montecristo como si hubiese querido leer en el fondo de su corazón la intención que le había dictado aquellas palabras que acababa de pronunciar.

Pero el conde conservaba su acogedora sonrisa estereotipada sobre sus labios; y esta vez, a pesar de la profundidad de su mirada, el procurador del rey no vio más allá de la epidermis.

—Así pues —prosiguió Villefort—, aunque sea una gran desgracia para Valentina el perder la fortuna de su abuelo, no creo, sin embargo, que por eso se deshaga el matrimonio; no creo que el señor D'Epinay retroceda ante una cuestión de dinero; tal vez, mejor que la suma, vea el sacrificio que hago por cumplir mi palabra, y calculará que Valentina, que por otra parte, es rica por su madre, administrada por los señores de Saint-Méran, sus abuelos maternos, que la quieren tiernamente.

—Y que merecen ser amados y que los cuiden como Valentina hace con el señor Noirtier —dijo la señora de Villefort—. Además, van a venir a París dentro de un mes a lo máximo, y Valentina, después de tal afrenta, quedará dispensada de enterrarse, como lo ha hecho hasta ahora, junto al señor Noirtier.

El conde escuchó complacido la voz discordante de aquellos orgullos heridos y de aquellos intereses marchitos.

—Pero me parece —dijo Montecristo, tras un instante de silencio—, y le pido perdón de antemano por lo que voy a decir; me parece que si el señor Noirtier deshereda a la señorita de Villefort, culpable de querer casarse con un joven a cuyo padre ha detestado, no tiene que reprochar lo mismo a este querido Eduardo.

—¿No es cierto, señor? —exclamó la señora de Villefort, con una entonación difícil de describir—. ¿Verdad que es injusto, odiosamente injusto? Ese pobre Eduardo también es tan nieto del señor Noirtier como Valentina y, sin embargo, si Valentina no fuese a ca-

sarse con el señor D'Epinay, el señor Noirtier le hubiese dejado todos sus bienes; y además, en fin, Eduardo también lleva el nombre de la familia, lo cual no impide, aun suponiendo que Valentina sea efectivamente desheredada por su abuelo, que ella aún sea tres veces más rica que él.

Aestado este golpe, el conde escuchó y no habló más.

—Mire —prosiguió Villefort—, mire, señor conde, dejemos estas pequeñas miserias de familia, se lo ruego; sí, es cierto, mi fortuna aumentará la renta de los pobres, que ahora son los verdaderos ricos. Sí, mi padre me habrá frustrado una esperanza legítima sin razón; pero yo habré actuado como hombre de sentido, de corazón. El señor D'Epinay, a quien he prometido la renta de esa suma, la recibirá aunque para ello deba imponerme las mayores privaciones.

—Sin embargo —prosiguió la señora de Villefort, volviendo a la única idea que llevaba en el fondo de su corazón, tal vez sería mejor confiar esta desgracia al señor D'Epinay, y que devuelva su palabra.

—¡Oh! Eso sería una gran desgracia —exclamó Villefort.

—¿Una gran desgracia? —repitió Montecristo.

—Sin duda —repuso Villefort suavizándose—, un matrimonio fallido, incluso por razones de dinero, desfavorece mucho a una joven; además, antiguos rumores que yo quería apagar pueden tomar más consistencia. Pero, no, no sucederá nada. El señor d'Epinay es un hombre honrado y aún se verá más comprometido por haber sido desheredada Valentina que antes; de otra manera sólo actuaría como un avaro: no, eso no es posible.

—Pienso como el señor de Villefort —dijo Montecristo fijando su mirada en la señora de Villefort—, y si fuese lo bastante amigo de ustedes para permitirme darle un consejo, le invitaría, ya que el señor d'Epinay va a volver, según me han dicho, a anudar este asunto tan fuertemente que no pueda desatarse; le comprometería de tal manera que su única salida sería la honorable del señor de Villefort.

Este último se levantó transportado por una especie de alegría visible, mientras que su esposa palidecía ligeramente.

—Bien —dijo—, he aquí todo lo que pedía, y me enorgulleceré de la opinión de un consejero como usted —dijo tendiendo la mano a Montecristo—. Así, pues, que todo el mundo considere lo de hoy como no sucedido; nada ha cambiado nuestros proyectos.

—Señor —dijo el conde—, el mundo, a pesar de lo injusto que es, sabrá apreciar su resolución, estoy seguro de ello; sus amigos se enorgullecerán y el señor d'Epinay, aun debiendo tomar a la señorita de Villefort sin dote, cosa que no debería ser, estará encantado por entrar en una familia que sabe elevarse a la altura de tales sacrificios por cumplir su palabra y su deber.

Diciendo estas palabras, el conde se puso en pie y se dispuso a marcharse.

—¿Nos deja usted, señor conde? —preguntó la señora de Villefort.

—No tengo más remedio, señora; sólo venía a recordarles su promesa para el sábado.

—¿Temía que la hubiésemos olvidado?

—Usted es muy amable, señora; pero el señor de Villefort tiene tan graves y a veces tan urgentes ocupaciones...

—Mi marido ha dado su palabra, señor —dijo la señora de Villefort—, y ya acaba de ver como la mantiene cuando le toca perder, con mayor razón la mantendrá cuando le toca ganar.

—¿Y será la reunión —preguntó Villefort— en su casa de los Campos Elíseos?

—No —dijo Montecristo—, y esto hace que tenga más mérito su asistencia: es en el campo.

—¿En el campo?

—Sí.

—¿Y dónde? Cerca de París, ¿no es cierto?

—A las puertas, a una media hora de la barrera, en Auteuil.

—¿En Auteuil? —exclamó Villefort—. ¡Ah! Es cierto, mi esposa me dijo que usted vivía en Auteuil, porque ella vino de su casa. ¿Y en qué sitio de Auteuil?

—Calle de la Fontaine.

—¿Calle de la Fontaine? —repuso Villefort con voz ahogada—. ¿Y en qué número?

—En el 28.

—Pero —exclamó Villefort—, ¿ha sido a usted a quien han vendido la casa del señor de Saint-Méran?

—¿El señor de Saint-Méran? —preguntó Montecristo—. Entonces, ¿esa casa pertenecía al señor de Saint-Méran?

—Sí —repuso la señora de Villefort—. ¿Y creería usted una cosa, señor conde?

—¿Cuál?

—Usted encuentra esa casa bonita, ¿no es cierto?

—Encantadora.

—Pues bien, mi marido nunca ha querido habitarla.

—¡Oh! —agregó Montecristo—. En verdad, señor, es una prevención cuya causa no puedo adivinar.

—No me gusta Auteuil, señor —respondió el procurador del rey, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Pero no seré tan desdichado, al menos lo espero —dijo con inquietud Montecristo— para que esa antipatía me prive de la dicha de recibirle.

—No, señor conde... Lo espero... Créame que haré todo lo posible —balbució Villefort.

—¡Oh! —respondió Montecristo—. No admito excusas. El sábado a las seis, le espero, y si no viene, creeré, ¿qué sé yo?, que hay sobre esa casa deshabitada desde hace veinte años alguna tradición lúgubre o alguna leyenda sangrienta.

—Iré, señor conde, iré —dijo con viveza Villefort.

—Gracias —dijo Montecristo—. Ahora es preciso que me permitan despedirme de ustedes.

—En efecto, dijo que no tenía más remedio que abandonarnos, señor conde —dijo la señora de Villefort—, e incluso, creo, que iba a decirnos la causa cuando se interrumpió para pasar a otra idea.

—Es cierto, señora —admitió Montecristo—, pero no sé si me atreveré a decir dónde voy.

—¡Bah! Pierda ese temor.

—En realidad voy como un papanatas a visitar una cosa que me ha hecho pensar horas enteras.

—¿Cuál?

—Un telégrafo. A fe mía que es malo, pero ya he dado mi palabra.

—¿Un telégrafo? —repitió la señora de Villefort.

—¡Oh, Dios mío! Sí, un telégrafo. En ocasiones he visto al borde del camino, sobre un montecillo y a pleno sol, levantarse esos brazos negros y alargados como patas de un inmenso coleóptero, y nunca sin emoción, se lo juro, porque pensaba que esos signos extraños recorren el espacio con precisión y llevan a trescientas leguas la voluntad desconocida de un hombre sentado ante una mesa, a otro hombre sentado en el otro extremo de la línea en otra mesa, se

dibujaban sobre el gris de las nubes o el azul del cielo, por la única fuerza del capricho de ese jefe todopoderoso; entonces creía en los genios, en las sílfides, en los gnomos, y, en fin, en los poderes ocultos, y me reía. Ahora bien, nunca tuve deseos de ver de cerca a esos gruesos insectos de vientre blanco y patas negras y delgadas, porque temía encontrar bajo sus alas de piedra el pequeño genio humano, bien alimentado, muy pedante, atiborrado de ciencia, de cábalas o de magia. Pero he aquí que un buen día me enteré de que el pequeño motor de cada telégrafo era un pobre diablo empleado por mil doscientos francos anuales, ocupado todo el día en mirar, no al cielo como un astrónomo, no al agua como un pescador, ni al paisaje como un cabeza vacía, sino al insecto de vientre blanco y patas negras, su correspondiente, colocado a cuatro o cinco leguas de él. Entonces sentí mucha curiosidad por ver de cerca esta crisálida viviente y asistir a la comedia que desde el fondo de su cascarón da a la otra crisálida, tirando, uno tras otro, de algunos cabos de hilos.

—¿Y va ahora a eso?

—Sí.

—¿A qué telégrafo? ¿Al del Ministerio del Interior o al del Observatorio?

—¡Oh, no! Ahí encontraría a personas que me forzarían a comprender cosas que deseo ignorar, y que me explicarían, a pesar mío, un misterio que ignoran. ¡Peste! Quiero conservar todavía las ilusiones que tengo sobre los insectos; ya es suficiente con haber perdido las que tenía de los hombres. Así, pues, no iré al telégrafo del Ministerio ni al del Observatorio. Lo que necesito es un telégrafo al aire libre, para encontrar en él al hombre honrado petrificado en su torre.

—¿Es usted un extraño gran señor —dijo Villefort.

—¿Qué línea me aconseja que estudie?

—Pues la más ocupada en estos momentos.

—Bueno. Es la de España, ¿no?

—Justamente. ¿Quiere una carta del ministro para que le expliquen?...

—No —dijo Montecristo—, ya que como le he dicho, no quiero comprender nada. En el momento en que entienda algo, ya no habrá telégrafo, no habrá más que una señal del señor Duchatel o del señor Montalivert, transmitida al prefecto de Bayona a través de dos palabras griegas: *tele graphos*. Es el insecto de patas negras y la

palabra espantosa lo que deseo conservar en toda su pureza y en toda mi veneración.

—Pues vaya, porque dentro de dos horas será de noche y ya no verá nada.

—Diablos, me asusta. ¿Cuál es el más próximo?

—¿En el camino de Bayona?

—Sí, vaya por el de Bayona.

—El de Chàtillon.

—¿Y después del de Chàtillon?

—El de la torre de Montlhéry, creo.

—Gracias. ¡Hasta la vista! El sábado les contaré mis impresiones.

A la puerta, el conde se encontró con los dos notarios que acababan de desheredar a Valentina, y que se retiraban encantados de haber hecho un acto que no podía más que reportarles mucho honor.

El medio de librar a un jardinero de los lirones que comen sus melocotones

No fue aquella misma tarde, como había dicho, sino a la mañana siguiente. El conde de Montecristo salió por la barrera del Infierno, tomó el camino de Orleáns, pasó el pueblo de Linas sin detenerse en el telégrafo que, justamente en el momento en que pasaba el conde, movía sus largos brazos descarnados, y llegó a la torre de Montlhéry situada, como se sabe, en el punto más elevado de la llanura de este nombre.

Al pie de la colina, el conde echó pie a tierra, y, por un pequeño sendero circular de dieciocho pulgadas de ancho, empezó a ascender la montaña; llegado a la cima se encontró detenido por un huerto, en el cual los frutos verdes habían sucedido a las flores rosas y blancas.

Montecristo buscó la puerta del pequeño recinto y no tardó en encontrarla. Era una especie de enrejado de madera, girando sobre goznes de mimbre y cerrándose con un clavo y un cordel. En un instante el conde comprendió el mecanismo de la puerta y la abrió.

Entonces, el conde se encontró en un pequeño huerto de unos veinte pies de largo por doce de ancho, limitado por una parte, por la valla en la cual estaba encajada la ingeniosa máquina que describimos como puerta, y por el otro por la vieja torre cubierta de hiedra sembrada de nabillos y alelís.

Nadie hubiera creído, al verla tan cuidada y florida, como una abuela a quien acuden sus nietecillos a desear que los festeje, que podría contar muchos dramas terribles si uniese una voz a los oídos amenazadores que un antiguo proverbio atribuye a las paredes.

Se recorría esta huerta siguiendo una avenida cubierta de arena roja, en la cual mordía, con unos tonos que hubiesen entusiasmado a Delacroix, nuestro Rubens moderno, una mata de grueso

boj con varios años de antigüedad. Esta avenida tenía la forma de un 8, y giraba enlazándose de manera que en un huerto de veinte pies se pudiese hacer un paseo de sesenta. Nunca Flora, la riente y fresca diosa de los buenos hortelanos latinos, había sido honrada con un cultivo tan minucioso y tan puro como el que se le rendía en este pequeño recinto.

En efecto, de veinte rosales que componían el parterre, ni una hoja llevaba la huella de la mosca, ni un tallo el racimo de pulgones verdes que desolan y roen las plantas que crecen en un terreno húmedo. Y no era, sin embargo, porque faltase humedad en este huerto: la tierra negra como el lodo y el opaco follaje de los árboles lo pregonaban bien; además, la humedad ficticia hubiese suplantado en seguida a la natural, gracias a un tonel lleno de agua estancada cavado en uno de los rincones del huerto, y en el cual permanecían sobre una capa verde, una rana y un sapo que, por incompatibilidad de humor, siempre se volvían la espalda en los dos puestos opuestos del círculo.

Además, no había ni una hierba en la avenida, ni un yerbajo parásito en las orillas; un ama de casa cuidadosa y limpia con los geranios, los cactus y los rododendros de su jardinera de porcelana, no prestaría más atención que el dueño, hasta entonces invisible, de aquel recinto.

Montecristo se detuvo después de haber cerrado la puerta enganchando la cuerda en el clavo, y abarcó de una mirada toda la propiedad.

«Parece —se dijo—, que el hombre del telégrafo es aficionado a la jardinería o se dedica apasionadamente a la agricultura.»

De repente tropezó con un bulto oculto tras una carretilla cargada de follaje; aquel bulto se incorporó dejando escapar una exclamación que denotaba su asombro, y Montecristo se encontró frente a un hombre de unos cincuenta años que recogía fresas que iba colocando sobre hojas de parra.

Había doce hojas de parra y casi otras tantas fresas.

El buen hombre, al levantarse, estuvo a punto de dejar caer las fresas, las hojas y el plato.

—¿Hace usted recolección, señor? —dijo Montecristo sonriendo.

—Perdón, señor —respondió el buen hombre llevándose la mano a su gorra—. No estoy allá arriba, es cierto, pero acabo de descender hace un instante.

—No le estorbaré en nada, amigo mío —dijo el conde—. Coja sus fresas, si todavía le queda alguna.

—Aún faltan diez —dijo el hombre—, porque ya tengo once y tenía veintiuna, cinco más que el año pasado. Pero no es para asombrarse, la primavera ha sido cálida este año y lo que necesitan las fresas, ya sabe usted, señor, es calor. Por eso, en vez de las dieciséis que recogí el año pasado, tengo este año, ya ve usted, once cogidas, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho. ¡Oh, Dios mío! Me faltan dos. Ayer aún estaban, señor, estaban, estoy bien seguro porque las conté. Habrá sido el hijo de la tía Simona quien me las ha quitado; lo he visto rondar por aquí esta mañana. ¡Ah, el granuja! Robar en un huerto. No sabe bien adónde puede conducirlo.

—En efecto —dijo Montecristo—, eso es grave, pero usted tendrá en cuenta la juventud del delincuente y su gusto.

—Cierto —dijo el jardinero—, pero no por eso es menos grave. Pero, le pido perdón una vez más, señor. ¿Acaso es algún jefe a quien hago esperar de este modo?

E interrogaba con mirada temerosa al conde y a su frac azul.

—Tranquílcese, amigo mío —dijo el conde con esa sonrisa tan terrible y tan acogedora que sabía poner, y que esta vez sólo expresaba bondad—, no soy ningún jefe que venga a inspeccionarle, sino un simple viajero llevado por la curiosidad y que empieza a reprocharse su visita al ver que le hace perder su tiempo.

—¡Oh! Mi tiempo no vale mucho —replicó el buen hombre con sonrisa melancólica—. Sin embargo, es el tiempo del Gobierno y no debería perderlo; pero había recibido la señal que me anunciaba que podía descansar una hora —echó un vistazo al cuadrante solar, porque había de todo en la torre de Montlhéry, incluso cuadrante solar—, y ya ve usted, aún tengo diez minutos por delante; y además mis fresas estaban maduras y un día más... Por otra parte, ¿creería usted, señor, que los lirones me las comen?

—¡Oh, no! Jamás lo hubiese creído —respondió seriamente Montecristo—. Es una mala vecindad, señor, particularmente para usted que no se come los lirones confitados en miel como hacían los romanos.

—¡Ah! ¿Los romanos se los comían? —exclamó el jardinero—. ¿Se comían los lirones?

—He leído eso en *Petronio* —dijo el conde.

—¿De veras? Eso no debe ser bueno, aunque digan gordo como un lirón. Y no es para asombrarse, señor, el que los lirones estén gordos, ya que duermen todo el santo día y no se despiertan más que para comer toda la noche. Fíjese, el año pasado tenía cuatro albaricoqueros; pues me destrozaron uno. Tenía un briñón, uno solo; es cierto que es un fruto raro. Pues bien, señor, me devoraron la mitad del lado de la muralla; un briñón soberbio y que era excelente. Jamás comí cosa igual.

—¿Lo comió? —preguntó Montecristo.

—Claro, la mitad que dejaron, ya lo comprenderá. Era exquisito, señor. ¡Ah, diantre! Esos señores no escogen los peores bocados. Lo mismo que el hijo de la tía Simona, no ha cogido las peores fresas, no. Pero este año —continuó el horticultor—, esté tranquilo, porque eso no sucederá, aunque tenga que pasarme la noche en vela cuando los frutos estén maduros.

Montecristo había visto bastante. Cada hombre tiene su pasión mordiéndole en el fondo del corazón, como cada fruto su gusano; la de aquel hombre de telégrafos, era la horticultura. Se puso a coger las hojas de parra que ocultaban los racimos del sol, y se conquistó el corazón del jardinero por ello.

—¿El señor ha venido a ver el telégrafo? —dijo.

—Sí, señor, si no está prohibido por los reglamentos.

—¡Oh! Nada de prohibido —dijo el jardinero—, ya que no tiene nada de peligroso, pues nadie sabe ni puede saber lo que decimos.

—Eso me dijeron, efectivamente —repuso el conde—, que usted repetía señales que ni siquiera entendía.

—Ciertamente, señor, y prefiero más que sea así —dijo riendo el hombre del telégrafo.

—¿Por qué lo prefiere?

—Porque de esta manera no tengo ninguna responsabilidad. Soy una máquina y no otra cosa, y con tal de que funcione, no me piden más.

«¡Diablos! —se dijo Montecristo para sí—. ¿Es que por casualidad habré dado con un hombre sin ambición? ¡Diantre! Sería una mala suerte.»

—Señor —dijo el jardinero echando un vistazo a su cuadrante solar—, los diez minutos acaban de expirar. ¿Le gustaría subir conmigo?

—Le sigo.

Montecristo entró en la torre dividida en tres pisos; el bajo contenía algunos instrumentos de labranza, como layas, rastrillos y regaderos apoyados contra las paredes: era todo el mobiliario.

El segundo era la habitación corriente, o más bien nocturna del empleado; contenía escasos y pobres utensilios, una cama, una mesa, dos sillas, una palangana de barro, además algunas hierbas secas colgadas del techo, que el conde reconoció como guisantes de olor y judías de España, cuyas semillas guardaba el buen hombre en sus vainas; había etiquetado todo esto con el cuidado de un maestro botánico del Jardín de las Plantas.

—¿Se necesita pasar mucho tiempo para estudiar la telegrafía, señor? —preguntó Montecristo.

—No es largo el estudio, sino el ser supernumerario.

—¿Y cuánto se recibe de sueldo?

—Mil francos, señor.

—Eso no es mucho.

—No; pero dan alojamiento, como usted ve. Montecristo echó un vistazo al cuarto.

—¡Con tal de que no pierda su alojamiento! —murmuró.

Pasaron al tercer piso: era la habitación del telégrafo. Montecristo miró los dos puños de hierro con la ayuda de los cuales el empleado hacía funcionar la máquina.

—Es muy interesante —dijo—, pero a la larga es una vida que debe parecerle un poco insípida, ¿no?

—Sí, al principio esto da tortícolis a fuerza de mirar; pero al cabo de un año o dos uno se acostumbra; además, tenemos dos horas de recreo y nuestros días de permiso.

—¿Días de permiso?

—Sí.

—¿Cuáles?

—Aquéllos en que hace niebla.

—¡Ah! Es normal.

—Ésos son mis días de fiesta; entonces desciendo al jardín y planto, podo, cavo, siembro; en fin, se pasa el rato.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Diez años y cinco más de supernumerario, hacen quince.

—¿Y tiene usted?

—Cincuenta y cinco.

—¿Cuánto tiempo de servicio necesita para obtener su pensión?

—¡Oh, señor! Veinticinco años.

—¿Y de cuánto es esa pensión?

—De cien escudos.

—¡Pobre humanidad! —murmuró Montecristo.

—¿Decía usted, señor? —preguntó el empleado.

—Digo que todo esto es muy interesante.

—¿El qué?

—Todo lo que usted me enseña... ¿Y usted no comprende nada absolutamente de esos signos?

—Nada absolutamente.

—¿No ha intentado descifrarlos alguna vez?

—Nunca; ¿para qué?

—Sin embargo, hay señales que le dirigen a usted directamente.

—Sin duda.

—¿Y esas sí las comprende?

—Siempre son las mismas.

—¿Y qué dicen?

—No hay novedad... Tiene usted una hora... o hasta mañana.

—¡Vaya una cosa bien inocente! —dijo el conde—. Pero mire, ¿no es aquél su compañero poniéndose en movimiento?

—¡Ah, es cierto! Gracias, señor.

—¿Y qué le dice? ¿Es algo que usted comprende?

—Sí, me pregunta si estoy listo.

—¿Y usted le responde?

—Con un signo que al mismo tiempo anuncia a mi correspondiente de la derecha que estoy listo, e invita a mi correspondiente de la izquierda a que se prepare a su vez.

—Es muy ingenioso —dijo el conde.

—Va a verlo ahora —replicó orgulloso el buen hombre—. Dentro de cinco minutos va a hablar.

—Entonces, aún tengo cinco minutos —dijo Montecristo—, más tiempo del que necesito. Mi querido señor, permítame que le haga una pregunta.

—Diga.

—¿Ama la jardinería?

—Con pasión.

—¿Y sería usted feliz si en lugar de poseer una terraza de veinte pies tuviera un huerto de dos fanegas?

—Señor, haría un paraíso terrestre.
—¿Vive mal con sus mil francos?
—Bastante mal, pero vivo.
—Sí, pero usted no tiene más que un miserable jardín.
—¡Ah! Es cierto. El jardín no es grande.
—Y además de ser tan pequeño, está poblado de lirones que se lo comen todo.
—¡Vaya! Eso es una plaga.
—Dígame, si usted tuviese la desdicha de girar la cabeza cuando el correspondiente de la derecha funcionase...
—No le vería.
—Entonces, ¿qué sucedería?
—Que no podría repetir sus señales.
—¿Y luego?
—Sucedría, que no habiéndolas repetido por negligencia, se me impondría una multa.
—¿De cuánto?
—De cien francos.
—La décima parte de su sueldo. ¡Qué bonito!
—¡Ah! —exclamó el empleado.
—¿Le ha ocurrido eso? —preguntó Montecristo.
—Una vez, señor, una vez que injertaba un rosal avellana.
—Bien. Ahora, ¿si usted cambiase alguna señal o transmitiese otra?
—Entonces, es diferente. Me despedirían y perdería mi pensión.
—¿Trescientos francos?
—Cien escudos, sí, señor; así, pues, comprenderá que jamás haría algo semejante.
—¿Ni por quince años de su sueldo? Fíjese, eso merece pensarse, ¿no?
—¿Por quince mil francos?
—Sí.
—Señor, usted me asusta.
—¡Bah!
—Señor, ¿quiere usted tentarme?
—¡Justamente! Quince mil francos, ¿comprende?
—Señor, déjeme mirar a mi correspondiente de la derecha.
—Al contrario, no lo mire, y fíjese en esto.
—¿Y qué es eso?
—¡Cómo! ¿No conoce usted estos papeles?

—¡Billetes de Banco!

—Exacto. Y hay quince.

—¿Y de quién son?

—Suyos, si los quiere.

—¡Míos! —exclamó el empleado con sofoco.

—¡Oh, Dios mío! Sí, para usted totalmente.

—Señor, mi correspondiente de la derecha empieza a moverse.

—Déjelo que se mueva.

—Señor, usted me ha distraído y voy a ser multado.

—Eso le costará cien francos; ve usted como tiene interés en coger mis quince billetes de Banco.

—Señor, el correspondiente de la derecha se impacienta y redobra sus señales.

—Déjelo hacer y cójalos.

El conde puso el paquete en la mano del empleado.

—Ahora —dijo—, esto no es todo: con sus quince mil francos usted no vivirá.

—Siempre tendré mi puesto.

—No, usted lo perderá; porque va a hacer otro signo diferente al de su correspondiente.

—¡Oh, señor! ¿Qué me propone?

—Una chiquillada.

—Señor, a menos que sea forzado...

—Pienso obligarle, efectivamente.

Y Montecristo sacó de su bolsillo otro paquete.

—Aquí tiene otros diez mil francos —dijo—, con los quince que ya tiene en el bolsillo, sumarán veinticinco. Con cinco mil francos usted se comprará una bonita casita y dos fanegas de tierra; y con los restantes se hará una renta de mil francos.

—¡Un jardín de dos fanegas!

—Y mil francos de renta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Pero, cójalos.

Y Montecristo puso a la fuerza los diez mil francos en la mano del empleado.

—¿Qué debo hacer?

—Nada difícil.

—Pero...

—Repita estos signos.

Montecristo sacó de su bolsillo un papel sobre el cual había trazados tres signos y otros tantos números indicando el orden en que debían ejecutarse.

—No será largo, como puede ver.

—Sí, pero...

—Pero por este golpe tendrá árboles.

El golpe se ejecutó; sofocado y sudando a gotas gordas, el buen hombre transmitió uno tras otro los signos dados por el conde a pesar de las espantosas dislocaciones del correspondiente de la derecha que, no comprendiendo nada de aquel cambio, empezaba a creer que el hombre se había vuelto loco.

En cuanto al correspondiente de la izquierda, repitió, concienzudamente las mismas señales, que fueron recogidas definitivamente en el Ministerio del Interior.

—Ahora, ya es usted rico —dijo Montecristo.

—Sí —respondió el empleado—, pero a qué precio.

—Escuche, amigo mío —dijo Montecristo—, no quiero que tenga remordimientos. Créame, porque se lo juro, usted no ha causado mal a nadie y ha servido a los designios de Dios.

El empleado miraba los billetes de Banco, los palpaba, los contemplaba; estaba pálido, rojo; al fin se precipitó a su cuarto para beber un vaso de agua; pero no tuvo tiempo de llegar hasta la fuente y se desvaneció en medio de sus judías secas.

Cinco minutos después de llegar la noticia telegráfica al Ministerio, Debray hizo enganchar los caballos a su cupé y corrió a casa de los Danglars.

—¿Su marido tiene cupones del empréstito español? —preguntó a la baronesa.

—Ya lo creo. Tiene unos seis millones.

—Que los venda al precio que sea.

—¿Por qué?

—Porque don Carlos se ha escapado de Bourges y ha entrado en España.

—¿Cómo sabe eso?

—¡Pardiez! —exclamó Debray encogiéndose de hombros—. ¿Cómo sé las noticias?

La baronesa no se lo hizo repetir dos veces; corrió junto a su marido, el cual corrió a su vez a casa de su agente de cambio y le ordenó que vendiese a toda costa.

Cuando todos vieron que Danglars vendía, los fondos españoles bajaron inmediatamente. Danglars perdió quinientos mil francos, pero se deshizo de todos sus cupones.

Aquella noche se leyó en el *Messenger*:

«*Despachò telegráfico*. — El rey don Carlos ha escapado de la vigilancia que se ejercía sobre él en Bourges, y ha entrado en España por la frontera de Cataluña. Barcelona se ha sublevado en su favor».

Durante toda la noche no se habló más que de la previsión de Danglars, que había vendido sus cupones, y de la dicha del agiotista, que no perdía más que quinientos mil francos con semejante golpe.

Aquellos que habían conservado sus cupones, o comprado los de Danglars, se consideraron arruinados y pasaron una mala noche.

Al día siguiente se leyó en el *Moniteur*:

«No existía ningún fundamento para que el *Messenger* anunciarse ayer la huida de don Carlos y la sublevación de Barcelona. El rey don Carlos no ha abandonado Bourges, y la península goza de la más profunda tranquilidad.

»Un signo telegráfico, mal interpretado a causa de la niebla, ha dado lugar a este error».

Los fondos subieron al doble de lo que habían bajado. Esto causó a Danglars, entre la pérdida y el dejar de ganar, la diferencia de un millón.

—¡Bueno! —exclamó Montecristo a Morrel, que se encontraba en su casa en el momento en que se anunciaba la extraña jugada de Bolsa en la que Danglars fue víctima—. Acabo de hacer, por veinticinco mil francos, un descubrimiento por el que hubiese pagado cien mil.

—¿Qué acaba de descubrir? —preguntó Maximilien.

—Acabo de descubrir el medio de librar a un jardinero de los lirones que le comían sus melocotones.

Los fantasmas

A primera vista y examinada desde fuera, la casa de Auteuil no tenía nada de espléndida, ni nada de lo que se podía esperar de una vivienda destinada al magnífico conde de Montecristo; pero esta sencillez dependía de la voluntad del dueño, quien había ordenado que nada se cambiase en el exterior; para convencerse, no había más que contemplar el interior. En efecto, nada más abierta la puerta cambiaba el panorama.

El señor Bertuccio se superó a sí mismo en gusto a decoración y en la rápida ejecución; como en otros tiempos el duque d'Antin hizo abatir en una noche una avenida de árboles que interrumpía la panorámica de Luis XIV, el señor Bertuccio en tres días hizo plantar un patio totalmente nuevo, con sus hermosos álamos y sicomoros traídos con sus bloques de raíces, sombreando la fachada principal de la casa, ante la cual, en vez de un enlosado medio cubierto de hierbas, se extendía el césped, cuyas placas habían sido colocadas aquella misma mañana formando una amplia alfombra en la que aún se percibían las gotas de agua con que fue regado.

Por lo demás, las órdenes procedían del conde; él mismo había entregado a Bertuccio un plano en el que indicaba el número y el lugar en que debían ser plantados los árboles, la forma y el espacio para el césped que debía sustituir a las baldosas.

Vista así, la casa resultaba desconocida, y el mismo Bertuccio protestaba de ello, metida, como lo estaba, en su cuadro de verdor.

El intendente no se hubiese molestado si le hubieran dejado realizar algunas transformaciones en el jardín; pero el conde le había prohibido terminantemente tocar nada. Bertuccio se desquitó abarrotando de flores las antesalas, las escaleras y las chimeneas.

Lo que anunciaba la extrema habilidad del intendente y la profunda ciencia del dueño, uno para servir y el otro para hacerse obe-

decer, era que aquella casa, abandonada desde hacía veinte años, tan sombría y tan triste aún la víspera, tan impregnada como estaba de ese molesto olor que puede llamarse el perfume del tiempo, había adquirido en un día, con el aspecto de la vida, el aroma que prefería su dueño; pero es que el conde, al llegar allí había colocado bajo su mano sus libros y sus armas, bajo sus ojos sus cuadros preferidos; en las antesalas, los perros cuyas caricias le eran gratas, y los pájaros cuyos cantos amaba; y toda aquella casa, despertaba de su largo sueño como el palacio de la Bella durmiente del bosque, vivía, cantaba y se expandía al igual que esas casas que nos son queridas desde hace muchos años y en las cuales, cuando por desgracia las abandonamos, se queda involuntariamente una parte de nuestra alma.

Los criados iban y venían alegres por aquel hermoso patio: unos encargados de las cocinas, deslizándose, como si siempre hubiese estado habitada la casa, por las escaleras restauradas la víspera, y los otros poblando las cocheras, en donde los coches, numerados y colocados, parecían instalados allí desde hacía cincuenta años; y en las caballerizas, en donde los caballos en el pesebre respondían relinchando a los palafreneros que les hablaban con mucho más respeto del que ponen muchos criados al hablar a sus dueños.

La biblioteca estaba dispuesta en dos cuerpos, a ambos lados de la pared, y contenía unos dos mil volúmenes aproximadamente; todo un compartimento se destinaba a las novelas modernas, y la que había aparecido la víspera se encontraba situada en su sitio, pavoneándose en su encuadernación roja y oro.

Al otro lado de la casa, haciendo juego con la biblioteca, se hallaba el invernadero, lleno de plantas raras y floridas en sus amplias macetas japonesas, y en el centro del invernadero, maravilla a la vez para los ojos y el olfato, un billar que parecía haber sido abandonado una hora antes por los jugadores, que habían dejado al descuido las bolas sobre el tapiz.

Sólo una habitación había sido respetada por el magnífico Bertuccio. Ante esta cámara, situada en el ángulo izquierdo del primer piso, y a la cual se podía subir por la gran escalera y salir por la escalera secreta, los criados pasaban con curiosidad y Bertuccio con terror.

A las cinco en punto llegó el conde seguido de Alí ante la casa de Auteuil. Bertuccio ansiaba esta llegada con una impaciencia mez-

clada de inquietud; esperaba algunos cumplidos y temía un fruncimiento de cejas.

Montecristo descendió en el patio, recorrió toda la casa y dio la vuelta al jardín, silencioso y sin hacer el menor gesto de aprobación ni de descontento.

Sólo al entrar en su dormitorio, situado al lado opuesto de la habitación cerrada, extendió la mano hacia el cajón de un mueblecito en madera de rosa que ya había visto en su primera visita.

—Esto no puede servir más que para poner los guantes —dijo.

—En efecto, Excelencia —respondió Bertuccio, contento—. Ábralo y encontrará los guantes.

En otros muebles, el conde aún encontró lo que esperaba hallar: frascos, cigarros, joyas.

—Bien —dijo.

Y Bertuccio se retiró con el alma satisfecha; tan grande, poderosa y real era la influencia de aquel hombre sobre cuanto le rodeaba.

A las seis en punto se oyó patear a un caballo delante de la puerta de entrada; Era nuestro capitán de *spahis* que llegaba en su «Medeah».

Montecristo le esperaba en la escalinata, le sonrió ampliamente.

—¡Estoy seguro de ser el primero! —le gritó Morrel—. Lo he hecho adrede para estar un instante a solas con usted. Julia y Emmanuel le envían mil recuerdos. ¡Ah! Pero, ¿sabe que esto es magnífico? Dígame, conde, ¿sus criados cuidarán bien mi caballo?

—Esté tranquilo, mi querido Maximilien, son entendidos.

—Es que necesita descanso. ¡Si supiese el tren que ha traído! Parecía una tromba.

—¡Peste! Ya lo creo, es un caballo de cinco mil francos —dijo Montecristo en el tono que pondría un padre hablando con su hijo.

—¿Lo lamenta usted? —dijo Morrel con franca sonrisa.

—¿Yo? ¡Dios me libre! —respondió el conde—. No. Sólo sentiría que el caballo no fuese bueno.

—Sí que lo es, mi querido conde. El señor de Chateau Renaud, el hombre más entendido de Francia, y el señor Debray, que monta los árabes del Ministerio, corren detrás de mí en estos momentos, y están algo distanciados, como puede ver, y aún les pisan los talones los caballos de la baronesa Danglars, que van a un trote con el que podrían hacerse tranquilamente seis leguas en una hora.

—Entonces, ¿le vienen siguiendo? —preguntó Montecristo.

—Fíjese, ahí están.

En efecto, en aquel mismo momento, un cupé con el tiro humeante y dos caballos de silla sin aliento llegaron ante la verja de la casa, que se abrió ante ellos. Inmediatamente el cupé describió un círculo y fue a detenerse en la escalinata seguido de los dos caballeros.

En un instante, Debray echó pie a tierra y se precipitó a la puerta. Ofreció su mano a la baronesa, que al descender le hizo un gesto imperceptible para otro que no fuese Montecristo.

Pero el conde no se perdía detalle, y en aquel gesto vio relucir un billete blanco tan imperceptible como el gesto, que pasó, con una destreza que indicaba la costumbre de esta maniobra, de la mano de la señora Danglars a la del secretario del ministro.

Tras su mujer descendió el banquero, pálido como si hubiese salido de un sepulcro en vez de bajar de su cupé.

La señora Danglars echó en torno suyo un vistazo rápido e investigador que sólo Montecristo supo comprender, y en el cual abarcó el patio, el peristilo y la fachada de la casa; después, reprimiendo una ligera emoción, que hubiese asomado a su rostro si le estuviera permitido palidecer, subió la escalinata diciendo a Morrel:

—Señor, si fuese usted uno de mis amigos, le preguntaría si vende su caballo.

Morrel sonrió de una manera lamentable, y se volvió hacia Montecristo como para rogarle que le sacase del embarazo en que se encontraba.

El conde le comprendió.

—¡Ah, señora! —respondió—. ¿Por qué no me ha dirigido a mí una petición semejante?

—Con usted, señor —dijo la baronesa—, no se puede desear nada, porque hay la seguridad de obtenerlo. Por eso lo he hecho al señor Morrel.

—Desgraciadamente —repuso el conde—, he sido testigo de que el señor Morrel no puede ceder su caballo; su honor está comprometido en conservarlo.

—¿Cómo puede ser eso?

—Apostó domar a «Medeah» en el espacio de seis meses. Comprenderá ahora, baronesa, que si se deshace de él antes del plazo fijado, no sólo perdería, sino que aún dirían que tiene miedo; y un capitán de *spahis*, incluso para complacer el capricho de una mujer

hermosa, lo que en mi opinión es una de las cosas más sagradas del mundo, no puede dejar que corra semejante rumor.

—Ya ve usted, señora... —dijo Morrel dirigiendo a Montecristo una sonrisa de agradecimiento.

—Además, me parece —dijo Danglars con un tono zumbón mal disimulado por su sonrisa hosca— que ya tiene bastantes caballos como éstos.

La señora Danglars no tenía la costumbre de dejar sin respuesta semejantes ataques, y, sin embargo, para gran asombro de los jóvenes, pareció no oír nada y no respondió.

Montecristo sonreía ante aquel silencio, que delataba una humildad desacostumbrada, mientras enseñaba a la baronesa dos inmensos jarrones de China, en los cuales serpenteaban vegetaciones marinas de un grueso y un trabajo tal que sólo la naturaleza pudo poner aquella riqueza, aquella savia y aquella gracia.

La baronesa estaba maravillada.

—¡Eh! Pero se podría plantar dentro un castaño de las Tullerías —dijo—. ¿Cómo han podido conseguir semejantes enormidades?

—¡Ah, señora! —replicó Montecristo—. No hay que preguntarnos eso a nosotros, fabricantes de estatuas y vasos de muselina; éste es un trabajo de otros tiempos, una especie de obra de los genios de la tierra y del mar.

—¿Cómo? ¿A qué época puede pertenecer?

—No lo sé; sólo he oído decir que un emperador de China hizo construir un horno expresamente; y que en dicho horno, uno tras otro se hicieron cocer doce jarrones semejantes a éstos. Dos se rompieron bajo los ardores del fuego; los otros diez se descendieron a trescientas brazas bajo el mar. El mar, que sabía lo que se esperaba de él, echó sobre ellos, bejucos, retorció corales, incrustó sus conchas; todo quedó cimentado por doscientos años bajo esas profundidades, porque una revolución se llevó al emperador que quiso hacer el experimento, y no dejó más que el acta en la que constataba la cocción de los jarrones y su descenso al fondo del mar. Al cabo de doscientos años se encontró esa acta y se pensó en sacar los vasos. Los buzos fueron, con máquinas especiales, a descubrirlas en la bahía en que se arrojaron; pero de las diez sólo encontraron tres, las otras habían sido arrastradas y partidas por las olas. Me gustan estos jarrones, en el fondo de los cuales me imagino monstruos informes, espantosos, misteriosos y parecidos a los que ven los bucea-

dores solamente, que han fijado su mirada apagada y fría, y en los que durmieron infinidad de peces que se refugiaban en ellos para huir de la persecución de sus enemigos.

Durante este tiempo, Danglars, poco amigo de las curiosidades, arrancaba maquinalmente y una a una, las flores de un magnífico naranjo; cuando concluyó con el naranjo se dirigió a un cactus, pero entonces, el carácter menos fácil del cactus le picó ultrajantemente.

Entonces se estremeció y se frotó los ojos como si hubiera salido de un sueño.

—Señor —le dijo Montecristo sonriendo—, usted, que es amante de los cuadros y que tiene tan magníficas cosas, no le recomiendo los míos. Sin embargo, aquí tiene dos Hobbema, un Paul Potter, un Mieris, dos Gerard Dow, un Rafael, un Van Dyck, un Zurbarán y dos o tres Murillos, que son dignos de serle presentados.

—¡Vaya! —dijo Debray—. Aquí hay un Hobbema que conozco.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí, vinieron a ofrecérselo al museo.

—Que no tiene ninguno, según creo —aventuró Montecristo.

—No, y que, sin embargo, se negó a comprar éste.

—¿Por qué? —preguntó Chateau Renaud.

—¡Qué encartador eres! Porque el Gobierno no es lo bastante rico para estas cosas.

—¡Ah, perdón! —dijo Chateau Renaud—. Siempre oigo hablar de cosas por ese estilo, y aún no he podido acostumbrarme.

—Ya llegará —dijo Debray.

—No lo creo —respondió Chateau Renaud.

—¡El mayor Bartolomé Cavalcanti! ¡El señor vizconde Andrea Cavalcanti! —anunció Bautista.

Un cuello de raso negro, saliendo de las manos del fabricante, una barba fresca, unos bigotes grises, la mirada tranquila, un uniforme de mayor adornado con tres placas y cinco cruces, en fin, una presencia irreprochable de antiguo soldado, formaban la nueva apariencia del mayor Bartolomé Cavalcanti, aquel tierno padre que ya conocemos.

Junto a él, cubierto de ropa flamantemente nueva, avanzaba, con la sonrisa en los labios, el vizconde Andrea Cavalcanti, aquel respetuoso hijo que también conocemos.

Los tres jóvenes hablaban juntos; sus miradas se dirigieron al padre y al hijo, y se detuvieron más tiempo sobre este último, al que examinaron detalladamente.

—¿Cavalcanti? —dijo Debray.

—¡Bonito nombre! —dijo Morrel—. ¡Peste!

—Sí —agregó Chateau Renaud—, es cierto; esos italianos tienen buenos nombres, pero visten mal.

—Eres muy estricto, Chateau Renaud —dijo Debray—. Esas ropas son de un excelente sastre, y completamente nuevas.

—Ahí está, justamente, mi reproche. Ese señor tiene aspecto de vestirse hoy por primera vez.

—¿Quiénes son estos señores? —preguntó Danglars al conde de Montecristo.

—Ya lo ha oído, los Cavalcanti.

—Eso me revela su nombre, nada más.

—¡Ah! Es cierto, usted no está al corriente de nuestra nobleza italiana; quien dice Cavalcanti, habla de estirpe de príncipes.

—¿Gran fortuna? —preguntó el banquero.

—Fabulosa.

—¿Qué hacen ellos?

—Tratan de comérsela sin que lleguen al final. Además, tienen crédito sobre usted, según me dijeron cuando vinieron a verme antes de ayer. Yo mismo les invité a que fueran a verle. Voy a presentárselos.

—Pero, me parece que hablan muy correctamente el francés —dijo Danglars.

—El hijo fue educado en un colegio de Midi, en Marsella o las inmediaciones, creo. Lo notarán en el entusiasmo.

—¿Por qué? —preguntó la baronesa.

—Por las francesas, señora. Hasta está dispuesto a encontrar esposa en París.

—¡Bonita idea tiene! —dijo Danglars encogiéndose de hombros.

La señora Danglars miró a su marido con una expresión que, en otra ocasión, hubiese sido presagio de tormenta; pero se calló por segunda vez.

—El barón parece muy sombrío hoy —dijo Montecristo a la señora Danglars—. ¿Acaso es que quieren hacerle ministro?

—No, todavía no, que yo sepa. Creo más bien que habrá jugado en la Bolsa, y le haya tocado perder, y por eso no sabe con quién desfogar su mal humor.

—El señor y la señora de Villefort —gritó Bautista.

Las dos personas anunciadas entraron. El señor de Villefort, a pesar de su dominio sobre sí mismo, estaba visiblemente conmovido. Al tocar su mano, Montecristo notó que temblaba.

«Decididamente no hay como las mujeres para disimular», se dijo Montecristo al mirar a la señora Danglars, que sonreía al procurador del rey y besaba a su mujer.

Después de los primeros saludos, el conde vio a Bertuccio, hasta entonces ocupado de la parte del *office*, que se deslizaba a un saloncito de espera contiguo.

Fue junto a él.

—¿Qué quiere, señor Bertuccio? —le preguntó.

—Su Excelencia no me ha dicho el número de convidados.

—¡Ah! Es cierto.

—¿Cuántos cubiertos?

—Cuenta usted mismo.

—¿Ha llegado todo el mundo, Excelencia?

—Sí.

Bertuccio echó un vistazo a través de la puerta entreabierta.

Montecristo le observaba atentamente.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó el conde.

—¡Aquella mujer!... ¡Aquella mujer!

—¿Cuál?

—Aquella que tiene un vestido blanco y tantos diamantes..., la rubia.

—¿La señora Danglars?

—No sé como la llaman, pero es ella, señor; es ella.

—¿Quién es ella?

—¡La mujer del jardín! Aquella que estaba embarazada. La que se paseaba esperando..., esperando...

Bertuccio se quedó con la boca abierta, pálido y con los cabellos erizados.

—¿Esperando a quién?

Bertuccio, sin responder, señaló a Villefort con el dedo, casi con el mismo gesto con que Macbeth señaló a Banquo.

—¡Oh..., oh! —murmuró al fin—. ¿Ve usted?

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Él!

—¿Él?... ¿El señor procurador del rey, Villefort? Sin duda lo veo.

—Pero, ¿es que no lo he matado?

—¡Vaya! Me parece que va a volverse loco, mi bravo Bertuccio

—dijo el conde.

—Entonces, ¿no está muerto?

—¡Pues, no! No está muerto, ya lo está viendo; en vez de golpear entre la sexta y la séptima costilla del lado izquierdo, habrá golpeado más alto o más bajo; y esas gentes de la justicia, tienen el alma atornillada al cuerpo; o tal vez sea que no es cierto lo que me contó, que sea un sueño de su mente o una alucinación de su espíritu; tal vez se haya adormecido digiriendo mal su venganza: le habrá pesado en el estómago, habrá tenido una pesadilla y eso fue todo. Veamos, recobre su calma y cuente: el señor y la señora de Villefort, dos; el señor y la señora Danglars, cuatro; el señor de Chateau Renaud, el señor Debray y el señor Morrel, siete; el mayor Bartolomé Cavalcanti, ocho.

—¡Ocho! —repitió Bertuccio.

—¡Espere, hombre! Espere un poco. ¡Qué prisa tiene en marcharse, diablos! Se olvida uno de mis invitados. Mire un poco hacia la izquierda..., vea..., el señor Andrea Cavalcanti, aquel joven de frac negro que contempla la Virgen de Murillo y que ahora se vuelve.

Esta vez Bertuccio inició un grito que la mirada de Montecristo ahogó en sus labios.

—¡Benedetto! —murmuró en voz baja—. ¡Qué fatalidad!

—Ya están sonando las seis y media, señor Bertuccio —dijo seriamente el conde—. Es la hora en que di orden de sentarse a la mesa; ya sabe que no me gusta esperar.

Y Montecristo regresó al salón en donde le esperaban sus convidados, mientras Bertuccio llegaba hasta el comedor apoyándose contra las paredes.

Cinco minutos más tarde se abrieron las dos puertas del salón. Bertuccio apareció, y haciendo como Vatel en Chantilly, un último y heroico esfuerzo, dijo:

—El señor conde está servido.

Montecristo ofreció el brazo a la señora de Villefort.

—Señor de Villefort —dijo—, haga de caballero con la baronesa Danglars, se lo ruego.

Villefort obedeció y se pasó al comedor.

✱

La cena

Era evidente que al pasar al comedor un mismo sentimiento animaba a todos los convidados. Se preguntaban qué extraña influencia los había conducido a todos a aquella casa, y, sin embargo, por asombrados e inquietos que se encontrasen algunos, ninguno hubiese querido no asistir.

Y a pesar de lo reciente de las relaciones, la posición excéntrica y aislada, la fortuna desconocida y casi fabulosa del conde, obligaban a los hombres a ser circunspectos, y a las mujeres a no entrar en aquella casa en la que no había mujeres para recibirlas. Y, sin embargo, hombres y mujeres habían pasado, unos sobre la circunspección y las otras sobre las conveniencias; y la curiosidad, azuzándoles con su irresistible aguijón, había llevado a todos.

Hasta los Cavalcanti, padre e hijo, el uno a pesar de su seriedad y el otro de su desenvoltura, parecían preocupados por reunirse en casa de aquel hombre, del cual no podían comprender sus intenciones, con otros hombres que veían por primera vez.

La señora Danglars había hecho un movimiento al ver, bajo la invitación de Montecristo, como el señor de Villefort se aproximaba a ofrecerle el brazo, y el señor de Villefort sintió turbarse su mirada bajo sus gafas de oro al sentir el brazo de la baronesa apoyándose en el suyo.

Ninguno de estos dos movimientos escapó al conde, que ya, en esta simple toma de contacto entre individuos, tenía, como observador de esta escena, un gran interés.

El señor de Villefort tenía a su derecha a la señora Danglars y a su izquierda a Morrel.

El conde estaba sentado entre la señora de Villefort y Danglars.

Los otros asientos los ocupaban Debray, entre Cavalcanti padre y Cavalcanti hijo, y Chateau Renaud, sentado entre la señora de Villefort y Morrel.

La comida fue magnífica; Montecristo había procurado destruir completamente la simetría parisién para satisfacer aún más la curiosidad de sus convidados que el apetito. Lo que les ofreció fue un festín oriental, pero oriental a la manera que podrían serlo los festines de las hadas árabes.

Todos los frutos que las cuatro partes del mundo podían derramarse intactos y sabrosos en el cuerno de la abundancia de Europa estaban amontonados en pirámides en los vasos de China y en las copas del Japón. Las aves raras con la parte brillante de su plumaje, los pescados monstruosos extendidos en bandejas de plata, todos los vinos del archipiélago, del Asia Menor y del Cabo, encerrados en botellas de formas extrañas, cuya vista aún parecía aumentar su sabor, desfilaron como en una de esas revistas que Apicio pasaba con sus convidados ante aquellos parisienses que comprendían muy bien que pudieran gastarse mil luises en una cena de diez personas, pero a condición de que, como Cleopatra, se comiesen perlas, o que, como Lorenzo de Médicis, se hebiese oro fundido.

Montecristo vio el asombro general, y se echó a reír y a burlarse en voz alta.

—Señores —dijo—, convendrán ustedes, ¿no es cierto?, que cuando se llega a cierto grado de fortuna no hay nada más necesario que lo superfluo, como estas damas admitirán que llegando a cierto grado de exaltación no hay nada más positivo que el ideal. Ahora bien, y prosiguiendo este razonamiento, ¿qué es lo más maravilloso? Aquello que no comprendemos. ¿Cuál es un bien verdaderamente deseable? Aquel que no podemos tener. Ahora bien, ver cosas que no puedo comprender, y procurarme cosas imposibles de tener constituyen el estudio de toda mi vida. He llegado a ello con dos medios: el dinero y la voluntad. Persigo mi capricho, por ejemplo, con la misma perseverancia que usted, señor Danglars, pone en crear una línea de ferrocarril; que usted, señor de Villefort, pone en condenar a un hombre a muerte; que usted, señor Debray, en pacificar un reino; que usted, señor de Chateau Renaud, en agradar a una mujer; y que usted señor Morrel, en domar un caballo que nadie pudo montar. Así, por ejemplo, ven ustedes esos dos peces, nacidos, uno a cincuenta leguas de San Petersburgo, y el otro a cinco leguas de Nápoles. ¿No es divertido tenerlos reunidos en la misma mesa?

—¿Qué clase de peces son éstos? —preguntó Danglars.

—Aquí, el señor de Chateau Renaud, que ha vivido en Rusia, podrá decirle el nombre de uno —respondió Montecristo—. Y aquí, el mayor Cavalcanti, que es italiano, le dirá el del otro.

—Éste es —dijo Chateau Renaud—, si no me engaño, un esturión.

—Maravilloso.

—Y éste de aquí —dijo Cavalcanti—, es una lamprea.

—Eso mismo. Ahora, señor Danglars, pregunte a esos dos señores en dónde se pescan esos dos peces.

—Pues —dijo Chateau Renaud—, los esturiones se pescan solamente en el Volga.

—Pues yo no conozco —dijo Cavalcanti— más que el lago Fusaro, en donde se pesquen lampreas de este tamaño.

—Bien, exactamente; uno viene del Volga y el otro del lago de Fusaro.

—¡Imposible! —exclamaron a la vez todos los convidados.

—Pues bien, esto, precisamente, es lo que me divierte —dijo Montecristo—. Soy como Nerón: *cupitor impossibilium*; y he aquí por qué ustedes también se divierten en estos momentos; en fin, el hecho es que esta carne, que tal vez en realidad no valga lo que la de la perca y la del salmón, les va a parecer exquisita en estos momentos; y es que en sus mentes les resultaba imposible procurársela y, sin embargo, aquí está.

—Pero, ¿cómo han hecho para transportar esos dos peces a París?

—¡Oh, Dios mío! Nada más sencillo: trajeron esos dos peces, cada uno en un gran tonel acolchado, uno de cañas y hierbas del río, y el otro de juncos y plantas del lago; fueron puestos en un furgón hecho ex profeso; han vivido así, el esturión doce días y la lamprea ocho; y ambos aún vivían cuando mi cocinero los ha cogido para hacer morir a uno en leche y al otro en vino. ¿No lo cree usted, señor Danglars?

—Por lo menos lo dudo —respondió Danglars sonriendo.

—¡Bautista! —dijo Montecristo—. Haz que traigan el otro esturión y la otra lamprea; ya sabe, los que han venido en los otros toneles y aún viven.

Danglars abrió los ojos espantado; los demás aplaudieron.

Cuatro criados trajeron dos toneles guarnecidos de plantas marinas, en cada uno de los cuales palpitaba un pez semejante a los que tenían servidos en la mesa.

—Pero, ¿por qué dos de cada especie? —preguntó Danglars.

—Porque uno podía morir —respondió con sencillez Montecristo.

—¡Es usted verdaderamente prodigioso! —dijo Danglars—. Hacen bien en decir los filósofos que es soberbio ser rico.

—Y sobre todo, tener ideas —añadió la señora Danglars.

—¡Oh! No me otorgue este honor, señora, ya era muy corriente entre los romanos, y Plinio cuenta que se enviaba de Ostia a Roma, con un relevo de esclavos que lo llevaban en la cabeza, peces de la especie que se llamaba *mulus*, y que por la descripción que han hecho, probablemente sea la dorada. También era un lujo tenerlo vivo, y un espectáculo muy divertido verlo morir, porque mientras moría cambiaba tres o cuatro veces de color, y, como un arco iris que se evapora, pasaba por todas las tonalidades del prisma, tras lo cual lo enviaban a las cocinas. Su agonía constituía parte de su mérito. Si no se le veía vivo, los despreciaban muertos.

—Sí —dijo Debray—, pero no hay más que siete u ocho leguas de Ostia a Roma.

—¡Ah! Eso es cierto —replicó Montecristo—. Pero, ¿cuál sería el mérito si al cabo de mil ochocientos años después de Lúculo no se hiciese algo mejor que él?

Los dos Cavalcanti estaban estupefactos, pero tuvieron el buen sentido de no decir nada.

—Todo esto es formidable —dijo Chateau Renaud—, sin embargo, lo que más admiro, lo confieso, es la admirable prontitud con que usted es servido, ¿no es cierto, señor conde, que no hace más que seis u ocho días que compró esta casa?

—A fe mía, todo lo más —respondió Montecristo.

—Pues bien, estoy seguro de que en esos ocho días ha sufrido una completa transformación; porque, si no me equivoco, tenía otra entrada, y el patio estaba enlosado y vacío, mientras que hoy es un magnífico césped rodeado de árboles que parecen tener cien años.

—¿Qué quiere usted? Me gusta lo verde y lo umbrío —dijo Montecristo.

—En efecto —intervino la señora de Villefort—, en otros tiempos se entraba por una puerta que daba a la carretera, y el día de mi milagroso salvamento, fue por ella, lo recuerdo, por donde me hizo entrar en la casa.

—Sí, señora —respondió Montecristo—. Pero luego he preferido una entrada que me permita ver el bosque de Bolonia a través de la verja.

—¿En cuatro días? —dijo Morrel—. ¡Es un prodigio!

—En efecto —añadió Chateau Renaud—, de una vieja casa hacer una nueva; eso es algo milagroso; porque era una casa muy vieja y muy triste. Recuerdo haber sido encargado por mi madre para que la visitase cuando el señor de Saint-Méran la puso en venta, hace dos o tres años.

—¿El señor de Saint-Méran? —dijo la señora de Villefort—. Pero, ¿pertenecía esta casa al señor de Saint-Méran antes de que usted la comprase?

—Parece que sí —respondió Montecristo.

—¿Cómo parece? ¿Es que no sabe a quién se la compró?

—A fe mía, que no. Mi intendente es el encargado de todos esos detalles.

—Y es cierto que hace por lo menos diez años que no está habitada —dijo Chateau Renaud—. Daba mucha tristeza verla con sus persianas cerradas, sus puertas atrancadas y la hierba en el patio. En verdad, si no hubiese pertenecido al suegro del procurador del rey, se la hubiese podido tomar por una de esas casas malditas en las que se ha cometido un gran crimen.

Villefort, que hasta entonces no había probado los tres o cuatro vasos de vinos extraordinarios colocados ante él, cogió uno al azar y se lo bebió de un trago.

Montecristo dejó transcurrir un instante; después, en medio del silencio que siguió a las palabras de Chateau Renaud, dijo:

—Es extraño, señor barón, pero incluso ese mismo pensamiento lo tuve la primera vez que entré; y esta casa me pareció tan lúgubre, que nunca la hubiese comprado si mi intendente no hubiese realizado la compra por mí. Probablemente el pillo ha recibido alguna propina del escribano.

—Y tan seguro —balbució Villefort tratando de sonreír—, pero créame que estoy de acuerdo con esa corrupción. El señor de Saint-Méran quiso vender esta casa, porque permaneciendo tres o cuatro años más deshabitada, hubiese quedado en ruinas.

Esta vez fue Morrel quien palideció.

—Había sobre todo —continuó Montecristo—, una habitación. ¡Ah, Dios mío! Muy simple en apariencia, una habitación co-

mo las demás, tapizada de damasco rojo, que me pareció, no sé por qué, dramática en extremo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Debray—. ¿Por qué dramática?

—¿Es que uno puede darse cuenta de las cosas instintivas? —replicó Montecristo—. ¿No hay sitios donde parece que se respira tristeza? ¿Por qué? No se sabe nada; por un encadenamiento de recuerdos, por un capricho de la imaginación que nos conduce a otros tiempos, a otros lugares y que no tienen nada que ver con el tiempo y el lugar en que nos encontramos. Tanto es así, que esa habitación me recordaba admirablemente a la de la marquesa de Ganges o a la de Desdémona. ¡Miren, ya que hemos acabado, voy a enseñársela! Luego descenderemos a tomar café al jardín. Tras la cena, el espectáculo.

Montecristo hizo un signo interrogatorio a sus invitados; la señora de Villefort se puso en pie, Montecristo hizo otro tanto, y todo el mundo siguió su ejemplo.

Villefort y la señora Danglars permanecieron un instante como clavados en sus sitios; se interrogaron con la mirada, frías, mudas y heladas.

—¿Ha oído usted? —dijo la señora Danglars.

—Hay que ir —respondió Villefort levantándose y ofreciéndole el brazo.

Todo el mundo se había esparcido por la casa, empujados por la curiosidad, porque pensaban que la visita no se limitaría a aquella habitación, y que al mismo tiempo se recorrería el resto de aquella mansión, de la cual Montecristo había hecho un palacio. Se lanzaron, pues, por las puertas abiertas. Montecristo esperó a los dos rezagados; después, cuando pasaron ante él, cerró la marcha con una sonrisa que, si hubiesen podido comprenderla, habría espantado más a sus convidados que la habitación que esperaban ver.

Se empezó, en efecto, por recorrer los apartamentos, las habitaciones amuebladas a lo oriental con divanes y almohadones en vez de camas, con pipas y armas por todos muebles; los salones adornados con los más bellos cuadros de los viejos maestros; los gabinetes con telas de China, de colores caprichosos, de dibujos fantásticos, y tisús maravillosos; por fin se llegó a la famosa habitación.

No tenía nada de particular, a no ser que, al anochecer, apenas estaba iluminada y conservaba toda su vetustez cuando las demás habían revestido una nueva apariencia.

Estas dos cosas bastaban, en efecto, para darle un carácter lúgubre.

—¡Uf! —exclamó la señora de Villefort—. ¡Es realmente espantosa!

La señora Danglars trató de balbucir algunas palabras que no se entendieron.

Se hicieron muchas observaciones, las cuales dieron por resultado que, en efecto, la habitación de damasco rojo tenía un aspecto siniestro.

—¿No es cierto? —inquirió Montecristo—. Vean esta cama, qué bizarramente colocada, qué sombrío y sangriento aspecto. Y esos retratos al pastel, que la humedad ha hecho palidecer; ¿no parecen decir con sus labios apagados y sus ojos espantados: ¡Hemos visto!

Villefort se puso pálido, la señora Danglars cayó sobre una silla ancha situada junto a la chimenea.

—¡Oh! —dijo la señora de Villefort sonriendo—. ¡Y tiene usted el valor de sentarse en esa silla donde posiblemente se cometió el crimen!

La señora Danglars se levantó rápidamente.

—Y además —dijo Montecristo—, esto no es todo.

—¿Aún hay más? —preguntó Debray a quien la emoción de la señora Danglars no le pasaba desapercibida.

—¡Ah, sí! ¿Qué hay ahora? —preguntó Danglars—. Porque hasta ahora, confieso, que no he visto gran cosa. ¿Y usted, señor Cavalcanti?

—¡Ah! —dijo éste—. Nosotros tenemos en Pisa la torre de Ugolin; en Ferrara la prisión de Tasso, y en Rimini la habitación de Francesca y Paolo.

—Sí, pero ustedes no tienen esta escalerita —dijo Montecristo abriendo una puerta disimulada por el tapizado—. Mírela, y dígame lo que piensa.

—¡Qué escalera más siniestra! —dijo Chateau Renaud riendo.

—Lo cierto es —dijo Debray—, que no sé si es el vino de Chio el que trae la melancolía, pero veo esta casa completamente negra.

En cuanto a Morrel, después de que se habló de la dote de Valentina, había permanecido triste y no había pronunciado una palabra.

—Imagínense ustedes —dijo Montecristo—, un Oteló o un abate de Ganges cualquiera, descendiendo paso a paso, en una noche sombría y tormentosa, por esta escalera con un fúnebre bulto

que se apresura a ocultar de la vista de los hombres, pero no de la de Dios.

La señora Danglars medio se desmayó en brazos de Villefort, que también se vio obligado a apoyarse contra la pared.

—¡Ah, Dios mío! Señora —exclamó Debray—, ¿Qué tiene usted? ¿Qué pálida está!

—¿Que qué es lo que tiene? —dijo la señora de Villefort—. Es muy sencillo; ocurre que el señor de Montecristo nos cuenta estas historias espantosas con la intención, sin duda, de hacernos morir de miedo.

—Pues claro —dijo Villefort—. Eso es, conde, usted asusta a estas damas.

—¿Qué tiene usted? —repitió en voz baja Debray a la señora Danglars.

—Nada, nada —dijo ésta haciendo un esfuerzo—. Tengo necesidad de aire, eso es todo.

—¿Quiere usted descender al jardín? —preguntó Debray ofreciendo su brazo a la señora Danglars, y avanzando hacia la escalera disimulada.

—No —dijo ella—, no. Aún prefiero estar aquí.

—En verdad, señora —dijo Montecristo—. ¿Es en serio ese terror?

—No, señor —dijo la señora Danglars—. Pero tiene usted una manera de exponer las cosas que dan la sensación de que fuesen realidad.

—¡Oh, Dios mío! Sí —dijo Montecristo—. Todo esto es cuestión de imaginación; porque también, ¿por qué no podía representarse esta habitación como una buena y honrada estancia de una madre de familia? ¿Esa cama, con esos tapizados color púrpura, como una cama visitada por el hada Lucina, y esa escalera misteriosa, como el pasaje por donde, suavemente y para no turbar el sueño reparador de la embarazada, pasa el médico, la nodriza o el mismo padre llevando al niño que duerme?

Esta vez la señora Danglars, en vez de tranquilizarse con esta dulce descripción, lanzó un gemido y se desvaneció por completo.

—La señora Danglars se encuentra mal —balbució Villefort—. Tal vez sea mejor llevarla a su coche.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Montecristo—. ¡Y yo he olvidado mi frasco!

—Yo tengo el mío —dijo la señora de Villefort.

Y entregó a Montecristo un frasco lleno de un licor rojizo parecido a aquel cuya bienhechora influencia empleó el conde sobre Eduardo.

—¡Ah! —dijo Montecristo cogiéndolo en sus manos.

—Sí —murmuró la señora de Villefort—, lo he probado siguiendo sus instrucciones.

—¿Y le ha dado resultado?

—Ya lo creo.

Habían llevado a la señora Danglars a la habitación contigua. Montecristo dejó caer una gota de licor rojo en los labios de ella y en seguida volvió en sí.

—¡Oh! —dijo ella—. ¡Qué sueño más espantoso!

Villefort le estrechó fuertemente la mano para hacerla comprender que no había sido un sueño.

Se buscó al señor Danglars; pero, poco dispuesto a las impresiones poéticas, había descendido al jardín y charlaba con el señor Cavalcanti padre, de un proyecto de ferrocarril de Livorna a Florencia.

Montecristo parecía desesperado; tomó el brazo de la señora Danglars y la condujo al jardín, en donde encontraron al señor Danglars tomando café entre los señores Cavalcanti, padre e hijo.

—En verdad, señora —le dijo el conde—, ¿es cierto que la he asustado?

—No, señor; pero ya sabe usted que las cosas nos impresionan según el estado de ánimo en que nos encontramos.

Villefort se esforzó en reír.

—Y entonces —dijo—, basta con una suposición, con una quimera.

—Pues bien —dijo Montecristo—, ustedes me creerán, si quieren, pero yo tengo la impresión de que se ha cometido un crimen en esta casa.

—Tenga cuidado —dijo la señora de Villefort—, tenemos aquí al procurador del rey.

—A fe mía —respondió Montecristo—, puesto que las cosas están así, aprovecharé para hacer una declaración.

—¿Una declaración? —dijo Villefort.

—Sí, y ante testigos.

—Todo esto es muy interesante —dijo Debray—. Y si realmente hay un crimen, vamos a hacer una digestión admirable.

—Pues, sí, hay un crimen —añadió Montecristo—. Vengan por aquí, señores; venga, señor de Villefort. Para que la declaración sea válida, debe ser hecha ante las autoridades competentes.

Montecristo cogió el brazo de Villefort y al mismo tiempo que estrechaba bajo el suyo el brazo de la señora Danglars, arrastró al procurador del rey hasta el mismo plátano, cuya sombra era la más espesa.

Los demás convidados les siguieron.

—Fíjese —dijo Montecristo—, aquí, en este mismo sitio (golpeó la tierra con el pie), aquí, para rejuvenecer estos árboles demasiado viejos, hice que cavasen para poner abono; pues bien, mis trabajadores, al cavar, han desenterrado un cofre o más bien las cerraduras del cofre, en medio de las cuales estaba el cadáver de un niño recién nacido. Esto no son fantasmagorías, al menos eso espero.

Montecristo sintió crispase el brazo de la señora Danglars, y estremecerse el puño de Villefort.

—¿Un niño recién nacido? —repitió Debray—. ¡Diablos! Esto sí que se pone serio, al menos lo parece.

—Pues bien —dijo Chateau Renaud—, no me equivocaba cuando pretendía hace un momento que las casas tienen un alma y un rostro como el de los hombres, y por eso llevan en su fisonomía un reflejo de sus entrañas. La casa estaba triste porque tenía remordimientos; y si ella tenía remordimientos, es porque escondía un crimen.

—¡Oh! ¿Quién dice que sea un crimen? —replicó Villefort intentando un último esfuerzo.

—¡Cómo! ¿Un niño enterrado vivo en un jardín, no es un crimen? —exclamó Montecristo—. ¿Cómo llama usted a una acción semejante, señor procurador del rey?

—Pero, ¿quién ha dicho que fue enterrado vivo?

—¿Por qué lo enterraron aquí, si estaba muerto? Este jardín nunca ha sido un cementerio.

—¿Qué hacen a los infanticidas de este país? —preguntó ingenuamente el mayor Cavalcanti.

—¡Oh, Dios mío! Se les corta buenamente la cabeza —respondió Danglars.

—¡Ah! Se les corta la cabeza —dijo Cavalcanti.

—Ya lo creo... ¿No es eso, señor de Villefort? —preguntó Montecristo.

—Sí, señor conde —respondió éste con un acento que no tenía nada de humano.

Montecristo vio que las dos personas para las cuales había preparado aquella escena ya no podían soportar más; y no queriendo llevar la cuestión demasiado lejos, dijo:

—Pero, señores, me parece que olvidamos el café. Y condujo a sus convidados hacia la mesa situada en medio del césped.

—Verdaderamente, señor conde —dijo la señora Danglars—, me avergüenza confesar mi debilidad, pero todas esas espantosas historias me han trastornado; déjeme sentarme, se lo ruego.

Y cayó sobre una silla.

Montecristo la saludó y se aproximó a la señora de Villefort.

—Creo que la señora Danglars aún tiene necesidad de su frasco —dijo.

Pero antes de que la señora de Villefort se aproximase a su amiga, el procurador del rey ya había dicho al oído a la señora Danglars:

—Es preciso que le hable.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—En mi despacho..., en el estrado, si quiere, aún es el sitio más seguro.

—Iré.

En aquel momento se acercó la señora de Villefort.

—Muchas gracias, mi querida amiga —dijo la señora Danglars, tratando de sonreír—. No ha sido nada, y ya me siento mucho mejor.

El mendigo

La velada se prolongaba; la señora de Villefort había manifestado su deseo de regresar a París, cosa que no se había atrevido a hacer la señora Danglars a pesar del evidente malestar que experimentaba.

Ante la petición de su esposa, el señor de Villefort se apresuró a dar la primera señal de partida. Ofreció una plaza en su landó a la señora Danglars, a fin de que disfrutase del cuidado de su mujer. El señor Danglars, por su parte, no prestaba ninguna atención a lo que sucedía, embebido en una conversación industrial de las más interesantes con el señor Cavalcanti.

Montecristo, al pedir el frasquito a la señora de Villefort, se dio cuenta de que el señor de Villefort se inclinó sobre la señora Danglars; y, guiado por la situación, adivinó que le había dicho algo, aunque hubiese hablado tan bajo que apenas si la señora Danglars pudo oírle.

Dejó marchar, sin expresar ningún arreglo, a Morrel, Debray y Chateau Renaud en sus caballos, y montar a las dos damas en el landó del señor de Villefort; por su parte, Danglars, cada vez más encantado de Cavalcanti, padre, le invitó a subir con él en su cupé.

En cuanto a Andrea Cavalcanti, se acercó a su tálburi, que le esperaba ante la puerta, y junto al cual un *groom*, que exageraba los adornos de la moda inglesa, sostenía, poniéndose de puntillas sobre sus botas, el enorme caballo color gris oscuro.

Andrea no había hablado mucho durante la cena, porque era un joven muy inteligente, y, naturalmente, había experimentado el temor de pronunciar alguna tontería ante aquellos convidados ricos y poderosos, entre los cuales sus ojos vivaces no veían con gusto a un procurador del rey.

En seguida había simpatizado con el señor Danglars, quien, después de una rápida ojeada al viejo mayor de cuello tieso y a su

hijo, aún bastante tímido, pensó que se las entendía con algún nabab llegado a París para que su hijo único se perfeccionase en la vida mundana.

Había contemplado con una complacencia indecible el enorme diamante que brillaba en el dedo meñique del mayor; porque el mayor, a fuerza de hombre prudente y experimentado, por miedo a que le sucediera algún accidente a sus billetes de Banco, los convirtió inmediatamente en un objeto de valor. Luego, tras la cena y siempre bajo el pretexto de la industria y los viajes, había preguntado a padre e hijo sobre su manera de vivir; y el padre y el hijo, prevenidos de que era en casa de Danglars donde se les abría el crédito, se mostraron encantadores y llenos de afabilidad para con el banquero hasta el punto de que hubiesen estrechado las manos de los criados, si no se hubieran contenido, de tan necesitados como estaban de expresar agradecimiento.

Una cosa sobre todo aumentó la consideración, casi diríamos la veneración de Danglars por Cavalcanti. Éste, fiel al principio de Horacio: *nil admirari*, se había contentado, como se ha visto, con dar prueba de su ciencia, al decir en qué lago se pescaban las mejores lampreas. Luego se había comido su parte sin decir ni una palabra. Danglars dedujo que esta clase de suntuosidades eran familiares al ilustre descendiente de los Cavalcanti, quien probablemente se alimentaba en Luca de truchas traídas de Suiza y de langostas que le enviarían de Bretaña por medio de procedimientos semejantes a los que había utilizado el conde para que le trajeran lampreas del lago Fusaro y esturiones del río Volga. Así, pues, acogió con una bondad harto pronunciada estas palabras de Cavalcanti:

—Mañana, señor, tendré el honor de hacerle una visita de negocios.

—Y yo, señor —había respondido Danglars—, estaré encantado en recibirle.

Tras lo cual propuso a Cavalcanti, si esto no le privaba de separarse demasiado de su hijo, de acompañarlo al hotel des Princes.

Cavalcanti respondió que, desde hacía mucho tiempo, su hijo tenía la costumbre de llevar vida de soltero, por consiguiente, tenía sus caballos y sus carruajes propios, y que, no habiendo venido juntos, no veía dificultad alguna en que se marcharan por separado.

El mayor, pues, subió al carruaje de Danglars, y el banquero se sentó a su lado, cada vez más encantado de las ideas de orden y de

economía de aquel hombre que, sin embargo, destinaba a su hijo cincuenta mil francos anuales, lo que suponía una fortuna de quinientas o seiscientas mil libras de renta.

Andrea, por su parte, empezó, para darse tono, riñendo al *groom* porque en vez de acudir a recogerle a la escalinata, junto a la puerta de salida, le había causado la molestia de caminar treinta pasos en busca de su tálburi.

El *groom* recibió la amonestación con humildad; cogió para contener al caballo que pateaba de impaciencia, el bocado con la mano izquierda, alargó con la derecha las riendas a Andrea, que las tomó y apoyó ligeramente su bota charolada sobre el estribo.

En aquel momento se apoyó una mano sobre su hombro. El joven se volvió, creyendo que Danglars o Montecristo habían olvidado decirle alguna cosa, y pretendían hacerlo en el momento de partir.

Pero, en vez de uno y del otro, descubrió un rostro extraño, tostado por el sol, enmarcado en una barba de modelo, con los ojos brillantes como carbunclos y una sonrisa burlona que se extendía en una boca en la que relucían, colocados en su sitio y sin que faltase uno solo, treinta y dos dientes blancos, agudos y hambrientos como los de un lobo o un chacal.

Un pañuelo a cuadros encarnados cubría aquella cabeza de cabellos grisáceos y crespos; un chaquetón de lo más mugriento y destrozado cubría aquel gran cuerpo delgado y huesudo, en él parecía que los huesos, como en un esqueleto, debían tintinear al caminar. En fin, la mano que se apoyó en el hombro de Andrea, y que fue la primera cosa que vio el joven, le pareció de una dimensión gigantesca. El joven examinó aquel rostro a la luz de la linterna de su tálburi; si lo reconoció o solamente fue sorprendido por el horrible aspecto de aquel interlocutor, es algo que no sabremos decir; pero el hecho es que se estremeció y retrocedió con viveza.

—¿Qué quiere de mí? —dijo.

—¡Perdón! Paisano —respondió el hombre llevándose la mano a su pañuelo encarnado—, tal vez le moleste, pero es que quiero hablarle.

—No se mendiga por la noche —dijo el *groom* haciendo un movimiento para desembarazar a su amo de aquel inoportuno.

—No mendigo, muchachito —dijo el hombre desconocido al criado con una sonrisa irónica y a la vez tan espantosa que éste se

apartó—. Solamente deseo decir dos palabras a vuestro amo que me encargó un recado hace casi quince días.

—Veamos —dijo a su vez Andrea esforzándose para que el sirviente no se diera cuenta de su turbación—. ¿Qué es lo que quiere? Dígalo rápido, amigo.

—Querría..., quèrría... —dijo en voz baja el hombre del pañuelo rojo—, que usted se tomase la molestia de evitarme el regresar a pie a París. Estoy muy cansado, y como no he cenado tan bien como tú, apenas si puedo tenerme en pie.

El joven se estremeció ante aquella extraña familiaridad.

—Pero, en fin —le dijo—, veamos qué quiere.

—Pues bien, quiero que me dejes montar en tu hermoso coche, y que me lleves.

Andrea palideció, pero no respondió.

—¡Oh, Dios mío! Sí —dijo el hombre del pañuelo metiendo sus manos en sus bolsillos y mirando al joven con ojos provocadores—, es una idea que se me ha ocurrido, ¿entiendes, mi pequeño Benedetto?

Al oír este nombre, el joven reflexionó, porque se aproximó a su *groom* y le dijo:

—A este hombre, efectivamente, le encargué que me hiciese una comisión, cuyo resultado tiene que contarme. Vaya a pie hasta la barrera y allí coja un cabriolé, para no retrasarse mucho.

El lacayo se alejó sorprendido.

—Déjeme al menos acercarme a la sombra —dijo Andrea.

—¡Oh! En cuanto a eso, yo mismo voy a conducirte a un sitio muy hermoso. Espera —dijo el hombre del pañuelo encarnado.

Y tomó el caballo por el bocado, y condujo el tálburi a un lugar en el que efectivamente, resultaba imposible que nadie viese el honor que le concedía Andrea.

—¡Oh! —le dijo—. No vayas a creer que es por el honor de montar en un precioso coche, no; sólo es porque estoy cansado y además, porque tengo que decirte dos palabritas.

—Vamos, suba —dijo el joven.

Era una lástima que no fuese de día, porque hubiese resultado un espectáculo curioso el de aquel mendigo, sentado tranquilamente sobre los almohadones bordados, junto al joven y elegante conductor del tálburi.

Andrea llevó su caballo hasta la última casa del pueblo sin decir una sola palabra a su compañero, quien, por su parte, sonreía y guardaba silencio, como si se sintiera feliz por pasearse en tan buen carruaje.

Una vez fuera de Auteuil, Andrea echó un vistazo en torno suyo para asegurarse, sin duda, de que nadie podía verlos ni oírlos; y entonces, deteniendo su caballo y cruzándose de brazos ante el hombre del pañuelo encarnado, le dijo:

—¡Vaya! ¿Por qué viene a turbarme en mi tranquilidad?

—Pero, y tú mismo, muchacho, ¿por qué desconfías de mí?

—¿Y en qué he desconfiado de usted?

—¿En qué? ¿Y lo preguntas? Nos separamos en el puente de Var, tú me dijiste que ibas a viajar por el Piamonte y por Toscana, y en vez de eso te vienes a París.

—¿Y eso en qué puede molestarle?

—En nada; por el contrario, incluso espero que me sirva de mucho.

—¡Ah, ah! —exclamó Andrea—. Es decir, que especula conmigo.

—¡Vamos! Ya están llegando las palabras gruesas.

—Pues sería una equivocación, maese Caderousse, se lo advierto.

—¡Oh, Dios mío! No te molestes, pequeño; ya debes saber lo que es la desgracia, y la desgracia le hace a uno celoso. Tè creía recorriendo el Piamonte y la Toscana, obligado a hacer de *faccino* o de cicerone. Tè compadecía desde el fondo de mi corazón como compadecería a mi hijo. Ya sabes que siempre te he llamado mi pequeño.

—¿Y qué más? ¿Qué más?

—¡Paciencia, muchacho!

—Ya tengo paciencia; vamos, acabad.

—Y de pronto te veo pasar la barrera de los monigotes, con un *groom*, con un tílburí, con trajes flamantes y nuevos. ¡Vaya, vaya! Pero, ¿has descubierto una mina o adquirido el cargo de agente de cambio?

—De modo que, como confiesa, está celoso, ¿no es así?

—No, estoy contento; tan contento que he querido darte mi enhorabuena, pequeño. Pero como no estaba adecuadamente vestido, he tomado mis precauciones para no comprometerte.

—¡Bonitas precauciones! —dijo Andrea—. Me habla delante de un criado.

—¡Eh! ¿Y qué quieres, mi pequeño? Te abordo cuando puedo cogerte. Tienes un caballo muy vivo y un tílburí muy ligero; y de por sí eres resbaladizo como una anguila; si no te hubiese cogido esta noche, corría el riesgo de no encontrarte nunca.

—Pues ya está viendo que no me escondo.

—Dichoso tú; yo también quisiera decir otro tanto. Yo sí me escondo, sin contar que tenía miedo de que no me reconocieses; pero me reconociste —añadió Caderousse con su mala sonrisa—. Vamos, eres muy gentil.

—Veamos —dijo Andrea—. ¿Qué es lo que necesita?

—Ya no me tuteas, y eso está mal, Benedetto, entre viejos camaradas. Ten cuidado, que vas a hacer que me vuelva exigente.

Esta amenaza apaciguó la cólera del joven; el viento de la contrariedad acababa de soplar encima de él.

Puso su caballo al trote.

—Te haces mal tú mismo, Caderousse —dijo—, poniéndote así con un viejo camarada, como decías antes; tú eres marsellés y yo soy...

—¿Sabes ahora lo que eres?

—No, pero he sido criado en Córcega; tú eres viejo y terco, y yo soy joven y testarudo. Entre gentes como nosotros la amenaza es mala, y todo debe hacerse amablemente. ¿Tengo yo la culpa si la suerte, que continúa siéndote adversa, me favorece ahora a mí?

—¿Así que la suerte es buena? Aquél no era un *groom* prestado, ni este tílburí tampoco es prestado, ni los trajes que tenemos, ¿verdad? Bien, tanto mejor —dijo Caderousse con ojos brillantes de codicia.

—¡Oh! Ya lo estás viendo y lo sabes bien, puesto que me abor- das —dijo Andrea animándose cada vez más—. Si tuviese un pañuelo como el tuyo a la cabeza, un chaquetón mugriento sobre los hombros y los zapatos agujereados en los pies, no me reconocerías.

—¡Ves cómo me desprecias, pequeño, y te equivocas! Ahora que te he encontrado nada me impide estar vestido como cualquier otro, ya que conozco tu buen corazón: si tú tienes dos trajes, tú me darás uno. Antes bien te daba yo mi parte de sopa y de judías cuando tenías hambre.

—Es cierto —dijo Andrea.

—¡Qué apetito tenías! ¿Sigues teniéndolo tan bueno?

—Pues sí —respondió Andrea riendo.

—¡Cómo habrás comido en casa de ese príncipe de donde sales!

—Ése no es un príncipe, sino solamente un conde.

—¿Un conde? Pero rico, ¿no?

—Sí, pero no te fíes; es un señor que no resulta agradable.

—¡Oh, señor! Estate tranquilo. No tengo proyectos para con el conde; los dejaré para ti solo. Pero —añadió Caderousse adoptando aquella irónica sonrisa que ya había aparecido en sus labios—, tendrás que darme alguna cosa para eso, ya comprendes.

—Veamos, ¿qué necesitas?

—Creo que con cien francos al mes,..

—¿Qué?

—Viviría...

—¿Con cien francos?

—Pero mal, ya lo comprendes; pero con...

—¿Con?

—Ciento cincuenta francos, estaré muy contento.

—Aquí tienes doscientos —dijo Andrea.

Y puso en la mano de Caderousse diez luises de oro.

—Bueno —dijo Caderousse.

—Preséntate en casa del conserje todos los primeros de mes y tendrás otro tanto.

—¡Vamos! ¡Aún quieres humillarme!

—¿Cómo es eso?

—Tú me pones en relación con la servidumbre; no, no lo entiendes, no quiero tratar más que contigo.

—Está bien, sea; pídemelo a mí, y todos los primeros de mes, mientras yo cobre mi renta, tú tendrás la tuya.

—¡Vamos, vamos! Veo que no me había engañado y que eres un buen muchacho. Es una bendición cuando se tiene la dicha de dar con personas como tú. Veamos, cuéntame tu buena estrella.

—¿Qué necesidad tienes tú de saber eso? —preguntó Cavalcanti.

—¡Bueno! ¿Todavía con desconfianzas?

—No. Pues bien, he encontrado a mi padre.

—¿Un padre de verdad?

—¡Diablos! Mientras pague...

—Tú creerás y le honrarás; es justo. ¿Cómo se llama tu padre?

—El mayor Cavalcanti.

—¿Y está contento contigo?

—Hasta ahora parece que le soy suficiente.

—¿Y quién te ha hecho encontrar a ese padre?

—El conde de Montecristo.

—¿Es el dueño de cuya casa sales?

—Sí.

—Oye, trata de colocarme en su casa como pariente tuyo, ya que tiene oficinas.

—Está bien, le hablaré de ti; pero, mientras tanto, ¿qué vas a hacer tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Eres muy bueno al ocuparte de eso —dijo Caderousse.

—Me parece, ya que te tomas interés por mí —replicó Andrea—, que, yo, a mi vez, bien puedo tomar algunos informes.

—Es muy natural... Voy a alquilar una habitación en una casa honrada, a vestirme con un traje decente, a hacer que me afeiten todos los días, y a ir a leer los periódicos al café. Por la noche entraré en cualquier espectáculo con el jefe de claqué, y adoptaré el aspecto de un panadero retirado; ése es mi sueño.

—¡Vamos, eso está bien! Si quieres poner ese proyecto en ejecución y obrar con prudencia, todo irá a las mil maravillas.

—¡Ve usted, señor Bossuet!... ¿Y tú, en qué vas a convertirte?... ¿En par de Francia?

—¡Fh eh! —exclamó Andrea—. ¿Quién sabe?

—El señor mayor Cavalcanti tal vez lo es..., pero desgraciadamente el heredarlo está abolido.

—¡Déjate de política, Caderousse!... Y ahora que tienes lo que quieres, y hemos llegado, salta del coche y desaparece.

—No, mi querido amigo.

—¿Cómo que no?

—Pero, ¿acaso sueñas, pequeño? Con un pañuelo rojo a la cabeza, casi sin zapatos, sin documentación de ninguna clase y diez napoleones de oro en el bolsillo, me detendrían irremediablemente en la barrera. Entonces estaría obligado, para justificarme, a decir que tú me habías entregado estos diez napoleones; entonces exigirían informes, pesquisas; sabrían que he abando-

nado Tolón sin despedirme, y me volverían a llevar de brigada en brigada hasta la orilla del Mediterráneo. Volvería a convertirme, pura y simplemente, en el número 106, y adiós mi sueño de parecerme a un panadero retirado. No, hijo mío; prefiero permanecer honradamente en la capital.

Andrea frunció las cejas; el hijo putativo del mayor Cavalcanti tenía, como él mismo había pregonado, muy malas ideas. Se detuvo un instante, echó una rápida ojeada alrededor suyo, y cuando su mirada concluía de describir el círculo investigador, su mano descendió inocentemente hacia su bolsillo, en donde empezó a acariciar la culata de una pistola.

Mientras tanto, Caderousse, que no perdía de vista a su compañero, pasó sus manos a su espalda y abrió suavemente una larga navaja que siempre llevaba consigo por lo que pudiera suceder.

Los dos amigos, como se ve, eran dignos el uno del otro, y se comprendieron; la mano de Andrea salió inofensivamente de su bolsillo y subió hasta su bigote rubio, que acarició algunos segundos.

—¡Bueno, Caderousse! —dijo—. ¿De modo que vas a ser feliz?

—Haré todo lo posible —respondió el posadero del puente del Gard guardando su navaja en su manga.

—Vamos, vamos, y entremos, pues, en París. Pero, ¿cómo vas a hacer para pasar la barrera sin levantar sospechas? Me parece que con tu aspecto aún corres más riesgo en coche que yendo a pie.

—Espera —dijo Caderousse—, ahora lo verás.

Cogió el sombrero de Andrea, la holapanda de ancho cuello que el *groom* encargado del tílburí había dejado en su sitio, y se la puso, tras lo cual adoptó la postura ceñuda de un lacayo de casa bien al que conduce el amo en persona.

—Y yo —dijo Andrea—, ¿voy a quedarme con la cabeza descubierta?

—¡Psh! —dijo Caderousse—. Hace tanto viento que el aire se pudo llevar tu sombrero.

—Vamos, pues —dijo Andrea—, y acabemos de una vez.

—¿Y quién es el que te detiene? —dijo Caderousse—. Supongo que no soy yo.

—¡Chut! —hizo Cavalcanti. Atravesaron la barrera sin incidentes.

A la primera calle transversal, Andrea detuvo su caballo y Caderousse saltó a tierra.

—¡Y bien! —dijo Andrea—. ¿Y el capote de mi criado, y mi sombrero?

—¡Ah! —respondió Caderousse—. No querrás que corra el riesgo de acatarrarme, ¿verdad?

—Pero, ¿y yo?

—Tú aún eres joven; yo, en cambio, ya empiezo a hacerme viejo. ¡Hasta la vista, Benedetto!

Y se metió en la callejuela, por donde desapareció.

—¡Ay! —exclamó Andrea lanzando un suspiro—. ¡No se puede ser completamente feliz en este mundo!

Escena conyugal

Los tres jóvenes se habían separado en la plaza de Luis XV, es decir, Morrel tomó por los bulevares, Chateau Renaud se fue por el puente de la Revolución, y Debray siguió por el muelle.

Morrel y Chateau Renaud, con todas las probabilidades, regresaron a sus respectivos hogares, como aún se dice en la tribuna de la Cámara en los discursos bien hechos, y en el teatro de la calle Richelieu, en las obras bien escritas; pero no sucedió lo mismo a Debray. Una vez llegado al portillo del Louvre, torció a la izquierda, atravesó el Carrousel a gran trote, enfiló la calle Saint-Roch, desembocó en la de la Michodiére y llegó a la puerta del señor Danglars en el momento en que el landó del señor de Villefort, tras depositar a él y a su esposa en el barrio de Saint Honoré, se detenía para dejar a la baronesa en su casa.

Debray, como hombre familiarizado con la casa, entró el primero en el patio, echó las bridas a las manos de un palafrenero y luego fue a la puerta a recibir a la señora Danglars, a la cual ofreció el brazo para volver a sus habitaciones.

Una vez cerrada la puerta y la baronesa y Debray en el patio:

—¿Qué tiene, Herminia? —inquirió Debray—. ¿Por qué se turbó tanto ante aquella historia, o más bien ante aquella fábula que contó el conde?

—Porque estaba horriblemente predispuesta esta noche, amigo mío —respondió la baronesa.

—No, Herminia —replicó Debray—, no querrá que crea eso. Por el contrario, estaba en las mejores disposiciones cuando llegó a casa del conde. Al señor Danglars sí se le veía algo mustio, es cierto; pero ya sé el caso que usted da a su mal humor. Alguien le ha hecho algo. Cuéntemelo, ya sabe que no soportaré nunca que le causen ninguna impertinencia.

—Se equivoca, Lucien, se lo aseguro —repuso la señora Danglars—. Las cosas son como le digo, además del mal humor que ha percibido y del cual no creía que valiese la pena hablar.

Era evidente que la señora Danglars se hallaba bajo la influencia de una de esas irritaciones nerviosas, de las que apenas pueden darse cuenta las mismas mujeres, o que, como había adivinado Debray, había experimentado alguna conmoción oculta que no deseaba confesar a nadie. Como hombre acostumbrado a conocer los humores como uno de los elementos de la vida femenina, no insistió más y esperó el momento oportuno, bien de un nuevo interrogatorio o de una confesión espontánea.

A la puerta de su habitación, la baronesa encontró a la señorita Cornelia.

La señorita Cornelia era la camarera de confianza de la baronesa.

—¿Qué ha hecho mi hija? —preguntó la señora Danglars.

—Ha estudiado toda la noche —respondió la señorita Cornelia—, y luego se acostó.

—Sin embargo, me parece que oigo su piano.

—Es la señorita Louise d'Armillly, que está tocando mientras la señorita está en la cama.

—Bien —dijo la señora Danglars—, venga a desvestirme.

Entraron en el dormitorio. Debray se recostó sobre un gran diván, y la señora Danglars entró en su tocador acompañada de la señorita Cornelia.

—Mi querido Lucien —dijo la señora Danglars a través de la puerta del tocador—, ¿se sigue usted quejando de que Eugenia no le hace el honor de dirigirle la palabra?

—Señora —replicó Lucien jugando con el perrito de la baronesa, el cual, reconociéndole como amigo de la casa, tenía la costumbre de hacerle caricias—, no soy el único en hacer tales recriminaciones, y creo haber oído a Morcerf quejarse a usted el otro día de que no podía sacar una palabra a su novia.

—Es cierto —dijo la señora Danglars—, pero creo que una de estas mañanas cambiará todo, y que usted verá a Eugenia entrando en su despacho.

—¿En mi despacho?

—Es decir, en el Ministerio.

—¿Y eso, por qué?

—Para pedirle un contrato en la Ópera, jamás he visto tal apasionamiento por la música. ¡Eso es ridículo en una persona de mundo!

Debray sonrió.

—Pues bien —dijo—, que venga con el consentimiento del barón y el suyo; le haremos un contrato y trataremos de pagarle según sus aptitudes, aunque somos muy pobres para pagar un talento tan notable como el suyo.

—Puede irse, Cornelia —dijo la señora Danglars—. Ya no la necesito.

Cornelia desapareció y un instante después la señora Danglars salió de su tocador con una encantadora *negligèe*, y fue a sentarse junto a Lucien.

Luego, pensativa, se puso a acariciar al pequeño perro.

Lucien la contempló un instante en silencio.

—Veamos, Herminia —dijo al cabo de unos segundos—, respóndame con franqueza; hay algo que le hiere, ¿no es cierto?

—Nada —respondió la baronesa.

Y sin embargo, como se ahogaba, se levantó, trató de respirar y fue a mirarse a un espejo.

—Estoy que causo miedo esta noche —dijo ella.

Debray se levantó sonriendo para ir a tranquilizar sobre este punto a la baronesa cuando de repente se abrió la puerta.

El señor Danglars apareció; Debray volvió a sentarse.

Al ruido de la puerta se volvió la señora Danglars, y miró a su marido con un asombro que no se molestó en disimular.

—Buenas noches, señora —dijo el banquero—. Buenas noches, señor Debray.

La baronesa creyó que aquella visita imprevista significaba un especie de deseo de reparar las palabras amargas que se le escaparon al barón a lo largo de aquella jornada.

Se armó, pues, de un aire de dignidad, y se volvió hacia Lucien sin responder a su marido.

—Léame algo, señor Debray —dijo.

Debray, a quien esta visita había inquietado un poco al principio, recobró su calma como la baronesa y alargó la mano hacia un libro que estaba marcado con un cortaplumas de lámina nacarada e incrustada en oro.

—Perdón —dijo el banquero—, pero va a fatigarse demasiado, baronesa, velando hasta tan tarde; son las once y el señor Debray vive muy lejos.

Debray se quedó estupefacto, no porque el tono de Danglars no fuese totalmente tranquilo y cortés; sino, en fin, porque a través de aquella calma y aquella diplomacia, se percibía un vivo deseo, desacostumbrado, de contrariar aquella noche la voluntad de su esposa.

La baronesa también se quedó sorprendida y manifestó su asombro con una mirada que, sin duda, hubiese dado que pensar a su marido, si éste no tuviese los ojos puestos en un periódico en el cual buscaba el cierre de la Bolsa.

Así, pues, esta mirada tan terrible fue lanzada inútilmente y falló completamente su efecto.

—Señor Lucien —dijo la baronesa—, le declaro que no tengo el menor deseo de dormir, y tengo infinidad de cosas que contarle esta noche; por tanto, va a pasarse la noche escuchándome, aunque tenga que dormir de pie.

—A sus órdenes, señora —dijo flemáticamente Lucien.

—Mi querido señor Debray —dijo a su vez el banquero—, no se esfuerce, se lo ruego, en escuchar las locuras de la señora Danglars, porque lo mismo podrá escucharlas mañana; pero esta noche es mía, me la reservo, y la consagraré, si usted me lo permite, a charlar de graves intereses con mi mujer.

Esta vez el golpe era tan directo y caía con tanto aplomo que aturdió a Lucien y a la baronesa; ambos se interrogaron con la mirada, como para buscar un recurso contra aquella agresión; pero el irresistible poder del dueño de la casa triunfó e hizo ganar al marido.

—No vaya a creer que le despido, mi querido Debray —continuó Danglars—. No, ni por lo más remoto; pero una circunstancia imprevista me fuerza a desear tener esta misma noche una conversación con la baronesa. Esto me sucede en tan extrañas ocasiones que no es para que se me guarde rencor.

Debray balbució algunas palabras, saludó y salió mordisqueándose las uñas como Nathan en *Athalie*.

—Es increíble —dijo cuando la puerta se hubo cerrado tras de sí—. ¡Cuán fácilmente saben dominarnos estos maridos que, sin embargo, encontramos tan ridículos!

Lucien se había marchado y Danglars se instaló en su sitio, sobre el diván, cerró el libro abierto, y, adoptando una postura horriblemente pretenciosa, continuó jugando con el perrito. Pero como el animal no tenía por él la misma simpatía que por Debray, le quiso morder. Danglars lo agarró por la piel del cuello y lo arrojó al otro lado de la habitación, sobre una gran silla.

El perrito lanzó un grito mientras viajaba por el espacio; pero una vez llegó a su destino, se parapetó tras un cojín, y, estupefacto como estaba ante un trato tan desacostumado, se mantuvo mudo y sin moverse.

—¿Sabe usted, señor —dijo la baronesa sin pestañear—, que hace progresos? Ordinariamente es usted un grosero; pero esta noche está brutal.

—Es que esta noche estoy de peor humor que de ordinario —respondió Danglars.

Herminia miró al banquero con supremo desdén. Corrientemente sus miradas exasperaban al orgulloso Danglars; pero esta noche parecía que apenas las prestaba atención.

—¿Y qué me importa a mí su mal humor? —respondió la baronesa irritada ante la impasibilidad de su marido—. ¿Acaso me atañen esas cosas? Cómase sus malos humores o enciérrelos en su despacho; y ya que tiene empleados a quienes paga, eche sobre ellos su mal humor.

—No —respondió Danglars—, está usted desvariando en sus consejos, señora, así que ya no los seguiré más. Mis oficinas son mi Pactolo, como dice, según creo, el señor Desmoutiers, y no quiero alterar su curso ni turbar su calma. Mis empleados son personas honradas que me ganan mi fortuna y a quienes pago sueldos infinitamente más bajos de lo que se merecen, si los apreciase por lo que me aportan; por consiguiente, no me enfadaré con ellos; contra quien he de encolerizarme, es contra las personas que se comen mi dinero, que revientan mis caballos y arruinan mi caja.

—¿Y quiénes son los que arruinan su caja? Explíquese más claro, señor, se lo ruego.

—¡Oh! Esté tranquila, aunque hable en enigma no pienso hacer que pierda el tiempo buscando la palabra —replicó Danglars—. Las personas que arruinan mi caja son aquellas que tiran quinientos mil francos en una hora.

—No le comprendo, señor —dijo la baronesa tratando de disimular, a la vez, la emoción de su voz y el rubor de su rostro.

—Por el contrario, me entiende usted muy bien —dijo Danglars—, pero si su mala voluntad continúa, le diré que acabo de perder setecientos mil francos sobre el empréstito español.

—¡Ah, vaya! —dijo la baronesa irónicamente—. ¿Y es a mí a quien hace responsable de esa pérdida?

—¿Por qué no?

—¿Acaso es culpa mía si ha perdido usted setecientos mil francos?

—En todo caso, no es mía.

—De una vez por todas, señor —replicó agriamente la baronesa—, le he dicho que no me hable de caja; es un lenguaje que no he aprendido ni en casa de mis padres ni en la de mi primer marido.

—¡Ya lo creo, diablos! —exclamó Danglars—. Ni unos ni el otro tenían un céntimo.

—Razón de más para que no haya aprendido en sus casas esa jerga de la banca, que aquí me destroza los oídos desde la mañana a la noche. Ese ruido de escudos que se cuentan y vuelven a contarse me es odioso, y el sonido de su voz aún me resulta más desagradable.

—¡En verdad que resulta extraño! —dijo Danglars—. ¡Y yo que creía que se tomaba el más vivo interés en mis operaciones!

—¿Yo? ¿Y qué ha podido hacerle creer semejante tontería?

—Usted misma.

—¡Ah! ¿Yo?

—Sin duda.

—Me gustaría saber en qué ocasión he podido hacerle creer tal cosa.

—¡Oh! Es bien fácil. En el mes de febrero último usted me habló la primera de los fondos de Haití; había soñado que un barco entraba en el puerto de El Havre, y que este barco traía la noticia de que iba a efectuarse un pago que ya se creía remitido a las calendas griegas. Yo creí en la lucidez de su sueño e hice comprar bajo mano todos los cupones que pude encontrar sobre la deuda de Haití; gané cuatrocientos mil francos, de los cuales cien mil se le entregaron a usted religiosamente. De ellos, ha hecho usted lo que le dio la gana y a mí no me interesa.

»En marzo se trataba de una concesión de ferrocarriles. Tres sociedades se presentaban ofreciendo garantías legales. Usted me dijo que su instinto, y aunque usted lo considere extraño a las espe-

culaciones, creo, por el contrario, que está muy desarrollado en estas materias; usted me dijo que su instinto le hacía creer que el privilegio sería concedido a la sociedad del Mediodía.

»Inmediatamente me hice inscribir por los dos tercios de las acciones de esa sociedad. El privilegio le fue concedido, en efecto; como usted había previsto, las acciones triplicaron su valor y yo me guardé un millón, del cual doscientos cincuenta mil francos le fueron entregados. ¿Cómo ha empleado usted esa suma?

—Pero, ¿adónde pretende usted llegar, señor? —exclamó la baronesa, estremeciéndose de despecho e impaciencia.

—Calma, señora, ya llegamos.

—¿Qué felicidad!

—En abril, usted fue a cenar a casa del ministro; se habló de España y usted oyó una conversación secreta; se trataba de la expulsión de don Carlos, y yo compré los fondos españoles. La expulsión tuvo lugar y gané seiscientos mil francos el día en que Carlos V pasó el Bidasoa. De esos seiscientos mil francos, usted cobró cincuenta mil escudos; eran suyos y usted dispuso de ellos a su capricho, y tampoco le pido cuentas; pero no es menos cierto que usted ha recibido quinientas mil libras este año.

—Y bien, ¿qué más, señor?

—¡Ah, sí! Más. Pues bien, justamente es después de todo esto cuando falla la cosa.

—Tiene usted unas maneras de decir, en verdad...

—Las que sirven para mis ideas, es cuanto necesito... Después, hace unos tres días, usted habló de política con el señor Debray, y creyó ver en sus palabras que el rey don Carlos entró en España; entonces yo vendo mi renta, la noticia se esparce, cunde el pánico y yo no vendo más, lo doy; al día siguiente se afirma que la noticia es falsa, y yo he perdido setecientos mil francos.

—¿Y qué?

—Pues bien, ya que le doy la cuarta parte cuando gano, usted tiene que dármele cuando pierdo; la cuarta parte de setecientos mil francos, son ciento setenta y cinco mil francos.

—Pero lo que me está diciendo es una extravagancia, y, en verdad, no veo por qué mezcla al señor Debray en toda esta historia.

—Porque si usted no tiene, por casualidad, esos ciento setenta y cinco mil francos que le reclamo, tendrá que pedírselos a sus amigos, y el señor Debray es uno de ellos.

—¡Cómo! —exclamó la baronesa.

—¡Oh! Nada de gestos, ni de gritos, ni de dramas modernos, señora, si no me forzaré a decirle que ya veo al señor Debray regocijándose con las quinientas mil libras que usted le ha dado este año, y diciéndose que al fin ha encontrado lo que los más hábiles jugadores jamás supieron descubrir, es decir, una ruleta en la que se gana sin poner nada en juego y en la que no se arriesga nada cuando se pierde.

La baronesa parecía estallar.

—¡Miserable! —dijo—. ¿Se atrevería usted a decir que no sabía nada de lo que me reprocha hoy?

—Yo no digo que no lo supiese o dejara de saberlo, sólo le digo, y fíjese bien en mi conducta desde hace cuatro años que usted no es mi esposa ni yo soy su marido, fíjese si no ha sido consecuente consigo misma. Algún tiempo antes de nuestra ruptura, usted quiso estudiar música con ese famoso barítono que ha debutado con tanto éxito en el Teatro Italiano; yo quise estudiar baile con esa bailarina que se creó tanta reputación en Londres. Eso me ha costado, tanto para mí como para usted, unos cien mil francos, aproximadamente. No he dicho nada, porque es preciso que haya armonía en los matrimonios. Cien mil francos para que el hombre y la mujer conozcan a fondo el baile y la música, no es muy caro. En seguida, he aquí que le desagrada la música y desea estudiar la diplomacia con un secretario del ministro; yo la dejo estudiar. Usted comprende; ¿qué me importa a mí ya que usted pague las lecciones que aprende de su bolsillo? Pero hoy me doy cuenta de que usted saca del mío y que su aprendizaje me puede costar setecientos mil francos por mes. ¡Alto ahí, señora! Eso no puede seguir así. O el diplomático da sus lecciones gratis, y yo lo toleraré, o no pone más el pie en su casa, ¿entiende, señora?

—¡Ah, esto es demasiado, señor! —exclamó Herminia, sofocada—. Sobrepasa los límites de lo innoble.

—Pero ya veo con placer que usted no se queda de ese lado, y que voluntariamente obedece aquel axioma del código: «La mujer debe seguir a su marido».

—¡Injurias!

—Tiene razón; parémonos en los hechos y razonemos fríamente. Yo nunca me he mezclado en sus asuntos más que para su bien; haga usted lo mismo. Mi caja no le interesa, ¿no es así? Bien,

pues opere con la suya y no llene ni vacíe la mía. Además, ¿quién sabe si todo esto no es una estocada política; si el ministro, furioso al verme en la oposición, y celoso de mis simpatías populares, no se entiende con el señor Debray para arruinarme?

—¡Lo cual es probable!

—Pues claro; ¿quién ha visto algo semejante..., una falsa noticia telegráfica, es decir, lo imposible o casi? Signos completamente diferentes dados por los dos telégrafos... Está hecho expresamente para mí.

Humildemente, la baronesa dijo:

—Señor, usted no ignora, me parece, que ese empleado fue despedido, incluso me habló de procesarle, que se dio la orden de detención, y que esa orden se hubiese ejecutado si no se hubiera sustraído a las primeras pesquisas por medio de una huida que prueba su locura o su culpabilidad... Eso es un error.

—Sí, que hace reír a los necios, que hace pasar una mala noche al ministro, que hace emborronar pliegos de papel a los secretarios de Estado, y que a mí me cuesta setecientos mil francos.

—Pero, señor —dijo Herminia, de pronto—, ya que todo eso, según usted, procede del señor Debray, ¿por qué en vez de decirse-lo a él directamente viene a decírmelo a mí? ¿Por qué acusa usted al hombre y reprende a la mujer?

—¿Acaso conozco yo al señor Debray? —dijo Danglars—. ¿Acaso quiero conocerlo? ¿Es que quiero saber o seguir sus consejos? ¿Acaso soy yo quien juega? No, es usted la que hace todo esto, y no yo.

—Pero me parece que dado que usted también se aprovecha...

Danglars se encogió de hombros.

—¡Qué criaturas más locas son, en verdad, estas mujeres que se creen genios porque han desarrollado una o diez intrigas que no se han proclamado en todo París! Pero suponga que hubiese ocultado sus desórdenes a su propio marido, lo cual es el ABC del oficio, porque la mayor parte del tiempo los maridos no quieren ver, y no sería más que una pálida copia de lo que hacen la mitad de sus amigas, las mujeres de mundo. Pero no sucede lo mismo conmigo; yo he visto siempre en dieciséis años y tal vez me haya ocultado algún pensamiento, pero jamás un movimiento, una acción o una falta. Mientras que usted, por su parte, se felicitaba por su ingenio y habilidad, y creía firmemente que me engañaba, ¿qué ha resultado? Que gracias a mi pretendida ignorancia, desde el señor de Villefort hasta el señor De-

bray, ninguno de sus amigos ha dejado de temblar ante mí. Y ni uno de ellos ha dejado de tratarme como el dueño de la casa, lo que pretendía ante usted; ni ninguno se ha atrevido a decirle de mí lo que yo mismo digo hoy. Le permito que me tenga por odioso, pero le impediré que me tome por ridículo y, sobre todo, le prohíbo que me arruine.

Hasta el momento en que fue pronunciado el nombre de Villefort, la baronesa había mostrado cierta arrogancia; pero al oír aquel nombre palideció y se levantó como impulsada por un resorte, extendiendo los brazos como para conjurar una aparición, y dio tres pasos hacia su marido como para arrancar el fin del secreto que no conocía, o que tal vez por algún cálculo odioso, como todos los que planeaba Danglars, no quería dejar escapar por completo.

—¡El señor de Villefort! ¿Qué significa? ¿Qué quiere decir?

—Eso quiere decir, señora, que el señor de Nargonne, su primer marido, no siendo un filósofo ni un banquero, o tal vez siendo ambas cosas a la vez, y viendo que no tenía ningún partido que sacar del procurador del rey, se mató de tristeza o de cólera al encontrarla embarazada de seis meses tras una ausencia de nueve. Soy brutal, no sólo lo sé, sino que me jacto de ello; es uno de mis medios para obtener éxitos comerciales. ¿Por qué en vez de matar se mató él mismo? Porque no tenía ninguna caja que salvar. Pero yo me debo a mi dinero. El señor Debray, mi socio, me ha hecho perder setecientos mil francos, que soporte su parte de pérdida y continuaremos nuestros negocios; si no, que se declare insolvente de esas ciento setenta y cinco mil libras y que imite a los que quiebran, que desaparezca. ¡Oh, Dios mío! Es un muchacho encantador, lo sé, cuando sus noticias son exactas; pero cuando no lo son, hay cincuenta en el mundo que valen más que él.

La señora Danglars estaba aterrada; sin embargo, hizo un supremo esfuerzo para responder a este último ataque. Cayó sobre un sillón pensando en Villefort, en la escena de la comida, en aquella extraña serie de desgracias que desde hacía unos días se abatían una tras otra sobre su casa cambiando en escandalosos debates la tranquilidad del matrimonio.

Danglars ni siquiera la miró, aunque ella hizo lo posible por desmayarse. Abrió la puerta del dormitorio sin añadir una sola palabra y regresó a su habitación; de tal suerte que la señora Danglars, cuando volvió en sí de su medio desvanecimiento, pudo creer que había tenido una mala pesadilla.

Proyectos de matrimonio

Al día siguiente de esta escena, a la hora que Debray acostumbraba a escoger para hacer una visita, cuando iba a su despacho, a la señora Danglars, su cupé no apareció en el patio.

A esa hora, es decir, a las doce y media, la señora Danglars pidió su coche y salió.

Danglars, colocado detrás de una cortina, espiaba esta salida que esperaba. Dio la orden de que le previniesen cuando regresara la señora; pero a las dos aún no había vuelto.

A las dos pidió sus caballos, se dirigió a la Cámara y se hizo inscribir para hablar contra el presupuesto.

De las doce a las dos, Danglars había permanecido en su despacho abriendo su correspondencia, oscureciéndose cada vez más, amontonando cifra tras cifra y recibiendo, entre otras visitas, al mayor Cavalcanti, que, siempre tan tieso y tan puntual, se presentó a la hora anunciada la víspera para concluir su asunto con el banquero.

Al salir Danglars de la Cámara, que había dado violentas muestras de agitación y que, sobre todo, había estado más sarcástico que nunca contra el Ministerio, volvió a subir a su coche y ordenó al cochero que le condujese al número 30 de la avenida de los Campos Elíseos.

Montecristo estaba en su casa; sólo que tenía una visita y rogó a Danglars que le esperase un momento en el salón.

Mientras esperaba el banquero, se abrió la puerta y vio entrar a un hombre vestido con hábitos que, en vez de esperar como él, le saludó, entró en el interior de los aposentos y desapareció.

Un poco después volvió a abrirse la puerta por la cual había desaparecido el fraile, y apareció Montecristo.

—Perdón, mi querido barón, pero uno de mis buenos amigos, el abate Busoni, que usted habrá visto pasar, acaba de llegar a París;

hacía mucho tiempo que no nos veíamos, y no he tenido valor para dejarlo inmediatamente. Espero que en favor del motivo me disculpe el haberle hecho esperar.

—¡Cómo! —dijo Danglars—. Yo soy el indiscreto, por llegar en mal momento, y voy a retirarme.

—Nada de eso; al contrario, siéntese usted. Pero, ¡Dios mío! ¿Qué le sucede? Parece usted muy disgustado; en verdad que me asusta. Un capitalista melancólico es como los cometas, siempre presagia una gran desgracia al mundo.

—Me parece, mi querido señor —dijo Danglars—, que la mala suerte está sobre mí desde hace varios días, y que no recibo más que siniestros.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Montecristo—. ¿Es que ha tenido usted alguna pérdida en la Bolsa?

—No, ya me recuperaré en algunos días. Se trata, sencillamente, de una bancarrota en Trieste.

—¿De veras? ¿No será por casualidad su quebrado Jacopo Manfredi, verdad?

—¡Justamente! Figúrese a un hombre que hacía, desde no sé cuánto tiempo, de ochocientos a novecientos mil francos anuales en negocios conmigo. Jamás dejaba un impagado, ni siquiera un retraso; un muchacho que pagaba como un príncipe... que paga. Me aventuré a adelantarle un millón... ¡Y hete aquí que mi diablo de Jacopo Manfredi hace suspensión de pagos!

—¿De veras?

—Es una fatalidad inaudita. Le giro por seiscientas mil libras que me devuelven impagadas, y aún soy portador de cuatrocientos mil francos en letras de cambio firmadas por él y pagaderas a fines del corriente en casa de su corresponsal en París. Estamos a 30, envío a cobrarlas, y el corresponsal ha desaparecido. Con mi asunto de España, me ha proporcionado un mes desastroso.

—Pero, ¿ha sido verdaderamente una pérdida su asunto de España?

—Seguro, setecientos mil francos fuera de mi caja, simplemente.

—¿Cómo diablos ha podido cometer semejante error, siendo un perro viejo?

—¡Eh! Es culpa de mi mujer. Soñó que don Carlos había entrado en España; ella siempre cree en sus sueños. Se trata de magnetismo, según explica ella, y cuando ella sueña con algo, ese algo,

asegura ella, tiene que suceder. Bajo esta convicción le permito jugar: ella tiene su caja y su agente de cambio: juega y pierde. Es cierto que no se trata de dinero mío el que juega. Sin embargo, eso no importa, ya sabe usted que cuando setecientos mil francos salen del bolsillo de la mujer, el marido siempre se resiente de ello. ¡Cómo! ¿No sabía esto? Pues ha sido un asunto que ha dado mucho ruido.

—Sí, había oído hablar algo, pero ignoraba los detalles; soy un ignorante en todos estos asuntos de Bolsa.

—¿No juega?

—¿Yo? ¿Y cómo quiere que juegue? Yo, que apenas puedo arreglar mis rentas, me vería obligado a coger a un agente y a un cajero, además de tener mi intendente. Pero a propósito de esa historia de España, me parece que la baronesa no había soñado enteramente la historia de la entrada de don Carlos. Los periódicos trajeron algo de eso, ¿no es así?

—¿Cree usted en los periódicos?

—Yo no; pero me parece que ese honesto *Messenger* es una excepción en la regla, y que no anuncia más que noticias ciertas, noticias telegráficas.

—Pues bien, ahí está lo inexplicable —replicó Danglars—. Es que la entrada de don Carlos era, efectivamente, una noticia telegráfica.

—De modo que es un millón setecientos mil francos los que pierde usted en este mes —dijo Montecristo.

—No aproximadamente, sino que esa es la cifra exacta.

—¡Diablos! Para una fortuna de tercer orden, es un rudo golpe —dijo Montecristo, con compasión.

—¡De tercer orden! —exclamó Danglars, un poco humillado—. ¿Qué diablos entiende usted por eso?

—Sin duda —continuó Montecristo—, yo divido las fortunas en tres categorías: fortuna de primer orden, de segundo orden y de tercero. Llamo fortuna de primer orden aquella que se compone de tesoros que se tienen a mano, tierras, minas, rentas sobre Estados como el de Francia, Austria e Inglaterra, con tal de que esos tesoros, esas minas y esas rentas formen un total de cien millones. Llamo fortuna de segundo orden a las explotaciones manufactureras, las empresas por asociación, los virreinos y los principados que no sobrepasan el millón quinientos mil francos de renta, formando un capital de unos cincuenta millones. Y por fin, llamo for-

tuna de tercer orden a los capitales que fructifican por intereses compuestos, las ganancias dependientes de la voluntad de otro o de los cambios de suerte, de que una bancarrota ataque o una noticia telegráfica estremezca; las especulaciones eventuales, las operaciones sometidas, en fin, a ese cambio, a esa fatalidad que podría llamarse fuerza menor y que comparada con la mayor es una fuerza natural; y todo esto formando un capital ficticio o real de una quincena de millones. ¿No es poco más o menos esta su situación?

—¡Diablos, sí! —respondió Danglars.

—Lo que resulta que con seis fines de mes como éste —continuó imperturbable Montecristo—, una casa de tercer orden estará en la agonía.

—¡Oh! ¡Va muy de prisa! —exclamó Danglars, con una sonrisa muy pálida.

—Pongamos siete meses —replicó Montecristo, en el mismo tono—. Dígame, ¿ha pensado alguna vez en esto? Siete veces un millón setecientos mil francos hacen doce millones, aproximadamente, ¿no? Pues bien, tiene usted razón, porque con semejantes reflexiones nadie comprometería sus capitales, que son al financiero lo que la piel al hombre civilizado. Nosotros tenemos nuestros hábitos más o menos suntuosos, y ese es nuestro crédito; pero cuando el hombre muere, no le queda más que su piel, lo mismo que al salir de los negocios usted no posee como bien real más que cinco o seis millones como máximo; porque las fortunas de tercer orden no representan más que el tercio o un cuarto de su apariencia, como la locomotora de un tren no es, en medio del humo que la envuelve, y la engrandece, más que una máquina de más o menos fuerza. Pues bien, sobre esos cinco millones que constituyen su activo real, acaba usted de perder casi dos, que disminuyen por su parte su fortuna ficticia o su crédito; es decir, mi querido señor Danglars, que su piel acaba de ser abierta por una sangría que, reiterada cuatro veces, le arrastraría a la muerte. ¡Eh, eh! Ponga atención, mi querido señor Danglars. ¿Tiene necesidad de dinero? ¿Quiere que yo se lo preste?

—¡Qué mal calculador es usted! —exclamó Danglars, llamando en su ayuda a toda la filosofía y todo el disimulo de la apariencia—. A estas horas, el dinero ha entrado en mis arcas por otras especulaciones que han salido bien. La sangre escapada por la sangría ha entrado por la nutrición. He perdido una batalla en España, he

sido batido en Trieste; pero mi armada naval de la India habrá tomado algunos galones; mis peones de México habrán descubierto alguna mina.

—¡Muy bien, muy bien! Pero la cicatriz continúa, y a la primera pérdida se volverá a abrir.

—No, porque camino sobre seguro —prosiguió Danglars, con la verbosidad del charlatán que trata de encomiar su crédito—. Para que eso sucediese, sería necesario que sucumbieran tres Gobiernos.

—¡Diantre! Eso ya se ha visto.

—¡Que la tierra no produjese!

—Acuérdese de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas.

—O que el mar se retirase, como en tiempos del Faraón; y aún quedan muchos mares, y los barcos podrían dejarlos para convertirse en caravanas.

—Tanto mejor, tanto mejor, querido señor Danglars —dijo Montecristo—. Y veo que me he equivocado, porque usted entra en las fortunas de segundo orden.

—Creo poder aspirar a ese honor —dijo Danglars, con una de esas sonrisas estereotipadas que producían en Montecristo el efecto de una de esas lunas pastosas con la que los malos pintores decoran sus ruinas—. Pero ya que estamos hablando de negocios —añadió, encantado de encontrar un motivo de cambio en la conversación—, dígame algo sobre lo que pueda hacer por el señor Cavalcanti.

—Pues darle dinero, si tiene un crédito sobre usted y ese crédito le parece bueno.

—¡Excelente! Se presentó esta mañana con un bono de cuarenta mil francos, pagadero a la vista contra usted, firmado por Buissoni, y enviado por usted a mí con su endoso. Ya comprenderá que le entregué inmediatamente sus cuarenta billetes.

Montecristo hizo un movimiento de cabeza que indicaba toda su aprobación.

—Pero eso no es todo —continuó Danglars—. Ha abierto a su hijo un crédito en mi casa.

—Sin indiscreción, ¿cuánto señala al joven?

—Cinco mil francos al mes.

—Sesenta mil francos al año. Ya me lo sospechaba —dijo Montecristo, encogiéndose de hombros—. Esos Cavalcanti son unos r*ñosos. ¿Qué quiere que haga un joven con cinco mil francos al mes?

—Pero usted comprenderá que si el joven necesita algunos miles más...

—No lo haga, el padre se lo dejaría a su cuenta; usted no conoce a estos multimillonarios ultramontanos: son verdaderos avaros. ¿Y por quién le ha abierto ese crédito?

—¡Oh! Por la casa Fenzi, una de las mejores de Florencia.

—No quiero decir que usted perderá, no faltaría más; pero, no obstante, manténgase en los términos de la carta.

—¿No tendría usted confianza en ese Cavalcanti?

—¿Yo? Le entregaría diez millones por su firma. Ése entra en las fortunas de segundo orden, de las que le hablaba hace un momento, mi querido señor Danglars.

—¡Y con eso, cómo es tan simple! Le habría tomado por un mayor y nada más.

—Y le hubiese hecho un honor; porque tiene usted razón, no se le pagaría por la cara. Cuando lo vio por primera vez, me produjo el efecto de un antiguo teniente enmohecido bajo sus charreteras. Pero todos los italianos son iguales, se parecen a viejos judíos cuando no deslumbran como los magos de Oriente.

—El joven es mejor —dijo Danglars.

—Sí, un poco tímido, tal vez; pero en realidad me ha parecido más conveniente. Estaba inquieto.

—¿Por qué?

—Porque usted lo vio en mi casa nada más entrar en sociedad, según me han dicho. Ha viajado con un preceptor muy severo, y jamás ha venido a París.

—Todos esos italianos de nobleza tienen la costumbre de casarse entre ellos, ¿no es cierto? —preguntó negligentemente Danglars—. Les gusta asociar sus fortunas.

—Acostumbran a hacerlo así, es cierto; pero Cavalcanti es tan extraño que no hace nada igual a los demás. Nadie me quitará de la cabeza que ha traído a su hijo a Francia con ánimo de que encuentre una esposa.

—¿Cree usted?

—Estoy seguro.

—¿Y ha oído usted hablar de su fortuna?

—No se trata de otra cosa; sólo que unos le conceden millones y otros pretenden que no posee ni un céntimo.

—¿Y cuál es su opinión?

—No se funde en lo que le diga; es algo muy personal.

—Pero, en fin...

—Mi opinión, la mía, es que todos esos viejos podestás, todos esos antiguos *condottieris*, porque los Cavalcanti han mandado ejércitos y gobernado provincias; mi opinión, le decía, es que han enterrado los millones en los rincones que sólo sus antepasados conocen y que revelan a sus primogénitos de generación en generación; y la prueba es que todos son amarillos y secos como sus florines del tiempo de la República, de los cuales conservan el reflejo a fuerza de guardarlos.

—Perfecto —dijo Danglars—. Y eso es tanto más cierto, puesto que no se les conoce una pulgada de tierra a esas gentes.

—En todo caso, muy poca; yo le aseguro que los Cavalcanti no tienen más que un palacio en Luca.

—¡Ah! Tienen un palacio —dijo Danglars, riendo—. Eso ya es algo.

—Sí, y todavía lo alquilan al ministro de Hacienda, mientras que él habita en una casucha. ¡Oh! Ya se lo he dicho, creo que es un hombre bien agarrado.

—Vamos, vamos, usted no le lisonjea.

—Escuche, apenas lo conozco; creo haberlo visto tres veces en mi vida. Lo que sé lo debo al abate Busoni y por él mismo; esta mañana me hablaba de sus proyectos respecto a su hijo, y me dejaba entrever que quería encontrar un medio, bien en Francia o en Inglaterra, de hacer fructificar sus millones en vez de dejar durmiendo esos fondos considerables en Italia, que es un país muerto. Pero fíjese bien que, a pesar de que yo tenga una gran confianza personal en el abate Busoni, yo no respondo de nada.

—No importa, gracias por el cliente que me ha enviado; es un nombre muy hermoso para inscribirlo en mi registro, y mi cajero, cuando le expliqué lo que eran los Cavalcanti, se sintió muy orgulloso. A propósito, y éste es un simple detalle de curiosidad, cuando esas personas casan a sus hijos, ¿les dan dotes?

—¡Oh, Dios mío! Eso varía. He conocido a un príncipe italiano, rico como una mina de oro, uno de esos primeros títulos de Toscana, que cuando sus hijos se casaban a su gusto, les daba millones, y cuando lo hacían a su pesar, se contentaba con darles una renta de treinta escudos al mes. Admitamos que Andrea se casase a gusto de su padre, posiblemente le diese dos o tres millones. Si fuese con la hi-

ja de un banquero, por ejemplo, tal vez se tomase algún interés por la casa del suegro de su hijo; pero por el contrario, suponga que su nuera le disgustara, ¡buenas noches! El padre Cavalcanti pone la mano en la llave, cierra su cofre con doble vuelta y ya está maese Andrea obligado a vivir como un hijo de familia parisiense, marcando las cartas o cargando los dados.

—Entonces ese muchacho encontrará una princesa bávara o peruana; querrá una corona cerrada, un Eldorado atravesado por el Potosí.

—No, todos esos grandes señores del otro lado de los montes se casan generalmente con simples mortales; son como Júpiter, les gusta cruzar las razas. ¡Ah, vaya! ¿Acaso quiere usted cazar a Andrea, mi querido señor Danglars, para hacerme tantas preguntas?

—Pues a fe mía que no me parecería una mala especulación, y yo soy un especulador —dijo Danglars.

—Pero, ¿eso no podrá ser con la señorita Danglars, supongo? ¿No querrá usted que ese pobre Andrea muera estrangulado por Alberto?

—¿Alberto? —dijo Danglars, encogiéndose de hombros—. ¡Ah, sí! No le importará mucho esto.

—Pero es el prometido de su hija, me parece.

—Es decir, que el señor de Morcerf y yo hemos hablado algunas veces de este matrimonio; pero la señora de Morcerf y Alberto...

—¿No irá a decirme que ese es un mal partido?

—¡Fh, eh! La señorita Danglars vale tanto como el señor de Morcerf, eso me parece.

—La dote de la señorita Danglars será espléndida, en efecto, y no lo dudo, sobre todo si el telégrafo no hace más locuras.

—¡Oh! No es solamente la dote. Pero, dígame, a propósito...

—¿Qué?

—¿Por qué no ha invitado a Morcerf y a su familia a su cena?

—Ya lo hice, pero objetó un viaje a Dieppe con la señora de Morcerf, a quien han recomendado el aire de mar.

—Sí, sí, debe serle muy bueno —dijo Danglars, riendo.

—¿Y por qué?

—Porque es el aire que respiró en su juventud.

Montecristo dejó pasar esta frase sin prestarle atención.

—Pero, en fin, si Alberto no es tan rico como la señorita Danglars, no puede negar usted que lleva un buen apellido —dijo el conde.

—Sea, pero lo quiero tanto como el mío —dijo Danglars.

—Cierto, su nombre es popular, y ha adornado el título con lo que ha creído lo honra; pero usted es un hombre inteligente para no haber comprendido que, según ciertos prejuicios muy poderosamente enzarzados para que se les extirpe, la nobleza de cinco siglos vale más que la de veinte años.

—Y he aquí, justamente, por qué —dijo Danglars, con una sonrisa que trataba de ser irónica—, he aquí por qué preferiría al señor Andrea Cavalcanti al señor Alberto de Morcerf.

—Pero, no obstante, supongo que los Morcerf no son menos que los Cavalcanti —dijo Montecristo.

—¿Los Morcerf? Mire, mi querido conde —prosiguió Danglars—, usted es un hombre galante, ¿no es cierto?

—Eso creo.

—Y, además, conocedor de blasones.

—Un poco.

—Pues bien, mire el color del mío; es más sólido que el blasón de Morcerf.

—¿Cómo es eso?

—Porque yo, si no soy barón de nacimiento, al menos me llamo Danglars.

—¿Y qué?

—Mientras que él no se llama Morcerf.

—¿Cómo que no se llama Morcerf?

—Ni remotamente.

—Pero, ¿entonces?

—A mí alguien me ha hecho barón, de manera que lo soy; pero él se ha hecho conde por las buenas, de suerte que no lo es.

—Imposible.

—Escuche, mi querido conde —continuó Danglars—. El señor de Morcerf es mi amigo, o más bien mi conocido desde hace treinta años; usted sabe que yo no hago gala de mis armas, ya que jamás olvido de donde he salido.

—Eso prueba una gran humildad o un gran orgullo —dijo Montecristo.

—Pues bien, cuando yo era un escribiente, Morcerf era un simple pescador.

—Y entonces, ¿cómo se llamaba?

—Fernando.

—¿Tan corto?

—Fernando Mondego.

—¿Está usted seguro?

—¡Pardiez! Me vendió bastante pescado para que no le conozca.

—Entonces, ¿por qué le da a su hija?

—Porque Fernando y Danglars son dos advenedizos, dos ennoblecidos, dos enriquecidos y que en el fondo valen lo mismo, salvo en ciertas cosas, sin embargo, que han dicho de él y no de mí.

—¿El qué?

—Nada.

—¡Ah, sí! Comprendo. Eso que me dice me refresca la memoria a propósito del nombre de Fernando Mondego. He oído pronunciar ese nombre en Grecia.

—¿A propósito del asunto de Alí-Pachá?

—Exacto.

—He aquí el misterio —prosiguió Danglars—, y le confieso que hubiese dado cualquier cosa por descubrirlo.

—Eso no es difícil, si usted tiene gran interés en ello.

—¿Cómo?

—Sin duda tiene usted algún corresponsal en Grecia, ¿no es así?

—¡Pardiez!

—¿En Janina?

—Por todas partes.

—Pues bien, escriba a su corresponsal de Janina y pregúntele qué papel ha interpretado en la catástrofe de Alí-Tebelín un francés llamado Fernando.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Danglars, levantándose con viveza—. Escribiré hoy mismo.

—Hágalo.

—Voy a hacerlo.

—Y si tiene usted alguna noticia escandalosa...

—Se lo comunicaré.

—Me dará un gran placer.

Danglars se lanzó fuera de la vivienda, y apenas atravesó la puerta subió de un salto a su coche.

El despacho del procurador del rey

Dejemos al banquero regresar al gran trote de sus caballos y sigamos a la señora Danglars en su excursión matinal.

Ya dijimos que a las doce y media, la señora Danglars pidió sus caballos y salió en coche.

Se dirigió del lado del barrio de Saint Germain, cogió la calle Mazarine y fue a detenerse en el pasaje del Pont Neuf.

Descendió y atravesó el pasaje. Iba vestida con mucha sencillez, como conviene a una mujer de gusto que sale de mañana.

En la calle Guenegaud subió a un fiacre dando la calle de Harlay como término de su carrera.

Apenas estuvo dentro del coche sacó de su bolsillo un velo negro muy tupido que se echó sobre su sombrero de paja; después se puso el sombrero en la cabeza y comprobó con placer, mirándose en un espejo de bolsillo, que no se podía ver de ella más que su piel blanca y las pupilas brillantes de sus ojos.

El fiacre cogió por el Pont Neuf y entró por la plaza Dauphine en el patio de Harlay; fue pagado al abrir la puerta, y la señora Danglars se abalanzó a la escalera, que franqueó con ligereza, para llegar en seguida a la sala de los Pasos Perdidos.

Por la mañana hay muchos asuntos y también muchas personas ocupadas en el palacio; estas personas no se fijan mucho en las mujeres; la señora Danglars atravesó, pues, la sala de los Pasos Perdidos sin ser más notada que las otras diez mujeres que esperaban a sus abogados.

Había mucho trabajo en la antecámara del señor de Villefort; pero la señora Danglars no tuvo ni necesidad de pronunciar su nombre; nada más aparecer un ujier se levantó, se acercó a ella, le preguntó si era la persona a quien esperaba el procurador del rey, y

ante su respuesta afirmativa, la condujo por un corredor reservado, al despacho del señor de Villefort.

El magistrado escribía, sentado en su sillón y de espaldas a la puerta, oyó abrirse ésta y al ujier pronunciar estas palabras: «¡Entre, señora!», y la puerta se cerró sin que hiciese ningún movimiento; pero apenas sintió alejarse los pasos del ujier, se volvió con viveza, fue a echar los cerrojos, corrió las cortinas y examinó cada rincón de su despacho.

Después, cuando comprobó que no podía ser visto ni oído, y, por consiguiente, podía estar tranquilo, dijo:

—Gracias, señora; gracias por su puntualidad. Y le ofreció una silla que la señora Danglars aceptó, porque el corazón le latía tan fuertemente que se sentía sofocada.

—Hace mucho tiempo, señora —dijo el procurador del rey, sentándose a su vez y dando una vuelta en su sillón para enfrentarse a la señora Danglars—, que no he tenido el placer de hablar a solas con usted, y con gran sentimiento mío, nos volvemos a encontrar para conversar de un asunto muy penoso.

—Sin embargo, señor, ya ve que he venido a su primera llamada, aunque seguramente esta conversación sea más penosa para mí que para usted.

Villefort sonrió amargamente.

—Es cierto —dijo, respondiendo más a su propio pensamiento que a las palabras de la señora Danglars—, es bien cierto que todas nuestras acciones dejan sus huellas en nuestro pasado, unas sombrías y otras luminosas. También es verdad que todos nuestros pasos se parecen a la marcha de un reptil sobre la arena, y dejan su surco. ¡Ay! Para muchos, ese surco es de lágrimas.

—Señor —dijo la señora Danglars—, usted comprenderá mi emoción, ¿no es cierto? Evítela, se lo ruego. Esta habitación, por la que tantos culpables temblorosos y avergonzados han pasado; este sillón en el que me siento, a mi vez avergonzada y temblorosa... ¡Oh! Fíjese... Necesito de toda mi razón para no ver en mí una mujer culpable y en usted un juez amenazador.

Villefort sacudió la cabeza, y lanzando un suspiro, replicó:

—Y yo me digo que mi puesto no está en este sillón del juez, sino más bien en el banquillo del acusado.

—¿Usted? —dijo la señora Danglars, asombrada.

—Sí, yo.

—Creo que por su parte, señor, su puritanismo exagera la situación —dijo la señora Danglars, cuyos hermosos ojos se encendieron con un brillo fugitivo—. Esos surcos de los que hablaba hace un instante, fueron trazados por una juventud ardiente. En el fondo de las pasiones, más allá del placer, siempre hay un poco de remordimiento; por eso el Evangelio, esa fuente eterna de los desgraciados, nos ha dado, a nosotras, pobres mujeres, el sostén de la admirable parábola de la hija pecadora y de la mujer adúltera. Así, pues, le confieso, que recordando esos delirios de mi juventud, pienso a veces que Dios me los perdonará, sino por la excusa, al menos por la compensación que se encuentra en todos mis sufrimientos. Pero usted, ¿qué tiene que temer de todo esto, ustedes, hombres a quien todo el mundo disculpa y a quienes el escándalo ennoblece?

—Señora, usted me conoce, yo no soy un hipócrita, o al menos no hago el hipócrita sin motivo —replicó Villefort—. Si mi frente es severa, se debe a las desgracias que la han ensombrecido; si mi corazón está petrificado, es con el fin de poder soportar los choques que ha recibido. Yo no era así en mi juventud, ni en la noche de mis esponsales cuando nos hallábamos todos sentados alrededor de una mesa en la calle del Cours, en Marsella, Pero después todo ha cambiado en mí y alrededor mío; mi vida se ha gastado en perseguir cosas difíciles y se ha roto en las dificultades que voluntaria o involuntariamente se encontraban situadas en mi camino. Es raro que lo que se desee ardientemente no esté prohibido para aquellos de quienes se quiere obtener o para aquellos a quienes se intenta arrebatarse. Así, pues, la mayoría de las malas acciones de los hombres aparecen ante ellos disfrazadas bajo la forma específica de la necesidad; después, una vez cometida la acción en un momento de delirio, de temor o de exaltación, se reconoce que se hubiera evitado pasando junto a ella. Al medio que hubiese sido bueno emplear, el que no se ha visto porque se estaba ciego, ahora se presenta fácil y sencillo; entonces usted se dice: ¿Cómo no he hecho esto en lugar de aquello? Ustedes, señoras, por el contrario, rara vez se sienten atormentadas por estos remordimientos, porque raramente sus decisiones les pertenecen, sus desgracias casi siempre les son impuestas y sus faltas, por lo regular, son el crimen de otro.

—En todo caso, señor, convenga —respondió la señora Danglars—, en que he cometido una falta, aquella falta fue personal, y ayer recibí un severo castigo.

—¡Pobre mujer! —dijo Villefort, estrechándole la mano—. Fue demasiado severa para sus fuerzas, porque estuvo dos veces a punto de desmayarse, y sin embargo...

—¿Qué?

—Pues bien, debo decirle... Reúna todo su ánimo, señora, porque aún no hemos llegado al final.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Danglars, espantada—. ¿Hay aún más?

—Usted sólo ve el pasado, y ciertamente es sombrío. Pues bien, imagínese un futuro todavía más oscuro..., espantoso en verdad..., posiblemente sangriento.

La baronesa conocía la calma de Villefort; se quedó tan aterrada por su exaltación que abrió la boca para gritar, pero el grito murió en su garganta.

—¿Cómo ha podido resucitar ese horrible pasado? —exclamó Villefort—. ¿Cómo desde el fondo de la tumba y de nuestros corazones, ha podido salir para palidecer nuestras mejillas y enrojecer nuestras frentes?

—¡Ay! Sin duda fue la casualidad —dijo Herminia.

—¿La casualidad? —replicó Villefort—. No, no, señora... ¡Ahí no hay nada de casualidad!

—Pero, ¿no es una casualidad, fatal es cierto, la que ha conducido esto? ¿No es una casualidad que el conde de Montecristo comprase aquella casa? ¿No es casualidad que mandase cavar las tierras? ¿No es casualidad, en fin, que aquel desdichado niño fuese desenterrado de debajo los arboles? Pobre criatura inocente, salida de mí a quien nunca pude dar un beso, y por quien tantas lágrimas he derramado... ¡Ah! Todo mi corazón voló cuando el conde habló de aquellos queridos despojos encontrados bajo las flores.

—Pues bien, no, señora; y aquí es donde está lo terrible —respondió Villefort, con voz sorda—. No; no ha habido despojos encontrados bajo las flores. No, no hay niño desenterrado. No, no hace falta llorar, ni siquiera gemir. ¡Hay que echarse a temblar!

—¿Qué quiere decir? —exclamó la señora Danglars, estremeciéndose por completo.

—Quiero decir que Montecristo, cavando al pie de aquellos árboles, no ha podido encontrar ni esqueleto de niño, ni cerradura de cofre, porque debajo de esos árboles no había ni lo uno ni lo otro.

—¡No había ni lo uno ni lo otro! —repitió la señora Danglars, fijando sobre el procurador del rey sus ojos desorbitados por el terror—. ¡No había ni lo uno ni lo otro! —repitió de nuevo como la persona que trata de fijar las ideas que se le escapan por el sonido de las palabras y el ruido de la voz.

—¡No! —dijo Villefort, dejando caer su frente entre sus manos—. No y mil veces no.

—Pero, ¿es que no depositó usted al pobre niño, señor? ¿Por qué me engañó? ¿Con qué intención, dígamelo?

—Fue allí, sí; pero escribe, escúcheme, señora, y me compadecerá, porque he llevado veinte años el fardo de dolores que voy a contarle sin echar la menor culpa sobre usted.

—¡Dios mío! Me espanta. Pero no importa... Hable, le escucho.

—Ya sabe lo que sucedió aquella noche dolorosa en que usted estaba en el lecho expirando, en aquella habitación de damasco rojo, mientras que yo, casi tan anhelante como usted, esperaba su alumbramiento. El niño vino, me fue entregado sin movimiento, sin aliento, sin voz; le creímos muerto.

La señora Danglars hizo un movimiento rápido, como si pretendiese lanzarse fuera del sillón.

—Le creímos muerto —repitió—, lo metí dentro de una caja que debía sustituir al ataúd, descendí al jardín, cavé una fosa y lo enterré rápido. Apenas acabé de cubrir la fosa cuando el brazo del corso cayó sobre mí. Vi como se levantaba una sombra y como relucía un rayo. Sentí un dolor y quise gritar, pero un estremecimiento helado me recorrió todo el cuerpo y me ahogó la voz en la garganta... Caí moribundo y me creí muerto. Nunca olvidaré su sublime valor cuando una vez vuelto en mí me arrastré sin fuerzas hasta el pie de la escalera, en donde, expirante usted también, salió a recogerme. Era preciso guardar silencio sobre la terrible tragedia; usted tuvo valor para regresar a su casa sostenida por su nodriza; un duelo fue el pretexto de mi herida. Contra todo lo que podíamos esperar, el secreto se mantuvo oculto entre ambos. Me transportaron a Versalles, durante tres meses estuve entre la vida y la muerte; al fin, cuando ya parecía volver a la vida, me recomendaron el sol y los aires del Mediodía. Cuatro hombres me llevaron de París a Chalon, haciendo seis leguas diarias. La señora de Villefort seguía la camilla en su coche. En Chalon me pusieron sobre el Saone, de aquí pasé al Rhodan, y por el solo impulso de la corriente, descendí hasta Arlés; en

Arlés volví a mi litera y continué mi camino hacia Marsella. Mi convalecencia duró seis meses; no oí hablar más de usted ni me atreví a informarme sobre usted. Cuando regresé a París supe que, habiendo enviudado del señor de Nargonne, se había casado con el señor Danglars.

»¿En qué estuve pensando desde el momento en que me volvió el conocimiento? Siempre en la misma cosa, siempre en aquel cadáver infantil que cada noche se elevaba del seno de la tierra y apareciendo encima de la fosa me amenazaba con el gesto y con la mirada. Así, pues, apenas llegué a París, me informé; la casa no había sido habitada desde que habíamos salido de ella, pero acababa de ser alquilada por nueve años. Fui a buscar al inquilino, fingiendo tener un gran deseo de no ver pasar a manos extrañas aquella casa que pertenecía al padre y a la madre de mi mujer; ofrecí una indemnización para que rompieran el trato, me pidieron seis mil francos; yo hubiese dado diez mil, hubiese dado veinte mil. Les tenía encima, e hice firmar al instante la autorización; después, cuando tuve esta cesión tan deseada, corrí a todo galope para Auteuil. Nadie, desde que yo había salido, entró en la casa.

»Eran las cinco de la tarde, subí a la habitación roja y esperé la noche.

»Allí, todo lo que me decía desde hacía un año en mi continua agonía se me representó más amenazante que nunca en mi imaginación.

»Aquel corso que me había declarado *vendetta*, que me había seguido de Nimes a París; aquel corso que estaba oculto en el jardín, que me había atacado, me vio cavar la fosa y enterrar al niño; podía llegar a conocerla, tal vez la conociese... ¿No le haría pagar algún día el secreto de aquel terrible asunto? ¿No sería para él una venganza más dulce cuando supiese que yo no había muerto de su puñalada? Era, pues, urgente que antes de nada hiciese desaparecer las huellas de ese pasado, que destruyese todo vestigio material; ya había demasiada realidad con mis recuerdos.

»Por eso había anulado la escritura de arrendamiento, por haber ido y por eso esperaba.

»Llegó la noche, dejé que oscureciese bastante; yo estaba sin luz en aquel dormitorio, en donde las ráfagas de viento hacían temblar los postigos, tras los cuales siempre creía ver algún espía emboscado; de vez en cuando me estremecía y me parecía que detrás

de mí, en aquella cama, se repetían los gemidos suyos, y no me atrevía a volverme. Mi corazón latía en medio del silencio, y lo sentía latir tan violentamente que temía que se abriese mi herida; al fin percibí como se extinguían todos los ruidos, uno tras otro, de la campiña. Comprendí que ya no tenía nada que temer, que no podía ser visto ni oído, y me decidí a descender.

»Escuche, Herminia, me consideraba un hombre tan valiente como cualquier otro, pero cuando retiré de mi pecho aquella llavecita de la escalera que tanto queríamos y que usted quiso atar a un anillo de oro; cuando abrí la puerta, cuando a través de las ventanas vi una pálida luna arrojando sobre los escalones en espiral una larga banda blanda semejante a un espectro, me pegué a la pared y estuve a punto de gritar. ¡Creí que iba a volverme loco!

»En fin, conseguí dominarme. Descendí la escalera peldaño a peldaño; lo único que no pude dominar fue un extraño temblor de rodillas. Me agarré al pasamanos, si lo hubiese soltado un segundo me habría precipitado.

»Llegué a la puerta de abajo; afuera, junto a la puerta, había una azada apoyada contra la pared. Me había provisto de una linterna sorda; en medio del césped me detuve para iluminarlo, y luego continué mi camino.

»Noviembre tocaba a su fin, todo el verdor del jardín había desaparecido, los árboles no eran más que esqueletos con largos brazos descarnados, y las hojas muertas gritaban con la arena bajo mis pisadas.

»El espanto me sobrecogía hasta tal punto que aproximándome al macizo saqué una pistola de mi bolsillo y la monté. Siempre creía que la figura del corso aparecía a través de las ramas.

»Iluminé el macizo con mi linterna; estaba vacío. Eché una mirada alrededor mío, me hallaba completamente solo; ningún ruido turbaba el silencio de la noche, a no ser el canto de una lechuza que lanzaba su chillido agudo y lúgubre como una llamada a los fantasmas de la noche.

»Sujeté mi linterna a una rama que ya había visto antes, en el mismo lugar en que me detuve a cavar la fosa.

»La hierba, durante el verano, crece muy espesa en aquel sitio, y en otoño no hay nadie allí para segarla. Sin embargo, un sitio menos cubierto me llamó la atención; era evidente que allí habían removido la tierra. Me puse a trabajar.

»¡Al fin había llegado la hora tan esperada desde hacía un año!

»Tanto como esperaba, como trabajaba, como sondeaba a cada trozo de césped, creyendo sentir la resistencia al otro extremo de la laya, y nada. Sin embargo, hice un agujero dos veces más grande que el primero. Creí haberme engañado, haberme equivocado de sitio; me orienté, miré los árboles, traté de reconocer los detalles que me habían guiado. Una brisa fría y aguda silbaba a través de las ramas despojadas, y no obstante, el sudor bañaba mi frente. Me acordaba que recibí la puñalada en el momento en que apisonaba la tierra para cubrir la fosa; aplastando aquella tierra, me apoyé contra un sauce; tras de mí había una roca artificial destinada a servir de banco a los paseantes; al caer, mi mano que acababa de dejar el sauce, rozó la frialdad de aquella piedra. A mi derecha se encontraba el sauce, tras de mí la roca. Caí colocándome del mismo modo, me levanté y me puse a cavar y a agrandar el agujero. ¡Nada! ¡Siempre nada! El cofre no estaba.

—¿No estaba el cofre? —murmuró la señora Danglars, sofocada por el espanto.

—No crea que me limité a esa única tentativa —prosiguió Villefort—. No. Busqué por todo el macizo; pensaba que el asesino, habiendo desenterrado el cofre y creyendo que sería un tesoro, se quiso apoderar de él y se lo había llevado; luego, al darse cuenta de su error, había hecho, a su vez, un agujero y lo ocultó. Nada. Luego se me ocurrió la idea de que tal vez lo había, pura y simplemente, arrojado en cualquier rincón. Ante esta última hipótesis, decidí esperar mi nuevo día para continuar mi búsqueda. Regresé a la habitación y esperé.

—¡Oh, Dios mío!

—Una vez llegó el día bajé de nuevo. Mi primera visita fue al macizo; esperaba encontrar huellas que se me hubiesen escapado con la oscuridad. Había removido la tierra en una superficie de más de veinte pies cuadrados. Un día apenas hubiese llegado a un jornalero para hacer lo que yo había hecho en una hora. Nada, no vi absolutamente nada. Entonces me puse a buscar el cofre, según la suposición de que lo hubiese arrojado a algún rincón. Éste debía estar por el camino que conducía a la puerta de salida; pero la nueva investigación resultó inútil como la primera, y con el corazón encogido, regresé al macizo, que tampoco me dejaba ninguna esperanza.

—¡Oh! —exclamó la señora Danglars—. Era para volverse loco.

—Lo esperaba en cualquier instante, pero no tuve esa dicha —dijo Villefort—. Sin embargo, reuniendo todas mis fuerzas y por consiguiente mis ideas, me pregunté: «¿Por qué se habrá llevado ese hombre el cadáver?».

—Usted lo ha dicho —replicó la señora Danglars—. Para tener una prueba.

—¡Ah, no, señora! No podía ser así; no se guarda un cadáver durante un año, se le enseña a un magistrado y se le hace una declaración. Ahora bien, nada de todo esto había sucedido.

—¿Luego, entonces...? —preguntó Herminia, palpitante.

—Entonces, existe algo más terrible, más fatal y espantoso para nosotros; y es que el niño posiblemente estuviese vivo y el asesino lo haya salvado.

La señora Danglars lanzó un grito terrible, y cogiéndose a las manos de Villefort, dijo:

—¡Mi hijo está vivo! ¡Ha enterrado a mi hijo vivo, señor! Usted no estaba seguro de que mi hijo estuviese muerto y lo ha enterrado vivo... ¡Ah!

La señora Danglars se había levantado y estaba de pie ante el procurador del rey, cuyas manos estrechaba entre las suyas con ademán amenazador.

—¿Qué sé yo? Le digo esto como le diría otra cosa —respondió Villefort, con una mirada fija que indicaba que aquel hombre tan poderoso casi estaba alcanzando los límites de la desesperación y la locura.

—¡Ah! Mi hijo, mi pobre hijo —exclamó la baronesa, cayendo de nuevo en su silla y ahogando sus sollozos en un pañuelo.

Villefort volvió en sí, y comprendió que para aplacar la tempestad maternal que se cernía sobre su cabeza tenía que comunicar a la señora Danglars el terror que experimentaba también él.

—Comprenderá, entonces, que si eso es así, estamos perdidos —prosiguió, levantándose a su vez y aproximándose a la baronesa para hablarle en voz más baja—. Ese niño vive y alguien lo sabe; alguien posee nuestro secreto; y ya que Montecristo habla delante de nosotros de un niño desenterrado en donde aquel niño no estaba, el secreto lo tiene él.

—¡Dios! ¡Dios justo, Dios vengador! —murmuró la señora Danglars.

Villefort no respondió más que con una especie de rugido.

—Pero, ¿y ese niño, ese niño, señor? —repitió la madre, obstinada.

—¡Oh, cuánto lo he buscado! —añadió Villefort, retorciéndose los brazos—. ¡Cuántas veces lo he llamado en mis largas noches sin sueño! ¡Cuántas veces he deseado una riqueza real para comprar un millón de secretos a un millón de hombres, y encontrar mi secreto entre los suyos! En fin, un día que cogí la azada por centésima vez, me pregunté también por centésima vez qué había podido hacer el corso con el niño; un niño entorpece la huida de un fugitivo. Tal vez al darse cuenta de que aún estaba vivo, lo había arrojado al río.

—¡Oh, imposible! —exclamó la señora Danglars—. Se asesina a un hombre por venganza; pero no se ahoga a un niño a sangre fría.

—Probablemente lo había metido en la inclusa —indicó Villefort.

—¡Oh, sí, sí! —exclamó la baronesa—. Mi hijo está ahí, señor.

—Corrí al hospicio y supe que aquella misma noche del 20 de setiembre, un niño había sido depositado en el torno; iba envuelto en la mitad de una pañoleta de tela fina, partida con intención. Aquella mitad llevaba una media corona de barón y la letra H.

—¡Eso es, eso es! —exclamó la señora Danglars—. Toda mi ropa estaba marcada así; el señor de Nargonne era barón, y yo me llamo Herminia. ¡Gracias, Dios mío! ¡Mi hijo no está muerto!

—No, no está muerto.

—¡Y me lo dice así! Me dice eso sin temer matarme de alegría, señor. ¿Dónde está? ¿Dónde se encuentra mi hijo?

Villefort se encogió de hombros.

—¿Acaso lo sé? —dijo—. ¿Y si lo supiese, se cree que le haría pasar por estas pruebas como si fuera un dramaturgo o un novelista? ¡No, ay, no! No lo sé. Una mujer, hacía unos seis meses, aproximadamente, había acudido a reclamar el niño con la otra mitad de la pañoleta. Aquella mujer había presentado todas las garantías que exige la ley, y se lo entregaron.

—Pero había que informarse sobre esa mujer, descubrirla.

—¿Y qué se imagina usted que he estado haciendo, señora? Simulé una instrucción criminal, y empleé todos los medios que la policía tenía para descubrirla. Se encontraron sus huellas hasta Chalon y allí se perdían.

—¿Perdidas?

—Sí, perdidas; perdidas para siempre.

La señora Danglars había escuchado este relato con un suspiro, una lágrima y un grito para cada circunstancia.

—¿Y eso es todo? —dijo ella—. ¿Se ha limitado usted a eso?

—¡Oh, no! —dijo Villefort—. Nunca he cesado de buscar, de inquirir, de informarme. No obstante, desde hace dos o tres años he descansado. Pero hoy voy a empezar nuevamente con más perseverancia y encarnizamiento que nunca; y lo conseguiré, ya lo verá; porque no es la conciencia lo que me impulsa, sino el miedo.

—Pero el conde de Montecristo no sabe nada —replicó la señora Danglars—. Si así fuera, no nos buscaría, me parece, como lo hace.

—¡Oh! La maldad de los hombres es muy profunda —dijo Villefort—, porque es mayor que la bondad de Dios. ¿Se fijó usted en los ojos de ese hombre mientras nos hablaba?

—No.

—Pero, ¿no lo ha examinado con atención alguna vez?

—Sin duda. Es extraño, pero eso es todo. Sólo una cosa me extrañó, y es que de toda aquella comida tan exquisita que nos dio, no tocó nada; de ningún plato quiso tomar su parte.

—Sí, sí —dijo Villefort—. También me di cuenta de eso. Si hubiese sabido lo que sé ahora, yo tampoco hubiese probado nada; habría creído que intentaba envenenarnos.

—Y se hubiese engañado por completo, como lo está viendo.

—Sí, sin duda; pero, créame, ese hombre tiene sus proyectos. He aquí por qué he querido verla, por qué he querido hablarle y por qué he querido prevenirla contra todo y especial contra él. Dígame —continuó Villefort, fijando más profundamente sus ojos en la baronesa—. ¿Ha hablado a alguien de nuestras relaciones?

—Nunca, a nadie.

—Ya me comprende —agregó afectuosamente Villefort—. Cuando digo a nadie, perdóneme esta insistencia, es a nadie en el mundo, ¿no es verdad?

—¡Oh! Sí, sí, comprendo muy bien —dijo la baronesa, sonrojándose—. ¡Jamás! Se lo juro.

—¿No tiene usted la costumbre de escribir por las noches lo que ha pasado durante la mañana? ¿No lleva ningún diario?

—No... ¡Ay! Mi vida pasa arrastrada por la frivolidad; yo misma la olvido.

—¿No soñará usted en voz alta, que sepa al menos?

—Tengo el sueño de un niño, ¿no se acuerda?

La púrpura apareció en el rostro de la baronesa, y la palidez invadió el de Villefort.

—Es cierto —dijo tan bajo que apenas se entendió.

—¿Y bien? —preguntó la baronesa.

—Pues bien, comprendo lo que me toca hacer —agregó Villefort—. Antes de ocho días sabré todo lo concerniente al señor de Montecristo, de dónde viene, adónde va, y por qué habla delante de nosotros de niños desenterrados en su jardín.

Villefort pronunció estas palabras con un acento que hubiese estremecido al conde si hubiese podido oírle.

Después estrechó la mano que la baronesa vacilaba en darle, y la acompañó con respeto hasta la puerta.

La señora Danglars volvió a coger un fiacre, que la condujo al pasaje, al otro lado del cual encontró su coche y a su cochero, que mientras la esperaba dormitaba apaciblemente en su puesto.

Un baile de verano

El mismo día y sobre la misma hora en que la señora Danglars hacía la visita que hemos descrito al despacho del procurador del rey, una calesa de viaje entró en la calle de Helder, franqueó la puerta del número 27 y se detuvo en su patio.

Al cabo de un instante se abrió la puerta, y la señora de Morcerf descendió apoyada en el brazo de su hijo.

Apenas Alberto hubo acompañado a su madre a sus aposentos, pidió un baño, y sus caballos, después de ponerse en manos de su ayuda de cámara, se hizo conducir a los Campos Elíseos, a casa del conde de Montecristo.

El conde le recibió con su sonrisa habitual. Era una cosa extraña; nunca se podía adelantar un paso en el corazón o en el espíritu de aquel hombre. Los que intentaban, si se puede decir así, forzar la barrera de su intimidad se encontraban con un muro.

Morcerf, que corría a su encuentro con los brazos abiertos, los dejó caer al verle, y a pesar de su sonrisa amistosa, no se atrevió más que a tenderle la mano.

Por su parte, Montecristo se la tocó, como hacía siempre, pero sin estrechársela.

—Y bien —dijo—. Aquí me tiene, querido conde.

—Sea bien venido.

—He llegado hace una hora.

—¿De Dieppe?

—De Treport.

—¡Ah! Es cierto.

—Y mi primera visita ha sido para usted.

—Es una gentileza de su parte —dijo Montecristo, como si hubiese dicho otra cosa.

—¿Y bien? Veamos, ¿qué noticias hay?

—¿Noticias? ¿Y me pregunta usted eso a mí, a un extraño?

—Yo me entiendo; cuando yo pregunto por noticias, quiero decir si usted ha hecho algo por mí.

—¿Me encargó usted alguna cosa? —dijo Montecristo, jugando a la inquietud.

—Vamos, vamos, no simule indiferencia —dijo Alberto—. Se dice que hay avisos simpáticos que atraviesan las distancias. Pues bien, en Treport recibí una descarga eléctrica; usted, si no ha trabajado, al menos ha pensado en mí.

—Es muy posible —dijo Montecristo—. En efecto, he pensado en usted; pero la corriente magnética de que yo era conductor, lo confieso, obraba independientemente de mi voluntad.

—¿De veras? Cuénteme eso, se lo ruego.

—Es fácil, el señor Danglars cenó en mi casa.

—Ya lo sé, pues para huir de su presencia mi madre y yo salimos de viaje.

—Pero cenó con el señor Andrea Cavalcanti.

—¿Su príncipe italiano?

—No exageremos. El señor Cavalcanti sólo se da el título de vizconde.

—¿Se lo da, dice usted?

—Digo, se lo da.

—Entonces, ¿no lo es?

—¿Y acaso lo sé? Se lo da, yo se lo doy, y todos se lo dan; ¿no es como si lo tuviese?

—¡Qué hombre más extraño! Bueno, ¿y qué?

—Pues bien, ¿qué?

—El señor Danglars cenó aquí.

—Sí.

—¿Con su vizconde Andrea Cavalcanti?

—Con el vizconde Andrea Cavalcanti, su padre el marqués, la señora Danglars, el señor y la señora de Villefort, personas encantadoras; el señor Debray, Maximilien Morrel y después aún... espere... ¡Ah! El señor Chateau Renaud.

—¿Se habló de mí?

—No se dijo ni una palabra.

—Tanto peor.

—¿Por qué? Me parece que si se olvidaron de usted, han hecho, al actuar así, lo que usted deseaba.

—Mi querido conde, si no se ha hablado nada de mí, es que pensaban mucho en mí, y por eso estoy desesperado.

—Qué le importa, puesto que la señorita Danglars no se encontraba entre los que pensaban así. Claro, que es cierto que ella podía pensar en su casa.

—¡Oh! En cuanto a eso, estoy seguro de que no; y si pensaba, sería de la misma manera en que yo pensé en ella.

—¡Enternecedora simpatía! —dijo el conde—. Entonces, ¿la detesta usted?

—Escuche —dijo Morcerf—, si la señorita Danglars fuese mujer que se apiadase del martirio que yo no sufro por ella y me recompensase fuera de las convenciones matrimoniales concertadas entre nuestras familias, me sentiría encantado. En resumen, creo que la señorita Danglars sería una amante encantadora; pero como esposa..., ¡diablos!

—De modo que ésa es su manera de pensar sobre su futura —dijo Montecristo, riendo.

—¡Oh, Dios mío! Sí, un poco brutal, es cierto, pero al menos es exacta. Ahora bien, ya que no puedo hacer ese sueño realidad; como para llegar al fondo es preciso que la señorita Danglars se convierta en mi esposa, es decir, que viva conmigo, que piense cerca de mí, que cante junto a mí, que haga versos y música a diez pasos de mí, y todo eso durante el resto de mi vida, entonces me aterro. Una amante, mi querido conde, se abandona; pero una esposa, ¡peste!, eso ya es otra cosa; eso se guarda eternamente, de cerca o de lejos. Ahora bien, resulta espantoso guardar siempre a la señorita Danglars, aunque sea de lejos.

—Sí que es difícil, vizconde.

—Sí, porque a menudo pienso en una cosa imposible.

—¿Cuál?

—En encontrar para mí una mujer como mi padre encontró una para él.

Montecristo palideció y miró a Alberto mientras jugaba con unas magníficas pistolas, cuyos gatillos hizo saltar rápidamente.

—Así que su padre ha sido muy feliz —dijo.

—Ya conoce usted mi opinión acerca de mi madre, señor conde: un ángel del cielo; aún puede verla bella, siempre espiritual, mejor que nunca. Acabo de llegar de Treport; para cualquier otro hijo, ¡Dios mío!, acompañar a su madre hubiera sido una condescenden-

cia o una pesadez para mí; he pasado cuatro días con ella más que satisfecho, más tranquilo y más poético que si hubiese llevado conmigo a Treport a la reina Mab o a Titania.

—Es una perfección desesperante, y provoca en todos los que le escuchan graves deseos de permanecer soltero.

—Justo —agregó Alberto—, porque sabiendo que existe en el mundo una mujer completa, no tengo ganas de casarme con la señorita Danglars. ¿Se ha fijado usted alguna vez cómo nuestro egoísmo reviste de colores brillantes todo lo que nos pertenece? El diamante que tornasolaba en el escaparate de Marle o de Fossin se hace mucho más hermoso cuando es nuestro diamante; pero si la evidencia le obliga a reconocer que hay uno de aguas más puras, y que usted está condenado a llevar eternamente ese diamante inferior al otro, ¿comprende el sufrimiento?

—¡Mundano! —murmuró el conde.

—He aquí por qué saltaría de alegría el día en que la señorita Eugenia se diese cuenta de que no soy más que un mezquino átomo, y que apenas tengo tantos cientos de miles de francos como ella millones.

Montecristo sonrió.

—Yo había pensado en otra cosa —continuó Alberto—. Franz ama las cosas excéntricas, y a pesar suyo, he querido enamorarlo de la señorita Danglars; pero en cuatro cartas que le he escrito en el más entusiasta de los estilos, Franz me ha respondido imperturbable: «Soy excéntrico, es cierto; pero mi excentricidad no va hasta retirar mi palabra cuando la he dado».

—He ahí lo que se llama el sacrificio de la amistad: dar a otro la mujer que no se querría más que a título de amante.

Alberto sonrió.

—A propósito —continuó—, este querido Franz regresa; pero eso poco le importa, puesto que no aprecia a Franz, ¿no es cierto?

—¿Yo? —dijo Montecristo—. ¡Oh, mi querido vizconde! ¿De dónde ha sacado que yo no quiero a Franz? Yo amo a todo el mundo.

—Y yo estoy comprendido en todo el mundo. Gracias.

—¡Oh! No confundamos —dijo Montecristo—. Amo a todo el mundo en la manera en que Dios nos ordena amar a nuestro prójimo, cristianamente; pero yo no odio más que a ciertas personas. Volvamos al señor Franz d'Epínay. Dice usted, pues, que ya viene.

—Sí, llamado por el señor de Villefort, tan deseoso, por lo que parece, de casar a la señorita Valentina como el señor Danglars lo está en casar a la señorita Eugenia. Decididamente, parece que es un oficio muy fatigoso el de padre de hijas casaderas; hasta hace pensar que les da fiebre y que sus pulsos laten noventa veces por minuto mientras no se vean libres de tal carga.

—Pero el señor d'Epínay no se parece a usted; toma su mal con paciencia.

—Mejor que eso, lo toma en serio; se pone corbatas blancas y hasta habla de su familia. Por lo demás, tiene en gran estima a todos los Villefort.

—Merecida, ¿no es cierto?

—Ya lo creo. El señor de Villefort siempre ha pasado por un hombre severo, pero justo.

—En buena hora —dijo Montecristo—. Al menos ya hay uno al que no trata usted como a ese pobre señor Danglars.

—Tal vez sea porque no me veo obligado a casarme con su hija —respondió Alberto, riendo.

—En verdad, mi querido señor, es usted de una fatuidad escandalosa —dijo Montecristo.

—¿Yo?

—Sí, usted. Coja un cigarro.

—Con mucho gusto. ¿Y por qué soy fatuo?

—Porque no hace más que defenderse y debatirse contra el matrimonio con la señorita Danglars. ¡Y Dios mío, deje que las cosas marchen y posiblemente no será usted el primero en retirar su palabra!

—¡Bah! —exclamó Alberto, abriendo mucho los ojos.

—Sin duda, señor vizconde, nadie le hará casarse a la fuerza, ¿qué diablo! Veamos, seriamente —agregó Montecristo cambiando de entonación—, ¿tiene usted deseos de romper?

—Daría cien mil francos por eso.

—Pues bien, alégrese; el señor Danglars está dispuesto a dar el doble por conseguir el mismo fin.

—¿Es cierta esa dicha? —dijo Alberto, que no obstante decir esto, no pudo impedir que una ligera nube oscureciese su frente—. Pero, mi querido conde, ¿tiene motivos el señor Danglars?

—¡Ah! Aquí está la naturaleza orgullosa y egoísta. Enhorabuena, ya encontré el hombre que quiere destruir el amor propio

de otros a hachazos, y grita porque le agujerean el suyo con una aguja.

—No. Pero me parece que el señor Danglars...

—Debe estar encantado con usted, ¿no es cierto? Pues bien, el señor Danglars es un hombre de muy mal gusto, eso queda convenido, pero aún está más encantado con otro...

—¿Y quién es?

—Yo no lo sé; estudie, mire, coja alusiones a su paso y aprovechése de ellas.

—Bien, comprendo. Escuche, mi madre... No. No es mi madre, me equivoco. Mi padre ha tenido la idea de dar un baile.

—¿Un baile en esta época del año?

—Los bailes de verano están a la moda.

—Aunque no lo estuviesen, si la condesa lo quiere, lo estarían.

—No está mal. Ya comprenderá, son bailes de pura sangre; los que se quedan en París en pleno mes de julio son los verdaderos parisienses. ¿Quiere usted encargarse de una invitación para los señores Cavalcanti?

—¿Cuándo será el baile?

—El sábado.

—El señor Cavalcanti padre se habrá marchado.

—Pero el señor Cavalcanti hijo permanece. ¿Quiere usted encargarse de traer al señor Cavalcanti hijo?

—Escuche, vizconde, yo no lo conozco.

—¿Que usted no le conoce?

—No. Yo lo vi por primera vez hace tres o cuatro días, y no respondo de nada.

—Pero usted lo recibe, ¿no?

—Yo es otra cosa; me ha sido recomendado por un buen abate que tal vez ha podido ser engañado. Invítele directamente, eso está bien, pero no me diga que se lo presente; si fuese a casarse más tarde con la señorita Danglars podría acusarme de manejos y querría cortarme el cuello. Además, aún no sé si iré yo.

—¿Adónde?

—A su baile.

—¿Por qué no habría de venir?

—En principio, porque aún no me ha invitado.

—He venido expresamente a traerle su invitación.

—¡Oh! Es muy halagador; pero puedo estar comprometido.

—Cuando le haya dicho una cosa, usted será lo bastante amable para sacrificarnos todos los compromisos.

—Dígala.

—Mi madre se lo ruega.

—¿La señora condesa de Morcerf? —replicó Montecristo estremeciéndose.

—¡Ah! Le prevengo, conde —dijo Alberto—, que la señora de Morcerf habla libremente conmigo; y si usted no ha sentido vibrar esas fibras simpáticas de que le hablaba antes, es porque carece totalmente de ellas, pues durante cuatro días no hemos dejado de hablar de usted.

—¿De mí? ¡En verdad, usted me halaga!

—Escuche, es un problema de su empleo cuando se es un problema viviente.

—¡Ah! ¿Así que soy un problema para su madre? En verdad que la habría creído más razonable para dedicarse a tales especulaciones de imaginación.

—Problema, mi querido conde; problema para todos, para mi madre como para los demás; problema aceptado, pero no adivinado; usted siempre permanece en estado de enigma. Tranquilícese. Mi madre sólo me pregunta siempre cómo es que usted es tan joven. Creo que en el fondo, mientras la condesa G... le toma por lord Ruthwen, mi madre lo tiene por Cagliostro o el conde de Saint Germain. La primera vez que venga a ver a la señora de Morcerf, confírmela en esta opinión. Eso no le será difícil, pues tiene la piedra filosofal de uno y el espíritu del otro.

—Le doy las gracias por haberme prevenido —dijo el conde sonriendo—. Trataré de ponerme a la altura de todas las suposiciones.

—Así, pues, ¿vendrá el sábado?

—Ya que la señora de Morcerf me lo ruega.

—Es usted encantador.

—¿Y el señor Danglars?

—¡Oh! Él ya ha recibido la triple invitación; mi padre se ha encargado de ello. También trataremos de que asista el gran Aguesseau, el señor de Villefort; pero no se espera.

—No hay que desesperarse nunca, dice el proverbio.

—¿Baila usted, señor conde?

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿Qué hay de asombroso en que usted baile?

—¡Ah! En efecto, en tanto no se haya franqueado la cuarentena... No, no bailo; pero me gusta ver bailar. Y la señora de Morcerf, ¿baila ella?

—Jamás; tanto mejor, hablarán. Ella tiene tantos deseos de hablar con usted.

—¿De veras?

—¡Palabra de honor! Y le aseguro que es usted el primer hombre por el cual ha manifestado mi madre tanta curiosidad.

Alberto cogió su sombrero y se levantó; el conde le acompañó hasta la puerta.

—Una cosa me reprocho —dijo deteniéndole en lo alto de la escalinata.

—¿Cuál?

—Que he sido indiscreto. No debí hablarle así del señor Danglars.

—Al contrario, continúeme hablando; hábleme así con frecuencia, siempre; pero de la misma manera.

—Bien. Me tranquiliza usted. A propósito, ¿cuándo llega el señor d'Epinay?

—Pues dentro de cinco o seis días a lo más tardar.

—¿Y cuándo se casa?

—Inmediatamente lleguen el señor y la señora de Saint-Méran.

—Tráigamelo usted cuando se encuentre en París. Aunque usted pretenda que no le aprecio, le aseguro que estaré encantado de verle.

—Bien, sus órdenes serán ejecutadas, señor.

—¡Hasta la vista!

—Hasta el sábado, en todo caso; seguro, ¿no es cierto?

—¡Cómo no! He dado mi palabra.

El conde siguió con la vista a Alberto y saludándole con la mano. Después, cuando hubo montado en su faetón, se volvió y al encontrar a Bertuccio tras él, le preguntó:

—¿Y bien?

—Ella fue al palacio —respondió el intendente.

—¿Permaneció mucho tiempo?

—Una hora y media.

—¿Y ha regresado a su casa?

—Directamente.

—Bien, mi querido señor Bertuccio —dijo el conde—. Y ahora, si quiere seguir un consejo que voy a darle, vaya a Normandía a buscar el terreno de que ya le he hablado.

Bertuccio saludó y como sus deseos estaban en perfecta armonía con la orden recibida, partió aquella misma tarde.

Los informes

El señor de Villefort cumplió la palabra dada a la señora Danglars, y sobre todo a sí mismo, procurando indagar de qué manera el conde de Montecristo pudo saber la historia de la casa de Auteuil.

El mismo día escribió a un tal señor de Boville, quien, después de haber sido inspector de prisiones, estuvo agregado, en un cargo superior, a la policía de seguridad, para obtener los informes que deseaba; y éste, le pidió dos días para saber con certeza lo que podía averiguar.

Expirados los dos días, el señor de Villefort recibió la nota siguiente:

«La persona que se llama el conde de Montecristo es conocido muy particularmente de lord Wilmore, rico extranjero que viene a París algunas veces y que se encuentra aquí en estos momentos; y también lo conoce el abate Busoni, sacerdote siciliano de gran reputación en Oriente, donde ha hecho muchas buenas obras».

El señor de Villefort respondió ordenando le diesen los informes más rápidos y exactos sobre aquellos extranjeros; al día siguiente por la tarde sus órdenes habían sido cumplidas y he aquí los informes recibidos:

El abate, que no estaba en París más que para un mes, vivía detrás de San Sulpicio, en una casita compuesta de un solo piso encima de la planta baja; cuatro piezas, dos arriba y dos abajo, formaban todo el alojamiento, del cual era el único inquilino.

Las dos piezas de abajo se componían de un comedor con una mesa, dos sillas y aparador de nogal, y de un salón enmaderado pintado de blanco, sin adornos, sin alfombras y sin reloj. Se veía, por sí solo, que el abate se limitaba a los objetos de más estricta necesidad.

Es cierto que el abate habitaba preferentemente el salón del primero. Este salón estaba lleno de libros de teología y pergaminos, en medio de los cuales se le veía enterrarse, decía su ayuda de cámara, durante meses enteros, y en realidad era menos un salón que una biblioteca.

Este criado miraba a los visitantes a través de una especie de portillo, y cuando el rostro le era desconocido o no le gustaba, respondía que el señor abate no estaba en París, con lo cual muchos quedaban satisfechos al saber que el abate viajaba con frecuencia y permanecía mucho tiempo de viaje.

Por otra parte, tanto si estaba en su casa como si no, tanto si estaba en El Cairo o en París, el abate daba siempre y el portillo servía de limosnero que el criado distribuía incesantemente en nombre de su amo.

La otra habitación, situada junto a la biblioteca, era un dormitorio. Una cama sin cortinajes, cuatro sillones y un canapé de terciopelo de Utrech formaban con un reclinatorio todo el mobiliario.

En cuanto a lord Wilmore, vivía en la calle Fontaine Saint Georges. Era uno de esos ingleses turistas que se gastan toda su fortuna en viajes. Tenía alquilada la habitación en que vivía, a la cual iba a pasar solamente dos o tres horas diarias, y en donde dormía raras veces. Una de sus manías era la de no querer hablar la lengua francesa, a pesar de que la escribía con gran corrección.

Al día siguiente en que estos preciosos informes llegaron al procurador del rey, un hombre, que descendió del coche en la esquina de la calle Ferou, fue a llamar a una puerta pintada de verde oliva y preguntó por el abate Busoni.

—El señor abate salió esta mañana —respondió el criado.

—No puedo conformarme con esa respuesta —dijo el visitante—, porque vengo de parte de una persona para la cual siempre está en casa. ¿Quiere usted pasarme al abate Busoni?

—Ya le he dicho que no está —repitió el criado.

—Entonces, cuando venga, entréguele esta tarjeta y este papel. ¿Estará esta tarde a las ocho el señor abate?

—¡Oh! Sin duda, señor, a menos que el señor abate trabaje; entonces sería como si hubiese salido.

—Entonces vendré esta tarde a la hora convenida —replicó el visitante.

Y se retiró.

En efecto, a la hora indicada regresó el mismo hombre en el mismo carruaje que, esta vez, en lugar de detenerse en la esquina de la calle Ferou, lo hizo ante la puerta verde. Llamó, le abrieron y entró.

Ante las muestras de respeto que el criado tuvo con él, comprendió que la carta había hecho el efecto deseado.

—¿Está en casa el señor abate? —preguntó.

—Sí, trabaja en la biblioteca; pero espera al señor —respondió el sirviente.

El desconocido subió una escalera bastante estrecha, y ante una mesa cuya superficie estaba inundada de la luz que concentraba una gran pantalla, mientras el resto de la estancia permanecía en la penumbra, descubrió al abate, con ropa eclesiástica y la cabeza cubierta por uno de aquellos capuchones bajo los cuales encerraban sus cráneos los sabios de la Edad Media.

—¿Es al señor Busoni a quien tengo el honor de dirigirme? —preguntó el visitante.

—Sí, señor —respondió el abate—. ¿Y usted es la persona que el señor de Boville, antiguo intendente de prisiones, me envía de parte del prefecto de policía?

—Justamente, señor.

—¿Uno de sus agentes encargados en la seguridad de París?

—Sí, señor —respondió el desconocido con una especie de vacilación, y sobre todo con cierto rubor.

El abate se ajustó las grandes gafas que le cubrían, no sólo los ojos, sino las sienes, y volviendo a sentarse indicó al visitante que se sentase a su vez.

—Le escucho, señor —dijo el abate con un acento italiano de lo más pronunciado.

—La misión que me ha sido encargada, señor —prosiguió el visitante sopesando cada una de sus palabras, como si tuviese miedo a pronunciarlas—, es de verdadera confianza y delicada para quien la cumple y ante quien debe cumplirla.

El abate se inclinó.

—Sí —añadió el desconocido—, su probidad, señor abate, es tan conocida por el señor prefecto de policía que desea saber de usted, como magistrado, una cosa que interesa a esta seguridad pública en nombre de la cual vengo a preguntarle. Esperamos, pues, señor abate, que no haya lazos de amistad ni de consideración humana que puedan inducirle a desvirtuar la verdad a la justicia.

—Con tal, señor, de que las cosas que le interese saber no perjudiquen a mis escrúpulos de conciencia. Soy sacerdote, y los secretos de confesión, por ejemplo, deben quedar entre mí y la justicia de Dios, y no entre mí y la justicia humana.

—¡Oh! Esté tranquilo, señor abate —dijo el desconocido—. En cualquier caso pondremos su conciencia a cubierto.

A estas palabras el abate acercó hacia sí la pantalla y la levantó del lado opuesto de manera que, iluminando por completo el rostro del desconocido, el suyo permanecía en la sombra.

—Perdón, señor abate —dijo el enviado del prefecto de policía—, pero esa luz me fatiga horriblemente la vista. El abate bajó el cartón verde.

—Ahora, señor, le escucho; hable.

—Llego a los hechos. ¿Conoce usted al señor conde de Montecristo?

—¿Querrá usted hablar del señor Zaccane, supongo?

—¡Zaccane!... ¿No se llama Montecristo?

—Montecristo es un nombre de tierra, o más bien el nombre de una roca y no el de una familia.

—Pues bien, sea; no discutamos sobre las palabras, y ya que el señor de Montecristo y el señor Zaccane son el mismo hombre...

—Absolutamente el mismo.

—Hablemos del señor Zaccane.

—Sea.

—Le preguntaba si lo conocía.

—Mucho.

—¿Quién es?

—El hijo de un rico armador de Malta.

—Sí, lo sé bien; eso es lo que dicen; pero como puede comprender, la policía no puede contentarse con «lo que dicen».

—No obstante —añadió el abate con una sonrisa muy afable— cuando «lo que dicen» es la verdad, todo el mundo tiene que contentarse y la policía debe hacer lo que todo el mundo.

—Pero, ¿está usted seguro de lo que dice?

—¡Cómo! ¡Y tan seguro!

—Fíjese, señor, que yo no sospecho de ninguna manera de su buena fe. Le digo, ¿está usted seguro?

—Escuche, he conocido al señor Zaccane padre.

—¡Ah, ah!

—Sí, y siendo niño, he jugado más de diez veces con su hijo en sus varaderos de construcción.

—Pero, sin embargo, ese título de conde...

—Ya sabe usted que eso se compra.

—¿En Italia?

—En todas partes.

—Pero y esas riquezas que son tan inmensas, por lo que dicen siempre.

—¡Oh! En cuanto a eso —respondió el abate—, inmensa es la palabra.

—¿Cuánto cree que posee, usted que lo conoce?

—¡Oh! Tendrá muy bien ciento cincuenta o doscientas mil libras de renta.

—¡Ah! Eso sí es razonable —dijo el visitante—. Pero se habla de tres o cuatro millones.

—Doscientas mil libras de renta, señor, hacen exactamente cuatro millones de capital.

—¡Pero se habla de tres o cuatro millones de renta!

—¡Oh! Eso no puede creerse.

—¿Y usted conoce bien su isla de Montecristo?

—Ciertamente; todo el mundo que viene de Palermo, de Nápoles o de Roma a Francia, por mar, la conoce, ya que se pasa junto a ella y se ve al pasar.

—Es una morada encantadora, por lo que se afirma.

—Aquello es una roca.

—¿Y por qué ha comprado el conde aquella roca?

—Justamente para ser conde. En Italia, para ser conde, hace falta tener un condado.

—Usted, sin duda, habrá oído hablar de las andanzas de juventud del señor Zaccone.

—¿Del padre?

—No, del hijo.

—¡Ah! Aquí es donde empiezan mis inseguridades, porque en esa época es donde he perdido de vista a mi joven camarada.

—¿Ha hecho la guerra?

—Creo que ha servido.

—¿En qué ejército?

—En la marina.

—Veamos, ¿usted no es su confesor, verdad?

—No, señor. Creo que es luterano.

—¿Cómo luterano?

—Digo que creo; no afirmo nada. Por otra parte, creía que la libertad de culto estaba restablecida en Francia.

—Sin duda; tampoco de momento nos interesan sus creencias, sino sus acciones. En nombre del señor prefecto de policía, le intimo a decir cuanto sepa.

—Pasa por un hombre muy caritativo. Nuestro Santo Padre, el Papa, lo ha hecho caballero de Cristo, favor que no concede más que a los príncipes, por los eminentes servicios que ha prestado a los cristianos de Oriente; tiene cinco o seis cordones conquistados por sus servicios prestados a los príncipes y a los Estados.

—¿Los lleva puestos?

—No, pero está muy orgulloso de ellos; dice que prefiere más las recompensas concedidas a los benefactores de la humanidad que las concedidas a los destructores de los hombres.

—Así, pues, ¿ese hombre es cuáquero?

—Justamente, es cuáquero, pero sin el gran sombrero y el traje marrón, claro está.

—¿Se le conocen amigos?

—Sí, porque tiene por amigos a todos los que le conocen.

—Pero, en fin, ¿tiene algún enemigo?

—Sólo uno.

—¿Cómo se llama?

—Lord Wilmore.

—¿Dónde está?

—En París en estos momentos.

—¿Y puede darme algunos informes?

—Preciosos. Estaba en la India por la misma época en que estuvo Zaccone.

—¿Sabe usted dónde vive?

—En algún sitio de la Chaussée d'Antin; pero ignoro la calle y el número.

—¿Está usted a mal con ese inglés?

—Yo amo a Zaccone y él lo detesta; nos tratamos con mucha frialdad a causa de eso.

—Señor abate, ¿cree usted que el conde de Montecristo haya venido a Francia antes de este viaje que ha hecho a París?

—¡Ah! Tocante a eso puedo responderle pertinentemente. No, señor, jamás ha venido puesto que se dirigió a mí hace unos seis meses para obtener los informes que deseaba. Por mi parte, como yo ignoraba en qué época estaría en París a punto fijo, le dirigí al señor Cavalcanti.

—¿Andrea?

—No; Bartolomě, el padre.

—Muy bien, señor. Ya no me queda más que pedirle una cosa, y le conmino, en nombre del honor de la humanidad y la religión, a que me responda sin rodeos.

—Diga, señor.

—¿Sabe usted con qué fin compró el señor conde de Montecristo la casa de Auteuil?

—Ciertamente, porque me lo ha dicho.

—¿Y por qué fue, señor?

—Pues para hacer un hospital de locos semejante al que fundó el barón de Pisani en Palermo. ¿Conoce usted ese hospital?

—De nombre, sí, señor.

—Es una magnífica institución.

Y al concluir esta palabra, el abate saludó al desconocido como persona que desea que comprendan que no le molestaría reemprender su interrumpido trabajo.

El visitante, bien porque comprendiese la indirecta o porque hubiese concluido sus preguntas, se levantó a su vez.

El abate lo acompañó hasta la puerta.

—Usted da ricas limosnas —dijo el visitante—, y aunque se dice rico, me atreveré a ofrecerle alguna cosa para sus pobres; por su parte, ¿tendría a bien aceptar mi ofrecimiento?

—Gracias, señor; sólo hay una cosa de la que soy muy celoso en este mundo, y es que todo el bien que haga provenga de mí.

—Pero, sin embargo...

—Es una resolución irrevocable. Pero busque, señor, y encontrará. ¡Ay! En el camino de todo hombre rico existen muchas miserias que necesitan socorro.

El abate saludó por última vez abriendo la puerta; el desconocido saludó a su vez y salió.

El coche le condujo directamente a casa del señor de Villefort.

Una hora más tarde el coche salía de nuevo y esta vez se dirigía hacia la calle Fontaine Saint Georges. En el número 5 se detuvo. Allí era donde vivía lord Wilmore.

El desconocido había escrito a lord Wilmore para pedirle una cita que éste le fijó a las diez. Así, pues, como enviado del señor prefecto de policía llegó a las diez menos diez; le dijeron que lord Wilmore, que era la exactitud y la puntualidad en persona, aún no había llegado, pero que llegaría a las diez en punto.

El visitante esperó en el salón. Este salón no poseía nada notable y era como todos los salones de las casas alquiladas con muebles.

Una chimenea con dos vasos de Sevres modernos, un reloj con un Amor tensando un arco, un espejo en dos pedazos; de cada lado de este espejo había un grabado representando, uno a Homero acompañado de su guía, y el otro a Belisario pidiendo limosna; un papel gris sobre gris, un mueble de paño encarnado labrado en negro; tal era el salón de lord Wilmore.

Estaba iluminado por dos globos de cristal esmerilado que no esparcían más que una luz muy débil, la cual parecía muy a propósito para los ojos fatigados del enviado del señor prefecto de policía.

Al cabo de diez minutos de espera, el reloj dio las diez; en la quinta campanada se abrió la puerta y apareció lord Wilmore.

Lord Wilmore era un hombre más bien alto que bajo, con extrañas patillas rojizas, la tez blanca y los cabellos rubios canosos. Estaba vestido con toda la excentricidad inglesa, es decir, llevaba un frac azul con botones de oro y alzacuello picado, como se llevaba en 1811; un chaleco de cachemira blanco y un pantalón de mahón tres pulgadas más corto, pero que un sujetapié del mismo paño impedía que subiese a la rodilla.

Su primera palabra al entrar fue:

—Usted sabe, señor, que no hablo francés.

—Sé, por lo menos, que no le agrada hablar nuestra lengua —respondió el enviado del señor prefecto de policía.

—Pero usted puede hablarlo —añadió lord Wilmore—, porque aunque no lo hablo, lo entiendo.

—Y yo —agregó el visitante cambiando de idioma— hablo con bastante soltura el inglés para sostener la conversación en dicha lengua. No se moleste, señor.

—*Hao!* —exclamó lord Wilmore con esa entonación que sólo es propia de los naturales de la Gran Bretaña.

El enviado del prefecto de policía mostró a lord Wilmore su carta de presentación. Este la leyó con una flemma muy inglesa; después, cuando concluyó su lectura, dijo en inglés:

—Comprendo, comprendo muy bien.

Entonces empezaron los interrogatorios.

Fueron aproximadamente las mismas preguntas que habían sido dirigidas al abate Busoni. Pero como lord Wilmore, en su calidad de enemigo del conde de Montecristo, no puso contención como lo hiciera el abate, fueron mucho más extensas; contó la juventud de Montecristo, que, según él, a la edad de diez años entró al servicio de uno de aquellos pequeños soberanos de la India que hacían la guerra a los ingleses; allí había sido donde Wilmore lo había encontrado por primera vez, y ambos habían combatido uno contra otro. En aquella guerra Zaccane había sido hecho prisionero y enviado a Inglaterra, pero en presidio se había escapado a nado. Entonces habían empezado sus viajes, sus duelos y sus pasiones; por entonces llegó la insurrección griega y se enroló en las filas de los griegos. Mientras estaba en el servicio había descubierto una mina de plata en las montañas de Tesalia, pero se había guardado de comunicar a nadie tal descubrimiento. Después de Navarino, y cuando el Gobierno griego quedó consolidado, pidió al rey Otón un privilegio de explotación para aquella mina; el permiso le fue concedido. De allí procedía aquella inmensa fortuna que podía, según lord Wilmore, ascender a uno o dos millones de renta; fortuna, que no obstante, podía acabarse de golpe si la mina dejaba de producir.

—Pero —preguntó el visitante—, ¿sabe usted por qué ha venido a Francia?

—Quiere especular con el ferrocarril —dijo lord Wilmore—, y además, como es un químico hábil y un físico no menos distinguido, ha descubierto un nuevo telégrafo cuya aplicación persigue.

—¿Cuánto se gasta aproximadamente al año? —preguntó el enviado del señor prefecto de policía.

—¡Oh! Quinientos o seiscientos mil francos, todo lo más —dijo lord Wilmore—. Es un avaro.

Era evidente que el odio hacía hablar al inglés, y que, no sabiendo qué reprochar al conde, hacía hincapié en su avaricia.

—¿Sabe usted qué quiere hacer con su casa de Auteuil?

—Sí, claro está.

—¿Y bien? ¿Qué sabe usted?

—¿Se refiere a con qué fin la ha comprado?

—Sí.

—Pues bien, el conde es un especulador que se arruinará en ensayos y utopías; pretende que hay en Auteuil, en las proximidades de la casa que acaba de adquirir, una corriente de agua mineral que puede competir con las aguas de Bagneres de Luchon y de Cauterets. Quiere hacer de su adquisición un *bad haus*, como dicen los alemanes. Ya ha removido dos o tres veces todo su jardín para encontrar la famosa corriente de agua; y como no ha podido descubrirla, lo verá usted, como de aquí a poco tiempo, compra las casas que rodean la suya. Ahora bien, como yo le deseo, espero que con su ferrocarril, con su telégrafo eléctrico o con su explotación de baños, se arruine. Voy a gozarme con su quiebra, que no tardará en llegar un día u otro.

—¿Y por qué le detesta usted? —preguntó el visitante.

—Le detesto —respondió lord Wilmore—, porque a su paso por Inglaterra ha seducido a la esposa de uno de mis amigos.

—Pero si usted le detesta, ¿por qué no trata de vengarse de él?

—Ya me batí tres veces con el conde —dijo el inglés—; la primera vez a pistola, la segunda a espada y la tercera a sable.

—¿Y cuáles fueron los resultados de esos duelos?

—La primera vez me rompió el brazo; la segunda vez me atravesó el pulmón, y la tercera, me hizo esta herida.

El inglés bajó el cuello de su camisa que le subía hasta las orejas, y mostró una cicatriz cuya encarnadura indicaba que no era muy antigua.

—De manera que lo detesto mucho —repitió el inglés—, y no morirá, estoy seguro, más que a mis manos.

—Pero —dijo el enviado del prefecto de policía—, usted no toma el camino de matarlo, al menos eso me parece.

—*Hao!* —exclamó el inglés—. Todos los días voy al tiro, y cada dos días, Grisier viene a mi casa.

Era cuanto quería saber el visitante, o más bien parecía ser todo lo que sabía el inglés. El agente se levantó, pues, y, tras haber saludado a lord Wilmore, quien le respondió con la tiesura y la cortesía inglesa, se retiró.

Por su parte, lord Wilmore, después de oír que se cerraba tras él la puerta de la calle, entró en su dormitorio, en el que en dos minutos se despojó de sus cabellos rubios, de sus patillas rojizas, su falsa mandíbula y su cicatriz, para recuperar sus cabellos negros, el tinte mate y los dientes de perlas del conde de Montecristo.

Es cierto, que por su parte, fue el señor de Villefort y no el enviado del señor prefecto de policía quien entró en casa del señor de Villefort.

El procurador del rey se quedó un poco más tranquilo con esta doble visita, que, por lo demás, no le había revelado nada tranquilizante, pero que tampoco entresacó nada más inquieto. Resultó, pues que por primera vez desde la cena de Auteuil consiguió dormir la noche siguiente con alguna tranquilidad.

El baile

Se había llegado ya a los días más cálidos de julio cuando se presentó, a su vez, en la orden del día, aquel sábado en que debía tener lugar el baile del señor de Morcerf.

Eran las diez de la noche: los árboles del jardín de la vivienda del conde se destacaban con vigor sobre un cielo en el que se deslizaban, descubriendo una sábana de azul sembrada de estrellas de oro, los últimos vapores de una tormenta que había estado presente amenazadora durante todo el día.

En los salones de la planta baja se oía ruido de música y se bailaba el vals y el galop, mientras que ráfagas deslumbrantes de luz pasaban tajantes a través de las aberturas de las persianas.

El jardín estaba entregado en aquel momento a una docena de criados, a quienes la dueña de la casa, tranquilizada por el tiempo que cada vez se serenaba más, acababa de ordenar que preparasen la cena.

Hasta entonces se había dudado en si se cenaría en el comedor o bajo una larga tienda de dril levantada sobre el césped. Aquel hermoso cielo tachonado de estrellas, acababa de decidir el proceso en favor de la tienda y del césped.

Se iluminaban las alamedas del jardín con farolillos de colores, como es costumbre en Italia, y se sobrecargó de bujías y de flores la mesa de la cena, como es costumbre en todos los países en que se comprende el lujo de la mesa, el más raro de todos los lujos cuando se lo quiere presentar completo.

En el momento en que la condesa de Morcerf entraba en sus salones, después de haber dado sus últimas órdenes, los salones empezaron a llenarse de invitados atraídos por la encantadora hospitalidad de la condesa, más que por la posición distinguida del conde; porque estaban seguros de antemano que aquella fiesta ofrecería,

gracias al buen gusto de Mercedes, algunos detalles dignos de ser contados o imitados.

La señora Danglars, a quien los acontecimientos que ya hemos relatado habían inspirado una gran inquietud, dudaba en ir a casa de la señora de Morcerf, cuando por la mañana su coche se cruzó con el de Villefort. Villefort le hizo una seña y ambos coches se detuvieron, y a través de las puertas, el procurador del rey preguntó:

—Irá usted a casa de la señora de Morcerf, ¿no es cierto?

—No —había respondido la señora Danglars—. Estoy muy afligida.

—Hace mal —añadió Villefort, con una mirada significativa—. Sería importante que la vieses allí.

—¡Ah! ¿Lo cree así? —preguntó la baronesa.

—Ya lo creo.

—En ese caso, iré.

Y los dos carruajes volvieron a proseguir sus caminos divergentes. La señora Danglars, pues, había acudido no sólo engalanada con su propia belleza, sino deslumbrante de lujo; entraba por una puerta en el momento en que Mercedes aparecía por otra.

La condesa destacó a Alberto para que saliese al encuentro de la señora Danglars; Alberto se adelantó, saludó a la baronesa y le dedicó unos merecidos cumplidos a su tocado antes de cogerla del brazo para acompañarla al sitio que desease escoger.

Alberto miraba alrededor suyo.

—¿Busca usted a mi hija? —le preguntó sonriendo la baronesa.

—Lo confieso —dijo Alberto—. ¿Habría cometido la crueldad de no traérmola?

—Tranquilícese; ha encontrado a la señorita de Villefort y se han cogido del brazo. Mire, ahí aparecen siguiéndonos con sus vestidos blancos, una con un ramillete de camelias y la otra con uno de jazmines. Pero, dígame...

—¿Qué busca usted a su vez? —preguntó Alberto, sonriendo.

—¿No vendrá esta noche el conde de Montecristo?

—¡Diecisiete! —respondió Alberto.

—¿Qué quiere decir usted?

—Quiero decir que esto marcha muy bien —añadió el vizconde, riendo—, y que usted es la decimoséptima persona que me ha hecho la misma pregunta. ¡Vaya con el conde! Le daré mi enhorabuena.

—¿Y responde a todo el mundo como a mí?

—¡Ah! Es cierto, no le he respondido. Tranquilícese usted, señora, tendremos al hombre de moda; somos unos privilegiados.

—¿Estuvo usted ayer en la Ópera?

—No.

—Pues él estaba.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y el excéntrico hombre ha hecho alguna nueva originalidad?

—¿Puede mostrarse sin eso? Elssler bailaba en *El diablo Cojuelo*, la princesa griega estaba deslumbrante. Después de la función, puso una magnífica sortija en la cola de un ramillete y lo arrojó a la encantadora bailarina, quien apareció en el tercer acto, para darle las gracias, con la sortija en el dedo. ¿Y tendrá a su princesa griega?

—No, es preciso que se prive de ella. Su posición en la casa del conde no es muy fija.

—Mire, déjeme aquí y vaya a saludar a la señora de Villefort —dijo la baronesa—. Veo que se muere de ganas por hablarle.

Alberto saludó a la señora Danglars y avanzó hacia la señora de Villefort, que abría la boca a medida que se aproximaba.

—Apuesto —dijo Alberto, interrumpiéndola— a que sé lo que va a decirme.

—¡Ah! ¿Por ejemplo? —dijo la señora de Villefort.

—Si lo adivino, ¿me lo confesará?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

—Usted iba a preguntarme si el conde de Montecristo ha llegado o iba a venir, ¿no es eso?

—En absoluto. Eso no es lo que me inquieta en estos momentos. Iba a preguntarle si había recibido usted alguna noticia del señor Franz.

—Sí, ayer.

—¿Qué le decía?

—Que salía al mismo tiempo que su carta.

—Bien. Ahora, el conde.

—El conde vendrá, esté tranquila.

—¿Sabe usted que Montecristo tiene otro nombre?

—No, no lo sabía.

—Montecristo es el nombre de una isla y tiene un nombre de familia.

—Jamás lo oí pronunciar.

—Pues bien, estoy más enterada que usted; se llama Zaccone.

—Es posible.

—Y es maltés.

—También es posible.

—Hijo de un armador.

—¡Oh! Pero, en verdad, usted debe contar todo eso en voz alta, tendría un gran éxito.

—Ha servido en la India, explota una mina de plata en Tesalia y viene a París para instalar un establecimiento de aguas minerales en Auteuil.

—Pues bien, enhorabuena —dijo Morcerf—. ¡Esas sí que son noticias! ¿Me permite usted que las repita?

—Sí, pero poco a poco, y una a una, sin decir que proceden de mí.

—¿Y eso por qué?

—Porque casi es un secreto sorprendido.

—¿A quién?

—A la policía.

—Entonces esas noticias se despachaban...

—Ayer noche en casa del prefecto. París está conmovido, ya lo comprenderá, a la vista del lujo inusitado del conde, y la policía ha tomado informes.

—Bien. No le faltaba más que detener al conde por vagabundo, bajo el pretexto de que es muy rico.

—A fe mía que pudo haberle sucedido muy bien si los informes no hubieran sido tan favorables.

—¡Pobre conde! ¿Se habrá imaginado el peligro que ha corrido?

—No lo creo.

—Entonces, es de caridad advertírselo. Cuando llegue no dejaré de hacerlo.

En aquel momento un apuesto joven de ojos vivos, cabellos negros y bigote lustroso, acudió a saludar respetuosamente a la señora de Villefort. Alberto le estrechó la mano.

—Señora —dijo Alberto—, tengo el honor de presentarle al señor Maximilien Morrel, capitán de *spahis*, y uno de nuestros buenos y, sobre todo, bravos oficiales.

—Ya he tenido el placer de encontrar al señor en Auteuil, en casa del conde de Montecristo —respondió la señora de Villefort, girándose con marcada frialdad.

Esta respuesta y sobre todo el tono en que fue hecha, dejaron helado a Morrel; pero una compensación le estaba preparada: al volverse descubrió en el quicio de la puerta una hermosa y blanca figura cuyos ojos dilatados y sin expresión aparente se fijaban en él, mientras que el ramillete de jazmines subía lentamente a sus labios.

Este saludo fue comprendido por Morrel, que, con la misma expresión en la mirada, aproximó a su vez su pañuelo a su boca; y las dos estatuas vivientes, cuyos corazones latían tan rápidamente bajo el mármol aparente de sus rostros, separados uno de otro por toda la anchura del salón, se olvidaron un instante, o más bien olvidaron a todo el mundo en aquella muda contemplación.

Hubiesen podido permanecer más tiempo perdidos uno en el otro sin que nadie se diese cuenta de su olvido, porque el conde de Montecristo acababa de llegar.

Ya lo hemos dicho, el conde, ya fuese por prestigio ficticio, o por prestigio natural, llamaba la atención en todas partes donde se presentaba; no era por su frac negro, irreprochable en su corte, pero sencillo y sin condecoraciones; no era por su chaleco blanco, sin ningún bordado, ni tampoco por su pantalón entallado de la manera más delicada, por lo que llamaba la atención; era su tez mate, sus cabellos negros y ondulados, era su rostro sereno y puro, era su mirada profunda y melancólica, era, en fin, su boca delineada con una finura maravillosa, y que adoptaba tan fácilmente la expresión de un altivo desdén, lo que hacía que todas las miradas se fijasen en él.

Podía haber hombres más hermosos, pero ciertamente no los había más *significativos*, y perdonadnos esta expresión. En el conde todo quería decir algo y tenía su valor; porque la costumbre del pensamiento útil había dado a sus rasgos, a la expresión de su rostro y al más insignificante de sus gestos, una flexibilidad y una firmeza incomparables.

Y además, nuestro mundo parisién es tan extraño, que no hubiese dado importancia alguna a todo esto si no se le hubiese servido todo en una misteriosa historia dorada por una inmensa fortuna.

En fin, el conde avanzó bajo el peso de las miradas y a través de los saludos hasta llegar ante la señora de Morcerf que, delante

de la chimenea adornada de flores, lo había visto aparecer por un espejo colocado enfrente a la puerta y se había preparado para recibirlo.

Ella se volvió, pues, hacia él con una sonrisa compuesta en el mismo momento en que él se inclinaba ante ella.

Sin duda ella creyó que el conde iba a hablarle; tal vez, por su parte, el conde pensó que ella iba a dirigirle la palabra; pero por ambas partes permanecieron mudos, tal banalidad, sin duda, les pareció indigna de ellos; y, tras un cambio de saludos, Montecristo se dirigió hacia Alberto, que acudía a él con la mano abierta.

—¿Ha visto usted a mi madre? —preguntó Alberto.

—Acabo de tener el honor de saludarla —dijo el conde—, pero no he podido descubrir a su padre.

—Mire, habla de política allí, en aquel grupo de grandes celebridades.

—En verdad —dijo Montecristo—, ¿aquellos señores que están allí son celebridades? ¿Quién lo diría! ¿Y de qué clase? Hay celebridades de todas clases, como usted sabe.

—En primer lugar hay un sabio, aquel señor alto, seco; ha descubierto en la campiña de Roma una especie de lagarto que tiene una vértebra más que los otros, y ha venido a comunicarlo al Instituto. La cosa ha sido discutida mucho tiempo, pero al fin quedó el gran señor igualmente seco. La vértebra causó mucha sensación en el mundo sabio; el gran señor no era más que caballero de la Legión de Honor, y le han nombrado oficial.

—¡Enhorabuena! —dijo Montecristo—. He ahí una cruz que me parece dada muy sabiamente. Entonces, ¿si encuentra una segunda vértebra le nombrarán comendador?

—Probablemente —dijo Morcerf.

—¿Y aquel otro que ha tenido la singular idea de vestirse un frac azul bordado de verde, qué ha podido hacer?

—Aquél no ha tenido la idea de vestir con ese frac; ha sido la República, la cual, como usted sabe, era algo artista y quiso dar un uniforme a los académicos, por lo cual rogó a David que les diseñara un frac.

—¡Ah! —exclamó Montecristo—. Así que ese señor es académico.

—Desde hace ocho días forma parte de la docta asamblea.

—¿Y cuál es su mérito, su especialidad?

—¿Su especialidad? Creo que introduce alfileres en la cabeza de los conejos, que hace comer granza a las gallinas y que saca con las ballenas la médula espinal de los perros.

—¿Y es de la Academia de Ciencias por eso?

—No, de la Academia Francesa.

—Pero, ¿qué tiene eso que ver en la Academia Francesa?

—Voy a decírselo, al parecer...

—¿Sus experimentos han permitido dar un gran paso a la ciencia, no es así?

—No, pero escribe en un estilo muy bello.

—Eso debe —dijo Montecristo— halagar enormemente el amor propio de los conejos a los que clava alfileres en la cabeza, de las gallinas cuyos huesos tiñe de rojo y a los perros cuya médula espinal saca.

Alberto se echó a reír.

—¿Y aquel otro? —preguntó el conde.

—¿Aquel otro?

—Sí, el tercero.

—¡Ah! ¿El de la levita azul claro?

—Sí.

—Ese es un colega del conde, que acaba de oponerse apasionadamente a que la Cámara de los Pares tenga uniforme; ha tenido un gran éxito en la tribuna respecto a eso; estaba a mal con las gacetas liberales, pero su noble oposición a los deseos de la corte acaba de acomodarlo con ellas. Se habla de nombrarlo embajador.

—¿Y cuáles son sus títulos en su dignidad de par?

—Ha hecho dos o tres óperas cómicas, cogido cuatro o cinco acciones en el *Siècle*, y votado cinco o seis años por el Ministerio.

—¡Bravo, vizconde! —dijo Montecristo riendo—. Es usted un cicerone encantador. Ahora me prestará un servicio, ¿no es así?

—¿Cuál?

—No me presente a esos señores, y si le piden que me presente, avíseme.

En aquel momento el conde sintió que le ponían una mano sobre el brazo; se volvió y era Danglars.

—¡Ah! Es usted, barón —dijo.

—¿Por qué me llama barón? —dijo Danglars—. Sabe bien que no utilizo mi título. No soy como usted, vizconde; usted lo tiene, ¿no es así?

—Ciertamente —respondió Alberto—, ya que si no fuese vizconde no sería nada; mientras que usted puede sacrificar tranquilamente su título de barón porque siempre le quedará el de millonario.

—Lo que me parece el más hermoso título bajo el reinado de Julio —agregó Danglars.

—Desgraciadamente —dijo Montecristo—, no se es millonario toda la vida como se es barón, par de Francia o académico; díganlo los millonarios Frank y Poulmann, de Francfort, que acaban de quebrar.

—¿De veras? —dijo Danglars palideciendo.

—Palabra. He recibido la noticia esta misma tarde con un correo. Tenía algo así como un millón en su casa; pero, advertido a tiempo, he exigido el reembolso hace un mes aproximadamente.

—¡Ay, Dios mío! —añadió Danglars—. Han girado sobre mí doscientos mil francos.

—Pues bien, ya está prevenido; su firma vale un cinco por ciento.

—Sí, pero he sido prevenido demasiado tarde —dijo Danglars—. He hecho honor a su firma.

—¡Bueno! —exclamó Montecristo—. He ahí otros doscientos mil francos que han ido a reunirse...

—¡Chist! —dijo Danglars—. No hable de esas cosas —y aproximándose a Montecristo añadió—: Sobre todo ante el señor Cavalcanti hijo —y el banquero, al pronunciar estas palabras, se giró sonriendo del lado del joven.

Morcerf había abandonado al conde para ir a hablar a su madre. Danglars le dejó para saludar a Cavalcanti hijo, y Montecristo se encontró solo un instante.

Sin embargo, el calor empezaba a ser excesivo.

Los criados circulaban en los salones con las bandejas llenas de frutos y helados.

Montecristo se enjugó el rostro con su pañuelo, pero retrocedió cuando la bandeja pasó por delante de él, y no tomó nada para refrescarse.

La señora de Morcerf no perdía de vista a Montecristo. Vio pasar la bandeja sin que la tocara; incluso se dio cuenta del movimiento que hizo para alejarse.

—Alberto —dijo ella—, ¿has notado una cosa?

—¿Cuál, madre mía?

—Que el conde nunca ha querido aceptar una comida en casa del señor de Morcerf.

—Sí, pero ha aceptado almorzar en mi casa, pues por ese almuerzo hizo su entrada en sociedad.

—En tu casa no es en casa del conde —murmuró Mercedes—, y desde que está aquí no hago más que observarlo.

—¿Y qué?

—Pues bien, que todavía no ha tomado nada.

—El conde es muy sobrio.

Mercedes sonrió tristemente.

—Acércate a él —dijo ella—, y a la primera bandeja que pase, insístele.

—¿Y eso por qué, madre mía?

—Hazme ese favor, Alberto —dijo Mercedes.

Alberto besó la mano a su madre y fue a situarse cerca del conde.

Otra bandeja pasó cargada como las anteriores; ella vio insistir a Alberto ante el conde, incluso cogió un helado y se lo presentó, pero Montecristo lo rechazó obstinadamente.

Alberto regresó junto a su madre; la condesa estaba muy pálida.

—Bien —dijo ella—. Ya ves, lo ha rechazado.

—Sí, pero, ¿en qué puede preocuparla eso?

—Ya lo sabes, Alberto, las mujeres somos muy singulares. Hubiera visto con placer que el conde cogiese algo en mi casa, aunque no fuese más que un grano de granada. Tal vez no esté habituado a las costumbres francesas; tal vez sus preferencias sean por otra cosa.

—¡Dios mío, no! Le he visto en Italia comer de todo; sin duda se encuentra indispuesto esta noche.

—Pues —dijo la condesa— teniendo la costumbre de habitar en climas cálidos, tal vez sea menos sensible al calor que los demás.

—No lo creo, porque se quejaba de ahogarse, y preguntaba por qué, ya que se han abierto las ventanas, no se abrieron, también, las celosías.

—En efecto —dijo Mercedes—, ése es un medio de asegurarme si su abstinencia es una postura adoptada.

Y salió del salón.

Un instante después las persianas se abrieron, y, a través de los jazmines y las clemátides que adornaban las ventanas, se pudo ver

todo el jardín iluminado con los farolillos y la cena servida bajo la tienda.

Bailarines y bailarinas, jugadores y conversadores lanzaron un grito de gozo: todos aquellos pulmones alterados respiraron con delicia el aire que entraba en oleadas.

Al mismo tiempo, Mercedes reapareció, más pálida de lo que había salido, pero con esa firmeza de rostro que era notable en ella en ciertas circunstancias. Se dirigió directamente al grupo cuyo centro lo formaba su marido.

—No encadene a estos señores aquí, señor conde —dijo ella—. Preferirán, ya que no juegan, respirar el aire del jardín en vez de ahogarse aquí.

—¡Ah, señora! —dijo un viejo general muy galante, que había cantado: *Partamos para Siria* en 1809—. No iremos solos al jardín.

—Está bien —dijo Mercedes—. Voy a dar el ejemplo.

Y se volvió hacia Montecristo.

—Señor conde —dijo—, ¿me hace el honor de ofrecerme su brazo?

El conde vaciló casi a las simples palabras; después miró un instante a Mercedes. Aquel momento tuvo la rapidez del rayo y sin embargo, a la condesa le pareció que duraba un siglo; tantos pensamientos había puesto Montecristo en aquella mirada.

Ofreció su brazo a la condesa; ella se apoyó, o para decirlo mejor, lo rozó con su mano delicada, y ambos descendieron uno de los escalones de la escalinata rodeada de rododendros y de camelias.

Tras ellos, y por otra escalinata, se lanzaron al jardín, con ruidosas exclamaciones de placer, una veintena de paseantes.

El pan y la sal

La señora de Morcerf entró con su compañero bajo una bóveda de follaje; esta bóveda era una alameda de tilos que conducía a un invernadero.

—Hacía demasiado calor en el salón, ¿no es cierto, señor conde? —dijo ella.

—Sí, señora; y su idea de hacer que abriesen puertas y ventanas ha sido excelente.

Al concluir estas palabras el conde se dio cuenta de que la mano de Mercedes temblaba.

—Pero usted, con ese vestido ligero y sin otro abrigo alrededor del cuello que ese echarpe de gasa, tal vez pase frío —dijo él.

—¿Sabe adónde le llevo? —dijo la condesa sin responder a la observación de Montecristo.

—No, señora —respondió éste—, pero ya ve que no hago resistencia.

—Al invernadero, que puede ver allá, al final de la alameda que seguimos.

El conde miró a Mercedes como para interrogarla, pero ella continuó su camino sin decir nada, y a su lado Montecristo permaneció mudo.

Llegaron al edificio, todo adornado de magníficos frutos que, desde principios de julio, alcanzaban su madurez bajo aquella temperatura siempre calculada para remplazar al calor del sol, tan frecuentemente ausente de entre nosotros.

La condesa abandonó el brazo de Montecristo y fue a coger de una cepa un racimo de uvas moscatel.

—Tenga, señor conde —dijo ella con una sonrisa tan triste que se podía ver que estaba a punto de llorar—. Tenga, nuestras uvas de Francia, que no son comparables, ya lo sé, a sus uvas de

Sicilia y de Chipre, pero usted será indulgente con nuestro pobre sol del norte.

El conde se inclinó y dio un paso hacia atrás.

—¿Me lo desprecia? —dijo Mercedes con voz temblorosa.

—Señora —respondió Montecristo—, le ruego que tenga a bien excusarme, però nunca como moscatel.

Mercedes dejó caer el racimo suspirando. Un melocotón magnífico colgaba en una espaldera vecina, madurado, como la cepa de viña, por aquel calor artificial del invernadero. Mercedes se aproximó al fruto aterciopelado y lo cogió.

—Coja este melocotón, entonces.

Pero el conde hizo el mismo gesto de rechazo.

—¡Oh! Todavía —dijo ella con un acento tan doloroso que se percibía que ahogaba un sollozo—. En verdad soy una desdichada.

Un prolongado silencio siguió a esta escena; el melocotón, como las uvas, había rodado entre la arena.

—Señor conde —dijo al fin Mercedes mirando a Montecristo con ojos suplicantes—. Existe una conmovedora costumbre árabe que hace amigos eternos a aquellos que han compartido el pan y la sal bajo el mismo techo.

—La conozco, señora —respondió el conde—, pero estamos en Francia y no en Arabia; y en Francia no hay amistades eternas como tampoco hay particiones de la sal y del pan.

—Pero, en fin —dijo la condesa palpitante y con los ojos fijos en los de Montecristo, a cuyo brazo casi se agarró convulsivamente con sus dos manos—. Nosotros somos amigos, ¿no es cierto?

La sangre se agolpó en el corazón del conde, que se puso pálido como un muerto, luego ascendió del corazón a la garganta, invadió sus mejillas y sus ojos nadaron en la oleada durante unos segundos, como los de un hombre que ha sufrido un desvanecimiento.

—Ciertamente somos amigos, señora —replicó—. Además, ¿por qué no habríamos de serlo?

Este tono estaba tan lejos del que deseaba la señora de Morcerf que se volvió para dejar escapar un suspiro, que más parecía un gemido.

—Gracias —dijo ella.

Y se puso a caminar nuevamente. Así fueron dando la vuelta al jardín sin pronunciar una sola palabra.

—Señor —agregó de pronto la condesa, después de diez minutos de paseo silencioso—. ¿Es cierto que ha visto usted tanto, que ha viajado tanto y que ha sufrido tanto?

—He sufrido mucho, sí, señora —respondió Montecristo.

—Pero, ¿ahora es usted feliz?

—Sin duda —respondió el conde—, porque nadie me oye quejarme.

—¿Y su dicha presente le dulcifica más el alma?

—Mi felicidad actual iguala mi miseria pasada —dijo el conde.

—¿No es usted casado? —preguntó la condesa.

—¿Yo, casado? —replicó Montecristo estremeciéndose—. ¿Quién ha podido decirle eso?

—No me lo han dicho, pero varias veces le han visto acompañar a la Ópera a una joven y hermosa mujer.

—Es una esclava que compré en Constantinopla, señora; una hija de príncipe, a la que trato como hija mía al no tener más afecto en el mundo.

—Así que vive solo.

—Vivo solo.

—¿No tiene usted un hermano..., un hijo..., un padre?

—No tengo a nadie.

—¿Cómo puede vivir así, sin tener nada que lo ate a esta vida?

—No es culpa mía, señora. En Malta amé a una joven con la que iba a casarme cuando vino la guerra y me llevó lejos de ella como un torbellino. Creí que ella me amaba lo suficiente para esperarme, para permanecer fiel incluso a mi tumba. Cuando regresé ya estaba casada. Esta es la historia de todo hombre que ha pasado por los veinte años. Posiblemente tenía el corazón más delicado que los demás, y he sufrido más que ellos en mi puesto, y eso es todo.

La condesa se detuvo un momento, como si tuviese necesidad de aquella parada para respirar.

—Sí —dijo ella— y aquel amor quedó en su corazón... No se ama más que una vez... ¿Y ha visto usted alguna vez a aquella mujer?

—Nunca

—¡Nunca!

—No regresaré jamás al país en que ella estaba.

—¿A Malta?

—Sí, a Malta.

—Entonces, ¿aún continúa en Malta?

—Supongo.

—¿Y la ha perdonado usted lo que le ha hecho sufrir?

—A ella, sí.

—Pero sólo a ella. ¿Usted continúa odiando a aquellos que le han separado de ella?

La condesa se situó frente a Montecristo; aún tenía en la mano un trozo del racimo de uvas.

—Tenga —le dijo.

—No como moscatel, señora —respondió Montecristo, como si no se hubiese tratado aquel tema entre ellos.

La condesa arrojó el racimo a un macizo próximo con un gesto de desesperación.

—¡Inflexible! —murmuró.

Montecristo permaneció tan impasible como si el reproche no le hubiese sido dirigido.

Alberto apareció corriendo en aquel momento.

—¡Oh! Madre mía —dijo—. Una gran desgracia.

—¿Qué? ¿Qué ha sucedido? —preguntó la condesa irguiéndose como si, tras el sueño, volviese a la realidad—. ¿Has dicho una desgracia? En efecto, tienen que suceder desgracias.

—El señor de Villefort está aquí.

—¿Y qué?

—Viene a buscar a su esposa y a su hija.

—¿Y eso por qué?

—Porque la señora marquesa de Saint-Méran acaba de llegar a París trayendo la noticia de que el señor de Saint-Méran murió al abandonar Marsella, en la primera parada. La señora de Villefort, que estaba muy alegre, no quería ni comprender ni creer en esta desgracia; pero la señorita Valentina, a las primeras palabras y pese a las precauciones adoptadas por su padre, lo ha adivinado todo: este golpe la ha tirado por tierra como un trueno, y ha caído desvanecida.

—¿Y qué es el señor de Saint-Méran de la señorita Villefort? —preguntó el conde.

—Su abuelo materno. Venía para apresurar el matrimonio de Franz y de su nieta.

—¡Ah! Cierto.

—¡Y la boda de Franz retrasada! ¿Por qué el señor de Saint-Méran no sería, también el abuelo de la señorita Danglars?

—¡Alberto, Alberto! —dijo la señora de Morcerf en un tono de dulce reproche—. ¿Cómo dices eso? ¡Ah, señor conde! Usted, por quien él tiene tan gran consideración, dígame que ha hablado mal.

Dio unos pasos hacia adelante.

Montecristo la miró tan extrañamente y con una expresión a la vez tan soñadora y tan lleno de afectuosa admiración, que ella retrocedió sobre sus pasos.

Entonces ella le cogió la mano al mismo tiempo que cogía la de su hijo, y juntando ambas, dijo:

—Somos amigos, ¿no es cierto?

—¡Oh! Su amigo, señora, no tengo esa pretensión —dijo el conde—, pero, en todo caso, soy su más respetuoso servidor.

La condesa partió con una indecible congoja; y antes de que hubiese dado diez pasos, el conde la vio llevarse el pañuelo a los ojos.

—¿Es que no está usted de acuerdo con mi madre? —preguntó Alberto, con asombro.

—Al contrario —respondió el conde—, ya que acababa de decirme delante de usted que somos amigos.

Y volvieron al salón que acababan de abandonar Valentina y el señor y la señora de Villefort.

No hace falta decir que Morrel también salió tras ellos.

La señora de Saint-Méran

En efecto, una escena lúgubre acababa de suceder en la casa del señor de Villefort.

Después de la partida de las dos damas para el baile, adonde por más que insistió la señora de Villefort no consiguió que su marido la acompañase, el procurador del rey se encerró como tenía por costumbre, en su despacho con una pila de legajos que hubiesen espantado a otro, pero que en este caso apenas bastaban para satisfacer su robusto apetito de trabajador.

Pero esta vez, los legajos eran pura fórmula. Villefort no se cerraba para trabajar, sino para reflexionar; y, cerrada la puerta y dada la orden de que no se le molestase para nada, se sentó en su sillón y se puso a repasar, una vez más, en su memoria todo lo que, desde hacía siete u ocho días, hacía derramarse la copa de sus sombríos pesares y de sus amargos recuerdos.

Entonces, en lugar de atacar los legajos apilados ante él, abrió un cajón de su escritorio, tocó uno secreto, y sacó el paquete de sus notas personales, manuscritos preciosos, entre los cuales tenía clasificados y etiquetados con cifras sólo conocidas por él los nombres de todos aquellos que, en su carrera política, en sus asuntos de negocios, en sus persecuciones del estrado o en sus amores misteriosos, se habían convertido en sus enemigos.

El número era tan formidable hoy que había empezado a temblar; y, sin embargo, todos aquellos nombres, por poderosos y formidables que fuesen, le habían hecho sonreír muchísimas veces, como sonríe el viajero que desde la elevada cumbre de la montaña mira a sus pies los picos agudos, los caminos impracticables y las aristas de los precipicios junto a los cuales, para llegar, ha tenido que caminar tanto y tan penosamente.

Cuando hubo repasado en su memoria todos aquellos nombres, cuando los hubo releído bien, cuando los hubo estudiado y comentado sobre las listas, sacudió la cabeza.

«No —murmuró—, ninguno de estos enemigos habría esperado paciente y laboriosamente hasta el día en que estamos, para venir a aplastarme con este secreto. Algunas veces, como dice Hamlet, el ruido de las cosas más profundamente escondidas sale de la tierra, y, como los fuegos del fósforo, corren locamente en el aire; pero esas son llamas que iluminan un instante para desvanecerse. La historia habrá sido contada por el corso a cualquier sacerdote, que la habrá relatado a su vez. El señor de Montecristo la habrá sabido y para aclararlo...

»Pero, ¿a qué viene el indagar? —prosiguió Villefort al cabo de un instante de reflexión—. ¿Qué interés tiene el señor de Montecristo, el señor Zaccane, hijo de un armador de Malta, explotador de una mina de plata en Tesalia, que acude por primera vez a Francia, en aclarar un hecho sombrío, misterioso e inútil como éste? En medio de los informes incoherentes que me ha dado ese abate Busoni y ese lord Wilmore, por ese amigo y ese enemigo, sólo una cosa queda bien clara, precisa y patente a mis ojos: en ningún tiempo, en ningún caso y en ninguna circunstancia ha podido haber el menor contacto entre él y yo.»

Pero Villefort se decía estas palabras sin creérselas. Lo más terrible para él, no era la revelación, porque podía negar o incluso responder; le inquietaba poco aquel *Mane, Thecel, Phares*, que aparecía de pronto en letras de sangre sobre las paredes; lo que más le inquietaba era conocer al cuerpo al que pertenecía la mano que las había trazado.

En el momento en que trataba de tranquilizarse, y en que, en lugar de aquel porvenir político entrevisto algunas veces en sus sueños de ambición se proponía, por temor a despertar aquel enemigo adormecido tanto tiempo, tener un futuro restringido a las alegrías del hogar, se oyó el ruido de un coche en el patio; luego escuchó en la escalera el caminar de una persona de edad, después los sollozos y los ¡ay! de los criados cuando quieren parecer interesados en el dolor de sus amos.

Se apresuró a descorrer el cerrojo de su despacho e inmediatamente, sin ser anunciada, entró una vieja señora, su chal sobre el brazo y su sombrero en la mano. Sus cabellos blancos descubrían una frente mate como el marfil amarillento, y sus ojos, cuyos ángu-

los la edad había surcado de arrugas profundas, casi desaparecían bajo la hinchazón del llanto.

—¡Oh, señor! —dijo ella—. ¡Ah, señor, qué desgracia! Yo también moriré. ¡Oh, sí! Seguro que moriré.

Y, cayendo sobre el sillón más próximo a la puerta, estalló en sollozos.

Los criados, de pie en el umbral y sin atreverse a alejarse, miraban al antiguo servidor de Noirtier, quien, habiendo oído ruido en la habitación de su amo, también se apresuró y se mantenía detrás de los otros. Villefort se levantó y corrió hacia su suegra, pues era ella.

—¡Oh, Dios mío! Señora —preguntó—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué la transtorna así? ¿No la acompaña el señor de Saint-Méran?

—El señor de Saint-Méran ha muerto —dijo la anciana marquesa sin preámbulos, sin expresión y con una especie de estupor.

Villefort retrocedió un paso y golpeó sus manos, una contra otra.

—¡Muerto! —balbució—, ¿muerto, así..., súbitamente?

—Hace ocho días —continuó la señora de Saint-Méran— subimos juntos en un coche después de comer. El señor de Saint-Méran estaba indispuesto desde hacía algunos días, sin embargo, la idea de volver a ver a nuestra querida Valentina le tenía animoso, y pese a sus dolores, tenía deseos de partir. A seis leguas de Marsella, después de tomar sus acostumbradas pastillas, se apoderó de él un sueño tan profundo que no me parecía natural; sin embargo, dudé en despertarlo cuando me pareció que su rostro se amorataba y las venas de sus sienes latían más violentamente que de costumbre. No obstante, como la noche estaba encima y no veía muy bien, le dejé dormir; muy pronto lanzó un grito sordo y desgarrador, como el de un hombre que sufre en sueños, y volvió de un brusco movimiento su cabeza hacia atrás. Llamé al ayuda de cámara, hice que se detuviese el postillón, llamé al señor de Saint-Méran, le hice respirar mi frasco de sales, pero todo estaba concluido: estaba muerto, y al lado de su cadáver llegué a Aix.

Villefort permaneció estupefacto y con la boca abierta.

—¿Y sin duda, llamaría usted a un médico?

—Inmediatamente; pero como ya le he dicho, era demasiado tarde.

—Sin duda; pero al menos podía reconocer de qué enfermedad murió el pobre marqués.

—¡Dios mío! Sí, señor; me lo dijo. Al parecer fue una apoplejía fulminante.

—¿Y entonces, qué hizo usted?

—El señor de Saint-Méran siempre había dicho que si moría lejos de París, deseaba que su cuerpo fuese conducido al panteón de la familia. Lo hice meter en un ataúd de plomo, y le precedo sólo algunos días.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pobre madre! —dijo Villefort—. ¡Semejantes cuidados después de tal golpe, y a su edad!

—Dios me ha dado fuerzas suficientes para llegar hasta el fin; por otra parte, mi querido marqués, seguro que hubiese hecho por mí lo que yo hago por él. Es cierto que desde que lo dejé allá, creo que me he vuelto loca. No puedo llorar; es cierto que a mi edad ya no hay lágrimas, según dicen; sin embargo, me parece que en tanto se sufra debería llorarse. ¿Dónde está Valentina, señor? Por ella veníamos. Quiero ver a Valentina.

Villefort pensó que sería espantoso responder que Valentina se encontraba en el baile; solamente dijo a la marquesa que su nieta había salido con su madrastra y que iba a visitarlas.

—Inmediatamente, señor, inmediatamente, se lo ruego —dijo la anciana dama.

Villefort tomó del brazo a la señora de Saint-Méran y la condujo a sus aposentos.

—Descanse un poco —dijo—, madre mía.

La marquesa levantó la cabeza a esta palabra, y viendo que aquel hombre le recordaba su hija tan querida que revivía para ella en Valentina, se sintió conmovida por el nombre de madre, se deshizo en lágrimas y cayó de rodillas en un sillón en el que hundió su cabeza venerable.

Villefort la recomendó a los cuidados de las doncellas mientras el viejo Barrois volvía todo asustado junto a su dueño; porque nada espanta tanto a los viejos como cuando la muerte abandona un instante su lado para ir a golpear a otro viejo. Luego, mientras la señora de Saint-Méran continuaba arrodillada y rezando, envió a buscar un coche y él mismo fue a recoger a casa de la señora de Morcerf a su esposa y a su hija. Estaba tan pálido cuando apareció en la puerta del salón que Valentina corrió a él gritando:

—¡Oh! Padre mío, ¿ha sucedido alguna desgracia?

—Tu abuela acaba de llegar, Valentina —dijo el señor de Villefort.

—¿Y mi abuelo? —preguntó la muchacha temblando.

El señor de Villefort no respondió y se limitó a ofrecer el brazo a su hija.

Fue a tiempo; Valentina, sobrecogida de un vértigo, vaciló; la señora de Villefort se apresuró a sostenerla, y ayudó a su marido a transportarla hacia el coche, diciendo:

—¡Qué extraño es eso! ¡Quién lo hubiera sospechado! ¡Oh! Sí. ¡Qué cosa más extraña!

Y toda aquella familia desolada desapareció así, arrojando su tristeza, como un velo negro, sobre los demás convidados.

Al pie de la escalera. Valentina encontró a Barrois esperándola.

—El señor Noirtier desearía verla esta noche —le dijo en voz baja.

—Dígale que iré en cuanto salga del cuarto de mi abuela —dijo Valentina.

La joven, en la delicadeza de su alma, había comprendido que quien más necesidad tenía de ella en aquel instante era la señora de Saint-Méran.

Valentina encontró a su abuela en la cama; mudas caricias, gemidos, suspiros entrecortados y lágrimas ardientes fueron los únicos detalles para contar de esta entrevista, a la cual asistía, cogida del brazo de su marido, la señora de Villefort, llena de respeto, al menos aparente, para la pobre viuda.

Al cabo de un instante, ella se inclinó al oído de su marido:

—Con su permiso —dijo—, será mejor que me retire, pues mi presencia parece que aún aflige más a su suegra.

La señora de Saint-Méran la oyó.

—Sí, sí —dijo ella al oído de Valentina—, que se vaya, pero tú quédate.

La señora de Villefort salió, y Valentina permaneció sola junto al lecho de su abuela, porque el procurador del rey, consternado con esta muerte imprevista, siguió a su mujer.

Entretanto Barrois había subido la primera vez al cuarto de Noirtier; éste había oído todo el ruido que se hacía en la casa y envió, como ya dijimos, al viejo servidor para informarse.

A su vuelta, aquel ojo tan vivo y sobre todo tan inteligente, interrogó al mensajero:

—¡Ay, señor! —dijo Barrois—. Ha sucedido una gran desgracia. La señora de Saint-Méran está aquí y su marido ha muerto.

El señor de Saint-Méran y Noirtier jamás habían tenido una gran amistad; sin embargo, ya se sabe el efecto que siempre causa en un viejo la muerte de otro viejo.

Noirtier dejó caer su cabeza sobre su pecho, como un hombre acabado o como un hombre que piensa, luego cerró un solo ojo.

—¿La señorita Valentina? —dijo Barrois.

Noirtier hizo señas de que sí.

—Está en el baile, el señor ya lo sabe, pues ella vino a despedirse muy arreglada.

Noirtier cerró de nuevo su ojo izquierdo.

—Sí, ¿quiere usted verla?

El anciano hizo señas de que era aquello lo que deseaba.

—Pues bien, irán a buscarla en seguida a casa de la señora de Morcerf; yo la esperaré a su regreso, y le diré que suba a verlo, ¿no es así?

—Sí —respondió el paralítico.

Barrois espío el regreso de Valentina, y, como la vimos, le expuso el deseo de su abuelo.

En virtud de lo expuesto, Valentina subió al cuarto de Noirtier al salir de junto la señora de Saint-Méran, quien, a pesar de lo agitada que estaba, terminó sucumbiendo a la fatiga y se durmió con sueño febril.

Habían acercado al alcance de su mano una mesita sobre la que pusieron un jarro de naranjada, su bebida habitual, y un vaso.

Luego, como ya dijimos, la muchacha había abandonado la cama de la marquesa para subir junto a Noirtier.

Valentina fue a besar al anciano, que la miraba tan tiernamente que la muchacha sintió nuevamente llenarse sus ojos de lágrimas.

El anciano insistió con su mirada.

—Sí, sí —dijo Valentina—, quieres decir que siempre tengo un buen abuelo, ¿no es eso?

El anciano respondió que efectivamente era eso lo que su mirada quería decir.

—¡Ay! Felizmente —agregó Valentina—, sin eso, ¿qué sería de mí?

Era la una de la madrugada, Barrois que tenía deseos de irse a dormir, hizo observar que después de una noche tan dolorosa todo

el mundo tenía necesidad de reposo. El anciano no quiso decir que su único descanso consistía en ver a su nieta; así pues, despidió a Valentina, a quien, efectivamente, el dolor y el cansancio le daban aspecto de sufrimiento.

Al día siguiente, al entrar en el cuarto de su abuela, Valentina encontró a ésta en la cama; la fiebre no se había calmado; por el contrario, un fuego sombrío brillaba en los ojos de la anciana marquesa, y ella parecía presa de una violenta irritación nerviosa.

—¡Oh, Dios mío! Mi buena mamá, ¿sufre más? —exclamó Valentina dándose cuenta de todos los síntomas de su agitación.

—No, hija mía, no —dijo la señora de Saint-Méran—, pero esperaba con impaciencia que llegases para enviarte a buscar a tu padre.

—¿Mi padre? —preguntó Valentina inquieta.

—Sí, quiero hablarle.

Valentina no se atrevió a oponerse al deseo de su abuela, cuya causa ignoraba, y un instante después entró Villefort.

—Señor —dijo la señora de Saint-Méran sin emplear ningún circunloquio, y como si creyese temer que el tiempo le faltaba—, se trata, usted nos lo escribió, de casar a esta niña.

—Sí, señora —respondió Villefort—. Es más que un proyecto, es una convicción.

—¿Su yerno se llama Franz d'Epinay?

—Sí, señora.

—¿Y es el hijo del general d'Epinay, que era de los nuestros y que fue asesinado unos días antes de que el usurpador regresase de la isla de Elba?

—Es ese mismo.

—¿Su alianza con la nieta de un jacobino no le repugna?

—Nuestras disensiones civiles, afortunadamente se han extinguido, madre mía —dijo Villefort—. El señor d'Epinay era casi un niño a la muerte de su padre; conocía muy poco al señor Noirtier, y lo verá si no con placer, al menos con indiferencia.

—¿Es un buen partido?

—Bajo todos los aspectos.

—¿Es joven...?

—Goza de la consideración general.

—¿Es conveniente?

—Es uno de los hombres más distinguidos que conozco.

Durante toda esta conversación, Valentina permanecía muda.

—Pues bien, señor —dijo después de algunos segundos de reflexión la señora de Saint-Méran—, es preciso que se apresure, porque no tengo mucho tiempo de vida.

—¡Usted, señora! ¡Usted, buena mamá! —exclamaron a la vez el señor de Villefort y Valentina.

—Sé lo que digo —replicó la marquesa—. Es preciso que se apresure a fin de que, no habiendo madre, haya, por lo menos, su abuela para bendecir ese matrimonio. Soy la única que existe del lado de mi pobre Renée, que usted ha olvidado tan pronto, señor.

—¡Ah, señora! —dijo Villefort—. Olvida usted que había que dar una madre a esta pobre niña, que no la tenía.

—¡Una madrastra no es nunca una madre, señor! Pero no se trata de eso ahora, sino de Valentina; dejemos los muertos en paz.

Todo esto se decía con tal volubilidad y tal acento, que había algo en esta conversación que se parecía a un principio de delirio.

—Se hará según su deseo, señora —dijo Villefort—, y mayormente cuando su deseo está de acuerdo con el mío. Tan pronto llegue el señor d'Épinay a París...

—Mi buena madre —dijo Valentina—, las conveniencias de luto tan reciente... ¿Querría usted hacer un matrimonio bajo tan tristes auspicios?

—Hija mía —interrumpió la abuela con viveza—, sobran esos razonamientos inútiles que impiden a los espíritus débiles construir sólidamente su futuro. Yo también fui casada en el lecho de muerte de mi madre, y no he sido desgraciada por eso.

—¡Todavía esa idea de muerte, señora! —agregó Villefort.

—¡Todavía! ¡Y siempre!... Le digo que voy a morir, ¿entiende? Pues bien, antes de morir, quiero haber visto a mi yerno; quiero ordenarle que haga feliz a mi nieta; quiero leer en sus ojos si piensa obedecerme; en fin, deseo conocerle —continuó la abuela con una expresión espantosa—. Para venir desde el fondo de mi tumba a encontrarle si no es lo que debe ser, ni hace lo que debe hacer.

—Señora —dijo Villefort—, tiene que alejar de su mente esas ideas exaltadas, que bordean la locura. Los muertos, una vez enterrados en sus tumbas, descansan sin volver a levantarse más.

—¡Oh! Sí, sí, buena madre, cálmate —dijo Valentina.

—Y yo, señor, le digo que no es nada como usted cree. Esta noche he dormido con un sueño terrible; porque dormía como si

mi alma ya hubiese salido de mi cuerpo; mis ojos, que me esforzaba en abrir, se cerraban a pesar mío; y, sin embargo, sé bien que todo eso parece imposible, sobre todo a usted, señor. Pues bien, con mis ojos cerrados he visto, en el mismo lugar en que usted se encuentra, viniendo de ese rincón en que hay una puerta que da al tocador de la señora de Villefort, he visto entrar sin ruido una forma blanca. Valentina lanzó un grito.

—Era la fiebre que la agitaba, señora —dijo Villefort.

—Dude si quiere, pero estoy segura de lo que digo; he visto una forma blanca, y como si Dios temiese que yo rechazase el testimonio de uno solo de mis sentidos, he oído remover mi vaso, mire, mire ese mismo que está ahí, sobre la mesita.

—¡Oh! Buena madre, era un sueño.

—Se parecía tan poco a un sueño que cuando alargué la mano hacia la campanilla la sombra desapareció. Entonces entró la doncella con una luz. Los fantasmas no se aparecen más que a los que deben verlos: era el alma de mi marido. Pues bien, si el alma de mi marido ha venido para llamarme, ¿por qué mi alma no habría de venir para defender a mi hija? Los lazos aún son más directos, me parece.

—¡Oh, señora! —dijo Villefort, conmovido, a su pesar, hasta el fondo de sus entrañas—. No dé crédito a esas ideas tan lúgubres. Usted vivirá con nosotros, vivirá largo tiempo feliz, amada, honrada y le haremos olvidar...

—¡Jamás, jamás, jamás! —dijo la marquesa—. ¿Cuándo regresa el señor d'Epinay?

—Lo esperamos de un momento a otro.

—Está bien; en cuanto haya llegado, avíseme. Apresurémonos, apresurémonos. Luego, también quisiera ver a un notario para asegurarme de que todos nuestros bienes pasarán a Valentina.

—¡Oh! Madre mía —murmuró Valentina apoyando sus labios sobre la frente calenturienta de la abuela—. ¿Quiere que muera? ¡Dios mío! Tiene usted fiebre. No es a un notario al que se debe llamar, sino a un médico.

—¿Un médico? —dijo ella encogiéndose de hombros—. Yo no sufro, sólo tengo sed, eso es todo.

—¿Qué bebe usted, buena mamá?

—Como siempre, ya lo sabes bien, mi naranjada. Mi vaso está sobre la mesita, pásamelo, Valentina.

Valentina sirvió naranjada de la jarra en el vaso y lo tomó con cierto temor para entregárselo a su abuela, porque era el mismo vaso que ella pretendía fue tocado por la sombra.

La marquesa vació el vaso de un solo trago.

Después se volvió sobre su almohada repitiendo:

—¡El notario, el notario!

El señor de Villefort salió. Valentina se sentó junto a la cabecera de su abuela. La pobre muchacha parecía tener gran necesidad para ella misma del médico que recomendaba para su abuela. Un sonrojo parecido a una llama abrasaba sus mejillas, su respiración era corta y anhelante, y su pulso latía como si tuviese fiebre.

Y es que pensaba, la pobre niña, en la desesperación de Maximilien cuando supiese que la señora de Saint-Méran, en vez de ser una aliada, actuaba, sin saberlo, como si fuera su enemiga.

Más de una vez Valentina había pensado en decir todo a su abuela, y no hubiese dudado si Maximilien Morrel se hubiese llamado Alberto de Morcerf o Raúl de Chateau Renaud; pero Morrel era de origen plebeyo, y Valentina conocía el desprecio que la orgullosa marquesa de Saint-Méran tenía por todo lo que no pertenecía a su raza. Su secreto, por consiguiente, en el momento en que debía aflorar, era hundido en su corazón por aquella triste certeza de que lo revelaría inútilmente, y que una vez conocido éste por su padre y su madrastra todo estaría perdido.

Transcurrieron así casi dos horas. La señora de Saint-Méran dormía con un sueño ardiente y agitado. Se anunció al notario.

Aunque este anuncio fue hecho en voz muy baja, la señora de Saint-Méran se incorporó sobre su almohada.

—¿El notario? —dijo—. ¡Qué venga, que venga!

El notario se encontraba a la puerta y entró.

—Márchate, Valentina —dijo la señora de Saint-Méran—, y déjame con el señor.

—Pero, madre mía...

—Márchate, márchate.

La muchacha besó a su abuela en la frente y salió con el pañuelo en los ojos.

A la puerta encontró al ayuda de cámara que le dijo que el médico esperaba en el salón.

Valentina descendió rápidamente. El médico era un amigo de la familia, y al mismo tiempo uno de los hombres más hábiles de la

época; quería mucho a Valentina, a quien había visto venir al mundo. Tenía una hija de la misma edad que la señorita de Villefort, pero nacida de una madre tísica; su vida era un continuo temor respecto a su hija.

—¡Oh! —dijo Valentina—. Querido señor de Avrigny, le esperábamos con sumà impaciencia. Pero, antes que nada, ¿cómo se encuentra Magdalena y Antoñita?

Magdalena era la hija del señor de Avrigny, y Antoñita su sobrina.

El señor de Avrigny sonrió tristemente.

—Antoñita, muy bien —dijo— y bastante bien Magdalena. Pero, usted me envió a buscar, ¿no es eso? Supongo que no será por su padre ni por la señora de Villefort que estén enfermos, ¿verdad? En cuanto a usted, aunque se vea que no puedo hacer nada por sus nervios, presumo que no tiene necesidad de mí más que para recomendarle que no se deje llevar demasiado por su imaginación en divagaciones.

Valentina se sonrojó; el señor de Avrigny llevaba la ciencia de la adivinación casi hasta el milagro, porque era uno de esos médicos que siempre tratan lo físico por la parte moral.

—No —dijo ella—, es para mi pobre abuela. Ya sabe usted la desgracia que nos ha ocurrido, ¿verdad?

—No sé nada —respondió el señor de Avrigny.

—¡Ay! —dijo Valentina conteniendo sus sollozos—. Mi abuelo ha muerto.

—¿El señor de Saint-Méran?

—Sí.

—¿Súbitamente?

—De un ataque de apoplejía fulminante.

—¿De una apoplejía? —repitió el médico.

—Sí. De manera que a mi pobre abuela se le ha metido la idea de que su marido, a quien no ha abandonado nunca, la llama y ella quiere ir a reunirse con él. ¡Oh, señor de Avrigny, le recomiendo encarecidamente a mi pobre abuela!

—¿Dónde se encuentra?

—En su habitación con el notario.

—¿Y el señor Noirtier?

—Siempre lo mismo, una lucidez de espíritu perfecta, pero la misma inmovilidad y el mismo mutismo.

—¿Y el mismo cariño por usted, no es cierto, mi querida niña?

—Sí —dijo Valentina suspirando—. Me quiere mucho.

—¿Quién no ha de quererla?

Valentina sonrió tristemente.

—¿Y qué experimenta su abuela?

—Una excitación nerviosa muy extraña, un sueño agitado y raro. Esta mañana pretendía que, durante su sueño, su alma había salido de su cuerpo y la miraba dormir: es el delirio. Pretendió haber visto un fantasma entrando en su habitación y haber oído el ruido que hacía el pretendido fantasma tocando su vaso.

—Es extraño —dijo el doctor—. No sabía que la señora de Saint-Méran padeciese esas alucinaciones.

—Es la primera vez que la he visto así —dijo Valentina—, y esta mañana me ha causado mucho miedo; creí que estaba loca. Y mi padre, también; usted ya conoce a mi padre por su seriedad, pues bien, mi padre también parecía muy impresionado.

—Vamos a verla —dijo el señor de Avrigny—. Lo que usted me dice parece muy extraño.

El notario descendía; vinieron a avisar a Valentina de que su abuela estaba sola.

—Suba —dijo ella al doctor.

—¿Y usted?

—¡Oh! Yo no me atrevo; me prohibió que enviase a buscarlo. Además, usted ya lo ha dicho, estoy muy fatigada, febril, indispuesta, y voy a dar una vuelta por el jardín para tranquilizarme.

El doctor estrechó la mano de Valentina, y mientras él subía a la habitación de su abuela, la muchacha descendía la escalinata.

No tenemos necesidad de decir que parte del jardín constituía el paseo favorito de Valentina. Después de haber dado dos o tres vueltas por el parterre que rodeaba la casa, después de recoger una rosa para ponérsela en la cintura o en los cabellos, se metió bajo la alameda sombría que conducía al banco, y del banco a la verja.

Esta vez Valentina dio dos o tres vueltas, según su costumbre, alrededor de sus flores, pero sin recogerlas; la tristeza de su corazón, que aún no había tenido ocasión de desahogarse con nadie, rechazaba aquel sencillo ornamento. Luego se encaminó hacia su avenida. A medida que avanzaba le pareció oír una voz que pronunciaba su nombre. Se detuvo asombrada.

Entonces aquella voz llegó más clara a su oído y pudo reconocer la de Maximilien.

La promesa

En efecto, era Morrel, que desde la víspera no podía vivir. Con ese instinto particular de los amantes y de las madres, había adivinado que iba a pasar algo en casa de Villefort después del regreso de la señora de Saint-Méran y de la muerte del marqués; algo que interesaba a su amor por Valentina.

Como se verá, sus presentimientos se habían realizado, y ya no era una simple inquietud lo que le conducía tan preocupado y tan tembloroso a la verja de los castaños.

Pero Valentina no estaba advertida de esta espera de Morrel; no era aquélla la hora en que solía acudir corrientemente, y fue una pura casualidad, o si se quiere mejor, una feliz coincidencia, lo que la condujo al jardín. Cuando ella apareció Morrel la llamó, y ella corrió a la verja.

—¿Tú a estas horas? —dijo ella.

—Sí, pobre amiga —respondió Morrel—. Vengo a buscar y a traer malas noticias.

—¡Esta es la casa de la desgracia! —dijo Valentina—. Habla, Maximilien. Pero te aseguro que la suma de dolores ya es bastante.

—Querida Valentina —dijo Morrel tratando de contener su propia emoción para hablar adecuadamente—, escúchame bien, te lo ruego, porque todo lo que voy a decirte es grave. ¿En qué época piensas casarte?

—Escucha —dijo a su vez Valentina—, no quiero ocultarte nada, Maximilien. Esta mañana se ha hablado de mi matrimonio, y mi abuela, con la cual había contado como un apoyo que no me fallaría, no sólo se ha pronunciado a favor de ese matrimonio, sino que desea tanto el regreso del señor d'Epínay que al día siguiente de su llegada ya será firmado el contrato. .

Un penoso suspiro abrió el pecho del joven, quien miró larga y tristemente a la muchacha.

—¡Ay! —añadió en voz baja—. Es espantoso oír decir tranquilamente a la mujer que se ama: «El momento de tu suplicio está fijado, tendrá lugar dentro de unas horas; pero no importa, es preciso que sea así, y por mi parte, no opondré ninguna oposición». Pues bien, ya que me dices que nada más se espera al señor d'Epínay para firmar el contrato, puesto que tú serás de él al día siguiente de su llegada; mañana serás suya, porque el señor d'Epínay llegó a París esta mañana.

Valentina lanzó un grito.

—Estaba en casa del conde de Montecristo hará una hora —dijo Morrel—. Hablábamos, él del dolor de tu casa y yo del tuyo, cuando de pronto entró un coche en el patio. Escucha, hasta entonces no creía en los presentimientos, Valentina; pero ahora es preciso creer. Al oír el ruido de aquel coche tuve un estremecimiento; en seguida oí pasos en la escalera. Los retumbantes pasos del comendador no asustaron tanto a don Juan, como me aterrorizaron aquéllos a mí. En fin, la puerta se abrió; Alberto de Morcerf entró primero, e iba a dudar de mí, iba a creer que me había equivocado, cuando tras él apareció otro joven al que exclamó el conde: «¡Ah! El señor barón d'Epínay!». Todas mis fuerzas y todo mi ánimo los reuní para contenerme. Tal vez palidecí, o seguramente temblé; pero estoy seguro de que permanecí con la sonrisa en los labios. Pero cinco minutos después salí sin haber oído ni una sola palabra de lo que se dijo durante aquel tiempo; estaba anonadado.

—¡Pobre Maximilien! —murmuró Valentina.

—Y aquí estoy, Valentina. Veamos, ahora, respóndeme como al hombre a quien van a sentenciar a muerte o a vida. ¿Qué piensas hacer?

Valentina bajó la cabeza; estaba anonadada.

—Escucha —dijo Morrel—, ya no es la primera vez que piensas en la situación a que hemos llegado: es grave, perentoria, suprema. No creo que sea el momento de abandonarse a un dolor estéril: eso está bien para los que quieren sufrir a su gusto y beberse a gusto sus lágrimas. Hay personas para eso, y Dios, sin duda, tendrá en cuenta en el cielo su resignación en la tierra; pero el que se sienta con voluntad de luchar no pierde un tiempo precioso y devuelve inmediatamente a la suerte el golpe que le ha dado. ¿Tienes

deseos de luchar contra tu mala suerte, Valentina? Dilo, porque eso es lo que vengo a preguntarte.

Valentina se estremeció y miró a Morrel con ojos espantados. Aquella idea de oponerse a su padre, a su abuela, y a toda su familia, ni siquiera se le había ocurrido.

—¿Qué me estás diciendo, Maximilien? —preguntó Valentina—. ¿A qué llamas tú luchar? ¡Oh! Estás diciendo un sacrilegio. ¿Cómo? ¿Luchar yo contra una orden de mi padre, contra el deseo de mi abuela moribunda? ¡Eso es imposible!

Morrel hizo un movimiento.

—Eres demasiado noble de corazón para comprenderme, y me entiendes tan bien, mi querido Maximilien, que te veo reducido al silencio. ¡Luchar yo! ¡Dios me libre! No, no; guardo todas mis fuerzas para luchar contra mí misma y para beber mis lágrimas, como dices. En cuanto a afligir a mi padre y a turbar los últimos momentos de mi abuela, ¡nunca!

—Tienes toda la razón —dijo flemáticamente Morrel.

—¿Cómo me dices eso, Dios mío! —exclamó Valentina, herida.

—Le digo eso, como hombre que la admira, señorita —replicó Maximilien.

—¡Señorita! —exclamó Valentina—. ¡Señorita! ¡Oh, el egoísta! Me ve en la desesperación y finge no comprenderme.

—Te equivocas, y por el contrario, te comprendo perfectamente. Tú no quieres contrariar al señor de Villefort, tampoco quieres desobedecer a la marquesa, y mañana firmarás el contrato que debe unirte a tu marido.

—Pero, ¡Dios mío! ¿Es que puedo hacer otra cosa?

—No hay que acudir a mí, señorita, porque soy un mal juez en esta causa, y mi egoísmo me cegará —respondió Morrel, cuya voz sorda y sus puños cerrados anunciaban su creciente desesperación.

—¿Qué me hubieses propuesto, entonces, Morrel, si me hubiese encontrado dispuesta a aceptar tu proposición? Veamos, responde. No se trata de decir haces mal, hay que dar un consejo.

—¿Dices en serio eso, Valentina, te debo dar ese consejo? Dilo.

—Seguramente, querido Maximilien, porque si es bueno lo seguiré. Ya sabes perfectamente que soy devota de tu cariño.

—Valentina —dijo Morrel acabando de desprender una tabla medio desunida—. Dame tu mano en prueba de que perdonas mi cólera. Tengo la cabeza trastornada, ya lo ves, y desde hace una ho-

ra sólo se me ocurren ideas insensatas. ¡Oh! En el caso en que rechazases mi consejo.

—¿Y bien, ese consejo?

—Ahora, Valentina.

La muchacha levantó los ojos al cielo y lanzó un suspiro.

—Soy libre —añadió Maximilien—, soy bastante rico para nosotros dos; te juro que serás mi esposa antes de que mis labios se hayan posado sobre tu frente.

—Me haces temblar —dijo la muchacha.

—Sígueme —continuó Morrel—. Te llevo a casa de mi hermana, que es digna de ser tu hermana; nos embarcaremos para Argelia, para Inglaterra, para América, si no quieres que nos retiremos juntos a cualquier provincia en donde esperaremos para regresar a París cuando nuestros amigos hayan vencido la oposición de tu familia.

Valentina sacudió la cabeza.

—Ya me lo suponía, Maximilien —dijo ella—. Ése es un consejo de insensato, y yo aún lo sería más si no te detuviese inmediatamente con esta única palabra: Imposible, Morrel, imposible.

—¿Seguirás, pues, tu suerte, tal como sea y sin siquiera intentar combatirla? —dijo Morrel ensombrecido.

—Sí, aunque debiese morir.

—¡Pues bien, Valentina! —replicó Maximilien—. Volveré a repetir que tienes razón. En efecto, yo soy el loco, y tú me demuestras que la pasión ciega los espíritus más justos. Gracias, pues, ya que tú razonas sin pasión. Sea, ya está entendido; mañana serás irrevocablemente prometida al señor Franz d'Epinay, no por esa formalidad teatral inventada para desenredar las obras de teatro y que llaman firma del contrato, sino por tu propia voluntad.

—¡De nuevo me desesperas, Maximilien! —dijo Valentina—. Una vez más, revuelves el puñal en la herida. ¿Qué harías tú, dilo, si tu hermana escuchase un consejo como el que acabas de darme?

—Señorita —añadió Morrel con una sonrisa amarga—. Soy un egoísta, usted lo ha dicho, y en mi calidad de egoísta, no pienso en lo que harían los demás en mi caso, sino en lo que haré yo. Pienso que hace un año que te conozco y que he puesto, desde el día en que te conocí todas mis esperanzas de felicidad en tu amor; que llegó un día en el que me dijiste que me amabas, y que desde entonces cifré todas mis esperanzas futuras en tu posesión: eso era mi vida. Aho-

ra ya no pienso nada, me digo, sólo, que la suerte ha cambiado, que esperaba ganar el cielo y que lo he perdido. Todos los días sucede que un jugador pierde, no sólo lo que tenía, sino hasta lo que no tiene.

Morrel pronunció estas palabras con mucha calma; Valentina le miró un instante con sus grandes ojos interrogadores, tratando de no dejar penetrar en los de Morrel la turbación que iba sintiendo en el fondo de su pecho.

—Pero, en fin, ¿qué vas a hacer? —preguntó Valentina.

—Voy a tener el honor de decirte adiós, señorita, poniendo a Dios, que oye mis palabras y lee en mi corazón, por testigo de que te deseo una vida tranquila, muy feliz y muy completa para que no haya sitio para mi recuerdo.

—¡Oh! —murmuró Valentina.

—Adiós, Valentina, adiós —dijo Morrel inclinándose.

—¿Adónde vas? —gritó alargando su mano a través de la verja y cogiendo a Maximilien por su traje, pues la muchacha comprendía que la calma de su amado no podía ser real—. ¿Adónde vas?

—Voy a ocuparme de no aportar una nueva turbación a tu familia, y dar un ejemplo que podrán seguir todos los hombres honrados y devotos que se encuentren en mi posición.

—Antes de dejarme, dime qué vas a hacer, Maximilien.

El joven sonrió tristemente.

—¡Oh! Habla, habla —pidió Valentina—. Te lo ruego.

—¿Tu resolución ha cambiado, Valentina?

—No puede cambiar, desdichado. ¡Lo sabes perfectamente! —exclamó la muchacha.

—Entonces, adiós, Valentina.

Valentina sacudió la verja con una fuerza que nadie le hubiera creído; y como Morrel se alejaba, pasó sus dos manos a través de la verja y las juntó retorciéndose los brazos.

—¿Qué vas a hacer? ¡Quiero saberlo! —exclamó ella—. ¿Adónde vas?

—¡Oh! Estate tranquila —dijo Maximilien deteniéndose a tres pasos de la puerta—, mi intención es la de no hacer responsable a nadie de los rigores de mi suerte. Otro te amenazaría con ir al encuentro de Franz, provocarlo y batirse con él, pero eso es insensato. ¿Qué tiene que ver Franz en todo esto? Me ha visto esta mañana por primera vez y ya se ha olvidado de mí; ni siquiera sabía que

existía cuando se hizo el convenio entre vuestras familias para que uno fuese del otro. No tengo nada contra Franz, y te lo juro, no iré en su busca.

—Pero, ¿con quién la vas a tomar? ¿Conmigo?

—¿Contigo, Valentina? ¡Oh, Dios me libre! La mujer es sagrada; y la mujer que se ama, una santa.

—Entonces, ¿será sobre ti, desdichado?

—¿No soy yo el culpable, acaso? —dijo Morrel.

—Maximilien —dijo Valentina—. Maximilien, ven aquí, lo quiero.

Maximilien se aproximó con una dulce sonrisa, y a no ser por su palidez, se hubiese creído que estaba en su estado normal.

—Escúchame, mi querida, mi adorada Valentina —dijo con su voz melodiosa y grave—, las personas como nosotros que nunca han tenido que enrojecer ante los hombres, ni delante de sus padres ni ante Dios; las personas como nosotros pueden leer en el corazón de uno o del otro como en un libro abierto. No me he dado a lo novelesco, ni soy un héroe romántico, ni me pongo como un Manfredo ni un Antony; pero sin palabras, sin protestas y sin juramentos, he puesto mi vida en ti; tú me faltas, y obras con mucha razón, te lo he dicho y lo repito en fin, tú me faltas y mi vida está perdida. Desde el momento en que tú te alejas de mí, Valentina, yo me quedo solo en el mundo. Mi hermana es feliz junto a su marido; su marido no es más que mi cuñado, es decir un hombre emparentado conmigo según las leyes sociales; nadie tiene, pues, necesidad de mí en la tierra y mi existencia es inútil. He aquí lo que haré: voy a esperar hasta el último segundo a que estés casada, porque no quiero perder la sombra de una de esas casualidades imprevistas que a veces nos guarda el azar. El señor Franz puede morir de aquí a entonces, puede caer un rayo en el altar en el momento de aproximarnos; en fin, todo parece posible para un condenado a muerte, y para él no son imposibles los milagros que tratan de salvar la vida. Esperaré, pues, hasta el último momento, y cuando mi desgracia sea cierta, sin remedio, sin esperanza, escribiré una carta confidencial a mi cuñado, otra al prefecto de policía para comunicarle mi deseo, y en un rincón de cualquier bosque, en la orilla de cualquier fosa o al borde de cualquier río, me saltaré la tapa de los sesos; tan seguro como soy el hijo del hombre más honrado que haya vivido en Francia.

Un estremecimiento convulsivo agitó los miembros de Valentina; dejó la verja que agarraba con sus manos, sus brazos cayeron a sus costados, y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

El joven permaneció delante de ella, sombrío y resuelto.

—¡Oh! Por piedad, por piedad —dijo ella—. Vivirás, ¿verdad?

—No, palabra de honor —dijo Maximilien—. Pero, ¿qué te importa? Tú habrás cumplido con tu deber, y tu conciencia no te remorderá.

Valentina cayó de rodillas conteniendo su corazón que se destrozaba.

—Maximilien —dijo ella—, Maximilien, amigo mío, mi hermano sobre la tierra, mi verdadero esposo en el cielo, te lo ruego; haz como yo, vive con el sufrimiento. Un día u otro tal vez nos reunamos.

—¡Adiós, Valentina! —repitió Morrel.

—¡Dios mío! —exclamó Valentina levantando sus manos al cielo con sublime expresión—. Ya lo ves, he hecho todo lo posible para ser una hija sumisa; he rogado, suplicado, implorado; él no ha escuchado mis ruegos ni mis súplicas ni mis lágrimas. ¡Pues bien! —continuó ella enjugándose las lágrimas y recobrando su firmeza—. Pues bien, no quiero morir de remordimientos, prefiero morir de vergüenza. Tú vivirás, Maximilien, y yo no seré de nadie más que de ti. ¿A qué hora? ¿En qué momento? ¿Es inmediatamente? Habla, ordena, estoy lista.

Morrel, que nuevamente había dado unos pasos para alejarse, regresó, y, pálido de alegría, el corazón palpitante de gozo, alargó a través de la verja sus dos manos a Valentina.

—Valentina —dijo—, querida amiga, no debes hablarme así, o si no déjame morir. ¿Por qué te has de entregar a la violencia si me amas como yo te amo? ¿Me obligas a vivir por compasión, no es eso? En ese caso, prefiero morir.

—En realidad —murmuró Valentina—. ¿Quién me ama en el mundo? Él. ¿Quién me ha consolado en todos mis dolores? Él. ¿Sobre quién reposan mis esperanzas, sobre quién se detiene mi vista espantada, sobre quién descansa mi corazón afligido? Sobre él, siempre sobre él. Pues bien, tú tienes razón, a tu vez; Maximilien, te seguiré, abandonaré la casa paterna, todo. ¡Cuán ingrata soy! —exclamó Valentina sollozando—. ¡Todo!... ¡Incluso me olvidaba de mi abuelo!

—No —dijo Maximilien—, tú no le abandonarás. El señor Noirtier ha demostrado simpatía por mí, según dijiste; pues bien,

antes de huir le dirás todo; su consentimiento será tu escudo ante Dios; después, cuando estemos casados, vendrá con nosotros y en vez de un hijo tendrá dos. Me has dicho como le hablabas y te respondía; también yo aprenderé muy pronto ese lenguaje de los signos, sí, Valentina. ¡Oh! Te lo juro, en vez de la desesperación que no espera, te prometo la felicidad.

—¡Oh! Mira, Maximilien, mira cuán grande es tu poder sobre mí que casi me haces creer en lo que dices, y sin embargo, lo que me estás diciendo es insensato, porque mi padre me maldecirá, jamás me perdonará. Así, pues, escúchame, Maximilien, si por artificio, por súplica, por accidente, qué sé yo; en fin, si por algún medio se retrasase la boda, me esperarías, ¿no es cierto?

—Sí, te lo juro, como tú me juras que ese horrible matrimonio no se celebrará nunca, y que, aún arrastrándote ante el magistrado, y ante el sacerdote, ¿dirás que no?

—Te lo juro, Maximilien, por lo más sagrado del mundo, por mi madre.

—Entonces, esperaremos —dijo Morrel.

—Sí, esperaremos —replicó Valentina, que respiraba ante esta palabra—. Hay tantas cosas que pueden salvar a dos desgraciados como nosotros.

—Me fío de ti, Valentina —dijo Morrel—, todo lo que hagas estará bien hecho; sólo si son desoídas tus súplicas, si tu padre, si la señora de Saint-Méran exigen que el señor d'Epínay sea llamado mañana a firmar el contrato...

—Entonces, tienes mi palabra, Morrel.

—En vez de firmar...

—Vendré a reunirme contigo y huiremos; pero de aquí a entonces no tentemos a Dios, Morrel; no nos veamos más. Es milagro, providencial que no hayamos sido sorprendidos; si supiesen que nos vemos no tendríamos ninguna salida.

—Tienes razón, Valentina; pero cómo saber...

—Por el notario, el señor Deschamps.

—Le conozco.

—Y por mí. Te escribiré, créeme. ¡Dios mío! Este matrimonio, Maximilien, me es tan odioso como a ti.

—Bien, bien. Gracias, mi Valentina adorada —añadió Morrel—. Entonces está dicho todo; una vez sepa la hora, vendré aquí, tú saltarás ese muro en mis brazos; la cosa no puede ser más fácil. Un co-

che nos esperará en la puerta del huerto, tú subirás conmigo, te conduciré a casa de mi hermana; allí, desconocidos si así te conviene o pregonándolo si así lo deseas, demostraremos nuestra fuerza y nuestra voluntad, y no nos dejaremos degollar como el cordero que no se defiende más que con suspiros.

—Sea —dijo Valentina—, a mi vez, yo te diré: Maximilien, lo que hagas estará bien hecho.

—¡Oh!

—¿Y bien? ¿Estás contento de tu mujer? —dijo tristemente la joven.

—Mi Valentina adorada, es poco decir que sí.

—Dilo siempre.

Valentina se había aproximado, o más bien había acercado sus labios a la verja, y sus palabras se deslizaban con su aliento perfumado hasta los labios de Morrel, que pegaba su boca al otro lado de la fría e inexorable pared.

—Hasta la vista —dijo Valentina arrancándose a aquella dicha—. Hasta la vista.

—¿Tendré una carta tuya?

—Sí.

—¡Gracias, querida mujer! ¡Hasta la vista!

Se escuchó el ruido de un beso inocente y perdido y Valentina escapó bajo los tilos.

Morrel oyó los últimos ruidos de su falda rozando la alameda, de sus pies haciendo crujir la arena, y levantó los ojos al cielo con una inefable sonrisa para dar gracias al Creador por permitir que le amasen así, y desapareció a su vez.

El joven regresó a su casa y esperó durante todo lo que quedaba de día y durante toda la jornada del día siguiente sin recibir nada. Al fin, hacia las diez de la mañana del siguiente día, cuando iba a dirigirse a casa del notario señor Deschamps, recibió por Correos una carta que reconoció como de Valentina, aunque nunca había visto su letra.

Estaba concebida en los siguientes términos:

«Lágrimas, súplicas y ruegos no han conseguido nada. Ayer, durante dos horas estuve en la iglesia de Saint Philippe du Roule, y durante dos horas he rogado a Dios con todo mi corazón; Dios es tan insensible como los hombres, y la firma del contrato se ha fijado para esta noche a las nueve.

»No tengo más que una palabra, como no tengo más que un corazón, Morrel, y esa palabra te ha sido dada: ese corazón es tuyo.

»Esta noche, pues, a las nueve menos cuarto, en la verja.

»Tu mujer,

»*Valentina de Villefort*».

«P. D. — Mi pobre abuela va de mal en peor; ayer, su exaltación se hizo delirio; hoy, su delirio se volvió casi locura.

»¿Me querrás mucho, no es cierto, Morrel, para hacerme olvidar que la he abandonado en este estado?

»Creo que se oculta a mi abuelo Noirtier que la firma del contrato debe celebrarse esta noche.»

Morrel no se limitó a los informes que le daba Valentina; fue a casa del notario, que le confirmó la noticia de la firma del contrato para aquella noche a las nueve.

Después pasó por casa de Montecristo; allí aún supo más. Franz había acudido a anunciarle la solemnidad; por su parte, la señora de Villefort había escrito al conde para rogarle que le excusara si no le invitaba; pero la muerte del señor de Saint-Méran y el estado en que se encontraba su viuda ponían aquella reunión un velo de tristeza con el cual no quería ensombrecer la frente del conde, a quien deseaba toda clase de felicidad.

La víspera, Franz había sido presentado a la señora de Saint-Méran, que había abandonado el lecho para esta presentación y que volvió a acostarse en seguida.

Morrel, es fácil de comprender, estaba en un estado de agitación que no podía escapar a la mirada penetrante del conde; también Montecristo estuvo con él más afectuoso que nunca; tan cordial que Maximilien estuvo a punto de decirle todo en dos o tres ocasiones. Pero se acordó de la promesa dada a Valentina, y su secreto permaneció en el fondo de su corazón.

El joven releyó veinte veces durante el día la carta de Valentina. Era la primera vez que ella le escribía, ¡y en qué ocasión! Cada vez que releía esta carta, Maximilien renovaba en el propósito de hacer feliz a Valentina. En efecto, ¡qué temeridad tiene la joven que toma una resolución tan valerosa! ¡Qué abnegación no merece de parte de aquel a quien se ha sacrificado todo! ¡Y cómo realmente

para su amante debe ser el primero y más digno objeto de su culto! A la vez es reina y mujer, y no hay alma suficiente para darle gracias y amarla.

Morrel pensaba, con inexplicable agitación, en el momento en que Valentina llegase a decirle:

—¡Aquí me tienes, Maximilien! ¡Cógeme!

Había organizado todo para la huida; dos escalas habían sido ocultas en la cabaña del huerto; un cabriolé que debía conducir personalmente Maximilien, esperaba, sin criados y sin luces, al volver la primera calle encenderían las linternas, porque no era cosa de que, por exceso de precauciones, cayesen en manos de la policía.

De vez en cuando se estremecía el cuerpo de Morrel; pensaba en el instante en que, al lado de la tapia, ayudaría a Valentina en su descenso, y en que la sentiría temblorosa y abandonada en sus brazos como jamás la había cogido al tomarla de la mano y besar la punta de su dedo.

Pero cuando llegó la tarde, cuando Morrel sintió que se aproximaba la hora, experimentó la necesidad de estar solo; su sangre hervía, las simples preguntas, la sola voz de un amigo le hubiese irritado; se encerró en su casa y trató de leer, pero su mirada se deslizaba por las páginas sin comprender nada; acabó por arrojar el libro y volver a proyectar por segunda vez su plan, sus escalas y su huerto.

Al fin llegó la hora.

Jamás hombre enamorado dejó a los relojes hacer tan tranquilizante su recorrido; Morrel atormentó a los suyos hasta que dieron las siete y media desde las seis. Entonces se dijo que era hora de partir, que las nueve eran realmente la hora de la firma del contrato, pero que sin duda alguna Valentina no esperaría aquella firma inútil; en consecuencia, Morrel, después de haber salido de la calle Meslay a las siete y media de su reloj, entró en el huerto cuando daban las ocho en Saint Philippe du Roule.

El caballo y el cabriolé fueron ocultos tras una pequeña cabaña en ruinas en la cual solía esconderse Morrel.

Poco a poco fue declinando el día, y las hojas del jardín se apelmazaron en gruesas matas de un negro opaco.

Entonces, Morrel salió de su escondite y fue a mirar, con el corazón palpitante, por el agujero de la verja; aún no había nadie.

Las ocho y media sonaron.

Transcurrió una media hora de espera; Morrel se paseaba de un lado a otro, y a intervalos cada vez más breves acudía a mirar por entre los tablones. El jardín se oscurecía cada vez más; pero en la oscuridad buscaba inútilmente la falda blanca, y en el silencio escuchaba en vano el ruido de pasos.

La casa que se percibía a través del follaje permanecía sombría y no presentaba ninguna de las características de una casa que se abre para un acontecimiento tan importante como es la firma de un contrato de bodas.

Morrel consultó su reloj, que marcaba las nueve y tres cuartos; pero casi inmediatamente la misma voz del reloj, ya oída dos o tres veces, rectificó el error de su reloj dando las nueve y media.

Ya era media hora de espera más de lo que había fijado la misma Valentina; ella dijo las nueve, más bien antes que después.

Éste fue el momento más terrible para el corazón del joven, sobre el cual cada segundo caía como un martillo de plomo.

El más débil ruido del follaje, el menor susurro del viento llegados a su oído le hacían subir el sudor a su frente; entonces, estremeciéndose, se agarraba a su escala, y para no perder tiempo, ponía el pie sobre el primer peldaño.

En medio de estas alternativas de temor y esperanza, en medio de estas dilaciones y de estos encogimientos de corazón, sonaron las diez en la iglesia.

«¡Oh! — murmuró Maximilien, con terror—. Es imposible que la firma de un contrato dure tanto tiempo, a menos que haya acontecimientos imprevistos. He calculado todas las probabilidades y el tiempo que llevan las formalidades; algo ha pasado.»

Y entonces, tan pronto se paseaba con agitación delante de la verja como iba a apoyar su frente sobre el hierro helado. ¿Se había desvanecido Valentina después del contrato ¿había sido detenida en su fuga? Éstas eran las únicas hipótesis en que podía pensar el joven y las dos le desesperaban.

Se obstinó en la idea de que en medio de su huida habían faltado las fuerzas a Valentina, y ella había caído desvanecida en medio de cualquier alameda.

—¡Oh! Si es así, la perdería por culpa mía —exclamó, abalanzándose a lo alto de la escala.

El demonio había soplado esta idea que no le dejaba y le seguía atormentando con esa tenacidad que hace de ciertas dudas convic-

ciones al cabo de un instante de pensar en ellas. Sus ojos que buscaban en la oscuridad creyeron percibir, bajo la sombría alameda, un objeto yacente; Morrel se aventuró hasta a llamarla, y le pareció que el viento le traía hasta una queja inarticulada.

Al fin sonó la media a su vez; era imposible esperar más tiempo, todo era posible; las sienes de Maximilien latían con fuerza, espesas nubes pasaban ante sus ojos; montó sobre la tapia y saltó al otro lado.

Estaba en casa de Villefort, y acababa de entrar en ella por escalamiento; pensó en las consecuencias que podía tener semejante acción, pero no había llegado hasta allí para retroceder.

En un instante se puso al otro lado del macizo. Desde aquel punto se divisaba la casa.

Entonces, Morrel se aseguró de una cosa que ya había supuesto al deslizar su mirada a través de los árboles, que en vez de las luces que pensaba ver brillar en todas las ventanas, como es natural en los días de ceremonia, no vio más que la masa gris y velada todavía por una gran cortina sombría que proyectaba una nube inmensa interpuesta ante la luna.

Una luz pasaba de cuando en cuando como perdida, por delante de tres ventanas del primer piso. Esas tres ventanas pertenecían a los aposentos de la señora de Saint-Méran.

Otra luz permanecía inmóvil tras de los cortinajes rojos. Estos cortinajes eran los del dormitorio de la señora de Villefort.

Morrell adivinó todo esto. Infinidad de veces, para seguir a Valentina con su pensamiento a todas las horas del día, infinidad de veces, decíamos, se había hecho el plano de aquella casa y sin haberla visto la conocía.

El joven aún se asustó más ante esta oscuridad y aquel silencio que por la ausencia de Valentina.

Perdido, loco de dolor, decidió arrostrarlo todo para volver a ver a Valentina y asegurarse de la desgracia que presentía, cualquiera que fuese. Morrel alcanzó los límites del macizo y se disponía a atravesar lo más rápidamente posible el parterre, completamente descubierto, cuando un sonido de voces bastante alejadas, pero que el viento le traía, llegó hasta él.

A este ruido dio un paso atrás; casi había salido del enramado, y volvió a internarse en él permaneciendo inmóvil y completamente silencioso en la oscuridad.

Su resolución había sido tomada: si era Valentina sola, la advertiría a su paso; si iba acompañada, al menos la vería y se aseguraría de que no le había sucedido ninguna desgracia; si eran extraños, escucharía algunas palabras de su conversación y llegaría a comprender aquel misterio, incomprensible hasta el momento.

Entonces salió la luna de la nube que la ocultaba, y sobre la puerta de la escalinata, Morrel vio aparecer a Villefort seguido de un hombre vestido de negro. Ambos descendieron los peldaños y avanzaron hacia el macizo. No habían dado cuatro pasos cuando Morrel reconoció en aquel hombre vestido de negro al doctor d'Avrigny.

Al verlos venir hacia él, el joven retrocedió maquinalmente ante ellos hasta que encontró el tronco de un sicomoro que formaba el centro del macizo; allí se vio obligado a detenerse.

Pronto dejó de rechinar la arena bajo la pisada de los dos paseantes.

—¡Ah, mi querido doctor! —dijo el procurador del rey—. El cielo se declara en contra de mi casa. ¡Qué muerte más horrible! ¡Qué rayo! No trate de consolarme... ¡Ay! La herida está demasiado viva y es muy profunda. ¡Muerte, muerte!

Un sudor frío heló la frente del joven e hizo rechinar sus dientes. ¿Quién, pues, había muerto en la casa que el mismo Villefort consideraba maldita?

—Mi querido señor de Villefort —respondió el médico, con un acento que aumentaba el terror del joven—. No le he traído hasta aquí para consolarle, sino para todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el procurador del rey asustado.

—Me refiero a que tras la desgracia que acaba de sucederle, aún hay algo tal vez mucho más grande.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Villefort, juntando las manos—. ¿Qué va a decir todavía?

—¿Estamos completamente solos, amigo mío?

—¡Oh, sí! Bien solos. Pero, ¿qué significan todas estas precauciones?

—Significan que tengo una confidencia terrible que hacerle —dijo el doctor—. Sentémonos.

Villefort cayó más que se sentó en un banco. El doctor permaneció de pie delante de él, con una mano apoyada sobre su hombro.

Morrel, muerto de espanto, tenía una mano sobre su frente y con la otra contenía su corazón, del que temía que oyesen sus latidos.

«¡Muerta, muerta!», repetía su pensamiento con la voz de su corazón.

Y el mismo se sentía morir.

—Hable, doctor, le escucho —dijo Villefort—. Golpee, estoy preparado a todo.

—La señora de Saint-Méran sin duda era anciana, pero gozaba de una salud excelente.

Morrel respiró por primera vez desde hacía diez minutos.

—La tristeza la ha matado —dijo Villefort—. Sí, la tristeza, doctor. ¡Esa costumbre de vivir cuarenta años con el marqués!

—No ha sido la tristeza, mi querido Villefort —dijo el doctor—. La tristeza puede matar, aunque los casos sean raros, pero no mata en un día, ni tampoco en unas horas y menos en diez minutos.

Villefort no respondió nada; sólo levantó la cabeza que había tenido bajada hasta entonces, y miró al doctor con ojos espantados.

—¿Estuvo usted presente durante la agonía? —preguntó el señor d'Avrigny.

—Sin duda —respondió el procurador del rey—. Usted me dijo en voz baja que no me alejase.

—¿Ha notado usted los síntomas del mal a que ha sucumbido la señora de Saint-Méran?

—Ciertamente; la señora de Saint-Méran ha tenido tres ataques sucesivos en pocos minutos, y cada vez han sido más próximos y graves. Cuando usted llegó la señora de Saint-Méran ya hacía unos minutos que estaba jadeante; había tenido una crisis que yo tomé por un simple ataque de nervios; pero empecé a espantarme realmente cuando la vi incorporarse sobre su lecho, con los miembros y el cuello tiesos. Entonces, al ver su cara, comprendí que la cosa era más grave de lo que creía. Pasada la crisis busqué sus ojos, pero no los encontré. Usted tenía el pulso, contaba los latidos y apareció la segunda crisis, cuando usted aún no se había vuelto hacia mí. Esta segunda crisis fue peor que la primera: los mismos movimientos nerviosos se reprodujeron, y la boca se contrajo y se volvió violácea. A la tercera, expiró. Ya, desde el fin de la primera, había reconocido el tétanos; usted me confirmó en esta opinión.

—Sí, delante de todo el mundo —replicó el doctor—. Pero ahora estamos solos.

—¿Qué va usted a decirme, Dios mío?

—Que los síntomas del tétanos y del envenenamiento por materias vegetales son absolutamente los mismos.

El señor de Villefort se levantó sobre sus pies; después, tras un instante de inmovilidad y de silencio, volvió a caer sobre el banco.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. Doctor, ¿piensa usted bien en lo que me ha dicho?

Morrel no sabía si estaba soñando o despierto.

—Escuche —dijo el doctor—, conozco la importancia de mi declaración y el carácter del hombre a quien se la hago.

—¿Es al magistrado o al amigo a quien habla? —preguntó Villefort.

—Al amigo, al amigo sólo en este momento; la relación que existe entre los síntomas del tétanos y del envenenamiento por sustancias vegetales son tan idénticos que si me hiciese firmar lo que he dicho, dudaría. Así, pues, se lo repito; no es al magistrado a quien me dirijo, sino al amigo. Pues bien, al amigo le digo: durante los tres cuartos de hora que ha durado la agonía he estudiado las convulsiones y la muerte de la señora de Saint-Méran. Pues bien, en mi convicción, no sólo la señora de Saint-Méran ha muerto envenenada, sino que aún diría, sí, diría qué veneno la ha matado.

—¡Señor, señor!

—Todo ha sido como usted vio, somnolencia interrumpida por crisis nerviosas, sobreexcitaciones cerebrales y torpeza de los centros. La señora de Saint-Méran ha sucumbido ante una violenta dosis de brucina o de estricnina, que por casualidad, sin duda, o por equivocación, han podido administrarle. Villefort cogió la mano del doctor.

—¡Oh, eso es imposible! —dijo—. Estoy soñando, Dios mío... Sueño. Es espantoso oír decir cosas semejantes a un hombre como usted. En el nombre del cielo, se lo suplico, querido doctor, dígame que puede equivocarse.

—Sin duda, claro que puedo; sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Que no lo creo.

—Doctor, tenga piedad de mí; desde hace algunos días me suceden tantas cosas inauditas, que creo posible volverme loco.

—¿Ha visto algún otro, que no haya sido yo, a la señora de Saint-Méran?

—Nadie.

—¿Han enviado a casa del farmacéutico alguna receta que no me haya sido sometida a consulta?

—Ninguna.

—¿La señora de Saint-Méran tiene enemigos?

—No se los conozco.

—¿Quién puede tener interés en su muerte?

—No, Dios mío, no; mi hija es su única heredera, sólo Valentina... ¡Oh! Si semejante pensamiento pudiera ocurrírseme, me apuñalaría para castigar a mi corazón por haber podido abrigar un solo instante semejante pensamiento.

—¡Oh! —exclamó a su vez el señor d'Avrigny—. Mi querido amigo, Dios me libre de acusar a nadie, no hablo más que de un accidente, compréndalo bien, de un error. Pero accidente o error, el hecho es el que habla en voz baja a mi conciencia, y el que quiere que mi conciencia hable alto. Infórmese usted.

—¿A quién? ¿Cómo? ¿De qué?

—Veamos... Barrois, el viejo criado, ¿no se habrá equivocado y habrá dado a la señora de Saint-Méran alguna poción preparada para su amo?

—¿Para mi padre?

—Sí.

—Pero, ¿cómo puede envenenar a la señora de Saint-Méran una poción preparada para el señor Noirtier?

—Nada más sencillo. Usted ya sabe que en ciertas enfermedades los venenos se convierten en un remedio; la parálisis es una de esas enfermedades. Hará cosa de unos tres meses, después de haber empleado todo para devolver el movimiento y la palabra al señor Noirtier, me decidí a intentar un último medio desde hace tres meses, dijo, lo trato con brucina; así, pues, en la última poción ordené que entrasen seis centigramos; estos seis centigramos no tienen acción sobre los miembros paralíticos del señor Noirtier, y a los cuales, por otra parte, ya está acostumbrado por las sucesivas dosis; pero seis centigramos bastan para matar a otra persona.

—Mi querido doctor, no existe ninguna comunicación entre el aposento del señor Noirtier y el de la señora de Saint-Méran, y Barrois jamás ha entrado en el dormitorio de mi suegra. En fin, doctor, le diré que, a pesar de que sepa que es usted el hombre más concienzudo y el más hábil del mundo, y aunque en cualquier

circunstancia su palabra sea para mí una llama que me guía al igual que la luz del sol. Pues bien, doctor... Tengo necesidad, a pesar de esta convicción, de apoyarme en este axioma *errare humanum est*.

—Escuche, Villefort —dijo el doctor—, ¿existe alguno de mis compañeros en quien tenga usted tanta confianza como en mí?

—¿Por qué dice eso? ¿Adónde quiere usted llegar?

—Llámele, le diré lo que he visto, lo que he notado, y haremos la autopsia.

—¿Y usted encontrará rastros de veneno?

—No, nada de veneno; no he dicho eso, pero constataremos la alteración del sistema nervioso, reconoceremos la asfixia patente, incontestable, y diremos: Querido Villefort, si es por negligencia como ha sucedido, vigile a sus criados; si es por odio, vigile a sus enemigos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué me propone usted d'Avrigny? —respondió Villefort, abatido—. Desde el momento en que haya otro en el secreto, vendrá una encuesta necesariamente, y una encuesta en mi casa, ¡imposible! Por lo tanto —continuó el procurador del rey, recobrándose y mirando al médico con inquietud—, por lo tanto, si usted quiere, si lo exige absolutamente, lo haré. En efecto, posiblemente deba esperar las consecuencias de este asunto; mi carácter me lo ordena. Pero, doctor, me ve usted abatido de dolor, e introducir en mi casa tanto escándalo después de tanto dolor... ¡Oh, mi mujer y mi hija morirían! Y yo, doctor, usted lo sabe, no llega un hombre a ser procurador del rey durante veinticinco años sin acarrearle buen número de enemigos; los míos son numerosos. Este asunto constituiría para ellos un triunfo que les haría saltar de alegría, y a mí me cubriría de vergüenza. Doctor, perdóneme estas ideas mundanas... Si usted fuese un sacerdote, no me atrevería a decirle esto; pero usted es un hombre, usted conoce a los hombres... Doctor, doctor, usted no me ha dicho nada, ¿no es cierto?

—Mi querido señor de Villefort —respondió el doctor, conmovido—, mi primer deber es la humanidad. Yo hubiese salvado a la señora de Saint-Méran si la ciencia hubiera tenido poder para hacerlo, pero ella está muerta y me debo a los vivos. Enterremos en lo más profundo de nuestros corazones este secreto. Me permitiré, si alguien indaga, que se impute a mi ignorancia el silencio que he guardado sobre esto. Sin embargo, señor, busque continuamente, busque activamente, porque puede que esto no se detenga ahí. Y

cuando usted haya encontrado al culpable, si usted lo logra, yo le diré: Usted es magistrado, haga lo que le parezca.

—¡Oh, gracias, gracias, doctor! —dijo Villefort, con una alegría indecible—. Jamás he tenido un amigo mejor que usted.

Y como si temiera que el doctor d'Avrigny se retractase de esta concesión, se levantó y lo acompañó hacia la casa.

Ambos se alejaron.

Morrel, como si tuviese necesidad de respirar, sacó su cabeza de entre las ramas; la luna iluminó aquel rostro tan pálido que se le hubiese tomado por un fantasma.

—¡Dios me proteja! —dijo—. Pero... y Valentina... ¡Pobre amiga! ¿Resistirá ella tanto dolor?

Diciendo estas palabras, miraba alternativamente a las cortinas rojas y a las tres ventanas de los cortinajes blancos.

La luz casi había desaparecido por completo de la ventana de las cortinas rojas. Sin duda, la señora de Villefort acababa de apagar su lámpara y sólo la lamparilla enviaba sus reflejos a los cristales.

En la extremidad del edificio vio abrirse una de las tres ventanas de cortinas blancas. Una bujía colocada sobre la chimenea arrojó fuera algunos rayos de su pálida luz, y una sombra fue a acodarse un instante en el balcón.

Morrel se estremeció; le pareció haber escuchado un sollozo.

No era extraño que aquella alma ordinariamente tan animosa y tan fuerte, ahora se turbase y se exaltara ante las dos pasiones humanas más fuertes, el amor y el miedo, y se debilitase al punto de sufrir alucinaciones supersticiosas.

Aunque era imposible que la mirada de Valentina lo distinguiese, oculto como estaba, creyó oírse llamar por la sombra de la ventana; su espíritu turbado se lo decía, y su corazón ardiente lo repetía. Aquel doble error era una realidad irresistible, y por uno de esos incomprensibles impulsos juveniles, saltó fuera de su escondite, y en dos zancadas, aun a riesgo de ser visto, o de asustar a Valentina, a riesgo de dar la alarma ante cualquier grito escapado a la muchacha, franqueó el parterre que la luna hacía amplio y blanco como un lago, y alcanzó la fila de macetas de naranjos que se extendían a lo largo de la casa, subió los peldaños de la escalinata, y empujó la puerta, que se abrió sin resistencia.

Valentina no le había visto; sus ojos levantados al cielo seguían una nube plateada que se deslizaba en el azul, y cuya forma era la

de una sombra que ascendía al cielo; su espíritu poético y exaltado le decía que era el alma de su abuela.

Entretanto, Morrel había atravesado la antesala y encontrado la rampa de la escalera; las alfombras extendidas sobre los escalones amortiguaban sus pasos; por otra parte, Morrel había llegado a tal punto de exaltación que la presencia del señor de Villefort incluso no le hubiese asustado. Si el señor de Villefort se hubiese presentado ante él, su resolución estaba tomada: se acercaría a él y le confesaría todo, rogándole que le escuchase y aprobase aquel amor que unía a su hija y a él; Morrel estaba loco.

Por suerte, no vio a nadie.

Entonces fue cuando le sirvieron realmente las descripciones que Valentina le había dado del plano interior de la casa; llegó sin accidente a lo alto de la escalera, y una vez allí, cuando se orientaba, un sollozo, del que reconoció la expresión, le indicó el camino que debía seguir; se volvió, una puerta entreabierta dejaba llegar hasta él un reflejo de luz y el sonido de la voz sollozante. Empujó la puerta y entró.

Al fondo de una alcoba, bajo la sábana blanca que cubría su cabeza y dibujaba su forma, yacía la muerta, más espantosa aún a los ojos de Morrel desde la revelación del secreto que el azar quiso entregarle.

Al lado de la cama, de rodillas, la cabeza hundida en los cojines de una amplia almohona, se estremecía Valentina deshecha en sollozos, extendiendo por encima de su cabeza, que no se veía, sus dos manos juntas y tiesas.

Había abandonado la ventana que continuaba abierta, y rezaba en voz alta con acentos que hubiesen conmovido al corazón más insensato; la palabra se escapaba de sus labios rápida, incoherente, ininteligible de tanto dolor como cerraba su garganta con sus quemantes apretones.

La luna se deslizaba a través de la abertura de las persianas, hacía palidecer la claridad de la bujía y azulaba con tintes fúnebres aquel cuadro de desolación.

Morrel no pudo resistir aquel espectáculo; no era de una piedad ejemplar, ni fácil de impresionar, pero Valentina sufriendo, llorando, retorciéndose los brazos ante él, era más de lo que podía soportar en silencio. Lanzó un suspiro, murmuró un nombre, y una cabeza anegada en llanto y amoratada por el terciopelo del sillón, una cabeza de Magdalena de Corregio, se levantó y quedó vuelta hacia él.

Valentina le vio y no manifestó ningún asombro. No existían más emociones intermedias en un corazón desolado por la suprema desesperación.

Morrel alargó la mano a su amiga. Valentina, por toda excusa de no haberlo ido a buscar, le mostró el cadáver yaciendo bajo la sábana, y empezó a sollozar.

Ni uno ni otro se atrevían a hablar en aquella habitación. Cada uno duda en romper aquel silencio que parecía ordenar la muerte, de pie en un rincón y con el dedo sobre los labios.

Por fin, Valentina fue la primera en romperlo.

—Amigo —dijo ella—, ¿cómo estás aquí? ¡Ay! Yo te diría, sé bien venido, si no fuese la muerte quien te ha abierto la puerta de esta casa.

—Valentina estaba allí desde las ocho y media —dijo Morrel, con voz temblorosa y las manos juntas—. No te veía venir, la inquietud se apoderó de mí, salté por encima del muro y penetré en el jardín. Entonces oí las voces que hablaban del fatal accidente...

—¿Qué voces? —dijo ella.

Morrel se estremeció, porque toda la conversación del doctor y del señor de Villefort apareció en su memoria, y a través de la sábana creía ver aquellos brazos retorcidos, aquel cuello tieso y aquellos labios amoratados.

—La voz de tus criados me lo comunicaron todo —dijo.

—Pero venir hasta aquí significa perdernos, amigo mío —dijo Valentina, sin espanto y sin cólera.

—Perdóname —respondió Morrel en el mismo tono—. Me retiraré.

—No. Te encontrarían, quédate —dijo Valentina.

—Pero, ¿y si vienen?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Nadie vendrá —dijo—. Estate tranquilo, ésa es nuestra salvaguardia.

Y ella enseñó la forma del cadáver moldeado por la sábana.

—Pero, ¿qué ha sucedido al señor d'Epinay? Dímelo, te lo suplico —añadió Morrel.

—El señor Franz llegó para firmar el contrato en el momento en que mi querida abuela daba su último suspiro.

—¡Ay! —dijo Morrel, con un sentimiento de alegría egoísta, porque pensaba que aquella muerte retardaba indefinidamente el matrimonio de Valentina.

—Pero lo que aumenta mi dolor —continuó la muchacha, como si esta emoción debiese recibir en el mismo instante su castigo— es que mi pobre abuela, al morir, ordenó que terminasen mi boda lo más pronto posible. ¡También ella, Dios mío, creyendo protegerme, ha actuado contra mí!

—Escucha —dijo Morrel.

Los dos jóvenes guardaron silencio.

Se oyó abrir una puerta, y unos pasos resonaron en el pasillo y en los peldaños de la escalera.

—Es mi padre que sale de su despacho —dijo Valentina.

—Y que acompaña al doctor —añadió Morrel.

—¿Cómo sabes tú que es el doctor? —preguntó Valentina, asombrada.

—Lo supongo —dijo Morrel

Valentina miró al joven.

Entretanto, se oyó la puerta de la calle cerrándose. El señor de Villefort dio una vuelta a la llave en la del jardín y luego subió la escalera.

Llegó hasta la antesala, se detuvo un instante, como si dudase de si debía entrar en sus habitaciones o en la de la señora de Saint-Méran. Morrel se colocó detrás de un postigo. Valentina no hizo ningún movimiento; se hubiese dicho que un supremo dolor la ponía por encima de todos los ordinarios.

El señor de Villefort entró en sus aposentos.

—Ahora —dijo Valentina— ya no puedes salir ni por la puerta del jardín ni por la de la calle.

Morrel miró a la muchacha con asombro.

—Ahora —prosiguió ella— no hay más que una salida permitida y segura: la del aposento de mi abuelo. Ella se levantó.

—Ven —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Maximilien.

—Junto a mi abuelo.

—¿Yo con el señor Noirtier?

—Sí.

—¿Tú sueñas, Valentina?

—Estoy soñando desde hace tiempo. No tengo más que ese amigo en el mundo, y ambos tenemos necesidad de él. Ven.

—Ten cuidado, Valentina —dijo Morrel, vacilando ante lo que le ordenaba la muchacha—. Ya se me ha caído la venda de los ojos.

Al venir aquí he cometido una locura. ¿Conservas bien toda tu razón, querida amiga?

—Sí —dijo Valentina—, y no tengo más que un escrúpulo en el mundo, dejar solos los restos de mi pobre abuela, que me encargué de guardar.

—Valentina, la muerte es sagrada por sí misma —dijo Morrel.

—Sí —respondió la muchacha—. Además, tardaremos poco, vamos.

Valentina atravesó el corredor y descendió una pequeña escalera que conducía al apartamento de Noirtier. Morrel la seguía de puntillas. Llegados al descansillo del piso, encontraron al viejo criado.

—Barrois, cierre la puerta y no deje entrar a nadie —dijo Valentina.

Ella pasó la primera.

Noirtier, aún en su sillón, estaba atento al menor ruido, informado por su viejo servidor de todo lo que pasaba, y fijaba sus miradas ávidas en la entrada de la habitación; vio a Valentina y su mirada brilló.

Había en el caminar y en la actitud de la joven algo grave y solemne que llamó la atención del anciano. Así, pues, sus ojos brillantes se convirtieron en interrogadores.

—Querido padre —dijo ella, con voz grave—, escúchame bien, sabes que mi buena mamá Saint-Méran ha muerto hace una hora, y ya no tengo, excepto a ti, más persona a quien amar en este mundo.

Una expresión de infinita ternura pasó por los ojos del anciano.

—Por lo tanto, a ti solo debo confesar mis pesares y mis esperanzas, ¿no es así?

El paralítico hizo signo de que sí.

Valentina cogió a Maximilien de la mano y le dijo:

—Entonces, mira bien a este señor.

El anciano fijó su mirada escrutadora y ligeramente asombrada sobre Morrel.

—Es Maximilien Morrel —dijo ella—, el hijo de ese honrado negociante de Marsella, del que tú, sin duda, has oído hablar.

—Sí —hizo el anciano.

—Es un apellido irreprochable, que Maximilien está a punto de hacer glorioso, porque a sus treinta años es capitán de *spahis* y oficial de la Legión de Honor.

El anciano hizo signos de que lo recordaba.

—Pues bien, buen papá —dijo Valentina, poniéndose de rodillas ante el anciano y señalando a Maximilien con la mano—, yo le amo y no seré más que suya. Si me obligan a casarme con otro, me dejaré morir o me mataré.

Los ojos del paralítico expresaron todo un mundo de pensamientos tumultuosos.

—Tú quieres a Maximilien Morrel, ¿no es cierto, buen papá? —preguntó la muchacha.

—Sí —hizo el anciano inmóvil.

—¿Y puedes protegernos a nosotros, que también somos tus hijos contra la voluntad de mi padre?

Noirtier fijó su mirada inteligente sobre Morrel, como para decirle:

«Eso, según».

Maximilien comprendió.

—Señorita, usted tiene un deber sagrado que cumplir en la habitación de su abuela. ¿Quiere permitirme tener el honor de hablar un instante con el señor Noirtier?

—Sí, sí, eso es —dijo la mirada del anciano. Después miró a Valentina con inquietud.

—¿Quieres decir cómo haré para comprenderte, buen papá?

—Sí.

—¡Oh! Estate tranquilo; hemos hablado muchas veces de ti y sabe muy bien como te hablo.

Después se volvió hacia Maximilien con una adorable sonrisa, aunque estaba velada por una profunda tristeza.

—Él sabe todo lo que yo sé —dijo ella.

Valentina se levantó, aproximó una silla para Morrel, recomendó a Barrois que no dejase entrar a nadie, y después de haber abrazado cariñosamente a su abuelo y decir adiós tristemente a Morrel, partió.

Entonces Morrel, para probar a Noirtier que tenía la confianza de Valentina y que conocía todos sus secretos, cogió el diccionario, la pluma y el papel, y colocó todo esto sobre una mesa en la que había una lámpara.

—Pero primeramente permítame, señor, que le cuente quién soy, cómo amo a Valentina y cuáles son mis deseos respecto a ella —dijo Morrel.

—Le escucho —hizo Noirtier.

Era un espectáculo imponente el de este anciano, fardo inútil en apariencia y convertido en el único protector, el único apoyo y el solo juez de dos jóvenes amantes, hermosos, fuertes y que entraban en la vida.

Su fisonomía, marcada por una nobleza y una austeridad notables, imponía a Morrel, que empezó su relato vacilando.

Entonces contó cómo había conocido y había amado a Valentina, y cómo ella, en su aislamiento y desgracia, había acogido la oferta de su devoción. Le dijo cuál había sido su origen, su posición y su fortuna; y más de una vez, cuando interrogaba la mirada del paralítico, ésta le respondía:

—Está bien, continúe.

—Ahora que le he dicho todo, señor, mi amor y mis esperanzas, ¿debo decirle mis proyectos? —inquirió Morrel, cuando concluyó la primera parte de su relato.

—Sí —hizo el anciano.

—Pues bien, he aquí lo que habíamos resuelto.

Y entonces contó todo a Noirtier; como un cabriolé esperaba en el huerto, cómo contaba raptar a Valentina, conducirla a casa de su hermana, casarse, y en una respetuosa espera aguardar el perdón del señor de Villefort.

—No —dijo Noirtier.

—¿No? —repitió Morrel—. ¿No es así como debe hacerse?

—No.

—Entonces, ¿este proyecto no tiene su asentimiento?

—No.

—Bien, hay otro medio —dijo Morrel.

La mirada interrogadora del anciano preguntó:

—¿Cuál?

—Iré al encuentro del señor Franz d'Épinay —continuó Maximilien—. Estoy contento de poder decirle esto durante la ausencia de la señorita de Villefort, y me comportaré con él de modo que se vea obligado a ser un hombre galante.

La mirada de Noirtier continuó interrogándole.

—¿Que qué haré?

—Sí.

—Pues verá. Iré en su busca, como le decía, le contaré los lazos que me unen a la señorita Valentina; si es un hombre delica-

do, probará su nobleza renunciando por sí mismo a la mano de su prometida, y mi amistad y nuestro afecto por él le seguirán hasta la muerte. Si se niega, bien porque le impulse el interés o porque un falso orgullo le haga insistir, después de haberle probado que molestaría a mi mujer, que Valentina me ama y que no puede amar a otro, me batiría con él dándole todas las ventajas, y lo mataría o me mataría. Si le mato, no se casará con Valentina; si me mata, estaré completamente seguro de que Valentina no se casará con él.

Noirtier consideraba, con un placer indecible, aquella noble y sincera fisonomía sobre la que se retrataban todos los sentimientos que sus palabras expresaban, añadiendo con la expresión de un buen rostro todo lo que el color añade a un dibujo sólido y verdadero.

No obstante, cuando Morrel hubo concluido de hablar, Noirtier cerró los ojos varias veces, lo que era, como se sabe, la manera de decir no.

—¿No? —dijo Morrel—. ¿Así que desaprueba este segundo proyecto, como rechazó el primero?

—Sí, lo desapruebo —indicó el anciano.

—Entonces, ¿qué hago, señor? —preguntó Morrel—. Las últimas palabras de la señora de Saint-Méran han sido para que el matrimonio de su nieta no se reanudara, ¿debo dejar que las cosas se cumplan?

Noirtier permaneció inmóvil.

—Sí, comprendo —dijo Morrel—. Debo esperar.

—Sí.

—Pero toda dilación nos perderá, señor —replicó el joven—. Sola Valentina y sin fuerza, la obligarán como a un chiquillo. Entré aquí subrepticamente para saber qué había sucedido, he sido admitido milagrosamente por usted, y razonablemente no puedo esperar que esta buena suerte se repita. Créame, no hay más que esos dos partidos que le he propuesto; perdone esta vanidad a mi juventud, dígame cuál es el mejor. ¿Autoriza a la señorita Valentina a que se confíe a mi honor?

—No.

—¿Prefiere que vaya en busca del señor d'Epinay?

—No.

—Pero, ¡Dios mío! ¿De quién vendrá ese socorro que esperamos del cielo?

El anciano sonrió con los ojos, como tenía costumbre de hacerlo cuando le hablaban del cielo. Siempre habían quedado algunas ideas de ateísmo en el antiguo jacobino.

—¿La casualidad? —replicó Morrel.

—No.

—¿De usted?

—Sí.

—¿De usted?

—Sí —repitió el anciano.

—¿Comprende usted bien lo que le pido, señor? Perdone mi insistencia, porque mi vida está en su respuesta. ¿Vendrá nuestra salvación de su parte?

—Sí.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—¿Responde usted?

—Sí.

Y había tal firmeza en la mirada que daba esta afirmación que no había manera de dudar de la voluntad, pero sí del poder.

—¡Oh! Gracias, señor, muchas gracias. Pero a menos que un milagro le devuelva la palabra, el gesto y el movimiento, ¿cómo podrá usted, encadenado a ese sillón, usted, mudo e inmóvil, cómo podrá oponerse a ese matrimonio?

Una sonrisa iluminó el semblante del anciano, sonrisa extraña la de aquellos ojos en un rostro inmóvil.

—Así, pues, ¿debo esperar? —preguntó el joven.

—Sí.

—Pero, ¿y el contrato?

Apareció la misma sonrisa.

—¿Quiere usted decirme que no será firmado?

—Sí —indicó Noirtier.

—Así, pues, el contrato no será firmado —exclamó Morrel—. ¡Oh! Perdone, señor, pero el anuncio de una gran dicha permite dudar un poco. ¿El contrato no será firmado?

—No —indicó el paralítico.

A pesar de esta seguridad, Morrel dudaba. Aquella promesa de un anciano impotente resultaba tan extraña que en lugar de provenir de una fuerza de voluntad podía surgir de una debilidad de los órganos ¿No es natural que el insensato que ig-

nora su locura pretenda realizar cosas que están por encima de sus fuerzas? El débil habla de los fardos que levanta, el tímido de los gigantes que afronta, el pobre de los tesoros que maneja, y el más humilde campesino, a cuenta de su orgullo, se llama Júpiter.

Sea que Noirtier hubiese comprendido la indecisión del joven; sea que no añadiese completa fe a la docilidad que había demostrado, lo miró con fijeza.

—¿Qué quiere usted, señor? —preguntó Morrel—. ¿Que le renueve mi promesa de no hacer nada?

La mirada de Noirtier continuó fija y firme, como para decirle que una promesa no era suficiente. Luego pasó su mirada del rostro a la mano.

—¿Quiere que se lo jure, señor? —preguntó Maximilien.

—Sí —indicó el paralítico, con la misma solemnidad—. Lo quiero.

Morrel comprendió que el anciano daba una gran importancia a este juramento.

Extendió la mano y dijo:

—Sobre mi honor, le juro esperar lo que usted decida para actuar contra el señor d'Epínay.

—Bien —indicaron los ojos fijos del anciano.

—Ahora, señor, ¿ordena usted que me retire? —preguntó Morrel.

—Sí.

—¿Sin ver a la señorita Valentina?

—Sí.

Morrel hizo ademán de estar dispuesto a obedecer.

—Ahora, ¿permite usted, señor, que su hijo le bese como lo ha hecho hace un momento su hija?

No había duda al ver la expresión de los ojos de Noirtier.

El joven posó sobre la frente del anciano sus labios en el mismo lugar en que la muchacha había puesto los suyos.

Después saludó una segunda vez al anciano y salió.

En el rellano se encontraba el viejo servidor, avisado por Valentina; éste esperaba a Morrel y le guió por las revueltas de un pasillo sombrío que conducía a una puertecita que daba al jardín.

Llegado a él, Morrel alcanzó la verja; por la alameda llegó en un instante a lo alto del muro; y por su escala, en un segundo, estuvo en el huerto de alfalfa, en donde esperaba su cabriolé.

Subió a él, y agobiado por tantas emociones, pero con el corazón más tranquilo, entró a medianoche en la calle Meslay se echó sobre su lecho y durmió como si estuviese sumido en una profunda borrachera.

El panteón de la familia Villefort

A los dos días de estas escenas, una considerable multitud se encontraba reunida hacia las diez de la mañana en la puerta del señor de Villefort, y ya se había visto pasar una larga fila de carruajes de luto y particulares a lo largo de todo el barrio de Saint Honoré y de la calle de la Pepinière.

Entre aquellos vehículos había uno de forma extraña, y que parecía haber hecho un largo viaje. Era una especie de furgón pintado de negro que había sido uno de los primeros en encontrarse en aquella fúnebre cita.

Entonces se informaron y se supo que, por una coincidencia extraña, aquel coche encerraba el cadáver del señor de Saint-Méran, y aquellos que habían acudido para un solo entierro se encontraron que seguirían a dos cadáveres.

El número de personas era grande; el marqués de Saint-Méran, uno de los dignatarios más celosos y fieles del rey Luis XVIII y del rey Carlos X, había conservado muchos amigos que, unidos a las personas que las conveniencias sociales ponían en relación con Villefort, formaban un acompañamiento considerable.

También se avisó a las autoridades y se consiguió que se hicieran dos comitivas al mismo tiempo. Un segundo coche, adornado con la misma pompa mortuoria, fue conducido ante la puerta del señor de Villefort, el ataúd transportado del furgón a la carroza fúnebre.

Los dos cuerpos debían inhumarse en el cementerio del Père-Lachaise, donde desde hacía mucho tiempo el señor de Villefort había mandado construir el panteón destinado a la sepultura de toda su familia.

En aquel panteón ya había depositado el cuerpo de la pobre Renée, que su padre y su madre iban a acompañar al cabo de diez años de separación.

París, siempre curioso, siempre conmovido por las pompas fúnebres, contempló con religioso silencio el paso del espléndido cortejo que acompañaba a su última morada a dos de los nombres de aquella antigua aristocracia, los más célebres para el espíritu tradicional, para la seguridad del comercio y para la devoción obstinada a los principios.

En el mismo coche del duelo, Beauchamp, Alberto y Chateau Renaud hablaban de aquella muerte tan repentina.

—Yo aún vi el año pasado a la señora de Saint-Méran en Marsella —decía Chateau Renaud—. Regresaba de Argelia; era una mujer destinada a vivir cien años gracias a su perfecta salud, a su ánimo siempre atento y a su actividad prodigiosa. ¿Qué edad tenía?

—Sesenta y seis años —respondió Alberto—. Por lo menos eso me ha asegurado Franz. Pero no es la edad lo que mata, sino la melancolía que sintió por la muerte del marqués. Al parecer, después de esa muerte que la ha quebrantado violentamente, no había recobrado completamente la razón.

—Pero, en fin, ¿de qué ha muerto? —preguntó Beauchamp.

—De una congestión cerebral, al parecer, o de una apoplejía fulminante. ¿No es eso la misma cosa?

—Poco más o menos.

—¿De apoplejía? —dijo Beauchamp—. Es difícil de creerlo. La señora de Saint-Méran, a quien he visto una o dos veces en mi vida, era menuda, de forma delgada y de constitución más nerviosa que sanguínea. Son raras las apoplejías que se producen por la tristeza en cuerpos de una constitución semejante a la de la señora de Saint-Méran.

—En todo caso —dijo Alberto—, sea cual fuere la enfermedad que la mató ahí queda el señor de Villefort, o más bien la señorita Valentina, o todavía mejor, nuestro amigo Franz, en posesión de una magnífica herencia: ochenta mil libras de renta, según creo.

—Herencia que será casi doblada a la muerte de ese viejo jacobino de Noirtier.

—Ahí tienen a un abuelo tenaz —dijo Beauchamp—. *Tenacem propositi virum*. Ha apostado contra la muerte a que enterraba a todos sus herederos. Y lo conseguirá, palabra. Es el viejo convencional del 93 que decía a Napoleón en 1814:

«—Usted decae porque su imperio es una espiga joven cansada de tanto crecer. Coja la República por tutora, regresemos con

una buena constitución a los campos de batalla y le prometo quinientos mil soldados, otro Marengo y un segundo Austerlitz. Las ideas no mueren, señor; se adormecen de vez en cuando, pero se despiertan más fuertes que antes».

—Al parecer —dijo Alberto—, los hombres son para él como las ideas; sólo me inquieta una cosa: saber cómo se acomodará Franz d'Epinay con un abuelo que no puede pasarse sin su mujer. Pero, ¿dónde está Franz?

—Se encuentra en el primer coche, con el señor de Villefort, que ya lo considera como de la familia.

En cada uno de los coches que seguía al duelo la conversación era más o menos parecida; se asombraban de dos muertes tan próximas y tan rápidas, pero nadie se imaginaba el terrible secreto que había revelado, en su paseo nocturno, el doctor d'Avrigny al señor de Villefort.

Al cabo de una hora de marcha, aproximadamente, se llegó a la puerta del cementerio; el tiempo era apacible, pero sombrío, y, por consiguiente, en armonía con la fúnebre ceremonia que iba a celebrarse. Entre los grupos que se dirigían hacia el panteón de la familia, Chateau Renaud reconoció a Morrel, que había venido solo en su cabriolé; caminaba solo, muy pálido y silencioso, por el caminito bordeado de cipreses.

—¿Tú aquí? —dijo Chateau Renaud, pasando su brazo bajo el del joven capitán—. ¿Así, pues, conocías al señor de Villefort? ¿Cómo es posible si jamás te he visto por su casa?

—No era al señor de Villefort a quien conocía —respondió Morrel—, sino a la señora de Saint-Méran.

En aquel momento se les unió Alberto acompañado de Franz.

—El lugar está muy mal escogido para una presentación —dijo Alberto—, pero no importa, ya que no somos supersticiosos. Señor Morrel, permítame que le presente al señor d'Epinay, un excelente compañero de viaje con el cual he dado la vuelta a Italia. Mi querido Franz, el señor Maximilien Morrel, un excelente amigo que hemos adquirido en tu ausencia, y del cual oirás pronunciar su nombre siempre que tenga que hablar de un buen corazón, un buen talento y de amabilidad.

Morrel tuvo un momento de indecisión. Se preguntó si no era una condenable hipocresía dirigir un saludo amistoso al hombre que combatía sordamente; pero su juramento y la gravedad de las cir-

cunstancias acudieron a su mente, y se esforzó en no dejar que apareciese nada en su rostro para saludar a Franz.

—La señorita de Villefort está muy triste, ¿no es cierto? —dijo Debray a Franz.

—¡Oh, señor! —respondió Franz—, con una tristeza inexplicable; esta mañana estaba tan deshecha que apenas pude reconocerla.

Estas sencillas palabras destrozaron el corazón de Morrel. Aquel hombre había visto a Valentina y le había hablado.

Entonces fue cuando el joven y fogoso oficial tuvo necesidad de todas sus fuerzas para contener el deseo de violar su juramento.

Cogió del brazo a Chateau Renaud y lo llevó rápidamente hacia el panteón, delante del cual los empleados de la funeraria acababan de depositar los dos ataúdes.

—Magnífica habitación —dijo Beauchamp, echando una mirada al mausoleo—. Palacio de verano y palacio de invierno. Tú lo habitarás a tu vez, mi querido d'Epinay, porque pronto serás de la familia. Yo, en mi calidad de filósofo, quiero una casita de campo, una quinta bajo los árboles y nada de tantas piedras talladas sobre mi pobre cuerpo. Al morir diré a los que me rodeen lo que Voltaire escribía a Piron: *Eo rus*, y todo habrá concluido... Vamos, ¡voto a bríos! Animo, Franz, tu mujer hereda.

—En verdad, Beauchamp —dijo Franz—, eres insoportable. Los asuntos políticos te han acostumbrado a reírte de todo, y los hombres que llevan los negocios tienen la costumbre de no creer en nada. Pero, en fin. Beauchamp, cuando tengas el honor de encontrarte con los hombres ordinarios, y la dicha de abandonar un instante la política, trata de recoger tu corazón que has dejado en el paragüero de la Cámara de Diputados o en la Cámara de los Pares.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Beauchamp—. ¿Qué es la vida? Un alto en la antesala de la muerte.

—Me pone enfermo este Beauchamp —dijo Alberto, y se retiró unos pasos con Franz, dejando a Beauchamp en sus disertaciones filosóficas con Debray.

El panteón de la familia de Villefort formaba un cuadrado de piedras blancas de una altura de veinte pies aproximadamente; una separación interior dividía en dos compartimientos la familia de Saint-Méran y la familia Villefort, y cada compartimiento tenía su puerta de entrada.

No se veía como en otras tumbas esos innobles cajones sobrepuestos, en los que una económica distribución encierra a los muertos con una inscripción que parece un rótulo; todo lo que se veía desde un principio por la puerta de bronce era una antesala severa y sombría, separada por una pared de la verdadera tumba.

Era, en medio de esta pared, en donde se abrían las dos puertas de que hablamos, y que comunicaban con las sepulturas de Villefort y de Saint-Méran.

Allí podían exhalarse en libertad los gemidos de dolor sin que los paseantes juguetones, que hacen del Père-Lachaise una excursión campestre o una cita de amor, fuesen a turbar con sus cantos, sus gritos o sus carreras la muda contemplación o la plegaria bañada en lágrimas del habitante del panteón.

Los dos ataúdes entraron en el panteón de la derecha, que era el de la familia Saint-Méran; fueron colocados sobre caballetes preparados y que esperaban su depósito mortal; Villefort, Franz y algunos parientes próximos fueron los únicos que penetraron en el santuario.

Como las ceremonias religiosas habían sido celebradas en la puerta, y no había discursos que pronunciar, los asistentes se separaron en seguida; Chateau Renaud, Alberto y Morrel se retiraron por un lado, y Debray y Beauchamp por otro.

Franz se quedó con el señor de Villefort a la puerta del cementerio; Morrel se detuvo con el primer pretexto que se le ocurrió; vio salir a Franz y al señor de Villefort en un coche de duelo, y concibió un mal presagio de aquella unión. Volvió a París, y aunque iba en el mismo coche que Chateau Renaud y Alberto, no oyó ni una palabra de lo que dijeron los dos jóvenes.

En efecto, en el momento en que Franz iba a dejar al señor de Villefort, éste le había dicho:

—Señor barón, ¿cuándo volveré a verle?

—Cuando usted quiera, señor —había respondido Franz.

—Lo más pronto posible.

—Estoy a sus órdenes, señor. ¿Le agradaría que regresásemos juntos?

—Si eso no le causa ninguna molestia.

—Ninguna.

Y así fue cómo el futuro suegro y el futuro yerno subieron en el mismo coche, y que Morrel, al verlos pasar, concibió, con razón, graves inquietudes.

Villefort y Franz regresaron al barrio de Saint Honoré.

El procurador del rey, sin ver a nadie, sin hablar ni a su mujer ni a su hija, hizo pasar al joven a su despacho y le indicó una silla.

—Señor d'Épinay —le dijo—, debo recordarle, y el momento tal vez no es el más apropiado como podría creerse en principio, pero la obediencia a los muertos es la primera ofrenda que debe depositarse sobre su tumba. Debo, pues, recordarle el deseo expresado antes de ayer por la señora de Saint-Méran en su lecho de muerte: que el matrimonio de Valentina no sufra retraso. Ya sabe usted que los asuntos de la difunta están perfectamente en regla; que su testamento asegura a Valentina toda la fortuna de los Saint-Méran; el notario me enseñó ayer las actas que permiten redactar de una manera definitiva el contrato matrimonial. Puede usted ver al notario y decirle de mi parte que le enseñe esas actas. El notario es el señor Deschamps, plaza de Beauveau, en el barrio de Saint Honoré.

—Señor —respondió d'Épinay—, tal vez no es el momento para la señorita Valentina, hundida como está en el dolor, para pensar en un esposo; en verdad, temería...

—Valentina —interrumpió Villefort—, no tendrá más vivo deseo que el de cumplir la última voluntad de su abuela; así, pues, los obstáculos no llegarán por esa parte, se lo aseguro.

—En ese caso, señor —respondió Franz—, como tampoco vendrán por la mía, puede usted actuar a su conveniencia; mi palabra está empeñada, y la cumpliré, no solamente con gusto, sino contento.

—Entonces —dijo Villefort—, nada más nos detiene. El contrato debía firmarse hace tres días, lo encontraremos preparado; se puede firmar hoy mismo.

—Pero, ¿y el duelo? —dijo dudando Franz.

—Esté tranquilo, señor —replicó Villefort—, no será en mi casa donde se abandonen las conveniencias. La señorita de Villefort podrá retirarse a su tierra de Saint-Méran, digo su tierra porque la propiedad es suya. Allí, dentro de ocho días, si usted quiere, sin ruido, sin alardes ni fausto puede concluirse el matrimonio civil. Era deseo de la señora de Saint-Méran que su nieta se casase en aquella tierra. Una vez acabada la boda, señor, usted puede regresar a París mientras su esposa permanecerá el tiempo de su luto con su madrastra.

—Como usted quiera, señor —dijo Franz.

—Entonces —agregó Villefort—, tómese la molestia de esperar media hora; Valentina descenderá al salón. Enviaré a buscar al señor Deschamps, leeremos y firmaremos el contrato en la misma sesión, y esta tarde la señora de Villefort conducirá a Valentina a su tierra, en donde la encontraremos dentro de ocho días.

—Señor —dijo Franz—, tengo una cosa que pedirle.

—¿Cuál?

—Desearía que Alberto de Morcerf y Reül de Chateau Renaud estén presentes en esa firma; ya sabe usted que son mis testigos.

—Una media hora basta para avisarlos. ¿Quiere ir a buscarlos usted mismo, o desea que vayan en su busca?

—Prefiero ir yo, señor.

—Le esperaré, pues, dentro de media hora, barón, y en ese tiempo Valentina estará lista.

Franz saludó al señor de Villefort y salió.

Apenas se cerró la puerta de la calle tras el joven, Villefort envió a prevenir a Valentina para que descendiese al salón dentro de media hora, pues la esperaban el notario y los testigos del señor d'Epinau.

Esta inesperada noticia produjo gran sensación en la casa. La señora de Villefort no quería creerlo, y Valentina fue sacudida como si la hubiese caído un rayo.

Puso una mirada alrededor suyo como en busca de alguien a quien pedir socorro.

Quiso descender junto a su abuelo, pero encontró en la escalera al señor de Villefort, que la cogió por el brazo y la condujo al salón.

En la antesala Valentina encontró a Barrois, y lanzó al viejo servidor una mirada desesperada.

Un instante después entró en el salón la señora de Villefort acompañada del pequeño Eduardo. Era evidente que la joven mujer había tenido su parte en la tristeza de la familia; estaba pálida y parecía horriblemente fatigada.

Se sentó, cogió a Eduardo sobre sus rodillas, y de vez en cuando apretaba, con movimientos casi convulsivos, contra su pecho a aquel niño en el cual parecía centrar toda su vida.

En seguida se oyó el ruido de dos coches que entraban en el patio.

Uno era el del notario, y el otro el de Franz y sus amigos.

En un instante estuvo reunido todo el mundo en el salón.

Valentina estaba tan pálida que se veían las venas azules de sus sienes marcándose alrededor de sus ojos y de sus mejillas.

Franz tampoco podía evitar una emoción muy viva.

Chauteau Renaud y Alberto se miraron con asombro; la ceremonia que acababan de celebrar les parecía menos triste que la que iba a empezar.

La señora de Villefort se había colocado a la sombra, tras una cortina de terciopelo, y, como estaba constantemente inclinada sobre su hijo, resultaba difícil leer en su rostro lo que pasaba por su corazón.

El señor de Villefort, como siempre, permanecía impasible.

El notario, tras haber, con la metodicidad propia de las gentes de leyes, colocado los papeles sobre la mesa, de haber ocupado su sitio en un sillón, y haber levantado sus gafas, se giró a Franz:

—¿Es usted el señor Franz de Quesnel, barón d'Épinay? —preguntó, aunque lo sabía perfectamente.

—Sí, señor —respondió Franz.

El notario se inclinó.

—Debo prevenirle, señor —dijo—, y esto de parte del señor de Villefort, que su matrimonio proyectado con la señorita de Villefort ha cambiado las disposiciones del señor Noirtier respecto a su nieta, y que le niega toda la fortuna que debía heredar. Apresurémonos a añadir —continuó el notario—, que el testador, no teniendo derecho a separar más que una parte y habiendo quitado todo, el testamento no resistirá un ataque y será declarado nulo y como no hecho.

—Sí —dijo Villefort—, sólo que prevengo de antemano al señor d'Épinay que, mientras yo viva, el testamento de mi padre nunca será atacado; mi posición me prohíbe toda sombra de escándalo.

—Señor —dijo Franz—, me disgusta que, delante de la señorita Valentina, se haya suscitado semejante cuestión. Jamás me he informado sobre la cantidad de su fortuna, que, por reducida que sea, siempre será más considerable que la mía. Lo que mi familia ha buscado en la alianza con la de Villefort, es la consideración; lo que yo busco, es la felicidad.

Valentina hizo un gesto imperceptible de agradecimiento, mientras dos lágrimas silenciosas corrían a lo largo de sus mejillas.

—Por otra parte, señor —dijo Villefort dirigiéndose a su futuro yerno—, aparte de esa pérdida de una parte de sus esperanzas,

este testamento inesperado no tiene que herirle personalmente; todo se explica por la debilidad de espíritu del señor Noirtier; lo que desagrada a mi padre, no es que la señorita de Villefort se case con usted, sino que se case: un matrimonio con cualquier otro le hubiese inspirado la misma tristeza. La vejez es egoísta, señor, y la señorita de Villefort es para el señor Noirtier una fiel compañía que no le podrá dedicar la señora baronesa d'Epinay. El desdichado estado en que se encuentra mi padre hace que se le hable raras veces de asuntos serios, cuya debilidad de espíritu no le permitiría seguirlos, y estoy perfectamente convencido de que aún ahora, conservando el recuerdo de que su nieta se casa, el señor Noirtier ha olvidado hasta el nombre de aquel que va a ser su nieto.

Apenas había concluido estas palabras el señor de Villefort, a las que respondió Franz con un saludo, se abrió la puerta del salón y Barrois apareció.

—Señores —dijo con una voz extrañamente firme para un servidor que se dirige a sus amos en una circunstancia tan solemne—. Señores, el señor Noirtier de Villefort desea hablar inmediatamente con el señor Franz de Quesnel, barón d'Epinay.

También él, como el notario, y a fin de que no pudiese haber equivocación de persona, dio todos los títulos al prometido.

Villefort se estremeció, la señora de Villefort dejó caer a su hijo de encima de las rodillas, Valentina se levantó pálida y muda como una estatua.

Alberto y Chateau Renaud cambiaron una segunda mirada, aún más asombrada que la primera.

El notario miró a Villefort.

—Es imposible —dijo el procurador del rey—. Además, el señor d'Epinay no puede abandonar el salón en este momento.

—Es, precisamente en este momento —replicó Barrois con la misma firmeza—, que el señor Noirtier, mi amo, desea hablar de asuntos importantes con el señor Franz d'Epinay.

—¿Así que ahora habla mi buen papá Noirtier? —preguntó Eduardo con su habitual impertinencia.

Pero esta salida ni siquiera hizo sonreír a la señora de Villefort; tan preocupados estaban los ánimos y tan solemne parecía la situación.

—Diga al señor Noirtier —respondió Villefort—, que lo que solicita no puede ser.

—Entonces, el señor Noirtier previene a estos señores —repuso Barrois—, que se hará traer a este salón.

El asombro llegó a su colmo.

Una especie de sonrisa se dibujó en el rostro de la señorita de Villefort. Valentina, aún a pesar suyo, levantó los ojos al cielo en acción de gracias.

—Valentina —dijo el señor de Villefort—, vete a saber, te lo ruego, qué significa este nuevo capricho de tu abuelo.

Valentina se apresuró a dar unos pasos para salir, pero el señor de Villefort la retuvo.

—Espera —dijo—, te acompaño.

—Perdón, señor —dijo Franz a su vez—. Me parece que, dado que es a mí a quien quiere ver el señor Noirtier, soy yo quien debe acudir; por otra parte, estaría encantado de presentarle mis respetos, ya que no he tenido ocasión de solicitar ese honor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Villefort con una inquietud visible—. No se moleste.

—Excúseme, señor —dijo Franz en tono de hombre que ha tomado una decisión—. Deseo no desperdiciar esta ocasión de probar al señor Noirtier su equivocación al concebir contra mí una repugnancia que estoy decidido a vencer con mi profundo afecto.

Y, sin dejarse detener más tiempo por Villefort, Franz se levantó a su vez y siguió a Valentina, que ya descendía la escalera con la alegría de un naufrago que logra agarrarse a una roca.

El señor de Villefort siguió a ambos.

Chateau Renaud y Morcerf cambiaron una tercera mirada, más asombrada aún que las dos primeras.

El sumario

Noirtier esperaba, vestido de negro e instalado en su sillón.

Cuando los tres personajes que esperaba ver hubieron entrado, miró la puerta, que su ayuda de cámara cerró inmediatamente.

—Pon atención —dijo Villefort a Valentina, que no podía ocultar su alegría—, si el señor Noirtier quiere comunicar cosas que impidan tu matrimonio, te prohibo que las entiendas.

Valentina se sonrojó, pero no respondió nada.

Villefort se aproximó a Noirtier.

—Aquí está el señor Franz d'Épinay —le dijo—. Lo ha llamado, señor y acude a sus deseos. Sin duda deseábamos esta entrevista desde hacía tiempo, y estaré encantado de que ella pruebe cuán poco fundada está su oposición al matrimonio de Valentina.

Noirtier no respondió más que por una mirada que estremeció a Villefort.

Con sus ojos hizo señas a Valentina de que se acercase.

En un momento, gracias a los medios que acostumbraba a utilizar en las conversaciones con su abuelo, pudo encontrar la palabra clave.

Entonces consultó la mirada del paralítico, que se posó sobre el cajón de un pequeño mueble situado entre las dos ventanas.

Abrió el cajón y encontró efectivamente, una llave.

Cuando tuvo aquella llave, que el viejo le señaló que era lo que pedía, los ojos del paralítico se dirigieron hacia un viejo secreter olvidado desde hacía muchos años, y que no encerraba, según creían, más que papeles inútiles.

—¿Es preciso que abra el secreter? —preguntó Valentina.

—Sí —indicó el anciano.

—¿Tengo que abrir los cajones?

—Sí.

—¿Los de los lados?

—No.

—¿El del centro?

—Sí.

Valentina lo abrió y sacó un rollo de papeles.

—¿Es esto lo que quiere, buen padre? —preguntó ella.

—No.

Sacó sucesivamente todos los demás papeles hasta que dejó completamente vacío el cajón.

—Pero ahora ya está vacío —dijo ella.

Los ojos de Noirtier se posaron en el diccionario.

—Sí, buen papá, le comprendo —dijo la muchacha. Y ella repitió una tras otra cada letra del alfabeto hasta la S en que Noirtier la detuvo.

Abrió el diccionario y buscó hasta llegar a la palabra secreto.

—¡Ah! ¿Tiene un secreto? —dijo Valentina.

—Sí —indicó Noirtier.

—¿Y quién conoce ese secreto?

Noirtier miró a la puerta, por la cual había salido el criado.

—¿Barrois? —dijo ella.

—Sí —indicó Noirtier.

—¿Tengo que llamarle?

—Sí.

Valentina fue a la puerta y llamó a Barrois.

Durante este tiempo, el sudor de la impaciencia corría por la frente de Villefort mientras Franz permanecía estupefacto de asombro.

El viejo servidor apareció.

—Barrois —dijo Valentina—, mi abuelo me ha ordenado que coja la llave de esta consola, abrir este secreter y sacar este cajón; ahora hay un secreto en este cajón, y parece ser que usted lo conoce, ábralo.

Barrois miró al anciano.

—Obedezca —dijo el ojo inteligente de Noirtier.

Barrois así lo hizo. Un doble fondo se abrió y presentó un legajo de papeles atados con una cinta negra.

—¿Es esto lo que quiere, señor? —preguntó Barrois.

—Sí —indicó Noirtier.

—¿A quién debo entregar estos papeles? ¿Al señor de Villefort?

—No.

—¿A la señorita Valentina?

—No.

—¿Al señor Franz d'Epina?

—Sí.

Franz, asombrado, dio un paso hacia adelante.

—¿A mí, señor? —dijo.

—Sí.

Franz recibió los papeles de manos de Barrois, y, echando una mirada sobre la cubierta, leyó:

«Para que se deposite después de mi muerte, en casa de mi amigo el general Durand; que cuando él mismo muera, le gue este paquete a su hijo, con la intención de que lo conserve como encerrando un papel de la mayor importancia».

—Y bien, señor —preguntó Franz—, ¿qué quiere que haga con este papel?

—Que lo conserve escondido como en casa, sin duda —dijo el procurador del rey.

—No, no —replicó con viveza Voirtier.

—¿Quiere usted, por casualidad, que el señor lo lea? —preguntó Valentina.

—Sí —respondió el anciano.

—Entienda, señor barón, mi abuelo le ruega que lea ese papel —dijo Valentina.

—Entonces, sentémonos —indicó Villefort con impaciencia—, porque esto durará algún tiempo.

—Siéntese —indicó la mirada del anciano. Villefort se sentó, pero Valentina permaneció de pie al lado de su padre, apoyada en su silla, y Franz de pie ante él.

Tenía el misterioso papel en la mano.

—Lea —dijeron los ojos del anciano.

Franz deshizo el sobre y un gran silencio se hizo en la habitación. En medio de este silencio leyó:

«Extracto del sumario de una reunión del club bonapartista de la calle de Saint Jacques, celebrada el 5 de febrero de 1815».

Franz se detuvo.

—¡El 5 de febrero de 1815! ¡Es el día en que mi padre fue asesinado!

Valentina y Villefort permanecieron mudos; sólo el ojo del anciano dijo claramente:

—Continúe.

—Pero al salir de ese club —prosiguió Franz—, mi padre desapareció.

La mirada de Noirtier continuó diciendo:

—Lea.

El prosiguió la lectura:

«Los firmantes Luis Jacobo Beaurepaire, teniente coronel de artillería, Etienne Duchampy, general de brigada, y Claude Lecharpal, director de las aguas y bosques.

»Declaran que el 4 de febrero de 1815, llegó una carta de la isla de Elba que recomendaba a la bondad y la confianza de los miembros del Club Bonapartista al general Flavian de Quesnel, quien, habiendo servido al emperador desde 1804 a 1815, debía ser devoto a la dinastía napoleónica, a pesar del título de barón que Luis XVIII acababa de agregar a sus tierras d'Epínay.

»En consecuencia una nota fue dirigida al general de Quesnel, en la que se le rogaba asistir a la sesión del día siguiente, 5. La nota no indicaba ni la calle ni el número de la casa en que debía celebrarse la reunión; no llevaba ninguna firma, pero anunciaba al general que, si deseaba estar listo, le irían a recoger a las nueve de la noche.

»Las reuniones tenían lugar de las nueve de la tarde a la medianoche.

»A las nueve, el presidente del club se presentó en casa del general; el general estaba listo; el presidente le dijo que una de las condiciones de su introducción era que ignoraría en todo momento el lugar de la reunión, y que se dejaría vendar los ojos jurando que no trataría de levantarse la venda.

»El general de Quesnel aceptó la condición, y prometió por su honor no tratar de ver adónde le conducirían.

»El general había mandado preparar su coche; pero el presidente le dijo que era imposible utilizarlo ya que no valía la pena vendar los ojos del amo si el cochero los mantenía abiertos y reconocía las calles por las cuales pasarían.

»—¿Entonces, cómo lo haré? —preguntó el general.

»—Yo tengo mi coche —respondió el presidente.

»—¿Está tan seguro de su cochero que le confía un secreto que juzga imprudente decir al mío?

»—Nuestro cochero es un miembro del club —dijo el presidente—. Seremos conducidos por un consejero de Estado.

»—Entonces —dijo riendo el general—, corremos el riesgo de volcar.

»Consignamos este dato para probar que el general no fue obligado a asistir a la reunión, y que acudió a ella por su propia voluntad.

»Una vez subidos al coche, el presidente recordó al general su promesa de dejarse vendar los ojos. El general no puso ningún reparo ante esta formalidad: un pañuelo, preparado a este efecto en el coche, cumplió su cometido.

»Durante el trayecto el presidente creyó notar que el general trataba de mirar bajo su venda, y le recordó su juramento.

»—¡Ah! Es cierto —dijo el general.

»El coche se detuvo delante de una avenida de la calle de Saint Jacques. El general descendió apoyado en el brazo del presidente, cuya dignidad ignoraba y a quien tomaba por un simple miembro del club. Se atravesó la avenida, se subió un piso, y se entró en la sala de deliberaciones.

»La sesión había empezado. Los miembros del club advertidos de la especie de presentación que debía tener aquella noche, acudieron en masa. Llegado al centro de la sala, el general fue instado a despojarse de la venda. Inmediatamente obedeció la invitación y pareció muy asombrado al encontrar tal cantidad de personas conocidas en una sociedad cuya existencia ni siquiera había sospechado hasta entonces.

»Se le interrogó sobre sus sentimientos, pero se limitó a responder que las cartas de la isla de Elba ya les habrían enterado...

Franz se interrumpió.

—Mi padre era realista —dijo—. No había necesidad de preguntarle sus sentimientos; eran conocidos.

—Y de ahí —dijo Villefort—, venía mi alianza con su padre, mi querido señor Franz; se hacen alianzas fácilmente cuando se comparten las mismas opiniones.

—Lea —continuó diciendo la mirada del anciano.

Franz prosiguió:

»El presidente, entonces, tomó la palabra para conminar al general a expresarse más explícitamente; pero el señor de Quesnel respondió que desearía, ante todo, saber qué deseaban de él.

»Entonces le fue comunicado al general que aquella misma carta de la isla de Elba le recomendaba al club como un hombre con

cuyo concurso podía contarse. Un párrafo completo exponía el probable regreso de la isla de Elba, y prometía una nueva carta con más amplios detalles a la llegada del *Faraón*, barco perteneciente al armador Morrel, de Marsella, y cuyo capitán estaba a la entera disposición del emperador.

»Durante la lectura de todo esto, el general, con quien se había creído contar como con un hermano, dio, por el contrario, muestras de descontento y de visible repugnancia.

»Concluida la lectura, permaneció silencioso y con las cejas fruncidas.

»—¿Y bien? —preguntó el presidente—. ¿Qué dice usted a esta carta, señor general?

»—Digo que hace muy poco tiempo —respondió—, que he prestado juramento al rey Luis XVIII, para tenerlo que violar ya en beneficio del ex emperador.

»Esta vez su respuesta era demasiado clara para poder engañarse acerca de sus sentimientos.

»—General —dijo el presidente—, para nosotros no hay Luis XVIII ni ex emperador. Sólo hay Su Majestad el emperador y rey, alejado desde hace diez meses de Francia y de su Estado por la violencia y la traición.

»—Perdón, señores —dijo el general—, es posible que para ustedes no haya un rey Luis XVIII, pero lo hay para mí; dado que me ha hecho barón y mariscal de campo, y nunca olvidaré que a su feliz regreso a Francia debo tales títulos.

»—Señor —dijo el presidente en el tono más serio y levantándose—, tenga cuidado con lo que dice; sus palabras nos demuestran claramente que se han equivocado respecto a usted en la isla de Elba, y que nos han engañado. La comunicación que se le hizo gozaba de la confianza que se tenía en usted, y por consecuencia en un sentimiento que le honra. Ahora estamos en un error: un título y un grado le han atado al nuevo Gobierno que queremos derrocar. Nosotros no le obligamos a que nos preste su ayuda; nosotros no enrolamos a nadie contra su voluntad y su conciencia; pero nosotros le exigimos que actúe como un caballero, aun en el caso en que no esté dispuesto a ayudarnos.

»—¿Llama usted caballero a conocer su conspiración y no revelarla? Yo llamo a eso ser cómplice. Ya ve usted que también soy más franco que usted...

—¡Ah! Padre mío —dijo Franz interrumpiéndose—. Ahora comprendo por qué te han asesinado.

Valentina no pudo impedir echar una mirada sobre Franz; el joven estaba verdaderamente hermoso en su entusiasmo filial.

Villefort se paseaba de un lado a otro de la estancia por detrás de él.

Noirtier seguía con los ojos la expresión de cada uno, y conservaba su actitud digna y severa.

Franz volvió al manuscrito y continuó:

»—Señor —dijo el presidente—, se le ha rogado que acudiera al seno de la asamblea, no le han traído a la fuerza; se le propuso vendarle los ojos, y usted aceptó. Cuando accedió a esta doble petición usted sabía perfectamente que nosotros no nos ocupábamos de asegurar en el trono a Luis XVIII, para lo cual no nos hubiésemos tomado la molestia de ocultarnos de la policía. Ahora, usted lo comprenderá, sería muy cómodo ponerse una máscara, con ayuda de la cual se sorprenden los secretos de las personas y quitársela después para perder a los que han confiado en usted. No, no, va a decirnos ahora francamente si es usted del rey que casualmente reina en este momento o de Su Majestad el emperador.

»—Soy realista —respondió el general—. He prestado juramento a Luis XVIII y lo mantendré.

»Aquellas palabras fueron seguidas por un murmullo general, y se pudo ver, por las miradas de gran número de miembros del club, que todos tenían vivos deseos de hacer arrepentirse al señor d'Epina y de sus imprudentes palabras.

»El presidente se levantó de nuevo e impuso silencio.

»—Señor —le dijo—, usted es un hombre demasiado serio y sensato para no comprender las consecuencias de la situación en que nos encontramos, y su misma franqueza nos dicta las condiciones que nos quedan por tomar. Así, pues, va a jurar usted bajo su honor, que no revelará a nadie lo que ha oído.

»El general llevó su mano a la espada y gritó:

»—Si usted habla de honor, empiece por no desconocer sus leyes y no imponga nada por la fuerza.

»—Y usted, señor —continuó el presidente con una calma más terrible que la cólera del general—, no toque su espada, es un consejo que le doy.

»El general echó alrededor suyo miradas que demostraban un principio de inquietud. Sin embargo, aún no se doblegó; por el contrario, reuniendo todas sus fuerzas, dijo:

»—No juraré.

»—Entonces, señor, usted morirá —respondió tranquilamente el presidente.

»El señor d'Epinay se puso pálido: miró una segunda vez alrededor suyo; varios miembros del club cuchicheaban y buscaban sus armas bajo sus capas.

»—General —dijo el presidente—, esté tranquilo; se encuentra usted entre personas de honor que trataran por todos los medios de convencerle antes de llegar al último extremo; pero usted mismo lo ha dicho, también se encuentra entre conspiradores, usted posee nuestro secreto y tiene que devolvérselo.

»Un silencio lleno de significado siguió a estas palabras; y como el general no respondió nada:

»—¡Cierren las puertas! —dijo el presidente a los ujieres.

»El mismo silencio de muerte sucedió a sus órdenes.

»Entonces, el general avanzó, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

»—Tengo un hijo, y debo pensar en él al hallarme entre asesinos.

»—General —dijo con nobleza el jefe de la asamblea—, un solo hombre siempre tiene el derecho de insultar a cincuenta: es el privilegio de la debilidad. Sólo que hace mal en usar ese derecho. Créame, general, jure y no nos insulte.

»El general, una vez más dominado por esta superioridad del jefe de la asamblea, vaciló un instante; pero, al fin, avanzó hasta el escritorio del presidente.

»—¿Cuál es la fórmula? —preguntó.

»—Aquí está:

»“Yo juro por mi honor, no revelar a nadie en el mundo lo que he visto y oído el 5 de febrero de 1815, entre las nueve y las diez de la noche, y declaro merecer la muerte si violo mi juramento”.

»El general pareció sufrir un estremecimiento nervioso que le impidió responder durante unos segundos; al fin, sobreponiéndose a su repugnancia manifiesta, pronunció el juramento exigido, pero en una voz tan baja que apenas se le oyó; así, pues, varios miembros exigieron que lo repitiese en voz alta y clara, lo cual hizo.

»—Ahora deseo retirarme —dijo el general—. ¿Estoy al fin libre?

»El presidente se levantó, designó tres miembros de la asamblea para acompañarlo, y subió en coche con el general, después de haberle vendado los ojos. Entre los tres miembros se hallaba el cochero que lo había traído.

»Los demás miembros del club se separaron en silencio.

»—¿Adónde quiere que le conduzcamos? —le preguntó el presidente.

»—A cualquier sitio con tal de librarme de su presencia —respondió el señor d'Epínay.

»—Señor —replicó entonces el presidente—, tenga cuidado, ya no está en la asamblea y se encuentra con hombres solos; no los insulte, si no quiere hacerse responsable de sus palabras.

»Pero en vez de comprender este lenguaje, el señor d'Epínay respondió:

»—Usted siempre es tan valiente en su coche como en su club, por la razón, señor, de que cuatro hombres siempre son más fuertes que uno solo.

»El presidente mandó detenerse el coche.

»En aquel momento se encontraba exactamente en el muelle de los Ormes, en donde se halla la escalera que desciende al río.

»—¿Por qué manda parar aquí? —preguntó el señor d'Epínay.

»—Porque señor, usted ha insultado a un hombre —dijo el presidente—, y ese hombre no quiere dar un paso más sin pedirle lealmente una reparación.

»—Todavía una manera de asesinar —dijo el general encojiéndose de hombros.

»—Nada de ruido, señor —respondió el presidente—, si no quiere que le mire como a uno de esos hombres que usted mismo acaba de designar, es decir, como un cobarde que toma su debilidad por escudo. Usted está solo, y uno solo le responderá; usted tiene una espada al cinto y yo otra en mi bastón; usted no tiene testigos, uno de esos caballeros lo será. Ahora, si eso le conviene, pruebe a quitarse la venda.

»El general se arrancó el pañuelo que tenía sobre sus ojos.

»—Por fin —dijo—, voy a saber con quién voy a enténdermelas.

»Se abrió la puerta y los cuatro hombres descendieron...

Franz se interrumpió una vez más. Enjugó un sudor frío que perlaba su frente; había algo espantoso en ver al hijo, tembloroso y

pálido, leyendo en voz alta los detalles, ignorados hasta entonces, de la muerte de su padre.

Valentina juntó las manos como si estuviese rezando.

Noirtier miraba a Villefort con una expresión casi sublime de desprecio y orgullo.

Franz continuó: `

»Era, como hemos dicho, el 5 de febrero. Desde hacía tres días helaba a cinco o seis grados; la escalera estaba enteramente cubierta de hielo; el general era grueso y alto, el presidente le ofreció el lado de la barandilla para descender.

»Los testigos les seguían detrás.

»Hacía una noche sombría, el terreno de la escalera al río estaba húmedo de nieve y escarcha; se veía correr el agua, negra, profunda y llevando algunos trozos de hielo.

»Uno de los testigos fue a buscar una linterna a un barco de carbón, y a la luz de ésta se examinaron las armas.

»La espada del presidente, que era sencillamente como lo había dicho, una espada que llevaba en un bastón, era más corta que la de su adversario, y no tenía guardamanos.

»El general d'Épinay propuso que se echasen a suerte las armas; pero el presidente respondió que habiendo sido él quien provocó, lo lógico era que cada uno se sirviese de sus armas.

»Los testigos trataron de insistir; el presidente les impuso silencio.

»Se colocó la linterna en el suelo: los dos adversarios se pusieron a cada lado; empezó el combate.

»La luz hacía de las dos espadas dos rayos. En cuanto a los hombres apenas si se veían de tan espesa como era la sombra.

»El general pasaba por una de las mejores espadas del ejército. Pero fue presionado tan vivamente desde las primeras estocadas, que se rompió y al romperse cayó.

»Los testigos le creyeron muerto; pero su adversario, que sabía que no le había tocado, le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse. Esta circunstancia, en vez de calmar, irritó al general, que arremetió a su vez contra su adversario.

»Pero su contrincante no retrocedió ni una pulgada, recibiendo con su espada. Tres veces el general retrocedió, encontrándose demasiado comprometido, y volvió a la carga.

»A la tercera vez volvió a caer.

»Se creyó que había resbalado, como la primera vez; sin embargo, los testigos, viendo que no se levantaba, se aproximaron a él e intentaron ponerle en pie; pero el que le cogió por el cuerpo sintió bajo su mano un calor húmedo. Era sangre.

»El general, que casi estaba desvanecido, recobró sus sentidos.

»—¡Ah! —dijo—, me ha despachado algún espadachín, algún maestro de armas de regimiento.

»El presidente, sin responder, se aproximó al testigo que sostenía la linterna, y, levantándose la manga, mostró su brazo atravesado por dos heridas; después, abriendo su levita y desabotonando su chaleco, enseñó su costado cubierto de sangre de una tercera herida.

»Sin embargo, ni siquiera había lanzado un suspiro.

»El general d'Epinay entró en agonía y expiró cinco minutos después...

Franz leyó estas últimas palabras con una voz tan ahogada que apenas pudo entenderse; después de haberlas leído se detuvo, pasó su mano por sus ojos como para apartar una nube.

Pero después de un breve silencio, continuó:

»El presidente subió la escalera después de haber guardado su espada en el bastón; un rastro de sangre marcaba su camino sobre la nieve. Aún no estaba en lo alto de la escalera cuando oyó un chapoteo sordo en el agua: era el cuerpo del general que los testigos acababan de arrojar al río tras comprobar que estaba muerto.

»El general, pues, ha sucumbido en un duelo leal y no en una emboscada, como podría sospecharse.

»En fe de lo cual hemos firmado el presente para establecer la verdad de los hechos, temiendo que llegue un momento en que alguno de los actores de esta escena terrible se encuentre acusado de asesinato con premeditación de prevaricación a las leyes del honor.

Firmado: BEAUREPAIRE, DUCHAMPY y LECHARPAL».

Cuando Franz concluyó la lectura, tan terrible para un hijo; cuando Valentina, pálida de emoción, hubo enjugado una lágrima; cuando Villefort, temblando y saltando en su rincón, hubo tratado de conjurar la tempestad por medio de miradas suplicantes dirigidas al anciano implacable:

—Señor —dijo d'Epinay a Noirtier—, ya que usted conoce esta terrible historia en todos sus detalles, ya que usted la ha hecho ates-

tiguar por firmas honrosas, ya que, en fin, parece interesarse usted por mí, aunque su interés sólo me ha sido revelado por el dolor, no me niegue una última satisfacción; dígame el nombre del presidente del club, que yo sepa, al fin, quién ha matado a mi pobre padre.

Villefort buscó, como espantado, el picaporte de la puerta; Valentina que había comprendido antes que nadie la respuesta del anciano, y que con frecuencia había visto su antebrazo con dos cicatrices de espada, retrocedió un paso.

—¡En nombre del cielo, señorita! —pidió Franz dirigiéndose a su novia—. Únase a mí, que yo sepa el nombre de ese hombre que me hizo huérfano a los dos años.

Valentina permaneció inmóvil y muda.

—Mire, señor —dijo Villefort—, créame, no prolongue más esta terrible escena. Los nombres, por otra parte, han sido ocultos adrede. Mi padre mismo no conoce a ese presidente, y, si lo conociese no sabría decirlo: los nombres propios no se encuentran en el diccionario.

—¡Oh, desgracia! —exclamó Franz—. La única esperanza que me ha sostenido en toda esta lectura, y que me ha dado fuerzas para llegar hasta el final, era conocer, al menos, el nombre de quién ha matado a mi padre. ¡Señor, señor! —exclamó volviéndose a Noirtier—. ¡En nombre del cielo! Haga lo que usted pueda..., llegue, se lo suplico, a indicarme, a hacerme comprender...

—Sí —respondió Noirtier.

—¡Oh, señorita, señorita! —exclamó Franz—. Su abuelo ha hecho señas de que podía indicarme... a ese hombre... Ayúdeme..., lo comprende..., présteme su ayuda...

Noirtier miró el diccionario.

Franz lo cogió con un temblor nervioso, y pronunció sucesivamente las letras del alfabeto hasta la Y.

A esta letra, el anciano hizo señas de que sí.

—¡Y! —repitió Franz.

El dedo del joven se deslizó sobre las palabras; pero a todas respondía Noirtier con un signo negativo.

Valentina ocultaba su cabeza entre sus manos. Al fin Franz llegó a la palabra YO.

—Sí —indicó el anciano.

—¡Usted! —exclamó Franz, cuyos cabellos se erizaron en su cabeza—. ¡Usted, señor Noirtier! ¿Fue usted quien mató a mi padre?

—Sí —respondió Noirtier fijando en el joven una mirada majestuosa.

Franz cayó sin fuerzas sobre un sillón.

Villefort abrió la puerta y huyó, porque acababa de tener la idea de ahogar la poca existencia que aún había en el corazón del terrible anciano.



Los progresos de Cavalcanti hijo

Mientras tanto, el señor Cavalcanti padre había partido para volver a su servicio, no en el del ejército de Su Majestad el emperador de Austria, sino en la ruleta de los baños de Luca, en donde era uno de los más asiduos cortesanos.

No hace falta decir que se llevaba con la más escrupulosa exactitud hasta el último céntimo de la suma que le había sido acordada por su viaje y por la manera majestuosa y solemne con la cual había interpretado su papel de padre.

Andrea había heredado a su marcha todos los papeles que confirmaban que tenía el honor de ser el hijo del marqués Bartolomeo y de la marquesa Oliva Corsinari.

Estaba, pues, casi anclado en esta sociedad parisiense, tan fácil para recibir extraños y para tratarlos, no por lo que son, sino según lo que ellos quieren ser.

Además, ¿qué se pide a un joven en París? Que hable un poco su lengua, que se vista convenientemente, que sea buen jugador y que pague en oro.

No hace falta decir que esto es menos difícil para un extraño que para un parisiense.

Andrea, pues, había adquirido en quince días una posición bastante buena; le llamaban señor conde, se decía que tenía cincuenta mil libras de renta, y se hablaba de tesoros inmensos de su señor padre, enterrados, decían, en las canteras de Saravezza.

Un sabio, ante el cual se mencionó esta última circunstancia, declaró haber visto las canteras y esto dio un gran peso a las afirmaciones hasta entonces difusas y que desde entonces tomaron la consistencia de la realidad.

Estaba allí, en ese círculo de la sociedad parisiense en que introducimos a nuestros lectores, cuando Montecristo acudió una tar-

de a visitar al señor Danglars. Éste había salido, pero se propuso al conde que subiera a ver a la baronesa, que estaba visible, lo cual aceptó.

La señora Danglars, después de la cena de Auteuil y de los acontecimientos que siguieron no podía oír pronunciar el nombre de Montecristo sin una especie de estremecimiento nervioso. Si la presencia del conde no seguía al anuncio de su nombre, la sensación dolorosa se hacía más intensa; si por el contrario el conde aparecía, su semblante abierto, sus ojos brillantes, su amabilidad, su galantería, incluso para la señora, ocultaban inmediatamente hasta la última impresión de temor; a la baronesa le parecía imposible que un hombre tan encantador a la vista alimentase contra ella malos deseos; por otra parte, los corazones más corrompidos no pueden creer en el mal si no lo consideran apoyado en algún interés; el mal inútil y sin causa repugna como una anomalía.

Cuando Montecristo penetró en el tocador en que ya entraron nuestros lectores, y en el que la baronesa seguía con mirada bastante inquieta los dibujos que le pasaba su hija después de haberlos mirado con el señor Cavalcanti hijo, su presencia produjo el efecto ordinario, y recibió al conde poco después de haberse trastornado un poco.

El conde, por su parte, abarcó toda la escena de una ojeada.

Junto a la baronesa, sentada en una butaca, se encontraba Eugenia, y Cavalcanti estaba a su lado, en pie.

Cavalcanti, vestido de negro como un héroe de Goethe, con zapatos de charol y medias de seda blanca a la moda, pasaba una mano bastante blanca y muy cuidada por sus cabellos rubios, en medio de los cuales relucía un diamante que, a pesar de los consejos de Montecristo, el vanidoso joven no había podido resistir el deseo de ponérselo en el dedo.

Este movimiento iba acompañado de miradas asesinas lanzadas a la señorita Danglars, y de suspiros enviados en la misma dirección que las miradas.

La señorita Danglars era siempre la misma, es decir, bella, fría y tesa. Ni una de aquellas miradas, ni uno de aquellos suspiros se le escapaban; se podía decir que resbalaban sobre la coraza de Minerva, coraza que algunos filósofos pretenden que a veces recubre el pecho de Safo.

Eugenia saludó fríamente al conde, y aprovechó las primeras preocupaciones de la conversación para retirarse a su salón de es-

tudio, en donde muy pronto se oyeron dos voces alegres y reidoras, mezcladas a los primeros acordes de un piano. Así supo Montecristo que la señorita Danglars prefería a su compañía y la del señor Cavalcanti, la de la señorita Louise de Armilly, su maestra de canto.

Entonces fue cuando, mientras hablaba con la señora Danglars y parecía absorto por la encantadora conversación, se dio cuenta de la solicitud del señor Andrea Cavalcanti, de su manera de ir a escuchar música junto a la puerta que no se atrevía a franquear, y de manifestar su admiración.

Pronto regresó el banquero. Su primera mirada fue para Montecristo, es cierto, pero la segunda se la dedicó a Andrea.

En cuanto a su esposa, la saludó a la manera que suelen hacerlo ciertos maridos, y de la cual los solteros no podrán hacerse una idea hasta que se publique un código muy extenso sobre la conyugalidad.

—¿Esas señoritas no le han invitado a interpretar música con ellas? —preguntó Danglars a Andrea.

—¡Ay! No, señor —respondió Andrea, con un suspiro más notable que todos los anteriores.

Danglars avanzó inmediatamente hacia la puerta de comunicación, y la abrió.

Entonces se vio a dos muchachas sentadas en la misma silla, ante el piano. Cada una acompañaba con una mano, ejercicio al cual se habían acostumbrado por capricho, y en el que habían adquirido mucha habilidad.

La señorita de Armilly, quien entonces se dejaba ver, formaba con Eugenia, gracias al cuadro de la puerta, uno de esos lienzos vivientes como tienen costumbre a hacer en Alemania; era de una belleza muy notable, o más bien de una gentileza exquisita. Era delgada y rubia como un hada, con grandes cabellos rizados que caían sobre su cuello, un poco largo, como Perugino suele poner en sus vírgenes, y de ojos velados por la fatiga. Se decía que tenía el pecho débil y que, como Antonia en el *Violón de Cremona*, moriría un día cantando.

Montecristo hundió en este gineceo una mirada rápida y curiosa; era la primera vez que veía a la señorita de Armilly, de la cual había oído hablar con frecuencia en la casa.

—¿Y bien? —preguntó el banquero a su hija—. ¿Estamos excluidos nosotros?

Entonces condujo al joven al saloncito y, bien por casualidad, bien por astucia, detrás de Andrea empujó la puerta de manera que, desde el sitio de Montecristo y la baronesa, no se pudiese ver nada; pero, como el banquero siguió a Andrea, la señora Danglars no pareció darse cuenta de esta circunstancia.

Poco después el conde oyó la voz de Andrea resonando a los acordes del piano, acompañando una canción corsa.

Mientras el conde escuchaba y sonreía por esta canción que le hacía olvidar a Andrea para acordarse de Benedetto, la señora Danglars ponderaba a Montecristo la fuerza de voluntad de su marido que aquella misma mañana, en una quiebra milanesa, había perdido tres o cuatrocientos mil francos.

Y en efecto, el elogio era merecido; por si el conde no hubiese sabido por la baronesa o tal vez por uno de sus procedimientos propios, el rostro del barón no le hubiese dicho una palabra.

«¡Bien! —pensó Montecristo—. Ya empieza a ocultar lo que pierde. Hace un mes lo pregonaba.»

Después, en voz alta, dijo el conde:

—¡Oh! Señora, el señor Danglars conoce tan bien la Bolsa que volverá a coger siempre lo que pueda perder por otra parte.

—Veo que usted participa del error general —dijo la señora Danglars.

—¿Cuál es ese error? —preguntó Montecristo.

—Que el señor Danglars juega, cuando por el contrario no juega nunca.

—¡Ah, sí! Es cierto, señora. Recuerdo que el señor Debray me dijo... A propósito, ¿qué ha sido del señor Debray? Hace tres o cuatro días que no le he visto.

—Y yo tampoco —dijo la señora Danglars con un aplomo milagroso—. Pero usted había empezado una frase que ha quedado incompleta.

—¿Cuál?

—El señor Debray le ha dicho, pretendía usted...

—¡Ah! Es cierto. El señor Debray me dijo que era usted la que se sacrificaba al demonio del juego.

—Tuve ese gusto durante algún tiempo, lo confieso —dijo la señora Danglars—, pero ya no lo hago más.

—Pues hace mal, señora. ¡Oh, Dios mío! Las suertes de la fortuna son precarias, y si yo fuese mujer, y por casualidad lo fuera de

un banquero, por mucha confianza que tuviese en la dicha de mi marido, porque en cuanto a especulación todo es suerte o desgracia; pues, por mucha confianza que tuviese en la dicha de mi marido, empezaría por asegurarme una fortuna independiente, aunque tuviese que adquirirla poniendo mis intereses en manos que me fuesen desconocidas.

La señora Danglars se sonrojó a pesar suyo.

—Mire —dijo Montecristo como si nada hubiese visto—, se habla de una jugada muy buena que ha sido hecha ayer en los bonos de Nápoles.

—No los tengo —dijo con viveza la baronesa—, y ni siquiera los he tenido; pero en verdad ya es bastante hablar tanto de Bolsa, señor conde; parecemos dos agentes de cambio. Hablemos un poco de esos pobres de Villefort, tan atormentados en estos momentos por la fatalidad.

—¿Qué les ha sucedido, entonces? —preguntó Montecristo, con una ingenuidad perfecta.

—Pero si usted lo sabe; después de haber perdido al señor de Saint-Méran tres o cuatro días después de su partida de Marsella, acaban de perder a la marquesa tres o cuatro días después de su llegada.

—¡Ah! Es cierto —dijo Montecristo—. Supe eso; pero como dice Claudio a Hamlet, es una ley de la naturaleza; sus padres habían muerto antes que ellos, y los lloraron; ellos murieron antes que sus hijos, y sus hijos les llorarán.

—Pero eso no es todo.

—¿Cómo no es todo!

—No. Usted sabía que iban a casar a su hija.

—Con el señor Franz d'Epínay... ¿Acaso ha fallado el matrimonio?

—Ayer por la mañana, al parecer, Franz les ha devuelto la palabra.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y se conocen las causas de esa ruptura?

—No.

—¿Qué me anuncia usted, señora! ¿Y cómo acepta el señor de Villefort todas esas desgracias?

—Como siempre, como un filósofo.

En ese momento, Danglars regresó solo.

—¿Y bien? —dijo la baronesa—. ¿Deja usted al señor Cavalcanti con su hija?

—Y a la señorita de Armilly —replicó el banquero—, ¿por quién la toma?

Después, girándose hacia Montecristo:

—Un joven encantador ese príncipe Cavalcanti, ¿no es cierto, señor conde? Pero ¿es en verdad príncipe?

—Yo no respondo —dijo Montecristo—. A mí me presentaron a su padre como marqués, y será conde; pero me parece que ni siquiera él tiene gran pretensión en ese título.

—¿Por qué? —dijo el banquero—. Si es príncipe, hace mal en no vanagloriarse de ello. A cada uno lo suyo. No me gusta los que reniegan de su origen.

—¡Oh! Usted es un demócrata puro —dijo Montecristo, sonriendo.

—Pero fíjese a lo que se expone —dijo la baronesa—. Si el señor de Morcerf viniese por casualidad, encontraría al señor Cavalcanti en una habitación en la cual él, siendo novio de Eugenia, jamás ha tenido permiso para entrar.

—Hace bien en decir por casualidad —replicó el banquero—, porque en verdad se diría que se le ve muy raramente, y que es la casualidad la que nos lo trae.

—En fin, si viniese y encontrara a ese joven junto a vuestra hija, podría disgustarse.

— ¿Él? ¡Oh, no. Dios mío! Usted se engaña, el señor Alberto no nos concede el honor de mostrarse celoso de su novia; no la ama tanto como para eso. Por otra parte, ¿qué me importa que se disguste o no?

—Sin embargo, en el punto en que estamos...

—Sí, en el punto en que estamos... ¿Quiere saber en qué punto estamos? Cuando el baile de su madre, sólo bailó una sola vez con mi hija, en tanto que el señor Cavalcanti lo hizo tres veces y él ni siquiera se dio cuenta de ello.

—El señor vizconde Alberto de Morcerf —anunció el ayuda de cámara.

La baronesa se levantó con viveza. Hizo ademán de pasar al salón de estudios para advertir a su hija, cuando Danglars la detuvo por el brazo.

—Déjelo —dijo.

Ella lo miró, asombrada.

Montecristo fingió no haber visto este juego de escena.

Entró Alberto, estaba muy apuesto y muy alegre. Saludó a la baronesa con gracia, a Danglars con familiaridad, y a Montecristo con afectación; después se volvió hacia la baronesa.

—¿Me permite, señora —le dijo—, preguntarla cómo se encuentra la señorita Danglars?

—Muy bien —respondió con viveza Danglars—. En este momento interpreta música en su saloncito con el señor Cavalcanti.

Alberto conservó su aspecto tranquilo e indiferente; tal vez sintiese algún despecho interior, pero percibía la mirada de Montecristo fija en él.

—El señor Cavalcanti tiene una hermosa voz de tenor —dijo—, y la señorita Eugenia una magnífica de soprano, sin contar que toca el piano como Thalberg. Debe ser un concierto encantador.

—Lo es —dijo Danglars—, porque concuerdan a maravilla.

Alberto pareció no haber notado este equívoco tan grosero, pero la señora Danglars se sonrojó.

—Yo también —continuó el joven— soy músico, al menos según dicen mis maestros. Pues bien, cosa extraña, nunca he pedido acordar mi voz con otra, y con la de soprano aún menos que con las otras.

Danglars sonrió de una manera que significaba: «¡Anda, enfádate!».

—Así, pues —dijo esperando llegar al objetivo deseado—, el príncipe y mi hija causaron ayer la admiración general. ¿No estaba usted ayer, señor de Morcerf?

—¿Qué príncipe? —preguntó Alberto.

—El príncipe Cavalcanti —replicó Danglars, que se obstinaba en dar aquel título al joven.

—¡Ah, perdone! —dijo Alberto—. Ignoraba que fuese príncipe. ¿Así que el príncipe Cavalcanti cantó ayer con la señorita Eugenia? En verdad debió ser seductor, y lamento vivamente no haber oído eso. Pero no pude asistir a su invitación, me vi obligado a acompañar a la señora de Morcerf a casa de la baronesa de Chateau Renaud, donde cantaban los alemanes.

Después, tras un silencio, y como si no se tratase de nada, añadió Morcerf:

—¿Me será permitido presentar mis respetos a la señorita Danglars?

—¡Oh! Espere, espere, se lo suplico —dijo el banquero deteniendo al joven—. Oiga usted esa deliciosa cavatina; tat, ta, ta, ti, ta,

ti, ta, ta. Es enternecedor, ahora va a concluir... Un segundo. Perfecto. ¡Bravo, bravísimo, bravo!

Y el banquero se puso a aplaudir con frenesí.

—En efecto —dijo Albert—, es exquisito, y resultaría imposible comprender mejor la música de su país de lo que lo hace el príncipe Cavalcanti. Ha dicho usted príncipe, ¿no es cierto? Por otra parte, si no es príncipe, ya lo será; eso es fácil en Italia. Pero volviendo a nuestros encantadores cantantes, debería hacernos un favor, señor Danglars: sin prevenir que hay un extraño, niegue a la señorita Danglars y al señor Cavalcanti que empiecen otro trozo. Es algo tan delicioso gozar de la música a cierta distancia, en una penumbra, sin ser visto, sin ver, y, por consiguiente, sin molestar al músico, que así puede entregarse al instinto de su genio y al entusiasmo de su corazón.

Esta vez Danglars se quedó desconcertado por la flemma del joven. Cogió a Montecristo aparte.

—Y bien —le dijo—, ¿qué dice usted de nuestro enamorado?

—¡Diantre! Me parece frío, eso es indudable. Pero, ¿qué quiere usted? Está comprometido.

—Sin duda estoy comprometido, pero a dar mi hija a un hombre que la quiera y no a un hombre que no la ame. Ve usted eso, frío como el mármol, orgulloso como su padre; si por lo menos fuese rico, si tuviese la fortuna de los Cavalcanti, aún pasaría eso por alto. A fe mía que no he consultado a mi hija; pero si ella tuviese buen gusto...

—¡Oh! —dijo Montecristo—. No sé si es mi amistad por él lo que me ciega, pero le aseguro que el señor Morcerf es un joven encantador, que hará feliz a su hija, y que tarde o temprano llegará a algo; porque, en fin, la posición de su padre es excelente.

—¡Hum! —dijo Danglars.

—¿Por qué lo duda?

—Siempre queda ese pasado..., ese pasado oscuro.

—Pero el pasado del padre no concierne al hijo.

—¡Si tal, si tal!

—Veamos, no se acalore. Hace un mes encontraba excelente realizar ese matrimonio... Usted comprenderá, yo estoy desesperado; ha sido en mi casa en donde vio al joven Cavalcanti, que no conozco, se lo repito.

—Yo sí lo conozco —dijo Danglars—, y eso basta.

—¿Lo conoce usted? Entonces, ¿ha tomado usted informes acerca de él? —preguntó Montecristo.

—No hace falta nada de eso, y a simple vista se aprecia quién es. En principio es rico.

—Yo no lo aseguro.

—Usted responde por él, sin embargo.

—De cincuenta mil libras, de una miseria.

—Tiene una educación distinguida.

—¡Hum! —murmuró a su vez Montecristo.

—Es músico.

—Todos los italianos lo son.

—Vaya, conde, usted no es muy justo con ese muchacho.

—Bien, sí, lo confieso; veo con disgusto que, conociendo sus compromisos con los Morcerf, venga aquí a interponerse y a abusar de su fortuna.

Danglars se echó a reír.

—¡Oh! Qué puritano es usted —dijo—. Pero si eso se hace todos los días en el mundo.

—Sin embargo, usted no puede romper así, mi querido señor Danglars; los Morcerf cuentan con este matrimonio.

—¿Cuentan?

—Positivamente.

—Entonces, que hablen. Usted debería insinuar dos palabritas acerca de esto al padre, mi querido conde; usted que es tan amigo de la casa.

—¿Yo? ¿De dónde diablos ha sacado usted eso?

—Pues en su baile. ¿Cómo? Me parece que la condesa, la orgullosa Mercedes, la desdeñosa catalana, que apenas se digna abrir la boca a sus más antiguos conocidos, le cogió del brazo, salió con usted al jardín, tomó por las alamedas y no reapareció hasta media hora más tarde.

—¡Ah, barón, barón! —dijo Alberto—. Nos impide usted escuchar. Para un melómano como usted, ¡qué barbarie!

—Está bien, está bien, señor burlón —dijo Danglars.

Luego, volviéndose hacia Montecristo:

—¿Se encargará usted de decirle eso al padre?

—Con mucho gusto, si así lo desea.

—Pero que esta vez se haga de una manera explícita y definitiva, sobre todo que me pida a mi hija, que señale una fecha, que de-

clare sus condiciones económicas; en fin, que se entienda, que pueda desenvolverse; pero, entienda usted, nada de retrasos.

—Está bien, haremos eso.

—No le diré que lo espero con entusiasmo, pero, en fin, lo espero. Un banquero, ya lo sabe usted, debe ser esclavo de su palabra.

Y Danglars lanzó uno de esos suspiros que lanzaba Cavalcanti hijo una media hora antes.

—¡Bravo, bravísimo, bravo! —gritó Morcerf parodiando al banquero y aplaudiendo al final del trozo.

Danglars empezó a observar a Alberto de reojo, cuando vinieron a decirle un recado en voz baja.

—En seguida vuelvo —dijo el banquero a Montecristo—. Espéreme, tal vez tenga algo que comunicarle dentro de poco.

Y salió.

La baronesa aprovechó la ausencia de su marido para empujar la puerta del salón de estudios de su hija, y se vio levantarse como un resorte a Andrea, que estaba sentado ante el piano con la señorita Eugenia.

Alberto saludó sonriendo a la señorita Danglars, quien, sin manifestar la menor turbación, le devolvió el saludo con su frialdad acostumbrada.

Cavalcanti pareció evidentemente turbado; saludó a Morcerf, que le devolvió el saludo con la mayor impertinencia del mundo.

Entonces, Alberto empezó a hacer mil elogios acerca de la voz de la señorita Danglars, y sobre el sentimiento que experimentaba, según lo que acababa de oír, por no haber asistido a la velada de la víspera.

Cavalcanti, abandonado, tomó aparte a Montecristo.

—Vamos —dijo la señora Danglars—, basta de música y de cumplidos; vayamos a tomar el té.

—Ven, Louise —dijo la señorita Danglars a su amiga.

Se pasó al salón contiguo, donde, efectivamente, estaba preparado el té.

En el momento en que empezaban a dejar las cucharas, a la manera inglesa, en la taza, la puerta se abrió y Danglars apareció visiblemente agitado.

Montecristo, sobre todo, notó esta agitación e interrogó con la mirada al banquero.

—Bien —dijo Danglars—, acabo de recibir mi correo de Grecia.

—¡Ah, ah! —hizo el conde—. ¿Ha sido llamado por eso?

—Sí.

—¿Cómo está el rey Otón? —preguntó Alberto, en el tono más jovial.

Danglars le miró de reojo, sin responderle, y Montecristo se volvió para ocultar la expresión de piedad que acababa de aparecer en su rostro y que se borró al instante.

—Nos iremos juntos, ¿no es así? —dijo Alberto al conde.

—Sí, si usted quiere —respondió éste.

Alberto no podía comprender aquella mirada del banquero; así, pues, volviéndose a Montecristo, que había comprendido perfectamente, dijo:

—¿Ha visto usted cómo me mira?

—Sí —respondió el conde—. Pero, ¿encuentra usted algo especial en su mirada?

—Ya lo creo; pero, ¿qué quiere decir con sus noticias de Grecia?

—¿Cómo quiere que sepa eso?

—Porque, a lo que presumo, usted tiene relaciones con ese país.

Montecristo sonrió como se sonríe siempre que quiere evitarse la respuesta.

—Vea —dijo Alberto—, ahí se aproxima hacia usted; iré a hacer un cumplido a la señorita Danglars por su camafeo; mientras tanto, el padre tendrá ocasión de hablarle.

—Si le hace algún cumplido, hágalo por su voz, al menos —dijo Montecristo.

—No, eso se lo hará todo el mundo.

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo—, es usted la fatuidad de la impertinencia.

Alberto avanzó hacia Eugenia con la sonrisa en los labios.

Durante este tiempo, Danglars se inclinó al oído del conde.

—Me dio usted un excelente consejo —dijo—. Existe toda una horrible historia acerca de esas dos palabras: Fernando y Janina.

—¡Ah, ya! —dijo Montecristo.

—Sí, ya le contaré esto; pero llévase al joven, ahora me encontraría muy molesto con él.

—Es lo que hago; me acompaña. Ahora, ¿quiere que le envíe al padre?

—Más que nunca.

—Bien.

El conde hizo una seña a Alberto.

Ambos saludaron a las damas y salieron. Alberto, con un aire totalmente indiferente respecto a los desprecios de la señorita Danglars; Montecristo reiterando a la señora Danglars sus consejos sobre la prudencia que debe tener la mujer del banquero de asegurar su porvenir.

El señor Cavalcanti permaneció siendo dueño del campo de batalla.

Haydée

Apenas los caballos del conde dieron la vuelta a la esquina del bulevar, Alberto se giró hacia el conde, soltando una carcajada demasiado ruidosa para no ser forzada.

—¿Y bien? —le dijo—. Le preguntaré como el rey Carlos IX preguntaba a Catalina de Médicis después de San Bartolomé: «¿Cómo encontró la representación de mi papel?».

—¿A propósito de qué? —preguntó Montecristo.

—Pues a propósito de la instalación de mi rival en casa del señor Danglars.

—¿Qué rival?

—¡Pardiez! ¿Qué rival? Su protegido, el señor Andrea Cavalcanti.

—¡Oh! Nada de bromas fáciles, vizconde; yo no protejo al señor Andrea, y menos ante el señor Danglars.

—Y ése sería el reproche que le haría si el joven tuviese necesidad de protección. Pero, afortunadamnte para mí, puede pasarse sin ella.

—¡Cómo! ¿Cree usted que le hace la corte?

—Le responderé: pone los ojos en blanco cada vez que suspira runruneos amorosos; aspira a la mano de la orgullosa Eugenia. ¡Vaya, si casi hago un verso! Palabra, no es culpa mía. No importa, lo repito: aspira a la mano de la orgullosa Eugenia.

—¿Y eso qué importa si no piensa más que en usted?

—No diga eso, mi querido conde; me maltrata por todas partes.

—¿Cómo por todas partes?

—Sin duda; la señorita Eugenia apenas me ha respondido, y la señorita de Armilly, su confidente, ni siquiera lo ha hecho.

—Sí, pero el padre le adora —dijo Montecristo.

—¿Él? Todo lo contrario, no ha hecho más que clavarme puñaladas; puñaladas que sólo tocan la manga, es cierto; puñaladas de tragedia, pero que él creía buenas y muy reales.

—Los celos indican el cariño.

—Sí, pero yo no estoy celoso.

—Él lo está.

—¿De quién? ¿De Debray?

—No, de usted.

—¿De mí? Apuesto a que antes de ocho días me da con las puertas en las narices.

—Se equivoca, mi querido vizconde.

—¿Una prueba?

—¿La quiere?

—Sí.

—Estoy encargado de rogar al señor conde de Morcerf que dé un paso definitivo ante el barón.

—¿Quién se lo ha encargado?

—El mismo barón.

—¡Oh! —exclamó Alberto con toda la zalamería de que era capaz—. No hará usted eso, ¿verdad, mi querido conde?

—Se equivoca, Alberto, lo haré puesto que se lo he prometido.

—Vamos —dijo Alberto con un suspiro—, parece que usted está deseoso de casarme.

—Trato de estar a bien con todo el mundo; pero, a propósito de Debray, no lo he visto con la baronesa.

—Hay disgusto.

—¿Con la señora?

—No, con el señor.

—Entonces, ¿se ha dado cuenta de algo?

—¡Ah! ¡Vaya broma!

—¿Cree usted que lo sospechaba? —dijo Montecristo con una ingenuidad encantadora.

—¡Ah, vaya! Pero, ¿de dónde viene usted, mi querido conde?

—Del Congo, si usted quiere.

—Eso aún no está muy lejos.

—¿Acaso conozco yo a vuestros maridos parisienses?

—¡Eh! Mi querido conde, los maridos son los mismos en todas partes; desde el momento en que usted ha estudiado al individuo en cualquier país, conoce la raza.

—Pero, entonces, ¿qué causa ha podido disgustar a Danglars con Debray? Parecían entenderse muy bien —dijo Montecristo con mayor ingenuidad.

—¡Ah! Aquí entramos en los misterios de Isis, y yo no soy un iniciado. En cuanto el señor Cavalcanti hijo sea de la familia, le puede preguntar eso.

El coche se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo Montecristo—. No son más que las diez y media, suba.

—Con mucho gusto.

—Mi coche le llevará.

—No, gracias, mi cupé ha debido seguirnos.

—En efecto, ahí está —dijo Montecristo saltando a tierra.

Ambos entraron en la casa; el salón estaba iluminado y pasaron a él.

—Prepárenos té, Bautista —dijo Montecristo.

Bautista salió sin decir una palabra. Dos segundos más tarde reapareció con una bandeja totalmente servida y que, como en las colaciones mágicas, parecía salir de la tierra.

—En verdad —dijo Morcerf—, lo que más admiro de usted, mi querido conde, no es su riqueza, seguramente hay personas más ricas que usted; no es su talento, Beaumarchais no tendrá más, pero sí tanto; es su manera de ser servido sin que le repliquen, al minuto, al instante mismo, como si adivinaran, por el modo en que usted llama, lo que desea tener, y como si siempre deseara encontrarlo listo.

—Lo que dice es algo cierto. Conocen mis costumbres. Por ejemplo, ahora verá: ¿no desea usted hacer algo mientras bebe el té?

—¡Pardiez! Desearía fumar.

Montecristo se aproximó al timbre y llamó una vez.

Al cabo de un segundo se abrió una puerta particular y apareció Alí con dos pipas turcas llenas de excelente latakia.

—Es maravilloso —dijo Morcerf.

—Pues, no, es muy sencillo —replicó Montecristo—. Alí sabe que al tomar té o café tengo la costumbre de fumar; sabe que he pedido té y que entré con usted, oye que le llamo y no duda en el motivo; como es de un país en que la hospitalidad se ejerce, sobre todo, con la pipa, en vez de una trae dos.

—Cierto, es una explicación como cualquier otra; pero no es menos cierto que no hay más que usted... ¡Oh! Pero, ¿qué oigo?

Y Morcerf se inclinó hacia la puerta, por la cual entraban, efectivamente, sonidos parecidos a los de una guitarra.

—A fe mía, mi querido vizconde, que usted está condenado esta noche a la música; ha escapado del piano de la señorita Danglars para caer en la guzla de Haydée.

—¡Haydée! ¡Qué nombre más adorable! ¿Existen mujeres que verdaderamente se llaman Haydée en otro sitio que no sea en los poemas de lord Byron?

—Ciertamente; Haydée es un nombre muy raro en Francia, pero bastante corriente en Albania y en Epiro; es como si usted dijese, por ejemplo, castidad, pudor, inocencia; es una especie de nombre de bautismo, como dicen sus parisienses.

—¡Oh, es encantador! —dijo Alberto—. Cómo me gustaría ver a nuestros franceses llamándose señorita Bondad, señorita Silencio, señorita Caridad cristiana. Dígame, si la señorita Danglars, en vez de llamarse Clara María Eugenia, como se llama, se llamase señorita Castidad Pudor Inocencia Danglars, ¡diablos! ¿Qué efecto causaría al leer las amonestaciones?

—¡Loco! —dijo el conde—. No bromeé tan alto, Haydée podría oírle.

—¿Y se molestaría?

—No —dijo el conde con su aire altivo.

—¿Es buena persona? —preguntó Alberto.

—Eso no es bondad, es deber; una esclava no se molesta con su dueño.

—¡Vamos, vamos! No bromeé usted también. ¿Acaso aún hay esclavos?

—Sin duda, ya que Haydée es la mía.

—En efecto, usted no hace nada ni tiene nada como los demás. ¡Esclava del señor conde de Montecristo! Es una posición en Francia. A juzgar por la manera que tiene usted de remover el oro, es un puesto que debe valer cien mil escudos al año.

—¡Cien mil escudos! La pobre muchacha ha poseído mucho más que todo eso; vino al mundo encima de tesoros, al lado de los cuales los de *Las mil y una noches* son muy poca cosa.

—Así, pues, ¿es realmente una princesa?

—Usted lo ha dicho, y una de las más importantes de su país.

—Me lo suponía. Pero, ¿cómo se ha convertido en esclava una gran princesa?

—¿Cómo Dionisio el Tirano llegó a ser maestro de escuela? La casualidad de la guerra, mi querido vizconde, el capricho de la suerte.

—¿Y su nombre es un secreto?

—Para todo el mundo, sí; pero no para usted, querido vizconde, que es de mis amigos y que no lo dirá; ¿no es cierto que me promete callarlo?

—¡Oh! Palabra de honor.

—¿Conoce usted la historia del pachá de Janina?

—¿De Alí Tebelín? Sin duda, puesto que a su servicio hizo mi padre su fortuna.

—Es cierto, lo había olvidado.

—¿Y bien, qué es Haydée de Alí Tebelín?

—Su hija, sencillamente.

—¡Cómo! ¿La hija de Alí Pachá?

—Y de la bella Vasiliki.

—¿Y es su esclava?

—¡Oh! Dios mío, sí.

—¿Cómo es eso?

—¡Diantre! Un día que pasaba por el mercado de Constantinopla la compré.

—¡Eso es espléndido! Con usted, mi querido conde, no se vive; se sueña. Ahora escuche, es muy indiscreto lo que voy a pedirle.

—Dígalo.

—Pero ya que usted sale con ella, ya que la acompaña a la ópera...

—¿Qué más?

—¿Puedo arriesgarme a pedirle esto?

—Puede arriesgarse a pedirme todo.

—Pues bien, mi querido conde, presénteme a su princesa.

—Con mucho gusto; pero con dos condiciones.

—Las acepto por adelantado.

—La primera es que nunca confiará a nadie esta presentación.

—Muy bien —Morcerf extendió la mano—. Lo juro.

—La segunda, es que usted no le dirá que su padre ha servido al suyo.

—También lo juro.

—Perfectamente, vizconde. Se acordará de estos dos juramentos, ¿verdad?

—¡Oh! —exclamó Alberto.

—Muy bien. Le sé hombre de honor.

El conde llamó de nuevo sobre el timbre; Alí reapareció.

—Advierte a Haydée —le dijo— de que iré a tomar el café con ella, y hazle comprender que le pido permiso para presentarle a uno de mis amigos.

Alí se inclinó y salió.

—Así pues, queda convenido que no habrá preguntas directas, mi querido vizconde. Si usted desea saber alguna cosa, consúltemelo a mí, y yo se la preguntaré a ella.

—Conforme.

Alí reapareció por tercera vez y mantuvo la cortina levantada, para indicar a su amo y a Alberto que podían pasar.

—Entremos —dijo Montecristo.

Alberto pasó una mano por sus cabellos y se atusó el bigote; el conde recogió su sombrero, se puso sus guantes y precedió a Alberto en el aposento que guardaba, como un centinela avanzado, Alí, y que defendían, como un puesto, las tres camareras francesas mandadas por Myrtho.

Haydée esperaba en la primera pieza, que era el salón, con sus ojos dilatados por la sorpresa; porque era la primera vez que otro hombre, que no fuese Montecristo, llegaba hasta ella. Se encontraba sentada en un sofá, en un rincón, las piernas cruzadas bajo ella, y se había hecho, por así decirlo, un nido en las telas de seda rayadas y bordadas, las más ricas de Oriente. Junto a ella, estaba el instrumento cuyos sonidos la habían delatado; lucía encantadora.

Al ver a Montecristo se levantó con esa doble sonrisa de hija y de amante que no pertenecía más que a ella; Montecristo se le acercó y le tendió la mano, sobre la cual, y como de costumbre, ella apoyó sus labios.

Alberto se había quedado a la puerta, bajo la impresión de aquella belleza extraña que veía por primera vez y de la cual no podía hacerse ninguna idea en Francia.

—¿A quién me traes? —preguntó en romaico la muchacha a Montecristo—. ¿Un hermano, un amigo, un simple conocido o un enemigo?

—Un amigo —dijo Montecristo en el mismo idioma.

—¿Su nombre?

—El conde Alberto; es el mismo que saqué de manos de los bandidos en Roma.

—¿En qué lengua quieres que le hable?

Montecristo se volvió a Alberto.

—¿Sabe usted el griego moderno? —preguntó al joven.

—¡Ay! —dijo Alberto—. Ni siquiera el griego antiguo, mi querido conde. Jamás Homero y Platón han tenido más pobre, y hasta me atrevería a decir más desdeñoso discípulo.

—Entonces —dijo Haydée, demostrando con su pregunta que efectivamente había entendido la de Montecristo y la respuesta de Alberto—, hablaré en francés o italiano, si mi señor quiere que yo hable.

Montecristo reflexionó un instante.

—Hablarás en italiano —dijo.

Después, volviéndose a Alberto, añadió:

—Es lástima que no entienda el griego antiguo ni el moderno, porque Haydée habla los dos admirablemente; la pobre muchacha se verá obligada a hablarle en italiano, lo que posiblemente le dará una falsa idea de ella.

Hizo una seña a Haydée.

—Sea bien venido, amigo, que llega con mi señor y dueño —dijo la muchacha en excelente toscano, con ese dulce acento romano que hace de la lengua de Dante tan sonora como la de Homero—. ¡Alí, café y pipas!

Y Haydée indicó con la mano a Alberto que se aproximara mientras Alí se retiraba para ejecutar las órdenes de su dueña.

Montecristo enseñó a Alberto dos sillas plegables y cada uno cogió la suya para acercarla a una especie de velador, en cuyo centro había una pipa turca, rodeada de flores naturales, dibujos y álbumes de música.

Alí entró llevando el café y las pipas; a Bautista le estaba prohibida la entrada en esta parte de la vivienda.

Alberto rechazó la pipa que le presentaba el nubio.

—¡Oh! Cójala, cójala —dijo Montecristo—. Haydée es casi tan civilizada como una parisiense. El habano le es desagradable, porque no le gustan los malos olores; pero el tabaco oriental es un perfume, ya lo sabe.

Alí salió.

Las tazas de café estaban preparadas; sólo había que añadir azúcar en el de Alberto. Montecristo y Haydée tomaban el licor árabe a la manera de éstos, es decir, sin azúcar.

Haydée alargó la mano y cogió con la punta de los dedos, rosas y delgados, la taza de porcelana del Japón, que se llevó a los labios con el ingenuo placer de un niño que bebe o come una cosa amada.

Al mismo tiempo, entraron dos mujeres llevando dos bandejas cargadas de helados y sorbetes que depositaron en dos mesitas destinadas al efecto.

—Mi querido huésped, y usted, señora —dijo Alberto en italiano—, excusen mi estupefacción. Estoy aturdido, y es muy natural; he aquí que encuentro el Oriente, el verdadero Oriente, no ese desafortunado que he visto, sino el que he soñado en el seno de París; hace un momento oía rodar los ómnibus y tintinear las campanillas de los vendedores de limonada. ¡Oh, señora!... Aunque no sepa hablar en griego, su conversación, unida a este ambiente mágico, me ofrece una velada que no olvidaré nunca.

—Hablo bastante bien el italiano para hablar con usted, señor —dijo tranquilamente Haydée—, y haré todo lo posible, si usted ama el Oriente, para que lo encuentre aquí.

—¿De qué puedo hablar? —preguntó en voz baja Alberto a Montecristo.

—Pues de todo lo que usted quiera: de su país, de su juventud, de sus recuerdos; además, si usted lo prefiere, de Roma, de Nápoles o de Florencia.

—¡Oh! —exclamó Alberto—. Sería una lástima tener una griega delante para hablarle solamente de todo lo que se hablaría a una parisiense; déjeme hablarle de Oriente.

—Hágalo, mi querido Alberto; es la conversación que le resulta más agradable.

Alberto se volvió hacia Haydée.

—¿A qué edad, señora, abandonó usted Grecia? —preguntó.

—A los cinco años —respondió Haydée.

—¿Y se acuerda usted de su patria? —preguntó Alberto.

—Cuando cierro los ojos vuelvo a ver todo lo que había visto. Hay dos miradas, la del cuerpo y del espíritu. La mirada del cuerpo a veces puede olvidar, pero la del alma recuerda siempre.

—¿Y cuál es la época más lejana que usted puede recordar?

—Apenas caminaba; mi madre, que se llamaba Vasiliki, que quiere decir real —añadió la muchacha levantando la cabeza—, mi madre me cogía de la mano, y cubiertas ambas por el velo, después

de haber echado en el fondo de nuestras bolsas todo el oro que poseíamos, nos íbamos a pedir limosnas para los prisioneros, diciendo: «Aquel que da a los pobres, presta al Eterno». Luego, cuando nuestra bolsa estaba llena, regresábamos a palacio y sin decir nada a mi padre, enviábamos todo el dinero que nos habían dado, tomándonos por pobres mujeres, al ecónomo del convento, que lo repartía entre los prisioneros.

—Y en esa época, ¿qué edad tenía usted?

—Tres años —dijo Haydée.

—Entonces, ¿se acuerda usted de todo lo que ha sucedido en torno suyo después de los tres años de edad?

—De todo.

—Conde —dijo en tono bajo Morcerf a Montecristo—, debería permitir a la señora que nos contase alguna cosa de su vida. Usted me ha prohibido hablarle de mi padre, pero tal vez me hable ella, y no sabe usted lo feliz que sería oyendo salir su nombre de una boca tan bonita.

Montecristo se volvió a Haydée, y por un fruncimiento de cejas le indicó que prestase la máxima atención a la recomendación que iba a hacerle, y le dijo en griego:

—*Patros men, aten, me de anoma prodotu kai prodosiam, eipe emin* ¹.

Haydée lanzó un suspiro prolongado, y una nube sombría pasó por su frente tan pura.

—Le repetía que usted es un amigo, y que ella no tiene que ocultar nada ante usted.

—Así, pues —dijo Alberto—, aquel viejo peregrinaje en favor de los prisioneros es su primer recuerdo. ¿Cuál es el otro?

—¿El otro? Me veo bajo la sombra de los sicomoros, cerca de un lago del cual aún percibo, a través del follaje, el espejo tembloroso; contra el más viejo y más espeso se hallaba apoyado mi padre, sentado en almohadones, y yo, niña todavía, mientras mi madre estaba echada a sus pies, jugaba con su barba blanca que descendía sobre su pecho, y con el alfanje de empuñadura de diamantes que llevaba a la cintura; luego, de vez en cuando, venía un albanés que le decía algunas palabras a las que yo no prestaba atención, y a las cuales respondía en el mismo tono de voz: «¡Mata!», o «¡Perdónale!».

¹ Palabra por palabra: «De tu padre la suerte, mas no el nombre del traidor ni la traición, cuéntanos».

—Es extraño —dijo Alberto— oír tales cosas en labios de una muchacha fuera del teatro y pudiendo decir: Esto no es una ficción. ¿Y cómo, con ese horizonte tan poético —añadió Alberto—, cómo, con ese pasado maravilloso, encuentra Francia?

—Creo que es un hermoso país —dijo Haydée—, pero yo veo Francia tal cual es, porque la veo con ojos de mujer, mientras que me parece que, por el contrario, mi país, el cual no he visto más que con ojos de niña, siempre está envuelto en una niebla luminosa o sombría, según mis ojos lo hagan una dulce patria o un lugar de amargos sufrimientos.

—Siendo tan joven, señora —dijo Alberto cediendo a su pesar, a la pujanza de la vulgaridad—, ¿cómo ha podido sufrir?

Haydée volvió los ojos hacia Montecristo, quien, con un gesto imperceptible, murmuró:

—*Eipe* ².

—Nada compone el fondo del alma como los primeros recuerdos y, aparte de los dos que acabo de decirle, todos los recuerdos de mi juventud son tristes.

—Hable, hable, señora —dijo Alberto—. Le juro que la escucho con una inexplicable dicha.

Haydée sonrió tristemente.

—¿Quiere usted que pase a mis otros recuerdos? —preguntó ella.

—Se lo ruego —dijo Alberto.

—Pues bien, yo tenía cuatro años cuando una tarde fui despertada por mi madre. Estábamos en el palacio de Janina; me cogió de los almohadones en que descansaba y, al abrir mis ojos, vi los suyos llenos de lágrimas.

»Me llevó sin decirme nada.

»Viéndola llorar, estuve a punto de hacerlo yo.

»—¡Silencio, niña! —dijo ella.

»Con frecuencia, a pesar de los consuelos o las amenazas maternas, como ocurre con todos los niños, continuaba llorando; pero, esta vez, había en la voz de mi madre tal entonación de terror que me callé al instante.

»Me condujo rápidamente.

»Entonces vi que descendíamos una amplia escalera; delante de nosotras, todas las mujeres de mi madre llevaban los cofres, los



² Cuenta.

saquitos, los objetos de adorno, las joyas, las bolsas de oro, y descendían la misma escalera, o más bien se precipitaban por ella.

»Tras ella iba una guardia de veinte hombres, armados con grandes fusiles y pistolas, y vestidos con ese uniforme que ustedes conocen en Francia desde que Grecia llegó a ser nación.

»Había algo siniestro, créame —añadió Haydée, sacudiendo la cabeza y palideciendo ante este recuerdo—, en aquella larga fila de esclavas y mujeres medio aturcidas por el sueño, o al menos así me lo imaginaba yo, que tal vez creía a las demás somnolientas porque yo me había despertado así.

»En la escalera corrían sombras gigantescas que las antorchas de abeto hacían temblar en las bóvedas.

»—¡Que se apresuren! —dijo una voz en el fondo de la galería.

»Esta voz hizo inclinarse a todo el mundo como el viento hace ondear un campo de espigas a su paso.

»A mí me hizo estremecer.

»Aquella voz era la de mi padre.

»Iba el último, vestido con sus espléndidas ropas, llevando en la mano la carabina que vuestro emperador le había dado; y, apoyado sobre su favorito Selim, nos empujaba delante de él como un pastor hace con su rebaño perdido.

»Mi padre —dijo Haydée levantando la cabeza—, era un hombre ilustre que Europa ha conocido bajo el nombre de Alí Tebelín, pachá de Janina, y ante el cual temblaba Turquía.

Alberto, sin saber por qué, se estremeció al oír estas palabras pronunciadas con un indefinible acento de altivez y dignidad; le pareció que algo sombrío y espantoso brillaba en los ojos de la muchacha cuando, al igual que una pitonisa evoca un espectro, ella despertó el recuerdo de aquella sangrienta figura, a la que su terrible muerte hizo aparecer gigantesca a los ojos de la Europa contemporánea.

—En seguida —continuó Haydée—, se detuvo la marcha; estábamos al pie de la escalera y al borde de un lago. Mi madre me estrechaba contra su pecho palpitante, y yo vi, a dos pasos detrás de ella, a mi padre echando miradas inquietas a todas partes.

»Delante de nosotros se extendían cuatro escalones de mármol, y al pie del último se balanceaba una barca.

»Desde donde estábamos se veía levantarse en medio del lago una masa negruzca; era el quiosco al cual nos dirigíamos.

»Este quiosco me parecía estar a una distancia considerable, tal vez a causa de la oscuridad.

»Descendimos a la barca. Me acuerdo que los remos no hacían ningún ruido al tocar el agua; me incliné a mirarlos: estaban envueltos en los cinturones de nuestros palicaros.

»Aparte de los remeros no había en la barca más que mujeres, mi padre, mi madre, Selim y yo.

»Los Palicaros habían quedado al borde del lago, arrodillados sobre el último escalón, y haciendo, para el caso de que hubiesen sido perseguidos, un parapeto con los otros tres.

»Nuestra barca avanzaba como el viento.

»—¿Por qué va tan rápida la barca? —pregunté a mi madre.

»—¡Cállate, hija! —dijo ella—. Es que huimos.

»No lo comprendí. ¿Por qué huía mi padre, el topodoroso, él, ante quien generalmente huían los demás, él, que había adoptado la divisa: “¡Me odian, pero me temen!”.

»En efecto, era una fuga que mi padre emprendía en el lago. Después me dijo que la guarnición del castillo de Janina, fatigada de un largo servicio...

Aquí Haydée detuvo su expresiva mirada sobre Montecristo, cuyos ojos no la perdían de vista. La muchacha continuó lentamente, como alguien que inventa o suprime.

—Decía usted, señora —replicó Alberto, que prestaba la mayor atención a este relato—, que la guarnición de Janina, fatigada por un largo servicio...

—Había tratado con el seraskier Kurchid, enviado por el sultán para apoderarse de mi padre; entonces fue cuando mi padre tomó la resolución de retirarse, tras haber enviado al sultán un oficial franco, en quien tenía mucha confianza, al asilo que se había preparado desde hacía tiempo, y que llamaba kataphigion, es decir, su refugio.

—Y ese oficial —preguntó Alberto—, ¿se acuerda usted de su nombre, señora?

Montecristo cambió con la muchacha una mirada rápida como un rayo, y que pasó desapercibida para Morcerf.

—No —dijo ella—, no me acuerdo; pero tal vez más tarde me acuerde y entonces se lo diré.

Alberto fue a pronunciar el nombre de su padre, cuando Montecristo levantó suavemente su dedo en señal de silencio; el joven se acordó de su juramento y se calló.

—Bogábamos hacia aquel quiosco.

»Una planta baja adornada de arabescos, bañaba sus terrazas en el agua, y un primer piso que daba sobre el lago, he aquí todo lo que ofrecía de visible este palacio.

»Pero debajo de esa planta baja, prolongándose en la isla, había un subterráneo, y una amplia caverna a la que nos condujeron a mi madre, a mí y a nuestras mujeres, y deslizaron, haciendo un solo montón, sesenta mil bolsas y doscientos toneles; había en las bolsas veinticinco millones en oro, y en los barriles treinta mil libras de pólvora.

»Junto a aquellos barriles estaba Selim, el favorito de mi padre; vigilaba día y noche con una lanza en la mano al extremo de la cual ardía una mecha continuamente; tenía la orden de hacer saltar todo: quiosco, guardias, pachá, mujeres y oro a la primera señal de mi padre.

»Me acuerdo de que nuestros esclavos conocían aquella horrible vecindad y se pasaban los días y las noches rezando, llorando y gimiendo.

»En cuanto a mí, siempre veo al joven soldado de tez pálida y ojos brillantes; y cuando el ángel de la muerte descienda sobre mí, estoy segura de que reconoceré a Selim.

»No podré decir cuánto tiempo permanecimos así; por aquel entonces aún ignoraba lo que era el tiempo. Algunas veces, pero raramente, mi padre nos llamaba, a mi madre y a mí, a la terraza del palacio; eran mis horas de fiesta, pues en el subterráneo no veía más que sombras gimientes y doloridas, además de la mecha encendida de Selim. Mi padre sentado delante de una gran abertura, fijaba su mirada sombría sobre las profundidades del horizonte, interrogando cada punto negro que aparecía sobre el lago, mientras que mi madre, medio recostada junto a él, apoyaba su cabeza sobre su hombro, y yo jugaba a sus pies y admiraba, con esos asombros de la infancia que aún agrandan los objetos, las escarpaduras del Pindo, que se elevaban en el horizonte, los castillos de Janina, sobresaliendo blancos y angulosos de entre las aguas azules del lago, las espesuras inmensas de verdes oscuros, pegadas como líquenes a las rocas de la montaña, que de lejos parecían musgos y de cerca eran abetos gigantescos y mirtos inmensos.

»Una mañana mi padre nos envió a buscar; lo encontramos bastante tranquilo, pero más pálido que de costumbre.

»—Ten paciencia, Vasiliki, hoy acabará todo; hoy llega la firma del señor, y mi suerte estará decidida. Si la gracia es completa volveremos a entrar triunfantes en Janina; si la noticia es mala, huiremos esta noche.

»—Pero, ¿y si no nos dejan huir? —dijo mi madre.

»—¡Oh! Estate tranquila —respondió Alí sonriendo—, Selim y su mecha encendida me responden de ello. Ellos quisieran que yo muriese, pero no con ellos.

»Mi madre no respondió más que con suspiros a estos consuelos, que no salían del corazón de mi padre.

»Le preparó agua helada, que bebía a cada momento porque desde su retiro al quiosco estaba abrasado por una fiebre ardiente; perfumó su barba blanca y encendió la pipa que algunas veces, durante horas enteras, seguía distraídamente con los ojos el humo que se dispersaba en el aire.

»De repente hizo un movimiento tan brusco que yo me sobrecogí de miedo.

»Después, sin apartar la vista del punto que llamaba su atención, solicitó su antejo.

»Mi madre se lo pasó, más blanca que el estuco en que se apoyaba.

»Yo vi temblar la mano de mi padre.

»—¡Una barca...! ¡Dos...! ¡Tres...! —murmuró mi padre—. ¡Cuatro!

»Y se levantó cogiendo sus armas para llenar de pólvora, lo recuerdo bien, las cazoletas de sus pistolas.

»—Vasiliki —dijo a mi madre con un estremecimiento visible— he aquí el instante que decidirá de nosotros; dentro de media hora sabremos la respuesta del sublime emperador. Retírate al subterráneo con Haydée.

»—No quiero abandonarle —dijo Vasiliki—. Si usted muere, mi señor, yo moriré también.

»—¡Vaya junto a Selim! —gritó mi padre.

»—¡Adiós, señor! —murmuró mi madre obedeciendo y doblándose como abrumada por la proximidad de la muerte.

»—¡Acompañen a Vasiliki! —dijo mi padre a sus Palicaros.

»Pero yo, a quien habían olvidado, corrí a él y eché mis manos a su cuello; me vio e inclinándose, puso sus labios sobre mi frente.

»Al descender, distinguimos a través del emparrado de la terraza las barcas que se agrandaban en el lago, y que, poco a poco, de puntos negros ya parecían pájaros rozando la superficie de las aguas.

»Entretanto, en el quiosco, veinte Palicaros sentados a los pies de mi padre y ocultos por la madera de la balaustrada, espiaban con ojos sangrientos la llegada de las barcas, y tenían preparados sus largos fusiles incrustados de nácar y de plata; había gran número de cartuchos esparcidos por el pavimento; mi padre miraba su reloj y se paseaba con angustia.

»Esto fue lo que más me chocó cuando abandoné a mi padre después del último beso que recibí de él.

»Mi madre y yo atravesamos el subterráneo. Selim continuaba en su puesto; nos sonrió tristemente. Fuimos en busca de los almohadones al otro lado de la cueva y regresamos a sentarnos junto a Selim. En los grandes peligros los corazones fieles se buscan, y, aun siendo tan niña, percibía instintivamente que una gran desgracia se cernía sobre nuestras cabezas.

Alberto había oído contar con frecuencia, no por su padre que no hablaba nunca, sino por extraños, la historia de los últimos momentos del visir de Janina; había leído diferentes relatos sobre su muerte; pero esta historia, llena de vida por la persona y la voz de la muchacha, aquel tierno acento y aquella melancólica elegía, le infundían a la vez un encanto y un horror inexplicables.

En cuanto a Haydée, llena de tan terribles recuerdos, había cesado de hablar un instante; su frente, como una flor que se inclina en día de tormenta, se había doblegado sobre su mano, y sus ojos, perdidos en el vacío, aún parecían ver en el horizonte el Pindo verdeante y las aguas azules del lago de Janina, espejo mágico que reflejaba el sombrío cuadro que describía.

Montecristo la miraba con una indefinible expresión de interés y de piedad.

—Continúa, hija mía —le dijo el conde en lengua romaica.

Haydée levantó la frente, como si las palabras sonoras que acababa de pronunciar Montecristo le hubiesen sacado de un sueño, y prosiguió diciendo:

—Eran las cuatro de la tarde; pero aunque el día estuviese puro y brillante afuera, nosotras estábamos hundidas en la sombra del subterráneo.

»Sólo una luz brillaba en la cueva, parecida a una estrella temblorosa en el fondo del cielo negro: la mecha de Selim. Mi madre era cristiana, y rezaba.

»Selim repetía de vez en cuando aquellas palabras sagradas:

»—¡Dios es grande!

»Sin embargo, mi madre aún tenía alguna esperanza. Al descender había creído ver al franco que fue enviado a Constantinopla, y en el cual mi padre ponía toda su confianza, porque sabía que los soldados del sultán francés eran, por lo general, nobles y generosos. Ella avanzó unos pasos en la escalera y escuchó.

»—Se aproximan —dijo—. Con tal de que traigan la paz y la vida.

»—¿Qué temes, Vasiliki? —respondió Selim con su voz tan suave y fiera a la vez—. Si no traen la paz, les daremos la muerte.

»—Pero yo, que era tan pequeña y tan inocente, tenía miedo de aquel coraje que encontraba feroz e insensato, y me asustaba de parecerse al Dionisos de la antigua Creta.

»Y reavivaba la llama de su lanza con un gesto que le hacía aquella muerte espantosa en el aire y en las llamas.

»Mi madre experimentaba las mismas impresiones, porque la sentía estremecerse.

»—¡Dios mío! ¡Dios mío, mamá! —exclamé—. ¿Es que vamos a morir?

»Y ante mi voz el llanto y las plegarias de las esclavas aumentaron.

»—¡Hija mía! —me dijo Vasiliki—. Dios te libre de llegar a desear esta muerte que temes hoy.

»Luego en voz baja, preguntó:

»—Selim, ¿cuál es la orden de tu dueño?

»—Si me envía su puñal, es que el sultán rechaza recibirlo perdonado, y yo prendo el fuego; si me envía su anillo, es que el sultán le perdona, y yo no enciendo la pólvora.

»—Amigo —replicó mi madre—, cuando llegue la orden de tu amo, si te envía el puñal, en lugar de matarnos a las dos con muerte tan espantosa, te presentaremos el cuello y nos matarás antes con el mismo puñal.

»—Sí, Vasiliki —respondió tranquilamente Selim.

»De pronto oímos grandes gritos; escuchamos: eran gritos de alegría; el nombre del franco que había sido enviado a Constanti-

nopla resonaba repetido por los palicaros; era evidente que traía la respuesta del sublime emperador, y que la respuesta era favorable.

—¿Y usted no se acuerda de ese nombre? —preguntó Mörцерf, dispuesto a ayudar a la narradora.

Montecristo le hizo una seña.

—No me acuerdo —respondió Haydée.

»El ruido aumentaba; se oían pasos cada vez más próximos; descendían la escalera del subterráneo.

»—¿Quién eres? —gritó Selim—. Pero, seas quien seas, no des un paso más.

»—¡Gloria al sultán! —dijo la sombra—. Se ha concedido la gracia al visir Alí; y no sólo ha salvado la vida, sino que también se le devuelven sus bienes y su fortuna.

»Mi madre lanzó un grito de alegría y me estrechó contra su corazón.

»—¡Alto! —le dijo Selim viendo que ella se disponía a salir—. Ya sabes que me falta el anillo.

»—¡Tienes razón! —dijo mi madre, y cayó de rodillas levantándose hacia el cielo, como si al mismo tiempo que rezaba por mí quisiera elevarme hasta Él.

Y por segunda vez Haydée se detuvo vencida por la emoción; el sudor inundaba su frente pálida, y su voz ahogada parecía no poder franquear su garganta seca.

Montecristo vertió un poco de agua helada en un vaso y se lo presentó diciéndole con una dulzura en la que se percibía cierto tono de orden:

—¡Ánimo, hija mía!

Haydée se enjugó sus ojos y su frente, y prosiguió diciendo:

—Durante aquel tiempo nuestros ojos habituados a la oscuridad, habían reconocido al enviado del pachá: era un amigo.

»Selim lo había reconocido, pero el bravo joven no sabía más que una cosa: obedecer.

»—¿En nombre de quién vienes? —preguntó.

»—Vengo en nombre de nuestro señor, Alí Tebelín.

»—Si vienes en nombre de Alí, sabrás lo que debes entregarme, ¿no?

»—Sí —dijo el enviado—, y te traigo su anillo.

»Al mismo tiempo levantó su mano por encima de su cabeza; pero estaba muy lejos y no había mucha claridad para que Selim pu-

diera, desde donde estábamos, distinguir y reconocer el objeto que le presentaban.

»—No veo lo que tienes —dijo Selim.

»—Aproxímate —dijo el mensajero—, o me acercaré yo.

»—Ni uno ni otro —respondió el joven soldado—. Deposita en el sitio en que estás tú, y bajo ese rayo de luz, el objeto que me enseñas, y retírate hasta que lo haya visto.

»—Sea —dijo el mensajero.

»Y se retiró después de haber depositado el signo de reconocimiento en el lugar indicado.

»Y nuestro corazón palpitaba, porque el objeto parecía ser, efectivamente, un anillo. Pero, ¿era el anillo de nuestro señor?

»Selim, teniendo siempre en la mano su mecha encendida, se acercó a la abertura, se inclinó radiante bajo el rayo de luz y recogió la señal.

»—¡El anillo del señor! —dijo besándolo—. ¡Está bien!

»Y volviendo la mecha contra el suelo, la pisó y la apagó.

»El mensajero lanzó un grito de alegría y golpeó en sus manos. A esta señal, cuatro soldados del seraskier Kurchid corrieron y Selim cayó atravesado por cinco puñaladas. Cada uno había clavado en él su puñal.

»Y en seguida, embriagados por su crimen, aunque pálidos de miedo, se precipitaron por el subterráneo, buscando por todas partes si había fuego, y apoderándose de los sacos de oro.

»Durante este tiempo mi madre me cogía entre sus brazos, y, ágil saltó por entre las sinuosidades que sólo nosotras conocíamos, hasta llegar a una escalera disimulada del quiosco, en el cual reinaba un tumulto espantoso.

»Las salas bajas estaban completamente pobladas por los *tcho-doars* de Kurchid, es decir, por nuestros enemigos.

»En el momento en que mi madre iba a empujar la puertecita, oímos resonar, terrible y amenazante, la voz del pachá.

»Mi madre pegó su ojo a las hendiduras de las tablas; una abertura se hallaba delante de mí y pude mirar.

»—¿Qué quieren? —decía mi padre a las personas que tenían un papel con caracteres de oro en la mano.

»—Lo que deseamos —respondió uno de ellos—, es comunicarte la voluntad de Su Alteza. ¿Ves este documento?

»—Lo veo —respondió mi padre.

»—Pues bien, léelo; pide tu cabeza.

»Mi padre lanzó una carcajada más espantosa de lo que hubiese sido una amenaza; aún no había cesado cuando dos disparos salieron de sus manos y mataba a dos hombres.

»Los palicaros que estaban echados alrededor de mi padre, cara al suelo, se levantaron entonces e hicieron fuego; la habitación se llenó de ruido, de llamas y de humo.

»Al mismo tiempo el fuego empezó al otro lado, y las balas vinieron a agujerear las tablas alrededor de nosotras.

»¡Oh! Qué hermoso y grande estaba el visir Alí Tebelín, mi padre, en medio de las balas, la cimitarra empuñada y el rostro negro de pólvora. ¡Cómo huían sus enemigos!

»—¡Selim, Selim! —gritaba—. Guardián del fuego, ¡cumple tu deber!

»¡Selim está muerto! —respondió una voz que parecía surgir de las profundidades del quiosco—. Y tú, mi señor Alí, estás perdido.

»Al mismo tiempo se oyó una detonación sorda y el piso voló en mil pedazos alrededor de mi padre.

»Los *tchodoars* dispararon a través del suelo. Tres o cuatro palicaros cayeron muertos de abajo arriba por las heridas que recibieron por todo el cuerpo.

»Mi padre rugió, hundió sus puños por los agujeros de las balas y arrancó toda una tabla.

»Pero en el mismo instante, por aquella abertura, veinte disparos estallaron a la vez, y la llama, saliendo como del cráter de un volcán, alcanzó y prendió las colgaduras del techo.

»En medio de todo aquel tumulto, en medio de aquellos gritos terribles, dos disparos muy diferentes a todos, dos gritos más desgarradores que todos los gritos, me helaron de terror. Aquellas dos explosiones hirieron mortalmente a mi padre, y él fue quien lanzó los gritos.

»No obstante permaneció de pie, agarrado a una ventana. Mi madre sacudía la puerta para ir a morir con él; pero la puerta estaba cerrada por dentro.

»Alrededor de él, todos los palicaros se retorcían en las convulsiones de la agonía; dos o tres, que estaban sin heridas o heridos ligeramente se arrojaron por las ventanas. Al mismo tiempo todo el piso se partió destrozado desde abajo. Mi padre cayó sobre una rodilla; en el mismo instante veinte brazos se alargaron armados de sables, pistolas

y puñales, y veinte manos hirieron a la vez a un hombre solo, y mi padre desapareció en el torbellino de fuego, atizado por aquellos demonios rugientes, como si el infierno se hubiese abierto bajo sus pies.

»Me sentí caer a tierra: era mi madre que caía desvanecida.

Haydée dejó caer sus dos brazos mientras lanzaba un gemido y miraba al conde como para preguntarle si estaba satisfecho de su obediencia.

El conde se levantó, acudió a ella, la tomó de la mano y le dijo en romaico:

—Descansa, mi pequeña, y ármate de coraje pensando que hay un Dios que castiga a los traidores.

—Esta es una historia espantosa, conde —dijo Alberto asustado por la palidez de Haydée—, y me reprocho haber sido tan cruelmente indiscreto.

—Esto no es nada —respondió Montecristo.

Después, poniendo su mano sobre la cabeza de la muchacha, añadió:

—Haydée es una mujer muy valerosa, y a veces encuentra alivio relatando sus dolores.

—Porque, mi señor —dijo con viveza la muchacha—, porque mis dolores me recuerdan tus bondades.

Alberto la miró con curiosidad, porque ella aún no había contado lo que deseaba saber, es decir, cómo se había convertido en la esclava del conde.

Haydée vio a la vez en las miradas del conde y de Alberto la expresión del mismo deseo.

Continuó:

—Cuando mi madre recobró el sentido —dijo—, estábamos delante del seraskier.

»—Mátame —dijo ella—, y ahórrame el honor de ser la viuda de Alí.

»—No es a mí a quien debes dirigirte —dijo Kurchid.

»—¿A quién, entonces?

»—A tu nuevo amo.

»—¿Cuál es?

»—Ahí lo tienes.

»Y Kurchid nos mostró a uno de aquellos que más habían contribuido a la muerte de mi padre —continuó la muchacha con una cólera sombría.

—Entonces —preguntó Alberto—, ¿se convirtió usted en la propiedad de aquel hombre?

—No —respondió Haydée—. Él no se atrevió a conservarnos, nos vendió a los mercaderes de esclavos que iban a Constantinopla. Atravesamos Grecia y llegamos moribundas a la puerta imperial, abarrotada de curiosos que se apartaban para dejarnos paso; de repente los ojos de mi madre siguieron la dirección de todas las miradas, lanzó un grito y cayó enseñándome una cabeza que había encima de la puerta.

»Encima de aquella cabeza estaban escritas las siguientes palabras:

»Esta es la cabeza de Alí Tebelín, pachá de Janina.

»Traté de levantar a mi madre mientras lloraba, pero estaba muerta.

»Fui conducida al bazar; un rico armenio me compró, me dio instrucción, me dio maestros, y cuando tuve trece años me vendió al sultán Mahmud.

—Al cual —añadió Montecristo— yo la volví a comprar, como ya le he dicho, Alberto, por aquella esmeralda parecida a la que tengo para guardar mis pastillas de *baxix*.

—¡Oh! Tú eres bueno, eres grande, mi señor —dijo Haydée besando la mano de Montecristo—. Y estoy muy contenta de pertenecerte.

Alberto estaba aturdido; apenas podía creer en lo que acababa de escuchar.

—Acabe su taza de café —le dijo el conde—. La historia ha concluido.

Nos escriben de Janina

Franz había salido de la habitación de Noirtier tan vacilante y aterrado, que Valentina hasta tuvo piedad de él.

Villefort, que no había articulado más que unas palabras sin continuación, y que había huido a su despacho, recibió dos horas más tarde la carta siguiente:

«Después de lo que ha sido revelado esta mañana, el señor Noirtier de Villefort no puede suponer que sea posible una alianza entre su familia y la del señor Franz d'Epinay. Éste se horroriza al pensar que el señor de Villefort, que parecía conocer los acontecimientos relatados esta mañana, no le hubiese prevenido sobre ello».

Cualquiera que hubiese visto en aquel instante al magistrado, abatido por el golpe, no hubiera creído que lo preveía. En efecto, jamás hubiese pensado que su padre llevaría la franqueza, o más bien la rudeza, hasta el punto de contar semejante historia. También es cierto que el señor Noirtier, desdeñando siempre la opinión de su hijo, jamás se había preocupado en aclarar los hechos ante Villefort, y éste siempre había creído que el general Quesnel, o el barón d'Epinay, había muerto asesinado y no en un duelo legal.

Esta carta tan dura, de un joven tan respetuoso hasta entonces, era mortal para el orgullo de un hombre como Villefort.

Apenas llevaba un rato en su gabinete cuando entró su mujer.

La salida de Franz, llamado por el señor Noirtier, había asombrado a todos de tal manera que la posición de la señora de Villefort sola con el notario y los dos testigos, se hizo cada vez más embarazosa. Entonces, la señora de Villefort tomó su decisión y salió anunciando que iba en busca de noticias.

El señor de Villefort se contentó con decirle que a consecuencia de una explicación surgida entre él, el señor Noirtier y el señor d'Epínay, el matrimonio de Valentina con Franz estaba roto.

Aquello era difícil de contar a los que la esperaban; la señora de Villefort, por tanto, al entrar, se limitó a decir que el señor Noirtier, habiendo tenido al principio de la conversación un ataque de apoplejía, el contrato quedaba pospuesto por algunos días.

Esta noticia, aunque era falsa, causó tal extrañeza en medio de dos desgracias del mismo género, que los oyentes se miraron asombrados y se retiraron sin decir una palabra.

Entretanto Valentina, feliz y aterrada a la vez, después de haber abrazado y agradecido al débil anciano, que acababa de romper de golpe una cadena que ya consideraba como indisoluble, pidió permiso para retirarse a su cuarto y Noirtier le concedió, con una mirada, el permiso solicitado.

Pero en vez de subir a sus habitaciones, Valentina, una vez fuera, tomó el corredor, y, saliendo por la puertecita, se abalanzó al jardín. En medio de todos los acontecimientos que acababan de amontonarse unos sobre otros, un terror sordo había oprimido constantemente su corazón. Esperaba de un momento a otro ver aparecer a Morrel pálido y amenazador como el desagradable Ravenswood en el contrato de Lucía de Lammermoor.

En efecto, era hora de que llegase a la verja. Maximilien, que sospechando lo que iba a suceder viendo a Franz abandonar el cementerio en compañía del señor de Villefort, le había seguido; después, tras haberlo visto entrar, aún lo vio salir y regresar de nuevo con Alberto y Chateau Renaud. Para él, ya no quedaba duda alguna. Entonces se había metido en su huerto dispuesto a todo, y muy seguro de que al primer momento de libertad que tuviese Valentina, ella correría a él.

No se había engañado; su ojo pegado a los tablones, vio aparecer a la muchacha, que sin tomar ninguna precaución acostumbrada, corría hacia la verja. A la primera mirada que echó, Maximilien se quedó tranquilo; a la primera palabra que ella pronunció, saltó de alegría.

—¡Salvados! —dijo Valentina.

—¡Salvados! —repitió Morrel, no pudiendo creer en semejante dicha—. Pero, ¿por quién?

—Por mi abuelo. ¡Oh, lo quiero mucho, Morrel!

Morrel juró amar al viejo con toda su alma, y este juramento no le costó mucho hacerlo, porque en aquel instante no se limitaba a quererlo como un amigo o como un padre, sino que lo adoraba como a un dios.

—Pero, ¿cómo ha podido hacerlo? —preguntó Morrel—. ¿Qué extraño procedimiento ha empleado?

Valentina abrió la boca para contarle todo; pero pensó que en el fondo de todo aquello existía un terrible secreto que sólo pertenecía a su abuelo.

—Más tarde —dijo ella—, te lo contaré todo.

—Pero, ¿cuándo?

—Cuando sea tu mujer.

Aquello era poner la conversación en un capítulo que Morrel escuchaba muy gustoso; así pues, entendió que debía contentarse con lo que sabía, y que ya era bastante por un día. Sin embargo, no consintió en retirarse sin la promesa de que volvería a ver a Valentina al día siguiente por la tarde.

Valentina prometió lo que quiso Morrel. Todo había cambiado a sus ojos, ahora le era menos difícil creer que se casaría con Maximilien que convencerse una hora antes de que no se casaría con Franz.

Mientras tanto la señora de Villefort subió al cuarto de Noirtier.

Noirtier la miró con aquella mirada sombría y severa con que acostumbraba a recibirla.

—Señor —le dijo ella—, no tengo necesidad de comunicarle que el matrimonio de Valentina se ha deshecho, ya que ha sido aquí donde tuvo lugar dicha ruptura.

Noirtier permaneció impasible.

—Pero —continuó la señora de Villefort—, lo que usted no sabe, señor, es que siempre me opuse a ese matrimonio, que se hacía a pesar mío.

Noirtier miró a su nuera como si esperase una explicación.

—Ahora bien, ya que este matrimonio, ante el cual conocía su repugnancia, se ha roto, vengo a hacerle una petición que ni el señor de Villefort ni Valentina pueden hacer.

Los ojos de Noirtier pidieron que hablase.

—Vengo a rogarle, señor —continuó la señora de Villefort—, como la única que tiene derecho, pues no obtendré ninguna utilidad de ello; vengo a rogarle que devuelva, no su favor, que siempre ha tenido, sino su fortuna, a su nieta.

Los ojos de Noirtier permanecieron un instante indecisos: buscaba evidentemente los motivos de aquella petición y no podía encontrarlos.

—¿Puedo esperar, señor —dijo la señora de Villefort— que sus intenciones estén de acuerdo con el ruego que acabo de hacerle?

—Sí —dijo Noirtier.

—En ese caso, señor —añadió la señora de Villefort—, me retiro, feliz y llena de reconocimiento.

Y saludando al señor Noirtier, se marchó.

En efecto, al día siguiente Noirtier hizo venir al notario; el primer testamento fue anulado y se hizo uno nuevo, en el cual dejaba toda su fortuna a Valentina, a condición de que no se separase de él.

Entonces algunas personas calcularon que la señorita de Villefort, heredera de los marqueses de Saint-Méran, y otra vez en gracia con su abuelo, tendría un día cerca de trescientas mil libras de renta.

Mientras se deshacía este matrimonio en casa de los de Villefort, el señor conde de Morcerf recibía la visita de Montecristo, y, para demostrar sus deseos de complacer a Danglars, se apresuró a vestir su gran uniforme de teniente general, que hizo adornar con todas sus cruces, y solicitó sus mejores caballos. Una vez así dispuesto se dirigió a la Chaussée de Antin, y se hizo anunciar a Danglars, que hacía su balance de fin de mes.

Aquel no era el momento en que, desde hacía algún tiempo, se podía encontrar al banquero de buen humor.

Así, pues, ante el aspecto de su antiguo amigo, Danglars adoptó su aire majestuoso y se acomodó solemnemente en su sillón.

Morcerf, tan almidonado corrientemente, había adoptado, por el contrario, un aspecto risueño y afable; en consecuencia, seguro de que su primera frase sería bien acogida, no hizo cumplidos y llegó al tema de golpe:

—Barón —dijo—, aquí me tiene. Hace mucho tiempo que damos vueltas en torno a la palabra que nos dimos en otra ocasión.

Morcerf esperaba, ante estas palabras, que se alegrase la fisonomía del banquero, cuyo oscurecimiento atribuía a su silencio; pero, al contrario, aquel rostro se volvió, lo que resultaba increíble, más impasible y frío.

Por eso Morcerf se detuvo en medio de su frase.

—¿Qué palabra, señor conde? —preguntó el banquero, como si buscase inútilmente en su memoria la explicación a lo que el general le decía.

—¡Oh! —dijo el conde—, es usted formulista, mi querido señor, y me recuerda que el ceremonial debe hacerse según todas las normas. ¡Muy bien! Qué diantre. Perdóneme, pero como no tengo más que un hijo y es la primera vez que pienso en casarlo, todavía estoy en el aprendizaje. Veamos, lo ejecuto.

Y Morcerf, con una sonrisa forzada, se levantó, hizo una profunda reverencia a Danglars, y le dijo:

—Señor barón, tengo el honor de pedir la mano de la señorita Eugenia Danglars, su hija, para mi hijo, el vizconde Alberto de Morcerf.

Pero Danglars, en vez de acoger estas palabras como un favor que Morcerf podía esperar de él, frunció las cejas, y, sin invitar al conde, que continuaba de pie, a sentarse, dijo:

—Señor conde, antes de responderle tengo necesidad de reflexionar.

—¡Reflexionar! —repitió Morcerf cada vez más asombrado—, ¿no ha tenido usted tiempo de meditar desde hace ocho años que hablamos de este matrimonio por primera vez?

—Señor conde —dijo Danglars—, todos los días suceden cosas que hacen que las reflexiones que se creía haber hecho deban rehacerse.

—¿Cómo explica eso? —preguntó Morcerf—. No le comprendo bien, barón.

—Quiero decir, señor, que desde hace quince días las nuevas circunstancias...

—Permítame —dijo Morcerf—, ¿es o no esto una comedia?

—¿Cómo una comedia?

—Sí, expliquémonos categóricamente.

—No pido nada mejor.

—¿Ha visto usted al señor de Montecristo?

—Lo veo muy frecuentemente —dijo Danglars, sacudiendo la manga—. Es uno de mis amigos.

—Pues bien, de las últimas veces que usted le vio, le dijo usted que yo parecía olvidadizo, e irresoluto respecto a este matrimonio.

—Es cierto.

—Pues bien, aquí estoy. No soy olvidadizo ni irresoluto, ya lo está viendo, porque vengo a recordarle su promesa.

Danglars no respondió.

—¿Ha cambiado usted tanto de parecer —añadió Morcerf—, ¿sólo ha provocado mi petición para darse el placer de humillarme?

Danglars comprendió que si continuaba la conversación en el tono en que la había emprendido, la cosa podría ponerse mal para él.

—Señor conde —dijo—, debe estar usted muy sorprendido por mi reserva, y lo comprendo; también, créame que soy el primero en sentirlo; pero piense que si obro así es obligado por circunstancias imperiosas.

—Ésas son disculpas, mi querido señor —replicó el conde—, con las que se podría contentar a cualquiera; pero el conde de Morcerf no es un cualquiera; y cuando un hombre como él viene a buscar a otro hombre para recordarle la palabra empeñada, y ese hombre falta a su palabra, tiene derecho a exigir inmediatamente que le den una explicación razonable.

Danglars era un cobarde, pero no quería parecerlo, y se molestó por el tono que Morcerf acababa de adoptar.

—¿De modo que me falta una buena razón? —replicó.

—¿Qué pretende decir?

—Que tengo una buena razón; la tengo, pero me resulta difícil darla.

—Sin embargo, usted siente —dijo Morcerf— que yo no puedo contentarme con sus retinencias; y sólo una cosa me aparece clara en todo esto, y es que rechaza mi alianza.

—No, señor —dijo Danglars—, suspendo mi resolución y nada más.

—Pero, ¿no tendrá la pretensión, supongo, de creer que yo estoy conforme con sus caprichos, y esperaré tranquilo y humildemente el regreso de sus buenas intenciones?

—Entonces, señor conde, si usted no puede esperar, consideremos nuestros proyectos como no acordados.

El conde se mordió los labios hasta hacerse sangre para no dar rienda suelta a su carácter soberbio e irritable; comprendiendo que en semejante circunstancia sólo él hacía el ridículo, empezó a acercarse a la puerta del salón, pero de pronto, volviéndose, retrocedió sobre sus pasos.

Una nube acababa de pasar sobre su frente, y dejando a un lado el orgullo ofendido, lanzó una ola de inquietud.

—Veamos —dijo—, mi querido Danglars, nos conocemos desde hace muchos años, y, por consiguiente, debemos tener algunas consideraciones uno con otro. Me debe una explicación, y por lo menos debo saber a qué desafortunado acontecimiento debe mi hijo la pérdida de sus buenas intenciones respecto a él.

—Esto no es personal al vizconde, eso es todo lo que puedo decirle, señor —respondió Danglars, que se volvía impertinente al ver que Morcerf se ablandaba.

—¿Y a qué se debe, entonces? —preguntó con voz alterada Morcerf, cuya frente se cubrió de palidez.

Danglars, a quien ninguno de estos síntomas pasaba desapercibido, fijó en él una mirada más firme de lo que acostumbraba a hacer.

—Agradézcame no explicarle más.

Un temblor nervioso, que sin duda procedía de su cólera contenida, agitó a Morcerf.

—Tengo el derecho —respondió haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo—. Tengo el proyecto de exigirle una explicación. ¿Acaso tiene algo en contra de la señora de Morcerf? ¿Tal vez es mi fortuna la que le parece insuficiente? Son mis opiniones que, siendo contrarias a las suyas...

—Nada de eso, señor —dijo Danglars—. Eso sería imperdonable, porque cuando me comprometí conocía todo eso. No, no busque más; estoy verdaderamente avergonzado de obligarle a hacer ese examen de conciencia; dejémoslo así, créame. Cojamos el término medio de la dilación, que no es ni una ruptura ni un compromiso. ¡Nada nos apura. Dios mío! Mi hija tiene diecisiete años y su hijo veintiuno. Durante este alto, el tiempo correrá y nos traerá los acontecimientos; las cosas que parecían oscuras la víspera a veces se aclaran al día siguiente; a veces, en un día, caen las más crueles calumnias.

—¿Ha dicho usted calumnias, señor? —exclamó Morcerf poniéndose lívido—. ¡Se me calumnia!

—Señor conde, no empecemos con explicaciones, le digo...

—Así, pues, señor, ¿tendré que sufrir tranquilamente esta negativa?

—Penosa para mí, sobre todo, señor. Sí, más penosa para mí que para usted, porque yo contaba con el honor de su alianza, y un matrimonio fallido causa más perjuicio a la novia que al novio.

—Está bien, señor, no hablemos más —dijo Morcerf.

Y recogiendo sus guantes con rabia salió del aposento.

Danglars notó que, ni por casualidad, Morcerf se había atrevido a preguntar si él era la causa por la cual retiraba su palabra.

Por la tarde tuvo una larga conferencia con varios amigos y el señor Cavalcanti, quien se mantuvo continuamente en el salón de las damas y salió el último de casa del banquero.

Al día siguiente, al despertarse, Danglars pidió los periódicos, que le llevaron inmediatamente; apartó tres o cuatro y tomó el *Impartial*.

Era el periódico en que Beauchamp estaba de redactor gerente.

Rompió rápidamente la envoltura, lo abrió con una precipitación nerviosa, pasó desdeñosamente sobre el *primer París*, y, llegando a los hechos diversos, se detuvo con su maligna sonrisa en un entrelineado que empezaba con estas palabras: *Nos escriben de Janina...*

—Bueno —exclamó después de haberlo leído—, he aquí un pequeño artículo sobre el coronel Fernando que, según todas las probabilidades, me dispensará de darle explicaciones al señor conde de Morcerf.

En el mismo momento, es decir a eso de las nueve de la mañana, Alberto de Morcerf, vestido de negro, abotonado metódicamente, el paso agitado y la palabra breve, se presentaba en la casa de los Campos Elíseos.

—El señor conde acaba de salir hace media hora aproximadamente —dijo el conserje.

—¿Se ha llevado a Bautista? —preguntó Morcerf.

—No, señor vizconde.

—Llame a Bautista, deseo hablarle.

El conserje fue a buscar al ayuda de cámara, y un instante después regresó con él.

—Amigo mío —dijo Alberto—, le pido perdón por mi indiscreción, pero he querido preguntarle a usted personalmente si su señor ha salido realmente.

—Sí, señor —respondió Bautista.

—¿Incluso para mí?

—Sé cuán feliz es mi señor al recibirle, y me guardaría mucho de confundir al señor entre la regla general.

—Tienes razón, porque tengo que hablarle de asunto muy serio. ¿Crees que tardará en regresar?

—No, porque encargó su almuerzo para las diez.

—Bien, voy a dar una vuelta por los Campos Elíseos y a las diez estaré de vuelta; si el señor conde regresa antes que yo, dígame que le ruego que me espere.

—No lo olvidaré, señor, puede estar seguro.

Alberto dejó a la puerta del conde el cabriolé de punto que había tomado y fue a pasearse a pie.

Al pasar por delante de la avenida de las Viudas creyó reconocer los caballos del conde, que estaban estacionados a la puerta del tiro de Gosset; se aproximó, y, después de haber reconocido a los caballos vio al cochero.

—¿El señor conde está en el tiro? —preguntó Morcerf a éste.

—Sí, señor —respondió el cochero.

En efecto, varios disparos regulares se dejaron oír desde que Morcerf merodeaba los alrededores del tiro. Penetró. En el jardín-cillo se hallaba el mozo.

—Perdón —dijo—, pero el señor vizconde tendrá la bondad de esperar un instante.

—¿A qué viene eso, Felipe? —preguntó Alberto, que siendo un asiduo, se asombraba de este obstáculo que no comprendía.

—Porque la persona que está ejercitándose en este momento, toma el tiro para él solo y nunca dispara delante de nadie.

—¿Ni siquiera delante de usted, Felipe?

—Ya lo ve, señor, estoy a la puerta de mi morada.

—¿Y quién le carga sus pistolas?

—Su criado.

—¿Un nubio?

—Un negro.

—Eso es.

—¿Conoce usted a ese señor?

—Vengo en su busca; soy amigo suyo.

—¡Oh! Entonces, es otra cosa. Voy a entrar a prevenirle.

Y Felipe, impulsado por su propia curiosidad, entró en la cabana de tablones. Un segundo después, Montecristo apareció en el umbral.

—Perdone que le persiga hasta aquí, mi querido conde —dijo Alberto—, pero empezaré diciéndole que no es culpa de sus servidores, y sólo yo soy el indiscreto. Me presenté en su casa; me dijeron que había salido a pasear, pero que regresaría a las diez para al-

morzar. Me paseé a mi vez esperando a las diez, y, haciéndolo, he descubierto sus caballos y su coche.

—Lo que acaba de decirme, me da la esperanza de que va a pedirme un almuerzo.

—No, gracias, no se trata de almorzar a esta hora; tal vez almorcemos más tarde, pero en mala compañía, ¡pardiez!

—¿Qué diablos me cuenta?

—Mi querido conde, hoy me bato.

—¿Usted? ¿Y por qué lo hace?

—Para batirme, ¡qué diablos!

—Sí, lo entiendo, pero a causa de qué. Uno se bate por infinidad de cosas, ya lo comprende.

—A causa del honor.

—¡Ah! Eso sí que es serio.

—Y tan serio, que vengo a rogarle que me preste un favor.

—¿Cuál?

—El de ser mi testigo.

—Entonces, eso se pone grave; no hablemos de nada aquí y regresemos a mi casa. Allí, dame el agua.

El conde se remangó las mangas y pasó al pequeño vestíbulo que precede a los tiros, y en donde los tiradores tienen la costumbre de lavarse las manos.

—Entre, señor vizconde —le dijo en voz baja Felipe—, verá qué cosa más divertida.

Morcerf entró. En lugar de blancos, había cartas de jugar pegadas a la tabla.

Desde lejos Morcerf creyó que el juego estaba completo; había desde el as hasta el diez.

—¡Ah, ah! —exclamó Alberto—. ¿Estaba usted jugando a los cientos?

—No —dijo el conde—, estaba acabando de hacer un juego de cartas.

—¿Cómo es eso?

—Sí, no hay más que ases y doses, como usted ve; sólo que mis balas han hecho los tres, los cinco, los siete, los ocho, los nueve y los diez.

Alberto se aproximó.

En efecto, las balas habían reemplazado, con líneas perfectamente exactas y distantes, los signos ausentes y agujereado el car-

tón en los lugares en que debían estar pintados. Al ir hacia la plancha, Morcerf recogió, a la vez, dos o tres golondrinas que tuvieron la imprudencia de pasar por delante del conde y que éste abatió.

—¡Diablos! —exclamó Morcerf.

—Qué quiere usted, mi querido vizconde —dijo Montecristo enjugándose las manos con una toalla presentada por Alí—. Es preciso que distraiga mis instantes de ociosidad; pero venga, le espero.

Ambos subieron al cupé de Montecristo que, al cabo de unos instantes, los depositó a la puerta del número 30.

Montecristo condujo a Morcerf a su despacho, y le indicó una silla. Ambos se sentaron.

—Ahora, hablemos tranquilamente —dijo el conde.

—Ya ve usted que estoy perfectamente tranquilo.

—¿Con quién quiere batirse?

—Con Beauchamp.

—¡Uno de sus amigos!

—Siempre se bate uno con un amigo.

—Al menos tendrá un motivo.

—Lo tengo.

—¿Qué le ha hecho?

—Hay en un periódico de ayer tarde... Pero, tenga, léalo.

Alberto alargó a Montecristo un periódico en el que leyó estas palabras:

Nos escriben de Janina:

«Un hecho hasta ahora ignorado, o al menos inédito, ha llegado a nuestro conocimiento; los castillos que defendían la ciudad fueron entregados a los turcos por un oficial francés en el cual el visir Alí Tebelín tenía puesta toda su confianza, y que se llamaba Fernando».

—¿Y bien? —preguntó Montecristo—. ¿Qué ve usted aquí que le extrañe?

—¡Cómo! ¿Qué es lo que veo?

—Sí. ¿Qué le importa a usted que los castillos de Janina hayan sido entregados por un oficial llamado Fernando?

—Me importa, puesto que mi padre, el conde de Morcerf, se llama Fernando.

—¿Y su padre servía a Alí Pachá?

—Es decir, que combatía por la independencia de los griegos; ahí está la calumnia.

—¡Ah, vaya! Mi querido vizconde, hablemos razonablemente.

—No pido otra cosa.

—Dígame algo, ¿quién diablos sabe en Francia que el oficial Fernando es el mismo hombre que el conde de Morcerf, y quién se ocupa a estas alturas de si Janina fue tomada en 1822 o 1823?

—He ahí, justamente, en donde está la perfidia; han dejado pasar el tiempo para salir ahora con un escándalo que pudiera empañar una alta posición. Pues bien, yo, heredero del nombre de mi padre, no quiero que sobre ese nombre flote una sombra de duda. Voy a enviar a Beauchamp, en cuyo periódico se ha publicado esta nota, dos testigos y la retractará.

—Beauchamp no retractará nada.

—Entonces, nos batiremos.

—No, usted no se batirá, porque él le responderá que posiblemente había en el ejército griego cincuenta oficiales que se llamaban Fernando.

—Nos batiremos a pesar de esa respuesta. ¡Oh! Quiero que eso desaparezca... Mi padre, un soldado tan noble, con una carrera tan ilustre...

—O bien se limitará a poner: Estamos bien seguros de que ese Fernando no tiene nada en común con el señor conde de Morcerf, cuyo nombre también es Fernando.

—Necesito una retractación total y más completa. No me contentaré con nada de eso.

—¿Y va a enviarle sus testigos?

—Sí.

—Sería una equivocación.

—Eso quiere decir que usted me niega el favor que acabo de pedirle.

—¡Ah! Usted ya conoce mi teoría respecto al duelo; le hice mi profesión de fe en Roma, ¿no se acuerda?

—Sin embargo, mi querido conde, le he encontrado esta mañana, hace un momento, ejerciendo una ocupación en muy poca armonía con esa teoría.

—Porque, mi querido amigo, ya comprenderá; nunca se puede ser exclusivo. Cuando se vive con locos, hay que hacer, también, el aprendizaje de insensato; de un momento a otro cualquier cabe-

za calenturienta, que no tenga motivo para buscarme querella como usted no lo tiene para buscarla a Beauchamp, puede venir a buscarme por la primera tontería que se le ocurra, o enviarme sus testigos, o me insultará en un lugar público. ¡Pues bien! Esa cabeza caliente es preciso matarla.

—Usted admite, pues, que incluso usted mismo se batiría.

—¡Pardiez!

—Pues bien, entonces, ¿por qué no quiere usted que yo me bata?

—No he dicho nada de que no deba batirse. Sólo digo que un duelo es una cosa grave y que debe pensarse.

—¿Ha pensado él antes de insultar a mi padre?

—Si no ha reflexionado, y se lo confiesa, no debe atentar contra él.

—¡Oh! Mi querido conde, es usted demasiado indulgente.

—Y usted demasiado riguroso. Veamos, supongamos..., escuche bien esto: suponga... No vaya a enfadarse por lo que voy a decir.

—Le escucho.

—Suponga que el hecho anunciado es cierto.

—Un hijo no debe admitir nunca semejante suposición sobre el honor de su padre.

—¡Oh, Dios mío! Estamos en una época en que se admiten tantas cosas.

—Es exactamente el vicio de la época.

—¿Tiene usted la pretensión de reformarla?

—Sí, respecto a lo que a mí me atañe.

—¡Dios mío! ¡Qué intransigente es, mi querido amigo!

—Soy así.

—¿Es usted inaccesible a los buenos consejos?

—No, cuando vienen de un amigo.

—¿Me considera el suyo?

—Sí.

—Pues bien, antes de enviar sus testigos a Beauchamp, infórmele usted.

—¿De quién?

—¡Oh!... De Haydée, por ejemplo.

—¿Mezclar a una mujer en todo esto, y qué puede hacer ella?

—Declararle que su padre no estuvo para nada en la derrota o en la muerte del suyo, por ejemplo; o informarle a este respecto si por casualidad su padre había tenido la desgracia...

—Ya le he dicho, mi querido conde, que no podía admitir semejante suposición.

—¿Así, pues, rechaza el procedimiento?

—Lo rechazo.

—¿Absolutamente?

—¡Absolutamente!

—Entonces, un último consejo.

—Sea, pero el último.

—¿No lo quiere?

—Al contrario, se lo exijo.

—No envíe testigos a Beauchamp.

—¿Cómo?

—Vaya a buscarlo usted mismo.

—Es contra las costumbres.

—Su asunto está fuera de todas las normas corrientes.

—¿Y por qué debo ir yo mismo a buscarlo, dígame?

—Porque así el asunto queda entre usted y Beauchamp.

—Explíquese.

—Sin duda, si Beauchamp está dispuesto a retractarse, déjele el mérito de la buena voluntad: la retractación no dejará de hacerse por ello. Si se niega, por el contrario, será la ocasión de meter a dos extraños en su secreto.

—Ninguno será un extraño, sino dos amigos.

—Los amigos de hoy son los enemigos de mañana.

—¡Vaya ejemplo!

—Testigo Beauchamp.

—Así, pues...

—Así, pues, le recomiendo prudencia.

—¿Así que usted cree que debo ir a ver a Beauchamp personalmente?

—Sí.

—¿Solo?

—Solo. Cuando se quiere obtener alguna cosa del orgullo de un hombre, es preciso salvar ese orgullo hasta de la apariencia de sufrimiento.

—Creo que tiene razón.

—¡Ah! Eso está muy bien.

—Iré solo.

—Vaya; pero aún haría mucho mejor no yendo.

—Eso es imposible.

—Entonces hágalo así; siempre será mejor de lo que pensaba hacer.

—Pero en ese caso, veamos, si a pesar de todas mis precauciones, de todos mis pasos, se celebra el duelo, ¿me serviría usted de testigo?

—Mi querido vizconde —dijo Montecristo con una seriedad extremada—, usted ha debido ver que en todo tiempo y lugar he estado a su disposición; pero el servicio que ahora me pide se sale del círculo de los que puedo prestarle.

—¿Por qué?

—Tal vez lo sepa usted algún día.

—Pero mientras tanto...

—Le pido indulgencia por mi secreto.

—Está bien. Cogeré a Franz y a Chateau Renaud.

—Coja a Franz y a Chateau Renaud, son a propósito.

—Pero, en fin, si me bato usted me dará algunas lecciones de espada o de pistola, ¿no?

—No; también es una cosa imposible.

—¡Vaya! ¡Qué hombre más singular! ¿Entonces, no quiere usted mezclarse en nada?

—En nada absolutamente.

—Entonces, no hablemos más. Adiós, conde.

—Adiós, vizconde.

Morcerf cogió su sombrero y salió.

A la puerta encontró a su cabriolé, y, conteniendo como mejor pudo su cólera, se hizo conducir a casa de Beauchamp; éste se encontraba en el periódico.

Alberto se hizo conducir a la redacción.

Beauchamp estaba en un despacho sombrío y polvoriento, como son todas las redacciones de periódicos.

Le anunciaron a Alberto de Morcerf. Se hizo repetir dos veces el anuncio; después, aún sin convencerse, gritó:

—¡Entre!

Alberto apareció. Beauchamp lanzó una exclamación al ver a su amigo franqueando los montones de papel y haciendo equilibrios por entre los periódicos de todos los tamaños que cubrían, no sólo el piso, sino hasta el cuadrado enrojecido de su escritorio.

—Por aquí, por aquí, mi querido Alberto —dijo tendiendo la mano al joven—. ¿Qué diablos te trae por aquí? ¿Te has perdido como Pulgarcito o vienes a pedirme que te invite a almorzar? Trata de encontrar una silla; mira, ahí la tienes, junto a ese geranio que es el único que aquí me recuerda que en el mundo hay más hojas que las de papel.

—Beauchamp —dijo Alberto—, vengo a hablarle de su periódico.

—¿Usted, Morcerf? ¿Qué desea?

—Quiero una rectificación.

—¿Usted, una rectificación? ¿Y a propósito de qué, Alberto? Pero, siéntese.

—Gracias —respondió Alberto por segunda vez y con un ligero gesto de cabeza.

—Explíquese.

—Una rectificación sobre un hecho que atenta contra el honor de un miembro de mi familia.

—¡Veamos eso! —dijo Beauchamp sorprendido—. ¿Qué hecho es? Eso no se puede...

—Lo que le han escrito de Janina.

—¿De Janina?

—Sí, de Janina. En verdad, ¿tiene usted aspecto de ignorar lo que me trae aquí?

—Por mi honor... ¡Bautista! ¡Un periódico de ayer! —gritó Beauchamp.

—Es inútil, le traigo el mío. Beauchamp leyó en murmullo:

—Nos escriben de Janina...

—Comprenderá que el hecho es grave —dijo Morcerf cuando Beauchamp concluyó.

—¿Y este oficial es pariente vuestro? —preguntó el periodista.

—Sí —dijo Alberto sonrojándose.

—¿Y bien, qué quiere usted que haga para servirle? —dijo Beauchamp con dulzura.

—Quisiera, mi querido Beauchamp, que se retractase de este hecho.

Beauchamp miró a Alberto con un interés que denunciaba seguramente mucha bondad.

—Veamos —dijo—, esto va a meternos en una larga controversia; porque una retractación siempre es cosa grave. Siéntese usted; voy a releer esas tres o cuatro líneas.

Alberto se sentó y Beauchamp releyó las líneas indicadas por su amigo, con más atención que la primera vez.

—¡Y bien! Ya lo ve —dijo Alberto con más firmeza y rudeza—, se ha insultado en su periódico a alguien de mi familia, y quiero una retractación.

—Usted... quiere...

—¡Sí, lo quiero!

—Permítame decirle que no es un buen parlamentario, mi querido vizconde.

—No quiero serlo —replicó el joven poniéndose en pie—. Persigo la retractación de un hecho que usted anunció ayer, y la obtendré. Usted es bastante amigo mío —continuó Alberto con los labios cerrados al ver que Beauchamp, por su parte, empezaba a levantar la cabeza desdeñosamente—. Usted es bastante amigo mío, y, como tal, me conoce lo suficiente, eso espero, para comprender mi tenacidad en semejante circunstancia.

—Si soy su amigo, Morcerf, usted acabará por hacérmelo olvidar con las palabras de hace un momento... Pero, veamos, no nos enfademos o al menos, no lo hagamos por ahora... Usted está inquieto, irritado, molesto... Veamos, ¿cuál es el pariente que se llama Fernando?

—Es mi padre, sencillamente —dijo Alberto—. El señor Fernando Mondego, conde de Morcerf, un viejo militar que ha visto veinte campos de batalla, y cuyas nobles cicatrices se pretenden cubrir con el fango impuro recogido del arroyo.

—¿Es su padre? —dijo Beauchamp—. Entonces, ya es otra cosa; concibo su indignación, mi querido Alberto... Releamos, pues...

Y releyó la nota sopesando esta vez cada palabra.

—Pero, ¿en dónde ve usted —preguntó Beauchamp— que el Fernando del periódico sea su padre?

—En ningún sitio, ya lo sé; pero otros lo verán. Por eso es por lo que quiero que sea desmentido.

A la palabra *quiero*, Beauchamp levantó los ojos hacia Morcerf, y casi los bajó inmediatamente, y permaneció un instante pensativo.

—Usted desmentirá ese hecho, ¿no es cierto, Beauchamp? —repitió Morcerf con creciente cólera, aunque siempre contenida.

—Sí —dijo Beauchamp.

—¡En buena hora! —dijo Alberto.

✱ —Pero cuando me haya asegurado de que el hecho es falso.

—¿Cómo?

—Sí, la cosa merece la pena de ser aclarada, y la aclararé.

—Pero, ¿qué quiere aclarar en todo esto, señor? —dijo Alberto fuera de sí—. Si usted cree que sea mi padre, dígalos en seguida; si usted piensa que sea él, deme una razón de esa opinión.

Beauchamp miró a Alberto con esa sonrisa que le era tan peculiar, y servía para velar todas las pasiones.

—Señor —replicó—, ya que así debemos tratarnos. Si ha venido para exigirme una explicación tenía que haberlo hecho desde un principio y no venirme a hablar de amistad y de otras cosas ociosas como las que he tenido la paciencia de escuchar desde hace media hora. Veamos, ¿es por este terreno por el que debemos marchar de ahora en adelante?

—Sí, si usted no se retracta de la infame calumnia.

—¡Un momento! Nada de amenazas, por favor, señor Alberto Mondego, vizconde de Morcerf; no las soporto a mis enemigos, y con mayor razón no las soportaré a los amigos. Así, pues, ¿quiere usted que desmienta el hecho sobre el coronel Fernando, hecho en el que, por mi honor, no he tomado parte alguna?

—Sí, lo quiero —dijo Alberto cuya razón empezaba a extrañarse.

—Sin lo cual, ¿nos batiremos? —continuó Beauchamp con la misma calma.

—¡Sí! —replicó Alberto alzando la voz.

—Pues bien —dijo Beauchamp—, he aquí mi respuesta, mi querido señor. Este hecho no ha sido insertado por mí, ni siquiera lo conocía; pero usted, con su actitud, ha llamado mi atención sobre dicha cuestión y ahora se fastidia. Subsistirá, pues, hasta que sea desmentido o confirmado por quien corresponda.

—Señor —dijo Alberto levantándose—, voy a tener el honor de enviarle a mis testigos; discutirá usted con ellos el lugar y las armas.

—Perfectamente, mi querido señor.

—Y esta noche, si le parece, o mañana a lo más tardar, nos encontraremos.

—¡No, no! Yo estaré en el terreno cuando sea la hora, y cuando lo crea oportuno; tengo ese derecho puesto que yo soy el provocado; y ahora no lo creo conveniente. Sé que usted maneja muy bien la espada, y yo soy una medianía; sé que usted hace tres blancos de seis casi igual que yo; sé que un duelo entre

nosotros será algo serio, porque usted es valiente, y yo... también lo soy. No quiero, por tanto, exponerme a matarlo o a que me mate usted sin causa. Seré yo, pues, quien va hacer la pregunta, pero ca-te-gó-ri-ca-men-te. ¿Quiere usted esa retractación al punto de matarme si no la hago, aunque le haya dicho, y se lo repito bajo mi palabra de honor, que no conocía ese hecho; y aunque le declaré, en fin, que resulta imposible, a no ser un don Jafet como usted, adivinar que el señor conde de Morcerf es ese tal Fernando?

—Tal es mi empeño.

—Pues bien, mi querido señor, consiento en cortarme el cuello con usted, pero deseo tres semanas; dentro de tres semanas me encontrará para decirle: Sí, el hecho es falso y lo desmiento o: Sí, el hecho es cierto, y saco las espadas de la vaina, o las pistolas de la caja, a su elección.

—¡Tres semanas! —exclamó Alberto—. Pero tres semanas son tres siglos durante los cuales estoy deshonorado.

—Si usted hubiese sido mi amigo, le hubiese dicho: Paciencia, amigo; pero si usted se ha convertido en mi enemigo, y le digo: ¡qué me importa, señor!

—¡Pues bien! En tres semanas, sea —dijo Morcerf—. Pero piense que dentro de tres semanas no habrá ni una prórroga ni un subterfugio que pueda dispensarle.

—Señor Alberto de Morcerf —dijo Beauchamp levantándose a su vez—. No puedo arrojarle por la ventana hasta dentro de tres semanas, o mejor dicho, dentro de veinticuatro días, y usted no tiene derecho a ofenderme hasta entonces. Estamos a 29 de agosto, así, pues, hasta el 21 de setiembre. Hasta entonces, créame, y es un consejo de gentilhombre el que le doy, ahorrémonos los ladridos de dos perros encadenados a distancia.

Beauchamp, saludando con gravedad al joven, le volvió la espalda y pasó a su imprenta.

Alberto se vengó en una pila de periódicos, que dispersó golpeándolos a bastonazos; después se marchó, no sin volverse dos o tres veces hacia la puerta de la imprenta.

Mientras Alberto sacudía latigazos delante de su cabriolé, después de haber azotado los inocentes papeles esparcidos en el despacho, descubrió a Morrel atravesando el boulevard; el joven iba con la cabeza erguida, el ojo despierto y los brazos ligeros, pasaba por de-

lante de los baños chinos, procedente del lado de la puerta de San Martín y en dirección a la Magdalena.

—¡Ah! —dijo Alberto suspirando—. He ahí a un hombre feliz. Por casualidad, Alberto no se engañaba.

..

La limonada

En efecto, Morrel estaba muy contento.

El señor Noirtier acababa de enviarle a buscar, y se había apresurado tanto a saber por qué motivo que ni siquiera cogió el cabriolé, fiándose más de sus dos piernas que de las patas de un caballo de punto; así, pues, había salido corriendo de la calle Meslay y se dirigía al barrio de Saint Honoré.

Morrel marchaba a paso gimnástico, y el pobre Barrois le seguía como podía. Morrel tenía treinta y un años, Barrois sesenta; Morrel estaba embriagado de amor, Barrois estaba alterado por el calor. Estos dos hombres, diferentes en edades e intereses, se parecían a las dos líneas que forman un triángulo: separado por la base iban a juntarse en la cima.

La cima era Noirtier, el cual había enviado a buscar a Morrel recomendándole prisa, consejo que Morrel seguía al pie de la letra con gran desesperación de Barrois.

Al llegar, Morrel no estaba ni sofocado: el amor da alas; pero Barrois, que hacía años que no estaba enamorado, estaba ahogado.

El antiguo servidor hizo entrar a Morrel por la puerta particular, cerró la puerta del despacho, y en seguida un roce de faldas sobre el piso anuncia la visita de Valentina.

Valentina estaba hermosa a rabiar con sus vestidos de luto.

El sueño le parecía tan dulce que Morrel casi se hubiese pasado sin conversar con Noirtier; pero el sillón del anciano rodó en seguida por el suelo, y entró.

Noirtier acogió con una mirada de bienvenida la gratitud que Morrel le prodigaba por aquella maravillosa intervención que había salvado a Valentina y a él de la desesperación. Después la mirada de Morrel buscó la de la muchacha, quien tímidamente, se sentó lejos de Morrel esperando que la obligasen a hablar.

Noirtier la miró a su vez.

—Así, pues, ¿tengo que decir todo lo que usted me encargó que dijese? —preguntó ella.

—Sí —dijo Noirtier.

—Señor Morrel —dijo entonces Valentina al joven, que la devoraba con los ojos—, mi buen papá Noirtier tenía infinidad de cosas que decirle, que me ha dicho desde hace tres días. Hoy le ha enviado a buscar para que se las repita; se las diré, pues, ya que me ha escogido por su intérprete, sin cambiar ninguna palabra de sus intenciones.

—¡Oh! Escucho con impaciencia —respondió el joven—. Hable, señorita, hable.

Valentina bajó la mirada: éste fue un presagio bueno para Morrel pues sabía que Valentina era débil en la dicha.

—Mi padre quiere abandonar esta casa —dijo ella—. Barrois se encarga de buscarle un apartamento adecuado.

—Pero, ¿y usted, señorita —dijo Morrel—, usted que es tan querida y necesaria al señor Noirtier?

—Yo —replicó la joven—, no abandonaré a mi abuelo, está convenido entre ambos. Mi habitación estará cerca de la suya. Ahora bien, yo tendré el consentimiento del señor de Villefort o su negativa; en el primer caso, partiré inmediatamente; en el segundo, esperaré mi mayoría de edad, que llegará dentro de dieciocho meses. Entonces seré libre, tendré una fortuna independiente, y...

—¿Y? —preguntó Morrel.

—Y, con la autorización de mi buen papá, mantendré la promesa que le he hecho.

Valentina pronunció estas últimas palabras tan bajo que Morrel no las hubiera oído sin el interés que en ellas tenía.

—¿No he expresado así sus intenciones, mi buen papá? —añadió Valentina dirigiéndose a Noirtier.

—Sí —hizo el anciano.

—Una vez en casa de mi abuelo —agregó Valentina—, el señor Morrel podrá venir a verme en presencia de este bueno y digno protector. Si el lazo que nuestros corazones ignorantes o caprichosos han empezado a formar, parece conveniente y ofrece las garantías de dicha futura a nuestra experiencia (¡Ay! Dicen que los corazones inflamados por los obstáculos se enfrían ante la seguridad), entonces el señor Morrel podrá pedirme a mí, y yo le atenderé.

—¡Oh! —exclamó Morrel, tratando de arrodillarse ante el anciano como delante de Dios, y ante la joven como delante de un ángel—. ¡Oh! ¿Qué bien he hecho para merecer tanta ventura?

—Hasta entonces —continuó la muchacha con su voz pura y severa— respetaremos las conveniencias, la misma voluntad de nuestros padres, siempre cuando ésta no intente separarnos; en una palabra, y repito la palabra porque ella expresa todo: esperaremos.

—Y los sacrificios que esa palabra impone, señor —dijo Morrel—, le juro que los cumpliré, no sólo con resignación, sino con dicha.

—Así, pues —continuó Valentina con una mirada muy dulce al corazón de Maximilien—, nada de imprudencias, amigo mío, no comprometa a la que, a partir de hoy, se cree destinada a llevar pura y dignamente su nombre.

Morrel apoyó su mano en su corazón.

Noirtier los contemplaba con gran ternura. Barrois, que permanecía en el fondo de la estancia como persona a quien no se oculta nada, sonreía enjugándose las gruesas gotas de sudor que rodaban por su frente calva.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cómo suda este buen Barrois! —dijo Valentina.

—¡Ah! —replicó Barrois—. Es que he corrido mucho, señorita. Pero el señor Morrel, tengo que confesarlo, aún corría mucho más que yo.

Noirtier indicó con la mirada un platillo sobre el cual estaba una jarra de limonada y un vaso. Lo que faltaba a la jarra ya había sido bebido media hora antes por Noirtier.

—Toma, buen Barrois —dijo la muchacha—, cójela, porque veo que no apartas tus ojos de esa jarra empezada.

—El hecho —dijo Barrois—, es que me muero de sed, y que bebería muy gustoso un vaso de limonada a su salud.

—Bébelo, pues —indicó Valentina— y regresa pronto.

Barrois se llevó la bandeja y apenas estuvo en el corredor se le vio a través de la puerta, que se olvidó de cerrar, cómo echaba hacia atrás su cabeza y vaciaba el vaso que Valentina le había llenado.

Valentina y Morrel se decían adiós en presencia de Noirtier cuando se oyó resonar la campanilla en la escalera de Villefort.

Era señal de que había visita.



Valentina miró el reloj.

—Es mediodía —dijo ella—, y hoy es sábado, buen papá, seguramente que ha llegado el doctor.

Noirtier hizo señas de que evidentemente debía de ser él.

—Va a venir aquí y es preciso que el señor Morrel se vaya, ¿no es eso, buen papá?

—Sí —respondió el anciano.

—¡Barrois! —llamó Valentina—. ¡Barrois, venga!

Se oyó la voz del antiguo servidor que respondía:

—Ya voy, señorita.

—Barrois, le acompañará hasta la puerta —dijo Valentina a Morrel—. Y ahora, recuerde una cosa, señor oficial: mi buen papá le recomienda no dar ningún paso capaz de comprometer nuestra dicha.

—Le he prometido esperar —dijo Morrel—, y esperaré.

En ese momento entró Barrois.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Valentina.

—El doctor d'Avrigny —respondió Barrois vacilando sobre sus piernas.

—¡Y bien! ¿Qué le sucede ahora, Barrois? —preguntó Valentina.

El anciano no respondió; miraba a su amo con ojos espantados mientras su mano buscaba un apoyo para permanecer de pie.

—¡Pero va a caerse! —exclamó Morrel.

En efecto, el temblor que se había apoderado de Barrois aumentaba gradualmente; sus facciones, alteradas por los movimientos convulsivos de los músculos de la cara, anunciaban un ataque nervioso de los más intensos.

Noirtier, viendo a Barrois tan turbado, multiplicó sus esfuerzos para que sus miradas dejaran conocer todas las emociones que agitaban su corazón.

Barrois dio algunos pasos hacia su amo.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! Señor —dijo—, pero qué tengo... Sufro... no veo nada. Mil puntas aceradas me atraviesan el cráneo. ¡Oh! No me toquen, no me toquen.

En efecto, tenía los ojos enteramente fuera de sus órbitas, y la cabeza se volvió hacia atrás mientras el resto del cuerpo se atiesaba.

Valentina, espantada, lanzó un grito; Morrel la tomó en sus brazos como queriéndola proteger de un peligro desconocido.

—¡Señor d'Avrigny, señor d'Avrigny! —gritó Valentina—. ¡Socórranos!

Barrois giró sobre sí mismo, dio tres pasos hacia atrás, tropezó y fue a caer a los pies de Noirtier, sobre la rodilla del cual apoyó su mano gritando:

—¡Mi amo, mi buen amo!

En este momento, el señor de Villefort, atraído por los gritos apareció en el umbral de la puerta.

Morrel abandonó a Valentina, medio desmayada, y se echó hacia atrás, escondiéndose en un ángulo de la habitación y casi desapareció tras una cortina.

Pálido, como si hubiera visto levantarse una serpiente ante él fijó su mirada helada sobre el desdichado agonizante.

Noirtier bullía de impaciencia y terror; su alma volaba en socorro del pobre anciano, su amigo más que sirviente. Se veía el combate terrible entre la vida y la muerte sobre su frente, en la que se hinchaban las venas y se contraían algunos músculos que permanecían vivos alrededor de los ojos.

Barrois, con la cara agitada, los ojos inyectados en sangre, y el cuello girado hacia atrás, caía dando golpes en el suelo con las manos, mientras que por el contrario, sus piernas rígidas parecían no poder doblarse.

Una ligera espuma asomó a sus labios, y respiró dolorosamente.

Villefort, estupefacto, permaneció un instante con los ojos fijos en aquella escena, que, desde que entró en la habitación, atrajo su atención.

No había visto a Morrel.

Tras un instante de contemplación muda, durante el cual pudo verse palidecer su rostro y erizarse sus cabellos, exclamó lanzándose hacia la puerta:

—¡Doctor, doctor! Venga, venga.

—¡Señora, señora! —gritó Valentina llamando a su madrastra y sosteniéndose contra las paredes—. ¡Venga, venga pronto! Y traiga su frasco de sales.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz metálica y contenida de la señora de Villefort.

—¡Oh! Venga, venga.

—Pero, ¿dónde está el doctor? —gritaba Villefort—. ¿Dónde está?

La señora de Villefort descendió lentamente; sus pisadas resonaban en la escalera. En una mano tenía el pañuelo con el cual se enjugaba el rostro y en la otra un frasco de sales inglesas.

Su primera mirada al llegar a la puerta, fue para Noirtier, cuyo rostro, salvo la emoción bien natural en semejante circunstancia, anunciaba una salud perfecta; su segunda mirada encontró al moribundo.

Palideció, y su mirada saltó, por así decirlo, del criado al amo.

—Pero, en nombre del cielo, señora, ¿dónde está el doctor? Entró en sus aposentos. Es una apoplejía, ya lo está viendo, una sangría tal vez lo salve.

—¿Hace mucho que ha comido? —preguntó la señora de Villefort eludiendo la pregunta.

—Señora —dijo Valentina—, no ha almorzado, pero ha corrido mucho esta mañana para hacer un encargo del abuelo. Al regreso sólo ha tomado un vaso de limonada.

—¡Ah! —exclamó la señora de Villefort—. ¿Y por qué no de vino? Es muy mala la limonada.

—La limonada estaba a mano, en la jarra del abuelo; el pobre Barrois tenía sed, ha bebido lo que ha encontrado.

La señora de Villefort se estremeció. Noirtier la envolvió en su profunda mirada.

—¡Tiene el cuello tan corto! —dijo ella.

—Señora —dijo Villefort—, le pregunto en dónde está el señor d'Avrigny; en nombre del cielo, ¡responda!

—Está en la habitación de Eduardo, que está un poco indispuesto —dijo la señora de Villefort no pudiendo eludir la respuesta más tiempo.

Villefort se lanzó a la escalera para ir a buscarlo personalmente.

—Tenga —dijo la mujer dando su frasco a Valentina—, sin duda van a sangrarlo. Me vuelvo a mis habitaciones porque no puedo soportar la vista de la sangre.

Y ella siguió a su marido.

Morrel salió del ángulo sombrío en que se había ocultado, y donde nadie le había visto; tanta era la confusión que reinaba.

—Váyase en seguida, Maximilien —le dijo Valentina—, y espere a que le llame. ¡Parta!

Morrel consultó a Noirtier con un gesto. Noirtier que había conservado toda su sangre fría, le hizo señas de que se fuera.

Estrechó la mano de Valentina contra su corazón y salió por el corredor secreto.

Al mismo tiempo entró Villefort acompañado del doctor por la puerta opuesta.

Barrois empezaba a volver en sí; la crisis había pasado, su voz se volvía quejosa y se incorporó sobre su rodilla. D'Avrigny y Villefort llevaron a Barrois a un diván.

—¿Ordena usted algo, doctor? —preguntó Villefort.

—Que me traigan agua y éter. ¿Tienen ustedes en casa?

—Sí.

—Vayan inmediatamente a buscar aceite de terebinto y emético.

—¡Vaya! —dijo Villefort.

—Y ahora, que todo el mundo se retire.

—¿Yo también? —preguntó tímidamente Valentina.

—Sí, señorita; usted sobre todo —dijo con rudeza el doctor.

Valentina miró al señor d'Avrigny con asombro, besó al señor Noirtier en la frente y salió.

El doctor cerró la puerta tras ella con gesto sombrío.

—Mire, mire, doctor, ya vuelve en sí; no ha sido más que un ataque sin importancia.

El señor d'Avrigny sonrió con aire sombrío.

—¿Cómo se siente usted, Barrois? —preguntó el doctor.

—Un poco mejor, señor.

—¿Puede usted beber este vaso de agua con éter?

—Lo intentaré, pero no me toque.

—¿Por qué?

—Porque me parece que si usted me toca, aunque no fuese más que con la punta del dedo, me volvería el ataque.

—Beba.

Barrois cogió el vaso, lo aproximó a sus labios violáceos y lo vació casi hasta la mitad.

—¿En dónde le duele? —preguntó el doctor.

—Por todas partes; siento calambres espantosos.

—¿Tiene usted desvanecimientos?

—Sí.

—¿Le retumban los oídos?

—Espantosamente.

—¿Cuándo le ha sucedido esto?

—Hace un momento.

—¿Rápidamente?

—Como el rayo.

—¿Y ayer y antes de ayer no tuvo nada?

—Nada.

—¿Ni somnolencia, ni pesadeces?

—No.

—¿Qué ha comido hoy?

—Nada; sólo he bebido un vaso de la limonada del amo, nada más.

Y Barrois hizo un gesto con la cabeza para designar a Noirtier, que inmóvil en su butaca contemplaba esta escena terrible sin perder un movimiento, sin dejar escapar ni una palabra.

—¿Dónde está la limonada? —preguntó con viveza el doctor.

—En la jarra, abajo.

—¿Dónde es eso de abajo?

—En la cocina.

—¿Quiere usted que vaya a buscarla, doctor? —preguntó Villefort.

—No, quédese aquí y trate de hacer beber al enfermo el resto de ese vaso de agua.

—Pero, y esa limonada...

—Yo mismo iré.

D'Avrigny dio un salto, abrió la puerta, se lanzó a la escalera de servicio y estuvo a punto de arrollar a la señora de Villefort que también descendía a la cocina.

Ella lanzó un grito.

D'Avrigny no le prestó atención; llevado por la fuerza de su idea, saltó los tres o cuatro últimos escalones, se precipitó en la cocina, y descubrió la jarra vacía en sus tres cuartas partes sobre una bandeja.

Se echó a ella como un águila sobre su presa.

Anhelante, volvió a subir a la planta baja y entró en la habitación.

La señora de Villefort volvía a subir la escalera que conducía a sus aposentos.

—¿Es esta la jarra que estaba aquí? —preguntó d'Avrigny.

—Sí, señor doctor.

—¿Es esta la misma limonada que usted bebió?

—Eso creo.

—¿Qué gusto le ha encontrado?

—Un sabor amargo.

El doctor derramó varias gotas de limonada en el cuenco de su mano, las aspiró con sus labios, y, después de paladearlas como se hace con el vino cuando se prueba, escupió el licor en la chimenea.

—Es la misma —dijo—. ¿Y usted también ha bebido, señor Noirtier?

—Sí —hizo el anciano.

—¿Y también la encontró con ese gusto amargo?

—Sí.

—¡Ah! Señor doctor —exclamó Barrois—. ¡Otra vez me vuelva! ¡Dios mío, Señor, ten piedad de mí! El doctor corrió hacia el enfermo.

—Ese emético, Villefort, vea si viene. Villefort se lanzó gritando:

—¡El emético, el emético! ¿Lo traen?

Nadie respondió. El terror más profundo reinaba en la casa.

—Si tuviese algún medio de insuflarle aire en los pulmones —dijo d'Avrigny, mirando alrededor suyo—, tal vez tendría probabilidades de evitar la asfixia. Pero, no, nada, nada.

—¡Oh, señor! —gritaba Barrois—. ¿Me dejará morir sin socorrerme? ¡Oh! Me muero, Dios mío, me muero.

—¡Una pluma, una pluma! —pidió el doctor.

Descubrió una sobre la mesa.

Trató de introducirla en la boca del enfermo que hacía, en medio de sus convulsiones, inútiles esfuerzos por vomitar; pero las mandíbulas estaban tan cerradas que la pluma no pudo pasar.

Barrois estaba alcanzando un ataque nervioso todavía más intenso que el primero. Se había deslizado de la silla a tierra, y se retorcía por el suelo.

El doctor le dejó preso de su acceso, al cual no podía aportar ningún cuidado, y fue a Noirtier.

—¿Cómo se encuentra usted? —le preguntó precipitadamente y en voz baja—. ¿Bien?

—Sí.

—¿Ligero de estómago o pesado? ¿Ligero?

—Sí.

—¿Como cuando se toma la píldora que le hago dar cada domingo?

—Sí.

—¿Ha sido Barrois quien ha preparado su limonada?

—Sí.

—¿Ha sido usted quien le ha invitado a beber?

—No.

—¿Ha sido el señor de Villefort?

—No.

—¿La señora?

—No.

—Entonces, ¿ha sido Valentina?

—Sí.

Un suspiro de Barrois, un gemido que hizo crujir los huesos de sus mandíbulas, llamaron la atención d'Avrigny, que abandonó al señor Noirtier y corrió junto al enfermo.

—Barrois —dijo el doctor—, ¿puede usted hablar?

Barrois balbució algunas palabras ininteligibles.

—¿Quién preparó la limonada?

—Yo.

—¿La ha traído usted a su amo después de haberla hecho?

—No.

—Entonces, ¿la dejó usted en algún sitio?

—En el *office*, porque me llamaban.

—¿Quién la ha traído aquí?

—La señorita Valentina.

D'Avrigny se golpeó la frente.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —murmuró.

—¡Doctor, doctor! —gritó Barrois, que sentía llegar el tercer acceso.

—Pero, ¿no traerán ese emético? —exclamó el doctor.

—Aquí está un vaso con la preparación —dijo Villefort entrando.

—¿Quién lo ha preparado?

—El mozo de la farmacia, que ha venido conmigo.

—Beba.

—Imposible, doctor, es demasiado tarde; tengo la garganta cerrada; me ahogo. ¡Oh, mi corazón! ¡Oh, mi cabeza!... ¡Oh, qué infierno!... ¿Es que voy a sufrir mucho tiempo esto?

—No, no, amigo mío —dijo el doctor—, dentro de poco no sufrirá más.

—¡Ah! Comprendo —exclamó el desdichado—. ¡Dios mío, ten piedad de mí!

Y lanzando un grito, cayó de espaldas hacia atrás como si fuera fulminado por un rayo.

D'Avrigny llevó la mano a su corazón, luego aproximó un espejo a sus labios.

—¿Y bien? —preguntó Villefort.

—Vaya a decir a la cocina que me traigan en seguida un jarabe de violetas.

Villefort fue al instante.

—No se asuste, señor Noirtier —dijo d'Avrigny—, me llevo al enfermo a otra habitación para sangrarlo; en realidad esta clase de ataques son un espectáculo espantoso.

Y cogiendo a Barrois por debajo de los brazos lo arrastró a una habitación vecina; pero casi inmediatamente entró en la de Noirtier para recoger el resto de la limonada.

Noirtier cerró el ojo derecho.

—Valentina, ¿no es cierto? ¿Quiere usted a Valentina? Voy a decir que la envíen.

Villefort subía; d'Avrigny le encontró en el pasillo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Venga —dijo d'Avrigny. Y lo condujo a la habitación.

—¿Continúa desvanecido? —preguntó el procurador del rey.

—Está muerto.

Villefort retrocedió tres pasos, juntó las manos por encima de su cabeza y con una conmiseración inequívoca, dijo mirando el cadáver:

—¡Muerto tan rápidamente!

—Sí, tan rápidamente, ¿no es cierto? —dijo d'Avrigny—. Pero esto no debe asombrarle, el señor y la señora de Saint-Méran también murieron tan rápidamente. ¡Oh! Se muere muy rápido en su casa, señor de Villefort.

—¡Qué! —exclamó el magistrado con un acento de horror y consternación—. ¡Vuelve usted a esa idea terrible!

—¡Siempre, señor, siempre! —dijo d'Avrigny con solemnidad—. No la he abandonado un instante; y para que se convenza de que no me equivoco esta vez, escuche bien, señor de Villefort.

Villefort temblaba convulsivamente.

—Hay un veneno que mata sin casi dejar rastros. Ese veneno lo conozco muy bien; lo he estudiado en todos sus accidentes y en

todos los fenómenos que produce. Ese veneno lo he reconocido en el pobre Barrois, como lo reconocí en el señor y la señora de Saint-Méran. Este veneno tiene una manera fácil de ser identificado: restablece el color azul del papel de tornasol enrojecido por un ácido, y tiñe de verde el jarabe de violetas. No tenemos papel de tornasol; pero, mire, aquí nos traen el jarabe de violetas que he pedido.

En efecto, se oían pasos en el corredor; el doctor entreabrió la puerta, tomó de manos de la criada un vaso en el fondo del cual había dos o tres cucharas de jarabe, y cerró la puerta.

—Fíjese —dijo al procurador del rey, cuyo corazón latía tan fuerte que podía oírse claramente—, aquí está el jarabe de violetas, y aquí la jarra con el resto de la limonada que el señor Noirtier y Barrois han bebido en parte. Si la limonada es pura e inofensiva, el jarabe continuará con su color; si la limonada está envenenada, el jarabe se pondrá verde. ¡Fíjese!

El doctor vertió lentamente algunas gotas de la limonada de la jarra en el vaso, y al instante se vio una especie de nube formándose en el fondo del vaso; al principio esta nube fue azul; después del zafiro pasó al ópalo, y del ópalo al esmeralda.

Llegada a este último color, se fijó, por así decirlo, sin variar para nada; la experiencia no dejaba lugar a dudas.

—El desdichado Barrois ha sido envenenado con la falsa angostura y la nuez de San Ignacio —dijo d'Avrigny—. Ahora responderé ante los hombres y ante Dios.

Villefort no dijo nada, pero levantó los brazos al cielo, abrió los ojos espantado, y cayó fulminado sobre un sillón.

La acusación

El señor d'Avrigny hizo volver en sí al magistrado, que parecía un segundo cadáver en aquella habitación fúnebre.

—¡Oh! La muerte está en mi casa —exclamó Villefort.

—Diga el crimen —replicó el doctor.

—¡Señor d'Avrigny! —exclamó Villefort—. No puedo expresar lo que pasa por mí en estos instantes; no sé si es espanto, dolor o locura.

—Sí —dijo el señor d'Avrigny con una calma imponente—, pero creo que es cuestión de que actuemos; me parece que es hora de oponer un dique a esta corriente de mortalidad. En cuanto a mí, me siento incapaz de llevar más tiempo semejantes secretos sin esperar que muy pronto la sociedad venga estas víctimas.

Villefort echó una sombría mirada alrededor suyo.

—¡En mi casa! —murmuró—. ¡En mi casa!

—Veamos, magistrado —dijo d'Avrigny—, sea hombre, intérprete de la ley, hónrese usted con una inmolación completa.

—Me hace estremecer, doctor, ¿una inmolación?

—Ya lo he dicho.

—¿Sospecha usted de alguien?

—No sospecho de nadie; la muerte llama a su puerta, entra y va, no ciegamente, sino inteligentemente como es, de habitación en habitación. Pues bien, yo sigo su rastro, reconozco su paso; adopto la sabiduría de los antiguos: palpo; porque mi amistad por su familia y mi respeto por usted son dos vendas aplicadas a mis ojos. Pues bien...

—¡Oh, hable, hable, doctor! Tendré valor.

—Pues bien, señor, usted tiene en su casa, en el seno de su hogar, tal vez en su propia familia, uno de esos espantosos fenómenos como cada siglo produce uno. Locusta y Agripina, viviendo al mis-

mo tiempo, son una excepción que prueba el furor de la Providencia por perder el Imperio romano, encenagado por tantos crímenes. Brunequilda y Fredegunda son el resultado del penoso trabajo de una civilización en génesis, en la cual el hombre aprende a dominar el espíritu aunque sea por el enviado de las tinieblas. Pues bien, todas estas mujeres eran o habían sido hermosas. Había florecido, o aún florecía sobre su frente, esa misma flor de inocencia que también se encuentra sobre la frente de la culpable que se halla en vuestra casa.

Villefort lanzó un grito, juntó las manos, y miró al doctor con un gesto de súplica.

Pero éste continuó sin piedad:

—Busque a quién beneficia el crimen, dice un axioma de jurisprudencia...

—¡Doctor! —exclamó Villefort—. ¡Ay! Doctor, cuántas veces la justicia de los hombres se ha engañado por estas funestas palabras. No sé, pero me parece que este crimen...

—¡Ah! ¿Confiesa, al fin, que existe el crimen?

—Sí, lo reconozco. ¿Qué quiere usted? Es preciso, pero déjeme continuar. Me parece, digo, que este crimen recae sobre mí solo y no sobre las víctimas. Sospecho algún desastre para mí bajo todas estas extrañas atrocidades.

—¡Oh, hombre! —murmuró d'Avrigny—. ¡El más egoísta de todos los animales, el más personal de todas las criaturas, que siempre cree que la tierra gira, que el sol brilla y que la muerte solamente siega para él; hormiga maldiciendo a Dios desde lo alto de una hierbecita! ¿Y los que han perdido la vida, acaso no han sufrido? El señor de Saint-Méran, la señora de Saint-Méran, el señor Noirtier...

—¿Cómo? ¡El señor Noirtier!

—Pues claro. ¿Cree usted, por ventura, que querían matar a ese desventurado criado? No, no; como el Polonio, de Shakespeare, ha muerto por otro. Noirtier era quien debía beber la limonada, y la bebió según el orden lógico de las cosas; el otro sólo la bebió por accidente; y aunque haya muerto Barrois, era Noirtier quien debía morir.

—Pero, entonces, ¿cómo no ha sucumbido mi padre?

—Ya se lo dije la otra noche en el jardín, después de la muerte de la señora de Saint-Méran; porque su cuerpo está habituado al uso de ese mismo veneno; porque la dosis insignificante para él era

mortal para cualquier otro; porque, en fin, nadie sabe, y menos el asesino, que desde hace un año trato con la brucina la parálisis del señor Noirtier, mientras que el asesino no ignora, y se ha asegurado por experiencia, que la brucina es un veneno violento.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró Villefort retorciéndose los brazos.

—Siga las huellas del criminal; mata al señor de Saint-Méran.

—¡Oh, doctor!

—Lo juraría; por lo que me han dicho, los síntomas concuerdan muy bien con lo que yo he visto.

Villefort dejó de combatir y lanzó un gemido.

—Mata al señor de Saint-Méran —repitió el doctor—; mata a la señora de Saint-Méran, y doble herencia a recoger.

Villefort se enjugó el sudor que corría por su frente.

—Escuche bien.

—¡Ay! —balbució Villefort—. No pierdo ni una palabra, ni una sola.

—El señor Noirtier —prosiguió, implacable, d'Avrigny—, el señor Noirtier había testado antes de ahora contra usted y contra vuestra familia, en favor de los pobres. Ahorrémonos al señor Noirtier, del que nada se espera. Pero no ha hecho más que destruir su primer testamento y hecho un segundo y en seguida el miedo a que haga un tercero actúa; el testamento es de anteayer, creo. No ha perdido tiempo.

—¡Oh! ¡Piedad, señor d'Avrigny!

—Nada de piedad, señor. El médico tiene una misión sagrada en la tierra, para cumplirla ha ascendido hasta las fuentes de la vida y descendido a los misterios de la muerte. Cuando el crimen se ha cometido y Dios, espantado sin duda, aparta los ojos del criminal, corresponde al médico decir: «¡Ahí está!».

—¡Piedad para mi hija, señor! —murmuró Villefort.

—¡Ve cómo ha sido usted quien la ha nombrado, usted, su padre!

—¡Piedad para Valentina! Escuche, eso es imposible. Preferiría acusarme yo mismo. Valentina, un corazón de diamante, un lirio de inocencia.

—Nada de piedad, señor procurador del rey. El crimen es flagrante. La señorita de Villefort ha empaquetado personalmente los medicamentos que se enviaron al señor de Saint-Méran, y éste murió. La señorita de Villefort preparó las tisanas de la señora de Saint-

Méran, y ésta está muerta. La señorita de Villefort ha cogido de manos de Barrois, al que enviaron fuera, la jarra de limonada que el anciano se bebe corrientemente por la mañana, y éste se ha salvado de milagro. ¡La señorita de Villefort es la culpable! ¡Es la envenenadora! Señor de Villefort, le denuncio a la señorita de Villefort, cumpla con su deber.

—Doctor, no lo soporto más, no me definiendo, le creo; pero, por piedad, compadézcase de mi vida, de mi honor.

—Señor de Villefort —prosiguió el doctor con nuevos impulsos—, hay circunstancias en las que franqueo los límites de la imbecil circunspección humana. Si su hija hubiese cometido solamente el primer crimen y la viera meditar el segundo, le diría: «Adviértala, castíguela, que pase el resto de sus días en un convento, en cualquier clausura, que llore y rece». Si hubiese cometido un segundo crimen, le diría: «Tenga, señor de Villefort, aquí tiene un veneno que carece de antídoto conocido, pronto como el pensamiento, rápido como el rayo, mortal; dele este veneno encomendando su alma a Dios y salve así su honor y sus días, porque contra usted atenta, y ya la veo acercarse a su cabecera con su hipócrita sonrisa y sus dulces exhortaciones. ¡Desgraciado de usted, señor de Villefort, si no hiere el primero!». He ahí lo que le diría si ella no hubiese matado más que a dos personas; pero ella ha visto agonizar a tres, ha contemplado tres moribundos, se ha arrodillado ante tres cadáveres. ¡Al verdugo la envenenadora! ¡Al verdugo! Habla usted de su honor, haga lo que le digo y le espera la inmortalidad.

Villefort cayó de rodillas.

—Escuche —dijo—, yo no tengo esa fuerza que usted posee, o más bien, que usted no tendría si en vez de mi hija Valentina se tratase de su hija Madeleine.

El doctor palideció.

—Doctor, todo hombre nacido de mujer ha venido al mundo para sufrir y morir; yo sufriré y esperaré la muerte.

—Tenga cuidado —dijo el señor d'Avrigny—, porque será lenta... esa muerte; la verá aproximarse después de haber caído sobre vuestro padre, vuestra esposa y tal vez sobre vuestro hijo.

Villefort, sofocado, se aferró a los brazos del doctor.

—¡Escúcheme! —gritó—. ¡Compadézcame, socórrame!... ¡No, mi hija no es culpable!... ¡Llévenos delante de un tribunal, que aún seguiré diciendo que mi hija no es culpable! No existen crímenes

en mi casa... No lo quiero, oye usted, no quiero crímenes en mi casa; porque cuando el crimen entra en algún sitio, es como la muerte, no entra solo. Escuche, ¿qué le importa a usted que yo muera asesinado? ¿Es usted amigo mío? ¿Es usted un hombre? ¿Tiene usted corazón? No, usted sólo es un médico... Pues bien, le digo: «¡No, mi hija no será arrastrada por mí a las manos del verdugo!»... ¡Ah! Vaya una idea que me devora, que me impele a desgarrarme el pecho con las uñas como un insensato... ¿Y si usted se equivoca, doctor? ¡Si fuese otro, en vez de mi hija! Si un día yo viniese, pálido como un espectro, a decirle: «¡Asesino! ¡Tú has matado a mi hija!»». Fíjese, si eso sucediese, soy cristiano, señor d'Avrigny, pero no obstante me mataría.

—Está bien —dijo el doctor después de un instante de silencio—. Esperaré.

Villefort le miró como si aún dudase de sus palabras.

—Solamente —continuó d'Avrigny con voz lenta y solemne— si alguna persona de su casa cae enfermo, si usted mismo se siente atacado, no me llame, porque no vendré más. Quiero compartir con usted este terrible secreto, pero no deseo que la vergüenza y los remordimientos vayan a mi casa y fructifiquen hasta destrozar mi conciencia, como el crimen y la desgracia crecen y fructifican en su casa.

—Así, pues, ¿me abandona, doctor?

—Sí, porque no puedo seguirle más lejos, y no me detengo ante el cadalso. Otra revelación llegará que ponga fin a esta terrible tragedia. Adiós.

—Doctor, le ruego...

—Todos los horrores que ensucian mi pensamiento hacen que su casa me sea odiosa y fatal. Adiós, señor.

—Una palabra, solamente una palabra, doctor. Se retira dejándome todo el horror de la situación, terror que usted ha aumentado con la revelación que me ha hecho. Pero de la muerte instantánea, súbita, de ese desgraciado servidor, ¿qué se va a decir?

—Está bien —dijo el señor d'Avrigny—. Acompañeme.

El doctor salió el primero, Villefort le seguía; los criados, inquietos, esperaban en el pasillo y sobre las escaleras por las que debía pasar el médico.

—Señor —dijo d'Avrigny a Villefort hablando en voz alta, de manera que le oyese todo el mundo—, el pobre Barrois llevaba una vida muy sedentaria desde hacía algunos años. Él, que amaba tanto

como su amo correr a caballo o en coche todos los rincones de Europa, se ha matado ante este servicio monótono alrededor de un sillón. La sangre se hizo pesada. Estaba repleto, tenía el cuello grueso y corto, le atacó una apoplejía fulminante, y me avisaron muy tarde. A propósito —añadió en voz baja—, tenga mucho cuidado al arrojar el vaso de violetas a la cenizas.

Y el doctor, sin dar la mano a Villefort, sin añadir una palabra a lo que acababa de decir, salió escoltado por las lágrimas y los lamentos de todos los criados de la casa.

Aquella misma noche todos los criados de Villefort, que se habían reunido en la cocina y hablaron largamente entre ellos, fueron a pedir permiso a la señora de Villefort para abandonar la casa. Ningún ruego, ningún aumento de sueldo pudo retenerlos; a cualquier proposición respondieron:

—Queremos irnos porque la muerte está en esta casa.

Se marcharon, pues, a pesar de los ruegos que les hicieron, testimoniando su sentimiento por abandonar a tan buenos amos, y sobre todo a la señorita Valentina, tan buena, tan bienhechora y tan dulce.

Villefort, a estas palabras, miró a Valentina.

Estaba llorando.

Cosa extraña, a través de la emoción que le hizo experimentar aquellas lágrimas, también miró a la señora de Villefort y le pareció que una sonrisa fugitiva y sombría había pasado por sus labios delgados, como los meteoros que se ven deslizándose entre dos nubes en medio de un cielo tormentoso.

La habitación del panadero retirado

La misma tarde del día en que el conde de Morcerf había salido de casa de Danglars con una vergüenza y un furor que no contrastaban en nada con la frialdad del banquero, Andrea Cavalcanti, los cabellos rizados y lustrosos, los bigotes afilados y los guantes blancos marcando las uñas, entró casi de pie en su faetón en el patio del banquero de la Chaussée de Antin.

Al cabo de diez minutos de conversación en el salón, había conseguido conducir a Danglars hacia el hueco de una ventana, y allí, después de un corto preámbulo, le había expuesto los tormentos de su vida, desde la partida de su noble padre. Desde aquella marcha, decía, había encontrado en la familia del banquero, que lo recibía como a un hijo, toda la dicha que un hombre debe buscar antes que los caprichos de una pasión, y en cuanto a la propia pasión, había tenido la dicha de encontrarla en los hermosos ojos de la señorita Danglars.

Danglars escuchaba con la máxima atención, y hacía dos o tres días que ya esperaba esta declaración, y cuando al fin llegó, sus ojos se dilataron tanto como se habían cubierto y ensombrecido al escuchar a Morcerf.

Sin embargo, no quiso acoger la proposición del joven sin hacerle algunas observaciones de conciencia.

—Señor Andrea —le dijo—, ¿no es usted algo joven para pensar en casarse?

—Pues no, señor —replicó Cavalcanti—, al menos no me lo parece. En Italia los grandes señores se casan jóvenes, por lo general; es una costumbre lógica. La vida es tan incierta que debe aprovecharse la felicidad en el momento en que pasa.

—Ahora, señor —dijo Danglars—, admitiendo que sus proposiciones, que me honran, sean del agrado de mi esposa y de mi hi-

ja, ¿con quién discutiremos los intereses? Ésta es, me parece, una negociación importante que sólo los padres saben tratar convenientemente para la dicha de sus hijos.

—Señor, mi padre es un hombre sabio, lleno de prudencia y de razón. Ha previsto la circunstancia probable de que yo deseara establecerme en Francia; me ha dejado, al partir, con todos los papeles que atestiguan mi identidad, una carta en la cual me asegura, para el caso de que haga una elección a su gusto, ciento cincuenta mil libras de renta a partir del día de mi boda. Es, por lo que puedo juzgar, la cuarta parte de la renta de mi padre.

—Yo —dijo Danglars—, siempre he tenido la intención de dar a mi hija quinientos mil francos de dote; es, por otra parte, mi única heredera.

—Pues bien —dijo Andrea—, ya ve que la cosa no sería mala, suponiendo que mi petición no sea rechazada por la señora baronesa Danglars ni por la señorita Eugenia; estaríamos con ciento setenta y cinco mil libras de renta. Supongamos una cosa, que yo obtengo del marqués que en vez de pagarme la renta me dé el capital (esto no sería fácil, lo sé, pero puede suceder), usted podría hacer que produjesen esos dos o tres millones, y dos o tres millones en manos hábiles siempre pueden dar el diez por ciento.

—Nunca tomo más que al cuatro —dijo el banquero—, e incluso al tres y medio. Pero a mi yerno lo tomaría al cinco, y nos partiríamos los beneficios.

—Muy bien, perfectamente, suegro —dijo Cavalcanti dejándose llevar por su naturaleza un poco vulgar que, de vez en cuando y pese a sus esfuerzos, resquebrajaba el barniz aristocrático con que trataba de ocultarla; pero inmediatamente añadió—: ¡Oh! Perdón, señor. Ya ve que sólo la esperanza me vuelve loco; ¿qué será la realidad?

—Pero —dijo Danglars que, por su parte, no se dio cuenta de cómo cambiaba esta conversación, tan desinteresada en un principio y ya como un negocio de intereses—, sin duda existe una parte de vuestra fortuna que su padre no puede negarle.

—¿Cuál? —preguntó el joven.

—La que proviene de su madre.

—¡Ah! Es cierto, la que viene de mi madre, de Oliva Corsinari.

—¿Y a cuánto puede ascender esa parte?

—A fe mía —dijo Andrea—, puedo asegurárselo, señor, que nunca se me ocurrió pensar en ello, pero creo que en dos millones como mínimo.

Danglars sintió esa especie de sofoco gozoso que experimenta el avaro que encuentra un tesoro perdido, o el hombre que a punto de ahogarse encuentra bajo sus pies tierra firme en vez del vacío en que iba a hundirse.

—Y bien, señor —dijo Andrea saludando al banquero con cariñoso respeto—, puedo esperar...

—Señor Andrea —dijo Danglars—, espere y crea que si ningún obstáculo de su parte detiene la marcha de este asunto, es negocio concluido. Pero —dijo Danglars reflexionando—, ¿cómo es que el señor conde de Montecristo, su padrino en este mundo parisiense, no ha venido con usted a hacernos esta petición?

Andrea se sonrojó imperceptiblemente.

—Vengo de casa del conde, señor —dijo—. Es un hombre encantador, naturalmente, pero de una originalidad inconcebible; ha aprobado mi decisión, incluso me ha dicho que mi padre no dudaría un instante en darme el capital en vez de la renta; me ha prometido su influencia para ayudarme a obtener esto; pero me ha declarado que, personalmente, jamás había tomado ni tomaría sobre sí la responsabilidad de hacer una petición de matrimonio. Pero debo hacerle justicia, pues añadió que si alguna vez había deplorado esa repugnancia era ahora que, al tratarse de mí, consideraba que la unión proyectada sería conveniente y feliz. Por otra parte, aunque no quiere hacer nada oficialmente, se reserva el responderle, me dijo, cuando usted le hable.

—¡Ah, ah! Muy bien.

—Ahora —añadió Andrea con su más encantadora sonrisa—, he acabado de hablar al suegro y me dirijo al banquero.

—Veamos, ¿qué le quiere? —dijo Danglars riéndose a su vez.

—Pasado mañana debo cobrar unos cuatro mil francos en su caja; pero el conde ha comprendido que el mes que va a empezar tal vez me traiga unos gastos para los cuales mi pequeña renta no bastará, y aquí tiene un bono de veinte mil francos que me ha, no diré dado, sino ofrecido. Está firmado por él, como usted ve. ¿Puede convenirle?

—Tráigame como éste uno por un millón y se lo cogeré —dijo Danglars guardando el bono en su bolsillo—. Dígame la hora pa-

ra mañana, y el mozo de caja pasará por su casa con un recibo de veinticuatro mil francos.

—Pues a las diez, si usted quiere; cuanto más temprano mejor, porque pienso ir al campo.

—Sea a las diez, ¿en el hotel de los Príncipes, como siempre?

—Sí.

Al día siguiente, con una exactitud que hacía honor a la puntualidad del banquero, los veinticuatro mil francos se encontraban en casa del joven, quien salió, efectivamente, dejando doscientos francos para Caderousse.

Esta salida tenía por objetivo principal evitar a su peligroso amigo; así, pues, también regresó por la noche lo más tarde posible.

Pero apenas puso el pie en el empedrado del patio se encontró ante sí al conserje del hotel, que le esperaba con la gorra en la mano.

—Señor —dijo—, aquel hombre vino.

—¿Qué hombre? —preguntó negligentemente Andrea, como si hubiese olvidado al que, por el contrario, no se le quitaba de la cabeza.

—Aquel a quien Su Excelencia da esa pequeña renta.

—¡Ah, sí! —dijo Andrea—. Ese antiguo criado de mi padre. Y bien, ¿le ha dado usted los doscientos francos que había dejado para él?

—Sí, Excelencia, precisamente.

Andrea se hacía llamar Excelencia.

—Pero —continuó el conserje—, no quiso cogerlos. Andrea palideció; sólo que, como era de noche, nadie notó su palidez.

—¡Cómo! ¿No ha querido cogerlos? —dijo con voz ligeramente emocionada.

—No. Quería hablar con Su Excelencia. Le respondí que usted había salido, pero insistió. Al fin pareció convencido, y me dio esta carta que había traído muy escondida.

—Veamos —dijo Andrea.

Y leyó a la luz de la linterna de su faetón:

«Sabes donde vivo; te espero mañana a las nueve de la mañana».

Andrea examinó el sello, por si había sido forzado y miradas indiscretas habían podido enterarse del contenido de la carta; pero

estaba doblada de tal manera y con tal lujo de dobleces, que para leerla hubiese sido necesario romper el sello; ahora bien, el sello estaba intacto.

—Muy bien —dijo—. Pobre hombre. Es una excelente persona.

Y dejó al portero asombrado ante estas palabras, y no sabiendo a quién admirar más, si al joven amo o al viejo servidor.

—Desenganche pronto y suba a mi casa —dijo Andrea a su *groom*.

En dos zancadas el joven subió a su cuarto, y una vez en él quemó la carta de Caderousse, haciendo desaparecer las cenizas.

Acababa esta operación cuando entró el criado.

—Tienes la misma estatura que yo, ¿verdad, Pedro? —le dijo.

—Tengo ese honor, Excelencia —respondió el servidor.

—Debes tener una librea nueva que te trajeron ayer.

—Sí, señor.

—Tengo un asunto con una joven a la que no quiero decir mi título ni mi condición. Préstame tu librea y tráeme tus papeles a fin de que pueda, si lo necesito, dormir en una posada.

Pedro obedeció.

Cinco minutos después Andrea, completamente disfrazado, salía del hotel sin ser reconocido, cogía un cabriolé y se hacía conducir a la posada del Caballo Rojo, en Picpus.

Al día siguiente salió de la posada del Caballo Rojo de igual manera que del hotel de los Príncipes, es decir, sin ser notado; descendió el *faubourg* de San Antonio, tomó por el bulevar hasta la calle Menilmontant, y se detuvo a la puerta de la tercera casa de la izquierda; en ausencia del conserje, buscó a quien podía solicitar informes.

—¿A quién busca usted, buen mozo? —preguntó la frutera de enfrente.

—¿El señor Pailletin, por favor, buena señora? —respondió Andrea.

—¿Un panadero retirado? —preguntó la frutera.

—Justamente es eso.

—Al fondo del patio, a la izquierda, en el tercero.

Andrea tomó el camino indicado, y en el tercero encontró una pata de liebre que agitó con mal humor, y cuyo movimiento precipitado acusó la campanilla.

Un segundo después apareció el rostro de Caderousse en la mirilla abierta, en la puerta.

—¡Ah! Eres puntual —dijo.

Y descorrió los cerrojos.

—¡Pardiez! —dijo Andrea entrando.

Y arrojó ante sí su gorra de librea que, al fallar la silla, cayó al suelo y dio la vuelta a la habitación, rodando sobre su circunferencia.

—Vamos, vamos —dijo Caderousse—, no te enfades, chico. Vaya, fíjate si he pensado en ti; contempla un poco el buen almuerzo que tendremos: nada más que lo que a ti te gusta.

Andrea percibió, en efecto, un olor a cocina, cuyos aromas groseros no dejaban de tener cierto encanto para un estómago hambriento. Se componía de una mezcla de grasa fresca y ajo que señalaba la cocina popular provenzal; además, había un aroma a pescado gratinado, y luego, por encima de todo, el áspero perfume de la nuez moscada y el clavo. Todo esto lo exhalaban dos fuentes hondas y cubiertas, colocadas sobre dos hornillos, y una cacerola que bullía en el horno de una estufa de fundición.

En la habitación contigua había una mesa bastante limpia adornada con dos cubiertos, dos botellas de vino lacradas, una de tinto y otra de dorado, una buena cantidad de aguardiente en una garrafa, y una macedonia de frutas en una ancha hoja de col colocada con gusto en un plato de loza.

—¿Qué te parece, chico? —dijo Caderousse—. ¡Eh! ¡Qué bien huele! ¡Ah, diantre! Yo era un buen cocinero allá abajo. ¿Te acuerdas cómo se lamían los dedos con mis guisos? Y tú, como el primero, también has probado mis salsas, y creo que no las despreciabas.

Y Caderousse se puso a mondar un suplemento de cebolla.

—Está bien, está bien —dijo Andrea con mal humor—. ¡Pardiez! Si me has molestado para almorzar contigo, ¡qué el diablo te lleve!

—¡Hijo mío! —dijo sentencioso Caderousse—. Comiendo se habla; y, además, eres un ingrato, ¿acaso no te alegras de ver un poco a tu amigo? Yo lloro de alegría.

Caderousse, en efecto, lloraba realmente; sólo que resultaba difícil saber si era de alegría o a causa de la cebolla que irritaba el lagrimal del antiguo posadero del puente del Gard.

—¡Cállate, hipócrita! —dijo Andrea—. ¿Me amas tú?

—Sí, yo te amo, o el diablo me lleve. Es una debilidad —dijo Caderousse—, ya lo sé, pero es más fuerte que yo.

—Lo que no te ha impedido hacerme venir para alguna perfidia.

—¡Vamos, ya! —exclamó Caderousse enjugando su gran cuchillo en su delantal—. Si no te quisiera, ¿acaso soportaría la vida miserable que me haces llevar? Mira un poco, tú llevas sobre tus espaldas el traje de tu criado, porque tienes un criado; yo no lo tengo y me veo obligado a pelar mis legumbres personalmente. Haces ascos de mi cocina porque comes en la mesa del hotel de los Príncipes o en el Café de París. Pues bien, yo también podría tener un criado; yo también podría tener un tílburí; yo también podría cenar donde quisiera. Entonces, ¿por qué me privo de ello? Para no dar un disgusto a mi pequeño Benedetto. Vamos, confiesa solamente que yo podría, ¿eh?

Y una mirada perfectamente clara de Caderousse concluyó el sentido de la frase.

—Bien —dijo Andrea—. Pongamos que me quieres; entonces, ¿por qué exiges que venga a almorzar contigo?

—Pues para verte, muchacho.

—Para verme, ¿y a santo de qué? ¿Acaso no tenemos arregladas las condiciones de nuestro trato?

—¡Eh! Mi querido amigo —dijo Caderousse—, ¿acaso hay testamentos sin codicilos? Pero en principio has venido para almorzar, ¿no es cierto? Pues bien, veamos, siéntate y empecemos por estas sardinas y esta mantequilla fresca, que he puesto sobre hojas de viña en atención a ti. ¡Ah! Sí, tú miras mi cuarto, mis cuatro sillas de paja, y mis cuadros a tres francos la pieza. ¡Diantre! Qué quieres. Esto no es el hotel de los Príncipes.

—Vamos, ahora estás disgustado. Ya no eres feliz, tú que sólo pedías tener el aspecto de un panadero retirado.

Caderousse lanzó un suspiro.

—Y bien, ¿qué tienes que decir? Has visto tu sueño realizado.

—Tengo que decir que es un sueño; un panadero retirado, mi buen Benedetto, es rico y tiene rentas.

—¡Pardiez! Tú tienes rentas.

—¿Yo?

—Sí, tú, pues yo te doy tus doscientos francos. Caderousse se encogió de hombros.

—Eso es humillante —dijo—, tener que recibir un dinero dado de mala gana, un dinero efímero que puede faltarme de hoy a mañana. Ya ves que estoy obligado a hacer economías para el caso de que tu prosperidad no dure. ¡Eh! Amigo mío, la fortuna es in-

constante, como decía el limosnero... del regimiento. Yo sé bien que tu prosperidad es inmensa, desventurado; te vas a casar con la hija de Danglars.

—¡Cómo! ¿De Danglars?

—Exacto, de Danglars. ¿No hará falta que diga del barón Danglars? Sería tanto como decir del conde Benedetto. Danglars era un amigo, y si no tuviese tan mala memoria, debería invitarme a tu boda..., ya que él vino a la mía... ¡Sí, sí, sí, a la mía! ¡Diantre! No era tan presumido en aquellos tiempos; era un simple dependiente en casa del señor Morrel. He comido más de una vez con él y el conde de Morcerf... Ya ves que tengo buenas relaciones, y si quisiera cultivarlas un poco, nos encontraríamos en los mismos salones.

—Vaya, vaya, tus celos te hacen ver visiones, Caderousse.

—Está bien, Benedetto mío, yo sé bien lo que me digo. Tal vez un día también me ponga el traje de los domingos, y vaya a decir a una puerta cochera: «¡El cordón, por favor!». Mientras tanto, siéntate y comamos.

Caderousse dio el ejemplo y se puso a almorzar con buen apetito, y haciendo el elogio de todos los manjares que servía a su huésped.

Éste parecía tomar su partido, descorchó decididamente la botella y atacó la bullabesa y el bacalao gratinado al ajoaceite.

—¡Ah, compadre! —dijo Caderousse—. Parece que te avienes con tu antiguo hotelero.

—A fe mía que sí —respondió Andrea en quien, como joven y vigoroso, el apetito podía sobre todas las cosas.

—¿Y encuentras bueno esto, bribón?

—Tan bueno, que no comprendo cómo un hombre que guisa y come tan buenas cosas, puede quejarse de la vida.

—Lo ves —dijo Caderousse—, es que toda mi felicidad se amarga con un solo pensamiento.

—¿Cuál?

—El de vivir a expensas de un amigo, yo, que siempre me he ganado mi vida valientemente.

—¡Oh, oh! Eso no le hace —dijo Andrea—. Tengo bastante para dos, no te apures.

—No, de verdad; tú no me creerás, si no quieres, pero a fin de mes tengo remordimientos.

—¡Buen Caderousse!

—¡Y eso es tan cierto, como que ayer no quise coger los doscientos francos!

—Sí, tú querías hablarme; pero, veamos, ¿era de tus remordimientos?

—De verdaderos remordimientos; además, se me ocurrió una idea.

Andrea se estremeció; se asustaba siempre ante las ideas de Caderousse.

—Mira, es tan mezquino —continuó éste— estar esperando siempre el fin de mes...

—¡Eh! —dijo filosóficamente Andrea, decidido a ver venir a su compañero—. ¿Acaso la vida no se pasa esperando? Yo, por ejemplo, ¿qué otra cosa hago si no esperar? Pues bien, me armo de paciencia, ¿no es así?

—Sí, porque en lugar de esperar doscientos miserables francos, esperas cinco o seis mil, tal vez diez, quizá doce; porque tú eres un carcelero. Allá abajo siempre tenías tus ahorrillos, tu alcancía que tratabas de ocultar a este pobre amigo Caderousse. Afortunadamente, el amigo Caderousse tenía buen olfato.

—Vamos, ya empiezas a divagar —dijo Andrea—, a hablar del pasado. Pero, ¿a qué viene machaconear tanto, te pregunto?

—¡Ah! Tú tienes veintiún años, y puedes olvidar el pasado; pero yo tengo cincuenta y estoy obligado a recordarlo. Pero, no importa, volvamos al negocio.

—Sí.

—Quería decirte que si estuviese en tu puesto...

—¿Qué?

—Yo realizaría...

—¡Cómo! Tú realizarías...

—Sí, yo pediría un semestre adelantado, bajo el pretexto de ser elegible y querer comprar una finca; después, con mi semestre en el bolsillo, pongo los pies en polvorosa.

—Mira, mira —murmuró Andrea—, eso no está tan mal pensado.

—Mi querido amigo —dijo Caderousse—, come de mi cocina y sigue mis consejos, que no te irá tan mal, física y moralmente.

—Pues bien —dijo Andrea—, ¿por qué no sigues tú mismo el consejo que das? ¿Por qué no realizas tu semestre, un año incluso, y te retiras a Bruselas? En vez de tener el aspecto de un panadero

retirado, tendrías el de un comerciante arruinado en el ejercicio de sus funciones. Eso no está mal.

—Pero, ¿cómo diablos quieres que me retire con mil doscientos francos?

—¡Ah, Caderousse! —exclamó Andrea—. ¡Qué exigente te vuelves! Hace dos meses te morías de hambre.

—El apetito viene comiendo —replicó Caderousse, enseñando sus dientes como un mono que ríe o un tigre que gruñe—. Así, pues —añadió cortando un trozo de pan con los mismos dientes tan agudos y blancos a pesar de su edad—, he hecho un plan.

Los planes de Caderousse aún aterraban más a Andrea que sus ideas; las ideas no eran más que el germen, el plan era la realización.

—Veamos ese plan —dijo—, debe ser precioso.

—¿Y por qué no? El plan gracias al cual abandonamos el establecimiento del señor Cosa, ¿de quién era, eh? De mí, supongo. Y me parece que no era tan malo, ya que estamos aquí.

—Yo no digo eso —respondió Andrea—. A veces tienes cosas buenas; pero, en fin, veamos ese plan.

—Veámoslo —prosiguió Caderousse—, ¿puedes tú, sin desembolsar un céntimo, hacer que yo tenga quince mil francos? No, eso no es bastante; yo no quiero convertirme en hombre honrado por menos de treinta mil francos.

—No —respondió secamente Andrea—. No, yo no puedo.

—Tú no me has comprendido, a lo que parece —repuso fríamente Caderousse con aire tranquilo—. Te he dicho sin desembolsar tú un céntimo.

—¿No querrás que robe para arruinar todo mi negocio, y el tuyo con el mío, y que nos vuelvan a llevar allá?

—¡Oh! A mí —dijo Caderousse— me da lo mismo que vuelvan a cogerme; tengo un cuerpo muy acomodaticio, ¿sabes?, y no me fastidian mis antiguos camaradas; no soy como tú, sin corazón, que quisieras no volver a verlos.

Andrea hizo algo más que estremecerse esta vez: palideció.

—Veamos, Caderousse —dijo—, nada de tonterías.

—¡Eh, no; estate tranquilo, mi pequeño Benedetto; pero indícame un pequeño procedimiento para ganar esos treinta mil francos sin mezclarte en nada; tú me dejas hacer y nada más!

—Está bien, ya lo veré. Buscaré algo —dijo Andrea.

—Pero, mientras tanto, subirás mi mensualidad a quinientos francos; tengo una manía, quisiera coger una criada.

—Bien, tendrás tus quinientos francos —dijo Andrea—, pero es demasiado para mí, mi pobre Caderousse... Tú abusas...

—¡Bah! —dijo Caderousse—. Ya que los sacas de unos cofres que no tienen fondo...

Se hubiese dicho que Andrea esperaba en este punto a su compañero, pues sus ojos brillaron rápidamente, aunque también es cierto que se apagaron instantáneamente.

—¡Vaya, eso es cierto! —respondió Andrea—. Mi protector es excelente conmigo.

—¡Ese querido protector! —exclamó Caderousse—. ¿Así qué te da cada mes?

—Cinco mil francos —dijo Andrea.

—Tantos miles como tú me das cientos —replicó Caderousse—. En realidad, no hay como los bastardos para tener suerte. Cinco mil francos al mes... ¿Qué diablos puede hacerse con todo eso?

—¡Ah, Dios mío! Se gasta muy pronto. Yo también estoy como tú, y también quisiera un capital.

—Un capital... Sí..., comprendo... Todo el mundo quisiera tener un capital.

—Pues bien, yo tendré uno.

—¿Y quién te lo dará, tu príncipe?

—Sí, mi príncipe; desgraciadamente, no tengo más remedio que esperar.

—¿Esperar a qué? —preguntó Caderousse.

—Su muerte.

—¿La muerte de tu príncipe?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Porque me ha puesto en el testamento.

—¿Cierto?

—¡Palabra de honor!

—¿Por cuánto?

—Por quinientos mil.

—¿Nada más que eso? Gracias por el pellizco.

—Como te lo digo.

—¡Vamos, eso no es posible!

—Caderousse, ¿eres mi amigo?

—¡Cómo no, en la vida y en la muerte!

—Pues bien, voy a decirte un secreto.

—Dilo.

—Escucha.

—¡Oh, pardiez! Mudo como una carpa.

—Pues bien, yo `creo...

Andrea se detuvo para mirar alrededor suyo.

—¿Tú crees? No tengas miedo, ¡pardiez! Estamos solos.

—Creo que he encontrado a mi padre.

—¿Tu verdadero padre?

—Sí.

—No el padre Cavalcanti.

—No, puesto que ése ya se ha ido; el verdadero, como te digo.

—Y ese padre es...

—Pues bien, Caderousse; es el conde de Montecristo.

—¡Bah!

—Sí. Lo comprenderás cuando te lo explique todo. Él no puede reconocermé públicamente, al parecer; por lo que hace que me reconozca el señor Cavalcanti y por ello le da cincuenta mil francos.

—¡Cincuenta mil francos por ser tu padre! Yo hubiera aceptado por la mitad, por veinte mil, por quince mil. ¿Cómo no has pensado en mí, ingrato?

—¿Acaso lo sabía? Todo se hizo mientras nosotros estábamos allá abajo.

—¡Ah! Es cierto. ¿Y dices que en su testamento...?

—Me deja quinientas mil libras.

—¿Estás seguro?

—Me lo ha enseñado; pero eso no es todo.

—Hay un codicilo, como yo decía antes.

—Probablemente.

—¿Y en ese codicilo...?

—Me reconoce.

—¡Oh, el buen padre, el honrado padre, el honestísimo padre!

—exclamó Caderousse haciendo girar en el aire un plato que retuvo entre sus dos manos.

—Ya tienes. Di ahora que tengo secretos para ti.

—No, y tu confianza te honra ante mí. ¿Y el príncipe, tu padre, es rico, riquísimo?

—Ya lo creo. No conoce su fortuna.

—¿Es posible?

—¡Diantre! Lo veo perfectamente, pues me recibe en su casa a cualquier hora. El otro día era un mozo del Banco que le traía cincuenta mil francos en una cartera tan gruesa como tu servilleta; ayer fue un banquero que le traía cien mil francos en oro.

Caderousse estaba absorto; le parecía que las palabras del joven tenían el sonido del metal, y que oía rodar cascadas de luises.

—¿Y tú vas a esa casa? —exclamó con ingenuidad.

—Cuando quiero.

Caderousse permaneció pensativo un instante. Era evidente que le daba vueltas a algún pensamiento.

—Me gustaría ver todo eso —exclamó de pronto—. ¡Cuán hermoso debe ser!

—Realmente —dijo Andrea—, es magnífico.

—¿Y no vive en la avenida de los Campos Elíseos?

—Número treinta.

—¡Ah! —dijo Caderousse—. ¿Número treinta?

—Sí, una preciosa casa aislada, entre patio y jardín. Tú no la conoces.

—Es posible; pero no es el exterior lo que me interesa, sino el interior: los hermosos muebles, ¡eh! ¿Qué debe haber allí dentro?

—¿Has visto alguna vez las Tullerías?

—No.

—Pues bien, es más hermoso.

—Dime, Andrea, debe dar gusto agacharse cuando ese bueno de Montecristo deja caer su bolsa, ¿no?

—¡Oh, Dios mío! No vale la pena esperar a eso —replicó Andrea—. El dinero rueda en esa casa como las frutas en un jardín.

—Escucha, deberías llevarme un día contigo.

—¡Si fuese posible! Pero, ¿a santo de qué?

—Tienes razón, pero me haces la boca agua. Tengo que ver eso; ya encontraré algún medio.

—¡No hagas tonterías, Caderousse!

—Me presentaré como abrillantador de pisos.

—Tiene alfombras por todas partes.

—¡Ah! Entonces tendré que conformarme con verlo en mi imaginación.

—Créeme, es lo mejor que puedes hacer.

—Trata al menos de hacerme comprender cómo es eso.

—¿Y cómo?

—Nada más fácil. ¿Es grande?

—Ni muy grande ni muy pequeño.

—Pero, ¿cómo está distribuido?

—¡Diantre! Necesitaría tinta y papel para hacer un plano.

—Pues aquí lo tienes —dijo con viveza Caderousse. Y fue a buscar a un viejo secreter una hoja de papel blanco, tinta y una pluma.

—Ten, trázame todo eso sobre el papel, hijo mío. Andrea cogió la pluma con una imperceptible sonrisa y empezó.

—La casa, como ya te he dicho, está entre el patio y el jardín. ¿Ves esto?

Y Andrea trazó el jardín, el patio y la casa.

—¿Muros altos?

—No, ocho o diez pies como máximo.

—Eso no es prudente —dijo Caderousse.

—En el patio, macetas de naranjos, césped y macizos de flores.

—¿Y nada de trampas para lobos?

—No.

—¿Las caballerizas?

—A los dos lados de la verja que ves aquí. Y Andrea continuó dibujando su plano.

—Veamos la planta baja —dijo Caderousse.

—En la planta baja está el comedor, dos salones, la sala de billar, una escalera en el vestíbulo y la escalerita oculta.

—¿Las ventanas?

—Unas ventanas magníficas, tan bellas, tan anchas que, a fe mía, sí, creo que un hombre de tu estatura pasaría bien por cada vidrio.

—¿Por qué diablos tiene escaleras si posee unas ventanas semejantes?

—¡Qué quieres! El lujo.

—Pero, ¿y los postigos?

—Sí, con postigos, pero no los utilizan nunca. Este conde de Montecristo es un excéntrico que le gusta ver el cielo durante la noche.

—¿Y dónde duermen los criados?

—¡Oh! Ellos tienen su casa. Imagínate una preciosa casa a la derecha de la entrada, en la que guardan las escalas. Pues bien, encima de esa casita hay una serie de habitaciones para los criados, con las campanillas correspondientes a las habitaciones.

—¡Ah, diablo! ¡Campanillas!

—¿Decías?

—Yo, nada. Digo que todo eso debe costar caro ponerlo. ¿Y para qué sirven las campanillas, te pregunto?

—En otro tiempo había un perro que soltaban en el patio todas las noches; pero se lo han llevado a Auteuil, sabes; a donde tú viniste.

—Sí.

—Aún le decía ayer: «Es una imprudencia por su parte, señor conde; porque cuando usted se va a Auteuil y se lleva sus criados, la casa queda sola». «¿Y bien?», me preguntó. «Pues que cualquier día van a robarle.»

—¿Y qué te respondió?

—¿Qué me contestó?

—Sí.

—Me respondió: «Y bien, ¿qué me importa eso?».

—Andrea, ¿tiene algún secreter mecánico?

—¿Qué es eso?

—Sí, que coge al ladrón en una reja e interpreta una música. Me dijeron que había algo por ese estilo en la última exposición.

—Tiene un simple secreter de caoba, en el cual siempre he visto la llave.

—¿Y no le roban?

—No, las personas que le sirven le son fieles.

—Debe tener en ese secreter, ¡hum!, mucho dinero.

—Tal vez... No se puede saber cuánto hay.

—¿Y dónde está?

—En el primer piso.

—Hazme un pequeño plano del primero, como me lo has hecho de la planta baja.

—Eso es fácil.

Y Andrea volvió a coger la pluma.

—En el primero, ves, hay una antesala, el salón; a la derecha del salón, biblioteca y despacho de trabajo; a la izquierda del salón, un dormitorio y un tocador. En el tocador es donde se encuentra el famoso secreter.

—¿Y una ventana en el tocador?

—Dos, aquí y aquí.

Y Andrea dibujó dos ventanas en la pieza que, en el plano, hacía el ángulo y figuraba como un cuadrado menor añadido al gran cuadrado del dormitorio.

Caderousse se quedó pensativo.

—¿Y va con frecuencia a Auteuil? —preguntó.

—Dos o tres veces por semana; mañana, por ejemplo, le toca ir a pasar el día y la noche.

—¿Estás seguro?

—Me ha invitado a ir a cenar.

—¡Enhorabuena! Vaya una vida —dijo Caderousse—. ¡Casa en la ciudad, casa en el campo!

—Son las ventajas de ser rico.

—¿E irás a cenar?

—Probablemente.

—Cuando vas a cenar, ¿duermes allí?

—Si me place. En casa del conde estoy como en mi casa.

Caderousse miró al joven como para arrancarle la verdad del fondo de su corazón. Pero Andrea sacó una caja de cigarros de su bolsillo, cogió un habano, lo encendió tranquilamente y empezó a fumarlo sin afectación.

—¿Cuándo quieres los quinientos francos? —preguntó a Caderousse.

—Pues inmediatamente, si los tienes. Andrea sacó veinticinco luises de su bolsillo.

—¡Amarillos! —dijo Caderousse—. No, gracias.

—¿Los desprecias?

—Al contrario, los estimo; pero no los quiero.

—Ganarás con el cambio, imbécil: el oro vale cinco sueldos.

—Eso es, y después el cambista hará que sigan al amigo Caderousse, y luego le echarán la mano encima, y después tendrá que decir quiénes son los capitalistas que le pagan sus rentas en oro. Nada de tonterías, chico; dinero simplemente, piezas redondas con la efigie de cualquier monarca. Todo el mundo puede tener una pieza de cinco francos.

—Pues ya comprenderás que no llevo quinientos francos encima; me haría falta llevar a alguien que cargase con ellos.

—Está bien, déjalos en tu casa, al conserje; es un buen hombre. Ya iré a recogerlos.

—¿Hoy?

—No, mañana. Hoy no tengo tiempo.

—Está bien; mañana, al irme para Auteuil, te los dejaré.

—¿Puedo contar con ellos?

—Perfectamente.

—Es que voy a coger una criada, ya ves.

—Cógela. Pero esto se acabó, ¿no? Ya no me atormentarás más, ¿verdad?

—Jamás.

Caderousse se había puesto tan serio que Andrea temió verse forzado a notar este cambio. Así, pues, redobló su jovialidad y su algazara.

—¡Qué alegre estás! —dijo Caderousse—. Cualquiera diría que ya tienes tu herencia.

—No, desgraciadamente... Pero el día que la tenga...

—¿Qué?

—Bien, me acordaré de los amigos; no te digo más que eso.

—Sí, como tienes tan buena memoria...

—¿Qué quieres? Creía que tú querías extorsionarme.

—¿Yo? ¡Oh, qué idea! Yo, que por el contrario aún voy a darte un consejo de amigo.

—¿Cuál?

—El de dejar aquí ese diamante que llevas en el dedo. ¡Vaya! Pero, ¿tú quieres que nos detengan? ¿Pretendes perdernos a los dos haciendo semejantes tonterías?

—¿Por qué? —dijo Andrea.

—¿Cómo? Coges una librea, te disfrazas de criado y conservas en el dedo un diamante de cuatro o cinco mil francos.

—¡Peste! Sí que calculas bien. ¿Por qué no te haces tasador?

—Es que yo conozco algún diamante; ya tuve uno.

—Pues te aconsejo que lo pregones —dijo Andrea que, sin incomodarse como temía Caderousse por la nueva extorsión, le entregó la sortija complacido.

Caderousse lo contempló de tan cerca que Andrea comprendió que lo examinaba por si los cantos de la arista brillaban.

—Es un diamante falso —dijo Caderousse.

—¡Vamos, ya! —exclamó Andrea—. ¿Bromeas?

—¡Oh! No te molestes, vamos a verlo.

Y Caderousse fue a la ventana, hizo deslizar el diamante sobre el cristal; se oyó crujir el vidrio.

—*Confiteor!* —dijo Caderousse pasando el diamante a su dedo—. Me engañaba; pero esos ladrones de joyeros imitan tan bien las piedras, que ya nadie se atreve a ir a robar las joyerías. Aún es una rama de la industria que está paralizada.

—Bien —dijo Andrea—, ¿has acabado? ¿Aún tienes algo que pedir? ¿Necesitas mi chaqueta? ¿Quieres mi gorra? No te incomode pedir.

—No, en el fondo eres un buen compañero. No te retengo más, y trataré de curarme de mi ambición.

—Pero ten cuidado no te vaya a ocurrir, al vender el diamante, lo que temías que te pasase con el oro.

—No lo venderé, estate tranquilo.

«No, de hoy a pasado mañana, por lo menos», pensó el joven.

—¡Afortunado bribón! —exclamó Caderousse—. Te vas al encuentro de tus lacayos, de tus caballos, de tu coche y de tu novia.

—Pues, sí —dijo Andrea.

—Oye, espero que me harás un bonito regalo de bodas el día que te cases con la hija de mi amigo Danglars.

—Ya te he dicho que ésa es una invención que se te ha metido en la cabeza.

—¿Cuánto tiene de dote?

—Pero ya te he dicho...

—¿Un millón?

Andrea se encogió de hombros.

—Vale por un millón —dijo Caderousse—. Jamás tendrás tanto como yo te deseo.

—Gracias —dijo el joven.

—¡Oh! Es de buen corazón —añadió Caderousse riendo fuerte—. Espera, te acompañaré.

—No merece la pena.

—Si tal.

—¿Por qué?

—Porque hay un pequeño secreto en la puerta; es una medida de precaución que he creído necesario adoptar. Cerradura Huret y Fichet, revisada y corregida por Gaspar Caderousse. Ya te confeccionaré una semejante cuando tú seas capitalista.

—Gracias —dijo Andrea—. Te avisaré con ocho días de antelación.

Se separaron. Caderousse permaneció en el descansillo hasta que vio a Andrea, no sólo descender los tres pisos, sino también atravesar el patio. Entonces entró precipitadamente, cerró la puerta con cuidado, y se puso a estudiar, con profundidad de arquitecto, el plano que le había dejado Andrea.

—Este querido Benedetto —dijo—. Creo que no le molestará heredar, y aquél que adelante el día en que debe palpar sus quinientos mil francos no será su peor amigo.



La fractura

Al día siguiente de esta conversación que acabamos de referir, el conde de Montecristo partió, efectivamente, para Auteuil en compañía de Alí, de varios criados y unos caballos que quería probar. Lo que había determinado esta partida, en la que ni siquiera pensaba la víspera y en la que Andrea tampoco pensaba, fue la llegada de Bertuccio, quien, de regreso de Normandía, traía noticias de la casa y de la corbeta. La casa estaba lista y la corbeta, llegada desde hacía ocho días, permanecía en una pequeña ensenada con su tripulación de seis hombres, después de haber cumplido todas las formalidades exigidas, y ya estaba a punto para hacerse a la mar.

El conde alabó el celo de Bertuccio y le invitó a prepararse para una pronta marcha, su estancia en Francia no debía prolongarse más allá de un mes.

—Ahora —le dijo— puedo tener necesidad de ir en una noche de París a Treport; quiero ocho relevos escalonados en el camino que me permitan hacer cincuenta leguas en diez horas.

—Su Excelencia ya había manifestado ese deseo —respondió Bertuccio—, y los caballos están listos. Los he comprado y acantonado personalmente en los lugares más cómodos, es decir, en los pueblos en que nadie se detiene ordinariamente.

—Está bien —dijo Montecristo—. Yo me quedo un día o dos aquí, obre en consecuencia.

Cuando Bertuccio iba a salir para ordenar todo lo que se relacionaba con aquella estancia, Bautista abrió la puerta; traía una carta en una bandeja de plata dorada.

—¿Qué viene a hacer aquí? —preguntó el conde viendo todo cubierto de polvo—. No le he llamado, me parece.

Bautista, sin responder, se aproximó al conde y le presentó la carta.

—Importante y urgente —dijo.
El conde abrió la carta y leyó:

«Señor de Montecristo, esta misma noche un hombre se introducirá en su casa de los Campos Elíseos para sustraer unos papeles que cree encerrados en el secreter del tocador. Es sabido que el señor conde de Montecristo es bastante valiente para no recurrir a la intervención de la policía, la cual podría comprometer mucho al que da este aviso. El señor conde, bien por una abertura que dé del dormitorio al tocador o bien escondiéndose en el tocador, puede tomar sus precauciones personales. Muchas personas y precauciones aparentes alejarían con seguridad al malhechor, y harían perder al señor de Montecristo esta ocasión de conocer a un enemigo que el azar ha hecho descubrir a la persona que da el aviso al conde, aviso que tal vez no tendría ocasión de renovar si, fallida esta primera tentativa, el malhechor intentase otra».

El primer movimiento del conde fue pensar en un engaño de ladrones, trampa grosera que le señalaba un peligro mediocre para exponerle a otro más grave. Así, pues, pensó en enviar la carta al comisario de policía a pesar de la recomendación del amigo anónimo, cuando de pronto se le ocurrió la idea de que podía ser, en efecto, algún enemigo particular suyo, que sólo él podía reconocer, y en ese caso nadie más que él podría sacar partido, como había hecho Fiesco con el moro que quiso asesinarle. Ya se conoce al conde, no hace falta decir que era un espíritu lleno de audacia y vigor, que se crecía ante lo imposible con esa energía que sólo caracteriza a los hombres superiores. Por la vida que había pasado y su resolución de no retroceder ante nada, el conde había conseguido saborear los goces desconocidos que tienen las luchas emprendidas, a veces contra la naturaleza, que es Dios, y contra el mundo, que bien puede pasar por el diablo.

—No quieren robarme los papeles —murmuró Montecristo—, sino matarme; no son ladrones, sino asesinos. No quiero que el señor prefecto de policía se mezcle en mis asuntos particulares. Soy lo bastante rico para desgravar en esto el presupuesto de su administración.

El conde llamó a Bautista, que había salido de la estancia después de entregar la carta.

—Va a regresar a París —le dijo—, y se traerá a todos los criados que han quedado allí. Necesito a todo el mundo en Auteuil.

—Pero, ¿no quedará nadie en la casa, señor conde? —preguntó Bautista.

—Sí, el conserje.

—Señor conde, reflexione que hay mucha distancia de la portería a la casa.

—¿Y qué?

—Pues que podrían desvalijar toda la vivienda sin que él oyese el menor ruido.

—¿Quién haría eso?

—Los ladrones.

—Usted es un necio, señor Bautista; los ladrones, robándome todo lo que hay en el alojamiento, no me ocasionarían el disgusto que me proporcionaría un servicio mal hecho.

Bautista se inclinó.

—Me entiende —dijo el conde—, tráigame a todos sus camaradas, del primero al último; pero que todo quede en su estado habitual. Cierre los postigos de la planta baja, nada más.

—¿Y los del primero?

—Ya sabe usted que no se cierran nunca. Vaya.

El conde advirtió que comería solo en su cuarto y que no necesitaría más que los servicios de Alí.

Cenó con su tranquilidad y su sobriedad acostumbrados, y después, haciendo una seña a Alí para que le siguiese, salió por la puercecita, alcanzó el bosque de Bolonia, como si se pasease, tomó sin afectación el camino de París, y al caer la noche se encontró frente a su casa de los Campos Elíseos.

Todo estaba sombrío, sólo una débil luz aparecía en la portería, que distaba unos cuarenta pasos de la vivienda, como había dicho Bautista.

Montecristo se arrimó a un árbol, y, con ese ojo que se equivocaba pocas veces, sondeó la doble alameda, examinó a los paseantes y las calles vecinas para ver si alguien estaba emboscado. Al cabo de diez minutos, convencido de que nadie le espiaba, corrió a la puercecita con Alí, entró precipitadamente y, por la escalera de servicio, de la cual tenía la llave, entró en su dormitorio sin abrir ni mover una sola cortina, y sin que el mismo conserje pudiera saber que la casa, que consideraba vacía, estaba ocupada por su dueño.

Una vez en el dormitorio, el conde indicó a Alí que se detuviese, luego pasó al tocador, que examinó; todo estaba como de costumbre: el precioso secreter en su sitio, y la llave en él. Lo cerró con doble vuelta, cogió la llave y regresó a la puerta del dormitorio, quitó la doble gacheta del cerrojo y entró.

Entretanto Alí ponía sobre una mesa las armas que el conde le había pedido, es decir, una carabina corta y un par de pistolas dobles, cuyos cañones superpuestos permiten apuntar con tanta seguridad como en las pistolas de tiro. Así armado, el conde tenía la vida de cinco hombres en sus manos.

Eran las nueve y media aproximadamente; el conde y Alí comieron rápidamente un trozo de pan y bebieron un vaso de vino español; después Montecristo hizo deslizar uno de esos paneles móviles que permiten ver lo que pasaba en ambas habitaciones. Tenía a su alcance las pistolas y la carabina, y Alí, de pie junto a él, tenía en la mano una de esas pequeñas hachas árabes que no han cambiado de forma desde las cruzadas.

Por cada una de las ventanas del dormitorio, paralelas a las del tocador, el conde podía ver la calle.

Así transcurrieron dos horas; existía la oscuridad más profunda y, sin embargo, Alí, gracias a su naturaleza salvaje, y el conde, debido a una cualidad adquirida, distinguían en la noche hasta las más débiles oscilaciones de los árboles del patio.

Desde hacía tiempo, la lucecita de la conserjería había sido apagada por el portero.

Era de suponer que el ataque, si realmente habían proyectado hacerlo, tendría lugar por la escalera de la planta baja y no por una ventana. En la mente de Montecristo los malhechores sólo querían su vida y no su dinero. Era, pues, en su dormitorio en donde atacarían, y alcanzarían éste bien por la escalera oculta o bien por la ventana del tocador.

Situó a Alí delante de la puerta de la escalera y continuó vigilando el tocador.

Sonaron las once y tres cuartos en el reloj de los Inválidos; el viento del Oeste traía en sus húmedos soplos la vibración de los tres toques.

Cuando el último se extinguía, el conde creyó oír un ligero ruido del lado del tocador; este primer ruido, o más bien este primer rechinar, fue seguido de un segundo y luego de un tercero; al

cuarto, el conde ya sabía a que atenerse. Una mano firme y ejercitada, se ocupaba en cortar los cuatro lados de un vidrio con un diamante.

El conde sintió latir su corazón más rápidamente. Por endurecidos que estén los hombres, por prevenidos que se encuentren del peligro, siempre comprenden, por el estremecimiento del corazón o de la carne, la enorme diferencia que existe entre el sueño y la realidad, entre el proyecto y la ejecución.

No obstante, Montecristo no hizo ninguna señal para prevenir a Alí; éste, comprendiendo que el peligro estaba del lado del tocador, dio un paso para aproximarse a su amo.

Montecristo estaba ansioso por conocer cuáles eran sus enemigos y cuántos había en el asunto.

La ventana en que se trabajaba se hallaba frente a la abertura por la cual el conde miraba el tocador. Sus ojos, pues, se posaron sobre esta ventana; vio dibujarse una sombra más espesa sobre la oscuridad, luego uno de los cristales se hizo opaco, como si por fuera le colocasen una hoja de papel, después el cristal estalló sin ruido. Por la abertura practicada pasó un brazo que buscó el pestillo; un segundo después, la ventana giraba sobre sus goznes y un hombre entró. El hombre iba solo.

—¡He aquí un atrevido pillo! —murmuró el conde.

En aquel momento sintió que Alí le tocaba suavemente el hombro; se volvió, Alí le enseñaba la ventana de la habitación en que estaban, y que daba a la calle.

Montecristo dio tres pasos hacia dicha ventana; conocía la exquisita delicadeza de los sentidos del fiel servidor. En efecto, vio a otro hombre que se destacaba de una puerta y, subiendo a un poste, parecía tratar de ver lo que sucedía en casa del conde.

—Bueno —dijo—, son dos; uno actúa y el otro vigila.

Indicó a Alí que no perdiese de vista al hombre de la calle y regresó a ver al del tocador.

El cortador de vidrios había entrado y se orientaba con los brazos extendidos hacia delante.

Al fin pareció darse cuenta de todas las cosas; había dos puertas en el tocador y fue a echar los cerrojos de ambas.

Cuando se aproximó a la del dormitorio, Montecristo creyó que pensaba entrar, y preparó una de las pistolas; pero simplemente oyó el ruido de los cerrojos deslizándose en sus anillos de cobre.

Era una precaución nada más; el visitante nocturno, ignorante de la precaución que había tenido el conde de levantar las gachetas, podía, desde aquel instante, creer que estaba en su casa y actuar con toda tranquilidad.

Solo y libre de movimientos, el hombre extrajo de su amplio bolsillo algo que el conde no pudo distinguir y que colocó sobre un velador, luego fue derecho al secreter, lo palpó en el lugar de la cerradura y percibió, contra lo que esperaba, que faltaba la llave.

Pero el rompevidrios era hombre precavido y había previsto todo; el conde en seguida oyó el tintineo de hierro contra hierro, como cuando se mueve el llavero de grandes llaves que llevan los cerrajeros al buscarlos para que abran una puerta, y que entre los ladrones recibe el nombre de «ruiseñor» seguramente por el placer que les causa oír su canto nocturno cuando trabajan contra una cerradura.

—¡Ah, ah! —murmuró Montecristo con una sonrisa de contrariedad—. No es más que un ladrón.

Pero el hombre, en la oscuridad, no podía escoger el instrumento apropiado. Entonces tuvo que recurrir al objeto que había depositado sobre el velador; tocó un resorte e inmediatamente una pálida luz, pero bastante viva para poder ver, envió su reflejo dorado sobre las manos y el rostro de aquel hombre.

—¡Vaya! —exclamó de repente Montecristo retrocediendo en un movimiento de sorpresa—. Si es...

Alí levantó su hacha.

—No te muevas —le dijo Montecristo en voz baja—, y deja tu hacha; aquí no tenemos necesidad de armas.

Después añadió algunas palabras bajando aún más la voz, porque la exclamación, aunque débil, que la sorpresa había arrancado al conde, bastó para estremecer al hombre, que se había quedado en la postura del amolador antiguo. Era una orden lo que había dado el conde, porque Alí se alejó de puntillas, descolgó de la pared de la alcoba un traje negro y un sombrero triangular. Entretanto Montecristo se despojó rápidamente de su levita, de su chaleco y de su camisa, y se pudo, gracias al rayo de luz que se filtraba por la hendidura del panel, reconocer sobre el pecho del conde una de esas flexibles y delgadas túnicas de mallas de acero, como la que últimamente, en esta Francia que siempre teme a los puñales, tal vez fue llevada por Luis XVI, que temía el puñal en su pecho y que fue muerto por el hacha en la cabeza.

Esta túnica en seguida desapareció bajo una larga sotana, al igual que los cabellos del conde bajo una peluca con tonsura; el sombrero triangular, colocado sobre la peluca, acabó de transformar al conde en abate.

El hombre, al no oír nada nuevo, se había levantado y, mientras Montecristo se transformaba, fue derecho al secreter, en cuya cerradura empezó a actuar su «ruiseñor».

—Bueno —murmuró el conde, el cual confiaba sin duda en algún secreto de la cerradura que debía ser desconocido del revientapuertas, por hábil que fuese—. Bueno, tienes para algunos minutos.

Y se fue a la ventana.

El hombre que había visto subirse a un poste, ya había descendido, y se paseaba por la calle; pero, cosa extraña, en vez de inquietarse por lo que podía venir, bien de la avenida de los Campos Elíseos, o bien del *faubourg* de Saint Honoré, no parecía más preocupado que por lo que sucedía en casa del conde, y todos sus movimientos tenían por objeto ver qué pasaba en el tocador.

Montecristo, de repente, se golpeó en la frente y dejó errar sobre sus labios entreabiertos una sonrisa silenciosa. Luego se aproximó a Alí.

—Permanece aquí —le dijo en voz baja—, oculto en la oscuridad, y cualquier ruido que oigas, cualquier cosa que pase, no entres ni aparezcas si yo no te llamo por tu nombre.

Alí indicó con la cabeza que había entendido y que obedecería.

Entonces Montecristo sacó de un armario una bujía completamente encendida, y en el momento en que el ladrón estaba más ocupado en su cerradura, abrió suavemente la puerta, teniendo cuidado de que la luz que llevaba en la mano iluminase por completo su rostro.

La puerta giró tan silenciosa que el ladrón no oyó el ruido. Pero, para gran asombro, vio iluminarse toda la estancia.

Se volvió.

—¡Eh! Buenas noches, mi querido señor Caderousse —dijo Montecristo—. ¿Qué diablos está haciendo aquí a una hora tan intempestiva?

—¡El abate Busoni! —exclamó Caderousse.

Y no sabiendo cómo esta extraña aparición había llegado hasta él, puesto que cerró las puertas, dejó caer su ramillete de falsas llaves y se quedó inmóvil y como anonadado de estupor.

El conde fue a situarse entre Caderousse y la ventana, cortando así al ladrón aterrado su único medio de retirada.

—¡El abate Busoni! —repitió Caderousse fijando sobre el conde sus ojos desorbitados.

—Bien, sin duda, el abate Busoni —replicó Montecristo—, él en persona, y estoy contento de que me haya reconocido, mi querido señor Caderousse; eso prueba que tenemos buena memoria, porque si no me equivoco, ya hace diez años que nos vimos.

Esta calma, esta ironía y ese poder sacudieron el espíritu de Caderousse con un terror vertiginoso.

—¡El abate, el abate! —murmuró crispando sus puños y haciendo castañetear sus dientes.

—¿De modo que queríamos robar al conde de Montecristo? —continuó el pretendido abate.

—Señor abate —murmuró Caderousse, tratando de alcanzar la ventana que le interceptaba el conde—, señor abate, no sé... Le ruego que me crea..., le juro...

—Un cristal cortado —continuó el conde—, una linterna sorda, un manojo de «ruiseñores», un secreter medio forzado, está claro, bien claro.

Caderousse se ahogaba en su corbata, buscaba un ángulo donde esconderse, un agujero por donde desaparecer.

—Vamos —dijo el conde—, veo que siempre es el mismo, señor asesino.

—Señor abate, ya que usted lo sabe todo, también sabe que no fui yo, que fue la Carconte; eso fue reconocido en el proceso, puesto que sólo me condenaron a galeras.

—¿Ha acabado su tiempo para que le encuentre en plan de ser llevado de nuevo?

—No, señor abate; fui liberado por alguien.

—Ese alguien prestó un servicio encantador a la sociedad.

—¡Ah! —dijo Caderousse—. Yo había, sin embargo, prometido...

—¿Así, pues, está rota la promesa? —interrumpió Montecristo.

—¡Ay, sí! —dijo Caderousse muy inquieto.

—Mala reincidencia... Esto le conducirá, si no me engaño, a la plaza de Greve. Peor que peor *diavolo*, como dicen los mundanos de mi tierra.

—Señor abate, he cedido a un mal pensamiento.

—Todos los criminales dicen eso.

—La necesidad...

—Deje eso —dijo desdeñoso Busoni—, la necesidad puede conducir a pedir limosna o a robar un pan en la puerta de una panadería, pero no a venir a forzar un secreter en una casa que se cree deshabitada. Y cuando el joyero Joannes acababa de facilitarle cuarenta y cinco mil francos a cambio del diamante que yo le dejé, y que usted mató para quedarse con el diamante y el dinero, ¿eso también era necesidad?

—Perdón, señor abate —dijo Caderousse—. Usted ya me salvó una vez, sálveme una segunda.

—Eso no me anima.

—¿Está usted solo, señor abate? —preguntó Caderousse juntando las manos—. ¿O ha traído a los gendarmes dispuestos a prenderme?

—Estoy completamente solo —dijo el abate—, y aún tendría piedad, y le dejaría ir, aún a riesgo de las nuevas desgracias que puede acarrear mi debilidad, si me dijese toda la verdad.

—¡Ah, señor abate! —exclamó Caderousse juntando las manos y aproximándose un paso a Montecristo—. ¡Puedo llamarle mi salvador!

—¿Pretende que le libertaron de presidio?

—¡Oh, eso es! Palabra de Caderousse, señor abate.

—¿Quién fue?

—Un inglés.

—¿Cómo se llamaba?

—Lord Wilmore.

—Le conozco; ya sabré si me miente.

—Señor abate, le digo la pura verdad.

—¿Así, pues, ese inglés le protege?

—No sólo a mí, sino también a un joven corso que estaba conmigo de compañero de cadena.

—¿Cómo se llamaba ese joven corso?

—Benedetto.

—¿Es su nombre de bautismo?

—No tenía otro; era un niño encontrado.

—Entonces, ¿ese joven se evadió contigo?

—Sí.

—¿Cómo fue eso?

—Trabajábamos en Saint Madrier, cerca de Tolón. ¿Conoce usted Saint Madrier?

—Lo conozco.

—Pues bien, mientras dormían, de mediodía a una...

—¡Forzados haciendo la siesta! Y luego se quejan esos mozalbetes —dijo el abate.

—¡Diantre! —exclamó Caderousse—. No se va a estar trabajando siempre, no somos perros.

—Afortunadamente para los perros —dijo Montecristo.

—Mientras los otros hacían la siesta, nos alejamos poquito a poco, serramos nuestros hierros con una lima que nos hizo llegar el inglés, y nos escapamos a nado.

—¿Y qué ha sido de Benedetto?

—No sé nada.

—Sin embargo, debes saberlo.

—No, en verdad. Nos separamos en Hyeres.

Y para dar más realce a su protesta, Caderousse aún dio un paso más hacia el abate, que permanecía inmóvil en su sitio, siempre tranquilo e interrogador.

—¡Estás mintiendo! —dijo el abate Busoni, con un acento de irresistible autoridad.

—Señor abate...

—¡Mientes! Ese hombre aún es tu amigo, y te sirves de él como de un cómplice, ¿no es eso?

—¡Oh! Señor abate...

—Desde que has abandonado Tolón, ¿cómo has vivido? Responde.

—Como he podido.

—¡Mientes! —repitió por tercera vez el abate con un acento aún más imperativo.

Caderousse, aterrado, miró al conde.

—Has vivido —replicó éste—, del dinero que él te ha dado.

—Pues bien, es cierto —dijo Caderousse—. Benedetto se ha convertido en el hijo de un gran señor.

—¿Cómo puede ser hijo de un gran señor?

—Hijo natural.

—¿Y cómo se llama ese gran señor?

—El conde de Montecristo, el mismo en cuya casa estamos.

—¿Benedetto el hijo del conde? —repuso Montecristo asombrado a su vez.

—¡Diantre! Hay que creerlo, puesto que el conde le ha encontrado un padre falso, puesto que le da cuatro mil francos al

mes, y puesto que él le deja quinientos mil francos en su testamento.

—¡Ah, ah! —exclamó el falso abate, que empezaba a comprender—. ¿Y qué nombre lleva, mientras tanto, ese joven?

—Se llama Andrea Cavalcanti.

—Entonces, ¿es ese joven que mi amigo el conde de Montecristo recibe en su casa, y que va a casarse con la señorita Danglars?

—Justamente.

—¡Y tú sufres eso, miserable! ¡Tú que conoces su vida y su mancha!

—¿Por qué quiere usted que yo impida a un camarada hacer fortuna? —dijo Caderousse.

—Es justo; no es cosa tuya prevenir al señor Danglars, sino mía.

—No haga eso, señor abate.

—¿Y por qué?

—Porque nos haría perder nuestro pan.

—¿Y tú te crees que para conservar el pan a dos miserables como vosotros, yo me haría el cómplice de su engaño y de sus crímenes?

—¡Señor abate! —dijo Caderousse aproximándose más.

—Diré todo.

—¿A quién?

—Al señor Danglars.

—¡Trueno de Dios! —exclamó Caderousse sacando un cuchillo de su chaleco y golpeando al conde en medio del pecho—. ¡Tú no dirás nada, abate!

Para gran asombro de Caderousse, el puñal, en vez de penetrar en el pecho del conde, salió rebotado.

Al mismo tiempo, el conde cogió con la mano izquierda el puño del asesino, y lo retorció con tal fuerza que el cuchillo cayó de sus dedos tiesos, y Caderousse lanzó un grito de dolor.

Pero el conde, sin detenerse ante el grito, continuó torciendo la muñeca del bandido hasta que, con el brazo, dislocado, cayó de rodillas y luego de bruces.

El conde apoyó su pie sobre la cabeza y dijo:

—¡No sé lo que me detiene para no romperte el cráneo, granuja!

—¡Ah, piedad, piedad! —gritó Caderousse.

El conde retiró su pie.

—¡Levántate! —ordenó. Caderousse se puso en pie.

—¡Dios santo! Qué muñecas tiene usted, señor abate —dijo Caderousse acariciando su brazo dolorido—. ¡Dios santo! ¡Qué fuerza!

—Silencio. Dios me concede la fuerza para domar a una fiera como tú; actúo en nombre del cielo; acuérdate de eso, miserable, y perdonarte en estos momentos, incluso es servir a Dios, los desig-nios de Dios.

—¡Uf! —resopló Caderousse todo dolorido.

—Coge esta pluma y ese papel y escribe lo que voy a dictarte.

—No sé escribir, señor abate.

—Mientes, coge esa pluma y escribe.

Caderousse, subyugado por esta potente superioridad, se sen-tó y escribió:

«Señor, el hombre que recibe usted en su casa y a quien usted destina su hija, es un antiguo forzado escapado conmigo del presidio de Tolón; llevaba el número 59 y yo el 58.

»Se llamaba Benedetto; pero incluso ignora su verdadero nombre, pues nunca conoció a sus padres».

—¡Firma! —continuó el conde.

—Pero, ¿quiere usted perderme?

—Si quisiese perderte, imbécil, te arrastraría hasta el primer puesto de guardia; además, en el momento en que sea recibida esta carta en su dirección, es probable que ya no tengas nada que temer; firma ya.

Caderousse firmó.

—La dirección: «Al señor barón Danglars, banquero, calle de la Chaussée d'Antin».

Caderousse escribió la dirección.

El abate cogió la nota.

—Ahora —dijo—, ya está bien; vete.

—¿Por dónde?

—Por donde has venido.

—¿Quiere usted que salga por la ventana?

—Pues has entrado muy bien.

—¿Está usted pensando algo contra mí, señor abate?

—Imbécil, ¿qué quieres que piense?

—¿Por qué no me abre la puerta?

—¿Para qué voy a despertar al conserje?

—Señor abate, dígame que usted no desea mi muerte.

—Yo sólo quiero lo que Dios desea.

—Pero júreme que usted no me apuñalará mientras desciendo.

—¡Eres un tonto y un cobarde!

—¿Qué quiere hacer usted conmigo?

—Te lo diré: he tratado de hacerte un hombre feliz y no he conseguido más que un asesino.

—Señor abate —dijo Caderousse—, inténtelo una vez más.

—Está bien —dijo el conde—. Escucha, ¿sabes que soy un hombre de palabra, no?

—Sí —repuso Caderousse.

—Si regresas a tu casa sano y salvo...

—¿A quién he de temer? A no ser que sea a usted...

—Si regresas a tu casa sano y salvo, abandona París, abandona Francia, y allá donde tú estés, mientras te comportes honradamente, te haré llegar una pensión; porque si tú regresas a tu casa sano y salvo...

—¿Qué? —preguntó Caderousse estremeciéndose.

—Pues bien, creeré que Dios te ha perdonado, y yo también te perdonaré.

—En verdad, como soy cristiano —balbució Caderousse—, usted me hace morir de miedo.

—¡Vamos, lárgate! —dijo el conde señalando con el dedo la ventana a Caderousse.

Éste, aún poco tranquilizado por esta promesa, saltó sobre la ventana y puso el pie en la escala.

Allí se detuvo, temblando.

—Ahora, descende —dijo el abate cruzándose de brazos.

Caderousse empezó a comprender que no tenía nada que temer por esa parte, y bajó.

Entonces el conde se aproximó con la bujía, de manera que se pudiese distinguir desde los Campos Elíseos a aquel hombre que descendía de una ventana iluminado por otro hombre.

—¿Qué hace usted, señor abate? —dijo Caderousse—. Si pasase una patrulla...

Y sopló la bujía. Después continuó descendiendo; pero no estuvo lo suficientemente tranquilo hasta que sintió el suelo bajo sus pies.

Montecristo entró en su dormitorio y, echando una mirada rápida del jardín a la calle, vio, primeramente, a Caderousse que, tras

haber descendido, daba un rodeo por el jardín e iba a colocar su escala en la otra parte de la muralla, a fin de salir por otro sitio distinto al utilizado para entrar.

Después, pasando del jardín a la calle, vio al hombre que parecía esperar, que corría paralelamente por la calle para colocarse detrás del ángulo por el cual Caderousse iba a descender

Caderousse ascendió lentamente por la escala y, llegado a los últimos escalones, asomó la cabeza para asegurarse de que la calle estaba solitaria:

No se veía a nadie, ni se oía ruido alguno.

Sonó la una en los Inválidos.

Entonces Caderousse se puso a caballo sobre el montante, y recogiendo la escala la pasó al otro lado, y se dispuso a descender, o más bien a dejarse resbalar por las dos paralelas maniobra que realizó con una destreza que hablaba de su costumbre en tal ejercicio.

Pero una vez lanzado en la caída, no se pudo detener. Inútilmente vio surgir un hombre de la sombra en el momento en que estaba a medio camino; en vano vio levantarse un brazo en el momento en que tocaba tierra; antes de que tuviese ocasión de defenderse, aquel brazo le golpeó furiosamente en la espalda, y él dejó la escala gritando:

—¡Socorro!

Un segundo golpe le llegó casi inmediatamente al flanco, y cayó gritando:

—¡Al asesino!

Al fin, cuando rodaba por tierra, su adversario le cogió por los cabellos y le asestó un tercer golpe en el pecho.

Esta vez Caderousse quiso gritar de nuevo, pero no pudo lanzar más que un gemido, y dejó correr entre gemidos los tres regueros de sangre que se escapaban por sus heridas.

El asesino, viendo que no gritaba, le levantó la cabeza por los cabellos; Caderousse tenía los ojos cerrados y la boca torcida. El asesino le creyó muerto, dejó que cayese nuevamente la cabeza y desapareció.

Entonces Caderousse, al oír que se alejaba, se incorporó sobre el codo y, con voz moribunda, gritó en un supremo esfuerzo:

—¡Al asesino! ¡Me muero! ¡A mí, señor abate! ¡A mí!

Aquel lúgubre lamento atravesó las sombras de la noche. La puerta de la escalera oculta se abrió, después la puertecita del jardín, y Alí y su amo corrieron con luces.

La mano de Dios

Caderousse continuaba gritando con voz quejumbrosa:

—¡Señor abate, socorro! ¡Socorro!

—¿Qué te sucede? —preguntó Montecristo.

—¡Socórrame! —repitió Caderousse—. ¡Me han asesinado!

—¡Ya estamos aquí! ¡Ánimo!

—¡Ah! Es el fin. Llega usted demasiado tarde; llega para verme morir. ¡Qué puñaladas! ¡Qué sangre!

Y se desvaneció.

Alí y su amo cogieron al herido y lo transportaron a una habitación. Allí, Montecristo indicó a Alí que lo desvistiese, y le reconoció las tres heridas que le habían asestado.

—¡Dios mío! —dijo—. Tu venganza a veces se hace esperar; pero creo que cuando llega está completa.

Alí miró a su amo para preguntarle qué había que hacer.

—Vete a buscar al señor procurador del rey, Villefort, que vive en el *faubourg* de Saint Honoré, y tráelo aquí. Al salir, despertará al conserje, y dile que vaya a buscar a un médico.

Alí obedeció y dejó al falso abate a solas con Caderousse, que seguía desvanecido. Cuando el desdichado abrió los ojos, el conde, sentado a unos pasos de él, le miraba con una sombría expresión de piedad, y sus labios, que se agitaban, parecían musitar una plegaria.

—Un médico, señor abate, un médico —dijo Caderousse.

—Ya han ido a buscar uno —respondió el abate.

—Ya sé bien que es inútil para mi vida, pero tal vez pueda darme fuerzas, porque quiero tener tiempo para hacer una declaración.

—¿Sobre qué?

—Acerca de mi asesino.

—¡Así, pues, lo conoces!

—¡Tanto que lo conozco! Sí, lo conozco. Es Benedetto.

—¿Ese joven corso?

—El mismo.

—¿Tu compañero?

—Sí. Después de haberme dado el plano de la casa del conde, esperando sin duda que lo mataría y que así él se convertiría en heredero, o que me mataría y así se desharía de mí, me ha esperado en la calle y me ha asesinado.

—A la vez que he enviado a por el médico, envié en busca del procurador del rey.

—Llegará demasiado tarde, llegará demasiado tarde —dijo Caderousse—. Siento que toda mi sangre se va.

—Espera —dijo Montecristo.

Salió y regresó cinco minutos después con un frasco.

Los ojos del moribundo, espantados por la fijeza, no habían abandonado la puerta por la cual adivinaba que le llegaría un socorro.

—¡Apresúrese, señor abate! ¡Apresúrese! —dijo—. Siento que me desvanezco.

Montecristo aproximó el frasco a los labios violáceos del herido y derramó tres o cuatro gotas en ellos.

Caderousse lanzó un suspiro.

—¡Oh! —dijo—. Esto es la vida; más..., más...

—Dos gotas más te matarían —respondió el abate.

—¡Oh! Que venga alguien a quien pueda denunciar al miserable.

—¿Quieres que escriba tu declaración? Tú la firmarás.

—Sí..., sí... —dijo Caderousse, cuyos ojos brillaban a la idea de aquella venganza postuma. Montecristo escribió:

«Muero asesinado por el corso Benedetto, mi compañero de cadena en Tolón bajo el número 59».

—¡Apresúrese, apresúrese! —dijo Caderousse—. No podré firmar.

Montecristo le presentó la pluma y Caderousse, sacando fuerzas, firmó y volvió a caer sobre su lecho mientras decía:

—Usted contará el resto, señor abate; usted dirá que se hace llamar Andrea Cavalcanti, que vive en el hotel de los Príncipes, que...

—Ah, ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me muero.

Y Caderousse se desvaneció por segunda vez.

El abate le hizo respirar el aroma del frasco; el herido abrió los ojos.

Su deseo de venganza no le había abandonado durante su desvanecimiento.

—¡Ah! Usted dirá todo eso, ¿no es cierto, señor abate?

—Todo eso, sí, además de otras muchas cosas.

—¿Qué dirá usted?

—Diré que él te había dado el plano de esta casa con la esperanza de que el conde te matase. Diré que había prevenido al conde con una carta; diré que el conde estaba ausente, y que yo recibí esa carta y he velado para esperarte.

—Y será guillotinado, ¿no es eso? —dijo Caderousse—. Será guillotinado, ¿me lo promete? Muero con esa esperanza, eso va a ayudarme a morir.

—Diré —continuó el conde— que él llegó detrás de ti, que te ha espiado todo el tiempo; que cuando te vio salir, corrió al ángulo del muro y estaba oculto.

—¿Usted ha visto todo eso?

—Recuerda mis palabras: «Si tú regresas sano y salvo a tu casa, creeré que Dios te ha perdonado y yo también te perdonaré».

—¿Y usted no me advirtió? —exclamó Caderousse tratando de incorporarse sobre su codo—. Usted sabía que yo iba a ser asesinado al salir de aquí, y no me ha advertido.

—No, porque en la mano de Benedetto yo veía la justicia de Dios, y hubiese creído cometer un sacrilegio oponiéndome a las intenciones de la Providencia.

—¡La justicia de Dios! No me hable de eso, señor abate; si hubiese una justicia de Dios, usted sabe mejor que nadie que personas deberían ser castigadas y no lo son.

—¡Paciencia! —dijo el abate en un tono que hizo estremecer al moribundo—. ¡Paciencia!

Caderousse lo miró con asombro.

—Y además —añadió el abate—, Dios está lleno de misericordia para todos, como lo estuvo para ti; es padre antes de ser juez.

—¡Ah! Entonces, ¿usted cree en Dios? —dijo Caderousse.

—Si hubiese tenido la desgracia de no creer hasta hoy —dijo Montecristo—, creería al verte.

Caderousse levantó los puños crispados al cielo.

—Escucha —le dijo el abate extendiendo la mano sobre el herido como para comunicarle su fe—, he aquí lo que ha hecho por ti ese Dios que te niegas a reconocer en el último momento: te había dado salud, fuerza, un trabajo seguro, incluso amigos, la vida, en fin, tal y como debe presentarse para ser dulce con la tranquilidad de la conciencia y la satisfacción de los deseos naturales; en vez de explotar esos dones del Señor, tan raramente concedidos por Él plenamente, he aquí lo que has hecho: te has entregado a la pereza, a la borrachera, y en la borrachera has traicionado a uno de tus mejores amigos.

—¡Socorro! —gritó Caderousse—. No necesito un sacerdote, sino un médico; tal vez no esté herido de muerte, tal vez aún no vaya a morir, quizá pueda salvarme.

—Tú estás bien herido de muerte, y sin las tres gotas del licor que te he dado hace un instante, ya habrías expirado. ¡Escucha, pues!

—¡Ah! —murmuró Caderousse—. ¡Qué extraño sacerdote es usted, que desespera a los moribundos en vez de consolarlos!

—Escucha —continuó el abate—, cuando traicionaste a tu amigo, Dios empezó, no a golpearte, sino a advertirte; tú caíste en la miseria y tú pasaste hambre; te pasaste la mitad de la vida codiciando lo que hubieras podido adquirir, y ya pensabas en el crimen, dándole a ti mismo la disculpa de la necesidad, cuando Dios hizo un milagro para ti, cuando Dios, por mis manos, te envió al seno de la miseria una fortuna brillante para ti, que nunca habías poseído nada. Pero esa fortuna inesperada, inaudita, no te bastó desde el momento en que la poseíste; tú querías doblarla, ¿por qué medio? Por un asesinato. La doblaste y entonces Dios te la arrancó conduciéndote ante la justicia humana.

—No fui yo —dijo Caderousse— quien quiso matar al judío, sino la Carconte.

—Sí —dijo Montecristo—. Así Dios siempre, no diré justo esta vez porque su justicia te hubiese dado la muerte, pero Dios, siempre misericordioso, permitió que los jueces se apiadasen de tus palabras y te dejaran con vida.

—¡Pardiez! Para enviarme a presidio a perpetuidad, vaya una gracia.

—Esta gracia, miserable, tú la considerabas como tal cuando te fue concedida. Tu cobarde corazón, que temblaba delante de la muerte, saltó de alegría al anunciarte una vergüenza perpetua, por-

que te dijiste como todos los forzados: «Hay una puerta en el presidio que no existe en la tumba». Y tenías razón, porque esa puerta de presidio se abrió para ti de una manera inesperada: un inglés visitó Tolón, tenía el deseo de sacar a dos hombres de la infamia; su elección cayó sobre ti y sobre tu compañero. Una segunda fortuna descendió sobre ti desde el cielo, encontraste a la vez dinero y tranquilidad, podías volver a empezar a vivir la vida de todos los hombres, tú que habías estado condenado a vivir la de los forzados. Entonces, miserable, entonces te pones a tentar a Dios por tercera vez. No tenías bastante, dices, cuando tenías más de lo que habías poseído nunca, y cometes tu tercer crimen sin razón, sin excusa. Dios está cansado. Dios te ha castigado.

Caderousse se debilitaba a ojos vista.

—Quiero beber —dijo—. Tengo sed... Me abraso. Montecristo le dio un vaso de agua.

—¡Granuja de Benedetto! —dijo Caderousse devolviendo el vaso—. Él, sin embargo, escapará.

—Nadie escapará, soy yo quien te lo dice, Caderousse... Benedetto será castigado.

—Entonces, usted será castigado, ¡usted también! —dijo Caderousse—, porque usted no ha hecho su labor de sacerdote, usted debió impedir a Benedetto que me matase.

—¿Yo? —dijo el conde con una sonrisa que heló el espanto del moribundo—. ¿Yo impedir a Benedetto que te matase, en el momento en que acababas de romper tu cuchillo contra la cota de malla que me cubría el pecho? Sí, tal vez, si yo te hubiese encontrado más humilde y arrepentido, hubiese impedido a Benedetto matarte, pero te encontré orgulloso y sanguinario, y he dejado que se cumpliera la voluntad de Dios.

—¡Yo no creo en Dios! —gritó Caderousse—. Tú tampoco crees..., tú mientes..., mientes.

—¡Cállate! —dijo el abate—, porque así haces salir de tu cuerpo las últimas gotas de sangre... ¡Ah! Tú no crees en Dios y mueres herido por Dios... ¡Ah, no crees en Dios, y Dios que, sin embargo, no te pide más que una oración, una palabra, una lágrima para perdonar. Dios, que podía dirigir el puñal del asesino de manera que expirases en la primera puñalada... Dios, que te ha dado un cuarto de hora para arrepentirte... Vuelve en ti, desgraciado, y arrepíentete.

—No —dijo Caderousse—, no, yo no me arrepiento. No hay Dios, no hay Providencia, no hay más que la casualidad.

—Existe una Providencia, existe un Dios —dijo Montecristo—, y la prueba es que tú estás ahí gimiendo, desesperado, renegando de Dios, y que yo, yo estoy de pie ante ti, rico, feliz, sano y salvo, y juntando las manos ante ese Dios en el cual tratas de no creer, y en el cual, sin embargo, crees desde el fondo de tu corazón.

—Pero, ¿quién es usted, entonces? —preguntó Caderousse fijando sus ojos moribundos en el conde.

—Mírame bien —dijo Montecristo cogiendo la bujía y aproximándola a su rostro.

—Y bien, el abate..., el abate Busoni...

Montecristo se despojó de la peluca que le desfiguraba, y dejó caer sus cabellos negros que encuadraban tan armoniosamente su pálido rostro.

—¡Oh! —dijo Caderousse—. Si no fuese por esos cabellos negros, diría que es el inglés, diría que es usted lord Wilmore.

—No soy ni el abate Busoni, ni lord Wilmore —dijo Montecristo—. Mírame bien, mira más lejos, mira en tus primeros recuerdos.

Había en estas palabras del conde una vibración magnética en la que los sentidos adormecidos del miserable se reavivaron por última vez.

—¡Oh! En efecto —dijo—, me parece que le he visto, que le he conocido en otra ocasión.

—Sí, Caderousse, sí; tú me has visto, sí, tú me has conocido.

—Pero, ¿quién es usted, entonces? ¿Por qué, si me ha visto, si me ha conocido, por qué me deja morir?

—Porque nada puede salvarte, Caderousse, porque tus heridas son mortales. Si tú hubieses podido ser salvado, yo habría visto la última misericordia del Señor, y aún hubiese, te lo juro por la tumba de mi padre, tratado de volverte a la vida y al arrepentimiento.

—¡Por la tumba de tu padre! —dijo Caderousse reanimado por una suprema chispa e incorporándose para ver más cerca al hombre que acababa de hacer el juramento más sagrado de los hombres—. ¡Eh! ¿Quién eres tú, pues?

El conde no había cesado de seguir el progreso de la agonía. Comprendió que este rayo de vida era el último; se aproximó al moribundo, y cubriéndole con una mirada tranquila y triste a la vez.

—Yo soy... —le dijo al oído—, yo soy...

Y sus labios, apenas abiertos, dieron paso a un nombre pronunciado tan bajo, que el conde parecía hasta temer oírlo él mismo.

Caderousse, que se había incorporado sobre sus rodillas, extendió los brazos, hizo un intento por recular; luego, juntando las manos y levantándolas en un supremo esfuerzo...

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo—. Perdón por haber renegado. ¡Existes, eres el padre de todos los hombres en el cielo y el juez de los hombres en la tierra! Dios mío, Señor, te he conocido muy mal. Dios mío, Señor, perdóname. ¡Dios mío, Señor, acógeme!

Y Caderousse, cerrando los ojos, cayó hacia atrás con un último grito y un último suspiro.

La sangre se detuvo inmediatamente en los labios de sus anchas heridas.

Estaba muerto.

—¡Uno! —dijo misteriosamente el conde, con los ojos fijos en el cadáver ya desfigurado por aquella horrible muerte.

Diez minutos después, el médico y el procurador del rey llegaron, traídos, uno por el conserje, y el otro por Alí, y fueron recibidos por el abate Busoni, que oraba junto al muerto.

Beauchamp

Durante quince días no hubo más tema en París que esta tentativa de robo hecha tan audazmente en la casa del conde. El moribundo había firmado una declaración que indicaba a Benedetto como su asesino. La policía se vio obligada a lanzar todos sus agentes tras las huellas del criminal.

El cuchillo de Caderousse, la linterna sorda, el manojito de llaves y las ropas, menos el chaleco, que no pudo encontrarse, fueron depositados en la escribanía; el cuerpo fue llevado a la Morgue.

El conde respondía a todo el mundo que esta aventura había sucedido mientras él estaba en su casa de Auteuil y que, por consiguiente, no sabía más que lo dicho por el abate Busoni quien, aquella noche, por casualidad, quiso pasarla en su casa para hacer unas consultas en varios libros preciosos que contenía su biblioteca.

Bertuccio era el único que palidecía cada vez que se nombraba a Benedetto en su presencia; pero no existía ningún motivo para que nadie se diese cuenta de la palidez de Bertuccio.

Villefort, llamado para constatar el crimen, había reclamado el asunto y dirigía la instrucción con ese apasionamiento que ponía en todas las causas criminales en las que era llamado a llevar la palabra.

Pero ya habían transcurrido tres semanas sin que las pesquisas más activas hubiesen aportado ningún resultado, y se empezó a olvidar la tentativa de robo hecha en casa del conde y el asesinato del ladrón por su cómplice, para ocuparse del próximo matrimonio de la señorita Danglars con el conde Andrea Cavalcanti.

Este matrimonio estaba casi publicado, y el joven era recibido en casa del banquero con el título de novio.

Se había escrito al señor Cavalcanti, padre, que contestó aprobando el matrimonio, y expresando su gran sentimiento, pues su

servicio le impedía abandonar Parma, pero declaraba estar dispuesto a dar el capital de ciento cincuenta mil libras de renta.

Se convino que los tres millones serían colocados en casa de Danglars, que los haría producir; algunas personas habían tratado de infundir sospechas en el joven sobre la solidez de la posición de su futuro suegro quien, desde hacía algún tiempo, experimentaba en la Bolsa continuas pérdidas; pero el joven, con un desinterés y una confianza sublime, rechazó todos los inútiles propósitos y tuvo la delicadeza de no decir nada al barón.

Así es que el barón adoraba al conde Andrea Cavalcanti.

No sucedía lo mismo a la señorita Eugenia Danglars; en su odio instintivo contra el matrimonio había acogido a Andrea como el medio de alejar a Morcerf, pero ahora Andrea se aproximaba demasiado y empezaba a experimentar por éste una visible repulsión.

Tal vez el barón lo percibía, pero como no podía atribuir esta repulsión más que a un capricho, puso cara de no darse cuenta de ello.

Entretanto el aplazamiento pedido por Beauchamp casi había concluido. Por lo demás, Morcerf había podido apreciar el valor del consejo de Montecristo, cuando éste le dijo que dejase correr las cosas, nadie había dado importancia a la nota sobre el general, y nadie relacionó al oficial que había entregado el castillo de Janina con el noble conde que se sentaba en la Cámara de los Pares.

Alberto no se encontraba, por eso, menos insultado, porque la intención de la ofensa existía ciertamente en las pocas líneas que le habían herido. Además, la manera en que Beauchamp había concluido la conversación había dejado un amargo recuerdo en su ánimo. Acariciaba, pues, la idea del duelo, del que pensaba, si Beauchamp consentía, ocultar la causa real incluso a sus testigos.

En cuanto a Beauchamp no se le había vuelto a ver desde el día de la visita hecha por Alberto; y a todos los que preguntaban por él se les respondía que estaba ausente en un viaje de varios días.

¿Dónde se encontraba? Nadie lo sabía.

Una mañana Alberto fue despertado por su ayuda de cámara, que le anunció a Beauchamp.

Alberto se frotó los ojos, ordenó que le hicieran esperar en el saloncito de fumar de la planta baja, se vistió rápidamente y descendió.

Encontró a Beauchamp paseándose de un lado a otro; al verlo, Beauchamp se detuvo.

—El paso que usted intenta presentándose en mi casa personalmente, y sin esperar la visita que pensaba hoy mismo, me parece un buen augurio, señor —dijo Alberto—. Veamos, dígame pronto, ¿es necesario que le tienda la mano diciéndole: «Beauchamp, confiese su error y conserve un amigo»? ¿O tendré que decir simplemente: «Cuáles son sus armas»?

—Alberto —dijo Beauchamp con una tristeza que dejó anonadado al joven—, sentémonos primero y hablemos.

—Pero, me parece, por el contrario, señor, que antes de sentarnos debe usted responderme.

—Alberto —dijo el periodista—, hay circunstancias en que la dificultad está precisamente en responder.

—Se la voy a hacer fácil, señor, repitiéndole la pregunta: ¿Quiere usted retractarse, sí o no?

—Morcerf, no se conforma uno con responder sí o no en cuestiones que importan al honor, la posición social, y la vida de un hombre como el teniente general conde de Morcerf, par de Francia.

—Entonces, ¿qué se hace?

—Se hace lo que yo he hecho, Alberto; se dice: el dinero, el tiempo y la fatiga no son nada cuando se trata de la reputación y los intereses de toda una familia; se dice: hacen falta más que probabilidades, se precisan certezas para aceptar un duelo a muerte con un amigo; se dice: si yo cruzo la espada o si descargo una pistola contra un hombre al que durante tres años estreché la mano, es preciso que sepa, al menos, por qué hago semejante cosa, a fin de que llegue al terreno con el corazón tranquilo y la conciencia serena que un hombre necesita cuando su brazo ha de salvar su vida.

—¡Y bien, y bien! —preguntó Morcerf con impaciencia—. ¿Qué quiere decir todo eso?

—Quiere decir que llego de Janina.

—¿De Janina, usted?

—Sí, yo.

—Imposible.

—Mi querido Alberto, he aquí mi pasaporte; mira los visados: Génova, Milán, Venecia, Trieste, Delvino y Janina. ¿Crearás a la policía de una república, un reino y de un imperio?

Alberto echó un vistazo al pasaporte, y levantó los ojos asombrados para mirar a Beauchamp.

—¿Ha estado usted en Janina?

—Alberto, si hubieses sido un extraño, un desconocido, un simple lord como ese inglés que vino a exigirme una satisfacción hace tres o cuatro meses, y a quien maté para desembarazarme de él, comprenderás que no me hubiese tomado tal molestia; pero creí que tú merecías esta consideración. He invertido ocho días en ir, ocho días en volver, cuatro de cuarentena y cuarenta y ocho horas de estancia; esto hacen mis tres semanas. He llegado esta noche, y aquí estoy.

—¡Dios mío, Dios mío! Cuánto circunloquio, Beauchamp, y está tardando en decirme lo que espero.

—Es que en realidad, Alberto...

—Se diría que duda.

—Sí, tengo miedo.

—¿Tiene miedo en confesar que su corresponsal le ha engañado? ¡Oh! Nada de amor propio, Beauchamp; confiese, Beauchamp, su valor no puede ponerse en duda.

—¡Oh! No es por eso —murmuró el periodista—, al contrario...

Alberto palideció espantosamente; trató de hablar, pero la palabra expiró en sus labios.

—Amigo mío —dijo Beauchamp en un tono afectuoso—, créeme que sería muy feliz pidiéndote disculpas, y que esas disculpas las haría de todo corazón, pero ¡ay...!

—Pero, ¿qué?

—La nota tenía razón, amigo mío.

—¡Cómo! Ese oficial francés...

—Sí.

—¿Ese Fernando?

—Sí.

—Ese traidor que entregó los castillos del hombre al servicio del cual estaba...

—Perdóname que te diga lo que estoy diciéndote, amigo mío: ese hombre es vuestro padre.

Alberto inició un violento movimiento para lanzarse sobre Beauchamp; pero éste le contuvo con su dulce mirada más que con su brazo extendido.

—Tén, amigo mío —dijo sacando un papel de su bolsillo—, aquí está la prueba.

Alberto abrió el papel; era un atestado de cuatro habitantes notables de Janina en el que atestiguaban que el coronel Fernando

Mondego, instructor al servicio del visir Alí Tebelín, había entregado el castillo de Janina a cambio de dos mil bolsas.

Las firmas estaban legalizadas por el cónsul.

Alberto vaciló y cayó aplastado sobre una silla.

No se podía dudar esta vez; el nombre de su familia estaba escrito con todas las letras.

Así, pues, tras un instante de silencio doloroso, su corazón se oprimió, las venas de su cuello se hincharon, y un torrente de lágrimas escapó de sus ojos.

Beauchamp, que lo había mirado con una profunda piedad durante su paroxismo de dolor, se aproximó a él.

—Alberto —le dijo—, ahora me comprenderás, ¿no es cierto? He querido ver todo, juzgar todo por mí mismo, esperando que la explicación fuese favorable a tu padre, y que yo podría rendirle justicia. Pero por el contrario, las informaciones recogidas confirman que ese oficial instructor, que ese Fernando Mondego, elevado al título de general gobernador por Alí Pachá, no es otro más que Fernando de Morcerf. Entonces he regresado acordándome del honor que me concediste al admitirme como tu amigo, y corrí a verte.

Alberto, tendido en un sillón, ocultaba sus ojos con sus manos, como si quisiese impedir que la claridad llegase a ellos.

—He venido junto a ti —continuó Beauchamp—, para decirte: Alberto, las faltas de nuestros padres, en aquellos tiempos de acción y de reacción, no pueden alcanzar a los hijos. Bien pocos han atravesado esas revoluciones, en medio de las cuales nacimos, sin que alguna mancha de barro o de sangre haya ensuciado su uniforme de soldado o su túnica de juez. Nadie en el mundo, ahora que tengo todas las pruebas, ahora que soy dueño de tu secreto, puede forzarme a un combate que tu conciencia, estoy seguro, te reprocharía como un crimen; pero lo que no puedes exigirme, vengo a ofrecértelo. Estas pruebas, estas revelaciones, estos testimonios que yo solo poseo, ¿quieres que desaparezcan? Este espantoso secreto, ¿quieres que quede entre nosotros dos? Confía en mi palabra de honor; jamás saldrá de mi boca. Di, ¿lo quieres? Alberto, dilo, ¿lo quieres, amigo mío?

Alberto se abalanzó al cuello de Beauchamp.

—¡Ah, corazón noble! —exclamó.

—Toma —dijo Beauchamp presentándole los papeles.

Alberto los cogió con mano convulsa, los estrujó, los restregó pensando destrozarlos; pero temiendo que la menor partícula fue-

se levantada por el viento y un día fuese a darle en la cara, se acercó a la bujía encendida para los cigarros y consumió hasta el último fragmento.

—¡Querido amigo, excelente amigo! —murmuró Alberto quemando los papeles. .

—Que todo esto se olvide como un mal sueño —dijo Beauchamp—. Se borre como esas últimas luces que corren sobre el papel ennegrecido, que todo esto se desvanezca como esa última humareda que se escapa de esas cenizas mudas.

—Sí, sí —dijo Alberto—, y que no quede más que la eterna amistad que confieso a mi salvador, amistad que mis hijos transmitirán a los vuestros, amistad que siempre me recordará que la sangre de mis venas, que la vida de mi cuerpo, el honor de mi nombre, os lo debo; porque si algo así se conociese, ¡oh, Beauchamp!, le declaro que me saltaría los sesos de un tiro; o no, ¡pobre madre! ¡No querría matarla con el mismo tiro! Me expatriaría.

—¡Querido Alberto! —dijo Beauchamp.

Pero el joven en seguida salió de esta alegría inesperada y por así decirlo, ficticia, y cayó en la más profunda tristeza.

—¡Y bien! —preguntó Beauchamp—. Veamos, ¿qué sucede ahora, amigo mío?

—Sucede —dijo Alberto—, que tengo algo roto en mi corazón. Escuche, Beauchamp, no se separa uno así, en un segundo, de ese respeto, de esa confianza y de ese orgullo que inspira a un hijo el nombre sin mancha de su padre. ¡Oh! Beauchamp, Beauchamp. ¿Cómo voy a presentarme ahora ante él? ¿Negaré mi frente cuando pretenda besarla, retiraré mi mano cuando me dé la suya? Mire, Beauchamp, soy el más desgraciado de los hombres. ¡Ah! Mi madre, mi pobre madre —dijo Alberto mirando a través de sus ojos anegados en lágrimas el retrato de su madre—. Si supisteis esto, cuánto debisteis sufrir.

—Vamos —dijo Beauchamp cogiéndole las manos—. Ánimo, amigo.

—Pero, ¿de dónde vino esa primera nota insertada en vuestro periódico? —exclamó Alberto—. Detrás de todo esto hay un odio desconocido, un enemigo invisible.

—Pues bien —dijo Beauchamp—, razón de más. ¡Ánimo, Alberto! Nada de huellas de emoción en vuestro rostro; llevad ese dolor encima como la nube lleva en sí la ruina y la muerte, secreto fa-

tal que no se comprende hasta que estalla la tempestad. Vamos, amigo, reservad esas fuerzas para el momento en que estalle.

—¡Oh! Entonces creéis que aún no hemos llegado al fin —dijo Alberto, espantado.

—Yo no creo nada, amigo mío; pero, en fin, todo es posible. A propósito...

—¿Qué? —preguntó Alberto viendo que Beauchamp dudaba.

—¿Sigues pensando en casarte con la señorita Danglars?

—¿Con qué propósito me preguntáis esto en semejante momento, Beauchamp?

—Porque en mi mente, la ruptura o el acuerdo de este matrimonio se refiere al objeto que nos ocupa en este momento.

—¡Cómo! —dijo Alberto con la frente encendida—. Cree usted que Danglars...

—Sólo te pregunto en qué punto está ese matrimonio. ¡Qué diablos! No veas en mis palabras lo que yo no quiero poner, ni les des la trascendencia que no tienen.

—No —dijo Alberto—, el matrimonio se ha deshecho.

—Bien —dijo Beauchamp.

Después, viendo que el joven iba a recaer en su melancolía, añadió:

—Mira, Alberto, si quieres creerme, será mejor que salgamos; una vuelta al bosque en faetón o a caballo te distraerá; después podemos ir a almorzar a cualquier sitio, y tú te irás a tus asuntos y yo a los míos.

—Con mucho gusto —dijo Alberto—, pero salgamos a pie; creo que un poco de fatiga no me sentará mal.

—Sea —dijo Beauchamp.

Y los dos amigos salieron a pie, siguieron el bulevar, y llegados a la Madeleine:

—Mira —dijo Beauchamp—, ya que estamos en el camino, vayamos a ver un rato al señor de Montecristo, eso nos distraerá. Es un hombre admirable para levantar los ánimos; jamás pregunta y en mi opinión, las personas que no preguntan son los consoladores más hábiles.

—Está bien —dijo Alberto—. Vamos a su casa, le aprecio.



El viaje

Montecristo lanzó un grito de alegría al ver a los dos jóvenes juntos.

—¡Ah, ah! —dijo—. ¡Y bien! Espero que todo haya concluido, que esté aclarado, arreglado.

—Sí —dijo Beauchamp—, rumores absurdos que han caído por sí mismos, y que ahora, si se renovasen, me tendrían por el primer antagonista. Así, pues, no hablemos más de eso.

—Alberto le dirá —replicó el conde—, que ése fue el consejo que yo le di. Fíjense —añadió—, me encuentran acabando de pasar la mañana más mala de mi vida, al menos eso creo.

—¿Qué hace? —preguntó Alberto—. ¿Pone en orden sus papeles, no es eso?

—En mis papeles, gracias a Dios, no. Mis papeles siempre están en perfecto orden, dado que yo no tengo papeles, pero sí en los del señor Cavalcanti.

—¿Del señor Cavalcanti? —repitió Beauchamp.

—Pues, sí. ¿No sabe usted que es el joven que lanzó el conde? —dijo Morcerf.

—No, no, entendámonos —respondió Montecristo—. Yo no he lanzado a nadie, y a Cavalcanti menos que a cualquiera.

—¿Y que va a casarse con la señorita Danglars en mi lugar? Y que —continuó Alberto tratando de sonreír—, como puede imaginarse, mi querido Beauchamp, me afecta cruelmente.

—¡Cómo! ¿Cavalcanti se casa con la señorita Danglars? —preguntó Beauchamp.

—¡Ah, vaya! Pero usted viene del fin del mundo —dijo Montecristo—. Usted, un periodista, el marido de la Fama. Todo París habla de eso.

—¿Y ha sido usted, conde, quien ha preparado ese matrimonio? —preguntó Beauchamp.

—¿Yo? ¡Oh, silencio, señor noticiero! No diga semejante cosa. Yo, Dios me libre. ¿Preparar un matrimonio? No, usted no me conoce; yo, por el contrario, me he opuesto con todas mis fuerzas, y me negué a hacer la petición.

—¡Ah, comprendo! —dijo Beauchamp—. ¿A causa de nuestro amigo Alberto?

—A causa de mí —dijo el joven—. ¡Oh, no! Por vida de... El conde me hará justicia al atestiguar que siempre le he rogado, por el contrario, que rompiese mi proyecto, roto felizmente. El conde pretende que no es a él a quien debo agradecerse; bien, elevaré, como los antiguos, un altar al *Deo ignoto*.

—Escuche —dijo Montecristo—, es tan poco lo que he hecho que estoy casi reñido con el suegro y el joven. Sólo la señorita Eugenia, la cual no tiene vocación para el matrimonio, viendo hasta que punto estaba dispuesto a hacer que no renunciase a su querida libertad, me conserva algún afecto.

—¿Y dice que ese matrimonio está a punto de celebrarse?

—¡Oh, Dios mío! Sí, a pesar de todo lo que he podido decir. Yo no conozco al joven, se le pretende rico y de buena familia, pero para mí esas cosas sólo son simples rumores. He repetido hasta la saciedad al señor Danglars todo eso; pero él sigue firme en su idea. Incluso he llegado a comunicarle una circunstancia que para mí es muy grave: el joven cambió de nodriza, raptado por unos gitanos o extraviado por su protector, no sé bien. Pero lo que sé, es que su padre lo perdió de vista hace más de diez años; y lo que haya podido hacer durante ese tiempo de vida errante, sólo Dios lo sabe. Pues bien, ni con ésas. Me encargaron que escribiese al mayor para pedirle los papeles, y aquí están los papeles. Yo se los envió pero como Pilatos, lavándome las manos.

—¿Y la señorita de Armilly —preguntó Beauchamp—, qué cara le pone por quitarle su alumna?

—¡Diantre! No lo sé muy bien; pero me parece que se marcha a Italia. La señora Danglars me ha hablado de ella y me pidió cartas de recomendación para los empresarios; le he dado unas letras para el director del teatro Valle, que me debe algunos favores. ¿Pero, qué tiene usted, Alberto? Parece muy triste. A ver si ahora resulta que en el fondo está enamorado de la señorita Danglars.

—No, que yo sepa —dijo Alberto sonriendo tristemente.

Beauchamp se puso a contemplar los cuadros.

—Pero, en fin —continuó Montecristo—, no se encuentra usted como de costumbre. Veamos, ¿qué tiene? Dígalo.

—Tengo jaqueca —respondió Alberto.

—Pues bien, mi querido vizconde —dijo Montecristo—, en ese caso tengo un remedio infalible que proponerle, remedio que me ha resultado estupendo cada vez que he tenido alguna contrariedad.

—¿Cuál? —preguntó el joven.

—El desplazamiento.

—¿De veras? —dijo Alberto.

—Sí; y fíjese, como en este momento estoy excesivamente contrariado me marchó. ¿Quiere usted que nos vayamos juntos?

—¡Usted contrariado, conde! —dijo Beauchamp—. ¿Y por qué?

—¡Pardiez! Usted habla con mucha tranquilidad, pero quisiera verle con una instrucción persiguiéndole por su casa.

—¿Una instrucción? ¿Qué instrucción?

—¡Eh! La que el señor de Villefort realiza contra mi amable asesino, una especie de bribón escapado de presidio, según parece.

—¡Ah! Es cierto —dijo Beauchamp—. Leí eso en los diarios. ¿Quién era ese Caderousse?

—Al parecer era un provenzal. El señor de Villefort oyó hablar de él cuando estaba en Marsella, y el señor Danglars se acuerda de haberlo visto. Por lo cual el señor procurador del rey se toma el asunto a pecho, y ha interesado, por lo que parece, vivamente al prefecto de policía, y gracias a ese interés, al que yo no estoy menos reconocido, se me envía aquí desde hace quince días a todos los bandidos que se pueden procurar en París y sus alrededores, bajo el pretexto de que son los asesinos del señor Caderousse. De lo cual se deduce que, en tres meses, si esto continúa así, no habrá un ladrón ni un asesino en este reino de Francia que no se conozca el plano de mi casa con la punta de los dedos; así, pues, he tomado la decisión de abandonar todo e irme tan lejos como pueda llevarme la tierra. Venga conmigo, vizconde, le llevo.

—Gustoso.

—Entonces, ¿convenido?

—Sí, pero, ¿adónde?

—Ya se lo he dicho, donde el aire es puro, donde el ruido adormece, y donde, por orgulloso que uno sea, se siente uno humilde y

se encuentra uno pequeño. Yo amo este empequeñecimiento, yo, a quien llaman el dueño del Universo, como a Augusto.

—Pero, ¿adónde va usted?

—Al mar, vizconde, al mar. Soy un marino, ya lo ve; desde pequeño fui acunado en los brazos del viejo océano y en el seno de la bella Anfitrite. He jugado con el manto verde de uno y la falda azulada de la otra; amo al mar como se ama a una querida, y cuando hace tiempo que no lo he visto, me aburro sin él.

—¡Vamos, conde, vamos!

—¿Al mar?

—Sí.

—¿Acepta usted?

—Acepto.

—Pues bien, vizconde, esta tarde estará en mi patio una *briska* de viaje, en la cual puede uno tenderse como en una cama; esta *briska* tendrá enganchados cuatro caballos de postas. Señor Beauchamp, cabemos cuatro fácilmente. ¿Quiere usted venir con nosotros? Le llevo.

—Gracias, yo vengo del mar.

—¡Cómo! ¿Viene usted del mar?

—Sí, o algo por el estilo. Acabo de hacer un viaje a las islas Borrómeo.

—¡Qué importa! Venga —dijo Alberto.

—No, mi querido Morcerf; debe comprender que desde el momento en que lo rechazo es que me resulta imposible. Además —añadió bajando la voz—, es importante que permanezca en París, aunque no sea más que para vigilar el correo del periódico.

—¡Ah! Es usted un excelente y buen amigo —dijo Alberto—. Sí, tiene razón; vigile, Beauchamp, y trate de descubrir al enemigo que hizo tal revelación.

Alberto y Beauchamp se despidieron y se separaron. Su último apretón de manos encerraba todos los sentimientos que sus labios no podían expresar delante de un extraño.

—¡Excelente muchacho ese Beauchamp! —dijo Montecristo tras la marcha del periodista—. ¿No es cierto, Alberto?

—¡Oh, sí! Un hombre estupendo, se lo aseguro; yo lo quiero con toda mi alma. Pero, ahora que nos encontramos solos, y aunque la cosa me dé lo mismo, ¿adónde vamos?

—A Normandía, si usted quiere.

—Estupendo. Estaremos enteramente en el campo, ¿no es así? Sin sociedad, sin vecinos...

—Solos frente a frente con los caballos para correr, los perros para cazar y una barca para pescar, nada más.

—Es cuanto necesito. Voy a prevenir a mi madre y me pongo a sus órdenes.

—Pero —dijo Montecristo—, ¿se lo permitirán?

—¿El qué?

—Venir a Normandía.

—¿A mí? ¿Acaso no soy libre?

—De ir a donde usted quiere, solo, sí, puesto que le encontré escapado por Italia.

—¿Entonces?

—Pero a ir con el hombre que llaman el conde de Montecristo...

—Usted tiene poca memoria, conde.

—¿Cómo es eso?

—¿No le he explicado ya toda la simpatía que mi madre le profesa?

—Las mujeres cambian con frecuencia, dijo Francisco I; la mujer es la onda, dijo Shakespeare: uno era un gran rey y el otro un poeta, y ambos debían conocer a la mujer.

—Sí, la mujer; pero mi madre no es la mujer, sino una mujer.

—¿Permite a un pobre extranjero no entender perfectamente las sutilezas de su lengua?

—Quiero decir que mi madre es avara de sus sentimientos, pero cuando los concede una vez, es para siempre.

—¡Ah! Ciertamente —dijo suspirando Montecristo—. ¿Así que usted cree que ella me hace el honor de concederme otro sentimiento que no sea la más perfecta indiferencia?

—Escuche, ya le he dicho y se lo repito —replicó Morcerf—, que se debe a que usted es un hombre muy extraño y superior.

—¡Oh!

—Sí, porque mi madre se ha dejado prender, no diré por la curiosidad, sino por el interés que usted inspira. Cuando estamos solos, no hacemos más que hablar de usted.

—¿Y ella no le ha dicho que desconfíe de este Manfredo?

—Al contrario, me dijo: «Morcerf, creo que el conde es noble y generoso; trata de que te quiera».

Montecristo volvió los ojos y lanzó un suspiro.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo.

—De modo que ya comprenderá —continuó Alberto—, que en vez de oponerse a mi viaje, lo aprobará de todo corazón, pues entra en las recomendaciones que me hace todos los días.

—Id, pues —dijo Montecristo—, y hasta esta tarde. Esté aquí a las cinco; llegaremos allá a medianoche o a la una.

—¿Cómo! ¿A Treport?

—A Treport o sus inmediaciones.

—¿Y sólo necesita ocho horas para hacer cuarenta y ocho leguas?

—Y aún son muchas —dijo Montecristo.

—Decididamente usted es el hombre de los prodigios; llegará, no sólo a sobrepasar a los ferrocarriles, cosa que es difícil en Francia, sino a ir más rápido que el telégrafo.

—Mientras tanto, vizconde, como nos hacen falta siete u ocho horas para llegar allá, sea puntual.

—Esté tranquilo, no tengo otra cosa que hacer más que preparar mi viaje.

—Hasta las cinco, pues.

—A las cinco.

Alberto salió. Montecristo, tras haberle sonreído y hecho un gesto con la cabeza, se quedó un instante pensativo y como absorto en una profunda reflexión. Al fin, pasó la mano por su frente, como para apartar una ensoñación, se acercó al timbre y llamó dos veces.

A la llamada de dos golpes dados por Montecristo en el timbre, apareció Bertuccio.

—Maese Bertuccio —le dijo—, no será mañana, ni pasado mañana, como había pensado en un principio, será esta misma tarde cuando parta para Normandía; de aquí a las cinco tenemos tiempo de sobra. Prevenga a los palafreneros del primer relevo. El señor de Morcerf me acompaña. ¡Marche!

Bertuccio obedeció y un postillón corrió a Pontoise para advertir que la silla de postas pasaría a las seis en punto. El palafrenero de Pontoise pasó el aviso al relevo siguiente, que envió a su vez otro; y, seis horas después, todos los relevos distribuidos en el camino estaban prevenidos.

Antes de partir, el conde subió junto a Haydée, le anunció su marcha, le dijo el lugar adonde iba, y puso toda su casa a sus ordenes.

Alberto fue puntual. El viaje, sombrío en un principio se animó en seguida a causa del efecto físico de la rapidez. Morcerf no tenía idea de semejante velocidad.

—En efecto —dijo Montecristo—, con sus postas que hacen dos leguas por hora, con esa idea estúpida que prohíbe a un viajero adelantar a otro sin pedirle permiso, y que hace que un viajero enfermo o majadero tenga el derecho de encadenar tras de sí a los viajeros alegres y bien dotados, no hay locomoción posible. Yo evito esos inconvenientes viajando con mi propio postillón y mis propios caballos, ¿no es así, Alí?

Y el conde, asomando la cabeza por la ventanilla, lanzó un pequeño grito de excitación que dio alas a los caballos; ya no corrían sino volaban. El coche rodaba como una tormenta sobre aquel pavimento real, y todos se volvían para ver pasar a aquel meteoro. Alí, repetía aquel grito, sonreía mostrando sus dientes blancos, y llevando apretadas las riendas excitaba a los caballos, cuyas bellas crines flotaban al viento; Alí, el hijo del desierto, se encontraba en su elemento, y con su rostro negro, sus ojos ardientes y su albornoz blanco, parecía, en medio de la polvareda que levantaba, el genio del simun y el dios del huracán.

—He aquí —dijo Morcerf—, una voluptuosidad que no conocía.

Y las últimas nubes de tristeza de su frente se disiparon como el aire que corría llevándose las nubes consigo.

—Pero, ¿dónde diablos encuentra usted semejantes caballos? —preguntó Alberto—. ¿Los hace expresamente?

—Justamente —dijo el conde—. Hace seis años encontré en Hungría un famoso garañón, célebre por su velocidad; lo compré, no sé por cuánto, pues Bertuccio es quien paga. En el mismo año tuvo treinta y dos hijos; vamos a pasar revista a toda esta progenitura; todos son iguales, negros, sin una sola mancha, excepto una estrella en la frente, porque tuve el privilegio de escoger yeguas excelentes, como los pachás escogen sus favoritas.

—¡Es admirable...! Pero, dígame, conde, ¿qué hace usted con todos esos caballos?

—Ya lo ve usted, viajo con ellos.

—Pero, ¿no viajará siempre?

—Cuando ya no los necesite, Bertuccio los venderá, y pretende que ganará treinta o cuarenta mil francos con ellos.

—Pero no habrá rey en Europa lo bastante rico para comprárselos.

—Entonces, se los venderá a algún visir de Oriente, que vaciará su tesoro para pagarlos y lo volverá a llenar administrando bastonadas en las plantas de los pies.

—Conde, ¿quiere que le comunique un pensamiento que se me ha ocurrido?

—Hágalo.

—Que después de usted, el señor Bertuccio debe ser el más rico mortal de Europa.

—Pues bien, se engaña, vizconde. Estoy seguro de que si volviese los bolsillos de Bertuccio no encontraría ni diez sueldos.

—¿Y por qué? —preguntó el joven—. ¿Acaso es un fenómeno el señor Bertuccio? ¡Ah! Mi querido conde, no me impulse demasiado lejos, o no creeré más en lo maravilloso, se lo advierto.

—Nada de maravilloso conmigo, Alberto; sólo cifras y la razón, eso es todo. Ahora bien, escuche este dilema: un intendente roba, pero por qué roba.

—¡Diantre! Porque está en su naturaleza, me parece —dijo Alberto—. Roba por robar.

—Pues bien, no; se equivoca: roba porque tiene una mujer, hijos, deseos ambiciosos para él y su familia; roba, sobre todo, porque no está seguro de no abandonar nunca a su amo y quiere hacerse un futuro. Pues bien, el señor Bertuccio está solo en el mundo; y maneja mi bolsa sin pasarme cuentas, porque está seguro de no abandonarme.

—¿Y por qué?

—Porque yo no encontraría otro mejor.

—Da usted vueltas en un círculo vicioso; el de las probabilidades.

—¡Oh, no! Estoy en lo cierto. El buen servidor para mí es aquel sobre quien tengo derecho de vida y muerte.

—¿Y usted tiene derecho de vida o muerte sobre el señor Bertuccio? —preguntó Alberto.

—Sí —respondió fríamente el conde.

Hay palabras que cierran la conversación como las puertas de hierro. El sí del conde era una de esas palabras.

El resto del viaje se realizó con la misma rapidez; los treinta y dos caballos, divididos en ocho relevos, hicieron sus cuarenta y ocho leguas en ocho horas.

Se llegó en medio de la noche a la puerta de un hermoso parque. El conserje estaba levantado y mantenía la verja abierta. Había sido prevenido por el palafrenero del último relevo.

Eran las dos y media de la madrugada. Se condujo a Morcerf a su aposento. Encontró un baño y una cena dispuestos. El criado que había hecho el camino en el asiento trasero del coche, estaba a sus órdenes. Bautista, que hizo el camino en el asiento delantero, servía al conde.

Alberto tomó su baño, cenó y se acostó. Toda la noche fue medido por el murmullo melancólico de la marea. Al levantarse fue derecho a la ventana, la abrió y se encontró con una pequeña terraza delante de la cual estaba el mar, es decir la inmensidad; por la parte de atrás había un bonito parque que daba a un bosquecillo.

En una ensenada de cierto tamaño se balanceaba una pequeña corbeta, de carena estrecha, elegante arboladura, y llevando en el casco un pabellón con las armas de Montecristo, armas que representaban una montaña de oro sobre un mar azul, con una cruz de gules en el centro; esto podía ser una alusión a su nombre, recordando el Calvario, que la pasión de Nuestro Señor hizo una montaña más preciosa que el oro, y la cruz infame que su sangre divina hizo santa, aunque también podía ser algún recuerdo personal de sufrimientos y de regeneración hundidos en la noche del pasado de aquel misterioso hombre. Alrededor de la goleta estaban varias barcas pertenecientes a los pescadores del pueblo vecino, y que parecían humildes personas esperando las órdenes de una reina.

Allí, como en todos los lugares en que se detenía Montecristo, aunque no fuese más que para pasar dos días, la vida estaba organizada en su más alto grado; así, pues, instantáneamente todo se volvía comodidad.

Alberto encontró en su antesala dos fusiles y todos los útiles necesarios para un cazador; en una pieza alta, situada en la planta baja, estaban reunidos todos los ingenios que los ingleses, grandes pescadores, porque son pacientes y ociosos, aún no han podido hacer que adopten los rutinarios pescadores de Francia.

Todo el día transcurrió en estos ejercicios, en los cuales, por otro lado, Montecristo destacaba; se mató una docena de faisanes en el parque, se pescaron otras tantas truchas en los riachuelos, se comió en un quiosco que daba sobre el mar, y se sirvió el té en la biblioteca.

En la tarde del tercer día, Alberto, deshecho de cansancio ante aquella vida que parecía ser un juego para Montecristo, dormía junto a la ventana mientras que el conde hacía con su arquitecto el plano de un invernadero que deseaba establecer en la casa, cuando el galopar de un caballo aplastando los guijarros del camino hizo levantar la cabeza al joven; miró por la ventana, y, con una sorpresa de las más desagradables, descubrió en el patio a su ayuda de cámara, al cual no había querido llevar consigo para no embarazar a Montecristo.

—¡Florentino aquí! —exclamó saltando sobre su diván—. ¿Estará mi madre enferma?

Y se precipitó hacia la puerta de la habitación.

Montecristo le siguió con la mirada y le vio abordar al criado quien, aún sofocado, sacó de su bolsillo un paquete oculto. El paquetito contenía un periódico y una carta.

—¿De quién es la carta? —preguntó con viveza Alberto.

—Del señor Beauchamp —respondió Florentino.

—Entonces, ¿es Beauchamp quien la envía?

—Sí, señor. Me hizo ir a su casa, me dio el dinero necesario para mi viaje, me ha hecho venir en un caballo de posta, y me ha hecho prometer que no me detendría hasta reunirme con el señor: he hecho el camino en quince horas.

Alberto abrió la carta estremeciéndose: a las primeras líneas lanzó un grito, y cogió el periódico con un temblor visible.

De pronto sus ojos se oscurecieron, sus piernas parecieron desmoronarse bajo él, y, a punto de caer, se apoyó en Florentino, quien extendió el brazo para sostenerle.

—¡Pobre muchacho! —murmuró Montecristo, tan bajo que ni él pudo oír aquellas palabras de compasión que pronunciaba—. Está escrito que la falta de los padres recaerá sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación.

Entretanto Alberto había recobrado sus fuerzas y continuó leyendo; sacudió sus cabellos sobre su frente bañada en sudor y arrugó la carta y el periódico.

—Florentino —dijo—, ¿su caballo está en condiciones de reemprender el regreso a París?

—Es un mal jaco de posta que está cojo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y cómo estaban en casa cuando salió de allí?

—Bastante tranquilos; pero al regresar de casa del señor Beauchamp, encontré a la señora llorando. Me había llamado para pre-

guntar cuándo volvería el señorito. Entonces le dije que salía a buscaros de parte del señor Beauchamp. Su primer impulso fue extender el brazo para detenerme, pero después de un instante de reflexión me dijo:

«—Sí, vaya, Florentino, y que regrese».

—Sí, madre mía, sí —dijo Alberto—. Regreso, esté tranquila, y desgraciado el infame... Pero, ante todo, es preciso que marche.

Tomó el camino del cuarto en que había dejado a Montecristo.

No era ya el mismo hombre, y cinco minutos habían bastado para operar en Alberto una triste metamorfosis; había salido en su estado habitual y regresaba con la voz alterada, el rostro surcado de un rubor febril, los ojos centelleantes, y el caminar vacilante, como el de un hombre borracho.

—Conde —dijo—, gracias por su grata hospitalidad, que hubiese querido gozar más tiempo, pero es preciso que regrese a París.

—¿Qué ha sucedido?

—Una gran desgracia; pero permítame partir, se trata de una cosa más preciosa que mi vida. No me pregunte, conde, se lo suplico, pero deme un caballo.

—Mis caballerizas están a su disposición, vizconde —dijo Montecristo—, pero va a destrozarse de fatiga corriendo la posta a caballo. Coja una calesa, o un cupé, algún coche.

—No, sería demasiado largo, y además, tengo necesidad de esa fatiga; lo que teme me hará bien.

Alberto dio algunos pasos en torno suyo, como un hombre herido por una bala, y se dejó caer sobre una silla próxima a la puerta.

Montecristo no vio esta segunda debilidad; estaba en la ventana y gritaba:

—¡Alí, un caballo para el señor Morcerf! ¡Que se den prisa! ¡Es urgente!

Estas palabras devolvieron la vida a Alberto, que se abalanzó fuera de la estancia seguido por el conde.

—¡Gracias! —murmuró el joven saltando a la silla—. Regrese usted lo más pronto que pueda, Florentino. ¿Hay alguna orden para que me den caballos?

—Nada más que devolver el que usted monta; le ensillarán otro inmediatamente.

Alberto iba a marcharse cuando se detuvo.

—Tal vez encuentre extraña mi marcha, insensata —dijo el joven—. No comprenderá como unas líneas escritas en un periódico pueden reducir un hombre a la desesperación. Pues bien —añadió dándole el diario—, lea esto, pero sólo cuando haya partido, a fin de que no vea usted mi sonrojo.

Y mientras el conde recogía el periódico, él hundi6 las espuelas, que acababan de poner a sus botas, en los flancos del caballo, que, asombrado de que existiese un caballero que pudiese creer que las necesitaba, parti6 ligero como una flecha.

El conde sigui6 al joven con la mirada llena de compasi6n, y hasta que no hubo desaparecido por completo, no dirigi6 su mirada al peri6dico, en el cual ley6:

«El oficial franc6s al servicio de Al6, pach6 de Janina, de que hablaba hace tres semanas *El Imparcial*, y que no solamente entreg6 los castillos de Janina, sino que incluso vendi6 a su benefactor a los turcos, se llamaba en efecto por aquella 6poca, Fernando, como se6al6 nuestro compa6ero; pero despu6s ha a6adido a su nombre de pila un t6tulo de nobleza y uno de tierra.

»Hoy se llama el se6or conde de Morcerf y forma parte de la C6mara de los Pares».

As6, pues, este secreto terrible que Beauchamp hab6a ocultado con tanta generosidad, reaparec6a como un fantasma armado, y otro peri6dico, cruelmente informado, hab6a publicado al d6a siguiente de la marcha de Alberto para Normand6a, los cuatro renglones que casi volvieron loco al desventurado joven.

El juicio

A las ocho de la mañana Alberto cayó como un rayo en casa de Beauchamp. El ayuda de cámara estaba advertido e introdujo a Morcerf en la habitación de su amo, que acababa de entrar en el baño.

—¿Y bien? —le dijo Alberto.

—Mi pobre amigo —respondió Beauchamp—, te esperaba.

—Ya estoy aquí. No te diré, Beauchamp, que te creo demasiado leal y bueno para haber hablado de esto a cualquiera; no, amigo mío. Además, el mensaje que me has enviado es toda una garantía de tu afecto. Así, pues, no perdamos tiempo en preámbulos. ¿Tienes idea de parte de quién viene el golpe?

—Te diré dos palabras inmediatamente.

—Sí, pero antes, amigo mío, debes contarme en todos sus detalles la historia de esta abominable traición.

Y Beauchamp contó al joven, aplastado por la vergüenza y el dolor, los hechos que vamos a relatar con toda sencillez.

La mañana de la antevíspera, el artículo había aparecido en otro periódico que no era *El Imparcial*, y, lo que daba más gravedad al asunto, es que dicho periódico se conocía como perteneciente al Gobierno. Beauchamp desayunaba cuando descubrió la nota; envió inmediatamente en busca de un cabriolé, y sin acabar su desayuno corrió al periódico. Aunque profesaba sentimientos políticos opuestos a los del gerente del periódico acusador, Beauchamp, lo que sucede a veces con mucha frecuencia, era su amigo íntimo.

Cuando llegó a su casa, el gerente tenía su propio periódico en las manos, y parecía complacerse leyendo un *primer París* sobre el azúcar de remolacha, que, probablemente, sería de su cosecha.

—¡Ah, pardiez! —dijo Beauchamp—. Ya que tiene su periódico, querido mío, no tengo necesidad de decirle lo que me trae por aquí.

—¿Acaso es usted partidario de la caña de azúcar? —preguntó el gerente del diario ministerial.

—No —respondió Beauchamp—, incluso soy extraño al asunto; he venido por otra cosa.

—¿Por qué viene?

—Por el artículo de Morcerf.

—¡Ah! Sí, ciertamente. ¿Verdad que es curioso?

—Tan curioso que se arriesga a la difamación, según creo, y hasta verse complicado en un proceso muy molesto.

—Nada de eso; hemos recibido con la nota todas las piezas que la apoyan, y nos hemos convencido perfectamente de que el señor de Morcerf se quedará muy tranquilo. Además, es un servicio que se rinde a la nación al denunciar a los miserables indignos del honor que se les ha dado.

Beauchamp, se quedó cortado.

—Pero, ¿quién le ha informado tan bien? —preguntó—. Porque mi periódico, que dio la alerta, se ha visto obligado a abstenerse por falta de pruebas, y sin embargo, nosotros estamos más interesados que ustedes en desvelar al señor de Morcerf, puesto que él es par de Francia, y nosotros estamos en la oposición.

—¡Oh, Dios mío! Es bien sencillo. No hemos corrido tras el escándalo, él nos ha salido al encuentro. Ayer nos llegó un hombre de Janina trayéndonos el formidable legajo, y como dudábamos en lanzarnos a tal acusación nos anunció que a nuestra negativa el artículo aparecería en otro periódico. Nadie mejor que usted sabe lo que vale una noticia interesante; por lo tanto, no hemos querido perderla. Ahora el golpe está dado; es terrible y resonará hasta en el último confín de Europa.

Beauchamp comprendió que no tenía más remedio que bajar la cabeza, y salió desesperado para enviar un correo a Morcerf.

Pero lo que no había podido escribir a Alberto, porque las cosas que vamos a contar eran posteriores a la marcha de su correo, es que el mismo día en la Cámara de los Pares se había manifestado y reinaba una gran agitación en los grupos generalmente tranquilos de la alta asamblea. Los pares iban llegando antes de la hora, y hablaban del siniestro acontecimiento que iba a ocupar la atención pública y a fijarla en uno de los miembros más conocidos del ilustre cuerpo.

Se leía el artículo en voz baja, se comentaban y se cambiaban recuerdos que precisaban mejor los hechos. El conde de Morcerf no era

muy querido entre sus colegas. Como todos los advenedizos se había visto obligado, para mantenerse en su rango, a observar un exceso de altivez. Los grandes aristócratas se reían de él; los talentos le repudiaban, y las glorias verdaderas lo despreciaban instintivamente. El conde era en este fatal extremo la víctima expiatoria. Una vez designado por el dedo del Señor para el sacrificio, todos se disponían a gritar alto.

El conde de Morcerf era el único que no sabía nada. No recibía el periódico en que se hallaba la noticia difamatoria, y había pasado la mañana escribiendo cartas y probando un caballo.

Llegó, pues, a su hora acostumbrada, la cabeza alta, la mirada orgullosa, el caminar insolente, descendió del coche, atravesó los pasillos y entró en la sala sin darse cuenta de las vacilaciones de los ujieres y los medio saludos de sus colegas.

Cuando Morcerf entró ya hacía media hora que estaba abierta la sesión.

Como el conde, ignorante, como hemos dicho, de cuanto pasaba, no había cambiado ni su porte ni sus ademanes, éstos parecieron a todos más orgullosos que de costumbre, y su presencia en aquella ocasión pareció tan agresiva a esta asamblea celosa de su honor, que todos vieron una inconveniencia, varios una fanfarronada, y algunos un insulto.

Era evidente que la Cámara entera ardía en deseos de entablar el debate.

Se veía el periódico acusador en las manos de todos; pero como siempre, nadie quería cargar con la responsabilidad del ataque. Al fin, uno de los honorables pares, enemigo declarado del conde de Morcerf, subió a la tribuna con una solemnidad que anunciaba que el momento esperado había llegado.

Se hizo un espantoso silencio; Morcerf era el único que ignoraba la causa de atención tan profunda prestada en aquella ocasión a un orador que no siempre se escuchaba con tanta complacencia.

El conde dejó pasar tranquilamente el preámbulo por el cual el orador anunciaba que iba a hablar de una cosa tan grave, tan sagrada y tan vital para la Cámara, que reclamaba toda la atención de sus colegas.

A las primeras palabras sobre Janina y del coronel Fernando, el conde de Morcerf palideció tan horriblemente que causó el estremecimiento general de la Asamblea, y todas las miradas convergieron sobre él.

La lectura del artículo concluyó en medio del mismo silencio, turbado entonces por un estremecimiento que cesó inmediatamente, al tomar de nuevo la palabra el orador y exponer su escrupulosa acusación y cuán difícil era su posición. Se trataba del honor del señor de Morcerf y el de toda la Cámara, que él pretendía defender provocando un debate que debía atacar aquellas cuestiones personales, siempre tan candentes. Al fin concluyó pidiendo que se abriese una investigación, bastante rápida para confundir la calumnia antes de que tuviese tiempo de agrandarse y para restablecer al señor de Morcerf, vengándola, en la posición que la opinión pública le había dado desde hacía tiempo.

Morcerf estaba tan abatido, tan tembloroso ante aquella inmensa e inesperada calamidad, que apenas pudo balbucir algunas palabras mirando a sus compañeros con ojos extraviados. Esta timidez, que por otra parte lo mismo podía atribuirse al asombro del inocente como a la vergüenza del culpable, le atrajo algunas simpatías. Los hombres verdaderamente generosos siempre están dispuestos a compadecerse de la desgracia de su enemigo cuando ésta sobrepasa a su odio.

El presidente puso la investigación a votación; se votó por asiento y en pie, y quedó decidido que había motivos para celebrarla.

Se preguntó al conde cuánto tiempo necesitaba para preparar su justificación.

Morcerf había recobrado su coraje desde que se sintió vivo aun después de tan horrible golpe.

—Señores Pares —respondió—, no es tomándose tiempo como se rechaza un ataque como el que me dirigen en este momento los enemigos ocultos y que sin duda permanecerán en la sombra de su incógnita; es en el momento, y como un rayo, como hace falta responder a las inculpaciones que hace un instante me fulminaron. ¡Ojalá, en lugar de semejante justificación, me hubiese sido dado derramar mi sangre para probar a mis colegas que soy digno de marchar a su lado!

Estas palabras produjeron una impresión favorable al acusado.

—Pido, pues —dijo— que la encuesta tenga lugar lo antes posible y yo proveeré a la Cámara de todos los documentos necesarios para la eficacia de esta investigación.

—¿Qué día señala usted? —preguntó el presidente.

—Desde hoy me pongo a disposición de la Cámara —respondió el conde.

El presidente agitó la campanilla.

—¿La Cámara—preguntó—, está de acuerdo en que esa investigación tenga lugar hoy mismo?

—Sí —fue la respuesta unánime de la Asamblea.

Se nombró una comisión de doce miembros para examinar las piezas proporcionadas por Morcerf. La hora fijada para la primera sesión de dicha comisión fue las ocho de la tarde en los despachos de la Cámara. Si hacían falta varias sesiones, se celebrarían a la misma hora y en el mismo lugar.

Adoptada esta decisión, Morcerf pidió permiso para retirarse; tenía que recoger los documentos reunidos hacía tiempo para hacer frente a esta tempestad, prevista por su cauteloso e indomable carácter.

Beauchamp contó al joven todo lo que acabamos de relatar; sólo que su relato tuvo sobre el nuestro la ventaja de la animación de las cosas vivas sobre la frialdad de las muertas.

Alberto le escuchaba temblando, tan pronto de esperanza, tan pronto de cólera y a veces de vergüenza; por la confianza de Beauchamp pudo conocer la culpabilidad de su padre, y ahora se preguntaba cómo, siendo culpable, podría llegar a probar su inocencia.

Llegado al punto en que estamos, Beauchamp se detuvo.

—¿Y qué más? —preguntó Alberto.

—¿Qué más? —repitió Beauchamp.

—Sí.

—Amigo mío, eso me arrastra a un terrible compromiso. ¿Quieres saber la continuación?

—Es absolutamente preciso que la sepa, amigo mío, y prefiero conocerla de tus labios que a través de otro.

—Pues bien —prosiguió Beauchamp—, dispón tu ánimo, Alberto; nunca lo necesitarás tanto como ahora.

Alberto se pasó una mano por la frente para asegurarse su propia fuerza, como un hombre que se prepara para defender su vida prueba su coraza y la hoja de su espada.

Se sintió fuerte, porque tomó su fiebre por energía.

—¡Continúa! —dijo.

—Llegó la tarde —prosiguió Beauchamp—. Todo París estaba esperando el acontecimiento. Muchos pretendían que vuestro padre no tenía más que presentarse para aplastar la acusación; otros también decían que no se presentaría; los había que aseguraban ha-

berlos visto marcharse a Bruselas, y algunos fueron a la policía para saber si era cierto, como se decía, que el conde había cogido sus pasaportes.

»Te confesaré que hice como todo el mundo —continuó Beauchamp— para obtener de uno de los miembros de la comisión, joven par, amigo mío, que me introdujese en una especie de tribuna. A las siete vino a recogerme, y, antes de que nadie llegase, me recomendó a un ujier que me encerró en una especie de palco. Estaba escondido tras una columna y perdido en medio de una oscuridad completa; así esperaba ver y oír desde el principio hasta el fin la terrible escena que iba a desarrollarse.

»A las ocho en punto había llegado todo el mundo.

»El señor de Morcerf entró dando la última campanada de las ocho. Llevaba en las manos algunos papeles y su aspecto parecía tranquilo; contra su costumbre, su caminar era sencillo, y su porte rebuscado y severo; según la costumbre de los antiguos militares, llevaba su uniforme abotonado de arriba abajo.

»Su presencia produjo el mejor efecto: la comisión estaba lejos de serle desfavorable, y varios de sus miembros se acercaron al conde y le estrecharon la mano.

Alberto sintió que su corazón se destrozaba ante aquellos detalles, y, sin embargo, en medio de su dolor se deslizaba un sentimiento de reconocimiento. Hubiese querido abrazar a aquellos hombres que habían dado a su padre aquella muestra de estima en un momento de tan grave embarazo para su honor.

—En aquel momento un ujier entró y entregó una carta al presidente.

»—Tiene usted la palabra, señor Morcerf —dijo el presidente mientras abría la carta.

»El conde empezó su apología, y te aseguro, Alberto —continuó Beauchamp— que fue de una elocuencia y una habilidad extraordinaria. Presentó pruebas que probaban que el visir de Janina le había, hasta el último momento, honrado con toda su confianza, puesto que le había encargado de una negociación de vida y muerte con el emperador. Enseñó el anillo, signo de mando, y con el cual Alí Pachá sellaba corrientemente sus cartas, y que éste le había dado para que a su regreso, a cualquier hora del día o la noche que fuese, aunque estuviese en su harén, llegara hasta él. Desgraciadamente, dijo, su negociación falló, y cuando regresó para defender a

su bienhechor ya estaba muerto. Pero, dijo el conde, al morir, Alí Pachá, tan grande era su confianza, le había confiado a su querida favorita y a su hija.

Alberto se estremeció ante estas palabras, porque a medida que Beauchamp hablaba, iba recordando todo el relato de Haydée, y se acordaba de lo que la bella griega había dicho sobre el mensaje, el anillo y la manera en que fue vendida y conducida a la esclavitud.

—¿Cuál fue el efecto del discurso del conde? —preguntó con ansiedad Alberto.

—Confieso que me emocionó, y que al mismo tiempo que a mí, conmovió a toda la comisión —dijo Beauchamp.

»Sin embargo el presidente echó una mirada negligente sobre la carta que acababan de llevarle; pero a las primeras líneas se despertó su curiosidad; la leyó, la releyó una vez más, y posando la vista en el señor de Morcerf.

»—Señor conde —le dijo—, acaba usted de decir que el visir de Janina le confió a su mujer y a su hija.

»—Sí, señor —respondió Morcerf—, pero en eso como en lo demás, me persiguió la desgracia. A mi regreso, Vasiliki y su hija Haydée habían desaparecido.

»—¿Las conocía usted?

»—Mi intimidad con el pachá y la suprema confianza que tenía en mi fidelidad me habían permitido verlas más de veinte veces.

»—¿Tiene usted alguna idea de lo que ha sido de ellas?

»—Sí, señor. Oí decir que habían sucumbido a su tristeza y, tal vez a su miseria. Yo no era rico, mi vida corría grandes peligros y no pude ponerme a buscarlas con gran sentimiento por mi parte.

»El presidente frunció las cejas imperceptiblemente.

»—Señores —dijo—, han oído y seguido al señor conde de Morcerf en sus explicaciones. Señor conde, ¿puede usted, en apoyo de ese relato que acaba de hacernos, presentarnos algún testigo?

»—¡Ay! No, señor —respondió el conde—. Todos los que rodeaban al visir y que me han conocido en su corte o están muertos o se dispersaron; solamente yo, según creo, sólo yo entre mis compatriotas, he sobrevivido a esta espantosa guerra. No tengo más que las cartas de Alí Tebelín, y las he presentado; tengo el anillo, prenda de su voluntad, y aquí está; y en fin, la prueba más convincente que puedo suministrar contra este ataque anónimo, es la ausencia de todo testigo contra mi palabra de hombre honrado y la pureza de toda mi carrera militar.

»Un murmullo de aprobación circuló por la Asamblea; en aquel momento, Alberto, y si no hubiese sobrevenido un incidente, la causa de vuestro padre estaba ganada.

»No faltaba más que ponerla a votación, cuando el presidente tomó la palabra.

»—Señores —dijo—, y usted, señor conde, supongo que no se molestarán si oímos a un testigo muy importante, según asegura, y que acaba de ofrecerse personalmente. Este testigo, no lo dudamos después de lo que acaba de manifestarnos el conde, está llamado a probarnos la total inocencia de nuestro colega. He aquí la carta que acabo de recibir a este respecto. ¿Desean ustedes que sea leída, o deciden que pasemos a otra cosa y no detenernos en este incidente?

»El señor de Morcerf palideció y crispó sus manos sobre los papeles que sostenían, y que crujieron entre sus dedos.

»La respuesta de la comisión acordó la lectura; en cuanto al conde, estaba pensativo y nada dijo.

»El presidente, por consiguiente, leyó esta carta:

»Señor presidente:

»Puedo ofrecer a la comisión investigadora, encargada de examinar la conducta en Epiro y en Macedonia del teniente general conde de Morcerf, los informes más valiosos.

»El presidente hizo una breve pausa.

»El conde de Morcerf palideció; el presidente interrogó a los auditores con la mirada.

»—¡Continúe! —exclamaron de todas partes.

»El presidente prosiguió:

»Estaba en aquellos lugares a la muerte de Alí Pachá; asistí a sus últimos momentos; sé lo que fue de Vasiliki y Haydée; y me encuentro a disposición de la comisión, e incluso reclamo el honor de que me oigan. Estaré en el vestíbulo de la Cámara en el momento en que le entreguen esta nota.

»—¿Y quién es ese testigo, o más bien ese enemigo? —preguntó el conde con voz en la que se apreciaba una profunda alteración.

»—Ahora lo sabremos, señor —respondió el presidente—. ¿La comisión está de acuerdo en que se oiga a este testigo?

»—Sí, sí —dijeron al mismo tiempo todas las voces.

»Se llamó al ujier.

»—Ujier —preguntó el presidente—, ¿hay alguien que espera en el vestíbulo?

»—Sí, señor presidente.

»—¿Quién es esa persona?

»—Una mujer acompañada de un criado.

»Todos se miraron.

»—Haga entrar a esa mujer —dijo el presidente.

»Cinco minutos después, el ujier reapareció; todas las miradas se posaron en la puerta, y yo mismo participé del interés y la ansiedad general.

»Detrás del ujier caminaba una mujer envuelta en un gran velo que la ocultaba por completo. Se adivinaba fácilmente, por las formas que no ocultaba el velo y el perfume que exhalaba, que era una mujer joven y elegante.

»El presidente rogó a la desconocida que se desvelase y entonces se pudo ver que la mujer estaba vestida a estilo griego, y además era de una suprema belleza.

—¡Ah! —exclamó Morcerf—. Era ella.

—¿Cómo ella?

—Sí, Haydée.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Ay! Lo he adivinado. Pero, continúa, Beauchamp, te lo ruego. Ya ves que estoy tranquilo y animoso. Y sin embargo, debemos aproximarnos al desenlace.

—El señor de Morcerf —continuó Beauchamp— miraba a aquella mujer con una sorpresa mezclada de espanto. Para él era la vida o la muerte lo que iba a salir de aquella encantadora boca; para los demás, una simple aventura, tan extraña y llena de curiosidad que la vida o la pérdida del señor de Morcerf ya no quedaba más que como un acontecimiento secundario.

»El presidente ofreció con la mano un asiento a la joven; pero ella indicó con la cabeza que permanecería de pie. En cuanto al conde, había caído sobre su butaca y era evidente que sus piernas se negaban a sostenerle.

»—Señora —dijo el presidente—, ha escrito usted a la comisión para darle informes acerca del asunto de Janina, y afirmó que usted había sido testigo ocular de los acontecimientos.

»—Lo fui, efectivamente —respondió la desconocida con una voz llena de una encantadora tristeza, y con esa peculiaridad sonora de las voces orientales.

»—No obstante —replicó el presidente—, permítame decirle que usted era muy joven entonces.

»—Tenía cuatro años; pero como los acontecimientos tenían para mí una suprema importancia, ni un solo detalle se escapó a mi ánimo, ni una particularidad abandonó mi memoria.

»—Pero, ¿qué importancia tenían para usted estos acontecimientos, y quién es usted para que esta gran catástrofe haya producido en usted tan profunda impresión?

»—Se trataba de la vida o de la muerte de mi padre —respondió la muchacha—, y yo me llamo Haydée, hija de Alí Tebelín, pachá de Janina, y de Vasiliki, su mujer bienamada.

»Un rubor modesto y orgulloso a la vez, encendió las mejillas de la mujer; el fuego de su mirada y la majestad de su revelación, produjeron en la asamblea un efecto inexplicable.

»En cuanto al conde, no hubiese quedado más anonadado si un rayo hubiera caído a sus pies abriendo un abismo.

»—Señora —replicó el presidente después de inclinarse con respeto—, permítame una pregunta sencilla, que no es ninguna duda, y esta pregunta será la última: ¿Puede justificar la autenticidad de lo que acaba de decir?

»—Lo puedo, señor —dijo Haydée sacando de debajo de su velo una bolsita de satén perfumado—, porque aquí está el acta de mi nacimiento, redactada por mi padre y firmada por los principales dignatarios; porque aquí, con el acta de nacimiento, está la de bautismo, pues mi padre consintió en que fuese educada en la religión de mi madre, acta que el gran primado de Macedonia y Epirio autorizó con su sello; y aquí, en fin, y esto es lo más importante, sin duda, está el acta de la venta que se hizo de mi persona y de la de mi madre al comerciante armenio El Kobbir, por el oficial franco quien, en su infame acuerdo con la Puerta, se había reservado con su parte de botín, a la hija y a la mujer de su bienhechor, a quienes vendió por la suma de mil bolsas, es decir por cuatrocientos mil francos aproximadamente.

»Una palidez verdosa invadió las mejillas del conde de Morcerf, y sus ojos se inyectaron de sangre ante el anuncio de estas terribles acusaciones que fueron acogidas por la Asamblea con un lúgubre silencio.

»Haydée, siempre tranquila, pero más amenazadora en su calma que otra en su cólera, alargó al presidente el acta de venta redactado en lengua árabe.

»Como se había pensado que algunos de los documentos estarían redactados en árabe, en romaico o en turco, se había avisado al intérprete de la Cámara; se le llamó. Uno de los nobles Pares, a quien le era familiar la lengua árabe por su campaña en Egipto, siguió con la vista puesta en el acta la lectura que el traductor hizo en voz alta:

»Yo, El Kobbir, mercader de esclavos y proveedor del harén de S.A., reconozco haber recibido para entregar al sublime emperador, del señor conde de Montecristo, una esmeralda valorada en dos mil bolsas, como precio por una joven esclava cristiana de once años de edad, de nombre Haydée, e hija reconocida del difunto señor Alí Tebelín, pachá de Janina, y de Vasiliki, su favorita; la cual me fue vendida hace siete años, con su madre, muerta al llegar a Constantinopla, por un coronel franco al servicio del visir Alí Tebelín, llamado Fernando Mondego.

»La susodicha venta me ha sido hecha por cuenta de S.A., de quien tengo la orden, mediante la suma de mil bolsas.

»Hecho en Constantinopla, con la autorización de S.A., el año 1274 de la Hégira.

Firmado: El Kobbir.

»La presente acta, para darle toda fe, crédito y autenticidad, será revestida con el sello imperial, que el vendedor se obliga a hacer sellar.

»Junto a la firma del mercader se veía, en efecto, el sello del sublime emperador.

»A esta lectura y a la vista de esto, sucedió un silencio terrible; el conde no hacía más que mirar a Haydée, a pesar suyo, y su mirada parecía de fuego y sangre.

»—Señora —dijo el presidente—, ¿se puede preguntar al conde de Montecristo, el cual está en París con usted, según creo?

»—Señor —respondió Haydée—, el conde de Montecristo, mi nuevo padre, está en Normandía desde hace tres días.

»—Pero, entonces, señora —dijo el presidente—, ¿quién le ha aconsejado dar este paso, el cual la corte le agradece y que por otra parte es muy natural, dado su nacimiento y sus desgracias?

»—Señor —respondió Haydée—, esta gestión me fue aconsejada por mi respeto y por mi dolor. Aunque cristiana, que Dios me perdone, pero siempre he soñado con vengar a mi ilustre padre. Ahora bien, cuando puse los pies en Francia, cuando supe que el traidor vivía en París mis ojos y oídos han permanecido constantemente abiertos. Vivo retirada en la casa de mi noble protector, pero también vivo así porque amo la sombra y el silencio que me permiten rememorar mis pensamientos y mis recuerdos. Pero el señor conde de Montecristo me rodea de cuidados paternales, y nada de lo que constituye la vida mundana me es desconocido; sólo que no acepto más que su ruido lejano. Así, pues, leo todos los periódicos, como me envían todos los libros y recibo todas las melodías; y siguiendo esto he sabido lo que pasó esta mañana en la Cámara de los Pares, y lo que debía suceder esta tarde... Entonces, le escribí.

»—Así, pues —interrogó el presidente—, ¿el señor conde de Montecristo no tiene nada que ver en su decisión?

»—Lo ignora totalmente, señor, e incluso no tengo más que un temor; que desaprobe lo que he hecho cuando lo sepa. No obstante, es un hermoso día para mí —continuó la joven levantando la mirada al cielo—, porque al fin encuentro la ocasión de vengar a mi padre.

»Durante todo este tiempo el conde no había pronunciado ni una sola palabra; sus colegas le miraban y sin duda lamentaban este destino destruido por el soplo perfumado de una mujer; su desgracia se escribía poco a poco con caracteres siniestros en su rostro.

»—Señor de Morcerf —dijo el presidente—, ¿reconoce usted a la señora como la hija de Alí Tebelín, pachá de Janina?

»—No —respondió Morcerf haciendo un esfuerzo para levantarse—. Y es una trampa urdida por mis enemigos.

»Haydée, que tenía puestos sus ojos en la puerta, como si esperase a alguien, se volvió bruscamente y, encontrándose al conde en pie, lanzó un terrible grito.

»—Tú no me reconoces —dijo ella—, pues bien, yo, afortunadamente, sí te reconozco. ¡Tú eres Fernando Mondego, el oficial franco que instruía las tropas de mi noble padre! ¡Tú fuiste quien entregó los castillos de Janina! ¡Tú quien, enviado a Constantinopla para tratar directamente con el emperador de la vida o la muerte de tu bienhechor, aportaste un falso documento que concedía gracia total! ¡Tú quien con dicha orden obtuviste la sortija del pachá, a la que

debía obedecer Selim, el guardián del fuego! ¡Tú quien apuñaló a Selim! ¡Y tú quien nos vendió, a mi madre y a mí, al mercader El Kobbir! ¡Asesino, asesino, asesino! ¡Aún tienes en la frente sangre de tu amo! ¡Mírenle!

»Estas palabras habían sido pronunciadas con tal entusiasmo y veracidad que todas las miradas se volvieron hacia la frente del conde, quien a su vez, se llevó la mano a ella como si hubiera sentido la tibia sangre de Alí.

»—¿Reconoce usted, positivamente, al señor de Morcerf como el mismo oficial Fernando Mondego?

»—Sí, le reconozco —exclamó Haydée—. ¡Oh, madre mía! Me dijiste: “Tú eres libre, tienes un padre que amas, estás destinada a ser casi reina. Mira bien a este hombre, él te hizo esclava, él levantó en lo alto de una pica la cabeza de tu padre, él nos ha vendido, él nos ha entregado. Mira bien su mano derecha, la que tiene una ancha cicatriz; si olvidas su rostro, lo reconocerás por esa mano en que han caído una a una las piezas de oro del mercader El Kobbir”. Sí lo reconozco. ¡Oh! Que ahora diga si no me reconoce.

»Cada palabra caía como una cuchilla sobre Morcerf y cortaba una parte de su energía; a las últimas palabras, ocultó con viveza su mano mutilada por efecto de una herida, en su pecho, y cayó sobre su silla, abismado bajo el peso de la desesperación.

»Esta escena alteró los espíritus de toda la Asamblea, como se ven arremolinarse las hojas desprendidas del tronco bajo el potente viento del norte.

»—Señor conde de Morcerf —dijo el presidente—, no se deje abatir y responda. La justicia de la corte es suprema e igual para todos como la de Dios; ella no dejará que le aplasten sus enemigos sin darle los medios para combatirlos. ¿Quiere una nueva investigación? ¿Desea usted que ordene el viaje de dos miembros de la Cámara a Janina? ¡Hable!

»Morcerf no respondió nada.

»Entonces todos los miembros de la comisión se miraron con una especie de terror. Se conocía el carácter enérgico y violento del conde. Se necesitaba una terrible postración para aniquilar la defensa de aquel hombre; había que pensar, en fin, que a aquel silencio, que parecía un sueño, sucedería un despertar semejante al de un rayo.

»—¿Y bien? —le preguntó el presidente—. ¿Qué decide?

»—Nada —dijo el conde con voz sorda mientras se levantaba.

»—La hija de Alí Tebelín —dijo el presidente—. ¿Ha declarado, por tanto, la verdad? ¿Es, realmente, el testigo terrible ante cuya llegada el culpable no se atreve a decir no? ¿Ha hecho usted, verdaderamente, todas esas cosas de que se le acusa?

»El conde echó en torno suyo una mirada cuya expresión desesperada hubiese conmovido a los tigres, pero que no podía desarmar a los jueces; después levantó los ojos hacia la bóveda, pero en seguida los apartó como si temiese que, abriéndose, dejase resplandecer ese segundo tribunal que se llama cielo y en el que hay otro juez llamado Dios.

»Entonces, con un brusco movimiento, se arrancó los botones de aquel uniforme cerrado que le ahogaba, y salió de la sala como un preso. Por un instante resonó su lúgubre paso bajo la bóveda sonora, luego, inmediatamente, el rodar del coche que lo llevaba a galope retumbó en el pórtico del edificio florentino.

»—Señores —dijo el presidente cuando se hubo restablecido el silencio—, ¿el señor conde de Morcerf es convicto de felonía, traición e indignidad?

»—Sí —respondieron con voz unánime todos los miembros de la comisión investigadora.

»Haydée había asistido hasta el fin de la sesión; oyó pronunciar la sentencia contra el conde sin que uno solo de los rasgos de su rostro experimentase alegría o piedad.

»Entonces, echándose el velo sobre su rostro, saludó majestuosamente a los consejeros, y salió con ese paso con que Virgilio veía caminar a las diosas.

La provocación

—Entonces —continuó Beauchamp—, aproveché el silencio y la oscuridad de la sala para salir sin ser visto. El ujier que me había introducido me esperaba a la puerta. Me condujo a través de los pasillos hasta una puertecita que daba sobre la calle Vaugirard. Salí con el alma destrozada y a la vez contenta, perdóname esta expresión, Alberto: rota, por ti, y contenta por la nobleza de esa muchacha persiguiendo la venganza paterna. Sí, te lo juro, Alberto, de cualquier parte que proceda esta revelación, no puede ser sino de un enemigo, pero este enemigo es un agente de la Providencia.

Alberto ocultaba su rostro entre las manos; levantó su cara, sonrojada de vergüenza y bañada en lágrimas, y cogiendo del brazo a Beauchamp, le dijo:

—Amigo, mi vida ha concluido: sólo me falta, no decir como tú que la Providencia me ha herido, sino buscar al hombre que me persigue con su enemistad; después, cuando lo haya encontrado, matarlo o que me mate. Ahora bien, cuento con tu amistad para ayudarme, Beauchamp, si es que el desprecio no me ha matado en tu corazón.

—¿El desprecio, amigo mío? ¿Y en qué te alcanzará a ti esta desgracia? No, a Dios gracias, ya no nos encontramos en los tiempos en que un injusto prejuicio hacía a los hijos responsables de las acciones de sus padres. Repasa tu vida, Alberto; data de ayer, es cierto, pero jamás la aurora de un bello día fue más pura que tu oriente. No, Alberto, créeme, eres joven, eres rico, abandona Francia: todo se olvida en esta gran Babilonia en donde la existencia es agitada y los gustos cambian. Vendrás dentro de tres o cuatro años, te habrás casado con una princesa rusa, y nadie pensará más en lo que pasó ayer, y con mayor razón en lo pasado hace dieciséis años.

—Gracias, mi querido Beauchamp, gracias por la excelente intención que te dicta esas palabras, pero no puede ser así. Te he indi-

cado mi deseo, y ahora, si es preciso, cambiaré la palabra deseo por la de voluntad. Comprende que como interesado en este asunto, no puedo ver la cosa desde el mismo punto de vista que tú. Lo que a ti te parece venir de un designio celeste, a mí me lo parece de una fuente menos pura. La Providencia me parece, lo confieso, muy extraña en todo esto, y esto, afortunadamente, porque en vez de la invisible e impalpable mensajera de las recompensas y castigos, encontraré un ser palpable y visible del cual me vengaré. ¡Oh, sí! Lo juro, de todo lo que me ha hecho sufrir desde hace un mes. Ahora, te lo repito, Beauchamp, quiero volver a la vida humana y material, y, si aún eres mi amigo como dices, ayúdame a encontrar la mano que dirige este golpe.

—Entonces, sea —dijo Beauchamp—. Y si quieres que yo descienda a la tierra, lo haré; si deseas ponerte a buscar un enemigo, te acompañaré. Y lo encontraré, porque mi honor está casi tan interesado como el tuyo en que lo logremos.

—Bien, entonces, Beauchamp, comprenderás que desde este mismo instante, sin retraso, debemos empezar nuestras averiguaciones. Cada minuto de retraso es una eternidad para mí; el denunciante aún no ha sido castigado y puede que piense que no lo será. Y por mi honor, que si lo espera, se engaña.

—Bien, escúchame, Morcerf.

—¡Ah! Beauchamp, veo que sabes algo. Venga, dímelo pronto.

—No digo que sea realidad, Alberto, pero al menos resulta una luz en las tinieblas; siguiendo esta luz, tal vez podamos llegar al punto deseado.

—¡Dilo! Ya ves que estoy impaciente.

—Pues bien, voy a contarte lo que no quise decirte al regresar de Janina.

—Habla.

—Mira lo que sucedió, Alberto. Yo fui tranquilamente a casa del primer banquero de la ciudad para tomar informes; a la primera palabra que dije sobre el asunto, antes, incluso de nombrar a vuestro padre, me dijo:

«—¡Ah! Muy bien; adivino lo que le trae por aquí.

»—¿Cómo es eso, y por qué?

»—Porque hace unos quince días apenas fui interrogado sobre el mismo asunto.

»—¿Por quién?

»—Por un banquero de París, mi correspondiente.

»—¿Cómo se llama?

»—Señor Danglars.

—¡Él! —exclamó Alberto—. En efecto, tiene que ser él, que hace tiempo persigue a mi pobre padre con su celo odioso; él, el hombre que pretende ser popular y que no perdona al conde de Morcerf el ser par de Francia. Y, mira, ahí está esa ruptura de compromiso sin dar razón alguna. Sí, él es.

—Infórmate, Alberto, pero no te dejes arrastrar por la cólera. Infórmate, te digo, y si es cierto...

—¡Oh! Sí, si la cosa es cierta —exclamó el joven—, me pagará todo lo que me ha hecho sufrir.

—Ten cuidado, Morcerf, ya es un hombre viejo.

—Tendré tantos miramientos con su edad como él los ha tenido con el honor de mi familia. Si quería perder a mi padre, ¿por qué no lo buscó a él? ¡Oh, no! Tuvo miedo de enfrentarse a un hombre.

—Alberto, yo no te condeno, pero sí te contengo; actúa con prudencia, Alberto.

—¡Oh, no tengas miedo! Además, tú me acompañarás, Beauchamp: las cosas solemnes deben tratarse delante de testigos. Antes de que termine el día de hoy, si el señor Danglars es culpable, este señor habrá dejado de existir o yo estaré muerto. Pardiez, Beauchamp, quiero hacer magníficos funerales en mi honor.

—Pues bien, cuando se adoptan semejantes resoluciones, Alberto, hay que ponerlas en ejecución inmediatamente. ¿Quieres ir a casa del señor Danglars? Pues partamos.

Se envió a buscar un cabriolé de alquiler. Al entrar en la villa del banquero encontraron el faetón y el criado de Andrea Cavalcanti a la puerta.

—¡Ah! ¡Diantre! Esto sí que marcha bien —dijo Alberto con voz sombría—. Si el señor Danglars no quiere batirse conmigo, mataré a su yerno. Un Cavalcanti sí que se batirá.

Anunciaron el joven al banquero, quien, al escuchar el nombre de Alberto y sabiendo lo que había sucedido la víspera, le cerró su puerta. Pero ya era demasiado tarde; había seguido al lacayo, oyó la orden dada, forzó la puerta y penetró, seguido de Beauchamp, hasta el despacho del banquero.

—¡Pero, señor! —exclamó éste—. ¿Acaso no soy dueño de recibir en mi casa a quien quiera? Me parece que usted se conduce de manera muy extraña.

—No, señor —dijo fríamente Alberto—. Hay circunstancias, y usted está en una de ellas, en las que, salvo que usted sea un cobarde, y le ofrezco esta excusa, se debe estar en casa, al menos para ciertas personas.

—Entonces, ¿qué quiere usted, señor?

—Quiero —dijo Morcerf aproximándose sin hacer caso de Cavalcanti, que estaba junto a la chimenea—, quiero proponerle una cita en un rincón apartado en el que nadie le moleste durante diez minutos, no le pido más; y en donde, de dos hombres que se encuentran, uno quedará sobre las hojas.

Danglars palideció, Cavalcanti hizo un movimiento, y Alberto se volvió hacia el joven.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. Venga si usted quiere, señor conde, tiene usted derecho, casi es de la familia, y yo doy toda clase de citas a cuantos quieran aceptarlas.

Cavalcanti miró con aire estupefacto a Danglars, el cual hizo un esfuerzo, se levantó y avanzó entre los jóvenes. El ataque de Alberto a Andrea acababa de ponerle en otro terreno, y esperaba que la visita de Alberto tuviera otro motivo diferente al que había supuesto en un principio.

—¡Ah, vaya! Señor —dijo a Alberto—, si viene aquí a buscar querella al señor porque yo lo he preferido a usted, le prevengo que haré de esto un asunto del procurador del rey.

—Se equivoca usted, señor —dijo Morcerf con una sonrisa sombría—. No hablo de matrimonio para nada, y si me he dirigido al señor Cavalcanti ha sido por creer que tenía la intención de intervenir en nuestra discusión. Por lo demás, tiene usted razón: hoy busco querella con todo el mundo; pero esté tranquilo, señor Danglars, usted tiene prioridad.

—Señor —respondió Danglars, pálido de cólera y miedo—, le advierto que cuando tengo la desdicha de encontrar en mi camino un perro rabioso, lo mato, y lejos de crearme culpable pienso que he prestado un buen servicio a la sociedad. Ahora bien, si usted está rabioso y tiende a mordirme, le prevengo que lo mataré sin piedad. ¡Vaya! ¿Es culpa mía el que su padre este deshonorado?

—¡Sí, miserable! —exclamó Morcerf—. ¡Es culpa tuya!

Danglars retrocedió un paso.

—¡Culpa mía! ¿Mía? —dijo—. Pero, ¿usted está loco? ¿Acaso sé yo la historia griega? ¿He viajado yo por esos países? ¿He si-

do yo quien aconsejó a su padre entregar los castillos de Janina?
De traicionar...

—¡Silencio! —dijo Alberto con voz sorda—. No, no ha sido usted quien ha provocado directamente este estallido y causado esta desgracia, pero sí quien lo ha removido hipócritamente.

—¿Yo?

—Sí, usted. ¿De dónde procede la revelación?

—Pues me parece que el periódico lo ha dicho: de Janina, ¡diantre!

—¿Y quién ha escrito a Janina?

—¿A Janina?

—Sí. ¿Quién ha escrito para pedir informes acerca de mi padre?

—Me parece que todo el mundo puede escribir a Janina.

—Sin embargo, sólo una persona ha escrito.

—¿Una sola?

—¡Sí! Y esa persona ha sido usted.

—Yo he escrito, sin duda; me parece que cuando uno casa a su hija con un hombre, pueden pretenderse informaciones sobre ese hombre; no sólo es un derecho, sino un deber.

—Usted ha escrito, señor —dijo Alberto—, sabiendo perfectamente lo que le responderían.

—¿Yo? ¡Ah! Se lo juro —exclamó Danglars con una confianza y una seguridad fijas, más que del miedo, de la compasión que en el fondo sentía por el desventurado joven—. Le juro que jamás se me ocurrió escribir a Janina. ¿Acaso conocía yo la catástrofe de Alí Pachá?

—Entonces, ¿le han impulsado a escribir?

—Ciertamente.

—¿Le han obligado?

—Sí.

—¿Quién ha hecho eso...? Acabe..., dígalo...

—¡Pardiez! Nada más sencillo; hablaba del pasado de su padre, decía que el origen de su fortuna siempre había estado oscuro. Entonces me preguntaron en dónde había hecho su fortuna vuestro padre. Le respondí: «En Grecia». Entonces me dijo: «Pues bien, escriba a Janina».

—¿Y quién le ha dado ese consejo?

—¡Diantre! El conde de Montecristo, su amigo.

—¿El conde de Montecristo le dijo que escribiese a Janina?

—Sí, y escribí. ¿Quiere ver mi correspondencia? Se la enseñaré.

Alberto y Beauchamp se miraron.

—Señor —dijo entonces Beauchamp, que hasta entonces no había dicho nada—, me parece que usted acusa al conde, que está ausente de París, y que no puede justificarse en este momento.

—Yo no acuso a nadie, señor —dijo Danglars—, afirmo, y repetiré delante del señor conde de Montecristo todo lo que acabo de decir ante ustedes.

—¿Y el conde conoce la respuesta que usted recibió?

—Se la enseñé.

—¿Sabía él que el nombre de pila de mi padre era Fernando y que su apellido era Mondego?

—Sí, se lo había dicho hace mucho tiempo; además, en esto he hecho lo que cualquiera en mi lugar, y tal vez mucho menos. Cuando al día siguiente de esa respuesta, su padre, impulsado por el señor de Montecristo, vino a pedirme oficialmente a mi hija, como suele hacerse cuando se quiere acabar, se la negué; me negué en redondo, es cierto, pero sin explicaciones, sin escándalo. En efecto, ¿por qué habría de producir un escándalo? ¿Qué me importa a mí el honor o el deshonor del señor de Morcerf? ¿Acaso eso me produce alza o baja en la renta?

Alberto sintió cómo aparecía el rubor en su rostro; no cabía duda, Danglars se defendía con la bajeza, pero con la seguridad de un hombre que dice, si no toda la verdad, al menos una parte, no por escrúpulos de conciencia, es cierto, sino por miedo. Por otra parte, ¿qué buscaba Morcerf? No se trataba de la culpabilidad de Danglars o de la de Montecristo, sino de un hombre que respondiese de la ofensa, ligera o grave, un hombre que se batiese, y era evidente que Danglars no se batiría.

Además, todas las cosas olvidadas o inadvertidas se hacían presentes a los ojos o en el recuerdo. Montecristo lo sabía todo, puesto que él había comprado la hija de Alí Pachá; ahora bien, sabiéndolo todo, había aconsejado a Danglars que escribiese a Janina. Conociendo esta respuesta, había accedido al deseo manifestado por Alberto de ser presentado a Haydée; una vez delante de ella, había dejado recaer la conversación sobre la muerte de Alí, no oponiéndose al relato de Haydée, pero sin duda, habiendo dado a la joven algunas instrucciones en las palabras romaicas para que Morcerf no reconociese a su padre; además, ¿no le había rogado que no pronunciase el nombre de su padre delante de Haydée? Por último, había lleva-

do a Alberto a Normandía en el momento en que sabía que el gran escándalo debía estallar. No quedaba duda alguna, todo aquello estaba calculado, y, sin duda alguna, Montecristo se entendía con los enemigos de su padre.

Alberto llevó a Beauchamp a un rincón y le comunicó sus pensamientos.

—Tienes razón —dijo éste—, el señor Danglars no tiene en esto más que la parte burda y material; es a Montecristo a quien debes pedir una explicación.

Alberto se volvió.

—Señor —dijo a Danglars—, comprenderá que no me despi-do todavía de usted; me queda saber si sus inculpaciones son ciertas, y voy a asegurarme hablando con el señor conde de Montecristo.

Y, saludando al banquero, salió con Beauchamp sin ocuparse para nada de Cavalcanti.

Danglars les acompañó hasta la puerta, y, en ella, aseguró nuevamente a Alberto que no tenía ningún motivo de odio personal contra el conde de Morcerf.

El insulto

Beauchamp detuvo a Morcerf a la puerta del banquero.

—Escucha —le dijo—, hace un momento te he dicho en casa del señor Danglars, que era al señor de Montecristo a quien debías pedirle una explicación.

—Sí, y vamos a su casa.

—Un instante, Morcerf; antes de ir a casa del conde, reflexiona.

—¿Qué quieres que medite?

—En la gravedad de este paso.

—¿Es más grave que el ir a casa del señor Danglars?

—Sí, porque el señor Danglars es un hombre adinerado, y ya sabes que los hombres de dinero saben demasiado de capitales para arriesgarse batiéndose. El otro, por el contrario, es un gentilhombre, al menos en apariencia; pero ¿no temes encontrar bajo el gentilhombre al bravo?

—Sólo temo una cosa, encontrar un hombre que no se bata.

—¡Oh, estate tranquilo! —dijo Beauchamp—. Éste sí se batirá. Sólo temo una cosa, y es que se bata demasiado bien. ¡Tén cuidado!

—Amigo —dijo Morcerf con una hermosa sonrisa—, eso es lo que pido. Lo más dichoso que puede ocurrirme es morir por mi padre; eso nos salvará a todos.

—¡Tu madre morirá!

—¡Pobre madre! —dijo Alberto pasando la mano sobre sus ojos—. Ya lo sé; pero más vale que ella muera de eso que de vergüenza.

—¿Estás bien decidido, Alberto?

—Sí.

—¡Vamos, pues! Pero, ¿crees que lo encontraremos?

—Debía regresar unas horas después que yo, y ciertamente, habrá venido.

Subieron al coche y se hicieron conducir al número treinta de la avenida de los Campos Elíseos.

Beauchamp quería descender solo, pero Alberto le hizo observar que aquel asunto se salía de las reglas corrientes, y le permitía apartarse de la etiqueta del duelo.

El joven actuaba en todo esto por una causa tan santa, que Beauchamp no tenía más remedio que prestarse a todos sus deseos: cedió, pues, el paso a Morcerf y se limitó a seguirle.

Alberto se puso de un salto del cuarto del portero a la escalinata. Bautista le recibió.

El conde acababa de llegar, efectivamente, pero estaba en el baño, y había prohibido recibir a alguien.

—Pero, ¿y después del baño? —preguntó Morcerf.

—El señor comerá.

—¿Y después de la comida?

—El señor dormirá una hora.

—¿Y luego?

—A continuación irá a la ópera.

—¿Está usted seguro? —preguntó Alberto.

—Totalmente seguro; el señor ha encargado sus caballos para las ocho en punto.

—Muy bien —replicó Alberto—. Eso era todo lo que deseaba saber.

Luego, volviéndose con Beauchamp, le dijo:

—Si tienes alguna cosa que hacer, hazla inmediatamente, Beauchamp; si tienes alguna cita para esta noche, déjala para mañana. Comprenderás que cuento contigo para ir a la ópera. Si puedes, tráeme a Chateau Renaud.

Beauchamp aprovechó esta decisión y abandonó a Alberto después de prometerle ir a recogerle a las ocho menos cuarto.

Al regresar a su casa, Alberto previno a Franz, a Debray y a Morrel del deseo que tenía de verlos aquella misma noche en la ópera.

Después se fue a visitar a su madre, quien, desde los acontecimientos de la víspera, no salía de su cuarto y había prohibido la entrada en él. La encontró en la cama, abrumada por el dolor de esta humillación pública.

La presencia de Alberto produjo en Mercedes el efecto que podía esperarse; ella estrechó la mano de su hijo y se echó a llorar. No obstante, aquellas lágrimas la aliviaron.

Alberto permaneció un instante de pie y en silencio junto al rostro de su madre. Se percibía en su cara pálida y en sus cejas fruncidas que su resolución de venganza se arraigaba cada vez más en su corazón.

—Madre mía —preguntó Alberto—, ¿conoce a algún enemigo del señor de Morcerf?

Mercedes se estremeció; había notado que el joven no había dicho mi padre.

—Amigo mío —dijo ella—, las personas que tienen la posición del conde tienen muchos enemigos que nadie conoce. Además, ya sabes que los enemigos que se conocen, no son los más peligrosos.

—Sí, ya sé eso, por eso apelo a toda su perspicacia. Madre mía, usted es una mujer superior, a la que nada se le escapa.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque usted notó, por ejemplo, que la noche del baile que dimos, el señor de Montecristo no quiso tomar nada en nuestra casa.

Mercedes se incorporó toda temblorosa sobre su brazo abrazado por la fiebre.

—¡El señor de Montecristo! —exclamó ella—. ¿Y qué tiene que ver con la pregunta que me haces?

—Ya sabe usted, madre, que el señor de Montecristo es casi oriental, y los orientales, para conservar toda la libertad en su venganza, no comen ni beben jamás en casa de sus enemigos.

—¿Dices que el conde de Montecristo es nuestro enemigo, Alberto? —replicó Mercedes poniéndose más pálida que la sábana que la cubría—. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Por qué? Estás loco, Alberto. El señor de Montecristo no tiene más que cortesías con nosotros. El señor de Montecristo te ha salvado la vida, tú mismo nos lo has presentado. ¡Oh! Te lo ruego, hijo mío, si tienes tal idea, abandónala, y si tengo alguna recomendación que hacerte, es más, si tengo un ruego que dirigirte, es que estés a bien con él.

—Madre mía —replicó el joven con una mirada sombría—, ¿tiene usted motivos para recomendarme ese hombre?

—¡Yo...! —exclamó Mercedes sonrojándose con la misma rapidez que había palidecido, y volviendo a ponerse casi más pálida inmediatamente.

—Sí, sin duda, y esa razón —prosiguió Alberto—, ¿no es la de que ese hombre puede hacernos mal?

Mercedes se estremeció; y, clavando en su hijo una mirada interrogadora, le dijo:

—Me hablas muy extrañamente, y me parece que tienes singulares prevenciones. ¿Qué te ha hecho el conde? Hace tres días estabas con él en Normandía, y entonces lo mirabas como tu mejor amigo.

Una sonrisa asomó a los labios de Alberto. Mercedes vio esta sonrisa, y con su doble instinto de mujer y de madre, lo adivinó todo; pero, prudente y fuerte, ocultó su turbación y sus temores.

Alberto dejó caer la conversación; al cabo de un instante, la condesa la reanudó.

—Venías a preguntarme cómo me encontraba —dijo—, te responderé francamente, amigo mío: no me siento muy bien. Deberías instalarte aquí, Alberto, y hacerme compañía; necesito no estar sola.

—Madre mía —dijo el joven—, estaría a sus órdenes, y ya sabe con cuánta dicha, si un asunto urgente e importante no me obligase a abandonarla durante toda la noche.

—¡Ah! Muy bien —respondió Mercedes con un suspiro—. Ve-te, Alberto, no quiero hacerte esclavo de la compasión filial.

Alberto hizo como que no entendía, saludó a su madre y salió.

Apenas hubo cerrado la puerta el joven, Mercedes llamó a un criado de confianza y le ordenó seguir a Alberto por todas partes, y venir a darle cuenta de ello inmediatamente.

Después llamó a su camarera y, aunque débil, se hizo vestir para estar lista ante cualquier acontecimiento.

La misión encargada al criado no era difícil de ejecutar. Alberto entró en su casa y se vistió con una especie de rebuscamiento severo. A las ocho menos diez minutos, Beauchamp llegó; había visto a Chateau Renaud, el cual le había prometido encontrarse en la ópera al levantarse el telón.

Ambos subieron en el cupé de Alberto quien, no teniendo ninguna razón para ocultar adonde iba, dijo en voz alta:

—¡A la ópera!

En su impaciencia, llegó antes de levantarse el telón. Chateau Renaud estaba en su luneta, prevenido de todo por Beauchamp, y Alberto no tuvo que darle ninguna explicación. La conducta de este hijo, que intentaba vengar a su padre, era tan simple que Chateau Renaud no intentó ni disuadirle, y se limitó a renovarle la promesa de que estaba a su disposición.

Debray aún no había llegado, pero Alberto sabía que no faltaría a una representación de la ópera. Alberto paseó por el teatro hasta que se levantó el telón. Esperaba encontrar a Montecristo en un pasillo o en la escalera. La campanilla llamó a sus puestos, y regresó la orquesta para sentarse entre Chateau Renaud y Beauchamp.

Pero sus ojos no se apartaban de aquel palco de entre columnas que, durante todo el primer acto, parecía obstinado en permanecer cerrado.

Al fin, cuando Alberto consultaba por centésima vez su reloj, al comienzo del segundo acto, la puerta del palco se abrió, y Montecristo, vestido de negro, entró y se apoyó en la barandilla para contemplar la sala; Morrel le seguía, buscando con la mirada a su hermana y a su cuñado. Los divisó en un palco de la segunda fila y les hizo una seña.

El conde, al echar una mirada circular por toda la sala, percibió una cara pálida y unos ojos centelleantes que parecían reclamar ávidamente su atención; reconoció en seguida a Alberto, pero la expresión que descubrió en su rostro trastornado le aconsejó hacerse el desentendido. Sin hacer, pues, ningún movimiento que descubriese su pensamiento, se sentó, sacó los prismáticos de su estuche y miró de un lado a otro.

Pero, sin parecer mirar a Alberto, el conde no le perdía de vista y, cuando el telón cayó al final del segundo acto, su mirada infalible y segura siguió al joven saliendo de la orquesta acompañado de sus dos amigos.

Después, la misma cabeza reapareció por los cristales de un primer palco situado frente al suyo. El conde sentía la llegada de la tempestad, y cuando oyó dar vuelta a la llave en la cerradura de su palco, aunque hablaba en ese momento animadamente con Morrel, el conde supo a que atenerse, y se preparó a todo.

La puerta se abrió.

Sólo entonces Montecristo se volvió y descubrió a Alberto, lívido y tembloroso; tras él estaban Beauchamp y Chateau Renaud.

—¡Vaya! —exclamó con esa acogedora cortesía que habitualmente distinguía su saludo—. ¡Al fin ha llegado mi caballero! Buenas noches, señor de Morcerf.

Y el rostro de este hombre, tan extrañamente dueño de sí, expresaba la más perfecta cordialidad.

Sólo entonces Morrel se acordó de la carta que había recibido del vizconde, sin más explicación, en la que le rogaba que se encontrase en la ópera, y comprendió que iba a suceder algo terrible.

—No venimos aquí para cambiar hipócritas cortesías ni falsas caras de amistad —dijo el joven—, venimos para pedirle una explicación, señor conde.

La voz temblorosa del joven apenas había podido pasar a través de sus dientes cerrados.

—¿Una explicación en la ópera? —dijo el conde en ese tono tranquilo y esa mirada penetrante que le distinguía como hombre eternamente seguro de sí—. Por poco familiarizado que esté con las costumbres parisienses, jamás hubiese creído, señor, que fuese aquí donde se pidiesen explicaciones.

—Sin embargo, cuando las personas se hacen guardar —dijo Alberto—, cuando no se puede llegar a ellas bajo el pretexto de que están en el baño, a la mesa o en el lecho, es preciso dirigirse a ellas en donde se las encuentre.

—No soy difícil de encontrar —dijo Montecristo—, porque ayer mismo, señor, si mal no recuerdo, aún estaba usted en mi casa.

—Ayer, señor —dijo el joven, cuya cabeza se embrollaba—, estaba en su casa porque ignoraba quién era usted.

Y al pronunciar estas palabras, Alberto había levantado la voz de manera que las personas situadas en los palcos vecinos le oían, al igual que las que pasaban por el pasillo. Los ocupantes de los palcos se volvieron y las personas del pasillo se detuvieron tras de Beauchamp y Chateau Renaud al oír este altercado.

—¿De dónde sale usted, señor? —dijo Montecristo, sin el menor rastro de emoción aparente—. No parece que goce de su buen sentido.

—Con tal de que comprenda sus perfidias, señor, y que consiga hacerle comprender que deseo vengarme, seré siempre bastante razonable —dijo Alberto, furioso.

—Señor, no le entiendo —replicó Montecristo—, y aun cuando le comprendiese, aún habla usted demasiado alto. Aquí estoy en mi casa, señor, y yo sólo tengo el derecho a levantar la voz por encima de las demás. ¡Salga, señor!

Y Montecristo mostró la puerta a Alberto con un gesto imperativo, admirable.

—¡Ah! Ya le haré salir de su casa —replicó Alberto, retorciendo en sus manos convulsas su guante, que el conde no perdía de vista.

—¡Bien, bien! —dijo flemáticamente Montecristo—. Me busca querella, señor, ya lo veo; pero un consejo, vizconde, y recuérdelo bien; es una mala costumbre hacer ruido al provocar. El alboroto no va con todo el mundo, señor de Morcerf.

A este nombre, un murmullo de asombro recorrió como un estremecimiento por todos los auditores de esta escena. Desde la víspera, el nombre de Morcerf estaba en todos los labios.

Alberto, mejor que nadie y el primero, comprendió la alusión, e hizo un gesto para lanzar su guante al rostro del conde; pero Morrel le cogió de la muñeca mientras Beauchamp y Chateau Renaud, temiendo que la escena pasase del límite de una provocación, lo retuvieron por detrás.

Pero Montecristo, sin levantarse, inclinó su silla, extendió la mano solamente y, cogiendo entre los dedos crispados del joven el guante húmedo y arrugado, le dijo con acento terrible:

—Señor, tengo su guante por arrojado, y se lo devolveré envuelto en una bala. Ahora salga de mi casa, o llamaré a mis criados y le haré poner en la puerta.

Asombrado, espantado y con los ojos enrojecidos, Alberto dio dos pasos hacia atrás.

Morrel aprovechó para cerrar la puerta. Montecristo recogió sus gemelos y se puso a mirar como si nada hubiese pasado.

Aquel hombre tenía un corazón de bronce y un rostro de mármol. Morrel se inclinó a su oído.

—¿Qué le ha hecho usted? —dijo.

—¿Yo? Nada, personalmente al menos —dijo Montecristo.

—Sin embargo, esta extraña escena debe tener una causa.

—La aventura del conde de Morcerf exaspera al desventurado joven.

—¿Y tiene usted algo que ver en ello?

—Haydée fue a la Cámara a informar sobre la traición de su padre.

—En efecto, me dijeron, pero no quería creerlo, que la esclava griega que he visto aquí con usted, en este mismo palco, era la hija de Alí Pachá.

—¡Esa es la verdad, no obstante!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Morrel—. Ahora lo comprendo todo, y esta escena ha sido premeditada.

—¿Cómo es eso?

—Sí, Alberto me escribió diciéndome que me encontrase esta noche en la ópera; era para hacerme testigo del insulto que deseaba hacerle.

—Probablemente —dijo Montecristo con su imperturbable tranquilidad.

—Pero, ¿qué hará con él?

—¿Con quién?

—Con Alberto.

—¿Alberto? —replicó Montecristo en el mismo tono—. ¿Lo que yo haré, Maximilien? Tan cierto como que está usted aquí y yo le estrecho la mano, le mataré mañana antes de las diez de la mañana. Eso es lo que haré.

Morrel, a su vez, cogió la mano de Montecristo entre las dos suyas, y se estremeció al sentir aquella mano tan fría y serena.

—¡Ah, conde! —dijo—. ¡Su madre lo ama tanto!

—¡No me diga esas cosas! —exclamó Montecristo con el primer movimiento de cólera que pareció experimentar—. ¡Le haré sufrir!

Morrel, estupefacto, dejó caer la mano de Montecristo.

—¡Conde, conde! —dijo.

—Querido Maximilien —interrumpió el conde—, escuche de qué admirable manera canta Duprez esta frase: *Oh, Matilde, ídolo de mi alma*. Fíjese, fui el primero en adivinar a Duprez en Nápoles, y el primero que le aplaudió. ¡Bravo, bravo!

Morrel comprendió que no había nada que hacer, y esperó.

El telón, que se había levantado al final de la escena de Alberto, cayó casi inmediatamente. Llamaron a la puerta.

—Entre —dijo Montecristo sin que su voz descubriese la menor emoción.

Beauchamp reapareció.

—Buenas noches, señor Beauchamp —dijo Montecristo como si viese al periodista por primera vez en la velada—. Siéntese.

Beauchamp saludó, entró y se sentó.

—Señor —dijo a Montecristo—, acompañaba hace un momento, como pudo ver, al señor de Morcerf.

—Lo cual quiere decir —agregó Montecristo riendo— que posiblemente venían de cenar juntos. Me encanta ver, señor Beauchamp, que usted está más sobrio que él.

—Señor —dijo Beauchamp—, Alberto ha tenido, lo conven-
go, la equivocación de arrebatarse, y vengo por mi propia cuenta a
presentarle disculpas. Ahora que mis disculpas están expuestas, las
mías, ¿entiende usted, señor conde?, vengo a decirle que le consi-
dero demasiado galante para negarse a darme alguna explicación
respecto a sus relaciones con la gente de Janina; después añadiré dos
palabras sobre esa joven griega.

Montecristo hizo con los labios y los ojos un ligero gesto pi-
diendo silencio.

—¡Vaya! —añadió riendo—. He aquí todas mis esperanzas des-
truidas.

—¿Por qué? —preguntó Beauchamp.

—Sin duda, usted se apresuró a crearme una reputación de ex-
céntrico; soy, según usted, un Lara, un Manfredo, un lord Ruthwen;
luego, pasado el momento de la excentricidad, echa a perder su ti-
po y trata de convertirme en un hombre vulgar. Usted me quiere
corriente, banal; en fin, me pide explicaciones. ¡Vamos ya, señor
Beauchamp! ¿Quiere usted reírse?

—No obstante —replicó Beauchamp con altivez—, hay oca-
siones en que la probidad exige...

—Señor Beauchamp —interrumpió el extraño hombre—, quien
exige al conde de Montecristo, es el conde de Montecristo. Así, pues,
ni una palabra más sobre esto, por favor. Hago lo que quiero, señor
Beauchamp, y, créame, siempre está bien hecho.

—Señor —respondió el joven—, no se paga a personas honra-
das con esa moneda; hacen falta garantías al honor.

—Señor, yo soy una garantía viviente —replicó Montecristo
impasible, aunque los ojos se le inflamaban con fulgores amena-
zantes—. Ambos tenemos en las venas sangre que deseamos derrá-
mar, esa es nuestra mutua garantía. Lleve esa respuesta al vizconde,
y dígale que mañana, antes de las diez, habré visto correr la suya.

—Entonces no me queda más que fijar las condiciones del com-
bate —dijo Beauchamp.

—Eso me es perfectamente indiferente, señor —respondió
el conde de Montecristo—. Era innecesario venir a molestarme
en el espectáculo por tan poca cosa. En Francia se baten a espa-
da y a pistola; en las colonias, se coge la carabina; en Arabia, se
emplea el puñal. Diga a su cliente que, aunque insultado, para ser
excéntrico hasta el final, le dejo escoger las armas, y aceptaré to-

do sin discusión; todo, ¿entiende bien? Todo, incluso el combate a suertes, lo que siempre es estúpido. Pero yo estoy seguro de una cosa: de que ganaré.

—¡Usted ganará! —repitió Beauchamp mirando al conde con espanto.

—Ciertamente —dijo Montecristo encogiéndose ligeramente de hombros—. Sin eso, no me batiría con el señor de Morcerf. Le mataré, es necesario, y así será. Sólo que envíeme esta noche dos líneas indicándome el arma y la hora; no me gusta que me esperen.

—A pistola, a las ocho de la mañana en el bosque de Vincennes —dijo Beauchamp, desconcertado y sin saber si hablaba con un fanfarrón o un ser sobrenatural.

—Está bien, señor —dijo Montecristo—. Ahora que todo está arreglado, déjeme oír el espectáculo, se lo ruego, y diga a su amigo Alberto que no vuelva esta noche; sería una equivocación con sus brutalidades de mal gusto. Que regrese a su casa y duerma.

Beauchamp salió muy asombrado.

—Ahora —dijo Montecristo volviéndose a Morrel—, cuento con usted, ¿no es cierto?

—Seguro —respondió Morrel—, y puede contar conmigo, conde; no obstante...

—¿Qué?

—Sería importante, conde, que yo conociese la verdadera causa.

—Es decir, ¿que se niega?

—No.

—¿La verdadera causa, Morrel? —dijo el conde—. Ese joven, incluso marcha a ciegas y no la conoce. La verdadera causa sólo la sabe Dios y yo; pero le doy mi palabra de honor, Morrel, que Dios, que la conoce, está con nosotros.

—Esto me basta, conde —dijo Morrel—. ¿Quién es su segundo testigo?

—No conozco a nadie en París a quien yo quiera hacer este honor, salvo usted, Morrel, y su cuñado Emmanuel. ¿Cree usted que Emmanuel desearía prestarme este servicio?

—Le respondo de él como de mí, conde.

—¡Bien! Es todo lo que me hace falta. Mañana a las siete de la mañana en mi casa, ¿no es así?

—Allí estaremos.

—¡Chist! He aquí que se levanta el telón, escuchemos. Tengo la costumbre de no perderme ni una nota de esta ópera; es tan encantadora la música de *Guillermo Tell*.

La noche

El señor de Montecristo esperó, según su costumbre, a que Duprez cantase su famoso *Sígueme*, y entonces se levantó y salió.

A la puerta, Morrel se separó de él renovándole la promesa de estar en su casa con Emmanuel al día siguiente a las siete de la mañana. Después subió a su cupé, siempre tranquilo y risueño. Cinco minutos más tarde estaba en su casa. Sólo que hubiese sido necesario no conocer al conde para dejarse engañar por la expresión con que al entrar dijo a Alí:

—Alí, mis pistolas de culata de marfil.

Alí trajo la caja a su amo, y éste se puso a examinar aquellas armas con una atención muy propia en un hombre que va a confiar su vida a un poco de hierro y de plomo. Eran las pistolas especiales que Montecristo había mandado hacer para tirar al blanco en sus habitaciones. Una cápsula bastaba para disparar la bala, y en la habitación contigua no habrían podido dudar que el conde, como se dice en términos de tiro, se ocupaba en ejercitar el pulso.

Estaba acoplando el arma a su mano, y buscando el blanco sobre una pequeña chapa de palastro que le servía para ejercitarse, cuando se abrió la puerta de su despacho y entró Bautista.

Pero antes de que hubiese podido abrir la boca, el conde descubrió en la puerta, que permanecía abierta, a una mujer velada, de pie, en la penumbra de la estancia vecina, y que había seguido a Bautista.

Ella vio al conde con la pistola en la mano, y sus ojos descubrieron dos espadas sobre una mesa. Entonces se adelantó.

Bautista consultaba a su amo con la mirada. El conde le indicó que se retirase, y Bautista cerró la puerta tras de sí.

—¿Quién es usted, señora? —dijo el conde a la mujer velada.

La desconocida echó una mirada en torno suyo para asegurarse de que estaban solos; después, inclinándose como si quisiese arrojarse, y juntando las manos, dijo desesperadamente:

—¡Edmond, no mates a mi hijo!

El conde dio un paso atrás, lanzó un débil grito y dejó caer el arma que sostenía.

—¿Qué nombre ha pronunciado, señora de Morcerf? —dijo.

—¡El tuyo! —exclamó ella apartando su velo—. El tuyo que, tal vez, sólo yo no he olvidado. Edmond, no es la señora de Morcerf quien viene a verte, sino Mercedes.

—Mercedes está muerta, señora —dijo Montecristo—, y no conozco a más mujer con ese nombre.

—Mercedes vive, señor, y Mercedes se acuerda, porque sólo ella le ha reconocido cuando le vio, e incluso antes de verlo, al oír, Edmond, el acento de tu voz; y desde entonces, ella te ha seguido paso a paso, te ha vigilado, te ha temido, y no ha tenido necesidad de buscar la mano de donde ha salido el golpe que hiere al señor de Morcerf.

—Fernando, querrá decir, señora —replicó Montecristo con una amarga ironía—. Ya que estamos dispuestos a recordar nuestros propios nombres, recordémoslos todos.

Y Montecristo había pronunciado ese nombre de Fernando con tal expresión de odio, que Mercedes sintió el estremecimiento del espanto recorriendo todo su cuerpo.

—Ya estás viendo, Edmond, que no me he engañado —exclamó Mercedes—, y que tengo razón para decirte: ¡deja a mi hijo!

—¿Y quién le ha dicho, señora, que quería matar a su hijo?

—¡Nadie, Dios mío! Pero una madre está dotada de doble vista. He adivinado todo; lo he seguido esta noche a la ópera, y, oculta en una platea, lo he visto todo.

—Entonces, si lo ha visto todo, señora, también habrá visto cómo el hijo de Fernando me ha insultado públicamente —dijo Montecristo con una calma terrible.

—¡Oh, por piedad!

—Usted vio —continuó Montecristo— que me hubiese arrojado su guante a la cara si uno de mis amigos, el señor Morrel, no le hubiese retenido el brazo.

—Escúcheme, mi hijo también ha adivinado; y él le atribuye las desgracias que caen sobre su padre.

—Señora —dijo Montecristo—, usted me confunde: no son las desgracias, sino un castigo. Y no soy yo quien hiere al señor de Morcerf, sino la Providencia que lo castiga.

—¿Y por qué sustituye usted a la Providencia? —exclamó Mercedes—. ¿Por qué se acuerda usted cuando ella se olvida? ¿Qué le importan a usted, Edmond, Janina y su visir? ¿Qué mal te ha hecho Fernando Mondego traicionando a Alí Tebelín?

—Eso, señora —respondió Montecristo—, es un asunto entre el capitán francés y la hija de Vasiliki. Eso no me concierne, usted tiene razón, y si he jurado vengarme, no ha sido ni del capitán franco ni del conde de Morcerf; sino del pescador Fernando, marido de la catalana Mercedes.

—¡Ah, señor! —exclamó la condesa—. ¡Qué venganza más terrible por una falta que la fatalidad me ha hecho cometer! Porque la culpable soy yo, Edmond, y si quieres vengarte en alguien, es en mí, a quien han faltado fuerzas ante tu ausencia y mi aislamiento.

—Pero —exclamó Montecristo—, ¿por qué estaba yo ausente? ¿Por qué estaba usted aislada?

—Porque fuiste arrestado, Edmond, porque estabas prisionero.

—¿Y por qué fui arrestado? ¿Por qué me hicieron prisionero?

—Lo ignoro —respondió Mercedes.

—Sí, usted lo ignora, señora, al menos eso espero. Pues bien, voy a decírselo. Fui arrestado, fui hecho prisionero, porque bajo el emparrado de La Reserva, la víspera misma del día en que debíamos casarnos, un hombre llamado Danglars escribió esta carta que el pescador Fernando se encargó de echar personalmente a correos.

Y Montecristo fue a su secreter, abrió un cajón del que cogió un papel que había perdido su color primitivo, y en el cual la tinta había enrojecido, y lo puso bajo la mirada de Mercedes.

Era la carta de Danglars al procurador del rey, que, el día que pagó doscientos mil francos al señor de Boville, el conde de Montecristo, disfrazado de enviado de la casa Thomson y French, había sustraído del *dossier* de Edmond Dantés.

Mercedes leyó temblando las líneas siguientes:

«El señor procurador del rey queda prevenido por un amigo del trono y de la religión, que el llamado Edmond Dantés, segundo del navío *El Faraón*, llegado esta mañana de Esmirna,

después de haber tocado en Nápoles y en Portoferraio, ha sido encargado por Murat de una carta para el usurpador, y por éste, de otra carta para el comité bonapartista de París.

»Se tendrá la prueba de este crimen arrestándole, porque se encuentra dicha carta o sobre él, en casa de su padre, o en su camarote, a bordo de *El Faraón*».

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Mercedes pasándose la mano sobre su frente inundada de sudor—. Y esta carta...

—La he comprado por doscientos mil francos, señora —dijo Montecristo—. Pero aún es barata, puesto que hoy me permite disculparme ante sus ojos.

—¿Y el resultado de esta carta?

—Lo conoce usted, señora, fue mi arresto; pero lo que usted ignora, señora, es el tiempo que duró este arresto. Lo que usted no sabe, es que estuve catorce años a un cuarto de legua de usted, en un calabozo del castillo de If. Lo que usted no sabe, es que cada día de esos catorce años he renovado el deseo de venganza que me hice el primer día y, sin embargo, yo ignoraba que usted se hubiese casado con Fernando, mi denunciante, y que mi padre hubiese muerto, ¡y muerto de hambre!

—¡Dios santo! —exclamó Mercedes vacilante.

—Pero he aquí que lo supe al salir de prisión, catorce años después de haber entrado, y he aquí que entonces, sobre Mercedes viva y sobre mi padre muerto, juré vengarme de Fernando, y... me vengo.

—¿Y está seguro de que Fernando ha hecho eso?

—Sobre mi alma, señora, y lo ha hecho como le digo; además, eso no es más odioso que haberse pasado a los ingleses siendo francés de adopción, haber combatido contra los españoles siendo español de nacimiento, y asesinar a Alí, siendo mercenario suyo. Ante semejantes cosas, ¿qué es la carta que acaba de leer? Una mixtificación galante que debe perdonar, lo confieso y lo comprendo, la mujer que se ha casado con ese hombre, pero que no perdona el amante con quien debía casarse. Pues bien, los franceses no se han vengado de un traidor, los españoles no han fusilado a un traidor, y Alí, metido en su tumba, ha dejado sin castigo al traidor; pero yo, traicionado, asesinado, arrojado también a una tumba, he salido de esa tumba gracias a Dios, y a Dios debo mi venganza; Él me envía para eso, y aquí estoy.

La pobre mujer dejó caer su cabeza entre sus manos; sus piernas se doblaron bajo su peso, y cayó de rodillas.

—Perdóname, Edmond —dijo—, perdón para mí, que aún te amo.

La dignidad de la esposa detuvo la expansión de la amante y de la madre. Su frente se inclinó casi hasta tocar la alfombra.

El conde se abalanzó a ella y la levantó.

Entonces, sentada en un sillón, ella pudo, a través de sus lágrimas, mirar el varonil rostro de Montecristo, en el cual el dolor y el odio aún imprimían un carácter más amenazador.

—¡Que no aplaste a esa raza maldita! —murmuró él—. ¡Que desobedezca a Dios, que me ha sostenido para su castigo! ¡Imposible, señora, imposible!

—Edmond —dijo la pobre madre, intentando todos los medios—. ¡Dios mío! Cuando yo te llamo Edmond, ¿por qué no me llamas Mercedes?

—Mercedes —repitió Montecristo—. ¡Mercedes! Pues bien, sí, tiene razón; aún es grato para mí pronunciar ese nombre, y he aquí la primera vez, desde hace muchísimo tiempo, que resuena tan claramente al salir de mi boca. ¡Oh, Mercedes! Su nombre lo he pronunciado con los suspiros de la melancolía, con los gemidos del dolor, con la rabia de la desesperación; lo he pronunciado, helado por el frío, encogido sobre la paja de mi calabozo; lo he pronunciado devorado por el calor, revolcándome sobre las baldosas de mi celda. Mercedes, es preciso que me vengue, porque durante catorce años he sufrido, durante catorce años he llorado y he maldecido; ahora, te lo digo, Mercedes, ¡necesito vengarme!

Y el conde, temblando por ceder a las plegarias de aquélla a quien tanto había amado, llamaba a sus recuerdos en socorro de su odio.

—¡Véngate, Edmond! —exclamó la pobre madre—. Pero véngate sobre los culpables. Véngate en él, véngate en mí, pero no lo hagas en mi hijo.

—Está escrito en el Libro Sagrado —respondió Montecristo—. «Las faltas de los padres recaerán sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación.» Ya que Dios ha dictado esas palabras a su profeta, ¿por qué he de ser mejor que Dios?

—Porque Dios tiene el tiempo y la eternidad, esas dos cosas que se escapan a los hombres.

Montecristo lanzó un suspiro que se parecía a un rugido, y se agarró con ambas manos sus hermosos cabellos.

—Edmond —continuó Mercedes, los brazos tendidos hacia el conde—, desde que te conozco no he adorado más que tu nombre, y he respetado tu memoria. Edmond, amigo mío, no me obligues a oscurecer esa imagen noble y pura reflejada sin cesar en el espejo de mi corazón. Edmond, si supieses cuántas plegarias he dirigido a Dios por ti, tanto cuando te esperaba vivo y después que te creí muerto, sí, muerto, ¡ay! Me imaginaba tu cadáver enterrado en una torre sombría. Me parecía ver tu cuerpo precipitado en alguno de esos abismos en que los carceleros arrojan a los prisioneros, y lloraba. ¿Yo, qué podía hacer por ti, Edmond, sino llorar y rezar? Escúchame, durante diez años he tenido cada noche el mismo sueño. Se dijo que habías querido huir, que habías ocupado el puesto de un prisionero, metiéndote en el sudario de un muerto, y que entonces habían lanzado el cadáver viviente desde lo alto del castillo de If; y que el grito que diste al hacerte pedazos contra las rocas fue lo que descubrió la sustitución a tus enterradores, convertidos en verdugos. Pues bien, Edmond, te juro por mi hijo, por el cual te imploro, que durante diez años he visto todas las noches a esos hombres que balanceaban una cosa informe y desconocida en lo alto de una roca; durante diez años, cada noche, he oído un grito terrible que me ha despertado temblando y helada. Y yo también, Edmond, créeme, con todo lo criminal que he sido, yo también he sufrido mucho.

—¿Has perdido a tu padre estando ausente? —exclamó Montecristo hundiendo sus manos en sus cabellos—. ¿Has visto a la mujer que amabas alargar la mano a tu rival, mientras rabiabas en el fondo de un calabozo?

—No —interrumpió Mercedes—, pero he visto al que amaba dispuesto a convertirse en el asesino de mi hijo.

Mercedes pronunció estas palabras con un acento de dolor tan poderoso y desesperado, que estas palabras y este acento arrancaron un sollozo a la garganta del conde.

El león estaba domado; el vengador estaba vencido.

—¿Qué quieres? —dijo—. ¿Que tu hijo viva? Pues bien, vivirá.

Mercedes lanzó un grito que hizo saltar dos lágrimas de los ojos de Montecristo; pero estas dos lágrimas desaparecieron inmediatamente, porque sin duda Dios había enviado un ángel a recogerlas,

al considerarlas más preciosas ante los ojos del Señor que las más ricas perlas de Gusarate y de Ofir.

—¡Oh! —exclamó ella cogiendo la mano del conde y llevándosela a los labios—. ¡Oh, gracias, gracias, Edmond! Eres tal y como siempre te he imaginado, tal como siempre te he amado. ¡Oh! Ahora puedo decirlo.

—Tanto más —respondió Montecristo—, cuando el pobre Edmond ya no tendrá tiempo para ser amado por ti. El muerto va a entrar en su tumba, el fantasma va a regresar a las tinieblas.

—¿Qué dices, Edmond?

—Digo que dado que lo ordenas, Mercedes, tengo que morir.

—¡Morir! ¿Y quién ha dicho eso? ¿Quién habla de morir? ¿De dónde salen esas ideas de muerte?

—No supondrás que ultrajado públicamente ante toda una sala, en presencia de tus amigos y de los de tu hijo, provocado por un chiquillo que se vanagloriará de mi perdón como de una victoria, no supondrás, digo, que me quede el deseo de vivir ni un solo instante. Lo que más he amado después de ti, Mercedes, he sido yo mismo, es decir, mi dignidad, la fuerza que me hacía superior a los demás hombres; esta fuerza era mi vida. Con una palabra la destruyo. Entonces, muero.

—Pero ese duelo no tendrá lugar, Edmond, tú perdonas.

—Tendrá lugar, señora —dijo solemnemente Montecristo—, sólo que en vez de la sangre de su hijo empapando la tierra, será la mía la que se derrame.

Mercedes lanzó un grito y se abalanzó sobre Montecristo; pero de repente se detuvo.

—Edmond —dijo ella—, hay un Dios por encima de nosotros, ya que vives, ya que te he vuelto a ver, y he confiado en Él con todo mi corazón; espero su apoyo y descanso en tu palabra. Has dicho que mi hijo vivirá, y vivirá, ¿no es así?

—Vivirá, sí, señora —dijo Montecristo asombrado de que, sin más exclamación, sin otra sorpresa, Mercedes hubiese aceptado el heroico sacrificio que él hacía.

Mercedes alargó la mano al conde.

—Edmond —dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas mirando a quien dirigía la palabra—, ¡qué hermoso por tu parte, qué grande es la acción que acabas de hacer, qué sublime haber tenido piedad de una pobre mujer que se ofrecía a ti con todas las proba-

bilidades contrarias a sus esperanzas! ¡Ay! He envejecido más por los disgustos que por la edad, y aún puedo recordar a mi Edmond con una sonrisa, con una mirada de aquella Mercedes que pasó tantas horas contemplándole. ¡Ah, créeme, Edmond, ya te he dicho que yo también he sufrido! Te lo repito, es muy triste ver pasar la vida sin recordar una alegría, sin conservar una esperanza; pero eso no prueba que todo haya concluido en la tierra. ¡No! Todo no ha terminado, y lo siento por lo que aún me queda en el corazón. ¡Oh! Te lo repito, Edmond, es hermoso, es grande, es sublime perdonar como acabas de hacerlo.

—Dices eso, Mercedes. ¿Y qué dirías, pues, si supieses la magnitud del sacrificio que te hago? Supón que el Hacedor Supremo, después de haber creado el mundo, después de haber fertilizado el caos, se hubiese detenido en un tercio de la creación para ahorrar a un ángel las lágrimas que nuestros crímenes hicieron derramar un día a sus ojos inmortales; supón que después de haber preparado todo, de disponer todo, de fecundar todo, en el momento de admirar su obra, Dios hubiese extinguido el sol y empujado al mundo a la noche eterna, entonces tendrás una idea, o más bien no, no, aún no podrás hacerte una idea de lo que yo pierdo quedándome sin vida en este momento.

Mercedes miró al conde con un rostro que reflejaba a la vez su asombro, su admiración y su agradecimiento.

Montecristo apoyó su frente en sus manos ardientes, como si su mente no pudiese soportar sola el peso de sus ideas.

—Edmond —dijo Mercedes—, no tengo más que una palabra que decirte.

El conde sonrió amargamente.

—Edmond —continuó ella—, verás que si mi frente está pálida, que si mis ojos están apagados, que si mi belleza se ha perdido, en fin, que si Mercedes no se parece a ella en los rasgos de su rostro, verás que siempre tuvo el mismo corazón... Adiós, pues, Edmond; no tengo más que pedir al cielo... Te he vuelto a ver tan noble y tan grande como entonces. Adiós, Edmond... ¡Adiós y gracias!

Pero el conde no respondió.

Mercedes abrió la puerta del despacho, y había desaparecido antes de que él se rehiciese de la ensoñación dolorosa y profunda en que la venganza perdida le había sumido.

La una sonaba en el reloj de los Inválidos cuando el coche que llevaba a la señora de Morcerf, rodando sobre el empedrado de los Campos Elíseos, hizo levantar la cabeza al conde de Montecristo.

—¡Insensato! —dijo—. El día en que resolví vengarme, debí arrancarme el corazón.

El encuentro

Después de la marcha de Mercedes, todo volvió a ser sombrío en Montecristo. Alrededor suyo, y aun dentro de sí, su pensamiento se detuvo; su espíritu enérgico se adormeció como hace el cuerpo después de una suprema fatiga.

—¡Qué! —monologaba mientras la lámpara y las bujías se consumían tristemente y los servidores esperaban con impaciencia en la antesala—. ¡Qué! ¡He aquí el edificio, tan lentamente preparado, elevado con tanto cuidado y tantas penas, desmoronarse de un solo golpe, con una sola palabra y bajo un soplo! ¿Y qué? Yo que me creía algo, yo que estaba tan orgulloso, yo que me había visto tan pequeño en los calabozos del castillo de If, y que me hice tan grande, ¿seré mañana un poco de polvo? ¡Ay! No es la muerte del cuerpo lo que lamento; esta destrucción del principio vital, ¿no es a lo que todo tiende, a lo que todo desgraciado aspira, esa calma de la materia por la cual tanto he suspirado, a la cual me encaminaba por la ruta dolorosa del hambre cuando Faria apareció en mi calabozo? ¿Qué es la muerte? Un grado más en la calma, y dos, tal vez, en el silencio. No, no es la existencia lo que lamento, sino la ruina de mis proyectos tan lentamente elaborados, y tan trabajosamente erigidos. La Providencia, que yo creí con ellos, estaba en contra. ¡Dios no quería que se cumpliesen!

»Este fardo que he levantado, casi tan pesado como el mundo, y que creía llevar hasta el fin, según era mi deseo y no mi fuerza; según mi voluntad y no mi poder; tendré que depositarlo apenas a mitad de camino. ¡Oh! Me volveré fatalista, después de que catorce años de desesperanza y diez de esperanza me habían vuelto providencial.

✻ »¡Y todo esto, Dios mío, porque mi corazón, que se creía muerto, sólo estaba ensordecido! Porque ha despertado, porque ha lati-

do, porque he cedido al dolor de ese latido surgido del fondo de mi pecho por la voz de una mujer.

»Y sin embargo —continuó el conde, entristeciéndose más con las previsiones de aquel día siguiente terrible que había aceptado Mercedes—, sin embargo, es imposible que esa mujer, que tiene un corazón tan noble, consienta, por egoísmo, en dejarme matar estando yo tan lleno de fuerza y de vida. ¡Es imposible que lleve hasta ese punto el amor, o más bien el delirio maternal! No, habrá imaginado cualquier escena patética, vendrá a arrojarse entre las espadas, y eso será ridículo en el terreno como sublime era aquí.

Y el rubor del orgullo subió a la frente del conde.

—Ridículo —repitió—, y el ridículo caerá sobre mí... ¡Yo, ridículo! ¡Vamos, antes prefiero morir!

Y a fuerza de exagerar así la mala suerte del día siguiente, a la cual se había condenado al prometer a Mercedes que dejaría vivir a su hijo, el conde acabó diciendo:

—¡Tontería, tontería, tontería! ¿Cómo hacerse el generoso colocándose como un poste frente a la boca de la pistola de ese joven? Jamás creerá que mi muerte es un suicidio y, sin embargo, importa por el honor de mi memoria... (No se trata de vanidad, ¿no es cierto, Dios mío?, sino de un justo orgullo). Importa, por el honor de mi memoria, que todo el mundo sepa que he consentido, por mi voluntad, por mi libre albedrío, en detener mi brazo, ya levantado para golpear, y que ese brazo, tan poderosamente armado contra los demás, me ha golpeado a mí mismo. Es preciso, y lo haré.

Y cogiendo una pluma sacó papel del armario secreter de su escritorio, y trazó en la parte inferior del papel, que era su testamento redactado después de su llegada a París, una especie de codicilo en el cual hacía comprender su muerte a las personas menos clarividentes.

—¡Hago esto, Dios mío —dijo con la mirada levantada al cielo—, tanto por tu honor como por el mío! Durante diez años me he considerado, ¡oh, Dios mío!, como enviado de tu venganza, y sólo me falta que ese miserable de Morcerf, que un Danglars, y un Villefort, se crean que la casualidad les ha librado de su enemigo. Que sepan, por el contrario, que la Providencia, que ya había decretado su castigo, ha sido enmendado por el solo poder de mi voluntad; que el castigo evitado en este mundo, les espera en el otro, y que no han cambiado el tiempo más que por la eternidad.

Mientras divagaba entre estas sombrías incertidumbres, mal sueño de hombre despertado por el dolor, el día blanqueaba los cristales e iluminaba bajo sus manos el pálido papel azul sobre el que acababa de trazar aquella suprema justificación de la Providencia.

Eran las cinco de la mañana.

De pronto oyó un ligero ruido. Montecristo creyó haber oído algo así como un suspiro ahogado; volvió la cabeza, miró en torno suyo y no vio a nadie. Sólo que el ruido se repitió con bastante claridad para que la certeza acabase con la duda.

Entonces el conde se levantó, abrió suavemente la puerta del salón, y, en un sillón, los brazos colgando, su bella cabeza pálida inclinada hacia atrás, vio a Haydée que se había colocado en medio de la puerta a fin de que no pudiese salir sin verla, pero el sueño, tan poderoso en la juventud, la había sorprendido después de la fatiga de tan larga vigilia.

El ruido que hizo la puerta al abrirse no pudo sacar a Haydée de su sueño.

Montecristo posó en ella una mirada llena de dulzura y sentimiento.

—Ella se acordó de que tenía un hijo —dijo—, y yo olvidé que tenía una hija.

Luego, sacudiendo tristemente la cabeza, añadió:

—¡Pobre Haydée! Ha querido verme, ha querido hablar, y ha temido o adivinado algo... ¡Oh! No puedo marcharme sin decirle adiós, no puedo morir sin confiarla a alguien.

Y volvió lentamente a su sitio y escribió a continuación de las primeras líneas:

«Lego a Maximilien Morrel, capitán de *spahis* e hijo de mi antiguo patrón, Pierre Morrel, armador en Marsella, la suma de veinte millones, una parte de los cuales será ofrecida por él a su hermana Julia y a su cuñado Emmanuel, si considera que dicho aumento de fortuna no arruinará su felicidad. Esos veinte millones están escondidos en mi gruta de Montecristo, de la cual Bertuccio conoce el secreto.

»Si su corazón está libre y quiere casarse con Haydée, hija de Alí, pachá de Janina, a quien he educado con el amor de un padre y que ha tenido para conmigo la ternura de una hija, cumplirá, no digo mi última voluntad, pero sí mi último deseo.

»El presente testamento ya ha hecho heredera a Haydée del resto de mi fortuna, consistente en tierras, rentas en Inglaterra, Austria y Holanda, muebles en mis diferentes palacios y casas, y que, aparte de esos veinte millones legados, como los diferentes legados hechos a mis criados, podrán ascender todavía a unos sesenta millones».

Acababa de escribir esta última línea cuando un grito lanzado tras él le hizo abandonar la pluma.

—Haydée —dijo—, ¿has leído?

En efecto, la joven mujer, despierta por la claridad del día, se había levantado y aproximado al conde sin que sus pasos ligeros, amortiguados por la alfombra, hubiesen sido oídos.

—¡Oh! Mi señor —dijo ella juntando las manos—. ¿Por qué escribe así a semejante hora? ¿Por qué me lega toda su fortuna, mi señor? ¿Acaso me abandona?

—Voy a hacer un viaje, querido ángel —dijo Montecristo con una expresión de melancolía y de ternura infinitas—, y si me sucede alguna desgracia...

El conde se detuvo.

—¿Y qué? —preguntó la muchacha con un acento autoritario que el conde no le conocía y le hizo estremecer.

—Pues bien, si me sucede alguna desgracia —replicó Montecristo—, quiero que mi hija sea feliz.

Haydée sonrió tristemente y sacudió la cabeza.

—¿Piensa morir, mi señor?

—Es un pensamiento saludable, hija mía, dijo el sabio.

—Pues bien, si usted muere —repuso ella—, legue su fortuna a otros, porque si usted muere..., yo no tendré necesidad de nada.

Y cogiendo el papel lo desgarró en cuatro pedazos que arrojó en medio del salón. Este esfuerzo tan poco habitual en una esclava debilitó sus fuerzas e hizo que cayese, no dormida, sino desmayada sobre el suelo.

Montecristo se inclinó sobre ella, la levantó entre sus brazos y viendo aquel hermoso rostro pálido, sus bellos ojos cerrados, y aquel precioso cuerpo inanimado, como abandonado, se le ocurrió pensar por primera vez que a lo mejor ella lo amaba de otra manera a como ama una hija a su padre.

—¡Ay! —murmuró con un profundo descorazonamiento—. ¡Aún habría podido ser feliz!

Después de llevar a Haydée a sus aposentos, la dejó, siempre desvanecida, en manos de sus doncellas, regresó a su despacho, que esta vez cerró con viveza tras él, y rehizo el testamento destruido.

Cuando acababa, se dejó oír el ruido de un cabriolé entrando en el patio. Montecristo se aproximó a la ventana y vio descender a Maximilien y a Emmanuel.

—Bueno —dijo—, ya es la hora.

Y escondió su testamento en un triple escondite. Un instante después oyó el sonido de pasos en el salón, y fue a abrir la puerta. Morrel apareció en el umbral.

Se había adelantado a la hora en más de veinte minutos.

—Vengo tal vez demasiado pronto, señor conde —dijo—, pero le confieso francamente que no he podido dormir un minuto, y lo mismo ha sucedido a todos los míos. Tenía necesidad de verle fuerte y animoso en su seguridad para regresar conmigo.

Montecristo no pudo resistir esta prueba de afecto, y en vez de alargar la mano al joven, le abrió los dos brazos.

—Morrel —le dijo con voz emocionada—, es un hermoso día para mí el sentirme amado por un hombre como usted. Buenos días, señor Emmanuel. Entonces, ¿viene conmigo, Maximilien?

—¡Pardiez! —exclamó el joven capitán—. ¿Lo había dudado?

—Pero si yo no tuviese razón...

—Escuche, le estuve mirando ayer durante toda la escena de la provocación, y toda la noche he pensado en su seguridad, y me he dicho que la justicia debe estar con usted, o no habrá modo de creer en el rostro de los hombres.

—Sin embargo, Morrel, Alberto es su amigo.

—Un simple conocido, conde.

—Lo vio usted por primera vez el mismo día que me vio a mí.

—Sí, es cierto; pero, ¿qué quiere? Tendrá que recordármelo usted para que me acuerde.

—Gracias, Morrel.

Después hizo una llamada en el timbre.

—Mira —dijo a Alí, que apareció inmediatamente—, haz llevar esto a casa de mi notario. Es mi testamento, Morrel. Muerto yo, vaya a enterarse de su contenido.

—¡Cómo! —exclamó Morrel—. ¿Muerto usted?

—¡Eh! ¿Acaso no hay que prever todo, querido amigo? Pero, ¿qué hizo ayer después de dejarme?

—Fui a casa Tortoni, en donde, como me suponía, encontré a Beauchamp y a Chateau Renaud. Le confieso que los buscaba.

—¿Para qué, ya que todo estaba convenido?

—Escuche, conde, el asunto es grave, inevitable.

—¿Lo duda usted?

—No. La ofensa ha sido pública, y ya hablan todos de ella.

—¿Y qué?

—Pues bien, esperaba que cambiasen las armas, sustituir la pistola por la espada. La pistola es ciega.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó con viveza Montecristo, con una remota esperanza.

—No, porque conocen su valía con la espada.

—¡Bah! ¿Quién me ha traicionado, entonces?

—Los maestros de armas con quien se ha batido.

—¿Y no lo ha conseguido?

—Se han negado rotundamente.

—Morrel —dijo el conde—, ¿me ha visto usted disparar alguna vez?

—Nunca.

—Pues bien, aún tiene tiempo. Mire.

Montecristo cogió las pistolas que tenía cuando Mercedes entrara, y pegando un as de trébol en la placa, de cuatro disparos quitó sucesivamente las cuatro ramas del trébol.

A cada disparo, Morrel palidecía.

Examinó las balas con las cuales hizo la demostración Montecristo, y vio que no eran más gruesas que un perdigón.

—¡Es espantoso! —dijo—. ¿Lo ves, Emmanuel?

Después, volviéndose a Montecristo, dijo:

—Conde, en nombre del cielo, no mate a Alberto. El desdichado tiene una madre.

—Es justo —replicó Montecristo—, y yo no la tengo.

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono que hizo estremecer a Morrel.

—Es usted el ofendido, conde.

—Sin duda. ¿Y eso qué quiere decir?

—Que usted disparará el primero.

—¿Yo disparo el primero?

—¡Oh! Eso lo he obtenido, o más bien, lo he exigido; ya les hicimos bastantes concesiones para que nos hiciesen ésta.

—¿Y a cuántos pasos?

—A veinte.

Una espantosa sonrisa asomó a los labios del conde.

—Morrel —dijo—, no olvide lo que acaba de ver.

—Así, pues —dijo el joven—, no cuento más que con su emoción para salvar a Alberto.

—¿Yo, conmovido? —dijo Montecristo.

—O con su generosidad, amigo mío; seguro como está de su disparo, puedo decirle algo que sería ridículo decir a otro.

—¿Qué?

—Rómpale un brazo, hiérale, pero no lo mate.

—Morrel, escúcheme aún —dijo el conde—, no tengo necesidad de que me animen para salvar al señor de Morcerf. El señor de Morcerf, se lo anuncio de antemano, regresará muy tranquilo con sus amigos, mientras que yo...

—Bien, ¿y usted?

—¡Oh! Eso es otra cosa; a mí me llevarán.

—¡Vamos...! —exclamó Morrel fuera de sí.

—Tal y como se lo digo, mi querido Morrel; el señor de Morcerf me matará.

Morrel miró al conde como hombre que no comprende nada.

—¿Qué le ha sucedido, entonces, desde ayer noche, conde?

—Lo que le ocurrió a Bruto la víspera de la batalla de Filipo: que he visto un fantasma.

—¿Y ese fantasma?

—Ese fantasma, Morrel, me dijo que había vivido bastante.

Maximilien y Emmanuel se miraron; Montecristo sacó su reloj.

—Partamos —dijo—, son las siete y cinco, y la cita es para las ocho en punto.

Un coche esperaba enganchado; Montecristo subió a él con sus dos testigos.

Al atravesar el pasillo, Montecristo se había detenido para escuchar delante de una puerta, y Maximilien y Emmanuel, que por discreción habían dado algunos pasos más, creyeron oír responder a un sollozo con un suspiro.

A las ocho en punto se encontraban en el lugar de la cita.

—Henos aquí —dijo Morrel asomando la cabeza por la ventanilla— y somos los primeros.

—El señor me perdonará —dijo Bautista que había seguido a su amo con un terror indecible—, pero me parece ver allá abajo un coche oculto entre los árboles.

—En efecto —dijo Emmanuel—, veo allá a dos jóvenes que se pasean y parecen esperar.

Montecristo saltó con ligereza de la calesa y dio la mano a Emmanuel y a Maximilien para ayudarles a descender.

Maximilien retuvo la mano del conde entre las suyas.

—Enhorabuena —dijo—. He aquí una mano como me gusta verla en un hombre que confía en la bondad de su causa.

Montecristo atrajo a Morrel, no aparte, sino uno o dos pasos detrás de su cuñado.

—Maximilien —le preguntó—, ¿tiene usted el corazón libre?

Morrel miró a Montecristo con asombro.

—No le pido una confidencia, querido amigo, sólo le dirijo una sencilla pregunta; respóndame sí o no; es cuanto deseo saber.

—Amo a una muchacha, conde.

—¿La quiere usted mucho?

—Más que a mi vida.

—Vamos —dijo Montecristo—, he aquí otra esperanza que se me escapa —y añadió suspirando—: ¡Pobre Haydée!

—En verdad, conde —exclamó Morrel—, si le conociese menos, le creería menos valiente de lo que usted es.

—¡Porque pienso en alguien que voy a dejar y suspiro! Vamos, Morrel, un soldado debe conocer mejor el valor. ¿Acaso lamento la vida? ¿Qué me importa a mí, que he pasado veinte años entre la vida y la muerte, vivir o morir? Además, esté tranquilo, Morrel; esta debilidad, si es que existe, sólo es para usted. Sé que el mundo es un salón en el que hace falta aparecer cortés y honradamente, es decir, saludando y pagando las deudas de juego.

—Enhorabuena —dijo Morrel—, eso se llama hablar. A propósito, ¿ha traído usted sus armas?

—¿Yo? ¿Y para qué? Espero que esos señores tengan las suyas.

—Voy a informarme —dijo Morrel.

—Sí, pero nada de negociaciones, ¿entiende?

—Esté tranquilo.

Morrel avanzó hacia Beauchamp y Chateau Renaud. Estos, al ver avanzar a Maximilien, salieron a su encuentro.

Los tres jóvenes se saludaron, si no con afabilidad, al menos con cortesía.

—Perdón, señores —dijo Morrel—, pero no veo al señor de Morcerf.

—Esta mañana —respondió Chateau Renaud—, nos ha advertido que se reuniría con nosotros en el terreno.

—¡Ah! —exclamó Morrel. Beauchamp sacó su reloj.

—Ocho y cinco minutos; no hay tiempo perdido, señor Morrel —dijo.

—¡Oh! —respondió Maximilien—. No lo decía con esa intención.

—Además —interrumpió Chateau Renaud—, he aquí un coche.

En efecto, un coche avanzaba al galope por una de las avenidas que desembocaban en la rotonda en que se encontraban.

—Señores —dijo Morrel—, sin duda están ustedes provistos de pistolas. El señor de Montecristo ha renunciado al derecho que tenía de servirse de las suyas.

—Hemos previsto esa delicadeza por parte del conde, señor Morrel —respondió Beauchamp—, y he traído armas, unas que compré hace ocho o diez días en la creencia de que las necesitaría para un asunto de éstos. Están nuevas y aún no han servido a nadie. ¿Quiere examinarlas?

—¡Oh, señor Beauchamp! —dijo Morrel inclinándose—. Cuando usted me asegura que el señor de Morcerf no conoce esas armas, también pensará que me basta su palabra, ¿no es eso?

—Señores —dijo Chateau Renaud—, no era Morcerf quien llegaba en ese coche; son Franz y Debray.

En efecto, los dos jóvenes anunciados avanzaron.

—¿Vosotros aquí? —dijo Chateau Renaud cambiando con cada uno un apretón de manos—. ¿Y por qué casualidad?

—Porque Alberto —dijo Debray—, nos ha rogado esta mañana que nos encontrásemos aquí.

Beauchamp y Chateau Renaud se miraron con aire asombrado.

—Señores —dijo Morrel—, creo comprenderlo.

—¡Veamos!

—Ayer, a primera hora de la tarde, recibí una carta del señor de Morcerf que me rogaba que me encontrase en la ópera.

—Y yo también —dijo Debray.

—Yo también —dijo Franz.

—Y nosotros también —dijeron Chateau Renaud y Beauchamp.

—Quería que estuviésemos presentes en la provocación —dijo Morrel—, y deseará que lo estemos igualmente en el combate.

—Sí —dijeron los otros jóvenes—, es eso, señor Maximilien. Probablemente usted ha adivinado lo cierto.

—Pero, con todo esto —murmuró Chateau Renaud—, Alberto no viene. Ya se retrasa diez minutos.

—Ahí está —dijo Beauchamp—. Viene a caballo. Vaya, a galope tendido y seguido de su criado.

—¡Qué imprudencia! —dijo Chateau Renaud—. ¡Venir a caballo para batirse a pistola! ¡Y yo que se lo había explicado todo!

—Y además, vean —dijo Beauchamp—, con cuello bajo su corbata, con el traje abierto y con chaleco blanco. No le falta más que dibujarse un blanco en el estómago. ¡Hubiese sido más sencillo y más rápido!

Entretanto Alberto había llegado a diez pasos del grupo que formaban los cinco jóvenes; detuvo su caballo, saltó a tierra y entregó la brida a su criado.

Alberto se aproximó.

Estaba pálido, sus ojos estaban enrojecidos e hinchados. Se veía que no había dormido un segundo en toda la noche.

Una nube de tristeza que no le era habitual se extendía por todo su rostro.

—Gracias, señores —dijo—, por haber acudido a mi invitación; creed que os estoy muy reconocido por esta muestra de amistad.

Morrel, al aproximarse Morcerf, había retrocedido una docena de pasos y se mantenía a distancia.

—Y a usted también, señor Morrel —dijo Alberto—, mi agradecimiento por su presencia. Acérquese, no está de más.

—Señor —dijo Maximilien—, ¿ignora tal vez que soy el testigo del señor de Montecristo?

—No estaba seguro, pero dudaba. Tanto mejor, cuantos más hombres de honor haya aquí, estaré más satisfecho.

—Señor Morrel —dijo Chateau Renaud—, puede anunciar al señor conde de Montecristo que ha llegado el señor de Morcerf, y que estamos a su disposición.

Morrel hizo ademán de ir a cumplir su comisión.

Beauchamp, al mismo tiempo, sacaba del coche la caja de las pistolas.

—Esperen, señores —dijo Alberto—, tengo que decir dos palabras al señor conde de Montecristo.

—¿En privado? —preguntó Morrel.

—No, señor, delante de todo el mundo.

Los testigos de Alberto se miraron muy sorprendidos. Franz y Debray cambiaron algunas palabras en voz baja, y Morrel, contento por este inesperado incidente, fue en busca del conde, que se paseaba en otra avenida con Emmanuel.

—¿Qué me quiere? —preguntó Montecristo.

—Lo ignoro, pero quiere hablarle.

—¡Oh! —dijo Montecristo—. ¡Que no tiene a Dios con algún nuevo ultraje!

—No creo que sea esa su intención —dijo Morrel.

El conde avanzó acompañado de Maximilien y Emmanuel; su rostro tranquilo y lleno de serenidad hacía un extraño contraste con el rostro turbado de Alberto, que se acercaba, por su parte, acompañado de los cuatro jóvenes.

A tres pasos uno de otro, Alberto y el conde se detuvieron.

—Señores —dijo Alberto—, aproxímense ustedes; deseo que no pierdan ni una sola palabra de lo que voy a tener el honor de decir al señor conde de Montecristo; porque lo que voy a tener el honor de expresar, debe ser repetido por ustedes a quien tenga deseos de oírlo, por extraño que mi discurso parezca.

—Espero, señor —dijo el conde.

—Señor —dijo Alberto con voz temblorosa al principio, pero que se afirmó cada vez más—, señor, yo le reprochaba haber divulgado la conducta del señor de Morcerf en Spiro; porque, por muy culpable que fuese el señor conde de Morcerf, no creí que usted tuviese derecho a castigarlo. Pero hoy, señor, sé que este derecho le pertenece. No es la traición de Fernando Mondego hacia Alí Pachá la que me hace excusarle, sino la traición del pescador Fernando hacia usted, y las desgracias inauditas que siguieron a esa traición. Así, pues, lo digo y lo proclamo bien alto: sí, señor, usted ha tenido razón para vengarse de mi padre, y yo, su hijo, le agradezco que no haya hecho más.

* Un rayo, caído en medio de los espectadores de esta escena inesperada, no hubiese asombrado más que esta declaración de Alberto.

En cuanto a Montecristo, sus ojos se habían levantado lentamente hacia el cielo con una expresión de infinito agradecimiento; no dejaba de admirar como esta naturaleza, conociendo el carácter fogoso y el valor de Alberto en medio de los bandidos romanos, se había doblegado a tan súbita humillación. Por tanto reconoció la influencia de Mercedes, y comprendió por qué aquel noble corazón no se había opuesto al sacrificio que sabía inútil.

—Ahora, señor —dijo Alberto—, si encuentra que las disculpas que acabo de pedirle son bastante, deme su mano, se lo ruego. Después del mérito, tan raro, de la infalibilidad, que parece ser suyo, el mayor de todos, en mi opinión, es el de saber reconocer los errores. Pero este reconocimiento me concierne a mí solo. Actuaba bien, según los hombres; pero usted obraba bien, según Dios. Sólo un ángel podía salvar a uno de nosotros de la muerte, y el ángel descendió del cielo, si no para hacer de nosotros dos amigos, pues la fatalidad lo hace imposible, al menos para que dos hombres se estimen.

Montecristo, los ojos húmedos, el pecho palpitante y la boca entreabierta, alargó la mano a Alberto, quien la cogió y la estrechó con un sentimiento que se parecía a un respetuoso temor.

—Señores —dijo—, el señor de Montecristo acepta mis excusas. Había actuado precipitadamente respecto a él. La precipitación es mala consejera: había actuado mal. Ahora mi falta está reparada. Espero que todo el mundo no me tenga por cobarde, porque haya hecho lo que mi conciencia me exigía que hiciese. Pero, en todo caso, si alguien se equivoca respecto a mí —añadió el joven levantando la cabeza con fiereza y como si lanzase un desafío a sus amigos y a sus enemigos—, trataré de enderezar las opiniones.

—¿Qué ha sucedido esta noche? —preguntó Beauchamp a Chateau Renaud—. Me parece que aquí hacemos un papel muy triste.

—En efecto, lo que acaba de hacer Alberto es muy bajo o muy hermoso —respondió el barón.

—¡Ah! Veamos —preguntó Debray a Franz—, ¿qué quiere decir esto? ¡Cómo! El conde de Montecristo deshonra al señor de Morcerf, y tiene razón a los ojos de su hijo. Pero, tuviese yo diez Janina en mi familia y no me creería obligado más que a una cosa: batiirme diez veces.

Montecristo, por su parte, la cabeza inclinada, los brazos caídos, aplastado por veinticuatro años de recuerdos, no pensaba ni en

Alberto, ni en Beauchamp, ni en Chateau Renaud, ni en nadie de los que le rodeaban; sólo pensaba en aquella animosa mujer que había acudido a pedirle la vida de su hijo, a quien él había ofrecido la suya y que acababa de salvarla con la confesión de un terrible secreto de familia, capaz de matar para siempre en aquel joven el sentimiento de piedad filial.

—¡Siempre la Providencia! —murmuró—. ¡Ah! Desde hoy sí que estoy bien seguro de ser el enviado de Dios.

La madre y el hijo

El conde de Montecristo saludó a los cinco jóvenes con una sonrisa llena de melancolía y de dignidad, y volvió a montar en su coche con Maximilien y Emmanuel.

Alberto, Beauchamp y Chateau Renaud permanecieron solos en el campo del honor.

El joven dirigió a sus dos testigos una mirada que, sin ser tímida, parecía pedirles su opinión sobre lo que acababa de suceder.

—A fe mía, mi querido amigo —dijo Beauchamp, bien porque fuese el más sensible, o porque disimulaba menos—, que debo felicitarte: he aquí un desenlace bien inesperado de un asunto muy desagradable.

Alberto permaneció silencioso y pensativo en su ensoñación. Chateau Renaud se limitó a golpear su bota con su bastón.

—¿No nos vamos? —dijo después de aquel silencio embarazoso.

—Cuando gustes —respondió Beauchamp—. Déjame solamente un momento para complimentar al señor de Morcerf; ha dado pruebas de una generosidad tan caballeresca..., tan rara...

—¡Oh, sí! —dijo Chateau Renaud.

—Es magnífico —continuó Beauchamp— poder conservar un dominio sobre sí tan grande.

—Seguramente; yo hubiese sido incapaz —dijo Chateau Renaud, con una frialdad de las más significativas.

—Señores —interrumpió Alberto—, creo que ustedes no han comprendido que entre el señor de Montecristo y yo ha pasado algo muy grave.

—Si tal, si tal —dijo inmediatamente Beauchamp—, pero todos nuestros papanatas no estarán a la altura de comprender tu heroísmo, y tarde o temprano, te verás forzado a explicarlo de una for-

ma más enérgica, que no conviene a la salud ni a la duración de la vida. ¿Quieres que te dé un consejo de amigo? Márchate para Nápoles, La Haya o San Petersburgo, países tranquilos en los que se es más inteligente en cuestiones de honor que entre nuestros cerebros tronados de parisienses. Una vez allí, ejercítate en tirar a pistola y con florete; cita obligada para regresar apaciblemente a Francia dentro de unos años, o bastante respetable, cuando se quiere conquistar la tranquilidad con los ejercicios académicos. ¿No es eso, señor de Chateau Renaud?

—Esa es, exactamente, mi opinión —dijo el gentilhomme—. Nada llama tanto a los duelos serios como un duelo sin resultado.

—Gracias, señores —respondió Alberto, con una fría sonrisa—. Seguiré vuestro consejo, no porque me lo deis, sino porque mi intención era abandonar Francia. También agradezco el servicio que me habéis prestado sirviendo de testigos. Está profundamente grabado en mi corazón, porque después de las palabras que acabo de oír, no me acuerdo más que de él.

Chateau Renaud y Beauchamp se miraron. La impresión era la misma en ambos, y el tono con el cual Morcerf acababa de pronunciar su agradecimiento estaba imbuido de tal resolución que la situación de todos hubiese sido embarazosa de continuar la conversación.

—Adiós, Alberto —dijo de repente Beauchamp, tendiéndole negligentemente la mano, sin que él pareciese salir de su letargo. En efecto, no respondió nada al ofrecimiento de esta mano.

—Adiós —dijo a su vez Chateau Renaud, conservando en la mano izquierda su bastón y saludando con la derecha.

Los labios de Alberto apenas pronunciaron: «¡Adiós!». Su mirada era más explícita; encerraba todo un poema de contenidas cóleras, de fieros desdenes y de generosa indignación.

Cuando sus dos testigos volvieron a subir a su coche, se quedó algún tiempo en su postura inmóvil y melancólica; después, desatando su caballo del árbol al cual su criado había anudado la brida, saltó ligeramente sobre la silla y reemprendió el galope camino de París. Un cuarto de hora más tarde entraba en la mansión de la calle Helder.

Al descender del caballo creyó percibir, detrás de la cortina del dormitorio del conde, el rostro pálido de su padre; Alberto giró la cabeza con un suspiro y entró en su pabellón.

Llegado allí, echó una última mirada a todas las riquezas que habían hecho su vida tan dulce y tan feliz desde la infancia; miró una vez más aquellos cuadros, cuyas figuras parecían sonreírle, y cuyos paisajes parecían animarse de vivos colores.

Después sacó de su marco de encina el retrato de su madre, que enrolló, dejando vacío y negro el cuadro de oro que lo enmarcaba.

Luego puso en orden sus bellas armas turcas, sus preciosos fusiles ingleses, sus porcelanas japonesas, sus copas labradas, sus broncees artísticos, firmados por Feuchers o Barye; examinó los armarios y colocó las llaves en cada uno de ellos; echó en un cajón de su secreter, que dejó abierto, todo el dinero de bolsillo que llevaba encima, y reunió la infinidad de joyas caprichosas que llenaban sus copas, sus joyeros y sus estantes; hizo un inventario exacto y preciso de todo, y lo colocó en el lugar más visible de una mesa, después de haberla desembarazado de libros y papeles que la abarrotaban.

Al empezar este trabajo su criado, a pesar de la orden que le había dado Alberto de dejarle solo, entró en su cuarto.

—¿Qué quiere? —le preguntó Morcerf, en un tono más triste que molesto.

—Perdón, señor —dijo el ayuda de cámara—. El señor me prohibió que le molestara, es cierto, pero el señor conde de Morcerf me ha llamado.

—¿Y bien? —preguntó Alberto.

—Que no he querido presentarme al señor conde sin recibir las órdenes del señor.

—¿Por qué?

—Porque el señor conde, sin duda, sabe que he acompañado al señor sobre el terreno.

—Es probable —dijo Alberto.

—Y si me llama, sin duda es para preguntarme sobre lo que ha sucedido allá. ¿Qué debo responderle?

—La verdad.

—Entonces, ¿le diré que el duelo no tuvo lugar?

—Dirá que he dado excusas al señor conde de Montecristo. Vaya.

El criado se inclinó y salió.

Alberto se puso de nuevo con su inventario.

Cuando terminaba este trabajo, llamó su atención el ruido de caballos piafando en el patio y las ruedas de un carruaje; se

aproximó a la ventana y vio a su padre montando en su calesa y marcharse.

Apenas fue cerrada la puerta de la mansión tras el conde, Alberto se dirigió al aposento de su madre, y como nadie estaba allí para anunciarle, penetró hasta el dormitorio de Mercedes, y, con el corazón oprimido por lo que veía y lo que adivinaba, se detuvo en el umbral.

Como si la misma alma animase los dos cuerpos, Mercedes hacía en su cuarto lo mismo que Alberto había hecho en el suyo. Todo estaba puesto en orden: los encajes, los aderezos, las joyas, la lencería y la plata iban colocándose en el fondo de los cajones, de los cuales la condesa reunía cuidadosamente las llaves.

Alberto vio todos estos preparativos; los comprendió y, echando los brazos al cuello de Mercedes, exclamó:

—¡Madre mía!

El pintor que hubiese podido captar la expresión de estas dos figuras, hubiese hecho un buen cuadro.

En efecto, aquella enérgica resolución que no había atemorizado a Alberto para él, le aterraba para su madre.

—¿Qué hace, pues? —le preguntó.

—¿Qué hacías tú? —respondió ella.

—¡Oh, madre mía! —exclamó Alberto, emocionado hasta el punto de no poder hablar—. Hay gran diferencia conmigo. No, usted no puede haber resuelto lo que yo he decidido, porque yo vengo a advertirla que digo adiós a esta casa, y... y a usted.

—Yo también, Alberto —respondió Mercedes—. Yo también me voy. Había contado con que mi hijo me acompañaría; ¿me he equivocado?

—Madre mía —dijo Alberto con firmeza—, no puedo hacerla participar de la suerte que me destino: desde ahora en adelante es preciso que viva sin nombre y sin fortuna; necesito, para empezar el aprendizaje de esta ruda existencia, pedir a un amigo el pan que comeré desde hoy hasta el momento en que lo gane. Así, pues, mi buena madre, voy ahora mismo a casa de Franz a rogarle que me preste la pequeña suma que he calculado necesaria.

—¡Tú, mi pobre hijo! —exclamó Mercedes—. Tú, sufrir miseria, pasar hambre. ¡Oh! No me digas eso, destrozaría todas mis resoluciones.

—Pero no las mías, madre mía —respondió Alberto—. Soy joven, soy fuerte, y creo que soy valiente; desde ayer he aprendi-

do lo que puede la voluntad. ¡Ay! Madre mía, existen tantas personas que han sufrido, y que no solamente no han muerto, sino que incluso han levantado una nueva fortuna sobre las ruinas de todas las promesas de dicha que el cielo les hizo, sobre los restos de todas las esperanzas que Dios les había dado. He aprendido eso, madre mía, he visto a esos hombres; sé que desde el fondo del abismo a donde los había hundido su enemigo, se han levantado con tanto vigor y gloria, que han dominado a su antiguo vencedor y lo han precipitado a su vez. No, madre mía, no; he roto, a partir de hoy, con el pasado, y no acepto más nada, ni siquiera mi nombre, porque ya lo comprende usted, ¿no es así, madre mía? Su hijo no puede llevar el nombre de un hombre que debe sonrojarse ante otro.

—Alberto, hijo mío —dijo Mercedes—, si tuviese un corazón más fuerte, ése es el consejo que te hubiese dado; tu conciencia ha hablado cuando mi voz se callaba; escucha tu conciencia, hijo mío. Tienes amigos, Alberto, rompe con ellos momentáneamente, pero no desesperes; te lo ruega tu madre. A tu edad la vida aún es hermosa, mi querido Alberto, porque apenas si tienes veintidós años; y como a un corazón tan puro como el tuyo hace falta un nombre sin tacha, toma el de mi padre: se llamaba Herrera. Te conozco, Alberto mío; cualquier carrera que sigas, en seguida harás ilustre ese nombre. Entonces, amigo mío, reaparecerás en el mundo aún más brillante por tus desgracias pasadas; y si eso no fuese así, pese a mis previsiones, déjame al menos esta esperanza; déjamela, ya que no tendré más que esta idea, este porvenir, y para quien el sepulcro empiece en el umbral de esta casa.

—Lo haré según sus deseos, madre mía —dijo el joven—. Sí, yo comparto sus esperanzas: la cólera del cielo no nos perseguirá siendo usted tan pura y yo tan inocente. Pero, ya que estamos decididos, actuemos rápidamente; el señor de Morcerf ha abandonado la casa hace media hora aproximadamente; la ocasión, como ve, es favorable para evitar un ruido y un explicación.

—Te espero, hijo mío —dijo Mercedes.

Alberto corrió inmediatamente hasta el bulevar, donde cogió un fiacre que debía conducirlo fuera de la casa; se acordaba de cierta casita amueblada en la calle de los Saints Pères, en donde su madre encontraría una vivienda modesta, pero decente; regresó, pues, a buscar a la condesa.

En el momento en que el fiacre se detuvo delante de la puerta, y Alberto descendía, un hombre se aproximó a él y le entregó una carta.

Alberto reconoció al intendente.

—De parte del conde —dijo Bertuccio.

Alberto tomó la carta, la abrió y la leyó.

Tras haberla leído, buscó con la vista a Bertuccio, pero mientras leía, el intendente había desaparecido.

Entonces Alberto, con lágrimas en los ojos y el corazón emocionado, regresó junto a Mercedes y, sin pronunciar una palabra, le presentó la carta.

Mercedes leyó:

«Alberto:

»Al hacerle ver que conozco su proyecto de irse, creo mostrarle también que comprendo su delicadeza. Ya es libre, va a abandonar la casa del conde y a retirarse con su madre, tan libre como usted; pero reflexione, Alberto, le debe más de lo que usted puede pagar con su pobre y noble corazón. Guarde para usted la lucha, reclame para usted los sufrimientos; pero ahórrele esta primera miseria que inevitablemente acompañará sus primeros esfuerzos; porque ella no merece ni siquiera el reflejo de la desgracia que hoy la persigue, y la Providencia no quiere que el inocente pague por el culpable.

»Sé que ambos van a abandonar la casa de la calle Helder sin llevarse nada. Cómo lo he sabido, no traten de averiguarlo. Lo sé y eso es todo.

»Escuche, Alberto.

»Hace veinticuatro años volvía yo contento y orgulloso a mi patria. Tenía una novia, Alberto, una santa muchacha a quien adoraba y a la que traía ciento cincuenta lises reunidos penosamente en un trabajo sin descanso. Este dinero lo destinaba para ella, y sabiendo cuán pérfido es el mar, había enterrado nuestro tesoro en el jardincillo de la casa que mi padre habitaba en Marsella, en la avenida de Meilhan.

»Su madre, Alberto, conoce bien aquella pobre y querida casa.

»Últimamente, viniendo a París, pasé por Marsella. Fui a ver esta casa de tan dolorosos recuerdos, y por la noche, con

un azadón en la mano, cavé en el rincón en que había oculto mi tesoro. La cajita de hierro aún estaba en su sitio, nadie la había tocado; está al pie de una hermosa higuera que mi padre plantó el día de mi nacimiento.

»Pues bien, Alberto, este dinero que en otros tiempos debía ayudar en la vida y en la tranquilidad a esta mujer que yo adoraba, hoy, por una extraña y dolorosa casualidad, ha encontrado el mismo empleo. ¡Oh! Comprenda bien mi intención, yo que podría ofrecer millones a esa pobre mujer, y que le devuelvo solamente el pedazo de pan negro olvidado bajo mi pobre techo desde el día en que fui separado de ella para siempre.

»Usted es un hombre generoso, Alberto, pero tal vez esté ciego de orgullo o de resentimiento; si me rechaza, si pide a otro lo que yo tengo derecho a ofrecer, diré que es poco generoso rechazar la vida de su madre, ofrecida por un hombre a quien su padre le hizo morir al suyo entre los horrores del hambre y de la desesperación».

Concluida esta lectura, Alberto permaneció pálido e inmóvil en espera de la decisión de su madre.

Mercedes levantó al cielo una mirada llena de una expresión inefable.

—Acepto —dijo—. Tiene derecho a pagar la dote que aportaré a un convento.

Y, poniendo la carta sobre su corazón, cogió el brazo de su hijo, y con un paso más firme de lo que esperaba tener, emprendió el camino de la escalera.

El suicidio

Entretanto, Montecristo también había regresado con Emmanuel y Maximilien.

La vuelta fue alegre. Emmanuel no disimulaba su alegría al ver como la paz sucedía a la guerra, y confesaba en voz alta sus gustos filantrópicos. Morrel, en un rincón del coche, dejaba que la alegría de su cuñado se evaporase en palabras, y guardaba para sí una alegría más pura, pero que sólo brillaba en sus miradas.

En la barrera del Trono encontraron a Bertuccio; esperaba allí, inmóvil como un centinela en su puesto.

Montecristo asomó la cabeza por la ventanilla, cambió con él algunas palabras en voz baja, y el intendente desapareció.

—Señor conde —dijo Emmanuel al llegar a la altura del palacio real—, le ruego que me deje a la puerta de casa para que mi mujer no pueda tener ni un solo momento de inquietud ni por usted ni por mí.

—Si no fuese ridículo hacer ostentación de su triunfo —dijo Morrel—, invitaría al señor conde a que entrase en casa; pero él también tendrá corazones que tranquilizar. Nosotros ya hemos llegado, Emmanuel; saludemos a nuestro amigo y dejémoslo continuar su camino.

—Un momento —dijo Montecristo—, no me priven así, de una sola vez, de mis compañeros; Emmanuel, vuelva con su encantadora esposa, a la cual le ruego presente mis respetos, y usted, Morrel, acompañeme hasta los Campos Elíseos.

—Encantado —dijo Maximilien—, máxime cuando tengo algo que hacer en su barrio, conde.

—¿Te esperamos para almorzar? —preguntó Emmanuel.

—No —respondió el joven.

La puerta se cerró y el coche continuó su camino.

—Ve cómo le he traído suerte —dijo Morrel cuando se encontraron solos—. ¿No ha pensado en ello?

—Sí —replicó Montecristo—; por eso mismo quiero tenerle junto a mí.

—¡Es milagroso! —continuó Morrel respondiendo a su propio pensamiento.

—¿El qué? —inquirió Montecristo.

—Lo que acaba de suceder.

—Sí —respondió el conde con una sonrisa—. Usted ha dicho la palabra, Morrel: es milagroso.

—Porque al fin —comentó Morrel—, Alberto es valiente.

—Muy valiente —dijo Montecristo—. Lo he visto dormir teniendo el puñal colgado sobre su cabeza.

—Y yo sé que se ha batido dos veces, y que lo ha hecho muy bien —dijo Morrel—. Compagine usted esto con su conducta de esta mañana.

—Su influencia, siempre —repuso Montecristo sonriendo.

—Es una suerte que Alberto no haya sido militar —dijo Morrel.

—¿Por qué?

—¡Excusas sobre el terreno! —comentó el joven meneando la cabeza.

—Vamos —dijo el conde con suavidad—, ¿no irá a caer en los prejuicios de las personas vulgares, verdad, Morrel? ¿No conveniría en que, si Alberto es valiente, no puede ser un cobarde; que es posible que haya tenido una razón para actuar como lo ha hecho esta mañana y que, por tanto, su conducta es más bien heroica?

—Sin duda, sin duda —respondió Morrel—. Pero diré como el español: Ha estado hoy menos valiente que ayer.

—Almorzará conmigo, ¿no es eso, Morrel? —dijo el conde para cortar la conversación.

—No, le dejo a las diez.

—Entonces, ¿es una cita para almorzar?

Morrel sonrió y sacudió la cabeza.

—Pero, en fin, tendrá que almorzar en algún sitio.

—¿Y si no tengo hambre? —dijo el joven.

—¡Oh! —exclamó el conde—. No conozco más que dos sentimientos que cortan el apetito de esa manera: el dolor (y como afortunadamente le veo muy alegre, no es eso), y el amor. Ahora bien, después de lo que me dijo sobre su corazón, me permito creer...

—A fe mía, conde —replicó jovialmente Morrel—, que no le digo que no.

—¿Y no me cuenta eso, Maximilien? —repuso el conde en un tono tan vivo que se le veía interesado en conocer el secreto.

—Ya le he hecho ver esta mañana que tengo un corazón, ¿no es cierto, conde?

Por toda respuesta, Montecristo alargó la mano al joven.

—Pues bien —continuó éste—, desde que este corazón no está con usted en el bosque de Vincennes, está en otra parte y voy a buscarlo.

—Vaya, entonces —dijo lentamente el conde—, vaya, mi querido amigo; pero si por casualidad encuentra algún obstáculo, acuérdesse de que tengo algún poder en este mundo, y que sería muy dichoso pudiendo ser útil a las personas que quiero como a usted, Morrel.

—Bien —dijo el joven—, me acordaré como los niños egoístas se acuerdan de sus padres cuando los necesitan. En cuanto tenga necesidad de usted, y tal vez llegue ese momento, pensaré en usted, conde.

—Bien, recojo su palabra. Adiós, pues.

—Hasta la vista.

Habían llegado al frente de la casa de los Campos Elíseos; Montecristo abrió la puerta y Morrel saltó al suelo. Bertuccio esperaba en la escalinata.

Morrel desapareció por la avenida de Marigny y Montecristo caminó rápido hacia Bertuccio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Pues bien —respondió el intendente—. Ella va a abandonar su casa.

—¿Y su hijo?

—Florentino, su ayuda de cámara, cree que hará otro tanto.

—Venga.

Montecristo se llevó a Bertuccio a su despacho, escribió la carta que ya hemos conocido, y se la entregó al intendente.

—Vaya y sea diligente; a propósito, haga que avisen a Haydée que he vuelto.

—Aquí estoy —dijo la muchacha que, al ruido del coche, había descendido, y cuyo rostro rebosaba alegría al ver al conde sano y salvo.

Bertuccio salió.

Todos los transportes de una hija que vuelve a ver a un padre querido, todos los delirios de una amante que vuelve a ver al amante adorado, los experimentó Haydée en los primeros momentos de aquel regreso que esperaba con tanta impaciencia.

La alegría de Montecristo, con ser menos expansiva, no era menos grande; gozo para los corazones que han sufrido mucho tiempo es lo que el rocío para las tierras abrasadas por el sol; corazón y tierra absorben esa lluvia bienhechora que cae sobre ellas, y nada desperdician fuera. Desde hacía algunos días, Montecristo comprendía una cosa que desde hacía tiempo no se atrevía a creer, y es que había otra Mercedes en el mundo y él aún podía ser dichoso.

Su mirada ardiente de dicha se sumergía con avidez en las miradas húmedas de Haydée, cuando de pronto se abrió la puerta. El conde frunció el ceño.

—¡El señor de Morcerf! —anunció Bautista como si aquella palabra encerrase una excusa.

En efecto, el rostro del conde se iluminó.

—¿Cuál? —preguntó—. ¿El vizconde o el conde?

—El conde.

—¡Dios mío! —exclamó Haydée—. ¿Todavía no ha concluido?

—No sé si ha concluido, mi amada hija —dijo Montecristo cogiendo las manos de la muchacha—, pero lo que sí sé, es que no tienes nada que temer.

—¡Oh! Sin embargo, ese miserable...

—Ese hombre no puede nada contra mí, Haydée —dijo Montecristo—. Cuando tenía que entendérmelas con su hijo, era otra cosa.

—También lo que yo he sufrido —dijo la muchacha— no lo sabrás nunca, mi señor.

Montecristo sonrió.

—¡Por la tumba de mi padre! —dijo Montecristo alargando su mano sobre la cabeza de la joven—. Te juro que si ocurre alguna desgracia, no será a mí.

—Te creo, mi señor, como si Dios me hablase —dijo la muchacha presentando su frente al conde.

Montecristo depositó en aquella frente tan pura y hermosa un beso que hizo latir a la vez dos corazones: uno con violencia y el otro sordamente.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el conde—. ¿Permitirás aún que yo pueda amar? Haga entrar al señor conde de Morcerf al salón —dijo a Bautista, mientras conducía a la hermosa griega a la escalera secreta.

Una palabra explicativa sobre esta visita, esperada tal vez por Montecristo, pero inesperada, sin duda, para nuestros lectores.

Mientras, Mercedes, como hemos dicho, hacía la misma clase de inventario que Alberto había efectuado; mientras ella clasificaba sus alhajas, cerraba sus cajones y reunía las llaves a fin de dejar todo en perfecto orden, ella no se dio cuenta de que un rostro pálido y siniestro había aparecido en el cristal de una puerta que dejaba entrar la claridad del día desde el corredor; desde allí no sólo se podía ver, sino también oír. El que así miraba, sin ser visto ni oído, vio, pues, y oyó todo lo que sucedía en el aposento de la señora de Morcerf.

Desde la puerta acristalada, el hombre del rostro pálido se dirigió al dormitorio del conde de Morcerf, y, llegado allí, levantó con mano temblorosa el visillo de una ventana que daba al patio. Permaneció así diez minutos, inmóvil, mudo y escuchando los latidos de su propio corazón. Para él resultaban muy largos aquellos diez minutos.

Entonces fue cuando Alberto, regresando de su encuentro, percibió a su padre que espiaba su regreso detrás de un visillo, y volvió la cabeza.

Los ojos del conde se dilataron; sabía que el insulto de Alberto a Montecristo había sido terrible, y que tal insulto en cualquier país entrañaba un duelo a muerte. Entonces, si Alberto regresaba sano y salvo, era que el conde estaba vengado.

Un relámpago de indecible alegría iluminó aquel rostro lúgubre, al igual que hace el último rayo de sol antes de perderse en las nubes que parecen más su tumba que su lecho.

Pero ya lo hemos dicho, esperó inútilmente que el joven subiese a su aposento para darle cuenta de su triunfo. Que su hijo antes del combate no hubiese querido ver al padre del cual iba a vengar su honor, podía comprenderse; pero una vez vengado el honor del padre, ¿por qué ese hijo no acudía a echarse en sus brazos?

Entonces fue cuando el conde, no pudiendo ver a Alberto, entró en busca de su criado. Ya se sabe que Alberto había autorizado a éste a que no ocultara nada al conde.

Diez minutos después se vio aparecer en la escalinata al general de Morcerf, vestido con una levita negra, llevando un cuello militar, un pantalón negro y guantes negros. Había dado sus órdenes con anterioridad, al parecer; porque, apenas pisó el último escalón del pórtico, apareció el coche para recibirle.

Su ayuda de cámara acudió entonces a echar en el coche un gabán militar, rígido por las dos espadas que envolvía; después, cerrando la puerta, se sentó junto al cochero.

Éste se inclinó hacia delante, en la calesa, para recibir las órdenes.

—¡A los Campos Elíseos! —dijo el general—. ¡A casa del conde de Montecristo! ¡Pronto!

Los caballos salieron a escape bajo el zumbido del látigo que los azuzó; cinco minutos después se detuvieron ante la casa del conde.

El señor de Morcerf abrió personalmente la puerta, y sin detenerse todavía el coche, saltó a tierra con la ligereza de un joven. Llamó y desapareció por la puerta abierta con su criado.

Un segundo después, Bautista anunciaba al señor de Montecristo la llegada del conde de Morcerf, y Montecristo, acompañando a Haydée, dio la orden de que hiciesen entrar al conde de Morcerf en el salón.

El general paseaba por tercera vez el salón en toda su largura cuando al volverse descubrió a Montecristo de pie en el umbral.

—¡Eh! Es el señor de Morcerf —dijo tranquilamente Montecristo—. Creí haber entendido mal.

—Sí, soy yo mismo —dijo el conde con una espantosa contracción de labios que le impedía hablar claramente.

—No me queda, ahora, más que saber —dijo Montecristo—, la causa que me proporciona el placer de ver al señor conde de Morcerf tan temprano.

—¿Ha tenido usted un encuentro esta mañana con mi hijo, señor? —preguntó el general.

—¿Sabe usted eso? —respondió el conde.

—Y también sé que mi hijo tenía muy buenas razones para desear batirse contra usted y hacer todo lo que pudiese para matarle.

—En efecto, señor, las tenía muy buenas. Pero ya ve que, a pesar de esas razones, no me ha matado y ni siquiera se ha batido.

—Y sin embargo, él le consideraba como la causa del deshonor de su padre, el causante de la ruina espantosa que, en este momento, aflige mi casa.

—Es cierto, señor —dijo Montecristo, con su terrible calma—; causa secundaria, y no principal.

—Sin duda le habrá dado usted alguna excusa o alguna explicación, ¿no es así?

—No le he dado ninguna explicación, y ha sido él quien me ha pedido excusas.

—Pero, ¿a qué atribuye usted esa conducta?

—A la convicción, probable, de que había en todo esto un hombre más culpable que yo.

—¿Y quién es ese hombre?

—Su padre.

—Sea —dijo el conde palideciendo—, pero usted sabe que al culpable no le agrada verse convencido de su culpabilidad.

—Lo sé... También me esperaba lo que sucede en este momento.

—¡Usted esperaba que mi hijo fuese un cobarde! —exclamó el conde.

—El señor Alberto de Morcerf no es ningún cobarde —replicó Montecristo.

—Un hombre que tiene en la mano una espada, un hombre que al extremo de esa espada tiene a un enemigo, ese hombre, si no se bate es un cobarde. ¡Si estuviese aquí, se lo diría!

—Señor —respondió fríamente Montecristo—, supongo que no habrá venido aquí para molestarme con sus historias de familia. Vaya a decírselo al señor Alberto, y tal vez él sepa cómo responderle.

—¡Oh! No, no —replicó el general con una sonrisa que inmediatamente desapareció de su sitio—. No, usted tiene razón. No he venido para eso. He venido para decirle que yo también le considero un enemigo. He venido para decirle que le odio instintivamente; que me parece que le he conocido de siempre, porque siempre le he odiado. Y que, en fin, ya que los jóvenes de este siglo no se baten, debemos batirnos nosotros... ¿Está de acuerdo, señor?

—Perfectamente. Así, pues, cuando le he dicho que había previsto lo que sucede, me refería al honor de recibir su visita.

✻ —Tanto mejor... Sus preparativos están hechos, ¿no es así?

—Lo están siempre, señor.

—Usted sabe que nos batiremos hasta la muerte de uno de los dos, ¿no es eso? —dijo el general con los dientes cerrados de rabia.

—Hasta la muerte de uno de los dos —repitió el conde de Montecristo haciendo un ligero movimiento de cabeza de arriba abajo.

—Marchemos, entonces; no tenemos necesidad de testigos.

—En efecto —dijo Montecristo—. Es inútil, nos conocemos muy bien.

—Al contrario —dijo el general—, yo no le conozco.

—¡Bah! —dijo Montecristo con la misma flema desesperante—. Veamos: ¿acaso no es usted el soldado Fernando, que desertó la víspera de la batalla de Waterloo? ¿No es usted el teniente Fernando, que sirvió de guía y espía al ejército francés en España? ¿No es usted el coronel Fernando, que traicionó, vendió y asesinó a su bienhechor Alí? ¿Y todos esos Fernandos reunidos no han hecho al teniente general conde de Morcerf, par de Francia?

—¡Oh! —exclamó el general herido por estas palabras como por un hierro candente—. ¡Oh! Miserable, que me echas en cara mi vergüenza en el momento en que quizá vas a matarme; no, yo no he dicho que te era desconocido. Sé bien, demonio, que has penetrado en la noche del pasado y que has leído, a la luz de alguna lámpara que ignoro, cada página de mi vida. Pero tal vez haya más honor en mí, con mi oprobio, que en ti bajo tu aspecto pomposo. No, no, yo te soy conocido, lo sé, pero es a ti a quien no conozco, aventurero cosido de oro y pedrerías. Tú te has hecho llamar en París conde de Montecristo; en Italia, Simbad el Marino; en Malta, qué sé yo, ya lo olvidé. Pero es tu nombre real, tu verdadero nombre el que quiero saber, de entre los miles de nombres que tienes, a fin de que lo pronuncie en el terreno de combate cuando te hunda mi espada en tu corazón.

El conde de Montecristo palideció de manera terrible; sus ojos se encendieron de fuego devorador; dio un salto hacia su gabinete, alcanzó su dormitorio y en menos de un segundo, arrancando su corbata, su levita y su chaleco, se vistió una chaquetilla de marino y un gorro, bajo el cual se desenrollaron sus largos cabellos negros.

Regresó así, aterrador, implacable, caminando con los brazos cruzados hacia el general, que aún no había comprendido su desaparición y le esperaba; y quien al verle sintió castañetear sus dientes y flojearle las piernas, retrocediendo un paso hasta encontrar una mesa en la cual apoyó su mano crispada.

—¡Fernando! —le gritó—. De mis miles de nombres no tendré más que decirte uno para asustarte; pero ese nombre ya lo adivinas, ¿no es cierto? ¿O no lo recuerdas? Porque, a pesar de todos mis dolores, de todas mis torturas, hoy te muestro un rostro que la dicha de la venganza rejuvenece, un rostro que tú has debido ver muchas veces en tus sueños después de casarte... con Mercedes, mi prometida.

El general, la cabeza vuelta hacia atrás, las manos extendidas, la mirada fija, devoró en silencio este terrible espectáculo; después, buscando la pared como punto de apoyo, se deslizó lentamente hasta la puerta, por la cual salió retrocediendo y dejando escapar un solo grito, lúgubre, lamentable, desgarrador:

—¡Edmond Dantés!

Luego, con suspiros que no tenían nada de humanos, bajó hasta el peristilo de la casa, atravesó el patio como hombre borracho, y cayó en los brazos de su ayuda de cámara murmurando sólo con voz ininteligible:

—¡A casa, a casa!

Por el camino, el aire fresco y la vergüenza que le producía la atención de sus criados, le pusieron en estado de reunir sus ideas; pero el trayecto fue breve, y, a medida que se aproximaba a su casa, el conde sentía reavivarse todos sus dolores.

Antes de llegar a la casa hizo parar el carruaje y descendió. La puerta estaba totalmente abierta; un fiacre, muy sorprendido por haber sido llamado a tan magnífica vivienda, esperaba en medio del patio; el conde contempló aquel carruaje con espanto, pero sin atreverse a preguntar a nadie, se abalanzó a sus aposentos.

Dos personas descendían la escalera, y no tuvo tiempo de apartarse a un gabinete para evitarlos.

Era Mercedes, apoyada en el brazo de su hijo, que abandonaba aquella casa.

Pasaron a dos pasos del desdichado quien, escondido tras un cortinaje de damasco, sintió el roce del vestido de seda de Mercedes y el aliento tibio de estas palabras pronunciadas por su hijo:

—¡Ánimo, madre mía! Venga, venga, aquí no estamos en nuestra casa.

Las palabras se extinguieron, los pasos se alejaron.

El general se incorporó, sujetándose con sus manos crispadas en el cortinaje de damasco; contenía el más horrible sollozo que ja-

más había salido de su pecho, abandonado a la vez por su mujer y por su hijo...

En seguida oyó cerrarse la puerta de hierro de un carruaje, después la voz del cochero, a continuación el rodar de la pesada máquina estremeciendo sus cristales; entonces se abalanzó a su dormitorio para ver una vez más todo lo que más había amado en el mundo; pero el carruaje partió sin que la cabeza de Mercedes o la de Alberto se asomasen a la ventanilla para dirigir a la casa solitaria, para dar al padre y al esposo abandonado la última mirada, el adiós y el pesar, es decir, el perdón.

Así, pues, en el momento en que las ruedas del carruaje estremecían el pavimento del abovedado, sonó un disparo, y una humareda sombría salió por uno de los cristales de aquella ventana del dormitorio, hecho pedazos por la fuerza de la explosión.

Valentina

Se adivina adónde tenía que ir Morrel y en casa de quién tenía la cita.

Así, pues, Morrel, al abandonar a Montecristo se encaminó lentamente hacia la casa de Villefort.

Decimos lentamente, y es que Morrel tenía más de media hora para recorrer quinientos pasos; pero a pesar de tener tiempo de sobra, se había apresurado a abandonar a Montecristo porque deseaba encontrarse a solas con sus pensamientos.

Sabía bien a la hora en que podía hallar a Valentina, asistiendo al almuerzo de Noirtier, que estaba seguro de no ser molestado en tan piadoso deber. Noirtier y Valentina le habían concedido dos visitas a la semana, y él debía aprovecharse de su derecho.

Llegó, Valentina le esperaba. Inquieta y casi fuera de sí, le cogió de la mano y lo condujo hasta su abuelo.

Esta inquietud llevada, como hemos dicho, casi hasta el espanto, procedía del rumor que la aventura de Morcerf había levantado en todo el ambiente; se conocía lo ocurrido en la ópera. En casa de Villefort nadie dudaba que un duelo sería la continuación de aquello; Valentina, con su instinto de mujer, había adivinado que Morrel sería el testigo de Montecristo, y con el valor conocido del joven y la amistad que sentía por el conde, temía que no se contentase con la parte pasiva que le correspondía.

Se comprenderá, pues, con qué avidez preguntó detalles, dados y recibidos, y Morrel pudo leer una indecible alegría en los ojos de su bienamada cuando ella supo que aquel terrible asunto había tenido una salida no menos feliz como inesperada.

—Ahora —dijo Valentina haciendo una seña a Morrel para que se sentase al lado del anciano, y colocándose ella en el taburete en que éste apoyaba los pies—, ahora hablemos un poco de nuestros asun-

tos. ¿Sabe, Morrel, que mi abuelo ha tenido la idea de abandonar la casa y tomar un apartamento lejos de la casa del señor de Villefort?

—Sí, me acuerdo de ese proyecto —dijo Maximilien—, e incluso lo había aplaudido.

—Pues bien —añadió Valentina—, aplauda todavía porque el abuelo insiste en la idea.

—¡Bravo! —exclamó Maximilien.

—¿Y sabe qué razón da mi abuelo para abandonar la casa? —dijo Valentina.

Noirtier miraba a su nieta para imponerle silencio con la mirada; pero Valentina no miraba a Noirtier; sus ojos, su sonrisa y todo eran para Morrel.

—¡Oh! Cualquiera que sea la razón que da el señor Noirtier —exclamó Morrel—, creo que es muy buena.

—Excelente —dijo Valentina—, pretende que el aire del *fau-bourg* de Saint Honoré no es bueno para mí.

—En efecto —dijo Morrel—, escuche, Valentina, el señor Noirtier puede tener razón; desde hace quince días, encuentro que su salud está alterada.

—Sí, un poco, es cierto —respondió Valentina—, por eso mi abuelo se ha constituido en mi médico, y como sabe de todo, tengo mucha confianza en él.

—Así, pues, ¿es cierto que sufre, Valentina? —preguntó con viveza Morrel.

—¡Oh! Dios mío, eso no se llama sufrir; siento una especie de malestar general, eso es todo. He perdido el apetito, y me parece que mi estómago sostiene una lucha como para acostumbrarse a alguna cosa.

Noirtier no perdía ni una palabra de lo que decía Valentina.

—¿Y cuál es el tratamiento que sigue para esa enfermedad desconocida?

—¡Oh, muy sencillo! —dijo Valentina—. Bebo todas las mañanas una cucharadita de la poción que traen para mi abuelo; cuando digo una cucharadita me refiero a que empecé por una y ahora ya estoy en cuatro. Mi abuelo pretende que es una panacea.

Valentina sonreía, pero existía algo triste y sufrido en su sonrisa.

Maximilien, ebrio de amor, la contemplaba en silencio; era muy hermosa, pero su palidez había tomado un tono más mate, sus ojos brillaban con un fuego más ardiente que de costumbre, sus manos,

corrientemente de un blanco nacarado, parecían manos de cera que amarilleaban con el paso del tiempo.

El joven apartó sus ojos de Valentina y los fijó en Noirtier; éste, con su extraña y profunda inteligencia, consideraba a la joven absorta en su amor; pero también, como Morrel, seguía la huella de un sufrimiento, tan poco visible por otro lado, que escapaba a la mirada de todos, excepto a la del padre y del amante.

—Pero —dijo Morrel—, esa poción, de la cual ha llegado a tomar cuatro cucharaditas, creí que la preparaban para el señor Noirtier.

—Ya sé que es muy amarga —dijo Valentina—, tan amarga que todo lo que bebo después me parece tener el mismo gusto. Noirtier miró a su nieta en tono interrogador.

—Sí, abuelo —dijo Valentina—, es igual que eso. Hace un momento, antes de venir a este cuarto, bebí un vaso de agua azucarada; pues bien, he dejado la mitad de tan amarga como me pareció.

Noirtier palideció e hizo señas de que deseaba hablar.

Valentina se levantó para ir en busca del diccionario.

Noirtier la seguía con la mirada, con una angustia indecible. En efecto, la sangre subía a la cabeza de la joven y sus mejillas enrojecieron.

—¡Vaya! —exclamó ella sin perder nada de su jovialidad—. Esto es extraño. ¡Un desvanecimiento! ¿Es que el sol me ha herido en los ojos?

Se apoyó en la falleba de la ventana.

—No hay sol —dijo Morrel más inquieto por la expresión del rostro de Noirtier que por la indisposición de Valentina. Corrió hacia Valentina. La muchacha sonrió.

—Tranquilízate, abuelo —dijo ella a Noirtier—. Tranquilícese, Maximilien, esto no es nada, y ya ha pasado. Escuchen, ¿no oyen el ruido de un carruaje en el patio?

Abrió la puerta del cuarto de Noirtier, se acercó a una ventana del pasillo y regresó precipitadamente.

—Sí —dijo—, es la señora Danglars y su hija, que vienen a hacernos una visita. Adiós, me marchó, porque si no vendrían a buscarme aquí; o más bien, hasta la vista, permanezca junto a mi abuelo, señor Maximilien, le prometo regresar.

Morrel la siguió con la mirada, la vio cerrar la puerta y la oyó subir la escalerita que conducía a la vez a los aposentos de la señora de Villefort y los de ella.

Cuando hubo desaparecido Noirtier, indicó a Morrel que cogiese el diccionario. Morrel obedeció guiado por Valentina, en seguida se acostumbró a comprender al anciano.

No obstante, por habituado que estuviese, y como hacía falta pasar revista a buena parte de las letras del alfabeto para encontrar la palabra, necesitó diez minutos para traducir el pensamiento del anciano en estas palabras:

—Busque el vaso de agua y la jarra que están en la habitación de Valentina.

Morrel llamó e inmediatamente el criado que había reemplazado a Barrois apareció para recibir la orden en nombre de Noirtier.

El criado regresó minutos después.

La jarra y el vaso estaban completamente vacíos.

Noirtier hizo señas de que deseaba hablar.

—¿Por qué el vaso y la jarra están vacíos? —preguntó—. Valentina dijo que no había bebido más que la mitad del vaso.

La traducción de esta nueva pregunta llevó otros cinco minutos.

—No sé —respondió el criado—, pero la camarera está en la habitación de la señorita Valentina; tal vez los haya vaciado ella.

—Pregúnteselo —dijo Morrel traduciendo esta vez el pensamiento de Noirtier con la mirada.

El criado salió y regresó casi inmediatamente.

—La señorita Valentina ha pasado por su dormitorio antes de entrar en el salón de la señora de Villefort —dijo—, y al pasar, como tenía sed, se ha bebido lo que quedaba en el vaso; en cuanto a la jarra, el señorito Eduardo la ha vaciado para hacer un estanque a sus patos.

Noirtier levantó sus ojos al cielo, como hace un jugador que aventura a un golpe todo lo que posee.

Desde entonces los ojos del anciano se fijaron en la puerta y no se separaron de aquella dirección.

Eran, efectivamente, la señora Danglars y su hija las que Valentina había visto; las habían conducido a las habitaciones de la señora de Villefort, que había dicho que las recibiría en ellas; por eso Valentina había pasado por su cuarto, su dormitorio estaba en el mismo rellano que el de su madrastra, y ambas habitaciones sólo las separaba el cuarto de Eduardo.

Las dos mujeres entraron en el salón con una especie de frialdad que presagiaba una comunicación oficial.

Entre las personas de mundo, una actitud en seguida se adivina. La señora de Villefort respondió a aquella solemnidad con igual postura.

En ese momento entró Valentina y las reverencias empezaron.

—Querida amiga —dijo la baronesa mientras las dos muchachas se cogían de las manos—, vengo con Eugenia para anunciarle su próximo enlace con el príncipe Cavalcanti.

Danglars había mantenido el título de príncipe. El banquero popular había encontrado aquello de mejor gusto que conde.

—Entonces, permítame que le dé mis más sinceras felicitaciones —respondió la señora de Villefort—. El señor príncipe Cavalcanti parece un joven dotado de excelentes cualidades.

—Mire —dijo la baronesa sonriendo—, si hablamos como dos amigas, debo decirle que el príncipe aún no sé lo que será. Hay en él algo de esas rarezas que hacen que nosotros los franceses conozcamos a primera vista a un hidalgo italiano o alemán. No obstante parece tener buen corazón, mucho talento, y en cuanto a lo demás, el señor Danglars pretende que su fortuna es majestuosa; esa es la palabra.

—Y además —dijo Eugenia hojeando el álbum de la señora de Villefort—, añada, señora, que usted tiene una inclinación muy particular por ese joven.

—Y —dijo la señora de Villefort—, creo inútil preguntarle si usted participa de esa inclinación, ¿no es cierto?

—¿Yo? —respondió Eugenia con su aplomo habitual—. ¡Oh! Ni por lo más remoto, señora. Mi vocación no es la de encadenarme a los cuidados de un hogar o a los caprichos de un hombre, sea quien sea. Mi ideal está en ser artista y, por consiguiente, libre, dueña de mi corazón, de mi persona y de mi pensamiento.

Eugenia pronunció estas palabras con un acento tan vibrante y firme, que el rubor subió al rostro de Valentina. La sensible muchacha no podía comprender aquella naturaleza vigorosa que parecía no poseer ninguna de las timideces de la mujer.

—Además —continuó ella—, ya que estoy destinada a casarme por las buenas o por las malas, debo agradecer a la Providencia que al menos me haya procurado el desdén del señor Alberto de Morcerf; sin ello, hoy sería la mujer de un hombre sin honor.

—Es verdad —dijo la baronesa con esa extraña ingenuidad que se encuentra a veces en las grandes damas, y que el trato con otras personas no les hace perder—, sin las vacilaciones de los Morcerf, mi hija se casaba con ese Alberto; el general tenía mucho empeño en ello, y vino expresamente a ver al señor Danglars para que consintiese. ¡De buena hemos escapado!

—Pero —dijo tímidamente Valentina—, ¿acaso toda esa vergüenza del padre recae sobre su hijo? Alberto me parece muy inocente de todas esas traiciones del general.

—Perdón, querida amiga —dijo la implacable joven—. Alberto reclama y merece su parte. Parece ser que después de haber provocado ayer noche en la ópera a Montecristo, hoy le ha pedido excusas sobre el terreno.

—¡Imposible! —exclamó la señora de Villefort.

—¡Ah! Querida amiga —dijo la señora Danglars con esa misma ingenuidad que ya hemos señalado—, la cosa es bien cierta. Lo sé por el señor Debray, que estuvo presente en la explicación.

Valentina también sabía la verdad, pero no respondió. Empujada por la palabra a sus recuerdos se encontraba pensando en la habitación de Noirtier en donde le esperaba Morrel.

Sumida en esta especie de contemplación ulterior, Valentina dejó de tomar parte en la conversación general; incluso le hubiese sido imposible repetir lo que se había dicho durante algunos minutos, cuando de repente la mano de la señora Danglars, apoyándose en su brazo, la arrancó de su ensoñación.

—¿Qué sucede, señora? —dijo Valentina temblando al sentir los dedos de la señora Danglars, como hubiese temblado ante un contacto eléctrico.

—Me parece, mi querida Valentina —dijo la baronesa—, que está sufriendo, sin duda.

—¿Yo? —exclamó la muchacha pasando su mano sobre su frente ardiente.

—Sí; mírese en ese espejo. Ha enrojecido y palidecido sucesivamente tres o cuatro veces en cosa de un minuto.

—En efecto —exclamó Eugenia—, estás muy pálida.

—¡Oh! No te inquietes, Eugenia; estoy así desde hace unos días.

Y por poco astuta que fuese, comprendió que tenía una ocasión para marcharse. Por otra parte, la señora de Villefort acudió en su ayuda.

—Retírese, Valentina —dijo—, sufre realmente, y estas señoras tendrán la bondad de disculparla. Beba un vaso de agua pura y eso la repondrá.

Valentina abrazó a Eugenia, saludó a la señora Danglars, ya en pie para retirarse, y salió.

—Esta pobre chiquilla —dijo la señora de Villefort cuando Valentina hubo salido—, me inquieta seriamente, y no me extrañaría que le sucediese algo grave.

Entretanto Valentina, en una especie de exaltación de la que ni se dio cuenta, había atravesado la habitación de Eduardo sin responder a una diablura del niño, y por su dormitorio alcanzó la escalerita. Ya había bajado todos los escalones, menos los tres últimos, desde donde oía la voz de Morrel, cuando de repente perdió la vista, su pie falló el peldaño, sus manos no tuvieron más fuerza para sujetarla a la barandilla, y, rozando la pared, cayó rodando desde los tres últimos peldaños.

Morrel dio un salto para abrir la puerta y encontró a Valentina caída sobre el rellano.

Rápido como el rayo la cogió en sus brazos y la sentó en un sillón. Valentina abrió los ojos.

—¡Oh! ¡Qué torpe soy! —dijo ella con febril volubilidad—. Ya no sé andar. Olvidé que aún me faltaban tres escalones.

—¿Se ha herido, acaso, Valentina? —exclamó Morrel—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Valentina miró en torno suyo: vio el más profundo espanto pintado en los ojos de Noirtier.

—Tranquilízate, abuelo —dijo ella tratando de sonreír—, esto no ha sido nada, no es nada... la cabeza me da vueltas... nada más.

—¡Otro desvanecimiento! —exclamó Morrel juntando las manos—. ¡Oh! Ponga cuidado, Valentina, se lo suplico.

—Pero, no, no —dijo Valentina—. He dicho que todo ha pasado, que no ha sido nada. Ahora déjeme que les dé una noticia: dentro de ocho días Eugenia se casa, y dentro de tres días habrá una especie de fiesta, una comida de esponsales. Todos estamos invitados: mi padre, la señora de Villefort y yo... al menos eso he creído entender.

—¿Cuándo nos tocará a nosotros cuidarnos de esos detalles? ¡Oh! Valentina, ya que puede tantas cosas sobre su abuelo, trate de que le responda: ¡pronto!

—Así, pues —preguntó Valentina—, ¿cuenta usted conmigo para estimular la lentitud y despertar la memoria de mi abuelo?

—Sí —exclamó Morrel—. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Hágalo pronto! En tanto no sea mía, Valentina, siempre me parece que va a escapárseme.

—¡Oh! —replicó la muchacha con un movimiento convulsivo—. ¡Oh! En verdad, Maximilien, es usted demasiado temeroso para ser oficial, para ser un soldado que dicen que nunca ha conocido el miedo. ¡Ah, ah, ah!

Y prorrumpió en una risa dolorosa y estridente; sus brazos se enderezaron y se retorcieron, su cabeza se giró sobre su asiento y permaneció sin moverse.

El grito de terror que Dios encadenó a los labios de Noirtier salió por su mirada.

Morrel comprendió; se trataba de llamar para que la socorriesen.

El joven se colgó de la campanilla; la camarera que estaba en el aposento de Valentina y el criado que había reemplazado a Barrois aparecieron simultáneamente.

Valentina estaba tan pálida, tan fría y tan inanimada que sin escuchar lo que les decían, se apoderó de ellos el miedo que reinaba en aquella casa maldita y salieron corriendo por el pasillo pidiendo socorro.

La señora Danglars y Eugenia salían en aquel instante; aún pudieron enterarse de la causa de todo aquel barullo.

—¡Ya se lo había dicho! —exclamó la señora de Villefort—. ¡Pobre chiquilla!

La confesión

Al mismo tiempo se oyó la voz del señor de Villefort que gritaba desde su despacho:

—¿Qué sucede?

Morrel consultó la mirada de Noirtier, que acababa de recobrar su presencia de ánimo y que con una mirada le indicó el gabinete en donde en otra ocasión semejante se había refugiado.

Apenas tuvo tiempo de coger su sombrero y esconderse todo anhelante cuando se oyeron los pasos del procurador del rey en el pasillo.

Villefort se precipitó en la habitación, corrió hacia Valentina y la tomó en sus brazos.

—¡Un médico, un médico...! ¡El señor d'Avrigny! —gritó Villefort—. Pero más vale que vaya yo.

Y salió del cuarto a todo correr.

Por otra puerta se escapó Morrel.

Su corazón acababa de ser herido por un espantoso recuerdo: aquella conversación entre Villefort y el doctor que había oído la noche en que murió la señora de Saint-Méran; aquellos síntomas, llevados a un grado menos espantoso eran los mismos que habían precedido a la muerte de Barrois.

Al mismo tiempo le pareció sentir el murmullo de la voz de Montecristo que le había dicho no hacía dos horas:

—Cualquier cosa que necesite, Morrel, acuda a mí; yo puedo mucho.

Más rápido que el pensamiento, corrió, pues, hacia el *faubourg* de Saint Honoré con la calle Matignon, y de la calle Matignon a la avenida de los Campos Elíseos.

Entretanto el señor de Villefort llegaba, en su carruaje, a la puerta del señor d'Avrigny; llamó con tanta violencia que el con-

serje acudió a abrir con aire asustado. Villefort se abalanzó a la escalera sin pararse a decir nada. El conserje le conocía y le dejó pasar a la vez que gritaba:

—¡En su despacho, señor procurador del rey, en su despacho! Villefort ya empujaba, o más bien abría la puerta.

—¡Ah! —exclamó el doctor—. Es usted.

—Sí —dijo Villefort cerrando la puerta tras de sí—. Sí, doctor, yo que vengo a preguntarle a mi vez si estamos completamente solos. ¡Doctor, mi casa está maldita!

—¡Qué! —dijo éste con frialdad aparente, pero con una profunda emoción interior—. ¿Aún tiene usted algún enfermo?

—¡Sí, doctor! —exclamó Villefort cogiendo con su mano convulsa un puñado de cabellos—. Sí.

La mirada d'Avrigny parecía decirle: «Ya se lo dije». Luego sus labios pronunciaron lentamente estas palabras:

—¿Quién va a morir en su casa, y qué nueva víctima va a acusarnos de debilidad ante Dios?

Un sollozo doloroso salió del pecho de Villefort; se aproximó al médico y le cogió de un brazo:

—¡Valentina! —dijo—. ¡Es el turno de Valentina!

—¿Su hija? —exclamó d'Avrigny, sobrecogido de sorpresa y dolor.

—Ya ve usted cómo se engañaba —murmuró el magistrado—. Venga a verla, y en su lecho de dolor pídale perdón por haber sospechado.

—Cada vez que usted me prevenía —dijo el señor d'Avrigny— ya era demasiado tarde; no importa, vamos. Pero apresurémonos, señor, con los enemigos que atacan en su casa no se puede perder tiempo.

—¡Oh! Esta vez, doctor, ya no me reprochará más debilidad. Esta vez conoceré al asesino y le castigaré.

—Procuremos salvar a la víctima antes de pensar en vengarla —dijo d'Avrigny—. Vamos.

Y el cabriolé que había llevado a Villefort le condujo al trote, acompañando a d'Avrigny, en el momento en que, por su parte, Morrel llamaba a la puerta de Montecristo.

El conde estaba en su gabinete, y, muy preocupado, leía una nota que Bertuccio acababa de enviarle a toda prisa.

Al oír anunciar a Morrel, del que no hacía dos horas que se había separado, el conde levantó la cabeza.

Para él, como para el conde, habían sucedido muchas cosas durante aquellas dos horas, porque el joven que le había abandonado con la sonrisa en los labios regresaba con el rostro transformado.

Se levantó y salió al encuentro de Morrel.

—¿Qué ha sucedido, Maximilien? —le preguntó—. Está usted pálido y todo sudoroso.

Morrel se dejó caer sobre un sillón más que sentarse.

—Sí —dijo—, he venido aprisa; tenía necesidad de hablarle.

—¿Están todos bien en su casa? —preguntó el conde con un tono de acogedora afectuosidad, que nadie podía dudar que era sincero.

—Gracias, conde, gracias —dijo el joven visiblemente embaazado para empezar la conversación—. Sí, mi familia está toda perfectamente.

—Tanto mejor, y sin embargo, tiene usted algo que decirme —repuso el conde cada vez más inquieto.

—Sí —admitió Morrel—, es cierto; acabo de salir de una casa donde la muerte acaba de entrar, para correr a usted.

—¿Sale usted, pues, de casa del señor de Morcerf? —preguntó Montecristo.

—No —dijo Morrel—. ¿Ha muerto alguien en casa del señor de Morcerf?

—El general acaba de levantarse la tapa de los sesos —respondió Montecristo.

—¡Oh! ¡Qué espantosa desgracia! —exclamó Maximilien.

—No para la condesa ni para Alberto —dijo Montecristo—. Más vale un padre y un esposo muerto, que un padre y un esposo deshonorado; la sangre lavará la vergüenza.

—¡Pobre condesa! —dijo Maximilien—. Es en ella en quien pienso, sobre todo. ¡Tan noble dama!

—Compadezca también a Alberto, Maximilien; porque es digno hijo de la condesa. Pero volvamos a nosotros; usted corría a verme, ha dicho; ¿tendré la dicha de poderle ser útil en algo?

—Sí, tengo necesidad de usted, es decir, he creído, como un insensato, que usted podría socorrerme en una circunstancia que sólo Dios puede hacerlo.

—Dígamelo, a pesar de eso —insistió Montecristo.

—¡Oh! En verdad no sé si me estará permitido revelar semejante secreto a oídos humanos; pero la fatalidad me empuja, y la necesidad me obliga, conde.

Morrel se detuvo vacilante.

—¿Cree usted que le aprecio? —dijo Montecristo cogiendo afectuosamente la mano del joven entre las suyas.

—¡Oh! Mire, usted me anima y ya que algo me dice que no debo tener secretos con usted...

—Tiene razón, Morrel; Dios es quien habla a su corazón, y su corazón es el que le habla. Dígame lo que le dicte su conciencia.

—Conde, ¿me permite usted enviar a Bautista de parte suya a pedir noticias de alguien que usted conoce?

—Estoy a su entera disposición, y con más razón lo están mis criados.

—¡Oh! Es que no viviré en tanto no tenga la certeza de que ella se encuentra mejor.

—¿Quiere que llame a Bautista?

—No, voy a hablarle yo mismo.

Morrel salió, llamó a Bautista y le dijo algunas palabras en voz baja. El ayuda de cámara salió corriendo.

—Y bien ¿está hecho? —preguntó Montecristo viéndole aparecer.

—Sí, ya estaré un poco más tranquilo.

—Ya sabe que espero —dijo Montecristo sonriendo.

—Sí, y yo hablo. Escuche, una tarde en que me encontraba en un jardín; yo estaba escondido por un macizo de arbustos, nadie sospechaba que podía encontrarme allí. Dos personas pasaron junto a mí; permítame que por ahora oculte sus nombres; hablaban en voz baja y sin embargo yo tenía tan interés en oír lo que decían que no me perdí ni una palabra de cuanto dijeron.

—¡Eso promete ser algo lúgubre, si hago caso a su palidez y a su temblor, Morrel!

—¡Oh, sí! Bien lúgubre, amigo mío. Acababa de morir alguien en la casa del dueño del jardín en que yo me encontraba; una de aquellas personas que oía era el dueño de aquel jardín y la otra era el médico. Ahora bien, el primero confiaba al segundo ciertos temores y dolores; porque era la segunda vez en un mes que la muerte se abatía rápida e imprevista sobre aquella casa, que se creería designada por algún ángel exterminador a la cólera de Dios.

—¡Ah, ah! —dijo Montecristo mirando con fijeza al joven y girando su sillón por un movimiento imperceptible de manera de co-

locarlo en la penumbra mientras que la claridad caía sobre el rostro de Maximilien.

—Sí —continuó éste—, la muerte había entrado dos veces en aquella casa en un mes.

—¿Y qué decía el doctor? —preguntó Montecristo.

—Decía..., decía que aquella muerte no era natural y que había que atribuirle...

—¿A qué?

—¿Al veneno!

—¿De veras? —dijo Montecristo con aquella tos ligera que, en los momentos de suprema emoción, le servía para disimular su rubor, su palidez o la misma atención con que escuchaba—. ¿Verdaderamente ha oído todas esas cosas, Maximilien?

—Sí, querido conde, las he oído y el doctor añadió que si semejante acontecimiento se renovaba, se vería obligado a llamar a la justicia.

Montecristo escuchaba o parecía oír con gran calma.

—Pues bien —añadió Maximilien—, la muerte golpeó una tercera vez, y ni el dueño de la casa ni el doctor dijeron nada; la muerte va a caer una cuarta vez, seguramente. Conde, ¿a qué cree usted que el conocimiento de este secreto me obliga?

—Mi querido amigo —dijo Montecristo—, me parece que usted me cuenta una aventura que todo el mundo conoce de memoria. La casa en donde usted oyó eso, la conozco, o al menos conozco una en que hay un jardín, un padre de familia, un doctor y una casa donde hubo tres muertes extrañas e inesperadas. Pues bien, fíjese en mí; yo que no he interceptado esa confidencia y que sin embargo sé todo eso tan bien como usted, ¿tengo algún escrúpulo de conciencia? No, eso no me incumbe. Dice usted que un ángel exterminador parece señalar esa casa a la cólera del Señor; pues bien, ¿quién le dice que su suposición no sea cierta? No vea cosas que no quieren ver aquellos que están interesados en verlas. Si es la justicia, y no la cólera de Dios la que se pasea por esa casa, Maximilien, vuelva la cabeza y deje pasar la justicia de Dios.

Morrel se estremeció. Había algo a la vez lúgubre, solemne y terrible en el acento del conde.

✻ —Por otra parte —continuó éste con un cambio de voz tan marcado, que se hubiese dicho que aquellas palabras no salían de la

boca del mismo hombre—. Además, ¿quién le ha dicho que volverá a empezar?

—Es que ha empezado, conde —exclamó Morrel—. Y por eso he venido corriendo a su casa.

—Bien, ¿qué quiere usted que yo haga, Morrel? ¿Quiere usted que por casualidad prevenga al señor procurador del rey?

Montecristo pronunció estas últimas palabras con tanta claridad y con una acentuación tan vibrante que Morrel se levantó de repente y exclamó:

—¡Conde, conde! Sabe usted de quién quiero hablar, ¿no es cierto?

—Perfectamente, mi buen amigo, y voy a probárselo poniendo los puntos sobre las íes, o más bien los nombres sobre las personas. Usted se paseó una noche por el jardín del señor de Villefort; y por lo que me ha dicho debió ser la noche en que murió la señora de Saint-Méran. Usted oyó al señor de Villefort hablando con el señor d'Avrigny acerca de la muerte del señor de Saint-Méran y de la no menos sorprendente de la marquesa. El señor d'Avrigny creía en un envenenamiento e incluso en dos envenenamientos; y ya está, usted, hombre honrado por excelencia, se puso desde entonces a palparse el corazón y a sondear su conciencia para saber si debía revelar ese secreto o callarse. No estamos en la Edad Media, querido amigo, ni hay más Santa Vehma ni jueces francos; ¿qué diablos quiere a esas personas? Conciencia ¿qué me quieres?, como dijo Sterne. ¡Eh! Querido mío, déjelos dormir si duermen, dejemos que palidezcan en sus insomnios si es que los tienen, y por amor de Dios, duerma usted que no tiene remordimientos que le impidan dormir.

Un espantoso dolor se pintaba en las facciones de Morrel; se cogió a las manos de Montecristo.

—¡Pero eso vuelve a empezar, le digo!

—¿Y bien? —dijo el conde asombrado por aquella insistencia de la que no comprendía nada, y mirando atentamente a Maximilien añadió—: Déjelo que empiece; son una familia de Atridas; Dios los ha condenado y sufrirán la sentencia; todos desaparecerán como los frailes que los niños fabrican con las cartas plegadas, y que caen unos tras otros bajo el soplo de su creador, aunque sean doscientos. Hace tres meses fue el señor de Saint-Méran, hace dos la señora de Saint-Méran; Barrois fue el otro día, y hoy es el viejo Noirtier o la joven Valentina.

—¿Lo sabía usted? —exclamó Morrel con un terror tal que Montecristo tembló, él a quien la caída del cielo hubiese dejado impasible—. ¡Lo sabía usted y no decía nada!

—¿Y qué me importa? —replicó Montecristo encogiéndose de hombros—. ¿Acaso conozco a esas personas, y tendré que perder a uno para salvar a otro? A fe mía, que no; porque entre la víctima y el culpable no tengo preferencia alguna.

—¡Pero, yo, yo! —exclamó Morrel gritando de dolor—. ¡Yo la amo!

—¿A quién ama usted? —exclamó Montecristo saltando y cogiendo las manos que Morrel elevaba hacia el cielo.

—La amo perdidamente, la amo como un insensato, la amo como hombre que daría toda su sangre por ahorrarle una lágrima. Amo a Valentina de Villefort, a quien asesinan en este momento, ¿oye bien? La amo, y pido a Dios y a usted que pueda salvarla.

Montecristo lanzó un grito salvaje, del cual sólo pueden darse una idea aquellos que han oído rugir a un león herido.

—¡Desdichado! —exclamó retorciéndose las manos a su vez—. ¡Desdichado! ¡Amas a Valentina! ¡Amas a la hija de una raza maldita!

Morrel nunca había visto semejante expresión; jamás mirada tan terrible había brillado ante él; jamás el genio del terror, que había visto tantas veces sobre los campos de batalla y en las noches homicidas de Argelia, había lanzado alrededor suyo fuegos tan siniestros.

Retrocedió espantado.

Montecristo, por su parte, después de este estallido, cerró los ojos, como deslumbrado por relámpagos interiores; durante ese instante se recogió en sí mismo, con tal poder que se veía sosegar el agitado pecho, como se ve tras la nube salir el sol que funde las aguas turbulentas y espumosas.

Aquel silencio, aquel recogimiento, aquella lucha, sólo duraron unos segundos.

Después, el conde levantó su frente pálida.

—Vea —dijo con voz alterada—, vea, mi querido amigo, como Dios sabe castigar la indiferencia de los hombres más fanfarrones y más fríos ante los terribles espectáculos que da. Yo, que miraba, asistiendo impasible y curioso, yo que observaba el desarrollo de esa lúgubre tragedia; yo, que al igual que el ángel malo, veía del mal que azota a los hombres, al abrigo del último secreto (y el secreto es fácil de guardar para el rico y el poderoso), aquí me

siento, a mi vez, mordido por la serpiente que contemplaba avanzando tortuosa, y mordido en el corazón.

Morrel lanzó un gemido sordo.

—Vamos, vamos —continuó el conde—, basta de lamentaciones como éstas; sea hombre, sea fuerte, llénese de esperanza, porque estoy aquí, porque velo por usted.

Morrel sacudió tristemente la cabeza.

—¡Le digo que confíe! ¿Me comprende? —exclamó Montecristo—. Sepa que jamás miento, que nunca me equivoco. Es mediodía, Maximilien, dé gracias al cielo de que haya venido a mediodía en vez de acudir esta tarde o tal vez mañana por la mañana. Escuche lo que voy a decirle, Morrel, es mediodía; si Valentina no ha muerto a esta hora, ya no morirá.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Morrel—. ¡Y yo la dejé muriéndose!

Montecristo apoyó una mano sobre su frente.

¿Qué pasaba en aquella cabeza tan llena de espantosos secretos?

¿Qué decía a aquel espíritu, implacable y humano a la vez, el ángel luminoso o el ángel de las tinieblas?

¡Sólo Dios lo sabe!

Montecristo levantó la frente una vez más, y esta vez estaba serena como la del niño que se despierta.

—Maximilien —dijo—, regrese tranquilo a su casa. Le pido que no dé un paso, que no intente nada, que no deje aparecer en su rostro la más leve sombra de preocupación; ya le daré noticias. Váyase.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo Morrel—. Usted me aterra, conde, con esa sangre fría. ¿Puede usted algo contra la muerte? ¿Es usted algo más que un hombre? ¿Es un ángel? ¿Es un Dios?

Y el joven, a quien ningún peligro hizo vacilar, retrocedió ante Montecristo, preso de un indecible terror.

Pero Montecristo le miró con una sonrisa a la vez tan melancólica y tan dulce, que Maximilien sintió las lágrimas aflorando a sus ojos.

—Yo puedo mucho, amigo mío —respondió el conde—. Vaya, necesito estar solo.

Morrel, subyugado por ese poderoso ascendiente que ejercía Montecristo sobre cuantos le rodeaban, no trató de sustraerse a él. Estrechó la mano del conde y salió.

Sólo que en la puerta se detuvo para esperar a Bautista, que acababa de verle aparecer en la esquina de la calle Matignon y llegaba corriendo.

Entretanto, Villefort y d'Avrigny habían llegado. A su regreso encontraron a Valentina aún desmayada; el médico examinó a la enferma con el cuidado que exigía la circunstancia y con la profundidad que daba el conocimiento del secreto.

Villefort, pendiente de su mirada y de sus labios, esperaba el resultado del examen. Noirtier, más pálido que la muchacha, también aguardaba, y todo era en él inteligencia y sensibilidad.

Al fin, d'Avrigny dejó escapar lentamente:

—Aún vive.

—¡Todavía! —exclamó Villefort—. ¡Oh, doctor! ¡Qué terrible palabra acaba de pronunciar!

—Sí —dijo el médico—, y repito mi frase: aún vive, y estoy muy sorprendido.

—Pero, ¿está salvada? —preguntó el padre.

—Sí, puesto que vive.

En ese momento la mirada de d'Avrigny se encontró con la de Noirtier, brillando con una alegría extraordinaria, expresaba un pensamiento tan rico y profundo que el médico quedó admirado.

Dejó caer en el sillón a la muchacha, cuyos labios apenas se notaban de tan pálidos y blancos como estaban, y se quedó inmóvil y mirando a Noirtier, para quien todos los movimientos del doctor eran esperados y comentados.

—Señor —dijo d'Avrigny a Villefort—, llame a la camarera de la señorita Valentina, por favor.

Villefort abandonó la cabeza de su hija, que sostenía en sus manos y corrió en busca de la camarera.

Apenas cerró la puerta Villefort, d'Avrigny se acercó a Noirtier.

—¿Tiene usted alguna cosa que decirme? —preguntó.

El anciano guiñó expresivamente los ojos, el único signo afirmativo que podía hacer.

—¿A mí solo?

—Sí —indicó Noirtier.

—Bien, permaneceré con usted.

En aquel momento regresó Villefort seguido de la camarera; tras ésta apareció la señora de Villefort.

—Pero, ¿qué le ha pasado a esta querida niña? —exclamó ella—. Salí de mi habitación y se quejaba de estar indispuesta, pero no creí que fuese tan serio.

Y la mujer, con lágrimas en los ojos y todas las muestras de afecto de una verdadera madre, se aproximó a Valentina y le cogió una mano.

D'Avrigny continuó mirando a Noirtier, y vio los ojos del anciano dilatándose y agrandarse; sus mejillas palidieron y temblaron; el sudor perló su frente.

—¡Ah! —exclamó involuntariamente siguiendo la mirada de Noirtier, es decir, fijando sus ojos en la señora de Villefort, que repetía:

—Esta pobre niña estará mejor en su cama. Venga, Fanny, la acostaremos.

El señor d'Avrigny que veía en esta proposición un medio para permanecer a solas con Noirtier, hizo señas con la cabeza de que era lo mejor que podía hacerse, pero prohibió que la muchacha tomase nada sin que él lo ordenara.

Se llevaron a Valentina, que había vuelto en sí, pero que era incapaz de actuar y casi de hablar de tan paralizada como la había dejado aquella sacudida. Sin embargo, tuvo la fuerza para saludar con una mirada a su abuelo, al que parecía que le arrancaban el alma al llevársela.

D'Avrigny siguió a la enferma, concluidas sus prescripciones ordenó a Villefort que cogiese un cabriolé y fuese personalmente a la farmacia para que le preparasen ante él las pociones ordenadas, traerlas y esperar en la habitación de su hija.

Después, tras renovar la prohibición de no dar nada a Valentina, regresó a junto de Noirtier, cerró cuidadosamente las puertas, y después de asegurarse de que nadie les escuchaba, dijo:

—Veamos, ¿sabe usted algo acerca de esta enfermedad de su nieta?

—Sí —indicó el anciano.

—Escuche, no tenemos tiempo que perder; voy a interrogarle y usted respóndame.

Noirtier hizo señas de que estaba dispuesto a contestar.

—¿Había previsto usted el accidente que acaba de ocurrir hoy a Valentina?

—Sí.

D'Avrigny reflexionó un instante y luego se aproximó a Noirtier.

—Perdóneme lo que voy a decirle —añadió—, pero nada debe ser descuidado en la terrible situación en que estamos. ¿Vio usted morir a Barrois?

Noirtier levantó los ojos al cielo.

—¿Sabe usted de qué murió? —preguntó d'Avrigny posando una mano sobre el hombro de Noirtier.

—Sí —respondió el anciano.

—¿Cree usted que esa muerte fue natural?

Algo parecido a una sonrisa se dibujó sobre los labios inertes de Noirtier.

—Entonces, ¿se le ocurrió la idea de que Barrois había sido envenenado?

—Sí.

—¿Cree usted que aquel veneno de que fue víctima le estaba destinado?

—No.

—Ahora, ¿piensa usted que la misma mano que acabó con Barrois, queriendo matar a otro, sea la que hoy ataca a Valentina?

—Sí.

—¿También va a sucumbir? —preguntó d'Avrigny fijando su profunda mirada en Noirtier.

Y esperó el efecto de esta frase sobre el anciano.

—No —respondió éste con un aire de triunfo que hubiese bastado para desbaratar las conjeturas del más hábil adivino.

—Entonces, ¿espera usted? —dijo d'Avrigny sorprendido.

—Sí.

—¿Qué espera usted?

El anciano hizo comprender con los ojos que no podía responder nada.

—¡Ah! Sí, es cierto —murmuró d'Avrigny, luego, volviéndose a Noirtier, dijo—: ¿Espera usted que el asesino se canse?

—No.

—Entonces, ¿espera que el veneno quede sin efecto en Valentina?

—Sí.

—Porque no creo enseñarle nada, ¿no es cierto? —añadió d'Avrigny—, diciéndole que han tratado de envenenarla.

El viejo hizo señas con los ojos de que no conservaba ninguna duda a este respecto.

—¿Y cómo espera usted que Valentina escape?

Noirtier mantuvo con obstinación sus ojos fijos en el mismo punto; d'Avrigny siguió la dirección de sus ojos y vio que se había posado sobre una botella que contenía la medicina que le llevaban todas las mañanas.

—¡Ah, ah! —exclamó d'Avrigny, iluminado por una repentina idea—. Habrá tenido usted la idea...

Noirtier no le dejó acabar.

—Sí —indicó.

—De prevenirla contra el veneno.

—Sí.

—Acostumbrándola poco a poco.

—Sí, sí, sí —hizo Noirtier encantado por ser comprendido.

—En efecto, usted me oyó decir que entraba la brucina en los medicamentos que yo le daba, ¿no es eso?

—Sí.

—Y acostumbrándose a este veneno, usted quiso neutralizar los efectos de otro veneno.

La misma alegría triunfal en Noirtier.

—Y usted ha conseguido que dé resultado —exclamó d'Avrigny—. Sin esta precaución, Valentina hubiese muerto hoy; muerta sin socorro posible, muerta sin misericordia. El ataque ha sido terrible, pero no ha sido destrozada, y esta vez, por lo menos, Valentina no morirá.

Una alegría sobrehumana invadió los ojos del anciano, levantados al cielo con una expresión de reconocimiento infinito.

En aquel momento entró Villefort.

—Tenga, doctor —dijo—, aquí está lo que usted me encargó.

—¿Ese medicamento ha sido preparado delante de usted?

—Sí —respondió el procurador del rey.

—¿Ha salido de sus manos?

—No.

D'Avrigny tomó la botella, derramó algunas gotas del brebaje en el cuenco de su mano y las probó.

—Bien —dijo—. Subamos a la habitación de Valentina; daré mis instrucciones a todo el mundo, y usted velará personalmente, señor de Villefort, para que nadie la moleste.

En el momento en que d'Avrigny entraba en la habitación de Valentina acompañado de Villefort, un fraile italiano de caminar se-

vero, de palabras calmosas y decididas, alquilaba para su uso la casa lindante con el hotel habitado por el señor de Villefort.

No se pudo saber en virtud de qué transacción los tres inquilinos de aquella casa la abandonaron desde las tres de la tarde; pero el rumor que corrió por todo el barrio fue de que la casa no estaba totalmente segura sobre sus cimientos y amenazaba ruina. Lo cual no impidió que el nuevo inquilino se estableciese en ella con su modesto mobiliario hacia las cinco.

Este contrato fue redactado por tres, seis o nueve años por el nuevo inquilino, quien, según la costumbre establecida por los propietarios, pagó seis meses por adelantado; este nuevo inquilino, como ya lo hemos dicho, era italiano y se llamaba Giacomo Busoni.

Los obreros fueron llamados inmediatamente, y aquella misma noche, los raros paseantes retrasados en la parte alta del *faubourg*, vieron con sorpresa a los carpinteros y los albañiles ocupados en empezar las reparaciones de la casa vacilante.

El padre y la hija

Hemos visto en el capítulo anterior que la señora Danglars acudió a anunciar oficialmente a la señora de Villefort el próximo matrimonio de la señorita Eugenia Danglars con el señor Andrea Cavalcanti.

Este anuncio oficial, que indicaba o parecía evidenciar una resolución tomada por todos los interesados en el asunto, había sido precedida, sin embargo, de una escena que debemos contar a nuestros lectores.

Les rogamos den un paso atrás y se sitúen en la mañana del mismo día de tan grandes catástrofes, en el hermoso salón dorado que ya conocen nuestros lectores, que constituye el orgullo de su propietario, el barón Danglars.

En este salón, en efecto, y hacia las diez de la mañana se paseaba el barón en persona, pensativo y visiblemente inquieto, mirando a todas las puertas y deteniéndose a cada ruido.

Cuando agotó su paciencia, llamó al ayuda de cámara.

—Esteban —le dijo—, vea por qué la señorita Eugenia me ha rogado que la espere en el salón, e infórmese de por qué me hace esperar tanto tiempo.

Acabada esta parrafada de mal humor, el barón recobró un poco su calma.

En efecto, la señorita Danglars, después de despertarse, había solicitado una entrevista a su padre, y había señalado el salón dorado como lugar de reunión. La singularidad de esta entrevista y sobre todo su carácter oficial, no habían sorprendido al banquero, quien había accedido inmediatamente al deseo de su hija presentándose el primero en el salón.

Esteban regresó inmediatamente con su embajada.

—La camarera de la señorita —dijo—, me ha anunciado que la señorita acaba de arreglarse y bajará en seguida.

Danglars hizo una señal con la cabeza indicando que estaba satisfecho. Danglars, para con el mundo y con sus criados, afectaba el hombre bondadoso y el padre débil: era una cara del papel que representaba en la comedia de popularidad que interpretaba; era una fisonomía que había adoptado y que le parecía conveniente, como convenía a los perfiles derechos de las máscaras de los padres del teatro antiguo que tiene el labio bajado y quejumbroso.

Apresurémonos a decir que en la intimidad, el labio levantado y riente descendía al nivel del labio bajado y quejumbroso, de manera que la mayor parte del tiempo, el buen hombre desaparecía para dejar paso al marido brutal y al padre absolutista.

—¿Por qué diablos esa loca, que quiere hablarme, según dice —murmuraba Danglars—, no viene a mi despacho, y para qué quiere hablarme?

Daba vueltas por vigésima vez a este pensamiento inquietante en su cabeza, cuando la puerta se abrió y apareció Eugenia, vestida con un traje de satén negro bordado en flores mate del mismo color, peinados los cabellos, y enguantada como si fuese a ir a sentarse en su butaca del Teatro Italiano.

—¿Y bien, Eugenia, qué sucede? —exclamó el padre—. ¿Y por qué el salón dorado cuando podíamos estar bien en mi despacho particular?

—Tiene usted razón, señor —respondió Eugenia indicando a su padre que podía sentarse—, y acaba de hacerme dos preguntas que resumen toda la conversación que vamos a tener. Responderé a las dos; y contra las leyes de la costumbre, será a la segunda primeramente por ser la más compleja. He escogido el salón, señor, como lugar de reunión para evitar las impresiones desagradables y las influencias del despacho de un banquero. Esos libros de caja, por muy dorados que estén; esos cajones cerrados como puertas de fortalezas, esos montones de billetes de Banco que llegan de no sé dónde, y esa cantidad de cartas procedentes de Inglaterra, de Holanda, de España, de las Indias, de China y de Perú, actúan por lo general extrañamente en el ánimo de un padre y le hacen olvidar que en el mundo hay un interés mayor y más sagrado que la posición social y la opinión de sus comitentes. He escogido este salón, que usted ve tan alegre y sonriente en sus cuadros magníficos, su retrato, el mío,

el de mi madre, y toda clase de paisajes pastoriles y campiñas enternecedoras. Yo confío mucho en las impresiones de exteriores. Tal vez, respecto a usted, sea un error, pero, ¿qué quiere? No sería artista si no me quedasen algunas ilusiones.

—Muy bien —respondió Danglars que había escuchado la parrufada con una imperturbable sangre fría, pero sin comprender una palabra, absorto como estaba en buscar el hilo de sus propias ideas en los pensamientos del interlocutor.

—He aquí explicado el segundo punto, aproximadamente, claro —dijo Eugenia sin la menor turbación y con ese aplomo tan masculino que caracterizaba su gesto y su palabra—, y usted me parece satisfecho con la explicación. Ahora volvamos a la primera. Me preguntaba por qué había solicitado esta entrevista; se lo voy a decir en dos palabras. Aquí está, señor: no quiero casarme con el señor conde Andrea Cavalcanti.

Danglars dio un salto en su sillón, y de la sacudida levantó a la vez los brazos y los ojos al cielo.

—Dios mío, sí, señor —continuó Eugenia con la misma calma—. Usted se asombra, ya lo veo, porque desde que todo este asunto está en marcha yo no he manifestado la menor oposición, segura siempre de que en el momento oportuno opondría francamente a las personas que no me han consultado y a las cosas que me desagradan, una voluntad firme y absoluta. No obstante, esta tranquilidad, esta pasividad, como dicen los filósofos, procedía de otra fuente; venía de que la hija sumisa y devota —una ligera sonrisa asomó a los rojos labios de la muchacha— trataba de ser obediente.

—¿Y bien? —preguntó Danglars.

—Pues, señor —replicó Eugenia—, he aguantado hasta el límite de mis fuerzas, y ahora que ha llegado el momento, a pesar de todos mis esfuerzos por contenerme, me siento incapaz de obedecer.

—Pero, en fin —dijo Danglars, que con su mediano talento parecía abrumado por el peso de aquella implacable lógica, cuya calma dejaba ver tanta premeditación como fuerza de voluntad—, ¿cuál es la razón de esa negativa, Eugenia, cuál?

—La razón —replicó la muchacha—. ¡Oh, Dios mío! No es que el hombre sea más feo, más tonto o más desagradable que otro, no; el señor Andrea Cavalcanti incluso puede pasar, entre las que miran los hombres por su cara y su talle, por ser bastante buen modelo; tampoco es porque mi corazón esté más interesado en éste que

en otro: eso sería una razón de colegiala que considero indigna de mí. Yo no quiero a nadie, señor, usted lo sabe bien, ¿no es así? No veo, entonces, por qué, sin absoluta necesidad, habría de embarazar mi vida con un compañero eterno. Acaso el sabio no ha dicho en algún sitio: *Nada de más* y también: *¿Lleva todo consigo?* Se me enseñaron esos dos aforismos en latín y griego: uno es, creo, de Fedro, y el otro de Bias. Pues bien, mi querido padre, en el naufragio de la vida, porque la vida es un naufragio eterno de nuestras esperanzas, yo arrojo al mar mi equipaje inútil, nada más, y me quedo con mi voluntad, dispuesta a vivir perfectamente sola y por consiguiente totalmente libre.

—¡Desgraciada! ¡Desgraciada! —murmuró Danglars palideciendo, porque conocía por larga experiencia la solidez del obstáculo que encontraba tan repentinamente.

—¿Desgraciada? —replicó Eugenia—. ¿Desgraciada dice usted, señor? Pues, no, en verdad, y la exclamación me parece muy teatral y afectada. Dichosa, por el contrario, porque yo le pregunto, ¿qué me falta? El mundo me encuentra hermosa, es algo para ser recibida favorablemente. Amo las buenas acogidas, eso alegra las caras y aquellos que me rodean me parecen menos feos. Estoy dotada de algún talento y de cierta sensibilidad relativa que me permite sacar de la existencia general, para que entre en la mía, lo que encuentro de bueno, como hace el mono cuando parte una nuez verde para sacar su contenido. Soy rica, porque usted tiene una de esas buenas fortunas de Francia, porque soy su hija única, y porque usted no es tan tenaz ni llega al punto que los padres de la puerta de San Martín y de la Gaite, que desheredan a sus hijas porque no quieren darles nietos. Además, la ley previsora le ha quitado el derecho a desheredarme, al menos de todo, como le ha quitado el poder de contrariarme casándome con tal o cual señor. Así, pues, hermosa, espiritual, dotada de algún talento, como se dice en las óperas cómicas, y rica, no hay más que la dicha, señor. ¿Por qué me llama usted desgraciada?

Danglars, viendo a su hija sonriente y orgullosa hasta la insolencia, no pudo reprimir un movimiento de brutalidad que se manifestó en un grito solamente. Bajo la mirada interrogadora de su hija, enfrente a aquellas hermosas cejas negras, fruncidas por la interrogación, se volvió con prudencia y se calmó inmediatamente, domado por la férrea mano de la circunspección.

—En efecto, hija mía —respondió él con una sonrisa—, eres todo lo que pregonas ser, excepto en una cosa, hija; no quiero decirte bruscamente cuál, prefiero dejártela adivinar.

Eugenia miró a Danglars muy sorprendida de que la discutiesen sobre una de las flores de la corona de orgullo que acababa de ponerse tan soberbiamente en su cabeza.

—Hija mía —continuó el banquero—, me has explicado perfectamente los sentimientos que presidían las resoluciones de una hija como tú cuando ha decidido no casarse. Ahora voy a ser yo quien va a decirte los motivos de un padre como yo cuando ha resuelto que su hija se case.

Eugenia se inclinó, no como hija sumisa que escucha, sino como adversario dispuesto a discutir y que espera.

—Hija mía —continuó Danglars—, cuando un padre pide a una hija que tome esposo, siempre existe alguna razón para desear su matrimonio. Los unos tienen la manía que dijiste hace un momento, es decir, verse revivir en sus nietos. Yo no siento esa debilidad, empiezo por decirte que las alegrías de la familia me son casi indiferentes. Puedo confesar eso a una hija que sabe bastante filosofía para comprender esta indiferencia y para no considerarlo un crimen.

—Enhorabuena —dijo Eugenia—, hablemos franco, señor, me gusta eso.

—¡Oh! —dijo Danglars—. Ya ves que sin participar, en tesis general, de tu simpatía por la franqueza, me someto cuando considero que la circunstancia lo requiere. Continuaré, pues. Te he propuesto un marido, no por ti, porque en realidad no pienso en ti por nada del mundo en estos momentos. Amas la franqueza, pues aquí la tienes; lo hice porque tenía necesidad de que escogieses esposo lo más pronto posible para ciertas combinaciones comerciales que estoy a punto de establecer en estos momentos.

Eugenia hizo un movimiento.

—Es tal y como te lo digo, hija mía, y no tienes por qué enfadarte ya que tú me fuerzas a ello; es, a pesar mío, lo comprenderás bien, que entro en estas explicaciones aritméticas, con una artista como tú, que temió entrar en el despacho de un banquero para no percibir impresiones o sensaciones desagradables y antipoéticas.

»Pero en ese despacho de banquero, en el cual, no obstante, bien quisiste entrar anteayer para pedirme los mil francos que te

concedo cada mes para tus caprichos; en ese despacho, sabes, mi querida señorita, se aprenden muchas cosas útiles incluso para jóvenes personas que no quieren casarse. Se aprende, por ejemplo y en miramiento a tu susceptibilidad nerviosa te lo enseño en este salón; se aprende que el crédito de un banquero es la vida física y moral, que el crédito sostiene al hombre como el aire anima el cuerpo, y el señor de Montecristo me hizo un día un discurso sobre esto que no olvidaré nunca. Se aprende que a medida que el crédito se retira el cuerpo se vuelve cadáver, y que eso debe llegar en poco tiempo al banquero que se honra en ser padre de una hija con tan buena lógica.

Pero Eugenia, en vez de curvarse, se enderezó bajo el golpe:

—¡Arruinado! —dijo.

—Tú has encontrado la expresión justa, hija mía, la expresión exacta —dijo Danglars arañando su pecho con las uñas mientras conservaba en su ruda cara la sonrisa del hombre sin corazón, pero no sin talento—. ¡Arruinado! Eso es.

—¡Ah! —exclamó Eugenia.

—Sí, arruinado. Pues bien, he aquí conocido ese secreto lleno de horror, como dijo el poeta trágico. Ahora, hija mía, aprende de mis labios como esa desgracia puede ser por ti, menos grande; y no diré que para mí, sino para ti.

—¡Oh! —exclamó Eugenia—. Es usted muy mal fisonomista, señor, si se figura que es por mí por quien deploro la catástrofe que acaba de exponerme.

»¡Arruinada yo! ¿Qué me importa? ¿Acaso no me queda mi talento? ¿No puedo yo, como la Pasta, la Malibran o la Grisi, hacerme, cosa que usted no me hubiese dado nunca a pesar de su fortuna, con cien o ciento cincuenta mil libras de renta que sólo me debería a mí misma, y que en vez de llegarme como me llegan esos pobres doce mil francos que usted me da con la mirada ceñuda y las palabras de reproche sobre mi prodigalidad, me llegarían acompañados de aclamaciones, de bravos y de flores? Y aun cuando no tuviese ese talento, del que su sonrisa me dice que lo pone en duda, todavía me quedaría este furioso amor de independencia, que vale más que todos los tesoros, y que me domina hasta el instinto de conservación.

»No, no es por mí por quien me entristezco, siempre sabré salir bien del paso; mis libros, mis lápices, mi piano, todas las co-

sas que tanto amo y que siempre podré procurarme, siempre me quedarán. Piensa usted que tal vez me aflijo por la señora Danglars, pues desengáñese también: o me engaño mucho o mi madre ya ha tomado todas sus precauciones contra la catástrofe que le amenaza a usted y que pasará sin alcanzarle a ella. Ella se ha puesto al abrigo, lo espero, y no ha sido vigilándome como ha podido distraerse de sus preocupaciones de fortuna, porque gracias a Dios me ha dejado toda mi independencia bajo el pretexto de que amaba mi libertad.

»¡Oh! No, señor. Desde mi infancia he visto pasar muchas cosas en torno mío; las he comprendido todas perfectamente para que la desgracia dejase en mí más impresión de la que merece desde que la conozco. No he sido amada por nadie, tanto peor; eso me conduce, naturalmente, a no amar a nadie, tanto mejor. Ahora ya tiene usted mi profesión de fe.

—Entonces —dijo Danglars, pálido de una ira que no tenía su origen en el amor paternal ofendido—, entonces, señorita, ¿persistes en querer consumir mi ruina?

—¡Su ruina! —dijo Eugenia—. ¿Yo consumir su ruina? ¿Qué quiere decir? No le comprendo.

—Tanto mejor, eso me deja un rayo de esperanza; escucha.

—Escucho —dijo Eugenia mirando con tal fijeza a su padre que éste tuvo que hacer un esfuerzo para no bajar los ojos ante la mirada de su hija.

—El señor Cavalcanti —continuó Danglars— se casa contigo, y al casarse aporta tres millones de dote que coloca en mi banca.

—¡Ah! Muy bien —dijo con soberano desprecio Eugenia alisando sus guantes uno sobre otro.

—¿Piensas que te haré un mal cogiendo esos tres millones? —dijo Danglars—. Nada de eso; esos tres millones están destinados a producir diez. He obtenido con un banquero, compadre mío, la concesión de un ferrocarril, único negocio que en nuestros días presenta esas suertes fabulosas de éxito inmediato que en otros tiempos Law aplicaba a los bonos parisienses, esos eternos papanatas de la especulación, a un Mississippi fantástico. Para mis cálculos debe poseerse una millonésima de raíl como se poseía en otros tiempos un acre de tierra en erial al borde del Ohio. Es una inversión hipotecaria, lo cual es progreso, como ves, pues se tendrá por lo menos diez, quince, veinte, cien libras de hierro a cambio de su dinero.

Pues bien, de aquí a ocho días debo depositar por mi cuenta cuatro millones. Esos cuatro millones, ya te digo, producirán diez o doce.

—Pero, durante la visita que le hice a usted anteayer, señor, y si usted quiere recordarlo —replicó Eugenia—, le vi guardarse cinco millones y medio; incluso usted me enseñó la suma en dos bonos sobre el tesoro, y usted se asombraba de que un papel de tanto valor no hubiese deslumbrado mis ojos como lo haría un rayo.

—Sí, pero esos cinco millones y medio no son míos, y sólo son una prueba de la confianza que se tiene en mí; mi título de banquero popular me ha valido la confianza de los hospitales, y los cinco millones y medio les pertenecen; en otros tiempos no dudaría en utilizarlos, pero hoy se conocen las grandes pérdidas que he tenido, y, como ya te he dicho, el crédito empieza a retirarse. De un momento a otro la administración puede reclamarme el depósito, y si lo he empleado en otra cosa, me obligo a hacer una bancarrota vergonzosa. No desprecio las bancarrotas, créeme, pero las que enriquecen y no las que arruinan. Si te casas con el señor Cavalcanti, yo cojo los tres millones de la dote, o al menos se cree que voy a cogerlos, por lo que mi crédito se restablece y mi fortuna, que desde hace dos meses se hunde en un abismo abierto bajo mis pies por una fatalidad inconcebible, vuelve a consolidarse. ¿Me comprendes?

—Perfectamente, usted me empeña por tres millones, ¿no es cierto?

—Cuanto más fuerte la suma, más halagadora, pues te da una idea de tu valía.

—Gracias. Una última palabra, señor. ¿Me promete usted servirse cuanto sea de la cifra de esa dote aportada por el señor Cavalcanti, pero no tocar la cantidad? Esto no es cuestión de egoísmo, sino de delicadeza. Quiero servir para reafirmar su fortuna, pero no quiero ser la cómplice en la ruina de los demás.

—Pero, cuando te digo que con esos tres millones...

—¿Cree usted salir del apuro, señor, sin tener necesidad de tocar esos tres millones?

—Eso espero, pero a condición, siempre, de que celebrándose el matrimonio se consolide mi crédito.

—¿Podrá usted pagar al señor Cavalcanti los quinientos mil francos que usted me da por mi contrato?

—Al regresar del Ayuntamiento, los cogerá.

—¡Bien!

—¿Cómo bien? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que pidiéndome mi firma, no es eso, usted me dejará absolutamente dueña de mi persona.

—Absolutamente.

—Entonces, *bien*, como le decía, señor; estoy dispuesta a casarme con el señor Cavalcanti.

—Pero, ¿cuáles son tus proyectos?

—¡Ah! Ese es mi secreto. ¿Dónde estaría mi superioridad sobre usted si, teniendo el suyo, le contase el mío?

Danglars se mordió los labios.

—Así, pues —dijo—, ¿estás dispuesta a hacer algunas visitas oficiales que son absolutamente indispensables?

—Sí —respondió Eugenia.

—¿Y a firmar el contrato dentro de tres días?

—Sí.

—Entonces, a mi vez, soy yo quien dice: ¡bien!

Y Danglars tomó la mano de su hija y la estrechó entre las suyas.

Pero, cosa extraordinaria, durante aquel apretón de manos, el padre no se atrevió a decir:

—¡Gracias, hija mía!

Ni la hija tuvo una sonrisa para su padre.

—¿Se acabó la conferencia? —preguntó Eugenia levantándose.

Danglars indicó con la cabeza que no tenía nada más que añadir.

Cinco minutos más tarde el piano resonaba bajo los dedos de la señorita de Armilly, y la señorita Danglars cantaba la maldición de Brabantio sobre *Desdémona*.

Al fin del trozo, Esteban entró y anunció a Eugenia que los caballos estaban enganchados al coche, y que la baronesa la esperaba para hacer sus visitas.

Ya hemos visto a las dos mujeres pasar por casa de Villefort, de donde salieron para continuar su recorrido.

El contrato

Tres días después de la escena que acabamos de relatar, es decir, hacia las cinco de la tarde del día fijado para la firma del contrato entre la señorita Eugenia Danglars y Andrea Cavalcanti, que el banquero se obstinaba en llamar príncipe; una fresca brisa estremecía las hojas de los árboles del jardincillo situado ante la casa del conde de Montecristo, y cuando éste se preparaba a salir, y mientras sus caballos le esperaban piafando reprimidos por el cochero, sentado desde hacía un cuarto de hora en su asiento, el elegante faetón que ya conocen nuestros lectores, vino a girar rápidamente la esquina de la puerta de entrada y arrojó, más que depositó en los escalones del pórtico, al señor Andrea Cavalcanti, tan dorado y tan pagado de sí como si fuese a casarse con una princesa.

Se informó de la salud del conde con esa familiaridad que le era tan habitual, y subiendo con ligereza al primer piso lo encontró en lo alto de la escalera.

A la vista del joven, el conde se detuvo. En cuanto a Andrea Cavalcanti, estaba lanzado y cuando se entusiasmaba nada lo detenía.

—¡Eh! Muy buenas, querido señor de Montecristo —dijo al conde.

—¡Ah, señor Andrea! —exclamó éste con su voz medio burlesca—, ¿cómo se encuentra usted?

—Maravillosamente, como puede ver. Vengo a hablar con usted de muchas cosas; pero, ante todo, ¿sale usted o entra?

—Salía, señor.

—Entonces, para no entretenerle, montaré, si a usted le parece bien, en su calesa, y Tom nos seguirá conduciendo mi faetón a remolque.

—No —dijo con una imperceptible sonrisa de desprecio el conde, que no deseaba ser visto en compañía del joven—. No, pre-

fiero darle audiencia aquí, querido señor Andrea; se habla mejor en una habitación, y así el cochero no sorprende nuestras palabras al vuelo.

El conde entró en un saloncito que formaba parte del primer piso, se sentó, e indicó, cruzando sus piernas, un asiento al joven para que lo ocupase.

Andrea adoptó su aspecto más sonriente.

—Sabe usted, querido conde —dijo—, que la ceremonia tiene lugar esta noche. A las nueve se firmará el contrato en casa de mi suegro.

—¡Ah! ¿De veras?

—¡Cómo! ¿No lo sabía usted? ¿Acaso no le ha prevenido de esta solemnidad el señor Danglars?

—Sí —dijo el conde—. Recibí una carta suya ayer; pero no creo que fuese indicada la hora.

—Es posible; el suegro habrá contado con la notoriedad pública.

—Y bien —dijo Montecristo—, ya es usted feliz, señor Cavalcanti; es una de las mejores alianzas, la que contrata; y además, la señorita Danglars es bonita.

—Pues, sí —respondió Cavalcanti con un acento lleno de modestia.

—Y sobre todo es muy rica, por lo menos según creo —dijo Montecristo.

—Muy rica, ¿cree usted? —repitió el joven.

—Sin duda; se dice que el señor Danglars esconde por lo menos la mitad de su fortuna.

—Y ha confesado quince o veinte millones —dijo Andrea con una mirada brillante de alegría.

—Sin contar —añadió Montecristo—, que está en vísperas de entrar en una clase de especulaciones ya un poco usada en los Estados Unidos y en Inglaterra, pero completamente nueva en Francia.

—Sí, sí, ya sé a lo que usted se refiere: el ferrocarril, del que trata de obtener su adjudicación, ¿no es cierto?

—Justo. Ganará por lo menos, es la opinión general, unos diez millones en este negocio.

—¡Diez millones! ¿Cree usted? ¡Es magnífico! —dijo Cavalcanti, que se emborrachaba ante el ruido metálico de las palabras doradas.

—Sin contar —añadió Montecristo—, que toda esta fortuna será para usted, y es justo, ya que la señorita Danglars es hija única. Además, su propia fortuna, su padre me lo ha dicho al menos, es casi tan grande como la de su prometida. Pero dejemos de lado estos asuntos de dinero. Sabe usted, señor Andrea, que ha llevado hábil y admirablemente todo este asunto.

—Pues, no está mal, no está mal —dijo el joven—. Había nacido para ser diplomático.

—Pues bien, le harán entrar en la diplomacia; la diplomacia, ya lo sabe, no se aprende, es algo instintivo... ¿Tiene interesado el corazón?

—Verdaderamente, eso temo —respondió Andrea en el mismo tono en que había visto en el teatro Francés a Dorante o a Valerio responder a Alceste.

—¿Y le ama un poco?

—Es preciso —dijo Andrea con una sonrisa de vencedor— ya que se casa. Sin embargo, no olvidemos un gran punto.

—¿Cuál?

—El que he sido ayudado singularmente en todo esto.

—¡Bah!

—Cierto.

—¿Por las circunstancias?

—No, por usted.

—¿Por mí? Déjelo ya, príncipe —dijo Montecristo recalcando con afectación este título—, ¿qué he podido hacer por usted? ¿Acaso su nombre, su posición social y sus méritos no son suficientes?

—No —dijo Andrea—, no; y por más que diga, señor conde, yo mantengo que la posición de un hombre como usted ha hecho más que mi nombre, que mi posición social y mi mérito.

—Usted se engaña completamente, señor —dijo Montecristo, que sentía la dirección perversa del joven y que comprendió el alcance de sus palabras—, mi protección no le fue acordada más que después de conocer la influencia y la fortuna de su señor padre; porque, en fin, ¿quién me ha procurado a mí, que no había visto jamás ni a usted ni a su ilustre padre, la dicha de su conocimiento? Fueron dos buenos amigos, lord Wilmore y el abate Busoni. ¿Quién me ha animado, no a servirle de garantía, sino a patrocinarle? El nombre de su padre, tan conocido y tan honrado en Italia; personalmente, yo no le conozco.

Esta calma, este perfecto dominio hicieron comprender a Andrea que de momento estaba cogido por una mano más musculosa que la suya, y que el apretón no podía romperse fácilmente.

—¡Ah, vaya! —dijo—. ¿Mi padre tiene verdaderamente una gran fortuna, señor conde?

—Parece que así es, señor —respondió Montecristo.

—¿Sabe usted si la dote que me ha prometido ha llegado?

—Yo he recibido carta de aviso.

—Pero, ¿y los tres millones?

—Los tres millones están en camino, según toda probabilidad.

—¿Los cogeré realmente?

—¡Diantre! —replicó el conde—. Me parece que hasta ahora, señor, el dinero no le ha faltado.

Andrea quedó tan sorprendido que no pudo impedir soñar por un momento.

—Entonces —dijo saliendo de su ensoñación— sólo me queda, señor, dirigirle una petición, y ésta la comprenderá aun cuando deba ser desagradable.

—Hable —dijo Montecristo.

—Me he puesto en relación, gracias a mi fortuna, con muchas personas distinguidas, y tengo, de momento, al menos, multitud de amigos. Pero casándome como lo hago y de cara a toda la sociedad parisiense, debo ser sostenido por un nombre ilustre y a falta de la mano paternal, una mano poderosa debe acompañarme al altar; ahora bien, mi padre no vendrá a París, ¿no es cierto?

—Es anciano, está cubierto de heridas y sufre, dice, a morir cada vez que viaja.

—Comprendo. Pues bien, vengo a hacerle una petición.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

—¿Y cuál? ¡Dios mío!

—Pues bien, la de reemplazado.

—¡Ah, mi querido señor! ¡Cómo! Después de las numerosas relaciones que he tenido el honor de haber visto con usted, ¿me conoce usted tan mal para hacerme semejante solicitud?

»Pídame medio millón a empeñar, y aunque semejante préstamo sea bastante raro, palabra de honor, me molestaría menos. Sepa pues, y creo que ya se lo había dicho, que en su participación, moral sobre todo, en las cosas del mundo, el conde de Montecris-

to jamás ha dejado de tener sus escrúpulos, o más bien, diría yo, las supersticiones de un hombre oriental.

»Yo, que tengo un serrallo en El Cairo, otro en Esmirna y otro en Constantinopla, ¡presidiendo un matrimonio! ¡Nunca!

—Así, pues, ¿se niega usted?

—En redondo; y, fuese usted mi hijo, fuese usted mi hermano, seguiría negándome.

—¡Ah, vaya! —exclamó Andrea desorientado—. Entonces, ¿cómo voy a hacerlo?

—Tiene usted cien amigos, ¿no acaba de decírmelo?

—De acuerdo, pero ha sido usted quien me ha presentado en casa del señor Danglars.

—¡Alto! Restablezcamos los hechos en toda la verdad; yo fui quien le hizo cenar con él en Auteuil, y usted quien se presentó personalmente. ¡Diablos! Es muy diferente.

—Sí, pero mi matrimonio; usted me ha ayudado...

—¿Yo? En nada, le ruego que lo crea; acuérdesse de lo que le respondí cuando vino a rogarme que hiciera la petición. ¡Oh! Yo no hago matrimonios, mi querido príncipe, es un principio en mí.

Andrea se mordió los labios.

—Pero, en fin —dijo—, por lo menos estará usted allí, ¿no?

—Estará todo París.

—Ciertamente.

—Pues bien, seré como todo París —dijo el conde.

—¿Firmará el contrato?

—¡Oh! No veo ningún inconveniente, y mis escrúpulos no llegan a tanto.

—En fin, ya que usted no quiere concederme más, debo conformarme con lo que usted me da. Una última palabra, conde.

—¿Cómo?

—Un consejo.

—Tenga cuidado, un consejo es peor que un favor.

—¡Oh! Este sí que puede dármele sin comprometerse.

—Diga.

—La dote de mi esposa es de quinientas mil libras.

—Es la cantidad que el señor Danglars me indicó.

—¿Debo recibirlas o debo dejarlas en manos del notario?

—He aquí, en general, como suceden las cosas cuando se quiere que se produzcan elegantemente: los dos notarios se citan el día

del contrato para el día siguiente, entonces cambian las dos dotes y se dan mutuos recibos; después, celebrado el matrimonio, ponen los millones a su disposición como jefe de la comunidad.

—Es que —dijo Andrea con cierta inquietud mal disimulada—, creí haber entendido a mi suegro que tenía la intención de colocar los fondos en ese famoso negocio del ferrocarril, del cual me hablaba usted hace un instante.

—Bien, pero —replicó Montecristo— por lo que todo el mundo asegura, es un medio de que sus capitales se tripliquen en un año. El señor barón de Danglars es un buen padre y sabe contar.

—Así, pues —dijo Andrea—, todo marcha bien, salvo su negativa, que me parte el corazón.

—No la atribuya más que a escrúpulos muy naturales en semejante circunstancia.

—Vamos —dijo Andrea—, que se haga, pues, como usted quiere; hasta esta noche a las nueve.

—Hasta esta noche.

Y a pesar de una ligera resistencia de Montecristo, cuyos labios palidieron aunque no abandonaron su sonrisa ceremoniosa, Andrea cogió la mano del conde, la estrechó, saltó a su faetón y desapareció.

Las cuatro o cinco horas que le quedaban hasta las nueve las empleó Andrea en visitar a sus numerosos amigos, a los que habló de aparecer por casa del banquero con todo el lujo de sus comitivas, deslumbrándoles con las promesas de acciones que, después, han vuelto locos a tantos, y que en aquel momento sólo Danglars tenía la iniciativa.

En efecto, a las ocho y media de la tarde el gran salón de Danglars, la galería que conducía a este salón y otros tres salones del piso estaban llenos de una multitud perfumada, a la que no atraía la simpatía sino esa irresistible necesidad de estar allí donde se sabe que hay algo nuevo.

Un académico diría que las veladas mundanas son colecciones de flores que atraen a mariposas inconstantes, a abejas afanosas y a zánganos zumbadores.

No hay que decir que los salones estaban resplandecientes de luz, la infinidad de bujías lanzaban oleadas sobre las molduras de oro, sobre las telas de seda y sobre todo el mal gusto de aquel mobiliario, que no tenía consigo más que la resplandeciente riqueza en toda su brillantez.

La señorita Eugenia estaba vestida con la sencillez más elegante: un vestido de seda blanca bordado en blanco, una rosa blanca medio perdida en sus cabellos, de un negro jade, componían todo su adorno sin que la más pequeña joya tuviese cabida en él.

Sólo que se podía leer en sus ojos aquella firmeza perfecta destinada a desmentir lo que aquel cándido atavío tenía de vulgarmente virginal a sus propios ojos.

La señora Danglars, a treinta pasos de ella, hablaba con Debray, Beauchamp y Chateau Renaud. Debray había vuelto a entrar en la casa para aquella gran solemnidad, pero como todo el mundo y sin ningún privilegio particular.

El señor Danglars, rodeado de diputados, de hombres de finanzas, explicaba una teoría de contribuciones nuevas que pensaba poner en ejercicio cuando la fuerza de las circunstancias obligasen al Gobierno a llamarle al Ministerio.

Andrea, dando su brazo a uno de los más fogosos aficionados a la ópera, le explicaba impertinentemente, pues se necesitaba atrevimiento para hacerlo, sus proyectos de vida futura, y los progresos de lujo que contaba hacer con sus ciento setenta y cinco mil libras de renta.

La muchedumbre en general se movía en aquellos salones como un flujo y un reflujo de turquesas, de rubíes, de esmeraldas, de ópalos y de diamantes.

Como sucede siempre, se notaba que las más viejas señoras eran las más adornadas, y las más feas las que se exhibían con mayor obstinación.

Si había algún lirio blanco, alguna rosa suave y perfumada, había que buscarlas y descubrirlas, escondidas en algún rincón por una madre con turbante o una tía cotorra.

A cada instante, en medio de aquel tumulto, de aquel murmurar, de aquellas risas, la voz de los ujieres lanzaba un nombre conocido en las finanzas, respetado en el ejército o ilustre en las letras; entonces un débil movimiento de los grupos acogía el nombre.

Pero para uno que hacía estremecer este océano de olas humanas, cuántos no pasaban acogidos por la indiferencia o la burla de desdén.

En el momento en que la aguja del reloj macizo que representaba a Endimión dormido, marcaba las nueve en el cuadrante de oro, y la campana, fiel reproductor del pensamiento maquinal, da-

ba las nueve, el nombre del conde de Montecristo resonó a su vez, y, como impulsada por una descarga eléctrica, toda la asamblea se volvió hacia la puerta.

El conde estaba vestido de negro y con sencillez; su chaleco blanco resaltaba su amplio y noble pecho; su cuello negro parecía de una frescura singular que resaltaba la varonil palidez de su rostro; por toda alhaja llevaba una cadena de chaleco tan fina que apenas el hilillo de oro contrastaba con el piqué blanco.

Al instante se formó un círculo alrededor de la puerta.

El conde, de una sola ojeada, distinguió a la señora Danglars a un extremo del salón, al señor Danglars en el otro y a la señorita Eugenia delante de él.

Se aproximó primeramente a la baronesa, que hablaba con la señora de Villefort, que había venido sola porque Valentina aún continuaba sin restablecer; y sin desviarse de su camino, pues todos se apartaban ante él, pasó de la baronesa a Eugenia, a la que cumplimentó en términos tan rápidos y reservados que la orgullosa artista quedó sorprendida.

Junto a ella estaba la señorita Luisa de Armilly, quien agradeció al conde las cartas de recomendación que tan amablemente le había entregado para los empresarios de Italia, y de las que esperaba, le dijo, hacer incesante uso.

Al abandonar a estas damas se volvió y se encontró junto a Danglars, que se había aproximado para darle la mano.

Cumplidos estos tres deberes sociales, Montecristo se detuvo, paseó su mirada firme en torno suyo con esa expresión particular a los hombres de mundo y sobre todo de cierta distinción, que parece decir:

«Ya he hecho lo que debía; ahora que los demás cumplan con su deber».

Andrea, que estaba en un salón contiguo, sintió aquella especie de estremecimiento que Montecristo había provocado en la muchedumbre, y se apresuró a saludar al conde.

Lo encontró completamente rodeado; se disputaban sus palabras, como suele ocurrir siempre con los que hablan poco y no dicen una palabra sin valor.

Los notarios hicieron su entrada en aquel momento, y fueron a instalar sus cartapacios sobre los terciopelos bordados en oro que cubrían la mesa preparada para la firma, mesa en madera dorada.

Uno de los notarios se sentó y el otro permaneció en pie.

Se iba a proceder a la lectura del contrato que medio París, presente en aquella solemnidad, debía firmar.

Cada uno ocupó su sitio, o más bien las mujeres hicieron círculo mientras que los hombres, más indiferentes para con el *estilo enérgico*, como lo llamó Boileau, hicieron sus comentarios sobre la agitación febril de Andrea, sobre la atención del señor Danglars, sobre la impasibilidad de Eugenia, y sobre la manera ligera y jovial con que la baronesa trataba este importante asunto.

El contrato fue leído en medio de un profundo silencio. Pero inmediatamente de acabada la lectura, el rumor se reanudó en los salones, aumentado al doble de lo que era antes: aquellas sumas brillantes, aquellos millones rodando en el futuro de los dos jóvenes y que acababan de completar la exposición que se había hecho, en una habitación consagrada exclusivamente a ese objeto, del ajuar de la novia y de los diamantes de la muchacha, habían resonado con todo su prestigio en la curiosa asamblea.

Los encantos de la señorita Danglars eran dobles a los ojos de los jóvenes, y por el momento eclipsaban el brillo del sol.

En cuanto a las mujeres, no hace falta decir que, aun celosas de aquellos millones, no creían tener necesidad de ellos por ser bellas.

Andrea, estrechado por sus amigos, cumplimentado, adulado, empezaba a creer en la realidad del sueño que tenía. Andrea estaba a punto de perder la cabeza.

El notario tomó solemnemente la pluma, la levantó por encima de su cabeza y dijo:

—Señores, se va a firmar el contrato.

El barón debía firmar el primero, después el apoderado del señor Cavalcanti padre, luego la baronesa, a continuación los futuros cónyuges, como se dice en ese abominable estilo que corre en el papel timbrado.

El barón tomó la pluma y firmó, luego el apoderado.

La baronesa se aproximó del brazo de la señora de Villefort.

—Amigo mío —dijo ella al coger la pluma—, ¿no es algo desesperante? Un incidente inesperado, ocurrido en ese asunto del asesinato y del robo en que el señor conde de Montecristo estuvo a punto de ser víctima, nos ha privado de tener al señor de Villefort.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Danglars, en el mismo tono que hubiera dicho: «A fe mía, que eso me es indiferente».

—¡Dios mío! —dijo Montecristo aproximándose—. Tengo miedo de haber sido la causa involuntaria de esa ausencia.

—¡Cómo! ¿Usted, conde? —dijo la señora Danglars firmando—. Si es así, tenga cuidado; no se lo perdonaré nunca.

Andrea tendió el oído.

—Sin embargo, no será mía la culpa —dijo el conde—. También debo aclararlo.

Se escuchaba con avidez: Montecristo, que hablaba tan raras veces, tomaba la palabra.

—Usted se acordará —dijo el conde en medio del más profundo silencio— que fue en mi casa en donde murió aquel desdichado que vino a robarme, y que, saliendo de mi casa, fue apuñalado, según se cree, por su compañero.

—Sí —dijo Danglars.

—Pues bien, para socorrerle, se le había desvestido y se echaron sus ropas en un rincón en donde las recogió la justicia; pero la justicia, al coger la chaqueta y el pantalón para depositarlos en el Juzgado, habían olvidado el chaleco.

Andrea palideció visiblemente y se dirigió suavemente hacia la puerta; veía aparecer una nube en el horizonte, y esa nube le parecía que albergaba una tempestad.

—Pues bien, ese desdichado chaleco ha sido encontrado hoy todo cubierto de sangre y con un agujero en el lugar del corazón.

Las señoras lanzaron un grito, y dos o tres se prepararon para desmayarse.

—Me lo trajeron. Nadie podía imaginarse de dónde procedía aquel pingajo, sólo yo pensé en que podría ser el chaleco de la víctima. De repente mi ayuda de cámara, registrándolo con disgusto y precaución tropezó con un papel en un bolsillo, lo extrajo, y vimos que se trataba de una carta dirigida a usted, barón.

—¿A mí? —exclamó Danglars.

—¡Oh, Dios mío! Sí, a usted. Llegué a leer su nombre a pesar de las manchas de sangre que tenía —respondió Montecristo en medio de la sorpresa general.

—Pero —preguntó la señora Danglars mirando a su marido con inquietud—, ¿cómo puede impedir eso la presencia del señor de Villefort?

—Es muy sencillo, señora —repuso Montecristo—. Ese chaleco y la carta eran piezas de convicción, por tanto envié todo al se-

ñor procurador del rey. Ya comprenderá usted, señor barón, la vía legal es la más segura en cuestiones criminales. Tal vez era aquello alguna maquinación contra usted.

Andrea miró fijamente a Montecristo y desapareció en el segundo salón.

—Es posible —dijo Danglars—. Aquel hombre asesinado, ¿no era un antiguo presidiario?

—Sí —respondió el conde—, un antiguo presidiario llamado Caderousse.

Danglars palideció ligeramente; Andrea abandonó el segundo salón y alcanzó la antesala.

—Pero, firmen, firmen —dijo Montecristo—. Me parece que mi relato ha conmovido a todos, y pido humildemente perdón a usted, señora baronesa, y a la señorita Danglars.

La baronesa, que acababa de firmar, entregó la pluma al notario.

—Señor príncipe Cavalcanti —dijo el escribano—. Señor príncipe Cavalcanti, ¿dónde está usted?

—¡Andrea, Andrea! —repitieron varias voces de jóvenes, que ya habían llegado a tal intimidad con el italiano que le llamaban por su nombre de pila.

—¡Llame al príncipe, prevéngale que le toca firmar! —gritó Danglars a un ujier.

Pero en el mismo momento la multitud de asistentes retrocedió asustada en el salón principal, como si algún monstruo espantoso hubiese entrado en los aposentos, *quaerens quem devoret*.

Había, en efecto, motivo para retroceder, asustarse y gritar.

Un oficial de gendarmería colocó a dos gendarmes a la puerta de cada salón, y avanzó hacia Danglars, precedido de un comisario de policía, ceñido por su fajín.

La señora Danglars lanzó un grito y se desvaneció.

Danglars, que se creía amenazado (algunas conciencias nunca están tranquilas), ofreció a la vista de sus convidados un rostro descompuesto por el terror.

—¿Qué hay, señor? —preguntó Montecristo adelantándose hacia el comisario.

—¿Cuál de ustedes, señores —preguntó el magistrado sin responder al conde—, se llama Andrea Cavalcanti?

Un grito de estupor partió de todos los rincones del salón. Se buscó y se interrogó.

—Pero, ¿quién es ese Andrea Cavalcanti? —preguntó Danglars casi fuera de sí.

—Un antiguo forzado escapado del presidio de Tolón.

—¿Y qué crimen ha cometido?

—Está acusado, —dijo el comisario con su voz impasible— de haber asesinado al llamado Caderousse, su antiguo compañero de cadena, en el momento en que salía de casa del conde de Montecristo.

Montecristo echó una rápida mirada alrededor suyo.

Andrea había desaparecido.

El camino de Bélgica

Algunos instantes después de las escenas de confusión, producidas en los salones del señor Danglars por la inesperada aparición del brigadier de gendarmería, y por la revelación que había seguido, el inmenso palacio se había vaciado con una rapidez parecida a la que hubiese provocado el anuncio de un caso de peste o de cólera morbo entre los convidados; en pocos minutos por todas las puertas, por todas las escaleras, por todas las salidas, los invitados se apresuraron a retirarse, o más bien a huir; porque aquella era una de esas circunstancias en las cuales ni siquiera debe intentarse pronunciar inútiles consolaciones que hacen tan inoportunos a los mejores amigos en las grandes catástrofes.

No quedó en casa del banquero más que Danglars, encerrado en su despacho, y prestando declaración ante el oficial de gendarmería; la señora Danglars, aterrada, en el tocador que ya conocemos; y Eugenia, quien, con la mirada altiva y el labio desdeñoso, se había retirado a su habitación con su inseparable compañera, la señorita Luisa d'Armilly.

En cuanto a los criados, más numerosos todavía en esta noche que de costumbre, porque se les habían agregado con motivo de la fiesta, los heladeros, los cocineros y los reposteros del Café de París, volvían contra sus amos la cólera de los que ellos llamaban su afrenta, y se estacionaban por grupos en los salones, en las cocinas y en las habitaciones, preocupándose muy poco del servicio que, por otro lado, se encontraba interrumpido.

En medio de tan diferentes personajes, estremecidos por diversos intereses, sólo dos merecen que nos ocupemos de ellos: la señorita Eugenia Danglars y la señorita Luisa d'Armilly.

La joven novia se había retirado con la mirada altiva, el labio desdeñoso, y con el paso de una reina ultrajada, seguida por su compañera, más pálida y conmovida que ella.

Al llegar a su habitación, Eugenia cerró la puerta por dentro mientras Luisa caía sobre una silla.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué cosa más horrible! —dijo la joven—. ¿Y quién podía sospechar eso? El señor Andrea Cavalcanti... un asesino..., un escapado de presidio..., un presidiario.

Una sonrisa irónica crispó los labios de Eugenia.

—En verdad estaba predestinada —dijo—. No he hecho más que escapar de Morcerf para caer en los Cavalcanti.

—¡Oh! No confundamos uno con otro, Eugenia.

—¡Cállate! Todos los hombres son unos infames, y me alegra poder hacer algo más que detestarlos: ahora los desprecio.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Luisa.

—¿Que qué vamos a hacer?

—Sí.

—Pues lo que debíamos hacer dentro de tres días... Partir.

—¡Cómo! A pesar de que no te cases, ¿aún lo quieres?

—Escucha, Luisa, tengo horror a esta vida ordenada, acompañada y pautada como nuestro papel de música. Lo que yo siempre he deseado, ambicionado y querido, es la vida de artista, la vida libre, independiente, en la que no se depende más que de una y en la que no puede contarse más que con una. Quedarnos, ¿para qué? Para que traten de casarme nuevamente de aquí a un mes. ¿Con quién? Tal vez con el señor Debray, como se habló antes. No, Luisa, no; los acontecimientos de esta noche me disculpan: yo no buscaba, no pedía; Dios me envía esto, pues sea bien venido.

—¡Qué fuerte y animosa eres! —dijo la rubia y frágil muchacha a su morena amiga.

—¿Aún no me conocías? Vamos, vamos, Luisa, hablemos de todos nuestros asuntos. La silla de postas...

—Está comprada, afortunadamente, desde hace tres días.

—¿La has hecho conducir a donde debemos cogerla?

—Sí.

—¿Nuestro pasaporte?

—¡Aquí está!

Y Eugenia, con su aplomo habitual, desplegó un papel y leyó:

«El señor León d'Armilly, de veinte años de edad, de profesión artista, cabellos negros, ojos negros, viajando con su hermana».

—¡De maravilla! —exclamó—. ¿Quién te ha procurado este pasaporte?

—Fui a pedir al señor de Montecristo las cartas para los directores de los teatros de Roma y Nápoles, y le expresé mis temores de viajar como mujer. Los comprendió perfectamente y se puso a mi disposición para procurarme un pasaporte de hombre; y dos días más tarde, he recibido éste, en el cual he añadido de mi mano: «viajando con su hermana».

—Pues bien —dijo alegremente Eugenia—, ya no queda más que hacer nuestras maletas. Partimos la noche de la firma del contrato en vez de marchar la noche de las bodas, eso es todo.

—Reflexiónalo bien, Eugenia.

—¡Oh! Ya he hecho todas mis reflexiones. Ya estoy harta de oír hablar de sumas, de fines de mes, de alza, de baja, de fondos españoles, de papel haitiano... En vez de eso, Luisa, ¿comprendes?, el aire, la libertad, el canto de los pájaros, las llanuras de Lombardía, los canales de Venecia, los palacios de Roma, la playa de Nápoles. ¿Cuánto poseemos, Luisa?

La joven aludida sacó de un secreter incrustado una carterita con cerradura que abrió, y en la cual contó veintitrés billetes de Banco.

—Veintitrés mil francos —dijo.

—Y por lo menos otro tanto en perlas, diamantes y joyas —dijo Eugenia—. Somos ricas. Con cuarenta mil francos, tenemos para vivir como princesas durante dos años, o convenientemente durante cuatro. Pero antes de seis meses, tú con tu música y yo con mi voz, habremos doblado nuestro capital. Vamos, encárgate tú del dinero y yo me ocuparé del cofre de alhajas; de esta manera, si una de nosotras tiene la desgracia de perder su tesoro, la otra siempre tendrá el suyo. Ahora, la maleta; apresurémonos, ¡la maleta!

—Espera —dijo Luisa yendo a escuchar a la puerta de la señora Danglars.

—¿Qué temes?

—Que nos sorprendan.

—La puerta está cerrada.

—Que nos digan que abramos.

—Que digan lo que quieran; no abriremos.

—Eres una verdadera amazona, Eugenia.

Y las dos muchachas se pusieron, con prodigiosa actividad, a almacenar en una maleta todos los objetos de viaje que creían necesitar.

—Ya está. Ahora —dijo Eugenia—, mientras voy a cambiarme de ropa, cierra la maleta.

Luisa apoyó con todas sus fuerzas sus manitas blancas en la tapa de la maleta.

—Pero yo no puedo —dijo ella—, no soy bastante fuerte; ciérrala tú.

—¡Ah! Es verdad —dijo riendo Eugenia—. Olvidaba que soy Hércules y que tú eres Onfala.

Y la muchacha, apoyando la rodilla sobre la maleta, enderezó sus brazos blancos y musculosos hasta que los dos compartimientos de la maleta se juntaron, y la señorita d'Armilly pasó el cierre del candado entre las dos armellas.

Concluida esta operación, Eugenia abrió una cómoda en la cual había una llave, y sacó una manta de viaje en seda violeta guateada.

—Ten —dijo—, ya ves que pienso en todo; con esta manta no tendrás frío.

—Pero, ¿y tú?

—¡Oh! Yo nunca tengo frío, ya lo sabes; además, con las ropas de hombre...

—¿Vas a vestirte aquí?

—Sin duda.

—Pero, ¿tendrás tiempo?

—No tengas la menor inquietud, cobarde; todos nuestros criados están ocupados en el gran suceso. Además, ¿qué hay de asombroso en que permanezca encerrada cuando todos deben pensar que debo estar desesperada?

—No, es cierto. Me tranquilizas.

—Ven, ayúdame.

Y del mismo cajón del que había sacado la manta que acababa de entregar a la señorita d'Armilly, y con la cual ésta se había cubierto los hombros, sacó un traje de hombre completo, desde las botas hasta la levita, con una provisión de ropa blanca en la que no había nada superfluo, pero en la que se encontraba todo lo necesario.

Entonces, con una prontitud que indicaba que no era la primera vez que se había vestido las ropas de hombre, Eugenia se calzó las botas, pasó su pantalón, enlazó la corbata, abotonó hasta su

cuello un chaleco subido, y se vistió con una levita que marcaba su cintura fina y arqueada.

—¡Oh! Muy bien. En verdad, estás muy bien —dijo Luisa mirándola con admiración—. Pero ¿esos cabellos negros, esas magníficas trenzas que hacen suspirar de envidia a tantas mujeres, tendrán cabida bajo un sombrero de hombre como el que veo allí?

—Vas a verlo —dijo Eugenia.

Y cogiendo con su mano izquierda la espesa trenza, sobre la cual sus largos dedos apenas se cerraban, cogió con su mano derecha un par de largas tijeras e inmediatamente el acero cercenó la espléndida y abundante cabellera, que cayó completa a los pies de la muchacha, inclinada hacia atrás para aislar su levita.

Cortada la trenza superior, Eugenia pasó a las de las sienes, que cortó sucesivamente, sin dejar escapar el menor lamento; al contrario, sus ojos brillaron, más chispeantes y alegres que de costumbre, bajo sus cejas negras como el ébano.

—¡Oh! ¡Los magníficos cabellos! —dijo Luisa con lástima.

—¡Eh! ¿No estoy cien veces mejor así? —exclamó Eugenia, alisando los bucles esparcidos de su peinado casi masculino—. ¿No me encuentras más bonita así?

—¡Oh! Tú eres hermosa, siempre hermosa —exclamó Luisa—. Ahora, ¿adónde vamos?

—Pues a Bruselas, si quieres; es la frontera más próxima. Alcanzaremos Bruselas; Lieja, Aix la Chapelle; luego remontaremos el Rhin hasta Estrasburgo, atravesaremos Suiza y descenderemos a Italia por el San Gotardo. ¿Eso te gusta?

—Pues, sí.

—¿Qué miras?

—Te miro. En verdad, estás adorable así: se diría que me raptas.

—¡Eh, pardiez! Habría motivos.

—¡Oh! Creo que has jurado, Eugenia.

Y las dos muchachas, a las que todos podían creer anegadas en llanto, una por su cuenta y la otra por devoción a su amiga, se echaron a reír, haciendo desaparecer las señales más visibles del desorden que naturalmente había acompañado los preparativos de su evasión.

Después, habiendo apagado todas las luces, la mirada interrogadora, el oído atento y el cuello tendido, las dos fugitivas abrieron la puerta de un tocador que daba sobre una escalera de servicio que

descendía hasta el patio. Eugenia marchaba la primera, sosteniendo con un brazo la maleta que, por el asa opuesta, la señorita d'Armillly apenas levantaba con las dos manos.

El patio estaba vacío. Sonaba la medianoche.

El conserje aún yelaba.

Eugenia se aproximó suavemente y vio al digno suizo que dormitaba en el fondo de su cuarto, echado sobre su sillón.

Regresó junto a Luisa, volvió a coger la maleta que había dejado en tierra un instante y ambas, siguiendo la sombra proyectada por la muralla, alcanzaron la bóveda.

Eugenia hizo esconder a Luisa en el rincón de la puerta, de manera que el conserje, si le daba por despertarse, no viese más que a una persona.

Después, ofreciéndose por completo a la claridad de la lámpara que iluminaba el patio, gritó con su más bella voz de contralto, golpeando el cristal:

—¡La puerta!

El conserje se levantó como había previsto Eugenia, y dio algunos pasos para reconocer a la persona que salía; pero viendo a un joven que azotaba impacientemente su pantalón con el látigo, abrió inmediatamente.

Luisa en seguida se deslizó como una culebra por la puerta entreabierta, y saltó ligera a la calle. Eugenia, tranquila en apariencia, aunque con toda probabilidad su corazón latía más rápido que lo acostumbrado, salió a su vez.

Un mandadero pasaba, le hicieron coger la maleta y luego las muchachas le indicaron como meta de su carrera la calle de la Victoria y el número 36, y marcharon tras aquel hombre, cuya presencia tranquilizaba a Luisa; en cuanto a Eugenia, era tan fuerte como una Judith o una Dalila.

Llegaron al número indicado. Eugenia ordenó al mandadero que depositase la maleta, le dio algunas monedas y, después de haber llamado a la puerta, lo despidió.

Aquella puerta a la que había llamado Eugenia correspondía a la casa de una costurera que estaba prevenida de antemano; aún no se había acostado, y abrió.

—Señorita —dijo Eugenia—, haga sacar por el conserje la calesa y envíele a buscar los caballos a la casa de Postas. Aquí tiene cinco francos por la molestia que le causamos.

—En verdad —dijo Luisa—, te admiro, y hasta casi diría que te respeto.

La costurera las miraba con asombro; pero como estaba convenido que recibiría veinte luises, no hizo la menor observación.

Un cuarto de hora después, el conserje regresaba acompañado del postillón y los caballos, que en un periquete fueron enganchados al coche, sobre el cual el conserje aseguró la maleta con ayuda de una cuerda y un torniquete.

—Aquí está el pasaporte —dijo el postillón—. ¿Qué camino tomamos, joven señor?

—El camino de Fontainebleau —respondió Eugenia con una voz casi masculina.

—¿Qué dices? —preguntó Luisa.

—Doy un cambio —dijo Eugenia—. Esta mujer a quien damos veinte luises, puede traicionarnos por cuarenta. En el bulevar ya tomaremos otra dirección.

Y la muchacha se abalanzó al vehículo, acomodándose en un excelente asiento sin casi tocar el estribo.

—Tú siempre tienes razón, Eugenia —dijo la maestra de canto tomando plaza junto a su amiga.

Un cuarto de hora después el postillón, puesto ya en el camino que debía seguir, franqueaba la barrera de San Martín haciendo restallar su látigo.

—¡Ah! —exclamó Luisa respirando—. ¡Ya hemos salido de París!

—Sí, querida mía; y el rapto es bello y bien consumado —respondió Eugenia.

—Sí, pero sin violencias —dijo Luisa.

—Haré valer eso como circunstancia atenuante —replicó Eugenia.

Estas palabras se perdieron en el ruido que hacía el coche rodando sobre el empedrado de la Villete.

Danglars ya no tenía hija.



El Albergue de la Campana y la Botella

Y ahora dejemos a la señorita Danglars y a su amiga rodando camino de Bruselas, y volvamos al pobre Andrea Cavalcanti, tan desgraciadamente parado en el vuelo de su fortuna.

Era, a pesar de su edad poco avanzada, un muchacho muy listo y muy inteligente.

Así, pues, a los primeros rumores que penetraron en el salón, ya lo vimos aproximarse cautelosamente a la puerta, atravesar una o dos habitaciones, y al fin desaparecer.

Una circunstancia que hemos olvidado mencionar y que, sin embargo no debe ser omitida, es que en una de esas habitaciones que atravesó Cavalcanti, estaba expuesto el ajuar de la prometida, joyas de diamantes, chales de cachemira, encajes de Valenciennes, velos de Inglaterra, y todo lo que compone ese mundo de objetos tentadores, cuyo solo nombre hace saltar de gozo los corazones de las muchachas.

Ahora bien, al pasar por esta habitación, lo que prueba que no solamente Andrea era un muchacho muy listo y diestro, sino incluso previsor, es que cogió el más rico de los aderezos allí expuestos.

Provisto de esta joya, Andrea se sintió la mitad más ligero para saltar por la ventana y deslizarse entre las manos de los gendarmes.

Alto y bien formado como un luchador antiguo, musculoso como un Espartaco, Andrea corrió durante un cuarto de hora sin saber adónde iba, y con el único fin de alejarse del lugar en que estuvo a punto de ser detenido.

Partido de la calle de Mont Blanc, ya se encontraba, con ese instinto para salvar las barreras que sólo poseen los ladrones, como la liebre el de su agujero, al final de la calle Lafayette.

Allí, sofocado y anhelante, se detuvo.

Estaba completamente solo, y tenía a la izquierda el recinto de Saint Lazare, amplio desierto, y a su derecha, París en toda su profundidad.

«¿Estoy perdido? —se preguntó—. No, si puedo moverme más de lo que lo hagan mis enemigos. Mi salvación se ha convertido en cuestión de miriámetros.»

En aquel momento percibió, al subir a lo alto del *faubourg* Poissonniere, un cabriolé de alquiler, cuyo cochero, apoltronado y fumando su pipa, parecía que intentaba llegar al extremo del *faubourg* de Saint Denis donde, sin duda, tenía su acostumbrado descanso.

—¡Eh, amigo! —dijo Benedetto.

—¿Qué quiere, nuestro señor? —preguntó el cochero.

—¿Está su caballo fatigado?

—¡Fatigado! ¡Ah! ¡Y tanto! No ha hecho nada en todo el día. Cuatro malas carreras y veinte sueldos de propina; siete francos en total y debo entregar diez a mi patrón.

—¿Quiere usted añadir a esos siete francos veinte como éstos?

—Con mucho gusto, señor. No es cosa de despreciar veinte francos. ¿Qué debo hacer para eso? Veamos.

—Una cosa bien fácil, si su caballo no está fatigado; claro está.

—Ya le he dicho que irá como el céfiro; no hace falta más que decir de qué lado hay que ir.

—Hacia la parte de Louvres.

—¡Ah, ah! Conocido. ¿Región de Ratafia?

—Justamente. Se trata de alcanzar a uno de mis amigos, con el cual debo cazar mañana en la Chapelle, en Serval. Debía esperarme aquí hasta las once y media con su cabriolé; ya es medianoche, y se habrá cansado de aguardar y habrá partido solo.

—Es probable.

—Pues bien, ¿quiere usted intentar darle alcance?

—No pido nada mejor.

—Pero si no le alcanzamos de aquí a Bourget, tendrá usted veinte francos; si no le alcanzamos hasta Louvres, treinta.

—¿Y si le alcanzamos?

—¡Cuarenta! —dijo Andrea que tuvo un segundo de vacilación, pero que comprendió que nada perdía con prometer.

—¡Eso está bien! —dijo el cochero—. Suba, y en camino.

Andrea subió en el cabriolé que, en una carrera rápida, atravesó el *faubourg* de Saint Denis, recorrió el de Saint Martin, atravesó la barrera y enfiló por la interminable Villette.

No se atrevía a alcanzar a ese amigo quimérico; pero de vez en cuando, a los paseantes retrasados o en las tabernas que aún velaban, Cavalcanti les preguntaba por un cabriolé verde enganchado a un caballo castaño oscuro; y como sobre el camino a los Países Bajos circulaban numerosos cabriolés y nueve de cada diez son verdes, las informaciones llovían a cada paso.

Acababan de verlo pasar; no llevaba ni quinientos, ni doscientos, ni cien pasos de ventaja; en fin, se le adelantaba, pero no era él.

En una ocasión el cabriolé fue adelantado a su vez por una calesa llevada rápidamente al galope por dos caballos de posta.

«¡Ah! —se dijo Cavalcanti—. Si tuviese esa calesa, esos dos buenos caballos, y sobre todo el pasaporte que hace falta para cogerlos.»

Y suspiró profundamente.

Aquella calesa era la que llevaba a la señorita Danglars y a la señorita d'Armilly.

—¡En marcha, en marcha! —dijo Andrea—. No podemos tardar en encontrarlo.

Y el pobre caballo reemprendía el trote rabioso que había seguido desde la barrera para llegar todo sudoroso a Louvres.

—Decididamente —dijo Andrea—, veo que no alcanzaré a mi amigo y reventaré su caballo. Así pues, es mejor que me detenga. Aquí tiene sus treinta francos; me iré a acostar al Caballo Rojo, y en el primer coche que encuentre sitio proseguiré el viaje. Buenas noches, amigo mío.

Y Andrea, después de haber puesto seis piezas de cinco francos en la mano del cochero, saltó ágilmente sobre el pavimento de la carretera.

El cochero se guardó alegremente la suma y retornó al paso el camino de París; Andrea fingió ganar el albergue del Caballo Rojo, pero después de pararse un instante contra la puerta, escuchando como se alejaba el ruido del cabriolé, siguió su camino, y con paso gimnástico acelerado cubrió una carrera de dos leguas.

Allí paró y descansó; debía estar muy cerca de la Chapelle en Serval, adonde había dicho que iba.

No se detuvo por cansancio, sino por necesidad de tomar una resolución; Andrea Cavalcanti tenía necesidad de adoptar un plan.

Subir a una diligencia era imposible; tomar la posta era igualmente imposible. Para viajar en una u otra necesitaba un pasaporte.

Permanecer en el departamento de l'Oise, es decir, en una de las regiones más descubiertas y vigiladas de Francia, era cosa imposible; difícil sobre todo para un hombre experto como Andrea en materia criminal.

Andrea se sentó a la orilla de la cuneta, dejó caer su cabeza entre sus manos y reflexionó.

Diez minutos después, levantó la cabeza: había adoptado una resolución.

Cubrió de polvo un lado de su gabán, que había tenido tiempo de descolgar en la antesala y de abotonarlo encima de su traje de gala, y entrando en Chapelle en Serval fue a llamar valientemente a la puerta del único albergue de la comarca.

El posadero acudió a abrir.

—Amigo mío —dijo Andrea—, iba de Montefontaine a Senlis cuando mi caballo, que es un animal muy bravo, ha dado una sacudida y me ha tirado por los aires. Es preciso que llegue esta noche a Compiègne o causaré una gran inquietud a mi familia. ¿Tiene algún caballo para alquilarme?

—Bueno o malo, un posadero siempre tiene un caballo.

El posadero de la Chapelle en Serval llamó al mozo de cuadra, le ordenó ensillar «el Blanco», y despertó a su hijo, niño de siete años, para que montase en la grupa y regresase con el caballo.

Andrea dio veinte francos al posadero, y, sacándolos de su bolsillo, dejó caer una tarjeta de visita

Esta tarjeta de visita pertenecía a uno de sus amigos del Café de París; de esta manera el posadero, cuando Andrea se marchó y hubo recogido la tarjeta caída del bolsillo, quedó convencido de que había alquilado su caballo al señor conde de Mauleon, calle Santo Domingo, 25; nombre y dirección que figuraban en la tarjeta.

«El Blanco» no corría mucho, pero iba con paso igual y constante. En tres horas y media, Andrea hizo las nueve leguas que le separaban de Compiègne; las cuatro sonaban en el reloj del Ayuntamiento cuando llegó a la plaza en que se detienen las diligencias.

En Compiègne hay un excelente hotel, del cual se acuerdan hasta los que se han alojado sólo una vez.

✱ Andrea, que había hecho un alto en uno de sus paseos por los alrededores de París, se acordó de aquel albergue de la Campana y

la Botella. Se orientó, vio a la luz de una farola la pancarta indicadora y, despidiendo al chiquillo tras darle todas las monedas sueltas que tenía, fue a llamar a la puerta, pensando con mucha justeza que tenía tres o cuatro horas por delante, y que lo mejor era prepararse con un buen sueño y una buena cena contra las fatigas futuras.

Un mozo acudió a abrirle.

—Amigo mío —dijo Andrea—, vengo de Saint Jean au Bois, en donde he cenado; contaba con coger el coche que pasa a medianoche, pero me he perdido como un imbécil y hace cuatro horas que me paseo por el bosque. Deme una de esas bonitas habitaciones que dan al patio, y hágame subir algo de comer y una botella de Burdeos.

El mozo no tuvo sospecha alguna: Andrea hablaba con la mayor tranquilidad, tenía el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos de su gabán; sus ropas eran elegantes, su barba afeitada recientemente, sus botas irreprochables; tenía el aspecto de un ciudadano retrasado, nada más.

Mientras el mozo preparaba su habitación, la dueña se levantó; Andrea la acogió con su más encantadora sonrisa, y le pidió si no podía darle la número tres, que ya había tenido en su última estancia en Compiègne; desafortunadamente, la número tres estaba ocupada por un joven que viajaba con su hermana.

Andrea pareció desesperado; no se consoló más que cuando la dueña le aseguró que la número siete, que le preparaban, tenía absolutamente la misma disposición que la número tres; y, calentándose los pies y hablando de las últimas carreras de Chantilly, esperó a que le anunciaran que la habitación estaba lista.

Andrea no había hablado sin razón de los bonitos aposentos que daban al patio; el patio del albergue de la Campana, con su triple hilera de galerías que le daban aspecto de una sala de espectáculos, con sus jazmines y sus clemátides subiendo a lo largo de las columnas, como una decoración natural, es una de las entradas de albergue más encantadoras que existen en el mundo.

El pollo estaba bueno, el vino era añejo, y el fuego claro y chisporroteante. Andrea se sorprendió cenando así, con tan buen apetito y como si nada hubiese sucedido.

Después se acostó y se durmió casi inmediatamente con ese sueño implacable que el hombre encuentra siempre a los veinte años, incluso cuando tiene remordimientos.

Ahora bien, estamos obligados a confesar que Andrea hubiera podido tener remordimientos, pero no los tenía.

He aquí cuál era el plan de Andrea; plan que le había dado lo mejor de su seguridad.

Una vez de día, se levantaba, salía del albergue tras haber pagado religiosamente su cuenta; alcanzaba el bosque, compraba, bajo el pretexto de hacer estudios de pintura, la hospitalidad de algún campesino; se procuraba un traje de leñador y un hacha, se despojaba del traje de elegante para tomar el de obrero; luego, con las manos terrosas, los cabellos ennegrecidos por un peine de plomo, y el rostro oscurecido con un tinte cuya receta le dieron unos antiguos camaradas, iría de bosque en bosque hasta llegar a la frontera más próxima, caminando por la noche y durmiendo por el día en los bosques o en las carreteras, y no aproximándose a los lugares habitados más que para comprar un pan de vez en cuando.

Una vez cruzada la frontera, Andrea convertía en dinero sus diamantes, reunía esta suma a una decena de billetes de Banco que siempre llevaba encima para casos de accidente, y aún se encontraba con unas cincuenta mil libras, lo que le parecía, según su filosofía, no ser muy malo.

Además, contaba mucho en el interés que los Danglars tendrían en apagar el rumor de su desventura.

He aquí por qué, además de la fatiga, Andrea se durmió tan pronto y tan bien.

Por otra parte, para ser despertado más pronto, Andrea no había cerrado ventanas y sólo se contentó con echar los cerrojos de su puerta y tener listo sobre la mesilla de noche cierto cuchillo muy puntiagudo, cuyo excelente temple conocía y del cual no se separaba nunca.

A las siete de la mañana, aproximadamente, Andrea fue despertado por un rayo de sol que llegaba, tibio y brillante, a jugar sobre su rostro.

En todo cerebro bien organizado, la idea dominante, y siempre hay una, es la primera que se presenta al despertarse, porque es la última que se tiene al dormirse.

Andrea aún no había abierto bien los ojos cuando esta idea obsesionante apareció y le sopló al oído que había dormido demasiado tiempo.

Saltó de su cama y corrió a la ventana.

Un gendarme atravesaba el patio.

El gendarme es uno de los objetos más llamativos que existen en el mundo, incluso para la mirada de un hombre sin inquietudes; por tanto, para una conciencia timorata que tiene algún motivo, el amarillo, el azul y el blanco, de que se compone su uniforme, constituyen colores espantosos.

«¿Por qué un gendarme?» se preguntó Andrea.

De pronto se respondió a sí mismo, con una lógica que el lector ya ha debido notar en él:

«Un gendarme no es nada extraño en un albergue; pero vistámonos».

Y el joven se vistió con una rapidez que no le había hecho perder su ayuda de cámara durante los meses de vida elegante que había llevado en París.

«Bueno —pensó Andrea vistiéndose—, esperaré a que se haya marchado y entonces me iré.»

Y diciendo estas palabras, Andrea, calzado y con la corbata, llegó suavemente hasta la ventana y levantó por segunda vez su visillo de muselina.

No solo el primer gendarme no se había ido, sino que el joven aún vio un segundo uniforme azul, amarillo y blanco, al pie de la escalera por la cual podía descender, mientras un tercero a caballo y el mosquetón en la mano, se mantenía de centinela en la gran puerta de entrada, la única por la cual podía salir.

Este último gendarme era muy significativo; porque delante de él se encontraba un semicírculo de curiosos que bloqueaba herméticamente la puerta del albergue.

«¡Me buscan! —fue el primer pensamiento de Andrea—. ¡Diablo!»

La palidez invadió el rostro del joven; miró alrededor suyo con ansiedad.

Su habitación, como todas las de aquel piso, no tenía más salida que la galería exterior, abierta a todas las miradas.

«¡Estoy perdido!», fue su segundo pensamiento.

En efecto, para un hombre en la situación de Andrea, la detención significaba: los tribunales, el juicio, la muerte, y una muerte sin misericordia y sin retraso.

Un momento oprimió convulsivamente su cabeza entre sus manos.

Durante ese momento estuvo a punto de volverse loco.

Pero inmediatamente, de ese mundo de pensamientos que entrechocaban en su cabeza, salió una idea de esperanza; una pálida sonrisa se dibujó en sus labios morados y sobre sus mejillas contraídas.

Miró en torno suyo; los objetos que buscaba se encontraban reunidos sobre el mármol de un secreter: era una pluma, tinta y papel.

Mojó la pluma en la tinta y escribió con mano que trató de ser firme las líneas siguientes sobre la primera hoja de papel:

«No tengo dinero para pagar, pero como soy hombre de bien le dejo en prenda este alfiler que vale diez veces el gasto que he hecho. Me perdonará el haberme escapado al amanecer; estaba avergonzado».

Se quitó el alfiler de su corbata y lo depositó sobre el papel.

Una vez hecho esto, en lugar de dejar echados los cerrojos, los quitó e incluso entreabrió la puerta, como si fuese a salir de su habitación olvidándose cerrar, y se deslizó por la chimenea como hombre acostumbrado a estas acrobacias, aprovechando la muestra del papel representado por Aquiles en casa de Deidamia; borró con sus mismos pies las huellas en las cenizas, y empezó a escalar el hueco estrecho que le ofrecía la única salida de salvación en la que aún confiaba.

En aquel mismo momento el primer gendarme que había llamado la atención de Andrea subía la escalera precedido del comisario de policía, y apoyado por el segundo gendarme que vigilaba al pie de la escalera, el cual podía pedir refuerzos del que estaba estacionado en la puerta.

Ahora, he aquí a qué circunstancia debía Andrea esta visita que trataba de evitar con tanto esfuerzo.

Al amanecer, los telégrafos habían actuado en todas direcciones y cada población, prevenida casi inmediatamente, había despertado a las autoridades y lanzado a la fuerza pública a la búsqueda del asesino de Caderousse.

Compiègne, residencia real; Compiègne, coto de caza; Compiègne, lugar de acuartelamiento, estaba abundantemente provista de autoridades, de gendarmes y de comisarios de policía; las visitas, pues, habían empezado inmediatamente a la llegada de la orden telegráfica, y el albergue de la Campana y la Botella era el primero de la ciudad. Naturalmente, se empezó por él.

Además, según los informes de los centinelas que habían hecho guardia toda la noche en el Ayuntamiento (éste linda con la posada), según dichos informes, varios viajeros habían descendido durante la noche delante de la posada.

El centinela que habían relevado a las seis de la mañana, se acordaba, incluso, de que nada más tomar su puesto, es decir a las cuatro y algunos minutos, había visto a un joven montando un caballo blanco, con un chiquillo a la grupa, que despidió con el caballo después de descender en la plaza, y que luego había ido a llamar al albergue de la Campana, que se abrió para acogerlo y se cerró tras él.

Sobre este joven, tan extrañamente retrasado, se detuvieron todas las sospechas.

Ahora bien, este joven no era otro más que Andrea.

Con estos antecedentes, el comisario de policía y el gendarme, que era un sargento, se encaminaron hacia la puerta de Andrea; esta puerta estaba entreabierta.

—¡Oh, oh! —dijo el sargento, zorro viejo acostumbrado a todas las tretas del oficio—. ¡Mal indicio que una puerta esté abierta! Preferiría verla cerrada con triple cerrojo.

En efecto, la nota y el alfiler dejados sobre la mesa confirmaron, o más bien apoyaron la triste verdad. Andrea se había fugado.

Decimos apoyaron porque el sargento no era hombre que se rindiese con una sola prueba.

Miró en torno suyo, echó una ojeada bajo la cama, desdobló las cortinas, abrió los armarios y al fin se detuvo ante la chimenea.

Gracias a las precauciones de Andrea, no había ninguna huella de su paso entre las cenizas.

Sin embargo, aquella era una salida y en las circunstancias en que se encontraba, toda salida debía ser objeto de una seria investigación.

El sargento, pues, mandó traer un haz de paja; atiborró la chimenea como si fuese a hacer mortero y le prendió fuego.

El fuego hizo crujir las paredes de ladrillo; una columna opaca de humo salió por el orificio y subió hacia el cielo como la sombra del chorro de un volcán, pero no vio caer al prisionero como esperaba.

Andrea, desde su juventud en lucha con la sociedad, valía tanto como un gendarme, aunque este gendarme hubiese sido ascendido a sargento; previniendo el incendio, había salido al tejado y se mantenía escondido contra el tubo.

Por un instante tuvo alguna esperanza de salvarse, porque oyó al sargento que llamaba a los dos gendarmes y les gritaba en voz alta:

—¡No está!

Pero alargando suavemente el cuello, vio que los dos gendarmes en vez de retirarse, como era lo más natural ante tal anuncio, vio, decíamos, que al contrario, los dos gendarmes redoblaban su atención.

A su vez miró en torno suyo: el Ayuntamiento, colosal edificio del siglo XVI, se elevaba como una muralla sombría a su derecha, y por las aberturas del monumento se podía echar una mirada por todos los rincones del tejado, como desde lo alto de una montaña se contempla un valle.

Andrea comprendió que inmediatamente iba a ver la cabeza del sargento asomándose por alguna de aquellas aberturas.

Al descubierto estaba perdido; una persecución por los tejados no presentaba ningún éxito favorable.

Resolvió, pues, descender, no por la misma chimenea que había subido, sino por otra parecida.

Buscó con la mirada una chimenea en la que no viese aparecer ningún humo, la alcanzó reptando por el tejado, y desapareció por su orificio sin haber sido visto por nadie.

En el mismo instante una ventanita del Ayuntamiento se abrió y dejó paso a la cabeza del sargento de gendarmería.

Por un instante esta cabeza permaneció inmóvil, como uno de los relieves de piedra que decoraban el edificio; después, con un largo suspiro de decepción, desapareció la cabeza.

El sargento, calmoso y digno como la ley que representaba, pasó sin responder a las infinitas preguntas que le dirigía la multitud apiñada en la plaza, y entró en el albergue.

—¿Y bien? —preguntaron a su vez los dos gendarmes.

—Pues bien, hijos míos —respondió el sargento—, es preciso creer que el bribón verdaderamente nos ha tomado una buena delantera; pero vamos a marchar al camino de Villers Cotterets y de Noyon, y registraremos el bosque, donde indudablemente lo encontraremos.

El honorable funcionario apenas acababa de pronunciar, con esa entonación tan peculiar en los sargentos de gendarmería, su consigna, cuando un prolongado grito de espanto, acompañado del redoblado tintineo de una campanilla, resonó en el patio de la posada.

—¡Oh, oh! ¿Qué es eso? —exclamó el sargento.

—He aquí un viajero que parece tener mucha prisa —dijo el posadero—. ¿En qué número tocan?

—En el número tres.

—¡Corra, muchacho!

En aquel momento, los gritos y el ruido de la campanilla se redoblaron.

El mozo emprendió su carrera.

—No —dijo el sargento deteniendo al criado—, el que llama no tiene aspecto de pedir un criado, y nosotros vamos a servirle un gendarme. ¿Quién ocupa el número tres?

—El jovencito llegado con su hermana esta noche en la silla de postas, y que ha pedido una habitación con dos camas.

La campanilla resonó por tercera vez con una entonación llena de angustia.

—¡A mí, señor comisario! —gritó el sargento—. ¡Sígueme y apriete el paso!

—Un momento —advirtió el posadero—. En la habitación número tres hay dos escaleras: una exterior y otra interior.

—Bueno —dijo el sargento—. Cogeré la interior, es mi departamento. ¿Están cargadas las carabinas?

—Sí, sargento.

—Bien, vigilen el exterior, y si quiere huir, fuego sobre él; es un gran criminal, por lo que ha dicho el telégrafo.

El sargento, seguido del comisario, desapareció inmediatamente en la escalera interior, acompañado por el rumor que sus revelaciones sobre Andrea habían hecho nacer entre la multitud.

He aquí lo que había sucedido.

Andrea bajó muy diestramente los dos tercios de la chimenea, pero al llegar allí le faltó pie, y, a pesar del apoyo de las manos, descendió más rápido y sobre todo con más ruido del deseado. Esto no hubiese sido nada si la habitación hubiera estado desocupada; pero por desgracia no era así.

Dos mujeres dormían en una cama y este ruido las había despertado.

Sus miradas se posaron en el punto de donde procedía el ruido, y por la abertura de la chimenea vieron aparecer un hombre.

Una de estas dos mujeres, la rubia, fue la que lanzó aquel terrible grito que conmovió a toda la casa, mientras que la morena,

abalanzándose al cordón de la campanilla, había dado la alarma, tirando con todas sus fuerzas.

Andrea, como se ve, jugaba la partida con desgracia.

—¡Por piedad! —imploró pálido, asustado y sin ver a las personas a las cuales se dirigía—. ¡Por piedad! No llamen; sálvenme. No quiero hacerles mal.

—¡Andrea, el asesino! —gritó una de las mujeres.

—¡Eugenia! ¡La señorita Danglars! —murmuró Cavalcanti pasando del espanto al estupor.

—¡Socorro, socorro! —gritó la señorita d'Armilly cogiendo la campanilla de las manos inertes de Eugenia, y llamando con más fuerza aún que su compañera.

—¡Sálvenme, me persiguen! —dijo Andrea juntando sus manos—. ¡Por piedad, no me entreguen!

—Ya es demasiado tarde; suben —respondió Eugenia.

—Bien, ocúlteme en algún sitio; diga usted que ha tenido miedo sin motivo; hará desaparecer las sospechas y me salvará la vida.

Las dos mujeres, abrazadas una contra otra, envueltas en los cobertores, se quedaron mudas ante la voz suplicante; todas las aprehensiones, todas las repugnancias entrechocaron en sus ánimos.

—¡Bien, sea! —dijo Eugenia—. Vuelva a coger el camino por donde ha venido, desgraciado. Márchese y no diremos nada.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritó una voz en el descansillo—. ¡Ahí está! ¡Ya le veo!

En efecto, el sargento había pegado su ojo a la cerradura y había descubierto a Andrea de pie y suplicante.

Un violento golpe con la culata de un fusil hizo saltar la cerradura, otros culatazos hicieron saltar los cerrojos; la puerta forzada, cayó hacia dentro.

Andrea corrió a la otra puerta que daba sobre la galería del patio, y la abrió dispuesto a escaparse.

Los dos gendarmes estaban allí con sus carabinas empuñadas y le encañonaron.

Andrea se quedó paralizado; de pie, pálido, el cuerpo un poco echado hacia atrás, tenía su cuchillo inútil en su mano crispada.

—¡Huya! —gritó la señorita d'Armilly, en el corazón de la cual entraba la piedad a medida que salía el susto—. ¡Huya!

—¡O mátese! —dijo Eugenia con el tono y la actitud de una de esas vestales que, en el circo, ordenaban con el pulgar al gladiador victorioso que acabase con su adversario caído en tierra.

Andrea tembló y miró a la muchacha con una sonrisa de desprecio, en la que se percibía que su corrupción no comprendía esa sublime ferocidad del honor.

—¡Matarme! —dijo arrojando su cuchillo—. ¿Para qué?

—¡Pues usted lo ha dicho! —exclamó la señorita Danglars—. Se le condenará a muerte, lo ejecutarán como al último de los criminales.

—¡Bah! —replicó Cavalcanti cruzándose de brazos—. Se tienen amigos.

El sargento avanzó hacia él empuñando el sable.

—Vamos, vamos —dijo Cavalcanti—. Envaine, buen hombre; no hace falta hacer tanto alboroto, ya que me rindo.

Y alargó sus manos a las esposas.

Las dos muchachas miraban con terror aquella horrorosa metamorfosis que se operaba ante sus ojos: el hombre de mundo se despojaba de su envoltura y se convertía en el presidiario.

Andrea se volvió hacia ellas, y con la sonrisa de la imprudencia dijo:

—¿Tiene algún encargo para su señor padre, señorita Eugenia? Porque, según todas las probabilidades, regreso a París.

Eugenia escondió su cara entre sus manos.

—¡Oh, oh! —dijo Andrea—. No hay por qué avergonzarse, y yo no le reprocho haber tomado la posta para correr tras de mí... ¿No era yo casi su marido?

Y tras esta burla, Andrea salió dejando a las dos fugitivas entregadas a los sufrimientos de la vergüenza y a los comentarios de los reunidos.

Una hora más tarde, vestidas ambas con sus ropas femeninas, subieron en su calesa de viaje.

Se había cerrado la puerta del albergue para sustraerlas a las primeras miradas; pero no quedó más remedio que, una vez abierta la puerta, pasar por en medio de dos hileras de curiosos, de miradas resplandecientes y labios murmuradores.

Eugenia bajó las cortinillas; pero aunque ya no veía, sí seguía oyendo, y el rumor de las burlas llegaba hasta ella.

—¡Oh! ¿Por qué no será un desierto el mundo? —exclamó echándose en los brazos de la señorita d'Armilly, los ojos centellean-

tes de esa rabia que hacía desear a Nerón que el mundo romano tuviese una sola cabeza, para cortarla de un solo tajo.

Al día siguiente ellas descendían en el hotel de Flandes, en Bruselas.

Desde la víspera, Andrea estaba encarcelado en la Conserjería.



La ley

Se ha visto con qué tranquilidad la señorita Danglars y la señorita d'Armilly habían podido llevar a cabo su transformación y realizar su fuga, y es que cada cual se encontraba demasiado ocupado en sus propios asuntos para cuidarse de los demás.

Dejaremos al banquero, el sudor en la frente, alineando frente al fantasma de la bancarrota las enormes columnas de su pasivo, y seguiremos a la baronesa, quien, después de haber permanecido un instante aplastada por la violencia del golpe que acababa de recibir, se había ido al encuentro de su consejero habitual, Lucien Debray.

La baronesa había contado con que aquel matrimonio la libraría de una tutela que con una muchacha del carácter de Eugenia no dejaba de ser incómoda; porque en la especie de contrato tácito que mantienen los lazos jerárquicos de la familia, la madre no es realmente la dueña de su hija más que a condición de ser continuamente para ella un ejemplo de sabiduría y un tipo de perfección.

Ahora bien, la señora Danglars temía la perspicacia de Eugenia y los consejos de la señorita d'Armilly; había sorprendido ciertas miradas desdeñosas lanzadas por su hija a Debray, miradas que parecían significar que su hija conocía todo el misterio de sus relaciones amorosas y pecuniarias con el secretario íntimo, mientras que una interpretación más sagaz y profunda hubiese, por el contrario, demostrado a la baronesa que Eugenia detestaba a Debray, no porque él era en la casa paterna una piedra de escándalo, sino porque lo clasificaba buenamente en la categoría de los bípedos que Diógenes trataba de no llamar hombres, y que Platón designaba con la perífrasis de animales de dos pies y sin plumas.

La señora Danglars, desde su punto de vista, y desgraciadamente en este mundo todos tienen su punto de vista que impide ver el de los demás; la señora Danglars, pues, lamentaba infinitamente que el

matrimonio de Eugenia hubiese fallado, no porque era un matrimonio conveniente, muy adecuado, y que debía hacer la felicidad de su hija, sino porque este matrimonio le devolvía su libertad.

Corrió, pues, como hemos dicho, a casa de Debray, quien tras haber, como todo París, asistido a la velada del contrato y al escándalo que le siguió, se había apresurado a retirarse al club, en donde, en compañía de algunos amigos, hablaba del acontecimiento que en aquellos momentos constituía el tema de conversación de tres cuartas partes de esta ciudad eminentemente murmuradora que llaman capital del mundo.

En el momento en que la señora Danglars, vestida con traje negro y oculta bajo un velo, subía la escalera que conducía al apartamento de Debray, pese a la certeza dada por el conserje de que el joven no estaba en su casa, Debray se ocupaba en rechazar las insinuaciones de un amigo que trataba de probarle que después del terrible escándalo que acababa de estallar, era su deber, como amigo de la casa, casarse con la señorita Eugenia Danglars y sus dos millones.

Debray se defendía como hombre que no pide más que ser vencido; porque con frecuencia había tenido aquella misma idea; luego, como conocía a Eugenia y su carácter independiente y altivo, adoptaba de vez en cuando una actitud completamente defensiva, diciendo que esta unión era imposible y dejándose dominar sordamente por esta mala idea que, al decir de los moralistas, preocupa incesantemente al hombre más probo y puro, velando en el fondo de su alma como Satán vela tras la cruz. El té, el juego y la conversación interesante, como se ve, puesto que se discutía de temas tan graves, duraron hasta la una de la madrugada.

Entretanto la señora Danglars, introducida por el ayuda de cámara de Lucien, esperaba, velada y palpitante, en el saloncito verde entre dos cestillos de flores que ella misma había enviado aquella mañana, y que Debray, personalmente, había cuidado y arreglado con una atención que hizo perdonar su ausencia a la pobre mujer.

A las once cuarenta y cinco minutos, la señora Danglars, cansada de esperar inútilmente, volvió a montar en un carruaje y se hizo conducir a su casa.

Las mujeres de cierto mundo tienen de común con las modistillas de cierto éxito, que corrientemente no entran en éstas pasada la medianoche. La baronesa entró en la casa con tantas pre-

cauciones como Eugenia había puesto para salir; subió ligeramente, y con el corazón encogido, la escalera de su aposento, contiguo al de Eugenia.

Tenia mucho provocar algún comentario; creía tan firmemente, pobre mujer respetable en este punto, en la inocencia de su hija y en su fidelidad por el hogar paterno.

Llegada a su cuarto, escuchó en la puerta de Eugenia; después, no oyendo ningún ruido, trató de entrar, pero los cerrojos estaban echados.

La señora Danglars creyó que Eugenia, fatigada por las terribles emociones de la jornada, se había metido en cama y dormía.

Llamó a la camarera y la interrogó.

—La señorita Eugenia —respondió la sirvienta— entró en su aposento con la señorita d'Armilly; después han tomado el té juntas, tras lo cual me han despedido, diciéndome que no me necesitaban más.

Desde entonces la camarera estaba en el *office* y, como todo el mundo, creía que las dos muchachas estaban en el dormitorio.

La señora Danglars se acostó sin sospechar nada; pero, tranquila respecto a las personas, su espíritu se volcó sobre el acontecimiento.

A medida que sus ideas se aclaraban en su cabeza, las proporciones de la escena del contrato aumentaban; ya no era un escándalo, era un jaleo; no era una vergüenza, sino una ignominia.

Entonces, a pesar suyo, la baronesa se acordó que no había tenido piedad para la pobre Mercedes, herida poco ha en su esposo y en su hijo, por una desgracia tan grande.

«Eugenia —se dijo— está perdida, y nosotros también. El asunto, tal y como va a ser presentado, nos cubre de oprobio; porque en una sociedad como la nuestra, ciertos ridículos son llagas vivas, sangrantes e incurables. ¡Qué dicha que Dios haya dado a Eugenia ese carácter extraño que tantas veces me ha hecho temblar!»

Y su mirada agradecida se levantó hacia el cielo, en donde la misteriosa Providencia dispone todo según los sucesos que deben llegar, y de un defecto, de un vicio incluso, hace algunas veces una dicha.

Luego su pensamiento franqueó el espacio, como hace extendiendo sus alas el pájaro sobre el abismo, y se detuvo en Calvanti.

«Ese Andrea era un miserable, un ladrón, un asesino; y sin embargo, ese Andrea poseía modales que indicaban no una cierta educación, sino una educación completa. Ese Andrea se había presentado en el mundo con la apariencia de una gran fortuna, con el apoyo de nombres honorables.»

¿Cómo ver claro en aquel dédalo? ¿A quién dirigirse para salir de aquella posición cruel?

Debray, a quien ella había corrido con el primer impulso de la mujer que busca un apoyo en el hombre que ama y que a veces la pierde; Debray no podía más que darle un consejo; era a algún otro más poderoso a quien ella debía dirigirse.

Entonces la baronesa pensó en el señor de Villefort.

Era el señor de Villefort quien había querido que arrestasen a Cavalcanti; era el citado señor quien sin piedad había llevado la turbación en medio de su familia como si ésta le fuese extraña.

Pero, no; reflexionando bien, el procurador del rey no era un hombre sin piedad; era un magistrado esclavo de sus deberes, un amigo leal y firme, quien, brutalmente, pero con mano segura, había dado el golpe de escarpelo en la corrupción. No se trataba de un verdugo, sino de un cirujano; un cirujano que había querido aislar a los ojos de todo el mundo el honor de los Danglars de la ignominia de aquel joven perdido que ellos habían presentado a la sociedad como su yerno.

Desde el momento en que el señor de Villefort, amigo de la familia Danglars, actuaba así, no había para sospechar que el procurador del rey sabía aquello con anterioridad y que se hubiera prestado a alguno de los manejos de Andrea.

La conducta de Villefort, reflexionándolo bien, aparecía, pues, a los ojos de la baronesa bajo una claridad que explicaba su ventaja común.

Pero ahí debía detenerse la inflexibilidad del procurador del rey; ella iría a buscarlo al día siguiente y obtendría, si no que faltase a sus deberes de magistrado, al menos que lo dejase todo a la latitud de la indulgencia.

La baronesa invocaría el pasado; rejuvenecería sus recuerdos, suplicaría en nombre del tiempo culpable, pero feliz; el señor de Villefort adormecería el asunto, o al menos lo daría al olvido (y, para llegar a esto no hacía falta más que volver los ojos a otro lado), o dejaría huir a Andrea, y no perseguiría al criminal más que en contumacia.

Solamente entonces se durmió más tranquila.

Al día siguiente a las nueve se levantó y, sin llamar a su camarera, sin dar señales de existencia a nadie, se vistió, y, vestida con la misma sencillez de la víspera, descendió la escalera, salió de la vivienda, caminó hasta la calle Provenza, subió a un carruaje y se hizo conducir a la casa del señor de Villefort.

Desde hacía un mes, aquella casa maldita presentaba el aspecto lúgubre de un lazareto en donde se hubiese declarado la peste; una parte de los aposentos estaban cerrados interior y exteriormente; los postigos cerrados no se abrían más que un instante para renovar el aire; entonces se veía aparecer en aquella ventana la cabeza asustada de un lacayo; luego la ventana volvía a cerrarse como la losa de una tumba cae sobre el sepulcro, y los vecinos se decían en voz baja:

—¿También hoy vamos a ver salir un ataúd de la casa del señor procurador del rey?

La señora Danglars se estremeció ante el aspecto de aquella mansión desolada; descendió del carruaje, ¡ay!, con las rodillas flaqueándole, se aproximó a la puerta cerrada. Llamó.

Hasta que no llamó tres veces al timbre, cuyo lúgubre sonido parecía participar de la tristeza general, no apareció el conserje, entreabriendo la puerta no más que lo justo para dejar paso a las palabras.

Vio a una mujer, una mujer de mundo, una mujer elegantemente vestida, y, sin embargo, la puerta continuó en su postura de casi cerrada.

—Pero, ábrame —dijo la baronesa.

—Primeramente, señora, ¿quién es usted? —preguntó el conserje.

—¿Quién soy? Pero si usted me conoce.

—Nosotros ya no conocemos a nadie, señora.

—¡Pero usted está loco, amigo mío! —exclamó la baronesa.

—¿De parte de quién viene usted?

—¡Oh! Esto es demasiado.

—Señora, es la orden, excúseme. ¿Cuál es su nombre?

—La señora baronesa Danglars. Usted me ha visto más de veinte veces.

—Es posible, señora. Ahora, ¿qué quiere usted?

—¡Oh! ¡Qué extraño! ¡Me quejaré al señor de Villefort de la impertinencia de sus criados!

—Señora, no es cuestión de impertinencia, sino de precaución. Aquí no entra nadie sin una nota del señor d'Avrigny, o sin haber hablado antes con el señor procurador del rey.

—Pues bien, es justamente con el procurador del rey con quien deseo hablar.

—¿De algo urgente?

—Ya debe apreciarlo, puesto que no he montado en mi coche. Pero concluyamos; aquí tiene mi tarjeta, llévesela a su amo.

—¿La señora esperará mi regreso?

—Sí, vaya.

El conserje cerró la puerta, dejando a la señora Danglars en la calle.

La baronesa, es cierto, no esperó mucho tiempo; un instante después se abría la puerta lo suficiente para dejar paso a la baronesa: ella entró y la puerta volvió a cerrarse.

Una vez en el patio, el conserje, sin perder de vista un instante la puerta, sacó un silbato de su bolsillo y lo tocó.

El ayuda de cámara del señor de Villefort apareció en la escalinata.

—La señora disculpará a este buen hombre —dijo saliendo al encuentro de la baronesa—, pero sus órdenes son precisas, y el señor de Villefort me ha encargado decir a la señora que él no podía hacer otra cosa.

En el patio estaba un proveedor introducido con las mismas precauciones, y del cual examinaban las mercancías.

La baronesa subió la escalinata; se sintió profundamente impresionada por aquella tristeza que prolongaba, por así decirlo, el círculo de la suya y, siempre guiada por el ayuda de cámara, fue introducida en el despacho del magistrado sin que su guía la perdiese de vista.

Por preocupada que estuviese la señora Danglars con el motivo que la llevaba allí, la recepción que recibió de toda la servidumbre le pareció tan indigna que empezó por quejarse.

Pero Villefort levantó su cabeza inclinada por el dolor y la miró con una sonrisa tan triste que las quejas murieron en sus labios.

—Excuse a mis servidores de un terror que no puede ser un crimen; aterrados, se han vuelto recelosos.

La señora Danglars había oído hablar varias veces del terror que inspiraba el magistrado; pero jamás hubiese podido creer que ese sentimiento llegase tan lejos si no lo viera con sus propios ojos.

—¿También usted es desgraciado?

—Sí, señora —respondió el magistrado.

—Entonces, ¿me compadece?

—Sinceramente, señora.

—¿Y comprende usted lo que me trae aquí?

—Viene a hablarme de lo que le sucede, ¿no es cierto?

—Sí, señor, una espantosa desgracia.

—Es decir, una desventura.

—¡Una desventura! —exclamó la baronesa.

—¡Ay, señora! —respondió el procurador del rey con su calma imperturbable—. He llegado a no llamar desgracia más que a las cosas irreparables.

—Señor, ¿y cree que se olvidará?

—Todo se olvida, señora —dijo Villefort—. El matrimonio de su hija se celebrará mañana, si no es hoy, o dentro de ocho días, si no es mañana. Y en cuanto a lamentar el futuro de la señorita Eugenia, no creo ni que penséis en ello.

La señora Danglars contempló a Villefort estupefacta al verle con aquella tranquilidad casi rígida.

—¿He venido a casa de un amigo? —preguntó ella en un tono de dolorosa dignidad.

—Sabe usted que sí, señora —respondió Villefort, cuyas mejillas se cubrieron de cierto rubor al pronunciar estas palabras.

En efecto, la firmeza de esta respuesta hacía alusión a otros acontecimientos diferentes a los que les ocupaban en aquellos instantes.

—Entonces —dijo la baronesa—, sea más afectuoso, mi querido Villefort; hableme como amigo y no como magistrado, y cuando me encuentre profundamente desgraciada, no me diga que debo estar alegre.

Villefort se inclinó.

—Cuando oigo hablar de desgracias, señora —dijo—, desde hace tres meses he tomado la costumbre de pensar en las mías, y entonces esta operación egoísta de paralelismo surge a pesar mío. He aquí, por qué al lado de mis desdichas, las tuyas me parecen una desventura; he aquí, por qué al lado de mi funesta posición, la tuya me parece envidiable; pero esto la contraría, dejémoslo. ¿Decía usted, señora?

—Vengo a saber por usted, amigo mío —prosiguió la baronesa—, cómo está el asunto de ese impostor.

—¡Impostor! —repitió Villefort—. Decididamente, señora, parece que ha tomado usted la determinación de atenuar ciertas cosas y exagerar otras. ¡Impostor el señor Andrea Cavalcanti, o más bien Benedetto! Usted se equivoca, señora. Benedetto es un bello y buen asesino.

—Señor, no niego lo justo de su rectificación; pero cuanto más ataque usted a ese desgraciado, más daño hará a mi familia. Veamos, olvídelo por un momento; en vez de perseguirle, déjelo huir.

—Ya llega usted demasiado tarde, señora, las órdenes fueron dadas.

—Pues bien, si se le arresta... ¿Cree usted que se le detendrá?

—Eso espero.

—Si le arrestan (siempre he oído que las prisiones no se desocupan), pues bien, déjelo en la cárcel.

El procurador del rey hizo un movimiento negativo.

—Al menos hasta que mi hija se haya casado... —añadió la baronesa.

—Imposible, señora; la justicia tiene sus formalidades.

—¿Incluso para mí? —dijo la baronesa, medio sonriente y medio seria.

—Para todos —respondió Villefort—. Y para mí mismo, como para los demás.

—¡Ah! —exclamó la baronesa sin traducir en palabras lo que su pensamiento acababa de traicionar con aquella expresión.

Villefort la miró con esa intensidad con la cual sondeaba los pensamientos.

—Sí, ya sé lo que usted quiere decir —replicó—. Se refiere usted a esos rumores terribles que corren por ahí acerca de esas muertes que, desde hace tres meses, me visten de luto; que esa muerte, a la cual acaba de escapar Valentina casi de milagro, no son naturales.

—No pensaba en eso —dijo con viveza la señora Danglars.

—Sí, usted pensaba en ello, señora, y es justo, porque usted no puede hacer otra cosa que pensar y decirse en voz baja: «Tú, que persigues el crimen, respóndeme: ¿Por qué hay alrededor tuyo tantos crímenes que permanecen impunes?».

La baronesa palideció.

✱ —Usted se decía eso, ¿no es cierto, señora?

—Pues bien, lo confieso.

—Voy a responderla.

Villefort aproximó su sillón a la silla de la señora Danglars; después, apoyando sus manos sobre su escritorio, y adoptando una entonación más sorda que de costumbre, dijo:

—Hay crímenes que quedan impunes porque no se conoce a los criminales, y por temor a herir una cabeza inocente, pero cuando esos criminales sean conocidos —Villefort alargó la mano hacia un crucifijo colocado frente al escritorio—, cuando esos criminales sean conocidos —repitió—, por Dios vivo, señora, morirán sean quienes fueren. Ahora, tras este juramento que acabo de hacer y que mantendré, señora, ¿se atreve usted a pedirme gracia para ese miserable?

—¡Oh, señor! —replicó la señora Danglars—. ¿Está usted seguro de que sea culpable de lo que se le imputa?

—Escuche, aquí está su ficha: Benedetto, condenado primeramente a cinco años de galeras por falsificador a los dieciséis años; el joven prometía, como usted ve; luego evadido y después asesino.

—¿Y quién es ese desventurado?

—¿Quién lo sabe? Un vagabundo, un corso.

—¿Y no lo ha reclamado nadie?

—Nadie. No se conoce a sus padres.

—Pero, ¿y aquel hombre que vino de Luca?

—Otro bribón como él; tal vez su cómplice.

La baronesa juntó las manos.

—¡Villefort! —exclamó en el tono más dulce y cariñoso.

—¡Por Dios, señora! —respondió el procurador del rey con una firmeza que no estaba exenta de sequedad—. ¡Por Dios! No me pida gracia para un culpable. ¿Quién soy yo? La ley, ¿y acaso la ley tiene ojos para ver su tristeza? ¿Acaso la ley tiene oídos para escuchar sus súplicas? ¿Acaso la ley tiene memoria para comprender la delicadeza de sus pensamientos? No, señora, la ley ordena y cuando la ley ordena, hiera.

»Usted me dirá que soy un ser viviente y no un código; un hombre y no un libro. Míreme, señora, mire en torno mío. ¿Me han tratado los hombres como hermano? ¿Me han amado? ¿Me han perdonado? ¿Alguien ha pedido clemencia para el señor de Villefort, y han acordado alguna gracia al señor de Villefort? ¡No, no, no! ¡Han pegado, siempre han pegado!

»Usted insiste, mujer, es decir que es sincera, hablándome con ese mirar encantador y expresivo que me recuerda lo que debe aver-

gonzarme. Pues bien, sea, sí, avergüenceme con lo que sabe, y tal vez, tal vez con algo más.

»Pero, en fin, desde que he sido culpable, y tal vez más culpable que otros, ¡pues bien!, desde entonces, he sacudido las vestiduras del otro para encontrar la úlcera y siempre la encontré, y diré más, encontré con alegría, con gozo, que es el sello de la debilidad o de la perversidad humana.

»Porque cada hombre que yo reconocía culpable y cada culpable que yo sentenciaba, me parecían una prueba viviente, una nueva prueba, de que yo no era una repugnante excepción. ¡Ay, ay! Todo el mundo es dañino, señora; probémoslo y castigemos al malo.

Villefort pronuncia estas últimas palabras con una rabia febril que daba a su lenguaje una feroz elocuencia.

—Pero —añadió la señora Danglars tratando de realizar un último esfuerzo—, usted dice que ese joven es un vagabundo, un huérfano, un abandonado de todos.

—Tanto peor, tanto peor, o más bien, tanto mejor; la Providencia ha hecho que nadie pueda llorarle.

—Eso es encarnizarse con el débil, señor.

—¡Un débil que asesina!

—Su deshonor recaerá sobre mi casa.

—¿No tengo yo la muerte en la mía?

—¡Oh, señor! —exclamó la baronesa—. No tiene usted piedad para los otros. Pues bien, se lo digo, no tendrán piedad con usted.

—¡Sea! —dijo Villefort, que levantó su brazo al cielo con gesto amenazador.

—Deje, al menos, la causa de ese desventurado, si lo cogen, para las próximas audiencias; eso nos concederá seis meses de olvido.

—No —dijo Villefort—, aún tengo cinco días para terminar la instrucción; cinco días es demasiado tiempo para el que necesito. Además, ¿no comprende usted, señora, que yo también necesito olvidar? Pues bien, cuando trabajo, y lo hago noche y día, cuando yo trabajo, hay momentos en los que no me acuerdo de nada, y cuando no pienso en nada soy feliz como los muertos; pero esto vale más que sufrir.

—Señor, si se ha escapado, déjelo huir; la inercia es una fácil clemencia.

—Pero ya le he dicho que es demasiado tarde. Al amanecer actuó el telégrafo, y a estas horas...

—Señor —anunció el ayuda de cámara entrando—, un correo trae este despacho del Ministerio del Interior.

Villefort cogió la carta y la abrió con viveza. La señora Danglars se estremeció de terror; Villefort suspiró de gozo.

—¡Detenido! —exclamó Villefort—. ¡Lo han detenido en Compiègne! Se acabó.

La señora Danglars se levantó, fría y pálida.

—Adiós, señor —dijo.

—Adiós, señora —respondió el procurador del rey, casi contento mientras la acompañaba hasta la puerta.

Después, cuando regresó a su escritorio, dijo golpeando sobre la carta con la mano derecha:

—¡Vamos! Tenía una falsificación, tres robos, tres incendios y no me faltaba más que un asesinato. ¡Aquí está! La sesión será sonada.

La aparición

Como había dicho el procurador del rey a la señora Danglars, Valentina aún no se había recobrado.

Quebrantada por la fatiga, guardaba cama, y sólo fue en su habitación y por boca de la señora de Villefort como se enteró de los acontecimientos que acabamos de contar, es decir, la huida de Eugenia y la detención de Andrea Cavalcanti, o más bien de Benedetto, y la acusación de asesinato que se seguía contra él.

Pero Valentina se encontraba tan débil que este relato no causó el efecto que, tal vez, le hubiese producido de hallarse en su habitual estado.

En efecto, no tuvo más que algunas ideas vagas, algunas formas indecisas que se mezclaban a pensamientos extraños y fantasmas fugitivos que nacían en su cerebro enfermo o que pasaban ante ella y que desaparecían inmediatamente, para dejar recuperar todas sus fuerzas a las sensaciones personales.

Durante el día, Valentina aún se mantenía en la realidad por la presencia de Noirtier, quien se hacía llevar al cuarto de nieta y permanecía en él, protegiendo a Valentina con su mira paternal; luego, cuando regresaba de los tribunales, era Villefort quien a su vez se pasaba dos o tres horas con su hija.

A las seis se retiraba Villefort a su despacho; a las ocho llegaba el señor d'Avrigny, quien traía personalmente la medicina nocturna que se tomaba la muchacha; luego se llevaban a Noirtier.

Una enfermera escogida por el doctor reemplazaba a todo el mundo y no se retiraba hasta las diez o las once en que Valentina se dormía.

✦ Al descender entregaba las llaves de la habitación de Valentina al señor de Villefort en persona, de manera que no se podía entrar

en el cuarto de la enferma más que atravesando el aposento de la señora de Villefort y el dormitorio del pequeño Eduardo.

Todas las mañanas, Morrel acudía junto a Noirtier para enterarse sobre el estado de Valentina; pero Morrel, cosa extraordinaria, parecía que cada día estaba menos inquieto.

Lo primero, porque a cada día que pasaba, Valentina, presa de una violenta exaltación de nervios, iba mucho mejor; después, ¿no le había dicho Montecristo, cuando corrió a su casa a prevenirle, que si Valentina no moría en cosa de dos hora ésta estaría salvada?

Ahora bien, Valentina aún seguía viviendo y habían pasado cuatro días.

Esta exaltación nerviosa perseguía a Valentina hasta en sueños o más bien en el estado de somnolencia que seguía a su vigilia; entonces era cuando en el silencio de la noche y en la semioscuridad que dejaba la lamparilla colocada sobre la chimenea, veía pasar esas sombras que acuden a poblar la habitación de los enfermos y que sacude la fiebre con sus alas estremecedoras.

Entonces le parecía ver a su madrastra que la amenazaba, a Morrel que le tendía los brazos como a seres extraños a su vida habitual, como el conde de Montecristo; hasta los muebles parecían animarse en aquellos momentos que duraban hasta la dos o las tres de la madrugada en que un sueño de plomo se apoderaba de ella y la dormía hasta el nuevo día.

La noche que siguió a aquella mañana en que Valentina supo de la huida de Eugenia y del arresto de Benedetto, y en que después de mezclarse a las sensaciones de su existencia, estos acontecimientos empezaban a borrarse, tras la retirada sucesiva de Villefort, de d'Avrigny y de Noirtier, mientras que sonaban las once en San Felipe de Roule, y la enfermera, habiendo colocado al alcance de la mano de la enferma la medicina preparada por el doctor, se retiraba cerrando la puerta de su dormitorio, para escuchar estremeciéndose los comentarios de los criados en el *office*, historias lúgubres que poblaban su memoria desde hacía tres meses, ocurrió una escena inesperada en aquella habitación tan cuidadosamente cerrada.

Hacía ya unos diez minutos aproximadamente que la enfermera se había retirado.

Valentina, presa de aquella fiebre que le aparecía cada noche durante una hora, dejó su cabeza, rebelde a su voluntad, continuar en aquel trabajo activo, monótono e implacable de un cerebro que

reproduce incesantemente los mismos pensamientos o crea las mismas imágenes.

De la mecha de la lamparilla se escapaban infinidad de rayos, todos llenos de significaciones extrañas, cuando de repente, a su incierto reflejo, Valentina creyó ver su biblioteca, colocada al lado de la chimenea, en un rincón de la pared, que se abría lentamente, sin que los goznes sobre los que parecía girar produjesen el menor ruido.

En otro momento, Valentina hubiese cogido el cordón de la campanilla y llamado; pero ya nada le asombraba en la situación en que se encontraba. Tenía conciencia de que todas estas visiones que le rodeaban eran hijas de su delirio, y esta convicción le llegó cuando por la mañana no encontraba ningún rastro de todos aquellos fantasmas nocturnos, que desaparecían con el día.

Tras la puerta aparecía una figura humana.

Valentina estaba, gracias a su fiebre, muy familiarizada con esta clase de apariciones para espantarse; sólo abría mucho los ojos esperando reconocer a Morrel.

La figura continuó avanzando hacia su cama, luego se detuvo, y pareció escuchar con una atención profunda.

En aquel momento un reflejo de la lamparilla dio de lleno en el rostro del visitante nocturno.

—No es él —murmuró ella.

Y esperó, convencida de que soñaba, a que aquel hombre, como sucede en los sueños, desapareciese o se cambiase por otra persona.

Sólo que se tomó el pulso, y sintiéndolo latir violentamente, se acordó que lo mejor para que desapareciesen las inoportunas visiones era beber; la frescura de la bebida, compuesta por otro lado para calmar sus agitaciones, renovaba las sensaciones del cerebro, a la vez que hacía disminuir la fiebre; después de beber siempre se sentía más sosegada.

Valentina extendió la mano con ánimo de coger el vaso que se hallaba junto a la cama; pero mientras ella alargaba su brazo tembloroso fuera de la cama, la aparición aún dio dos pasos hacia ella con más viveza, y llegó junto a la joven, quien pareció oír su respiración y hasta creyó sentir la presión de su mano.

Esta vez la ilusión, o más bien la realidad, sobrepasaba todo lo que Valentina había experimentado hasta entonces; empezó a creer que estaba bien despierta y muy viva; tuvo conciencia de que gozaba de todos sus sentidos y se estremeció.

La presión que Valentina había sentido tenía por fin detener el movimiento de su brazo.

Valentina lo retiró lentamente hacia sí.

Entonces aquella figura, de la que no podía apartar la vista, y que más bien parecía protegerla que amenazarla, tomó el vaso, se aproximó a la lamparilla y examinó la bebida, como si quisiese juzgarla por la transparencia y la nitidez.

Pero aquella primera prueba no bastó.

Aquel hombre, o más bien aquel fantasma, porque caminaba suavemente sobre la alfombra ahogando el ruido de sus pasos, aquel hombre tomó una cucharada de la medicina y la bebió. Valentina miraba lo que sucedía ante sus ojos con un profundo sentimiento de estupor.

Creía que todo aquello iba a desaparecer para dar paso a otra cosa; pero el hombre, en vez de desvanecerse como una sombra, se aproximaba a ella y, tendiéndole el vaso, le decía con una voz llena de emoción:

—Ahora, beba.

Valentina tembló.

Era la primera vez que una de aquellas visiones le hablaba en aquel tono tan vivo.

Abrió la boca para lanzar un grito.

El hombre posó un dedo sobre sus labios.

—¡El conde de Montecristo! —murmuró ella.

Por el miedo que se pintó en los ojos de la muchacha, por el temblor de sus manos y el gesto rápido que hizo para protegerse bajo sus sábanas, se podía reconocer la última lucha entre la duda y la convicción; sin embargo, la presencia de Montecristo en su cuarto a semejante hora, su entrada misteriosa, fantástica, inexplicable, por una pared, parecían imposibles a la quebrantada razón de Valentina.

—No llame ni se asuste —dijo el conde—, no tenga el menor recelo ni la más ligera inquietud; el hombre que tiene ante usted, porque esta vez usted tiene razón, Valentina, y no soy una ilusión, el hombre que usted tiene ante sus ojos, es el padre más tierno y más respetuoso que usted pueda imaginar.

Valentina no encontró palabras para responder; tenía tanto miedo a aquella voz que le revelaba la presencia real de aquel que hablaba, que dudaba de asociarla a la suya; pero su mirada asustada quería decir: «¿Si sus intenciones son buenas, por qué se encuentra aquí?».

Con su maravillosa sagacidad, el conde comprendió todo lo que pasaba por el ánimo de la joven.

—Escúcheme —dijo—, o más bien míreme; vea mis ojos enrojecidos y mi rostro más pálido que de costumbre. Desde hace cuatro noches, no he pegado un ojo un solo instante; desde hace cuatro noches, velo por usted, la protejo y la conservo para nuestro amigo Maximilien.

Una oleada de sangre alegre ascendió rápidamente a las mejillas de la enferma; porque el nombre que acababa de pronunciar el conde, deshacía el resto de desconfianza que la había inspirado.

—¡Maximilien! —repitió Valentina, tan dulce le resultaba pronunciarlo—. ¡Maximilien! ¿Lo ha confesado todo?

—Todo. Me ha dicho que vuestra vida era la suya, y le he prometido que usted vivirá.

—¿Le ha prometido usted que yo viviré?

—Sí.

—En efecto, señor, usted acaba de hablar de vigilancia y protección. ¿Acaso es médico?

—Sí, y el mejor que el cielo puede enviarle en este momento, créame.

—¿Dice usted que ha estado velando? —preguntó Valentina inquieta—. ¿Dónde? Yo no le he visto.

El conde extendió la mano en dirección a la biblioteca.

—Estaba escondido tras esa puerta —dijo—. Esa puerta da a la casa contigua, que tengo alquilada.

Valentina, por un movimiento de orgullo púdico, apartó los ojos y con un enorme terror dijo:

—Señor, lo que usted ha hecho es una locura sin cuento, y esa protección que me ha concedido se parece mucho a un insulto.

—Valentina —dijo—, durante mi guardia he aquí lo único que he visto: las personas que venían a su cuarto, los alimentos que le preparaban y las bebidas que le servían; después, cuando esas bebidas me parecían peligrosas, entraba como acabo de hacerlo, vaciaba su vaso y sustituía el veneno por una bebida tonificante que, en vez de la muerte que le preparaban, hacía circular la vida en sus venas.

—¡El veneno! ¡La muerte! —exclamó Valentina, creyéndose de nuevo bajo el imperio de alguna alucinación febril—. ¿Qué está diciendo, señor?

—¡Chist! Hija mía —dijo Montecristo llevándose de nuevo su dedo a los labios—. He dicho el veneno; sí, he dicho la muerte, y repito la muerte, pero beba antes esto —el conde sacó de su bolsillo un frasquito conteniendo un licor rojo del que vertió unas gotas en el vaso—. Y cuando haya bebido esto, no tome nada más durante la noche.

Valentina adelantó la mano; pero la retiró apenas hubo tocado el vaso.

Montecristo tomó el vaso, bebió la mitad y lo presentó a Valentina, que se bebió el resto del contenido sonriendo.

—¡Oh, sí! —dijo ella—. Reconozco el gusto de mis bebidas nocturnas de ese agua que da un poco de frescor a mi pecho, un poco de tranquilidad a mi cerebro. Gracias, señor, gracias.

—He aquí cómo ha vivido usted estas cuatro noches, Valentina —dijo el conde—. Pero yo, ¿cómo vivía? ¡Oh! Qué horas más crueles me ha hecho pasar. ¡Oh, qué espantosas torturas me ha hecho padecer! Cuando veía verter en su vaso el veneno mortal, cómo temblaba de que fuese bebido antes de que yo lo tirase a la chimenea.

—Dice usted, señor —agregó Valentina en el colmo del espanto—, que ha sufrido todas las torturas al ver verter en mi vaso el veneno mortal. Pero si usted ha visto derramar en mi vaso el veneno, ha tenido que ver a la persona que lo echaba.

—Sí.

Valentina se incorporó sobre su cabecera, y atrayendo sobre su pecho más pálido que la nieve la batista bordada, aún húmeda del sudor frío del delirio, al que se mezclaba ahora el del terror, repitió:

—¿La ha visto usted?

—Sí —dijo por segunda vez el conde.

—Lo que usted me dice es horrible, señor. ¿Quiere hacerme creer en algo infernal? ¡Cómo! ¡En la casa de mi padre! ¡En mi cuarto! ¡En el lecho del dolor aún continúan asesinándome? ¡Oh! Retírese usted, señor, está tentando mi conciencia; usted blasfema de la bondad divina; es imposible, eso no puede ser.

—¿Acaso es usted la primera a quien esa mano hiere, Valentina? ¿No ha visto caer alrededor suyo al señor de Saint-Méran, a Barrois, no habría visto caer al señor Noirtier si el tratamiento que sigue desde hace tres años no le hubiese protegido, combatiendo el veneno por la costumbre del veneno?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Valentina—. Por eso exigía mi abuelo desde hace un mes que yo compartiese sus bebidas.

—Y esas bebidas —indicó Montecristo—, tienen un sabor como el de una cáscara de naranja medio seca, ¿no es cierto?

—¡Sí, Dios mío, sí!

—¡Oh! Eso lo explica todo —dijo Montecristo—. Él también sabe que aquí se envenena, y tal vez sabe quién lo hace. Ha querido preservarla a usted, su nieta amada, contra la sustancia mortal, y ésta ha venido a estrellarse contra ese principio de costumbre. He aquí por lo que aún vive, lo cual yo no me explicaba, tras haber sido envenenada hace cuatro días por un veneno que generalmente no perdona nunca.

—Pero, ¿quién es el asesino?

—Yo le preguntaré a mi vez: ¿No ha visto entrar nunca a alguien durante la noche en su habitación?

—Sí. A menudo he creído ver como sombras; sombras que se aproximaban, se alejaban y desaparecían; pero las tomaba por alucinaciones febriles, y hace un momento, cuando usted entró, también creí, o que deliraba o que estaba soñando.

—Así, pues, no conoce usted a la persona que atenta contra su vida, ¿verdad?

—No —respondió Valentina—. ¿Por qué deseará mi muerte?

—Pues entonces va a conocerla —dijo Montecristo aguzando el oído.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Valentina, mirando con terror en torno suyo.

—Porque esta noche usted no tiene fiebre ni delira; porque esta noche está usted bien despierta; porque ya es medianoche y esta es la hora de los asesinos.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo Valentina enjugándose con la mano el sudor de su frente.

En efecto, daban las doce lenta y tristemente; se podía decir que cada campanada del martillo de bronce caía sobre el corazón de la muchacha.

—Valentina —continuó el conde—, llame a todas sus fuerzas en su ayuda; contenga su corazón en su pecho; detenga su voz en su garganta; finja dormir y ya verá.

✱ Valentina cogió la mano del conde.

—Me parece que oigo ruido —dijo ella—. Retírese.

—Adiós, o más bien hasta la vista —respondió el conde.

Después, con una sonrisa tan dulce y tan paternal que llenó de reconocimiento el corazón de la joven, regresó de puntillas a la puerta de la biblioteca.

Pero volviéndose antes de cerrar tras de sí, dijo:

—Ni un gesto, ni una palabra; que le crean dormida, si no, tal vez la matarían antes de que yo pudiese socorrerla.

Y tras esta espantosa advertencia, el conde desapareció tras la puerta, que se cerró silenciosamente tras él.

Locusta

Valentina se quedó sola; otros dos relojes, retrasados respecto al de San Felipe de Roule, aún dieron las doce a intervalos diferentes.

Después, aparte del ruido de algunos carruajes lejanos, todo volvió a caer en el silencio.

Entonces, toda la atención de Valentina se centró en el reloj de su habitación, cuya aguja marcaba los segundos.

Se puso a contar aquellos segundos y percibió que eran más lentos que los latidos de su corazón. Y sin embargo aún dudaba; la inofensiva Valentina no podía figurarse que alguien deseara su muerte. ¿Por qué? ¿Con qué objeto? ¿Qué mal había cometido ella que pudiese suscitarle un enemigo?

No había miedo a que se durmiese.

Una sola idea, un pensamiento terrible mantenía su espíritu despierto: y es que había una persona en el mundo que había intentado asesinarla y aún iba a repetirlo.

Si esta vez aquella persona, cansada de ver la ineficacia del veneno, iba, como lo insinuó Montecristo, a recurrir al hierro. Si el conde no tenía tiempo para socorrerla. Si le llegaba su último momento. Si no podía ver más a Morrel.

Ante este pensamiento, que la cubrió a la vez de una palidez lívida y de un sudor helado, Valentina estuvo a punto de coger el cordón de la campanilla y llamar en su ayuda.

Pero le parecía que a través de la puerta de la biblioteca veía brillar el ojo del conde, aquella mirada que velaba sobre su recuerdo y que, cuando pensaba en ella, le aplastaba con tal vergüenza que se preguntaba si alguna vez la gratitud llegaría a borrar este penoso efecto de la indiscreta amistad del conde.

Veinte minutos, veinte eternidades, transcurrieron así, y luego otros diez más; por fin el reloj, rechinando un segundo antes, acabó por dar el golpe sobre el timbre sonoro.

En aquel mismo instante, un roce imperceptible de unas uñas sobre la madera de la biblioteca indicó a Valentina que el conde velaba y la recomendaba vigilar.

En efecto, del lado opuesto, es decir, de la habitación de Eduardo, le pareció a Valentina que oía crujir el pavimento; aguzó el oído, contuvo la respiración hasta casi ahogarse; el pestillo de la cerradura sonó y la puerta giró sobre sus goznes.

Después, temblando, agitada, con el corazón oprimido por un indecible terror, esperó.

Alguien se aproximaba a su cama y rozaba las cortinas.

Valentina reunió todas sus fuerzas y dejó oír ese murmullo regular de la respiración que anuncia un sueño apacible.

—¡Valentina! —dijo una voz en tono bajo.

La muchacha se estremeció hasta el fondo de su corazón, pero no respondió.

—¡Valentina! —repitió la misma voz.

El mismo silencio: Valentina había prometido no despertarse.

Después, todo permaneció inmóvil.

Sólo Valentina oyó el ruido casi imperceptible de un líquido que caía en el vaso que acababa de vaciar.

Entonces se atrevió a abrir los párpados bajo la muralla que ofrecía su brazo extendido.

Entonces vio a una mujer en peinador blanco que vaciaba en su vaso un líquido preparado de antemano en un frasquito.

Durante aquel corto instante, Valentina tal vez contuvo su respiración o hizo algún movimiento, porque la mujer, inquieta, se detuvo y se inclinó sobre su cama para ver mejor si realmente dormía: era la señora de Villefort.

Valentina, al reconocer a su madrastra, tuvo tal estremecimiento que imprimió un movimiento a su cama.

La señora de Villefort se escondió inmediatamente, pegándose a lo largo de la pared y allí, oculta tras la cortina del lecho, espío, muda y atenta, hasta el menor movimiento de Valentina.

Ésta se acordó de las terribles palabras de Montecristo; le había parecido que, en la mano en que sostenía el frasquito, veía brillar una especie de cuchillo largo y afilado. Entonces, Valentina,

haciendo un extraordinario esfuerzo, procuró cerrar los ojos; pero esta operación tan sencilla para el más temeroso de nuestros sentidos, esta función resultaba difícil de cumplir, tales esfuerzos hacía la ávida curiosidad por rechazar aquellos párpados y ver la verdad.

Entretanto, asegurada por el silencio en el cual había vuelto a hacerse rítmico el sonido de la respiración de Valentina, como si ésta durmiese, la señora de Villefort extendió de nuevo el brazo y, permaneciendo medio oculta por los cortinajes recogidos a la cabecera de la cama, concluyó de vaciar en el vaso de Valentina el contenido de su frasquito.

Después se retiró sin que el menor ruido advirtiese a Valentina que se había marchado.

Había visto desaparecer el brazo y nada más, aquel brazo lozano y torneado de una mujer de veinticinco años, joven y hermosa, que derramaba la muerte.

Es imposible expresar lo que Valentina había experimentado durante aquel minuto y medio en que la señora de Villefort permaneció en su habitación.

El arañar de la uña en la biblioteca llamó la atención de la muchacha y la sacó del torpor en que había caído.

Levantó la cabeza con esfuerzo.

La puerta, siempre silenciosa, giró por segunda vez sobre sus goznes, y reapareció el conde de Montecristo.

—¿Y bien —preguntó el conde—, aún duda?

—¡Oh, Dios mío! —murmuró la muchacha.

—¿Ha visto usted?

—¡Ay!

—¿Ha reconocido usted?

Valentina lanzó un gemido.

—Sí —dijo—, pero no podía creerlo.

—Entonces, usted prefiere morir y que también muera Maximilien, ¿no es eso?

—¡Dios mío, Dios mío! —repitió la muchacha casi fuera de sí—. Pero, ¿no puedo abandonar la casa, salvarme?

—Valentina, la mano que le persigue irá por todas partes; a fuerza de dinero seducirá a sus criados, y le ofrecerán la muerte disfrazada bajo todos los aspectos: en el agua que beba de la fuente, en el fruto que coja del árbol...

—Pero, ¿no ha dicho usted que la precaución de mi abuelo me ha inmunizado contra el veneno?

—Contra un veneno, y que no ha sido empleado en grandes dosis. Se cambiará de veneno o se aumentará la dosis. Tomó el vaso y humedeció sus labios con el líquido.

—Mirad —dijo—, ya lo han hecho. Ya no se trata de la simple brucina, sino de un narcótico con lo que la envenenan. Reconozco el gusto del alcohol en el cual lo han disuelto. Si hubiese bebido lo que la señora de Villefort acaba de verter en este vaso, Valentina, estaría perdida.

—Pero, Dios mío —exclamó la muchacha—. ¿Por qué me persigue así?

—¡Cómo! ¿Es usted tan dulce, tan buena y tan incapaz de mal que no lo ha comprendido, Valentina?

—No —respondió la muchacha—. Jamás le he hecho mal alguno.

—Pero usted es rica, Valentina; usted tiene doscientas mil libras de renta, y esto se lo quita a su hijo.

—¿Cómo es eso? Mi fortuna no es la suya y procede de mis abuelos.

—Sin duda, y he aquí por qué el señor y la señora de Saint-Méran han muerto: era para que usted heredase a sus abuelos; he ahí por qué el día en que el señor Noirtier la nombró su heredera, quedó condenado, y usted, a su vez, debía morir, Valentina, a fin de que vuestro padre heredase de usted, y su hijo, convertido en hijo único, heredaría de su padre.

—¡Eduardo! ¡Pobre chiquillo! ¿Y por él se cometen tantos crímenes?

—¡Ah! Al fin comprende.

—¡Oh, Dios mío! Con tal de que todo eso no caiga sobre él...

—Usted es un ángel, Valentina.

—Pero, ¿entonces ha renunciado a matar a mi abuelo?

—Han reflexionado que muerta usted, a menos que la desheredara, la fortuna pasaría naturalmente a su hermano, y han pensado que el crimen, a fin de cuentas, era inútil y demasiado peligroso si se cometía.

—¿Y ha nacido en la cabeza de una mujer semejante combinación? ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Se acuerda usted de Perusia, en el jardincillo del hostel de la Posta, del hombre de la capa oscura a quien su madrastra inte-

rrogaba acerca del agua tofana? Pues bien, desde entonces, todo este infernal proyecto maduraba en su cerebro.

—¡Oh, señor! —exclamó la muchacha sollozando—. Ya veo que, si es así, estoy condenada a morir.

—No, Valentina, no, porque he previsto todos los complots; no, porque nuestra enemiga ha sido vencida, ya que está descubierta. No, usted vivirá. Valentina, vivirá para amar y ser amada, vivirá para ser feliz y hacer a un noble corazón dichoso; pero para vivir, Valentina, es preciso que tenga confianza en mí.

—Ordene, señor, ¿qué debo hacer?

—Tiene que tomar ciegamente lo que yo le daré.

—¡Oh! Dios es testigo —exclamó Valentina— que si estuviese sola, preferiría dejarme morir.

—No se confiará a nadie, ni siquiera a su padre.

—Mi padre no estará en este espantoso complot, ¿verdad? —dijo Valentina juntando sus manos.

—No, y sin embargo su padre, el hombre acostumbrado a las acusaciones jurídicas, su padre debe pensar que todas esas muertes que se abaten sobre su casa no tienen nada de naturales. Su padre es quien debía velar por usted, él es quien debía ocupar el puesto que yo desempeño en este momento; él es quien ya debía haber vaciado ese vaso y él es quien ya debería estar levantado contra el asesino. Espectro contra espectro —murmuró concluyendo su frase en voz alta.

—Señor —dijo Valentina—, haré todo para vivir, porque existen dos personas en el mundo que me aman a morir si yo muriese: mi abuelo y Maximilien.

—Velaré por ellos como he velado por usted.

—Pues bien, señor, disponga de mí —dijo Valentina y añadió en voz baja—: ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va a sucederme?

—Cualquier cosa que le suceda, Valentina, no se asuste; si sufre, si pierde la vista, el oído, el tacto, no tema nada; si se despierta sin saber en dónde se encuentra, no tenga miedo; aunque se encuentre, al despertarse, en un sepulcro o encerrada en un ataúd, acuérdesse en seguida y dígame: en este momento, un amigo, un padre, un hombre que desea mi felicidad y la de Maximilien, ese hombre vela por mí.

—¡Ay, ay! ¡Qué calamidad tan terrible!

✱ —Valentina, ¿prefiere usted denunciar a su madrastra?

—¡Preferiría morir cien veces! ¡Oh, sí! ¡Morir!

—No, usted no morirá, y cualquier cosa que le suceda, prométamelo, no se quejará y esperará.

—Pensaré en Maximilien.

—Usted es mi hija bienamada, Valentina; sólo yo puedo salvarla y la salvaré.

Valentina, en el colmo del terror, juntó las manos (porque sentía que había llegado el momento de pedir a Dios fuerzas), y se incorporó para orar, murmurando palabras sin ilación, y olvidándose de que sus blancos hombros no tenían otro velo que su larga cabellera, y que se veía latir su corazón bajo el fino encaje de su salto de cama.

El conde apoyó dulcemente la mano sobre el brazo de la muchacha, tiró de la colcha de terciopelo hasta cubrirle el cuello, y con una sonrisa paternal, dijo:

—Hija mía, crea en mis promesas y mi afecto, como cree en la bondad de Dios y en el amor de Maximilien.

Valentina posó en él una mirada llena de gratitud, y permaneció sumisa como un niño bajo su manto.

Entonces el conde extrajo del bolsillo de su chaleco su gran esmeralda, levantó la tapita de oro, y depositó en la mano derecha de Valentina una pastillita redonda del grosor de un guisante.

Valentina la tomó con la otra mano, y miró al conde atentamente. Había en los rasgos de este intrépido protector un reflejo de la majestad y el poder divino. Era evidente que Valentina le interrogaba con la mirada.

—Sí —respondió éste.

Valentina llevó la pastilla a su boca y la tragó.

—Y ahora, hasta la vista, pequeña —dijo—. Voy a tratar de dormir, porque usted ya está salvada.

—Vaya —dijo Valentina—. Cualquier cosa que me suceda, prometo no tener miedo.

Montecristo mantuvo largo tiempo sus ojos puestos en la muchacha que se dormía poco a poco, vencida por la potencia del narcótico que el conde acababa de darle.

Entonces tomó el vaso, vació las tres cuartas partes en la chimenea para que pudiesen creer que Valentina había bebido lo que faltaba, volvió a llevarlo a la mesilla de noche, y luego se dirigió a la puerta de la biblioteca, por donde desapareció tras haber echado una última mirada a Valentina, que se dormía con la confianza y el candor de un ángel acostado a los pies del señor.

Valentina

La lamparilla continuaba ardiendo sobre la chimenea de Valentina, apurando las últimas gotas de aceite que flotaban encima del agua. Ya un círculo rojo coloreaba el alabastro del globo, ya la llama más viva dejaba escapar aquellos últimos reflejos que en los seres inanimados constituyen las últimas convulsiones de la agonía, que tan a menudo han sido comparadas a las de las pobres criaturas humanas; una claridad tenue y siniestra acababa de teñir con un reflejo opaco las cortinas blancas y las sábanas de la cama de la muchacha.

Habían cesado todos los ruidos de la calle, y el silencio interior era espantoso.

La puerta de la habitación de Eduardo se abrió, y apareció una cabeza que ya hemos visto en el espejo opuesto a la puerta: era la señora de Villefort que acudía a ver el efecto del brebaje.

Se detuvo en el umbral, escuchó el chisporroteo de la lamparilla, único ruido perceptible en aquel dormitorio que se hubiese creído desierto, después avanzó suavemente hacia la mesilla de noche para ver si el vaso de Valentina estaba vacío.

Aún contenía un cuarto, como ya hemos dicho.

La señora de Villefort lo cogió y fue a vaciarlo en las cenizas, que removió para facilitar la absorción del líquido; luego secó cuidadosamente el cristal, lo enjugó con su propio pañuelo, y lo volvió a colocar en su sitio de la mesilla de noche.

Cualquiera que hubiese podido hundir su mirada en el interior de la habitación, hubiese podido ver entonces la vacilación de la señora de Villefort a posar sus ojos sobre Valentina y a aproximarse al lecho.

Esta penumbra lúgubre, este silencio, esta terrible poesía de la noche, sin duda, acababa de compenetrarse con la espantosa tragedia de su conciencia, y la envenenadora tenía miedo de su obra.

Al fin se decidió, apartó la cortina, se apoyó en la cabecera de la cama y contempló a Valentina.

La muchacha ya no respiraba, sus dientes entreabiertos no dejaban escapar ningún átomo de aliento que denotase vida; sus labios blancuzcos habían dejado de temblar; sus ojos, anegados en un vapor violeta que parecía tener bajo la piel, formaban como un punto blanco en el sitio en que el glóbulo resaltaba el párpado, y sus largas cejas negras rayaban una piel ya mate como la cera.

La señora de Villefort contempló este rostro con una expresión muy elocuente en su inmovilidad; entonces, enardecida, y levantando la colcha, apoyó su mano sobre el corazón de la muchacha.

Estaba mudo y helado.

Lo que latía bajo su mano era la arteria de sus dedos: retiró la mano con un estremecimiento.

El brazo de Valentina colgaba fuera de la cama; este brazo, en toda la parte que se extendía desde el hombro hasta la muñeca, parecía modelado sobre una de las Gracias de Germain Pilon; pero el antebrazo estaba ligeramente deformado por una crispación, y el puño, de una forma tan pura, se apoyaba un poco rígido y con los dedos separados sobre la colcha.

El nacimiento de las uñas estaba azulado.

Para la señora de Villefort no cabía duda alguna: todo había concluido, la obra terrible, la última que tuvo que cumplir, al fin estaba consumada.

La envenenadora ya no tenía nada que hacer en aquella habitación; retrocedió con tanta precaución que era evidente que temía el ruido de sus pasos sobre la alfombra; pero, aun retrocediendo, mantuvo la cortina levantada absorta en aquel espectáculo de la muerte, que tiene su irresistible atracción en tanto no es descomposición, sino inmovilidad, en tanto es el misterio y aún no es la repugnancia.

Los minutos transcurrían; la señora de Villefort no podía soltar aquella cortina que cogía para que cayese como una mortaja sobre la cabeza de Valentina. Pagaba su tributo a la ensoñación: la ensoñación del crimen debe ser el remordimiento.

En aquel momento el chisporroteo de la lamparilla redobló.

La señora de Villefort, a este ruido, se estremeció y dejó caer la cortina.

En el mismo instante se apagó la lamparilla y la habitación quedó sumergida en una espantosa oscuridad.

En medio de esta penumbra, el reloj se despertó y dio las cuatro y media de la madrugada.

La envenenadora, espantada por esta conmoción sucesiva, alcanzó a tientas la puerta, y penetró en su cuarto con el sudor de la angustia en su frente.

La oscuridad aún continuó durante dos horas.

Después, poco a poco, la claridad blancuzca fue invadiendo la habitación, al filtrarse a través de las hojas de las persianas; luego aún aumentó gradualmente hasta que llegó a dar un color y una forma a los objetos y los cuerpos.

En ese momento resonó la tos de la enfermera subiendo la escalera, y luego entró esta mujer en el cuarto de Valentina con una taza en la mano.

Para un padre, para un amante, la primera mirada hubiese sido decisiva: Valentina estaba muerta; para aquella enfermera, Valentina estaba dormida.

—Bueno —dijo ella aproximándose a la mesilla de noche—. Se ha bebido una parte de su medicina; el vaso estaba dos tercios vacíos.

Luego fue a la chimenea, reavivó el fuego, se instaló en su sillón, y, aunque salía de su cama, aprovechó el sueño de Valentina para dormir un poco más.

El reloj la despertó dando las ocho de la mañana.

Entonces extrañada de aquel sueño obstinado en el cual parecía sumergida la muchacha, espantada por aquel brazo colgando fuera del lecho, y que la durmiente aún no se hubiese movido, avanzó hacia la cama y sólo entonces fue cuando percibió aquellos labios fríos y aquel pecho helado.

Quiso volver a poner el brazo junto al cuerpo, pero éste no obedeció más que a la rigidez espantosa, la cual no podía engañar a una enfermera.

Lanzó un horrible grito.

Luego, corrió a la puerta y chilló:

—¡Socorro! ¡Ayuda!

—¿Cómo ayuda? —respondió al pie de la escalera la voz del señor d'Avrigny.

✻ Era la hora en que el doctor tenía la costumbre de pasar su visita.

—¿Quién grita socorro? —exclamó la voz de Villefort saliendo precipitadamente de su despacho—. ¿Doctor, no ha oído usted pedir socorro?

—Sí, sí; subamos —replicó d'Avrigny—. Subamos pronto junto a Valentina.

Pero antes de que el médico y el padre hubiesen entrado, los criados que se encontraban en el mismo piso, ya lo habían hecho, y, viendo a Valentina pálida e inmóvil sobre su lecho, levantaron las manos al cielo y temblaron como estremecidos por el vértigo.

—¡Llame a la señora de Villefort! ¡Despierten a la señora de Villefort! —gritó el procurador del rey, desde la puerta de la habitación, en la cual parecía no atreverse a entrar.

Pero los criados en lugar de responder, miraban al señor d'Avrigny, que había entrado, y corrido junto a Valentina, y la levantaba en sus brazos.

—¡Ésta también! —murmuró dejándola caer—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cuándo terminaréis?

Villefort se abalanzó al aposento.

—¿Qué dice usted, Dios mío? —exclamó levantando las manos al cielo—. ¡Doctor...! ¡Doctor!

—¡Digo que Valentina está muerta! —respondió d'Avrigny con voz solemne y terrible.

El señor de Villefort se abatió como si sus piernas estuviesen rotas, y hundió la cabeza en la cama de Valentina.

A las palabras del doctor, a los gritos del padre, los criados, aterrados, huyeron con tordas imprecaciones; se oyeron por las escaleras y los pasillos pasos precipitados, luego un gran movimiento en los patios, y al poco tiempo se extinguió todo ruido: desde el primero al último, habían abandonado aquella casa maldita.

En aquel momento la señora de Villefort, el brazo a medio meter en su peinador, se presentó, asomándose en las cortinas; permaneció un instante en el umbral de la puerta antes de interrogar a los asistentes y llamando en ayuda suya a algunas lágrimas rebeldes.

De pronto dio un paso, o más bien un salto hacia adelante y con los brazos extendidos hacia la mesilla de noche.

Acababa de ver a d'Avrigny inclinarse curioso sobre la mesilla y coger el vaso que ella estaba segura de haber vaciado durante la noche.

El vaso se encontraba lleno hasta la tercera parte, justo como estaba cuando ella había vertido el contenido en las cenizas.

El espectro de Valentina erguido ante la envenenadora no la hubiese producido mayor efecto.

En efecto, tenía el color del preparado que había vertido en el vaso de Valentina, y que ésta había bebido; era exactamente el veneno que no podía engañar al señor d'Avrigny, que lo examinaba atentamente; era un milagro que Dios hacía, sin duda para que quedase, a pesar de las precauciones del asesino, una huella, una prueba, una denuncia del crimen.

Entretanto, mientras la señora de Villefort permanecía inmóvil como una estatua del terror, mientras que Villefort, la cabeza hundida en las ropas de la cama mortuoria, no veía nada de lo que sucedía alrededor suyo, d'Avrigny se aproximaba a la ventana para examinar mejor el contenido del vaso, y probar una gota cogida en la yema del dedo.

—¡Ah! —murmuró—. Ya no se trata de la brucina. Veamos qué es.

Entonces se dirigió a uno de los armarios de la habitación de Valentina que se había convertido en botiquín, y sacó de una caja de plata un frasquito de ácido nítrico, dejó caer algunas gotas en el ópalo del líquido que inmediatamente se convirtió en un medio vaso de sangre bermeja.

—¡Ah! —exclamó d'Avrigny con el horror del juez a quien revelan la verdad, mezclado con la alegría del sabio que descubre un problema.

La señora de Villefort giró un instante sobre sí, sus ojos lanzaban llamaradas que luego se extinguieron; buscó vacilante la puerta con la mano, y desapareció.

Un instante después se oía el ruido alejado de un cuerpo que caía al suelo.

Pero nadie prestó atención. La enfermera estaba ocupada en mirar el análisis químico, Villefort continuaba anonadado.

El señor d'Avrigny fue el único que siguió con la vista a la señora de Villefort y notó su salida precipitada. Levantó las cortinas de la habitación de Valentina y su mirada, a través de la de Eduardo, pudo pasearla por el aposento de la señora de Villefort, a la que vio tendida sin movimiento en el suelo.

—Vaya a socorrer a la señora de Villefort —dijo a la enfermera—. La señora de Villefort se encuentra mal.

—Pero, ¿y la señorita Valentina? —balbució ésta.

—La señorita Valentina no tiene necesidad de ayuda —dijo d'Avrigny—, puesto que está muerta.

—¡Muerta! ¡Muerta! —suspiró Villefort en el paroxismo de un dolor tanto más agudo cuanto que era nuevo, desconocido e inesperado para aquel corazón de bronce.

—¿Muerta, dice usted? —exclamó una tercera voz—. ¿Quién ha dicho que Valentina estaba muerta?

Los dos hombres se volvieron, y en la puerta percibieron a Morrel en pie, pálido, transtornado y terrible.

He aquí lo que había sucedido:

Morrel se había presentado a la hora acostumbrada y por la puertecita escondida en el aposento de Noirtier. Contra la costumbre halló la puerta abierta y no tuvo necesidad de llamar para entrar. En el vestíbulo se detuvo un instante para llamar a un criado que le introdujera en el cuarto de Noirtier; pero nadie había respondido: los criados, como se sabe, habían abandonado la casa.

Este día Morrel no tenía ningún motivo particular de inquietud; Montecristo le había prometido que Valentina viviría, y hasta entonces la promesa había sido cumplida fielmente. Cada noche el conde le daba buenas noticias que confirmaba al día siguiente Noirtier.

Sin embargo, aquella soledad le pareció extraña; llamó una segunda vez, y la tercera, pero todo era silencio.

Entonces se decidió a subir.

La puerta de Noirtier estaba abierta como las demás.

La primera cosa que vio fue al anciano en su sillón en su sitio acostumbrado; sus ojos dilatados parecían expresar un espanto interior que confirmaba más la palidez extraña aparecida en su fisonomía.

—¿Cómo está usted, señor? —preguntó el joven, no sin cierto encogimiento de corazón.

—Bien —indicó el anciano con su guiño de ojos—. Bien.

Pero su semblante expresaba un aumento de inquietud.

—¿Está usted preocupado —continuó Morrel—, tiene necesidad de alguna cosa? ¿Quiere que llame a alguno de sus criados?

—Sí —indicó Noirtier.

Morrel se colgó del cordón de la campanilla; pero estuvo a punto de romperlo sin que nadie acudiese.

Se volvió hacia Noirtier; la palidez y la angustia crecían en el semblante del anciano.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —dijo Morrel—. Pero, ¿por qué no vienen? ¿Es que hay algún enfermo en la casa?

Los ojos de Noirtier parecieron dispuestos a escaparse de sus órbitas.

—Pero, ¿qué tiene usted? —continuó Morrel—. Usted me asusta. ¡Valentina, Valentina!

—Sí —indicó Noirtier.

Maximilien abrió la boca para hablar, pero su lengua no pudo articular ningún sonido; vaciló y se sostuvo con el dintel, luego señaló la misma puerta.

—Sí, sí, sí —prosiguió el anciano.

Maximilien se lanzó por la escalerita, que franqueó en dos saltos, mientras le parecía que Noirtier le gritaba con los ojos:

—¡Más rápido! ¡Más rápido!

Bastó un minuto al joven para atravesar varias habitaciones, solitarias como el resto de la casa, y llegar hasta la de Valentina.

No tuvo necesidad de empujar la puerta, estaba completamente abierta.

Un sollozo fue lo primero que percibió. Vio como a través de una nube, una figura negra arrodillada y medio oculta entre la ropa blanca. El temor, el espanto, le clavarón en el umbral.

—¡Valentina está muerta!

Y una segunda voz que como un eco repetía:

—¡Muerta! ¡Muerta!

Maximilien

Villefort se levantó casi avergonzado de haber sido sorprendido en el acceso de dolor.

La terrible posición que ejercía desde hacía veinticinco años, había llegado a hacer de él más que un hombre, o tal vez menos.

Su mirada, extraviada por un instante, se posó en Morrel.

—¿Quién es usted, señor? —dijo—, que se olvida que no se entra así en una casa en que está la muerte. ¡Salga, señor, salga!

Pero Morrel permaneció inmóvil, no podía apartar sus ojos del espectáculo horrible del lecho en desorden y de la pálida figura que estaba acostada en él.

—Salga, ¿oye usted? —gritó Villefort, mientras que d'Avrigny avanzaba por su lado para hacerle salir.

Morrel miraba con aire espantado a aquel cadáver, a aquellos dos hombres y a toda la habitación; pareció dudar un instante, abrió la boca y al fin, no encontrando palabras para responder, pese a las innumerables ideas que se agolpaban en su cerebro, dio media vuelta y deshizo el camino echándose las manos a la cabeza. Tal fue su gesto que Villefort y d'Avrigny, distraídos un instante de sus preocupaciones, cambiaron entre sí una mirada que parecía decir:

«¡Está loco!».

Pero antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos, se oyó crujir la escalera bajo un peso considerable y vieron a Morrel que, con un esfuerzo sobrehumano, levantaba el sillón de Noirtier entre sus brazos y llevaba al anciano al primer piso de la casa.

Llegado a lo alto de la escalera depositó la silla en el suelo y la empujó rápidamente hasta la habitación de Valentina.

Toda esta maniobra la ejecutó con una fuerza triplicada por la exaltación febril del muchacho.

Pero lo que más espantaba de todo aquello, era el rostro de Noirtier avanzando hacia la cama de Valentina, empujado por Morrel; la cara de aquel anciano, en la que la inteligencia desplegaba todos sus recursos, cuyos ojos reunían todo el poder del alma para suplir las demás facultades; la aparición de aquel pálido semblante y de aquella mirada ardiente, constituyó una visión aterradora para Villefort.

—¡Vea lo que han hecho! —gritó Morrel con una mano todavía apoyada en el respaldo del sillón que acababa de empujar hasta la cama, y la otra extendida hacia Valentina—. ¡Véalo, padre mío, véalo!

Villefort retrocedió y miró con asombro a aquel joven que le era casi desconocido y que llamaba padre a Noirtier.

En aquel momento todo el alma del anciano parecía salir a través de sus ojos, inyectándolos en sangre; después se le hincharon las venas del cuello, una tonalidad azulada, como la que invade la piel de los epilépticos, cubrió sus sienes y sus mejillas; no faltaba a aquella explosión interior más que un grito.

Este grito salió, por así decirlo, por todos los poros, espantando con su mutismo y desgarrando con su silencio.

D'Avrigny se precipitó hacia el anciano y le hizo respirar un violento revulsivo.

—¡Señor! —exclamó entonces Morrel cogiendo la mano inerte del parálítico—. Me preguntan quién soy y qué derecho tengo para entrar aquí. ¡Ah! Usted lo sabe, dígalo.

Y la voz del joven se extinguió entre sollozos.

La respiración fuerte y anhelante del anciano sacudía todo su pecho. Se hubiese dicho que padecía una de aquellas convulsiones que preceden a la agonía.

Finalmente las lágrimas invadieron los ojos de Noirtier, más feliz que el joven que sollozaba sin llorar. No pudiendo inclinar su cabeza, cerró los ojos.

—Dígales —continuó Morrel con voz ahogada—. ¡Dígales que yo era su prometido! Dígales que era mi noble amiga, mi único amor en la tierra. ¡Dígales, dígales que ese cadáver me pertenece!

Y el joven, dando el terrible espectáculo de una gran fuerza que se rompe, cayó pesadamente de rodillas ante aquel lecho, que sus dedos crispados aferraron con violencia.

✠ Aquel dolor era tan punzante que d'Avrigny se volvió para ocultar su emoción, y Villefort, sin pedir más explicaciones, atraído por

el magnetismo que nos empuja hacia aquellos que aman lo que lloramos, alargó su mano al joven.

Pero Morrel no veía nada; había cogido la mano helada de Valentina, y no pudiendo llorar, mordía las sábanas entre rugidos.

Durante algunos minutos no se oyó en aquella habitación más que un conjunto de sollozos, imprecaciones y plegarias. Y sin embargo un ruido dominaba a todos, era la respiración ronca y desgarrada que parecía que, a cada toma de aire, rompería uno de los resortes de la vida en el pecho de Noirtier.

Al fin Villefort, el más dueño de todos, tras haber cedido algunos instantes, por así decirlo, su puesto a Maximilien, tomó la palabra y dijo:

—Señor, usted amaba a Valentina y dice que era su prometido; ignoraba ese amor, desconocía ese compromiso; y sin embargo, yo, su padre, se lo perdono porque veo que su dolor es grande y verdadero.

»Por otra parte, en mí también es demasiado grande el dolor para que me quede un sitio para la cólera. Pero ya lo ve usted, el ángel que usted esperaba ha abandonado la tierra; ya no está para las adoraciones de los hombres, ella que en estos momentos adora al Señor; diga, pues, adiós, señor, a esos tristes despojos; coja por última vez la mano que usted esperaba y sepárese de ella para siempre. Ahora Valentina no tiene necesidad más que de un sacerdote para que la bendiga.

—Usted se equivoca, señor —exclamó Morrel incorporándose sobre una rodilla, el corazón atravesado por el dolor más agudo de cuantos había sentido—. Usted se engaña, habiendo muerto Valentina como ha muerto, no sólo necesita a un sacerdote, sino también a un vengador. Señor de Villefort, envíe a buscar al sacerdote que yo seré el vengador.

—¿Qué pretende decir, señor? —murmuró Villefort temblando ante esta nueva inspiración del delirio de Morrel.

—Quiero decir —continuó el joven—, que hay dos hombres en usted. El padre ya ha llorado bastante; que el procurador del rey empiece su oficio.

Los ojos de Noirtier relampaguearon, d'Avrigny se aproximó.

—Señor —continuó el joven recorriendo con la mirada los sentimientos que se pintaban en todos los rostros—, sé lo que digo, y usted también sabe lo que quiero decir. ¡Valentina ha muerto asesinada!

Villefort bajó la cabeza; d'Avrigny aún avanzó un paso; Noirtier dijo sí con los ojos.

—Ahora bien —prosiguió Morrel—, en el tiempo en que vivimos, una criatura, aunque no fuese joven, bella, adorable como era Valentina, una criatura no desaparece violentamente del mundo sin que se pida cuentas de su desaparición. Vamos, señor procurador del rey —añadió Morrel con creciente vehemencia—. Nada de piedad. Le denuncio un crimen, ¡busque al asesino!

Y su mirada implacable interrogó a Villefort quien por su parte solicitaba con la mirada a Noirtier y a d'Avrigny; pero en vez de encontrar ayuda en su padre y en el doctor, Villefort no halló más que otras miradas tan inflexibles como la de Morrel.

—Sí —indicó el anciano.

—¡Cierto! —dijo d'Avrigny.

—Señor —replicó Villefort, tratando de luchar contra aquella triple voluntad y contra la suya—, señor, usted se engaña: no se cometen asesinatos en mi casa; la fatalidad me hiere, Dios me prueba; es horrible pensarlo, pero no se asesina a nadie.

Los ojos de Noirtier relampaguearon, d'Avrigny abrió la boca para hablar.

Morrel extendió el brazo pidiendo silencio.

—Y yo, yo le digo que aquí se asesina —gritó Morrel con voz ahogada que no perdió nada de su terrible vibración—. Le digo que ésta es la cuarta víctima que cae desde hace cuatro meses. Le aseguro que hace cuatro días ya intentaron envenenar a Valentina, y que escapó gracias a las precauciones que había adoptado el señor Noirtier. Le digo que han doblado la dosis o han cambiado la naturaleza del veneno y que esta vez lo han conseguido. Le aseguro que usted sabe todo esto tan bien como yo, en fin, porque el señor que está presente le previno como médico y como amigo.

—¡Oh! Usted está delirando —dijo Villefort, tratando vanamente de debatirse en el círculo en que se sentía cogido.

—¡Que yo deliro! —exclamó Morrel—. Pues bien, dígaselo al señor d'Avrigny en persona. Pregúntele, señor, si aún se acuerda de las palabras que pronunció en vuestro jardín, en el jardín de esta casa, la misma noche de la muerte de la señora de Saint-Méran, cuando los dos, creyéndose solos, se ocupaban de aquella trágica muerte, en la cual esa fatalidad de la cual usted habla y Dios, a quien usted

acusa injustamente, no pueden ser contados más que para una cosa: encontrar al asesino de Valentina.

Villefort y d'Avrigny se miraron.

—Sí, sí, recuérdelo usted —dijo Morrel—. Porque aquellas palabras que usted creía pronunciadas al silencio y a la soledad, cayeron en mis oídos. Cierto que aquella noche, al ver la culpable complacencia del señor de Villefort por los suyos, debí descubrir todo a las autoridades; no sería cómplice, como lo soy ahora de tu muerte, Valentina, ¡mi Valentina querida! Pero el cómplice será el vengador; esta cuarta muerte es flagrante y visible ante todos, y si tu padre te abandona. Valentina, seré yo, yo, te lo juro, quien perseguirá al asesino.

Y esta vez, como si la naturaleza no tuviese piedad de aquella vigorosa organización lista para desmoronarse por su propia fuerza, las últimas palabras de Morrel se extinguieron en su garganta; su pecho estalló en sollozos, las lágrimas, tanto tiempo rebeldes, inundaron sus ojos, y él mismo se hundió, cayendo de rodillas, para llorar amargamente junto al lecho de Valentina.

Entonces llegó el turno a d'Avrigny.

—Y yo también —dijo con voz fuerte—, yo también me uno al señor Morrel para pedir justicia contra el crimen; porque mi corazón se subleva ante la idea de que mi cobarde complacencia ha animado al asesino.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Villefort anonadado.

Morrel levantó la cabeza y leyó en los ojos del anciano, que lanzaban un fuego sobrenatural.

—Miren —dijo—, miren, el señor Noirtier quiere hablar.

—Sí —indicó Noirtier con una expresión tanto más terrible, cuanto que todas las facultades del anciano impotente se concentraban en su mirada.

—¿Conoce usted al asesino? —preguntó Morrel.

—Sí —replicó Noirtier.

—¿Y usted nos guiará? —exclamó el joven—. Escuchémosle. ¡Señor d'Avrigny, escuchémosle!

Noirtier dirigió al desdichado Morrel una sonrisa melancólica, una de esas dulces sonrisas de ojos que tantas veces habían hecho feliz a Valentina, y llamó su atención.

Luego, habiendo fijado en él los ojos de su interlocutor, los volvió a la puerta.

—¿Quiere usted que salga, señor? —preguntó dolorosamente Morrel.

—Sí.

—¿Debo salir solo?

—No.

—¿A quién debo llevar conmigo? ¿Al señor procurador del rey?

—No.

—¿Al doctor?

—Sí.

—¿Quiere usted quedarse a solas con el señor de Villefort?

—Sí.

—Pero ¿podrá él comprenderle?

—Sí.

—¡Oh! —dijo Villefort casi contento de que la encuesta fuese entre ellos dos—. ¡Oh! Esté tranquilo, comprendo muy bien a mi padre.

Y diciendo esto con esa expresión de alegría que hemos indicado, los dientes del procurador del rey rechinaron con violencia.

D'Avrigny tomó del brazo a Morrel y se llevó al joven a la estancia contigua.

Entonces se hizo un silencio en toda la casa más profundo que el de la muerte.

Por fin, al cabo de un cuarto de hora, se oyó un paso vacilante y Villefort apareció en el umbral del salón en que se encontraban d'Avrigny y Morrel, el uno absorto y el otro sofocado.

—Vengan —dijo.

Y les condujo junto al sillón de Noirtier.

Morrel, entonces, miró atentamente a Villefort.

El rostro del procurador del rey estaba lívido; anchas manchas de color rojo surcaban su frente; entre sus dedos, una pluma retorcida en mil pedazos, crujía al romperse.

—Señores —dijo con voz ahogada e insegura a d'Avrigny y Morrel—, señores, su palabra de honor de que el horrible secreto permanecerá sepultado entre nosotros.

Los dos hombres hicieron un movimiento.

—Se lo suplico... —continuó Villefort.

—Pero —dijo Morrel—, el culpable..., el matador..., el asesino.

✿ —Esté tranquilo, señor, se hará justicia —dijo Villefort—. Mi padre me ha revelado el nombre del culpable; mi padre tiene sed de

venganza como usted, y sin embargo mi padre le ruega, como yo, guardar el secreto del crimen. ¿No es cierto, padre?

—Sí —indicó resueltamente Noirtier.

Morrel no pudo evitar un movimiento de horror y de incredulidad.

—¡Oh! —exclamó Villefort deteniendo a Maximilien por el brazo—. ¡Oh! Señor, si mi padre, el hombre inflexible que usted conoce, le hace este ruego, es porque sabe que Valentina será vengada. ¿No es así, padre mío?

El anciano hizo señas de que sí.

Villefort continuó:

—Él me conoce, y él ha sido quien me ha cogido la palabra. Tranquilícense ustedes, señores; tres días, sólo les pido tres días, es menos de lo que pediría la justicia, y en tres días la venganza que tome de la muerte de mi hija, hará temblar hasta lo íntimo del corazón al más indiferente de los hombres. ¿No es cierto, padre mío?

Y diciendo estas palabras, rechinó los dientes y sacudió la mano parálitica del anciano.

—¿Todo lo que ha prometido será cumplido, señor Noirtier? —preguntó Morrel mientras que d'Avrigny interrogaba con la mirada.

—Sí —indicó Noirtier con una mirada siniestra.

—Juren, pues, señores —dijo Villefort juntando las manos de Morrel y d'Avrigny—, juren que tendrán piedad del honor de mi casa, y que me dejarán al cuidado de la venganza.

D'Avrigny se volvió y murmuró un sí muy débil, pero Morrel arrancó su mano del magistrado, se precipitó al lecho, puso sus labios sobre los helados de Valentina, y se escapó con el profundo gemido de un alma que se consume en la desesperación.

Hemos dicho que los criados habían desaparecido.

El señor de Villefort se vio obligado a rogar a d'Avrigny que se encargase de los trámites, tan numerosos y delicados, como lleva la muerte en nuestras grandes ciudades, y sobre todo la muerte acompañada de circunstancias tan sospechosas.

Resultaba terrible ver aquel dolor sin movimiento de Noirtier, aquella desesperación sin gestos y aquellas lágrimas sin voz.

Villefort regresó a su despacho; d'Avrigny fue en busca del médico del municipio que desempeñaba las funciones de inspector de decesos y que se llamaba con bastante carácter el médico de los muertos.

Noirtier no quiso abandonar a su nieta.

Al cabo de una media hora el señor d'Avrigny regresó con su compañero; habían cerrado las puertas de la calle, y como el conserje había desaparecido con los demás sirvientes, Villefort se vio obligado a ir a abrir la puerta. Pero se detuvo en el descansillo; no tenía más fuerzas para volver a entrar en la habitación de la muerta.

Los dos doctores penetraron solos hasta el dormitorio de Valentina.

Noirtier estaba junto al lecho, pálido como la muerte, inmóvil y mudo como ella.

El médico de los muertos se aproximó con la indiferencia del hombre que ha pasado la mitad de su vida con cadáveres, levantó la sábana que cubría a la muchacha, y entreabrió solamente los labios.

—¡Oh! —dijo d'Avrigny suspirando—. Pobre muchacha. Está bien muerta, vamos.

—Sí —respondió lacónicamente el médico dejando caer la sábana que cubría el rostro de Valentina.

Noirtier hizo oír un sordo estertor.

D'Avrigny se volvió, los ojos del anciano relucían. El buen doctor comprendió que Noirtier reclamaba ver a su nieta; lo acercó a la cama y, mientras el médico de los muertos se enjuagaba los dedos que habían tocado los labios de la difunta en agua clorurada, descubrió aquel sereno y pálido rostro que parecía el de un ángel dormido.

Una lágrima que reapareció en los ojos de Noirtier fueron las gracias que recibió el doctor.

El médico de los muertos redactó su acta en la esquina de una mesa, en la misma habitación de Valentina, y, cumplida esta suprema formalidad, salió acompañado del doctor.

Villefort les oyó descender y reapareció a la puerta de su despacho.

En pocas palabras dio las gracias al médico, y volviéndose hacia d'Avrigny.

—Y ahora —dijo— el sacerdote.

—¿Tiene algún sacerdote a quien desee encargar con preferencia que se ocupe de orar junto a Valentina? —preguntó d'Avrigny.

—No —respondió Villefort—. Vaya al más cercano.

—El más cercano —dijo el médico—, es un buen abate italiano que ha venido a vivir a la casa contigua a la suya. ¿Quiere que le avise al pasar?

—D'Avrigny —dijo Villefort—, tenga la bondad, se lo ruego, de acompañar a este señor. Aquí tiene la llave para que pueda entrar y salir a su antojo. Traiga al sacerdote, y usted se encargará de instalarlo en la habitación de mi pobre hija.

—¿Quiere usted hablarle, amigo mío?

—Desearía estar solo. Usted me disculpará, ¿no es cierto? Un sacerdote debe comprender todos los sufrimientos, incluso el paternal.

Y el señor de Villefort, dando carta blanca a d'Avrigny, saludó por última vez al doctor extraño y entró en su despacho, en donde se puso a trabajar.

Para ciertos organismos, el trabajo es remedio contra todos los sufrimientos.

En el momento en que ellos descendían a la calle, percibieron a un hombre vestido con sotana, que permanecía en el umbral de la puerta vecina.

—He aquí el eclesiástico de quien le hablaba —dijo el médico de los muertos a d'Avrigny.

D'Avrigny abordó al sacerdote.

—Señor —le dijo—, ¿estaría usted dispuesto a prestar un gran servicio a un desdichado padre que acaba de perder a su hija, al procurador del rey, Villefort?

—¡Ah, señor! —respondió el eclesiástico con un marcado acento italiano—. Sí, ya sé, la muerta está en esa casa.

—Entonces, no tengo necesidad de indicarle qué clase de servicio se espera de usted.

—Iba a ofrecerme, señor —dijo el sacerdote—. Nuestra misión es salir al encuentro de nuestros deberes.

—Es una muchacha.

—Sí, ya lo sé; lo he sabido por los criados que he visto salir huyendo de la casa. Supe que se llamaba Valentina, y ya he rogado por ella.

—Gracias, gracias, señor —dijo d'Avrigny—, y ya que usted ha empezado a ejercer su santo ministerio, dígnese continuar. Venga a sentarse junto a la muerta, y toda una familia le quedará reconocida.

—Voy, señor —respondió el abate—, y me atrevo a decir que nunca unas plegarias serán más ardientes que las mías.

D'Avrigny cogió al abate de la mano, y sin encontrarse con Villefort, encerrado en su despacho, lo condujo hasta la habitación de

Valentina, a quien los enterradores no recogerían hasta la noche siguiente.

Al entrar en la estancia la mirada de Noirtier se encontró con la del abate, y sin duda creyó leer en ella algo particular, porque ya no le abandonó.

D'Avrigny recomendó al sacerdote no sólo la muerta, sino también el vivo, y el sacerdote prometió a d'Avrigny rogar por una y cuidar del otro.

El abate se comprometió tan solemnemente, y sin duda para que no le molestasen en sus oraciones y a Noirtier en su dolor, que fue, cuando el señor d'Avrigny hubo abandonado la habitación, a cerrar con cerrojos no sólo la puerta por donde había salido el doctor, sino también la puerta que comunicaba con la habitación de la señora de Villefort.



La firma Danglars

El día siguiente amaneció triste y nublado.

Los sepultureros habían cumplido su fúnebre oficio durante la noche, y cosido el cuerpo de la joven en el sudario que envuelve a los que dejaron de existir para darles lo que llaman la igualdad de la muerte, pero que es un testimonio del lujo que amaron durante su vida.

Este sudario no era más que una magnífica pieza de batista que la muchacha había comprado quince días antes.

Al anoecer hombres, llamados al efecto, llevaron a Noirtier del cuarto de Valentina al suyo, y contra todo lo que se esperaba, el anciano no puso ningún reparo a alejarse del cadáver de su nieta.

El abate Busoni, que había velado hasta el amanecer, se retiró poco después a su casa sin llamar a nadie.

Hacia las ocho de la mañana d'Avrigny regresó; había encontrado a Villefort que pasaba al cuarto de Noirtier, y le acompañó para saber como había pasado la noche el anciano.

Le hallaron en el gran sillón que le servía de cama, descansando con un sueño apacible y casi sonriente.

Ambos se quedaron asombrados en el mismo umbral.

—Vea —dijo d'Avrigny a Villefort, que miraba como dormía su padre— mire, mire, como la naturaleza sabe calmar los más vivos dolores; ciertamente no podrán decir que el señor Noirtier no ama a su nieta, y sin embargo, duerme.

—Sí, tiene usted razón —respondió Villefort con sorpresa—. Duerme y es bien extraño, porque la menor contrariedad le tiene despierto noches enteras.

—El sufrimiento lo ha deshecho —replicó d'Avrigny.

Y ambos regresaron pensativos al despacho del procurador del rey.

—Mire, yo no he dormido —dijo Villefort mostrando su lecho intacto al médico—. El sufrimiento me ha deshecho; hace dos no-

ches que no me he acostado, pero, en cambio, vea mi escritorio. He escrito, ¡Dios mío!, durante dos días y dos noches... He anotado esa causa, he redactado el acta de acusación del asesino Benedetto... ¡Oh, trabajo, trabajo! Mi pasión, mi alegría, mi rabia, tú sí deshaces todos mis sufrimientos.

Y estrechó convulsivamente la mano del doctor.

—¿Tiene usted necesidad de mí? —le preguntó éste.

—No —dijo Villefort—, sólo le ruego que vuelva hacia las once; a mediodía tendrá lugar... la partida... ¡Dios mío! ¡Mi pobre hija, mi pobre hija!

Y el procurador del rey, volviendo a recobrase, levantó los ojos al cielo y lanzó un suspiro.

—¿Estará usted, entonces, en el salón de recepción?

—No, tengo un primo que se encargará de este triste honor. Yo trabajaré, doctor; cuando trabajo, lo olvido todo.

En efecto, el doctor aún no estaba en la escalinata de entrada cuando el procurador del rey ya estaba en su trabajo.

En la escalinata, d'Avrigny encontró a aquel pariente del que le había hablado Villefort, personaje insignificante en esta historia como en la familia, uno de esos seres destinados desde su nacimiento a representar el papel de útiles en el mundo.

Era puntual, vestía de negro, llevaba un crespón en el brazo, y se dirigía junto a su primo con un rostro tan compuesto para las circunstancias que esperaba mantenerlo en tanto fuese necesario, y luego dejarlo.

A las once rodaron los coches fúnebres por el patio, y la calle del *faubourg* de Saint Honoré se llenó de murmullos de una muchedumbre tan ávida de las alegrías como de los duelos de los ricos, y que corría a un entierro pomposo con la misma rapidez que a la boda de una duquesa.

Poco a poco fue llenándose el salón mortuario y se vio llegar a una parte de nuestros antiguos conocidos, es decir, a Debray, a Chateau Renaud, a Beauchamp, y luego a todas las notabilidades de la curia, de la literatura y del ejército; porque el señor de Villefort ocupaba, menos por su posición social que por su mérito personal, uno de los primeros puestos en el mundo parisiense.

El primo estaba a la puerta del salón y hacía entrar a todo el mundo, lo cual resultaba un alivio para los despreocupados, pues veían un rostro indiferente que no exigía a sus convidados una fiso-

nomía engañosa, o falsas lágrimas, como hubiese hecho un padre, un hermano o un prometido.

Aquellos que se conocían se llamaron con la mirada y se reunieron en grupos. Uno de estos grupos estaba compuesto por Debray, Chateau Renaud y Beauchamp.

—¡Pobre muchacha! —dijo Debray, pagando como todos los demás, a pesar suyo, un tributo al doloroso acontecimiento—. ¡Pobre muchacha! ¡Tan rica y tan hermosa! ¿Hubieses pensado esto, Chateau Renaud, cuando estuvimos aquí hace... cuánto tiempo? Tres semanas o un mes a lo sumo, para firmar aquel contrato que nunca fue firmado.

—A fe mía, que no —respondió Chateau Renaud.

—¿La conocías?

—Había hablado una vez o dos con ella en el baile de la señora de Morcerf; me había parecido encantadora, aunque un tanto melancólica. ¿Dónde está la madrastra? ¿Lo sabes? .

—Se ha ido a pasar el día con la mujer de ese digno señor que nos ha recibido.

—¿Y quién es ése?

—¿Quién?

—El señor que nos ha recibido. ¿Un diputado?

—No —dijo Beauchamp—, estoy condenado a ver a todas nuestras celebridades cada día, y su cara me resulta desconocida.

—¿Has hablado de esta muerte en tu periódico?

—El artículo no es mío, pero se ha hablado de ello; dudo que haya sido agradable al señor de Villefort. Se dice, según creo, que si cuatro muertes sucesivas tuviesen lugar en cualquier otra parte, en vez de en casa del procurador del rey, a éste ya le hubieran llamado la atención.

—Por otra parte —dijo Chateau Renaud—, el doctor d'Avrigny, que es el médico de mi madre, afirma que está muy desesperado.

—Pero, ¿a quién buscas tanto, Debray?

—Busco al señor de Montecristo —respondió el joven.

—Lo he encontrado en el bulevar al venir para aquí. Creo que está a punto de marcharse; iba a casa de su banquero —dijo Beauchamp.

—¿A casa de su banquero? Su banquero, ¿no es Danglars? —preguntó Chateau Renaud a Debray.

—Creo que sí —respondió el secretario íntimo con ligera turbación—. Pero el señor de Montecristo no es el único que falta aquí. No veo al señor Morrel.

—¡Morrel! ¿Acaso los conocía? —preguntó Chateau Renaud.

—Creo que fue presentado a la señora de Villefort solamente.

—No importa, debió venir —dijo Debray—. ¿De qué hablará esta noche? Este entierro es la noticia del día; pero, callemos, aquí está el señor ministro de Justicia y Cultos; se creará obligado a soltar su pequeño discurso al primo lacrimoso.

Y los tres jóvenes se acercaron a la puerta para escuchar el pequeño discurso del señor ministro de Justicia y Cultos.

Beauchamp había dicho la verdad; al dirigirse al entierro había encontrado a Montecristo que se dirigía a casa de Danglars, en la calle de Chaussée d'Antin.

El banquero había visto desde su ventana el coche del conde que entraba en el patio, y le salió al encuentro con un semblante triste, pero afable.

—¡Y bien, conde! —dijo alargando la mano a Montecristo—. ¿Viene a presentarme su condolencia? Realmente la desgracia está en mi casa; a tal punto, que cuando la he percibido yo mismo me interrogaba si es que no habría deseado la desgracia de los pobres Morcerf, lo cual justificaría el proverbio: «El que mal desea, mal recibe». Pues bien, le doy mi palabra de que no; no he deseado mal alguno a Morcerf. Tal vez fuese un poco orgulloso para un hombre salido de la nada, como yo; todo se lo debía a su trabajo, como yo; pero cada uno tiene sus defectos. ¡Ah, cuídese bien, conde, las personas de nuestra generación...! Pero, perdón, usted no es de nuestra generación, usted es más joven... Las gentes de mi generación no son felices este año; testigo, nuestro puritano procurador del rey; testigo, Villefort, que ahora acaba de perder a su hija. Veamos, recapitulemos: Villefort, como decíamos, perdiendo a toda su familia de una manera extraña; Morcerf deshonrado y muerto; yo cubierto de ridículo por el desgraciado ese de Benedetto, y además...

—¿Además, qué? —preguntó el conde.

—¡Ay! ¿Aún lo ignora?

—¿Alguna nueva desgracia?

—Mi hija.

—¿La señorita Danglars?

—Eugenia nos abandona.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué me dice?

—La verdad, señor conde. ¡Dios mío! Qué feliz es usted no teniendo esposa ni hija.

—¿Cree usted?

—¡Ah, Dios!

—Y dice usted que la señorita Eugenia...

—No ha podido soportar la afrenta que nos ha hecho ese miserable, y me ha pedido permiso para viajar.

—¿Y se ha marchado?

—La otra noche.

—¿Con la señora Danglars?

—No, con una parienta... Pero no por eso dejamos de perder a nuestra querida Eugenia; porque dudo de que con el carácter que le conozco, consienta en volver a Francia.

—¡Qué se le va a hacer, mi querido barón! —dijo Montecristo—. Disgustos de familia, pesares que serían fatales para un pobre diablo cuya hija fuese toda su fortuna, pero soportables para un millonario. Por más que digan los filósofos sobre esto, los hombres prácticos lo desmentirán: el dinero consuela de muchas cosas, y usted debe consolarse mucho más pronto que otro cualquiera si admite la virtud de ese bálsamo soberano. Usted, el rey de las finanzas, punto de intersección de todos los poderes.

Danglars le lanzó una mirada de reojo para ver si el conde hablaba en serio o se burlaba.

—Sí —replicó—, es cierto que si la fortuna consuela, debo consolarme: soy rico.

—Tan rico, mi querido barón, que su fortuna se parece a las pirámides: quisieran demolerlas y no se atreven, y si lo intentasen, no podrían.

Danglars se sonrió de aquella confiada honradez del conde.

—Eso me recuerda que cuando usted entró, estaba haciendo cinco bonos; ya había firmado dos. ¿Me permite que prepare los otros tres?

—Hágalo, mi querido barón, hágalos.

Hubo un instante de silencio durante el cual se oyó el rechinar de la pluma del banquero, mientras Montecristo contemplaba las molduras doradas del techo.

—¿Son bonos de España, de Haití o de Nápoles?

—No —respondió Danglars sonriendo con suficiencia—, son bonos al portador, bonos contra el Banco de Francia. Fíjese, señor conde, usted que es el emperador de las finanzas, como yo soy el rey, ¿ha visto muchos pedazos de papel de este tamaño que valgan cada uno un millón?

Montecristo tomó en su mano, como para pesarlos, los cinco pedazos de papel que le presentaba orgullosamente Danglars, y leyó:

«Se ruega al señor regente de la Banca que pague a mi orden, y sobre los fondos depositados por mí, la suma de un millón, valor en cuenta.

»*Barón Danglars*».

—¡Uno, dos, tres, cuatro y cinco! —exclamó Montecristo—. ¡Cinco millones! ¡Peste! ¡Cómo anda usted, señor Creso!

—Así es como hago yo mis negocios —dijo Danglars.

—Es maravilloso, y sobre todo si, como no dudo, esta cantidad se paga al contado.

—Así se hará —dijo Danglars.

—Es hermoso tener semejante crédito; en verdad, no existe nada como Francia para ver semejantes cosas. ¡Cinco pedazos de papel que valen cinco millones! ¡Hay que verlo para creerlo!

—¿Duda usted?

—No.

—Dice eso con un acento... Mire, dese ese gusto: acompañe a mi dependiente a la Banca, y lo verá salir con bonos sobre el Tesoro por igual cantidad.

—No —dijo Montecristo doblando los cinco billetes—. A fe mía que la cosa es muy curiosa, y haré la experiencia personalmente. Mi crédito en su casa era de seis millones, llevo tomados novecientos mil francos, así es que restan cinco millones cien mil francos. Tomo sus cinco pedazos de papel, que acepto como bonos a la vista de su firma, y he aquí un recibo general de seis millones que regulariza nuestra cuenta. Lo había preparado de antemano, porque debo decirle que hoy necesito mucho dinero.

Y con una mano, Montecristo puso los cinco billetes en su bolsillo, y con la otra alargó su recibo al banquero.

Un rayo, cayendo a los pies de Danglars, no le hubiera aterrizado tanto.

—¡Qué! —balbució—. ¡Qué! Señor conde, ¿toma usted ese dinero? Pero perdón, perdón, es el dinero que debo a los hospicios, un depósito, y había prometido pagarlo esta mañana.

—¡Ah! —dijo Montecristo—. Me da lo mismo. No tengo empeño, precisamente, en estos billetes; págume en otros valores; sólo los tomé por curiosidad, para poder decir en todas partes que, sin aviso alguno, sin perder ni cinco minutos de tiempo, la casa Danglars me había pagado cinco millones contantes. ¡Hubiera sido algo notable! Pero aquí tiene sus valores; se lo repito, deme otros.

Y alargó los cinco efectos a Danglars quien, lívido, tendió la mano, como el buitre alarga la garra por entre los barrotes de su jaula para retener la carne que le arrebatan. De repente se contuvo, hizo un violento esfuerzo y la retiró.

Luego apareció su sonrisa, redondeando poco a poco los rasgos de su rostro transmutado.

—El hecho —dijo—, es que su recibo constituye dinero.

—¡Oh, Dios mío! Sí. Y si usted estuviese en Roma, con mi recibo, la casa Thomson y French no le pondría la menor dificultad en pagarle como usted mismo hace.

—Perdón, señor conde, perdón.

—Entonces, ¿puedo guardarme este dinero?

—Sí —dijo Danglars enjugándose el sudor que perlaba la raíz de sus cabellos—. Guárdelo, guárdelo.

Montecristo volvió a colocar los cinco billetes en su bolsillo con ese intraducible movimiento de fisonomía que quiere decir:

«¡Diantre! Reflexione, si los quiere aún está a tiempo».

—No —dijo Danglars—, no. Decididamente, guárdese mis firmas. Pero ya sabe usted que nadie es más formalista que un hombre de dinero; destinaba ese dinero a los hospicios y hubiese creído robarles no dándoles ése, precisamente, como si un escudo no valiese lo que otro. ¡Excúseme!

Y se echó a reír escandalosamente, pero de nervios.

—Le disculpo —respondió amablemente Montecristo—, y me los guardo.

Y colocó los bonos en su cartera.

—Pero —dijo Danglars—, aún tenemos una suma de cien mil francos.

—¡Oh, bagatelas! —dijo Montecristo—. El agio debe ascender poco más o menos a esa suma, guardadla y estamos en paz.

—Conde —dijo Danglars—, ¿habla usted en serio?

—Jamás bromeo con los banqueros —replicó Montecristo con una seriedad que rayaba en la impertinencia.

Y se encaminó hacia la puerta en el preciso momento en que un ayuda de cámara anunciaba:

—El señor de Boville, receptor general de hospicios.

—A fe mía —dijo Montecristo—, parece que llegué a tiempo para disfrutar de sus firmas: se las disputan.

Danglars palideció por segunda vez, y se apresuró a despedirse del conde.

Montecristo cambió un ceremonioso saludo con el señor de Boville, que permanecía de pie en el salón de espera, y quien, una vez pasó Montecristo, fue introducido inmediatamente en el despacho del señor Danglars.

Se hubiese podido ver el rostro tan serio del conde iluminarse con una efímera sonrisa ante el aspecto de la cartera en la mano del receptor de los hospicios.

A la puerta encontró su coche, y se hizo conducir inmediatamente a la Banca.

Mientras tanto Danglars, conteniendo toda su emoción, salió al encuentro del receptor general.

No hace falta decir que la sonrisa y el semblante más halagüeños estaban pintados en él.

—Buenos días —dijo—, mi querido acreedor, porque me parece que hoy es el acreedor quien llega.

—Lo ha adivinado, señor barón —replicó el señor de Boville—, los hospicios se presentan a usted en mi persona; las viudas y los huérfanos vienen por mis manos a pedirle una limosna de cinco millones.

—¡Y dicen que los huérfanos son dignos de lástima! —dijo Danglars prolongando la broma—. ¡Pobres chiquillos!

—Pues heme aquí en su nombre —dijo el señor de Boville—. Ha debido recibir mi carta ayer, ¿no?

—Sí.

—Aquí me tiene con mi recibo.

—Mi querido señor Boville —dijo Danglars—, sus viudas y sus huérfanos, si usted quiere, tendrán la bondad de esperar veinticuatro horas, ya que el señor de Montecristo, a quien usted acaba de ver salir de aquí... Lo ha visto usted, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien, el señor de Montecristo se lleva sus millones.

—¿Cómo es eso?

—El conde tenía un crédito ilimitado sobre mí, crédito abierto por la casa Thomson y French, de Roma. Ha venido a pedirme una suma de cinco millones de una vez; le he dado un bono sobre la Banca, donde tengo depositados mis fondos; y usted comprenderá que tema, retirando de manos del señor regente diez millones en el mismo día, que le parezca algo muy extraño. En dos días —añadió sonriendo—, ya no dice nada.

—Vamos, ya —exclamó el señor de Boville con el tono de la más completa incredulidad—. Cinco millones a ese señor que salía hace un instante, y que me saludó sin conocerme...

—Tal vez le conozca a usted sin que por ello usted le conozca; el conde de Montecristo conoce a todo el mundo.

—¡Cinco millones!

—Aquí tiene su recibo. Haga como Santo Tomás, vea y toque. El señor de Boville tomó el papel que le presentaba Danglars y leyó:

«Recibo del señor barón Danglars la cantidad de cinco millones cien mil francos, los cuales se reembolsará a su gusto sobre la casa Thomson y French, de Roma».

—¡Es verdad!

—¿Conoce usted la casa Thomson y French?

—Sí —dijo el señor de Boville—, en otra época tuve un asunto de doscientos mil francos con ella; pero ya no oí hablar más de esa firma.

—Es una de las mejores casas de Europa —dijo Danglars echando negligentemente sobre su escritorio el recibo que acababa de coger de manos del señor de Boville.

—¿Y tenía nada menos que cinco millones sobre usted? ¡Ah, vaya! Pues sabe que ese conde de Montecristo es un nabab.

—¡Y tanto! Yo no sé lo que es, pero tenía tres créditos ilimitados: uno sobre mí, otro sobre Rothschild y el tercero sobre Laffitte. —Y añadió con negligencia Danglars—: Como ve, me ha dado la preferencia, dejándome cien mil francos por el agio.

El señor de Boville dio todas las muestras de una gran admiración.

—Será preciso que vaya a visitarle, tal vez obtenga alguna piadosa donación para nosotros.

—¡Oh! Es como si la tuviese; sus limosnas sólo ascienden a más de veinte mil francos al mes.

—¡Eso es magnífico! Además, le citaré el ejemplo de la señora de Morcerf y de su hijo.

—¿Qué ejemplo?

—Han dado toda su fortuna a los hospicios.

—¿Qué fortuna?

—Su fortuna, la del difunto general Morcerf.

—¿Y a propósito de qué?

—Debido a que no quieren bienes adquiridos tan miserablemente.

—¿Y de qué van a vivir?

—La madre se retira a una provincia y el hijo es militar.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Danglars—. ¡Ésos sí que son escrupulos!

—He hecho registrar el acta de donación ayer.

—¿Y cuánto poseían?

—¡Oh! No gran cosa: un millón doscientos o trescientos mil francos. Pero volvamos a nuestros millones.

—Con mucho gusto —dijo Danglars del modo más natural del mundo—. ¿Le urge mucho ese dinero?

—Pues, sí; la verificación de nuestras cajas se hace mañana.

—¡Mañana! ¿Cómo no me ha dicho eso en seguida? Pero si hay un siglo de aquí a mañana. ¿A qué hora es la verificación?

—A las dos.

—Envíe por ello a mediodía —dijo Danglars con su sonrisa.

El señor de Boville no respondió, hizo sí con la cabeza y dio vueltas a su cartera.

—¡Eh! Pero ahora que pienso —dijo Danglars—. Haga algo mejor.

—¿Qué quiere que haga?

—El recibo del señor de Montecristo es dinero; páselo a Rothschild o a Laffitte, se lo tomarán al instante.

—¿Aunque sea pagadero en Roma?

—Ciertamente; sólo le costará un descuento de cinco o seis mil francos.

El receptor dio un salto hacia atrás.

—¡Por vida mía! No, prefiero más esperar a mañana. ¡Cuando usted diga!

—Creí por un momento, usted perdone —dijo Danglars con una impudencia sin cuento—, creí que usted tenía algún déficit que llenar.

—¡Ah! —exclamó el receptor.

—Escuche, eso ya se ha visto, y en ese caso se hace un sacrificio.

—¡Gracias a Dios, no! —dijo el señor de Boville.

—Entonces, hasta mañana, ¿no es eso, mi querido señor?

—Sí, hasta mañana. ¡Pero, sin falta!

—¡Ah, vaya! ¡Usted bromea! Envíe a mediodía y la Banca estará prevenida.

—Vendré yo mismo.

—Mejor aún, porque eso me proporcionará el placer de verle. Se estrecharon la mano.

—A propósito —dijo el señor de Boville—, ¿no va usted al entierro de esa pobre señorita de Villefort, que he encontrado en el bulevar?

—No —dijo el banquero—, aún pesa sobre mí un poco el ridículo del asunto de Benedetto, y no salgo.

—¡Bah! Usted se equivoca. ¿Acaso tiene alguna culpa de eso?

—Escuche, mi querido receptor, cuando se lleva un nombre sin tacha como el mío, siempre se es susceptible.

—Todo el mundo os compadece, esté persuadido de ello, y sobre todo a vuestra hija.

—¡Pobre Eugenia! —exclamó Danglars con un profundo suspiro—. ¿Sabe usted que entra en un convento?

—No.

—¡Ay! Desgraciadamente es cierto. Al día siguiente del acontecimiento ha decidido partir con una religiosa, amiga suya; va a buscar un convento severo en Italia o España.

—¡Oh! Eso es terrible.

Y el señor de Boville se retiró tras esta exclamación, haciendo al padre mil cumplidos de condolencia.

Pero no hizo más que estar fuera y Danglars, con un gesto enérgico que comprenderán sólo quienes han visto representar *Robert Macaire*, por Frederick, exclamó:

—¡Imbécil!

Y guardando el recibo de Montecristo en una carterita, añadió:

—¡Ven a mediodía, que yo ya estaré bien lejos!

Después se encerró con llave en su despacho, vació todos los cajones de su caja, reunió unos cincuenta mil francos en billetes de Banco, quemó diversos papeles, puso otros a la vista, y empezó a escribir una carta, que cerró en un sobre, y sobre el cual escribió:

«A la señora baronesa Danglars».

—Esta noche —murmuró—, la colocaré personalmente sobre su tocador.

Luego, extrayendo un pasaporte de un cajón del escritorio, dijo:

—Bueno, aún es válido por dos meses.



El cementerio del Padre Lachaise

El señor de Boville, en efecto, había encontrado la comitiva fúnebre que conducía a Valentina a su última morada.

El tiempo estaba sombrío y nublado; un viento aún tibio pero ya mortal para las hojas amarillas, las arrancaba de las ramas y las hacía revolotear en torno a la inmensa muchedumbre que abarrotaba los bulevares.

El señor de Villefort, parisiense puro, consideraba el cementerio del Padre Lachaise como el único digno de recibir los restos mortales de una familia de París; los otros le parecían cementerios de pueblo, hoteles amueblados de la muerte. En el Padre Lachaise sólo un difunto de buena familia podía ser alojado allí.

Había comprado, como ya hemos visto, la concesión a perpetuidad sobre la cual se elevaba el monumento abarrotado tan prontamente por todos los miembros de su primera familia.

Se leía sobre el frontispicio del mausoleo: FAMILIA SAINT-MÉRAN Y VILLEFORT; porque tal había sido el último deseo de la pobre Renée, madre de Valentina.

Hacia el Padre Lachaise, pues, se encaminaba el pomposo entierro que partiera del *faubourg* de Saint Honoré. Atravesó todo París, tomó por el *faubourg* del Temple, luego por los bulevares exteriores hasta el cementerio. Más de cincuenta coches de particulares seguían a otros veinte de duelo, y tras estos cincuenta coches, aún marchaban más de quinientas personas a pie.

Casi todos eran jóvenes a quienes la muerte de Valentina había azotado como un rayo, y que a pesar del espíritu glacial del siglo y el prosaísmo de la época, sentían vivamente la influencia poética de esta hermosa, casta y adorable muchacha arrebatada en la flor de su vida.

A la salida de París se vio llegar un rápido carruaje de cuatro caballos que se detuvieron de pronto enderezando sus corvejones como resortes de acero: era el señor de Montecristo.

El conde descendió de su calesa y fue a mezclarse a la multitud que seguía a pie el carruaje fúnebre.

Chateau Renaud lo descubrió e inmediatamente descendió de su cupé para ir a reunirse con él. Beauchamp también abandonó su cabriolé de alquiler para unírsele.

El conde miraba atentamente por entre todos los huecos que había entre la muchedumbre; buscaba con mucho interés a alguien. Al fin no pudo más y preguntó:

—¿Dónde está Morrel? ¿Alguno de ustedes sabe en dónde se encuentra?

—Nosotros ya nos hemos hecho esa misma pregunta en la casa mortuoria —dijo Chateau Renaud—, porque ninguno de nosotros lo ha visto.

El conde guardó silencio, pero continuó observando en torno suyo.

Al fin llegaron al cementerio.

El ojo perspicaz de Montecristo sondeó de pronto los bosquecillos de tejos y de pinos, y en seguida le desapareció la inquietud: una sombra acababa de deslizarse bajo las oscuras alamedas, y Montecristo, sin duda, acababa de reconocer a quien buscaba.

Ya se sabe lo que es un entierro en esta magnífica necrópolis: grupos negros diseminados por las blancas avenidas, el silencio del cielo y la tierra, turbado por el estallido de algunas ramas rotas, de los setos hundidos alrededor de una tumba; luego el canto melancólico de los sacerdotes, al cual se une algún que otro sollozo escapado de un manojo de flores bajo el cual se ve a una mujer, arrodillada y con las manos juntas.

La sombra que había percibido Montecristo atravesó rápidamente el césped situado en la tumba de Eloisa y Abelardo, para colocarse con los criados de la muerte, a la cabeza de los caballos que arrastraban el cuerpo, y a su mismo paso llegó al lugar escogido para sepultura.

Todos miraban algo.

Montecristo sólo contemplaba aquella sombra apenas percibida por los que la rodeaban.

Por dos veces el conde se separó de las filas para ver si las manos de aquel hombre no buscaban algún arma escondida bajo sus ropas.

Aquella sombra, cuando el cortejo se detuvo, fue reconocida por Morrel, quien, con su levita negra abotonada hasta el cuello, su frente lívida, sus mejillas hundidas, su sombrero retorcido en sus manos convulsas, se había arrimado a un árbol situado en un cerro que dominaba el mausoleo, de manera que no se perdía ninguno de los detalles de la ceremonia fúnebre que iba a celebrarse.

Todo sucedió como es costumbre. Algunos hombres, los menos impresionados, como siempre, pronunciaron los discursos. Unos lamentaban aquella muerte prematura; otros se extendían sobre el dolor del padre; alguno tuvo el suficiente ingenio para comentar que aquella infortunada joven había solicitado del señor de Villefort un poco de misericordia para los culpables sobre cuya cabeza estaba suspendida la espada de la justicia; al fin se apuraron las metáforas floridas y los períodos sentimentales y se comentaron de todas maneras las estancias de Malherbe a Duperier.

Montecristo no escuchaba ni veía nada, o más bien, sólo veía a Morrel, cuya calma e inmovilidad constituían un espectáculo espantoso para aquél que pudiese leer lo que sucedía en el fondo del corazón del joven oficial.

—Fíjate —dijo de pronto Beauchamp a Debray—, ahí está Morrel. ¿Cómo diablos se habrá metido allí?

Y se lo hicieron notar a Chateau Renaud.

—¡Qué pálido está! —dijo éste estremeciéndose.

—Tendrá frío —replicó Debray.

—No —dijo lentamente Chateau Renaud—, yo creo que está conmovido. Este Maximilien es un joven muy impresionable.

—¡Bah! —exclamó Debray—. Apenas si conoce a la señorita de Villefort, según has dicho tú mismo.

—Es cierto. Sin embargo, recuerdo que en el baile de la señora de Morcerf bailó tres veces con ella; ya sabe usted, conde, aquel baile donde usted causó tanta impresión.

—No, yo no sé nada —respondió Montecristo sin saber siquiera a qué respondía, ocupado como estaba en vigilar a Morrel, cuyas mejillas se animaban, como sucede a los que contienen su respiración.

—Los discursos se han acabado; adiós, señores —dijo bruscamente el conde.

Y dio la señal de partir, desapareciendo sin que se supiese por dónde se había ido.

La ceremonia había concluido y todos los asistentes tomaron el camino de París.

Sólo Chateau Renaud buscó por un instante a Morrel con la vista; pero mientras había seguido con la mirada el alejamiento del conde, Morrel había abandonado su sitio, y Chateau Renaud, tras buscar inútilmente, siguió a Debray y a Beauchamp.

Montecristo se había metido entre unos setos y escondido tras una amplia tumba para espiar hasta el menor movimiento de Morrel, que poco a poco se había aproximado al mausoleo abandonado de curiosos y luego por los obreros.

Morrel miró alrededor suyo lentamente; pero en el instante en que su mirada abarcaba la porción de círculo opuesta a la suya, Montecristo aún avanzó una decena de pasos sin haber sido descubierto.

El joven se arrodilló.

El conde, alargando el cuello, la vista dilatada y fija, los músculos flexibles para lanzarse a la primera señal, continuaba aproximándose a Morrel.

Morrel inclinó su frente hasta tocar la piedra, abrazó la verja con sus manos y murmuró:

—¡Oh, Valentina!

El corazón del conde saltó con la explosión de estas dos palabras; aún dio un paso más y, tocando en el hombro de Morrel, le dijo:

—Es usted, mi querido amigo; le buscaba.

Montecristo esperaba un estallido de reproches y recriminaciones, pero se engañaba. Morrel se volvió hacia él y, con apariencia de calma, le dijo:

—Ya ve, rezaba.

Su mirada escrutadora recorrió al joven de pies a cabeza, y tras este examen pareció más tranquilo.

—¿Quiere que le acompañe a París? —dijo.

—No, gracias.

—En fin, ¿desea alguna cosa?

—Déjeme rezar.

El conde se alejó sin hacer una sola objeción, pero sólo fue para ocupar un nuevo sitio desde donde no perdía un solo gesto de Morrel, quien al fin se levantó, se limpió las rodilleras blanqueadas

por la piedra, y emprendió el camino de París sin volverse ni una sola vez.

Descendió lentamente la calle de la Roquette.

El conde envió su coche, que estacionaba en el Padre Lachaise, y le siguió a cien pasos. Maximilien atravesó el canal y entró en la calle Meslay por los bulevares.

Cinco minutos después de que la puerta se cerrase tras Morrel, se volvió a abrir para Montecristo.

Julia se encontraba a la entrada del jardín, en donde ella contemplaba con la mayor atención a maese Penelón que, tomando su profesión de jardinero en serio, se dedicaba a arreglar unos rosales de Bengala.

—¡Ah! Señor conde de Montecristo —exclamó ella con una alegría que se manifestaba corrientemente en cada miembro de la familia cada vez que Montecristo hacía una visita a la calle Meslay.

—Maximilien acaba de entrar, ¿no es cierto, señora? —preguntó el conde.

—Creo que lo he visto pasar, sí —replicó la joven—, pero llame a Emmanuel, se lo ruego.

—Perdone, señora; pero es preciso que suba inmediatamente a ver a Maximilien —replicó Montecristo—. Debo decirle algo muy importante.

—Vaya, pues —dijo ella acompañándole con su encantadora sonrisa, hasta que desapareció en lo alto de la escalera.

Montecristo, en seguida, franqueó los dos pisos que separan la planta baja de los aposentos de Maximilien. Llegado al rellano, escuchó; no se oía ningún ruido.

Como en la mayoría de las antiguas casas habitadas por un único dueño, el rellano no estaba cerrado más que por una puerta acristalada. Sólo que esta puerta estaba sin llave. Maximilien se había encerrado por dentro y las cortinas de seda roja no dejaban ver lo que hacía.

La ansiedad del conde se traducía por un vivo sonrojo, síntoma de una emoción poco corriente en aquel hombre impasible.

—¿Qué hago? —murmuró.

Y se puso a reflexionar un instante.

—¿Llamar? —prosiguió murmurando—. ¡Oh, no! Con frecuencia el ruido de una campanilla, anunciando una visita, acelera la resolución de los que están en la situación en que debe encon-

trarse Maximilien en estos momentos, y entonces a ese ruido le sigue otro.

Montecristo se estremeció de pies a cabeza, y como en él las decisiones tenían la rapidez del rayo, dio un golpe con el codo en uno de los cristales de la puerta y lo hizo añicos; luego levantó la cortinilla y vio a Morrel que, delante de su escritorio, pluma en mano, acababa de saltar sobre su silla ante el estrépito de la rotura.

—No ha sido nada. Perdón, mi querido amigo. He resbalado y al caer he dado un codazo al cristal. Ya que está roto, aprovecharé para entrar; no se moleste, no se mueva.

Y pasando el brazo a través del vidrio roto, el conde abrió la puerta.

Morrel se puso en pie, evidentemente contrariado, y salió al encuentro de Montecristo, más para cerrarle el paso que para recibirle.

—La falta es de sus criados —dijo Montecristo frotándose el brazo—, sus suelos están tan lustrosos como espejos.

—¿Se ha herido, señor? —preguntó con frialdad Morrel.

—No sé. Pero, ¿qué hace usted? ¿Escribía?

—¿Yo?

—Tiene los dedos manchados de tinta.

—Es cierto —respondió Morrel—. Escribía; eso me sucede muchas veces a pesar de ser militar.

Montecristo dio algunos pasos por el aposento. Maximilien se vio forzado a dejarle pasar, pero le siguió.

—¿Escribía usted? —repitió Montecristo con una mirada fija.

—Ya he tenido el honor de decirle que sí —replicó Morrel. El conde echó un vistazo alrededor suyo.

—¡Dos pistolas al lado del escritorio! —dijo señalando con el dedo las armas.

—Parto de viaje —respondió Maximilien.

—¡Amigo mío! —dijo Montecristo con una voz de una dulzura indecible.

—¡Señor!

—Amigo mío, mi querido Maximilien, nada de resoluciones extremas, se lo ruego.

—Yo, resoluciones extremas —dijo Morrel encogiéndose de hombros—. ¿Y en qué, se lo ruego, considera anormal la resolución de emprender un viaje?

—Maximilien —dijo Montecristo—, pongamos a un lado la máscara que llevamos; usted no me engaña con esa fingida calma, como yo tampoco le engaño con mi frívola solicitud. Lo comprende bien, ¿no es cierto? Para hacer lo que he hecho, para romper uno de los cristales, violar el secreto de la habitación de un amigo, usted lo comprende, digo, que para hacer algo semejante, me hace falta tener una inquietud real, o más bien una convicción terrible. Morrel, usted quiere matarse.

—¡Bueno! —dijo el joven estremeciéndose—. ¿De dónde saca usted esas ideas, señor conde?

—Yo digo que usted quiere matarse —continuó el conde con el mismo tono de voz—, y aquí está la prueba.

Y, aproximándose al escritorio, levantó la hoja en blanco que ocultaba una carta empezada a escribir por el joven, y la cogió.

Morrel se abalanzó para arrebatarla de las manos.

Pero Montecristo, adivinando el movimiento, cogió a Maximilien de la muñeca y lo retuvo como una cadena de acero detiene un resorte en medio de su evolución.

—¡Lo ve cómo quería matarse, Morrel! —dijo Montecristo—. Está escrito.

—¿Y bien? —exclamó Morrel pasando sin transición de la apariencia de calma a la expresión de la violencia—. ¡Y bien! Aunque así fuese, aun cuando volviese contra mí el cañón de una pistola, ¿quién me lo impediría? ¿Quién tendría el valor de impedírmelo? Cuando le diga que todas mis esperanzas se han concluido, que mi corazón está destrozado, que la vida me es odiosa, y que no hay más que duelo y disgusto en torno mío; que la tierra se ha vuelto cenizas y toda voz humana me desgarrar. Cuando diga: es piadoso dejarme morir, porque si usted no me deja perderé la razón, me volveré loco. Vamos, diga, señor, cuando le diga esto, cuando vean que lo expreso con las angustias y lágrimas del corazón, me responderán: ¿Está equivocado? ¿Me impedirán el ser más desgraciado? Dígalo, señor, diga: ¿tendrá usted ese valor?

—Sí, Morrel —dijo Montecristo con voz en la que la calma contrastaba extrañamente con la exaltación del joven—. Sí, seré yo.

—¿Usted? —exclamó Morrel con una expresión creciente de cólera y desprecio—. Usted, que me ha alimentado de falsas esperanzas, que me ha mecido en vanas promesas, cuando yo hubiese podido por algún estallido, por alguna resolución extrema, salvarla

o al menos verla morir en mis brazos; usted, que afecta poseer todas las fuentes de la inteligencia, todo el poder de la materia; usted, que juega o más bien hace cara de interpretar el papel de la Providencia, y que no ha podido dar un contraveneno a la muchacha envenenada. ¡Ah, en verdad, señor, me causaría lástima si no me produjese horror!

—Morrel...

—Sí; usted me ha dicho que tirase la máscara; pues bien, quede satisfecho: me la quito. Sí, cuando usted me siguió al cementerio, aún le respondí, porque mi corazón es bueno; cuando usted entró, aún le dejé venir hasta aquí... Pero, ya que usted abusa, ya que viene a desafiarme hasta en este cuarto en donde me he retirado como en mi tumba; ya que me trae un nuevo tormento cuando creía haberlos apurado todos, conde de Montecristo, mi pretendido bienhechor; conde de Montecristo, mi salvador universal, quedará satisfecho; va a ver morir a su amigo...

Y Morrel, con la risa de la locura en sus labios, se abalanzó una segunda vez hacia las pistolas.

Montecristo, pálido como un espectro, pero con los ojos despidiendo relámpagos, alargó las manos sobre las armas y dijo al insensato:

—Y yo le repito que no se matará.

—¡Impídamelo, pues! —replicó Morrel con un nuevo impulso que, como el anterior, se anuló ante el brazo de acero del conde.

—¡Yo se lo impediré!

—Pero, en fin, ¿quién es usted para arrogarse ese tiránico derecho sobre las criaturas libres y razonadoras? —exclamó Maximilien.

—¿Quién soy? —añadió el conde—. Escuche, soy el único hombre en el mundo que tiene el derecho de decirle: Morrel, no quiero que el hijo de tu padre muera hoy.

Y Montecristo, majestuoso, transfigurado, sublime, se cruzó de brazos y avanzó hacia el joven que, palpitante y vencido a su pesar por la casi divinidad de aquel hombre, retrocedió un paso.

—¿Por qué habla usted de mi padre? —balbució—. ¿Por qué mezcla el recuerdo de mi padre a lo que me sucede hoy?

—Porque soy aquel que salvó la vida a tu padre, un día en que quiso matarse como tú quieres matarte hoy; porque soy el hombre que envió la bolsa a tu hermana y el *Faraón* al viejo Morrel; porque soy Edmond Dantés, que de niño te hizo jugar sobre sus rodillas.

Morrel aún dio un paso atrás, vacilante, sofocado y aplastado; luego le abandonaron todas sus fuerzas y con un gran grito cayó postergado a los pies de Montecristo.

De pronto, en aquella admirable naturaleza, hubo un movimiento de regeneración espontánea y completa; se levantó, saltó fuera de la estancia y se precipitó a la escalera gritando con toda su voz:

—¡Julia, Julia! ¡Emmanuel, Emmanuel!

Montecristo quiso abalanzarse a su vez, pero Maximilien se hubiese dejado matar antes de abandonar la puerta que sujetaba para no dejar salir al conde.

A los gritos de Maximilien subieron Julia, Emmanuel, Penelón y algunos criados que se asustaron.

Morrel les cogió de las manos y, volviendo a abrir la puerta, exclamó con voz ahogada por los sollozos:

—¡De rodillas! ¡De rodillas! Es el bienhechor, es el salvador de nuestro padre, es...

Iba a decir, es Edmond Dantés, pero el conde le detuvo cogiéndole del brazo.

Julia se abalanzó sobre la mano del conde; Emmanuel se la besó como a un Dios tutelar; Morrel cayó por segunda vez de rodillas y golpeó el suelo con su frente.

Entonces el hombre de bronce sintió dilatarse su corazón en su pecho; una abrasadora llama subió de su garganta a sus ojos, inclinó la cabeza y lloró.

En aquella estancia durante unos instantes todo fueron llantos y lágrimas sublimes que debieron parecer hermosas incluso a los ángeles más queridos del Señor.

Julia, apenas se había recobrado de la emoción tan profunda que acababa de experimentar, cuando salió fuera del cuarto, descendió un piso, corrió al salón con una alegría infantil, y levantó el globo de cristal que protegía la bolsa dada por el desconocido de las Avenidas de Meilhan.

Entretanto Emmanuel, con la voz entrecortada, dijo al conde:

—¡Oh! Señor conde, ¿cómo oyéndonos hablar tantas veces de nuestro bienhechor desconocido, cómo viéndonos acatar su memoria con tanto reconocimiento y adoración, cómo ha esperado hasta hoy para hacérselo saber? ¡Oh! Eso ha sido una crueldad para con nosotros, y hasta me atrevería a decirle que para con usted mismo.

—Escuche, amigo mío —dijo el conde—, y puedo llamarle así porque sin que usted lo dude es amigo mío desde hace once años; el descubrir este secreto se debe a un gran acontecimiento que usted debe ignorar. Usted es testigo de que pensaba guardar eso durante toda mi vida en el fondo de mi alma; su hermano Maximilien me lo ha arrancado por violencias de las cuales se arrepiente, estoy seguro.

Luego, viendo que Maximilien se había recostado contra un sillón permaneciendo aún de rodillas, añadió en voz baja, y presionando de manera significativa la mano de Emmanuel:

—Vele por él.

—¿Por qué? —preguntó el joven, maravillado.

—No puedo decírselo, pero vele por él.

Emmanuel abarcó la habitación con una mirada circular y descubrió las dos pistolas de Morrel.

Sus ojos se posaron espantados en las armas, que señaló a Montecristo con el dedo levantado a su altura.

Montecristo inclinó la cabeza.

Emmanuel dio un paso hacia las pistolas.

—Déjelo —indicó el conde.

Luego, yendo a Morrel, le tomó de la mano; los movimientos tumultuosos que agitaron el corazón del joven habían dejado paso a una estupefacción profunda.

Julia subió, traía en la mano la bolsa de seda y dos lágrimas brillantes y alegres rodaban sobre sus mejillas como dos gotas de rocío matinal.

—He aquí la reliquia —dijo—. No crea que me es menos querida desde que he conocido al salvador.

—Hija mía —repuso Montecristo ruborizándose—, permítame recoger esa bolsa; desde que conoce los rasgos de mi cara, quiero ser recordado en su memoria por el afecto que le suplico me conceda.

—¡Oh! —dijo Julia apretando la bolsa contra su pecho—. No, no, se lo ruego, porque un día puede abandonarnos; porque un día desventurado nos abandonará, ¿no es cierto?

—Usted lo ha adivinado, señora —respondió Montecristo sonriendo—. Dentro de ocho días habré dejado este país, en el que tantas personas que merecían la venganza del cielo vivían contentas y dichosas, mientras mi padre expiraba de hambre y de dolor.

Al anunciar su próxima partida, Montecristo tenía los ojos puestos en Morrel, y notó que las palabras *habré dejado este país*, pasaron sin arrancarle de su letargo; comprendió que hacía falta sostener una última lucha con el dolor de su amigo, y cogiendo de las manos a Julia y a Emmanuel, les dijo con la dulce autoridad de un padre:

—Mis buenos amigos, déjenme solo, se lo ruego, con Maximilien.

Era la ocasión para Julia de llevarse aquella preciosa reliquia de la que se había olvidado hablar Montecristo.

Arrastró con viveza a su marido.

—Dejémosles —dijo.

El conde se quedó con Morrel, que permanecía inmóvil como una estatua.

—Vamos —dijo el conde tocándole en el hombro con el dedo—. Vuelve en ti, hombre.

—Sí, porque empiezo a sufrir de nuevo.

La frente del conde se contrajo; parecía entregado a una profunda meditación.

—Maximilien, Maximilien —dijo—. Las ideas en que te sumerges son indignas de un cristiano.

—¡Oh! Tranquilícese usted, amigo mío —dijo Morrel levantando la cabeza y mostrando al conde una sonrisa llena de una inefable tristeza—, ya no seré yo quien busque la muerte.

—Así, pues —dijo Montecristo—, nada de armas ni de desesperación.

—No, porque tengo algo mejor para curarme de mi dolor que el cañón de una pistola o la punta de una espada.

—¡Pobre loco! ¿Qué tiene, entonces?

—Tengo mi dolor, que él mismo me matará.

—Amigo —dijo Montecristo con una melancolía igual a la suya—. Escúchame. Un día, en un momento de desesperación igual al tuyo, puesto que me conducía una resolución parecida, también quise matarme; un día, tu padre, igualmente desesperado, quiso matarse también. Si le hubiesen dicho a tu padre, en el momento en que dirigía el cañón de la pistola a su frente; si me hubiesen dicho a mí, en el momento en que yo apartaba de mi lecho el pan del prisionero, al que no había tocado en tres días, si a los dos nos hubieran dicho en aquel momento supremo: «¡Vivid! Un día llegará en que seáis dichosos y bendigáis la vida». Viniese de donde viniera esa voz, la hubiésemos acogido con la sonrisa de la duda o con la an-

gustia de la incredulidad, y, sin embargo, cuántas veces, abrazándote tu padre, bendijo la vida, y cuántas veces yo mismo...

—¡Ah! —exclamó Morrel interrumpiendo al conde—, usted no había perdido más que la libertad; mi padre no había perdido más que su fortuna; y yo he perdido a Valentina.

—¡Mírame, Morrel! —dijo Montecristo con esa solemnidad que, en ciertas ocasiones, le hacían tan grande y tan persuasivo—. Mírame, yo no tengo ni lágrimas en los ojos ni fiebre en las venas, ni latidos fúnebres en el corazón; sin embargo te veo sufrir a ti, Maximilien, a ti, a quien quiero como amaría a un hijo. Pues bien, ¿eso no te dice, Morrel, que la vida es como el dolor, y que siempre hay algo desconocido más allá? Ahora bien, si yo te lo ruego, si yo te ordeno vivir, Morrel, es porque tengo la convicción de que un día me agradecerás haberte conservado la vida.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—. ¡Dios mío! ¿Qué me dice usted ahora, conde? ¡Tenga cuidado! ¿Es que no ha amado usted nunca, conde?

—¡Muchacho! —respondió el conde.

—De amor —añadió Morrel—. Yo me entiendo. Yo soy soldado desde que fui hombre, y he llegado a los veintinueve años sin amar, porque ninguna de las pasiones que he sentido antes merecen tal nombre. Pues bien, a los veintinueve años vi a Valentina; desde hace cerca de dos años la amo, y durante ese tiempo he podido leer las virtudes de joven y de la mujer escritas por la mano del Señor en ese corazón abierto para mí como un libro. Conde, mi dicha con Valentina era infinita, inmensa, desconocida, demasiado grande, demasiado completa, demasiado divina para este mundo; puesto que este mundo no me la ha dado, conde, puedo decirle que sin Valentina no hay para mí en la tierra más que desesperación y tristeza.

—Ya le he dicho que espere, Morrel —repitió el conde.

—Tenga cuidado entonces, también insistiré yo —dijo Morrel—, porque usted trata de persuadirme, y si usted me convence, me hará perder la razón, porque me hará creer que puedo volver a ver a Valentina.

El conde sonrió.

—Amigo mío, padre mío —exclamó Morrel exaltado—, tenga cuidado, se lo diré por tercera vez, porque el ascendiente que tiene usted sobre mí me espanta; tenga cuidado con el sentido de sus palabras, porque vea que mis ojos se reaniman, mi corazón que rena-

ce a la esperanza; tenga cuidado, porque me haría creer en las cosas sobrenaturales. Obedeceré si me manda levantar la piedra del sepulcro que cubre la hija de Jairo; marcharé sobre las olas, como el apóstol, si me hace señas con la mano para que vaya sobre ellas; tenga cuidado, porque obedeceré.

—Espera, amigo mío —repitió el conde.

—¡Ah! —exclamó Morrel, pasando del extremo de la exaltación al abismo de la tristeza—. ¡Ah! Usted juega conmigo; hace lo que esas buenas madres que calman con palabras dulces a los chicos, porque sus gritos las molestan. No, amigo mío, me equivocaba al decirle que tuviese cuidado; no, no temo nada, enterraré mi dolor con tanto cuidado en lo más profundo de mi corazón, lo volveré tan oscuro, tan secreto, que ni aún usted me verá sentirlo. Adiós, amigo mío, adiós.

—Al contrario, Maximilien —dijo el conde—. A partir de este momento, tú vivirás conmigo, no me abandonarás un instante, y en ocho días habremos dejado tras de nosotros Francia.

—¿Y aún me dice usted que espere?

—Te digo que esperes, porque sé un medio para curarte.

—Conde, usted aún me entristece más. Usted no ve más que un dolor vulgar, y cree consolarme con un remedio simple, el viaje.

Y Morrel sacudió la cabeza con desdeñosa incredulidad.

—¿Qué quieres que te diga? —replicó Montecristo—. Tengo fe en mis promesas, déjame hacer la experiencia.

—Conde, usted prolonga mi agonía, nada más.

—Así, pues —dijo el conde—, tu débil corazón no tiene la fuerza de dar a tu amigo algunos días para la prueba que intenta, ¿no es eso? Veamos, ¿sabes de lo que es capaz el conde de Montecristo? ¿Sabes que manda a muchos poderosos de la tierra? ¿Sabes que tiene la suficiente fe en Dios para obtener milagros de Aquel que ha dicho que con la fe el hombre puede mover montañas? Pues bien, ese milagro que espero, espéralo también, o...

—O... —repitió Morrel.

—O bien, ten cuidado, Morrel, porque te llamaría ingrato.

—Tenga piedad de mí, conde.

—Tengo tal piedad de ti, Maximilien, escúchame, tanta piedad, que si no te curase en un mes, día a día, hora a hora, fíjate bien en mis palabras, Morrel, yo mismo te colocaría delante de esas pisto-

las cargadas y de una copa del veneno más seguro de Italia, de un veneno más seguro y más rápido que el que ha matado a Valentina.

—¿Me lo promete?

—Sí, porque soy hombre, porque yo también, como ya te he dicho, he querido morir; y porque muchas veces, desde que la desgracia se ha alejado de mí, he soñado con las delicias del sueño eterno.

—¡Oh! ¿Me promete usted eso, conde? —exclamó Maximilien embriagado.

—No te lo prometo, te lo juro —dijo Montecristo extendiendo la mano.

—¿Dentro de un mes, bajo su palabra, si no me he consolado, me deja en libertad de disponer de mi vida, y haga lo que haga, usted no me llamará ingrato?

—Dentro de un mes, día por día, Maximilien; dentro de un mes, hora por hora, y la fecha es sagrada, Maximilien; no sé si has pensado en ello, pero hoy estamos a cinco de setiembre. Tal día como hoy, hace diez años, salvé a tu padre, que también quería morir.

Morrel cogió las manos del conde y las besó; el conde le dejó hacer, como si comprendiese que esta adoración se le debiese.

—Dentro de un mes —continuó Montecristo—, tendrás sobre la mesa, delante de la cual estemos sentados ambos, buenas armas y una dulce muerte; pero, mientras tanto, ¿me prometes esperar hasta entonces y vivir?

—¡Oh! A mi vez —exclamó Morrel—, se lo juro.

Montecristo atrajo hacia sí al joven y lo abrazó largo rato.

—Y ahora —le dijo—, a partir de hoy, vas a venir a vivir a mi casa; cogerás los aposentos de Haydée, y mi hija por lo menos estará reemplazada por mi hijo.

—¡Haydée! —dijo Morrel—. ¿Qué ha sido de Haydée?

—Se ha ido esta noche.

—¿Para abandonarle?

—Para esperarme... Disparte a venir a mi casa de los Campos Elíseos, y ahora hazme salir de aquí sin que me vean.

Maximilien inclinó la cabeza y obedeció como un niño o como un apóstol.

El reparto

En la vivienda de la calle de Saint Germain des Prés que había escogido Alberto de Morcerf para él y su madre, todo el primer piso, compuesto por un pequeño apartamento amueblado, estaba alquilado a un personaje muy misterioso.

Este personaje era un hombre al que jamás el mismo conserje había podido ver la cara, bien al entrar o al salir; porque en invierno se envolvía la barbilla con una de esas bufandas rojas que suelen usar los cocheros de las casas bien cuando esperan a sus amos a las salidas de los espectáculos, y en verano se sonaba la nariz siempre precisamente en el momento en que pasaba por delante de la portería. Es preciso añadir que, contra las costumbres establecidas, aquel habitante no era espiado por nadie, y el rumor que corría de que su incógnito ocultaba a un personaje muy bien situado, y *con brazo largo*, había hecho respetar sus misteriosas apariciones.

Sus visitas eran ordinariamente fijas, aunque algunas veces se adelantaban o retrasaban; pero casi siempre, en invierno o verano, era sobre las cuatro cuando tomaba posesión de su aposento, en el cual nunca pasaba la noche.

A las tres y media, en invierno, se encendía la chimenea por la discreta criada que estaba al cuidado del apartamento; y a las tres y media, en verano, la misma sirvienta subía helados y refrescos.

A las cuatro, como ya hemos dicho, llegaba el misterioso personaje.

Veinte minutos después de él, se detenía un coche delante de la casa; una mujer vestida de negro o de azul oscuro, pero siempre envuelta en un gran velo, pasaba como una sombra por delante de la portería, y subía la escalera sin que se oyese rechinar un solo pedáneo bajo su pie ligero.

Jamás se dio el caso de que la preguntasen adónde iba.

Su rostro, como el del desconocido, era una perfecta incógnita para los dos guardianes de la puerta; aquellos conserjes modelos, los únicos, tal vez, en la inmensa cofradía de porteros de la capital capaces de tanta discreción.

Es inútil decir que ella jamás pasaba del primer piso. Llamaba a la puerta de una manera peculiar; la puerta se abría, luego se cerraba herméticamente y todo concluido.

Para abandonar la vivienda se tomaban las mismas precauciones que para entrar.

La desconocida salía la primera, siempre velada, y volvía a montar en su coche, que inmediatamente desaparecía por un extremo de la calle o por otro; luego, veinte minutos más tarde, salía a su vez, envuelto en su bufanda o escondido en su pañuelo, el desconocido, y desaparecía del mismo modo.

Al día siguiente del que el conde de Montecristo había estado a visitar a Danglars, día del entierro de Valentina, el habitante misterioso entró hacia las diez de la mañana, en vez de hacerlo como acostumbraba a las cuatro de la tarde.

Casi inmediatamente, y sin guardar el intervalo reglamentario, un coche de punto llegó, y la señora velada subió rápidamente la escalera.

La puerta se abrió y se cerró.

Pero antes de cerrarse la puerta, la dama había gritado:

—¡Oh, Lucien, amigo mío!

De este modo el portero que, sin quererlo, había oído la exclamación, supo por primera vez que su inquilino se llamaba Lucien; pero como era un portero modelo, se prometió no decirlo a su mujer.

—Y bien, ¿qué sucede, mi querida amiga? —preguntó aquel a quien la turbación o el apresuramiento de la dama velada había revelado el nombre—. Hable, diga.

—Amigo mío, ¿puedo contar con vos?

—Ciertamente, y ya lo sabe. Pero, ¿qué sucede? Su nota de esta mañana me ha dejado completamente perplejo. Esa precipitación, ese desorden en su escritura; veamos, tranquilíceme o espánteme en seguida.

—¡Lucien, un gran acontecimiento! —dijo la dama lanzando sobre Lucien una mirada interrogadora—. El señor Danglars se ha marchado esta noche.

—¡Danglars se ha ido! ¿Adónde se ha marchado?

—Lo ignoro.

—¿Cómo, lo ignora? Así, pues, se ha marchado para no volver.

—Sin duda. A las diez de la noche, sus caballos lo han conducido a la barrera de Charenton; allí ha encontrado una berlina de posta ya lista, y ha subido en ella con su ayuda de cámara, diciendo al cochero que iba a Fontainebleau.

—Y bien, ¿qué dice usted?

—Espere, amigo mío. Me había dejado una carta.

—¿Una carta?

—Sí, lea.

Y la baronesa sacó de su bolsillo una carta abierta que presentó a Debray.

Éste, antes de leerla, dudó un instante, como si tratase de adivinar lo que contenía, o más bien, como si algo de su contenido le decidiese a tomar una resolución de antemano.

He aquí lo que contenía aquella nota que había producido tan gran turbación en el corazón de la señora Danglars:

«Señora y muy fiel esposa:

Sin pensarlo, Debray se detuvo y miró a la baronesa, que se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Lea —dijo ella.

Debray continuó:

»Cuando reciba esta carta, ya no tendrá más marido. ¡Oh! No tome muy cálidamente esta alarma; no tendrá marido como no tiene hija, es decir, que estaré por una de las treinta o cuarenta carreteras que conducen fuera de Francia.

»Le debo estas explicaciones, y como usted es mujer, las comprenderá perfectamente; voy a dárselas.

»Escuche, pues:

»Esta mañana me ha venido un reembolso de cinco millones, que he pagado; otro por la misma cantidad le siguió casi inmediatamente, y lo he pospuesto para mañana; hoy parto para evitar ese mañana que me sería muy desagradable soportar.

»Comprende usted esto, ¿no es cierto, señora y cara esposa?

»Digo que lo comprende, porque usted conoce tan bien como yo mis negocios; usted los conoce incluso mejor que yo, dado que si tratara de decir adónde ha pasado una buena mitad de mi fortuna, en otros tiempos tan bella, sería incapaz de hacerlo; mientras que usted, por el contrario, estoy seguro de que lo sabe perfectamente.

»Porque las mujeres tienen unos instintos de seguridad infalible, y explican por un álgebra de su invención hasta lo maravilloso. Yo, que no conozco más que mis cifras, no sé ni el día en que mis cifras me engañaron.

»¿Ha admirado usted alguna vez la rapidez de mi caída, señora? ¿Se ha sentido un poco deslumbrada por esa incandescente fusión de mis lingotes? Yo, lo confieso, no he visto más que el fuego; esperemos que usted haya encontrado algo de oro en las cenizas.

»Me alejo, señora y muy prudente esposa, con esa consoladora esperanza, y sin tener el menor remordimiento de conciencia al abandonarla; le quedan los amigos, las cenizas en cuestión, y, para colmo de dichas, la libertad que me apresuro a devolverle.

»Sin embargo, señora, ha llegado el momento de colocar en este párrafo unas palabras de explicación íntima.

»Mientras he esperado que usted trabajase por el bienestar de nuestra casa y por la fortuna de nuestra hija, he cerrado los ojos filosóficamente; pero como ha hecho usted de la casa una vasta ruina, no quiero servir de cimiento a la fortuna de otro.

»La he tomado rica, pero poco honrada.

»Perdóneme por hablarle con esta franqueza; pero como yo no hablo más que para nosotros dos probablemente, no tengo por qué tragarme mis palabras.

»He aumentado nuestra fortuna, que durante quince años ha estado creciendo hasta el momento en que, catástrofes desconocidas e incomprensibles aún para mí, han venido a destruirla sin que yo pueda decir que tenga alguna culpa.

»La dejo, pues, como la tomé: rica, pero con poca honra.

»Adiós. Yo también me voy; a partir de hoy trabajaré por mi cuenta. Crea en todo mi reconocimiento por el ejemplo que me ha dado y que voy a seguir.

»Su marido muy devoto,

»*Barón Danglars*».

La baronesa había seguido con la vista a Debray durante esta larga y penosa lectura; había visto, a pesar del conocido dominio que tenía sobre sí, cómo el joven cambiaba de color una o dos veces.

Cuando hubo acabado, plegó lentamente el papel y adoptó su actitud pensativa.

—¿Y bien? —preguntó la señora Danglars con una ansiedad fácil de comprender.

—¿Y bien, señora? —repitió maquinalmente Debray.

—¿Qué ideas le inspiran esa carta?

—Es muy sencillo, señora; me da la idea de que el señor Danglars se ha marchado con sospechas.

—Sin duda; pero, ¿es eso todo lo que tiene que decirme?

—No comprendo —dijo Debray con una frialdad glacial.

—¡Se ha marchado! ¡Ya está hecho! ¡Marchó para no volver más!

—¡Oh! —exclamó Debray—. No crea eso, baronesa.

—No, se lo digo: no volverá más. Le conozco, es un hombre inquebrantable en todas sus resoluciones que redundan en su interés. Si me hubiese considerado útil para algo, me hubiese llevado. Me deja en París, luego nuestra separación puede servir a sus proyectos: es irrevocable, «soy libre para siempre» —añadió la señora Danglars con la misma expresión de súplica.

Pero Debray, en vez de responder, la dejó en aquella ansiosa interrogación de la mirada y el pensamiento.

—¡Qué! —dijo ella—. ¿Aún no me responde usted, señor?

—Pero yo no tengo más que una pregunta: ¿Qué piensa hacer usted?

—Iba a preguntárselo —respondió la baronesa con el corazón palpitante.

—¡Ah! —exclamó Debray—. ¿Es un consejo lo que usted quiere?

—Sí, es un consejo lo que le pido —dijo la baronesa con el corazón encogido.

—Entonces, si es un consejo lo que usted me pide —respondió fríamente el joven—, lo mejor es que viaje.

—¡Viajar! —murmuró la señora Danglars.

—Ciertamente. Como ha dicho el señor Danglars, usted es rica y perfectamente libre. Será absolutamente necesaria una ausencia de París, según creo, después del doble escándalo del des-

hecho matrimonio de la señorita Eugenia y de la desaparición del señor Danglars. Sólo importa que todo el mundo la crea abandonada y pobre; porque nunca se perdona a la mujer del banquero en bancarrota su opulencia y su buena vida. Para el primer caso, basta con que permanezca usted sola durante quince días en París, repitiendo a todo el mundo que la han abandonado y contándoselo a sus mejores amigas para que cuenten en todas partes cómo la abandonaron. Luego abandona su casa, deja sus alhajas, su dinero, sus muebles y cuanto hay en ella, y todos pregonaran su desinterés y contarán sus bondades. Entonces la sabrán abandonada y la creerán pobre; porque sólo yo conozco su posición financiera y estoy dispuesto a rendirle mis cuentas en leal sociedad.

La baronesa, pálida y aterrada, había escuchado este discurso con tanto espanto como desesperación como Debray había puesto calma e indiferencia en pronunciarlo.

—¡Abandonada! —repitió ella—. ¡Oh! Bien abandonada. Sí, usted tiene razón, señor, y nadie dudará de mi soledad.

Estas fueron las únicas palabras que aquella mujer, tan orgullosa y tan violentamente enamorada, pudo responder a Debray.

—Pero rica, pero muy rica —añadió Debray sacando su cartera y colocando sobre la mesa algunos papeles que contenía.

La señora Danglars le dejó hacer, ocupada como estaba en contener los latidos de su corazón y retener las lágrimas que pugnaban por asomarse a sus ojos. Pero al fin el sentimiento de la dignidad venció en la baronesa, y si no pudo contener su corazón, al menos logró no derramar ni una lágrima.

—Señora —dijo Debray—, hace seis meses aproximadamente que nos asociamos. Usted puso un capital de cien mil francos. Fue en el mes de abril de este año cuando tuvo lugar nuestra asociación. En mayo empezaron nuestras operaciones; y en ese mes ganamos cuatrocientos cincuenta mil francos. En junio el beneficio ascendió a novecientos mil. En julio, añadimos un millón setecientos mil francos; fue, ya lo sabe usted, con los bonos de España. En agosto perdimos al principio de mes trescientos mil francos; pero el 15 los recuperamos y a finales habíamos tomado nuestra revancha; porque nuestras cuentas, puestas al día desde el momento de nuestra asociación hasta ayer, en que las detuve, nos dan un activo de dos millones cuatrocientos mil francos, es

decir, un millón doscientos mil francos para cada uno de nosotros. Ahora —continuó Debray comprobando su libreta con el método y la tranquilidad de un agente de cambio— nos encontramos con ochenta mil francos por los intereses compuestos de esta suma.

—Pero —interrumpió la baronesa—, ¿qué quieren decir esos intereses, ya que usted nunca me ha hecho valer ese dinero?

—Le pido perdón, señora —dijo fríamente Debray—, tenía sus poderes para ello y he hecho uso de ellos. Así, pues, tenemos cuarenta mil francos de intereses para su mitad, más los cien mil francos de la primera remesa de fondos, es decir, un millón trescientos cuarenta mil francos por su parte. Ahora bien, señora —continuó Debray—, he tenido la precaución de movilizar su dinero anteayer; no hace mucho, como usted ve, y se hubiese dicho que estaba destinado a rendirle cuentas. Su dinero está aquí, la mitad en billetes de Banco y la mitad en bonos al portador. Digo esto y es cierto; porque no juzgando mi casa lo bastante segura, como no encontraba notarios lo bastante discretos, ni propiedades que hablasen menos alto que los notarios; como, en fin, usted no tiene el derecho de comprar ni poseer nada fuera de su comunidad conyugal, guardé toda esta cantidad, hoy su única fortuna, en un cofre encerrado en el fondo de este armario y, para mayor seguridad, he hecho de albañil yo mismo.

»Ahora —prosiguió Debray abriendo el armario primeramente y luego la caja—, ahora, señora, aquí están ochocientos billetes de mil francos, que se parecen, como usted ve, a un gran álbum encuadernado en hierro; le uno un cupón de renta de veinticinco mil francos; luego, por los intereses, que hacen algo, un bono a la vista de ciento diez mil francos contra mi banquero, y como éste no es el señor Danglars, el bono será pagado y podrá estar tranquila.

La señora Danglars cogió maquinalmente el bono a la vista, el cupón de renta y el fajo de billetes de Banco.

Esta fortuna parecía bien poca cosa puesta sobre la mesa.

La señora Danglars, los ojos secos, pero con el pecho oprimido de sollozos, encerró en su bolso los billetes de Banco, puso en su cartera el cupón y el bono a la vista, y en pie, pálida y muda, esperó una dulce palabra que la consolase de ser rica.

Pero esperó en vano.

—Ahora, señora —dijo Debray—, tiene usted una existencia magnífica, algo así como unas sesenta mil libras de renta, lo que es una cantidad enorme para una mujer que no podrá tener casa, por lo menos de aquí a un año. Es un privilegio para satisfacer todos los caprichos, sin contar con que si encuentra su parte insuficiente, a la vista del pasado que se le escapa, puede tomar de la mía, señora, y estoy dispuesto a ofrecérsela, ¡oh!, a título de préstamo, claro está.

—Gracias, señor —respondió la baronesa—, gracias. Ya comprenderá usted que me entrega aquí mucho más de lo que necesita una pobre mujer que no cuenta, de aquí a mucho tiempo, por lo menos, en reaparecer en el mundo.

Debray quedó asombrado de pronto, pero en seguida se rehizo, e hizo un gesto que podría traducirse por la fórmula más cortés que expresa esta idea: «Como usted guste».

La señora Danglars había esperado hasta entonces alguna cosa; pero cuando vio el gesto que acababa de hacer Debray y la mirada de reojo con que lo acompañó, al igual que la profunda reverencia y el silencio significativo que les siguieron, irguió la cabeza, abrió la puerta, y sin furor, sin sacudidas, pero también sin vacilación, salió a la escalera, desdeñando dirigir un último saludo a quien la dejaba partir de aquella manera.

—¡Bah! —dijo Debray cuando hubo marchado—. Proyectos y nada más. Se quedará en su casa, leerá novelas y jugará al sacanete al no poder hacerlo a la Bolsa.

Y recogió su libreta, señalando con sumo cuidado las cantidades que acababa de pagar.

—Me queda un millón sesenta mil francos —dijo—. ¡Qué mala suerte que haya muerto la señorita de Villefort! Esa mujer me convenía en todos los aspectos, y me hubiera casado con ella.

Y flemáticamente, según su costumbre, esperó a que la señora Danglars llevase veinte minutos de delantera para salir a su vez.

Durante esos veinte minutos Debray hizo números con el reloj junto a él.

Asmodeo, este personaje diabólico que cualquier imaginación aventurera hubiese creado mejor o peor si Le Sage no hubiese adquirido la prioridad con su obra maestra; Asmodeo, quien levantaba el tejado de las casas para ver el interior, hubiese gozado de un espectáculo singular si hubiera levantado, en el momento en que

Debray hacía sus cuentas, el tejado de la casita de la calle Saint Germain des Prés.

Encima de aquella habitación en que Debray acababa de repartir con la señora Danglars dos millones y medio, había otra estancia poblada por personajes conocidos, que han jugado un papel bastante importante en los acontecimientos que acabamos de contar.

En esa estancia estaban Mercedes y Alberto.

Mercedes había cambiado mucho en pocos días, no porque en los tiempos de su gran esplendor hubiese ostentado el fasto orgulloso que separa todas las condiciones, y hace que no se reconozca la misma mujer cuando aparece con vestidos más sencillos; no porque hubiese llegado a aquel estado de depresión en que debe vestirse la librea de la miseria; no, Mercedes había cambiado porque su mirada no brillaba más, porque sus labios ya no sonreían, y porque, en fin, un continuo embarazo retenía en sus labios aquellas palabras rápidas que lanzaban en otros tiempos una mente siempre preparada.

No era la pobreza la que había marchitado el espíritu de Mercedes, ni era la falta de coraje la que hacía pesada esta pobreza.

Mercedes, habiendo descendido de la altura en que vivía, perdida en la nueva esfera que había escogido, como esas personas que salen de un salón espléndidamente iluminado para pasar a otro en tinieblas; Mercedes parecía una reina salida de su palacio para entrar en una cabaña, y que, reducida a lo estrictamente necesario, no se reconocía ni en la vajilla de arcilla que ella misma colocaba en la mesa, ni en el catre que sustituía a su cama.

En efecto, la bella catalana, o la noble condesa, ya no tenía ni su mirada altiva ni su sonrisa encantadora, porque deteniendo sus ojos en cuanto la rodeaba sólo veía objetos de tristeza: un cuarto tapizado con papel gris sobre gris, de los que los propietarios ahorrativos buscan como más duraderos; suelos sin alfombras, muebles que llamaban la atención con la pobreza de su falso lujo; cosas todas que con sus tonos chillones rompían la armonía tan necesaria a los ojos acostumbrados al conjunto elegante.

La señora de Morcerf vivía allí desde que había abandonado su mansión; la cabeza le daba vueltas ante aquel silencio eterno como le marea al viajero el abismo al borde del cual ha llegado; y percibiendo que a cada momento Alberto la miraba de reojo para juzgar el estado de su ánimo, por lo que se esforzaba en sonreír con los labios, ya que le faltaba el dulce fuego de la sonrisa de los ojos, que

produce el efecto de una sencilla reverberación de luz, es decir, de una claridad sin calor.

Por su parte, Alberto estaba preocupado, a disgusto, molesto por un resto de lujo que le impedía mostrarse en su condición actual: quería salir sin guantes y encontraba sus manos demasiado blancas; deseaba recorrer la ciudad a pie, y notaba sus botas demasiado relucientes.

Sin embargo, estas dos criaturas tan nobles y tan inteligentes, reunidas indisolublemente con los lazos del amor maternal y filial, habían llegado a comprenderse sin hablar y a economizar todas las preparaciones que se usan entre amigos para establecer esa verdad material de la que depende la vida.

Alberto, en fin, había logrado decir a su madre sin hacerla palidecer:

—Madre mía, ya no tenemos más dinero.

Mercedes jamás había conocido la miseria tan crudamente; muchas veces en su juventud había hablado ella misma de pobreza, pero no es lo mismo necesidad que pobreza; ambos son sinónimos entre los que media un gran abismo.

En los Catalanes, Mercedes tenía necesidad de muchísimas cosas, pero ella nunca carecía de otras. Mientras las redes eran buenas, se cogía pescado; mientras se vendía el pescado, había hilo para remendar las redes.

Y después, aislada de amistad, no teniendo más que un amor que no contaba para los detalles materiales de la situación, sólo pensaba en sí y nada más que en ella.

Mercedes, con lo poco que poseía, hacía su parte tan generosamente como era posible; hoy eran dos partes las que debía hacer, y esto con nada.

El invierno se aproximaba. Mercedes, en aquella habitación desnuda y ya fría, no tenía fuego, cuando un calorífero, del que salían muchos ramales, calentaba otras veces su casa desde la antecámara hasta el tocador; no tenía ni una flor, cuando antes disponía de un invernadero lleno de ellas a precio de oro.

Pero tenía a su hijo...

La exaltación de un deber, tal vez exagerado, les había sostenido hasta entonces en las esferas superiores.

✿ La exaltación es casi el entusiasmo, y el entusiasmo hace insensibles a las cosas de la tierra.

Pero se había calmado el entusiasmo, y era preciso descender poco a poco del país de los sueños al mundo de las realidades.

Había que hablar positivamente después de haber apurado el ideal.

—Madre mía —decía Alberto en el momento en que la señora Danglars descendía la escalera—, contemos nuestras riquezas, por favor; tengo necesidad de conocer el total para madurar mis planes.

—Total, nada —dijo Mercedes con una dolorosa sonrisa.

—Sí, madre mía; total, tres mil francos en principio, y tengo la pretensión de que con esos tres mil francos ambos llevemos una vida adorable.

—¡Hijo! —suspiró Mercedes.

—¡Ay! Mi buena madre —dijo el joven—. Desgraciadamente, he gastado mucho dinero y ahora conozco su valor. Es enorme, sabe usted, tres mil francos, y he construido sobre esa suma un futuro milagroso de eterna seguridad.

—Dices eso, amigo mío —continuó la pobre madre—, para que en principio aceptemos esos tres mil francos.

—Pero ya quedó convenido, eso me parece —dijo Alberto en tono firme—. Los aceptamos, cuanto que no los tenemos, porque están, como ya sabe, enterrados en el jardín de esa casita de las Avenidas de Meilhan, en Marsella. Con doscientos francos, iremos los dos a Marsella.

—¡Con doscientos francos! —dijo Mercedes—. Pero, ¿lo has pensado, Alberto?

—¡Oh! En cuanto a ese punto, me he informado perfectamente en las diligencias y en los barcos de vapor, y ya están hechos mis cálculos. Retiene usted su plaza para Chalon en el cupé; ve usted, madre, como la trato a cuerpo de reina: treinta y cinco francos.

Alberto cogió una pluma y escribió:

Cupé, treinta y cinco francos	35	francos
De Chalon a Lyon, el barco de vapor	6	»
De Lyon a Avignon, el barco de vapor	16	»
De Avignon a Marsella, siete francos	7	»
Gastos en camino, cincuenta francos	50	»
Total	114	francos

—Pongamos ciento veinte —añadió Alberto, sonriendo—. Ya ve que soy generoso, ¿no es cierto, madre mía?

—Pero, ¿y tú, hijo mío?

—¡Yo! ¿No ha visto que me reservo ochenta francos? Un joven, madre mía, no tiene necesidad de todos esos cuidados; además, ya sé lo que es viajar.

—Con tu silla de postas y tu ayuda de cámara.

—De todas maneras, madre mía.

—Bien, sea —dijo Mercedes—. Pero, ¿y esos doscientos francos?

—Esos doscientos francos están aquí, y otros doscientos más. Tenga, he vendido mi reloj en cien francos y los dijes en trescientos. ¡Qué contento estoy! Los dijes valían tres veces más que mi reloj. Siempre la famosa historia de lo superfluo. Así, pues, ya somos ricos, y así, en vez de los ciento catorce francos para su viaje, dispondrá de doscientos cincuenta.

—Pero debemos alguna cosa en esta casa.

—Treinta francos, pero ya los he pagado sobre mis ciento cincuenta. Esto ya está convenido, y puesto que no necesito más que ochenta francos para hacer el camino, ya ve que nado en el lujo. Pero esto no es todo. ¿Qué dice usted de esto, madre mía?

Y Alberto sacó una cartera pequeña con cierre de oro, resto de su antigua opulencia o tal vez tierno regalo de alguna de aquellas mujeres misteriosas y veladas que llamaban a la puertecita; Alberto sacó de la carterita un billete de mil francos.

—¿Qué es eso? —preguntó Mercedes.

—Mil francos, madre mía. ¡Oh! Es perfectamente bueno.

—Pero, ¿de dónde te vienen esos mil francos?

—Escuche esto, madre mía, y no se emocione demasiado.

Y Alberto se puso en pie para ir a besar a su madre en las dos mejillas, luego se detuvo a mirarla.

—No se puede imaginar, madre mía, lo bella que la encuentro —dijo el joven con un profundo sentimiento de amor filial—. En verdad es la más hermosa, como es la más noble de las mujeres que he conocido.

—¡Hijo querido! —dijo Mercedes tratando de retener en vano una lágrima que trataba de asomar a sus párpados.

✻ —En verdad, ya no le faltaba más que ser desgraciada para cambiar mi amor en adoración.

—Yo no soy desgraciada mientras tenga a mi hijo —dijo Mercedes—. No seré desgraciada mientras lo tenga.

—¡Ah! ¡Justamente! —dijo Alberto—. Pero he aquí donde empieza la prueba, madre mía. Ya sabe que es cosa convenida.

—¿Hemos convenido algo? —preguntó Mercedes.

—Sí, queda aceptado que usted habitará en Marsella y que yo partiré para África, en donde, en lugar del nombre que he abandonado, me haré uno.

Mercedes lanzó un suspiro.

—Pues bien, madre mía, desde ayer estoy enrolado en los *spahis* —añadió el joven bajando los ojos con cierta vergüenza, porque ignoraba cuán sublime era aquel humillarse—, o más bien he creído que mi cuerpo era mío y podía venderlo; desde ayer reemplazo a uno. Me vendí, como se dice —añadió tratando de sonreír—, más caro de lo que creía valer, es decir, por dos mil francos.

—Así, pues, esos mil francos... —dijo estremeciéndose Mercedes.

—Es la mitad de la suma, madre mía; la otra llegará dentro de un año.

Mercedes levantó los ojos al cielo con una expresión que nada sería capaz de pintar, y las dos lágrimas detenidas en sus párpados, desbordaron la emoción y rodaron silenciosamente a lo largo de sus mejillas.

—¡El precio de la sangre! —murmuró ella.

—Sí, si me matan —dijo riendo Morcerf—, pero le aseguro, madre mía, que tengo la intención de defenderla cruelmente; jamás he sentido tantos deseos de vivir como ahora.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó Mercedes.

—Además, ¿cómo quiere que me maten, madre mía? ¿Acaso Lamoriciér, ese Ney del Mediodía, fue muerto? ¿Acaso lo fue Changarnier? ¿Mataron a Bedeau? ¿O ha muerto Morrel, a quien nosotros conocemos? Piense, pues, en su alegría, madre mía, cuando me vea regresar con mi uniforme bordado. Le declaro que pienso estar soberbio bajo él, pues he escogido ese regimiento por coquetería.

Mercedes suspiró tratando de sonreír; comprendía aquella santa madre que no estaba bien dejar a su hijo cargando con todo el peso del sacrificio.

—Pues bien —añadió Alberto—, me comprende, madre mía. Ahora ya tiene cuatro mil francos asegurados para usted; con esos cuatro mil francos vivirá sus buenos dos años.

—¿Crees tú? —dijo Mercedes.

Estas palabras se escaparon de la condesa con un dolor tan verdadero que su sentido no escapó a Alberto; sintió oprimírsele el corazón y, tomando de la mano a su madre, la apretó tiernamente entre las suyas.

—Sí, vivirá —dijo.

—¡Viviré! —exclamó Mercedes—. Pero tú no partirás, ¿no es cierto, hijo mío?

—Madre mía, partiré —dijo Alberto con voz tranquila y firme—. Usted me quiere demasiado para dejarme junto a usted ocioso e inútil; además, he firmado.

—Tú harás según tu voluntad, hijo mío; yo haré según la de Dios.

—No según mi voluntad, madre, sino según la razón y la necesidad. Somos dos criaturas desesperadas, ¿no es cierto? ¿Qué es hoy la vida para usted? Nada. ¿Qué es para mí? Bien poca cosa sin usted, madre mía, créalo; porque sin usted esta vida, se lo juro, hubiese cesado el día que dudé de mi padre y renegué de mi nombre. En fin, vivo si usted me promete esperar aún; si me deja el cuidado de su dicha futura, duplica mi fuerza. Entonces, allá iré a ver al gobernador de Argelia, cuyo corazón es leal y enteramente de soldado; le contaré mi lúgubre historia, y le rogaré que vuelva de vez en cuando sus ojos hacia mi lado; y si me cumple su palabra y observa mis acciones, antes de seis meses seré oficial o habré muerto. Si soy oficial, ya tendrá asegurada su suerte, madre mía, porque tendré dinero para ambos; además un nuevo nombre que llevaremos con orgullo, porque será el suyo. Si muero... Bien, si muero, entonces, mi querida madre, puede morir, si le place, y nuestras desgracias tendrán un término a base de su propio exceso.

—Está bien —respondió Mercedes con su noble y elocuente mirada—; tienes razón, hijo mío; probemos a ciertas personas que nos miran y esperan nuestros actos para juzgarlos, probémosles que no somos menos dignos de compasión.

—Pero nada de ideas fúnebres, madre mía —exclamó el joven—. Le juro que somos, o al menos podemos ser muy felices. Usted es a la vez una mujer llena de talento y resignación; yo he simplificado mis gustos y pasiones, lo espero. Una vez en el servicio, ~~seré~~ seré rico; una vez en la casa del señor Dantés, usted estará tranquila. Intentémoslo, se lo ruego, madre mía, probémoslo.

—Sí, intentémoslo, hijo mío, porque debes vivir y porque debes ser feliz —respondió Mercedes.

—Así, pues, madre mía, ya está hecho nuestro reparto —añadió el joven adoptando una gran confianza—. Podemos partir hoy mismo. Vamos, retengo, como he dicho, su asiento.

—Pero, ¿y el tuyo, hijo mío?

—Yo aún debo permanecer dos o tres días, madre mía; es un principio de separación y debemos acostumbrarnos. Necesito algunas recomendaciones y algunos informes acerca de África; nos reuniremos en Marsella.

—Bien, sea, partamos —dijo Mercedes envolviéndose en el único chal que se había llevado y que por casualidad era un cachemira negro de gran precio—. Partamos.

Alberto recogió sus papeles rápidamente, llamó para pagar los treinta francos que debía al dueño de la casa y, ofreciendo su brazo a su madre, descendió la escalera.

Alguien bajaba ante ellos; este alguien, al oír el roce de una falda de seda, volvió la cabeza.

—¡Debray! —murmuró Alberto.

—¿Usted, Morcerf? —respondió el secretario del ministro deteniéndose en el escalón en que se encontraba.

La curiosidad pudo más en Debray que el deseo de guardar el incógnito; por otra parte, ya había sido reconocido.

Resultaba curioso, en efecto, encontrar en aquella casa ignorada al joven cuya desgraciada aventura había producido tanto escándalo en París.

—¡Morcerf! —repitió Debray.

Luego, percibiendo en la semioscuridad el talle aún joven y el velo negro de la señora de Morcerf, añadió con una sonrisa:

—¡Oh! Perdón, le dejo, Alberto.

Alberto comprendió el pensamiento de Debray.

—Madre mía —dijo volviéndose a Mercedes—, es el señor Debray, secretario del ministro del Interior y antiguo amigo mío.

—¡Cómo antiguo! —balbució Debray—. ¿Qué pretende decir?

—Digo eso, señor Debray —prosiguió Alberto—, porque hoy no tengo amigos, y no debo tenerlos. Le agradezco mucho que haya tenido a bien reconocerme, señor.

Debray ascendió dos escalones y acudió a dar un enérgico apretón de manos a su interlocutor.

—Créame, mi querido Alberto —dijo con toda la emoción de que era capaz—, créame que he tomado parte profunda en la desgracia que le afecta, y que, para cualquier cosa, me pongo a su entera disposición.

—Gracias, señor —dijo sonriendo Alberto—, pero en medio de esa desgracia, aún somos bastante ricos para no tener necesidad de recurrir a nadie; abandonamos París y, pagado nuestro viaje, aún nos quedan cinco mil francos.

El rubor apareció en el rostro de Debray, que tenía un millón en su cartera, y, por poco poético que fuese su espíritu exacto, no pudo evitar la idea de que la misma casa contuvo unos momentos antes a dos mujeres, una, justamente deshonrada, se marchó pobre con su millón y medio bajo los pliegues de su abrigo, y la otra, injustamente herida, pero sublime en su desdicha, se encontraba rica con poco dinero.

Este paralelismo echó por tierra sus combinaciones de cortesía; la filosofía del ejemplo le aplastó, balbució algunas palabras de urbanidad general y descendió rápidamente.

Ese día los dependientes del ministerio, sus subordinados, tuvieron que soportar su mal humor.

Pero por la tarde se convirtió en comprador de una gran casa situada en el bulevar de la Madeleine, que le reportaría cincuenta mil libras de renta.

Al día siguiente, a la hora en que Debray debía firmar el acta, es decir, a las cinco de la tarde, la señora de Morcerf, tras haber abrazado cariñosamente a su hijo, subió en el cupé de la diligencia.

Un hombre estaba oculto en el patio de las mensajerías Laffitte, detrás de una de esas ventanas abovedadas del entresuelo que coronan cada despacho; vio a Mercedes subiendo al carruaje, vio partir la diligencia, y vio alejarse a Alberto.

Entonces se pasó la mano por su frente cargada de dudas y dijo:

—¡Ay! ¿Cómo haré para devolver a esos dos inocentes la dicha que les he quitado? Dios me ayudará.



El lago de los leones

Uno de los departamentos de la Force, aquel que encierra a los detenidos más comprometidos y los más peligrosos, se llama el patio de San Bernardo.

Los prisioneros, en su lenguaje bronco, lo han apodado el lago de los leones, probablemente porque los cautivos tienen dientes que a menudo muerden los barrotes y hasta a los guardianes.

Es una prisión dentro de otra; los muros son de doble espesor que los demás de la cárcel. Todos los días un carcelero examina con cuidado las rejas macizas, y es fácil reconocer por su hercúlea estatura y sus miradas frías e investigadoras, que han sido escogidos para reinar sobre su pueblo por el terror y la actividad de la inteligencia.

El patio de aquel recinto está encuadrado por unos muros enormes sobre los cuales se desliza oblicuamente el sol cuando éste se decide a penetrar en aquel abismo de fealdades morales y físicas. Allí es donde, desde la hora de levantarse, vagan pensativos, espantados y palideciendo como sombras los hombres que la justicia tiene sometidos bajo su afilada cuchilla.

Se les ve arrimarse, pegarse a lo largo del muro que absorbe y retiene más calor. Permanecen allí hablando de dos en dos, o más frecuentemente aislados, la mirada constantemente fija en la puerta que se abre para llamar a alguno de aquella lúgubre morada, o para arrojar en el hoyo otra nueva escoria rechazada del seno de la sociedad.

El patio de San Bernardo tiene su locutorio particular; es un alargado cuadrilátero dividido en dos partes por dos rejas colocadas paralelamente a tres pies una de otra, de manera que el visitante no pueda estrechar la mano del prisionero ni pasarle alguna cosa. Este locutorio es sombrío, húmedo y completamente horrible, sobre

todo cuando se piensa en las espantosas confidencias que se deslizan a través de aquellas enmohecidas rejas.

Sin embargo, este lugar, por espantoso que sea, es el paraíso a donde acuden a gozar de una compañía esperada, y saboreada, aquellos hombres que tienen los días contados; pues rara vez se sale del lago de los leones a no ser para ir a la barrera de Saint Jacques, al presidio o a la jaula celular.

En este patio que acabamos de describir, y que rezumaba un frío húmedo, se paseaba con las manos en los bolsillos de su traje un joven considerado con mucha curiosidad por todos los habitantes del lago.

Hubiese pasado por un hombre elegante, gracias al corte de sus ropas, si tales ropas no hubiesen estado hechas jirones; no obstante, estaban poco usadas: la tela, fina y sedosa en los lugares intactos, recobraba su brillo al pasarle la mano el prisionero, que trataba de hacer una levita nueva.

Ponía el mismo cuidado en cerrar su camisa de batista considerablemente descolorida desde su entrada en la cárcel, y sobre sus botas barnizadas pasaba el extremo de un pañuelo bordado con iniciales bajo una corona heráldica.

Algunos pensionistas del lago de los leones consideraron con marcado interés los manejos embellecedores del prisionero.

—Fíjate, ahí está el príncipe poniéndose guapo —dijo uno de los ladrones.

—Es muy guapo de por sí —dijo otro—, y si solamente tuviese un peine y pomada eclipsaría a todos los señores de guante blanco.

—Su frac debió ser muy nuevo, y sus botas relucen bonitamente. Es halagador para nosotros que haya compañeros de tan buen tono; y esos bribones de gendarmes son bien ruines. ¡Los envidiosos! ¡Destrozar un traje tan hermoso como ése!

—Parece que es un famoso —dijo otro—. Ha hecho de todo... y en gran clase... Viene de allá, ¡tan joven! ¡Oh! Es soberbio.

Y el objeto de esta admiración vergonzosa parecía saborear los elogios o el valor de éstos, porque no oía las palabras.

Concluido su acicalamiento, se aproximó al ventanucho enrejado sobre el cual se apoyaba un guardián.

—Veamos, señor —le dijo—, présteme veinte francos, enseguida se los devolveré; conmigo no corre ningún riesgo. Piense que tengo padres con más millones que usted dinero. Vamos, veinte fran-

cos, se lo ruego, a fin de comprarme algunas ropas. Sufro horriblemente al estar siempre con frac y botas. ¡Qué frac, señor, para un príncipe Cavalcanti!

El guardián le dio la espalda y se encogió de hombros. No se rió de aquellas palabras que hubiesen hecho gracia a cualquiera; porque era un hombre que había oído muchas semejantes o siempre la misma cosa.

—Vaya —dijo Andrea—, es usted un hombre sin entrañas, y voy a hacer que pierda su puesto.

Estas palabras hicieron volver al guardián, que esta vez dejó escapar una sonora carcajada.

Entonces los prisioneros se aproximaron y formaron círculo.

—Le digo que con esa miserable suma —continuó Andrea—, podría procurarme un traje y una habitación, a fin de recibir de una manera más decente al ilustre visitante que espero de un día a otro.

—¡Tiene razón! ¡Tiene razón! —dijeron los prisioneros—. Par-diez, se ve que es un hombre de importancia.

—Pues bien, prestadle vosotros los veinte francos —dijo el guardián apoyándose sobre su otro colosal hombro—. ¿Acaso no debéis eso a un camarada?

—Yo no soy el camarada de estas gentes —dijo altivamente el joven—. No me insulte, no tiene derecho a eso.

Los ladrones se miraron con un murmullo sordo, y una tempestad, levantada por la provocación del guardián más que por las palabras de Andrea, empezó a formarse contra el preso aristócrata.

El guardián, seguro de poder hacer el *quos ego* cuando las olas fuesen más tumultuosas, las dejó crecer poco a poco para escarmentar al solicitante inoportuno y divertirse un rato durante la larga guardia de jornada.

Los ladrones ya se acercaban a Andrea; unos decían:

—¡La chancleta, la chancleta!

Cruel operación que consiste en apalea, no con una chancleta, sino con un zapato herrado, a un compañero caído en desgracia de aquellos señores.

Otros proponían la anguila; otra clase de diversión que consistía en llenar de arena, de piedras y de monedas grandes, cuando se tienen, un pañuelo retorcido, que los verdugos descargan como un mazo sobre las espaldas y cabeza del paciente.

—¡Azotemos al guapo señor! —dijeron algunos—. ¡Al honrado hombre!

Pero Andrea, volviéndose hacia ellos, guiñó el ojo, hinchó la mejilla con la lengua y emitió un sonido con los labios que equivale a mil signos de entendimiento entre los bandidos condenados a callarse.

Éste era un signo masónico que le había enseñado Caderousse. Ellos reconocieron a uno de los suyos.

Inmediatamente cayeron los pañuelos; el zapato herrado volvió al pie del principal verdugo, y se oyeron algunas voces que proclamaron que el señor tenía razón, que el señor podía ser honrado a su gusto, y que los prisioneros querían dar el ejemplo de la libertad de conciencia.

La tempestad se serenó. El guardián se quedó tan estupefacto que cogió a Andrea por las manos y se puso a registrarlo, atribuyendo a algunas manifestaciones más significativas que la fascinación aquel súbito cambio de los habitantes del lago de los leones.

Andrea se dejó hacer, no sin protestar.

De pronto una voz resonó en la ventanilla.

—¡Benedetto! —gritó un inspector.

El guardián dejó su presa.

—¿Me llaman? —dijo Andrea.

—¡Al locutorio! —dijo la voz.

—Ve usted, ya vienen a verme. ¡Ah! Mi querido señor, va usted a ver si se puede tratar a un Cavalcanti como a un hombre cualquiera.

Y Andrea, deslizándose por el patio como una sombra negra, se precipitó por la ventanilla entreabierta, dejando admirados a sus compañeros y hasta al mismo guardián.

Le llamaban, efectivamente, al locutorio, y no hay que maravillarse menos que Andrea; porque el tuno, desde su entrada en la Force, en vez de usar, como todos los detenidos, del beneficio de escribir para hacerse reclamar, había guardado el más estoico silencio.

«Soy —se decía— el protegido de algún poderoso; todo me lo demuestra: esta fortuna repentina, esta facilidad con la cual he allanado todos los obstáculos, una familia improvisada, un nombre ilustre, el oro lloviendo en mi casa, las alianzas más preciosas prometidas a mi ambición. Un desgraciado olvido de mi suerte, una ausencia de mi protector me ha perdido, sí, pero no absolutamente, no para siempre. La mano se ha retirado por un instante, debe tenderse ha-

cia mí y recogerme de nuevo en el momento en que me creía dispuesto a caer en el abismo. ¿Por qué arriesgaría un paso imprudente? Tal vez me enajenaría a mi protector. Hay dos medios para que él me saque de aquí: la evasión misteriosa pagada a precio de oro, y la mano forzada a los jueces para obtener una absolución. Esperemos para hablar y para obrar que me haya probado que me ha abandonado por completo, y entonces...»

Andrea había fraguado un plan que podía creerse hábil; el miserable era intrépido en el ataque y rudo en la defensa. La miseria de la prisión común, las privaciones de toda clase, las había soportado; sin embargo, poco a poco la naturaleza o más bien la costumbre había florecido. Andrea no soportaba estar desnudo, estar sucio, sentirse hambriento; el tiempo le parecía eterno.

En aquel momento de hastío, la voz del inspector le llamó al locutorio.

El corazón de Andrea saltó de alegría. Era demasiado pronto para que fuese la visita del juez de instrucción, y demasiado tarde para que lo llamase el director de la cárcel o el médico; era, pues, la visita insospechada.

Tras la verja del locutorio en que fue introducido Andrea, descubrió, con los ojos dilatados por una curiosidad ávida, la figura sombría e inteligente del señor Bertuccio, que también miraba, con un asombro doloroso, las rejas, las puertas llenas de cerrojos y la sombra que se agitaba tras los barrotes entrecruzados.

—¡Ah! —exclamó Andrea conteniendo su emoción.

—Buenos días, Benedetto —dijo Bertuccio con su voz profunda y sonora.

—¡Usted, usted! —dijo el joven mirando con espanto alrededor suyo.

—No me reconoces —dijo Bertuccio—, joven desgraciado.

—¡Silencio, pero silencio! —indicó Andrea, que conocía el fino oído de las paredes—. ¡Dios mío, Dios mío! No hable tan alto.

—Querrás hablar conmigo, ¿no es cierto? —dijo Bertuccio—. A solas.

—¡Oh, sí! —replicó Andrea.

—Está bien.

—Y Bertuccio, metiendo la mano en el bolsillo, hizo señas a un guardián que se veía tras el cristal de la ventanilla.

—Lea —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Andrea.

—La orden de conducirte a una habitación, de instalarte y de dejarme comunicar contigo.

—¡Oh! —exclamó Andrea saltando de alegría.

E inmediatamente, concentrándose en sí, se dijo:

«Otra vez el protector desconocido. No me olvida. Se busca el secreto, ya que se pretende hablar en una habitación aislada. Ya los tengo... Bertuccio ha sido enviado por el protector».

El guardián conversó un momento con un superior, luego abrió las dos puertas enrejadas y condujo a una habitación del primer piso que daba sobre el patio a Andrea, que se sentía lleno de alegría.

La habitación estaba blanqueada con cal, como se utiliza en las cárceles. Tenía un aspecto casi lujoso, que pareció radiante al prisionero: una estufa, una cama, una silla y una mesa constituían el suntuoso mobiliario.

Bertuccio se sentó en la silla, Andrea se echó sobre la cama. El guardián se retiró.

—Veamos —dijo el intendente—, ¿qué tienes que decirme?

—¿Y usted? —dijo Andrea.

—Habla tú primero.

—¡Oh, no! Es usted quien tiene mucho que contarme, puesto que usted ha venido a buscarme.

—Bien, sea. Tú has continuado tu carrera de fechorías: has robado, has asesinado.

—¡Bueno! Si ha venido para decirme eso, no hacía falta que me hiciesen pasar a una habitación particular. Ya conozco todas esas cosas. Hay otras que, por el contrario, no sé. Hablemos de ellas, si le parece. ¿Quién le envía?

—¡Oh, oh! Va usted rápido, señor Benedétto.

—¿No es cierto? Y ese es el fin, pues quitémosle todas las palabras inútiles. ¿Quién le envía?

—Nadie.

—¿Cómo sabía usted que yo estaba en la cárcel?

—Hace tiempo que te he reconocido en la fastuosa insolencia que te empujaba tan graciosamente a caballo por los Campos Elíseos.

—Los Campos Elíseos... ¡Ah, ah! Nos quemamos, como se dice en el juego... Los Campos Elíseos... Vaya, hablemos un poco de mi padre, ¿quiere usted?

—Que soy yo.

—Usted, mi buen señor, es mi padre adoptivo... Pero no ha sido usted, supongo, quien ha dispuesto en mi favor una centena de miles de francos que he devorado en cuatro o cinco meses; no ha sido usted quien me ha forjado un padre italiano ni gentilhombre; no ha sido usted quien me ha hecho entrar en el gran mundo e invitado a cierta cena que aún me parece saborear ahora, en Auteuil, con la mejor compañía del todo París, con cierto procurador del rey cuya amistad he cometido el error de no cultivar porque ahora me sería muy útil; no ha sido usted, en fin, quien me ha garantizado por uno o dos millones cuando me llegó el fatal accidente de descubrir el tarro de la mermelada... Vamos, hable, estimado corso, hable.

—¿Qué quieres que te diga?

—Le ayudaré. Hace un momento hablaba de los Campos Elíseos, mi digno padre nutricio.

—¿Y bien?

—Pues bien, en los Campos Elíseos habita un señor muy rico, muy rico.

—En casa del cual has robado y asesinado, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—¿El señor conde de Montecristo?

—Es usted quien lo ha nombrado, como dice el señor Racine. Pues bien, ¿debo arrojarme entre sus brazos, estrecharle contra mi corazón gritando: «¡Padre mío, padre mío!», como dijo el señor Píxerecurt?

—No bromeemos —respondió seriamente Bertuccio—, y que semejante nombre no sea nombrado aquí como te atreves a pronunciarlo.

—¡Bah! —exclamó Andrea un poco aturdido por la solemnidad de la actitud de Bertuccio—. ¿Por qué no?

—Porque quien lleva ese nombre está demasiado favorecido por el cielo para ser padre de un miserable como tú.

—¡Oh! ¡Qué grandes palabras!

—¡Y qué grandes efectos, si no te cuidas!

—¡Amenazas! No las temo... Diré...

—¿Crees que tienes negocios con pigmeos de tu calaña? —dijo Bertuccio en un tono tan calmado y con una mirada tan firme que Andrea fue sacudido hasta el fondo de las entrañas—. ¿Crees estar tratando con tus bribones compañeros de presidio, con tus imbéciles

les del gran mundo? Benedetto, estás en una mano terrible, y esta mano quiere abrirse por ti, aprovéchalo. No juegues con el rayo que brilla un instante, pero que volverá a tronar si tratase de molestar su libre movimiento.

—Mi padre... quiero saber quién es mi padre —dijo el empecinado—. Pereceré, si es preciso, pero lo sabré. ¿Qué me importa el escándalo? Bien..., reputación..., reclamos..., como dijo Beauchamp el periodista. Pero ustedes, gentes del gran mundo, ustedes siempre tienen algo que perder con el escándalo, a pesar de sus millones y de sus blasones... Vaya, ¿quién es mi padre?

—He venido para decírtelo.

—¡Ah! —exclamó Benedetto con los ojos brillando de alegría.

En ese momento se abrió la puerta y el carcelero se dirigió a Bertuccio diciendo:

—Perdón, señor, pero el juez de instrucción espera al prisionero.

—Es el final de mi interrogatorio —dijo Andrea al digno intendente—. ¡Al diablo el inoportuno!

—Volveré mañana —dijo Bertuccio.

—¡Bien! —exclamó Andrea—. Señores gendarmes, soy de ustedes... ¡Ah! Mi querido señor, deje una decena de escudos al escribano para que aquí me den lo que necesito.

—Lo haré —replicó Bertuccio.

Andrea le tendió la mano. Bertuccio guardó la suya en su bolsillo, y solamente hizo sonar algunas monedas.

—Eso es lo que quería decir —indicó Andrea esbozando una sonrisa, pero subyugado por la extraña tranquilidad de Bertuccio.

«¿Me habré engañado?», se dijo subiendo en el carruaje oblongo y enrejado que llamaban la *ensaladera*—. «¡Veremos!»

—Así, pues, hasta mañana —añadió volviéndose hacia Bertuccio.

—Hasta mañana —respondió el intendente.



El juez

Se recordará que el abate Busoni se había quedado solo con Noirtier en la habitación mortuoria, y que el anciano y el sacerdote se habían constituido en guardianes del cuerpo de la muchacha.

Tal vez las exhortaciones cristianas del abate, tal vez la dulce caridad, o quizá su palabra persuasiva habían devuelto el ánimo al anciano; porque desde el momento en que había podido conversar con el sacerdote, en vez de la desesperación que en un principio se apoderó de él, Noirtier hizo gala de una gran resignación, una calma bien sorprendente para todos los que recordaban la afección profunda que profesaba a Valentina.

El señor de Villefort no había vuelto a ver al anciano desde la mañana de la muerte. Toda la casa había sido renovada: otro ayuda de cámara había entrado para él, otro servidor para Noirtier; dos mujeres entraron al servicio de la señora de Villefort; todos, desde el conserje hasta el cochero, ofrecían un nuevo rostro que se levantaba, por así decirlo, entre los diferentes dueños de aquella casa maldita, interponiéndose entre las frías relaciones que ya existían entre ellos. Por otra parte, las audiencias se abrían dentro de tres días y Villefort se había encerrado en su despacho persiguiendo con febril actividad los procedimientos contra el asesino de Caderousse. Este asunto, como en todos aquellos en que se hallaba mezclado el conde de Montecristo, había causado mucho ruido en el mundo parisiense. Las pruebas no eran convincentes, ya que se basaban en algunas palabras escritas por un presidiario moribundo, antiguo compañero de reclusión de un hombre al que podía acusar por odio o por venganza; el convencimiento sólo existía en la conciencia del magistrado; el procurador del rey había acabado por convencerse de que Benedetto era culpable, y debía sacar de esta victoria difícil una de esas satis-

facciones del amor propio que sólo conmovían un poco las fibras de su corazón helado.

El proceso se instruía, pues, gracias al trabajo incesante de Villefort, que quería presentarse en las próximas audiencias; también se veía obligado a acelerarlo más que nunca para evitar responder a las cuantiosas peticiones que le dirigían con intención de obtener un puesto en la audiencia.

Y además hacía tan poco tiempo que la pobre Valentina había sido depositada en el sepulcro, y el dolor de la casa era tan reciente, que nadie se extrañaba al ver al padre sumamente absorbido en sus deberes, es decir, en la única distracción que podía hallar a sus pesares.

Sólo una vez, era al día siguiente del que Benedetto había recibido por segunda vez la visita de Bertuccio, en la cual éste debió darle el nombre de su padre, el día siguiente de esa fecha, que era domingo, una sola vez, decíamos, Villefort percibió a su padre; fue en el momento en que el magistrado, cansado y fatigado, había descendido al jardín de su casa, y sombrío, inclinado bajo un implacable pensamiento, al igual que Tarquino abatiendo con su bastón las cabezas de las adormideras más altas, el señor de Villefort abatía con el suyo los largos y macilentos tallos de las rosas trepadoras que crecían a lo largo de las alamedas como los espectros de esas flores tan brillantes en la sesión que acababa de pasar.

Más de una vez había llegado al fondo del jardín, es decir, hasta la famosa verja que daba sobre el huerto abandonado, regresando siempre por la misma alameda, reemprendiendo su paseo con el mismo paso y con el mismo gesto, cuando sus ojos se posaron maquinalmente en la casa, en donde se oía jugar ruidosamente a su hijo, regresado del pensionado para pasar el domingo y el lunes junto a su madre.

En ese momento vio en una de las ventanas abiertas a Noirtier, que había hecho llevar su silla hasta ella para gozar de los últimos rayos de un sol todavía cálido, que acudía a saludar a las flores moribundas de las enredaderas y las hojas encarnadas de las parras vírgenes que tapizaban el balcón.

El ojo del anciano estaba posado en un punto que Villefort, por así decirlo, no percibía perfectamente. Aquella mirada de Noirtier era tan acuciante, tan salvaje, tan ardiente de impaciencia, que el procurador del rey, hábil para captar todas las impresiones de aquel

rostro que conocía tan bien, se apartó de la línea que recorría para ver sobre quién caía aquella pesada mirada.

Entonces vio, bajo un macizo de tilos cuyas ramas estaban casi deshojadas, a la señora de Villefort quien, sentada, un libro en la mano, interrumpía de vez en cuando su lectura para sonreír a su hijo o enviarle su pelota de goma que él lanzaba obstinadamente del salón al jardín.

Villefort palideció, porque comprendió lo que quería el anciano.

Noirtier miraba siempre el mismo objeto; pero de pronto su mirada pasó de la mujer al marido, y fue el mismo Villefort quien debió sufrir el ataque de aquellos ojos espantosos que, al cambiar de objeto, también habían cambiado de lenguaje, sin perder nada de su amenazante expresión.

La señora de Villefort, extraña a todas estas pasiones cuyos fuegos cruzados pasaban por encima de su cabeza, retenía en aquel momento la pelota de su hijo, y le hacía señas de acudir a buscarla con un beso; pero Eduardo se hizo rogar mucho tiempo; la caricia maternal no le parecía, probablemente, una recompensa elevada para molestarse en ir a recogerla. Al fin se decidió, saltó de la ventana al centro del macizo de heliotropos y corrió junto a la señora de Villefort con la frente cubierta de sudor. La señora de Villefort enjugó su frente, posó sus labios sobre ella y envió al niño con la pelota en una mano y unos caramelos en la otra.

Villefort, captado por una invisible atracción, como el pájaro es atraído por la serpiente, se aproximó a la casa; a medida que lo hacía la mirada de Noirtier descendía siguiéndole y el fuego de sus pupilas parecía tomar tal grado de incandescencia que Villefort se sentía devorado por ella hasta en el fondo de su corazón. En efecto, se leía en aquella mirada un sangriento reproche al mismo tiempo que una terrible amenaza. Entonces las pupilas y los ojos de Noirtier se levantaron al cielo como si recordase a su hijo el juramento olvidado.

—¡Está bien, señor! —replicó Villefort abajo en el patio—. ¡Está bien! Tenga paciencia un día más. Lo que he dicho, está dicho.

Noirtier pareció calmarse con estas palabras, y sus ojos se volvieron con indiferencia a otro lado.

Villefort desabotonó con violencia su levita, que le ahogaba, pasó una mano lívida por su frente y entró en su despacho.

La noche transcurrió fría y tranquila; todo el mundo se acostó y durmió como de costumbre en aquella casa. Sólo, como de cos-

tumbre, Villefort no se acostó al mismo tiempo que los demás, y trabajó hasta las cinco de la madrugada, revisando los últimos interrogatorios hechos la víspera por los magistrados instructores, y compulsando las deposiciones de los testigos que debían esclarecer una de las actas de acusación más difíciles y mejor combinadas que hubiese dirigido.

Al día siguiente, lunes, debía celebrarse la primera sesión de la audiencia. Ese día, Villefort lo vio amanecer nublado y siniestro; y su azulada luz reflejó sobre el papel y las líneas que había trazado con tinta roja. El magistrado se había adormecido un instante mientras su lámpara daba los últimos suspiros: se despertó a estos chisporroteos, los dedos húmedos y empurpurados, como si los tuviese mojados en sangre.

Abrió su ventana; una gran faja anaranjada atravesaba a lo lejos el cielo y cortaba en dos los delgados álamos que se perfilaban en negro sobre el horizonte. En el huerto de alfalfa, al otro lado de la verja, de los castaños, una alondra ascendía al cielo dejando oír su canto claro y mañanero.

El aire húmedo del alba inundó la cabeza de Villefort y refrescó su memoria.

—Eso será para hoy —dijo con esfuerzo—. El hombre que va a tener la espada de la justicia, la hará caer en todas partes en que estén los culpables.

Sus miradas fueron entonces, a pesar suyo, en busca de la ventana de Noirtier, en donde le había visto la víspera.

La cortina estaba echada.

Y sin embargo, la imagen de su padre estaba tan presente que se dirigió a aquella ventana cerrada como si estuviese abierta, y por dicha abertura aún viese al anciano amenazante.

—Sí —murmuró—, sí, esté tranquilo.

Su cabeza volvió a inclinarse sobre su pecho, y en esta postura dio varias vueltas a la habitación hasta que al fin se echó vestido sobre el diván, menos para dormir que para descansar sus miembros rígidos por la fatiga y el frío del trabajo, que penetra hasta la médula de los huesos.

Poco a poco se fue levantando todo el mundo. Villefort, desde su despacho, oyó los sucesivos ruidos que constituyen, por así decirlo, la vida de una casa: las puertas en movimiento, el tintineo de la campanilla de la señora de Villefort llamando a su camarera, los

primeros gritos del niño, que se levantaba alegre, como se acostumbra a levantarse a esa edad.

Villefort llamó a su vez. Su nuevo ayuda de cámara entró en su cuarto y le entregó los periódicos.

Al mismo tiempo que los diarios, le trajo una taza de chocolate.

—¿Qué me trae usted ahí? —preguntó Villefort.

—Una taza de chocolate.

—No la he pedido. ¿Quién se ha tomado esa molestia por mí?

—La señora; ella me ha dicho que el señor sin duda hablaría mucho hoy en ese asunto del asesinato y que tenía necesidad de tomar fuerzas.

Y el ayuda de cámara depositó sobre la mesa que estaba junto al diván, y como todas las otras mesas, cargada de papeles, la taza de plata.

El criado salió.

Villefort miró un instante la taza con aire sombrío, luego, de pronto, la tomó con un movimiento nervioso y de un solo trago se bebió el líquido que contenía. Se hubiese dicho que esperaba que aquel brebaje fuese mortal y que llamaba a la muerte para librarse de un deber que le ordenaba una de las cosas más difíciles que morir. Luego se puso en pie y se paseó por su despacho con una especie de sonrisa que hubiese sido terrible ver si alguien la hubiese contemplado.

El chocolate era inofensivo, y el señor de Villefort no experimentó nada.

Llegó la hora del desayuno, y el señor de Villefort no apareció en la mesa. El ayuda de cámara entró en el despacho.

—La señora me manda prevenir al señor —dijo—, de que son las once y la audiencia es para las doce.

—Bien —dijo Villefort—. ¿Qué más?

—La señora se arregla; está preparada, y pregunta si acompañará al señor.

—¿Adónde?

—Al Palacio.

—¿Para hacer qué?

—La señora dice que le gustaría mucho asistir a esa reunión.

—¡Ah! —dijo Villefort con un acento casi aterrador—. Ella desea eso.

El criado retrocedió un paso y dijo:

—Si el señor desea salir solo, iré a decírselo a la señora.

Villefort permaneció un instante silencioso; con sus uñas ras-
caba su pálida mejilla y retorció su barba negra.

—Diga a la señora —respondió al fin— que deseo hablarle, y
que le ruego que me espere en su habitación.

—Sí, señor.

—Luego venga a afeitarme y a vestirme.

—Al instante.

El criado desapareció para reaparecer al poco rato, afeitó a Vi-
llefort y le vistió solemnemente de negro.

Después, cuando hubo concluido, dijo:

—La señora ha dicho que esperaba al señor tan pronto acaba-
se de arreglarse.

—Ya voy.

Y Villefort, las carpetas bajo el brazo, su sombrero en la mano,
se dirigió hacia el aposento de su esposa.

Se detuvo un instante a la puerta y se enjugó con un pañuelo
el sudor que corría por su frente lívida.

Luego empujó la puerta.

La señora de Villefort se encontraba sentada en una otomana,
hojeando con impaciencia los periódicos y las revistas que el joven
Eduardo se divertía en hacer pedazos antes de que su madre tuvie-
se tiempo de acabar su lectura. Ella estaba completamente vestida
para salir; su sombrero le esperaba colocado sobre una silla; tenía
puestos los guantes.

—¡Ah, ya está aquí, señor! —dijo ella con su voz natural y cal-
mosa—. ¡Dios mío! Está usted bastante pálido, señor. ¿Ha vuelto a
trabajar toda la noche? ¿Por qué no ha venido a desayunar con no-
sotros? Bien, ¿me lleva usted o iré sola con Eduardo?

La señora de Villefort había, como se ve, multiplicado sus pre-
guntas para obtener una respuesta; pero ante todas estas preguntas
Villefort se quedó frío y mudo como una estatua.

—Eduardo —dijo Villefort posando sobre el muchacho una
mirada imperiosa—, vete a jugar al salón, amigo mío, es preciso que
hable con tu madre.

La señora de Villefort, viendo esta fría continencia, este tono
resuelto y todos aquellos extraños preliminares, se estremeció.

Eduardo había levantado la cabeza, había mirado a su madre;
luego, viendo que ella no confirmaba la orden del señor de Ville-
fort, se puso a cortar la cabeza de sus soldados de plomo.

—¡Eduardo! —gritó Villefort tan rudamente que el niño saltó sobre la alfombra—. ¿Me has oído? ¡Vete!

El niño, a quien este trato no le resultaba corriente, se puso en pie y palideció; hubiese sido difícil decir si era de cólera o de miedo.

Su padre se acercó a él, le cogió del brazo, y le besó en la frente.

—Márchate —dijo—, hijo mío, vete.

Eduardo salió.

El señor de Villefort fue a la puerta y la cerró tras de sí con cerrojo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la mujer mirando a su marido hasta el fondo del alma y esbozando una sonrisa que heló la impasibilidad de Villefort—. ¿Qué sucede?

—Señora, ¿dónde pone usted el veneno de que se sirve habitualmente? —pronunció claramente y sin preámbulos el magistrado, colocado entre la puerta y su esposa.

La señora de Villefort experimentó lo que debe sentir una alondra cuando ve al milano cernirse sobre su cabeza en círculos mortales.

Un sonido ronco, roto, que no era ni un grito ni un suspiro, se escapó del pecho de la señora de Villefort, quien palideció hasta la lividez.

—Señor —dijo ella—, no... no comprendo.

Y como ella se había levantado en su paroxismo de terror, en un segundo acceso más fuerte sin duda que el primero, se dejó caer sobre los almohadones del sofá.

—Le preguntaba —continuó Villefort con voz perfectamente calmada— en qué lugar oculta el veneno con ayuda del cual ha matado a mi suegro, el señor de Saint-Méran a mi suegra, a Barrois, y a mi hija Valentina.

—¡Ah, señor! —exclamó la señora de Villefort juntando las manos—. ¿Qué dice usted?

—No le toca preguntar, sino responder.

—¿Al juez o al marido? —balbució la señora de Villefort.

—¡Al juez, señora, al juez!

Era espantoso el espectáculo de la palidez de aquella mujer, la angustia de su mirada, el temblor de todo su cuerpo.

—¡Ah, señor! —murmuró ella—. ¡Ah, señor...!

Y no pudo continuar.

—¡No responde, señora! —exclamó el terrible interrogador, y luego añadió con una sonrisa más espantosa que su cólera—. ¡Es cierto que no niega!

Ella hizo un movimiento.

—Y no podrá negar —añadió Villefort, extendiendo la mano hacia ella como para cogerla en nombre de la justicia—. Ha consumado todos esos crímenes con una imprudente destreza, pero que sin embargo no puede engañar más que a las personas cegadas por el afecto hacia usted. Desde el momento de la muerte de la señora de Saint-Méran he sabido que existía un envenenador en mi casa; el señor d'Avrigny me había prevenido. Después de la muerte de Barrois, ¡Dios me perdone!, mis sospechas cayeron sobre un ángel; mis sospechas que, aun sin necesidad de crimen, siempre están alerta en el fondo de mi alma; pero después de la muerte de Valentina ya no hay duda para mí, señora, y no sólo para mí, sino también para otros; sí, su crimen, conocido ahora por dos personas, sospechado por varias, va a convertirse en algo público, y como le decía antes, señora, no es el marido quien le habla, sino el juez.

La mujer escondió su rostro entre sus manos.

—¡Oh, señor! —balbució ella—. Le suplico que no crea en las apariencias.

—¿Sería tan cobarde? —gritó Villefort con voz despreciativa—. En efecto, siempre he notado que los envenenadores son unos cobardes. ¿Sería tan cobarde, repito, usted que ha tenido el espantoso coraje de ver expirar delante suyo a dos viejos y a una joven asesinados por usted?

—¡Señor, señor!

—Sería usted tan cobarde —continuó Villefort con una exaltación creciente—, usted que ha contado uno a uno los minutos de cuatro agonías, usted que ha combinado sus planes infernales y removido esos brebajes infames con una habilidad y una precisión tan milagrosas? Usted que ha combinado tan bien todo, ¿habrá olvidado calcular una sola cosa, es decir, adónde podía conducirle la revelación de sus crímenes? ¡Oh! Es imposible, y usted habrá guardado algún veneno dulce, sutil y más eficaz que los otros para escapar al castigo que merece... Usted habrá hecho eso, al menos eso espero.

La señora de Villefort se retorció las manos y cayó de rodillas.

—Sé bien..., sé bien —dijo él—, lo confiesa; pero la confesión hecha a los jueces, la confesión hecha en el último momento, la con-

fesión hecha cuando no se puede negar, es una cosa que en nada disminuye el castigo que se inflige a los culpables.

—¡El castigo! —exclamó la señora de Villefort—. ¡El castigo! Señor, ya son dos las veces que ha pronunciado esa palabra.

—Sin duda. ¿Cree usted que escapará por haber sido culpable cuatro veces? ¿Piensa que por ser la mujer del que impone ese castigo usted ha creído que éste no la alcanzaría? ¡No, señora, no! Sea quien sea, el cadalso aguarda al envenenador, sobre todo, como le decía hace un instante, si ese envenenador no ha tenido la precaución de conservar para sí algunas gotas de su veneno más activo.

La señora de Villefort lanzó un grito salvaje, y el terror vergonzoso e indomable invadió sus facciones descompuestas.

—¡Oh! No tema el cadalso, señora —dijo el magistrado—. No quiero deshonrarla, porque eso sería deshonrarme; no, al contrario, si me ha entendido, debe comprender que no puede morir en el cadalso.

—No, no he comprendido. ¿Qué quiere decirme? —balbució la desgraciada mujer completamente aterrada.

—Quiero decir que la mujer del primer magistrado de la capital no cargará de infamia un nombre que ha permanecido sin mancha, y no deshonrará de un golpe a su marido y a su hijo.

—No, ¡oh, no!

—Pues bien, señora. Eso será una buena acción por su parte, y esta decisión se la agradeceré.

—Me agradecerá, ¿el qué?

—Lo que acaba de decirme.

—¿Qué he dicho? Tengo la cabeza perdida; no comprendo nada. ¡Dios mío, Dios mío!

Y se levantó con el cabello suelto, los labios espumantes.

—Ha respondido, señora, a esa pregunta que le hice al entrar aquí: ¿En dónde está el veneno de que se ha servido corrientemente?

La señora de Villefort levantó los brazos al cielo y cerró convulsivamente las manos.

—No, no —vociferó—, no. Usted no querrá eso.

—Lo que no deseo, señora, es que usted perezca en un cadalso. ¿entiende? —respondió Villefort.

—¡Oh! Señor, piedad.

—Lo que quiero, es que se haga justicia. Estoy en la tierra para castigar, señora —añadió con una mirada encendida—; a cualquiera otra mujer, aunque fuese una reina, la enviaría al verdugo;

pero con usted seré misericordioso. A usted le digo: ¿no es cierto, señora, que ha conservado algunas gotas de su veneno más dulce, más rápido y más eficaz?

—¡Oh! Perdóneme, señor, déjeme vivir.

—¡Es cobarde! —dijo Villefort.

—Piense que soy su mujer.

—¡Es una envenenadora!

—¡En nombre del cielo!

—No.

—¡En nombre del amor que ha sentido por mí!

—¡No, no!

—¡En nombre de nuestro hijo! ¡Ah! Por nuestro hijo, déjeme vivir.

—¡No, no, no! Le digo; cualquier día, si la dejase vivir, tal vez también lo envenenaría como a los demás.

—¡Yo! ¿Matar a mi hijo? —exclamó aquella madre salvaje lanzándose hacia Villefort—. ¿Yo, matar a mi Eduardo? ¡Ah, ah!

Y una risa espantosa, una risa demoníaca, una risa de loca concluyó la frase y se perdió en un suspiro ronco.

La señora de Villefort había caído a los pies de su marido.

Villefort se aproximó a ella.

—Piénselo, señora —dijo—, si a mi regreso no se ha hecho justicia la denunciaré con mi propia boca y la arrestaré con mis propias manos.

Ella escuchaba temblando, abatida, aplastada; sólo había vida en sus ojos, que incubaban un fuego terrible.

—Me entiende —dijo Villefort—. Voy a requerir la pena de muerte contra un asesino... Si la encuentro viva, esta noche dormirá en la conserjería.

La señora de Villefort lanzó un suspiro, sus nervios se distendieron, y se aplastó contra la alfombra.

El procurador del rey pareció experimentar un sentimiento de piedad, la miró con menos severidad, y se inclinó ligeramente sobre ella.

—Adiós, señora —dijo lentamente—. Adiós.

Este adiós cayó como el cuchillo mortal sobre la señora de Villefort, que se desmayó.

✱ El procurador del rey salió, y al salir, cerró la puerta con doble vuelta de llave.

La audiencia

El asunto Benedetto, como se decía entonces en el Palacio de Justicia y en la sociedad, había producido enorme sensación. Parroquiano del Café de París, del bulevar de Gand y del Bosque de Bolonia, el falso Cavalcanti, mientras permaneció en París y durante los dos o tres meses que duró su esplendor, había hecho numerosas amistades. Los periódicos ya habían contado diversas anécdotas del detenido en su vida elegante como en el presidio; y esto despertaba la más viva curiosidad, sobre todo entre aquellos que habían conocido personalmente al príncipe Andrea Cavalcanti; y también éstos estaban decididos a no perder medio para ver en el banco de los acusados al señor Benedetto, el asesino de su camarada de cadena.

Para muchas personas, Benedetto era, si no una víctima, al menos un error de la justicia: habían visto al señor Cavalcanti padre en París, y se esperaba verlo aparecer nuevamente para reclamar a su ilustre vástago. Buen número de personas que jamás habían oído hablar de la famosa polaca con que había llegado a casa del conde de Montecristo, se sentían atraídos por la dignidad, la nobleza y los conocimientos que había mostrado el viejo patricio, el cual, hay que decirlo, parecía un gran señor siempre que no hablaba ni se ocupaba de números.

En cuanto al propio acusado, muchas personas se acordaban de haberle visto tan amable, tan guapo y tan pródigo que preferían creer en cualquier maquinación por parte de un enemigo de esos que encuentran en el mundo las personas de grandes fortunas, que poseen los medios de hacer el bien o el mal de un modo maravilloso.

Todos se dieron prisa en asistir a la sesión de la sala del crimen: unos para saborear el espectáculo, otros para comentarlo. Desde las siete de la mañana se hacía cola a la verja, y una hora antes de la apertura de la sesión, la sala ya estaba completamente llena de privilegiados.

Antes de la entrada del tribunal y aun con frecuencia después, una sala de audiencia en los días de grandes procesos se parece mucho a un salón en el cual muchas personas se reconocen, se saludan cuando están lo bastante cerca unos de otros para no perder sus sitios, y se hacen señas cuando están separados por gran número de público, de abogados y de gendarmes.

Hacía uno de esos magníficos días de otoño, que varias veces vienen a consolarnos de la ausencia del estío; las nubes que había visto aquella mañana el señor de Villefort al salir el sol ya se habían disipado como por encanto y dejaban lucir en toda su pureza uno de los últimos y más dulces días de setiembre.

Beauchamp, uno de los reyes de la Prensa y por consecuencia teniendo su trono en todas partes, miraba a derecha e izquierda. Descubrió a Chateau Renaud y a Debray que acababan de alcanzár unos puestos gracias a un guardia municipal, que había decidido colocarse tras ellos en vez de cubrirlos como era su derecho. El digno agente había reconocido al secretario del ministro y al millonario, y se mostró lleno de cortesía para con sus nobles vecinos, e incluso les permitió ir a visitar a Beauchamp, prometiéndoles guardarles sus sitios.

—¿Y bien? —dijo Beauchamp—. ¿Hemos venido a ver a nuestro amigo?

—¡Ah, Dios mío! Pues claro —respondió Debray—. Ese digno príncipe. ¡Qué el diablo cargue con los príncipes italianos!

—Un hombre que había tenido a Dante por genealogista, y se remonta a la *Divina Comedia*.

—Nobleza de cuerda —dijo flemático Chateau Renaud.

—Será condenado, ¿no es cierto? —preguntó Debray a Beauchamp.

—¡Eh! Querido amigo —respondió el periodista—, es a ti, me parece, a quien debemos preguntar eso: conoces mejor la atmósfera de los despachos, ¿no has visto al presidente en la última velada del ministro?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Una cosa que va a asombraros.

—¡Ah! Habla pronto, mi querido amigo; hace mucho tiempo que no me dicen nada de ese género.

—Pues bien, me dijo que Benedetto, a quien se mira como un fénix de sutileza, como un gigante de la astucia, no es más que un pi-

llo de clase subalterna, muy ingenuo, y totalmente indigno de las experiencias frenológicas que se harán con su cabeza después de muerto.

—¡Bah! —exclamó Beauchamp—. Sin embargo, no representaba mal su papel de príncipe.

—Para ti, Beauchamp, que detestas a los príncipes y estás encantado cuando les encuentras malos modales; pero para mí que descubro a la legua un noble y que levanto una familia aristocrática, sea cual sea, como perro rastrero de la nobleza...

—Así, pues, ¿jamás has creído en ese principado?

—¿En su principado? Sí... En que era príncipe, no.

—No está mal —dijo Debray—. Sin embargo, te aseguro que para cualquier otro podía pasar... Lo he visto en casa de los ministros.

—¡Ah! Sí —dijo Chateau Renaud—. ¡Como si vuestros ministros conociesen a los príncipes!

—Hay mucho bueno en lo que acabas de decir, Chateau Renaud —replicó Beauchamp echándose a reír—. La frase es corta, pero agradable. Te pido permiso para usarla por mi cuenta.

—Cógela, mi querido Beauchamp —dijo Chateau Renaud—. Cógela, te doy mi frase por lo que vale.

—Pero —dijo Debray a Beauchamp—, si yo he hablado con el presidente, tú has debido hablar con el procurador del rey, ¿no?

—Imposible. Desde hace ocho días el señor de Villefort se oculta; es muy natural. Esa encadenación de extraños disgustos domésticos coronados por la extraña muerte de su hija...

—¡La extraña muerte! ¿Qué estás diciendo de eso, Beauchamp?

—¡Oh, sí! Haceros los ignorantes bajo el pretexto de que todo eso pasa en casa de la nobleza de la toga —dijo Beauchamp aplicando su anteojito a la vista y calibrándolo para apreciar a alguien.

—Mi querido amigo —dijo Chateau Renaud—, permíteme decirte que para el anteojito no hay nadie como Debray. Vamos, Debray dale una lección al señor Beauchamp.

—Fijaos —dijo Beauchamp—, no me engaño.

—¿Qué es, pues?

—Es ella.

—¿Quién es ella?

—Decían que se había marchado.

—¿La señorita Eugenia? —preguntó Chateau Renaud—. ¿Habrá vuelto ya?

—No, pero su madre.

—¿La señora Danglars?

—¡Vamos ya! —exclamó Chateau Renaud—. Imposible. Diez días después de la fuga de su hija, y tres después de la bancarrota de su marido.

Debray enrojeció ligeramente y siguió la dirección de la mirada de Beauchamp.

—¡Vamos ya! —dijo—. Es una mujer velada, una señora desconocida, cualquier princesa extranjera, tal vez la madre del príncipe Cavalcanti; pero ibas a decirnos cosas más interesantes, Beauchamp, me parece.

—¿Yo?

—Sí. Hablabas de la muerte extraña de Valentina.

—¡Ah, sí! Es cierto. Pero, ¿por qué la señora de Villefort no está aquí?

—¡Pobre mujer! —dijo Debray—. Sin duda está ocupada en destilar agua de melisa, para los hospitales y componiendo cosméticos para ella y sus amigas. ¿Sabéis que gasta en esta diversión dos o tres mil escudos anuales, según se afirma? Pero lo cierto es que tienes razón, ¿por qué no está aquí la señora de Villefort? La hubiese visto con mucho gusto; me gusta mucho esa mujer.

—Y yo —dijo Chateau Renaud—, la detesto.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Por qué se ama? ¿Por qué se detesta? La detesto por antipatía.

—O por instinto.

—Tal vez... Pero volvamos a lo que nos decía Beauchamp.

—Pues bien —prosiguió el aludido—, ¿no sienten ustedes curiosidad, señores, por saber, por qué mueren tan frecuentemente en casa de Villefort?

—Es bonito eso de frecuente —dijo Chateau Renaud.

—Querido amigo, la palabra se encuentra en San Simon.

—Pero el hecho se encuentra en casa del señor de Villefort; volvamos a ello.

—¡Diablos! —dijo Debray—. Confieso que no pierdo de vista esa casa cubierta de luto desde hace tres meses, y aún anteayer, a propósito de Valentina, la señora me hablaba...

✻ —¿Quién es esa señora? —preguntó Chateau Renaud.

—La mujer del ministro, ¡diantre!

—¡Ah! Perdón —se excusó Chateau Renaud—. Yo no voy a casa de los ministros, dejo eso para los príncipes.

—Eras magnífico, pero te haces divino, barón; ten piedad de nosotros o nos abrasarás como otro Júpiter.

—No diría nada.—replicó Chateau Renaud—, pero qué diablos, compadeceos de mí y no me repliquéis.

—Veamos, tratemos de llegar al fin de nuestro diálogo, Beauchamp. Os decía que la señora me preguntaba anteayer noticias sobre lo dicho; infórmame y yo se lo diré.

—Pues bien, señores, si se muere tan frecuentemente, y mantengo la palabra, en casa de Villefort, es porque hay un asesino en la casa.

Los dos jóvenes se estremecieron, porque ya más de una vez se les había ocurrido la misma idea.

—¿Y quién es ese asesino? —preguntaron.

—El joven Eduardo.

Una carcajada de ambos no desconcertó en nada al orador, que continuó diciendo:

—Sí, señores, el joven Eduardo, un niño fenómeno que ya mata como cualquiera.

—¿Es una broma?

—En absoluto. Ayer contraté a un criado que salió de casa del señor de Villefort; escuchad bien esto.

—Escuchamos.

—Y que voy a despedir mañana porque come una enormidad para resarcirse del ayuno de terror que se impuso allá. Pues bien, al parecer ese querido niño ha puesto la mano sobre algún frasco de droga que usa de vez en cuando contra aquellos que le disgustan. Primeramente fue su abuelo y abuela de Saint-Méran, y les vertió tres gotas de ese elixir: tres gotas bastan. Luego fue el bueno de Barrois, viejo servidor del abuelo Noirtier, el cual le regañaba de vez en cuando. Y el amable retoño le vertió tres gotas de su preparado. Así fue como, la pobre Valentina, que no lo reñía, pero de quien estaba celoso, recibió sus tres gotas de elixir y se acabó como los demás.

—Pero, ¿qué diablo de cuento nos están haciendo? —dijo Chateau Renaud.

—Sí —dijo Beauchamp—, un cuento de otros mundos, ¿no es cierto?

—Eso es absurdo —indicó Debray.

—¡Ah! —prosiguió Beauchamp—. Ya estáis buscando medios dilatorios. ¡Qué diablos! Preguntad a mi criado, o más bien al que mañana no será mi criado, qué rumores hay en la casa.

—Pero ese elixir, ¿dónde está? ¿Qué es?

—¡Diantre! El chico lo oculta.

—¿Dónde lo ha cogido?

—En el laboratorio de su señora madre.

—¿Tiene su madre esos venenos en su laboratorio?

—¡Qué sé yo! Me estáis haciendo preguntas del procurador del rey. Repito lo que me han dicho, eso es todo; os cito a mi autor, no puedo hacer más. El pobre diablo no comía del miedo que tenía.

—¡Eso es increíble!

—Pues no, mi querido, no es increíble del todo; ya viste el año pasado a ese niño de la calle Richelieu que se divertía matando a sus hermanos y hermanas hundiéndoles una aguja en el oído mientras dormían. La generación que nos sigue es muy precoz, querido.

—¡Apuesto a que no crees una sola palabra de lo que acabas de contarnos! —dijo Chateau Renaud—. Pero, no veo al conde de Montecristo. ¿Cómo es que no está aquí?

—Está hastiado —indicó Debray—, y además no querrá aparecer ante todo el mundo, después de ser engañado por todos los Cavalcanti, que se le presentaron, según parece, con falsas cartas de crédito; de manera que tiene unos cien mil francos hipotecados sobre el principado.

—A propósito, Chateau Renaud —preguntó Beauchamp—, ¿cómo se encuentra Morrel?

—A fe mía —dijo el hidalgo—, que hace tres días que voy a su casa y no encuentro a Morrel. Sin embargo, su hermana no me ha parecido inquieta, y me ha dicho con muy buena cara que tampoco le había visto desde hacía dos días, pero que estaba segura de que se encontraba bien.

—¡Ah! Ahora que me acuerdo —dijo Beauchamp—, el conde de Montecristo no puede venir a la sala.

—¿Por qué?

—Porque es actor en el drama.

—¿Es que ha asesinado a alguien? —preguntó Debray.

—No, pero él, por el contrario, era a quien querían asesinar.

* Ya sabéis que fue a la salida de su casa cuando ese bueno de Caderousse cayó asesinado por su amiguito Benedetto. También sa-

béis que fue en su casa en donde se encontró ese famoso chaleco en el cual estaba la carta que vino a turbar la firma del contrato. ¿Veis el famoso chaleco? Está allá, todo ensangrentado, sobre la mesa, como pieza de convicción.

—¡Ah! Muy bien.

—Silencio, señores, aquí está el tribunal. ¡A nuestros sitios!

En efecto, un gran ruido se dejó oír en el pretorio; el sargento municipal llamó a sus dos protegidos con un *¡hem!* enérgico, y el ujier apareció en el umbral de la sala de deliberaciones, desde donde gritó con esa voz chillona que ya tenían los ujieres en tiempos de Beaumarchais:

—¡Señores, el tribunal!

La acusación

Los jueces entraron en sesión en medio del más profundo silencio; los jurados se sentaron en sus sitios; el señor de Villefort, objeto de la atención, y diremos casi de la admiración general, se sentó cubierto en su sillón, paseando una mirada tranquila alrededor suyo.

Todos miraban con asombro aquel rostro grave y severo, sobre cuya impasibilidad no parecían dominar los dolores paternos, y se le miraba con una especie de terror por ser un hombre extraño a las emociones de la humanidad.

—¡Gendarmes! —dijo el presidente—. Traigan al acusado.

A estas palabras la atención del público se avivó y todas las miradas se posaron sobre la puerta que debía dejar paso a Benedetto.

En seguida se abrió esta puerta y apareció el acusado.

La impresión fue la misma sobre todo el mundo, y nadie se engañó ante la expresión de su rostro.

Sus rasgos no tenían la huella de esa emoción profunda que detiene la circulación de la sangre y destiñe las mejillas y la frente. Sus manos, graciosamente colocadas, una sobre su sombrero y la otra en la abertura de su chaleco, no estaban agitadas por ningún temblor; su mirada era tranquila y brillante. Apenas en la sala, la mirada del joven se puso a recorrer todas las filas de los jueces y de los asistentes, y se detuvo más tiempo sobre el presidente y sobre todo sobre el procurador del rey.

Al lado de Andrea se colocó su abogado, nombrado de oficio porque Andrea no quiso ocuparse de esos detalles, a los cuales no parecía conceder ninguna importancia: joven de cabellos rubios y rostro enrojecido por la emoción, y más sensible que el detenido.

✱ El presidente pidió la lectura de la acusación, redactada, como se sabe, por la pluma tan hábil y tan implacable de Villefort.

Durante esta lectura, que fue larga y que para cualquier otro hubiese sido agotadora, la atención del público no dejó de recaer sobre Andrea, que sostuvo el peso con la desenvoltura de un espartano.

Villefort jamás había sido tan conciso ni tan elocuente; el crimen estaba presente bajo los colores más vivos, los antecedentes del detenido, su transformación, el relato de sus actos desde su tierna infancia, estaban redactados con el talento que la práctica de la vida y el conocimiento del corazón humano podían dar a una mente tan elevada como la del procurador del rey.

Con ese solo preámbulo, Benedetto estaba perdido para siempre en la opinión pública, mientras esperaba que fuese castigado más materialmente por la ley.

Andrea no prestó la menor atención a los sucesivos cargos que se levantaban y caían sobre él. El señor de Villefort, que le examinaba con frecuencia y que sin duda continuaba haciendo estudios en su fisonomía como solía hacer con sus acusados, no pudo hacerle bajar la vista ni una sola vez, a pesar de la fijeza y profundidad de su mirada.

Por fin concluyó la lectura.

—Acusado —dijo el presidente—. Su nombre y sus apellidos. Andrea se puso en pie.

—Perdóneme, señor presidente —dijo con voz bien timbrada y perfectamente clara—, pero veo que va a interrogarme en un orden que no puedo seguir. Tengo la pretensión de justificar más tarde el por qué soy una excepción de los acusados corrientes. ¿Quiere, pues, se lo ruego, permitirme contestar siguiendo un orden diferente; o al menos no responder a todo?

El presidente, sorprendido, miró a los jurados que miraron, a su vez, al procurador del rey.

Una gran sorpresa se manifestó en toda la asamblea. Pero Andrea no parecía conmoverse por nada.

—¿Su edad? —preguntó el presidente—. ¿Responderá usted a esta pregunta?

—A ésa como a las otras, responderé, señor presidente, pero a su debido tiempo.

—¿Su edad? —repitió el magistrado.

—Tengo veintiún años, o más bien, los tendré dentro de unos días porque he nacido la noche del 27 al 28 de setiembre de 1817.

El señor de Villefort que iba a tomar nota, levantó la cabeza al oír esta fecha.

—¿Dónde nació usted? —continuó el presidente.

—En Auteuil, cerca de París —respondió Benedetto.

El señor de Villefort levantó la cabeza por segunda vez, miró a Benedetto como si mirase a la cabeza de Medusa y se puso lívido.

En cuanto a Benedetto se pasó graciosamente sobre sus labios la punta bordada de un pañuelo de fina batista.

—¿Su profesión? —preguntó el presidente.

—En principio fui falsario —dijo Andrea con la mayor tranquilidad del mundo—, luego me convertí en ladrón, y muy recientemente hice de asesino.

Un murmullo, o más bien una tempestad de indignación y de sorpresa estalló en todas las partes de la sala; los mismos jueces se miraron estupefactos, los jurados manifestaron el máximo desagrado por el cinismo que no esperaban de un hombre elegante.

El señor de Villefort apoyó una mano sobre su frente, que primero fue pálida y ahora se volvía roja y encendida; de pronto se levantó, mirando a su alrededor como un hombre espantado: parecía ahogarse.

—¿Busca usted algo, señor procurador del rey? —preguntó Benedetto con su más obsequiosa sonrisa.

El señor de Villefort no respondió nada, y se volvió a sentar, o más bien cayó sobre su sillón.

—¿Ahora, detenido, es cuando consiente en decirnos su nombre? —preguntó el presidente—. La afectación brutal que ha puesto en enumerar sus diferentes crímenes, que califica de profesión, la especie de pundonor que pone en ello, en nombre de la moral y del respeto humano, este tribunal debe reprenderos severamente; he aquí, tal vez, la causa que le ha hecho ocultar su nombre. ¿Quiere resaltar ese nombre con los títulos que le preceden?

—Es increíble, señor presidente —dijo Benedetto en el tono de voz más gracioso y con los ademanes más corteses—, cómo ha leído usted en el fondo de mi pensamiento. En efecto, ha sido con esa intención que le he rogado que invirtiese el orden de las preguntas.

El estupor llegó a su colmo; en las palabras del acusado no había altanería ni cinismo; el auditorio, conmovido, presentía algún terrible rayo estallando en el fondo de aquella oscura nube.

—¡Y bien! —dijo el presidente—. ¿Su nombre?

—No puedo darle mi nombre, porque no lo sé; pero conozco el de mi padre, y puedo decírselo.

Un desvanecimiento doloroso cegó a Villefort; se vieron caer de sus mejillas varias gotas de sudor sobre los papeles que removía con mano convulsa y perdida.

—Diga entonces el nombre de su padre —añadió el presidente.

Ni un soplo, ni una respiración turbaban el silencio de aquella inmensa asamblea; todo el mundo esperaba.

—Mi padre es procurador del rey —respondió tranquilamente Andrea.

—¡Procurador del rey! —exclamó con estupefacción el presidente, sin notar la turbación que se operaba en el rostro de Villefort—. ¡Procurador del rey!

—Sí, y ya que usted desea saber su nombre, se lo diré: se llama de Villefort.

La explosión, tanto tiempo contenida por el respeto a la sesión o a la justicia, estalló como una tormenta desde el fondo de todos los pechos; el mismo tribunal no se privó ni de contener aquella expansión de la multitud. Las interjecciones, las injurias dirigidas a Benedetto que permanecía impasible, los gestos enérgicos, el movimiento de los gendarmes, la burla de esa parte fangosa que, en toda asamblea sale a la superficie en los momentos de turbación y escándalo, todo eso duró cinco minutos antes de que los magistrados y los ujieres consiguiesen restablecer el silencio.

En medio de todo ese ruido, se oía la voz del presidente que gritaba:

—¿Pretende jugar con la justicia, acusado, se atreve a dar a sus conciudadanos el espectáculo de una corrupción que, en una época que no obstante no deja nada que desear bajo ese aspecto, aún no ha visto nada igual?

Diez personas se apresuraron a acercarse al procurador del rey, medio deshecho en su asiento, y le ofrecieron consuelos, ánimos y protestas de celo y simpatía.

La calma se restableció en la sala, a excepción, sin embargo, de un punto en que un grupo bastante numeroso se agitaba y susurraba.

Una mujer, decían, acababa de desmayarse: le habían hecho respirar sales y se había repuesto.

Andrea, durante este tumulto, había girado su rostro sonriente hacia la asamblea; luego, se apoyó con una mano sobre la barandilla de madera de su banco, y adoptó una actitud de lo más graciosa.

—Señores —dijo—, a Dios no le agrada que trate de insultar a este tribunal y provocar, en presencia de esta honorable asamblea, un escándalo inútil. Se me ha preguntado la edad que tenía, la he dicho; se me preguntó dónde había nacido, respondí; se me pregunta mi nombre, yo no puedo decirlo, pues mis padres me abandonaron. Pero puedo, sin decir mi nombre, puesto que no lo tengo, decir el nombre de mi padre; ahora bien, lo repito, mi padre se llama de Villefort, y estoy dispuesto a probarlo.

Existía en el acento del joven tanta certeza, tal convicción y tal energía que redujeron el tumulto a silencio. Las miradas se volvieron un instante sobre el procurador del rey, que conservaba en su asiento la inmovilidad de un hombre al que un rayo acaba de convertir en cadáver.

—Señores —continuó Andrea pidiendo silencio con el gesto y la voz—, les debo la prueba y la explicación de mis palabras.

—Pero —exclamó el presidente irritado—, usted ha declarado en la instrucción que se llama Benedetto, ha dicho usted ser huérfano, y ha dado Córcega como su patria.

—He dicho en la instrucción lo que me convino decir en ella, porque no quería que se debilitase o se detuviese, lo que no podía dejar de suceder: el eco solemne que quiero dar a mis palabras. Ahora les repito que he nacido en Auteuil, en la noche del 27 al 28 de septiembre de 1817, y que soy hijo del procurador del rey, señor de Villefort. Ahora, ¿quieren ustedes más detalles? Voy a dárselos. Nací en el primer piso de la casa número 28 de la calle Fontaine, en una habitación forrada de damasco rojo. Mi padre me cogió en sus brazos diciendo a mi madre que estaba muerto; me envolvió en una mantilla marcada con una H y una N, y me llevó al jardín en donde me enterró vivo.

Un estremecimiento recorrió a todos los asistentes, cuando vieron que crecía la seguridad del detenido con el espanto del señor de Villefort.

—Pero, ¿cómo sabe usted esos detalles? —preguntó el presidente.

—Voy a decírselo, señor presidente. En el jardín en que mi padre acababa de enterrarme, estaba esa misma noche un hombre que

quería matarlo y que le espiaba desde hacía tiempo para cumplir una venganza corsa. El hombre estaba oculto en un macizo; vio a mi padre enterrar un cofre en el suelo, y le atacó con un cuchillo en medio de aquella operación; luego, creyendo que el cofre encerraba algún tesoro, abrió la fosa y me encontró vivo. Este hombre me llevó al hospicio de los Niños Encontrados, en donde fui inscrito con el número 57. Tres meses más tarde, su hermana hizo el viaje de Rogliano a París, para venir a reclamarme como su hijo y llevarme con ella. He aquí como, nacido en Auteuil, fui criado en Córcega.

Hubo un instante de silencio, pero de un silencio tan profundo que, sin la ansiedad que parecían respirar los mil pechos, se hubiese creído la sala vacía.

—Continúe —dijo la voz del presidente.

—Cierto —prosiguió Benedetto—, yo podía ser feliz en casa de aquellas buenas personas que me adoraban; pero mi natural perverso barrió todas las virtudes que trató de verter en mi corazón mi madre adoptiva. Crecí en el mal y he llegado al crimen. En fin, un día que maldecía a Dios por haberme hecho tan malo y haberme dado tan odiosa existencia, mi padre adoptivo vino a decirme:

»—No blasfemes, desgraciado; porque Dios te ha dado el día sin cólera. El crimen procede de tu padre y no de ti; tu padre, que te ha condenado al infierno si morías, y a la miseria si un milagro te salvaba.

»Desde entonces he dejado de blasfemar, pero he maldecido a mi padre; he aquí por qué he pronunciado las palabras que me ha echado en cara, señor presidente; he aquí por qué he causado el escándalo que aún conmueve a la asamblea. Si esto es un crimen más, castígueme; pero si le he convencido de que desde el día de mi nacimiento mi destino era fatal, doloroso, amargo y lamentable, compadézcame.

—Pero, ¿y su madre? —preguntó el presidente.

—Mi madre me creía muerto; mi madre no es culpable. No he querido saber el nombre de mi madre; no la conozco.

En aquel instante un agudo grito, que concluyó en un sollozo, resonó en medio del grupo que rodeaba, como hemos dicho, a una mujer.

Esta mujer cayó en un violento ataque de nervios y fue sacada del pretorio; mientras se la llevaban el velo espeso que ocultaba su rostro se cayó y se reconoció a la señora Danglars.

Pese a la postración, pese al murmullo que llenaba sus oídos, pese a la especie de locura que trastornaba su cerebro, Villefort la reconoció y se puso en pie.

—¡Las pruebas, las pruebas! —dijo el presidente—. Detenido, acuérdesese de que ese cúmulo de horrores necesita ser sostenido por las pruebas más contundentes.

—¿Las pruebas? —dijo Benedetto riendo—. ¿Quiere usted las pruebas?

—Sí.

—Pues bien, mire al señor de Villefort, y pregúnteme después por las pruebas.

Todos se volvieron hacia el procurador del rey, quien, bajo el peso de aquellas infinitas miradas posadas sobre él avanzó hasta el estrado del tribunal, vacilante, los cabellos en desorden y el rostro enrojecido por los arañazos de sus uñas.

Toda la asamblea lanzó un largo murmullo de asombro.

—Me piden las pruebas, padre mío —dijo Benedetto—. ¿Quiere usted que las dé?

—No, no —balbució el señor de Villefort con voz estrangulada—. No, es inútil.

—¿Cómo inútil? —exclamó el presidente—. Pero, ¿qué quiere decir?

—Quiero decir —exclamó el procurador del rey— que me debatiría inútilmente bajo el abrazo mortal que me aplasta, señores, yo soy, lo reconozco en la mano vengadora de Dios. Nada de pruebas; no se necesitan; todo lo que acaba de decir ese joven es cierto.

Un silencio sombrío y pesado como el que precede a las catástrofes de la naturaleza, envolvió en su manto de plomo a todos los asistentes, cuyos cabellos se erizaron.

—¿Y bien, señor de Villefort? —exclamó el presidente—. ¿No está cediendo ante una alucinación? ¡Qué! ¿Goza usted de la plenitud de sus facultades? Se concebiría que una acusación tan extraña, tan imprevista y tan terrible turbase su ánimo. Veamos, vuelva en sí.

El procurador del rey sacudió la cabeza. Sus dientes entrechocaban con violencia como los de un hombre devorado por la fiebre, y sin embargo tenía una palidez mortal.

✻ —Gozo de todas mis facultades, señor —dijo—, sólo sufre el cuerpo y eso se concibe. Me reconozco culpable de todo lo que ese

joven acaba de decir contra mí, y permaneceré en mi casa a la disposición del señor procurador del rey, mi sucesor.

Y al pronunciar estas palabras con voz sorda y casi ahogada, el señor de Villefort se dirigió vacilante hacia la puerta, que le abrió con un movimiento maquinal el ujier de servicio.

Toda la asamblea permaneció muda y consternada ante aquella revelación y por aquella confesión, que daban un desenlace tan terrible a las diferentes peripecias que, desde hacía quince días, habían agitado a la alta sociedad parisiense.

—¡Y bien! —dijo Beauchamp—. ¡Que vengan a decirnos ahora que el drama no está en la naturaleza!

—A fe mía —dijo Chateau Renaud—, que preferiría más acabar como el señor de Morcerf: un disparo parece lo más dulce ante semejante catástrofe.

—Y además mata —añadió Beauchamp.

—Y yo que por un instante tuve la ocurrencia de casarme con su hija —dijo Debray—. Ha hecho bien en morir. ¡Dios mío, pobre chiquilla!

—¡Se levanta la sesión, señores! —dijo el presidente—. La causa se aplaza para la próxima sesión. El caso debe instruirse nuevamente y confiarse a un nuevo magistrado.

Andrea, siempre tan tranquilo y mucho más interesante, abandonó la sala escoltado por los gendarmes, que involuntariamente le testimoniaron su consideración.

—¡Y bien! ¿Qué piensa usted de todo esto, mi buen hombre? —preguntó Debray al sargento municipal dándole un luis.

—Habrá circunstancias atenuantes —respondió éste.

Expiación

El señor de Villefort había visto abrirse ante sí las filas de la multitud, tan compacta como era. Los grandes dolores son tan venerables que, no hay ejemplos en contra ni en los tiempos más desgraciados: el primer movimiento de la muchedumbre reunida siempre ha sido de simpatía hacia una gran catástrofe. Muchas gentes odiadas han sido asesinadas en un gran tumulto, pero raramente lo ha sido un desgraciado, aunque sea un criminal y haya sido insultado por los hombres que asisten a su condenación a muerte.

Villefort, pues, atravesó la fila de espectadores, de guardias, de personal del Palacio, y se alejó, reconocido culpable con su confesión, pero protegido por su dolor.

Es de las situaciones que los hombres comprenden por instinto, pero que no pueden comentar con su inteligencia; el poeta más grande en ese caso, es el que lanza el grito más vehemente y más natural. La multitud coge ese grito por un relato completo, y tiene razón al contentarse con él, y más razón todavía al encontrarlo sublime cuando es verdadero.

Además, será difícil explicar el estado de estupor en que se encontraba Villefort al salir de Palacio; describir esa fiebre que hacía latir cada arteria, atiesar cada fibra, hinchar hasta reventarlas cada vena, y disecar cada punto del cuerpo mortal en millares de sufrimientos.

Villefort se arrastró a lo largo de los corredores, guiado solamente por la costumbre; arrojó de sus hombros la toga magistral, no porque pensase quitársela por conveniencia, sino porque era un fardo insoportable, una túnica de Neso fecunda en torturas.

Llegó vacilante hasta el patio Dauphine, descubrió su coche, despertó al cochero abriendo la puerta personalmente, y se dejó caer sobre los almohadones, señalando con el dedo la dirección del *fau-bourg* de Saint Honoré. El cochero partió.

Todo el peso de su fama hundida acababa de caer sobre su cabeza; este peso aplastaba; no sabía las consecuencias; no las había calculado; las sentía y no razonaba su código como el frío asesino que comenta un artículo conocido.

Tenía a Dios en el fondo de su corazón.

—¡Dios! —murmuraba sin saber siquiera lo que decía—. ¡Dios, Dios!

No veía más que a Dios en medio del desmoronamiento que acababa de producirse.

El coche rodaba con rapidez; Villefort, agitándose sobre sus almohadones, sentía que algo le molestaba.

Llevó la mano al objeto: era un abanico olvidado por la señora de Villefort entre el almohadón y el respaldo del coche; aquel abanico despertó un recuerdo y ese recuerdo fue un rayo en medio de la noche.

Villefort pensó en su mujer.

—¡Oh! —exclamó como si un hierro candente le atravesase el corazón.

En efecto, desde hacía una hora no tenía a la vista más que una cara de su miseria, y he aquí que de repente se ofrecía otra a su espíritu, y ésta no era menos terrible.

Esa mujer, acababa de ser con ella un juez inexorable, acababa de condenarla a muerte; y ella, aterrada, aplastada por los remordimientos, hundida bajo la vergüenza que acababa de hacerle con la elocuencia de su irreprochable virtud, ella, pobre mujer débil y sin defensa contra un poder absoluto y supremo. Tal vez ella se preparaba a morir en aquel instante.

Ya había transcurrido una hora desde su condenación; sin duda en aquel momento repasaba todos sus crímenes de memoria, pedía perdón a Dios y escribía una carta para implorar de rodillas el perdón de su virtuoso marido; perdón que ella compraba con su muerte.

Villefort lanzó un segundo rugido de dolor y rabia.

—¡Ah! —exclamó moviéndose sobre el raso de la carroza—. ¡Esta mujer no es criminal más que por haberme tocado! Yo soy el criminal, yo; y ha adquirido el crimen como se coge el tifus, el cólera o la peste... ¡Y yo la castigo!... Me he atrevido a decirle: ¡Arrepiéntete, muere!... ¡Yo! ¡Oh, no, no! Ella vivirá..., me seguirá, huiremos..., dejaremos Francia y correremos por la tierra mientras nos sostenga. Le hablaba del cadalso... ¡Gran Dios! ¿Cómo he podido

pronunciar esa palabra? Pero, a mí también, a mí me espera el caldoso... Huiremos... Sí, me confesaré a ella. Sí, todos los días le diré, humillándome, que he cometido un crimen... ¡Oh, alianza del tigre y la serpiente! ¡Oh, digna mujer de un hombre como yo!... Es preciso que viva, es necesario que mi infamia haga palidecer la suya.

Y Villefort hundió más que bajó el cristal de delante de su cupé.

—¡Rápido, más rápido! —exclamó con voz que hizo saltar al cochero en su asiento.

Los caballos, azuzados por el miedo, volaron hasta la casa.

—Sí, sí —se repetía Villefort a medida que se aproximaba a su casa—. Sí, es necesario que esa mujer viva, es preciso que se arrepienta y que eduque a mi hijo, mi pobre hijo, el único que con el indestructible viejo ha sobrevivido a la destrucción de la familia. Ella lo ama; por él ha hecho todo esto. No se puede culpar nunca a una mujer que ama tanto a su hijo; ella se arrepentirá; nadie sabrá que ella fue culpable; esos crímenes cometidos en mi casa y que empiezan a inquietar a todos, se olvidarán con el tiempo, y si algún enemigo se acuerda, ¡pues bien!, lo tomaré en mi lista de crímenes. Uno, dos, tres más, poco importan. Mi mujer se salvará llevándose el oro, y sobre todo llevándose a su hijo lejos del abismo en el que me parece que el mundo va a hundirse conmigo. Ella vivirá, será feliz todavía, puesto que todo su amor está en su hijo, y su hijo no la abandonará. Habré hecho una buena acción; esto alivia mi corazón.

Y el procurador del rey respiró más libremente de lo que había hecho en mucho tiempo.

El coche se detuvo en el patio de la vivienda.

Villefort se abalanzó del estribo a la escalinata; vio a los criados sorprendidos por verle regresar tan pronto. No leyó otra cosa en sus rostros; ninguno le dirigió la palabra; sólo se detuvieron delante suyo, como tenían por costumbre, para dejarle pasar.

Pasó ante la habitación de Noirtier, y por la puerta entreabierta percibió como dos sombras, pero no se inquietó por la persona que estaba con su padre; era a otro sitio a donde le llevaba su inquietud.

—Veamos —dijo subiendo la escalerita que conducía al rellano en que estaban los aposentos de su mujer y la habitación vacía de Valentina—. Veamos, aquí no ha cambiado nada.

Ante todo cerró la puerta del rellano.

—Es preciso que nadie nos moleste —dijo—, es necesario que pueda hablarle libremente, acusarme delante de ella, decirle todo...

Se aproximó a la puerta, puso la mano en el botón de cristal, la puerta cedió.

—¡No está cerrada! Oh, bien, muy bien —murmuró.

Y entró en el saloncito en el que por las noches se hacía el lecho para Eduardo; porque aunque estaba en un pensionado, Eduardo dormía en casa: su madre nunca quiso separarse de él.

Abarcó de una mirada todo el saloncito.

—Nadie —dijo—, sin duda estará en su dormitorio. Se abalanzó hacia la puerta. Allí estaba echado el cerrojo. Se detuvo aterrado.

—¡Eloisa! —gritó.

Le pareció que se movía un mueble.

—¡Eloisa! —repitió.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz de la aludida.

Le pareció que aquella voz era más débil que de costumbre.

—¡Abre, abre! —exclamó Villefort—. ¡Soy yo!

Pero a pesar de esta orden, no obstante el tono angustioso con que fue dada, no abrió.

Villefort hundió la puerta de un puntapié.

A la entrada de la habitación que daba con su tocador, la señora de Villefort permanecía en pie, pálida, las facciones contraídas y mirándole con unos ojos de una fijeza espantosa.

—¡Eloisa, Eloisa! —dijo—. ¿Qué tienes? ¡Habla!

La joven mujer tendió hacia él su mano rígida y lívida.

—Está hecho, señor —dijo ella con un ronquido que parecía rasgar su garganta—. ¿Qué más quiere usted?

Y cayó desde su altura sobre la alfombra.

Villefort corrió a ella, le cogió la mano. Aquella mano cerraba convulsivamente un frasquito de cristal con cierre de oro.

La señora de Villefort estaba muerta.

Villefort, borracho de horror, retrocedió hasta el umbral de la habitación y miró el cadáver.

—¡Hijo mío! —gritó de pronto—. ¿Dónde está mi hijo? ¡Eduardo, Eduardo!

Se precipitó fuera del aposento gritando:

—¡Eduardo, Eduardo!

Este nombre era pronunciado con tal acento de angustia que todos los criados corrieron a él.

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? —preguntó Villefort—. Que le alejen de la casa, que no vea...

—El señorito Eduardo no está abajo, señor —respondió el ayuda de cámara.

—Sin duda juega en el jardín, véalo, véalo.

—No, señor. La señora llamó a su hijo hace una media hora; el señorito Eduardo entró en el cuarto de la señora y aún no ha descendido desde entonces.

Un sudor helado inundó la frente de Villefort, sus pies tropezaron en las baldosas, sus ideas empezaron a darle vueltas en la cabeza, como las ruedas desordenadas de un reloj que se rompe.

—¡Con la señora! —murmuró—. ¡Con la señora!

Y regresó lentamente sobre sus pasos, enjugándose la frente con la mano, apoyándose de una a otra pared.

Al entrar en la habitación tenía que ver el cuerpo de la desgraciada mujer.

Para llamar a Eduardo había que despertar el eco de aquel aposento convertido en ataúd; hablar era violar el silencio de la tumba.

Villefort sintió la lengua paralizada en su garganta.

—Eduardo, Eduardo —balbució.

El niño no respondía. ¿En dónde se encontraba aquel niño que, según los criados había entrado en el cuarto de su madre y aún no había salido?

Villefort dio un paso hacia adelante.

El cadáver de la señora de Villefort estaba caído de través en la puerta del tocador, en el cual se encontraría necesariamente Eduardo; aquel cadáver parecía velar en el umbral con sus ojos fijos y abiertos, con una espantosa y misteriosa ironía sobre sus labios.

Tras el cuerpo, la cortina levantada, dejaba ver una parte del tocador, un piano de pie y el extremo de un sillón de satén azul.

Villefort dio dos o tres pasos más y sobre el diván vio a su hijo acostado.

Sin duda el niño dormía.

El desdichado tuvo un rapto de alegría; un rayo de pura luz descendió en aquel infierno en que se debatía.

No se trataba más que de pasar por encima de aquel cadáver, entrar en el tocador, coger el niño en sus brazos y huir con él, lejos, bien lejos.

Villefort ya no era el hombre cuya corrección le hacía el tipo del hombre civilizado; era un tigre herido de muerte que dejaba sus dientes rotos en la última herida.

No temía los prejuicios, pero sí a los fantasmas. Tomó impulso y saltó por encima del cadáver, como si se tratase de franquear un brasero ardiendo.

Levantó a su hijo en sus brazos, lo estrechó, lo sacudió, lo llamó; el niño no respondía. Pegó sus labios ávidos a sus mejillas, y las encontró heladas y lívidas; palpó sus miembros rígidos; apoyó su mano sobre su corazón, pero éste no latía ya.

El niño estaba muerto.

Un papel plegado en cuatro cayó del pecho de Eduardo.

Villefort, espantado, se dejó caer de rodillas; el niño escapó de sus brazos inertes y rodó al lado de su madre.

Villefort recogió el papel, reconoció la escritura de su esposa y lo leyó ávidamente:

He aquí lo que contenía:

«Usted sabía que era una buena madre, pues por mi hijo me hice criminal.

»Una buena madre no se marcha sin su hijo».

Villefort no podía dar crédito a sus ojos; no podía creer en su razón. Se arrastró hacia el cuerpo de Eduardo, que examinó una vez más con esa atención minuciosa que pone la leona al mirar a su cachorro muerto.

Luego, un grito desgarrador escapó de su pecho.

—¡Dios! —murmuró—. ¡Siempre Dios!

Estas dos víctimas le espantaban, sentía crecer en él el horror de aquella soledad poblada de dos cadáveres.

Hacía poco estaba sostenido por la rabia, esa inmensa facultad de los hombres fuertes; por la desesperación, esa virtud suprema de la agonía, que empujaba a los Titanes a escalar el cielo, y a Ajax a mostrar el puño a los dioses.

Villefort, ahora, inclinó su cabeza bajo el peso de los dolores, se levantó sobre sus rodillas, sacudió los cabellos húmedos de sudor, erizados de espanto, y aquel que no había tenido piedad de nadie, se fue en busca del anciano, su padre, para tener, en su debilidad, a alguien a quien contar su desgracia, a alguien cerca para llorar.

Descendió la escalera que ya conocemos y entró en el cuarto de Noirtier.

Cuando Villefort entró, Noirtier parecía dispuesto a escuchar, tan afectuosamente como le permitía su inmovilidad, al abate Busoni, siempre tan sereno y tan frío como de costumbre.

Villefort, al descubrir al abate, se llevó la mano a la frente. El pasado volvió a su memoria como una de esas olas en que la violencia levanta más espuma que en las otras.

Se acordó de la visita que había hecho al abate dos días después de la cena de Auteuil, y de la visita que le hizo el mismo abate el día de la muerte de Valentina.

—¡Usted aquí, señor! —dijo—. Pero usted no se me aparece más que para escoltar la muerte.

Busoni se incorporó; al ver la alteración del rostro del magistrado comprendió que la escena de la Audiencia ya se había cumplido; ignoraba el resto.

—Había venido para rezar sobre el cuerpo de su hija —respondió Busoni.

—¿Y hoy, qué viene a hacer?

—Vengo a decirle que usted me ha pagado su deuda, y que a partir de este momento voy a rogar a Dios que se conforme como yo.

—¡Dios mío! —exclamó Villefort retrocediendo con el espanto pintado en su rostro—. Esa voz, esa voz no es la del abate Busoni.

—No.

El abate se arrancó la falsa tonsura, sacudió la cabeza, y sus largos cabellos dejaron de estar comprimidos, cayeron sobre sus hombros y encuadraron su pálido rostro.

—Es el rostro del señor de Montecristo —exclamó Villefort con ojos aterrados.

—Incluso no soy ése, señor procurador del rey; busque mejor y más lejos.

—¡Esa voz, esa voz! ¿Dónde he oído esa voz por primera vez?

—La oyó por primera vez en Marsella, hace veintitrés años, el día de su boda con la señorita de Saint-Méran. Busque en sus legajos.

—¿No es usted Busoni? ¿No es usted Montecristo? Dios mío, es ese enemigo oculto, implacable, mortal. He hecho algo contra usted en Marsella. ¡Oh, desgraciado de mí!

—Sí, tienes razón; eso está bien —dijo el conde cruzándose de brazos sobre su ancho pecho—. Busca, busca.

—Pero, ¿qué te he hecho? —exclamó Villefort cuya mente ya flotaba en el límite de la razón y la demencia, en esa niebla que no es sueño y que aún no es despertar—. ¿Qué te he hecho? ¡Di, habla!

—Me ha condenado a una muerte lenta y odiosa; ha matado mi padre; me ha arrebatado el amor con la libertad, y la fortuna con el amor.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted? ¡Dios mío!

—Soy el espectro de un desgraciado a quien usted enterró en los calabozos del castillo de If. A ese espectro salido al fin de su tumba, Dios le puso la máscara del conde de Montecristo, y le cubrió de diamantes y de oro para que usted no le reconociese hoy.

—¡Ah! Te reconozco, te reconozco —dijo el procurador del rey—. Tú eres...

—¡Soy Edmond Dantés!

—Tú eres Edmond Dantés —exclamó el procurador del rey cogiendo al conde por la muñeca—. Entonces, ven.

Y lo arrastró por la escalera, por la cual le siguió Montecristo asombrado, ignorante de adonde le llevaba el procurador del rey, y presintiendo alguna nueva catástrofe.

—Mira, Edmond Dantés —dijo enseñando al conde el cadáver de su esposa y el cuerpo de su hijo—. ¡Mira, ahí tienes! ¿Estás bien vengado?

Montecristo palideció ante aquel espantoso espectáculo; comprendió que acababa de sobrepasar los derechos de la venganza; supo que ya no podía decir: «Dios está por mí y conmigo».

Lanzose con un sentimiento de angustia inexplicable sobre el cuerpo del niño, abrió sus ojos, tanteó su pulso, y pasó con él a la habitación de Valentina que cerró con doble vuelta de llave.

—¡Hijo mío! —exclamó Villefort—. ¡Se lleva el cadáver de mi hijo! ¡Oh, maldición! ¡Desgracia! ¡Muerte para ti!

Y quiso lanzarse tras de Montecristo; pero como en un sueño, se sintió clavado por los pies, sus ojos se dilataron hasta salirse de sus órbitas, sus dedos, engarfiados sobre la carne de su pecho, se hundieron en él hasta que la sangre enrojeció sus uñas; las venas de sus sienes se hincharon de líquidos ardientes, que fueron a levantar la bóveda demasiado estrecha de su cráneo y ahogaron su cerebro en un diluvio de fuego.

Esta situación duró varios minutos, justo hasta que el trastorno de la razón se completó.

Entonces lanzó un grito seguido de una espantosa carcajada, y se precipitó por la escalera.

Un cuarto de hora después la habitación de Valentina se volvió a abrir, y el conde de Montecristo reapareció.

Pálido, mortecina la mirada, el pecho oprimido, todos los rasgos de su cara, corrientemente tan serenos y nobles, se habían trastornado con el dolor.

Tenía en sus brazos al niño, al cual ningún socorro había podido devolverle la vida.

Puso una rodilla en tierra y lo depositó religiosamente cerca de su madre, la cabeza apoyada sobre su pecho.

Luego, levantándose, salió, y al encontrar a un criado en la escalera, le preguntó:

—¿Dónde está el señor de Villefort?

El criado, sin responderle, alargó la mano hacia la parte del jardín.

Montecristo descendió la escalinata, avanzó hacia el lugar señalado, y vio, en medio de sus criados, haciendo círculo alrededor suyo, a Villefort con una azada en la mano y removiendo la tierra con una especie de rabia.

—Aún no es aquí —decía—. ¡Aún no es aquí!

Y cavaba en otra parte.

Montecristo se aproximó a él, y en un tono casi humilde, le dijo:

—Señor, acaba de perder un hijo, pero...

Villefort le interrumpió; no le había escuchado ni entendido.

—¡Oh! Ya lo encontraré —dijo—. Usted pretende que no está aquí, pues lo encontraré aunque tenga que buscar hasta el día del Juicio.

Montecristo retrocedió espantado.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Se ha vuelto loco!

Y como si temiese que los muros de aquella casa maldita se desplomasen sobre él, se lanzó a la calle, dudando por primera vez del derecho que tenía de hacer lo que hacía.

—¡Oh! Basta, basta con esto —dijo—. ¡Salvemos al último!

Al entrar en su casa, Montecristo encontró a Morrel, que vagaba por la mansión de los Campos Elíseos, silencioso como una sombra que espera el momento fijado por Dios para entrar en su tumba.

—Prepárese, Maximilien —le dijo con una sonrisa—. Mañana abandonamos París.

—¿No tiene usted nada más que hacer? —preguntó Morrel.

—No —respondió Montecristo—. Y Dios quiera que no haya hecho demasiado.

La partida

Los acontecimientos que acababan de pasar preocupaban a todo París.

Emmanuel y su mujer se los referían con gran sorpresa en su saloncito de la calle Meslay; relacionaron aquellas tres catástrofes tan repentinas como inesperadas, de Morcerf, de Danglars y de Villefort.

Maximilien que había acudido a hacerles una visita, les escuchaba o más bien asistía a su conversación, hundido en su insensibilidad habitual.

—En verdad —decía Julia—, no dirán, Emmanuel, que todas esas gentes ricas, tan dichosas ayer, habían olvidado en el cálculo sobre el que establecieron su fortuna, su dicha y su consideración, la parte del genio malo, y éste, como en los cuentos de hadas de Perrault, a quienes se olvida invitar a una boda o un bautizo, se presentó de repente para vengarse de tan fatal olvido.

—¡Cuántos desastres! —decía Emmanuel pensando en Morcerf y en Danglars.

—¡Cuántos sufrimientos! —decía Julia, acordándose de Valentina, que por instinto de mujer no quería nombrar delante de su hermano.

—Si es Dios quien los ha castigado —decía Emmanuel— es que Dios que es la suprema bondad, no ha encontrado nada en el pasado de esas personas que merezca la atenuación de la pena; es porque esas gentes estaban malditas.

—¿No eres más bien temerario en tus juicios, Emmanuel? —dijo Julia—. Cuando mi padre, la pistola en la mano, estaba dispuesto a saltarse la tapa de los sesos, si alguno hubiese dicho como tú dices ahora: «Ese hombre merece su castigo», ¿ese alguien no se habría engañado?

—Sí, pero Dios no permitió que nuestro padre sucumbiese, como no permitió que Abrahan sacrificase a su hijo. Al patriarca, como a nosotros, le envió un ángel que cortó a medio camino las alas de la muerte.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó el sonido de la campanilla.

Era la señal por la que advertía el conserje que llegaba una visita.

Casi al mismo tiempo se abrió la puerta del salón y el conde de Montecristo apareció en el umbral.

Un doble grito de alegría partió de los dos jóvenes.

Maximilien levantó la cabeza y volvió a dejarla caer.

—Maximilien —dijo el conde sin demostrar que notase las diferentes expresiones que su presencia causaba en sus huéspedes—, vengo a buscarlo.

—¿A buscarme? —dijo Morrel como saliendo de un sueño.

—Sí —replicó Montecristo—, ¿no hemos quedado en que le llevo conmigo, y no le he prevenido que estuviese listo?

—Aquí me tiene —dijo Maximilien—, había venido a decir adiós.

—¿Y adónde va usted, señor conde? —preguntó Julia.

—A Marsella, primero, señora.

—¿A Marsella? —repitieron a coro los dos jóvenes.

—Sí, y les cojo a su hermano.

—¡Ay! Señor conde —exclamó Julia—, devuélvanoslo curado. Morrel se volvió para ocultar su rubor.

—Entonces, ¿se ha dado usted cuenta de que sufría? —preguntó el conde.

—Sí —respondió la joven—, y tengo miedo de que se aburra con nosotros.

—Yo le distraeré —añadió el conde.

—Estoy listo, señor —indicó Maximilien—. ¡Adiós, mis buenos amigos! ¡Adiós, Emmanuel, adiós, Julia!

—¿Cómo adiós? —exclamó la muchacha—. ¿Se marcha así de repente, sin preparativos, sin pasaportes?

—Esas son las dilaciones que aumentan el pesar de las separaciones —dijo Montecristo—, y Maximilien, estoy seguro, ha debido prevenirse de todo; yo se lo había recomendado.

—Tengo mi pasaporte, y mis maletas están hechas —dijo Morrel con su monótona tranquilidad.

—Muy bien —comentó Montecristo, sonriendo—. Se reconoce la exactitud del buen soldado.

—¿Y usted nos abandona así, al instante? —inquirió Julia—. ¿No nos da usted un día, ni siquiera una hora?

—Mi coche está a la puerta, señora; es preciso que esté en Roma dentro de cinco días.

—Pero Maximilien no va a Roma —dijo Emmanuel.

—Voy adonde le guste llevarme al conde —dijo Morrel con una triste sonrisa—. Aún le pertenezco por un mes.

—¡Oh, Dios mío! ¿Cómo dice eso, señor conde?

—Maximilien me acompaña —indicó el conde con su persuasiva afabilidad—. Tranquilícense ustedes acerca de su hermano.

—¡Adiós, hermana! —repitió Morrel—. ¡Adiós, Emmanuel!

—Me lacera el corazón con su indiferencia —señaló Julia—. ¡Oh, Maximilien, Maximilien, nos ocultas algo!

—¡Bah! —dijo Montecristo—. Ya lo verá regresar alegre, risueño y dichoso.

Maximilien lanzó a Montecristo una mirada casi desdeñosa y casi irritada.

—¡Partamos! —indicó el conde.

—Antes de que usted se marche, señor conde —dijo Julia—, me permitirá decirle todo lo que el otro día...

—Señora —repuso el conde, cogiéndole las dos manos—, todo lo que va a decirme no vale lo que yo leo en sus ojos, lo que su corazón piensa, lo que el mío siente. Como los bienhechores de las novelas, yo hubiese debido partir sin volver a verla, pero esta virtud está por encima de mis fuerzas, porque yo soy un hombre débil y vanidoso, porque la mirada húmeda, alegre y tierna de mis semejantes me causa bien. Ahora me marcho, y llevo mi egoísmo hasta decir: no me olviden, mis buenos amigos, porque probablemente ya no me verán más.

—¡No le veremos más! —exclamó Emmanuel, mientras que dos gruesas lágrimas rodaban sobre las mejillas de Julia—. ¡No verle más! Pero no es un hombre, es un Dios quien nos deja, y ese Dios va a remontarse al cielo después de haber aparecido sobre la tierra para hacer el bien.

—No diga eso —repuso con viveza Montecristo—. No diga eso nunca, amigo mío; los dioses nunca hacen el mal, los dioses se quedan en donde ellos quieren detenerse; el azar no es más fuerte

que ellos, y son ellos, por el contrario, quienes dominan al azar. No, yo soy un hombre, Emmanuel, y su admiración es tan injusta que sus palabras son sacrílegas.

Y aplicando sus labios a la mano de Julia, que se echó en sus brazos, alargó la otra mano a Emmanuel; luego, arrancándose de aquella casa, dulce nido en el que la dicha era su huésped, arrastró tras de sí a Maximilien, pasivo, insensible y consternado como lo estaba desde la muerte de Valentina.

—¡Devuelva la alegría a mi hermano! —dijo Julia al oído de Montecristo.

Montecristo le estrechó la mano como se lo había hecho once años antes en la escalera que conducía al despacho de Morrel.

—¿Se fía usted aún de Simbad el Marino? —le preguntó sonriendo.

—¡Oh, sí!

—Pues bien, duerma en la paz y en la confianza del Señor.

Como ya hemos dicho, la silla de posta esperaba; cuatro vigorosos caballos erizaban sus crines y patearon el suelo con impaciencia.

Al pie de la escalinata esperaba Alí, el rostro reluciente de sudor; parecía llegar de una larga carrera.

—¿Y bien? —le preguntó el conde en árabe—. ¿Has estado en casa del anciano?

Alí hizo signo de que sí.

—¿Y le has desplegado la carta ante sus ojos, así, como te había ordenado?

—Sí —indicó aún respetuosamente el esclavo.

—¿Y qué ha dicho, o más bien, qué ha hecho?

Alí se colocó bajo la luz, de manera que su amo pudiese verle, e imitando con su inteligencia tan fiel, la fisonomía del anciano, cerró los ojos como hacia Noirtier cuando quería decir: Sí.

—Bien, acepta —dijo Montecristo—. ¡Partamos!

Apenas había dejado escapar esta palabra cuando ya el coche rodaba y los caballos hacían saltar del empedrado una nube de chispas. Maximilien se acomodó en su rincón sin decir una sola palabra.

Transcurrió una media hora; la calesa se detuvo de pronto; el conde acababa de tirar del cordoncito de seda que correspondía a un dedo de Alí.

El nubio descendió y abrió la puerta.

La noche brillaba llena de estrellas. Estaban en lo alto del monte de Villejuif, sobre la planicie de París, que parecía un sombrío mar, agitado de millones de lucecitas que semejaban olas fosforescentes; olas, en efecto, olas más ruidosas, más apasionadas, más móviles, más ávidas y más furiosas que las del océano irritado; olas que no conocían la calma como las del vasto mar; olas que chocaban siempre, que espumeaban siempre y tragan sin cesar.

El conde permaneció solo, y a una señal de su mano el coche avanzó unos pasos.

Entonces consideró durante mucho tiempo, con los brazos cruzados, aquella fragua en la que se funden, se tuercen y se moldean todas las ideas que se lanzan desde el abismo hirviente para ir a agitar al mundo. Después, cuando hubo detenido bastante su mirada poderosa sobre aquella Babilonia que hacía soñar a los poetas religiosos igual que a los atiesados materialistas, murmuró inclinando la cabeza y juntando las manos como si estuviese orando:

—¡Gran ciudad! Hace seis meses que franquéé tus puertas. Creo que el espíritu de Dios me había conducido y me lleva triunfante; el secreto de mi presencia en tus muros lo he confiado a ese Dios que únicamente ha podido leer en mi corazón; sólo Él sabe que me retiro sin odio y sin orgullo, pero no sin pesar; sólo Él sabe que no he hecho uso, ni para mí ni para causas inútiles, del poder que me había confiado. ¡Oh, gran ciudad! En tu seno palpitante he encontrado lo que buscaba; minero paciente, he removido tus entrañas para extraerte el mal; ahora mi obra está cumplida, mi misión terminada; ahora ya no puedes ofrecerme gozos ni dolores. ¡Adiós, París! ¡Adiós!

Su mirada se paseó una vez más sobre la vasta planicie, como la de un genio nocturno; después, pasando la mano sobre su frente, volvió a subir en su coche, que cerró tras de sí, y que desapareció en seguida por el otro lado de la montaña entre un remolino de polvo y ruido.

Hicieron dos leguas sin pronunciar una sola palabra. Morrel soñaba. Montecristo le contemplaba curioso.

—Morrel —le dijo el conde—, ¿se arrepentirá de haberme seguido?

—No, señor conde; pero abandonar París...

—Si hubiese creído que la dicha le aguardaba en París, Morrel, le hubiese dejado.

—En París es en donde reposa Valentina, y abandonar París es perderla por segunda vez.

—Maximilien —dijo el conde—, los amigos que hemos perdido no reposan en la tierra: están encerrados en nuestro corazón, y Dios ha sido quien lo ha dispuesto así para que siempre estemos acompañados. Yo tengo dos amigos que siempre me acompañan así: uno es aquel que me dio la vida y el otro es quien me dio la inteligencia. El espíritu de ambos viven en mí. Los consulto en las dudas, y si he hecho algún bien se lo debo a sus consejos. Consulte la voz de su corazón, Morrel, y pregúntele si debe continuar poniéndome esa mala cara.

—Amigo mío —respondió Maximilien—, la voz de mi corazón está muy triste y no me promete más que desdichas.

—Es propio a los espíritus débiles ver todas esas cosas a través de un velo; el alma es la que se forma a sí misma sus horizontes; su alma es sombría y le presenta un cielo tormentoso.

—Eso tal vez sea cierto —admitió Maximilien. Y volvió a caer en su ensoñación.

El viaje se hizo con esa maravillosa rapidez que era uno de los poderes del conde; las ciudades pasaban como sombras en su camino; los árboles, sacudidos por los primeros vientos del otoño, parecían salir a su encuentro como gigantes desgredados que huían rápidamente al ser alcanzados. Al día siguiente por la mañana llegaron a Chalon, donde les esperaba el barco a vapor del conde; sin perder un momento el coche fue trasladado a bordo; los dos viajeros ya estaban embarcados.

El barco estaba construido para correr y se hubiese dicho que era una piragua india; sus dos ruedas parecían dos alas con las cuales cortaba el agua como un pájaro viajero; el mismo Morrel experimentó esa especie de borrachera de la velocidad; y a veces, el viento que hacía flotar sus cabellos parecía dispuesto por un instante a borrar las nubes de su ceño.

En cuanto al conde, a medida que se alejaba de París una serenidad casi sobrehumana parecía envolverle en una aureola. Se hubiese creído en un exiliado que volvía a su patria.

En seguida apareció Marsella, blanca, tibia, viviente; Marsella, hermana menor de Tiro y de Cartago, y que las sucedió en el imperio del Mediterráneo; Marsella, siempre más joven a medida que envejece, apareció ante sus ojos. Para ambos eran objeto de fecun-

dos recuerdos aquella torre redonda, aquel fuerte de San Nicolás, aquel Ayuntamiento de Puget, aquel puerto de muelles de ladrillo en donde ambos habían jugado de niño.

También, de común acuerdo, ambos se detuvieron sobre la Canebière.

Un barco partía para Argelia; los paquetes, los pasajeros, agolpados en cubierta, la muchedumbre de padres, de amigos que decían adiós, que gritaban y lloraban, espectáculo siempre conmovedor incluso para aquellos que asisten a él todos los días; este movimiento no pudo distraer a Maximilien de una idea que se le había ocurrido desde el instante en que posó sus pies en las anchas baldosas del muelle.

—Fíjese —dijo cogiendo el brazo de Montecristo—, he aquí el lugar en que se detuvo mi padre cuando el *Faraón* entró en el puerto; aquí el buen hombre que usted salvó de la muerte y del deshonor se arrojó en mis brazos; aún siento la impresión de sus lágrimas sobre mi rostro, y él no lloraba solo, muchas personas también lloraban al verle.

Montecristo sonrió.

—Yo estaba allí —dijo señalando a Morrel la esquina de una calle.

Cuando decía esto, y en la dirección que indicaba el conde, se oyó un sollozo de dolor y se vio a una mujer que hacía señas a un pasajero del navío que partía. Aquella mujer estaba velada; Montecristo la siguió con la vista con una emoción que Morrel hubiese notado fácilmente si sus ojos, al contrario de los del conde, no estuviesen posados en el barco.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Morrel—. No me engaño, ese joven que saluda con su sombrero, ese joven de uniforme es Alberto de Morcerf.

—Sí —dijo Montecristo—, ya le había reconocido.

—¿Cómo puede ser eso? Usted miraba al lado opuesto.

El conde sonrió, como hacía cuando no quería responder. Y sus ojos se posaron sobre la mujer velada, que desapareció por la esquina de la calle. Entonces se giró.

—Mi querido amigo —dijo a Maximilien—, ¿no tiene alguna cosa que hacer en esta tierra?

—Ir a llorar a la tumba de mi padre —respondió sordamente Morrel.

—Está bien, vaya entonces, y espéreme allá; iré a buscarle.

—¿Me deja?

—Sí... yo también tengo que hacer una visita piadosa.

Morrel dejó caer su mano en la mano que le tendía el conde; después, con un movimiento de cabeza, cuya melancolía sería imposible describir, dejó al conde y se dirigió hacia el este de la ciudad.

Montecristo dejó que se alejase Maximilien, permaneciendo en el mismo lugar hasta que hubo desaparecido, entonces se encaminó hacia las Avenidas de Meilhan, a fin de encontrar la casita que al principio de esta historia debió ser familiar a nuestros lectores.

Esta casa aún se erigía a la sombra de la gran alameda de tilos que sirve de paseo a los marseleses ociosos, tapizada de amplios emparrados que crecen sobre la piedra amarilleada por el ardiente sol del Mediodía, con sus troncos ennegrecidos y descarnados por la edad. Dos escalones de piedra, desgastados por el roce de las pisadas, conducían a la puerta de entrada, puerta hecha con tres planchas de madera que jamás, pese a sus reparaciones anuales, había conocido el empaste y la pintura, esperando pacientemente que la humedad volviese para juntarlas.

Esta casa, encantadora a pesar de su vetustez, alegre pese a su apariencia mísera, era exactamente la misma que habitara en otros tiempos el padre de Dantés. El anciano sólo ocupaba el piso superior, y el conde puso toda la casa a disposición de Mercedes.

Aquí fue donde entró aquella mujer de gran velo que Montecristo había visto alejarse del navío que partía; cerraba la puerta en el momento en que él aparecía por la esquina de una calle, de manera que la vio desaparecer justo en el momento en que la encontraba.

Para él los escalones gastados eran viejos conocidos; sabía mejor que nadie cómo se abría aquella puerta, a la que un clavo de gran cabeza levantaba el picaporte interior.

Así, pues, entró sin llamar, sin prevenir, como un amigo, como un dueño.

Al extremo de una alameda pavimentada de ladrillo se abría, rico en calor, en sol y en luz, un jardincito, el mismo en que, en el lugar señalado, Mercedes encontró la cantidad que la delicadeza del conde hizo aparecer como depositada hacía veinticuatro años; desde el umbral de la puerta se descubrían los primeros árboles de aquel jardín.

Llegado al umbral, Montecristo oyó un suspiro que se parecía a un sollozo; este suspiro guió su mirada, y bajo un macizo de jazmines de Virginia de espeso follaje y con grandes flores púrpura, percibió a Mercedes, sentada, inclinada y llorando.

Se había levantado el velo, y sola, de cara al cielo, el rostro oculto entre sus manos, daba libre salida a sus suspiros y a sus sollozos, tan largo tiempo contenidos por la presencia de su hijo.

Montecristo avanzó algunos pasos; la arena rechinó bajo sus pies.

Mercedes levantó la cabeza y lanzó un grito de espanto al ver un hombre ante ella.

—Señora —dijo el conde—, no está en mis manos traerle la felicidad, pero le ofrezco el consuelo: ¿Desdeñaría aceptarlo como procedente de un amigo?

—Soy, en efecto, muy desgraciada, —respondió Mercedes—, sola en el mundo... No tenía más que un hijo, y me ha abandonado.

—Ha hecho bien, señora —replicó el conde—, y tiene un noble corazón. Ha comprendido que todo hombre debe un tributo a la patria: unos con su talento, otros con su trabajo; éstos con sus vigiliass y aquéllos con su sangre. Quedándose con usted, habría consumido su vida de una manera casi inútil, no se hubiese podido acostumar a su sufrimiento. Se volvería rencoroso en su impotencia, y así se volverá grande y fuerte luchando contra su adversidad que transformará en suerte. Déjele reconstruir un futuro para ambos, señora; me atrevo a decirle que lo tiene seguro en sus manos.

—¡Oh! —exclamó la pobre mujer, sacudiendo tristemente la cabeza—. Esa fortuna de que me habla, y que ruego a Dios le conceda desde el fondo de mi alma, no la gozaré. Se han roto tantas cosas en mí y alrededor mío, que ya me siento cerca de mi tumba. Ha hecho usted bien, señor conde, en acercarme al lugar en que he sido feliz: es allí, donde se ha sido dichosa, donde se debe morir.

—¡Ay! —dijo Montecristo—. Todas sus palabras, señora, caen amargas y abrasadoras sobre mi corazón, tanto más amargas y abrumadoras, cuanto que usted tiene motivos para odiarme; yo he sido quien ha causado todos sus males. ¿No me compadecerá en vez de acusarme? Aún me haría más desgraciado.

—¿Odiarle, acusarle, a usted, Edmond...? Odiar al hombre que ha salvado la vida de mi hijo, porque su intención fatal y sangrienta, ¿no es cierto?, la de matar al señor de Morcerf, ese hijo del que

estaba tan orgulloso... ¡Oh, míreme, y verá que no hay en mí la apariencia de un reproche!

El conde levantó la vista y la posó sobre Mercedes, quien, medio en pie, alargaba hacia él sus manos.

—¡Oh! Míreme —prosiguió ella, con un sentimiento de profunda melancolía—. Se puede resistir hoy el brillo de mis ojos, ya no son los tiempos en que venía a sonreír a Edmond Dantés, que me esperaba allá arriba, en la ventana de esa buhardilla que habitaba su anciano padre... Desde aquella época han transcurrido muchos días dolorosos, que han cavado con un gran abismo entre mí y aquel tiempo. ¡Acusarle, Edmond, odiarle, amigo mío! No, no soy yo quien acusa y quien odia. ¡Oh, miserable de mí! —exclamó juntando sus manos y levantando los ojos al cielo—. He sido castigada... Tenía la religión, la inocencia y el amor, esas tres dichas que hacen los ángeles, y, ¡miserable de mí!, dudé de Dios.

Montecristo dio un paso hacia ella y silenciosamente le tendió la mano.

—No —dijo ella retirando dulcemente la suya—, no, amigo mío, no me toque. Me ha perdonado y, sin embargo, de cuantos ha herido yo era la más culpable. Todos los demás actuaron por odio, por avaricia, por egoísmo; yo actué por cobardía. Ellos ambicionaban, yo tenía miedo. No, no me estreche la mano. Edmond, usted piensa en alguna palabra afectuosa, lo siento, pero no la diga; guárdela para otra, porque yo no soy digna. Vea... —descubrió por completo su rostro—, vea, la desgracia ha tornado grises mis cabellos; mis ojos han vertido tantas lágrimas que están rodeados de venas violáceas; mi frente está arrugada. Usted, por el contrario, sigue siendo joven, apuesto y hermoso, Edmond. Usted ha sido quien tuvo fe; quien ha tenido la fuerza; quien ha descansado en Dios y a quien Dios ha sostenido. Yo he sido cobarde y he renegado; Dios me abandonó, y aquí estoy.

Mercedes se deshizo en lágrimas; el corazón de la mujer se destrozó ante el choque con los recuerdos.

Montecristo tomó su mano y la besó respetuosamente; pero hasta ella sintió que aquel beso no tenía fuego, como el que hubiese depositado el conde sobre la mano de mármol de una estatua de una santa.

—Hay —continuó ella—, existencias predestinadas cuya primera falta destroza todo el porvenir. Le creía muerto y debí morir;

porque, ¿para qué ha servido que haya llevado eternamente luto por usted en mi corazón? Para hacer de una mujer de treinta y nueve años una mujer de cincuenta, y nada más. ¿De qué ha servido que, sola entre todos, le haya reconocido y sólo salvara a mi hijo? ¿No debía también salvar al hombre que, aunque culpable como era, había aceptado por esposo? Sin embargo, le he dejado morir; qué digo yo, Dios mío, he contribuido a su muerte con mi cobarde insensibilidad, con mi desprecio, no recordando, no queriendo pensar que por mí se había hecho perjurio y traidor. ¿De qué sirve, en fin, el que haya acompañado hasta aquí a mi hijo, puesto que aquí lo abandono, puesto que aquí lo dejo irse solo, puesto que lo entrego a esa tierra devoradora de África? ¡Oh! He sido cobarde, se lo digo; he renegado de mi amor y, como los renegados, llevo mi desgracia a cuantos me rodean.

—No, Mercedes —dijo Montecristo—, no; hágase mejor opinión de usted. No, usted es una noble y santa mujer, usted me ha desarmado con su dolor; pero, tras de mí, invisible, desconocido e irritado estaba Dios, de quien yo no era más que el mandatario y quien no ha querido retener el rayo que yo había lanzado. ¡Oh! Conjuro a ese Dios, a los pies del cual me postro cada día desde hace diez años; conjuro a ese Dios, al que había sacrificado mi vida y con mi vida los proyectos que a ella había encadenado. Pero lo digo con orgullo, Mercedes, Dios tenía necesidad de mí, y yo he vivido. Examine el pasado, examine el presente y trate de adivinar el porvenir, y vea si no puedo ser el instrumento del Señor; las más espantosas desgracias, los más crueles sufrimientos, el abandono de todos aquellos que me amaban, la persecución de quienes no conocía, esa es la primera parte de mi vida; luego, de repente, tras la cautividad, la soledad, la miseria, el aire, la libertad, una fortuna tan sorprendente, tan prestigiosa, tan desmesurada que, a menos de estar ciego, he debido pensar que Dios me la enviaba para grandes fines. Desde entonces, esa fortuna me ha parecido ser un sacerdocio; desde entonces, más de un pensamiento mío iba tras esa vida en la que usted, pobre mujer, había, a veces, saboreado su dulzura; y no tenía ni una hora de calma: sintiéndome empujado como las nubes de fuego pasan por el cielo para ir a arrasar las ciudades malditas. Como esos capitanes aventureros que se embarcan para un viaje peligroso, que preparan una expedición arriesgada, dispuse los víveres, reuní las armas, amontoné los medios de ataque y defensa,

acostumbrando mi cuerpo a los ejercicios más violentos, mi alma a los choques más rudos, enseñando a mi brazo a matar, a mis ojos a ver sufrir y a mi boca a sonreír bajo las apariencias más terribles; de bueno, confiado y obediente como era, me hice vengativo, disimulado, malo, o más bien impasible como la sorda y ciega fatalidad. Entonces me lancé por el sendero que me estaba abierto, he franqueado el espacio, he alcanzado la meta, ¡desgraciados aquellos que encontré en mi camino!

—¡Basta! —dijo Mercedes—. ¡Basta, Edmond! Crea que si sola he podido reconocerle, también he podido comprenderle sola. Ahora bien, Edmond, aquella que ha podido reconocerle, aquella que ha podido comprenderlo, la que ha podido ser encontrada en su camino y haber sido destrozada como un vaso, ésa ha debido admirarle, Edmond. ¡Como hay un abismo entre mí y el pasado, existe un abismo entre usted y los demás hombres; y mi mayor tormento, le digo, es comparar; porque no hay nadie en el mundo que le iguale, nadie que se le parezca! Ahora, dígame adiós, Edmond, y separémonos.

—Antes de abandonarla, ¿qué desearía usted, Mercedes? —preguntó Montecristo.

—No ansío más que una cosa, que mi hijo sea feliz.

—Ruegue al Señor, que sólo Él tiene su existencia entre sus manos, que lo libre de la muerte; yo me encargaré del resto.

—Gracias, Edmond.

—Pero, ¿y usted, Mercedes?

—¿Yo? Yo no tengo necesidad de nada, yo vivo entre dos tumbas: una es la de Edmond Dantés, muerto hace tanto tiempo... ¡Lo amaba! Esta palabra no sienta bien a mis labios marchitos, pero mi corazón aún se acuerda, y por nada del mundo quisiera borrar ese recuerdo de mi corazón. La otra, es la de un hombre que Edmond Dantés ha matado; apruebo al matador, pero debo rogar por el muerto.

—Su hijo será feliz, señora —repitió el conde.

—Entonces, yo también seré tan dichosa como pueda serlo él.

—Pero..., en fin..., ¿qué hará usted?

Mercedes sonrió tristemente.

—Decirle que viviré en esta tierra como la Mercedes de otros tiempos, es decir, trabajando, no lo creerá; no sé más que rezar, pero tengo necesidad de trabajar; el pequeño tesoro ocultado por usted ha sido encontrado en la plaza indicada; se indagará quién soy,

se preguntará qué hago, se ignorará cómo vivo, ¡qué importa! Es un asunto entre Dios, usted y yo.

—Mercedes —dijo el conde—, no le hago una reconvención, pero ha exagerado el sacrificio abandonando toda esa fortuna amasada por el señor de Morcerf, y cuya mitad le correspondía de derecho por su economía y desvelos.

—Ya veo lo que quiere proponerme; pero no puedo aceptar, Edmond, mi hijo me lo prohibiría.

—Así, pues, me guardaré bien de no hacer nada por usted sin que tenga la aprobación de Alberto de Morcerf. Está bien, conoceré sus intenciones y me someteré. Pero, ¿si acepta lo que quiero hacer, le imitará sin repugnancia?

—Bien sabe, Edmond, que no soy una criatura juiciosa; la resolución que hay en mí es la de no determinarme nunca. Dios me ha sacudido tanto en sus borrascas que he perdido la voluntad. Estoy entre sus manos como un pajarillo en las garras de un águila. No quiere que muera, ya que vivo. Si me envía socorro, es que desea que los coja.

—Tenga cuidado, señora —dijo Montecristo—, no es así como se adora a Dios. Él quiere que se comprenda y se crea en su poder; para eso nos ha dado el libre albedrío.

—¡Desgraciado! —exclamó Mercedes—. No me hable así; si creyese que Dios me ha dado el libre albedrío, ¿qué me quedaría entonces para salvarme de la desesperación?

Montecristo palideció ligeramente y bajó la cabeza, aplastado por esa vehemencia del dolor.

—¿No quiere decirme adiós? —murmuró tendiéndole la mano.

—Al contrario, quiero decirle adiós —replicó Mercedes enseñándole el cielo con solemnidad—. Eso le probará que aún espero.

Y después de haber tocado la mano del conde con su mano temblorosa, Mercedes se precipitó a la escalera y desapareció a los ojos del conde.

Montecristo salió de la casa y tomó el camino del puerto.

Pero Mercedes no le vio alejarse, aunque fue a la ventana de la habitación del padre de Dantés. Sus ojos buscaban en la lejanía el barco que se llevaba a su hijo hacia el ancho mar.

Es cierto que su voz, a pesar suyo, murmuraba en voz baja:

—¡Edmond, Edmond, Edmond!

El pasado

El conde salió de esta casa con el alma afligida porque dejaba a Mercedes para no volverla a ver más, según todas las probabilidades.

Desde la muerte del pequeño Eduardo, se había operado un gran cambio en Montecristo. Llegado a la cima de su venganza por la pendiente lenta y tortuosa que había seguido, había visto al otro lado de la montaña el abismo de la duda.

Había más: esta conversación que acababa de tener con Mercedes había despertado tantos recuerdos en su corazón que esos mismos recuerdos tenían que ser combatidos.

Un hombre del temple del conde no podía flotar mucho tiempo en esta melancolía que permite vivir a los espíritus vulgares incluso dándoles una originalidad aparente, pues mata a las almas superiores. El conde se dijo que para haber llegado a vituperarse él mismo, tenía que haberse producido un error en sus cálculos.

—Miro mal el pasado —murmuró—, y no puedo haberme engañado de esta manera. Quizá el objetivo que me había propuesto era un plan insensato. ¿Habré hecho un camino errado durante diez años? ¿Una hora habrá bastado para probar al arquitecto que la obra de sus esperanzas era, si no imposible, al menos sacrílega? No quiero hacerme a esta idea, me volvería loco. Lo que falta a mis razonamientos de hoy es la apreciación exacta del pasado, porque sólo veo ese pasado al otro lado del horizonte. En efecto, a medida que se avanza, el pasado se parece al paisaje a través del cual se pasó, que se borra a medida que se aleja. Me sucede lo mismo que a las personas que han sido heridas en sueños, miran y sienten su herida, y no se acuerdan de haberla recibido.

»Entonces, pues, hombre regenerado; entonces, rico extravagante; entonces, dormilón despierto; entonces, visionario todopo-

deroso; entonces, millonario invencible, vuelve a coger por un instante esa funesta perspectiva de la vida miserable y hambrienta; vuelve a pasar por los caminos a que la fatalidad te ha empujado, a que la desdicha te ha conducido, y en donde la desesperación te recibió; demasiados diamantes, demasiado oro y felicidad empañan hoy los cristales de ese espejo en que Montecristo contempla a Dantés; oculta esos diamantes, entierra ese oro, borra esos rayos; rico, encuentra al pobre; libre, busca al prisionero; resucita, halla el cadáver.

Y murmurando esto, Montecristo seguía la calle de la Caisserie. Era la misma por la cual, veinticuatro años antes, había sido conducido por una guardia silenciosa y nocturna; aquellas casas de aspecto riente y animado, estaban aquella noche sombrías, mudas y cerradas.

—Sin embargo, son las mismas —murmuró Montecristo—. Sólo que entonces era de noche, hoy es de día; es el sol el que ilumina todo esto y lo hace alegre.

Descendió hacia el muelle por la calle Saint Laurent, y avanzó hacia la Consigna; era el lugar del puerto en que fue embarcado. Un barco de paseo avanzaba con su dosel de dril; Montecristo llamó al patrón, que viró inmediatamente hacia él con ese apresuramiento que ponen en este ejercicio los barqueros que presienten una buena ganancia.

El tiempo era magnífico, el viaje fue una fiesta. En el horizonte descendía el sol, rojo y ardiente, sobre unas olas que lo abrazaban en su proximidad; el mar, terso como un espejo, se rizaba a veces bajo saltos de los peces, los que, perseguidos por algún enemigo oculto, se lanzaban fuera del agua para pedir vida a otro elemento; finalmente, en el horizonte, se veían pasar, graciosas y blancas como gaviotas viajeras, las barcas de pescadores que se dirigían a las Martigues, o los barcos mercantes con destino a Córcega o España.

Pese a este hermoso cielo, pese a estas barcas de graciosos contornos, pese a esta luz dorada que inundaba el paisaje, el conde, envuelto en su capa, se acordaba, uno a uno, de todos los detalles del terrible viaje; aquella luz única y aislada, luciendo en los Catalanes, aquella visión del castillo de If que le enseñó adonde le llevaban, aquella lucha con los gendarmes cuando quiso arrojar al mar, desesperación cuando se sintió vencido, y aquella sensación fría de la punta del cañón del fusil que le apoyaron en la sien como un anillo de hielo.

Y poco a poco, como esas fuentes secas por el verano que cuando se amontonan las nubes del otoño se humedecen lentamente y empiezan a manar gota a gota, el conde de Montecristo sintió surgir poco a poco en su pecho aquella vieja hiel que en otros tiempos inundaba el corazón de Edmond Dantés.

Desde entonces ya no hubo para él más cielo hermoso, más barcas graciosas ni más ardiente luz; el cielo se veló de fúnebres crespones y la visión del negro gigante que se llama el castillo de If le hizo estremecer, como si fuese la aparición repentina del fantasma de un enemigo mortal.

Llegaron.

Instintivamente el conde retrocedió hasta el extremo de la barca. El patrón tuvo que decirle con su voz más tranquilizadora:

—Abordamos, señor.

Montecristo se acordó que en el mismo lugar, sobre aquella misma roca, había sido violentamente arrastrado por sus guardias, y que le habían hecho subir aquella rampa pinchándole los riñones con la punta de una bayoneta.

El camino le había parecido en otros tiempos muy largo a Dantés. Montecristo lo encontró muy corto; cada golpe de remo le había hecho brotar, con la salpicadura del mar, un millón de pensamientos y de recuerdos.

Después de la revolución de julio, ya no hubo más prisioneros en el castillo de If; un puesto destinado a impedir el contrabando ocupaba sólo sus cuerpos de guardia; un conserje esperaba a los curiosos a la puerta para enseñarles esta prisión de terror convertida en monumento de curiosidad.

Y sin embargo, aunque ya conocía todos aquellos detalles, cuando entró bajo la bóveda, cuando descendió la negra escalera, cuando fue conducido a los calabozos que había pedido ver, una palidez fría invadió su frente, en la que el sudor helado reflujo hasta su corazón.

El conde preguntó si aún quedaba algún antiguo carcelero del tiempo de la Restauración; todos habían recibido el retiro o pasado a otros empleos. El conserje que le conducía estaba allí desde 1830 solamente.

Le acompañó a su propio calabozo.

Volvió a ver el día que se filtraba a través del estrecho respiradero; volvió a recordar el sitio en que estaba la cama, movida des-

pués, y tras ella, aunque cegado, pero aún visible por sus piedras nuevas, la abertura hecha por el abate Faria.

Montecristo sintió que le flaqueaban las piernas; tomó un taburete de madera y se sentó.

—¿Se cuentan algunas historias sobre este castillo además del encarcelamiento de Mirabeau? —preguntó el conde—. ¿Hay alguna tradición sobre estas lúgubres mansiones, en las que es imposible creer que los hombres hayan encerrado alguna vez a seres vivos?

—Sí, señor —dijo el conserje—, y de este mismo calabozo me contó una el carcelero Antonio.

Montecristo se estremeció. Ese carcelero Antonio era el suyo. Casi había olvidado su nombre y su rostro; pero al ser pronunciado su nombre, le vio tal cual era, con su cara cercada por la barba, su chaqueta marrón y su manojó de llaves, de las que aún le parecía oír el tintineo.

El conde se volvió y creyó verlo en la oscuridad del corredor, vuelto más negro por la luz de la antorcha que ardía en manos del conserje.

—¿Quiere que se la cuente, señor? —preguntó el conserje.

—Sí —dijo Montecristo—. Dígamela.

Y puso la mano en su pecho para contener el violento latir de su corazón, espantado por escuchar su propia historia.

—Diga —repitió.

—Este calabozo —empezó el conserje— estaba habitado por un prisionero, hace tiempo de esto, un hombre muy peligroso, según parece, y mucho más peligroso, ya que era muy hábil. Otro hombre habitaba en el castillo al mismo tiempo que él; pero éste no era malo, sino un pobre sacerdote que estaba loco.

—¡Ah! Sí, loco —repitió Montecristo—. ¿Qué clase de locura?

—Ofrecía millones si querían ponerle en libertad.

Montecristo levantó los ojos al cielo, pero no lo vio: existía un velo de piedra entre él y el firmamento. Pensó que había habido un velo mucho más espeso entre los ojos de aquellos a quienes el abate Faria ofrecía sus tesoros y la realidad.

—¿Podían verse los prisioneros? —preguntó Montecristo.

—¡Oh, no, señor! Eso estaba expresamente prohibido; pero ellos eludieron la prohibición abriendo una galería que iba de un calabozo al otro.

—¿Y quién de los dos abrió esa galería?

—¡Oh! Eso lo hizo el joven, claro está —dijo el conserje—. El joven era hábil y fuerte, mientras que el pobre abate era viejo y débil; además, tenía el espíritu muy vacilante para seguir una idea.

—¡Cielos! —murmuró Montecristo.

—Tanto es así —continuó el conserje—, que el joven abrió una galería, ¿con qué?, no se sabe nada; pero la abrió, y la prueba aún está a la vista en esa huella. Fíjese, ¿la ve?

Y acercó su antorcha a la pared.

—¡Ah, sí, es cierto! —comentó el conde con voz ahogada por la emoción.

—Resultó que los dos prisioneros se comunicaron. ¿Cuánto tiempo duró esta comunicación? No se sabe nada. Ahora bien, cierto día el viejo prisionero cayó enfermo y murió. ¿Adivina lo que hizo el joven? —exclamó el conserje interrumpiéndose.

—Diga.

—Se llevó al difunto, que acostó en su propia cama, la cara vuelta a la pared, luego volvió al calabozo vacío, cerró el agujero y se metió en el saco del muerto. ¿Ha visto usted alguna vez semejante idea?

Montecristo cerró los ojos y se sintió pasar por todas aquellas impresiones que había experimentado cuando aquella tela grosera, aún helada por la frialdad del cadáver, le rozó el rostro.

El conserje continuó:

—Vea usted, fíjese cuál era su proyecto: él creía que se enterraba a los muertos en el castillo de If, y como dudaba mucho de que se hiciesen gastos en ataúdes para los prisioneros, esperaba levantar la tierra con sus hombros; pero desgraciadamente no había contado con una costumbre del castillo que desbarataba su proyecto: no se enterraba a los muertos, se contentaban con atarles una bala a los pies y arrojarlos al mar, y eso se hizo. Nuestro hombre fue arrojado al agua desde lo alto de la galería; al día siguiente se encontró al verdadero muerto en su cama, y se adivinó todo, porque los enterradores dijeron lo que no se habían atrevido a decir hasta entonces: que en el momento en que el cuerpo fue arrojado al vacío, habían oído un espantoso grito, ahogado inmediatamente por el agua en que fue a desaparecer.

El conde respiró penosamente, el sudor corría por su frente, la angustia oprimía su corazón.

«No —murmuró para sí—, no. He experimentado la duda en un principio de olvido; pero aquí el corazón se abre de nuevo y vuelve sediento de venganza.»

Y añadió en voz alta:

—¿Y del prisionero no se ha vuelto a saber nada?

—Nunca, jamás; usted comprenderá una de estas cosas: o cayó plano, y como caía de una altura de cincuenta pies, se mató del golpe...

—Usted dijo que le habían atado una bala a los pies, y habrá caído derecho.

—O si ha caído de pie —continuó el conserje—, entonces el peso de la bala lo habrá arrastrado al fondo, en donde estará el pobre hombre.

—¿Lo llora?

—A fe mía que sí, aunque estuviese así en su elemento.

—¿Qué quiere decir?

—Que corría el rumor de que ese desdichado era, en su tiempo, un oficial de marina detenido por bonapartista.

«Verdaderamente —murmuró el conde para sí—, Dios te hizo para nadar por encima de olas y de llamas. Así, pues, el pobre marino vive en el recuerdo de algunos copleros; se cuenta su terrible historia al amor de la lumbre, y se estremecen en el momento en que debió cruzar el espacio para hundirse en la profundidad del mar.»

Se volvió al hombre y le preguntó en voz alta:

—¿Se ha sabido alguna vez su nombre?

—¡Ah! Sí —dijo el guardián—. ¿Cómo? Sólo era conocido por el número 34.

«¡Villefort, Villefort! —pensó Montecristo—. He aquí lo que cientos de veces has debido decirte cuando mi espectro te importunaba en tus insomnios.»

—¿El señor quiere continuar la visita? —preguntó el conserje.

—Sí, sobre todo si quiere enseñarme la celda del pobre abate.

—¡Ah! ¿La del número 27?

—Sí, el número 27 —repitió Montecristo.

Y aún le pareció escuchar la voz del abate Faria cuando le había preguntado su nombre y éste le había gritado su número a través de la pared.

—Venga.

—Espere —dijo Montecristo— que eche un último vistazo a estas paredes del calabozo.

—Está bien —dijo el guía—. He olvidado la llave del otro.

—Vaya a buscarla.

—Le dejaré la antorcha.

—No, llévesela.

—Pero usted se quedará sin luz.

—Yo veo en la oscuridad.

—¡Vaya! Igual que él.

—¿Que quién?

—El número 34. Se dice que estaba tan acostumbrado a la oscuridad, que hubiese podido ver una espina en el rincón más oscuro de su calabozo.

—Necesitó diez años para acostumbrarse a ello —murmuró el conde.

El guía se alejó llevándose la antorcha.

El conde había dicho la verdad; apenas estuvo unos segundos en la oscuridad, distinguió todo como en pleno día.

Entonces miró alrededor suyo, y reconoció realmente su calabozo.

—Sí —murmuró—, aquí está la piedra sobre la cual me sentaba. Aquí las huellas de mis hombros, que han dejado su hueco en la pared. Aquí está el rastro de sangre que salió de mi frente el día que quise romperme la cabeza contra la pared... ¡Oh! Estas cifras... las recuerdo... Las hice un día en que calculaba la edad de mi padre, para saber si lo encontraría vivo, y la edad de Mercedes, para saber si aún estaría libre... Tuve un instante de esperanza tras haber concluido el cálculo... ¡No contaba con el hambre y la infidelidad!

Y una risa amarga se escapó de la boca del conde. Acababa de ver como en un sueño a su padre conducido a la tumba... Mercedes caminando hacia el altar.

Sobre la otra pared de la muralla, una inscripción le atrajo. Se destacaba, aún blanca, sobre el muro verdoso.

—¡DIOS MÍO! —leyó Montecristo—. CONSÉRVAME LA MEMORIA. ¡Oh! ¡Sí! —exclamó—. He aquí la única plegaria de mis últimos tiempos. No pedía la libertad, sólo la memoria; temía volverme loco y olvidar. ¡Dios mío! Me has conservado la memoria y yo me he acordado. ¡Gracias, gracias, Dios mío!

En aquel momento la luz de la antorcha se reflejó en las paredes; era el guía que descendía.

Montecristo salió a su encuentro.

—Sígueme —dijo.

Y sin tener necesidad de salir a la superficie, le hizo seguir un pasillo subterráneo que le conducía a otra entrada.

Allí Montecristo aún fue sacudido por un mundo de pensamientos.

La primera cosa que llamó su atención fue el meridiano trazado en la pared, con la ayuda del cual el abate Faria contaba las horas; luego los restos de la cama sobre la cual había muerto el pobre prisionero.

Ante esta visión, en vez de la angustia que el conde había experimentado en su calabozo, un sentimiento dulce y tierno, un sentimiento de gratitud hinchó su corazón, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Aquí es —dijo el guía— donde estaba el abate loco; por allí es por donde el joven venía a su encuentro. —Y señaló a Montecristo la abertura de la galería que, de este lado, permanecía abierta—. Por el color de la piedra, un sabio ha reconocido que debía hacer diez años, poco más o menos, que se comunicaban los dos prisioneros. ¡Pobres gentes, debieron aburrirse bastante durante ese tiempo!

Dantés sacó algunos luises de su bolsillo y alargó la mano hacia este hombre que, por segunda vez, le compadecía sin conocerle.

El conserje los aceptó creyendo recibir algunas monedas, pero a la luz de la antorcha reconoció el valor de la suma que le entregaba el visitante.

—Señor —le dijo—, usted se ha engañado.

—Cómo es eso.

—Es oro lo que usted me ha dado.

—Ya lo sé.

—¡Cómo! ¿Lo sabe?

—Sí.

—¿Era su intención la de darme ese oro?

—Sí.

—¿Y puedo guardármelo tranquilamente?

—Sí.

El conserje miró a Montecristo con asombro.

—Y *honrosamente* —añadió el conde, como Hamlet.

—Señor —insistió el conserje que no se atrevía a creer en su dicha—, señor, no comprendo su generosidad.

—Sin embargo, es fácil de comprender, amigo mío —dijo el conde—. Yo he sido marino y su historia ha debido conmoverme más que otras.

—Entonces, señor —dijo el guía—, ya que usted es tan generoso, merece que le ofrezca alguna cosa.

—¿Qué va a ofrecerme, amigo mío? ¿Conchas, trabajos en paja? Gracias.

—No, señor, no; algo que se relaciona con la historia que le conté.

—¿De veras? —exclamó el conde con viveza—. ¿De qué se trata?

—Escuche —dijo el conserje—, le diré lo que pasó. Yo me dije: «Siempre se encuentra algo en una morada que ocupó diez años un prisionero», y me puse a registrar las paredes.

—¡Ah! —exclamó Montecristo acordándose del doble escondite del abate—. Buena cosa.

—A fuerza de buscar —continuó el conserje—, llegué a descubrir que sonaba a hueco en la cabecera del lecho y sobre el atrio de la chimenea.

—Sí —dijo Montecristo—, sí.

—Levanté las piedras y encontré...

—Una escala de cuerda y útiles —exclamó Montecristo.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó el conserje con asombro.

—No lo sé, lo adivino —dijo el conde—, son cosas que corrientemente se encuentran en los escondites de los prisioneros.

—Sí, señor —dijo el guía—, una escala de cuerda y útiles.

—¿Y aún los tiene? —preguntó Montecristo.

—No, señor; he vendido esos diversos objetos, que resultaban muy curiosos, a los visitantes, pero me queda otra cosa.

—¿Qué es? —inquirió el conde con impaciencia.

—Me queda una especie de libro escrito sobre tiras de tela.

—¡Oh! —exclamó Montecristo—. ¿Le queda ese libro?

—No sé si es un libro —dijo el conserje—, pero me queda eso que le digo.

—Vaya a buscarlo, amigo mío, vaya —dijo el conde—; y si es lo que supongo, esté tranquilo.

—Voy corriendo, señor. Y el guía salió.

Entonces él fue a arrodillarse ante los restos de aquella cama que la muerte convirtió para él en altar.

—¡Oh, mi segundo padre! —dijo—. Tú que me diste la libertad, la ciencia y la riqueza; tú que, semejante a las criaturas de una esencia superior a la nuestra, tenías la ciencia del bien y del mal; si en el fondo de la tumba queda de nosotros alguna cosa que se levante a la voz de los que moran en la tierra, si en la transfiguración que sufre el cadáver alguna cosa animada flota en los lugares en donde hemos amado o sufrido mucho, noble corazón, espíritu supremo, alma profunda, por una palabra, por una seña, por una revelación cualquiera, te conjuro, en nombre de ese amor paternal que me concedías y de ese amor filial que yo te confesé, líbrame del resto de duda que, si no se cambia en convicción, se convertirá en remordimiento.

El conde bajó la cabeza y juntó las manos.

—Tenga, señor —dijo una voz detrás de él.

Montecristo se estremeció y se volvió.

El conserje le alargaba las tiras de tela sobre las cuales el abate Faria había depositado todos los tesoros de su ciencia. Este manuscrito era la gran obra del abate Faria sobre la realeza en Italia.

El conde lo cogió con apresuramiento, y sus ojos cayeron inmediatamente sobre un epígrafe; leyó:

«Arrancarás los dientes del dragón y pisarás a los leones, ha dicho el Señor».

—¡Ah! —exclamó—. He aquí la respuesta. Gracias, padre mío, gracias.

Y sacando de su bolsillo una carterita que contenía diez billetes de Banco de mil francos cada uno, dijo:

—Tenga, coja esta cartera

—¿Me la da?

—Sí, pero a condición de que no mirará su interior hasta que me haya marchado.

Y metiendo en su pecho la reliquia que acababa de encontrar, y que para él tenía el valor de un inmenso tesoro, se precipitó fuera del subterráneo y, subiendo a la barca, dijo:

—¡A Marsella!

Luego, alejándose y con la mirada puesta en la sombría prisión, añadió:

—¡Ay de aquellos que me encerraron en esta sombría prisión, y de aquellos que han olvidado que estaba encerrado!

Al pasar ante los Catalanes, el conde se volvió y, envolviéndose la cabeza en su abrigo, murmuró el nombre de una mujer.

La victoria era completa; el conde había vencido la duda dos veces.

Ese nombre que pronunciaba con una expresión de ternura que casi era amor, era el de Haydée.

Poniendo pie en tierra, Montecristo se encaminó hacia el cementerio, en donde sabía que hallaría a Morrel.

Él también, diez años antes, había buscado piadosamente una tumba en aquel cementerio, y la buscó inútilmente. Él, que regresaba a Francia con millones, no había podido encontrar la tumba de su padre, muerto de hambre.

Morrel había hecho poner una cruz en ella, pero la cruz se había caído y el enterrador la prendió fuego como hacen todos los enterradores con las viejas maderas que encuentran caídas por los cementerios.

El digno negociante había sido más feliz; muerto en los brazos de sus hijos, fue conducido por ellos a reposar junto a su esposa, que se le había adelantado dos años hacia la eternidad.

Dos amplias lápidas de mármol, sobre las cuales estaban inscritos los nombres de uno y otra, se extendían parejas en un pequeño recinto encerrado con una balaustrada de hierro y sombreado por cuatro cipreses.

Maximilien estaba apoyado en uno de los árboles, y tenía clavados en ambas tumbas sus ojos abstraídos.

Su dolor era profundo, casi le trastornaba.

—Maximilien —le dijo el conde—, no es ahí a donde hace falta mirar, sino allí.

Y le señaló el cielo.

—Los muertos están en todas partes —dijo Morrel—. ¿No fue usted quien me dijo eso al hacerme abandonar París?

—Maximilien, usted me pidió durante el viaje detenerse algunos días en Marsella, ¿sigue siendo ése su deseo?

—Ya no tengo deseo, conde; pero me parece que esperaré aquí menos penosamente que en otra parte.

—Tanto mejor, Maximilien, porque voy a abandonarle llevándome su palabra, ¿no es así?

—¡Ah! La olvidaré, conde —dijo Morrel—. La olvidaré.

—¡No! No la olvidará, porque usted es hombre de honor ante todo, Morrel, porque ha jurado y porque va a jurar nuevamente.

—¡Oh, conde, tenga piedad de mí! ¡Conde, soy tan desgraciado!

—He conocido a un hombre más desgraciado todavía, Morrel.

—Imposible.

—¡Ay! —dijo Montecristo—. Ese es uno de los orgullos de nuestra pobre humanidad: cada hombre se cree más desgraciado que cualquier otro infeliz que llora y gime a su lado.

—¿Quién hay más desgraciado que el hombre que ha perdido el único bien que amaba y deseaba en el mundo?

—Escuche, Morrel —dijo Montecristo—, y ponga atención un instante en lo que voy a contarle. He conocido a un hombre que, como usted, había hecho reposar todas sus esperanzas de dicha en una mujer. Ese hombre era joven, tenía un padre anciano al que quería, una prometida a la que adoraba; iba a casarse con ella cuando uno de esos caprichos de la suerte que harán dudar de la bondad de Dios, si Dios no se hubiese revelado más tarde mostrándole que todo sirve como medio para guiar a su infinita unidad; cuando un repentino capricho de la suerte le quitó su libertad, su amada, el futuro que le hacía soñar y que ya consideraba suyo (porque, ciego como estaba, no podía leer más que el presente), para hundirlo en el fondo de un calabozo.

—¡Ah! —exclamó Morrel—. Se sale de un calabozo al cabo de ocho días, de un mes o de un año.

—Él permaneció catorce años, Morrel —dijo el conde poniendo una mano sobre el hombro del joven.

Maximilien se estremeció.

—¡Catorce años! —murmuró.

—Catorce años —repitió el conde—. También él, durante esos catorce años, tuvo momentos de desesperación; como usted, Morrel, se creía el más desgraciado de los hombres, y quiso matarse.

—¿Y bien? —preguntó Morrel.

—Pues bien, en el momento supremo, Dios se reveló a él por medio humano; porque Dios no hace más que milagros; acaso en el primer momento no comprendió la misericordia infinita del Señor porque tenía los ojos llenos de lágrimas; pero al fin tuvo paciencia y esperó. Un día salió milagrosamente de la tumba, transfigurado, rico, poderoso, casi un dios; su primer grito fue para su padre, pero había muerto de hambre.

—¡Y mi padre también está muerto! —dijo Morrel.

—Sí, pero su padre murió en sus brazos, amado, feliz, honrado, rico y lleno de vida. Ese otro padre había muerto pobre, desesperado, dudando de Dios; y cuando diez años después de su muerte, su hijo buscaba su tumba, hasta ésta había desaparecido, y en ningún sitio pudo leer: «Aquí reposa en el Señor el corazón que tanto te ha amado».

—¡Oh! —murmuró Morrel.

—Este era, pues, un hijo más desgraciado que usted, Morrel, porque éste no sabía dónde encontrar la tumba de su padre.

—Pero —dijo Morrel—, al menos le quedaba la mujer que había amado.

—Se equivoca, Morrel; esa mujer...

—¿Estaba muerta? —inquirió Maximilien.

—Peor que eso: había sido infiel. Se había casado con uno de los perseguidores de su prometido. Ya ve, Morrel, como ese hombre era un amante más desgraciado que usted.

—¿Y a ese hombre —preguntó Morrel— le ha enviado Dios consuelo?

—Al menos le ha concedido la calma.

—¿Y ese hombre podrá ser feliz algún día?

—Eso espera, Maximilien.

El joven dejó caer su cabeza sobre su pecho.

—Usted tiene mi promesa —dijo después de un instante de silencio y tendiendo la mano a Montecristo—. Solamente, recuerde...

—El 5 de octubre, Morrel, le espero en la isla de Montecristo. El 4 un yate le esperará en el puerto de Bastia; ese yate se llama *Eurus*; usted se dará a conocer al patrón, que le conducirá junto a mí. ¿Queda convenido, no es cierto, Maximilien?

—Sí, conde, haré lo que está dicho; pero recuerde que el 5 de octubre...

—Niño, que no sabe todavía lo que es una promesa de hombre... Se lo tengo dicho muchas veces, ese día, si aún desea morir, yo le ayudaré, Morrel. Adiós.

—¿Me abandona?

—Sí, tengo que hacer en Italia; le dejo solo, solo en lucha con su desgracia, solo con esa águila de poderosas alas que el Señor envía a sus elegidos para transportarlos a sus pies; la historia de Ganimedes no es ninguna fábula, Maximilien, sino una alegoría.

—¿Cuándo se marcha usted?

—Inmediatamente; el barco de vapor me espera, dentro de una hora me encontraré lejos de usted. ¿Me acompañará hasta el puerto, Morrel?

—Soy todo suyo, conde.

—Abráceme.

Morrel acompañó al conde hasta el puerto; el humo ya salía como un penacho inmenso del tubo negro que lo lanzaba fuera. Inmediatamente partió el buque, y una hora después, como había dicho Montecristo, esa misma nubecilla de humo blanquecino rayaba, apenas visible, el horizonte oriental, ensombrecido con las primeras tinieblas de la noche.

Peppino

En el mismo momento en que el vapor del conde desaparecía tras el cabo Morgion, un hombre, que corría en posta por el camino de Florencia a Roma, acababa de pasar la población de Aquapendente. Marchaba bastante rápido para hacer mucho camino, pero sin hacerse sospechoso.

Vestido con una levita o más bien con un abrigo de viaje que había estropeado bastante, pero que aún dejaba ver brillante y fresca una cinta de la Legión de Honor cosida a su traje; este hombre, no sólo por ese aspecto, sino también por su acento, cuando hablaba al postillón, era reconocido como francés. Una prueba más de que había nacido en el país del idioma universal, es que no sabía más palabras italianas que las de música que pueden, como el *goddam* de Fígaro, reemplazar todas las finezas de una lengua particular.

—*Allegro!* —decía al postillón a cada subida.

—*Moderato!* —repetía a cada bajada.

Y Dios sabe que hay subidas y bajadas yendo de Florencia a Roma por la carretera de Aquapendente.

Estas dos palabras, por lo demás, hacían reír mucho a las buenas personas a quienes iban dirigidas.

En presencia de la ciudad eterna, es decir llegando a Storta, lugar desde donde se distingue Roma, el viajero no experimentó ese sentimiento de curiosidad entusiasta que lanza cada extraño al levantarse sobre su asiento para tratar de percibir la famosa cúpula de San Pedro que ya se distingue mucho antes de ver otra cosa. No, él sólo sacó su cartera del bolsillo y de su cartera un papel doblado en cuatro, que desdobló y volvió a doblar con sumo cuidado, contentándose con decir:

—Bueno, aún lo tengo.

El coche franqueó la puerta del Popolo, tomó a la izquierda y se detuvo en el hotel España.

Maese Pastrini, nuestro antiguo conocido, recibió al viajero en el umbral de su casa con el sombrero en la mano.

El viajero descendió, solicitó una buena comida y se informó por la dirección de la casa Thomson y French, que le fue indicada inmediatamente, pues era una casa de las más conocidas de Roma.

Estaba situada en la calle del Banchi, cerca de San Pedro.

En Roma, como en todas partes, la llegada de una silla de postas constituye un acontecimiento. Diez jóvenes descendientes de Mario y de los Gracos, pies descalzos, codos rotos, con la mano en la cadera y el brazo pintorescamente doblado por encima de la cabeza, miraban al viajero, a la silla de postas y a los caballos; a estos mocosos de la ciudad se unieron una cincuentena de papanatas de los estados de Su Santidad, de esos que allí hacen la ronda escupiéndole al Tíber desde lo alto del puente de San Angelo cuando el Tíber lleva agua.

Ahora bien, como los mocosos y los papanatas de Roma, más felices que los de París, comprenden todos los idiomas, y sobre todo la lengua francesa, oyeron al viajero preguntar por un aposento, por una comida y por último la dirección de la casa Thomson y French.

Resultó que cuando el recién llegado salió del hotel con el ciclorone de rigor, un hombre se destacó del grupo de curiosos, y sin ser notado por el viajero, sin parecer ser visto por su guía, marchó a corta distancia del extranjero, siguiéndole con tanta destreza como hubiera podido hacerlo un agente de la policía francesa.

El francés estaba tan deseoso de hacer su visita a la casa Thomson y French que no se había tomado el tiempo de esperar a que enganchasen los caballos; el coche debía recogerle en el camino o esperar a la puerta del banquero.

Llegó sin que el coche le alcanzase.

El francés entró, dejando en la antesala al guía, que inmediatamente se puso a conversar con dos o tres de aquellos trabajadores sin trabajo, o más bien de mil oficios, que se encuentran en Roma a la puerta de los banqueros, de las iglesias, de las ruinas, de los museos y de los teatros.

Al mismo tiempo que el francés, el hombre que se había destacado del grupo de curiosos entró en el mismo sitio; el francés lla-

mó a una de las ventanillas de las oficinas y entró en la primera sala; su sombra hizo otro tanto.

—¿Los señores Thomson y French? —preguntó el extranjero.

Una especie de lacayo se levantó a la señal de un empleado de confianza, guardián solemne del primer despacho.

—¿A quién anunciaré? —preguntó el lacayo, disponiéndose a marchar delante del extranjero.

—Al señor barón Danglars —respondió el viajero.

—Venga —dijo el lacayo.

Se abrió una puerta; el lacayo y el barón desaparecieron por ella. El hombre que había entrado detrás de Danglars se sentó en un banco de espera.

El empleado siguió escribiendo durante cinco minutos aproximadamente; durante ese tiempo el hombre sentado guardó el más profundo silencio y la más estricta inmovilidad.

Luego, la pluma del empleado dejó de rasguear sobre el papel; levantó la cabeza, miró atentamente alrededor suyo, y después de asegurarse de que estaban solos, dijo:

—¡Ah, ah! ¿Tú aquí, Peppino?

—Sí —respondió lacónicamente el aludido.

—¿Has olfateado algo bueno en ese hombre gordo?

—No hay gran mérito en ello; ya estábamos advertidos.

—Así que sabes lo que viene a hacer aquí, curioso.

—¡Pardiez! Viene a cobrar; sólo que hace falta saber cuál es la cantidad.

—Te lo van a decir dentro de poco, amigo.

—Muy bien; pero no vayas a darme, como el otro día, una información falsa.

—¿Qué dices, y de qué quieres hablar? ¿Acaso es de ese inglés que se llevó de aquí tres mil escudos el otro día?

—No, ése, efectivamente, llevaba los tres mil escudos, y se los encontramos. Quiero hablar del príncipe ruso.

—¿Y qué?

—Pues que tú nos habías hablado de treinta mil libras y no le encontramos más que veintidós.

—Habréis buscado mal.

—Fue Luigi Vampa quien hizo el registro personalmente.

—En ese caso, habría pagado sus deudas...

—¿Un ruso?

—O gastado su dinero.

—Es posible, después de todo.

—Es seguro; pero déjame ir a mi observatorio, o el francés hará su negocio sin que yo pueda saber la cantidad exacta.

Peppino hizo una seña afirmativa y, sacando un rosario de su bolsillo, se puso a murmurar unas plegarias, mientras que el empleado desaparecía por la misma puerta que dejó pasar al lacayo y al barón.

Al cabo de diez minutos aproximadamente, el empleado regresó satisfecho.

—¿Y bien? —preguntó Peppino a su amigo.

—¡Alerta, alerta! —dijo el empleado—. La suma es redonda.

—Cinco o seis millones, ¿no es cierto?

—Sí, ¿conoces la cifra?

—Con un recibo de Su Excelencia el conde de Montecristo.

—¿Conoces al conde?

—Y se lo acredita sobre Roma, Venecia y Viena.

—¡Eso es! —exclamó el empleado—. ¿Cómo estás tan informado?

—Ya te he dicho que nos habían prevenido de antemano.

—Entonces, ¿por qué te diriges a mí?

—Para estar seguro de que es el hombre que nos interesa.

—Claro que es él... Cinco millones. Una bonita suma, ¿eh, Peppino?

—Sí.

—Nunca tendremos nada semejante.

—Pero al menos —respondió filosóficamente Peppino—, recogeremos algunas migajas.

—¡Silencio! Aquí está nuestro hombre.

El empleado volvió a tomar su pluma, y Peppino su rosario; uno escribía y el otro rezaba cuando la puerta volvió a abrirse.

Danglars apareció gozoso, acompañado por el banquero que le conducía hasta la puerta.

Detrás de Danglars, descendió Peppino.

Según lo convenido, el coche que debía recoger a Danglars esperaba ante la puerta de la casa Thomson y French. El cicerone tenía la puerta abierta: el guía es un ser muy complaciente que se puede emplear para todo.

Danglars saltó al coche, ligero como un joven de veinte años.

El cicerone cerró la puerta y subió junto al cochero.

Peppino montó sobre el asiento trasero.

—¿Su Excelencia quiere visitar San Pedro? —preguntó el cicerone.

—¿Para qué? —respondió el barón.

—¡Diantre! Parà verlo.

—Yo no he venido a Roma para ver —dijo en voz alta Danglars, y añadió en voz baja con una sonrisa de avaricia—: He venido para cobrar.

Y tocó su cartera, en la cual acababa de encerrar una letra.

—Entonces, ¿Su Excelencia va...?

—Al hotel.

—Casa Pastrini —dijo el guía al cochero.

Y el coche partió rápido como un carruaje particular.

Diez minutos más tarde el barón había entrado en su aposento, y Peppino se instalaba en el banco situado delante de la fonda, después de haber dicho unas palabras a uno de esos descendientes de Mario y los Gracos que ya señalamos al principio del capítulo, el cual descendió a todo correr por el camino del Capitolio.

Danglars estaba cansado, satisfecho y tenía sueño. Se acostó, puso su cartera bajo el colchón y se quedó dormido.

Peppino tenía tiempo de más; jugó a la *morra* con los faquines, perdió tres escudos, y para consolarse se bebió un frasco de vino de Orvietto.

Al día siguiente, Danglars se despertó tarde, a pesar de acostarse temprano; hacía cinco o seis noches que dormía mal, eso cuando dormía.

Almorzó copiosamente, y poco deseoso, como había dicho, de visitar las bellezas de la Ciudad Eterna, pidió los caballos de posta para el mediodía.

Pero Danglars no había contado con las formalidades de la policía ni la pereza del maestro de postas.

Sólo los caballos no llegaron hasta las dos, y el cicerone no regresó con su pasaporte visado hasta las tres.

Todos estos preparativos habían congregado ante la puerta de maese Pastrini a gran número de papanatas.

Los descendientes de los Gracos y de Mario no escaseaban.

El barón atravesó triunfalmente estos grupos, que le llamaban Excelencia para obtener unos céntimos.

Como Danglars era hombre muy popular, como ya sabemos, que se había contentado hasta entonces con hacerse llamar barón, y nunca había sido tratado de Excelencia, se sintió sumamente halagado y distribuyó una docena de monedas entre la chiquillada, y preparó otro tanto por si le llamaban Alteza.

—¿Qué camino? —preguntó el postillón en italiano.

—Carretera de Ancona —respondió el barón.

Maese Pastrini tradujo la pregunta y la respuesta, y el coche partió a galope.

Danglars quería, efectivamente, ir a Venecia a coger una parte de su fortuna, y luego a Viena, en donde recogería el resto.

Su intención era la de afincarse en esta última ciudad, que le habían asegurado era una capital de placeres.

Apenas hubo hecho unas tres leguas en la campiña romana, empezó a anochecer; Danglars no hubiese creído que había salido tan tarde, si no se hubiera quedado; preguntó al postillón cuánto faltaba para llegar a la próxima ciudad.

—*Non capisco* —respondió el postillón.

Danglars hizo un movimiento con la cabeza que quería decir: «¡Muy bien!».

El coche continuó su camino.

«En la primera posta —se dijo Danglars—, me detendré.»

Danglars aún experimentaba un poco del bienestar que había disfrutado la víspera, y que le había proporcionado tan buena noche. Estaba extendido muellemente en una buena calesa inglesa con dobles muelles; se sentía arrastrar al galope por dos buenos caballos; el relevo era a siete leguas, lo sabía. ¿Qué hacer cuando se es banquero y se ha hecho una feliz bancarrota?

Danglars pensó durante diez minutos en su mujer, abandonada en París; otros diez minutos en su hija, recorriendo el mundo con la señorita de Armilly; concedió otros diez a sus créditos y a la manera en que emplearía su dinero; luego, no teniendo nada más en qué pensar, cerró los ojos y se durmió.

A veces, sin embargo, sacudido por algún guijarro más grande que los otros, Danglars abría los ojos un instante; entonces, siempre se sentía llevado a la misma velocidad por esa campiña romana sembrada de acueductos destrozados, que parecen gigantes de granito petrificados en medio de su carrera. Pero la noche era fría, sombría, lluviosa, y era mucho mejor para un hombre medio dormido

permanecer en el fondo de su silla con los ojos cerrados que asomar la cabeza por la ventanilla para preguntar en dónde estaban a un postillón que sólo sabía responder: *Non capisco*.

Danglars, pues, continuó durmiendo, diciéndose que ya tendría ocasión de despertarse en el relevo.

El coche se detuvo; Danglars pensó que al fin llegaban al destino tan deseado.

Abrió los ojos, miró a través del cristal, esperando encontrarse en medio de alguna población, o por lo menos en algún pueblo; pero no vio más que una especie de granja aislada, y tres o cuatro hombres que iban y venían como sombras.

Danglars esperó un instante a que el postillón, que acababa de terminar su recorrido, acudiese a pedirle el dinero de la posta; contaba con aprovechar la ocasión para preguntarle algunos informes a su nuevo conductor; pero los caballos fueron desenganchados y reemplazados sin que nadie fuese a pedir dinero al viajero. Danglars, asombrado, abrió la portezuela; pero una mano vigorosa la empujó inmediatamente y la silla rodó.

El barón, estupefacto, se despertó por completo.

—¡Eh! —dijo al postillón—. ¡Eh! *Mio caro!*

Aún seguía con el italiano de opereta que Danglars había aprendido cuando su hija cantaba sus dúos con el príncipe Cavalcanti.

Pero *mio caro* no respondió nada.

Danglars se contentó entonces con abrir el cristal.

—¡Eh, amigo! ¿Adónde vamos? —dijo asomando la cabeza por la abertura.

—*Dentro la testa!* —gritó una voz grave e imperiosa, acompañada de un gesto amenazador.

Danglars comprendió que *dentro la testa* quería decir: meta la cabeza. Hacía, como se ve, rápidos progresos en italiano.

Obedeció, no sin temor; y como esta inquietud aumentaba a cada minuto, al cabo de unos instantes su espíritu, en vez del vacío que señalamos en el momento en que se puso en marcha y que le condujo al sueño, su espíritu, decíamos, se llenó de gran cantidad de pensamientos muy apropiados para mantener despierto el interés de un viajero, y sobre todo de un viajero en la situación de Danglars.

Sus ojos cogieron en las tinieblas ese grado de temor que comunican en el primer momento las emociones fuertes, y que más

tarde se van ampliando demasiado. Antes de tener miedo, es lo justo; mientras se tiene miedo, se ve doble; y después, cuando se ha tenido temor, se ve turbio.

Danglars vio a un hombre envuelto en un abrigo, que galopaba junto a la puerta de la derecha.

—Algún gendarme —comentó—. ¿Habré sido denunciado por los telégrafos franceses a las autoridades pontificias?

Resolvió salir de esta ansiedad.

—¿Adónde me llevan? —preguntó.

—*Dentro la testa!* —repitió la misma voz, con el mismo acento de amenaza.

Danglars se giró hacia la puerta de la izquierda.

Otro hombre galopaba junto a la puerta de la izquierda.

—Decididamente —murmuró Danglars con el sudor en la frente—, decididamente, voy a ser detenido.

Y se echó en el fondo de su calesa; esta vez, no para dormir, pero sí para pensar.

Un instante después apareció la luna.

Del fondo de la calesa lanzó su mirada a la campiña; entonces pensó en aquellos grandes acueductos, fantasmas de piedra que había notado al pasar; sólo que en vez de verlos a la derecha, ahora los tenía a la izquierda.

Comprendió que le habían hecho dar media vuelta, y que volvían el coche a Roma.

—¡Oh, desdichado! —murmuró—. ¡Habrán obtenido la extradición!

El coche continuaba corriendo con una espantosa velocidad. Pasó una hora terrible, porque a cada nuevo indicio que le salía al paso, el fugitivo reconocía que le volvían atrás. Al fin vio una masa sombría contra la cual parecía que iba a estrellarse el carruaje, pero éste la esquivó y se puso a rodar a lo largo de ella, que no era otra cosa que el cinturón de murallas que rodean a Roma.

—¡Oh, oh! —murmuró Danglars—. No entramos en la ciudad, así pues, no es la justicia quien me detiene. ¡Santo Dios! Otra idea, será posible...

Sus cabellos se erizaron.

Se acordó de las interesantes historias de bandidos romanos, tan poco creídas en París, y que Alberto de Morcerf había contado a la señora Danglars y a Eugenia.

—¡Ladrones posiblemente! —murmuró.

De pronto el coche rodó sobre algo más duro que el piso de un sendero enarenado. Danglars aventuró una mirada a ambos lados del camino; descubrió monumentos de formas extrañas, y su pensamiento, preocupado por el relato de Morcerf, que ahora se presentaba a él con todos sus detalles, le dijo que debía estar sobre la Vía Apia.

A la izquierda del coche, en una especie de vallado, se veía una excavación circular.

Era el circo de Caracalla.

A una palabra del hombre que galopaba junto a la puertecilla de la derecha, se detuvo el carruaje.

Al mismo tiempo se abrió la puertecilla de la izquierda.

—*Scendi!* —ordenó una voz.

Danglars descendió inmediatamente; aún no hablaba el italiano, pero ya lo entendía.

Más muerto que vivo, el barón miró en derredor suyo. Cuatro hombres lo rodeaban, sin contar el postillón.

—*Di quá* —dijo uno de los cuatro hombres descendiendo un senderito que conducía de la Vía Apia al centro de esas desigualdades dibujadas en la campiña de Roma.

Danglars siguió a su guía sin discusión, y no tuvo necesidad de volverse para saber que era seguido por otros tres hombres.

Sin embargo, le pareció que estos hombres se detenían como centinelas a distancias casi iguales.

Tras diez minutos de marcha aproximadamente, durante los cuales Danglars no cambió ni una sola palabra con su guía, se encontró entre un cerro y un matorral de altas hierbas; tres hombres, en pie y mudos, formaban triángulo del cual era el centro.

Quiso hablar; su lengua se atascó.

—*Avanti* —dijo la misma voz de acento breve e imperioso.

Esta vez Danglars comprendió doblemente: por la palabra y por el gesto, porque el hombre que marchaba tras él le empujó tan rudamente que estuvo a punto de chocar con su guía.

Este guía era nuestro amigo Peppino, quien se hundió en las altas hierbas por una sinuosidad que sólo los garduñas y los lagartos podían considerar camino abierto.

Peppino se detuvo ante una roca coronada por un espeso matorral; esta roca, entreabierto como un párpado, dejó paso al joven,

que desapareció cual si fuese el diablo por la trampa en algunas de nuestras comedias de magia.

La voz y el gesto de aquel que seguía a Danglars, obligaron al banquero a hacer otro tanto. No había más que dudar, el francés se las tenía con los bandidos romanos.

Danglars actuó como un hombre situado entre dos grandes peligros y a quien el miedo hace valiente. Pese a su vientre bastante mal dispuesto para penetrar entre las cavernas de la campiña de Roma, se infiltró detrás de Peppino, y se dejó deslizar cerrando los ojos, para caer de pie.

Al tocar tierra abrió los ojos.

El camino era largo, pero oscuro. Peppino, poco cuidadoso en ocultarse ahora, hizo lumbre con el chisquero y encendió una antorcha.

Los otros dos hombres descendieron detrás de Danglars, formando la retaguardia y empujando al banquero cuando por casualidad se detenía; así le hicieron llegar por una suave pendiente al centro de una encrucijada de siniestra apariencia.

En efecto, las paredes de la muralla, abiertas en nichos superpuestos parecían, en medio de piedras blancas, abrir esos ojos negros y profundos que se aprecian en las cabezas de los muertos.

Un centinela hizo sonar contra su mano izquierda la culata de su carabina.

—¿Quién vive? —exclamó el centinela.

—Amigo, amigo —dijo Peppino—. ¿Dónde está el capitán?

—Allí —indicó el centinela señalando por encima de su hombro una especie de gran sala vaciada en la roca y en la cual se reflejaba la luz del corredor por las grandes aberturas abovedadas.

—Buena presa, capitán, buena presa —dijo Peppino en italiano.

Y cogiendo a Danglars por el cuello de su levita, lo condujo hacia una abertura semejante a una puerta, y por la cual se penetraba en la sala en donde el capitán parecía tener su alojamiento.

—¿Es el hombre? —preguntó éste, que leía muy atento la *Vida de Alejandro*, de Plutarco.

—El mismo, capitán, el mismo.

—Muy bien; muéstramelo.

A esta orden, bastante impertinente, Peppino aproximó tan bruscamente su antorcha al rostro de Danglars que éste retrocedió con viveza para no quemarse las cejas.

Este rostro trastornado ofrecía todos los síntomas de un pálido y repulsivo terror.

—Este hombre está cansado —dijo el capitán—, que lo conduzcan a su cama.

—¡Oh! —murmuró Danglars—, esa cama es probablemente uno de los nichos de la muralla; ese sueño es la muerte que uno de los puñales que veo relucir en la penumbra va a asestarme.

En efecto, en las profundas sombras de la inmensa sala se veía levantarse, sobre sus capas de hierba seca o de pieles de lobo, a los compañeros de ese hombre que Alberto de Morcerf había encontrado leyendo los *Comentarios de César*, y que Danglars veía leyendo la *Vida de Alejandro*.

El banquero lanzó un sordo gemido y siguió a su guía; no trató de rogar ni de gritar. No tenía más fuerzas, ni voluntad, ni poder, ni sentimiento; iba porque lo arrastraban.

Tropezó con un escalón y comprendiendo que tenía delante de sí una escalera se inclinó instintivamente para no destrozarse la cabeza y se encontró en una celda excavada en plena roca.

Esta celda estaba limpia, pero desnuda; seca, aunque situada bajo tierra a una profundidad inconmensurable.

Una cama hecha de hierbas secas, recubierta de pieles de cabra, estaba tendida en un rincón de la celda. Danglars, al verla, creyó hallar el símbolo radiante de su salvación.

—¡Oh! Dios sea loado —murmuró—. ¡Es una verdadera cama! Por segunda vez en media hora, invocaba el nombre de Dios; eso no le había sucedido desde hacía diez años.

—*Ecco* —señaló el guía.

Y empujando a Danglars en la celda, cerró la puerta tras de sí. Rechinó un cerrojo; Danglars estaba prisionero.

Por otra parte, aunque no hubiese cerrojo, hacía falta ser San Pedro y tener por guía a un ángel del cielo para pasar por entre medio de la guarnición que habitaba las catacumbas de San Sebastián, y que acampaba alrededor de su jefe, en el cual nuestros lectores ya habrán reconocido al famoso Luigi Vampa.

Danglars también había reconocido a este bandido, en la existencia del cual no había querido creer cuando Morcerf trató de naturalizarlo en Francia. No sólo lo había reconocido, sino que también reconoció la celda en la cual había sido encerrado Morcerf y que, según toda probabilidad, era el alojamiento de los extraños.

Estos recuerdos, sobre los cuales Danglars se extendía con cierta complacencia, le devolvieron algo de su tranquilidad. Desde el momento en que no le habían matado en seguida, los bandidos no tenían intención de hacerlo.

Se le había detenido para robarle, y como no tenía encima más que algunos luises, se le pediría rescate.

Se acordó que Morcerf había sido tasado en algo así como cuatro mil escudos; como se concedía una apariencia de más importancia que la de Morcerf, se fijó para sí un rescate de ocho mil escudos.

Ocho mil escudos hacían cuarenta y ocho mil libras.

Aún le quedaban algo así como cinco millones quinientos mil francos.

Con eso aún se sale a flote en cualquier sitio.

Así, pues, estaba casi seguro de salir bien ya que no había ejemplo de que se hubiese tasado nunca a un hombre en cinco millones cincuenta mil libras. Danglars se acostó en su lecho, en el que después de dar dos o tres vueltas, se durmió con la tranquilidad del héroe cuya historia leía Luigi Vampa.

El menú de Luigi Vampa

Todo sueño, como el que echaba Danglars, tiene su despertar. Danglars se despertó.

Para un parisiense acostumbrado a cortinajes de seda, a paredes adamascadas, al perfume que sale de las maderas que arden en la chimenea y que desciende de los abovedados de satén, el despertar en una gruta de piedra debe ser como un mal sueño.

En lo tocante a sus cortinas de piel de macho cabrío, Danglars debía pensar que se hallaba entre lapones. Pero en semejante circunstancia un segundo basta para cambiar la duda más fuerte en certeza.

—Sí, sí —murmuró—, estoy en manos de los bandidos de que nos habló Alberto de Morcerf.

Su primer movimiento consistió en respirar, a fin de asegurarse de que no estaba herido: era un procedimiento que había encontrado en *Don Quijote*, el único libro, no que hubiese leído, sino que recordase algo.

—No —dijo—, no me han matado ni herido, pero tal vez me hayan robado.

Y llevó rápidamente sus manos a los bolsillos. Estaban intactos los cien luises que se había reservado para hacer su viaje de Roma a Venecia, y la cartera que contenía la carta de crédito de cinco millones cincuenta mil francos también estaba en el bolsillo de su levita.

—¡Extraños bandidos que me han dejado mi bolsa y mi cartera! —murmuró—. Como me decía ayer al acostarme, van a ponerme precio. ¡Vaya, también tengo mi reloj! Veamos qué hora puede ser.

El reloj de Danglars, obra maestra de Breguet, al que había dado cuerda la víspera antes de ponerse en camino, dio las cinco y media de la mañana. Sin esto, Danglars hubiese estado completamente inseguro sobre la hora, pues no penetraba claridad alguna en aquella celda.

¿Necesitaría provocar una explicación de los bandidos? ¿Convenría esperar pacientemente a que le preguntasen? Esta última alternativa era la más prudente. Danglars esperó.

Aguardó hasta el mediodía.

Durante todo ese tiempo había guardado su puerta un centinela. A las ocho de la mañana, el guardián había sido relevado.

Entonces Danglars tuvo deseos de conocer a quien le vigilaba.

Había notado que los rayos de luz, no del día, sino de una lámpara, se filtraban a través de las junturas de la puerta; se aproximó a una de estas aberturas en el momento preciso en que el bandido bebía unos tragos de aguardiente, el cual, gracias a la piel que lo contenía, despedía un olor que repugnó mucho a Danglars.

—¡Puaf! —exclamó retrocediendo hasta el fondo de su celda.

A mediodía el hombre del aguardiente fue sustituido por otro funcionario. Danglars tuvo la curiosidad de ver a su nuevo guardián; se acercó nuevamente a la abertura.

Este era un bandido atlético, un Goliat de grandes ojos, de labios gruesos y nariz aplastada; su cabellera rojiza colgaba hasta los hombros en mechones retorcidos como culebras.

—¡Oh, oh! —murmuró Danglars—. Este se parece más a un ogro que a una criatura humana; en todo caso, soy viejo y bastante correoso; un gran blanco duro de mascar.

Como se ve, Danglars aún tenía ánimos para bromear.

En aquel mismo instante, como para demostrarle que no era un ogro, su guardián se sentó frente a la puerta de la celda, sacó de su macuto pan negro, cebollas y queso, y se puso a devorarlas.

—¡El diablo me lleve! —dijo Danglars echando a través de la hendidura de su puerta una mirada sobre la comida del bandido—. ¡Qué el diablo me lleve si comprendo cómo puede comer semejantes basuras!

Y fue a sentarse sobre sus pieles de macho cabrío, que le recordaron el olor del aguardiente del primer centinela.

Pero Danglars tenía algo más que hacer, y los secretos de la naturaleza son incomprensibles; hay en ellos harta elocuencia en ciertas invitaciones materiales que dirigen las más groseras sustancias a los estómagos vacíos.

Danglars sintió repentinamente que el suyo estaba vacío en aquellos momentos, y vio al hombre menos feo, al pan menos negro y al queso más fresco.

Por último, aquellas cebollas crudas, espantosa alimentación del salvaje, le recordaron ciertas salsas Robert y cierta ropavieja que su cocinero le preparaba cuando Danglars le decía: «Señor Deniseau, hágame para hoy un buen platito canalla».

Se levantó y fue a llamar a la puerta.

El bandido alzó la cabeza.

Danglars vio que había sido oído y redobló.

—*Che cosa?* —preguntó el bandido.

—¡Escuche, escuche, amigo! —dijo Danglars tamborileando con sus dedos en la puerta—. Me parece que ya es hora de que piensen en alimentarme a mí también.

Pero bien porque no entendiese, bien porque careciese de órdenes respecto a la comida de Danglars, el gigante se ocupó nuevamente de su comida.

Danglars sintió su orgullo humillado y, no queriendo dar más ventajas a aquel bruto, volvió a acostarse sobre sus pieles de macho cabrío, y no soltó una palabra.

Transcurrieron cuatro horas; el gigante fue reemplazado por otro bandido. Danglars, que experimentaba la espantosa tirantez del estómago, se levantó suavemente, aplicó su oído a las junturas de la puerta, y reconoció el rostro inteligente de su guía.

Era en efecto Peppino que se disponía a montar la guardia de la manera más grata, sentándose frente a la puerta y colocando entre sus piernas una cacerola de barro, la cual contenía, calientes y aromáticos garbanzos guisados con tocino.

Junto a estos garbanzos, Peppino colocó un bonito racimo de Velletri y una botella de vino de Orvietto.

Decididamente, Peppino era un gourmet.

Viendo estos preparativos gastronómicos, a Danglars se le hizo la boca agua.

Y llamó suavemente a su puerta.

—Ya va —dijo el bandido, que al frecuentar tanto la casa de maese Pastrini, acabó por aprender el francés hasta en sus idioteces.

En efecto, fue a abrir.

Danglars le reconoció por aquel que había gritado de manera furiosa: «¡Meta la cabeza!». Pero ahora no era la ocasión de reprimendas. Al contrario, puso su cara más sonriente y con grata sonrisa preguntó:

—Perdón, señor, pero ¿acaso no me darán también de comer?

—¡Cómo no! —exclamó Peppino—. ¿Su Excelencia tiene hambre por casualidad?

—¿Por casualidad? ¡Eso es estupendo! —murmuró Danglars—. Hace exactamente veinticuatro horas que no he comido. Pues sí, señor —añadió subiendo la voz—. Tengo hambre, y bastante.

—¿Y Su Excelencia quiere comer?

—Inmediatamente, si es posible.

—Nada más acertado —dijo Peppino—. Aquí se proporciona todo lo que se desea, pagando, claro está, como se hace en casa de todos los buenos cristianos.

—¡Eso no hace falta decirlo! —exclamó Danglars—. Aunque, en verdad, las gentes que detienen y encarcelan a uno, por lo menos deberían alimentar a sus prisioneros.

—¡Ah! Excelencia —replicó Peppino—, eso no está en uso.

—No es mala razón —repuso Danglars, que contaba amansar a su guardián con su amabilidad—, y sin embargo me conformo. Veamos, que me sirvan de comer.

—Inmediatamente, Excelencia. ¿Qué desea usted?

Y Peppino depositó su escudilla en el suelo, de manera que el aroma subió directamente a las narices de Danglars.

—Ordene —insistió Peppino.

—¿Tienen ustedes cocinas aquí? —preguntó el banquero.

—¡Cómo! ¿Que si tenemos cocinas? ¡Las tenemos, y perfectas!

—¿Y cocineros?

—¡Excelentes!

—Pues bien, un pollo, un pescado, algo de caza, cualquier cosa con tal de que coma.

—Como guste Su Excelencia. Pedimos un pollo, ¿no es eso?

—Sí, un pollo.

Peppino se incorporó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Un pollo para Su Excelencia!

La voz de Peppino aún vibraba bajo las bóvedas cuando un joven apuesto, esbelto y medio desnudo, como los antiguos porteadores de pescado, apareció; traía el pollo sobre una bandeja de plata.

—¡Ni que fuese el Café de París! —murmuró Danglars.

—¡Helo aquí, Excelencia! —dijo Peppino tomando la bandeja de manos del joven bandido y colocándola sobre una mesa carco-

mida que constituía, con un taburete y el lecho de piel de cabra, la totalidad del mobiliario de la celda.

Danglars pidió un cuchillo y un tenedor.

—Aquí están, Excelencia —dijo Peppino ofreciendo un cuchillito romo y un tenedor de madera.

Danglars cogió ambas cosas en cada mano y se dispuso a trincar el ave.

—Perdón, Excelencia —dijo Peppino posando una mano sobre el hombro del banquero—. Aquí se paga antes de comer; podría ser que no se estuviese contento al salir...

—¡Ah, ah! —exclamó Danglars—. Esto no es como en París, sin contar que probablemente querrán desollarme; pero hagamos las cosas a lo grande. Veamos, he oído decir que la vida está barata en Italia; un pollo debe costar doce sueldos en Roma. Aquí tiene —dijo arrojando un luis a Peppino.

Peppino recogió la moneda y Danglars acercó el cuchillo al pollo.

—Un momento, Excelencia —dijo Peppino levantándose—, un momento. Su Excelencia aún me debe algo.

—Cuando yo decía que me desollarían —murmuró Danglars, y luego, resuelto a sacar partido de esta extorsión, preguntó—: Veamos, ¿cuánto le debo por este ave flaca?

—Su Excelencia me ha dado un luis a cuenta.

—¿Un luis a cuenta de un pollo?

—Sin duda, a cuenta.

—Bien... ¡Venga, venga!

—Así que sólo faltan cuatro mil novecientos noventa y nueve luses por pagar a Su Excelencia.

Danglars abrió enormemente los ojos ante el anuncio de esta gigantesca broma.

—¡Ah! Muy divertido —murmuró—. De veras. Y volvió a ponerse a trincar el pollo; pero Peppino le detuvo la mano derecha con la izquierda y alargó la otra.

—Vamos —dijo.

—¿Cómo! ¿No está bromeando? —dijo Danglars.

—Nosotros no bromeamos nunca. Excelencia —replicó Peppino serio como un cuáquero.

—¿Cómo, cien mil francos por este pollo!

—Excelencia, es increíble cómo cuesta criar las aves en estas malditas cuevas.

—¡Vamos, vamos! —dijo Danglars—. Encuentro eso muy chistoso, muy divertido, en verdad; pero como tengo hambre, déjeme comer. Aquí tiene otro luis para usted, amigo mío.

—Entonces, con esto, sólo serán cuatro mil novecientos noventa y ocho luses —dijo Peppino conservando la misma sangre fría—. Con paciencia, ya llegaremos.

—¡Oh! En cuanto a eso —dijo Danglars revolviéndose contra tan perseverante burla—. En cuanto a eso, jamás. ¡Vaya al diablo! No sabe con quién se las tiene.

Peppino hizo una seña, el joven alargó sus dos manos y se llevó rápidamente el pollo. Danglars se echó sobre su cama de piel de cabra, Peppino cerró la puerta y se puso a comer sus garbanzos con tocino.

Danglars no podía ver lo que hacía Peppino, pero el ruido de sus dientes no podía dejarle lugar a dudas. Estaba claro que comía, incluso que masticaba ruidosamente, como hombre mal educado.

—¡Cernícalo! —dijo Danglars.

Peppino hizo como que no entendía y, sin volver la cabeza, continuó comiendo con su sabia lentitud.

A Danglars le parecía que su estómago estaba agujereado como el tonel de las Danaides; no podía creer que llegase a llenarlo nunca.

Sin embargo, aún se armó de paciencia durante media hora; aunque es justo afirmar que esta media hora le pareció un siglo. Al fin se levantó y fue a la puerta.

—Veamos, señor —dijo—, no me haga desfallecer más tiempo, y dígame en seguida qué es lo que quieren de mí.

—Pero, Excelencia, diga mejor, ¿qué quiere usted de nosotros? Denos sus órdenes y las ejecutaremos.

—Entonces, ábrame primero. Peppino abrió.

—Quiero —dijo Danglars—. ¡Pardiez, quiero comer!

—¿Tiene usted hambre?

—Usted ya lo sabe.

—¿Qué desea comer Su Excelencia?

—Un trozo de pan seco, ya que los pollos están tan caros en estas malditas cuevas.

—¡Pan! Sea —dijo Peppino y gritó—: ¡Traigan pan! El joven apareció con un panecillo.

—¡Aquí está! —dijo Peppino.

—¿Cuánto? —preguntó Danglars.

—Cuatro mil novecientos noventa y ocho lises, pues ya ha pagado dos antes.

—¡Cómo! ¿Un pan cien mil francos?

—Cien mil francos —dijo Peppino.

—Pero usted me pedía antes cien mil francos por un pollo.

—Nosotros no servimos a la carta, sino a precio fijo. Que se coma mucho o poco, que se pidan diez platos o uno solo, siempre es el mismo precio.

—¡Aún más bromas! Mi querido amigo, le declaro que esto es absurdo, que es estúpido. Dígame en seguida, ¿es que quiere que me muera de hambre? Eso es más fácil.

—Pues no, Excelencia; es usted quien quiere suicidarse. Pague y coma.

—¡Con qué voy a pagar, grandísimo animal! —dijo Danglars exasperado—. ¿Acaso crees que tengo cien mil francos en el bolsillo?

—Tiene usted cinco millones cincuenta mil francos, Excelencia —dijo Peppino—. Eso hacen cincuenta pollos a cien mil francos y un medio pollo a cincuenta mil.

Danglars se estremeció; la venda se le cayó de los ojos; la broma continuaba, pero ahora la comprendía. También es justo decir que ya no la encontraba tan vulgar como un momento antes.

—Veamos —dijo—, veamos. ¿Dando esos cien mil francos no me agobiará más y por lo menos podré comer a mi gusto?

—Sin duda —dijo Peppino.

—Pero, ¿cómo voy a dárselos? —preguntó Danglars respirando más libremente.

—Eso es muy fácil; usted tiene un crédito abierto en casa de los señores Thomson y French, calle del Banchi, en Roma; deme un bono por cuatro mil novecientos noventa y ocho lises contra esos señores; nuestro banquero los cobrará.

Danglars quiso darse el mérito de la buena voluntad; cogió pluma y papel, que Peppino le presentó, y escribió la letra y la firmó.

—Tenga —dijo—. Aquí está su bono al portador.

—Y aquí tiene usted su pollo.

Danglars trinchó el volátil suspirando; le parecía demasiado delgado para un coste tan elevado.

En cuanto a Peppino, leyó atentamente el papel, lo metió en su bolsillo y continuó comiendo sus garbanzos con tocino.

El perdón

Al día siguiente, Danglars aún tuvo hambre, el aire de aquella cueva no podía ser mejor aperitivo; el prisionero creyó que para ese día no tendría que hacer ningún gasto; como hombre ahorrativo había ocultado la mitad de su pollo y un trozo de su pan en el rincón de su celda.

Pero aún no hacía mucho que había comido aquello cuando tuvo sed; no había contado con aquello.

Luchó contra la sed hasta el momento en que sintió su lengua seca pegársele al paladar.

Entonces, no pudiendo resistir el fuego que le devoraba, llamó. El centinela abrió la puerta; era un rostro nuevo.

Pensó que era mejor entenderse con una cara conocida, y llamó a Peppino.

—Aquí estoy, Excelencia —dijo el bandido presentándose con un apresuramiento que parecía de buen augurio a Danglars—. ¿Qué desea?

—Quisiera beber —dijo el prisionero.

—Excelencia —dijo Peppino—, ya sabe usted que el vino no tiene precio fuera de los alrededores de Roma.

—Entonces, deme agua —dijo Danglars tratando de parar el golpe.

—¡Oh, Excelencia! El agua es más cara que el vino; existe una gran sequía.

—Vamos —dijo Danglars—, ya volvemos a empezar.

Y, a pesar de poner cara de bromas, el desgraciado sentía el sudor empapándole las sienes.

—Veamos, amigo mío —añadió Danglars, viendo que Peppino permanecía impasible—. Le pido un vaso de vino, ¿me lo negará?

—Ya le he dicho, excelencia —respondió gravemente Peppino—, que no vendemos al detalle.

—Pues bien, veamos entonces, deme una botella.

—¿De cuál?

—Del más barato.

—Todos son del mismo precio.

—¿Y cuál es el precio?

—Veinticinco mil francos la botella.

—Dígame —exclamó Danglars, con una amargura que sólo Harpagon hubiese podido notar en el diapasón de la voz humana—. Diga que quiere despojarme y eso se puede hacer más fácilmente que devorarme así, poco a poco.

—Es posible —dijo Peppino—, que ése sea el proyecto del amo.

—El amo, ¿quién es?

—Aquel a quien se le presentó anteayer.

—¿Y dónde está?

—Aquí.

—Haga que lo vea.

—Eso es fácil.

Un instante después, Luigi Vampa se encontraba ante Danglars.

—¿Me llamaba? —preguntó al prisionero.

—¿Es usted, señor, el jefe de las personas que me han traído aquí?

—Sí, excelencia.

—¿Qué desea de mí como rescate? Hable.

—Pues, sencillamente, los cinco millones que lleva encima.

Danglars sintió un espantoso espasmo que paralizó su corazón.

—No tengo más que eso en el mundo, señor, y es lo que me queda de mi inmensa fortuna. Si usted me lo arrebatara, quíteme la vida.

—Nos está prohibido derramar su sangre, excelencia.

—¿Y quién se lo prohíbe?

—Aquel a quien obedecemos.

—¿Obedecen a alguien?

—Sí, a un jefe.

—¿Creí que usted era el jefe!

—Soy el jefe de estos hombres, pero otro hombre es jefe mío.

—¿Y ese jefe obedece a alguien?

—Sí.

—¿A quién?

—A Dios.

Danglars se quedó un instante pensativo.

—No le comprendo —dijo.

—Eso es posible.

—¿Y ese jefe, ha sido quien le dijo que me tratase así?

—Sí.

—¿Cuál es su propósito?

—No sé nada.

—Pero mi bolsa desaparecerá.

—Es probable.

—Veamos —dijo Danglars—. ¿Quiere usted un millón?

—No.

—¿Dos millones?

—No.

—¿Tres millones? ¿Cuatro?... Veamos, ¿cuatro? Se los doy a condición de que me deje ir.

—¿Por qué me ofrece cuatro millones por lo que vale cinco?

—dijo Vampa—. Eso es usura, señor banquero, o no entiendo una palabra.

—¡Cójalo todo, cójalo todo, le digo! —exclamó Danglars—. ¡Y máteme!

—Vamos, vamos, cálmese, Excelencia, va a alterarse la sangre y eso le dará apetito para comerse un millón diario. Sea más económico, ¡pardiez!

—Pero cuando no tenga más dinero para pagar... —exclamó Danglars exasperado.

—Entonces tendrá hambre.

—¿Tendré hambre? —dijo Danglars temblando.

—Es probable —respondió flemáticamente Vampa.

—Pero usted dice que no quiere matarme.

—No.

—¿Y quiere dejarme morir de hambre?

—Eso no es la misma cosa.

—Pues bien, miserables —exclamó Danglars—. Desbarataré sus infames planes; morir por morir, prefiero acabar inmediatamente; hágame sufrir, tortúreme, máteme, pero no tendrá mi firma.

—Como guste, Excelencia —dijo Vampa.

Y salió de la celda.

Danglars se echó rabiando sobre las pieles de cabra.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Quién era aquel jefe invisible? ¿Qué proyectos perseguían contra él? ¿Y cuando todo el mundo podía rescatarse, por qué él no?

¡Oh! Ciertamente, la muerte, una muerte rápida y violenta era el único medio de burlar a sus encarnizados enemigos, que parecían perseguir en él una incomprensible venganza.

Sí, pero morir...

Por primera vez en su carrera tan larga, Danglars pensó en la muerte con el deseo y el temor, a la vez, de morir; pero había llegado el momento de detener su vista sobre el espectro implacable que vive dentro de cada criatura y que a cada pulsación del corazón le dice: «¡Morirás!».

Danglars se parecía a una de esas bestias feroces que acosa la caza, desesperada después y que, a fuerza de desesperarse, a veces logran escaparse.

Danglars pensó en escaparse.

Pero las paredes eran la misma roca; en la única salida que conducía fuera de la celda estaba un hombre leyendo y tras él se veía pasar y volver a pasar hombres armados de fusiles.

Su decisión de no firmar duró dos días, tras los cuales pidió alimentos y ofreció un millón.

Le sirvieron una magnífica comida y le cogieron el millón.

Desde entonces la vida del desdichado prisionero fue una divagación continua. Había sufrido tanto que no quería exponerse a padecer más, y cedía a todas las exigencias; al cabo de doce días, una tarde en que había comido como en sus buenos días de fortuna, hizo sus cuentas y comprobó que había extendido tantos pagarés al portador que ya sólo le quedaban cincuenta mil francos.

Entonces tuvo una reacción extraña; después de haber cedido cinco millones, trató de salvar aquellos cincuenta mil francos que le quedaban; antes que dar aquellos cincuenta mil francos, decidió emprender una vida de privaciones y tuvo visiones de esperanza que rayaban en la locura. Él, que desde hacía tiempo había olvidado a Dios, pensó que Él a veces hace milagros; que la caverna podía hundirse, que los carabineros pontificios podían descubrir aquel escondite maldito y acudir en su ayuda; que entonces le quedarían cincuenta mil francos y que con esa suma bastaba para impedir que un hombre muriese de hambre; y rogó a Dios para que le conservase esos cincuenta mil francos, y rezando lloró.

Así pasó tres días, durante los cuales el nombre de Dios fue pronunciado constantemente, si no en su corazón, al menos por sus labios; por intervalos tenía instantes de delirio durante los cuales creía ver, a través de las ventanas, una pobre habitación con un anciano agonizando sobre un camastro.

Este anciano también se moría de hambre.

Al cuarto día, ya no era un hombre, sino un cadáver viviente; había recogido del suelo hasta las últimas migajas de sus antiguas comidas, y hasta empezó a devorar la estera que cubría el piso.

Entonces suplicó a Peppino, como se suplica al ángel guardián, que le diese algo de comer; le ofreció mil francos por un bocado de pan.

Peppino no respondió.

El quinto día se arrastró hasta la entrada de la celda.

—Pero usted no es cristiano —dijo incorporándose sobre sus rodillas—. Usted quiere asesinar a un hombre que es su hermano ante Dios. ¡Oh! ¡Mis amigos de otro tiempo, mis amigos de otro tiempo!

Y se cayó de bruces sobre el suelo.

Luego se levantó con una especie de desesperación.

—¡El jefe! —gritó—. ¡El jefe!

—¡Aquí estoy! —dijo Vampa apareciendo de repente—. ¿Qué desea ahora?

—Tome mi último oro —balbució Danglars entregándole su cartera—, y déjeme vivir aquí, en esta caverna. No quiero la libertad, sólo quiero vivir.

—¿Así, pues, está sufriendo? —preguntó Vampa.

—¡Oh, sí! Sufro, y cruelmente.

—Sin embargo, hay hombres que aún han sufrido más que usted.

—No lo creo.

—Sí. Los que han muerto de hambre.

Danglars pensó en ese anciano que, durante sus horas de alucinación, a través de las ventanas de su pobre habitación, gemía sobre su lecho.

Golpeó con la frente en tierra lanzando un gemido.

—Sí, es cierto; hay quienes han sufrido más que yo, pero al menos éstos han sido mártires.

—¿Se arrepiente usted, por lo menos? —dijo una voz sombría y solemne que hizo erizarse los cabellos en la cabeza de Danglars.

—¿De qué tengo que arrepentirme? —balbució Danglars.

—Del mal que ha hecho usted —dijo la misma voz.

—¡Oh! Sí, me arrepiento. ¡Me arrepiento! —exclamó Danglars.

Y se golpeó su pecho con su puño escuálido.

—Entonces, le perdono —dijo el hombre arrojando su abrigo y dando un paso para situarse en la luz.

—¡El conde de Montecristo! —dijo Danglars, más pálido de terror de lo que estaba un instante antes por el hambre y la miseria.

—Usted se equivoca; no soy el conde de Montecristo.

—¿Quién es, entonces?

—Soy aquel que usted vendió, entregó y deshonoró; soy aquel cuya prometida ha prostituido; soy aquel sobre quien usted caminó para alzarse hasta su fortuna; soy aquel a quien usted hizo morir al padre de hambre, y que, sin embargo, le perdona, porque también tiene necesidad de que le perdonen. Soy Edmond Dantés.

Danglars lanzó un grito y cayó de rodillas.

—Levántese —dijo el conde—, tiene la vida salvada; semejante suerte no le ha tocado a sus otros cómplices: uno está loco y el otro muerto. Guárdese esos cincuenta mil francos que le quedan, se los regalo; en cuanto a los cinco millones robados a los hospicios, ya han sido restituidos por una mano desconocida. Y ahora, coma y beba; esta noche es usted mi invitado. Vampa, en cuanto este hombre esté satisfecho, quedará libre.

Danglars permaneció posternado mientras se alejaba el conde; cuando levantó la cabeza no vio más que una especie de sombra que desaparecía por el corredor y ante la cual se inclinaban los bandidos.

Como lo había ordenado el conde, Danglars fue servido por Vampa, que le hizo llevar el mejor vino y los más hermosos frutos de Italia, y que, haciéndole subir en su silla de postas, lo abandonó en la carretera pegado a un árbol.

Permaneció allí hasta que se hizo de día, pues ignoraba dónde estaba.

Al amanecer se dio cuenta de que se hallaba junto a un arroyo; como tenía sed, se arrastró hasta él.

Al bajarse para beber, descubrió que sus cabellos se habían vuelto blancos.

El 5 de octubre

Eran las seis de la tarde aproximadamente; un día de color ópalo en el cual un hermoso sol de otoño matizaba sus rayos de oro mientras caía del cielo sobre un mar azulado.

El calor del día se había apagado gradualmente, y se empezaba a sentir esa ligera brisa que parece la respiración de la naturaleza despertándose tras la siesta abrasadora del mediodía; soplo delicioso que refresca las costas del Mediterráneo y que lleva de orilla en orilla el perfume de los árboles mezclado con el acre olor del mar.

Sobre este inmenso lago que se extiende de Gibraltar a los Dardanelos y de Túnez a Venecia, un ligero yate, puro y elegante de forma, se deslizaba entre las primeras brumas de la noche. Su movimiento era el de un cisne que abre sus alas al viento y que parece deslizarse sobre el agua. Avanzaba rápido y gracioso a la vez, dejando tras de sí una estela fosforescente.

Poco a poco el sol fue desapareciendo en el horizonte occidental; pero, como para dar razón a los sueños brillantes de la mitología, esos fuegos indiscretos reaparecieron en la cima de cada ola, pareciendo que el dios de la luz acababa de esconderse en el seno de Anfitrite, que trataba inútilmente de ocultar a su amante en los pliegues de su manto azulado.

El yate avanzaba rápidamente, aunque en apariencia apenas hubiese viento para hacer flotar la cabellera rizada de una muchacha.

De pie sobre la proa se encontraba un hombre de alta estatura, de tez bronceada, de ojo dilatado, que veía acercarse la tierra bajo la forma de una masa sombría dispuesta en cono, y saliendo de en medio de las olas como un inmenso gorro de catalán.

—¿Es eso Montecristo? —preguntó con voz grave, impregnada de profunda tristeza, el viajero a las órdenes del cual parecía estar el yate en aquellos momentos.

—Sí, Excelencia —respondió el patrón—. Ya llegamos.

—Llegamos —murmuró el viajero con un indefinible acento de melancolía. Luego añadió en voz baja—: Sí, ése será el puerto.

Y volvió a sumirse en su pensamiento, que se traducía por una sonrisa más triste de lo que hubiesen sido las lágrimas.

Unos minutos más tarde se percibió en tierra la luz de una llama que se extinguió inmediatamente, y el estampido de un arma de fuego llegó hasta el yate.

—Excelencia —dijo el patrón—, he ahí la señal de tierra. ¿Quiere responder usted mismo?

—¿Qué señal? —preguntó.

El patrón extendió la mano hacia la isla, en la orilla de la cual subía, aislado y blanquecino, un ancho penacho de humo que se desvanecía al alargarse.

—¡Ah, sí! —dijo como saliendo de un sueño—. Deme.

El patrón le alargó la carabina cargada; el viajero la cogió, la levantó lentamente e hizo fuego al aire.

Diez minutos después se cargaba la vela y se echaba el ancla a quinientos pasos de un puertecito.

La canoa ya estaba en el mar con cuatro remeros y un piloto cuando el viajero descendió y, en vez de sentarse en la popa, adornada para él con una alfombra azul, se mantuvo de pie y los brazos cruzados.

Los remeros esperaron con sus remos medio levantados, como los pájaros que ponen a secar sus alas.

—¡Vamos! —dijo el viajero.

Los ocho remos cayeron en el agua de un solo golpe y sin salpicar ni una gota; luego la barca, cediendo al impulso, se deslizó rápidamente.

En un instante estuvieron en una pequeña cala formada por una abertura natural; la barca tocó fondo en la fina arena.

—Excelencia —dijo el piloto—. Suba a hombros de dos de nuestros hombres y podrá tomar tierra.

El joven respondió a esta invitación con un gesto de completa indiferencia, sacó las piernas de la barca y se dejó deslizar en el agua, que le alcanzaba hasta la cintura.

—¡Ah, Excelencia! —murmuró el piloto—. Está mal lo que hace, y hará que nos riña el señor.

El joven continuó avanzando hacia la orilla, siguiendo a dos marineros que escogían el mejor fondo.

Al cabo de unos treinta pasos llegaron a la orilla; el joven sacudió sus pies sobre un terreno seco y buscó con la mirada alrededor suyo el camino probable que se le indicaba en medio de las tinieblas de la noche.

En el momento en que volvía la cabeza, una mano se posó en su hombro y una voz le hizo estremecerse.

—Buenas noches, Maximilien —decía la voz—. Es usted exacto, gracias.

—Es usted, conde —exclamó el joven con un movimiento de alegría estrechando entre sus manos la de Montecristo.

—Sí, ya lo ve, tan puntual como usted. Pero está usted empaado, mi querido amigo; tiene que cambiarse, como diría Calipso a Telémaco. Venga, pues, aquí hay una habitación preparada para usted, y en la cual olvidará sus fatigas y el frío.

Montecristo se dio cuenta de que Morrel se volvía; esperó.

El joven, en efecto, veía con sorpresa que ni una sola palabra había sido pronunciada por aquellos que le habían conducido, que no habían sido pagados y que, sin embargo, se habían marchado. Incluso se escuchaba el batir de los remos de la barca que regresaba hacia el yate.

—¡Ah, sí! —dijo el conde—. ¿Busca a sus marineros?

—Sin duda; no les he dado nada y, sin embargo, se han marchado.

—No se ocupe de eso, Maximilien —dijo riendo Montecristo—. Tengo un contrato con la marina para que el acceso a mi isla quede libre de todo gasto. Soy un abonado, como se dice en los países civilizados.

Morrel miró al conde con asombro.

—Conde —le dijo—. Usted no es el mismo que en París.

—¿Cómo es eso?

—Sí, aquí se ríe usted.

La frente de Montecristo se ensombreció de repente.

—Tiene usted razón en recordármelo, Maximilien —dijo—. Volver a verle era una dicha para mí, y olvidaba que toda dicha es pasajera.

—¡Oh! No, no, conde —exclamó Morrel, cogiendo de nuevo las dos manos de su amigo—. Ría, por el contrario; sea dichoso y pruebe con su indiferencia que la vida sólo es mala para quienes sufren. ¡Oh! Usted es caritativo, es bueno, es grande, amigo mío, y para darme ánimo usted afecta esa alegría.

—Se engaña, Morrel —dijo Montecristo—. Es que, en efecto, era feliz.

—Entonces es que me olvidaba. ¡Tanto mejor!

—¿Cómo es eso?

—Sí, porque usted sabe, amigo, lo que decían los gladiadores al entrar en el circo al sublime emperador: «El que va a morir, te saluda».

—¿Aún no se ha consolado? —preguntó Montecristo con una extraña mirada.

—¡Oh! —exclamó Morrel, con una mirada llena de amargura—. ¿Ha creído que podría estarlo?

—Escuche —le dijo el conde—, usted comprende bien el sentido de mis palabras, ¿no es así, Maximilien? No me tomará por un hombre vulgar, por una urraca que emite sonidos vagos y carentes de sentido. Cuando le pregunto si se ha consolado, le hablo como hombre para el cual no existen secretos en el corazón humano. Pues bien, Morrel, descendamos juntos al fondo de su corazón y estudiémosle. ¿Aún siente esa fogosa impaciencia que el dolor hace saltar el cuerpo como salta el león picado por el mosquito? ¿Aún hay esa sed devoradora que sólo se extingue con el agua de la tumba? ¿Es esa idealización del recuerdo que lanza al vivo fuera de la vida a perseguir la muerte? ¿O sólo es la postración del ánimo agotado, del aburrimiento que ahoga el rayo de esperanza que quisiera lucir? ¿Es la pérdida de la memoria, aparejando la impotencia de las lágrimas? ¡Oh! Mi querido amigo, si es eso, si usted no puede llorar, si usted cree muerto su corazón hinchado, si no tiene más fuerza que en Dios, más miradas que para el cielo, amigo, dejemos de lado las palabras demasiado insignificantes para los sentimientos de nuestra alma. Maximilien, está consolado, ya no se queja más.

—Conde —dijo Morrel con su voz suave y firme al mismo tiempo—, escúcheme, como se atiende a un hombre que habla con el dedo extendido hacia la tierra, los ojos levantados al cielo: he venido junto a usted para morir en manos de un amigo. Cierto, hay personas que amo: amo a mi hermana Julia y a su marido Emmanuel; pero tengo necesidad de que me abran unos brazos fuertes y me sonrían en los últimos instantes; mi hermana se desharía en lágrimas y se desvanecería; la vería sufrir y yo ya he sufrido bastante; Emmanuel me arrancaría el arma de las manos y llenaría la casa con sus gritos. Usted, conde, de quien tengo la palabra, usted que es más

que un hombre, usted, a quien llamaría un dios si no fuese mortal, usted me conducirá dulce y tiernamente, ¿no es cierto?, hasta las puertas de la muerte.

—Amigo —dijo el conde—, aún me queda una duda. ¿Tendrá tan poca fuerza que pondrá su orgullo para exhalar su dolor?

—Sí, mire, soy sincero —dijo Morrel tendiendo la mano al conde—, y mi pulso no late más rápido que de costumbre. No, me siento al término del camino; no, no iré más lejos. Me ha hablado de aguardar, de esperar. ¿Sabe usted lo que ha hecho, desventurado sabio? He esperado un mes, es decir que he sufrido un mes más. He esperado (el hombre es una pobre y miserable criatura), he esperado, ¿qué? No sé nada, cualquier cosa desconocida, absurda, insensata, un milagro... ¿Cuál? Sólo Dios sabría decirlo, Él que ha mezclado a nuestra razón esa locura que llaman esperanza. Sí, he esperado, conde, y desde hace un cuarto de hora que estamos hablando, me ha roto, sin saber, cien veces el corazón, porque cada una de sus palabras me ha probado que no hay ninguna esperanza para mí. ¡Oh, conde! ¡Qué dulce y voluptuosamente reposaré en la muerte!

Morrel pronunció estas últimas palabras con una explosión de energía que estremeció al conde.

—Amigo mío —continuó Morrel viendo que el conde se callaba—, usted me señaló el 5 de octubre como el término del plazo que me pedía... Amigo mío, hoy es el 5 de octubre.

Morrel sacó su reloj.

—Aún son las nueve, todavía tengo tres horas de vida.

—Sea —respondió Montecristo—. Venga.

Morrel siguió maquinalmente al conde, y estaba ya en la gruta sin que Maximilien lo hubiese notado. Encontró las alfombras bajo sus pies; una puerta se abrió, los perfumes le envolvieron, y una viva luz hirió sus ojos.

Morrel se detuvo dudando en avanzar; desconfiaba de las enervantes delicias que lo rodeaban.

Montecristo lo atrajo suavemente.

—¿No convendría —dijo— que empleásemos las tres horas que nos quedan como aquellos antiguos romanos que, condenados por Nerón, su emperador y heredero, se sentaban a la mesa coronados de flores y aspiraban la muerte con el perfume de los heliotropos y las rosas?

Morrel sonrió.

—Como usted quiera —dijo—, la muerte siempre es la muerte, es decir, el olvido, el reposo, la ausencia de vida y, por consiguiente, de dolor.

Se sentó. Montecristo tomó asiento frente a él.

Estaban en ese maravilloso comedor que ya describimos, y en donde las estatuas de mármol llevaban a la cabeza cestas llenas de flores y de frutas.

Morrel había mirado todo aquello vagamente, y era probable que no hubiese visto nada.

—Hablemos como hombres —dijo mirando fijamente al conde.

—Hable —respondió éste.

—Conde —añadió Morrel—, usted es el resumen de todos los conocimientos humanos, y usted me causa el efecto de un ser descendido de un mundo más adelantado y sabio que el nuestro.

—Hay algo de cierto en eso, Morrel —convino el conde con su sonrisa melancólica que le hacía tan agradable—. He descendido de un planeta que se llama dolor.

—Creo todo lo que usted me dice sin esforzarme en profundizar en su sentido, conde; y la prueba es que usted me ha dicho que viviese, y he vivido; me dijo que esperase, y he esperado. Me atrevería a decir, conde, como si usted ya hubiese muerto alguna vez: ¿conde, eso hace mucho mal?

Montecristo miraba a Morrel con una indefinible expresión de ternura.

—Sí —dijo—, sí, sin duda; eso hace mucho mal si se rompe brutalmente esa envoltura mortal que reclama obstinadamente la vida. Si hace gritar su carne bajo los dientes imperceptibles de un puñal; si abre con una bala estúpida, y siempre dispuesta a ponerse en su camino, su cerebro, sensible al más simple dolor, seguro que sufrirá, y abandonará odiosamente la vida, encontrándola, en medio de su agonía desesperada, mejor que un reposo comprado tan caro.

—Sí, comprendo —dijo Morrel—, la muerte como la vida tiene sus secretos de dolor y voluptuosidad; la cuestión está en conocerlos.

—Justo, Maximilien, y acaba de decir la gran palabra. La muerte, según el cuidado que pongamos en ponernos bien o mal con ella, es una amiga que nos mece tan dulcemente como una nodriza. Un

día, cuando nuestro mundo haya vivido aún un millar de años, cuando se sea dueño de todas las fuerzas destructoras de la naturaleza para hacerlas servir en el bienestar general de la humanidad; cuando el hombre sepa, como usted decía hace un instante, los secretos de la muerte, la muerte constituirá algo tan dulce y voluptuoso como el sueño disfrutado en brazos de nuestra bienamada.

—¿Y si usted quisiese morir, conde, sabría usted morir así?

—Sí.

Morrel le tendió la mano.

—Ahora comprendo —dijo— por qué me ha citado usted aquí, en esta isla desolada, en medio del océano, en este palacio subterráneo, sepulcro que envidiaría un faraón: es porque me ama, ¿no es así, conde? ¿Es que me ama usted lo bastante para darme una de esas muertes de que me hablaba hace un instante, una muerte sin agonía, una muerte que me permita tenderme pronunciando el nombre de Valentina y estrechándole la mano?

—Sí, lo ha adivinado, Morrel —dijo el conde con sencillez—, y así es como lo entiendo.

—Gracias; la idea de que mañana no sufriré más es dulce para mi pobre corazón.

—¿No lamenta nada? —preguntó Montecristo.

—No —respondió Morrel.

—¿Ni siquiera dejarme a mí? —preguntó el conde con una emoción profunda.

Morrel se detuvo, su mirada tan pura se enterneció de pronto, luego brilló con un reflejo desacostumbrado; una gran lágrima apareció y rodó con surco de plata sobre su mejilla.

—¡Cómo! —dijo el conde—. ¿Aún le queda un pesar en la tierra y muere?

—¡Oh! Se lo suplico —exclamó Morrel con voz débil—. Ni una palabra más, conde, no prolongue mi suplicio.

El conde creyó que Morrel aflojaba.

Esta creencia de un instante resucitó en él la duda sepultada ya una vez en el castillo de If.

«Me ocupó —pensaba— en hacer feliz a este hombre; contemplo esta restitución como un peso echado en la balanza en el platillo en que he dejado caer el mal. Ahora, si me engaño, si este hombre no es lo bastante desgraciado para merecer la felicidad. ¡Ay! ¿Qué me sucederá que no puedo olvidar el mal cuando me refiero al bien?»

—Escuche, Morrel —dijo en voz alta—, su dolor es inmenso, ya lo veo; pero a pesar de ello usted cree en Dios, y no querrá arriesgar la salvación de su alma.

Morrel sonrió tristemente.

—Conde —dijo—, ya sabe usted que no hago poesía del frío; pero le juro que mi alma ya no es mía.

—Escuche, Morrel, no tengo ningún pariente en el mundo, ya lo sabe. Me he acostumbrado a mirarle como a mi hijo; pues bien, para salvar a mi hijo, sacrificaría mi vida, y con mayor razón mi fortuna.

—¿Qué pretende decir?

—Quiero decirle, Morrel, que desea abandonar la vida porque aún no conoce todos los goces que la vida permite a una gran fortuna. Morrel, yo poseo casi cien millones, se los doy; con semejante fortuna puede alcanzar los resultados que se proponga. ¿Es ambicioso? Todas las carreras se le abrirán. Remueva el mundo, cambie su cara, dedíquese a las prácticas insensatas, sea criminal si es preciso, pero viva.

—Conde, tengo su palabra —respondió fríamente Morrel, y añadió sacando su reloj—, ya son las once y media.

—¡Morrel! ¿Ha pensado hacerlo ante mí, en mi casa?

—Entonces, déjeme marchar —dijo Maximilien poniéndose sombrío— o creeré que usted no me ama por mí, sino por usted.

Y se levantó.

—Está bien —dijo Montecristo cuyo rostro se iluminó al oír estas palabras—. Ya que lo desea, Morrel, y es usted tan inflexible; si es usted profundamente desgraciado, y lo ha dicho, sólo un milagro podría curarle. Siéntese, Morrel y espere.

Morrel obedeció. Montecristo se levantó a su vez y fue a buscar en un armario cuidadosamente cerrado, y del cual llevaba la llave colgada en una cadena de oro, un cofrecito de plata maravillosamente esculpida y cincelada, en las esquinas del cual aparecían cuatro figuras arqueadas, semejantes a esas cariátides de esfuerzos desolados, figuras de mujer, símbolos de ángeles que aspiran al cielo.

Puso el cofrecito sobre la mesa.

Luego lo abrió, sacó una cajita de oro, cuya tapa se abrió por la presión de un resorte secreto.

Esta cajita contenía una sustancia gelatinosa medio sólida, cuyo color era indefinible gracias al reflejo del oro bruñido, de los zafiros, de los rubíes y de las esmeraldas que adornaban la caja.

Era como un tornasolado de azul, púrpura y oro.

El conde tomó una pequeña cantidad de esta sustancia con una cuchara de plata, y la ofreció a Morrel mirándole largamente.

Entonces se pudo ver que esta sustancia era verdosa.

—Aquí está lo que ha pedido —dijo—. Aquí está lo que le prometí.

—Viviendo aún —dijo el joven cogiendo la cuchara de manos de Montecristo—, le doy las gracias desde el fondo de mi corazón.

El conde cogió una segunda cuchara, y la llenó también de la caja de oro.

—¿Qué va a hacer, amigo? —preguntó Morrel deteniéndole la mano.

—A fe mía, Morrel —le respondió sonriendo—, creo que estoy tan cansado de la vida como usted, y ya que la ocasión se presenta...

—¡Deténgase! —exclamó el joven—. Usted, que ama, a quien ama, que a la vez tiene fe y esperanza. ¡Oh! No haga lo que yo voy a hacer; por que por su parte sería un crimen. Adiós, mi noble y generoso amigo, voy a decir a Valentina todo lo que ha hecho por mí.

Lentamente, sin ninguna vacilación, Morrel tragó o más bien saboreó la misteriosa sustancia ofrecida por Montecristo.

Entonces se callaron ambos. Allí, silencioso y atento, aportó el tabaco y las pipas, sirvió el café y desapareció.

Poco a poco las lámparas palidecieron en manos de las estatuas de mármol que las sostenían, y el perfume de las cazoletas pareció menos penetrante a Morrel.

Sentado frente a frente, Montecristo le contemplaba desde el fondo sombrío, y Morrel no veía brillar más que los ojos del conde.

Un inmenso dolor se apoderó del joven; sintió que se le escapaba la pipa de las manos; los objetos perdían insensiblemente su forma y su color; sus ojos turbios veían abrirse como puertas y cortinas en las paredes.

—Amigo —dijo—, noto que me muero; gracias.

Hizo un esfuerzo por alargarle una última vez la mano, pero su mano cayó sin fuerza junto a él.

Entonces le pareció que Montecristo sonreía, no con su sonrisa extraña e imponente que le había dejado entrever algunas veces los misterios de su alma profunda, sino con la compasiva bondad de los padres para con los hijos extraviados.

Al mismo tiempo el conde crecía a sus ojos; su talla, casi doble, se delineaba sobre las colgaduras rojas, había echado hacia atrás sus negros cabellos y se presentaba de pie y arrogante como uno de esos ángeles con los que se amenaza a los malos el día del Juicio Final.

Morrel, abatido, desconcertado, se volvió sobre su diván; una torpe voluptuosidad se insinuó en sus venas. Un cambio de ideas pobló su cabeza como cuando una nueva disposición de dibujo puebla un caleidoscopio.

Tendido, anhelante, enervado, Morrel no se sentía nada de sí más que el sueño; le parecía entrar decididamente en el vago delirio que precede al estado desconocido que se llama muerte.

Aún trató de alargar la mano al conde, pero esta vez ni su mano se movió; quiso articular un supremo adiós, su lengua rodó pesadamente en su garganta, como la losa al cerrar el sepulcro.

Sus ojos, llenos de languidez, se cerraron a pesar suyo; sin embargo, tras sus pupilas, se agitaba una imagen que reconoció a pesar de aquella oscuridad en que se creía envuelto.

Era el conde que acababa de abrir una puerta.

Inmediatamente una inmensa claridad saliendo de una habitación contigua, o más bien de un palacio maravilloso, inundó la sala en que Morrel se dejaba conducir en su dulce agonía.

Entonces vio ir hacia el umbral de esa sala, y sobre el límite de las dos habitaciones, una mujer de una maravillosa belleza.

Pálida y dulcemente sonriente, se parecía al ángel de la misericordia conjurando al ángel de las venganzas.

«¿Es el cielo que está abriéndose para mí? —pensaba el moribundo—. Ese ángel se parece al que he perdido.»

Montecristo señaló con el dedo a la joven, el sofá en que se hallaba Morrel.

Ella avanzó hacia él con las manos juntas y la sonrisa en los labios.

—¡Valentina, Valentina! —gritó Morrel desde el fondo de su alma.

Pero su boca no articuló ningún sonido; y como si todas sus fuerzas estuviesen unidas en esta emoción interior; lanzó un suspiro y cerró los ojos.

Valentina se precipitó a él.

Los labios de Morrel aún hicieron algún movimiento.

—Él la llama —le dijo el conde—, la llama desde el fondo de su sueño, aquel a quien había confiado su destino y la muerte que-

ría arrebatlarla; pero yo estaba aquí para vuestro bien, y he vencido a la muerte. Valentina, de ahora en adelante, no debe de separarse más sobre la tierra, porque para encontrarse tendría que arrojarse a la tumba. Sin mí, hubiesen muerto ambos; devuelvo uno al otro, para que Dios me tenga en cuenta estas dos existencias que salvo.

Valentina cogió la mano de Montecristo, y en un impulso de irresistible gozo, se la llevó a los labios.

—¡Oh! Agradézcamelos —dijo el conde—. ¡Oh! Repítame, sin cansarse de hacerlo, repítame que la he hecho dichosa. No sabe cuánto necesito esa certeza.

—¡Oh! Sí, sí, se lo agradezco con todo el alma —dijo Valentina— y si duda de que mi agradecimiento no sea sincero, pregúntele a Haydée, interrogué a mi hermana, a mi querida Haydée, que desde nuestra salida de Francia, me ha hecho esperar pacientemente; hablándome de usted, del feliz día de hoy.

—¿Ama usted a Haydée? —preguntó Montecristo con una emoción que se esforzaba inútilmente en disimular.

—¡Oh! Con toda mi alma.

—Pues bien, escuche, Valentina —dijo el conde—, tengo un favor que pedirle.

—¿A mí? ¡Gran Dios! ¿Soy tan feliz como para eso?

—Sí, usted ha llamado a Haydée hermana suya; que ella sea, en efecto, su hermana, Valentina. Dele a ella lo que crea deberme a mí. Protéjala, Morrel y usted, porque (la voz del conde pareció ahogarse en su garganta), porque desde hoy estará sola en el mundo.

—¡Sola en el mundo! —repitió una voz detrás del conde—, ¿Por qué?

Montecristo se volvió.

Haydée estaba de pie, pálida y helada, contemplando al conde con gesto de mortal estupor.

—Porque mañana, hija mía, serás libre —respondió el conde—. Porque recobrarás en el mundo el puesto que te es debido, porque no quiero que mi destino oscurezca el tuyo. ¡Hija de príncipe, te devuelvo las riquezas y el nombre de tu padre!

Haydée palideció, abrió sus manos diáfanas, como hace la virgen que se encomienda a Dios, y con voz ronca, dijo:

—Así pues, mi señor, me abandonas.

—¡Haydée, Haydée! Eres joven, eres bella; olvida hasta mi nombre y sé feliz.

—Está bien —dijo Haydée—, tus órdenes serán ejecutadas, mi señor. Olvidaré hasta tu nombre y seré feliz.

Y dio un paso hacia atrás para retirarse.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Valentina sin dejar de apoyar la cabeza adormecida de Morrel sobre su hombro—. ¿No ve usted qué pálida está, no comprende que sufre?

Haydée le dijo con una expresión desgarradora:

—¿Por qué quieres tú que me comprenda, hermana mía? Es mi dueño y soy su esclava; tiene el derecho de no ver nada.

El conde se estremeció ante el acento de aquella voz que fue a despertar hasta las fibras más secretas de su corazón; sus ojos encontraron los de la muchacha y no pudieron soportar su resplandor.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo Montecristo—. ¡Lo que me dejas sospechar será cierto! Haydée, ¿serías feliz no abandonándome?

—Soy joven —respondió dulcemente—, amo la vida que siempre me has hecho tan venturosa, y lamentaría morir.

—Eso quiere decir que si yo te abandonase, Haydée...

—Moriría, mi señor; sí.

—¿Me amas, pues?

—¡Oh, Valentina! Me pregunta si le amo. Valentina, dile si tú amas a Maximilien.

El conde sintió dilatársele el corazón; abrió sus brazos, Haydée se lanzó a ellos, gritando:

—¡Oh! Sí, yo te amo. Te amo como se ama a un padre, a un hermano, a un marido. Te amo como se ama a la vida, como se ama a Dios, porque tú eres para mí más hermoso, el mejor y el más grande de los seres creados.

—¡Sea como tú quieras, ángel querido! —dijo el conde—. Dios me levantó contra mis enemigos y me dio la victoria, Dios, lo ves bien, no quiere que sea el arrepentimiento el término de mi triunfo. Quería castigarme, Dios quiere perdonarme. Ámame, pues, Haydée. ¿Quién sabe? Tal vez tu amor me haga olvidar lo que necesito.

—Pero ¿qué dices, mi señor? —preguntó la muchacha.

—Digo que una palabra tuya, Haydée, me ha iluminado más que veinte años de lenta experiencia. No tengo más que a ti en el mundo, Haydée; por ti vuelvo a la vida, por ti puedo sufrir y por ti puedo ser dichoso.

—¿Lo escuchas, Valentina? —exclamó Haydée—. Dice que puede sufrir por mí. Por mí, que daría mi vida por él.

El conde se recogió un instante.

—¿Habré entrevisto la verdad? —dijo—. ¡Oh, Dios mío! No importa. Recompensa o castigo, acepto este destino. Ven, Haydée, ven...

Y echando su brazo alrededor del talle de la joven, estrechó la mano de Valentina y desapareció.

Transcurrió una hora, durante la cual, muda, anhelante, con los ojos fijos, Valentina permaneció junto a Morrel. Al fin sintió que palpitaba su corazón, que un soplo imperceptible abría sus labios, y advirtió el estremecimiento que anunciaba la vuelta a la vida corriendo por todo el cuerpo del joven.

Por fin se abrieron sus ojos, pero fijos y como insensatos primero; luego recobró la vista, clara y real; con la vista, el sentimiento, con el sentimiento el dolor.

—¡Oh! —exclamó con acento de desesperación—. Aún vivo, el conde me ha engañado.

Y su mano se tendió hacia la mesa, y cogió un cuchillo.

—Amigo —dijo Valentina con su adorable sonrisa—, despiértate ya, y mira hacia mí.

Morrel lanzó un gran grito, y delirando, lleno de duda, desvanecido como por una visión celeste, cayó sobre sus rodillas.

Al día siguiente, al despertar la aurora, Morrel y Valentina se paseaban cogidos del brazo por la orilla. Valentina contaba a Morrel cómo Montecristo había aparecido en su habitación, cómo le había descubierto todo, cómo le había mostrado el crimen con el dedo, y en fin, cómo la había salvado milagrosamente de la muerte, mientras le dejaba creer que ella estaba muerta.

Había encontrado la puerta de la gruta abierta, y habían salido; el cielo dejaba lucir en su azul matinal las últimas estrellas de la noche.

Entonces Morrel descubrió en la penumbra de un grupo de rocas un hombre que esperaba una señal para adelantarse; indicó ese hombre a Valentina.

—¡Ah! Es Jacopo —dijo ella—, el capitán del yate.

Y con un gesto le llamó.

—¿Tiene algo que decirnos? —le preguntó Morrel.

—Tengo que darles esta carta de parte del conde.

—¡Del conde! —murmuraron a la vez los dos jóvenes.

—Sí, lean.

Morrel abrió la carta y leyó:

«Mi querido Maximilien:

»Hay una falúa anclada. Jacopo les conducirá a Liorna, en donde el señor Noirtier espera a su nieta para bendecirla antes de que suba al altar. Todo cuanto hay en esa gruta, amigo mío, mi casa de los Campos Elíseos y mi pequeño castillo de Treport son el regalo de boda que Edmond Dantés hace al hijo de su patrón Morrel. La señorita de Villefort hará bien en tomar la mitad, porque le ruego que entregue a los pobres de París toda la fortuna que le llega por parte de su padre, que se ha vuelto loco, y por parte de su hermano, muerto en diciembre último con su madrastra.

»Diga a ese ángel que va a velar por su vida, Morrel, que reze alguna vez por un hombre que, parecido a Satanás, se creyó un instante igual a Dios, y que ha reconocido, con toda la humildad de un cristiano, que sólo en las manos de Dios está el supremo poder y la sabiduría infinita. Estas oraciones suavizarán, tal vez, el remordimiento que lleva en el fondo de su corazón.

»En cuanto a usted, Morrel, he aquí el secreto de mi conducta respecto a usted. No hay ventura ni desgracia en el mundo, sino la comparación de un estado con el otro, nada más. Sólo el que ha probado el extremo del infortunio puede sentir la felicidad suprema. Es preciso haber querido morir, Maximilien, para saber cuán buena es la vida.

»Vivan, pues, y sean felices, hijos quedos de mi corazón, y no olviden nunca que, hasta el día en que Dios se digne desvelar el futuro del hombre, toda la sabiduría humana estará en estas dos palabras.

»*Esperar y confiar.* Su amigo,

»*Edmond Dantés, conde de Montecristo*».

Durante la lectura de esta carta, que revelaba la locura de su padre y la muerte de su hermano, muerte y locura que ignoraba, Valentina palideció. Un doloroso suspiro se escapó de su pecho, y lágrimas, que no eran menos amargas por ser silenciosas, rodaron por sus mejillas; su felicidad le costaba bien cara.

Morrel miró alrededor suyo con inquietud.

—Pero —dijo—, realmente el conde exagera su generosidad. Valentina se conformará con mi modesta fortuna. ¿En dónde está el conde, amigo mío? Condúzcame junto a él.

Jacopo extendió la mano hacia el horizonte.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir? —preguntó Valentina—. ¿Dónde está el conde? ¿Dónde está Haydée?

—Miren —indicó Jacopo.

Los ojos de ambos se fijaron en la línea indicada por el marino, y sobre el horizonte de un azul oscuro en donde el cielo tocaba el Mediterráneo, percibieron una vela blanca, grande como el ala de una gaviota.

—¡Partió! —exclamó Morrel—. Partió. Adiós, amigo mío, padre mío.

—¡Partió! —murmuró Valentina—. Adiós, amiga mía, adiós hermana mía.

—¿Quién sabe si volveremos a vernos algún día? —dijo Morrel enjugando una lágrima.

—Amigo mío —dijo Valentina—, el conde acaba de decirnos que la sabiduría humana está contenida en estas dos palabras *Esperar y confiar*.

Índice

1. Marsella - La llegada	7
2. El padre y el hijo.....	17
3. Los Catalanes	25
4. El complot	36
5. El banquete de bodas.....	43
6. El sustituto del procurador del rey	57
7. El interrogatorio.....	68
8. El castillo de If.....	80
9. La noche de los esponsales	92
10. El despacho de las Tullerías	99
11. El ogro de Córcega	108
12. El padre y el hijo.....	117
13. Los Cien Días.....	125
14. El prisionero furioso y el loco	135
15. El número 34 y el 27	147
16. Un sabio italiano.....	165
17. La celda del abate	175
18. El tesoro.....	195
19. El tercer acceso.....	208
20. El cementerio del castillo de If	219
21. La isla de Tiboulén.....	225
22. Los contrabandistas.....	238
23. La isla de Montecristo.....	246

24. Asombro	255
25. El desconocido	265
26. El Albergue del Puente del Gard	272
27. El relato	285
28. Los registros de las cárceles	299
29. La casa Morrel.....	306
30. El 5 de setiembre.....	320
31. Italia - Simbad el Marino	336
32. Despertar	361
33. Bandidos romanos	368
34. Aparición	401
35. La <i>Mazzolata</i>	424
36. El carnaval de Roma.....	439
37. Las catacumbas de San Sebastián.....	459
38. La cita	477
39. Los convidados	484
40. El almuerzo.....	505
41. La presentación	517
42. El señor Bertuccio	531
43. La casa de Auteuil.....	537
44. La <i>vendetta</i>	544
45. La lluvia de sangre.....	567
46. El crédito ilimitado.....	579
47. El tiro tordo.....	592
48. Ideología	604
49. Haydée.....	616
50. La familia Morrel	621
51. Píramo y Tisbe	631
52. Toxicología.....	642
53. Roberto el Diablo.....	658
54. El alza y la baja	674
55. El mayor Cavalcanti	685

56. Andrea Cavalcanti	696
57. El huerto de alfalfa	708
58. El señor Noirtier de Villefort	719
59. El testamento.....	728
60. El telégrafo	737
61. El medio de librar a un jardinero de los lirones que comen sus melocotones	747
62. Los fantasmas	757
63. La cena.....	766
64. El mendigo	777
65. Escena conyugal	787
66. Proyectos de matrimonio	797
67. El despacho del procurador del rey	807
68. Un baile de verano	819
69. Los informes.....	828
70. El baile	839
71. El pan y la sal.....	849
72. La señora de Saint-Méran.....	854
73. La promesa	866
74. El panteón de la familia Villefort.....	895
75. El sumario.....	905
76. Los progresos de Cavalcanti hijo	918
77. Haydée.....	930
78. Nos escriben de Janina	951
79. La limonada	971
80. La acusación	983
81. La habitación del panadero retirado	989
82. La fractura	1008
83. La mano de Dios	1022
84. Beauchamp	1029
85. El viaje	1036
86. El juicio	1048

87. La provocación	1062
88. El insulto.....	1069
89. La noche	1080
90. El encuentro	1089
91. La madre y el hijo.....	1102
92. El suicidio	1109
93. Valentina	1119
94. La confesión	1127
95. El padre y la hija	1140
96. El contrato.....	1149
97. El camino de Bélgica	1161
98. El Albergue de la Campana y la Botella	1168
99. La ley	1182
100. La aparición	1193
101. Locusta	1201
102. Valentina	1207
103. Maximilien.....	1214
104. La firma Danglars.....	1224
105. El cementerio del Padre Lachaise.....	1236
106. El reparto.....	1250
107. El lago de los leones	1266
108. El juez	1274
109. La audiencia.....	1284
110. La acusación	1291
111. Expiación	1299
112. La partida.....	1309
113. El pasado.....	1322
114. Peppino.....	1336
115. El menú de Luigi Vampa.....	1348
116. El perdón	1355
117. El 5 de octubre	1361

Biografía

Alejandro Dumas nació en 1802, en Villers-Cotterêts, Aisne, Francia. De ascendencia noble, e hijo de un general bonapartista, pronto quedó huérfano de padre y no pudo recibir una buena formación académica. En 1823 se trasladó a París donde consiguió una plaza en la secretaría del duque de Orleáns y donde pronto comenzó a frecuentar los ambientes literarios. Sus primeros escritos, obras de teatro, ya le hicieron conocer el éxito: *Enrique III y su corte* y *Cristina*. Estuvo involucrado en la revolución de 1830. El más popular de los románticos franceses fue muy prolífico, llegando a publicar unos mil doscientos volúmenes, la mayoría escritos en colaboración con escritores menores. Los ingentes ingresos que le proporcionó su actividad literaria le permitieron mantener numerosas amantes, una de las cuales sería la madre de su hijo Alejandro, futuro escritor. De su obra caben ser destacadas las novelas *Los tres mosqueteros* (1844) y *El conde de Montecristo* (1870).